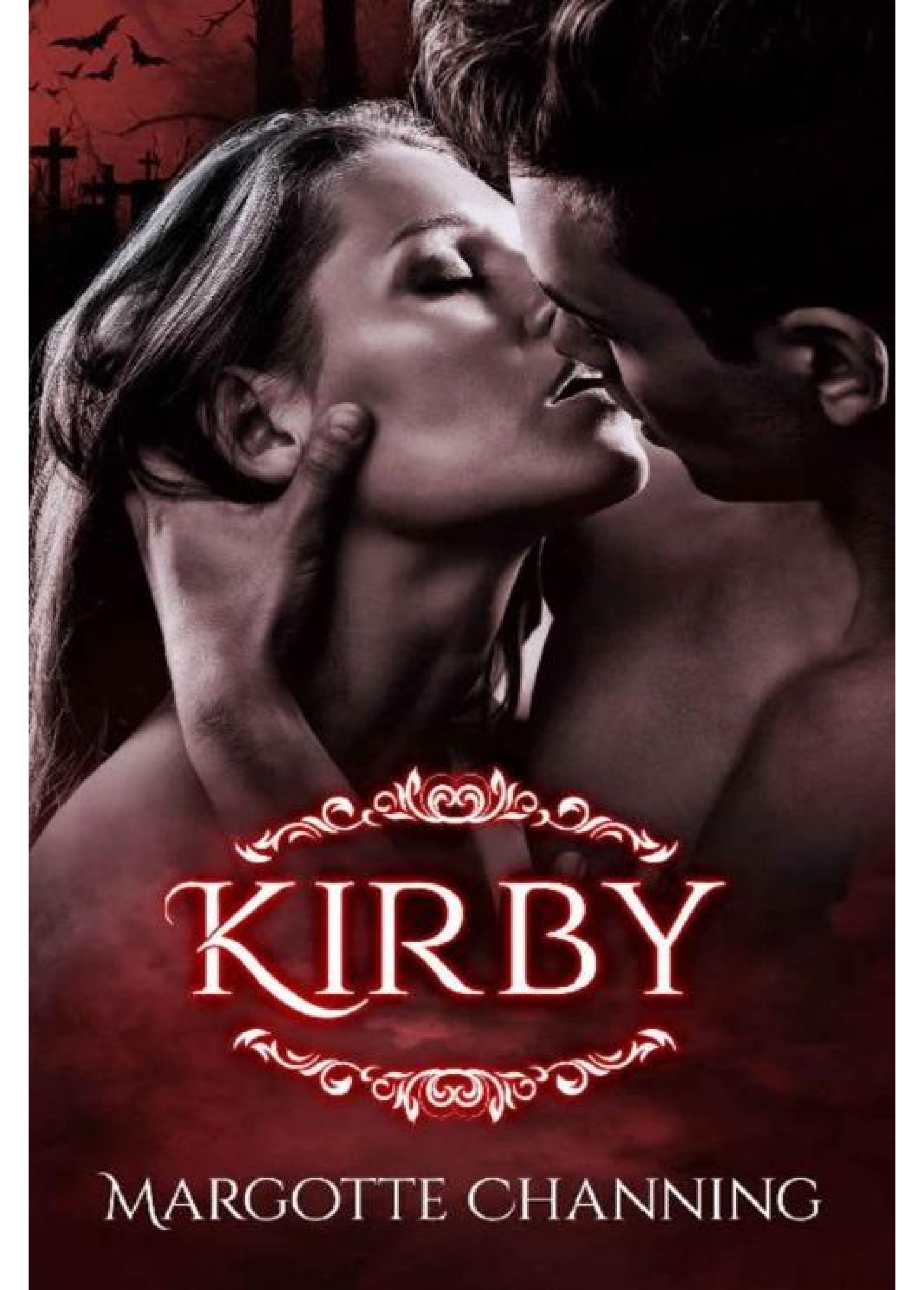
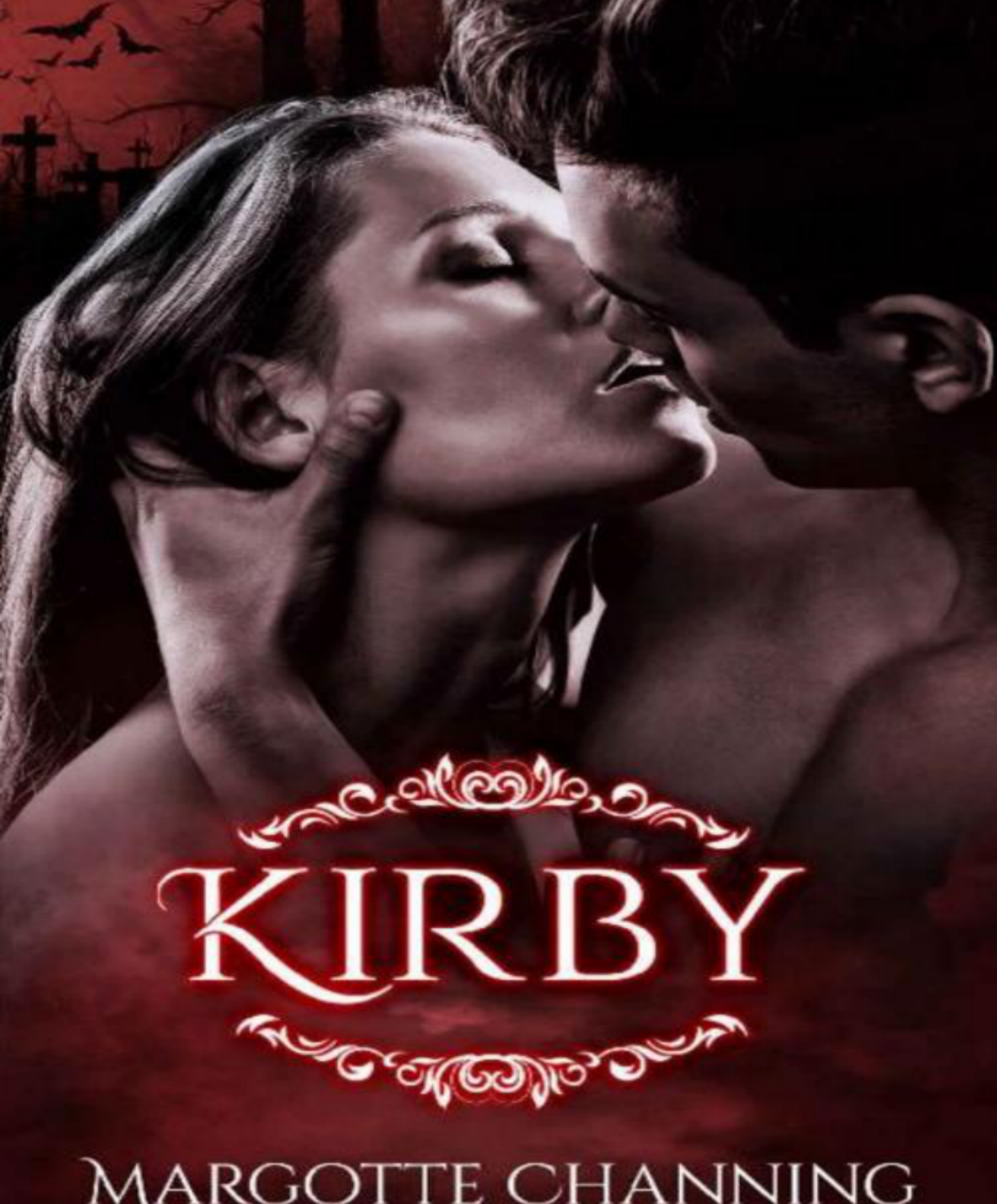
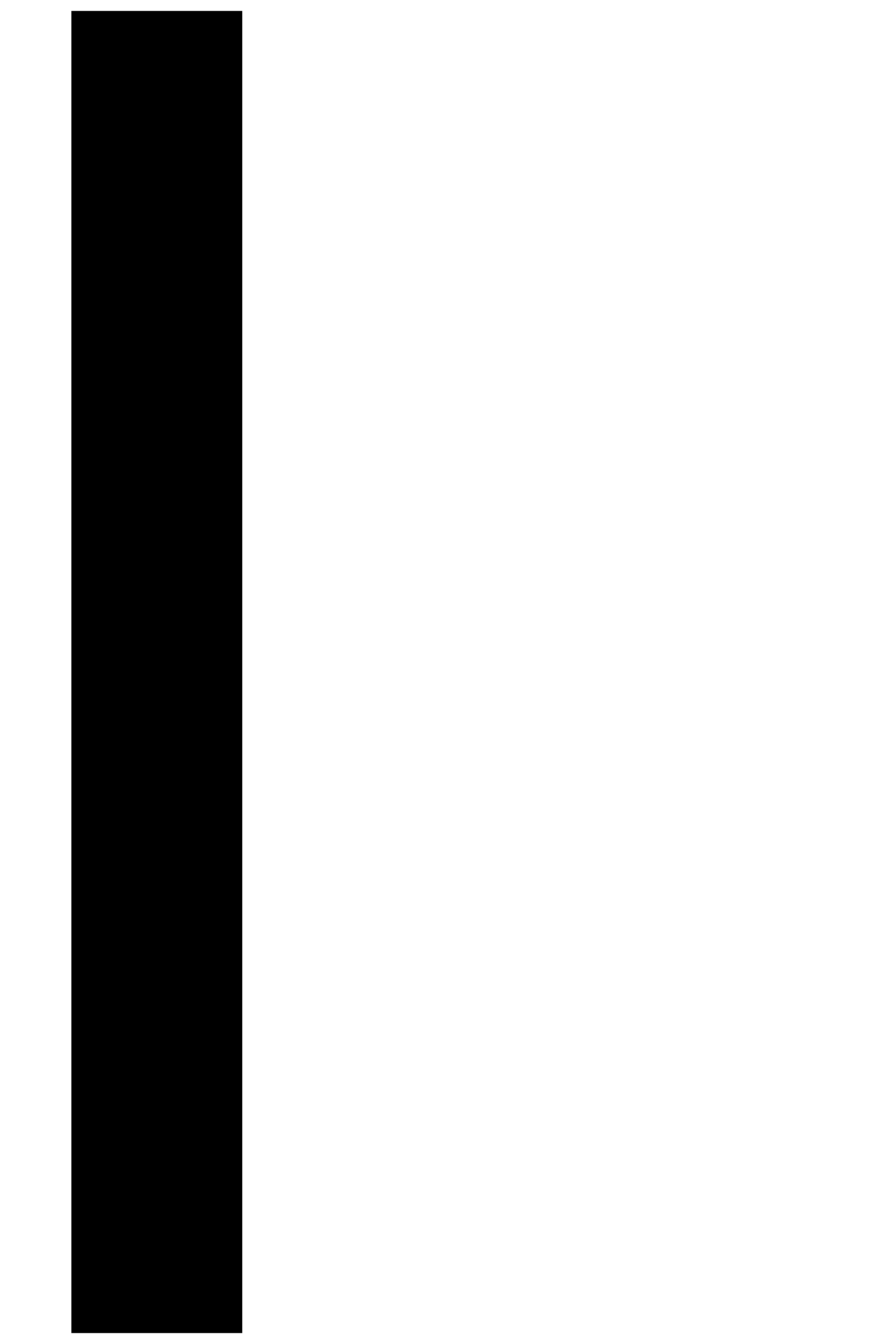

KIRBY
MARGOTTE CHANNING


KIRBY
MARGOTTE CHANNING

MARGOTTE CHANNING

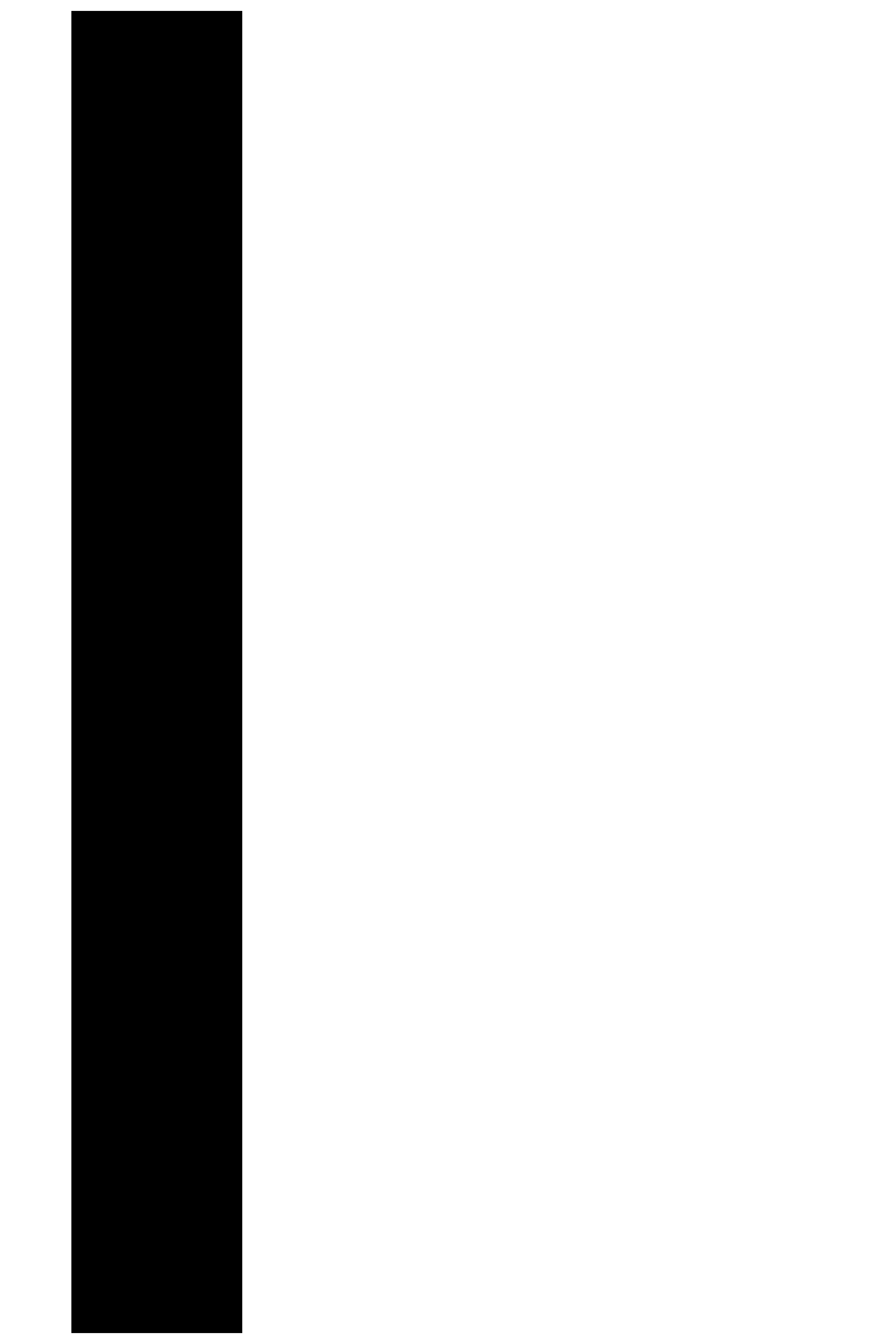


KIRBY

I.S.B.N.: 979-85-74331-27-9

www.margottechanning.com





KIRBY

Consejo de Eruditos de Baddlevam

(Extracto de los escritos que se encuentran en la biblioteca del club Enigma de Dublín).

«… Recientemente hemos certificado el caso de un acoplamiento producido entre un vampiro y una hembra humana, por lo que podemos confirmar que la posibilidad de que ciertas mujeres puedan ser las compañeras de algunos vampiros no es una leyenda.

En los escritos antiguos a estas mujeres se las llamaba *velisha** y, según los pergaminos de Naghar, en sus manos se encuentra la salvación de los machos que han perdido las ganas de vivir. Son, además, la única posibilidad de que vuelva a haber niños en nuestra sociedad.

Para que una humana se convierta en una de los nuestros, el vampiro y ella deben realizar el siguiente ritual: aparearse tres veces durante la misma noche y, en cada una de las tres ocasiones, ambos tienen que beber de la sangre del otro. Solo entonces se producirá la transformación, aunque la transición será dolorosa y durará varias horas.

Los Eruditos de Baddlevam estaremos pendientes por si se produce un nuevo acoplamiento entre miembros de las dos especies, ya que esa parece la única vía para la supervivencia de todos».

**Velisha*: en el idioma antiguo significa pequeño milagro.

UNO

Año 1870
Dublín, Irlanda
Hogar de los Hamilton

Se despertó a causa de los gritos. Se sentó en la cama y se frotó los ojos con los puños, angustiada al reconocer las voces de sus padres; aunque intentó escuchar por qué discutían en esta ocasión, las palabras resultaban sofocadas por la puerta cerrada y se bajó de la cama mordiéndose el labio inferior, intentando no llorar al recordar que su madre le había regañado muchas veces por eso. Trató de no hacer ruido y por eso ni siquiera se puso las zapatillas. Abrió solo una rendija la puerta de su habitación, pero fue suficiente para escuchar el resto de la conversación. Solo tenía ocho años, pero ya sabía que, si se despertaba por una de sus discusiones, era mejor que no lo supieran. En ese momento, hablaba su padre:

—¡Por favor, Marian! Piensa en Kristel, solo te pido eso. ¡Si no lo haces por mí, hazlo por ella! —Escuchar los sollozos de su padre provocó que a Kristel se le saltaran las lágrimas, mientras escuchaba la contestación de su madre.

—Alexander. —Aunque todavía era una niña, reconoció el tono de exasperación y aburrimiento de su madre, porque era el que usaba siempre con ella—. Reconozcamos que nuestra unión fue un error. Tú —se quedó en silencio unos segundos, como si estuviera pensando cómo decir lo que pensaba— me rescataste de la pobreza y te lo agradezco, pero no tenemos nada en común.

—¿Es porque no soy un vampiro?

La súplica en la voz de su padre, el respetado erudito Alexander Hamilton, era palpable y Kristel se tapó la boca con la mano, afligida. Su madre era una vampira pura y su padre un humano y a ella, hasta hacía poco, eso le había parecido de lo más normal. Desgraciadamente el último año había aprendido cuál era el nombre que se usaba para llamar a las personas como ella, que no eran ni humanas ni vampiras: híbrida o mestiza, así la llamaban algunas niñas en el colegio cuando querían insultarla. Su padre le decía que no tenía importancia y que no les hiciera caso; y ella lo había creído. Hasta ahora.

—No creo que esta conversación nos conduzca a nada —la voz de Marian cambió rápidamente del aburrimiento al enfado. Kristel también conocía esa entonación, solía utilizarla cuando ella no se movía o no la obedecía tan deprisa como ella esperaba.

—¿No vas a despedirte de Kristel? —la voz de su padre hizo que

quisiera correr hacia él para abrazarlo, como él había hecho tantas veces para consolarla, pero el miedo que sentía hacia su madre era superior a ese sentimiento.

—Es más hija tuya que mía y los dos lo sabemos. Es demasiado… humana para mí. En realidad, los dos sois iguales. No vais a echarme de menos, Alexander. Es mejor así. —Kristel escuchó sus pasos alejándose y luego, el ruido de la puerta de la calle al cerrarse. Después, los sollozos contenidos de su padre. Intuyendo que, si salía de la habitación, lo avergonzaría. Cerró la puerta cuidadosamente y volvió a su cama. Solo después de que las mantas cubrieran su cabeza, imitó a su padre y lloró, aunque lo hizo con el menor ruido posible. Entonces, se prometió a sí misma que, cuando creciera, sería tan fuerte que no dejaría que nadie le hiciera lo que su madre le había hecho a su padre.

***

Habían pasado tres años y Kristel ya había cumplido los once. Estaban en invierno y la nieve lo cubría todo. Era muy tarde y ya la habían avisado para que se lavara las manos y fuera a cenar al salón, pero no conseguía despegarse del libro. La historia que estaba leyendo era demasiado interesante.

Estaba sentada en su sitio preferido, el sillón que había en la biblioteca junto a la chimenea. Le gustaba tanto porque los cojines eran muy mullidos y, cuando se repantingaba sobre ellos, le parecía que la abrazaban; además, la mantenían calentita. La biblioteca era la habitación más grande de la casa, debido al trabajo de su padre. Tenía más de dos mil volúmenes que trataban todo tipo de temas, vampíricos o humanos, y para Kristel era como estar en el paraíso. Pasaba muchas horas allí, leyendo, placer que su padre le había enseñado a disfrutar desde muy pequeña. Esa tarde estaba terminando *Jane Eyre*, una novela que le había traído de Londres cuando acudió a dar una conferencia. De repente, escuchó el ruido de la puerta de la entrada y una voz inconfundible. Saltó del sillón corriendo, abandonando el libro, y corrió hacia él, que ya entraba en la habitación.

—¡Papá!

Después de abrazarlo, se apartó para observarlo cuidadosamente. A pesar de su corta edad, ya se había dado cuenta de que nunca se recuperaría del abandono de su mujer y estaba preocupada por él. Casi todo su pelo se había vuelto blanco y, aunque siempre sonreía cuando estaba con ella, sus ojos seguían tristes.

—¿Estás muy cansado?

Contestó que no y volvió a abrazarla.

—¡Mi niña! —Parecía como si no se hubieran visto en meses,

aunque solo había faltado de casa una semana.

—Papá, la próxima vez que te vayas, quiero ir contigo. Puedo esperar en la habitación del hotel leyendo. No te molestaré, de verdad. —Él sonrió con tristeza.

—Hija mía —acarició su pelo dulcemente, sintiendo en el alma la temprana madurez que mostraba su hija—, tienes que ir al colegio y aprender. —Sabía que su explicación no la satisfaría.

—El director O`Reilly dice que puede adelantarme un curso o dos si quiero, y que sé mucho más que mis compañeros.

—Lo sé, pero no quiero que te pierdas tu infancia. No tengas prisa por hacerte mayor, Kristel. Quiero que juegues y disfrutes como tienen que hacer los niños a tu edad. —Ella no quiso decirle que no tenía amigas y que nunca los tendría, porque a las niñas de su colegio no les gustaban las mestizas.

Su padre inspiró profundamente, se irguió y, cogiendo a su hija de la mano, le pidió:

—Ven, cariño, sentémonos un momento. Tengo que contarte una cosa. —La niña lo miró con sus enormes ojos color caramelo y supo que no se trataba de nada agradable. Cuando se sentaron juntos en el sofá, él repitió las palabras que había preparado durante las tres horas que había pasado en el tren—. Como sabes, he estado en una reunión con los eruditos, en Galway —ella asintió, muy seria—, allí me he enterado de que tu madre… Mmmm —dudó cómo seguir, a pesar de haberlo ensayado tantas veces, pero su hija lo apremió:

—Dilo, papá, no te preocupes. Ya sé que no va a volver.

—Hija, tu madre ha tenido dos niños. Creo que un niño y una niña, son mellizos.

Kristel palideció por la sorpresa, porque no se le había ocurrido que algo así pudiera ocurrir. El silencio entre ellos se alargó durante unos minutos, mientras ella miraba la alfombra turquesa y marrón que había a sus pies, luego, preguntó:

—Pero no tengo que ir a verlos, ¿verdad?

Alexander Hamilton, por primera vez en su vida, al observar los ojos de su hija, sintió ganas de hacer daño a alguien. Ningún niño debería tener esa tristeza en la mirada. Ninguno.

***

Kristel esperó a estar sola en su habitación, como hacía siempre, antes de desahogarse. Estaba segura de que su madre sí estaría orgullosa de los hijos que acababa de tener. Por casualidad se había enterado de que lord August, su nuevo marido, era un vampiro de sangre pura.

No volvieron a saber nada más de Marian. Ni siquiera se puso en contacto con Kristel cuando Alexander fue asesinado por *La Hermandad* seis años después. Al entierro solo acudieron algunos

conocidos y los cinco eruditos a los que *La Hermandad* todavía no había asesinado, aunque, antes de que terminara el año, ninguno de ellos viviría.

***

—Buenos días, juez Richards —Kirby contestó al saludo del policía que estaba esa mañana de guardia en la puerta del juzgado, pero siguió andando a la misma velocidad con la que lo hacía todo desde que había vuelto de Dublín tres meses atrás, como si no pudiera detenerse ni un segundo.

Había decidido no tener ni un minuto libre para evitar pensar en ella, aunque, de momento, su plan no había surtido efecto. Seguía sin poder dormir bien, algo que se notaba desde hacía semanas en las ojeras moradas que había bajo sus ojos. Pasaba las noches dando vueltas en la cama hasta que, furioso, se levantaba y se sentaba frente a la chimenea con una botella de *whisky* en la mano, de la que bebía hasta que se quedaba dormido. Cuando se despertaba, pocas horas después, se duchaba, se vestía, y se iba a trabajar. Pero había algo peor que no dormir, y era que no había podido volver a beber sangre de ninguna de las proveedoras que solía utilizar. Desde que había vuelto, solo pensar en beber sangre de la vena de cualquiera que no fuera ella, hacía que sintiera ganas de vomitar. Y, como todo el mundo sabía, un vampiro no podía vivir mucho tiempo sin beber sangre.

Le sorprendió comprobar que en la puerta de su despacho estaba esperándole Amber Gallagher, la hija Malcolm Gallagher, el dueño del club Enigma de Cork, que había muerto fruto de un accidente hacía cinco días.

—Señorita Gallagher, no la esperaba esta mañana. —Ella se levantó de la silla y lo miró con sus feroces ojos negros.

—Llámame Amber, por favor. —Él arqueó una ceja por el tuteo, recordando su última visita, pero accedió a su petición.

—Entra, por favor. —Abrió la puerta para que lo precediera, notando las miradas admirativas de algunos de los miembros del personal masculino del juzgado. Les cerró la puerta en las narices y dejó su maletín y su abrigo, mientras decía—: Siéntate, enseguida estoy contigo. —Ella obedeció y esperó a que él hiciera lo mismo.

—Antes de nada, quiero pedirte disculpas. Siento cómo reaccioné la última vez que estuve aquí, pero estaba muy disgustada por la muerte de mi padre. A pesar de lo que te dije, sé que no pretendías engañarme ni ocultarme nada; mi padre te respetaba y él nunca se equivocaba al juzgar a los demás. —Kirby se echó hacia atrás en el asiento, sorprendido. Jamás habría imaginado que la orgullosa Amber Gallagher le pediría perdón por su comportamiento.

Su padre había muerto ahogado al precipitarse al mar mientras montaba en su caballo, aparentemente borracho. Al día siguiente de su muerte, Amber se había presentado en su despacho, gritando que la policía y los jueces de la ciudad eran todos unos corruptos; aseguraba que su padre había sido asesinado, ya que hacía semanas que había dejado de beber.

Kirby lo conocía bastante porque los problemas que causaba estando borracho, le hacían pasar con frecuencia por el juzgado; por ese motivo, el juez no había querido tener demasiada relación con él. Las acusaciones de Amber no eran ciertas, pero Kirby no les había dado demasiada importancia, creyendo que sus palabras estaban dictadas por el dolor que sentía y, como no era especialmente rencoroso e intentaba llevarse lo mejor posible con todo el mundo, no tenía ningún problema en pasar página en esa ocasión.

—No te preocupes, Amber. Por mí está olvidado —tenía curiosidad por saber por qué intentaba congraciarse con él—, aunque espero que no hayas venido para volver a hablar de lo mismo. Ya te dije que la policía estaba investigando el caso y que había que esperar…

—No estoy aquí por eso —interrumpió.

—¿Y qué te trae por aquí?

—Imagino que te has enterado de la muerte del director del puerto de Cobh. —Kirby arrugó la frente.

—Por supuesto. —A diferencia de la muerte de Malcolm Gallagher, la de Walker Nolan le había parecido muy extraña. Lo había tratado bastante, cuatro años atrás, cuando hubo varios asesinatos en el puerto y le había parecido muy sensato. Por eso le había extrañado que muriera de una forma tan tonta, cayéndose por las escaleras.

—Su… secretaria… —Amber tragó saliva y apartó la mirada— Brenda, es amiga mía, fuimos juntas en el colegio. Me ha dicho que entre los papeles de Nolan hay unos pergaminos escritos en el idioma antiguo.

—¿Unos pergaminos? ¿Cómo los consiguió Nolan? —Las pupilas del juez se habían dilatado debido al interés.

—Los encontraron unos obreros que allanaban el terreno donde va a construirse la catedral.

—¿Y por qué se los dieron a él?

—Puede que… —se mordió el labio pensativa, pero decidió decir la verdad— pensaran que así conseguirían más dinero que entregándolos a las autoridades.

—Comprendo. —Todavía quedaba por saber por qué le contaba todo esto a él—. ¿Sabe quién escribió los pergaminos?, ¿o sobre qué tratan?

—No, solo me dijo que son muy viejos, puede que tengan varios siglos de antigüedad. Y que están escritos en el idioma antiguo.

—Es curioso que no se los haya entregado a la mujer de Nolan. —Su mirada traspasó a Amber, que apretó los labios, entendiendo lo que insinuaba.

—La mujer de Nolan conoce la existencia de los pergaminos, pero Brenda todavía no se los ha entregado. Tenía órdenes de Nolan de revisar sus cosas cuando muriera y actuar como mejor le pareciera.

—¿Se lo dejó por escrito? Lo digo, porque si perjudica a su familia, su mujer podría denunciarla.

—No creo. Brenda es la albacea de su testamento. —Kirby la miró, incrédulo.

—Todo esto es muy interesante, pero me gustaría saber por qué me lo cuentas. Antes de nada, tenía que haber buscado un conocedor del idioma antiguo. —La escrutó, esperando que dijera lo que él quería escuchar.

—Los dos sabemos que no queda casi nadie que lo entienda, pero me he imaginado que tú conocerías a algún erudito que lo haga.

Kirby se reclinó en su silla con una sonrisa. Amber tenía razón, conocía a alguien que entendía perfectamente el idioma antiguo. Y no podía estar más contento por haber encontrado un motivo para que ella viniera a Cork. ¡Por fin tenía algo de suerte! Su mirada se perdió durante unos instantes en el mapa de Irlanda que había frente a él, donde había clavado una chincheta roja sobre la ciudad de Dublín, el primer día que volvió a trabajar, como si necesitara que le recordasen dónde estaba ella.

—Sí, conozco a alguien. Enviaré un mensaje para que venga lo antes posible.

—De acuerdo. Muchas gracias.

La mujer se marchó con una sensación extraña después de ver la expresión que lucía el juez Richards, era la misma que un gato cuando acaba de comerse al canario.

DOS

Kristel estaba colocando los libros que los clientes habían devuelto el día anterior. Los compañeros que había tenido en las otras bibliotecas donde había trabajado decían que era lo más aburrido de su trabajo, pero a ella le tranquilizaba. Estaba subida sobre una antigua escalera de madera, dejando en su sitio dos tomos pertenecientes a la historia de la isla de Selaön, cuando escuchó que la llamaban. Era la voz de Cian.

—¡Kristel!

—¡Estoy aquí, Cian!, ¡en la sección de literatura fantástica!

El dueño y director del Club Enigma apareció ante ella enseguida, lo que le indicó que no había utilizado la velocidad normal de un humano, sino la vampírica. Y eso le extrañó, porque no solía hacerlo. Siempre que podía, Cian se comportaba como un hombre normal. Dejó el último libro en su estante y se bajó sujetándose la falda con la mano para no tropezar. Cian, al ver cómo se movía la escalera, la sujetó hasta que ella estuvo en el suelo.

—Esta escalera no es segura. Tienes que avisar de estas cosas. —Frunció el ceño—. Ordenaré que compren otra. —Ella lo miró boquiabierta.

—¡No! No puedes hacer eso. —Acarició la madera—. Esta escalera tiene más de dos siglos. La donó la señorita Chambers antes de mudarse a Londres. —Pero Cian hizo un gesto con el que ella había descubierto, hacía tiempo, que ordenaba silencio. Y con la única persona que no le servía era con su mujer, Amélie.

—Kristel, no voy a dejar que mis empleados utilicen una escalera inestable porque sea una antigüedad; si algo no sirve, tenga los años que tenga, se compra otra, y esta —entrecerró los ojos al distinguir la tozudez en su mirada y decidió no ordenarle que se deshiciera de la dichosa escalera, que era su primera idea— la puedes dejar como adorno apoyada en las estanterías o algo así, pero no la utilices más.

—De acuerdo.

—Pero, aunque la escalera de la biblioteca es un tema fascinante —ironizó—, no es por lo que he venido. El motivo de mi visita es revelarte el contenido de una carta que he recibido. —Sacudió el papel que tenía en la mano derecha, para llamar la atención de la bibliotecaria sobre él—. Viene de Cork. —Ella tragó saliva esperando que, después de tantos años, su madre no hubiera dado señales de vida, pero enseguida se regañó por pensar tal cosa. Estaba segura de que su madre nunca se pondría en contacto con ella y, en el improbable caso de que lo hiciera alguna vez, no lo haría enviándole

una carta a Cian.

Al ver su cara de susto, su jefe dijo:

—Acompáñame al despacho, puede que sea mejor que lo hablemos allí.

Obedeció con el corazón en un puño. Se sentaron frente a frente, separados por la ancha mesa de madera oscura de Cian, y su jefe ahora la observaba con indisimulada curiosidad.

—No suelo meterme en los asuntos de mis empleados, pero te has puesto pálida cuando te he dicho de dónde venía la carta. —Había colocado la carta de forma que ella no pudiera leerla y Kristel se encogió de hombros con estudiada indiferencia.

—No sé a qué te refieres. —Él le enseñó su mejor sonrisa burlona y murmuró:

—Te libras porque mi mujer me espera en casa para comer en media hora y, si quiero llegar a tiempo, tengo que salir en diez minutos, así que…

Esperó a ver si confesaba, pero ella permaneció en silencio. Cian soltó un gruñido bajo al ver que no conseguiría nada y extendió la carta frente a él, confesando:

—La envía Kirby Richards. —Al contrario de lo que le había pasado un momento antes, ahora la piel de Kristel enrojeció, lo que Cian encontró fascinante. Y fue cuando se dio cuenta de que la reacción anterior no había sido provocada por el juez, a pesar de que él creía que sí. Kristel agachó la mirada para ocultarle sus pensamientos y él suspiró—. Al parecer, han encontrado unos manuscritos que parecen… interesantes.

Leyó un trozo de la carta en voz alta:

—«Parece ser que los documentos son muy antiguos. Los han encontrado unos trabajadores que estaban excavando la tierra en el lugar donde se van a poner los cimientos de la Catedral de Cobh. —Levantó la mirada y sonrió al ver el cambio en la expresión de Kristel. Ahora se mordía el labio inferior y estaba sentada en el filo de la silla, a punto de caerse, intentando ver por sí misma las palabras de la carta. Cian siguió leyendo con una sonrisa divertida—… también me han informado de que los pergaminos están escritos en el idioma antiguo. El motivo de que se hayan dirigido a mí, es que no conocen a nadie que pueda traducirlos. Por supuesto, se niegan a que unos documentos tan valiosos salgan de la ciudad, así que me temo que, si podéis ayudarnos, tendréis que enviar aquí a un experto que pueda traducirlos. Con mucho gusto lo acompañaré hasta Cobh y le presentaré a Brenda Stevens, que es la que tiene los documentos en su poder». —Cian la miró inquisitivamente y ella negó con la cabeza.

—No —confirmó verbalmente, por si tenía alguna duda—. No voy a ir. —Su jefe sonreía como si supiera algo que ella no sabía—. A mí no

me hace gracia, Cian, ¿esto es algún tipo de broma que habéis urdido entre todos? —Sabía que Kirby intentaría algo, pero esperaba que se presentara en Dublín con algún pretexto para intentar hablar con ella. Esto no parecía propio de él.

Cian se encogió de hombros disfrutando del momento; desgraciadamente había quedado con su mujer y no podía hacer durar la travesura tanto como le gustaría.

—Tienes razón, Kristel, todo esto es una tontería. ¿A ti qué te importan unos pergaminos perdidos que pueden tener varios siglos? —Dobló la carta en cuatro y se la metió en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Y ahora, me voy a mi casa con mi esposa. —Se levantó y comenzó a ponerse el abrigo.

Kristel respiró hondo sintiéndose mareada. ¡Podrían ser los Pergaminos perdidos de Naghar! ¡Los documentos que su padre había buscado durante toda su vida! Se mordió el labio inferior, dudando, porque no sabía cómo reaccionaría cuando volviera a ver a Kirby, pero la duda solo le duró unos segundos… porque ¡Viajaría al otro lado del mundo si fuese necesario con tal de poder tenerlos en sus manos, aunque fuera solo una vez! Cian, con los guantes y el abrigo puesto, esperaba en el umbral de la puerta de su despacho con una sonrisa de sabiondo.

—¿Qué me dices, Kristel? ¿Le digo a Devan que prepare la maleta?

—¿Devan? —Distraída, pensando en las posibilidades de los pergaminos, repitió el nombre como un loro.

—Sí, después de los últimos ataques de *La Hermandad*, es la única manera en la que te dejaré viajar a Cork.

—Muchas gracias, pero no es necesario… —Cian hizo ese maldito gesto con la mano otra vez, ese con el que exigía silencio. Parecía su preferido.

—Tengo demasiada prisa para quedarme a discutir. Solo quiero que me digas si vas a ir o no.

—¿Puedo elegir? —Él arqueó una ceja, tremendamente divertido.

—Por supuesto, querida. —Ella pasó delante de él, muy digna y no se volvió hasta que llegó a la mitad del pasillo.

—Los dos sabemos que voy a ir, y tú lo sabías desde el primer momento en que recibiste esa dichosa carta. Es demasiado emocionante como para no hacerlo. Dile a Devan lo que quieras, yo voy a hacer la maleta. Estaré lista en media hora.

Se marchó por el pasillo con paso rápido, mientras escuchaba una carcajada y las últimas palabras de su jefe:

—¡No hace falta que corras tanto, el tren no sale hasta las cuatro de la tarde! ¡Y Devan ya tiene los billetes! —Sintiéndose mejor después de escuchar el bufido y el murmullo de su bibliotecaria, que debía de

estar acordándose de todos sus antepasados, se dirigió a la calle para coger su coche, riendo por lo bajo. Estaba deseando llegar a su casa para contárselo todo a Amélie.

***

—Tenía que haberme imaginado que no me dejarías dormir ni un momento.

Había pensado aprovechar el tiempo en el tren para descansar, pero Devan no era de la misma opinión. Viajaban en un compartimento privado para los dos que les permitía viajar con total comodidad.

Kristel lucía un vestido de terciopelo verde oscuro que resaltaba sus ojos y que delineaba perfectamente su delgada silueta, y Devan iba tan impecablemente vestido como siempre; el traje se le adaptaba al cuerpo como una segunda piel, aclarando por qué tanto él como Cian se hacían la ropa a medida. Devan era alto y delgado y tenía el rostro de un querubín, pero, como Kristel sabía bien, no era ningún angelito.

—A ver si así consigues dormir por las noches. —La forma en que la miró, la desconcertó.

—¿Estás preocupado? ¿Por mí? —él asintió, sorprendiéndola aún más. Hacía tiempo que lo sospechaba por su forma de actuar con ella, pero él nunca lo había admitido claramente.

—No sé de qué te extrañas. Somos amigos, ¿no? —No pudo evitar sonreírle. Devan, cuando quería, era encantador y solía utilizar su atractivo sin ningún pudor. Gracias al trabajo de ambos en el club, en los últimos meses habían podido conocerse bastante bien y entre ellos había nacido una singular amistad.

—Sabes que sí, es solo que no estoy acostumbrada a tener amigos. —La miraba fijamente—. Deja de mirarme como a un bicho raro. —Él rio a carcajadas, negando que lo hiciera.

—Sigo sin entender por qué te resulta tan raro que la gente te coja cariño. Cian también te aprecia, pero no tiene tanta confianza contigo como yo. —Kristel se ruborizó, aunque esta vez fue por la satisfacción que le provocaron sus palabras, ocasionando más risitas en su amigo.

—¡No te rías! —susurró cariñosamente y él hizo un mohín como si fuera un niño al que le hubieran regañado por travieso.

—Espero que me hagas caso y con este viaje empieces a disfrutar de la vida… y, para empezar, enseguida voy a hablarte de la señora Hopkins, pero antes voy a contarte un secreto que te va a encantar.

—¿Qué es? —se extrañó al ver que Devan bajaba la voz y se inclinaba hacia ella, a pesar de que estaban en un compartimento privado.

—Hace semanas que Kirby, Gale y Cian, ayudados por los *Cuatro Legendarios*, han comenzado a hablar con algunos estudiosos —sus

palabras consiguieron que Kristel sintiera un sudor frío. Abrió la boca, pero volvió a cerrarla instantáneamente, sin atreverse a decir lo que tenía en la punta de la lengua—. Venga, pregúntamelo —la animó. Ella tuvo que mojarse los labios antes de hacerlo:

—¿Están buscando eruditos para el nuevo consejo?

—Sí, y se están encontrando con más dificultades de las que pensaban. Ya ha habido varios que se han negado, por lo que les ocurrió a los anteriores miembros. —No dejó de observarla ni un segundo—. ¿Te gustaría ser uno de ellos? —Kristel se sobresaltó.

—¿Yo?

—Sí, no conozco a nadie más capacitado que tú. Y tanto Cian como Kirby y, por supuesto, Gale, quieren que, los que entren, sean los que más lo merezcan. —Ella desvió la mirada, pero Devan no dejó que se escabullera. Podía ser muy insistente cuando quería—. Pensaba que dirías que sí enseguida…

—Desde que soy adulta no he deseado ni una vez tener el mismo trabajo que mi padre —sus ojos se habían llenado de sombras—, aunque, cuando era una niña era a lo único a lo que aspiraba, por eso estudiaba tanto… ¿Es que te han dicho algo?

—Cian me preguntó si creía que tú querrías formar parte del proyecto.

—¿Y qué le has contestado?

—Que te lo preguntaría y también que sería una pena que dijeras que no, porque estoy seguro de que hay pocos estudiosos que sepan tanto como tú de la época antigua. Al menos en Irlanda.

—Ahora mismo no tengo una respuesta para ti. No sé si el riesgo merece la pena —suspiró—. Mi padre murió solo por haberse atrevido a casarse con una vampira siendo un simple humano; él nunca hizo daño a nadie y, cuando lo asesinaron, lo perdí a él, mi casa y mi país. Solo por ser su hija, una mestiza, pasé a ser objetivo de *La Hermandad* —Devan asintió, algo abochornado por ser vampiro en ese momento, aunque ya se lo había contado—. Aquella época fue la peor de mi vida.

—Sabes lo que opino de todo lo que os hicieron, pero si ellos no existieran, ¿lo harías?

—Por supuesto que sí. No creo que exista un trabajo más apasionante para mí. Viajar por todo el mundo estudiando escritos antiguos, y debatir con otros científicos cómo mejorar la vida de nuestra sociedad… —suspiró con una sonrisa—. Mi padre me habló mucho sobre esas reuniones en las que se hablaba de todo, literatura, ciencia, astronomía… disfrutó inmensamente de su trabajo. No sé si yo sería la persona adecuada.

—Lo serías. Tu padre te enseñó bien y tú has terminado de prepararte durante estos años; pero no voy a intentar convencerte,

solo déjame recordarte algo que dijo Séneca: «La verdadera felicidad es disfrutar del presente». —Se quedó boquiabierta, no por la frase ya que la conocía de sobra, sino porque Devan no parecía alguien que hubiera leído a su filósofo griego preferido. Su estupor le causó gracia —. Yo también leo de vez en cuando —bromeó—. Kristel, quiero que pienses si merece la pena dejar de hacer algo que te gusta tanto, por miedo a lo que pueda pasar. Tarde o temprano es una decisión que todos tenemos que tomar, pero te prometo que te apoyaré, decidas lo que decidas.

—Está bien. Lo pensaré.

—Y otra cosa, es inaceptable que el trabajo sea lo único emocionante de tu vida.

—Me pregunto cómo es posible que engañes a todo el mundo con esa aparente superficialidad que muestras habitualmente. —Devan se miró las uñas, en una demostración traviesa de la actitud de la que ella hablaba, y que exhibía cuando no quería que lo tomaran en serio.

—No estamos hablando sobre mí, cariño. —Kristel hizo una mueca de contrariedad.

—¿Vas a ponerte tan pesado como habitualmente hasta que consigas una respuesta?

—En una palabra: sí. —Volvió a inclinarse hacia ella, desapareciendo de su cara la expresión de aburrimiento que tenía tan ensayada—. Kristel, no quiero que dentro de unos años te arrepientas de algo que no hiciste por cobardía, sé que tú no eres así. Confía en mí, por favor. Tú no sabes lo que es… —arrepentido por haber estado a punto de hablar demasiado, se reclinó en el sillón y terminó diciendo—: Dejémoslo, ya veo que todo lo que te diga va a ser inútil. —Ella cubrió la mano masculina con la suya, un poco avergonzada.

—Sé a lo que te refieres y lo pensaré, te lo prometo. Es solo que el juez Richards —se estremeció al decir su nombre y recordar lo que había sentido la primera vez que se miraron— no era como yo esperaba y me sorprendió, eso es todo.

—Kristel, saltaban chispas entre vosotros. Todos los que os vimos juntos, nos dimos cuenta —sonrió de nuevo traviesamente y, levantando su mano le dio un suave beso en los nudillos— y, como has aguantado muy bien mi charla, aunque sé lo aburrido que es escuchar consejos… ha llegado el momento de la diversión, voy a hablarte de la señora Hopkins.

—¿Quién es? —Devan sonrió, sin contestar, y comenzó su historia:

—Hace unos cincuenta años, más o menos, cuando empecé a trabajar en el Enigma, había una vieja bibliotecaria que se llamaba señora Hopkins, aunque luego nos enteramos de que ese no era su nombre verdadero. —Kristel lo miró, incrédula.

—¡Me mentisteis! ¡Dijisteis que no había habido ningún

bibliotecario en el club desde el señor Sanderson, el anciano vampiro que se despidió de la vida con una fiesta a la que asistió toda la sociedad de Dublín!

—Nos dio vergüenza hablarte de ella, pero no te mentimos. —Al ver su cara, se explicó—: El señor Sanderson sustituyó a la señora Hopkins; era muy anciano y llevaba muchos años solo, desde que su mujer murió en un accidente. Siempre decía que quería dejar de vivir, y Cian, aprovechando su profundo conocimiento de los clásicos, le ofreció el puesto de bibliotecario, esperando que el trabajo le animara a seguir viviendo unos años más. Desgraciadamente, no sirvió de mucho. —Entrecerró los ojos, pensativo—. Creo recordar que estuvo con nosotros solo diez meses. Se notaba que estaba muy cansado y todos imaginábamos que tarde o temprano, se marcharía. Después de él, no hubo nadie más hasta que llegaste tú —Kristel asintió deseando que le contase el resto—. Entonces, continúo con la señora Hopkins. También era muy mayor y parecía encantarle su trabajo. —Rio por lo bajo, aunque Kristel no le veía la gracia.

—¿Era una vampira pura? —La sonrisa de Devan se desvaneció al escuchar su pregunta.

—Sí. —Hasta que fueron amigos, no había sido consciente del sufrimiento que sentían los híbridos o mestizos (dos palabras que Devan ahora odiaba), a causa de la forma en que los veía el resto de la sociedad. Decidió aparentar que su pregunta no lo había estremecido y continuó—: No me interrumpas más, pesada. —Kristel meneó la cabeza y se acomodó en su asiento, dispuesta a disfrutar. Devan era un excelente narrador—. Desde el principio, a Cian y a mí nos llamó la atención que la bibliotecaria estuviera tan entregada a su trabajo y que se pasara el día metida allí. Llegaba la primera y se iba la última, incluso le habíamos dado una copia de las llaves para que pudiera abrir y cerrar. —Kristel se extrañó porque, al menos desde que ella trabajaba allí, siempre había alguien de seguridad en la puerta que abría a los empleados—. Aquella era una época mucho más tranquila y no suponía ningún peligro para ella estar sola en el club. Además, su hijo siempre iba a recogerla por las noches y la traía al club a primera hora de la mañana.

—¿Cuánto tiempo estuvo trabajando en el Enigma?

—Varios años. No te creas, ahora somos capaces de reírnos de lo ocurrido, pero entonces… creo que tardamos años en poder verlo con humor.

—¡Por favor! Estoy deseando que me lo cuentes.

—Antes tengo que ponerte en antecedentes. Quiero que te imagines como era: una vampira muy mayor, de aspecto muy frágil, con el pelo blanco. —Hizo una mueca—. Debía de tener varios siglos… era pequeñita y muy delgada, casi como tú. —Ella le dio un golpe en el

brazo.

—¡Oye! ¡Que si quiero te puedo pegar una paliza! —Él se apartó levantando el brazo como defensa, riendo a carcajadas.

—Si me maltratas, no te cuento el resto. —Ella volvió a recostarse en el asiento, sin dejar de sonreír.

—Sigue —ordenó.

—De acuerdo. —La picardía de su mirada le avisaba de que se fuera preparando para lo que continuaba—. Durante años, todos los que trabajábamos en el club nos acostumbramos a que la señora Hopkins y su hijo siempre estuvieran en la biblioteca. Cuando llegábamos por la mañana ella ya estaba allí y cuando nos marchábamos por la noche, seguía en su puesto. Por entonces, el de Dublín era el único Enigma que había en Irlanda y uno de los pocos en toda Europa, y era muy habitual que nos solicitaran copias de los libros y los pergaminos que había en la biblioteca. —Eso ya lo sabía Kristel. En la biblioteca se guardaban inventarios de todas las copias que se habían hecho, cuándo, y a dónde se habían enviado.

—Es curioso que nunca haya oído hablar de ella —murmuró. Cada vez estaba más extrañada.

—Si me dejas terminar de explicártelo… —Ella puso los ojos en blanco y se prometió que no volvería a abrir la boca hasta que terminara—. Una noche Cian y yo habíamos ido a… una fiesta cerca del club. —Kristel sonrió porque supo, por su forma de decirlo, que esa fiesta incluía mujeres y alcohol, ¡habría que verlos a los dos en aquella época! Y por la sonrisa de Devan, todavía recordaba cómo se lo pasaron—. Estábamos bastante borrachos, tanto, que decidimos volver al club en lugar de irnos a casa y dormir allí. Ya sabes que hay varios dormitorios abajo; y, aunque por entonces el piso de Cian no estaba tan arreglado como ahora, había un par de camas. —Kristel casi no respiraba esperando el final de la historia—. Cuando entramos, a pesar de ir tan bebidos, escuchamos ruidos al otro lado del club y se nos quitó la borrachera de golpe. Cian y yo nos miramos durante un instante y corrimos silenciosamente hasta la biblioteca, de donde procedían los sonidos. —Kristel estaba a punto de gritar por la curiosidad, pero él puso fin a su agonía—. Al llegar allí no vimos nada, y fue cuando nos dimos cuenta de que el sonido venía de la sala de reuniones. A pesar de que la puerta de la sala estaba cerrada, escuchamos a una mujer gritando algo a un hombre y cómo este se quejaba, además… —en su mirada se notó el estupor que sintió en esos momentos— oímos… latigazos. Cian abrió la puerta decidido, al igual que yo, a luchar contra los intrusos, pero los dos nos quedamos atónitos por la imagen que apareció ante nosotros. —Respiró profundamente antes de continuar—. Encima de la mesa que los miembros de *La Brigada* y los de la junta directiva del club, entre

otros, usaban para sus reuniones, había un hombre tumbado bocarriba, casi totalmente desnudo, a excepción de un trozo de cuero negro que cubría sus partes pudendas y una máscara que le tapaba el rostro. Estaba atado con las piernas y los brazos extendidos, mientras recibía latigazos de la señora Hopkins, que solo llevaba ropa interior de cuero negro igual que él, pero ella llevaba el rostro descubierto. El que suponíamos que era el hijo de la señora Hopkins, que más tarde descubrimos que era su amante y ayudante, estaba tomando fotos de todo.

—¿Qué? —Devan volvió a reír al ver su cara de sorpresa.

—Esa misma cara de incredulidad se nos quedó a Cian y a mí. Días después nos enteramos de que la señora Hopkins era una ancianita muy ocupada. Era la mayor *dominatrix* de toda Europa y utilizaba el club, y más concretamente la biblioteca, todas las noches, para trabajar con alguno de sus esclavos. Por lo visto le pagaban una fortuna por cada sesión. —Kristel comenzó a reír sin parar imaginando la escena y, cuando terminó, tuvo que abrazarse por la cintura porque le dolía el costado de tanto reír y más relajada que en años. Devan esperó a que se calmara antes de continuar—. Lo mejor fue cuando nos dijo que había llegado a un nivel de excelencia tan alto en su trabajo, y se refería a su forma de utilizar el látigo, por supuesto, porque llevaba usándolo más de ciento cincuenta años y consideraba que realizar sus… prácticas en la biblioteca, era una especie de honor para el club. Más tarde nos confesaría que su mayor negocio eran las fotografías y que había estado buscando un lugar tranquilo donde poder realizarlas; por ese motivo había empezado a trabajar en la biblioteca, ya que a sus clientes les daba mucho morbo verla trabajar en un lugar como ese.

—¿Quieres decir que en la mesa donde se reúnen los miembros de *La Brigada* o los *Cuatro Legendarios*, esa mujer y sus… clientes…? —No pudo seguir hablando, se encontraba a medio camino entre el horror y la diversión.

—No. Cian se deshizo de todos los muebles que había entonces y los cambió por otros. Dijo que no podía soportar verlos. —Torció la boca haciendo una mueca y los dos empezaron a reír a carcajadas. El resto del viaje hablaron poco, la mayor parte del tiempo estuvieron envueltos en un cómodo silencio hasta que llegaron a Cork.

TRES

Kirby recorrió varias veces el andén, hasta que se dio cuenta de que así solo conseguiría ponerse más nervioso. Por fin escuchó el sonido de la locomotora avisando de su cercanía y se colocó en la mitad del andén, porque no sabía si ella estaría en los primeros vagones o en los de cola. Según el reloj de la estación y el suyo de bolsillo, que iba a desgastar si lo seguía mirando, el tren llegaba extrañamente puntual, apenas se retrasaba quince minutos.

Respiró hondo un par de veces, pero seguía muy tenso. Hacía demasiado tiempo que no la veía y haría lo que fuera para que esta vez no lo rechazara.

El tren hizo su entrada en la estación, reduciendo la velocidad, hasta detenerse definitivamente frente a él soltando vapor y suciedad. La vio enseguida, llevaba el pelo recogido debajo de un sombrerito verde y se le aceleró el corazón por su cercanía, pero cuando la observó reír con un hombre cuya cara no podía ver, frunció el ceño, suspicaz, aunque pensó que sería otro pasajero. Se acercó a la puerta del vagón que un empleado mantenía abierta y esperó impaciente a que bajara.

***

Kristel seguía riendo después del último comentario de Devan acerca del sombrero de una pasajera. Con toda la maldad de la que era capaz, que era mucha, había hecho un análisis detallado del gorrito que estaba decorado con una jaula pequeña dentro de la que había dos pájaros. Todavía intentaba controlar las carcajadas cuando puso el pie en el primer escalón para bajar del tren y encontró una mano frente a su rostro con la palma hacia arriba, ofreciendo su ayuda silenciosamente. Dudó un segundo antes de aceptar porque enseguida había sabido a quién pertenecía. Al final lo hizo porque, aunque él no llevaba guantes, ella sí, y pensó que eso la protegería de su tacto. Con una sonrisa muda, se apoyó en su mano y bajó los escalones. Devan la siguió en silencio y se mantuvo así mientras ellos se miraban a los ojos.

—Bienvenida, Kristel. —Aún tenía su mano resguardada por la suya, transmitiéndole su calor a través de la fina piel de los guantes.

—Gracias, Kirby. —Devan observaba la escena con una sonrisa socarrona y decidió dar un paso al frente, seguro de que eran capaces de marcharse sin él, olvidándose de que estaba allí.

—Juez Richards. —Adelantó la mano para estrechar la del otro

vampiro; Kirby pareció sorprendido al verlo, miró a Kristel y volvió a mirarlo a él. Después arqueó una ceja pidiendo una explicación, provocando que Kristel, precisamente por su gesto decidiera no explicarle nada, pero Devan no tenía ganas de tener un enemigo tan peligroso como el juez, solo por un malentendido—. He venido a acompañar a Kristel siguiendo instrucciones de Cian. Por su seguridad. —Kirby entrecerró los ojos, captando la intención oculta en la última frase.

—Por supuesto. —Ofreció su brazo a Kristel—. ¿Nos vamos? —Ella colocó su mano en el duro antebrazo del juez y se volvió a mirar a Devan que simuló observar el tejado de la estación, como si estuviera interesado en su construcción. Pero Kristel no era tonta, acababa de pasar algo entre los dos vampiros, algo que le afectaba a ella. No sabía qué era, pero lo averiguaría—. No tenía ni idea de que Ravisham te acompañaría, pero me alegro de que no hayas viajado sola.

Devan, de manera sutil, se colocó en el costado libre de Kristel, en su flanco derecho, de modo que cada uno de los dos vampiros custodiaba uno de sus lados, aunque los dos caminaban tan tranquilos como si no tuvieran ningún problema en el mundo. Mientras Kristel contestaba a su comentario, el juez lanzó una rápida y dura mirada a Devan, que el aludido respondió con una sutil inclinación de su cabeza confirmándole que, cuando estuvieran a solas, hablarían.

—Cian insistió. A decir verdad, se puso muy pesado. —Hizo como si no se diera cuenta de las miraditas entre los dos y puso los ojos en blanco. No se podía creer que de verdad pensaran que estaban siendo discretos—. Al principio no me pareció bien, pero después me he alegrado de que lo hiciera. Como sabrás, Devan es encantador y el viaje se me ha pasado volando. Así no me he vuelto loca por las ganas que tenía de llegar para estudiar esos documentos —intentaba pincharle un poco, molesta por las miraditas entre ellos y, aunque notó la tensión en el brazo de Kirby y su mirada de reojo, el juez no contestó. Siguió caminando con la misma tranquila elegancia, y ella tenía que seguirlo.

—Tengo el coche fuera —Devan se anticipó a explicarle que ya tenían planes.

—Tenemos reservadas un par de habitaciones en el Hotel Real —Kirby asintió con desinterés cuando llegaron frente a su carruaje. Abrió la puerta y sujetó el brazo de Kristel para ayudarla a entrar—. Permíteme que te ayude, querida. —Después de que se acomodara, se apartó a un lado del carruaje para que no pudiera verlo y se quedó mirando a Devan fijamente, hasta que en las profundidades de sus pupilas aparecieron dos llamas rojas; el otro vampiro levantó las manos con las palmas hacia arriba en son de paz, negando con la cabeza. Kirby se obligó a calmarse, seguro de que había dejado las

cosas claras y se sentó junto a Kristel. Devan lo siguió.

Mientras el carruaje rodaba por las calles empedradas de Cork, Kristel estuvo más parlanchina de lo habitual. Confesó lo ilusionada que estaba por tener la oportunidad de estudiar los pergaminos, sin darse cuenta de que ninguno de los dos machos dijeron ni una palabra durante todo el trayecto. Cuando el coche se detuvo y un lacayo abrió la puerta, Kristel y Devan se dieron cuenta de que no estaban ante su hotel.

Era un barrio lujoso, se veía enseguida por lo limpio que estaba, por los edificios lujosos y porque en las calles ya se habían instalado las farolas de gas, que habían comenzado a extenderse por toda Europa desde hacía pocos años. Kristel bajó del coche ayudada por Kirby, boquiabierta ante la belleza del edificio que tenían delante. Era una mansión georgiana de estructura cuadrada, de color gris y cuatro plantas de altura. Tenía numerosas ventanas y en el trozo del jardín que podía verse desde allí, había dos sauces llorones cuyas ramas llegaban hasta el suelo, creando un ambiente mágico, aumentado por las numerosas flores que coloreaban los bordes del camino que, cruzando la verja, conducía hasta la casa. El conjunto formaba un conjunto colorido, pintoresco y extrañamente acogedor.

—¿Este es el hotel? —lo preguntó, a pesar de que conocía la respuesta.

—No, es mi casa.

—¿Qué hacemos aquí? —La mirada del juez se perdió en las profundidades de los ojos de ella, que ahora parecían verdes.

Fue lo primero que le llamó la atención de ella, sus ojos. Había veces que eran dorados, con un color parecido a los de él, y otras eran verdes dependiendo de su estado de ánimo.

Devan también había bajado del coche y ahora admiraba el palacete-residencia del juez demostrando que, aunque por su actitud no lo parecía, era más rico que Creso. Devan se acercó unos pasos al edificio para observarlo más de cerca, haciendo que tanto Kirby como Kristel salieran de su mutuo ensimismamiento y lo miraran. Kirby carraspeó mientras levantaba su brazo izquierdo a modo de invitación:

—Después de todo, estáis aquí por mi culpa. Y como podéis ver, tengo habitaciones de sobra. —Devan empezó a caminar hacia la puerta que mantenía abierta el que parecía ser el mayordomo, dejándolos solos.

Tenía la intención de estorbar lo mínimo posible a la pareja, esa era una de las razones por las que había accedido a venir cuando Cian se lo propuso. Quería estar seguro de que Kristel no desaprovechaba la oportunidad de ser feliz, por miedo o por su pasado. Si Kirby no hubiera enviado el mensaje, Cian y él ya habían empezado a pensar cómo hacer para que el juez tuviera que viajar a Dublín en poco

tiempo. Ambos habían visto la tremenda atracción que había surgido entre el juez y Kristel cuando se conocieron, y era algo demasiado especial para dejar que los protagonistas no lo aprovecharan. Devan conocía bien a Kristel y sabía que solo necesitaba un pequeño empujón para enamorarse. De momento, el juez se estaba desenvolviendo bien; lo de llevarlos a su casa, había sido una buena jugada.

Kristel observó con el corazón retumbando en sus oídos cómo Devan charlaba un momento con el mayordomo y luego entraba en la casa.

—¿Vamos? —Kirby volvió a ofrecerle su brazo y bajo su seriedad habitual, ella notó la duda en su expresión y eso hizo que le sonriera ligeramente antes de aceptar. Entraron en la casa sin que ella se percatara del gesto de júbilo que había aparecido en el rostro del vampiro.

***

Alfred, el mayordomo, no perdió la compostura en ningún momento, a pesar de que el juez no le había avisado de que iban a tener invitados en la casa durante unos días. Que solo faltaran unos minutos para la hora de la cena, que la cocinera solo hubiera preparado comida para un comensal, y que la única habitación del piso superior que estaba lista para esa noche fuera la del dueño de la casa, era algo que a Kirby Richards no se le había pasado por la cabeza. Pero el mayordomo fue en lo primero que pensó en cuanto escuchó sus palabras:

—Alfred, te presento a la señorita Kristel Hamilton y a Devan Ravisham. —La mirada del mayordomo se detuvo un par de segundos más de lo habitual en la mujer, conociendo el interés que su jefe tenía en ella. Inclinó la cabeza ante ellos con un murmullo y Kirby continuó —: Se van a quedar unos días con nosotros.

—Por supuesto, señor. Entonces, ¿aviso en la cocina de que serán tres para cenar?

—Sí, esperaremos en el salón. —Se volvió hacia Kristel, a la que le había quitado el abrigo él mismo y se lo había entregado a Tom, el ayudante del mayordomo. Había aprovechado para rozar el cuello de la mujer con un dedo, sintiendo sus colmillos palpitar al hacerlo. Sonrió con aspecto inocente diciendo—: Por aquí. —Guio a sus invitados hasta el salón y esperó educadamente a que ellos entraran en la habitación, antes de hacerlo él.

En cuanto desaparecieron, Alfred cambió, andando con la máxima celeridad hasta la cocina que estaba en el otro extremo de la mansión. La rapidez a la que se movía contrastaba con la dignidad que lucía habitualmente. Era un hombre muy alto y delgado, de gesto serio.

Tenía la mandíbula cuadrada, nariz aguileña, grandes ojos verdes y el pelo gris. Al entrar en la cocina su mirada se dirigió, como siempre, a la cocinera, Mary Anne Farrell, una mujer joven llena de curvas (aunque para él tenía las justas, ni más ni menos), bajita, con los ojos grises, pelirroja y pecosa. Ella lo miró mientras se lavaba las manos en el fregadero y arqueó sus cejas rojizas. Se conocían demasiado bien y sabía que pasaba algo.

—Ha traído invitados. Dos. Se quedan a cenar y a pasar unos días —ella asintió, tranquila, y se secó las manos en el delantal y ordenó a su ayudante:

—Mary, trae el trozo de carne que hay en la fresquera y luego comienza a afilar el cuchillo de los filetes. —Se dirigió a la despensa y se agachó para buscar algo. Alfred la siguió y no pudo resistirse. Se acercó y se pegó a la parte trasera de ella, agarrándola por las caderas, con un gemido de deseo. Ella se dio la vuelta indignada—. ¿Qué haces?, ¿estás loco? —susurró, mirando detrás de él por si la pinche los había visto.

Alfred sonreía como si tuviera diez años y, aprovechando que se había dado la vuelta, la enganchó por la cintura, y la acercó a él para besarla con pasión. Fue un beso corto, pero intenso, que la dejó acalorada y con estrellas en los ojos y, a pesar de ello, lo empujó para apartarlo de ella. Él se inclinó y le dio un último beso en la mejilla marchándose con una gran sonrisa que intentó ocultar al salir.

—Voy a avisar a las doncellas para que preparen las habitaciones —ella murmuró algo que no se escuchó con claridad, porque ya había vuelto a inclinarse sobre la cesta de las verduras, que era lo que estaba haciendo cuando Alfred la había asaltado inesperadamente. Finalmente, se decidió a preparar unas patatas para acompañar la carne, y como primer plato utilizaría la crema de calabaza que tenía preparada para el día siguiente. Metió las patatas en su delantal ahuecado para que le sirviera como bolsa y se alejó cojeando ostensiblemente, lo que no le impedía andar a la misma velocidad que cualquiera. Estaba acostumbrada a su «singularidad» como la llamaba Alfred, ya que siempre había sido coja, desde su nacimiento. Tenía pocos días de vida cuando la habían abandonado en un orfanato dirigido por monjas con mano de hierro. Seguramente su familia lo había hecho al darse cuenta de que su pierna izquierda era varios centímetros más corta que la derecha.

***

—Seguro que estáis muertos de hambre. Voy a preguntar por qué la cena tarda tanto. —A pesar de que Kristel sentía el estómago vacío, puso su mano sobre la de Kirby para evitar que se levantara. Ella sí

sabía por qué la cena estaba tardando, porque a la pobre cocinera nadie le había avisado de que irían a cenar esa noche, de modo que compuso su mejor sonrisa y contestó:

—Démosles otros quince minutos. Estamos muy a gusto. Mientras, podrías contarme todo lo que sepas sobre los pergaminos. —El juez abrió la boca para decirle que realmente no sabía nada más que lo que ya le había dicho, cuando Devan comentó:

—Pues yo me comería un buey.

Estaba sentado enfrente de ellos, en un sillón orejero, con un vaso de *whisky* en las manos que se terminó de un trago en ese momento. Al ver la mirada de su amiga, dijo:

—Está bien, está bien… aunque tengo hambre, puedo esperar.

Llamaron a la puerta. Kirby contestó:

—Pase. —Era Alfred. Les comunicó que la cena estaba servida y pasaron al comedor.

El anfitrión la acompañó hasta la silla que estaba a la derecha de la suya; la de Devan estaba a la izquierda del juez. Cuando todos se sentaron les sirvieron crema de puerros, su favorita, y tuvo el placer de ver cuánto le gustaba a Kristel.

—¿Te gusta? —Ella cerró los ojos, relamiéndose, y él sintió que su miembro se hinchaba al ver su lengua. Se movió en la silla intentando ponerse más cómodo.

—¡Está buenísima! Y eso que los puerros no me gustan demasiado… nunca había probado una crema tan rica.

—Annie es la mejor cocinera de todo Cork. —Buscó la mirada de su mayordomo que estaba junto a la puerta, haciendo indicaciones a las dos doncellas que les estaban sirviendo la cena—. ¿No es verdad, Alfred?

Ante la sorpresa de Kristel, el mayordomo perdió su máscara de frialdad y sonrió de tal manera, que supo que la cocinera era muy especial para él.

—Sí, señor. Y posiblemente, de toda Irlanda.

Kirby bajó la cabeza y siguió comiendo, pero Kristel se quedó con la cuchara a medio camino pensando que esa faceta de él, tan cercana a su mayordomo, le hacía mucho más atractivo para ella. Recordándose que había cerrado ese capítulo antes de abrirlo, terminó su crema en silencio. La tensión que había entre ellos les hacía difícil mantener una conversación superficial, pero antes de que el silencio se extendiera demasiado tiempo, Devan intervino:

—Por cierto, juez, hay algo sobre lo que quiero preguntarte.

—Dime. —Era una tontería que no se tuteasen, ahora que sabía que Devan no tenía interés en Kristel, romántico quería decir; siendo así, le estaba agradecido porque hubiera cuidado de ella durante el viaje.

—¿Se ha sabido algo nuevo sobre la muerte de Malcolm Gallagher?

—Algo en Devan hizo que Kirby le prestara toda su atención, poniéndose alerta al instante.

Sabía que Devan, al igual que Cian, recibían información de los bajos fondos de Dublín de manera habitual, es decir, que solían estar muy bien informados. Pero a Kirby le sorprendió la expresión tensa que había en el rostro del segundo de Cian, al hablar de la muerte de Gallagher. Nunca lo había visto tan serio, y eso que había estado con él en un par de ocasiones en las que habían tenido que luchar, codo con codo, contra los agentes de *La Hermandad.*

—De momento la policía solo contempla la posibilidad de que fuera un accidente, aunque siguen investigándolo. ¿Por qué lo preguntas? —Se reclinó, erguido en la silla, observándolo, intentando descubrir lo que pensaba en realidad. Desgraciadamente, Devan era igual de antiguo que él y no pudo penetrar en su mente.

Kristel los observaba en silencio, su intuición le decía que estaba pasando algo entre ellos, pero no tenía ni idea de qué podía ser; los miró alternativamente, como si estuvieran jugando un partido de tenis, olvidando el segundo plato que todavía no había terminado. Devan se inclinó hacia delante, antes de hablar en voz baja. La tensión emanaba por todos sus poros.

—En Dublín corre el rumor de que su muerte podría haber sido provocada por *La Hermandad*. —La intuición le dijo a Kirby que esa era otra de las razones por las que había acompañado a Kristel hasta Cork y también, que no le estaba diciendo toda la verdad.

—¿La fuente es fiable?

—Sí.

Kirby siempre era honesto consigo mismo y esa información le bastó para aceptar lo que le rondaba por la cabeza desde hacía un par de días; que, a pesar del informe policial, era más que posible que Amber Gallagher tuviera razón y que hubieran asesinado a su padre.

—Te confieso que he empezado a dudar de la versión oficial. Conozco a un inspector de confianza, aunque no lleva ese caso…, si realmente estás interesado, estoy seguro de que mañana podrás echar una ojeada al expediente. Y mientras, yo puedo acompañar a Kristel a Cobh.

Giró la cara hacia ella a tiempo de recibir a cambio de su promesa, una sonrisa deslumbrante.

CUATRO

Eran las doce de la noche cuando Devan estuvo seguro de que Kristel se había dormido, y que podría bajar a reunirse con su anfitrión sin que ella lo escuchara. Evitó hacer ruido al bajar por los escalones de madera y, cuando estuvo en la planta baja, se coló sigilosamente en la habitación donde el juez lo esperaba. Cerró la puerta y pudo ver a Kirby con un aspecto mucho menos civilizado del que lucía habitualmente. Estaba sentado con las piernas abiertas, un vaso vacío entre las manos y el pelo revuelto, como si se hubiera pasado la mano por él varias veces. Su sillón estaba estratégicamente situado junto a una mesita, que soportaba un botellón de *whisky* y algunos vasos limpios.

—Sírvete, si te apetece. —Devan lo hizo, pero antes rellenó el vaso de su anfitrión, seguro de que ya había vaciado varios. Devan paladeó el licor, impresionado, era el mismo que había probado antes de cenar.

—Este *whisky* es de los mejores que he bebido.

—Es de la destilería de Gale. Seguro que vosotros también le compráis el *whisky*. —Devan sonrió de medio lado.

—Lo cierto es que sí, pero este es mejor. —Sonrió y se dejó caer en el sillón que había al otro lado de la mesita. Kirby hizo una mueca.

—Puede que esta botella formara parte de una partida que me envió para darme las gracias por algo —Devan asintió mirando el *whisky* al trasluz. Era perfecto.

—Conociendo lo tacaño que es Gale con sus barricas de más de doce años, me gustaría saber qué favor le hiciste para obtener semejante despliegue de generosidad.

—Nada que te interese. —Kirby dejó el vaso, de nuevo vacío, sobre la mesa, tan sereno como siempre—. Imagino que has bajado porque ya se ha dormido.

—Por supuesto.

—Entonces cuéntame qué ocurre.

—Cian me dijo que insistirías en saberlo. Los dos creemos que es mejor que ella no lo sepa, al menos de momento. No queremos que se preocupe sin motivo.

—Habla —ordenó, habituado a ser obedecido en el momento, pero Devan no se inmutó. Él estaba acostumbrado a Cian que era un vampiro mandón, malhablado y gritón. A su lado, Kirby era extremadamente educado.

—Hemos recibido un soplo que dice que el *Maestro* pretende acabar con las uniones entre vampiros y humanas. —En los ojos de Kirby

apareció una llamarada roja que controló a tiempo.

—Continúa.

—Cian y Killian han aumentado la seguridad de sus casas y también hemos doblado la vigilancia en el club —suspiró y cuando siguió hablando, el tono de su voz era más ronco—. Y es posible que esa amenaza alcance a los hijos de esas uniones. Seguro que recuerdas que Kristel ya estuvo sentenciada por *La Hermandad* cuando murió su padre. —En la expresión del juez pudo vislumbrar, claramente, lo que sentía por Kristel. Y no tuvo dudas de que la protegería con su vida si era necesario.

—Esa es la verdadera razón por la que la has acompañado.

—Sí, pero te repito que ella no lo sabe. —Devan también se había quitado la careta y ahora mostraba su preocupación por ella—. En el poco tiempo que hace que la conozco, le he cogido un gran cariño y… —Kirby olvidó que unas horas antes había decidido que Devan no era una amenaza.

—¿Qué intenciones tienes hacia ella, Ravisham? —Las llamaradas rojas en los ojos color miel del juez no lo asustaban, al contrario, le hicieron sonreír y desear que Cian pudiera ver lo poco que se parecía, en ese momento, al juez severo y sin sentimientos que ellos conocían.

—Eso mismo iba a preguntarte yo. Kristel es una amiga, nada más. Y nada menos. —La última frase era una advertencia, pero Kirby hizo el mismo caso de ella que si un mosquito lo hubiera amenazado con picarlo—. No me quedaré de brazos cruzados si le hacen daño.

—Entonces nos llevaremos bien. En cuanto a las noticias que me traes, son preocupantes. Siento decir que discutí con Amber después de la muerte de su padre. Vino a verme convencida de que lo habían asesinado y no la creí. —Su cara de arrepentimiento se transformó en otra de sorpresa al ver a Devan levantarse del sillón, con los ojos fijos en él y tan pálido como si estuviera ante las puertas del infierno.

—¿Qué? —susurró. Pero Kirby no sabía qué le preguntaba—. Has dicho Amber… ¿te refieres a Amber Gallagher? ¿Está aquí?

—Sí, claro. No te entiendo… en la cena me has preguntado por la muerte de su padre.

—Sí, pero pensaba que ella seguía en América. ¿Cuándo ha vuelto? —Devan volvió a sentarse, alarmado. Empezaba a sentir cómo algo que estaba dormido en su interior desde hacía mucho tiempo, se despertaba.

—Hace varios meses. Su madre ha vuelto a casarse y Amber no quería vivir con ella y con su nueva pareja, y prefirió volver con su padre. Si la conoces, sabrás que sus padres se separaron hace muchos años. —Devan se pasó la mano por el rostro deseando que aquello solo fuera una pesadilla.

—Sí, ya lo sabía. —Kirby lo observaba con curiosidad, empezando a

imaginar por donde iban los tiros—. ¿Su marido también ha venido con ella? —Kirby negó con la cabeza lentamente.

—No tengo demasiada relación con ella… tampoco la tenía con su padre, pero si hubiera habido un marido en su vida me habría enterado. Aunque puede que se casara y el marido muriera antes de venir o que se separaran. —Se encogió de hombros—. Eso no puedo decírtelo.

—¡Maldita sea! —se quejó Devan pinzándose el puente de la nariz con los ojos cerrados.

Kirby se levantó y se llevó los dos vasos vacíos para llenarlos, mientras le decía:

—Por mi experiencia, es mejor esperar a saber con seguridad algo antes de sufrir por ello. Aunque te reconozco que, en determinadas circunstancias, es algo difícil de cumplir.

—Y que lo digas —abrió los ojos de repente y aceptó su vaso, de nuevo lleno—, pero entonces… si está aquí… ¡Amber también puede estar en peligro!

—Tiene un equipo de seguridad impresionante, su padre tardó años en reunirlos. Son como un pequeño ejército. —Decidió darle toda la información, Devan merecía saberlo—. Hay algo más: Walker Nolan, el director del puerto de Cobh, también ha muerto hace unos días en un supuesto accidente doméstico. El puerto de Cobh se está convirtiendo rápidamente en uno de los más importantes de Irlanda; no creo que su muerte fuera un accidente. Para nada. —Devan entrecerró los ojos, mirándolo.

—¿Por qué no lo has dicho hasta ahora?

—Yo también prefiero no preocupar a Kristel hasta que no sea imprescindible —Devan asintió. Se entendían.

—¿Cómo murió, exactamente?

—Se cayó por las escaleras. Estaba solo, su mujer y sus hijos habían ido a un cumpleaños a casa de unos familiares.

—Lo vi una vez en una fiesta en el Enigma, en Dublín. Parecía agradable. —Arrugó la frente mientras recordaba—. Su mujer también era vampira, ¿no?

—Sí, eso mismo pensé yo. No existe razón, al menos aparente, para que los de *La Hermandad* se fijaran en él. Y tienes razón, era agradable. Me caía bien.

—Eso de las escaleras es raro.

—Desde luego. En el caso de Nolan, desde el primer momento pensé que había gato encerrado. —Se miraron en silencio sabiendo que habían llegado a la misma conclusión.

—¿Dónde está viviendo Amber? —Kirby no mostró ninguna reacción, aunque por dentro, sonreía. Intuía que a Devan se le acababa de complicar la vida, igual que a él desde que conoció a Kristel.

—Ahora ella dirige el Enigma. Dicen que su padre se enorgullecía al afirmar que cuando ella lo sustituyera, lo haría mucho mejor que él. —Devan levantó el vaso y se bebió el resto del licor, lo dejó sobre la mesa y salió de la habitación. Pero, antes de hacerlo, le dijo:

—Un paseo me despejará la cabeza. Gracias por todo, Kirby. —Y se volvió a mirarlo antes de añadir—: Cuida de ella, es una chica excelente. Mañana vendré a primera hora. Quiero ver a ese inspector. —Y desapareció.

El juez esperó a escuchar cerrarse la puerta de la calle para dirigirse a las escaleras que lo llevarían al piso de arriba. Ahora solo estaban ellos dos porque los criados dormían en el piso de abajo, junto a la cocina.

Subió los escalones lentamente, mientras su corazón latía cada vez más deprisa. Su lengua rozó los colmillos que habían duplicado su tamaño habitual y un gruñido de anticipación rugió en su garganta. El deseo que sentía por ella, tanto tiempo escondido, se había intensificado por el influjo del *whisky*. Entonces, escuchó un grito proveniente del dormitorio de Kristel y dio un salto sobrehumano, cubriendo los escalones que le faltaban para llegar al piso de arriba. De su boca salió un bramido protector y desnudó sus colmillos, en un antiguo gesto amenazante heredado de sus ancestros. Decidido a todo, abrió la puerta y entró en el dormitorio.

CINCO

Kristel se despertó, sofocada, de un sueño en el que retozaba en la cama con su anfitrión. Sedienta, no encontró ni una gota de agua en su habitación y decidió bajar a la cocina a por un vaso. Se bajó de la cama y caminaba hacia la silla donde estaba su bata, cuando tropezó con la pata de la cama, que era más grande de lo que recordaba, dándose un golpe enorme en el meñique del pie izquierdo. Con una maldición impropia de una bibliotecaria seria y formal, se cogió el pie izquierdo con la mano derecha intentando calmar el dolor, y comenzó a dar saltos apretándolo, mientras se acordaba del carpintero que había fabricado la cama, ese que había hecho las patas tan grandes y sólidas, y de todos sus antepasados. Seguía saltando sobre la pierna derecha cuando se abrió la puerta de repente y se pegó tal susto, que perdió el equilibrio y se cayó de culo. Solo se le ocurrió cerrar los ojos y rogar, en silencio, que no fuera él.

«Por favor, por favor, que no sea Kirby», pensó.

Por supuesto, era él.

Kirby la encontró sentada en el suelo a oscuras, con un fino camisón celeste que se le había subido hasta las caderas y que le dejaba ver sus largas y pálidas piernas. Lo sorprendió fue ver que tenía los ojos cerrados. Sin perder un segundo se acercó a ella y se dejó caer de rodillas a su lado. Estiró la mano y acarició su mejilla, luego, le retiró el pelo de la cara.

—Kristel, ¿te encuentras bien? —La preocupación provocó que su voz sonara más áspera de lo habitual. Ella abrió los ojos e hizo un mohín, señalando el dedo dolorido.

—Me he dado un golpe en el meñique, seguro que se me pone morado. Tenía sed e iba a bajar a por un vaso de agua. —Una sonrisa tembló en la boca de Kirby, pero consiguió eliminarla de su rostro. Se acercó al pie indicado y lo cogió entre sus manos. Kristel sintió aletear algo en su estómago y se mordió el labio inferior.

—¿Te duele algo más?

—Solo el meñique. —Kirby lo movió y lo estiró despacio.

—No está roto. —Entonces, la sorprendió haciendo algo totalmente inesperado. Levantó el pie para poder alcanzar el dedo sin dejar de mirarla a los ojos, y lo besó. Kristel sintió que se quedaba sin aire en los pulmones. En los ojos de Kirby apareció una llama rojiza y brillante y, aunque era la primera vez que ella la veía, no se asustó. Sabía, por los libros, que uno de los motivos para que se viera el conocido fuego rojizo en los ojos de los vampiros, era el deseo sexual. Las mariposas que Kristel tenía en el estómago desde que él había

entrado en su dormitorio, comenzaron a volar como locas.

—¿No hay que besar el lugar herido para que el dolor desaparezca? —Ella enrojeció como una adolescente. Su tono de voz, ronco y sugerente, la hizo sentirse valorada y deseada.

—Eso creo —admitió. Aunque si le hubiera dicho que el cielo era rosa y las nubes negras, también lo habría aceptado. Él se puso en cuclillas y después la cogió en brazos, haciendo un alarde de fuerza propio de su especie.

—Agárrate a mi cuello. —No era necesario, pero quería sentir sus brazos alrededor de él. Sonrió sin hacer nada para evitar que se vieran los picos de sus colmillos sobresaliendo bajo su labio superior. Cuando salieron al pasillo, donde había más luz, ella se quedó mirándolos fijamente. No preguntó dónde la llevaba, no le importaba en ese momento.

Kirby recorrió el largo pasillo hasta llegar a su habitación; abrió la puerta con un ligero empujón del hombro, y la llevó hasta un sofá de dos plazas que había junto a una terraza que él no solía utilizar. Dejó que el cuerpo de Kristel se deslizara por el suyo hasta que se quedó sentada, y cogió la jarra de agua que había sobre la cómoda, llenó un vaso y se lo dio. Ella se lo bebió de un trago. Estaba sedienta.

—¿Quieres más?

—No. —No podían dejar de mirarse.

Kirby se sentó a su lado, pegando su muslo al de ella y extendió su brazo por encima del respaldo del sofá, acariciando con sus dedos el hombro femenino. La mirada de ella cambió; de repente parecía asustada.

—Debería volver a mi habitación —murmuró. Se sentía como si estuviera dentro de un sueño en el que no tenía voluntad.

—¿Es eso lo que quieres? —su voz era tan atrayente que ella no pudo mentirle.

Kirby estaba eufórico, mientras recorría su cuerpo con la mirada. Ella no era consciente, pero su camisón era casi transparente y la visión de cualquier vampiro, en la semioscuridad en la que se encontraban, era perfecta. Se gastó una broma a sí mismo diciéndose que, si sus colmillos seguían creciendo, rayaría el suelo con ellos. Entonces, ella se quedó mirándolos fijamente, pareciendo cautivada por ellos y Kirby sonrió, para que los viera mejor. Ella volvió a ruborizarse y él hubiera dado cualquier cosa por poder llevarla a la cama en ese momento y hacerle el amor durante toda la noche hasta que los dos se durmieran agotados, pero debía tener paciencia. Tenía que ir poco a poco.

—¿Te gustan? —Se inclinó hasta conseguir que sus rostros estuvieran a pocos centímetros.

Kristel se lamió los labios, nerviosa y excitada. Alargó el índice para

tocar el colmillo izquierdo, pero lo miró antes a los ojos por si no le gustaba. Kirby, halagado, ladeó un poco la cabeza para que el colmillo izquierdo rozara el índice femenino, y ella lo acarició suavemente de arriba abajo con el dedo.

—Nunca había tocado uno. —Le extrañó que su madre no le hubiera dejado rozar sus colmillos. Era algo que los padres enseñaban enseguida a sus hijos para que se acostumbraran a ellos, ya que era una parte muy importante del cuerpo de un vampiro—. ¿Nunca le pediste a tu madre que te los enseñara? —Ella negó con la cabeza y sus ojos se nublaron, recordando.

—Solo tenía ocho años cuando se marchó y nunca volví a verla. —Él se maldijo en silencio por haberle hecho recordar esa época.

—Perdona, no sabía que tú fueras tan pequeña cuando ocurrió. Lo siento. Tuviste que pasarlo muy mal —su voz fue aún más suave al preguntar—: Entonces, ¿no conoces a tus hermanos?

—Hermanastros —rectificó ella con un susurro—. No, nunca los he visto.

—Entiendo. —La miró fijamente esperando que dijera algo más, pero ella se mantuvo callada.

—¿Tus padres aún viven?

—¡Dios, sí! —Sonrió—. Espero poder presentártelos pronto. Ahora están en la casa familiar que tenemos en Escocia. —Cogió un mechón de pelo de Kristel y lo acarició despacio, absorto en su suavidad, sin dejar de hablar—. Su historia es muy peculiar. Cuando se conocieron, mi padre era carnicero y mi madre la hija de un rico fabricante de jabones. Un día ella estaba en la cocina de la casa para hablar con la cocinera, cuando él llamó a la puerta y le abrió una doncella. Iba a llevar un pedido de carne. —Se encogió de hombros, divertido—. El resto es historia. Tuvieron que huir porque mis abuelos maternos no aprobaron la unión.

—¿De verdad? —Se sentía orgullosa de que le hubiese contado algo tan personal—. Y ¿cómo consiguieron que aceptaran a tu padre? —Él negó con la cabeza.

—No lo hicieron. Desgraciadamente, nunca conocí a ninguno de mis abuelos. A los de mi padre porque murieron muy jóvenes y a los de mi madre porque ellos no quisieron.

—¡Eso es horrible! —Él se encogió de hombros.

—Pues yo no cambiaría a mis padres ni mi infancia por nada del mundo. —Entonces, la curva de su sonrisa se transformó en una mueca amarga—. Excepto algo terrible que ocurrió cuando era muy joven, y que te contaré más adelante. —Respiró hondo y, haciendo un esfuerzo, alejó aquel recuerdo. Kristel lo observaba, curiosa, y él no pudo resistirse más. Levantó una mano para contornear su mandíbula.

—Kristel, siento tu tristeza y me duele.

Ella se echó un poco hacia atrás, lo suficiente para alejarse de sus caricias.

—Nunca he entendido esa necesidad de entrar en la mente de los demás.

—Te he ofendido, que es lo último que quería hacer. —Bajó la mano, apesadumbrado—. Mi única intención era que supieras que estoy aquí para lo que necesites. Si me dejas, siempre estaré a tu lado —murmuró, acercando sus labios a los de ella.

Antes de que ella pudiera asimilar el significado de sus palabras, apretó sus labios con los de ella, levantándola sin esfuerzo para acomodarla sobre su regazo. Cuando la tuvo encima de él, la besó con ansia. Necesitaba saborearla, perderse en ella. Su boca era suave y dulce; cálida, como si estuviera besando un rayo de sol. Olía a lluvia, a bosque y a mujer. Y esa combinación lo volvía loco. Al contrario de lo que esperaba, ella empezó a devolverle los besos.

Pero él quería hacer bien las cosas y se apartó para poder ver su cara, antes de preguntar:

—¿Quieres que te lleve a tu habitación? —Haría lo que ella quisiera. Sabía que era reacia a una relación entre ellos, por eso se quedó sorprendido cuando escondió la cara en su cuello, abrazándolo por la nuca. Kirby se reclinó en el sofá, intuyendo que necesitaba estar en silencio, rodeando su cintura con una mano y acariciando su espalda lentamente con la otra. Cuando sintió que se estaba quedando fría, cogió una manta y la arropó, remetiéndola por debajo de sus pies.

Ella se resistía a dormirse, disfrutando de los mimos que él le prodigaba, y Kirby pensaba que sería feliz teniéndola en brazos toda la noche. Kristel tenía la cara apoyada en el pecho del vampiro, y acababa de descubrir que nada le relajaba tanto como escuchar los rítmicos latidos de su corazón. De repente, susurró:

—Mi madre no… nos quería, ¿sabes? Me refiero a mi padre y a mí. —A pesar de la dureza de la confesión, estaba muy tranquila.

—¿Por qué crees eso, cariño? —Su dulzura la estremeció.

—Los oía discutir cuando era pequeña. Ella no soportaba que mi padre fuera humano y yo mestiza.

—No digas esa palabra —la regañó, amable. Por lo que dijo a continuación, estuvo segura de que había vuelto a leerle el pensamiento—. Seguro que en el colegio te lo hicieron pasar mal, ¿eh? —ella asintió—. ¿Tu padre volvió a saber algo de ella?

—No lo sé, a mí solo me avisó de que había tenido dos hijos con su nuevo marido.

—Ya. Seguro que sabes que viven en Cork. —Ella se tensó y él decidió contarle la verdad—. Tus hermanastros se han metido en algunos líos, y sus padres han tenido que venir a los juzgados a por ellos en un par de ocasiones. —Levantó la cara de su pecho para

mirarlo, sorprendida.

—¿Qué habían hecho?

—Nada importante, de momento. Sobre todo, juntarse con gente que no debían. —No quería decirle la verdad, al menos no todavía—. Debería llevarte a tu dormitorio, Kristel. —La observó, recostada en su pecho, deseando poder seguir así toda la noche, cuidando de ella, pero no sería capaz de aguantarlo. Atraído por su fragancia, hociqueó en su cuello y la boca se le hizo agua al inhalar su vena. El olor de su sangre le hizo cerrar los ojos y erguirse de nuevo, obligándose a alejarse. Era demasiado pronto para algo así, pero Kristel había notado lo que ocurría.

—Tienes sed de sangre, ¿verdad? —Estaba acostumbrada a leer sobre ello en los tomos antiguos, y sabía que el vampiro que se privaba durante varios días de beber sangre, pasaba un tormento. Intelectualmente lo entendía, aunque ella no sufriría esa sed tan particular porque sus colmillos no podían crecer. Eso solo ocurría siendo un vampiro puro o cuando un vampiro transformaba a un humano mediante el ritual de transformación. Todo estaba explicado en los pergaminos antiguos.

Kirby no contestó y tampoco la miró, intentando serenarse, pero ella tenía razón. Si no bebía pronto, su sed de sangre se haría incontrolable y su parte animal dominaría su mente. Y eso es algo que jamás consentiría.

—Puedes beber de mí, si lo deseas. —Su ardiente mirada se posó sobre ella con incredulidad. Seguía sentada sobre su regazo, pero ya no estaba recostada en su pecho; su frente estaba arrugada y parecía habérsele pasado el sueño—. Siempre he sabido que, si alguien conocido lo necesitara, ofrecería mi sangre para alimentarlo. Beber sangre es vital para ti y no me importa proveerte de ella.

—Es solo que… hace bastante que bebí de alguien por última vez —carraspeó, dándose cuenta de lo que había estado a punto de decir; pero ella sabía que todos los vampiros que no tenían pareja, solían disponer de varios proveedores o proveedoras de sangre a los que les pagaban una buena cantidad de dinero por su suministro— y he dormido muy poco últimamente, y ya sabes que es una mala combinación.

—Sí. —Por primera vez fue ella la que tomó la iniciativa, acunando el rostro del vampiro entre sus manos y utilizando una fórmula antigua de consentimiento—. Te ofrezco mi vena voluntariamente, para que tomes lo que necesites.

Kirby cerró los ojos, incapaz de negarse. Además de tener los colmillos totalmente desarrollados, su miembro estaba a punto de reventar. Cuando volvió a mirarla, ella vio que sus ojos se habían vuelto casi totalmente rojos y sonrió, sabiendo que lo haría. Pero él se

merecía que fuera sincera.

—Y siempre he deseado que un vampiro, tan fascinante como tú, me mordiera. —Kirby salivaba pensando en su piel blanca y tensó el brazo alrededor de su cintura.

—Entonces, esta noche haremos realidad los sueños de los dos —su voz ronca y sensual hizo que el vientre de Kristel comenzara a arder.

—¿Qué tengo que hacer?

—Nada, solo sentir. Haré que sea bueno para ti. Te lo prometo.

—No lo dudo.

—Vamos. —Volvió a cogerla en brazos y la llevó a la cama. Ella se abrazó a su cuello preguntándose cómo era posible que se sintiera emocionada, deseada y asustada a la vez.

La dejó de pie junto a la cama y abrió las sábanas para que se metiera dentro, luego, se desabrochó la camisa y se la sacó de los pantalones sin que los dos dejaran de mirarse, pero no se la quitó. En el último momento decidió que sería mejor para mantener el control que le quedaba, estar vestido; se quitó los zapatos y se tumbó sobre el costado para poder verla. Paseó las yemas de sus dedos por el borde del escote de su camisón, empujándolo despacio hacia abajo para que asomara uno de sus pechos, y Kristel comenzó a respirar agitadamente. Posó los labios sobre el pecho descubierto, bajo el que latía frenéticamente su corazón y lo besó; ascendió, rozando con la boca su piel, fascinado por su suavidad hasta llegar a su cuello, donde escondió el rostro.

—Sería el vampiro más feliz del mundo si pudiera olerte todas las noches. —Inspiró hondo y lamió lánguidamente su vena.

Kristel no contestó, por miedo a decir algo que lo hiciera desistir de su propósito, pero gimió muy bajito; él chupó el lóbulo de su oreja, apresándolo entre los dientes suavemente al principio y siendo más duro después. La mano de Kristel, tirando de su brazo, hizo que se apartara de ella. La observó con el rostro ladeado, esperando que le dijera si había cambiado de opinión, pero el rubor de su rostro y lo agitada que era su respiración, le dijo que Kristel sería tan ardiente en la cama como él había soñado. Puso la palma de la mano extendida sobre su vientre y la movió en círculos.

—Tranquila, pequeña. Me ocuparé de ti. —Se inclinó y la besó, pidiendo paso con su lengua hasta que ella la admitió dentro de su boca. Le hizo el amor con ella incansablemente, hasta que Kristel volvió a abrazarlo por el cuello y hundió los dedos entre su pelo dorado, acariciándolo y consiguiendo que el que gimiera, ahora, fuera él.

Se apartó de ella repentinamente, buscando mantener el control. De ninguna manera iba a llegar hasta el final esa noche. Quería que ella supiera dónde se metía y no que se viera forzada a hacerlo, empujada

por la pasión. Subiéndole el camisón, descubrió sus largas piernas y las acarició con suavidad. Luego, su mano siguió la ruta hacia su intimidad y se coló bajo sus bragas, sin dejar de mirarla a los ojos. Cuando la penetró con un dedo, ella agrandó los ojos y abrió la boca, pero pareció incapaz de decir nada. Y él comenzó a mover el dedo imitando el acto sexual, atento a su reacción.

—¿Sabes que el mayor placer que puede sentir una mujer, es penetrarla mientras se está bebiendo de ella? —Kristel negó con la cabeza lentamente, pero él tocó un punto dentro de ella que hizo que su cuerpo se tensionara y que los dedos de los pies se le encogieran de gusto.

—No —ella misma se sorprendió al escuchar la voz ronca y sensual que había salido de su boca. Y el corazón de Kirby daba saltos de alegría al saber que sería el primero que la haría sentir «ese» placer.

—Cuando estés a punto, te morderé y beberé tu sangre mientras te corres. Eso hará que tu orgasmo se multiplique y que creas que estás volando.

—No sé… qué decir… —El deseo hacía que moviera su cuerpo, inquieta, como si no pudiera esperar más. Empezó a temblar y, sin que su mano dejara de darle placer, Kirby buscó de nuevo la vena en su cuello y después de un rápido lametón, la mordió.

Kristel gritó cuando un relámpago de dolor le atravesó el cuello y, enseguida, un calor empezó a extenderse por todo su cuerpo anticipándole que algo estaba a punto de ocurrir. Sus músculos se tensaron, estirándose al máximo mientras que un intenso placer la desbordaba. Su corazón se aceleró hasta lo imposible, sus ojos se cerraron, y su boca se abrió intentando lanzar un grito que no tuvo fuerzas para emitir. Todo su ser se concentró en sentir el placer y, cuando volvió a ser consciente de lo que la rodeaba, sintió otro goce distinto, el que provenía de alimentar a Kirby, de saber que parte de ella siempre permanecería en él. Movió la mano que seguía sobre su nuca, acariciándola, y notó que él lamía su piel de nuevo para que las marcas de los colmillos desaparecieran lo antes posible. Luego, levantó la cabeza y la miró. En la semi penumbra de la habitación pudo ver que tenía los ojos somnolientos, como si hubiera comido abundantemente y necesitara dormir y que el rubor se había apoderado de sus mejillas. Volvió a besarla transmitiéndole el sabor de su propia sangre y, a pesar de que había pensado que le daría asco, no fue así. Luego, él se levantó y se desnudó. Vio que su miembro estaba rígido y se sintió culpable de que ella hubiera disfrutado y él no. Alargó el brazo hacia él queriendo compensarlo. No sabía lo que tenía que hacer exactamente, pero estaba deseando aprender.

—Déjame que… —Él se tumbó a su lado y cogió su mano para besarla con reverencia, luego la abrazó, mirándola con ojos ardientes.

—No. Me has dado más de lo que esperaba. Ya has sido muy generosa conmigo. Duérmete, pequeña.

Como si hubiera pulsado un interruptor dentro de ella, Kristel cerró los ojos y se durmió con una sonrisa en los labios.

En cuanto lo hizo, Kirby respiró profundamente varias veces, conteniendo el dolor que sentía por reprimir su pasión teniéndola tan cerca. Con ternura, le apartó el pelo de la cara echándoselo hacia atrás. Luego, besó su frente y, apoyando la mejilla en su cabeza, se durmió.

***

Cuando Alfred escuchó que el juez subía las escaleras, se levantó de la cama y se puso una bata que se había comprado recientemente, por si alguien lo pillaba fuera de la cama a horas intempestivas. Antes de salir de su dormitorio, miró a izquierda y derecha para estar seguro de que no había moros en la costa y entonces corrió, descalzo para no hacer ruido, por el pasillo hasta la habitación de Annie, que era la que estaba más cerca de la cocina. La suya era la más próxima a la entrada, según dictaban las normas. Abrió la puerta sin llamar, sabiendo que lo esperaba y así era; al escuchar el ruido de la puerta, ella levantó la vista del libro y sonrió. Cerró cuidadosamente la novela y la dejó sobre el taburete que utilizaba como mesilla.

—¿Te está gustando *Jane Eyre*? —ella asintió, observando cómo Alfred se metía en la cama, a su lado. Se dejó abrazar con una sonrisa placentera, hasta que uno de sus pies le rozó una pierna y pegó un salto.

—¡Alfred, tienes los pies helados! —Él reía, divertido.

—Eres demasiado friolera.

—Precisamente por eso no tiene gracia que andes descalzo por el pasillo y vengas con esos bloques de hielo a la cama. —Cuando se ponía gruñona era irresistible y la besó. Ella intentó seguir discutiendo durante unos segundos, pero enseguida, le correspondió. Estuvieron un rato haciéndose arrumacos, hasta que se quedaron abrazados, mirándose—. Alguna noche tienes que quedarte en tu habitación. No quiero pensar en lo que ocurriría si el juez se enterara de que dormimos juntos. —Él la besó en la nariz con cara de estar perdidamente enamorado.

—Ya te he dicho que lo sabe. Y no le molesta.

—A pesar de eso, estamos jugando con fuego. —Annie tenía miedo de no encontrar otro trabajo como cocinera si la echaban de aquella casa—. Al fin y al cabo, nunca hacemos nada malo cuando estamos aquí —se ruborizó, como le pasaba siempre que hablaba acerca de eso, a pesar de que le encantaban las horas que pasaba con Alfred en

la cama—, solo en nuestro día libre. —Salían separados y se reunían en un discreto hostal de las afueras, donde ya los conocían y donde habían pasado momentos maravillosos. Allí comían y se quedaban casi todo el día; por la noche volvían cada uno en un coche y de nuevo comenzaban la rutina de la semana. Miró con la frente arrugada a Alfred porque ya lo habían discutido muchas veces, pero él no le hacía ni caso—. Eres muy testarudo. —Pareció dolido por sus palabras y Annie, con el corazón en vilo, pensó que esta vez sí que la había fastidiado, pero no era así.

—Amor mío, no soy tan tozudo como crees… es que ya no puedo dormir si no te tengo a mi lado. —Los ojos de Annie se humedecieron y lo abrazó con fervor, suplicando:

—Perdóname, por favor. Soy una bocazas. No sé cómo me aguantas.

—Porque te quiero más que a nada en el mundo.

—Y yo a ti, ya lo sabes, pero tengo muy mal genio.

—No me importa, no conseguirás alejarme de tu lado. —Acarició su mejilla mirándola con tanta ternura que ella sintió que no lo merecía —. Esperaré todo el tiempo que haga falta hasta que aceptes casarte conmigo.

—Todavía no puedo decirte que sí. Perdóname, Alfred.

—No tengo nada que perdonar, cariño. Ya te he dicho que esperaré, pero recuerda que te llevo diez años. No querrás casarte con un abuelo —bromeó, provocando una risita femenina. Levantó la cabeza y sopló la vela que los alumbraba. La habitación se quedó a oscuras y Alfred suspiró feliz, sintiendo la mejilla de su Annie reposando en el pecho.

Era una Annie muy diferente la que había llamado a la casa del juez, cinco años atrás, para pedir algo de comer una noche particularmente fría. La antigua cocinera quiso cerrarle la puerta en las narices, pero Alfred la vio y le dijo que pasara, le dieron de cenar y, después de pedir permiso al juez, la dejaron que durmiera en un jergón que colocaron junto a la cocina. Al día siguiente, Kirby quiso hablar con ella y cuando lo hizo, dio instrucciones a Alfred de que una de las doncellas la ayudara a tomar un baño, y de que le buscaran ropas para ponerse, porque empezaría a trabajar en la casa.

Empezó como pinche de la cocinera porque los demás puestos estaban ocupados. Al principio, todos los sirvientes tuvieron problemas con ella porque no estaba acostumbrada a relacionarse con nadie. Alfred no había conseguido que le contara su historia completa, pero debió haberle pasado algo horrible porque no soportaba que la tocaran; además, tenía mucho miedo a los hombres. El día que accedió a hablar con el juez a solas lo hizo porque sabía que, si no lo hacía, tendría que volver a la calle.

Poco a poco, aprendió a hacer todas las tareas que se le

encargaban. Era callada y muy trabajadora y Alfred se fue enamorando de ella sin darse cuenta, a pesar de la diferencia de edad. Un día que la encontró en la biblioteca admirando los cientos de libros como si fueran tesoros, le preguntó:

—¿Quieres coger alguno para leer? Estoy seguro de que al señor no le importará. Es de la opinión de que todos tenemos derecho a aprender. —Involuntariamente recitó lo que tantas veces le había oído decir a Kirby, pero ella negó con la cabeza y Alfred se sorprendió por su expresión. Parecía a punto de llorar. Se acercó a ella necesitando consolarla.

—¿Qué te pasa? —Le acarició una mejilla con los nudillos y luego con la yema de los dedos. Quería comprobar si su piel era tan suave como parecía.

—No sé leer. —Él apretó los labios en una fina línea, irritado consigo mismo por su torpeza. Ahora entendía mejor la mirada de anhelo que había visto en ella, al observar las estanterías repletas de la biblioteca.

—¿Te gustaría aprender? —Cuando lo miró, llena de ilusión, supo que estaba perdido.

La enseñó a leer después de pedir permiso al juez para usar sus libros. Como imaginaba, Kirby accedió y le recomendó que utilizaran la biblioteca para las clases. Semanas después de empezar, ella lo sorprendió besándolo en la mejilla como muestra de agradecimiento antes de marcharse, y sus besos se convirtieron en una costumbre. Una noche giró la cara hacia ella justo cuando iba a besarlo, para que sus labios se encontraran y ella no se apartó. Él la abrazó profundizando en el beso y, desde entonces, todo cambió para los dos.

Parecían estar hechos el uno para el otro. El único motivo por el que siempre discutían era porque ella se negaba a casarse, aunque nunca le decía por qué. Alfred estaba seguro de que ella tenía miedo de que no la quisiera de verdad, o de que cambiara de opinión y su falta de confianza le dolía, pero la quería demasiado y seguía insistiendo. Tal y como le había dicho varias veces, esperaría todo el tiempo que fuera necesario.

SEIS

Devan decidió ir andando hasta el Enigma de Cork para que le diera tiempo a despejarse por el camino. Cuando llegó frente al edificio, buscó con la mirada su habitación y vio que tenía la luz encendida, como si estuviera esperándolo. La cortina se apartó y la vio; estaba mirándolo directamente. Era algo que siempre los había sorprendido, cómo los dos eran capaces de percibir cuándo el otro estaba cerca y, al parecer, esa sensación no había cambiado. Sintiendo que su corazón volvía a latir, de verdad, por primera vez en mucho tiempo, cruzó la calle y se detuvo obedeciendo al gesto del portero, al que no conocía. Antes de que pudiera decirle nada, escuchó la voz de ella detrás de la enorme figura del empleado.

—Déjalo pasar, Bobby.

—Sí, señorita Gallagher. —El hombre se apartó con una sonrisa de disculpa dejando ver a su jefa, y Devan pudo recrearse en ella después de tanto tiempo.

Era deprimente que estuviera más hermosa de lo que recordaba.

—Hola, Devan. Pasa. —Obedeció y la siguió por el pasillo hasta el despacho de su padre, aunque ahora debía ser el suyo—. Siéntate. —Le ofreció la silla de los visitantes, mientras que ella se sentaba enfrente, detrás del enorme y masculino escritorio de nogal que resaltaba su belleza.

Su pelo negro brillaba con reflejos azulados y sus ojos oscuros lo miraban fijamente, aunque notaba su nerviosismo.

—Estás muy callado. —Se dio cuenta de que ni siquiera la había saludado.

—Perdona. Hola, Amber. —Al escuchar su voz, se ruborizó, pero no apartó la mirada—. ¿Cómo estás?

—¿Qué haces aquí? —aunque no había levantado el tono de voz, su voz estaba llena de rabia contra él.

—Siento lo de tu padre.

—Gracias. —Cogió un abrecartas y comenzó a jugar con él—. ¿A qué has venido, Devan?

—Hace un rato que me han dado dos sorprendentes noticias: que pisamos el mismo continente y que no te has casado. —Se encogió de hombros—. Y tengo curiosidad de saber por qué. —No pudo evitar la ironía de su voz, pero eso era mejor a que ella supiera el dolor y la furia que todavía sentía. Estaba enfadado consigo mismo porque al verla su traicionero corazón había vuelto a la vida. Y, además, ella no parecía avergonzada, al contrario.

—Yo también me he enterado de que sigues soltero. —Él arrugó la

frente, desconcertado.
—Sí, pero no sé qué tiene que ver eso… —Amber lo interrumpió, levantándose.
—No quiero continuar con esta conversación. —Las lágrimas retenidas a fuerza de voluntad que titilaban en sus ojos, le recordaron cómo debía sentirse en realidad, y hubiera querido darse de cabezazos contra la pared por haber sido tan egoísta.
—Amber, perdóname. —Se sentía como un cerdo. Sabía que adoraba a su padre y que se quedaba sola en el mundo, porque su madre nunca se había ocupado de ella—. Siento mucho lo de Malcolm. —Se acercó a ella, que se había detenido camino del pasillo para acompañarlo hasta la salida y le puso una mano sobre el hombro. Temblaba. La abrazó por detrás con el único propósito de consolarla, aunque sabía que estaba siendo aún más estúpido de lo habitual con ella, pero Amber lo superaba. A pesar de todo lo que le había hecho, no podía verla sufrir. Ella se removió, inquieta, entre sus brazos y la dejó libre pensando que lo rechazaba, pero, solo quería darse la vuelta para abrazarlo. Se pegó a su cuerpo llorando como una niña.
—Shhh, tranquila, cariño —la calmó acariciando su espalda en círculos, mientras ella le empapaba la camisa. Estuvieron así unos minutos hasta que ella se calmó un poco y se apartó de él limpiándose las lágrimas.
—Lo siento. —Su cara enrojecida y su voz ronca terminaron de ablandarlo—. No quería echarme en tus brazos de esta forma. —Buscaba algo infructuosamente en los bolsillos de su falda negra. Ni siquiera se había fijado en que iba de luto.
—¿Te dejo el mío? —Alargó su pañuelo y ella lo cogió con un murmullo de agradecimiento.
—Gracias. —Se limpió delicadamente y dijo—: Te lo devolveré cuando esté limpio.
—No es necesario. ¿Podemos sentarnos un momento? —Lo hicieron en silencio y ella respiró profundamente antes de hablar.
—De verdad que te agradezco que hayas venido y que me hayas… consolado, pero no creo que debas estar aquí.
—¿Por qué no? —El gesto de ella se hizo más duro, como si lo odiara, algo que le parecía inexplicable.
—Vuelve con Susan, seguro que está esperándote.
—¿Qué locura es esta? Susan murió hace tres años. —Amber pensó en la cantidad de energía que había desperdiciado esos tres años, deseándoles que fueran tan desgraciados como la habían hecho a ella.
—Lo siento. No lo sabía.
—Yo también lo siento, aunque cuando murió hacía tiempo que no la veía. —Apartó la mirada—. La última vez que estuvimos juntos, tuvimos una pelea que nos distanció. Pocos meses después, murió. —

Los insultos que Susan había vertido en aquella ocasión sobre Amber, hicieron que Devan le pidiera que se marchara de su casa—. Pero me gustaría que me explicaras lo que has querido dar a entender cuando has dicho que volviera con ella.

Ella lo pensó durante unos segundos y tomó una decisión.

—Sé que, por bien del negocio —levantó la mano señalando a su alrededor—, debo relacionarme con Cian y contigo, pero si quieres que nuestra relación sea cordial. —Su padre no trataba con Devan, por todo lo ocurrido en el pasado—. Solo hablaremos de temas profesionales. —Él arrugó la frente contrariado, pero vio que estaba decidida y accedió. Alargó la mano para sellar el trato.

—De acuerdo. —Cuando ella se la estrechó, los dos sintieron lo mismo, un estremecimiento que les recordó cómo eran juntos. Ella lo miró con pena por lo que ya no podría ser, pero en la mirada de Devan había audacia y determinación.

***

Cuando Kristel se despertó esa mañana, estaba en su cama. No se explicaba cómo se las había arreglado Kirby para llevarla hasta allí sin despertarla, pero lo había hecho. Además, había dormido de un tirón y sin pesadillas, lo que era doblemente extraño. Convivía con los malos sueños desde que era una niña. Se levantó muy ilusionada porque ese día podría estudiar por fin los «nuevos» pergaminos y, también, aunque esto no lo reconocería nunca en voz alta ni aunque la torturaran, porque pasaría todo el día con Kirby.

No tenía esperanzas de que su historia durara demasiado, pero mientras tanto, aprovecharía todo el tiempo que tuvieran. La noche anterior él le había descubierto un placer que no sabía que existía; por supuesto, había leído acerca del famoso orgasmo, pero no se imaginaba que sería algo así. Fue algo tan sorprendente y maravilloso, que estaba decidida a tener una relación sexual completa con él antes de regresar a Dublín. Después volvería a su vida organizada y predecible de bibliotecaria, y todo lo ocurrido en este viaje formaría parte de sus recuerdos.

Sentía que Kirby estaba haciendo un gran esfuerzo para mostrarse como era de verdad ante ella, sin la coraza con la que se protegía del mundo, y ella valoraba su confianza más que nada. Aunque nadie se lo había dicho, estaba segura de que estaba allí gracias a él, y siempre le agradecería la oportunidad que le había dado de examinar un hallazgo tan importante.

Se había vestido con un conjunto de chaqueta y falda granate que le resultaba cómodo y calentito, porque sabía que en Cobh, donde estaban los documentos que iba a ver, hacía más frío que en Cork. Al

parecer era debido al viento. Llevaba lloviendo toda la mañana y Kirby le había dicho que tardarían una hora en llegar, aproximadamente.

Él iba muy elegante, vestido con pantalón y chaqueta larga, ambos de color gris oscuro que hacían resaltar su figura. Siempre le había parecido que tenía un cuerpo delgado y elegante, pero desde la noche anterior sabía que era mucho más fuerte de lo que parecía, ya que la había levantado en brazos varias veces como si Kristel no pesara nada. Devan, al que iban a dejar en la comisaría, estaba sentado frente a ellos y charlaba con Kirby sobre algunos asuntos legales que ella no se molestó en escuchar, dejando vagar a su mente caprichosamente de un tema a otro. Devan llevaba un traje de color azul, con el que estaba muy guapo, claro que siempre lo estaba. Con el pelo rubio, los ojos azules y un carácter encantador, era uno de los vampiros más atractivos que había conocido. Súbitamente, se dio cuenta de lo superficial que se estaba volviendo, al pensar en los dos de esa manera y ocultó su sonrisa mirando por la ventana.

—¿Kristel? —la voz de Devan la despertó de su ensoñación. Lo miró —. Si no te importa, no iré a Cobh a reunirme con vosotros cuando termine en la comisaría. Hay un asunto del que debo ocuparme. —Parecía preocupado. Lo miró a los ojos esperando una explicación, sin querer interrogarlo directamente, pero él desvió la mirada. Inquieta, miró a Kirby que le hizo un gesto con la cabeza, que ella entendió como que se lo explicaría más tarde.

—No te preocupes... Si esos documentos son lo que creo, tendré que quedarme varias horas, y es posible que tenga que volver mañana. No te preocupes, haz lo que tengas que hacer. —Entonces, miró a Kirby —. Puedo volver en un carruaje de alquiler. Estoy segura de que estás muy ocupado y no quiero que descuides tus obligaciones por mí. —Se sintió obligada a hacer la oferta, aunque lo que realmente quería era estar con él a solas, pero, contrariamente a lo que esperaba, al juez le molestaron sus palabras.

—Te esperaré hasta que termines y volveremos juntos. Ya he mandado un aviso al juzgado de que hoy no voy a ir —contestó con voz seria.

Minutos después, el carruaje se detuvo ante la comisaría y Devan bajó, pero antes de que lo hiciera Kirby, el juez se volvió hacia ella y le robó un beso rápido, sorprendiéndola.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente —bromeó, solo a medias.

Kristel sintió que se deshacía un nudo en su interior y sonrió con las mejillas ruborizadas. Poniendo las palmas de las manos en su pecho, lo empujó suavemente, aunque no consiguió que se moviera ni un centímetro.

—Bájate ya, Devan se estará preguntando qué estamos haciendo. —

Kirby arqueó una ceja, irónico.

—Devan no es tonto y sabe qué es lo que estamos haciendo, preciosa. Volveré enseguida. —Con esa promesa y una última mirada lujuriosa, desapareció, cerrando la puerta tras él.

La mirada de Kristel se quedó fija en la puerta del coche y se puso una mano sobre el corazón en un vano intento de ralentizarlo.

Kirby se movía en la comisaría con la misma soltura que en su casa, lo que provocó que Devan aumentara su respeto por él, porque demostraba que era una presencia habitual entre los policías seguramente para pedir información sobre los casos en los que trabajaba. Desgraciadamente, así no solían actuar la mayoría de los jueces, conformándose con el informe que el comisario de turno le llevaba al juzgado. Kirby actuaba igual que Killian, lo sabía porque lo había comprobado cooperando con él y con Fenton en alguna ocasión. Puede que fuera precisamente por eso por lo que los dos magistrados, a pesar de ser tan distintos, se llevaban tan bien.

Pasaron por delante de tres agentes que estaban discutiendo con varios hombres sobre algo ocurrido en el mercado, y Kirby siguió su camino recibiendo un saludo respetuoso de todos los policías. Giraron por el pasillo de la derecha, siguiéndolo hasta el final, donde encontraron una puerta con un cartel dorado que decía: «Marcus Craven, inspector». Kirby llamó antes de entrar, pero no esperó a que lo autorizaran a pasar para hacerlo. Conociéndolo, eso indicaba que tenía mucha confianza con el inspector.

Marcus levantó la cara, claramente molesto por la interrupción y dispuesto a acribillar al que se hubiera atrevido a entrar sin su permiso. Pero, cuando vio a Kirby, su ceño desapareció y se levantó a recibirlo con una sonrisa; un gesto que, vista la severidad de sus rasgos, no parecía habitual en su rostro.

Era humano, el humano más grande que Devan había visto. Medía al menos dos metros, su pelo era castaño, sus ojos negros y parecía fuerte como un toro.

—¡Vaya sorpresa! —Kirby y él se estrecharon la mano con afecto—. A ver si tienes algo de tiempo para que nos midamos en la pista, ¡últimamente no se puede contar contigo!

—He tenido mucho trabajo, pero intentaré complacerte lo antes posible. —Kirby se hizo a un lado para que viera a Devan—. Marcus, este es Devan, un amigo. Es el subdirector del Enigma en Dublín. —El saludo entre el comisario y Devan fue mucho más frío, pero era algo con lo que Kirby ya contaba. Marcus no era un hombre fácil de tratar, pero cuando te consideraba su amigo, era de lo más leales que había conocido.

—He oído hablar de ti, creo que también practicas esgrima. —Devan miró a Kirby.

—¿Se lo has dicho tú? —el juez asintió, divertido.

—Sí, no te sorprendas tanto, Devan. Marcus y yo hablamos a veces, mientras entrenamos —chasqueó la lengua—, aunque no sé cómo todavía tiene ganas de pelear contra mí, porque no hace más que perder. —La risa desvergonzada del policía pilló desprevenido a Devan, pero no al juez que sonrió con ganas al escucharla.

—¡No le creas ni una palabra! Hace meses que no consigue ganarme. —Kirby se volvió hacia Devan y se inclinó hacia él como si le estuviera haciendo una confidencia, aunque el policía podía oír todo lo que decía:

—Cree que le he enseñado todo lo que sé, pero está equivocado. He dejado que se confíe durante una temporada y el próximo día le pegaré la paliza que se merece. —Volvió a mirar a Marcus—. Vete preparando para morder el polvo —avisó. Sacó el reloj que llevaba en el bolsillo del chaleco y lo miró—. Se está haciendo tarde y todavía tenemos que ir a Cobh. —Miró a Marcus y aclaró—: Hay una dama esperándome en el coche. Hasta luego, caballeros. —Palmeó la espalda de Devan, antes de decir—: Aquí te lo dejo. A ver cómo te portas, Marcus.

—No te preocupes, lo trataré como a ti —contestó el aludido, y su amigo le respondió cuando estaba a punto de salir del despacho.

—Por favor, Marcus. Dale una oportunidad. —Escuchar sus carcajadas mientras caminaba por el pasillo hacia la salida, le hicieron sonreír hasta que llegó al carruaje.

—¡Has tardado muy poco!

—Esa era mi intención. —Se sentó a su lado y ella se pegó más a la ventanilla para dejarle sitio. Kirby dio un golpe en el techo para que el conductor se pusiera en marcha.

—¿Ha ido todo bien?

—Sí, el inspector es un buen amigo. Le dará toda la información que necesite. —Se quitó los guantes mientras hablaba.

—Es curioso que Devan esté tan interesado en ese asesinato, ¿no? —Kristel parecía hablar consigo misma—. No me dijo nada en el tren, ni antes, en Dublín. —Kirby aguantó durante unos pocos segundos su mirada inquisitiva, pero no podía ocultarle nada.

—Es algo personal. Por lo que me ha dicho, conoce a la hija de Malcolm Gallagher.

—Entiendo. Desde que estoy trabajando en el club, nunca lo había visto tan afectado por algo. No suele ponerse así de serio por nada. —Pero Kirby no tenía ningún interés en seguir hablando de Devan.

—¿Cómo consiguió Cian que trabajaras para ellos? —Lo miró, divertida.

—Imagino que lo que quieres preguntar en realidad es… cómo conseguí que me diera el trabajo. No sé si lo sabrás, pero el puesto de

bibliotecaria en el Enigma es uno de los más respetados que hay en ese campo.

—También sé que Cian tiene suerte de tenerte.

—Gracias. —Intentó obviar lo que sentía al conocer lo que pensaba de ella y contestar de forma profesional—: Cuando me enteré de que el puesto estaba libre, conseguí una reunión para hablar con ellos, pero la entrevista no fue demasiado bien. Fue cuando conocí a Cian y a Devan y los dos me parecieron dos vampiros prepotentes y machistas, aunque con el tiempo me he dado cuenta de que el problema era yo, no ellos. Estaba demasiado nerviosa.

—¿Y cómo conseguiste que te dieran el puesto? —Ella se rio por lo bajo, segura de que era imposible que se imaginara su respuesta.

—Mi padre me dejó varios miles de volúmenes, algunos de gran valor. Les dije que, si me daban el trabajo, los cedería en préstamo a la biblioteca mientras yo trabajara allí.

—Buena jugada. —La miraba con admiración.

—Gracias.

—Lo malo es que, si alguien no os devuelve un libro y es muy valioso, no te compensará trabajar allí.

—Es difícil que ocurra, porque los socios no pueden sacar mis libros de la biblioteca, tan solo consultarlos allí. Fue parte del acuerdo. —Hizo un mohín travieso—. Yo estaba muy preocupada porque en mi casa no había mucha seguridad, sin embargo, el club es uno de los lugares mejor protegidos de todo Dublín. Si conseguía el puesto tendría un trabajo apasionante y, además, los libros de mi padre estarían seguros.

—Muy astuta.

Mientras, el carruaje seguía rodando sobre los adoquines de la carretera que los llevaba a Cobh.

SIETE

Durante uno de los escasos silencios que hubo entre ellos, Kirby buscó el hoyuelo que se formaba en el lado derecho de su rostro al sonreír. Levantó el índice derecho y acarició el lugar donde se escondía, porque no era visible en ese momento; luego siguió el contorno de su nariz y de su labio inferior.

—Eres preciosa. —Kristel no tenía experiencia en el trato con el sexo masculino, excepto para cuestiones relativas a su trabajo y no sabía cómo debía responder ante algo así.

—Tú también eres muy guapo. —La sonrisa de Kirby le hizo parecer mucho más joven y lo imitó, recorriendo su sonrisa con su dedo—. Me gusta verte sonreír. No lo haces demasiado.

—Tú tampoco. —Se removió, nerviosa.

—Ya sabes por qué.

—Sí, sentí mucho su muerte. Y ahora que te conozco, lo siento mucho más.

—Fue muy duro porque él lo era todo para mí. Al menos, cuando lo asesinaron, hacía años que habíamos superado la marcha de mi madre. —A Kirby se le revolvió el estómago al recordar que su madre no volvió a preocuparse de Kristel—. Ahora he conseguido recordar solo los buenos momentos que tuve la suerte de compartir con él: las guerras con bolas de nieve en el jardín después de una gran nevada; o cuando un día de nochebuena me llevó a la misa del gallo, en contra de sus creencias, solo porque yo se lo había pedido. —Sus ojos estaban húmedos, pero continuó—: En mi clase casi todas las niñas hablaban sobre esa misa y yo tenía curiosidad. —Su mirada se quedó fija en las manos que reposaban en su regazo. Recordando.

—Tu padre te adoraba. Estaba muy orgulloso de ti. No éramos grandes amigos, pero me llamaba la atención cómo hablaba de ti, de su niña, como si fueras una pequeña erudita.

—No sabía que se sentía tan orgulloso de mí, nunca me lo dijo. Pero sí sabía que me quería mucho. Cuando me lo arrebataron, me dejó casi sola en el mundo.

—¿Casi? Creía que no tenías más familia.

—Solo a Nimué, que fue quien me acogió.

—Pensaba que te habían enviado a un colegio interna. Es lo que me dijo Killian.

Cuando lo asesinaron, quiso saber qué iba a ser de la hija de Alexander Hamilton, considerando una obligación de todos los vampiros ocuparse de la niña, ya que a su padre lo habían matado mientras cumplía con un trabajo que beneficiaba a toda la sociedad

vampírica. Entonces habló con Killian, decidido a ayudarla económicamente si fuera necesario, pero su amigo le aseguró que estaría bien cuidada.

—Nimué era la directora del colegio donde viví los siguientes cuatro años. Al principio estuve allí como alumna, pero luego me pidió que diera clases de historia. Según ella, conocía más de la historia de Irlanda que muchos de los profesores que había en el colegio. —Sonrió, recordando aquellos tiempos—. Me gustó dar clases, pero no es lo que más me gusta. Cuando me encontré mejor, Nimué me dijo que, al ser yo menor de edad, había tenido que conseguir la autorización de un juez, para que me dejaran estar en el colegio bajo su custodia. Y Killian fue quien lo arregló. También me confesó que fue a visitarnos en varias ocasiones, aunque yo no lo vi nunca. Y lo hizo a pesar de que el colegio estaba en el norte de Escocia, y de que se tarda más de un día en llegar hasta allí en coche. —Meneó la cabeza, aún asombrada—. ¡Y no me conocía de nada!

—La obligación de un juez no es solo juzgar a los que se han saltado la ley, Kristel. Debemos intentar resarcir a las víctimas de la mejor manera posible, aunque hay ocasiones en las que no podemos hacer nada por ellas. Cuando *La Hermandad* asesinó a tu padre no cometió solo un crimen contra él, también lo hicieron contra ti, al arrebatarte a la persona de la que dependías, tu único familiar cercano. Killian, al igual que cualquier juez en esa situación, tenía la obligación de asegurarse de que el lugar donde ibas a vivir y la persona que se hacía responsable de ti, eran los adecuados —le explicó.

—Nimué, a pesar de que me había visto en pocas ocasiones, cuidó de mí y de las propiedades de mi padre, hasta que pude hacerme cargo de mi herencia. Es una gran persona.

—Estoy seguro, y me gustaría conocerla. —Kristel sintió que él se callaba algo, pero Kirby siguió mirándola en silencio unos segundos y ella continuó:

—Cuando Nimué me contó que tuvo que pedir mi custodia legal, fue cuando me interesé por las leyes. Por eso he leído todos los libros que has escrito que me han ayudado a entender el funcionamiento de nuestro sistema legal. Y, a pesar de lo que acabas de decir, sé que todos los jueces no actúan como tú y Killian, aunque todos deberían hacerlo.

—Por eso es tan importante restaurar el consejo de eruditos, porque eran los que enseñaban ética a los futuros jueces y los examinaban después, nombrando a los que estaban preparados. Hace demasiados años que perdimos el consejo y se nota en la sociedad.

—Devan me ha hablado sobre ello. —Él la observaba con los ojos entrecerrados, imaginando lo que iba a decirle a continuación y no se

equivocaba—. Dice… bueno, me ha preguntado si me interesaría formar parte del consejo. No es una propuesta oficial, solo le dijeron que me lo preguntara.

—Me lo imaginaba.

—¿Sí? —él asintió en silencio y su mirada se desvió hacia la ventana.

—Estamos llegando.

—Cuéntame algo más acerca de esa mujer… Brenda Stevens.

—No la conozco demasiado, pero parece muy eficiente en su trabajo y, por lo que sé, Nolan la tenía en gran estima.

—¡Ah!, creía que erais amigos.

—No, me enteré del hallazgo de los pergaminos por una amiga suya, Amber Gallagher, la dueña del Enigma en Cork.

—¿Tiene algo que ver con el Gallagher por cuya muerte te preguntó Devan anoche?

—Sí, es su hija —carraspeó antes de añadir—: Y con la señorita Gallagher, tampoco tengo una relación de amistad —anticipó—. Vino a verme debido a la muerte de su padre. —Prefería dejar las cosas claras para que no hubiera malentendidos.

—Comprendo. —Pero en su mirada podía ver que no era así, que todavía quería preguntarle algo más.

El carruaje se detuvo y Kristy miró por la ventanilla.

—Hemos llegado. ¿No te importa si seguimos más tarde con esta conversación? Te prometo que te contaré todo lo que quieras saber —ella asintió, recibiendo un suave beso en los labios—. Entonces, bajemos. Te esperan unos pergaminos.

Kristel se quedó fascinada por la coqueta ciudad en cuanto bajó del coche. Lo primero que le llamó la atención fue que el clima era totalmente distinto al que había en Cork cuando se habían marchado. En Cobh lucía el sol y calentaba lo suficiente para que la temperatura fuera muy agradable.

El carruaje los había dejado en lo alto de una calle muy empinada, bordeada por casas que tenían los tejados de color gris, altos y puntiagudos y cuyas fachadas estaban pintadas de colores alegres. Detrás de las casas, varias calles más allá, se podía ver una parcela grande de terreno, junto al mar, donde había muchos obreros excavando. Parecía un lugar excepcional para construir una catedral.

—¡Esto es precioso, Kirby!

—He preferido que nos dejaran aquí, aunque hay un paseo hasta las oficinas del puerto, donde nos espera la señorita Stevens con los documentos. He imaginado que te gustaría bajar andando, es la zona más bonita de la ciudad.

—No imaginaba que fuera tan grande. —Kristel lo observaba todo con curiosidad—. ¡Mira aquellas casas! —Kirby siguió la dirección del

índice femenino. Se refería a las que estaban construyendo junto a la catedral y que tendrían una vista privilegiada del nuevo monumento y de la hermosa bahía de Cobh—. Vaya lugar para tener una casa, será como vivir dentro de un cuento de hadas —musitó. Kirby asintió poniéndose la mano sobre la frente para que el sol no lo molestara.

—Sí, muchos de los que están comprando casas aquí, son de Cork. Como residencia de verano.

—¿De veras? —Estaba distraída, observándolo todo. No sabía qué le pasaba, pero estaba hipnotizada por el lugar.

—¿Tanto te gusta? —Ella lo miró, algo avergonzada.

—Lo siento, seguro que te parezco una pueblerina, pero solo he viajado para ir al internado y ahora en este viaje. Mientras estuve en el colegio, Nimué no me dejó salir de allí. Hasta las vacaciones las pasaba con ella, tenía miedo de que me ocurriera algo. —Se encogió de hombros.

—No te disculpes, es gratificante ver cómo disfrutas de la vida. ¿Vamos? Mientras caminamos, te explicaré por qué esta ciudad que te gusta tanto, ha crecido tan deprisa. —Se cogió de su brazo con un murmullo y comenzaron a andar observando los colores de las casas.

—Hace diez años el puerto de Cork se quedó pequeño y empezaron a desviar hacia aquí algunos barcos porque no cabían. Pero este era un pueblo de pescadores y hubo que agrandar las instalaciones del puerto y la ciudad. Y esas ampliaciones no han dejado de sucederse desde entonces. Si no lo hubieran hecho, hubiera sido imposible que todos los obreros y comerciantes que se trasladaron a vivir a Cobh por su trabajo, pudieran vivir aquí. —Ella tropezó porque estaba mirando la bahía, pero Kirby la sujetó antes de que cayera—. ¡Cuidado! —susurró—. Esta calle todavía no está pavimentada y es fácil caerse.

Mantuvo la mano en su cintura y siguieron caminando. Kristel escuchaba a medias las explicaciones que le daba acerca de la ciudad, pensando en lo cómoda que estaba con el brazo de aquel magistrado de aspecto severo rodeándola. Y en que lo único que la retenía de pedirle que la llevara a cualquier parte donde pudieran estar a solas, eran los manuscritos.

—Aquí es.

Las oficinas del puerto estaban ubicadas en el primer edificio que había junto al muelle de atraque número uno. El mar estaba a unos diez metros de ellos y se había levantado un viento que formaba constantes olas de varios metros, que lanzaba contra el muelle provocando un espectáculo impresionante de agua, ruido y espuma. Un cartel blanco con el nombre rotulado en negro, a mano, indicaba que estaban en el lugar correcto. La puerta de acceso, también blanca, estaba abierta. Entraron.

—Buenos días. —Un anciano con aspecto de duende levantó la vista

de un libro muy voluminoso en el que hacía anotaciones, y les dedicó una sonrisa desdentada.

—Buenos días —su acento era tan fuerte que Kristel casi no le entendía.

—Somos la señorita Hamilton y el juez Richards, creo que la señorita Stevens nos está esperando… —los interrumpió una voz femenina desde una habitación que había al fondo de un corto pasillo.

—¡Hola!, ¡pasen, por favor! —Kristel miró a Kirby, divertida por la espontaneidad de la mujer y se dirigieron hacia lo que debía de ser el despacho de Brenda Stevens. Kristel echó una última mirada al duende, pero había vuelto a sus anotaciones.

El despacho era pequeño y austero, sin nada en él que pudiera distraer a su ocupante o a sus visitantes, pero solo pudieron verlo desde fuera porque Brenda Stevens se encontró con ellos en el pasillo. Estaba poniéndose una rebeca gris encima de la falda y la blusa blanca que llevaba, y que estaban algo arrugadas. Era muy alta, casi tanto como Kirby, y delgada. Tenía el pelo color caoba, los ojos de un extraño color violeta y unos pómulos prominentes. El conjunto hacía de ella una belleza inusual.

Kirby las presentó y las dos sonrieron y sintieron una inmediata curiosidad por la otra. Brenda fue la primera que habló.

—Encantada, Kristel. —Las manos de las dos mujeres se mantuvieron unidas durante unos segundos mientras se miraban a los ojos. Kirby las observaba con curiosidad—. Iba a salir a tomar un té, aún no he desayunado. ¿Queréis acompañarme?

Los llevó a una discreta tetería que estaba muy cerca; dentro, solo había una mujer de unos sesenta años que, siguiendo la petición de Brenda, les sirvió té con pastas. Cuando llevó la bandeja a su mesa, la mujer volvió a la barra donde siguió fregando vasos y tazas sucios.

Brenda comenzó a servir el té, murmurando lo suficientemente bajo para que solo ellos pudieran oírla:

—Ha ocurrido algo. Mañana tengo que entregar los pergaminos a primera hora.

Kirby se envaró:

—Ese no era el acuerdo. He hecho venir a Kristel desde Dublín asegurándole que tendría acceso a esos documentos, tanto tiempo como lo necesite. —Kristel observaba a la otra mujer enfadada, aunque se mantuvo en silencio.

—¡Un momento, magistrado! —Kirby se irguió al escuchar la indignación en la voz de Brenda.— Antes de que siga hablando… ¡esto no es cosa mía! Resulta que la mujer de mi… de Nolan —rectificó a tiempo, dejándoles ver que Walker Nolan no había sido solo su jefe— ha llegado a un acuerdo con el museo de historia de Cork para entregarles los pergaminos, y yo no puedo hacer nada. Hace un rato,

me ha visitado un policía para recoger los documentos, pero le he dicho que no estaban en la oficina, sino en la caja fuerte de mi banco y que volviera mañana. Como me conoce, ha accedido, pero antes de marcharse me ha dicho que es mejor que mañana no haya ningún problema porque Lorna, la viuda de Nolan, ya ha hablado con su abogado para presentar una demanda contra mí, si fuera necesario. Ni siquiera sé cómo se ha enterado de la existencia de los pergaminos. —Kristel miró a Kirby que negó con la cabeza.

—A menos que en su testamento diga algo distinto, sus herederos legales son su viuda y sus hijos. Lorna podría presentar la demanda y la ganaría. —Miró fijamente a Brenda—. Creía que tu relación con ella era buena. —Brenda entrecerró los ojos y contestó con voz aparentemente dulce:

—Todo lo buena que cabe esperar entre una viuda y la amante de su marido.

Se calló repentinamente. Kristel la observaba fascinada, pero Kirby se extrañó porque notó una mentira oculta en sus palabras.

OCHO

Después de escuchar la explicación de Brenda, Kristel decidió que tenía que ponerse a trabajar cuanto antes para aprovechar el poco tiempo del que disponía.

—Bueno, mejor algo que nada, ¿cuándo puedo empezar? —Pero Kirby quería saber algo antes.

—Brenda, ¿por qué nos has traído aquí para decírnoslo?

—Nolan no exageraba al decir que no se te escapaba nada. —Su sonrisa era triste—. En estos días me he dado cuenta de que me vigilan. Y sabía que, a estas horas, aquí estaríamos solos y, sentados en esta mesa, la dueña del local no puede oír lo que hablamos.

—¿Le has avisado a la viuda de Nolan que Kristel va a examinar hoy los pergaminos?

—Yo no, pero lo sabe. Aunque no sé cómo.

—¿Por qué se lo has ocultado? —Brenda suspiró.

—Porque, solo por molestarme, Lorna no le dejaría hacerlo. Me odia.

—Entiendo. —Y así era, pero seguía pensando que la señorita Stevens les ocultaba algo.

—Después de darle muchas vueltas, he decidido llevaros a mi casa. Está en las afueras y allí nadie os molestará. Yo no voy a ir en todo el día y, desde la muerte de Nolan, por las noches duermo en la habitación que hay encima de las oficinas. Aquí tengo ropa y todo lo que necesito. —Kristel estaba impaciente.

—¿Dónde están los pergaminos? Siento ser tan pesada, pero con tan poco tiempo, tengo que aprovechar hasta el último minuto…

—Los llevé anoche a mi casa. Allí tengo una caja fuerte escondida —bajó el tono de voz hasta que fue solo un susurro, porque habían entrado algunos clientes en el local. Parecían dos obreros que habían ido a desayunar, pero a Kirby no le gustaron. Dejó suficiente dinero sobre la mesa para pagar lo que habían tomado y se levantó.

—¿Nos vamos?

Dejó que salieran ellas primero, cediéndoles el paso con caballerosidad, y él se quedó observando durante unos segundos a los dos hombres, descubriendo enseguida que no lo eran. Iban disfrazados de humanos, pero era demasiado antiguo para que otro vampiro lo engañara con un disfraz. El más alto de los dos se levantó y se acercó a él, quedándose a un metro de distancia, mirándolo fijamente. Kirby sonrió al notar su burdo intento de entrar en su mente, y le enseñó sus largos colmillos, crecidos ante una posible pelea. El otro, con los ojos agrandados por el miedo, volvió a sentarse y Kirby supo que, en esa

ocasión, no se atreverían a seguirlos. Caminaron hacia el coche, las dos mujeres juntas hablando entre ellas, y él a pocos pasos, vigilándolo todo; consciente del peligro que había en esas calles, aparentemente tranquilas.

—¿Hace mucho que te dedicas a la investigación? —Kristel sonrió consciente de su aspecto juvenil, a pesar de su edad.

—Casi toda mi vida, pero desde que trabajo como bibliotecaria en el club, tengo menos tiempo. Llevar una biblioteca como esa, implica bastante trabajo.

—¡Has conseguido un puesto muy importante siendo muy joven!

—Este año he cumplido los treinta. —Rio al ver la cara de incredulidad de la otra mujer.

—¡No puede ser! ¡Yo tengo veinticuatro y parezco mayor que tú! —A Kristel le caía muy bien aquella chica, pero se puso seria al escuchar lo que le dijo a continuación—: No estaba segura de que quisieras hablar conmigo.

—¿Por qué no?

—Porque todo el mundo dice que era la… amante —le costó decir la palabra— de Nolan. —Abrió la boca de nuevo, pero Kristel la detuvo.

—No sigas, Brenda. No me importa si lo eras o no, no es asunto mío. Ya sé que lo que voy a decir no es lo normal en nuestra época, pero creo en la igualdad entre hombre y mujer y, por eso mismo, deberíamos tener libertad para decidir lo que queremos hacer en nuestra vida, en todos los ámbitos… siempre que no hagamos daño a nadie. —Kristel lanzó una discreta mirada a Kirby sin darse cuenta, por lo que Brenda supo que lo que iba a decirle estaba relacionado con el juez—. Nuestro cuerpo solo nos pertenece a nosotras y llegará un día en el que todos lo aceptarán así. —Brenda agrandó los ojos, fascinada—. No es algo que suela hablar con nadie ya que, desgraciadamente, no suelo relacionarme demasiado con otras mujeres. Pero, con diecisiete años, se hizo cargo de mí una amiga de mi padre, que es firme defensora de las ideas de Mary Wollstonecraft. —Brenda parecía estar en blanco—. No me digas que no sabes quién es.

—El nombre me suena, pero ahora mismo… —negó, un poco avergonzada por no saberlo.

—Fue la escritora que revolucionó el pensamiento y las ideas tradicionales que había en nuestra sociedad sobre las mujeres. Murió a finales del siglo pasado, en 1797, después de escribir varias novelas, cuentos, ensayos… —Se encogió de hombros—. Era una mente inquieta, pero lo más importante que escribió fue *La vindicación de los derechos de la mujer*. Es la primera obra filosófica que expone qué es lo que hay que cambiar en nuestra sociedad para conseguir que las

mujeres sean iguales, de verdad, a los hombres.

Kirby se había acercado discretamente a ellas y asistía, fascinado, al cambio que se había producido en Kristel durante los últimos minutos. Le fascinaba verla defender sus creencias con tanto ímpetu. Cuando llegaron al carruaje, Kristel interrumpió su alegato repentinamente. Kirby pidió a Brenda que le explicara al conductor cómo llegar a su casa, y mientras lo hacía, él susurró en el oído de Kristel:

—Espero que en el carruaje continúes exponiéndonos tus ideas con la misma libertad. —Ladeó la cabeza al escucharlo.

—No esperaba que ningún miembro de tu sexo, hombre o vampiro, admitiera con tranquilidad mis palabras.

—Eso es porque, hasta ahora, nunca te habías encontrado con los machos adecuados —ella asintió, aparentemente impasible, pero la piel se le erizó al escucharlo llamarse macho; aunque era habitual que, dentro de la especie de los vampiros, se llamase así a los miembros del género masculino. Brenda volvió junto a ellos y el juez ayudó a ambas mujeres a subir al carruaje. Después, se pusieron en marcha.

—Me gustaría saber más acerca de esa escritora.

—Si el tema te interesa, lo mejor es que leas el libro que te he dicho. Si no lo encontraras, porque hay muchas librerías que se niegan a venderlo, escríbeme al club y te enviaré una copia. Te aseguro que, hasta ahora, nadie ha expuesto mejor los problemas que tenemos las mujeres en esta sociedad y su solución. Todos, hombres incluidos, deberían leerlo. —Kirby se mantuvo prudentemente callado, pero Brenda sentía mucha curiosidad.

—Mientras llegamos, háblame más sobre ese libro. Si no te importa…

—Por supuesto. —Pensó durante unos segundos por dónde empezar —. Creo que lo más importante es que condena la educación que se daba a las mujeres en su época, que no es muy diferente a la que nos dan ahora; y eso que yo no puedo quejarme porque mi padre me educó igual que si hubiera sido un chico. Pero siguiendo con el libro, lo que nos enseñan desde niñas nos hace artificiales y débiles, y no permite que desarrollemos nuestras capacidades, deformando nuestro pensamiento con nociones equivocadas de lo que debe ser una mujer. —Tanto Brenda como Kirby estaban absortos en ella, hipnotizados por la pasión que imprimía a sus palabras—. Las primeras feministas pedían que se diera la misma educación a hombres y mujeres, pensando que eso sería suficiente para que se alcanzara la igualdad entre los dos sexos. Pero Mary Wollstonecraft creía imprescindible que se crearan leyes que terminaran con el pensamiento de que la mujer es inferior al hombre y, por supuesto, exigía al Gobierno que garantizara un sistema nacional de enseñanza primaria gratuita y universal para los dos sexos. Solo si las mujeres tienen las mismas oportunidades que

los hombres serán médicos, abogados o lo que quieran, y podrán vivir de su profesión. —Echó una rápida mirada a Kirby que se había sentado frente a las dos mujeres y que la observaba con gesto indescifrable—. Desgraciadamente, han pasado más de ochenta años desde que publicó sus ideas y seguimos igual que entonces o peor.

***

La casa de Brenda era pequeña, pero estaba en un lugar privilegiado. Desde la parte delantera de la vivienda podía verse el mar y desde la trasera, cruzando el camino por el que habían llegado, había un bosque precioso. Brenda fue a buscar los documentos, mientras ellos esperaban en el salón. Pocos minutos después, llamó a Kirby y él entró en el dormitorio pensando que necesitaba ayuda. Ella lo esperaba con un paquete envuelto en la piel de algún animal entre las manos. La observó, arqueando una ceja.

—He tenido mucho tiempo para pensar mientras veníais —el juez permaneció en silencio— y, aunque siento tener que hacerlo, debo pedirte un favor a cambio de dejar que Kristel examine esto. —Levantó el paquete para que no tuviera duda a qué se refería.

—Eso suena sospechosamente a un chantaje.

—No te voy a pedir dinero ni nada parecido.

—¿Qué quieres?

—Que investigues la muerte de… de Nolan. No creo que fuera un accidente —terminó la frase con dificultad, sintiendo que se ahogaba.

—Ya tenía pensado hacerlo.

—¿De verdad? —Al ver la humedad en sus ojos, se evaporó el enfado de Kirby.

—Sí, a mí también me parece sospechosa.

—Gracias. —Respiró hondo y alargó el paquete para que él lo cogiera, pero Kirby movió la cabeza y se apartó.

—No, dáselos a ella. Por favor. —La siguió fuera de la habitación hasta que llegó junto a Kristel.

—Toma. —Ofreció el paquete a Kristel, y la bibliotecaria lo cogió observando la piel marrón, oscura y cuarteada por el paso de los siglos—. Así es como los encontraron. —Kristel siguió con un dedo las grietas de la piel.

—Siglos atrás, solían cubrir los documentos importantes con pieles de animales para protegerlos. —Llevó el paquete a la mesa que había en el centro del salón—. ¿Puedo acercar la mesa a la ventana? Así tendré mucha más luz —Brenda asintió en silencio. Kristel y Kirby movieron la mesa, luego ella dejó el paquete encima y lo abrió. Kirby acercó el maletín de Kristel dejándolo sobre una silla cercana. Lo había cogido del carruaje sabiendo que lo necesitaría porque ella le

había dicho que dentro tenía un poco de ropa, por si se quedaba a pasar la noche en Cobh, y algunos útiles de escritura.

—Bueno, yo me marcho. Por favor, utilizad lo que necesitéis de la casa. —Pero Kristel la frenó antes de que saliera.

—Brenda, perdona. —Se acercó a ella—. Como tenemos tan poco tiempo… ¿conoces a algún fotógrafo que pueda hacer unas fotos a los documentos y revelarlas lo más rápido posible?

—Sí, desde luego, además, es de confianza. Si os parece bien, os lo enviaré con el carruaje cuando me deje en la oficina.

Se dio la vuelta para marcharse y Kirby la acompañó. Kristel ya estaba ensimismada en los documentos y para ella el resto del mundo había dejado de existir.

—Repito que cojáis lo que necesitéis. Hay algo de comida en la fresquera y en la despensa, té y galletas.

—Gracias por todo. —Estuvo a punto de marcharse, pero lo pensó mejor y volvió a acercarse al juez:

—Tú y yo casi no nos conocemos, pero sé que apreciabas a Nolan y él también te apreciaba a ti.

—Era un buen hombre.

—Sí —suspiró por lo que ya nunca podría ser—, es cierto, pero como todos, a veces se equivocaba. Veo que no sabes a qué me refiero. —Brenda hizo una mueca—. No importa. Hay hechos de los que todavía no puedo hablar. —Se detuvo, pensando cómo explicarse sin desvelar nada que no debiera—. Lo que quiero pedirte es que tengas cuidado. —Kirby no entendía nada.

—¿Estás hablando de los pergaminos?

—Por supuesto que no. Hablo de Kristel y tú; de que cuando estáis juntos, el aire que hay a vuestro alrededor crepita y de que creo que tú eres más consciente que ella de lo que puede acarrear vuestra unión. —Ambos se volvieron para observar a Kristel, que estaba inclinada sobre unos papiros amarillentos.

—Brenda —le molestó que se metiera en un tema tan íntimo, pero no quiso responderla mal—, es más complicado de lo que parece.

—Siempre lo es. Mira, tengo una amiga que conoció a su verdadera pareja y, después de tener una relación con ella, se separaron por una tontería. Estuvieron muchos años separados, pero nunca se olvidaron el uno del otro. Ahora han vuelto a encontrarse, se han casado y viven en África, pero han perdido muchos años de felicidad por ser tan tozudos.

—Nuestro caso es distinto, Kristel y yo todavía tenemos que conocernos. —Ella sonrió de forma burlona.

—Ya. Bueno, imagino que sabes lo que haces.

—Gracias de nuevo, Brenda. —Ella echó una última mirada a Kristel antes de decir con admiración:

—Me gusta. Nunca había conocido a nadie tan inteligente.

—Su padre fue un gran erudito y la educó para ser como él, pero creo que llegará a superarlo.

—Me voy ya, tengo mucho que hacer. —Observó el rostro del juez, cuya severidad habitual parecía haberse ablandado—. Entonces, nos vemos mañana. Los pergaminos deben estar en mi oficina a las nueve. A las nueve y media vendrá alguien del museo a recogerlos. En cuanto llegue a la oficina, mandaré aviso al fotógrafo, pero no sé a qué hora podrá venir.

—Gracias. Te acompaño al coche. Tengo que hablar con Tom, el conductor —le avisó de que tenía que recoger a una persona, Brenda le diría quién era y dónde tenía que ir a buscarla, para traerla después a la casita.

Cuando el carruaje desapareció, se quedó durante unos minutos frente al bosque, con las manos en las caderas, observándolo todo. Recorrió con la mirada el lugar repleto de helechos gigantescos e impresionantes sauces llorones, entendiendo el enamoramiento instantáneo que Kristel había sentido por Cobh.

Se dio la vuelta y observó la bahía que se encontraba al otro lado de la casita. El viento había dejado de soplar y el mar estaba en calma, por lo que la luz del sol hacía que brillara como un espejo. Impresionado por la belleza del lugar, entró en la casa y se acercó a Kristel. Miró por encima de su hombro los viejos documentos que trataba con tanto cuidado que hasta se había puesto unos guantes blancos para tocarlos. Intentó leer alguna línea, pero no entendía nada, claro que no le extrañó; él no era de los afortunados que entendían el idioma antiguo. Nunca le había atraído ese conocimiento en particular.

—¿Son verdaderos? —Cuando vio la ilusión que había en sus ojos, Kirby se estremeció.

—Sí. ¡Veinticinco documentos desconocidos, escritos en el idioma antiguo! Aunque todavía no sé qué es lo que dicen exactamente. —Después, devolvió su atención a los pergaminos, como si no pudiera estar mucho tiempo sin observarlos.

Dos horas después, el fotógrafo que Brenda les había enviado había terminado su trabajo y se había marchado. De todas maneras, Kristel había decidido, por si había algún problema con las fotografías, copiar a mano todos los documentos; y cuando Kirby vio lo que tardaba con cada uno de ellos, decidió ayudarla para salvar parte de la noche. Ella aceptó, le explicó cómo hacerlo y comenzaron a trabajar. Kirby consiguió hacer la mitad del trabajo que ella, pero entre los dos pudieron terminar de madrugada. Agotados, se desperezaron y Kristel extendió la mano derecha moviendo los dedos compulsivamente, gimiendo por el dolor:

—¡Ay! —Se apretó la mano con una mueca.

—¿Qué te pasa? —Se inclinó sobre ella y cogió su mano con delicadeza.

—Tengo calambres en los dedos. —Se le quedaban rígidos involuntariamente.

—Has forzado demasiado la mano. Déjame a mí. —Comenzó a estirarle los dedos y a masajear las articulaciones—. ¿Te duele?

—Sí, pero no pares —ordenó—. Es un dolor bueno.

—De acuerdo. ¿Has podido traducir algo mientras hacías las copias?, porque confieso que yo no he sido capaz de entender ni una palabra.

—Pues yo tampoco, y es muy raro, porque leo bastante bien el idioma antiguo. Es como si fuera un lenguaje distinto. —Se encogió de hombros con aspecto malhumorado—. Necesitaré tiempo para descifrarlos, puede que años.

Él continuó con el masaje deshaciendo los nudos internos de los dedos hasta que notó que se relajaban, entonces, siguió con la palma de la mano y, luego, desabrochó el botón de la manga y subió por su antebrazo, ante la mirada somnolienta de Kristel. Acarició suavemente el brazo hasta que la manga no subió más y, entonces, la miró fijamente. Tenía los labios húmedos y tan deseables que tuvo que contenerse para no lanzarse como un loco a besarlos. Murmuró apasionadamente:

—¿Quieres que siga? —Ella no lo dudó.

—Sí.

NUEVE

Kirby tomó su mano y la llevó al dormitorio, encendió la lámpara de gas que había sobre la mesilla y volvió junto a ella. Kristel se estremeció y él la abrazó, calentándola, y guiando su cabeza para que buscara cobijo en su pecho.

—¿Tienes miedo? —la ternura de su voz hizo que sintiera ganas de llorar. Negó con la cabeza, incapaz de contestar, y tragó el nudo que tenía en la garganta para poder hacerlo.

—No, son solo nervios. Estoy segura de que serás cuidadoso, pero ya sabes que es mi primera vez. No es lógico estar tan preocupada, pero no puedo evitarlo —se lamentó, él puso la mano izquierda en su barbilla para levantar su cara y verle los ojos.

—Esto no tiene nada que ver con la lógica, solo con nuestros sentimientos. —Ella se mordió el labio.

—No creo que sea buena idea que mezclemos los sentimientos con esto. —Quería ser justa con él.

Kristel creía estar segura de lo que iba a ocurrir esa noche entre los dos, una mera relación física. Hacía mucho tiempo que deseaba hacer el amor con Kirby, pero no esperaba nada más después de que ocurriera, solo continuar después con su vida habitual. Por alguna razón, en ese momento se sintió ruin por pensar así, como si lo estuviera traicionando, a pesar de que no se habían hecho ninguna promesa.

—Shhh. Ven, sentémonos un momento. —Él lo hizo sobre la cama y a ella la sentó sobre su regazo, haciendo que se apoyara sobre su pecho. Sentía su desazón. La arrulló entre sus brazos, acariciando su pelo y aprovechó para quitar las horquillas que sujetaban su peinado, frotando con suavidad el cuero cabelludo para calmar el dolor que habían dejado los pequeños alambres después de tantas horas. Cuando estuvo cómoda, empezó a hablar—: Sé lo que piensas, querida. No me engaño creyendo que después de esta noche te sentirás, obligatoriamente, más unida a mí, pero necesito ser sincero contigo: eres mi velisha, la mitad que le falta a mi alma —Kirby suspiró—, pero es imposible que entiendas lo que significas para mí a menos que te cuente lo que me ocurrió cuando era una adolescente. —Lo miró, extrañada por el dolor de su voz, pero se mordió la lengua y esperó—. Cuando yo tenía trece años, mis padres tuvieron otra hija, Áurea. El día en el que mi hermana cumplía diez meses, íbamos a merendar en el jardín. Mi padre todavía no había vuelto de trabajar y mi madre me encargó que tuviera cuidado de Áurea, mientras ella entraba un momento en casa a por algo. A mí no me importaba cuidar de la bebé

siempre que no tuviera que cambiarle el pañal, claro, pero vi saltar una rana al otro lado del jardín. —Kristel estaba asombrada al descubrir que tenía una hermana. Pensaba que era hijo único, como ella—. Por entonces me encantaba coleccionar ranas, lagartijas… todos los bichos que podía. Me costó capturarla, pero lo conseguí después de correr y saltar bastante rato detrás de ella. Lo malo fue que, cuando volví junto a Áurea, ella no estaba. Y, aunque mis padres, los sirvientes y yo la buscamos por todo el barrio durante la tarde y gran parte de la noche, no la encontramos. Nunca apareció.

—Lo siento mucho, Kirby. —Lo abrazó por el cuello con fuerza, intentando consolarlo—. ¿Tus padres te culparon? —susurró.

—No, son maravillosos. Pero como es lógico, nunca han vuelto a ser los mismos y yo nunca me lo perdoné. Hasta hace poco no me he dado cuenta de que, cuando Áurea desapareció, decidí inconscientemente que yo no tenía derecho a ser feliz hasta que no supiera qué había sido de ella, y desde entonces nunca he dejado de buscarla. Cuando te conocí, supe que a tu lado conseguiría perdonarme por fin. Tú me haces feliz. —Emocionada, ocultó el rostro en su cuello con un murmullo y lo besó tras la oreja. Se apartó lo suficiente para ver su rostro bello y elegante y sus ojos dorados, brillantes por la pasión.

—Siento lo que te pasó, pero solo eras un niño. —Lo besó en la mejilla.

—Bésame de verdad, Kristel. —Ella negó con la cabeza como último signo de rebeldía, pero él no iba a permitirle que siguiera huyendo de lo que los dos deseaban.

—Hazlo —insistió.

La mirada de Kirby se posó en sus apetitosos labios y ella no fue capaz de apartar la vista. El vampiro la acercó más a él para que sintiera la dureza de su erección.

—Esto es por ti, Kristel, solo por ti. Siempre que estoy a tu lado estoy así. Desde que te conocí, he soñado todas las noches contigo y cuando me despertaba y veía que solo era un sueño, tenía ganas de morirme, pensando que esos sueños nunca se harían realidad —Kristel gimió y él acercó su rostro hasta que sus labios se rozaron, entonces, ella lo besó.

Kirby se quedó inmóvil, dócil en sus manos, dejando que ella experimentara cuanto quisiera. Haría todo lo que estuviera a su alcance para que se sintiera cómoda y que descubriera el placer a su ritmo. Se estremeció, sorprendido, al sentir que le lamía delicadamente el labio inferior y separó los labios dejándola entrar; cuando lo hizo, gruñó y acunó su nuca para guiar su cabeza hasta colocarla en la mejor posición para que lo besara. Entonces, Kristel se levantó, pero se quedó junto a él.

—¿Qué pasa? —La abrazó y ella se puso de puntillas para rodear el cuello con sus brazos. Estaban tan pegados el uno al otro, que notaba cómo su miembro presionaba contra su vientre.

Se sentía excitada, deliciosamente caliente, por eso se había levantado, porque quería que la hiciera suya. Todo su pensamiento lógico había volado y solo podía pensar en lo que iba a ocurrir esa noche entre los dos. La mano que Kirby mantenía hasta ese momento en su cintura bajó hasta sus nalgas, que apretó con fuerza, y volvió a subir acariciando su espalda, como si quisiera que ella se acostumbrara a su contacto. Pero Kristel necesitaba más, de modo que se alzó de puntillas y su lengua buceó en la boca del vampiro, provocando un gemido de placer masculino. A la vez, presionó su pecho contra el cuerpo de Kirby, intentando calmar el dolor punzante que sentía en los pezones.

Un gruñido grave resonó en la habitación, procedente de lo más profundo del pecho de Kirby y su lengua se entrelazó con la de ella, compartiendo respiración y saliva. Kristel no sabía que besar pudiera ser tan excitante.

Con la respiración agitada, se apartó de ella y le desabrochó la chaqueta, lanzándola sin cuidado sobre una silla y luego hizo lo mismo con la falda. Ahora solo tenía puesta una blusa y la ropa interior, que le quitó despacio, ralentizando el momento para disfrutarlo más. Cuando se quedó desnuda, la admiró durante varios segundos y luego la tumbó sobre la cama. Bajo la atenta mirada de ella, se desnudó, acostándose a su lado con el pene a punto de estallar. Lamió su cuello con deleite mientras sus manos acariciaban sus pechos y tiraban de sus pezones suavemente. Kristel se estremeció suspirando y gimiendo. Sus caderas se balanceaban, sintiéndose vacía.

—Abre los ojos —le ordenó. Ella obedeció y lo miró fijamente bajo la pálida luz de la lámpara de gas.

Exhibía una pasión muy diferente a la gravedad que solía mostrar habitualmente. En sus pupilas habían aparecido dos llamas rojas lo que significaba, según los libros, que estaba muy excitado; aunque también podían aparecer cuando estaban furiosos. Con mano firme, él acarició sus muslos hasta llegar a sus rodillas que presionó levemente para que las abriera; ella lo hizo, sintiéndose arder y él sonrió mostrándole los colmillos como la noche anterior, desarrollados al máximo de su tamaño:

—Hoy beberé de ti mientras te penetro, eso aumentará nuestro placer. —A Kristel se le erizó la piel. Kirby se incorporó para colocarse entre sus muslos y se sentó sobre las plantas de sus pies, presionando para que abriera más los muslos, pero ella se resistía—. Cariño, ábrete.

—¿Para qué? —Se removió en la cama y él sonrió tiernamente, acariciando sus muslos.

—Quiero verte por dentro. —Ella negó con la cabeza y él se tumbó sobre ella, apoyándose en los codos para no hacerle daño—. ¿Por qué no? —Tenía una ligera idea de cuál iba a ser su respuesta porque se había ruborizado. Le acarició la mejilla con suavidad y la curva de la nariz esperando su contestación, mientras su pene latía junto a la entrada de su vagina.

—Me da vergüenza.

—No puede existir ese sentimiento entre nosotros —besó su nariz —, cariño, no hay ninguna parte de ti que no sea hermosa. —Ella volvió a negarse y, entonces, él la miró con la cara ladeada y asintió —. Está bien, esta vez lo haremos a tu modo. —Deslizó su mano buscando el nido de rizos femenino e insertó el dedo índice en su interior, hasta localizar su botón del placer. Lo acarició suavemente al principio, incrementando su velocidad después, hasta que ella se sacudió y lo miró con los ojos agrandados por la sorpresa.

—¿Qué… qué haces? ¿Por qué utilizas la mano?

—Tengo que prepararte antes. —Observó su rostro atentamente, hasta que notó que ella estaba a punto, entonces, incrementó los movimientos—. ¡Vamos, cariño!

El orgasmo explotó en el cuerpo de Kristel dejándola débil y desmadejada. Él la besó en los labios mientras esperaba a que se recuperara.

—¿Te ha gustado?

—Sí, pero creía que íbamos a hacerlo a la forma tradicional. —Sonrió somnolienta—. Y tú no has terminado, otra vez. —Alargó la mano hacia su miembro, pero Kirby la interceptó y la llevó a sus labios para besarla.

—Eso lo solucionaremos enseguida. No te preocupes por mí. —Volvió a tumbarse sobre ella, lamió la vena que recorría su garganta y su corazón aumentó sus latidos exponencialmente, recordando el sabor de su sangre. Era el elixir más exquisito que había probado jamás y le dolían los colmillos por el deseo que sentía de beber de ella. Igual que la noche anterior, ella le suplicó:

—Muérdeme, Kirby. —Casi lo hizo, pero quería que, en esta ocasión, todo fuera perfecto; por eso, antes de hacerlo, se colocó en posición de penetrarla y la miró por última vez.

—¿Estás preparada? —La mirada de Kirby era febril. Sus ojos estaban completamente cubiertos por una pátina rojiza que evidenciaba que no podía esperar más.

Decidida, se agarró a sus hombros y asintió con una sonrisa valiente. Él inspiró hondo una vez y la penetró con fuerza y, a continuación, la mordió comenzando a beber de ella. Kristel cerró los ojos, clavándole las uñas en la espalda y gimió, dolorida, pero segundos después solo sintió placer. Nunca había experimentado un

anhelo semejante al que sentía en ese momento, ni siquiera sabía que tal cosa fuera posible, a pesar de haber leído muchas de las obras que los poetas más ilustres habían dedicado al amor y la pasión.

Cuando entró en ella, fue algo sobrecogedor. Como si dos partes que hubieran estado siempre separadas, se unieran. Sus ojos se abrieron por completo por la impresión y hundió los dedos en los hombros de Kirby. Él seguía bebiendo de ella, con succiones largas y lentas que aumentaban la excitación de Kristel, y continuaba penetrándola, entrando y saliendo de ella con impulsos firmes y seguros. Como respuesta, el cuerpo femenino respondía con leves sacudidas ante la fuerza de la invasión. Sentía que el sexo de Kirby era demasiado grande y se retorcía intentando acogerlo en su interior.

Kirby, notando su ansiedad, dejó de beber y lamió su herida para que cicatrizara. La miró, calmándola con un murmullo y la sujetó con determinación al tiempo que se retiraba un poco y arremetía de nuevo, más lentamente, con la mirada concentrada en su rostro. Kristel jadeaba y gritaba, no podía detenerse, intentando alcanzar el placer. El corazón le latía con violencia contra las costillas y se aferraba a él, desesperada, sintiendo que estaba a punto de ser arrollada por una fuerza de la naturaleza. Kirby le susurró dulcemente algunas palabras que no pudo entender, pero su voz consiguió calmar su locura.

—Por favor —suplicó.

Sabiendo lo que necesitaba, él aceleró sus movimientos, llegando a lo más hondo de ella. Abrió más los muslos femeninos para procurar el mayor placer posible para ambos, mientras que ella intentaba acelerar su culminación. Kirby apretó los dientes esperando que ella alcanzase antes el clímax, conteniéndose, a pesar de que empezaba a dolerle no poder expulsar su semilla; entonces, cuando creía que no podría aguantar más, Kristel se convulsionó y gritó con fuerza, poniendo los ojos en blanco y él se dejó ir, aunque todavía se introdujo un par de veces más en ella. Después, se dejó caer encima de su cuerpo, con la cara junto a la suya. Cuando pudo hablar, susurró:

—Enseguida me moveré, en cuanto encuentre fuerzas para hacerlo.
—Ella lo abrazó acariciando sus hombros.

—No tengas prisa, me gusta tenerte ahí. —Seguía dentro de ella y Kristel nunca se había sentido tan completa como en ese momento. No sabía qué significaba eso, pero era inquietante. Como lo había sido observar cómo se contenía Kirby para que ella consiguiera otro orgasmo, retrasando el suyo propio y verlo sufrir por ello. Y al final, cuando se tumbó sobre ella y la besó en el cuello delicadamente, a Kristel se le saltaron las lágrimas. Seguramente, pensó, el haber perdido la virginidad, le había puesto demasiado sensible.

Pocos minutos después, él se levantó, aparentemente recuperado y

paseó su mirada por la habitación. Ella levantó la cabeza bostezando, necesitaba dormir.

—¿Qué buscas? —sin contestar, salió de la habitación paseando su gloriosa desnudez delante de ella que sintió que se le hacía la boca agua.

—Vuelvo enseguida.

Cuando lo hizo, llevaba un aguamanil de cerámica blanca pintada con flores azules lleno de agua. Al ver que se dirigía hacia ella, Kristel se incorporó en la cama apoyándose sobre los codos y agrandó los ojos, preocupada.

—¿Qué vas a hacer?

—Solo quiero que estés cómoda. —Dejó la palangana en el suelo y Kristel pudo ver que dentro flotaba un paño de algodón. Se sentó en la cama, junto a ella. Alargando el brazo, acarició su pelo y luego descendió por su mejilla.

—Eres preciosa, Kristel. —Era increíble que todavía la hiciera ruborizarse después de lo que acababan de hacer.

—Gracias —murmuró, perdida en sus ojos dorados.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien. —Solo sentía un ligero escozor en sus partes más íntimas, pero lo consideraba normal después de la actividad que habían realizado juntos.

Él sonrió, como si le hubiera leído el pensamiento y la destapó, luego la sujetó, cuando intentó bajarse de la cama y presionó suavemente sus muslos para que los separara.

—Ábrete, Kristel. —Ella obedeció, tumbándose de nuevo y apartando la mirada. Kirby fue dulce y eficiente, lavando su cuerpo. Le sorprendió que el agua estuviera templada.

—Puedo hacerlo yo —se quejó.

—Me agrada ocuparme de ti. Permíteme que lo haga, querida. —Ella no contestó, pero comenzó a charlar como le ocurría siempre que estaba nerviosa.

—Pensaba que el agua estaría fría. —A Kirby le divertía comprobar que su mente no paraba nunca.

—En la tetera quedaba agua.

—¡Ah! —Cuando terminó, enjuagó de nuevo el paño y se levantó, lavando su propio cuerpo; luego, se llevó la palangana, momento que ella aprovechó para taparse con la sábana. Tenía que reconocer que se sentía mejor, aunque había pasado algo de vergüenza. Cuando él volvió, se tumbó a su lado, abrazándola.

—¿Mejor? —«Desde luego», pensó ella con la mejilla apoyada en su pecho.

—Kirby, me gustaría trabajar con los pergaminos un par de horas antes de llevárselos a Brenda.

—Cariño, es muy tarde…

—Sí, pero puedo dormir solo dos horas y… —La boca se le abrió en un largo bostezo. Cuando terminó, Kirby insistió:

—Duérmete. Tienes las fotos y las copias, y en el caso de que necesites ver los originales, siempre podemos ir al museo.

Cuando escuchó su ronquido, él también se durmió.

DIEZ

A todo el mundo le gustaba Joel Dixon. Era un vampiro caballeroso y amable, cualidades que unidas a su elegancia natural lo hacían parecer un ejemplo de distinción. A pesar de su avanzada edad, seguía dando clases de gaélico en la universidad (algunas lenguas viperinas aseguraban que Dixon ya estaba vivo, cuando los dinosaurios desaparecieron de la corteza terrestre). Pero cualquiera de los miembros de la sociedad vampírica que presenciara la siguiente escena, creería que sus ojos y oídos les estaban engañando.

Dixon estaba en el sótano de la mansión que tenía en Dublín reunido con dos de sus mejores hombres, Jack y Curtis, que le hablaban en todo momento con un respeto temeroso.

—¿Qué sabemos?

—El engaño ha funcionado. La viuda aceptó lo que le dijimos y ordenó que se entregaran los documentos a nuestro enviado. Todos creen que están seguros en el museo, pero el profesor ya está estudiándolos.

—Bien. En cuanto tenga algo, quiero saberlo. Tengo otro encargo para vosotros: quiero que acabéis con la bibliotecaria. No voy a dejar que se produzca otra unión antinatural entre una híbrida y un vampiro de sangre pura. —Jack tragó saliva, nervioso.

—Por supuesto, señor, pero el juez Richards no se ha separado de ella ni un momento.

—¿Quieres decir…? —No hizo falta que terminara la frase, Jack asintió despacio y el profesor se quedó sin habla debido a la furia que sentía. A continuación, sus ojos cambiaron de color volviéndose rojos y su puño se estrelló sobre la mesa, haciendo bailar los tres vasos con whisky que había sobre ella—. ¡Otro juez perdido!, ¡y este, emparejado con la repugnante hija del humano que se atrevió a usurpar, durante años, el lugar que le correspondía a un vampiro en el consejo de eruditos! —Cogiendo uno de los vasos de la mesa, lo lanzó contra la pared y luego apuntó con su dedo a Jack—. No me importa cómo lo hagáis, pero quiero que esto termine. Contrata asesinos, haz lo que sea necesario, pero matadlas. A las tres.

—Señor, tanto la mujer de Cian como la de Killian están protegidas por un pequeño ejército desde hace semanas. Es como si conocieran nuestras intenciones.

—¿Qué quieres decir? —No se atrevió a contestar y Curtis, afortunadamente, lo hizo por él.

—Jack y yo creemos que están recibiendo información de alguien de dentro —el gruñido del *Maestro* les puso los pelos de punta.

—¿Un traidor? ¿Entre nosotros? —Bajo la mirada rojiza de su líder, murmuraron que eso era lo que pensaban—. ¡Encontradlo! ¡Sea quien sea, deseará no haber nacido!

***

En la habitación contigua, una anciana de pelo blanco volvió a colocar el pequeño trozo de piedra que previamente había desprendido de la pared. Estaba en la despensa, cuyo muro lindaba con la habitación donde se estaban reunidos los miembros de *La Hermandad*. A pesar de que la conversación era muy interesante, no podía seguir espiándoles porque tenía una cita a la que no podía faltar. De todas maneras, ya había oído suficiente. Cuando volvió a colocar el mueble que tapaba el trozo de pared donde estaba su piedra, se marchó silenciosamente y con una rapidez sorprendente para su edad.

***

Fenton Strongbow estaba nervioso y eso era algo que hacía mucho tiempo que no le pasaba, desde sus primeros tiempos en *La Brigada*. Pero esto era distinto, tenía la sensación de que estaba a punto de ocurrir algo importante. Hasta pensó que la cita podía ser una encerrona y se sentó en un rincón de la taberna con la espalda contra la pared; en un lugar en el que él no fuera demasiado visible, pero que pudiera ver a todo el que entraba y salía.

Estaban en uno de los peores barrios de Dublín y aquí cualquier cosa era posible. Killian estaba demasiado preocupado por Gabrielle y no se había extendido demasiado explicándole la misión, solo le había pedido que acudiera en su lugar a una reunión. Por fin conocería a la única agente femenina de *La Brigada*. Tenía ordenes de escuchar lo que tuviera que decirle y luego comunicarle la información a Killian, a menos que tuviera que tomar una decisión sobre la marcha, en cuyo caso confiaba en él para hacerlo.

Fenton no tenía problemas en asumir las responsabilidades de Killian. Era lo que hacía cuando él no estaba en el país o, desde que se había casado y había cambiado de costumbres, cuando se iba de vacaciones. El chirrido de la puerta al abrirse, a pesar de lo ruidosos que eran los clientes que abarrotaban el lugar, hizo que la mirada del vampiro se dirigiera a la anciana que entraba en ese momento. La vio observar a los presentes, y sorprenderse al no encontrar a quien había ido a ver, por eso supo que era ella. Fenton le hizo el gesto secreto que todos aprendían nada más entrar en la organización. Se puso la mano derecha sobre el corazón, con los dedos separados de la siguiente manera: por un lado, el gordo, el índice y el corazón juntos, y el

meñique con el anular, por otro. En el siguiente recorrido visual, la desconocida vio su mano y lo miró a la cara sin que la de ella revelara nada, luego, se acercó a la mesa. Sin pedir permiso, se sentó a su lado; él habría jurado que lo haría frente a él, pero la anciana prefirió hacerlo con la espalda contra la pared y Fenton se sorprendió al aspirar su olor y sacudió la cabeza, pensando que su olfato lo engañaba.

La camarera, una vampira delgada y sucia con ojos saltones, se acercó a la anciana.

—¿Quieres algo? —La desconocida la observó durante dos segundos y Fenton, al ver su perfil por primera vez sintió algo extraño, un aleteo donde hacía tiempo que no sentía nada. Echó mano de su cerveza y bebió un largo trago esperando que se le pasara. Puede que hiciera demasiado que no bebía sangre.

—Lo mismo que él. —En cuanto escuchó su voz, el aleteo aumentó y sus sentidos se amplificaron. Sus colmillos crecieron descontrolados, algo que no le ocurría desde que era un adolescente imberbe. Respiró hondo y volvió a beber. Entonces, ella murmuró:

—¿Dónde está Killian? —La miró. Su cara no se correspondía con su voz.

—No ha podido venir, pero puedes hablar con confianza —lo interrumpió.

—¡No me mires!, ¿quién eres y por qué no ha venido Killian? —Fenton se maldijo interiormente por cometer el error de un novato y apartó la mirada, volviendo a vigilar al resto de los clientes.

—No creo que eso sea asunto tuyo. —Su mirada recorrió el local lentamente, esperando su contestación, pero no fue la que esperaba.

—Si no me das una buena explicación que justifique por qué no ha venido, me marcharé. Ya encontraré otro modo de localizar a Killian. —Fenton no lo dudó.

—Gabrielle, su mujer, ha perdido al niño que esperaba. Ha estado muy grave, pero el médico acaba de decirle a Killian que se recuperará. —La cara de ella cambió y sus ojos se humedecieron. Su voz perdió el tono débil que ella le imprimía al hablar y Fenton se dio cuenta de que lo había engañado. Era increíble, ya que había trabajado con verdaderos maestros del disfraz, pero ninguno era tan bueno como ella.

—Lo siento mucho. Díselo, por favor —suspiró, su actitud agresiva se había evaporado—. He descubierto quién es el *Maestro*. —Fenton la miró de reojo porque se había quedado en silencio, pero la supuesta anciana se había quedado absorta observando a cuatro hombres que bebían cerveza y hablaban en voz baja, sentados en una mesa situada en la otra punta del local—. Vamos. —Sacudió ligeramente el brazo de Fenton, con cierta urgencia, para que la hiciera caso—. Subamos a una

de las habitaciones. Iré yo primero, tú paga la habitación y consigue la llave. —Antes de que pudiera preguntarle nada, se marchó. Atónito, llamó a la camarera y le pidió una habitación, y la muchacha de ojos saltones le dio una llave herrumbrosa con el número cuatro colgando de una cuerda. Con ella en la mano, Fenton subió por las escaleras desvencijadas, echando un último vistazo a los vampiros que habían hecho huir a la falsa anciana que, por cierto, lo esperaba al final de las escaleras, pegada a la pared.

—¿Crees que me han visto?

—No. ¿Los conoces?

—Desgraciadamente, sí. Ahora te diré quiénes son. —Quería esperar a encontrarse en la habitación.

Cuando abrió la puerta, la dejó pasar primero y se fijó que su manera de caminar había cambiado. Ahora lo hacía de forma elástica y fluida, propia de una mujer joven. Cerró la puerta y echó la llave para no tener sorpresas indeseadas.

La desconocida se sentó en la cama dejando a su lado una bolsa de tela que sujetaba en la mano izquierda. Llevando las manos hacia su nuca, se quitó la peluca de pelo blanco y dejó a la vista su pelo real, que era negro y estaba peinado en un moño. Luego, hizo lo mismo con los dientes falsos, y lo guardó todo en su bolsa. Después, lo miró.

—Perdona, pero no podía más. Es lo que peor llevo de los disfraces, las pelucas y los dientes falsos.

Él movió la cabeza afirmativamente, incapaz de hablar en ese momento. Ella sonrió, burlona.

—Eres de pocas palabras, ¿no?

—Eso parece. —Al menos había conseguido decir algo inteligible—. Te juro que me encantaría seguir hablando contigo, pero antes, debes contarme lo que sepas, por lo que pueda pasar. —Ella inclinó la cabeza y organizó sus pensamientos.

—La última vez que hablé con Killian, le dije que había encontrado un rastro que me podía conducir al *Maestro*. —Fenton, que estaba apoyado en la puerta de la habitación con los brazos cruzados, sintió que se le ponían los pelos de punta y abandonó su actitud aparentemente indolente, irguiéndose y entrecerrando los ojos.

—¿Quién eres? —Ella lo miraba fijamente sin contestar. Fenton se acercó un paso, insistiendo con voz grave, aunque sin levantar la voz —: ¿Cómo te llamas?

—Killian me conoce como Ariel. Imagino que tú eres Fenton. Una vez me dijo que, si alguna vez no podía venir él a una cita, te mandaría a ti en su lugar.

Fenton estaba tan asombrado que contestó sin pensárselo:

—Sí.

¡No podía ser! ¿Ella era el misterioso Ariel? ¿El agente que había

conseguido algunas de las informaciones, gracias a las que habían conseguido asestar los golpes más importantes a *La Hermandad*? Fenton no podía creerlo, aunque su aroma le decía que no estaba mintiendo. Sus colmillos volvieron a crecer al inhalar profundamente su aroma y se concentró en que disminuyeran, hasta alcanzar su estado de reposo habitual.

—Creía que… —Fenton se detuvo a tiempo al ver su gesto de irritación.

—¿Que Ariel era un hombre? Todos pensáis lo mismo. —Se encogió de hombros elegantemente—. Su significado me gusta: el León de Dios, y sirve igual para hombres y mujeres.

Su aroma le llegó otra vez. Era atrayente, hipnótico, adictivo. Fenton tenía todos los músculos rígidos por el esfuerzo que hacía para no acercarse a ella.

—¿Te ocurre algo? —Fenton cerró los ojos dándose cuenta de que había cometido un grave error, uno en el que no caía desde que era un jovenzuelo: no beber sangre desde hacía más de quince días.

Solía llamar a alguna de las suministradoras oficiales todas las semanas. Eran mujeres a las que se les pagaba generosamente por dejar que los vampiros bebieran de ellas, pero llevaba dos semanas sin poder hacerlo. Había pasado diez días en Francia sustituyendo a Killian en un viaje de trabajo y, cuando volvió, tuvo que incorporarse a una misión, ya que estaban escasos de agentes porque en los últimos tres meses habían perdido a cinco compañeros a manos de *La Hermandad*. Por lo tanto, a la falta de sangre había que sumar que estaba agotado, y cuando un vampiro estaba hambriento y agotado, era imprevisible.

La mujer avanzó hacia él y Fenton se alejó hacia el otro lado de la pequeña habitación. Levantó la mano para que no siguiera acercándose mientras sus colmillos volvían a crecer involuntariamente. Asustado por la posibilidad de hacerle daño, ordenó:

—¡No te acerques! —bajó el tono de voz para que no los escucharan desde fuera—. No puedo contenerme, ¿entiendes? Hace demasiado que no bebo… —se calló de repente. Le costaba concentrarse, estaba demasiado agotado. Abajo, con la excitación de la reunión, no lo había notado, pero, en cuanto habían subido las escaleras, su cuerpo se había negado a continuar funcionando sin que le proporcionara su alimento básico. Ariel volvió a acercarse a él mirándolo a los ojos, intentando averiguar si iba a atacarla. Fenton se estremeció sintiendo un extraño tirón dentro de él. Con la mirada oscurecida por el hambre supo que había algo que lo unía a ella y que siempre había estado ahí. Solo que no lo había notado hasta ese momento.

—¿Necesitas sangre? —a pesar de lo que le había dicho, no estaba asustada. Fenton se inclinó hacia ella con un gruñido. Estaba a punto de perder el control; se maldijo por haber aguantado tanto sin beber —. Ya me había parecido abajo que estabas demasiado pálido. Además, tienes muchas ojeras —dictaminó. Entonces, volvió a sorprenderlo y le dijo—: No te preocupes, te ayudaré, pero antes voy a ponerme cómoda. Imagino que así será más sencillo. —Actuaba de forma tan práctica que se quedó boquiabierto.

—¿Qué vas a hacer? —Toda su fuerza de voluntad estaba centrada en controlarse para no lanzarse sobre ella como si fuera un animal.

—Solo quitarme algo de ropa para poder moverme mejor, además, ahora mismo estoy demasiado tapada para que puedas acceder a mi cuello —bromeó.

A la vez que le contestaba, se quitaba un mantón de lana que ocultaba una falda y una blusa bastante ajadas. Bajo la mirada incrédula del vampiro, se quitó la blusa y así él pudo ver que llevaba una tela varias veces enrollada en el pecho, sujeta con un imperdible, lo que la hacía parecer más corpulenta de lo que era. Desenrolló la tela y se quedó cubierta con una camiseta de manga larga que se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel, aunque no dejaba ver lo que había debajo. En las caderas, también debía estar utilizando el mismo truco de la tela, porque ahora parecían mucho más grandes en comparación con la parte de arriba. Por primera vez, la mujer se ruborizó y apartó la mirada al ver que la de Fenton brillaba de deseo.

—Creo que con esto es suficiente —murmuró.

De cintura para arriba se veía que era una mujer joven y delgada, bien formada, pero de cintura para abajo, parecía que le sobraban bastantes kilos. A Fenton su aspecto debería haberle parecido ridículo, pero solo podía mirar su cuello, blanco y apetitoso. Ya ni siquiera intentaba que sus colmillos se redujeran a su estado natural. Ella preguntó, dudando:

—¿Quieres que lo hagamos de pie?, ¿o… prefieres que nos sentemos? —En la minúscula habitación solo había una cama en la que solo podían tumbarse si estaban muy pegados el uno al otro. Estaba claro que los que la habían puesto ahí no lo hicieron pensando en que los clientes durmieran en ella.

—¿Por qué haces esto?

—Aprecio a Killian y él me ha hablado de ti. Te considera de su familia y para mí eso es suficiente. Además, haré lo que sea necesario para acabar con *La Hermandad*. Cualquier cosa. —No había que ser muy listo para darse cuenta de que este trabajo para ella era algo personal, pero ahora no tenía tiempo de averiguar más. Si no quería perder totalmente los estribos tenía que aceptar su ayuda.

—Será mejor si nos sentamos en la cama, no quiero ni pensar la

suciedad que puede tener el suelo. Ven. —Lo hizo él primero, con la espalda apoyada contra la pared y las piernas extendidas y, al ver que ella dudaba, tiró de ella sentándola sobre sus muslos.

Observó sus rasgos delicados, a pesar de que no se había quitado los postizos que alargaban y ensanchaban su nariz, ni las enormes y falsas orejas rubicundas, pudo distinguir que era una mujer preciosa. Con el índice, rozó los pelos que se habían pegado a la barbilla.

—¿Y esto? —Sonrió, divertido, a pesar del hambre que lo corroía.

Ariel conocía su reputación con las mujeres. Antes de ingresar en *La Brigada* se había informado de todos los agentes, aunque le fue muy difícil conseguir información sobre algunos de ellos. Los que le hablaron acerca de Fenton le dijeron que era un amante generoso y apasionado, pero que rechazaba cualquier atadura romántica, aunque era absolutamente leal a su familia y amigos. Las manos de él que rodeaban su cintura, transmitían seguridad y protección. Ariel esperó a que su corazón se calmara un poco antes de contestarle:

—Todo el mundo sabe que las ancianas tienen pelos en la barbilla.

—¿De veras? —Pareció a punto de decir algo más, pero se distrajo e inspiró profundamente con los ojos cerrados—. Tu olor —gimió bajito —. Estoy seguro de que cuando nos separemos, tu olor me perseguirá durante mucho tiempo.

Ella carraspeó.

—No es que me haga mucha ilusión que me muerdas, pero yo diría que tenemos algo de prisa. Luego tendrás que descansar un poco. —Sabía que debían hacerlo después de consumir sangre y más en el caso de Fenton, que estaba tan cansado—. Luego te contaré todo lo que he descubierto.

—Como desees. —Su mirada la hizo ruborizar de nuevo. Fenton recorrió el pómulo femenino con un dedo y descendió hasta el cuello, acariciando el pulso de su sangre. La boca se le hizo agua, a pesar de la sequedad que sentía en la boca. Imaginó cómo sería su sabor y estuvo a punto de morderla ya, pero no quería tratarla como a una donante cualquiera.

—¿Es tu primera vez? —Se le acababa de ocurrir que otro vampiro podría haber bebido de ella y por eso había apretado la mandíbula, irracionalmente enfadado.

—¿A qué te refieres? —No lo entendía.

—¿Algún otro ha bebido de ti?

—No. —Decía la verdad y él respiró más tranquilo, sin plantearse por qué se sentía posesivo con una mujer por primera vez en su vida. Le desabrochó algunos botones más, hasta que abrió la blusa totalmente y pudo vislumbrar sus pechos cubiertos por una camisola. Sus pezones se transparentaban y contuvo un gruñido al verlos.

—¿Eso es necesario? —Estaba incómoda, lo que era natural, pero

Fenton compuso su expresión más inocente.

—De esa manera, tu ropa no se manchará de sangre.

—Está bien.

Aprovechando su docilidad, la besó en la boca y su lengua acarició la de ella, mientras que su mano se recreaba en su pecho derecho, palpándolo y tirando suavemente del pezón. Luego, lamió su vena buscando insensibilizar la zona para que no le doliera, y la mordió.

Su sabor era exquisito, había sido hecho para él y bebió de ella con gula. Se coló en su mente para tranquilizarla y siguió bebiendo un poco más, lo imprescindible para reponerse un poco. Cuando iba a apartarse de su cuello, ella se abrazó a él para que no lo hiciera.

—¡No, no te vayas!, nunca hubiera imaginado que… ¡es increíble! ¡Jamás había sentido algo parecido! —Él sabía a lo que se refería y metió la mano bajo su falda hasta encontrar su rincón más escondido, y después el clítoris. Lo acarició suavemente, y ella se recostó sobre su pecho en actitud de abandono, agarrándose a su brazo. Fenton observaba, maravillado, el placer que revelaba su rostro.

—¿Te gusta, pequeña ninfa? —Ella lo miró, pero no estaba en condiciones de contestar—. Siendo niños, nuestros padres nos trajeron a mi hermano y a mí varias veces de visita a Dublín. En una ocasión, nos llevaron a la Galería Nacional. Yo me aburrí muchísimo, hasta que vi un cuadro en el que aparecía una mujer muy hermosa encadenada a un árbol. Era una dríade. ¿Sabes lo que son? —Ella negó con la cabeza, deseando que él moviera su mano más deprisa—. Son ninfas de los bosques y sus vidas duran tanto como las de los árboles a los que están unidas. Cada vez que venía a Dublín volvía a ver el cuadro y tú me recuerdas a la mujer del cuadro. —Aceleró sus movimientos y Ariel abrió la boca, a punto de gritar, pero él la besó para aplacar el sonido. Después, se quedó desmadejada entre sus brazos. Fenton lamió las marcas de sus colmillos para acelerar la cicatrización y la observó. Ella también lo observaba, intentando averiguar qué era lo que él ocultaba con tanto ahínco.

—Ha estado bien. —Fenton soltó una carcajada al escuchar cómo calificaba el que parecía ser el primer orgasmo que había sentido. Más recuperada, observó lo agotado que estaba él y se levantó.

—¿Cuánto tiempo tienes que dormir? —Comenzó a envolverse la tela alrededor del pecho.

—Media hora será suficiente.

—Esperaré sentada en el suelo. —Él se levantó antes de que ella pudiera reaccionar y atrapó su muñeca besándola en la parte interna, donde sus venas azules se transparentaban bajo la piel pálida y suave.

—Gracias, Ariel. —Ella sonrió quedamente y sus ojos verdes brillaron. Fenton no entendía cómo podía haber sido tan obtuso para no haber visto su belleza desde el principio—. Ven. —Tiró de ella—.

Duerme conmigo, aunque las bolsas de tus ojos no son reales, siento tu cansancio.

—Ahí no cabemos los dos.

—Ya verás como sí, nos pegaremos tanto que pareceremos un solo cuerpo —ronroneó, lo miró con los ojos entrecerrados, pero lo veía tan agotado que cedió.

Ariel se acostó casi en el filo de la cama, pero él la atrajo hacia sí para que estuviera más cómoda, enroscando el brazo alrededor de su cintura. Somnoliento, le dio un beso en la nuca y ordenó:

—Duérmete. —Obedeció con un profundo suspiro y él la imitó enseguida.

Treinta minutos después, Fenton abrió los ojos y rozó la nuca femenina con su nariz. Se confesó totalmente seducido por esa misteriosa mujer y se permitió disfrutar de su cercanía durante unos segundos, antes de despertarla. Lo hizo con un mordisco juguetón en el cuello que provocó un gemido de Ariel. Con voz soñolienta, volvió la cabeza para poder verlo:

—¿Ya ha pasado la media hora? —Le parecía que acababa de cerrar los ojos cuando la había despertado.

—¿Quieres que nos quedemos un poco más?

—No, no puedo llegar tarde al trabajo. —Se sentó en la cama y se desperezó—. No suelo dormir tan profundamente; hacía mucho tiempo que no me sentía tan segura. Gracias, Fenton. —Se levantó de la cama y se colocó la ropa.

Pero a él no le gustó lo que había detrás de sus palabras y se levantó, cogiéndola del brazo para que lo mirara.

—¿Temes estar en peligro? ¿Acaso desconfían de ti? —Ella negó con la cabeza.

—Todavía no, pero han empezado a sospechar que tienen un topo en la casa.

—¿Ese *Maestro* vive solo?, ¿tiene familia? —Los dos sabían que había llegado el momento de que ella hablara.

—Es viudo, pero tiene una hija —murmuró. Fenton abrió los ojos como platos.

—¿Una hija? ¡Esa información es muy importante, es un punto débil! —Ariel lo agarró, muy enfadada.

—¡Ni se te ocurra hacerle nada! —Cuando se dio cuenta de que había levantado la voz, intentó calmarse—. Esa muchacha es otra víctima de ese monstruo. Tiene un gran corazón y su padre la castiga constantemente por ello. Me he prometido que la ayudaré en lo que pueda.

—¿Es muy joven?

—Tiene veinte años, pero es muy inocente. Ha estado varios años interna en el extranjero, de donde volvió poco antes de que yo entrara

a trabajar en la casa. Si le haces daño… —amenazó, enfurecida.

—Cálmate, yo no soy el enemigo. Nunca haría daño a una inocente. —Se sintió culpable al ver lágrimas en sus ojos—. ¿Qué te ocurre? No es solo por ella, ¿no? Cuéntamelo, puedes confiar en mí. —Ariel apartó la mirada para que no pudiera descubrir su secreto. Ya había adivinado demasiado.

—Me iré enseguida, de modo que, si quieres que te cuente lo que he descubierto, este es el momento. —Intentó sujetarla del brazo otra vez, pero ella lo sacudió para que la soltara.

—Ariel —susurró.

Nunca le había suplicado a una mujer y estaba sospechosamente cerca de hacerlo ahora, pero no por lo que pudiera contarle, sino porque quería calmar su dolor, que le dejara abrazarla ¿Qué le estaba pasando?

—No. —Seguía sin mirarlo.

—Mírame. —Obedeció intuyendo que, si no lo hacía, no saldrían de allí. Parecía más serena, pero seguía sintiendo su fragilidad.

—Si no quieres que te lo cuente, me marcharé. —Fenton gruñó, resistiéndose a la idea. Algo que ella vio en su cara provocó que se sincerara en parte.

—Por favor, Fenton. Tengo que marcharme. Debo volver a la casa antes de que anochezca. Para venir cada quince días utilizo las pocas horas libres que tengo. —Él respiró hondo y claudicó.

—¿Qué trabajo haces allí?

—Después de meses buscando la forma de entrar, conseguí hacerlo como doncella. Y no voy a permitir que nada ni nadie me lo estropee —advirtió.

Fenton se sentó de nuevo en la cama, eludiendo la amenaza implícita en su frase.

—¿Dónde está esa casa? —Lo miró sin contestar y él resopló, porque los dos sabían que lo averiguaría—. Está bien, entonces dime lo que has descubierto. —Antes de hacerlo, Ariel se puso la peluca y los postizos que se había quitado al entrar en la habitación y luego se quedó de pie, mirándolo.

—El *Maestro* es Joel Dixon. Lo sé desde hace unos días, pero hasta hoy no he podido salir de allí para decíroslo.

—¿El profesor? —ella asintió y se explicó al ver su cara de desconcierto.

—Killian empezó a sospechar de él hace poco.

—¿Por qué no me ha dicho nada? —Ella se encogió de hombros.

—Cuando se le ocurrió, tú estabas fuera. Me contó que habías tenido que hacerte cargo de su trabajo además del tuyo y que, hasta que no estuviera seguro de que Dixon era el *Maestro*, no te diría nada.

Era cierto, antes de Francia, Fenton había estado varias semanas de

viaje, sustituyendo a Killian que se había tenido que quedar junto a Gabrielle. Esos viajes tenían como objetivo mantener reuniones con jueces y autoridades policiales de otros países, que habían observado que *La Hermandad* estaba actuando en su territorio. Había dejado de ser un problema irlandés y entre todos estaban buscando la forma de luchar contra la organización.

Ariel pensó que se había enfadado.

—Estoy segura de que sabes que confía plenamente en ti. Dice que eres el hombre más capaz que ha conocido y el mejor agente de *La Brigada.* —Él siguió en silencio y ella continuó con su relato—: Hasta esta semana no había ocurrido nada interesante en la casa, pero, hace dos días, Dixon tuvo una reunión con Jack y Curtis, los dos pelirrojos que estaban abajo. Como no se imaginaban que alguien podía estar escuchándolos, hablaron con total libertad. Por eso no quería que me vieran, me conocen de la casa.

—¿Sabes cómo se apellidan?

—No, ni siquiera estoy segura de que esos sean sus nombres verdaderos, pero por lo que pude oír, deben ser sus ejecutores de más confianza.

—Sigue.

—Los escuché decir que tienen gente infiltrada en la policía, en el Gobierno, en correos… —su frente se arrugó, recordando— y lo más importante: Dixon ordenó asesinar a Gabrielle, la mujer de Killian, a Amélie, su pupila, y a una tal Kristel, una bibliotecaria a la que, según dijeron, protege un juez. Planean terminar con todas las humanas o híbridas que estén emparejadas con un vampiro. Es un ser cruel y perverso que no se detendrá ante nada y sus seguidores harán lo que él diga sin dudarlo un momento. Es un demonio muy peligroso. —Fenton se pasó la mano por el pelo rubio, despeinándose, pensando en las tres mujeres sentenciadas.

—Tenemos que avisarlos enseguida. —Ella entendió lo que le pedía, que lo acompañara. Pero no tenía más remedio que negarse.

—Hay algo más. Hablaron sobre unos pergaminos.

—¿Qué? —¡No podía ser!

—¿Sabes a qué pergaminos se refieren?

—Sí.

—Pues han conseguido hacerse con ellos mediante un engaño; y por la forma que tenían de hablar sobre ellos, son muy importantes.

—Tenemos que ir a ver a Killian enseguida. ¡Vamos!

—No puedo acompañarte. Tengo que volver.

—Pero ¿qué dices? Si se dan cuenta de que eres humana…

—Allí solo contratan a humanas para los puestos más bajos de la casa, piensan que de esa manera nos humillan, pero no llamo su atención, no te preocupes. Por eso llevo este disfraz para que no me

miren dos veces. —Al ver su gesto de tozudez, puso la mano en su brazo—. Mira, no nos conocemos de nada, pero siempre soy cuidadosa. Ahora no puedo dejarlo, no cuando he conseguido entrar en la casa del *Maestro,* es la única manera que tenemos de enterarnos de lo que ocurre.

Fenton asintió, a su pesar.

—Sé que tienes razón, pero no quiero que vuelvas.

Ella terminó de arreglarse y, sin permitirse volver a mirarlo, le dijo:

—Dentro de quince días aquí, a la misma hora. Espera unos minutos después de que yo me haya marchado antes de salir.

Antes de que abriera la puerta, él cogió su cara entre las manos y recorrió sus rasgos con la mirada durante un largo minuto. En ese momento, ella sintió de verdad tener que marcharse, pero debía hacerlo, lo que había en riesgo era demasiado importante.

Fenton acarició su boca con los labios hasta que ella dejó que su lengua entrara y, después de besarla concienzudamente, se separó de ella sin ganas y se despidió, obligándose a dejarla marchar:

—Aquí estaré. —La miró—. Ten mucho cuidado, Ariel.

ONCE

Kirby la despertó con el desayuno. Luego, la ayudó a lavarse y a vestirse como si fuera su doncella, a pesar de las quejas de Kristel que insistía en que podía hacerlo sola. Cuando terminaron, salieron al jardín a esperar el carruaje, y se sentaron en un banco que había junto a la casa. Kirby, que seguía empeñado en llevar siempre su bolso de viaje porque decía que era muy pesado, lo dejó a sus pies antes de hablar:

—¿Has dormido bien?

—Sí. La calle donde yo vivo es tranquila, pero no es comparable a esto. —Su mirada se detuvo un momento en el bolso y él adivinó lo que estaba pensando.

—¿Te apena tener que devolverlos? —Kristel se encogió de hombros.

—Mi padre dedicó toda su vida a buscar los pergaminos perdidos —susurró.— Si él hubiera sabido que yo podría examinarlos algún día… —suspiró, y Kirby cogió su mano entre las suyas.

—Estaría muy orgulloso de ti, como lo estoy yo. —Ella se ruborizó bajo su apasionada mirada.

—Todavía no he podido entender ni una palabra —se quejó, frustrada.

—Lo harás, no tengo ninguna duda. —La besó en la frente y se apartó. Tenían que hablar—. Kristel, ¿cuándo vas a volver a Dublín? —Ella apartó la mirada, dolida.

—No sabía que tenías tanta prisa por perderme de vista.

—Cariño, mírame. —Se colocó en cuclillas ante ella—. ¿Cómo puedes pensar algo así? Lo que más deseo en el mundo es que te quedes conmigo para siempre. —Lo sorprendió ver que parecía a punto de llorar—. ¿Qué te pasa?, ¿tan mal he sabido explicarte cuáles son mis sentimientos? —Sorprendiéndole, se echó en sus brazos, agarrándose fuerte a su cuello.

—Lo siento. Desde que me he levantado esta mañana, me siento algo extraña. —Lo cierto era que se había despertado sintiéndose tan feliz, que estaba asustada.

—No llores. —La apartó un poco y limpió sus lágrimas con los dedos—. ¿Quieres quedarte en mi casa mientras traduces los pergaminos? Así puedes consultar los originales cuando lo necesites. —Se le había ocurrido esa excusa sobre la marcha, pero, si era necesario, podía inventar más—. Hablaré con los del museo para que no haya problemas. —Kristel lo besó en la boca, emocionada, al pensar en que no se separarían enseguida.

—¡Me encantaría!
—Entonces, solucionado. —Los dos miraron hacia el camino, por donde se escuchaba llegar el carruaje.
Después de devolverle los pergaminos a Brenda, volvieron a Cork. Kirby la tuvo abrazada todo el viaje, mientras hablaban en susurros entre ellos, felices por poder pasar más tiempo juntos.
Cuando llegaron, Kristel se instaló en el despacho que Kirby tenía en su casa. Él se marchó al juzgado, pero antes habló con su mayordomo a solas encomendándole la seguridad de Kristel.
—Alfred, quiero que siempre haya algún sirviente cerca de la señorita Hamilton. —El sirviente permanecía en silencio—. Además, no va a recibir visitas hasta que yo vuelva. Ya lo he hablado con ella y está de acuerdo.
—Así se hará, señor. No se preocupe.
Alfred no era un mayordomo cualquiera. Antes de ejercer su actual profesión había sido soldado en el ejército y sabía pelear, además, tenía muy buena puntería. Kirby se marchaba al trabajo tranquilo.
—¡Ah! Y coge una de mis pistolas, solo por si acaso.
Despachó algunos de los asuntos pendientes durante la mañana y, aunque había pensado volver a su casa para comer, envió un mensaje a Kristel porque surgió un asunto importante que no pudo dejar de atender. Había anochecido y estaba a punto de marcharse a casa, cuando apareció Devan en el juzgado. Y estaba bastante borracho. Se sentó frente al juez y Kirby le dijo al oficial que había intentado impedirle la entrada, que no pasaba nada. Cuando el empleado se marchó, se reclinó en la silla esperando que hablara. Sabiendo, por qué estaba tan borracho.
—¿Has hablado con ella? —La sonrisa irónica de Devan le dijo que no, pero él mismo se encargó de aclarárselo:
—No quiere saber nada de mí. —A pesar del olor a alcohol que desprendía, no hablaba como un borracho—. ¡Como si hubiera sido yo el que la hubiera traicionado! ¡Hay que joderse! —Kirby siguió callado, escuchándolo; Devan no parecía necesitar que él dijera nada. De repente, su tono de enfado se transformó en uno de angustia—. Tengo que volver a Dublín… ¡no soporto estar tan cerca de ella! Haberla visto y poder tocarla, es la peor de las torturas —murmuró, decaído.
—De momento, lo que tienes que hacer es acostarte. —Su animadversión hacia él había desaparecido totalmente desde que se había enterado de que estaba enamorado de otra.
—No es necesario que me acompañes, cogeré un coche y volveré al hotel.
No le hizo caso. Kristel le había dicho cuánto lo apreciaba y ella no querría que estuviera solo en un momento así. Lo ayudó a subir al

coche al ver que se tambaleaba ligeramente y se lo llevó a casa.

***

Cuando Fenton salió de la taberna, tomó un coche de alquiler y fue a casa de Kirby. Su amigo estaba en el despacho, sentado en su sillón preferido junto a una ventana abierta, por la que entraba el frío aire invernal. Tenía los codos apoyados en las rodillas y la cabeza inclinada hacia el pecho. Fenton, notando el frío de la habitación, despidió al mayordomo y se acercó a cerrar la ventana. Killian le dedicó una rápida mirada en la que su amigo observó las ojeras negras que cercaban sus ojos, además de verlo más delgado. Se sentó frente a él, y el juez se irguió con un suspiro.

—¿Quieres tomar algo? —Fenton negó con la cabeza, pero se levantó.

—No, pero por lo que veo, tú lo necesitas. —Con la confianza que le daba su amistad, le sirvió una copa. Kirby bebió un trago corto y la dejó sobre la mesa y Fenton volvió a sentarse frente a él. Esperó.

—He estado a punto de perderla, y si eso hubiera ocurrido, no podría seguir viviendo. Habría elegido seguirla. Lo haría mil veces antes que vivir sin ella. —Sacudió la cabeza intentando concentrarse —. Perdona, Fenton, ¿has hablado con Ariel?

—¿Por qué no me dijiste que era una mujer? —Su débil sonrisa le confirmó que lo había hecho a propósito.

—Me pareció mejor que asistieras a la cita sin estar avisado. —Fenton entrecerró los ojos.

—¿Qué estás tramando?

—No sé a qué te refieres.

—Kirby, nos conocemos hace mucho tiempo.

—Cuéntame lo que te ha dicho. —Hizo un gesto con la mano para que supiera que no iba a decir nada más—. Ariel nunca va a una reunión con las manos vacías.

—Ha podido confirmar que el *Maestro* es Joel Dixon. —Kirby no dijo nada, pero sus labios se afinaron y un par de llamas rojizas aparecieron en el fondo de sus ojos. —Escuchó una conversación entre él y dos de sus hombres, a los que después reconoció en la taberna.

—¿Sabes los nombres?

—Son dos pelirrojos llamados Jack y Curtis. Pero no conoce sus apellidos, aunque dice que son habituales de la casa de Dixon. —Kirby arrugó la frente, recordando.

—Sé quiénes son. —Su cuerpo se había puesto rígido—. Archer y esos dos siempre estaban juntos.

—¿El que secuestró a Amélie?

—Sí. Seguramente ayudado por esos dos despojos. —La expresión

de dolor había desaparecido de su rostro, reemplazada por una de furia—. ¿Qué más te ha dicho?

—Dixon ha ordenado a esos hijos de puta que… —inspiró antes de decírselo— maten a Gabrielle, a Amélie y a Kristel. —Aunque esperaba su reacción, no estaba preparado para el gesto de crueldad que apareció en su rostro.

—Como sabes, tanto Cian como yo, hemos doblado la seguridad de nuestras casas. Desde el secuestro de Amélie, ni ella ni Kristel van nunca solas a ningún sitio. Esto solo confirma nuestros peores temores —masculló—, que los siguientes objetivos de *La Hermandad* son nuestras parejas, lo que ese bárbaro considera nuestro talón de Aquiles. Así piensa ganar esta guerra.

—Podemos hablar con la policía humana. Tiene que haber alguna conexión que lo relacione con los crímenes cometidos por *La Hermandad.* —Killian movió la cabeza con desesperanza.

—Necesitamos más información. Si se da cuenta de que conocemos su identidad, podemos provocar que sospeche de Ariel y ya sabes lo que ocurriría.

—Pero…

Killian parecía extenuado, pero su voz era tranquila al decir:

—Sabes que Dixon es amigo íntimo del primer ministro británico. Han sido compañeros de colegio —Fenton gruñó, enfadado—. Lo único que podemos hacer es buscar pruebas que lo inculpen y llevarlo ante la policía.

—No me gusta nada que Ariel este allí, sola.

—A mí tampoco, pero ella no permitiría que la apartáramos del caso y, seamos honestos, si ella se marchara, no tendríamos posibilidad de cambiarla por nadie.

—Lo sé. —Se pasó la mano por el pelo.

—¿Cuándo has quedado con ella?

—En quince días. Me gustaría seguir yendo yo a verla…

—De acuerdo. —Le echó una rápida ojeada y sonrió levemente, pero no hizo ningún comentario.

—Mientras tanto… hay que decírselo a Cian. En cuanto a Kristel…

Su amigo lo interrumpió:

—Vete a informar a Cian; después, quiero que vayas a Cork y hables con Kirby. Kristel está en su casa, ha ido para estudiar los pergaminos.

—¿Tienes suficientes hombres aquí?

—Cian me mandó a cuatro de los suyos hace semanas, dos para el día y dos para la noche. Sabe que todavía no hemos podido reponer las bajas de *La Brigada*. Él también ha reforzado la vigilancia en su casa y en el club. A Amélie la siguen cuatro hombres a donde va. No vamos a correr ningún riesgo. ¿Quieres contarme algo más?

—Solo que aún no me he repuesto de la sorpresa. No se me había ocurrido que Ariel fuera una mujer y es tan valiente que asusta.

—Lo sé. Es uno de nuestros mejores agentes.

—Me ha explicado el significado de su apodo.

—Sí. —Killian se acarició la barbilla—. «El león de Dios» me pareció apropiado porque, si llegaba algún rumor a *La Hermandad* sobre su existencia, todos pensarían que se trataba de un hombre.

—Muy listo. —Kirby se encogió de hombros y Fenton recordó algo —. ¡Ah, se me olvidaba! También escuchó a Dixon decir que habían conseguido hacerse con los pergaminos.

—¿Cómo?

—Habló de un engaño a través de un museo, pero no dio más detalles.

—Razón de más para que viajes lo antes posible a Cork y hables con Kristel y Kirby. Allí podrás averiguar si es cierto. ¿Cómo está Ariel? —Fenton entrecerró los ojos, pensando.

—Bien, parece… decidida a hacer lo que haga falta. Me preocupa, y mucho.

—Y a mí —suspiró—, pero la necesitamos. Lo que está en juego es demasiado importante.

—Lo sé. —Se levantó y su amigo lo imitó—. Me voy ya. Tengo mucho que hacer si quiero salir hoy para Cork. —Se abrazaron—. Dale un beso a Gabrielle y dile que espero que se recupere pronto.

—Lo haré.

—Y, si necesitas lo que sea, no dudes en decírmelo.

—Gracias. —Por un momento, Fenton pudo vislumbrar en su rostro cuánto había sufrido y le dio un apretón cariñoso en el hombro.

—Volveré cuanto antes, pero si tienes noticias de Ariel, avísame, por favor.

—Lo haré. Cuídate.

—Tú también.

Después de que se marchara, Killian subió a ver a su mujer. Estaba dormida, pero se acercó a la cama y se sentó en la silla donde había estado tanto tiempo sentado últimamente. Ese era el único sitio donde quería estar.

—Hola —tenía la voz tan ronca que no parecía la suya. Sonriendo, Killian se arrodilló junto a la cama cogiendo sus manos entre las suyas.

—Hola, preciosa. ¿Cómo estás? —Sus ojos recorrieron lentamente el rostro de su marido, odiando la tristeza que veía en él.

—Estás más delgado, ¿has comido algo hoy?

—Claro que sí, no te preocupes por eso. Me alimentaba muy bien antes de que tú llegaras a mi vida. —Gabrielle levantó la mano y le apartó un mechón de la frente.

—Y tienes el pelo más largo que nunca, al menos desde que te conozco.

—Lo importante es que te guste.

—Me encanta —contestó.

—Entonces, todo está bien. —Se inclinó y dejó un beso suave en sus labios. Los ojos de Gabrielle se llenaron de lágrimas, emocionada.

—Túmbate conmigo, amor mío.

Él aceptó, asombrado, porque su mujer supiera que lo que más necesitaba en ese momento era abrazarla. Se acostó junto a ella y pudo respirar profundamente por primera vez en días. Más tarde pensaría en cómo exterminar a las bestias salvajes que querían destruir a la única persona que hacía que su corazón siguiera latiendo: su mujer.

***

Fenton no conocía a los dos gorilas que Cian tenía vigilando la entrada del jardín de su casa, por eso lo hicieron esperar, hasta que el dueño de la casa se acercó a la verja y los dos vampiros se saludaron afectuosamente; después, Cian le dijo que lo siguiera. Mientras caminaban hacia la casa por un camino formado por pequeños guijarros blancos, Fenton reconoció un ruido característico de palos chocando entre sí, que procedía de su izquierda y sonrió.

—¿Amélie y Lee están practicando? —Cian suspiró.

—Sí, pero ya están terminando. —Habían llegado al pie de las escaleras de la mansión, cuando pudieron ver al maestro y a su alumna en plena clase de kung-fu.

—Todavía no me acostumbro a verlos. —Estuvieron unos minutos observando la elegancia y rapidez con que se movía la pareja. Fenton, al igual que el resto de los agentes de *La Brigada,* había aprendido a utilizar algunos movimientos básicos de kung-fu que le había enseñado Killian, pero esto era diferente—. Es impresionante. Parece que estuvieran bailando.

—La primera vez que los vi, creí que se me paraba el corazón. Temía que a Amélie no le diera tiempo a apartarse de alguno de los ataques de Lee, pero con el tiempo he aprendido a confiar en los dos, aunque todavía me cuesta. —Seguía mirándolos, pero en ese momento giró la cabeza hacia Fenton—. Si le dices algo alguna vez, te mato. Mi mujer piensa que soy demasiado protector con ella. —Fenton hizo una mueca irónica, pero se mantuvo en un prudente silencio y Cian volvió a suspirar—. Vamos a la sala. Allí tendremos intimidad. —Antes de que entraran vieron cómo Lee derribaba a Amélie, haciéndola caer bocarriba, aunque ella se levantó de un salto en cuanto su espalda tocó el suelo.

—¿De verdad no sientes nada al verla caer? —Cian entró en la casa encogiéndose de hombros con aparente despreocupación.

—Aprieto los dientes cada vez que ocurre, pero estoy de acuerdo con que aprenda a defenderse lo mejor posible. Las noches en las que ha tenido clase, reviso su cuerpo minuciosamente por si tiene algún golpe nuevo que me ha ocultado. Y por supuesto, si quiero seguir manteniendo la paz en mi casa, no puedo decirle a Lee que sea más cuidadoso.

—A riesgo de que me rompas la nariz te diré que, si Lee fuera delicado con ella, no la ayudaría —explicó Fenton.

—Mi parte lógica lo entiende, pero explícaselo a la parte de mí que no soporta verla sufrir —gruñó—. Siéntate, ¿quieres tomar algo?

—No, gracias. Vengo de casa de Killian.

—Por tu cara, no son buenas noticias. Pero, antes que nada, dime cómo está Gabrielle.

—Mejor, pero Killian… no está bien. Se encuentra muy afectado.

—Lo sé. Amélie y yo estuvimos ayer visitándolos. —Apretó los labios al recordar cómo se había derrumbado Killian, cuando los dos estaban a solas en su despacho. Su mirada fría y dura le dijo a Fenton que esperaba que le trajera malas noticias—. Dime qué te trae por aquí.

—Hoy he visto a uno de nuestros agentes, que me ha confirmado quién es el *Maestro*.

—¿Killian tenía razón? —Fenton intentó no molestarse por el hecho de que Cian conociera las sospechas de Killian y él no, pero no tenía tiempo para ese sentimiento.

—Sí, es Joel Dixon.

—¡Joder! —Miró hacia su mujer a través del cristal. Amélie estaba riendo a carcajadas porque había conseguido dar un golpe a Lee.

—Hay algo más. —Los ojos de Cian habían empezado a velarse de rojo, pero debía decírselo—. Ha ordenado a dos ejecutores asesinar a tu mujer, a Gabrielle y a Kristel.

Cian se levantó de golpe y una onda de energía gélida salió de su cuerpo atravesando a Fenton.

—¡Mataré a ese hijo de puta antes de que le toque un pelo! —bramó.

Se colocó frente a la ventana mirando el jardín donde seguía su mujer, intentando respirar lenta y pausadamente hasta que sintió que podía volver a hablar con normalidad; entonces se volvió hacia Fenton y este pudo ver que sus ojos se habían teñido de rojo y que su voz sonaba mucho más ronca que antes.

—¿Quién es el agente que tenéis en casa de Dixon? ¿Es de fiar?

—Ariel.

—¡Joder! —Por lo que veía, Cian también había oído hablar sobre

él—. Entonces, seguro que es Dixon. ¡Ese cabrón!

—Tengo que irme. Debo ir a avisar a Kristel. —Cian entrecerró los ojos.

—Tráela de vuelta, quiero que se quede en casa hasta que pase el peligro… a Amélie y a ella les gustará estar juntas.

—Se lo diré, pero es posible que Kirby tenga algo que decir —Cian asintió, entendiéndolo.

—Devan está con ella. Cuéntaselo todo y dile que vuelva en cuanto pueda. Fenton, antes de marcharte, ¿qué plan tenéis?

—Killian no quiere hacer nada todavía, para que no se imagine que sabemos quién es. La idea es que actuemos con normalidad hasta que consigamos algo contra él. Cian —intentó calmarlo al ver su cara—, Ariel está infiltrado en su casa buscando pruebas y podríamos ponerlo en peligro…

—¿Es una puta broma? ¿No vamos a hacer nada? —Fenton entendía que se enfadara, pero eso no conducía a nada. Se acercó a él y le puso la mano en el hombro, pero no le dio tiempo a abrir la boca porque los interrumpió una voz extremadamente educada:

—Hola, Fenton Strongbow. —El anciano Lee Ping siempre lo llamaba con el nombre y el apellido completos, sonriendo al hacerlo, como si disfrutara de una broma que solo conocía él. Fenton se inclinó para saludarlo sin darle la mano, ya que sabía que no le gustaba que lo tocaran. Ese privilegio solo lo tenían Killian y Amélie.

Lee Ping se acercó a Cian y se detuvo frente a él, observándolo en silencio. El irlandés rozaba los dos metros de estatura, era moreno y muy corpulento y el anciano chino no superaba el metro sesenta, estaba muy delgado, tenía el pelo blanco y muy largo, y lo llevaba peinado en una trenza.

—La clase ha terminado y la ardilla ha ido a cambiarse de ropa. ¿Qué ha hecho que su marido grite como una grulla cortejando a su pareja? —Esperó hasta que Cian le dijo lo que quería saber, incluyendo varias expresiones malsonantes dirigidas al *Maestro*. El chino no dijo nada, ni siquiera cambió el gesto de su cara, solo se atusó la barba blanca durante unos instantes y le dio tres suaves golpes en el hombro a Cian con los tres dedos centrales de la mano derecha unidos. Era un gesto extraño que Fenton no entendió, pero que consiguió tranquilizar a Cian.

—Maestro de kung-fu acepta tu invitación para pasar unos días en tu casa. —Sonrió enseñando sus escasos dientes, dejando a Cian boquiabierto.

—¿Qué invitación? —Pero era tarde, Lee ya salía de la habitación.

—Diré a ardilla que envíen a recoger mis cosas. Me quedo en habitación de planta baja. Mejor para no molestar. —Amélie entró en la habitación poco después y se quedó mirando a su marido con los

brazos cruzados.

—Lee dice que le has invitado a pasar unos días aquí. —Cian se acercó a ella y la abrazó, murmurando algo en su oído. Amélie, al principio se quedó rígida, pero luego, subió los brazos rodeando con ellos la nuca de su marido. Cuando se separaron, ella estaba un poco más pálida, pero sonrió a Fenton antes de darle un beso en la mejilla.

—Gracias por venir a avisarnos. —Él inclinó la cabeza, pesaroso. Tenía mucho cariño a Amélie; por ser la pupila de Killian, había tenido mucha relación con ella.

—Ojalá esto solo fuera una visita entre amigos. —El reloj dorado que había sobre la chimenea de mármol le advirtió de la hora—. Tengo que marcharme ya, si quiero coger el tren de la tarde para Cork.

Salió dejándolos cogidos de la mano, observando su marcha. Cuando se escuchó el ruido de la puerta de la calle, Amélie se abrazó a Cian con fuerza provocando un estremecimiento en el cuerpo del vampiro. Lo besó en el cuello y murmuró:

—No estoy asustada, no te preocupes. Killian y tú me habíais preparado y sé que habéis tomado todas las medidas posibles para que no me ocurra nada. —Pero estaba preocupada por él, porque no se despegaba de ella desde hacía semanas—. Sé que estás dejando de lado tu trabajo por estar más tiempo conmigo y no quiero que lo hagas. —Lo miró a la cara, las llamas rojizas empezaban a desvanecerse—. Quiero que nos vayamos unos días a vivir al club. Hay sitio de sobra y no tendrás que preocuparte por mí, aunque estés trabajando. —Él volvió a enterrar la cara en su cuello inhalando profundamente.

—No sé qué habré hecho para tener tanta suerte contigo.

—Yo tampoco —bromeó ella, antes de responder al feroz beso que él le dio en la boca. Cuando se separaron, respirando agitadamente, él dijo:

—¿Y Lee?

—Que duerma en la habitación que hay frente a la nuestra, el resto de los hombres pueden dormir en las que hay junto a la cocina.

—Está bien, así se hará. Pasaremos aquí solo los fines de semana durante una temporada. —Cogiéndola de la mano, se sentó en el sillón desde donde solía verla practicar y la sentó en su regazo. Ella se recostó sobre su pecho y los dos miraron el jardín en silencio durante largo rato.

DOCE

Kirby se bajó primero del carruaje al llegar a su casa y ayudó a Devan a hacerlo sin caerse ya que, a pesar de que decía que podía andar solo, no era cierto; pasando el brazo izquierdo de su invitado por encima de sus hombros y sujetándolo por la cintura, pudieron subir los escalones de su casa sin demasiados tropiezos. Su mayordomo abrió los ojos como platos y, sin que le pidiera ayuda, cogió a Devan por el otro lado. Entre ambos lo subieron a su habitación y, cuando se derrumbó en su cama, se quedó dormido instantáneamente. Kirby, entonces, preguntó por ella:

—¿La señorita Hamilton sigue trabajando?

—Sí, señor. No se ha movido del despacho, y siento decir que no ha comido casi nada en todo el día, solo un sándwich al mediodía. Y ni siquiera ha salido de esa habitación para hacerlo. —Kirby lo esperaba. Como solía ocurrirles a los eruditos, solían enfrascarse tanto en sus estudios cuando encontraban algo que les apasionaba, que no cuidaban de sí mismos. Pero ahora lo tenía a él.

—Me ocuparé de que coma. ¿La cena ya está preparada?

—Sí, señor.

—Cenaremos en mi habitación. Y no necesitaremos a nadie que la sirva. —Albert continuó descalzando a Devan, que estaba roncando apaciblemente y aceptó la orden como si el juez tuviera invitadas habitualmente en su habitación.

—Por supuesto. Annie se ha esmerado para que sea una cena especial, como usted pidió. ¿Le parece bien que la suban en media hora?

—Sí. Gracias, Albert, y dáselas también a Annie.

Bajó las escaleras volando y se dirigió al fondo del pasillo, donde estaba su despacho. Abrió la puerta sin hacer ruido y la observó a placer.

Tenía un papel en la mano que miraba a través de una lupa que sujetaba con su mano derecha y, cada cierto tiempo, apuntaba algo en una hoja que tenía a su lado para, después, seguir leyendo. Kirby estuvo varios minutos observándola de pie, en el umbral de la puerta, y ella no fue consciente de ello. Con una sonrisa, cerró la puerta despacio, pero el leve sonido fue suficiente para que levantara la cabeza y lo viera. Una sonrisa de bienvenida adornó su cara y Kirby se acercó, despacio, hasta estar junto a ella. Se inclinó y acunó su cara entre sus manos. Luego, la besó.

—Qué ganas tenía de verte, preciosa. ¿Qué tal has pasado el día? —Tenía bolsas bajo los ojos, seguramente por el cansancio. Pero él se

aseguraría de que descansara, entre sus brazos, por supuesto.

—Estos documentos me están volviendo loca. No entiendo ninguna palabra. Tendré que mirar algunos libros de la biblioteca de mi padre.

—Puede que no estén escritos en el idioma antiguo… —sugirió.

—No, no. Es el idioma antiguo, lo noto por la estructura, pero las palabras…, es como… como si estuvieran retorcidas, como si las letras se hubieran cambiado de lugar por alguna razón. No lo entiendo todavía, pero seguiré trabajando hasta conseguir traducirlo.

—Pero hoy no. Tienes cara de cansada y sé que no has comido casi nada. Ven, enseguida nos servirán la cena. —Por un momento pareció que iba a discutir, pero sabía que no serviría de nada. Ya se había dado cuenta de que Kirby siempre la trataría con el máximo respeto, pero que la cuidaría por encima de todo, incluso de sí misma.

—Está bien. —Colocó los papeles en un montón ordenado y se levantó—. Me gustaría cambiarme de ropa.

—Como quieras, vamos. —La acompañó hasta su habitación y entró con ella, acorralándola contra la puerta. La besó acariciando sus costados, hasta que los dos sintieron que no podían más, entonces, se apartó de ella y la observó. Estaba ruborizada y sus ojos brillaban.

—Te espero en mi habitación.

—No tardaré. —Volvió a besarla lentamente. Luego lamió sus labios como si no pudiera despegarse de ella.

—Tómate el tiempo que necesites. Aprovecharé para darme una ducha.

Su pícara sonrisa, tan extraña en él, le encantó. Decidió que haría lo mismo, le había cogido el gusto a la ducha, un nuevo artilugio que no había probado hasta que había llegado a aquella casa. Las duchas se habían empezado a instalar en las casas particulares de Irlanda hacía más de diez años, pero de momento solo tenían acceso a ellas los que eran muy ricos.

Se duchó y se puso un vestido de lana rosa que le resultaba muy cómodo y se dirigió a la habitación de Kirby; sentía cómo se incrementaban los latidos de su corazón con cada paso que la acercaba a él. Cuando llegó ante su puerta, respiró profundamente, intentando calmarse antes de llamar, pero Kirby la había oído y abrió la puerta.

—Estás preciosa, querida. Pasa.

Kristel observó la mesa cubierta con un delicado mantel bordado en color crema, que habían colocado junto a la chimenea encendida y el despliegue de velas que llenaban la habitación con una luz íntima y romántica. El olor que escapaba de las fuentes cubiertas con tapaderas de plata, provocó que su estómago rugiera suavemente. Kirby se adelantó y la empujó suavemente por la cintura.

—Ven. —La acomodó en la silla y actuó como el mejor de los

camareros al extender la servilleta y colocársela sobre el regazo. Destapó los primeros platos y los colocó en el lugar de cada uno de ellos y luego se sentó frente a ella.

—¿Vino blanco o tinto?

—Blanco. —Sirvió para los dos y comenzaron a cenar. Hablaron poco. Kirby esperó a terminar antes de hacerlo.

—No te preocupes tanto, ya te he dicho que estoy seguro de que los descifrarás pronto.

—Llevo todo el día intentando no sacar conclusiones precipitadas, pero… aunque todavía no he podido revisarlos todos ni siquiera superficialmente… —suspiró, desanimada—. No son los documentos que yo creía. Estaba segura de que serían los que detallan nuestras leyes primigenias y que han dado lugar a nuestro código civil actual; los que buscó mi padre toda su vida. Pero no lo son. De eso estoy segura.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque estarían escritos en el idioma antiguo normal. No en… esto.

—Lo siento.

—Sí. Yo también. Hubiera sido uno de los descubrimientos más grandes de nuestra era.

—El más grande, sin ninguna duda —rectificó Kirby y se levantó para retirar los platos de la mesa.

—Déjame que te ayude. —Intentó levantarse, pero él se volvió rápidamente.

—No, esta noche te sirvo yo. ¿Quieres pollo relleno o rodaballo?

—Prefiero el rodaballo, gracias.

—Yo también. —Eligió el mejor trozo para ella y lo cubrió generosamente con la salsa marrón.

—Tiene muy buena pinta. —Él se sirvió después de entregarle su plato.

—Creo que Annie se ha vuelto a superar. —Rellenó los vasos de los dos antes de empezar con el pescado.

—Voy a emborracharme, no tengo costumbre de beber —con una mueca dio otro sorbo al vino—, pero está buenísimo.

—No hay problema. La noche es nuestra, querida.

Ninguno de los dos quiso postre cuando terminaron el segundo plato. Simplemente se levantaron y se acercaron el uno al otro, juntando sus cuerpos, quedándose abrazados durante unos minutos.

Kirby sabía que estaba sonriendo como un bobo, totalmente feliz. Kristel era muy inteligente, independiente y testaruda, cualidades que no muchos machos querrían como esposa, pero él creía que era perfecta. Le encantaba escuchar sus opiniones sobre todo, y era consciente de que estaba totalmente seducido por ella. Cuando volvió

de Dublín, después de que lo rechazara, se dejó llevar por el orgullo diciéndose que, si no lo quería, podía ser su velisha, pero hicieron falta unas pocas semanas para darse cuenta de que el poco tiempo que habían estado juntos, le había robado parte de su corazón y ya no volvería a ser el mismo. Desde que la había conocido no existía otra para él.

Acarició su cuello con la nariz, cariñosamente. Ella estaba acariciando su nuca lentamente, animada por las dos copas de vino que había bebido. Bajando la cabeza, Kirby la besó. Ella le devolvió el beso con tal entusiasmo que el vampiro gruñó, excitado. Le fascinaba cuando le respondía con una pasión que rivalizaba con la suya propia. Levantándola en brazos sin esfuerzo, la tumbó en la cama, colocándose sobre ella. Exploró su boca con la lengua y, mientras le respondía, Kristel tiró de su chaqueta hasta conseguir que se la quitara. Después, comenzó a desabrocharle la camisa.

Cuando también consiguió quitársela, comenzó a acariciar impaciente la ardiente piel de su espalda. Kirby estaba más excitado que nunca viendo su urgencia, tenía los colmillos totalmente extendidos, el corazón latiendo demasiado rápido y la boca se le hacía agua pensando en su sangre. Todo su cuerpo ardía. Se apartó de ella lo suficiente para poder respirar una profunda bocanada de aire sin dejar de observarla. Ella tenía las mejillas ruborizadas, los labios hinchados y los ojos llenos de deseo.

—Eres la mujer más hermosa que he visto nunca. —Cubrió sus labios degustando su delicioso sabor, pero necesitaba más—. Date la vuelta un momento, querida. —Ella obedeció y Kirby comenzó a desabrochar los botones de nácar que había en su espalda, y que mantenían cerrado su vestido de lana. Cuando retiró el último botón del ojal, tiró de las mangas para sacárselas y se irguió para quitarle el vestido—. Levanta un momento. —Ella movió las caderas y él lo sacó por las piernas, lanzándolo al suelo. Todavía tenía los zapatos puestos. La descalzó y le quitó las enaguas, dejándola en corsé.

—Será más fácil si me levanto.

—No se te ocurra moverte. —Aprovechó para quitarse la ropa bajo su mirada anhelante y, totalmente desnudo, se sentó a su lado.

Despacio, deshizo las lazadas que sujetaban el corsé en su sitio, encima de la camisola y sonrió levemente a pesar de su excitación al escuchar el gemido de placer que salió de la boca femenina al verse libre de semejante opresión.

—No sé cómo podéis aguantar esta tortura —susurró.

—Por estar guapas —murmuró con un mohín. Le fascinó verla coquetear con él.

—Tú no lo necesitas.

—Eso lo dices porque lo llevo siempre. Te aseguro que, si no lo

llevara, lo notarías. —Él arqueó una ceja, pero no le llevó la contraria. Terminó de quitarle el corsé y lo lanzó encima del vestido. Luego, hizo lo mismo con la camisola y las bragas. Por último, le deshizo el peinado. La recorrió con la mirada de arriba abajo y el rostro de Kirby se cubrió de un rubor oscuro producido por el placer y el deseo. La mano de Kristel ascendió por el muslo del vampiro acariciándolo a su paso, y él contuvo la respiración al ver hacia dónde se dirigía y apretó los dientes al sentirla rodeando su miembro. Y cuando empezó a moverla de forma sensual, levantó la cara hacia el techo, cerrando los ojos, intentando soportar sus caricias sin terminar demasiado pronto. Cuando ya no aguantaba más, la sujetó con delicadeza y se acostó de nuevo a su lado, con un murmullo apasionado.

La agarró por la cintura, acercándola a él y llenó los pulmones con su fragancia. Estaban tumbados de costado, piel con piel. Sediento, lamió el pulso que latía en su clavícula derecha, enredando su cabello entre los dedos. Quería tomarla deprisa, con toda su fuerza, pero también lenta y suavemente… deseaba que lo experimentara todo entre sus brazos. Y que supiera la pasión que solo ella le hacía sentir.

Kristel, abrazada, había decidido aprovechar la nueva oportunidad que tenía de estar con él. Se había equivocado totalmente cuando lo conoció, ahora sabía que Kirby nunca le haría daño, al contrario. Algunas de las premisas en las que había basado toda su vida adulta, estaban empezando a tambalearse.

Kirby la giró bocarriba y se colocó sobre ella, entre sus piernas, llenándola de besos lentos y húmedos. Kristel, muy excitada, recorría su cuerpo con las manos, deleitándose en la firmeza de sus músculos, sorprendida de que el cuerpo masculino pudiera ser, a la vez, duro y suave.

Kirby siguió besando su cuerpo hasta arrancarla un gemido cuando su lengua se encontró con su ombligo; cuando la escuchó gemir, la recompensó dándole un travieso mordisco con los dos colmillos encima del pubis, lo que provocó que ella pegara un salto sobre la cama. Entonces, lo miró y la imagen de él con los ojos entrecerrados y los colmillos sobresaliendo por encima de su labio inferior fue superior a sus fuerzas, y alargó los brazos dispuesta a suplicar.

—Ven, muérdeme. —Kirby tragó saliva deseando hacerlo más que nada en el mundo, pero se negó.

—Todavía no. Confía en mí.

Dejó caer los brazos algo contrariada, pero contenta en el fondo. Kirby aparentaba ser un vampiro reservado y rígido, que no se saltaba las normas, pero con ella era un amante tierno y audaz que siempre pensaba en procurarle el máximo placer.

Con un murmullo, la instó a que se volviera bocabajo y recorrió su columna con excitantes mordiscos y perversos lametones. Le acarició

las nalgas, apretándolas con firmeza y bajó hasta su hendidura secreta. Kristel gimió, abriendo las piernas y arqueándose sobre el colchón.

Él aprovechó el momento y colocó un cojín debajo del vientre femenino, luego, presionó suavemente su espalda para que volviera a tumbarse y se colocó entre sus piernas, sentado sobre sus talones. Tras separar sus rizos, sopló sobre la carne rosada y la acarició con su dedo índice por dentro, formando un extraño dibujo una y otra vez. Kristel, ardiendo, jadeó de placer.

—¿Qué me haces? —susurró con voz ronca.

—Escribir mi nombre dentro de ti. —La besó en la nuca, sabiendo cuánto le gustaba y se tumbó sobre ella. Kristel volvió la cabeza como pudo, y lo miró suplicándole con la vista que lo hiciera ya—. Hoy te voy a morder por detrás —confesó, antes de besarla. Sus lenguas danzaron un largo momento hasta que, con un fuerte impulso, la penetró. Kristel sentía el corazón desbocado y se aferró a las sábanas. Él entró y salió de ella varias veces antes de detenerse para apartar el pelo de Kristel de su hombro y morderla con fuerza. Bebió de su vena paladeando su sabor, gruñendo por el placer que su parte más salvaje encontraba en ella. Kristel abrió la boca para gritar de dolor, pero, antes de poder hacerlo una ola de placer lo reemplazó y tuvo un orgasmo brutal que estuvo a punto de hacer que se desmayara. Al sentir su convulsión, Kirby aceleró sus movimientos hasta que eyaculó, llenándola con su simiente y dejó de beber de ella, cerrando la herida. Se dejó caer sobre ella, incapaz, en ese momento, de sostener su peso con los brazos. Se repuso lo antes posible y la colocó bocarriba. Tenía que ver cómo estaba, pero ella tenía los ojos cerrados.

—Kristel —susurró sobre sus labios—, amor mío, ¿estás bien?

—Sí —ronroneó, abriendo los ojos. Eran más verdes que nunca—. Ha sido… maravilloso, tan apasionado que creía que me iba a desmayar. —Kirby inclinó la cabeza y lamió uno de sus pezones sorbiéndolo entre los dientes. Ella soltó una exclamación de sorpresa al darse cuenta de que todo empezaba de nuevo, pero acarició su nuca dispuesta a aceptarlo todo de él.

Kirby besaba, mordía y lamía sus pechos, incansable, necesitando seguir, pero esperando a que ella volviera a arder con el mismo fuego que él. Cuando Kristel volvió a gemir, continuó descendiendo por su cuerpo, hasta detenerse en su clítoris, que lamió y sorbió, consiguiendo que ella temblara. Luego, la penetró con la lengua y ella volvió a suplicar.

—Kirby —murmuró—, Kirby…

—Lo sé, cariño. Espera.

Volvió a incorporarse y la acunó entre sus brazos, besándola y haciendo que probara su propio sabor. Ella alargó la mano con

torpeza y aferró su miembro rígido, para obligarlo a que la penetrara.

Los ojos de Kirby se habían transformado en dos llamas ígneas, pero no se impulsó dentro de ella. Había algo que quería decirle antes.

—Kristel, después de esta noche no hay marcha atrás. Necesito que lo entiendas. —Pero ella no podía pensar racionalmente en ese momento.

—No me importa nada. Te necesito dentro de mí.

—Ábrete más. —Ella separó los muslos y él la penetró haciéndola gritar y que de sus ojos brotaran dos lágrimas solitarias. Él las besó, intentando calmarla con un murmullo—. Rodéame con las piernas, quiero entrar más en ti. —Cuando obedeció, Kristel notó que su masculinidad penetraba con más facilidad en su interior estirándola tanto que, además del placer, sentía un pequeño dolor. Pero no hubiera cambiado esa sensación por nada. Kirby entrelazó sus manos con las de ella y no dejaron de mirarse hasta que, en esta ocasión, alcanzaron juntos la cima del placer.

La abrazó, acomodándola para dormir. Y Kristel supo que su ternura más que su pasión, estaba consiguiendo destruir la coraza que ella había construido para proteger su corazón. Kirby echó las sábanas, arropándose juntos, y con la cabeza de Kristel apoyada en su pecho, comenzó a acariciar su espalda lentamente.

—Duérmete, querida. —El vampiro sonrió al sentir cómo lo besaba tímidamente en el pecho, antes de cerrar los ojos con un suspiro placentero.

***

A Fenton lo sorprendió la presencia de Kirby en la estación de Cork cuando llegó.

—¿Cómo sabías que venía? —preguntó mientras se saludaban.

—Killian me ha enviado un telegrama.

Fenton asintió. Su amigo solía utilizar el telégrafo cuando el mensaje corría mucha prisa. Lo malo era que había ciertas cosas que no se podían comunicar por ese medio, por seguridad.

—¿Qué sabes? —Kirby negó con la cabeza para que no continuara.

—Vamos, tengo el coche fuera. —Fenton soltó un murmullo de disculpa a la vez que maldecía silenciosamente. Seguía comportándose como un novato preguntándole qué sabía en medio de la calle y, que estuviera cansado o preocupado por Ariel, no era excusa suficiente.

Cuando estuvieron cómodamente sentados en el carruaje de camino a casa del juez, le contestó:

—El telegrama solo decía que llegarías en el tren de la tarde y que tenías que decirme algo muy importante. —Pero el juez parecía saberlo—. Es sobre Kristel, ¿no?

—Sí. Lo siento, Kirby.

Le contó todo lo que sabía y esperó su explosión, pero él no era como Cian, no estallaba tan fácilmente. Se quedó mirando por la ventana, pensativo. Luego, le dijo:

—Pero ¿por qué a Kristel? Ella no la es pareja de ningún vampiro. —Su relación todavía no era del dominio público, se dijo para sí mismo.

—En su caso, creemos que es porque la sentenciaron junto con su padre, recuerda que, por entonces, la estuvieron buscando. Afortunadamente, estuvo escondida hasta que fue adulta, pero ahora… —Se encogió de hombros sintiendo la furia silenciosa del otro vampiro.

—Comprendo y —tabaleó con la mano derecha en la puerta del coche— ¿qué quiere hacer Killian?

—Tanto él como Cian han aumentado la seguridad de sus casas y, de momento, no podemos hacer mucho más. Estamos buscando algo que nos permita acusar a Joel Dixon, pero ahora mismo solo tenemos la declaración de Ariel y no es suficiente, sobre todo teniendo en cuenta su amistad con…

Kirby lo interrumpió:

—Sí, lo sé, con el primer ministro.

—Esperemos que haya suerte y que encontremos la forma de llevarlo ante la ley. Mientras tanto, debemos intentar proteger a las tres lo mejor posible.

—No creo demasiado en la suerte —en el fondo de sus ojos vio la misma furia que había visto en los de Cian, y le chocó porque no había imaginado que lo suyo con Kristel hubiera llegado tan lejos—, y ella no se marchará contigo. Si eso es a lo que has venido. —Fenton levantó las manos con las palmas hacia arriba, en son de paz.

—Tranquilo, Kirby. Cian solo quiere protegerla, también me ha pedido que hable con Devan para que vuelva lo antes posible…

—Que Devan haga lo que quiera, pero Kristel no se marchará. Yo la protegeré contra ellos.

—De todos modos, Kristel tiene que saberlo y me imagino que ella será la que decida, ¿no? —Kirby asintió, pero sus labios se afinaron. Fenton se imaginó que no estaba muy seguro de cuál sería la respuesta de la mujer y, prudentemente, decidió cambiar de tema—: Nuestro agente también me informó de que se habían llevado los pergaminos.

—¿Los pergaminos de Cobh?

—Sí. —Kirby puso cara de extrañeza.

—Debe de ser un error. Hace dos días Kristel pasó una tarde y media noche estudiándolos y, al día siguiente, se los devolvimos a Brenda Stevens —de repente, se le ocurrió algo—, a no ser que… ella iba a entregarlos a un museo… —Lo miró.

—Creo que lo del museo era una trampa. Al parecer, el que acudió a recogerlos era un agente de *La Hermandad*.

—De todas formas, si no te importa que nos retrasemos unos minutos lo podemos comprobar con facilidad. El museo está muy cerca. —Abrió un cristal pequeño que le permitía comunicarse con el conductor y le dio la nueva dirección.

Media hora más tarde, salían del despacho del director del museo con la misma cara de enfado, después de que les dijera que no sabía nada de los pergaminos. Kirby le dijo al conductor que volvían a casa y subieron al carruaje.

—¿No hay copias? —Kirby estaba distraído pensando en cuánto se disgustaría Kristel por lo ocurrido, pero contestó enseguida:

—Sí, afortunadamente, Kristel encargó que hicieran fotografías y, además, los copió a mano.

—Buena chica, me gustaría saber qué contienen para que *La Hermandad* tenga tanto interés. ¿Ya los ha traducido?

—No. Ni siquiera ha podido traducir una palabra, es como si fuera otro idioma.

—¡Qué raro!

Se quedaron sumidos en sus pensamientos hasta que el carruaje llegó a su destino.

TRECE

Devan todavía tenía algo de resaca, pero, después de ducharse y vestirse, había bajado a buscar a Kristel y ahora estaba sentado en la salita junto a ella. Esperaban a Kirby para cenar, pero se retrasaba.

—¿Te encuentras muy mal? —La miró con los ojos entrecerrados, intentando contrarrestar los golpes que algún ser malvado estaba dando dentro de su cráneo.

—La culpa es mía por intentar acabar con todo el *whisky* de Cork en una sola noche. No te preocupes, mañana estaré mejor.

—Devan, hay algo que siempre he querido preguntarte y, desde que hemos venido a Cork no dejo de darle vueltas… ¿tú conoces a mi madre? —Él dio un respingo, pero contestó sin dudarlo:

—Lo cierto es que sí. Y siempre me ha parecido extraño que no hayáis coincidido nunca.

—No sé cómo íbamos a hacerlo, ella vive aquí y yo siempre me he negado a venir a esta ciudad —murmuró. Devan carraspeó, antes de aclarar:

—Ya, pero ellos han venido en un par de ocasiones al club. —Ella se puso pálida.

—¿Quieres decir… toda la familia?

—Sí. —Él se había puesto muy serio porque conocía sus sentimientos—. Fue poco antes de que tú llegaras. Primero vinieron una primavera, por San Patricio y al año siguiente en navidades. Creo que en ambos casos pasaron las fiestas en Dublín y el marido de tu madre aprovechó para hablar con Cian. Quería hacer negocios con él —hizo una mueca burlona—, pero ya conoces a Cian, lord August no le gustaba y le dijo que no. Y, a pesar de que insistió, siguió negándose.

—¿Por qué no le gustaba?

—Por sus ideas. —Ante la mirada de ignorancia de Kristel, Devan intentó ser lo más delicado posible—: Creía que lo sabías, es un supremacista declarado. —Ella se puso muy pálida y Devan maldijo en voz alta—: Kristel, lo siento, quizás no hubiera debido decírtelo.

—Al contrario, te lo agradezco —sonrió, aunque seguía pálida—, prefiero saberlo. Hace mucho que no me hago ilusiones y sé que mi madre odia haber parido una niña mestiza.

—No digas eso. No hables así de ti. Ella se lo pierde. —Cogió su mano y le besó el dorso, dolido por ella. Ella apretó su mano, agradecida por tenerlo como amigo.

—Voy a necesitar la mano para cenar —bromeó—. Solo espero no encontrármelos en ningún sitio. —Devan odiaba la expresión de

tristeza que había en su cara e intentó distraerla.

—Olvidémonos de la víbora de tu madre y cuéntame qué tal te ha ido estos días con Kirby. Por cómo os miráis ahora, yo diría que habéis estado muy ocupados. —Kristel se ruborizó, aunque intentaba simular que no le afectaban sus palabras—. ¿No vas a decir nada? —Ella siguió sin contestar—. Kristel, ten piedad de mí. Cuéntame algo para que recuerde qué se siente al querer a alguien —su voz lastimera hizo que ella riera a carcajadas y, así, él supo que ya no se acordaba de su odiosa madre.

—¡Qué mentiroso eres! Espero que algún día me hables de ella. —Los labios de Devan se torcieron en una mueca irónica.

—Imagino que era mucho esperar que «tu novio» no te lo contara. —Ella le dedicó un mohín gracioso.

—Kirby —subrayó— no me ha contado casi nada y lo poco que me ha dicho ha sido porque no dejé de preguntarle por qué habías bebido tanto.

—Ya, pues no me creo que… —Los dos se volvieron al escuchar el sonido de la puerta de la calle.

Kirby volvió acompañado por Fenton y tanto Kristel como Devan se levantaron, preocupados por la presencia del segundo de *La Brigada* en Cork. El juez se acercó a Kristel y enlazándola por la cintura, dejó un tranquilizador beso en su sien izquierda que ella aceptó con una sonrisa, al igual que el murmullo cariñoso que susurró junto a su oído, y que los otros dos vampiros aparentaron no escuchar. Mientras tanto, Fenton y Devan se estrecharon las manos y, al mirar en los ojos de su amigo, Devan volvió a mirar a Kristel, inquieto. Finalmente, Fenton se acercó a Kristel y se inclinó sobre su mano extendida; ellos dos aún no tenían demasiada confianza, se habían visto unas cuantas veces, pero no habían hablado demasiado entre ellos.

—Me alegro de verte, Kristel.

—Igualmente.

—Querida, Fenton ha venido para decirnos algo. Creo que es mejor que nos sentemos —ella asintió, tragando saliva, apretando la mano de Kirby y él le lanzó una mirada tranquilizadora. Ambos se sentaron en el sofá de dos plazas que ella había ocupado antes y enfrente de ellos, en un sillón, lo hizo Fenton. Devan se quedó de pie, cerca de Kristel, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, después de asegurarles que prefería no sentarse.

Fenton dudó unos segundos y el juez interrumpió el silencio, impaciente:

—Díselo ya, Fenton. Kristel es más fuerte de lo que crees. —Y ella, que se imaginaba lo que iba a decir, añadió:

—Fenton, no te preocupes por mí y di lo que tengas que decir. —Kirby apretó su mano para recordarle que estaba a su lado.

—Kristel, esta mañana uno de nuestros agentes me ha dicho que el *Maestro* ha dado orden de asesinaros a ti, a Gabrielle y a Amélie.

Kirby pasó un brazo sobre los hombros de Kristel de forma protectora.

—Tranquila, no consentiré que te hagan daño. —Ella estaba extrañamente tranquila.

—Te agradezco mucho que hayas venido hasta aquí a decírmelo, Fenton. —Luego, miró a Kirby y a Devan—. Os confieso que casi es una liberación conocer sus planes. Hace tiempo que me temía algo así y, por lo menos, ahora sé a qué atenerme.

—No estás sola, Kristel. Tanto Killian como Cian han insistido en que viniera a decírtelo y Cian, además, insistió en que Devan y tú volvierais cuanto antes a Dublín. Quiere que vivas en su casa hasta que pase todo esto. —Kristel no se volvió a mirar a Kirby para ver su reacción; fue suficiente con notar la rigidez que había invadido su cuerpo al escuchar a Fenton. Por eso no se sorprendió al escucharlo.

—Ya le he dicho que tú no te irías. —Ahora sí se giró a mirarlo, asombrada por su audacia. Entornó los ojos y replicó:

—Eso tengo que decidirlo yo. —El juez se mordió la lengua haciendo un esfuerzo y Devan apuntó:

—Fenton, creo que es mejor que los dejemos un momento a solas.

Se marcharon de la habitación cerrando la puerta detrás de ellos y Kristel se levantó, indignada, enfrentándose a Kirby. Tenía la barbilla levantada y sus ojos dorado-verdosos brillaban por el enfado. Él la imitó y se cruzó de brazos, decidido a mantenerse firme. Estuvieron un par de minutos callados, reacios a discutir y detener la dicha que habían conocido esos días. Por fin, Kristel consiguió transformar lo que iba a ser un ataque en una pregunta.

—¿Por qué? —Él la miraba sin comprender—. ¿Por qué crees que tienes el derecho de tomar esa decisión? No estamos casados ni somos pareja. —En ese momento, se dio cuenta de que ella todavía no lo había entendido. Se acercó hasta juntar sus cuerpos y no le pasó desapercibido el estremecimiento que la recorrió cuando lo hizo.

—No me creo poseedor de ese derecho y, aunque estuviéramos casados, tampoco lo creería. Pero mi primer impulso, cuando estás en peligro, es protegerte, aunque sé que eres tú la que puede decidir. Desgraciadamente —murmuró la última palabra como si esa situación fuera una maldición que hubiera caído sobre él, provocando que a ella se le pasara el enfado de repente.

Acababa de darse cuenta de lo difícil que era, para un vampiro antiguo como él que tenía un enorme instinto de protección hacia su mujer, tener como pareja a una feminista de corazón como ella. Levantó la mano y acarició con ternura su mejilla y él ladeó la cabeza, apoyándose en su mano, agradecido por su contacto.

—Parece que no has tenido mucha suerte con la mujer que te ha tocado.

—No digas eso —susurró—. No sabía que se podía ser tan feliz como tú me haces a mí. —Ella se sintió orgullosa de escuchar algo así del granítico Kirby Richards.

—Yo también soy muy feliz contigo.

—¿Y no quieres seguir siendo feliz? —Los ojos de ella brillaban, húmedos.

—Sí. —Levantándose de puntillas, lo besó en la mejilla—. Me quedaré.

—Y, a cambio, yo te juro que haré lo que sea necesario para seguir viendo ese brillo en tus ojos. Voy a decirles que entren. —Ella volvió a sentarse porque le temblaban las piernas.

Devan entró el primero y, después de echar un vistazo a su amiga, se tranquilizó. Estaba radiante.

—Voy a quedarme aquí, Fenton. Por favor, dales las gracias a Cian y a Killian de mi parte —el aludido asintió, pero todavía no había terminado.

—Tengo que deciros algo más. —Estaban todos sentados, menos él que permaneció de pie—. El agente también escuchó de labios del *Maestro,* que habían conseguido los pergaminos que descubrieron en Cobh. —Kristel agrandó los ojos, horrorizada, y miró a Kirby, que esperaba su reacción y le explicó lo que sabía:

—Desgraciadamente, es cierto. Hemos estado en el museo y el director me ha confirmado que no están allí. Ni él, ni ningún trabajador del museo, han hablado con la viuda de Walker Nolan.

—¡Dios mío!

Kristel parecía más preocupada por el robo de los pergaminos, que por estar condenada a muerte por el jefe de una secta de vampiros racistas y trastornados. Fenton interrumpió sus lúgubres pensamientos:

—Kirby me ha dicho que hicisteis fotografías. —Kirby siguió callado, dejándola hablar.

—Sí.

—En vista del interés que suscitan esos documentos en *La Hermandad,* me gustaría llevarme copias de esas fotografías a Dublín.

—No hay problema. Afortunadamente, pedimos dos copias de cada documento al fotógrafo.

—Estupendo. —Devan aprovechó para decir algo más.

—Kristel. —Se inclinó hacia ella—. Espero que sepas que no solo Cian quiere ayudarte. Todos los que te conocemos, miembros de *La Brigada* o no, te defenderemos y apoyaremos en lo que necesites. Esto no es solo un ataque contra vosotras tres, es un ataque contra nuestra forma de vida. Pretenden decirnos cómo vivir y cómo pensar. Muchos

de nosotros estamos dispuestos a hacer lo que sea antes de que nos priven de la libertad.

Un silencio respetuoso se extendió por la habitación y Kristel se levantó, impresionada, y abrazó a Devan.

—Gracias, ojalá hubiera muchos como tú.

—Somos más de los que crees.

Kirby la esperaba de pie y ella se acercó con lágrimas en los ojos. El juez la abrazó meciéndola suavemente.

—Fenton, ¿cuándo vas a marcharte? —Devan se había acercado a él cuando la pareja había empezado a hacerse carantoñas.

—Si no ocurre nada, tengo pensado irme mañana. En el primer tren.

—Pues ya tienes compañero de viaje.

—Estupendo. —Kirby y Kristel se habían acercado a ellos y estaban escuchando la conversación.

—Por supuesto, serás nuestro invitado hasta entonces. —Kristel lo escuchó, ruborizada, y Fenton se lo agradeció con un murmullo. Alfred entró para decir que la cena estaba lista.

—¿Vamos? —Kirby levantó su brazo y Kristel colocó sus dedos sobre él, caminando juntos hasta el comedor. Él retiró la silla que había junto a la suya; ya le había avisado a Alfred que en adelante se sentarían así en el comedor y sus invitados se sentaron a los costados de la pareja.

Fenton esperó a que los criados se marcharan después de servir la cena.

—Kristel, siento tener que ser tan directo, pero ¿has descubierto algo en los pergaminos que explique el interés de Dixon? —Ella agitó la cabeza con una mirada de frustración.

—No, lo siento. Todavía no. No reconozco ninguno de los idiomas que he estudiado. Os confieso que estoy muy sorprendida, el vocabulario de esta lengua es totalmente desconocido para mí, pero en su estructura hay algo… que me recuerda al idioma antiguo.

—¿A qué crees que es debido? —Ella se mordió el labio antes de contestar y miró a Kirby, que asintió ligeramente.

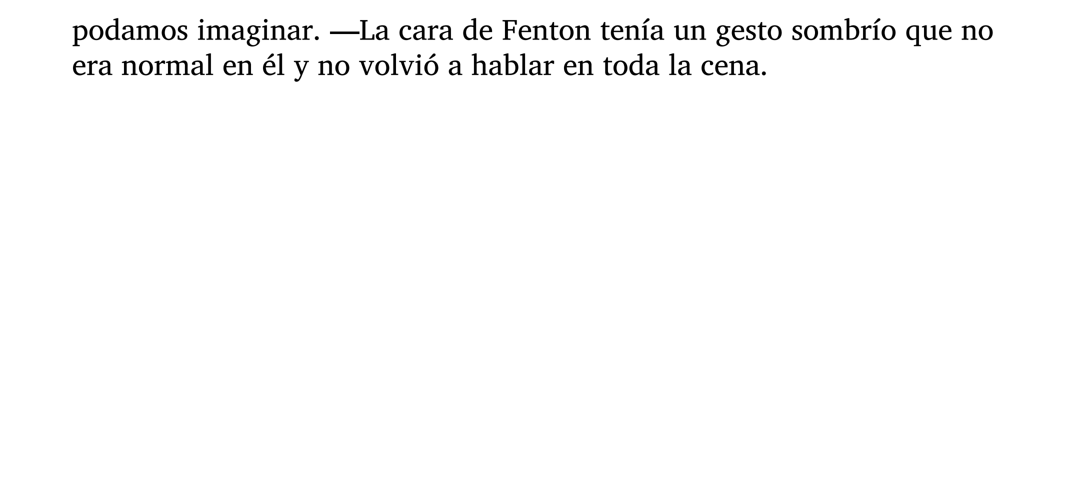
—Empiezo a pensar que puede que no estén escritos por los antiguos eruditos. Esto parece otra cosa.

—¿Y no sabes qué es?

—No, pero lo descubriré. Mi intuición me dice que pueden ser más importantes que los pergaminos perdidos de Naghar. Cuando leo las palabras, aunque no entiendo su significado, siento su poder. Un poder extraño y antiguo.

—Te agradezco que hayas sido tan sincera y, por favor, en cuanto averigües lo que sea, envíanos un telegrama. Yo también tengo la impresión de que se trata de algo muy importante, más de lo que

podamos imaginar. —La cara de Fenton tenía un gesto sombrío que no era normal en él y no volvió a hablar en toda la cena.



CATORCE

Kristel se despertó de la pesadilla jadeando, intentando que llegase suficiente aire a sus pulmones. La angustia de no poder respirar la hizo sentarse angustiada, despertando a Kirby que dormía abrazado a ella.

—¿Qué te pasa? —susurró, preocupado. Sentía su malestar y se sentó junto a ella, acariciándole el brazo. Kristel ya había apoyado los pies en el suelo para levantarse. Se pasó la mano por la cara, intentando despejarse.

—Era una pesadilla, aunque no recuerdo muy bien los detalles. Solo… —Un fogonazo en su mente le hizo acordarse del sueño y se levantó de un salto—. ¡Claro, eso es! —Sin preocuparse por ir en camisón, salió al pasillo.

Kirby maldijo y la siguió, en cuanto se puso los pantalones del pijama. Como se imaginaba, tanto Devan como Fenton la habían oído y salieron de sus habitaciones. Los dos observaron cómo Kristel bajaba corriendo las escaleras y luego dirigieron una mirada inquisitiva a Kirby cuando pasó por delante de ellos.

—Creo que se le ha ocurrido algo relativo a los pergaminos —explicó.

Los dos bajaron detrás de él y los tres se reunieron con ella en el despacho. Cuando llegaron, Kristel estaba sentada en el mismo lugar en el que había pasado los últimos días estudiando los pergaminos, pero ahora había comenzado a escribir el alfabeto en una hoja apaisada, intentando que todas las letras estuvieran en la misma línea. Los vampiros permanecían de pie observándola, cuando Kirby les hizo un gesto para que se sentaran. Cuando escribió la z, empezó otra línea, paralela a la anterior, pero en este caso, escribió las letras del alfabeto al revés, empezando por la z y terminando por la a. Al terminar, los miró y respiró hondo.

—Si has estudiado el idioma, es imposible no reconocer ni una palabra de un texto tan largo. Me estaba volviendo loca pensando en qué idioma estarían escritos y, cuando me he despertado, me he dado cuenta de que solo hay una explicación, y es que están cifrados. —Fenton pareció dudar.

—Tú eres la experta, pero ¿no es algo extraño que unos documentos tan antiguos estén cifrados? Y, si no recuerdo mal, ninguno de los otros pergaminos lo estaban…

—Eso es porque esto —dio unos golpecitos con el dedo en las copias de los pergaminos que habían transcrito entre ella y Kirby—, no está escrito por los antiguos.

—Entonces, ¿por quién?

—Todavía no lo sé. Pero creo que sé cómo descifrarlos. Es más sencillo de lo que parece, solo hay que aplicar la clave correcta.

—¿Solo? —preguntó irónicamente Fenton—. Llevo años estudiando criptografía y descubrir la clave de cifrado de un texto es lo más difícil.

—Tienes razón —admitió ella, aunque sonreía—, pero cuando se cifraban los textos, siglos atrás, solían utilizar el sistema Atbash. —En ese momento, Kirby entendió por qué había escrito los alfabetos de esa manera—. Es un método de codificación del alfabeto hebreo basado en la sustitución. —Les enseñó la hoja con los dos alfabetos—. También se le llama el método espejo. —Señaló con el dedo las letras a la vez que se lo explicaba—: Consiste en sustituir la primera letra del alfabeto por la última, la segunda por la penúltima, y así sucesivamente… Este principio también se puede aplicar al alfabeto latino. Uno de sus usos más célebres se encuentra en el Libro de Jeremías donde, para no nombrar Babilonia, se utiliza un término cifrado con el método Atbash: Sheshakh. —Levantó la mirada con una sonrisa. Todos se habían despertado de golpe al escucharla.

—¿Y crees que ese es el método que usaron aquí? —Devan se inclinó hacia delante observando que ella cogía el primero de los documentos y al lado ponía una hoja en blanco donde empezó a apuntar las palabras con las letras sustituidas. Le contestó mientras trabajaba:

—No perdemos nada con probar… solo hay un problema y es que el alfabeto hebreo, al igual que otros de origen semita, es consonántico, pero he estudiado lo suficiente el idioma antiguo para reconocer la mayor parte de las palabras, aún sin vocales.

—Kristel, son las dos de la mañana… —Kirby notaba su cansancio. Ella le echó una mirada de disculpa.

—Solo voy a descifrar el primer párrafo. Quiero saber si funciona.

Los tres vampiros se quedaron en silencio, mirándola, y pudieron observar cómo cambiaba su expresión según avanzaba en el párrafo. Los hizo esperar porque comprobó varias veces que estaba bien traducido. Kirby, preocupado por ella, preguntó:

—¿Qué pone, Kristel?

Ella tragó saliva antes de leerlo en voz alta:

—Soy Lilith, la diosa primigenia de los vampiros y de donde proviene nuestra especie. En estas páginas, escritas de mi puño y letra, encontraréis los preceptos que deberéis seguir para que mi alma se reencarne en otro cuerpo en la tierra, sin importar el tiempo que haya pasado desde mi muerte. Al discípulo que consiga que vuelva a reinar sobre los hombres, sabré recompensarlo otorgándole más poder del que haya soñado jamás. Se sentará a mi lado en el trono y reinaremos

sobre todos los habitantes de la tierra y juntos conseguiremos que los humanos vuelvan a ocupar el puesto que les corresponde: el de esclavos.

Cuando terminó, Kristel dejó caer el papel sobre la mesa del escritorio y se levantó. Salvó los pocos pasos que la separaban de Kirby y se refugió en sus brazos. Él la apretó con fuerza contra él, observando cómo Fenton y Devan tomaban el papel que acababa de dejar Kristel y lo leían silenciosamente, luego murmuraron algo en voz baja entre ellos. Kirby siguió callado, intentando aplacar el temblor del cuerpo femenino.

—No puede ser —gimió. Estaba asustada y se abrazó con fuerza a su cuello—. ¡Lo escribió la misma Lilith! —susurró junto a su oído.

—Mi amor, no creo que pase nada porque digas su nombre en voz alta. —Sonreía. Devan se unió a ellos.

—Desde luego. Era una perra y seguro que sigue siéndolo, esté donde esté. —La sonrisa irónica de Devan no tembló en ningún momento.

—No sé cómo podéis bromear con algo así. —Devan se encogió de hombros, pero el que contestó fue Kirby:

—Me niego a que nadie, incluyendo una malvada diosa amargada y vengativa, me quite el privilegio de reírme de lo que quiera. —Ella se apartó para verle la cara. Seguía sosegado y tranquilo.

—Eres muy valiente y, por supuesto, tienes razón. —Giró la cabeza hacia los documentos, pensando en volver al trabajo, pero Kirby la cogió por la barbilla haciendo que lo mirara.

—Aprovechando que acabas de reconocer que tengo razón, vamos a irnos a dormir y mañana seguiremos con esto. —Ella abrió la boca para contradecirlo, pero Kirby le puso un dedo sobre los labios—. Por favor, aunque lo terminaras esta noche, no conseguirías nada. Quiero que descanses antes de continuar. De todas maneras, esta noche no lo acabarías. Son demasiadas hojas. Si quieres, yo te ayudaré por la mañana. —Por el rabillo del ojo vio que Fenton iba a decir algo y que Devan le daba un codazo para que se callara. Seguramente creía que era mejor saberlo cuanto antes, pero para Kirby, nada estaba antes que Kristel. Nada. Pero ella se resistía a obedecer.

—¿Mañana no tienes que trabajar?

—Es sábado.

—¡Ah! Es cierto. —La mirada se le iba hacia los documentos, pero Kirby puso la mano en su espalda para guiarla hacia el dormitorio. Ella aceptó marcharse, aunque seguía preocupada—. Está bien, pero despiértame en cuatro horas, ¿eh? —Bostezó—. Buenas noches, caballeros. —Kirby se despidió con una mirada intencionada y ellos contestaron con un murmullo. Desde el despacho se volvió a escuchar la voz de Kristel, susurrando, mientras ella y Kirby subían por las

escaleras—. Con cuatro horas, es suficiente. —Él no contestó, decidido a dejarla dormir algo más y, si se enfadaba al despertar, ya lidiaría con ella. Los papeles podían esperar un día más. Después de todo, habían estado enterrados varios siglos, esperando.

***

Ariel estaba limpiando el polvo en la sala cuando escuchó caer el aldabón de la puerta principal. Llevaba todo el día buscando tareas para tener una excusa que le permitiera estar en esa zona de la casa; desde que había escuchado a Joel Dixon decirle al mayordomo que esperaba a Curtis y que, en cuanto llegara, se lo hiciera saber. Comenzó a limpiar la puerta de la sala para estar más cerca del pasillo, y eso le permitió escuchar a Dixon salir del despacho para recibir al visitante. Como se imaginaba, era Curtis y, desde su posición privilegiada, Ariel pudo escuchar su conversación mientras se acercaban por el pasillo.

—¿Tienes noticias?

Ella sabía que bajarían a la habitación del sótano porque allí era imposible que nadie los escuchara; al menos, hasta que ella hizo un agujero en la parte baja de la pared; tuvo que hacerlo casi a ras del suelo para que no se dieran cuenta y la única manera en la que podía oír lo que decían, era tumbándose en el suelo bocarriba, con la oreja pegada al agujero.

—Está trabajando más rápido de lo que esperábamos. Jack se ha quedado vigilándolo, como dijiste.

—¡Excelente! —Escuchó una palmada y pensó que Dixon se la habría dado a Curtis en la espalda, como felicitación o algo así. Los escuchó bajar por las escaleras del sótano y se asomó al pasillo; como no había nadie, los siguió, esperando un poco en lo alto de la escalera, hasta estar segura de que entraban en la habitación y cerraban la puerta; entonces, bajó sin hacer ruido y entró en la despensa, que era la habitación que había junto a la de ellos. Cerró la puerta muy despacio porque solía chirriar; luego, se movió deprisa para apartar el arcón que había contra la pared, quitó la piedra y se tumbó en el suelo pegando la oreja al pequeño agujero que había quedado visible:

—… entonces, ¿seguro que son los pergaminos que buscábamos desde hace tanto tiempo?, ¿contienen el ritual necesario para hacerla volver? —las palabras de Dixon provocaron que Ariel se estremeciera, aunque no tenía ni idea de qué hablaba.

—Sí, sí. Se asustó mucho en cuanto consiguió la clave y empezó a traducirlos.

—¿Os ha dado algún problema?

—Intentó escaparse hace un par de días y nos costó un poco

detenerlo. Aunque sea viejo y no esté en forma, es un vampiro antiguo y tiene una fuerza sorprendente; tanta, que tuvimos que romperle un par de huesos para inmovilizarlo. Pero, al parecer, ya ha entrado en razón. —El silencio que se estableció en la habitación, era tan tenso que hasta ella lo sentía—. Está dolorido y, siguiendo tus órdenes, hace días que no le hemos dado de comer ni ha bebido sangre, por lo que no está curándose tan rápido como lo haría en circunstancias normales.

—En cuanto termine el trabajo, lo sacrificaremos. No me gusta matar a miembros de nuestra raza, pero no me detendré ante nada para conseguir que ocupemos el puesto que nos corresponde en el orden natural. Somos la especie más evolucionada de este planeta y todas las demás deben estar por debajo de nosotros. —Ariel se sobresaltó al escucharle dar unos pasos hacia la salida y se preparó para levantarse de un salto, pero volvió sobre sus pasos.

—Quiero ver lo que ha traducido.

—Si quieres, puedo traerte lo que ha escrito hasta ahora…

—No, iré yo a la casa. —El silencio que hubo después de la frase duró tanto tiempo que Ariel contuvo la respiración, pensando que la habían descubierto—. Esta tarde. Empiezo a creer que de verdad ha llegado el momento de su advenimiento. Hasta tenemos el cuerpo que ella necesita: una virgen inocente y pura, digna de una diosa. Haz que el profesor termine su trabajo lo antes posible.

—Sí, *Maestro*.

—Seguid así y no me olvidaré de vosotros cuando se instaure el nuevo orden.

No pudo oír nada más porque salieron de la habitación y ya subían por las escaleras. Sin perder tiempo, se levantó sacudiéndose las ropas por si se había manchado el uniforme y devolvió el arcón a su lugar. Después, cogió un frasco de mermelada que le había pedido la cocinera el día anterior, y que había olvidado llevarle adrede, y subió las escaleras. En el último escalón la esperaba Sanderson, el mayordomo de la casa. La miraba con los ojos entornados y actitud de sospecha. Era un vampiro alto, muy fuerte, moreno, con los ojos negros y que parecía estar siempre enfadado. Manejaba la casa con mano de hierro y Ariel estaba segura de que desconfiaba de ella desde el principio, aunque no parecían gustarle ninguna de las criadas humanas de la residencia.

—¿Qué hacías ahí abajo? —Ella levantó la mano en la que llevaba el frasco de cristal.

—La cocinera me dijo que se le había acabado la mermelada y que le subiera un frasco cuando me acordara. —Ella notó que no la creía del todo.

—Bien, llévala a la cocina y vuelve a tus ocupaciones —ordenó.

—Sí, señor Sanderson. —Se obligó a no acelerar el paso a pesar de que notaba su mirada en la espalda como si fuera un puñal. Solo cuando se cerró la puerta de la cocina detrás de ella, respiró algo más tranquila, aunque su cabeza era un caos intentando entender lo poco que había escuchado. Tenía tiempo para pensar en ello, porque todavía faltaba una semana para acudir a la cita que tenía con Fenton.

***

Kristel se despertó sobresaltada y miró a su derecha, al lugar de la cama que solía ocupar Kirby, pero estaba vacío. Estaba sola en la habitación, pero, como si hubiera sentido que estaba despierta, el juez entró en ese mismo instante cargado con una bandeja de plata con lo que parecía el desayuno, incluyendo un pequeño florero con una rosa blanca, que hizo que Kristel se quedara boquiabierta.

—Buenos días, querida. Espero que tengas hambre. He traído para los dos. —Kristel se puso la bata sobre el camisón y anduvo descalza sobre la gruesa alfombra tejida en tonos marrones y azules oscuros hacia la mesa. Kirby estaba concentrado descargando la bandeja y no esperaba que ella lo abrazara por la cintura, apoyándose en su espalda. Con una cálida sonrisa aflorando en sus labios, intentó darse la vuelta, pero ella lo detuvo.

—No, espera. No me mires todavía. —Obedeció, mientras sus manos cubrían las de ella, calentándolas—. Hay algo que quiero decirte. Iba a hacerlo ayer, pero primero había invitados y, luego… bueno, estaba demasiado confundida. —Él no podía esperar más.

—Dímelo ya, por Dios. —Ella rio por lo bajo porque ese nerviosismo era impropio de él.

—Te quiero, Kirby. —Aunque intentó sujetarlo, esta vez él no se dejó. Colocándose frente a ella, rodeó su cintura, antes de contestar:

—¡Ya era hora! —La besó y el silencio se extendió por la habitación durante varios minutos. Luego, Kristel lo miró con la frente arrugada.

—¿Solo vas a contestar eso?

—¡Bruja! —Volvió a besarla, aunque esta vez se apartó enseguida —. Sabes que estoy loco por ti.

—Es cierto —asintió ella muy seria, y se sentó de espaldas a la ventana. Kirby lo hizo junto a ella y comenzaron a desayunar.

—He enviado a Tom con una nota para el juzgado para avisarles de que no iré en unos días. Si hay algún caso urgente se lo pasarán a un compañero. Y, aunque me gustaría que descansaras más, Devan y Fenton esperan impacientes a que continúes con los pergaminos. Han decidido retrasar su viaje.

Ella comía a dos carrillos, deseando ponerse a trabajar. Cuando tragó lo que tenía en la boca, confesó:

—¿Sabes? Anoche estaba asustada, bueno, claro que lo sabes, pero he dormido muy bien, me sentía segura entre tus brazos. Devan tenía razón, esta va a ser una lucha dura, pero somos muchos los que estamos dispuestos a enfrentarnos a ellos. Se avecinan tiempos difíciles, pero también emocionantes. Si te soy sincera, me siento a la vez excitada y asustada. —Siguió masticando sus huevos revueltos como si tal cosa y Kirby arqueó una ceja, pero no contestó. Tenía demasiado en qué pensar.

QUINCE

Aunque los tres se habían ofrecido a ayudarla, Kristel los había echado del despacho, asegurándoles que iría mucho más deprisa si estaba sola. Un renuente Kirby se marchó el último, afirmando que volvería en una hora por si necesitaba algo; como respuesta, ella le cerró la puerta en las narices, ante la mirada sorprendida de los otros dos vampiros. Fenton se marchó al comedor para tomarse otro café, pero Devan permaneció junto al juez en el pasillo y Kirby sabía que no era una casualidad. Para evitar que ella pudiera escucharlos, los dos se alejaron un poco de la puerta del despacho.

—Espero que sepas lo que estás haciendo. —Kirby se envaró. Sabía perfectamente a qué se refería, pero no esperaba un comentario semejante de Devan.

—No creo que sea asunto tuyo.

—Puede que tengas razón, pero le tengo demasiado cariño para permanecer callado. Te considero un buen hombre —sonrió irónicamente al utilizar esa expresión porque ninguno de los dos eran hombres, al menos tal y como se entendía habitualmente el término—, pero quiero que sepas que Kristel no está sola. La considero de mi familia y no me gustaría ver cómo la decepcionan —suspiró al ver el gesto de furia en la cara del otro vampiro—. No quiero pelear contigo —murmuró, intentando que lo entendiera—. Kirby nunca había tenido una verdadera amiga y no quiero que le hagan daño. Ayer la vi más feliz que nunca y sé que es gracias a ti, pero por mi experiencia, el amor también puede hundirte en la desdicha más absoluta. Solo te digo que no quiero que a ella le pase. —Kirby hizo un esfuerzo y dejó de lado su orgullo, porque sabía cuánto significaba la amistad de Devan para su velisha.

—Mientras yo viva, no volverá a estar sola y siempre antepondré su felicidad a todo lo demás. —Su juramento salía directamente de su antiguo corazón. Devan agrandó los ojos sorprendido y, emocionado, extendió su mano para estrechar la del juez.

—Gracias y, si te sirve de algo, tenéis mi bendición. Ya sé que, en realidad, no soy su familia, pero…

—No sigas —atajó Kirby, aceptando su mano—, para ella es como si lo fueras.

—Bien. —Pasado el tenso momento, Devan sonrió, por fin—. Entonces, vamos a tomar otro café.

Le dio una palmada en la espalda y se adelantó por el pasillo. Kirby lo siguió después de echar una mirada a la puerta cerrada del despacho. Preferiría estar dentro, con ella, para ayudarla en lo que

pudiera, pero respetaría sus deseos siempre que fuera posible. Y ella prefería estar sola.

Cuando entró en el comedor, Devan le señaló una taza de café que había dejado en el lugar donde solía sentarse.

—Solo y sin azúcar, ¿no? —asintió en silencio y se sentó. Bebió un sorbo.

—Estábamos hablando sobre la conveniencia de informar acerca de lo que ha descubierto Kristel. —Fenton estaba reclinado en la silla, con aspecto de estar pensando en algo más de lo que no hablaba—. Tenemos que saber cómo han conseguido los pergaminos, quién está implicado… el problema es que yo tengo que volver a Dublín. —Killian todavía no podía encargarse de los asuntos de *La Brigada*—. No puedo faltar más de un día o dos.

—Yo me encargaré. Conozco a un policía que es de fiar.

—¿Humano? —la pregunta de Fenton fue hecha sin segunda intención, pero Kirby arrugó la frente.

Siempre había creído que humanos y vampiros eran iguales, pero desde que se había enamorado de Kristel, cualquier mención a la inferioridad de la especie humana hacía que su tranquilo carácter se exaltara. Pero Devan se le adelantó.

—Si se refiere a Marcus, he podido conocerlo y tiene razón. Es de confianza y muy listo, lo que es mucho decir siendo policía. —Kirby recordó algo.

—Sí, me refería a él —confirmó a Fenton, para luego dirigirse a Devan—: Perdona, pero con todo esto, se me ha olvidado preguntarte si habías encontrado algo.

—Nada. Según el expediente, fue un accidente. Pero sigo pensando que hubo juego sucio.

Fenton no pudo resistirse más.

—¿De quién habláis?

—De Malcolm Gallagher.

—Ya —Fenton asintió—. Demasiados accidentes juntos, ¿no? —Como siempre, demostró que estaba al tanto de todo; incluso de lo que ocurría en otras ciudades que no eran la suya.

—Sí. Es como si *La Hermandad* se hubiera fijado, de repente, en nuestra ciudad.

—No te creas. —Pero Fenton, gracias a sus recientes viajes, tenía más información—. Está ocurriendo igual en otras ciudades de Irlanda y también en otros países.

—Estupendo —contestó Devan, irónico. Estaba muy enfadado, sin embargo, lo siguiente que se escuchó de su boca fue una disculpa dirigida a Kirby—: Ojalá pudiera quedarme a ayudaros, pero, desgraciadamente yo también tengo que marcharme. Después de la repugnante sentencia que Joel Dixon dictó contra Amélie, Kristel y

Gabrielle, debo volver al club. Cian debe de estar volviéndose loco por no poder quedarse más tiempo junto a su esposa para protegerla. Y es que no podemos abandonar el club, los dos a la vez, durante demasiado tiempo. —A pesar de sus palabras, Kirby sabía que, en el fondo, se alegraba de alejarse de Cork.

—¿Esperaréis a saber lo que contienen los pergaminos?

—Por supuesto —aseguraron los dos.

—Bien. Entonces, os pido disculpas por anticipado, porque ni Kristel ni yo vamos a cenar con vosotros esta noche. Voy a aprovechar para pedirle que se case conmigo. —Fenton y Devan lo miraron como si se hubiera vuelto loco—. Después de ver lo que tardó en traducir el primer párrafo, estoy seguro de que hoy terminará la traducción. —Los miró esperando que dijeran algo, pero seguían mudos por la impresión—. Así que, oficialmente ya no tendría motivos para permanecer en Cork. —Aunque ella le había dicho la noche anterior que se quedaría con él, no quería correr ningún riesgo. Esperó que dijeran algo, pero seguían callados. Insistió—: ¿Hay algún problema?

Devan fue el primero en recuperar el habla:

—¿No te parece un poco… precipitado?

—No. —Una sonrisa genuina apareció en el semblante de Kirby, la primera que ellos podían ver en su cara y que le hacía parecer bastante más joven de lo que era—. Si por mí fuera, me hubiera casado con ella nada más conocerla, aquel día en el Enigma de Dublín. —Su sonrisa era contagiosa y los dos vampiros se acercaron para felicitarlo, seguros de que ella diría que sí, pues ambos habían notado la unión que existía entre la pareja. Pero Devan, además de estar contento por la noticia, también estaba un poco preocupado.

—No quiero aguarte la fiesta, pero ¿has pensado cómo vas a protegerla? Si ella volviera al club, estaría tan cuidada como Amélie, pero aquí… —A Kirby no le molestó la pregunta. Esperaba algo así.

—Tanto mi mayordomo, Alfred, como yo, vamos siempre armados desde que supimos que el *Maestro* la había sentenciado. Además, he decidido contratar a un par de hombres más para que vigilen la casa, hasta que pase el peligro. Pero lo más importante es que espero conseguir que acepte que la transforme cuanto antes. Como ya es medio vampira, espero que no sufra demasiado durante la transición —confesó en un murmullo, porque eso era lo que más le preocupaba.

—Me encargaré de buscarte a los mejores hombres para ese puesto. —Debido a su trabajo, Fenton conocía a policías y militares retirados, que podían realizar ese trabajo perfectamente y a los que no les importaría venir a Cork.

—Pues yo estoy contigo, Kirby. Creo que transformarla es lo mejor que podéis hacer. —Devan le dio una última palmada en el hombro intentando disimular el asombro que le producía verlo tan feliz—.

Cuento con los dos para que me mantengáis informado de cualquier movimiento de *La Hermandad*. Yo haré lo mismo, si Cian y yo nos enteramos de algo, os lo comunicaré enseguida.

—No hace falta que lo digas —aseguró Fenton—. Os avisaré para la reunión.

—¿Qué reunión?

—La que estoy seguro de que tendremos cuando los peces gordos sepan lo que contienen los pergaminos.

—Contad conmigo para lo que sea —aceptó el juez—. Ahora, perdonadme, pero debo ir a comprar un anillo y no quiero tardar más de una hora en hacerlo. —Los otros rieron al escuchar su precisión en cuanto al tiempo y observaron cómo se marchaba con una sonrisa en los labios.

***

Kristel dedicó el día entero, excepto unos minutos en los que aceptó comerse un par de sándwiches que Kirby le había llevado, a trabajar. Sin sospechar en ningún momento lo que se estaba tramando a sus espaldas. Kirby también se había llevado la comida y la acompañó.

—¿Qué tal vas? —Ella lanzó una mirada hacia los documentos.

—He traducido dos tercios, aproximadamente. Esta noche estará terminado.

—¿Hay algo que quieras contarme? —ella asintió, la veía preocupada.

—Intento no pensar en ello para acabar lo antes posible, pero es muy desagradable.

—Si no quieres hablar de ello, no hace falta que lo hagas.

—Quiero hacerlo. Todos los pergaminos son un tratado de magia negra; explican, con detalle, los pasos que hay que seguir para que el espíritu de Lilith vuelva del infierno y se introduzca en el cuerpo de una doncella. Debe ser virgen y pura —aclaró—. No quiero ni imaginar lo que va a sufrir esa mujer. —Kirby dejó de masticar y la miró fijamente.

—Cuando dices introducirse, quieres decir…

—Que Lilith viviría entre nosotros desde ese momento, pero con otro cuerpo.

—Daría lo que fuera porque no tuvieras que estar viendo algo así.

—Es mi trabajo —susurró—, aunque reconozco que, en algunos momentos, yo también deseo que fuera otro traductor el que estuviera haciéndolo. —Kirby entrelazó con los suyos los dedos de su mano.

—Me gustaría que lo terminaras lo antes posible…

—Ya te he dicho que esta noche estará acabado. —Lo miraba extrañada.

—Es la última noche de Fenton y Devan aquí y había pensado que les hiciéramos una buena cena de despedida.

—Es extraño que Devan no me haya dicho nada. Creía que insistiría para que lo acompañara de vuelta; es más, estaba segura de que tendría que pelearme con él para que se marchara sin mí. Y tú y yo tampoco lo hemos hablado. —Los dos se habían confesado lo que sentían, pero no habían concretado nada sobre su futuro.

—Lo aclararemos todo esta tarde, cuando termines —ella asintió, muy seria—, pero ya sabes que te quiero más que a nada en el mundo. —Consiguió que sonriera antes de darle un beso y, como los dos habían terminado, se levantó recogiendo los platos. Kristel estaba segura de que, antes de que ella llegara, él no había cargado nunca con una bandeja. Cuando cerró la puerta, volvió con un suspiro a sus papeles.

Había anochecido cuando apareció en la sala con la traducción entre las manos. Los tres se levantaron al verla, pero les hizo un gesto para que volvieran a sentarse.

—Ya está. No ha habido más sorpresas. Son instrucciones específicas para que el alma de Lilith se reencarne en otro cuerpo. —Buscó en la última página lo que había subrayado—. El único requisito que debe cumplir la mujer a la que posea, es que tiene que ser virgen —suspiró—, pero hay más condiciones…, por ejemplo, la ceremonia solo puede hacerse en año bisiesto, el día 29 de febrero…

Fenton la interrumpió:

—¿Cuándo es el próximo año bisiesto?

—Falta un año y pico, en 1872. —Fenton se levantó con las manos en las caderas y comenzó a pasearse de un lado a otro, sin mirarlos, mientras hablaba.

—Al menos tenemos algo de tiempo para detenerlos. Kristel. —La miró—. Necesito que me des una copia de la traducción —ella asintió, ahogando un bostezo.

—Puedes llevarte esta. Haré otra copia mañana.

Kirby dijo:

—Siento interrumpir, pero Kristel debe descansar. —Devan y Fenton escondieron una sonrisa sabiendo lo que iba a pasar. Kristel accedió, disculpándose:

—Perdonadme, pero mañana me levantaré temprano para desayunar con vosotros. ¡Ni se os ocurra marcharos sin que nos despidamos! —Le pareció que los dos vampiros miraban de forma cómplice a Kirby, aunque estaba demasiado cansada para pensar en lo que eso significaba.

Estaban subiendo las escaleras, cuando tuvo que taparse la boca por otro bostezo.

—No puedo más. Creo que me iré directamente a la cama.

—Te ayudaré a ducharte y luego cenarás. Ya está todo preparado, así dormirás mejor.

Lo de la ducha era una excusa. El dormitorio tenía que estar vacío para que Alfred y el resto de los sirvientes tuvieran tiempo de colocar las cosas que Kirby había comprado, y que harían que la cena fuera realmente romántica.

La llevó directamente al cuarto de baño. Distraerla el rato suficiente sería una delicia para él.

—No necesito que me desvistas, puedo hacerlo yo.

Le fascinaba ver cómo se ruborizaba mientras él le quitaba la ropa lentamente. Se arrodilló frente a ella para hacer lo mismo con las medias y la ropa interior. Ella intentó retroceder, alejarse para hacerlo ella misma, pero él lo había previsto y puso la palma de la mano sobre su trasero, sujetándola.

—Déjame servirte. Es un placer para mí —aseguró.

—Está bien. —Levantó la mano y lo acarició en la coronilla, una parte de él que no solía ver. Kirby ladeó la cara un momento y besó la palma de su mano apasionadamente, antes de volver a su tarea.

A la vez que le quitaba la ropa, también hacía desaparecer de la mente de Kristel la preocupación que se había instalado en ella desde que conocía el significado de los pergaminos.

—Gracias, Kirby. —Él no la miró, estaba acariciando la señal que le habían hecho las gomas de las ligas en los muslos, pero preguntó, curioso:

—¿Por qué?

—Por esto. Porque no lo sabía, pero necesitaba olvidarme de todo. —Después de lanzar las medias al suelo, se levantó y cogiéndola por la cintura, contestó, pícaro:

—¿Entonces no estoy aprovechándome de la situación para verte desnuda, besarte y acariciarte y, si tengo suerte, que me dejes hacerte el amor?

—Me parece un plan estupendo. Pero si quieres que siga despierta mientras ocurre todo eso, te recomiendo que te des prisa.

Él se rio por lo bajo y se desnudó antes de que se diera cuenta, luego, cogiéndola de la mano, la llevó bajo la ducha donde completó el plan.

***

Cuando Kristel entró en el dormitorio, con el cuerpo y la mente relajados, se quedó boquiabierta. Kirby cerró la puerta y se apoyó en ella para disfrutar de su reacción.

—¿Cuándo has organizado todo esto? —Él se encogió de hombros como si no tuviera importancia y ella siguió mirando a su alrededor.

Quería que no se le escapara nada.

Al igual que la vez anterior, alguien había dispuesto una mesa pequeña frente a la chimenea, iluminada por un par de velas y cubierta con un mantel bordado y un delicado jarrón con flores. Y toda la habitación volvía a estar llena de velas encendidas como única fuente de iluminación, además de la chimenea. En esta ocasión, también habían traído cuatro jarrones grandes llenos de flores que habían repartido por el dormitorio. Cada jarrón estaba lleno de flores diferentes y de distintos colores. Lo miró, asombrada.

—Todavía no sé cuál es tu flor preferida —dijo con un encogimiento de hombros. Ella se acercó a oler las que había en la mesa.

—Son todas preciosas, nunca he sabido qué flores me gustan más. Puede que los lirios… —bromeó, porque eran las flores que estaba oliendo.

Se acercó a él. Estaba más guapo que nunca. Se había quitado la chaqueta y llevaba la camisa remangada hasta los codos, lo que le hacía parecer mucho más accesible. Subió sus manos por sus antebrazos lentamente y siguió hasta sus hombros. Poniéndose de puntillas, hizo que agachara la cabeza lo suficiente para poder besarlo. Él accedió con un gruñido de placer y bebieron el uno del otro un largo momento; luego, Kirby preguntó, siguiendo con su plan:

—¿Cenamos? —ella asintió.

—Tenías razón, estoy hambrienta. Y, además, sería una pena que todo esto se desperdiciara.

Dejó que la ayudara a sentarse, antes de confesarle algo:

—Es increíble que, a pesar de las cosas tan horribles que sabemos ahora, pueda sentirme tan feliz —susurró mirándolo a los ojos. Kirby cogió la mano que ella había dejado en la mesa y, dándole la vuelta, depositó un beso en su palma. Luego ordenó, con voz suave y cariñosa:

—Come, se te va a enfriar.

DIECISÉIS

Poco después, el cansancio, la ducha caliente y la comida, hicieron su trabajo y cuando Kristel terminó el segundo plato, estaba a punto de quedarse dormida en la silla.

—No aguanto más, Kirby —intentó reprimir otro bostezo, pero no lo consiguió y al vampiro le recordó a una niña pequeña trasnochando —, tengo que dormir.

—Espera, Annie te ha hecho esa tarta de chocolate que te gustó tanto el otro día… —Ella se negó, dejando la servilleta sobre la mesa.

—Lo siento. Mañana comeré lo que quieras, pero hoy no puedo más. —Iba a levantarse, pero él le hizo un gesto para que no se moviera y ella, sorprendida, obedeció.

—Espera un momento. —Se levantó a por la tarta y la llevó a la mesa, colocándola cerca de ella.

—De verdad que no puedo…

—Calla —susurró, nervioso.

Estaba buscando las discretas marcas que Annie le había dejado en el borde del pastel; las encontró y cortó el trozo de Kristel lentamente, intentando no equivocarse y, cuando lo consiguió, volvió a respirar. Rápidamente, cogió un plato pequeño y se lo sirvió. Ella lo miraba boquiabierta, sin imaginar a qué venía tanto misterio. No tenía ni idea de qué podía estar tramando…

—Pártelo, por favor. —Ella cogió el tenedor de postre y cortó el pico del trozo, pero no pasó nada. Inclinó la cabeza para mirar el pastel, pero solo veía un inocente bizcocho de chocolate relleno de mermelada de frambuesa. Se preocupó al ver a Kirby sudando.

—¿Te encuentras mal? —Él lo negó, impaciente. Nunca lo había visto tan nervioso.

—Corta otro trozo, pero del centro. —Como no le hacía caso, insistió—: Por favor. —Ella lo intentó, pero el tenedor encontró un obstáculo dentro de la tarta que no le permitió hacerlo. Curiosa, volvió a intentarlo y el tenedor volvió a golpear algo que, por el sonido, le pareció madera.

—¿Qué es? —Kirby parecía aliviado y, el muy malvado, se encogió de hombros.

—Tendrás que descubrirlo tú misma.

Imaginando que era una especie de juego, dejó el tenedor a un lado y metió el índice dentro del trozo de tarta, hasta dejar a la vista el objeto misterioso que resultó ser una cajita de madera. Estaba pringosa, llena de mermelada y migas de bizcocho. Kirby se había quedado inmóvil, solo sus ojos demostraban lo nervioso que estaba. Imaginando lo que podía ser, Kristel decidió abrirla, pero se le escurrió dos veces antes de poder hacerlo.

Cuando vio lo que había dentro, se le borró la sonrisa de la cara y un temblor le recorrió las entrañas; le era imposible apartar la vista del hermoso topacio rodeado de brillantes, era como si estuviera hipnotizada por él, incluso la había dejado muda. Kirby se arrodilló a su lado y pasó el dorso de la mano por su mejilla.

—Cariño, cásate conmigo. Te juro que nuestra vida estará llena de momentos como los que hemos vivido estos días. Eres mi velisha, la única, al igual que yo soy tuyo. Y jamás te abandonaré, sería como arrancarme el corazón. —Sabía que ese era su mayor temor—. Kristel —la llamó en un susurro para que lo mirara y cuando lo hizo, juró—: Te querré siempre, porque es imposible no hacerlo. Estamos hechos el uno para el otro, lo supe cuando nos conocimos. —Ella tenía lágrimas en los ojos, pero no decía nada. Tampoco sonreía—. No me asustes, pequeña. Dime algo. —Volvió a acariciar su mejilla y ella inclinó la cabeza, empezando a llorar—. Perdona, pero necesito una confirmación de palabra —bromeó.

—Digo que sí. —Se limpió las lágrimas con las manos, pero él cogió una servilleta y se las secó—. Es que no me lo esperaba —susurró antes de abrazarlo por la nuca—, solo siento dejar mi trabajo. Me costó mucho conseguirlo y disfruto mucho trabajando entre libros —se quejó.

—Bueno, el Enigma de Cork no tiene bibliotecario desde hace años. Al anterior propietario, la biblioteca no le parecía demasiado importante y no creo que a su hija le haya dado tiempo de pensar en ello. —Ella tenía los ojos enrojecidos, pero tan brillantes como las estrellas.

—¿En serio? Ni siquiera lo conozco —musitó, pensativa.

—Ya iremos, no te preocupes. Ahora, vamos a dormir. Si no, te quedarás dormida mientras hablamos. —Kristel bostezó involuntariamente otra vez y dejó que la llevara a la cama.

Le puso el camisón y la acostó, arropándola, luego, él se colocó los pantalones de pijama que solía usar, y se tumbó a su lado. La abrazó y besó su sien.

—Supongo que ese beso de monja significa que no vamos a hacer nada esta noche —empezó la frase con un bostezo y la terminó con otro.

—Ya te he dicho que prefiero que estés despierta cuando «lo

hagamos» —se burló con ternura. Volvió a besarla y ordenó—: Duérmete, anda.

Y ella lo hizo.

***

Durante las siguientes tres semanas, Kristel siguió siendo más feliz que nunca. Kirby no podía ser más atento con ella, se divertían mucho juntos, hacían el amor cada vez que podían y los únicos momentos en los que estaban separados era cuando él estaba en el juzgado. Habían empezado a salir de la casa, sobre todo al campo, pero también a dar paseos por la ciudad; él quería enseñársela, al igual que los preciosos pueblecitos de alrededor. Habían ido varias veces al teatro, y otra a cenar al restaurante de un conocido hotel.

Todos los días se decía que, tarde o temprano, pasaría algo que le haría volver a la realidad porque la mayor parte del tiempo le parecía estar en una nube. Y ese día llegó, pero no como ella había esperado.

Eran las cinco de la tarde y estaba esperando a que Kirby volviera del trabajo. Le había dicho que, ese día, lo haría a esa hora para ir juntos a dar un paseo por el parque que había a un par de manzanas de la casa, por el que les gustaba pasear cuando podían. Parecía que Kristel leía, pero estaba mirando por la ventana con una sonrisa boba pensando en él con el libro olvidado sobre su falda. Entonces, Alfred llamó a la puerta de la salita y entró.

—Perdone, señorita. Ha venido una señora que desea verla. —Le extrañó lo nervioso que parecía Alfred. Era raro en él—. El señor me ha dicho varias veces que usted no puede recibir a nadie si él no está, pero la señora dice ser su madre. —Miró hacia atrás para asegurarse de que la visita no lo había seguido, y se adelantó un paso para susurrar—: Es *lady* Marian Beckett. —Kristel ya se había levantado dejando el libro sobre el sillón. Se estiró la falda, nerviosa, y asintió. Sabía que tendría que hablar con ella tarde o temprano y prefería que fuera sin que Kirby estuviera delante.

—Está bien, Alfred. Dígale que pase, por favor. —El mayordomo apretó los labios, pero ese fue el único gesto de disconformidad que mostró. Inclinó la cabeza respetuosamente y salió. Menos de un minuto después, volvió, seguido de su madre.

Marian Beckett, pues así se llamaba ahora, entró en la sala como si le perteneciera. Antes de poder observarla a fondo, Kristel pidió al mayordomo que cerrara la puerta, y él inclinó la cabeza y salió, dejándolas frente a frente y mirándose fijamente. Era tan bella como la recordaba, seguía teniendo una presencia imponente y seguramente la seguiría teniendo durante toda su vida, pero la amargura de su boca y la expresión de sus ojos, declaraban que su vida no era tan perfecta

como le gustaría aparentar. Por fin se decidió a hablar:

—Esta no es la bienvenida que esperaba. Al fin y al cabo, soy tu madre.

—¿Lo dices en serio? —Solo con la primera frase, ya se había dado cuenta de que seguía siendo tan egoísta como siempre.

—Claro que sí. Lo que hubiera entre tu padre y yo, no tiene nada que ver contigo… —Escuchar su voz prepotente, le hizo recordar cuánto sufrió por su culpa siendo una niña, pero ahora era una mujer y la interrumpió:

—Marian, puedo llegar a entender que abandonaras a mi padre porque no lo quisieras, pero hiciste lo mismo conmigo y te recuerdo que yo solo era una niña, y que no volviste a preocuparte de mí. Me parece increíble que ahora te presentes ante mí como si no hubiera pasado nada y, además, con reproches. —Su madre la miraba mordiéndose la lengua claramente para no levantar la voz, aunque antes no era tan cuidadosa.

—Tu padre nunca me hizo feliz, pero cuando me marché, lo hice pensando en volver a buscarte algún día —mintió, sin saber que Kristel había escuchado su última discusión—, pero las circunstancias hicieron que me fuera imposible. —Kristel hizo un gesto con la mano.

—¿A qué has venido? —No le iba a dar el gusto de ponerse a discutir con ella.

—Es un poco complicado para hablarlo de pie, ¿no crees que…? —Miró hacia el sofá, buscando una invitación para sentarse, pero Kristel se negó.

—No. Di lo que sea y márchate.

—Está bien —replicó, enfadada—.Vine porque me he enterado de que estabas viviendo aquí, invitada por el juez Richards para estudiar unos misteriosos pergaminos y quiero pedirte… —dudó antes de continuar y apartó la mirada— mira, aunque no lo creas, no quiero que te hagan daño. Deberías volver a Dublín, aquí corres peligro. —Por primera vez, Kristel estaba interesada en la conversación.

—¿Me estás amenazando?, ¿o has oído a alguien que lo haya hecho? —Marian no contestó y las dos se sobresaltaron cuando una voz grave las interrumpió:

—Conteste a mi mujer, *lady* Beckett. —Kirby atravesó la habitación hasta colocarse junto a Kristel, rodeando su cintura con el brazo. Marian agrandó los ojos al ver la actitud posesiva y protectora del vampiro y se puso pálida, como si aquello fuera una mala noticia para ella.

—Solía ser más educado antes, magistrado. Puede que con el… contacto con mi hija se le estén contagiando algunas de sus malas costumbres, achacables sin duda a su herencia genética —sus palabras habían sido elegidas para hacer daño, pero Kristel irguió la cabeza,

orgullosa.

—Mi padre era un hombre trabajador, noble y cariñoso. Cualidades que ya quisieras tener tú, zorra. —Se sintió mucho mejor, aunque sabía que no debía haberse rebajado a insultarla. Su madre levantó la nariz como si de su hija saliera algún mal olor que no pudiera soportar y miró en dirección a Kirby con cara de asco.

—No me esperaba otra cosa de ella, pero espero que usted, magistrado, disculpe sus maneras. Es evidente que todavía no sabe cómo debe comportarse en nuestra sociedad. —Kirby besó a Kristel en la cabeza y dejó que la vampira viera sus ojos, que se habían vuelto fríos como el hielo, transmitiendo una dureza poco habitual en él.

—Me resulta chocante que precisamente usted se atreva a dar ese tipo de consejos, ¿no le parece? —La vampira se ruborizó violentamente sabiendo a qué se refería; al humillante día en el que tuvo que ir con su marido al juzgado a recoger a sus hijos y pagar la fianza para que los soltaran—. Veo que lo recuerda. Ese día me dijo, entre otras cosas, que era demasiado duro con sus hijos y que mi corazón era un témpano de hielo, a pesar de que lo único que hice fue aplicar la ley. Objetivamente. Más o menos, eso es lo que dijo, ¿no? —Ella no contestó, comprendiendo el error que había cometido acudiendo ese día a casa del juez—. Pues créame si le digo que no ha visto lo peor de mí. Procure que no escuche ni un susurro sobre Kristel que proceda de usted o de su familia; en caso contrario, considérenme su peor enemigo y aténgase a las consecuencias —su voz era letal, heladora. Inesperadamente, una energía demoledora salió del cuerpo del juez, haciendo trastabillar a *lady* Marian hacia atrás cuando llegó hasta ella.

Kristel miró a Kirby, sorprendida, pero él no le devolvió la mirada que seguía fija en la visitante. Su boca estaba formando una sonrisa demoníaca y sus ojos estaban completamente rojos. *Lady* Marian no esperó más, se dio la vuelta y salió corriendo de la habitación. Kristel se volvió hacia él y lo miró. Sus ojos seguían rojos y sus colmillos se habían extendido al máximo, sobresaliendo del resto de la dentadura.

—¿Qué ha sido eso?

—Te dije que te protegería. Puede que haya algunas… particularidades acerca de mí, que todavía no te he contado —sonrió—, ¡ah!, por cierto, quiero que nos casemos lo antes posible —murmuró, abrazándola. Ella había apoyado la mejilla en su pecho, desconcertada al no estar ni un poco asustada por lo que acababa de presenciar—. Mis padres han estado unas semanas en la casa de Escocia, pero ya han vuelto. Así que pueden venir.

—Estoy deseando conocerlos.

Él contestó con una sonrisa pícara:

—Por mi salud mental, he preferido que no os conozcáis hasta el

día de la boda —bromeó y acarició sus antebrazos, preocupado—. ¿Estás bien?

—Creo que sí y, aunque me ha impresionado verla, la recordaba mucho más alta y atemorizante.

—Eso es porque eras muy niña la última vez que la viste.

—Sí. —Levantó la cara entrecerrando los ojos hacia él—. ¿No vas a explicarme cómo has hecho que se tambalee de esa manera? —Él soltó una carcajada y salió para decirle a Alfred que *lady* Marian tenía prohibida la entrada en su casa desde ese momento. Kristel lo siguió.

—No te vas a escapar tan fácilmente. Dímelo, Kirby.

La risa de él se perdió por el pasillo. Andaba deprisa, disfrutando de tenerla pegada a los talones mientras le exigía que le explicara cómo lo había hecho.

A pesar de la desagradable visita, un rato después, salieron a pasear. A poca distancia los seguía uno de los hombres que Fenton les había enviado. Kristel miró un par de veces hacia atrás, pero no lo vio y Kirby se inclinó hacia ella.

—Olvídate de que está ahí.

—No lo veo.

—Eso es que hace bien su trabajo. Su obligación es vigilar sin molestar. —Kirby sabía que a ella no le gustaba la situación, pero, de momento, tenían que vivir así.

Cuando llegaron al lago, se sentaron en un banco que había debajo de un árbol gigantesco al que se le habían caído todas las hojas. Desde allí observaron a una familia de patos y un par de cisnes que se movían despacio sobre el agua plateada.

—El próximo día podríamos traer pan.

—De acuerdo.

—Seguramente tendrán hambre.

—Es posible. —La conocía lo suficiente para saber que estaba pensando en algo. Solo debía tener paciencia.

—Kirby —susurró.

—Dime.

—¿Has pensado alguna vez en transformarme? —La miró.

—Todos los días.

—¿En serio?

—Por supuesto.

—¿Por qué? Nunca lo habíamos hablado, al menos, no refiriéndonos a nosotros. —Él se encogió de hombros.

—Imagino que porque para mí lo más importante es tu seguridad. Quiero protegerte, que estés segura y creo que la mejor forma de hacerlo, es transmitirte toda la fuerza que hay en mi sangre. —Ella no lo miraba, seguía con la vista puesta en el lago. Suspiró y se agarró al brazo del vampiro, pero su mirada vagó por los alrededores

observando que estaban casi solos. Era un día gris.

—Parece que está a punto de llover.

—Sí. —Él observó las nubes con ojo crítico.

—Quiero hacerlo ya, Kirby. Sé que no lo habíamos hablado y que se suele hacer después de la boda, pero la visita de mi madre y la sentencia de muerte que pende sobre mi cabeza… —Él intentó contestar, pero ella posó un dedo sobre sus labios para que no dijera nada—. Ya sé que no permitirás que me ocurra nada. No estoy asustada, de verdad. Solo quiero que entiendas por qué quiero que lo hagamos antes de la boda. —Él parecía desconcertado—. Si puede ser, esta misma noche.

—¿Por qué tan pronto?

—Si vuelvo a encontrarme con mi madre o con cualquiera como ella, no quiero estar indefensa. Y para eso, necesito tener su misma fuerza, para poder defenderme. Y, sobre todo, no quiero tener miedo a salir o a hacer una vida normal. —Parecía lógico y él estaba de acuerdo—. ¿Podrías hacerlo esta noche?

—No veo por qué no…

—Entonces, vámonos.

Caminaron juntos, de vuelta a la casa, seguidos por el hombre de Fenton.

DIECISIETE

Se habían duchado juntos, lavándose el uno al otro como parte del ritual que Kristel conocía por haberlo leído en uno de los libros de su padre. Después, en la habitación, se habían dirigido a la cama cogidos de la mano, pero antes de que Kristel pudiera tumbarse, él tiró de ella acercándola a su cuerpo y la abrazó con más fuerza que nunca. Ella se sorprendió al escuchar el galope descontrolado de su corazón y puso la mano sobre su pecho, intentando calmarlo. Lo miró.

—No me pasará nada. —Nunca lo había visto tan serio.

—Daría lo que fuera de poder pasar por esto en tu lugar.

—Lo sé —sabía que era sincero—, pero puede que no sea tan duro como si fuera totalmente humana. En cualquier caso, tendríamos que empezar ya. Antes de que pierda la valentía.

—Podemos esperar un poco más. No es tan urgente.

—No, algo me dice que debemos hacerlo cuanto antes. —Sacudió la cabeza con testarudez—. Quiero hacerlo ahora. Lucharé por quedarme contigo con uñas y dientes, Kirby.

—Entonces, empecemos cuanto antes.

Kirby le quitó la bata primero a ella y luego se despojó de la suya. Se sentó en la cama con los pies apoyados en el suelo y ella lo hizo a horcajadas sobre él, mirándolo y pegándose al cuerpo masculino todo lo que pudo. Él se recolocó después, pero no encontraban la postura adecuada.

—Ninguno de los dos estamos cómodos.

—No —confirmó él con una mueca—, a pesar de lo que dice el ritual que has leído, no creo que podamos mantener durante mucho tiempo esta postura.

—¿Y si probamos en el sillón? —Kristel señaló la poltrona dorada que había a los pies de la cama.

—De acuerdo. —Ella se levantó, pero Kirby siguió sentado un instante más, observándola caminar desnuda bajo la cálida luz del fuego. Volvieron a sentarse como antes, pero en esta ocasión ella colocó las rodillas a ambos lados de las caderas del vampiro y luego bajó cuidadosamente, hasta sentarse sobre él. Se movió, nerviosa, notando su miembro hinchado y rígido bajo ella.

— ¿Te hago daño?

—No —contestó con la voz ronca—, pero es mejor que empecemos ya. —No sabía cuánto tiempo podría aguantar en esa posición, sin penetrarla.

Kirby empezó besando su frente, sus ojos, visitó su boca y saboreó la piel que cubría la vena de la que él solía beber todas las noches, al

menos una vez, mientras hacían el amor. Ambos estaban de acuerdo en que, de esa manera, se incrementaba el placer de los dos y, después de esa noche, ella también podría beber de él. Kirby temblaba por la excitación al saber que ella bebería su sangre, que la alimentaría.

Los ojos de Kristel se agrandaron y un ligero rubor cubrió sus mejillas, seducida por sus apasionados besos. No quiso esperar más y le ofreció su cuello desnudo, ya que se había recogido el pelo para que no se interpusiera entre ellos. No dijo nada, no hacía falta. Sentía su necesidad como si procediera de sí misma y se acercó un poco más, provocándolo. Kirby desnudó sus colmillos que se alargaron ante la mirada de ella por primera vez. Kristel se inclinó con una sonrisa pícara y besó uno de los colmillos, luego lo lamió recreándose en la punta que era tan fina como una aguja. Presionó con la lengua, pinchando y provocando que le saliera una gota de sangre que le mostró a Kirby y que compartió con él besándolo; y, también por primera vez, mientras lo besaba, acarició sus colmillos con la lengua. El vampiro gruñó y ella volvió a ofrecerle su cuello descubierto, temblando de deseo.

—Bebe.

—Debo penetrarte primero, para que comience el ritual.

Kristel se levantó lo suficiente para dejarlo entrar y, cuando él empezó a hacerlo, siseó, sintiendo que el miembro le ardía por lo caliente que estaba ella. Sus ojos se tiñeron de rojo completamente y ella terminó de sentarse sobre él, mordiéndose el labio inferior y agarrándose a los hombros del vampiro.

Cuando estuvieron completamente unidos, él la mordió como si hiciera años que no hubiera probado su sangre y bebió glotonamente, con el miembro palpitando dentro de ella, pero sin moverse. Poco después, se apartó de su cuello, relamiéndose, y le dio un lametazo a la vena para que dejara de sangrar. Entonces, ella comenzó a moverse arriba y abajo, al principio despacio para ir aumentando la velocidad poco a poco.

Kirby estaba preocupado. Había oído lo duras que eran las transformaciones para los cuerpos de las humanas, pero esperaba que ella tuviera razón y que no lo pasara tan mal. Al llegar al orgasmo, se derrumbó sobre él y Kirby hizo que creciera la uña de su índice; con ella se rajó el pecho cerca del esternón donde la sangre es más dulce, y la presionó en la nuca para acercar su boca a la herida. A pesar de que, un rato antes, ella estaba convencida de hacerlo, en ese momento se negó, echándose hacia atrás. Observaba el hilo de sangre que caía por el pecho del vampiro como si fuera una serpiente a punto de atacar. Él la presionó con algo más de fuerza para atraerla hacia él.

—Bebe, amor mío —ordenó con voz hipnótica.

—Kirby… espera. —Pero él apretó la boca de ella contra la herida

hasta que se le mancharon los labios; instintivamente, se los chupó varias veces y sus pupilas se agrandaron por el sabor. Kirby volvió a ordenar pacientemente:

—Bebe.

Como ya había probado la sangre, dejó caer las manos para que se sintiera libre de hacer lo que quisiera. Kristel gimió, sin dejar de mirar la herida de la que seguía fluyendo lentamente el líquido vital y, decidiéndose, se inclinó hasta pegar su cara al corte y comenzó a chupar. Kirby, que había podido contenerse hasta ese momento, la penetró con fuerza varias veces hasta que consiguió el mayor orgasmo de su vida.

Cuando terminó de beber, somnolienta, cerró su herida como él le había dicho y se recostó sobre él, a punto de dormirse. Él la cogió por el trasero y la levantó, llevándola a la cama.

—Creo que podemos seguir en la cama. Ahora sabemos que puedo controlarme.

Ella necesitaba dormir, pero Kirby no le dejó hacerlo hasta que completaron los tres intercambios. Después, los dos se abandonaron al sueño.

Los despertó la luz del día colándose por la ventana y el trino cercano de un pájaro posado sobre un árbol cuyas ramas casi tocaban el cristal. Se giró hacia él y lo pilló observándola. Parecía cansado y feliz.

—Túmbate bocarriba. —Obedeció y él se colocó entre sus piernas. Después, le ofreció su cuello.

—Bebe de mí, amor mío y disfrutemos del tiempo que los dioses nos otorguen. —Conocía la conocida fórmula que se utilizaba antiguamente en las uniones entre vampiros, pero nunca había imaginado que alguien se la recitaría a ella.

Kirby acercó su cuello lo suficiente para que ella estuviera cómoda y Kristel lo mordió, provocando que él gimiera de placer. Mientras ella bebía, él acunaba su nuca con la palma de la mano; despacio para que no dejara de beber, le separó las piernas y la penetró, y siguió haciéndolo lentamente para no molestarla mientras bebía, acariciándola suavemente para transmitirle lo que sentía por ella.

Cuando terminó de beber, las penetraciones se hicieron más rápidas, y ella lo ayudó levantando las caderas para acogerlo más profundamente. Después, volvieron a abrazarse.

—Espero que todas las noches no seas tan exigente conmigo —bromeó. Kirby sonrió con los ojos cerrados y contestó:

—Duérmete, velisha. Necesitas descansar.

Los dos lo hicieron.

***

Sanderson no bajó al sótano hasta que la casa se quedó en silencio y todos los criados estaban dormidos en sus habitaciones. O eso creía. Descendió por las escaleras con el cuidado necesario para que no crujiera la madera, a pesar de su tamaño, y caminó hasta el cuarto donde lo esperaba el supuesto dueño de la casa. Entró, cerró la puerta y se sentó frente a Joel Dixon; cogió el vaso que lo esperaba en su lado de la mesa, lleno de *whisky,* y lo vació de un trago, luego, lo dejó sobre la madera con un golpe seco. Observó la botella casi vacía y luego el rostro de Dixon. Y preguntó:

—¿Cuántas copas llevas? —El otro se encogió de hombros y se bebió otro trago antes de contestar.

—Ni lo sé, ni me importa —su contestación provocó que los ojos negros y despiadados de Sanderson se entrecerraran peligrosamente; estiró el brazo lo suficiente para quitarle la botella y ponerla en su lado de la mesa, fuera de su alcance. Su gesto provocó que el profesor se enfadara.

—Ese no es el trato. Quedamos en que podía beber de noche, siempre que no me vieran. —Sanderson hizo una mueca desagradable.

—No sabes el asco que me das y lo harto que estoy de ti. No entiendo cómo he sido capaz de aguantarte tantos años. Si no fuera por lo que está en juego, nunca me habría juntado con alguien como tú. —Dixon sonrió maliciosamente.

—Pero tienes que aguantarme, ¿no es así, querido Sanderson? —Se echó hacia atrás apoyándose en la fina y cara silla, acariciándola suavemente con sus elegantes manos—. Y soportar, aunque te rechinen los dientes al verlo, que use las cosas de tu familia. —El falso mayordomo gruñó y se inclinó hacia él apretando los puños, pero Dixon no se preocupó. Sabía que no podía prescindir de él. De momento.

—Llegará el día en que no me sirvas para nada y ya sabes lo que te ocurrirá.

—Sí —confirmó el otro con una mueca burlona, intentando no demostrar el miedo que sentía en realidad—, pero ese momento todavía no ha llegado. Como he dicho, no tienes más remedio que aguantarme… a menos que ya no quieras que tu querida Lilith vuelva —amenazó, ronroneando.

Sanderson aparentó hacer caso omiso de sus palabras, pero las apuntó en la larga lista de ofensas por las que el otro vampiro tendría que pagar dentro de poco. Todos los días se consolaba pensando que quedaban solo unos meses para conseguir aquello por lo que su familia había luchado durante tanto tiempo. Desgraciadamente, mientras tanto, necesitaba que el borracho desgraciado que tenía delante siguiera vivo y haciendo su papel.

—No he venido a discutir, por mí como si te ahogas en alcohol, solo

asegúrate de estar lúcido por la mañana. Escucha, Violet tiene que desaparecer, vas a mandarla fuera. No quiero que atraiga la atención hacia ella ahora que ha vuelto del internado, solo nos faltaba que conociera a alguien que descubriera quién es en realidad —Dixon asintió sumisamente, había algunas cosas sobre las que no podía bromear.

—¿A dónde?

—Todavía no lo sé. Seguramente a una casa perdida en el campo. —Pensó durante un par de minutos en silencio—. Creo que la enviaré con cuatro de los hombres y una mujer, por si acaso. Y nadie debe de saber dónde va. Mañana hablarás con ella.

—¿Qué le digo?

—Que la llevas a un lugar seguro porque corre peligro, que han amenazado… lo que se te ocurra. Pero asegúrate de asustarla para que no se le ocurra hacer ninguna tontería, la dejaremos allí hasta que la necesitemos, al final del plan. Puede que esté siendo demasiado desconfiado porque estoy seguro de que esos cabrones no pudieron traducir los pergaminos en tan poco tiempo…, además, se lo encargaron a esa mestiza… —El gesto de su cara se transformó en uno de repugnancia y, este ademán se mantuvo en su cara mientras observaba a Dixon con una repentina sospecha en la mirada. Tenía la sensación de que el borracho había cogido cariño a la chica y no consentiría que, ni él ni nadie, le chafara los planes—. Espero que te haya quedado claro. Ya sabes que no consiento los errores.

—Sí, lo he entendido.

—Eso espero, así que vete a la cama a dormirla. Quiero que mañana te levantes temprano —Joel asintió sumisamente, intentando que no se le notara el temblor que sacudía su cuerpo, cada vez que pensaba en lo que le harían a Violet—. Sube tú delante. Te acompañaré a tu habitación como haría un buen mayordomo. —Dixon sintió que se ruborizaba por la burla que había en sus palabras.

Los vampiros subieron las escaleras de madera en pocos segundos, pero transcurrió casi una hora antes de que la anciana que estaba tumbada en el suelo, junto a la pared, en la habitación vecina, se levantara. Al hacerlo, tuvo que agarrarse al arcón esperando que se le pasara el temblor de piernas; se había asustado tanto con la conversación que se le había agarrotado el cuerpo. Se sacudió la ropa mecánicamente, mientras daba vueltas a la cabeza a todo lo que había escuchado. Esa noche había tenido suerte, ya que había bajado a dejar varias cosas en la despensa por orden de la cocinera cuando escuchó bajar a Dixon, y se tumbó en el suelo a escuchar. Ni siquiera supo cuánto tiempo tardó Sanderson en acompañarlo, pero debió de ser mucho, porque se quedó dormida y se despertó al escucharlo hablar.

Cuando estuvo segura de que se habían acostado, se quitó los

zapatos para no hacer ruido y caminó a oscuras hasta su dormitorio. Se acostó enseguida, pero no pegó ojo en toda la noche ideando un plan. Cuando llegó el amanecer, ya se había retocado el maquillaje y el disfraz, y salió al pasillo, otra vez descalza, para dirigirse a la habitación de Violet Dixon. Tenía que hablar con ella lo antes posible.

***

Alfred entró en la cocina creyendo que Annie estaba sola, pero se equivocaba. Como no quería hablar con él, había alargado las tareas de la pinche para que siguiera por allí y no tener que quedarse a solas con él. Se miraron, igual de enfadados, y Daisy, que estaba picando verduras, examinó la cara de uno y de otro y agrandó los ojos, asustada. Todos los sirvientes de la casa se habían dado cuenta de que las relaciones entre el mayordomo y la cocinera no pasaban por su mejor momento, y Daisy temía que la discusión que estaba a punto de producirse, la pillara en medio. Pero Alfred no quería testigos.

—Daisy, sube a las habitaciones a ayudar a la doncella —la muchacha asintió y, limpiándose las manos en el delantal, salió sin abrir la boca por la puerta que Alfred mantuvo abierta, hasta que obedeció. Luego, él cruzó los brazos y miró a Annie en silencio y ella hizo lo mismo, observándolo con los ojos entrecerrados, y con las manos en las caderas. Alfred apretó los labios.

—Veo que insistes en tu cabezonería. ¿Quieres que sigamos así eternamente?, ¿tan horrible te parece ser mi esposa?, ¿es eso? —Ella no contestó. Siguió batiendo la crema para el pastel que estaba preparando, con mucha más energía que antes de que Alfred llegara —. ¿No vas a contestar? —Esperó un par de minutos más y luego hizo lo peor que podía hacer—. Imagino que si no quieres casarte conmigo es porque crees que no soy suficiente para ti. —Sabía que lo que estaba diciendo no era verdad, pero el dolor que sentía le impedía pensar con claridad—. Pues no pienso volver a acostarme contigo, hasta que entres en razón. —En el mismo instante en el que dijo la frase, supo que era un error que le iba a costar caro y no estaba pensando en nada físico. Y menos en el cucharón que salió volando por los aires, con destino a su cabeza. Afortunadamente, Annie tenía muy mala puntería.

Alfred apretó los labios conteniéndose para no acercarse a ella, cogerla en sus brazos y besarla hasta que se le pasara el enfado y entrara en razón. Finalmente, lo que hizo fue salir de la cocina lo más deprisa que pudo antes de que el amor de su vida encontrara más proyectiles que lanzarle.

***

Ese día había crema de puerros de primero, una de las especialidades de Annie, pero después de la primera cucharada, Kristel y Kirby se miraron horrorizados. Ella dejó la cuchara junto al plato, la lengua se le había adormecido, como si hubiera comido algo muy picante. El sabor que se le había quedado en la boca, además, era repugnante y por la cara de Kirby, él opinaba lo mismo. La miró y ella le dijo lo que pensaba, aunque algo apesadumbrada:

—Lo siento, pero está asqueroso. —Él estaba de acuerdo y se levantó para hablar con Alfred. De camino a la cocina, se encontró con la doncella y prefirió no entrar porque los sirvientes de la casa estarían comiendo.

—Dile a Alfred que venga, por favor. —Estaba seguro de que su mayordomo tenía algo que ver con este desastre.

Tardó unos minutos en llegar y cuando lo hizo, respiraba agitadamente y estaba rojo, como si hubiera estado haciendo algún esfuerzo físico.

—Lo siento, señor, estaba cortando madera. —Kristel lo observaba asombrada, estaba segura de que esa no era una de las funciones de un mayordomo. Alfred sacó un pañuelo y se secó el sudor del rostro, volviendo a pedir disculpas con un murmullo.

—¿Puedes cerrar la puerta, Alfred?

El mayordomo lo hizo, volviendo a colocarse frente a Kirby en silencio.

—La crema de puerros que nos han servido hoy no se puede comer. —Alfred agachó la cabeza con un suspiro como si fuera culpa suya, pero siguió callado—. Alfred, ¿qué pasa? Todos hemos notado la tensión que se respira en la casa. No he dicho nada hasta ahora porque esperaba que lo solucionarais vosotros solos, pero lleváis varios días así y me gustaría ayudar, si puedo.

—No es posible, señor. Pero muchas gracias por el ofrecimiento. —Kristel esperó a que Kirby dijera algo más, pero él no lo hizo, solo suspiró aceptando su palabra y concluyó:

—Como quieras. Entonces que se lleven esto —señaló sus platos—, y diles que nos traigan algo decente. —Alfred los recogió y cuando se inclinó junto a Kristel, ella pudo ver la angustia de su mirada. Cuando se fue, susurró:

—¿Sabes qué les pasa?

—Ella no quiere casarse con él.

—¿Por qué no? —Hasta ella, que vivía en su propio mundo rodeada de libros, se había dado cuenta de que estaban muy enamorados. Kirby se encogió de hombros, aunque su cara era de frustración.

—Alfred no sabe por qué. No sé cuántas veces se lo ha pedido…, y seguro que esto lo ha provocado un último intento. Ella creció en un orfanato y puede que eso tenga algo que ver; con doce años tuvo que

empezar a trabajar y, hasta que llegó aquí, fue dando tumbos por ahí y debió de pasarlo muy mal. Creo que desconfía de los sentimientos de Alfred hacia ella.

—¡Pero si él está loco por ella! —Kirby sonrió tristemente, mirando el lugar por el que se había marchado el mayordomo.

—Sí. Además, conozco a Alfred desde siempre y nunca había estado enamorado, hasta ahora. Lo siento por él. —Lo entendía demasiado bien porque él podía estar en su misma situación si Kristel no lo hubiera aceptado. Cogió su mano derecha y la besó, ella arqueó las cejas, complacida.

—¿Y eso?

—Porque soy muy afortunado.

—Me gustaría hablar con ella. —Hasta Kristel parecía sorprendida por lo que acababa de decir.

—¿Con Annie?

—Sí, aunque ya sabes que no tengo demasiada experiencia. Mi única amiga durante muchos años ha sido Nimué.

Él ya sabía que Nimué la había salvado en la peor época de su vida y que siempre le estaría agradecida. No solo la había acogido cuando nadie más lo habría hecho por miedo a *La Hermandad*, además, la consoló y le dio un hogar, haciendo que se sintiera segura. Y siguió enseñándola, tal y como había hecho su padre. Además de una gran persona, era una maestra excepcional.

—No estoy seguro de que sea una buena idea. —Tenía que ser sincero, no solo por Annie, también por ella.

—No creo que lo empeore, ¿no?

—Sinceramente, no lo sé.

Se callaron por la entrada de Alfred, que volvía con una bandeja en la que traía ensalada y carne fría; debía ser lo que Annie había preparado para la cena. Cuando se marchó dejándolos solos de nuevo, Kirby había cambiado de opinión:

—De acuerdo, hazlo. Mucho me temo que, si esto sigue así, ella termine marchándose.

***

Kristel se negó a que Kirby la acompañara, pensando que sería mejor si iba ella sola. Y, esa misma tarde, abrió la puerta de la cocina y vio a Annie sola, sentada junto a la enorme mesa donde solía trabajar mientras dos gruesos lagrimones le caían por las mejillas. Carraspeó para hacerle saber que estaba allí y entró.

—Hola. —Annie se secó los ojos con el delantal, antes de hablar:

—¿Quiere algo?

—Sí —contestó Kristel muy seria. Había quedado con Kirby en que

no las molestarían en un rato, pero, cuando estuvo frente a la cocinera, dudó de poder convencerla de nada. ¿Qué sabía ella de la angustia o la tristeza que habría en su corazón? Pero había dicho que lo intentaría—. He venido a preguntarle si puede hacerme un té, Annie, tengo el estómago un poco revuelto, ¿le importa que me siente? —susurró. Lo de sentarse se le acababa de ocurrir, imaginaba que sería más fácil hablar con ella si estaban cómodas. Y lo del estómago había sido buena idea porque Annie reaccionó enseguida.

—Claro que sí, pobrecilla. Siéntese aquí, por favor. —Sacó un taburete que había bajo la mesa y se lo ofreció, después de limpiarlo con un trapo—. Ahora mismo le hago un té, eso la calmará. Siempre tengo agua caliente. —A Kristel le pareció que cojeaba un poco más de lo habitual, seguramente debido al cansancio y, cuando le entregó la taza de té, le preguntó, poniendo la cara más inocente que pudo:

—¿Le importaría sentarse conmigo unos minutos? Solo mientras me lo bebo. —La cocinera pareció horrorizada.

—No, no puedo… no estaría bien que me sentara con usted.

Kristel insistió:

—No veo por qué no. Será un momento. Por favor. —Annie la miró, desconfiando.

—¿Alfred les ha dicho algo?

—¿Sobre qué? —La aparente inocencia del rostro de Kristel la tranquilizó, pero no contestó a su pregunta—. Por favor, Annie, ¿no podría hacer una excepción? No me encuentro demasiado bien —mintió con una soltura que la asombró a ella misma. Finalmente, la otra mujer accedió con un murmullo y se sentó en el taburete que había ocupado antes.

Kristel tomó un sorbo del té pensando frenéticamente, sin saber cómo continuar. Afortunadamente, Annie la ayudó.

—¿Quieren que haga su pastel de boda? —La miró fijamente, con la mente en blanco.

—Si le digo la verdad, no lo hemos hablado, pero creo que nos gustaría porque a los dos nos encanta cómo cocina.

—A mí también me agradaría mucho hacerlo.

—¿Ha hecho muchos pasteles de boda? —La boca de la cocinera tembló y carraspeó.

—Ninguno —su voz sonaba ahogada, le costaba hablar y Kristel imaginó por qué.

—Annie, ¿quiere hablar sobre ello? —La cocinera negó con la cabeza y volvió a limpiarse las lágrimas.

—Está bien, pero ¿le importa si hablo yo?

—¿Sobre qué?

—Sobre mí. —Al ver que no se negaba, se decidió—: No sé si lo sabrá, pero soy híbrida, ¿conoce esa palabra? —Annie asintió, con

cara de sorpresa—. ¿No lo sabía?

—No, creíamos, bueno… yo creía que era vampira.

—Mi padre era humano. Mi madre nos abandonó cuando yo era una niña y, años después, él murió asesinado por *La Hermandad*. Afortunadamente, una amiga de mi padre me llevó a vivir con ella, porque tuve que desaparecer.

—¿Por qué? —Viendo el dolor en el rostro de Annie, supo por qué Alfred estaba tan enamorado de ella.

—Porque *La Hermandad* había puesto precio a mi cabeza, no contentos con asesinar a mi padre, querían hacer lo mismo conmigo. Y ahora han vuelto a amenazarme con hacerlo, ¿lo sabías? —Sin darse cuenta, empezó a tutearla. Annie contestó con la voz ronca:

—Sabía que pasaba algo, por los dos hombres que siempre están vigilando fuera, pero Alfred y yo hace días que no hablamos y no me ha contado nada. Solo me dijo que tuviera cuidado y que no saliera sola bajo ningún concepto. Ninguno de los que trabajamos en la casa debemos hacerlo.

—Sí. Y después de todo eso, Kirby me pide que me case con él. Cuando mi madre nos abandonó, yo me prometí que no dejaría que nadie hiciera conmigo, lo que ella le había hecho a mi padre. Siempre he estado segura de que no tendría pareja, ni hijos, hasta que conocí a Kirby. Pero lo que de verdad lo cambió todo, fue venir a vivir aquí y conocerlo de verdad. Porque él me hace feliz. ¿Me entiendes, Annie? —La cocinera lloraba silenciosamente, pero Kristel intuía que no lo hacía por lo que le estaba contando, sino porque se veía reflejada en sus palabras—. Y no voy a permitir que nadie, sea quien sea, me robe la felicidad a la que tengo derecho. —Se terminó el té, que se había quedado frío, y se levantó. Antes de marcharse, puso una mano cubriendo una de la muchacha, intentando consolarla—. La vida es corta, Annie, y tenemos que hacer lo posible para ser felices mientras podamos. Gracias por el té, estaba muy bueno.

Salió en busca de Kirby, que la esperaba para dar su paseo. Saliendo a la calle, él le preguntó qué tal había ido la conversación.

—No sé qué decirte. He hecho lo que he podido, pero ella no me ha dicho lo que va a hacer.

—Annie es un hueso duro de roer, pero espero que acabe cediendo. Por el bien de los dos.

—Sí —confirmó ella.

El resto del día no hubo ninguna novedad, pero, a la mañana siguiente, cuando bajaron a desayunar, Alfred le pidió a Kirby que esperara un momento porque tenía que decirle algo. Kristel entró en el comedor y comenzó a servirse el desayuno, porque le parecía de mala educación quedarse como un pasmarote escuchando la conversación. Minutos más tarde, entró Kirby, muy sonriente y se acercó a ella, que

seguía junto a las fuentes de comida.

—Alfred quería decirme que Annie ha accedido a casarse. Me complace comprobar que no solo haces conmigo lo que quieres, sino que puedes extender tu magia a los demás —murmuró, antes de besarla con todo el amor que sentía en su corazón.

***

La boda entre Alfred y Annie fue oficiada por Kirby una tarde, dos días después, en el jardín de la casa. La novia eligió ese momento porque prefería que solo ellos cuatro estuvieran presentes. Kristel custodió el ramo nupcial durante la ceremonia, observando lo bonita que estaba con el vestido que ella le había acompañado a comprar y que Kirby insistió en pagar.

Annie sonrió, feliz, durante toda la ceremonia y Alfred no pudo parar de llorar.

DIECIOCHO

Kirby se levantó despacio, intentando no despertarla, pero ella volvió la cabeza hacia él sin abrir los ojos, todavía medio dormida.

—¿Ya es la hora? —Se inclinó lo suficiente para besar el lóbulo de su oreja.

—No, amor mío, descansa un poco más. He quedado con Burke un poco antes para hablar —susurró.

Casi no habían dormido la noche anterior porque la cena, en la que estuvieron presentes los novios, los padres de Kirby y Nimué, fue tan agradable que todos se fueron a acostar cuando ya había amanecido. Pero, debido a los preparativos de la boda, tanto él como Kristel se habían tenido que levantar muy temprano esa mañana y después de comer se habían acostado un rato. Dentro de pocas horas llegarían los invitados que cenarían esa noche con ellos y su escasa familia. Y se casarían al día siguiente por la mañana.

Esperó unos segundos a que volviera a dormirse y se levantó dirigiéndose a la habitación contigua, que ambos usaban como vestidor. Una vez vestido, bajó a la planta baja y salió de la casa. Cerca, en el jardín, encontró a uno de los guardas.

—Buenos días, señor Richards.

—Hola, ¿te llamas Mac, verdad? —el hombre asintió con expresión grave. Era un hombre calvo, fibroso y con aspecto duro.

—Sí, señor.

—¿Los demás están repartidos por el jardín?

—Sí. Tal y como pidió, haremos rondas continuamente para evitar que nadie, que no esté invitado, entre en la finca. —Escucharon un carruaje.

—Ahí está —murmuró Kirby, mirando hacia el camino—. Otro invitado tiene que llegar en media hora, más o menos. Los demás tardarán otro par de horas.

—Sí, señor. No se preocupe.

Burke Kavannagh bajó del coche con una sonrisa asomándole por debajo del bigote al vislumbrar a Kirby. Se abrazaron, contentos por verse y caminaron juntos hacia la entrada. Alfred los esperaba con la puerta abierta para recoger el abrigo del invitado.

—Buenas tardes, señor Kavannagh, y bienvenido —saludó, muy sonriente. Burke era un invitado habitual de la casa—. Hacía mucho tiempo que no lo veíamos por aquí.

—Gracias, Alfred. Me alegra decirte que ahora podré visitaros más a menudo. —Kirby lo miró, sorprendido, pero su amigo le echó una mirada diciéndole, sin palabras, que lo hablarían cuando estuvieran a

solas.

—Alfred, estoy esperando al señor Brooks. En cuanto llegue, que pase al despacho, por favor.

—Por supuesto, señor.

—Sígueme, Burke.

A pesar de la hora, los sirvientes de la casa se movían rápidamente de un lado a otro, llevando jarrones con flores, llenando de leña las chimeneas y limpiando las habitaciones para que la casa estuviera impecable lo antes posible.

—Siéntate. —Kirby cerró la puerta para tener más intimidad y se acomodó en su silla, frente al escritorio y a su amigo.

—¿Cuántos vamos a ser? —El novio entrecerró los ojos, pensativo.

—Pocos, queremos una ceremonia íntima. Si no me equivoco, seremos Gale y Brianna; Killian y Gabrielle; Cian y Amélie; tú, Fenton, Cam… mis padres, y Nimué, por supuesto. Creo que no me olvido de nadie.

—¿Esa es la mujer que la escondieron en el colegio cuando asesinaron a su padre?

—Sí.

—Debe de ser muy valiente.

—Todavía no la conozco bien, pero por lo que Kristel me ha dicho, es excepcional.

Burke sacó un puro y comenzó a encenderlo y Kirby compuso una mueca burlona:

—¿Sigues fumando esos cigarros apestosos?

—Gruñes tanto como si tuvieras dos siglos más de los que tienes —le contestó—. ¿No te basta con que te haya prometido no fumar delante de los invitados?

—Sí, me basta —concedió con una sonrisa—, y te lo agradezco. —Sabía cuánto le costaba dejar de fumar.

—Bueno, creo que me escaparé en algún momento al jardín para poder hacerlo, así no molestaré a nadie. Ese privilegio solo lo tendréis mis amigos —ironizó.

—Es una gran suerte que nos tengas en tan alta estima —se carcajeó Kirby.

—Como ya hemos aclarado este tema tan importante, ¿vas a decirme por qué querías que viniera tan pronto? —Sus ojos lo miraban a través del humo que salía de su boca formando lánguidas espirales.

—Necesito un favor. Voy a hacer testamento y, como sabes, necesito un testigo. Quiero que seas tú. —Burke dejó el puro en un cenicero que Kirby había colocado estratégicamente en el escritorio—. ¿No dices nada?

—Sí, que eres un cabronazo con suerte.

—Ah, ¿sí?

—Estás tan feliz como si fueras un adolescente. —Kirby rio por lo bajo.

—Imagino que te pareceré un gilipollas, lo curioso es que no me importa. Incluso lo entiendo —concedió.

—Si quieres que te diga la verdad, lo que siento es un poco de envidia. Empiezo a pensar que puede que no sea tan malo encontrarla.

—¿Te refieres a tu velisha?

—Sí.

—Es lo mejor del mundo, Burke —su mirada se desvió hacia la puerta durante un segundo, como si a través de la madera y el hormigón pudiera comprobar que ella estaba bien—, aunque en parte da miedo pensar que mi felicidad depende solo de ella, me siento el vampiro más afortunado del mundo. —Usó adrede la frase que solían utilizar los machos humanos para estos casos y Burke sonrió ante el juego de palabras—. ¡Ojalá que tú también la encuentres!

—Te lo agradezco, pero me parece algo difícil. —Se removió, algo inquieto en la silla. De repente parecía incómodo y cambió de tema—: Me he enterado de que el cabrón del *Maestro* ha pedido la muerte de Kristel, además de la de las mujeres de Killian y Cian. —La sonrisa de Kirby desapareció—. Sabes que estoy a tu disposición para lo que necesites. Tienes la mala costumbre de no pedir ayuda nunca, pero recuerda que no estás solo. He visto que has puesto vigilancia en el jardín.

—Sí, son unos hombres que me ha recomendado Fenton. Los he contratado de forma permanente; no sabemos cuánto durará todo esto.

—Hablaré con Killian para que *La Brigada* se haga cargo del coste. Los *Cuatro,* hemos decidido aumentar la asignación anual lo suficiente para que pueda hacer frente a este tipo de gastos. Y la seguridad de las mujeres es lo primero.

—Te lo agradezco, pero no es necesario, y Killian va a necesitar todo el dinero que pueda conseguir. Hace poco, me he enterado de que hay más policías corruptos de los que creemos, por lo menos en Cork, por lo que hay que reforzar *La Brigada* por todos los medios. Seguro que Killian ya os ha dicho que necesitan muchos más agentes y lo que cuesta adiestrarlos.

—¿Quién te ha dicho lo de los policías? —Kirby ladeó la cabeza, mirándolo.

—¿Recuerdas a Marcus Craven?

—Es un poli, ¿no? Me has hablado de él en alguna ocasión.

—El mismo. El otro día estuvo aquí para avisarme. Ha descubierto que varios de sus compañeros están siendo sobornados regularmente por *La Hermandad,* y que ya no sabe de quién puede fiarse. Y estoy seguro de que esa corrupción está extendida por todos los estamentos oficiales, en mayor o menor medida. Estamos en guerra, Burke, y

debemos vencerlos lo antes posible para que no sigan matando a inocentes.

—No tienes que convencerme. Estoy contigo, todos estamos unidos en esto. Pero prométeme que me pedirás ayuda si la necesitas.

—Te aseguro que lo haría, aunque no me lo hubieras ofrecido, porque todo ha cambiado desde que tengo a Kristel. Es lo más importante para mí y haría lo que fuera para que no le pasara nada. —Burke, finalmente, apagó el puro.

—Me alegro mucho por ti, Kirby. Ya lo sabes.

—Lo sé.

—Esa sonrisa de bobo confirma hasta qué punto estás enamorado —bromeó. Kirby no contestó, simplemente siguió sonriendo, como si él conociera un secreto y su amigo no—. Ahora mismo crees que soy un desgraciado y que no sé lo que me pierdo. —Rieron a carcajadas.

—En tu lugar, yo pensaría lo mismo que tú. Con la de veces que nos hemos reído de los que hablaban del destino, del amor o de la unión de las almas… —confesó, divertido.

—Ya. —Por su expresión, Kirby decidió cambiar de tema.

—¿Cómo van tus cosas?

—Pues tengo una buena noticia que darte, aunque todavía no es oficial… —avisó—. Me han pedido que tome el mando, de momento, del puerto de Cobh.

—¿Vas a sustituir a Nolan?

—Solo durante un tiempo.

—¿Y tus negocios?

—Puedo con las dos cosas a la vez. Solo va a ser durante unos meses… —Pero Kirby lo conocía muy bien.

—¿Qué te traes entre manos?

—¡Qué retorcido eres! —Volvió a reír, pero se puso serio enseguida —.Tú mismo acabas de reconocer que estamos en guerra. Cobh va a ser uno de los puertos más importantes de Europa y no podemos permitir que caiga en manos de alguien afín a ellos; lo he hablado con Killian y está de acuerdo. Así que he movido algunos hilos y ya está hecho. Por cierto, ¿qué sabes sobre el asesinato de Nolan?

—No demasiado. La policía dice que fue un accidente.

—Ya sé lo que dice, he leído el informe. ¿Qué crees tú?

—Que lo asesinaron. Su secretaria también está de acuerdo y le prometí que lo investigaría más a fondo.

—También es casualidad que muriera unos días después que el director del Enigma de Cork, ¿no te parece?

—Sí, demasiada. Y ese tipo de casualidades no existen.

—No —confirmó Burke con un gruñido—, y pasando al tema por el que nos hemos reunido… ¿cómo has conseguido engañar a una mujer hermosa e inteligente para que se case contigo? —Kirby rio a

carcajadas dejando admirado a su amigo, que nunca lo había visto tan feliz.

—Si quieres que te diga la verdad, creo que aceptó porque le di pena. —Los dos volvieron a reír.

—Además de hermosa, tiene buen corazón.

—Es la mejor —afirmó el juez, entre risas.

Alfred llamó a la puerta y, cuando abrió, se apartó para dejar paso al siguiente invitado. Los dos se levantaron al ver a Cameron Brooks.

—¡Cam! ¡Cuánto tiempo!

—¡No sabéis cuánto me alegro de veros! Hace demasiado que no hablo con verdaderos amigos.

—Si no trabajaras tanto, podríamos vernos más a menudo. —Burke le dio una fuerte palmada en el hombro derecho, pero, a pesar de su ímpetu, el cuerpo del abogado no se movió ni un centímetro—. Veo que sigues igual de fuerte que siempre. Por ti no pasan los años, ni los siglos —bromeó. Kirby los interrumpió antes de que empezaran a discutir acerca de quién, de los dos, era el más viejo.

—Si no os importa, ocupémonos del motivo por el que os he hecho venir antes que nadie, y luego podéis discutir como dos críos todo el tiempo que queráis —Camerón asintió con una mueca.

—Por supuesto. —Cogió la cartera que había dejado sobre la mesa y sacó unas cuantas páginas de aspecto legal que presentó ante su amigo—. Ahí tienes tu testamento: léelo, pero creo que no me he olvidado de ninguna de las estipulaciones. —El juez lo hizo en pocos minutos.

—Está bien. —Miró a Burke—. Antes de que firmes como testigo debes saber que lego todos mis bienes a Kristel Hamilton, mi futura esposa, cuando yo muera —Burke asintió, entendiendo la importancia de aquella ceremonia. En el caso de que hubiera algún problema, él mismo tendría que luchar porque se cumpliera la última voluntad de su amigo.

—Estoy seguro de que nos enterrarás a todos, pero si no fuera así, tienes mi palabra de que todo se hará como lo has dispuesto. Y de que protegeré a tu mujer mientras viva.

La expresión de Kirby se relajó porque conocía muy bien el valor de la palabra de Burke. Esperaba disfrutar de largos y felices años junto a su mujer, pero desde que su hermana hubiera desaparecido tantos años atrás, había aprendido de la forma más dura posible que no había nada seguro en la vida.

***

Kristel se despertó. Alguien llamaba a la puerta del dormitorio.

—¿Quién es? —Bostezó, medio dormida. Se sentó en la cama

buscando las zapatillas.

—Soy yo, cariño. Es la hora del té, ¿nos lo tomamos juntas? Ayer casi no pudimos hablar…

—¡Nimué! —susurró, feliz—. Pasa, por favor…

Se puso la bata mientras caminaba hacia la puerta, casi sin creerse que hubiera venido. La dejó pasar y la abrazó impulsivamente. Nimué, sorprendida, le devolvió el abrazo.

—¡Qué cariñosa estás! Tengo venir a verte más a menudo.

—¡Ojalá! —contestó, sonriente—. Espera un momento mientras me visto. ¿Has podido dormir algo?

—Sí, decidí echarme un rato, como vosotros, después de comer y estoy muy bien.

—Mentirosa —reprochó suavemente—. Tienes cara de cansada. Tenías que haber venido hace días.

—Ya te dije que no podía faltar a la reunión de Maeve. ¡Imagínate!, solo acudimos cinco mujeres y eso que se trataba de una charla sobre nuestros derechos. —Movió la cabeza negativamente—. No sé cómo vamos a conseguir algo, si nosotras mismas no somos capaces de luchar por lo nuestro. —Kristel la miraba sin decir nada y Nimué se disculpó—. Perdóname, ya sé que no es el día más adecuado para hablar sobre esto. ¿Nos vamos? Te confieso que me comería una vaca.

—Te creo, pero si no te importa, antes pasaremos a preguntar al guapísimo novio si quiere acompañarnos. —Se alisó la falda del vestido y echó un vistazo a su amiga.

Era mucho más alta que Kristel y tenía el pelo de un color rojo oscuro, parecido al de las cerezas maduras y lo llevaba peinado en un moño sencillo y elegante. La inteligencia seguía brillando en sus expresivos ojos grises, rodeados de pequeñas arrugas y su mentón seguía siendo firme y arrogante.

—Casi no has cambiado desde que te conocí —dijo, a punto de abrir la puerta.

—Mentirosa. —Esta vez el reproche cariñoso se lo dirigió Nimué a ella, mientras observaba su rostro con interés.

—Tú estás más guapa que nunca y sorprendentemente feliz. —Kristel rio al escucharla.

Conocía de sobra la desconfianza de su amiga hacia los hombres, sobre todo en lo tocante al vínculo del matrimonio.

—Me choca que no estés intentando convencerme para que no me case. Te confieso que me daba algo de miedo decírtelo.

—¿De verdad?

—En el fondo, no —rectificó—. Sabía que, en cuanto vieras lo feliz que soy, te convencerías.

—¿Cómo no voy a estar conforme con tu elección, después de ver esa sonrisa? —su contestación provocó que su sonrisa se hiciera más

grande.

—Vamos, ¡yo también me comería una vaca! Será por los nervios… —Le cogió de la mano, feliz como una niña, y bajaron por las escaleras charlando, emocionadas por estar juntas de nuevo. Cuando llegaron a la planta baja, giraron a la derecha para dirigirse al despacho. Pero Kristel se detuvo un momento al ver que el mayordomo salía del comedor.

—Alfred, perdona, ¿Kirby está en el despacho?

—Sí, señora.

Cuando estuvieron ante la puerta, llamó y entró directamente.

—¡Kirby, venimos a raptarte para tomar el té! ¡Hola, Burke! —saludó al naviero al verlo.

Lo conocía porque los *Cuatro Legendarios* se reunían en el Club Enigma habitualmente; lo que no sabía hasta que Kirby se lo confesó hacía poco, era que se trataba de uno de sus mejores amigos. Por el rabillo del ojo vio a otro invitado al que no conocía y, mientras Kirby presentaba a Nimué y a Burke, se acercó a él. Se había levantado cuando ellas habían entrado, al igual que Kirby y Burke.

—Hola, soy Kristel Hamilton —Pero el desconocido no la miró, su mirada estaba fija en Nimué y parecía estar… impresionado. Kirby se volvió hacia ellos, para presentar a Nimué y a Cam, pero el abogado se había quedado inmóvil y mudo, de repente. Nimué, que estaba riendo por algo que le acababa de decir Burke, miró hacia Cam y su risa se quedó congelada, poniéndose tan pálida que Kristel pensó que se iba a desmayar. Se acercó a ella, preocupada:

—¿Te sientes mal? —la mujer asintió, apartando la mirada de Cameron.

—Sí, perdonad —susurró, temblándole la voz—, pero me gustaría volver a mi habitación.

—Por supuesto. —Kristel la abrazó por la cintura, echando una mirada extrañada a Kirby, que las acompañó hasta el pasillo. Preguntó a Nimué si quería que llamaran al médico, pero ella contestó que no era necesario.

—Es solo cansancio, enseguida estaré bien. —Kirby y Kristel se miraron, sabiendo que no era cierto.

Cuando desaparecieron camino de las escaleras, Kirby volvió al despacho. Cam estaba dando vueltas de un lado a otro, esperándolo. Lo miró inquisitivamente, ansioso.

—¿Cómo está?

—¿Te refieres a Nimué?

—Claro.

—No tenía ni idea de que os conocierais.

—Hace muchos años fuimos… amigos.

Kirby se dejó caer en su asiento.

—Siéntate, Cam. Y cálmate, por favor. —El juez se pinzó la nariz deseando haberse ido a Gretna Green con Kristel y haberse casado sin avisar a nadie.

—Si quieres contarnos algo… —Burke estaba deseando enterarse de la historia.

Cam hizo caso a Kirby y se sentó. Cualquiera que lo conociera podía ver que estaba muy afectado.

—Esto es increíble. —Se frotaba la sien derecha, como si le doliera —. Nimué y yo coincidimos hace muchos años en la universidad. Ella era una adelantada a su época, fue la primera mujer que entró en derecho. Tuvo que convencer a los de la junta para que la dejaran hacerlo, pero tenía el apoyo de su padrino, un reputado profesor amigo de sus padres que sentía debilidad por ella. La quería como si fuera una hija. —Kirby lo escuchaba fascinado porque había estudiado en la misma universidad que Cam—. Ella y yo… nos enamoramos, pero le mentí, haciéndole daño. —Se encogió de hombros sin entender, después de tantos años, por qué había actuado así—. Ella dejó la universidad, y nunca más pude volver a acercarme a ella. Lo intenté muchas veces, pero siempre huía al verme, como acaba de hacer —suspiró, sombrío—. Aquella fue la mejor época de mi vida — los miró con cara de sorpresa—, pero ha ocurrido algo que ella desconoce y, ahora, no tiene más remedio que hablar conmigo.

—¿A qué te refieres?

—Hace unos días apareció el cadáver de un anciano vampiro en una de las playas de Sandymount.

—Eso está cerca de Dublín, ¿no?

—Sí, en tren se tarda unos diez minutos, más o menos —suspiró—. Al principio, la policía pensó que se trataba de un vagabundo, incluso estuvieron a punto de enterrarlo en una fosa común, pero ayer me avisaron porque descubrieron que se trataba de Cedric Saint John. —Los dos reconocieron el nombre, pero Kirby se quedó impresionado—. Era el padrino de Nimué. Yo era su abogado y por eso conozco las condiciones de su testamento. Deja una casa que hereda un sobrino, el hijo de su hermana, porque ella murió hace años, pero la heredera de todos los objetos que hay dentro de la casa es Nimué. Mañana, después de llegar a Dublín, iba a escribirle una carta. Pero ya que está aquí, tengo que hablar con ella, Kirby. —Lo miró.

—Cedric me dio clase en la universidad. Era un magnífico profesor —murmuró el juez, sin comprometerse a la petición. No sabía si Nimué querría hablar con él y haría lo que ella quisiera—. ¿Por qué pensaba la policía que era un vagabundo?

—Cuando encontraron el cuerpo, estaba destrozado y no todo era efecto del agua. Debieron de estar torturándolo durante días, puede que semanas, antes de matarlo con un golpe en la nuca. Tenía rotos

casi todos los huesos. —Kirby y Burke se miraron ambos, extrañados.

—No parecía de esos, ¿es posible que estuviera metido en algún lío?

—No, no. Yo lo conocía bien. Trabajé con él durante unos años, después de conseguir el título. Me encargaba de dar las clases en su lugar, para que tuviera tiempo de traducir documentos de la antigua lengua a la actual. Así fue como conocí a Nimué. Cuando empezó a estudiar derecho, venía a mis clases —se calló repentinamente, al ver la expresión de Kirby.

—¡Ahora lo recuerdo! En aquella época estaba considerado como el mayor experto en textos antiguos, a pesar de que eso no tenía mucho que ver con su profesión —murmuró.

—Sí, había estudiado derecho siguiendo la tradición familiar, pero su verdadera pasión era interpretar textos antiguos. Tardó años en revisar y mejorar la traducción de algunos de los pergaminos más antiguos de la ley vampírica; por eso necesitaba que alguien lo ayudara con las clases y me llamó, por si me interesaba el puesto. Por entonces yo no tenía muy claro si quería seguir ejerciendo como abogado y acepté. Cedric era muy apreciado por todos los alumnos y por el resto del profesorado, era una buena persona y estaba totalmente volcado en su trabajo.

—Tiene que ser él… —murmuró Kirby—. Esperad aquí —ordenó. No quería que lo siguieran. Cam y Burke observaron cómo salía, casi corriendo, al pasillo. Subió las escaleras de dos en dos y se dirigió al dormitorio que Kristel y él compartían.

—Soy yo, cariño, ¿puedo pasar? Tengo que hablar con Nimué.

Ella abrió la puerta con una mueca y Kirby se dio cuenta de que la conversación con Nimué no había sido agradable.

—Pasa. —Dejó la puerta abierta y volvió junto a su amiga, que estaba sentada en el banco que Kristel utilizaba para leer junto a la ventana. Se detuvo junto a Kristel, pero miraba a Nimué.

—Siento que no te encuentres bien, pero hay algo importante que debes saber. Deberías bajar a hablar con Cam. —La mujer se estremeció al escuchar ese nombre y rompió su mutismo.

—No quiero verlo. —Destilaba furia por todo su cuerpo y Kristel intercedió.

—Kirby, díselo tú, por favor. Ella no bajará, acaba de decirme que quiere marcharse sin presenciar la boda. Todo por no ver a Cam. —Kirby afinó los labios, contrariado por la tristeza que rezumaba su mujer.

—Está bien. —Cogió la silla que había junto al tocador y se sentó al lado de Nimué—. Siento tener que darte la noticia así. Es sobre un amigo tuyo, alguien a quien tienes mucho cariño: Cedric Saint John.

—¿Qué le ha pasado? —Sus ojos se agrandaron, angustiados. Kirby

retrasó la respuesta inconscientemente, mientras buscaba la mejor forma de decírselo, pero ella se anticipó—: ¿Ha… ha muerto?

—Sí, lo siento mucho. Cam dice que iba a decírtelo cuando volviera a Dublín y comunicarte algunas de las disposiciones de su testamento.

Dos arroyos de lágrimas silenciosas rodaron por las mejillas de Nimué. Kristel le dio un pañuelo que cogió de su tocador y se sentó a su lado, abrazándola por la cintura.

—¿Qué le ha pasado?

—Su cuerpo ha aparecido en una playa, pero no ha muerto ahogado. Alguien lo lanzó al agua después de matarlo. Cuando Cam me ha recordado que conocía la lengua antigua y que era un experto traductor, se me ha ocurrido que podría ser cosa de *La Hermandad.* Que lo hayan utilizado para traducir los pergaminos de Cobh. —Miró a Kristel, que había contenido la respiración al escucharlo.

Kirby no quiso contar a Nimué, al menos de momento, lo de las torturas. Ella lo sorprendió al levantarse, furiosa:

—¿Han sido ellos? —El odio que sentía hacia *La Hermandad* desde el asesinato de Alexander Hamilton, se había recrudecido desde que se había enterado de que habían vuelto a condenar a muerte a Kristel.

—Todavía no lo sé, por eso me gustaría hacerte unas preguntas. Es posible que recuerdes algo que nos haga confirmar si lo obligaron a traducir los pergaminos de Cobh. Baja cuando quieras.

—Voy contigo. Podéis preguntarme lo que queráis. —Kristel intentó detenerla, pero no tuvo ningún éxito y los tres volvieron a bajar. Nimué, algo avergonzada, confesó en voz baja:

—Siento todo esto, Kristel.

—No te preocupes, Kirby y yo sabíamos que este no era el momento perfecto para una boda, pero queremos aprovechar al máximo el tiempo que tenemos juntos.

Kirby, que había ofrecido el brazo a Nimué para bajar por la escaleras, le dijo:

—Si no quieres hablar con Cameron, no es necesario que lo hagas. —Pero ella levantó la barbilla, decidida.

—Haré lo que sea para que esos brutos paguen por lo que han hecho, incluso hablar con Cam. —Se limpió los ojos con el pañuelo y afirmó, con la mandíbula tirante—: Lo que sea.

—Como quieras.

DIECINUEVE

Cuando entraron en el despacho, la tensión se incrementó notablemente, pero nadie dijo nada. Kirby invitó a Nimué a que se sentara frente a él, de manera que no pudiera ver a Cam. Como nadie parecía decidirse a hablar, Burke, dijo:

—Deberíamos pedirle a Killian que hable con sus contactos de la policía. El profesor se merece que descubramos quién lo torturó de una manera tan cruel para después tirarlo, muerto, al mar; aunque todos imaginamos quiénes han sido. —Nimué se estremeció, aunque ya había intuido que el juez le había ocultado parte de los detalles de la muerte de su padrino, para evitarle sufrimientos.

—Cedric tenía una caja fuerte —murmuró con la cabeza agachada. Su voz, ronca y afligida, hizo que el vello de Cam se pusiera de punta.

—¿Para qu é? —Kirby le habló con la dulzura que Kristel conocía y Nimué se encogió de hombros.

—No lo sé exactamente, pero conozco el lugar donde está escondida. Me lo enseñó y me hizo recitar la clave. Quería asegurarse de que yo sería la encargada de abrirla, si él moría.

—¿Podría haber dentro algo que incriminara a *La Hermandad*? —la pregunta de Kristel nacía del deseo, pero todos habían pensado lo mismo.

—No lo sé. No sé lo que hay dentro.

—Alguien tiene que ir a abrirla —propuso Burke. Kirby estuvo de acuerdo.

—Si me dices dónde está y la clave… iré yo. —Cam se ofreció humildemente. Haría lo que fuera por ella.

—No. Iré yo —contestó ella, indignada porque se atreviera a hablarla.

—No puedes ir sola —terció Kirby.

—Pues que me acompañe otro. —En ese instante, el juez vio de dónde venía la tozudez de Kristel. Y, al igual que le ocurría con su mujer, sabía que no servía de nada ponerse igual de testarudo que ella.

—Si no puedes ir con Cam, yo te acompañaré. Pero tendrá que ser después de la boda —sugirió intentando no mirar la cara de decepción de su mujer.

Nimué se quedó boquiabierta, pero reaccionó enseguida.

—¡Por supuesto que no! ¡No puedes dejar a Kristel sola el día de su boda! —Kirby se encogió de hombros, pero no dijo nada. Había aprendido a utilizar el silencio como un arma hacía mucho, y Nimué cedió.

—Está bien. ¡Pero no puede hablarme en ningún momento! —indignada, se levantó y salió del despacho. Kristel la siguió, lanzando antes a su futuro marido una mirada con la que le decía que bajaría enseguida.

***

Kristel llevó a Nimué a su habitación y la dejó acostada.

—Subiré dentro de un rato para ver cómo estás.

—Pero avísame para la cena.

—Claro que sí. No te preocupes. —Le dio un beso y se dirigió a su dormitorio.

Allí se cambió, poniéndose el vestido de lana color granate que tanto le gustaba a Kirby y se dejó suelto el pelo. Cuando terminó, entró a ver a Nimué. Seguía acostada, pero tenía los ojos cerrados. Cerró la puerta sin hacer ruido, esperando que pudiera dormir un poco antes de la cena. Y bajó al despacho. A Kirby, Cam y Burke, los acompañaban el resto de los *Cuatro Legendarios*. Todos se levantaron respetuosamente cuando entró.

El primero en acercarse a saludarla fue James MacKenna. Era el dueño de varios periódicos, incluidos los que tenían más tirada en Dublín y Londres. Besó su mano con una sonrisa asomando en sus ojos azules:

—Mi más sincera felicitación, Kristel.

Niall Collins, conde de Sheffield, solo inclinó la cabeza ante ella, poco acostumbrado a tocar a la gente. Era algo que no le gustaba hacer desde niño debido a su albinismo. Kristel ya lo conocía, por el club Enigma, y le respondió con una sonrisa e idéntica inclinación de cabeza. Por último, un coronel retirado al que todos ellos llamaban Dagger, también besó su mano deseándole en voz baja que fuera muy feliz.

—Siéntate un momento, cariño. —Kirby colocó una silla a su lado y ella se acomodó, mirando a los invitados de frente—. Estábamos hablando de la extraña muerte de Cedric. Y de lo que puede significar.

—Parece que estaban desesperados por conocer el significado de los pergaminos. —La preocupación era palpable en los rostros de todos, pero el que hizo la observación fue James Mackenna. Siempre estaba muy bien informado y solía colaborar con Killian pasándole todas las informaciones que pudieran interesar a *La Brigada*—. Lo que es muy preocupante ahora que sabemos lo que contienen. —Burke tenía una duda.

—¿Sabías lo que le había ocurrido al profesor Saint John? —Mackenna asintió, pasándose la mano por el alborotado pelo castaño.

—Lamento decir que sí, incluso envié a uno de mis reporteros para

escribir un artículo. Pero, aunque me avergüenza confesarlo, en ningún momento se me ocurrió que pudiera haber sido víctima de esos animales.

Se levantó, nervioso, y anduvo hacia la puerta. Todos conocían su carácter impulsivo, muy parecido al de Burke, aunque este, quizás por ser algo mayor, se solía controlar un poco mejor

—¡Joder, qué estúpido soy! —Se apoyó contra la pared con los brazos cruzados y el enfado chispeando en su mirada. Kirby decidió reconducir la situación.

—Esto demuestra que es más importante que nunca que informemos a Killian sobre cualquier cosa inusual. Da igual que la veamos nosotros o que nos hablen sobre ella. Killian no llegará hasta mañana, ha preferido quedarse a pasar la noche, por seguridad, en casa de Gale.

—¿Vienen todos?

—Sí, Killian y Gabrielle; Cian y Amélie; y Gale y Brianna.

—No recuerdo otra época tan dura como esta, en ningún momento de la historia, en la que las mujeres fueran el objetivo de los criminales más salvajes de la sociedad. Es inaceptable y lucharemos contra ellos hasta la muerte —Dagger se dirigió a Kristel y ella se emocionó.

—Gracias, Dagger.

—Kristel, ¿sabes cuándo se va a poner en práctica la supuesta reencarnación? —Solo Burke podía preguntar algo semejante con una mueca burlona, como si tuviera mucha gracia.

—Burke, no seas bruto —le regañó Niall, que era el más estirado del grupo y lo miró entrecerrando sus ojos rojizos (ese era su color habitual). Burke arqueó una ceja en su dirección, pero no le contestó, siguió mirando inquisitivamente a Kristel.

—Falta algo más de un año.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tiene que ser un veintinueve de febrero.

—El año que viene es bisiesto —murmuró Burke, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta.

—Exacto —corroboró Kirby.

***

Finalmente, Nimué le había pedido que no se enfadara si no acudía a la cena la noche anterior y Kristel había accedido. A cambio, cuando Kristel volvía de ducharse, se la había encontrado en el pasillo, esperándola.

—Quiero estar todo el tiempo que pueda contigo. Compartiendo este día. —Kristel no contestó, solo le hizo un gesto. Esa mañana

lloraba por todo.

La doncella había venido un rato antes para peinarla con un recogido, por lo que, cuando Nimué la ayudó a ponerse el vestido azul de inspiración medieval, casi estuvo lista.

—¡Estás preciosa! —Estaba orgullosa—. ¿Vas a llevar velo?

—No, no me gusta. Me han hecho una diadema de flores, pero está en la cocina, metida en agua para que no se estropee.

—¿Quieres que baje a por ella? —Cuando iba a contestar, llamaron a la puerta.

—Adelante. —Kristel sonrió al ver que eran Amélie y Gabrielle. Esta última parecía algo más pálida y delgada de lo habitual, pero su sonrisa cariñosa era la de siempre. Se levantó para saludarlas.

—¡Habéis venido! —Durante el tiempo que había trabajado en el club, había cogido mucho cariño a Amélie, pero Gabrielle era tan dulce y amable, que agradaba a todo el mundo. Las abrazó, agradecida.

—¡Con lo lejos que estamos! ¡Muchas gracias por venir!

—No nos lo habríamos perdido por nada del mundo. ¡Seguramente será el único momento en la historia en el que veremos llorar al juez Richards! —Todas rieron y Kristel se volvió hacia su otra amiga, recogiéndose la cola del vestido para poder hacerlo.

—¿Conocéis a Nimué?

—Solo por lo que tú me has hablado de ella. —Amélie se anticipó dándole dos besos en las mejillas—. Encantada de conocerte. —Mientras Gabrielle la saludaba, Amélie se volvió hacia Kristel, susurrando:

—¿Cómo estás? —Ella inspiró hondo, intentando alejar las lágrimas que continuamente amenazaban con llenar sus ojos—. ¿Qué tal fue la transformación? —Kristel, antes de conocer a Kirby, le había dicho que era algo que no se creía capaz de hacer. Tenía mucho miedo.

—¿Cómo sabes que ya la hemos hecho?

—Cuando pase algo de tiempo, tú también notarás esas cosas. Tus sentidos se irán agudizando, incluso algunos que ahora mismo ni siquiera sabes que posees.

—Todo fue muy bien. Casi no sentí nada, debe ser por tener la sangre mezclada —susurró sin darse cuenta de la mueca que hizo su amiga al escuchar cómo se refería a ella misma—, y en cuanto a cómo estoy… me encuentro muy nerviosa y, a la vez, tremendamente feliz.

—Ya se ve. Con tu sonrisa se podría iluminar la calle —bromeó—. Entonces, imagino que ya no estás en contra del matrimonio. —Kristel agrandó los ojos y luego los entrecerró.

—¡Eres una bruja! Recordarme eso ahora… —Amélie la observaba con expresión burlona.

—No he podido evitarlo —rio, divertida—, después de escucharte

tantas veces hablando sobre la liberación de la mujer, diciendo que la institución del matrimonio estaba caduca… —Kristel se tapó los oídos.

—¡Está bien, está bien! ¡Me rindo! Tienes razón —reconoció—. Ahora veo que el miedo hablaba por mí y que, si me caso, puedo seguir luchando por lo que creo igual que antes.

—Entonces, estamos de acuerdo.

Llamaron a la puerta y Gabrielle abrió. Era Devan, su padrino.

—¡Estás preciosa! —Sonrió, acercándose a darle un beso en la mejilla.

—Tú sí que estás guapo, ¿cuándo has llegado? —Él se encogió de hombros. Llevaba un traje de chaqueta azul oscuro muy elegante.

—Hace un rato, pero he tenido que cambiarme. Lo siento, pero no podía dejar el club. Ya sabes… —Le había pedido que viniera a la cena de la noche anterior, pero entendía que no hubiera podido.

—No te preocupes. Tenía miedo de que no pudieras venir.

—¿Qué dices?, ¿y perderme esto? ¡Ni de broma! Ahora en serio, me envían a decirte que puedes bajar cuando quieras —su sonrisa le dijo que se le había ocurrido alguna maldad—, pero yo creo que deberíamos hacerlos esperar un rato, el novio todavía no ha sudado lo suficiente.

Se giró hacia el resto de las damas para decirles lo guapas que estaban. Kristel escuchaba la animada conversación sin prestar atención mientras cogía el anillo de compromiso y se lo ponía en el dedo anular de la mano izquierda. Después de un profundo suspiro, dijo en voz alta:

—Yo me voy. Vengáis o no. —Devan casi tuvo que correr para sujetarla por el brazo.

—Espera, primero que bajen ellas y que avisen de que enseguida lo haremos nosotros. —Sus amigas salieron rápidamente, después de lanzar a la novia sus mejores deseos y varios besos aéreos. Kristel estaba muy nerviosa y Devan la miraba fijamente.

—Kristel, disfruta de esto. Ya vendrán tiempos en los que tendremos que luchar por aquello en lo que creemos, pero hoy es tu día y el de tus amigos, los que nos alegramos de corazón por todo lo bueno que te pasa. —La barbilla de Kristel tembló—. No se te ocurra llorar, no quiero que te tropieces y me arrastres por las escaleras. Llora todo lo que quieras después, cuando estés ante Kirby y Killian.

—Qué raro se me hace que nos case Killian.

—Ya, pues empieza a ser una costumbre que case a sus amigos. —Recordaba la boda de Gale y le cogió de las manos—. ¿Estás preparada?

—Sí.

—Estoy muy feliz por ti, Kristel.

—Gracias. —Más tranquila, lo besó en la mejilla—. Vamos allá.

El muy malvado insistió en contarle un chiste tras otro mientras bajaban lentamente las escaleras, aunque ella lo miró de mala manera instándole a que no lo hiciera. Pero gracias a Devan, cuando llegó ante Kirby, no había rastro de lágrimas en su mirada. Después de besar el dorso de su mano derecha, Devan susurró:

—Sed felices, por favor.

Los novios se miraron a los ojos y no dejaron de hacerlo durante toda la ceremonia. Apenas hablaron, lo justo para contestar las preguntas de Killian.

Gale observaba, profundamente sorprendido, la transformación de Kirby con la mano derecha entrelazada a la de Brianna, que lucía una incipiente barriguita. Gabrielle, junto a Amélie y Cian, estaban a su lado, asistiendo a la ceremonia, y junto a ellos estaban Helen y Murphy Richards, los padres de Kirby. Su madre era rubia, alta y esbelta, y su padre era muy alto y moreno. Fenton, algo alejado de todos, simulaba prestar atención a la ceremonia, aunque en realidad no podía dejar de pensar dónde estaría Ariel y si su vida correría peligro.

La ceremonia fue corta y emotiva y, cuando terminó, la primera en felicitar a la novia fue la madre de Kirby. Era una vampira muy bella. Su pelo dorado estaba lleno de canas y lo llevaba recogido en un moño similar al de Nimué. Pero fueron sus ojos, dorados y tristes, los que hicieron que Kristel se estremeciera, recordando la desaparición de su hija. La abrazó con cariño pensando en cuánto debía haber sufrido desde aquel momento.

—Hija, no hemos podido hablar en todo el día. Solo quería darte las gracias por hacer tan feliz a Kirby. —Se inclinaba para hablar junto a su oído ya que era más alta que ella—. Siempre te estaré agradecida por eso. —A Kristel se le humedecieron los ojos—. Desde hoy eres parte de nuestra familia. Ahora tengo dos hijas —susurró, mientras algunas lágrimas caían por sus mejillas. Helen se separó suavemente de Kristel, y le limpió los ojos con un pañuelo que sacó de su manga, luego, dijo en voz alta:

—Te he traído un ábaco, es mi regalo personal para ti. Perteneció a Cleopatra y lo tengo en la más alta estima. Por lo que mi hijo me ha contado sobre ti, creo que lo apreciarás.

—Por supuesto —graznó Kristel, mientras se sonaba—. Muchas gracias. Venga conmigo, Helen, le presentaré a los demás. —Todos sus amigos esperaban respetuosamente a que la novia y su suegra terminaran de hablar, para poder felicitarla.

—Tutéame, por favor, ¡eso de hablar de usted ya no se lleva!

***

Un rato después, Alfred les dijo que podían pasar al comedor. Antes de entrar, Fenton hizo una seña a Killian para avisarlo de que tenía que hablar con él. El juez murmuró algo en el oído de Gabrielle que asintió y entró sola. Killian caminó hacia Fenton que seguía cerca de la puerta de la entrada.

—¿Hace mucho que has llegado? Tu hermano decía que irías ayer a vuestra casa.

—No he podido venir antes. —Parecía agotado. Killian nunca lo había visto así.

—¿Qué ocurre?

—No ha aparecido. —El juez frunció el ceño ante la preocupante noticia—. Solo ha enviado una nota con una florista que suele vender flores cerca de la casa de Dixon.

—¿Qué decía la nota? —murmuró el juez.

—Que sentía no poder venir a la cita, pero que estaba bien. Y que no podía explicarme nada más por si interceptaban el mensaje. Aunque estoy seguro de que sabía que iba a interrogar a la florista.

—¿Y qué has averiguado?

—Que una anciana sirvienta le había dado una libra a cambio de traerme el mensaje, y yo le dije que le daría otras cinco a cambio de información. —Hizo una mueca al ver la expresión de Killian—. Ya sé que fue una locura, pero necesitaba saber lo que había pasado. Cuando le pregunté si había sabido algo más de la anciana, que los dos sabemos que era Ariel, me dijo que poco después la vio salir de casa junto con una joven muy bien vestida. Iban escoltadas por varios hombres que cargaron muchas maletas en un carruaje al que subieron las dos. Luego se marcharon, los hombres cabalgaban a caballo a los costados del carruaje. Confesó que lo había visto todo desde lejos, pero no tengo dudas de que me ha dicho la verdad.

—Ya veo.

—Acabo de llegar hace unos minutos, pero no puedo quedarme. Me marcho ahora mismo para intentar averiguar algo más. —Esperaba que Killian se negara y le sorprendió que no lo hiciera—. He preguntado por los alrededores de la casa de Dixon, y nadie parece saber dónde han ido. Ni siquiera creo que Ariel lo supiera, si no, estoy seguro de que habría buscado la forma de decírmelo. —Esperó, pero Killian seguía callado, mirándolo muy serio. Fenton esperó, impaciente, hasta que el juez se decidió a hablar:

—¿Sabes por qué tienes tanto interés en ella?

—¿Qué quieres decir? —Killian compuso una mueca burlona al darse cuenta de que Fenton respondía con sinceridad. Su expresión le decía que no sabía nada. Y todavía lo convenció más su contestación.

—Es una agente, una compañera que puede estar en apuros. Tenemos la obligación de ayudarla —Killian asintió, porque estaba de

acuerdo, pero se veía una chispa de interés en la mirada que Fenton no entendió.

—Avísame si necesitas algo, y buena suerte. —Se abrazaron rápidamente—. ¿Has saludado a tu hermano? —Fenton compuso una cara de cansancio.

—Sí. Me ha dicho que no me sermoneaba porque me veía muy cansado, pero que hace casi dos meses que no me veía. Y tiene razón. —Los dos hermanos siempre habían estado muy unidos—. Mi sobrino nacerá dentro de poco y no me perdonaría no estar a su lado cuando ocurra. —Se pasó la mano por la cara, intentando despejarse.

—Tienes que dormir antes de volver a Dublín.

—No puedo. Necesito saber si está a salvo. —La angustia en su mirada hizo que Killian se mordiera la lengua y aceptara su marcha. Sin pensarlo, se acercó para darle un último abrazo y murmurar junto a su oído:

—Ten mucho cuidado. Coge a alguien de confianza para que vigile la casa, pero no aparezcas más por allí. No podemos permitirnos echar a perder la única fuente de información fiable que tenemos.

—De acuerdo. —Se apartó de él—. Te mantendré informado. —Killian inclinó la cabeza en silencio y observó cómo se marchaba. Luego, escuchó las ruedas de su carruaje rodando sobre los adoquines de la calle.

Con un suspiro, se volvió hacia el comedor, pero, a medio camino se encontró a Gale, que lo esperaba con cara de pocos amigos.

—¿Y mi hermano? —Estaba furioso.

—Ya se ha marchado. —Antes de que pudiera decir nada, Killian puso la mano en su antebrazo—. ¿Recuerdas lo que hablamos anoche acerca de Ariel y de cómo creía que había impresionado a Fenton? —Gale asintió con cara de extrañeza—. Pues ha desaparecido.

—¿Tú también vas a marcharte? Si quieres, Gabrielle puede quedarse con nosotros. Ya sabes lo segura que es la finca.

—Te lo agradezco, pero no puedo. Es mejor no llamar la atención y Fenton es el mejor investigador de *La Brigada*. Yo no lo haría tan bien como él. —Gale se quedó mudo, con la mirada fija en la puerta por la que acababa de marcharse su hermano pequeño. Killian le puso la mano en el hombro—. Anda, vamos. Disfrutemos del momento, me temo que se avecinan tiempos en los que va a ser difícil que podamos reunirnos todos por un motivo tan feliz como este.

Gale asintió y juntos entraron al comedor siendo recibidos por una algarabía de conversaciones, en las que se mezclaban las voces de todos los asistentes. Burke se levantó golpeando su copa de *champagne* con una cuchara para que todos lo escucharan, y dijo, haciendo una seña a la orquesta:

—¡Ha llegado el momento del primer baile de los novios!

Kirby se levantó y ayudó a una ruborizada y feliz Kristel a hacer lo mismo y la llevó al centro del salón. Los sirvientes habían despejado la habitación para dejar espacio suficiente para el baile. Los novios esperaron hasta que sonaron los acordes de un romántico vals y empezaron a bailar mirándose a los ojos. Los minutos transcurrieron tan rápidos como segundos mientras se movían de un lado a otro de la pista, igual que habían hecho en las últimas clases que Kirby le había dado.

—Señor Richards. —Kirby arqueó una ceja, expectante—. Me gusta mucho bailar contigo. Tendremos que hacerlo a menudo.

—Cuando tú quieras, señora Richards. —Todos los invitados escucharon la carcajada de felicidad de la novia y aplaudieron felices. En ese momento, según la costumbre, los padres del novio, por un lado, y Nimué con Devan, por otro, los acompañaron en la pista.

Murphy le pidió a su hijo que intercambiaran las parejas.

—Hijo, ten piedad, tu madre está tan contenta, que no deja de parlotear. Me duele mucho la cabeza, déjame bailar con mi nuera una pieza. —Kristel rio al ver que todo era una pantomima organizada por la madre de Kirby, que quería que ella y su marido hablaran.

—Está bien, pero solo lo que dure este vals —concedió. Besó a su mujer en la frente y, cogiendo a su madre por la cintura, comenzó a bailar con ella.

—Helen y usted bailan muy bien. —Su suegro siempre parecía estar sonriendo.

—Siempre nos ha gustado bailar y lo hemos hecho mucho. Kirby, sin embargo, siempre ha sido muy serio. Jugaba solo, no tenía amigos, creímos que nunca se casaría… Cuando nos habló de ti, se lo dije a Helen: se casará con esa chica.

—¿Les había hablado de mí?

—¡Claro, hija! La misma semana que volvió de Dublín, nada más conocerte, estuvimos comiendo con él y vimos que lo habías dejado impresionado. Como nos has deslumbrado a nosotros.

Poco a poco, el resto de las parejas empezaron a bailar y los novios volvieron a la mesa y se sentaron. Nimué, que estaba desaparecida desde hacía unos minutos, se acercó a ellos y Kristel se dio cuenta, nada más verla, de que venía a despedirse.

—Ya nos vamos. —Los novios se levantaron y ella abrazó primero a Kirby—. Cuídala —ordenó, muy seria.

—Siempre —juró, el juez—. ¿Dónde está Cam? —Rígida, Nimué señaló hacia la puerta, donde la esperaba el abogado. Kirby caminó hacia él dejando a las mujeres a solas, para que se despidieran.

Cam estaba pálido. Nimué y él habían salido juntos del salón al terminar la comida. Kirby los había visto y estaba seguro de que iban a hablar antes de marcharse, seguramente para acordar los términos

del viaje, pero el más afectado parecía el abogado.

—¿Cómo estás? —Intuía que, fuese cual fuese el error de su amigo, lo había pagado con creces. No había más que ver su cara en ese momento.

—Bien, no te preocupes. —Siguió mirando hacia Nimué—. Kirby, no dejes que nada os separe. Hay errores que nunca se pueden arreglar.

—Lo siento, Cam. Ojalá las cosas fuesen de otra manera.

—Sí, ojalá —Nimué y Kristel caminaban hacia ellos—, pero ahora mismo solo aspiro a que no nos matemos por el camino.

Los acompañaron a la salida y después de que su carruaje partiera, Kirby agarró a su mujer de la mano y se dirigió hacia la parte derecha del jardín, donde no había nadie.

—¿Qué haces? —Él siguió andando hasta esconderse tras un gigantesco magnolio. Haciendo que Kristel apoyara la espalda sobre el árbol, la besó, robándole el aliento y metiendo la lengua en su boca apasionadamente. Ella se abrazó a su cuello y respondió al beso con la misma pasión que él le mostraba. Cuando se separaron, quiso tranquilizarlo.

—Estoy bien. Solo me hubiera gustado que se quedara un poco más.

—Cariño, cuando nos dijo que Cedric tenía una caja fuerte oculta y que ella conocía la combinación, poco me faltó ir yo mismo a ver qué hay en la dichosa caja. Podría ser algo que aclare si *La Hermandad* está detrás de su muerte. Y tenemos que saberlo.

—Lo sé. —Intentaba sonreír, pero no podía.

—Kristel, tenemos la suerte de tenernos el uno al otro y, pase lo que pase, lo afrontaremos juntos.

—Te quiero.

—Y yo. Siempre. Mi velisha.

Se inclinó sobre ella y volvió a besarla con las manos en su cintura, y los rayos de la luna que se colaban entre las hojas del magnolio, acariciaron sus cuerpos.

FIN

Agradecimientos ¡Hola!

Soy Margotte Channing. Antes que nada, muchas gracias por escoger mi libro y, si te ha gustado, la información que hay a continuación te interesa: Te invito a que te apuntes a mi newsletter. Todas las semanas suelo enviar un correo con un link, con el que te podrás descargar gratis una de mis novelas. También comento algunas cosas interesantes sobre la novela que estoy escribiendo en ese momento, que será la siguiente que publique, información que solo podrás tener si eres parte del grupo.

Debajo te dejo un enlace a mi página web, donde puedes apuntarte si te interesa y recibir el próximo correo con una novela gratis de regalo: https://www.margottechanning.com/novelagratis Muchas gracias por tu apoyo y cariño.

Un besito,

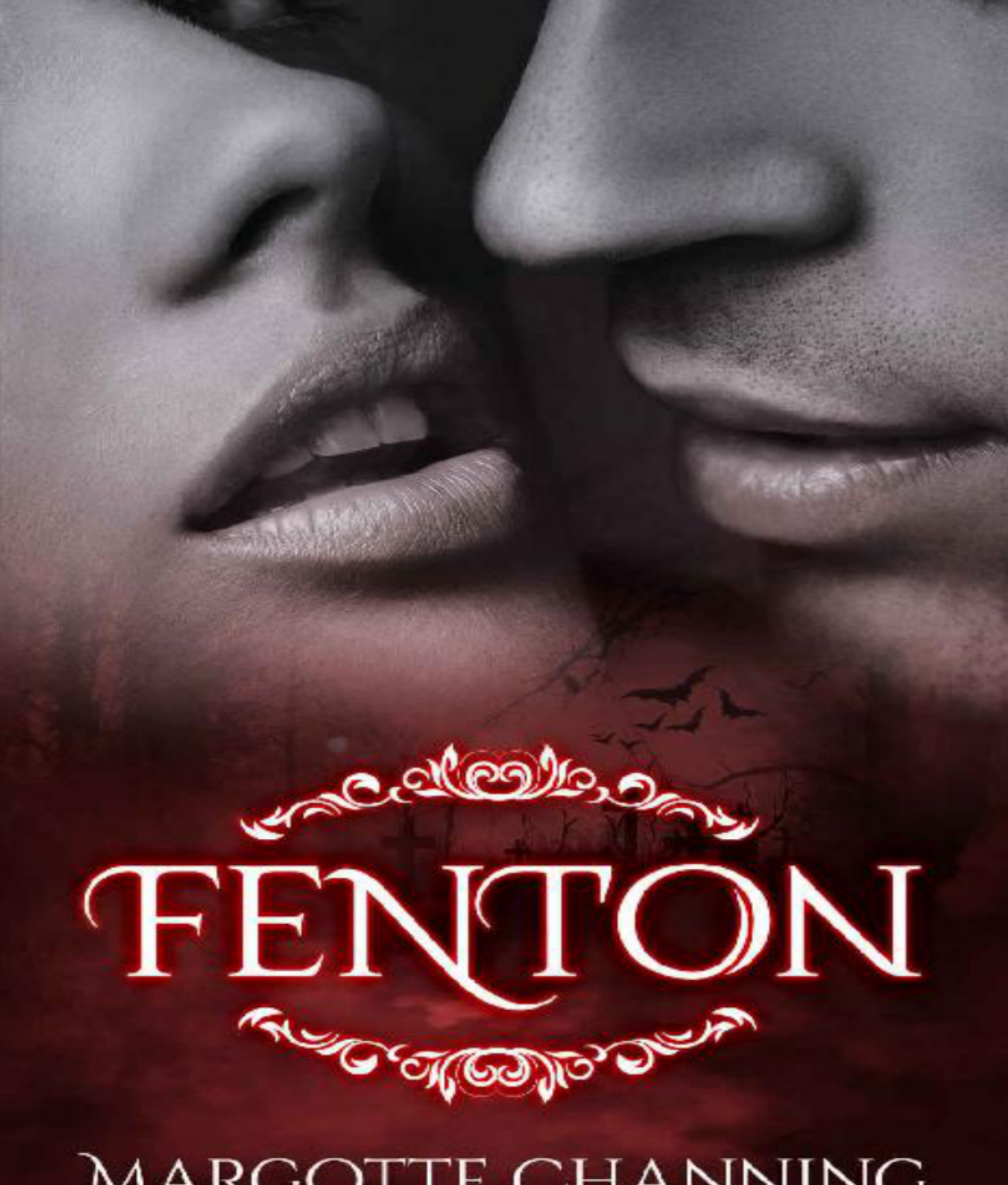
Acerca del autor

Margotte Channing nació en Madrid, ciudad en la que vive con sus dos perros, Nala y Bob. Durante muchos años trabajó en un banco, aunque su sueño siempre fue ser escritora. Un día, hace tres años, decidió hacer caso a su corazón y lo dejó todo para dedicarse por completo a su gran pasión. Tras publicar 36 novelas, muchas de las cuales han sido best-sellers en Amazon, se siente feliz y agradecida a sus lectores gracias a los que puede seguir haciendo lo que más le gusta: tejer historias capaces de hacer soñar.

WWW.MARGOTTECHANNING.COM



www.margottechanning.com
margottechanning@gmail.com


FENTON
MARGOTTE CHANNING

FENTON

Una Historia Romántica de Vampiros en la época Victoriana

Margotte Channing



Índice

Consejo de Eruditos de Baddlevam

(Extracto de los escritos que se encuentran en la biblioteca del club Enigma de Dublín)

«… Recientemente hemos certificado el caso de un acoplamiento producido entre un vampiro y una hembra humana, por lo que podemos confirmar que la posibilidad de que ciertas mujeres puedan ser las compañeras de algunos machos de nuestra especie, no es una leyenda.

En los escritos antiguos a estas mujeres se las llamaba *velisha** y según los pergaminos de Naghar, en sus manos se encuentra la salvación de los machos que han perdido las ganas de vivir. Son, además, la única posibilidad de que vuelva a haber niños en nuestra sociedad.

Para que una humana se convierta en una de los nuestros, el vampiro y ella deben realizar el siguiente ritual: aparearse tres veces durante la misma noche y, en cada una de las tres ocasiones, ambos tienen que beber de la sangre del otro. Solo entonces se producirá la transformación, aunque normalmente la transición será dolorosa y durará varias horas.

Los Eruditos de Baddlevam estaremos pendientes por si se produce un nuevo acoplamiento entre miembros de las dos especies, ya que esa parece la única vía para la supervivencia de todos».

**Velisha*: en el idioma antiguo significa pequeño milagro.

Capítulo 1

7 *de diciembre de 1886*

Residencia oficial de Joel Dixon

ARIEL AGUANTÓ acostada y sin moverse esperando a que todos se durmieran, al menos una hora, hasta que estuvo segura de que el maldito mayordomo se había acostado y, solo entonces, volvió a levantarse. Por si acaso, colocó su vieja capa y un par de faldas debajo de las sábanas de forma que parecieran un cuerpo, aunque el engaño solo soportaría un rápido vistazo y siempre que no hubiera luz. Su dormitorio, del que salió descalza, estaba junto a la cocina como los de los demás criados, excepto el de Sanderson que dormía en el ático. Subió los escalones de madera de la escalera lo más despacio que pudo pensando que todos escucharían los ligeros crujidos que provocaba, pero no debía de ser así, porque nadie se levantó a ver qué ocurría. Cuando llegó frente a la puerta del dormitorio de Violet, la abrió silenciosamente y entró.

Se quedó observándola durante un momento, sintiendo en el alma lo que tenía que decirle. Nada más enterarse de todo, había pensado huir con ella y perderse en la oscuridad de la noche, pero había dos hombres en la puerta delantera y dos en la trasera que las detendrían antes de poder poner un pie en la calle. El verdadero *Maestro* no consentiría que su tesoro más preciado, la inocente muchacha que dormía apaciblemente ante ella, se le escapara de entre los dedos. Decidida, se acercó a la cama y la llamó con un susurro:

—Violet, despierta. —Ella arrugó la frente, pero no abrió los ojos. Se inclinó un poco más sobre ella y tocó su cabeza suavemente—. Vamos, despierta, es importante. Tenemos que hablar. —Abrió los ojos y se la quedó mirando, algo asustada porque la despertaran a esas horas.

—Betsy —murmuró con voz pastosa por el sueño—. ¿Pasa algo? —La supuesta anciana asintió y se sentó en la cama. Estaba agotada por haber estado trabajando durante todo el día limpiando, tanto, que se había quedado dormida en el suelo, mientras cotilleaba la

conversación del supuesto dueño de la casa con su supuesto mayordomo.

—Sí, algo muy grave. Siéntate, por favor. —Al menos, Violet y ella habían forjado una buena amistad durante los últimos meses; si no fuera así, sería imposible que creyera lo que iba a decirle. La muchacha obedeció en silencio y se sentó apoyando la espalda en el cabecero de su cama. Ambas se observaron durante unos instantes mientras Ariel buscaba las palabras adecuadas.

Violet tenía un precioso pelo castaño dorado que le rodeaba los hombros y le llegaba hasta la cintura, y unos increíbles ojos dorados, semejantes a los de una leona. Sacudiendo la cabeza, Ariel volvió a la realidad. No tenían demasiado tiempo.

—¿Te acuerdas de lo que estuviste preguntándome hace unos días? —La muchacha meneó la cabeza, sin saber a qué se refería—. Sobre tu padre… —Violet entonces hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, ahora me acuerdo. Te preguntaba si todos los padres eran como el mío…

—Me confesaste que, a veces, no sentías que fuera tu padre. —Ariel lo sentía, pero la vida de las dos estaba en juego y era muy importante que supiera la verdad, por eso continuó—: Eso es porque no es tu padre.

—¿Qué quieres decir?

—Eso, que no sé en qué familia naciste, pero no eres hija de Joel Dixon. —Los ojos de la muchacha, agrandados por el horror, la miraban fijamente como si dudara de su cordura. Ariel alargó una mano conciliadora—. Para que lo entiendas todo y creas en mí, te explicaré como lo sé, pero antes, debes saber que voy a contarte algo con lo que pondré mi vida en tus manos. Solo te pido que me escuches.

—De acuerdo —susurró Violet.

—Es más rápido si lo ves. No te asustes.

Después de unos segundos de indecisión, Violet asintió y la falsa Betsy tiró de los lóbulos de sus orejas despacio, pero firmemente, hasta quitarse las prótesis que las cubrían haciéndolas mucho más grandes y acordes a una mujer anciana. Ante la mirada atónita de Violet que se había quedado boquiabierta, hizo lo mismo con la falsa nariz, las bolsas de debajo de los ojos y la doble papada con varios pelos incluidos. Estaba quitándose las cejas canosas cuando confesó:

—Tengo más postizos alrededor del cuerpo para parecer más gorda de lo que soy.

Violet preguntó lo primero que se le ocurrió después de ver las facciones juveniles que ocultaban tanto maquillaje.

—Pero ¿por qué querías parecer una anciana? —Había llegado el momento de la verdad. Ariel solo tenía dos posibilidades, confiar en

ella o huir como pudiera, pero durante esos meses de vigilancia había cogido cariño a aquella muchacha.

—Era la única manera de entrar en esta casa. Como criada. Y para que no sospecharan de mí, tenía que hacerme pasar por una anciana. Así parecía más inofensiva.

—¿Todo por trabajar aquí? —A Ariel no le extrañaba que le pareciera increíble, porque no era un sitio con el que nadie soñara con trabajar. El puesto de criada para todo, el más humilde que era el que ocupaba Ariel, estaba pésimamente pagado y significaba que era la última en el escalafón de los sirvientes. Además, Sanderson, que era quien mandaba sobre los criados, y sobre todos los demás como había descubierto esa misma noche, era un vampiro arrogante e insoportable.

—En realidad, sí. Pero no por el sueldo, sino porque quería saber lo que se tramaba en la casa. —Violet se echó hacia atrás y en su mirada apareció por primera vez desde que la conocía, la desconfianza. Ariel, decidida a todo por salvarla, se inclinó hacia ella y le pidió, levantando la palma de la mano hacia ella en actitud suplicante

—: Violet, escúchame. He visto lo que haces, cómo lees a las personas; hazlo conmigo, por favor.

—No… —Se asustó e intentó negarlo—. No sé a qué te refieres.

—No es nada malo. Confía en mí. —Acercó aún más su mano a ella, ofreciéndosela. La muchacha la miró a los ojos durante unos segundos más y lo hizo. Cogió su mano con la izquierda y posó la palma de la derecha encima. Así, pudo acceder a sus recuerdos…

~

MEGAN CAMPBELL CAYÓ de rodillas al suelo después de leer el telegrama enviado por el Gobierno británico. En él le comunicaban que su cuñado Wilson Cox, su hermana y su querida Maggie, la única sobrina que tenía y que solo contaba con doce años, habían sido asesinados por *La Hermandad.* En ese momento solo había en la casa con ella una doncella que se quedó mirándola sin saber cómo consolarla. Megan estuvo llorando durante días, creyendo que se volvería loca, sin entender que alguien asesinara a una niña de doce años, por el motivo que fuera y que, semejantes desalmados la hubieran dejado de un solo plumazo, sin nadie en el mundo. Sus padres habían muerto cuando eran jóvenes y su hermana Annabelle, mayor que ella, la había criado. Después de la tristeza, llegó la rabia y, luego, la necesidad de venganza, de ahí que se decidiera a visitar a Killian para ofrecerle sus servicios. Recordaba perfectamente su cara de incredulidad y después, de conmiseración cuando le dijo lo que quería. Todo ocurrió en su despacho.

Despacho del magistrado de la Zona Norte
Killian Gallagher, seis meses antes…
—Siéntese, por favor, señorita Campbell. —Ella obedeció, haciéndolo en la silla que había frente a él. Solo entonces, el juez volvió a sentarse demostrando su caballerosidad.
—Gracias, juez Gallagher.
—Killian, por favor. —Ella aceptó apearle el tratamiento con un murmullo—. Antes que nada, permita que le dé mi más sincero pésame. Desgraciadamente conozco, por una persona muy cercana, el dolor que la destrucción de *La Hermandad* provoca —ella asintió en silencio y él esperó a que dijera algo, pero como no lo hizo, continuó —: Stevens me ha dicho que necesitaba usted hablar conmigo. —La observaba con aire paciente.
—Sí. Como usted ha dicho, el crimen cometido contra mi familia ha sido atroz y el dolor que me ha producido inconmensurable, y durante las primeras semanas no podía parar de llorar, pero desde unos días, he encontrado un objetivo que es lo único que hace que me levante por las mañanas. —Hizo una pausa y respiró hondo—. Quiero que los asesinos de mi familia paguen por lo que hicieron; llevo casi un mes dedicada a planear cómo conseguirlo y mientras lo hacía, he descubierto que los miembros de *La Brigada* son los únicos que se atreven a enfrentarse a los agentes de *La Hermandad*. Y vengo a ponerme a su disposición. —Decir que Killian estaba atónito, era quedarse corto. Carraspeó, antes de preguntar:
—¿Puedo preguntar por qué me lo dice a mí?
—En alguna ocasión, escuchando a mi cuñado, deduje que usted dirige *La Brigada;* también que intentan mantenerlo en secreto, aunque me da la impresión de que es un secreto a voces.
—Eso no explica qué pretende de mí, si de verdad tuviera algo que ver con ese… grupo. —Ella ladeó la cabeza y lo miró.
—Vengo a ofrecerme como miembro. Haré lo que sea, lo que haga falta —insistió— para convertirme en agente y ayudar a terminar con esos asesinos.
Aunque solo fuera por ver el rostro de estupor del juez, pensó que había merecido la pena hacerle esa visita.

~

SÚBITAMENTE, Violet apartó su mano, interrumpiendo la comunicación y provocando que Ariel parpadeara volviendo a la realidad. Cuando se dio cuenta de lo que había pasado, susurró:
—Ha sido como volver a vivirlo, ¿siempre es así? —Violet negó con la cabeza.

—No. En la mayoría de las veces tengo que disimular para que no se den cuenta de que estoy metiéndome en sus recuerdos, pero como tú estabas de acuerdo… —La miró, fijamente—. ¿Te he molestado? —Su preocupación hizo sonreír a Ariel.

—No, no es molesto. Es… curioso.

—Lo que he visto es increíble. Entonces, ¿eres una agente de ese grupo… *La Brigada*? Pero ¿por qué te han mandado a esta casa? —Ariel volvió a sentirse culpable, pero en esa situación no podía dejarse llevar por el corazón.

—Violet, estoy segura de que, con tus poderes, hace tiempo que sabes que tu padre no es lo que parece —bajó la voz aún más para decir—: Ni Sanderson tampoco; en realidad, pocos de los que visitan esta casa, son lo que parecen. —La muchacha agachó la mirada durante unos segundos y cuando volvió a levantarla, la tristeza era patente en ella.

—Es cierto. Aunque he intentado mentirme muchas veces a mí misma diciéndome que eran imaginaciones mías, no es así, ¿verdad?

—No, lo siento.

—Eres la única persona en toda la casa, incluyendo a mi padre, con la que me siento bien —reconoció, y preguntó—: ¿Por qué estás vigilándolo?

—Tenía la sospecha de que era el *Maestro,* el jefe de una sociedad secreta vampírica llamada *La Hermandad* que… —Violet la interrumpió:

—Sé quiénes son. En mi colegio se hablaba mucho de ellos, había algunas compañeras que ensalzaban los crímenes que cometían. —Parecía horrorizada—. ¿Y lo es? —Como Ariel arrugó la frente sin entender, explicó—: ¿*El Maestro*, quiero decir?

—No, estaba equivocada. Es *Sanderson*. Me he enterado esta noche igual que he sabido que Dixon no es tu padre y que quieren usarte para algo, aunque no sé qué es… pero, conociéndolos, será algo terrible —susurró sintiendo el dolor que le estaba provocando.

—Entonces… —tragó saliva— entonces… ¿Quiénes son mis padres?

—Lo siento, pero no lo sé.

—¿Y por qué vivo aquí y no con mi verdadera familia?

—Tampoco lo sé.

—Ya. —La veía tan triste que le costó seguir dándole malas noticias, pero era posible que la vida de las dos dependiera de esa conversación.

—Hay algo más. —Violet, que había agachado la cabeza, volvió a mirarla. En sus ojos lucían dos lágrimas que se limpió con las yemas de los dedos antes de que cayeran.

—Vale. Cuéntamelo todo.

—Por supuesto. Hace un rato, me he enterado de que te van a

enviar lejos, al campo. No sé dónde será, pero van a dejar que te acompañe una de las criadas. —Hizo caso omiso de la palidez de la muchacha—. Diles que quieres que yo vaya contigo. Si lo consigues, te prometo que en cuanto podamos, nos escaparemos.

—Pero… si me marcho, ¿a dónde puedo ir? Si mi padre no es mi padre… no tengo a nadie. —Ariel cogió su mano entre las dos suyas.

—Me tienes a mí. Tú misma has visto que los de *La Hermandad* también asesinaron a mi familia y no te abandonaré. Te lo prometo. —Violet se aferró a su mano como un náufrago a un salvavidas y, después de volver a tragar saliva, preguntó:

—Dime lo que tengo que hacer.

Al día siguiente, poco después del amanecer, las dos entraban en un carruaje escoltado por cuatro hombres a caballo; ninguna de las dos sabía a dónde se dirigían, pero, al menos, se tenían la una a la otra.

~

Cuatro días más tarde…

Catedral de la Santísima Trinidad, Dublín

El obispo Tremaine estaba sentado en su despacho observando, maravillado, cómo Gale Strongbow acunaba orgulloso a su hija, una pequeña de pocos días que dormía apaciblemente. Brianna, su mujer, también observaba a su hija con una mirada feliz. Tremaine se dirigió a ella, divertido:

—Casi no lo reconozco, Brianna. Nadie diría que es el mismo que hace solo dos años, no quería seguir viviendo. —Ella le devolvió la sonrisa.

—A mí no mires, Tom. El milagro se ha producido cuando ha llegado Alona —dijo, aunque los dos sabían que no era así y volvieron a observar a Gale que acariciaba con el índice, tan suavemente como si fuera el roce de una mariposa, el moflete izquierdo de su niña sin importarle las bromas que lanzaran contra él—. Desde que ella nació, el resto del mundo, incluyéndome a mí, sencillamente hemos dejado de existir. —Gale levantó el rostro hacia ella diciendo con un suave tono de reproche:

—Mentirosa… —Ella se rio en voz baja para no despertar a la niña y Gale se dirigió a su amigo—: Tom, no me ha gustado nada tener que hacer un viaje de varias horas en el coche con mi hija siendo todavía tan pequeña, pero no podía dejar que nadie más que tú la bautizara.

—Te lo agradezco, pero sé que no soy el único motivo por el que has venido hasta aquí —Gale asintió siguiendo su broma.

—Te refieres al primer Strongbow conocido… el de la tumba de ahí fuera, ¿no?

—El mismo —afirmó con una amplia sonrisa—. Nuestro huésped

más importante, el líder de los normandos que conquistaron Irlanda. No me digas que no lo has tenido en cuenta cuando decidiste que bautizáramos a tu hija en la Santísima Trinidad. —Gale se distrajo con un pequeño lloriqueo de Alona, pero al ver que seguía dormida, contestó:

—Nos hace mucha ilusión bautizarla aquí y también que estén presentes nuestra familia y los amigos más cercanos; aunque Aidan, que ya sabes que es como otro hermano para nosotros, casi no puede venir… —Miró a Brianna.

—Pero le dije que, si faltaba, no se lo perdonaría. Fue el médico que me asistió en el parto y no pudo hacerlo mejor; si hubiera sido cualquier otro, habría asesinado a Gale… no te puedes imaginar lo mal que lo pasó. —Rio Brianna, sin embargo, Gale estaba muy serio.

—Es cierto. No sabía que traer a un niño al mundo es tan duro y peligroso. —Tremaine lo miró intentando adivinar si hablaba en serio y decidió que así era, pero antes de que pudiera decir nada, Brianna continuó:

—También está Sarah, por supuesto, que se ha convertido en parte de la familia y que ha vuelto a casa para ayudarme con la niña —finalizó ella—. No sé si la conoces. —El obispo meneó la cabeza, negándolo—. Acompañó a mi hermana Lilly a la clínica cuando estaba tan enferma, creíamos que se nos iba… —terminó con un susurro angustiado. Gale la interrumpió:

—Pero ahora ya está curada. Es una jovencita normal, tan encantadora como Brianna. —Sonrió a su mujer—. La verdad es que nos hubiera gustado que vinieran todos nuestros amigos a la ceremonia, pero tal y como están las cosas… —Gale se encogió de hombros sin finalizar la frase.

—¡Ojalá todo esto termine pronto! —contestó el obispo.

Tom Tremaine era un hombre inteligente y no se callaba ante nadie, y Gale sabía que no iba a dejar de decir algo sobre los cuatro hombres claramente armados, que los habían acompañado a ellos y sus hermanos a la catedral y que se habían quedado fuera, vigilando las dos entradas.

—No va a ser rápido. El enemigo es fuerte y está decidido, pero nosotros también y la justicia está de nuestra parte —contestó Gale con voz dura.

—Siento mucho todo lo que está pasando, Gale. Igual que la mayoría de los humanos. No conozco a nadie que esté de acuerdo con lo que están haciendo esos salvajes.

—Estoy seguro, además, son vampiros. Ni siquiera podemos decir que son unos humanos que se han vuelto locos… son de los nuestros y no tienen nada de locos, solo son unos racistas repugnantes. ¿Te puedes creer que piensan que mi niña es una aberración? —A pesar de

su indignación, su voz seguía siendo apenas un susurro, para no despertar a la pequeña; cuando sintió la mano de Brianna en su brazo, respiró hondo y volvió a sonreír—. Solo puedo decirte que, si hasta ahora me sentía protector con mi familia, desde que nació Alona no hay límites para lo que no haría por protegerla; a ella y a todos los que quiero. —Miró a su mujer que se limpiaba una lágrima y que sonrió a los dos hombres, algo avergonzada.

—Lo siento, es que estoy un poco sensible desde el nacimiento. Aidan dice que es normal y que se me pasará en poco tiempo. —El obispo sonrió al escuchar el nombre.

—Hacía mucho que no veía al bueno de Aidan.

—Tiene mucho trabajo —respondió Gale con una mueca—. Demasiado. Te advierto que tampoco aparece demasiado por nuestra casa. Creo que hoy ha venido porque no tenía más remedio —Brianna le susurró algo que el obispo no pudo escuchar—. No iba a decirle nada —contestó a su mujer, provocando la curiosidad del obispo.

—¿Le pasa algo?

—Que te conteste mi mujer, que parece que es la que decide de qué se puede hablar y de qué no —a pesar de sus palabras, en su boca se dibujaba una sonrisa. Miró significativamente a Brianna que contestó:

—Solo le he dicho que no dijera nada de cierto tema, porque no es asunto nuestro —su voz, aunque suave, sonó a regaño y causó que el obispo se ruborizara levemente; Gale se carcajeó porque él ya estaba acostumbrado a esa faceta de su mujer, era capaz de regañar a cualquiera, hombre o mujer, sin levantar la voz y sin que se enfadaran con ella.

Poco después se celebraba la ceremonia en una capilla lateral de la enorme catedral; cuando terminó, Gale y Brianna con su hija en brazos, seguidos por Fenton y Lilly, caminaron hasta el rincón donde estaba la tumba del primero de los Strongbow; los siguieron Aidan y Sarah que no se habían dirigido la palabra en toda la ceremonia, aunque se saludaron educadamente. Todos rodearon la figura marmórea que representaba a un guerrero durmiente, que tenía sobre el pecho la espada y a los pies sus guanteletes de acero. Brianna le cedió la niña a Gale, que se colocó a los pies de su antepasado y recitó las palabras que su padre había dicho ante esa misma efigie al menos en dos ocasiones, con Fenton y él en brazos, cuando eran dos bebés:

—Richard Fitz Gilbert de Clare, conde de Pembroke, señor de Leinster y Justiciar de Irlanda, te presento a mi hija, Alona Strongbow. —Sintió algo que le hizo mirar a su hermano y los dos se sonrieron, recordando—. Es tu descendiente más joven. Protégela, y también a nosotros, en estos tiempos tan difíciles. —La niña comenzó a llorar poniéndose colorada, destrozando la solemnidad del momento y Brianna alargó las manos hacia Gale.

—Dámela, tiene hambre. Menos mal que la casa de Killian está cerca.

—Sí, vamos.

Fenton se adelantó y habló durante un momento con los hombres que él mismo había puesto en la entrada; cuando estuvo conforme, les hizo un gesto para que salieran.

~

UNA MUJER joven y otra anciana que caminaba lentamente debido a la edad, paseaban por la vereda que había junto al acantilado. Ariel se detuvo y volvió su cuerpo hasta situarlo frente al mar, observando el horizonte y, de reojo, a sus dos carceleros.

—Se han parado, ahora no pueden oírnos. Además, están hablando entre ellos. —Violet no parecía haberla escuchado, pero reanudó su caminata al igual que su amiga, y contestó con voz muy baja:

—¿Habrá llegado ya tu carta?

Ariel evitó encogerse de hombros, intentando ocultar la frustración que sentía por la situación en la que ambas se encontraban.

—No lo sé. Espero que sí, pero tampoco tengas muchas esperanzas en su respuesta. Recuerda que la envié cuando estábamos en la posada y todavía no sabía adónde nos dirigíamos. Si ha llegado, no saben dónde estamos. —Miró a su derecha donde debía de estar la ciudad de Tralee, a la que sus guardianes estaba claro que no iban a dejar que se acercaran ninguna de las dos—. Tenemos que conseguir que confíen en nosotras para que relajen un poco la vigilancia. —Violet permaneció callada, pero Ariel sabía que estaba escuchando con suma atención todo lo que decía—. Sigue insistiendo todos los días en salir a pasear, es la única forma de saber que no nos espían cuando hablamos. Y tienes que estar muy atenta a todo lo que hablen cuando estén delante de ti, para contármelo luego; cualquier cosa puede ser importante.

—De acuerdo —Ariel suspiró.

—Sería más sencillo si no hubiera siempre uno de ellos vigilando en el pasillo de nuestros dormitorios, pero… —Eso provocaba que, aunque dormían en habitaciones contiguas, no podían estar solas en ningún momento.

—Sí, no quieren que nos quedemos a solas en ningún momento. Es curioso —opinó Violet, sus palabras confirmaron que pensaba lo mismo que ella.

—Seguro que son órdenes del cerdo de Sanderson —aseguró Ariel con los labios convertidos en una fina línea. Violet le rozó, discretamente, la mano derecha con la suya, como si quisiera recordarle que estaban juntas en esto. Los dos hombres se habían

detenido y reían entre ellos. Ariel le echó una mirada de reojo y sonrió al susurrar, aparentando observar el paisaje—. No te preocupes. Nos escaparemos, te lo prometo. —Violet le devolvió la sonrisa.

—Lo sé.

Las dos permanecieron durante unos segundos disfrutando del horizonte donde un sol glorioso se abrió paso entre las nubes, aclarando el día.

—Volvamos, es casi la hora de comer —anunció Ariel.

Volvieron sobre sus pasos y poco después pasaron junto a los dos hombres que las siguieron, aunque dejando varios metros de distancia entre ellos. Los cuatro recorrieron el resto del camino en silencio, hasta la aislada casa de campo donde vivían prisioneras.

Capítulo 2

Cam no tenía por costumbre arrepentirse de lo que hacía, pero eso era distinto en el caso de Nimué. Precisamente con la única mujer de la que se había enamorado, no supo aplicar las capacidades que los diferentes profesores que tuvo mientras estudió abogacía, habían ensalzado: según todos ellos estaba especialmente dotado en negociación, persuasión, persistencia, además de ser el alumno más carismático que habían tenido en años.

La única explicación posterior para no utilizar entonces sus supuestas aptitudes y resolver el problema que tuvo con ella, fue que su corazón estaba tan implicado que no era capaz de pensar con racionalidad y, cuando ya pudo hacerlo e intentó rectificar, era tarde.

Recordaba perfectamente el día que la conoció. Llegaba tarde a sustituir la clase de Cedric, un catedrático que le había contratado un par de meses antes para que diera las clases en su lugar, mientras que él se encargaba de traducir unos pergaminos por encargo de la universidad, cuando la vio. Caminaba delante de él, también con prisa, moviendo las caderas elegantemente a la vez que su precioso pelo color caoba se balanceaba de un lado a otro de su espalda acompañando el movimiento. Era mucho más alta que las demás chicas, aunque él le sacaba una cabeza como pudo comprobar en todas las ocasiones en que la tuvo entre sus brazos. Tenía un pelo precioso, cuyo tacto aún podía sentir entre sus dedos, de un profundo color rojo oscuro parecido al de las cerezas maduras, que siempre llevaba suelto. Y unos grandes e inteligentes ojos grises.

Ahora, su pelo estaba veteado por las canas, igual que el pelo de él, y lo llevaba peinado en un moño sencillo y elegante. La inteligencia seguía brillando en sus expresivos ojos grises, que ahora estaban rodeados de pequeñas arrugas, aunque su mentón seguía siendo firme y arrogante. Ambos esperaban sentados la cena en una posada a medio camino entre Cork y Dublín. Después de desmontar, ella le había asegurado que no tenía hambre, que prefería ir a acostarse directamente, pero él había insistido, puede que demasiado, hasta conseguir que aceptara comer algo.

Cam reconocía que no había insistido en que se quedara pensando

en su salud, sino en que no iba a encontrar, en toda su vida, una oportunidad como aquella para que lo escuchara; pero, desde que se habían sentado en una mesa del atestado comedor de la posada, ninguna palabra había salido de los labios femeninos; se limitaba a mirar la chimenea con actitud pensativa.

Nimué sabía cuál era la razón por la que él había insistido en que se quedara a cenar y, aunque no había pensado hacerlo, estaba demasiado disgustada por la muerte de Cedric Saint John como para discutir. Cedric no había sido solo el mejor amigo de sus padres, por eso era su padrino, sino también su mentor intelectual, ayudándola en sus estudios y un gran apoyo siempre que lo necesitó. Sabía que era importante para ella, pero no se imaginaba que su muerte la afectaría tanto; se sentía casi como si sus padres hubieran desaparecido otra vez. Algo debió de leer Cam en su rostro, porque sus siguientes palabras fueron:

—Lo siento, Nim. —Se estremeció al escuchar que la llamaba como cuando ambos eran jóvenes, y apartó la vista del fuego para mirarlo. Estaba pálida y cansada—. Cuando me enteré de que Cedric había muerto, pensé en ti antes que en nadie. Sabía cuánto te afectaría.

—Es curioso que supieras algo así cuando hace décadas que no nos vemos. —Él hizo una mueca como si sus palabras le hubieran dolido.

—¿Décadas?, ¿me vas a decir que no sabes exactamente cuánto tiempo hace que no nos vemos o, mejor dicho, que no nos hablamos? Porque vernos en la distancia en alguna reunión, no cuenta. —Ella permaneció callada tozudamente confirmándole que no había cambiado tanto; así había sido siempre, muy tozuda—. Hace treinta y tres años que no hablamos.

—¿Tanto? —preguntó ella, aparentando desinterés.

—Sí. —Cam vio algo detrás de ella—. ¡Ah! Nuestra comida…

Permanecieron en silencio mientras la camarera les servía, pero, en cuanto se marchó, Cam volvió a la carga:

—No espero que lo solucionemos todo en cinco minutos, solo te pido que me dejes explicarme. Creo que me lo merezco —en cuanto dijo la última frase, supo que había sido un error. Ella dejó en el plato la cuchara con la que estaba tomando su crema de verduras, y un relámpago cruzó su mirada.

—¿Te lo mereces? —susurró entornando sus ojos grises. Él abrió la boca para disculparse por el error, pero ella no le dejó—. Creo que he sido bastante clara cuando hemos hablado hace un rato, en la boda de Kristel y Kirby —su sonrisa sarcástica le dolió tanto como estaba seguro de que le estaba doliendo a ella—, pero, por si no ha sido así, te lo repetiré: no quiero escuchar tus explicaciones, no me interesan. —Él la interrumpió. No quería escuchar de sus labios, otra vez, que no tenían ninguna oportunidad.

—¿No puedes perdonar un error?

—Eso no fue un error. Un engaño durante tantos meses, no es un error. —sacudió la cabeza, como si se reprochara a sí misma haber entrado en su juego—. No quiero hablar sobre aquello, Cameron y, si me obligas a hacerlo, solo conseguirás que te odie aún más. —Se levantó inesperadamente y él la imitó alargando el brazo en un vano intento de sujetarla, pero su mano solo consiguió rozar la de ella porque Nimué se apartó, sobresaltada, en cuanto la rozó. Los dos habían sentido el mismo chispazo que cuando se tocaban treinta y tantos años atrás—. Me voy a la cama, estoy muy cansada. Mañana estaré preparada para salir a las nueve. —Dio media vuelta y se dirigió a las escaleras. Cam la observó hasta que desapareció y luego se dejó caer de nuevo en su silla tirando en la mesa la servilleta que había cogido, involuntariamente, al levantarse.

Se maldijo silenciosamente como había hecho tantas veces por ser el único responsable de que Nimué se hubiera apartado de él. La camarera volvió para preguntar si no iban a comer más y contestándola con un murmullo, se levantó y se dirigió a las escaleras; a él también se le había quitado el apetito y decidió marcharse a su dormitorio a planear cómo convencerla de que lo dejara explicarse. Por lo menos, hasta que no llegaran a casa de Cedric Saint John y accedieran a su caja fuerte, Nimué no tenía más remedio que permanecer a su lado y aprovecharía cualquier momento para seguir insistiendo en que lo perdonara. Sabía que no había sido del todo sincero con ella cuando se conocieron, pero jamás le había mentido al decirle que la quería y, a pesar de que había intentado olvidarla, seguía sintiendo lo mismo.

~

LOS DOS CONTENDIENTES se saludaron después de ponerse la careta protectora, un complemento imprescindible para el entrenamiento de esgrima. Comprobaron, casi con los mismos movimientos, la flexibilidad de sus floretes y cuando estuvieron satisfechos con el resultado, inclinaron la cabeza a modo de saludo. Y la lucha, aunque amistosa, comenzó.

Ambos eran muy parecidos en cuanto a técnica y destreza; Kirby era más ágil y Marcus más fuerte como se podía constatar simplemente mirándolos, puesto que, aunque eran prácticamente de la misma estatura, el policía era mucho más musculoso. Atacaron y se defendieron por igual, adelantándose y retrocediendo durante largo rato, exhibiendo sus conocimientos, hasta que Kirby consiguió tocar tres veces con la punta (en forma de bola para que no hubiera accidentes) de su florete en el pecho de Marcus; entonces, el juez se

detuvo quitándose la careta y el policía hizo lo mismo. Kirby lo miró fijamente durante unos instantes y ofreció:

—¿Qué te parece si lo dejamos por hoy? Podríamos ir a mi casa a tomar algo.

—Entro de servicio en dos horas. —El vampiro sonrió inocentemente.

—Puedes tomar un té, aunque yo beba *whisky*. —Marcus soltó un sonoro exabrupto y comenzó a quitarse los guantes. Kirby, elegantemente, evitó hacer comentarios y lo siguió hacia los vestuarios. No fue hasta que estuvieron en su casa, sentados cómodamente en la sala que había junto a la entrada, cuando Marcus preguntó extrañado:

—¿Por qué me da la impresión de que hay algo que quieres pedirme, y que no has querido hacerlo en el club? —Su anfitrión dejó la copa de *brandy* en la mesita de marquetería que tenía delante y se inclinó hacia el policía.

—No te equivocas. No me gusta utilizar nuestra amistad, pero no conozco a nadie más, de quien me fíe, a quien pueda encargarle algo así. —Marcus arrugó la frente y ladeó la cabeza.

—Nunca pensé que escucharía esas palabras dichas por ti. Suenan como si se tratara de algo ilegal. —Kirby hizo una mueca sin contestar y, antes de que pudiera hacerlo, les interrumpió su mujer, Kristel. Los dos se levantaron en cuanto la vieron y ella caminó hacia su marido, a quien dio un beso en la mejilla, aunque sonrió a Marcus al pasar; sin alejarse de Kirby, que la cogió por la cintura con una sonrisa que indicaba que todavía estaban de luna de miel, saludó al policía y él se acercó a besar su mano.

—Me alegro mucho de verte, Marcus. Le he pedido varias veces a Kirby que volviera a invitarte a cenar, pero siempre me dice que estás muy ocupado… —Sus ojos resplandecían—. ¿Hoy puedes quedarte? —Marcus lo sintió de verdad porque Kristel le gustaba de verdad.

—Me es imposible. Tengo que volver a trabajar enseguida. —Miró el pequeño reloj dorado que había sobre la chimenea—. De hecho, tengo que salir hacia la comisaría en diez minutos.

—Entonces os dejo solos para que habléis. Solo he salido porque he oído voces; seguiré con mi trabajo. —Se volvió hacia Kirby y le acarició suavemente la mejilla antes de marcharse—. Luego nos vemos.

—Si no sales a la hora de la cena, entraré a buscarte.

—Que sí… pesado —murmuró caminando hacia el pasillo.

Volvieron a sentarse en cuanto desapareció.

—¿Dónde está?

—En mi despacho. —El despacho de Kirby estaba en la habitación de al lado, aunque Marcus no le preguntaba nada, le explicó—: Está

estudiando.

—¿Para la ceremonia del nombramiento? —Kirby sonrió, divertido —. Así que prestabas atención en esa cena, ¿eh?; por tu cara creía que, mientras Kristel explicaba que la habían elegido como uno de los eruditos del próximo consejo, estabas pensando en el último asesinato que te habían asignado.

—Estaba demasiado emocionada como para no hacerle caso.

—Sí, le hace mucha ilusión. Ten en cuenta que, como su padre también ocupó ese asiento en el consejo, esto para ella es doblemente importante.

—Comprendo.

—En cuanto a tu pregunta, el discurso lo tiene preparado desde hace días. Ahora está con otra cosa —el tono de Kirby puso sobre aviso a Marcus y esperó—. Busca cualquier texto antiguo que haga referencia a cómo destruir a Lilith. —Marcus inspiró profundamente, pero no dijo nada—. Sigues sin creerlo.

—Kirby, sabes cuánto confío en ti y no dudo de que vosotros lo creéis así, pero comprende que yo, un simple humano católico criado en un barrio obrero de Cork, nunca había oído nada parecido. Por un momento, piensa en lo que me has dicho: que un malvado y antiguo espíritu femenino, que es conocida como la madre de los vampiros, quiere volver a la vida rencarnándose en una joven, que tiene que ser virgen y pura; y que, si lo consigue, convertirá la Tierra en un infierno donde todos seremos sus esclavos. Básicamente es eso, ¿no? —Kirby lo miraba con gesto serio, pero en sus ojos brillaba una chispa divertida.

—Reconozco que, dicho así, suena un poco increíble.

—¿Un poco? Y eso que no he empleado las expresiones que utilizaste, sacadas de esos malditos pergaminos.

—Ya —Kirby suspiró y apuró el trago de su copa—. ¿Seguro que no quieres nada?

—No, me tengo que ir ya, Kirby. —Se levantó, pero su amigo volvió a inclinarse hacia él con gesto intranquilo.

—Está bien. Necesito que hagas algo. —El policía volvió a sentarse.

—Dime.

—Que investigues las muertes de Gallagher y Nolan.

—Sabes que no las llevo yo.

—Lo sé.

—Y a pesar de eso, te he dejado ver los informes; en los que se determinan que son accidentes —continuó.

—Y tú sabes, igual que yo, que esos informes son falsos.

Marcus se levantó y caminó hasta la ventana que daba a la calle. Metió las manos en los bolsillos, un gesto muy habitual en él y observó a la gente que pasaba por la calle.

—Supongo que sabía que este momento llegaría, tarde o temprano.

—Kirby se levantó al ver que pasaban los segundos sin que dijera nada, justo cuando su amigo se daba la vuelta y lo señalaba con el índice—. Pero nada de comunicarte conmigo en la comisaría. Y no me metas prisa. Haré lo que pueda, pero no voy a dejar mis otros casos.

—Claro —levantó las manos en son de paz—, y si necesitas algo…

—¿Te refieres a dinero? —Kirby sabía lo orgulloso que era, por eso tuvo especial cuidado al explicarle su ofrecimiento.

—Marcus, si vas a investigar esas muertes, tendrás que pagar carruajes de alquiler, comer en lugares fuera de casa… Walker Nolan murió en Cobh, no vas a pagar tú el desplazamiento hasta allí; los gastos pueden ser elevados…

—¿Los vas a pagar tú?

—No. *La Brigada*.

El rostro de Marcus cambió. Sus ojos se entornaron y miró a Kirby con sospecha.

—¿Le dijiste a tu amigo lo que hablamos?

—No, te lo juro. Aunque no entiendo por qué te niegas a que se lo diga, porque Killian estaría encantado de que trabajaras con él. Ha sido una casualidad, hace poco me preguntó si conocía a alguien que pudiera encargarse de investigar esas dos muertes. No se fía de la mayoría de los policías, como ninguno de nosotros. Tú eres el único en el que confío yo y sabes que tenemos razón —Marcus asintió.

Ya hacía tiempo que le asqueaban la actitud de muchos de sus compañeros que aceptaban sobornos de cualquier criminal, sin ningún pudor; eso hacía que llevara tiempo pensando en dejar su trabajo, pero era algo que todavía no había comentado con nadie.

—De acuerdo. Mientras investigue estas muertes apuntaré los gastos y ya te los pasaré. Tengo que irme.

Se estrecharon las manos y Kirby murmuró:

—Gracias, amigo. Estoy convencido de que los asesinaron.

Marcus asintió y se marchó.

~

LA CARA de Burke Kavannagh mostraba un gesto especialmente serio al bajarse del carruaje, frente a la casita blanca que albergaba las oficinas del director del puerto de Cobh; en el último momento, en lugar de entrar, se dirigió hacia el muelle que estaba a su espalda donde se quedó observando los más de veinte barcos, de distinto tonelaje, que estaban atracados.

El fuerte viento que venía del mar le revolvió el pelo recordándole algo que últimamente había olvidado, por qué había empezado a trabajar como pescador siendo un adolescente. Su amor por el mar le había hecho olvidarse de los deseos de su madre, que quería que

trabajara como dependiente en la tienda de alimentación de su calle. Se estremeció al imaginarse a sí mismo poniendo buena cara a los clientes y llevándoles los pedidos a casa, en lugar de dejarse la espalda y las manos en un barco de pesca, durmiendo solo tres o cuatro horas diarias porque siempre hacía turnos dobles para ganar más dinero. Gracias a eso, en relativamente poco tiempo, pudo hacerse con un viejo barco y, menos de un año después, con otro más y así fue como empezó. Ahora presidía cinco compañías de distinta naturaleza que había creado de la nada, aunque la más importante y la niña de sus ojos, era la naviera Wild Ocean, propietaria de varios trasatlánticos especializados en transportar pasajeros al continente americano. Con una última y tierna mirada al mar que el viento estaba empezando a alborotar, se volvió para dirigirse a la casita con paso firme y rápido. Al entrar, accedió directamente a una minúscula sala donde había un par de sillas apoyadas en la pared y un mostrador donde un hombrecillo con aspecto de duende, con la nariz casi pegada a lo que parecía un libro de cuentas, escribía algo.

—Buenos días. —El escribano levantó unos ojos pardos entornados, como solían tener los miopes, y lo miró con gesto poco hospitalario.

—Hola —contestó parpadeando continuamente.

—Busco a la señorita Stevens. —El duende abrió repentinamente los ojos como si se hubiera dado cuenta de quién era y, cerrando la mano hasta formar un puño, señaló con el pulgar, sin mirar, hacia su espalda.

Burke, acostumbrado a tratar con gente mucho más rara, se lo agradeció con un murmullo y siguió el pasillo que le había señalado hacia la única habitación que se veía desde allí. La puerta estaba abierta y un sexto sentido al que siempre escuchaba le hizo ralentizar los pasos, confiando en que la lejanía de la entrada hubiera hecho que Brenda Stevens no lo hubiera escuchado. Se quedó a un metro del umbral y observó.

Era más joven de lo que se había imaginado, pero tampoco es que hubiera pensado demasiado en ella. Solo sabía que era la secretaria del anterior director del puerto, o al menos ese era el cargo oficial que ocupaba la señorita Stevens en la oficina, aunque las malas lenguas decían que habían sido algo más; al parecer, Brenda y Walker habían sido amantes durante varios años, por eso se sintió sorprendido por su juventud en cuanto la vio. Walker estaba casado, tenía varios hijos, y no sabía cuántos años podía sacar a su amante, pero se contaban por decenas; aunque Burke era el primero que había hecho cosas de las que se arrepentía llevado por la pasión. Por eso era comprensivo con las debilidades ajenas, porque las entendía bien.

La muchacha parecía tener unos veintidós años y estaba ordenando una pila de papeles con la cabeza agachada; de momento solo podía

ver su espeso cabello oscuro recogido en un sencillo moño y el grácil cuello que lo soportaba. Los dedos de sus manos eran largos y elegantes y Burke se estremeció al pensar en cómo sentiría si lo tocaran. Sorprendido por el involuntario pensamiento, se distrajo y ella debió de sentir su presencia porque levantó la cabeza repentinamente y lo miró, aunque no parecía asustada. Cuando sus ojos conectaron, los colmillos de Burke se alargaron involuntariamente, algo que no le ocurría desde que era un vampiro mozalbete totalmente descontrolado. Ella enrojeció y se levantó, quedándose de pie, mirándolo fijamente. Burke buceó en sus impresionantes ojos violáceos cuando se acercó en dos zancadas a su mesa, con una expresión decidida en sus ojos verdes. Alargó la mano y saludó:

—Es usted Brenda Stevens, ¿no? —ella asintió, reprochándose a sí misma haberse quedado como una tonta mirando a aquel desconocido. Carraspeó correspondiendo al saludo, estrechando su mano.

—Sí, y ¿usted es…?

—Burke Kavannagh. Creo que le avisaron de que vendría hoy. —Ella retiró la mano enseguida al escuchar su nombre. Su expresión cambió, sus ojos se entornaron, y de su gesto desapareció la dulzura que lo había fascinado. En un momento pasó de ser una belleza, sensual y excitante, a convertirse en una estatua, igualmente hermosa, pero fría.

—Por supuesto, señor Kavannagh. —Alejándose de él discretamente, puso el mayor espacio posible entre los dos, dentro de lo pequeño que era el despacho. Su voz rezumaba animadversión—. Ya le dije al señor Brown, del ministerio, que contaran conmigo para enseñarle todo esto. ¿Por dónde quiere empezar? —Burke entornó los ojos, molesto. No esperaba que lo recibiera llena de alegría dada su relación con el anterior director, pero aquella mujer le era francamente hostil y no estaba acostumbrado a provocar ese sentimiento en las mujeres; sobre todo sin haber hecho nada para merecerlo.

—Lo primero, me gustaría que me acompañara a tomar un café; así podré convencerla para que acceda a quedarse una temporada trabajando conmigo. —Ella frunció los labios formando un mohín que, a pesar de todo, lo excitó.

—Por supuesto, lo acompañaré a tomar café y le escucharé, pero ya le dije al señor Brown que tenía motivos personales para marcharme.

—De acuerdo, me doy por enterado. ¿Vamos, entonces? —Ella cogió una chaqueta marrón de un perchero y, antes de que se diera cuenta, Burke estaba junto a ella quitándole suavemente de la prenda—. Permítame. —Sorprendida, le dejó que la ayudara a ponérsela.

—Gracias —susurró casi sin voz.

Al sentir que las manos de su nuevo jefe se mantenían sobre sus hombros unos segundos más de lo que hubiera sido deseable, se apartó de él dando un paso hacia delante y le pareció escuchar un gruñido que salía de él. Se volvió como si no lo hubiera escuchado y mantuvo su fachada de amable indiferencia.

—¿Vamos? —sugirió.

Al dolor de la muerte por Walker, ahora tendría que añadir la inquietud que sentía al descubrir que su odiado nuevo jefe, Burke Kavannagh, era el vampiro más atractivo y encantador que había conocido en su vida. Seguida por él se marchó del que había sido su despacho los últimos años, pensando en cómo saldría del atolladero en el que se había metido ella sola.

Capítulo 3

Brianna caminaba mirándolo todo agarrada del brazo de su hermana Lilly mientras recorrían el encantador jardín.

—¿No habéis pensado que puede que esto —señaló a su alrededor con la mano derecha, pero Brianna sabía bien a qué se refería— sea demasiado para Gabrielle? —Seguía sorprendiéndole que Lilly fuera tan madura teniendo solo quince años; sonrió antes de contestar:

—Claro que sí. Le dije a Gale que les contestara que no, pero insistieron tanto que me dijo que le costaba seguir negándose. Así que, aquí estamos.

—Sí —suspiró su hermana—. Entonces, supongo que no podíais negaros. Tendríamos que volver.

—Ahora mismo vamos —contestó suavemente. Sabía por qué no quería quedarse a solas con ella. Lilly tenía las ideas muy claras, pero no le gustaba discutir con ella y a Brianna le pasaba lo mismo.

Lilly y ella ahora eran prácticamente iguales. Tenían la misma estatura y complexión, el pelo algo rizado y negro y los mismos ojos, intensamente azules.

—Cariño, ¿has vuelto a pensar en lo que hablamos? —Lilly entrecerró los ojos, pero su hermana la frenó cogiéndola suavemente por el brazo—. No te enfades. Es que Gale y yo no queremos que te vayas tan lejos. —Lilly resopló, aunque en el fondo le agradaba que su hermana y su cuñado la quisieran tanto.

—Brianna, en algún momento tienes que dejarme marchar. No sé qué harás si algún día me caso. Solo estamos hablando de ir a la escuela de enfermería.

—¡Solo tienes quince años! Y la escuela está demasiado lejos —bajó la voz recordando la promesa que le había hecho a Gale de que intentaría estar tranquila—. Lilly, estarías muy lejos de casa.

—Bri… con mi edad, hay chicas que ya llevan dos años en la escuela —protestó suavemente. Brianna, triste y sin argumentos, apartó la mirada y siguieron caminando por la vereda de piedras blancas redondeadas y de arbustos llenos de flores, hasta llegar a un estanque lleno de peces naranjas y dorados. Lilly se asomó al agua para verlos.

—¡Son preciosos! No los había visto nunca. ¿Siempre han estado aquí? —Brianna sacudió la cabeza.

—No. Gabrielle decidió ponerlos hace un año aproximadamente. Cuando arreglaron el jardín, pensando… —Se mordió el labio inferior sin ganas de terminar la frase, pero su hermana también era muy inteligente.

—¿Pensando en el niño? —susurró.

Ambas sabían el disgusto que había provocado en sus anfitriones la pérdida del niño que Gabrielle había sufrido hacía solo unos meses; precisamente por eso, Gale y Brianna se habían negado al principio a celebrar allí el bautizo de su hija.

—¿Dónde está Alona? —Brianna sonrió, como hacía siempre que pensaba en su hija.

—Con su padre —contestó, divertida.

Tampoco era un secreto para nadie que la hija de Gale y Brianna, a la que acababan de bautizar un rato antes en la catedral de Dublín, tenía totalmente rendido a sus pies a su padre. Lilly soltó una risita divertida y dieron la vuelta para volver a la casa. Estaban haciendo tiempo, pero ya debían de haber llegado los invitados.

~

EN EL DESPACHO, Killian había cedido su asiento a Gale que tenía a la protagonista del día en brazos mientras que sus amigos los rodeaban, admirándola.

—¡Es preciosa, Gale! —murmuró Niall Collins, el actual conde de Sheffield. No solía frecuentar la vida social excepto algunas reuniones, como esa, de amigos muy cercanos, debido a lo llamativo que era su físico. Era albino, tenía el pelo totalmente blanco y sus ojos eran de color cobre. Solo su mirada bastaba para poner nervioso a cualquiera. Gale lo miró fijamente y vio algo en su mirada. Ladeó la cabeza antes de decir:

—¿Quieres cogerla? —Niall hizo intención de apartarse, asustado, pero su mejor amigo, Stuart, al que todos llamaban el coronel, le puso la mano en el brazo y susurró:

—Cógela. Si quieres, que Gale te deje sentarte para estar seguro de que no se te cae. —Niall tragó saliva y asintió con una luz de esperanza en la mirada. Gale se levantó y, cuando el conde se acomodó en su asiento, puso cuidadosamente a la niña en sus brazos.

—Mira, Alona, este es tu tío Niall. —La pequeña decidió abrir los ojos en ese momento y le dedicó una sonrisa desdentada, provocando las suaves risas de Aidan, Fenton, Kirby, Cian y Killian, que se habían acercado a ver la escena. Niall acercó tímidamente el dedo índice para acariciar el suave moflete de la pequeña, y el coronel aprovechó para

decir, mirando a Killian:

—¿Qué te parece si nos sentamos y hablamos un momento? No creo que tarden mucho en llamarnos. —Querían aprovechar que estaban casi todos reunidos para celebrar el bautizo de Alona. Se divertirían tanto como pudieran, pero los sucesos que se habían producido últimamente, eran demasiado graves como para no hacer nada al respecto.

—Tú quédate aquí, Niall —le dijo Gale a su amigo—, a menos que ya te hayas cansado de esa pequeña manipuladora. —La tierna sonrisa de su amigo le hizo mover la cabeza, pero no le extrañaba, porque conocía el sorprendente poder de Alona sobre cualquiera que la cogiera en brazos. Niall volvió a mirar a la bebé que parecía tan feliz en sus brazos, que se estaba quedando dormida. Y a él casi le daba miedo de respirar para no molestarla.

Gale se sentó entre Fenton y Aidan que estaba junto a Kirby; este se había sentado al lado de Killian y, después, estaba Cian. Entre Cian y Fenton, lo hizo el coronel que se dirigió a su anfitrión:

—No he tenido ocasión de hablar a solas contigo… ¿cómo sigue Gabrielle? —Killian suspiró y se reclinó en la silla.

—Mejor, eso le decía a Gale hace un momento. Cuando ella me pidió que ofreciéramos nuestra casa para el bautizo de Alona, os confieso que me dio miedo que empeorara —movió la cabeza— después de lo que tardó en recuperarse del aborto. —Miró a Aidan—. Tú lo sabes mejor que nadie.

—Sí, ha sido muy duro para ella —acordó el médico. Sin dejar de mirar a Killian, dijo—: Y para ti.

—Sí —acordó Killian—. Pero… —continuó encogiéndose de hombros con una triste sonrisa— aunque hace mucho que sé que las mujeres son más fuertes que nosotros, Gabrielle me sigue sorprendiendo. Al contrario de lo que yo creía, preparar la casa para esta celebración le ha venido bien y, cuando hemos conocido a la pequeña, no he visto ni un gesto de tristeza en ella.

—Es cierto —respondió Gale—. Nosotros llevamos aquí desde ayer y ha estado mucho tiempo con la niña. Si yo la hubiera visto ponerse triste, nos hubiéramos marchado a la casa que se ha comprado mi hermano.

—¿Te has comprado una casa? —Cian fue el primero en mostrar sorpresa, pero todos sabían la antipatía que sentía Fenton por el hecho de tener una casa en propiedad—. ¿Qué hay sobre eso de que comprarse una casa es la antesala de casarse y que a ti no te iban a pillar? —bromeó el dueño del Club Enigma. Fenton hizo una mueca. Antes de contestar, dirigió una rápida mirada a su hermano Gale que lo observaba con una sonrisa burlona, deseando escuchar su contestación.

—Antes de que sigáis… Tenéis razón, ¿de acuerdo? He sido un idiota con ese tema durante mucho tiempo, pero… he cambiado de opinión, aunque es un piso, no es una casa con jardín ni nada de eso. Ha sido solo por comodidad. —Él mismo se daba cuenta de que se estaba enredando cada vez más con la explicación. Gale se apiadó de él y cambió de tema.

—A pesar de que suelo disfrutar cuando alguien pone a mi hermano en su sitio… como el coronel ha dicho antes, tenemos poco tiempo. Kirby, ¿has sabido algo nuevo sobre las muertes? —El juez de la zona sur lo negó enseguida.

—No. Ya le he dicho a Killian que acabo de hablar con Marcus para pedirle que se encargara de investigarlas. Al principio no quería, pero terminó accediendo.

—¿Es de fiar? —Cian no conocía la historia de Marcus, al contrario que los demás.

—Sí, es un poli, pero honrado e inteligente.

—Una *rara avis*, entonces —ironizó el coronel.

—Cuanto más lo pienso, más convencido estoy de que tanto la muerte de Walker Nolan como la de Malcolm Gallagher, tienen algo que ver con el puerto de Cobh —confesó Kirby repentinamente, provocando diferentes reacciones de sorpresa de sus amigos, empezando por el otro juez presente en la reunión: Killian.

—¿Y eso? Hasta ahora, no me habías dicho nada. —Arrugó la frente, pensativo.

—Porque no he empezado a sospecharlo hasta hace poco. —Killian ya sabía lo que iba a contar, pero los demás no, por eso lo hizo—. Amber, la hija de Gallagher, vino poco después de la muerte de su padre al juzgado a decirme que creía que, tanto la policía como los jueces éramos unos corruptos, y que estábamos intentando encubrir que habían asesinado a su padre. Reconozco que al principio no le hice ningún caso, pero después de unos días, no sé… —suspiró con la frente arrugada y se encogió de hombros—. Hace un par de días, cuando Marcus me dijo que aceptaba investigar las muertes, fui a hablar con ella y le dije que seguramente iría a hablar con ella y que confiara en él… entonces, no sé por qué, se me ocurrió preguntarle si su padre y Walker Nolan, el anterior director del puerto de Cobh, eran amigos.

—¿Y qué contestó?

—Que no, aunque sí me confirmó que se conocían, lo que es lógico porque Cork y Cobh están muy cerca y son como dos pueblos grandes, pero —entrecerró los ojos observando a Killian— reconoció que poco antes de morir los dos, su padre y Nolan se reunieron a solas una madrugada. No querían que nadie lo supiera.

—¿Con qué fin?

—Su padre no quiso contárselo, a pesar de que ella le preguntó en varias ocasiones; cree que no le dijo nada para protegerla…

Killian lo interrumpió:

—¿Se lo has dicho a Burke? —El motivo por el que el naviero del grupo no estuviera allí ese día, era porque tenía que hacerse cargo de su nuevo puesto como director del puerto de Cobh; el mismo Burke había promovido su nombramiento, aunque quien le había convencido para que lo hiciera había sido Killian. Hacía tiempo que pensaba que ese puerto en concreto estaba controlado por *La Hermandad* y, por esa razón, había pedido ayuda a Burke; con el poder que le confería su compañía naviera, una de las más importantes del país, era el único que podía enterarse de lo que estaba ocurriendo en Cobh.

—Sí. Hablé con él. Me dijo que, hasta ahora, todo aparentaba ser normal, aunque por entonces solo llevaba un par de días allí. Me aseguró que, de todos modos, tendría cuidado.

—Bien —contestó Killian tabaleando con los dedos sobre la mesa, pensativo—. ¿Sabéis lo de James? —Sus inteligentes ojos verdes recorrieron los rostros de sus amigos, que asintieron con gesto rígido. El coronel, aunque imaginaba la respuesta, preguntó:

—¿Se sabe quién ha sido?

—El incendio todavía no ha sido reivindicado por nadie, pero creo que todos nos imaginamos quiénes son los autores. —Fenton, que había estado muy callado, contestó, con una mueca llena de rabia:

—*La Hermandad* —Killian asintió con un seco movimiento de cabeza observando, preocupado, a su segundo.

Fenton llevaba varios días distraído y nervioso; había adelgazado y parecía estar muy cansado, justo el aspecto que presentaría un vampiro que no se estaba alimentando adecuadamente. Killian desvió la mirada a Gale, y lo pilló observando a su hermano con idéntica cara de preocupación. A pesar de sus sentimientos, tenían que hablar de Ariel; Killian no cejaría en utilizar todos los medios que había a su alcance para localizarla, aunque sabía que Fenton sufriría al escuchar la conversación.

—Sinceramente, si no hubierais venido hoy, os habría convocado de todas maneras. —Su mirada se apartó de Fenton para dirigirla al coronel, otro afectado, aunque no creía que él mismo lo supiera—. Hay varias cosas de las que tenemos que hablar, sobre todo sobre algo… bastante delicado. Hace unos días desapareció uno de nuestros agentes… mejor dicho, una agente. —Todos lo miraron como si le hubieran salido cuernos en la cabeza—. La primera que he reclutado para la organización —si hubiera volado una mosca entre ellos, la habrían escuchado. Hasta Alona que seguía dormida pacíficamente en brazos de Niall, no hacía ningún ruido— se trata de Ariel. —Después del primer instante de estupor de todos, excepto Fenton y Gale que ya

lo sabían, lo miraron con los ojos abiertos como platos; tanto, que Killian no pudo evitar que sus labios se distendieran en una rápida sonrisa—. Sí, el agente que ha conseguido los mejores soplos sobre *La Hermandad* en los últimos meses, es una mujer. —Algo debía barruntar el coronel porque se inclinó hacia delante y, con los ojos entornados, preguntó con voz grave:

—¿Cuál es su nombre real? —El juez negó con la cabeza, pero él insistió—. Killian, espero que no sea quien me estoy imaginando… —Fenton miraba a uno y a otro con el ceño fruncido. Al ver que tanto Stuart como Killian se mantenían tozudamente callados, preguntó:

—¿De qué va todo esto? —perplejo, preguntó a Killian—. ¿Stuart la conoce? —Su jefe y amigo se dio cuenta de que no tenía más remedio que decir la verdad.

—En estas circunstancias, seguir manteniendo la promesa que le hice de proteger su identidad, no hará que esté más segura, al contrario. —Fenton parecía a punto de pegar a alguien al descubrir que Killian le había ocultado información sobre ella.

—¿Qué quieres decir?

—Le dije que no diría a nadie cómo se llama en realidad.

—¿Por qué era tan importante no decirnos su nombre? ¿Qué más nos da el nombre de una desconocida?

El coronel respondió por Killian:

—Porque no es una desconocida, ¿no es así, Killian?

Él contestó con voz suave imaginando el pandemonio que se produciría cuando supieran la verdad.

—No, no lo es. Ariel es Megan Campbell. —Stuart dio un puñetazo sobre la mesa que hizo crujir la madera y gritó:

—¡Lo sabía! ¡Eres un cerdo! —Furioso, se levantó señalando a Killian con el dedo, que también se levantó seguido por Fenton que los miraba a los dos alternativamente, sin saber de quién hablaban. La pequeña Alona, asustada por los gritos y el golpe, empezó a llorar y Niall protestó, en voz baja y con los ojos más rojos que nunca:

—¡Sois dos gilipollas! —Gale se levantó soltando una fea maldición y recogió a su hija de los brazos de Niall, sabiendo cómo se ponía cuando la despertaban de repente. Cuando eso ocurría, solo se calmaba en los brazos de su madre.

—Voy a llevarla con Brianna, si no, estará deleitándonos con sus gritos durante horas. Ahora vuelvo.

Niall aprovechó y se acercó a Stuart, que miraba enfurecido y con una llama roja en el fondo de los ojos a Killian. El juez, sin embargo, lo miraba tranquilo, pero preparado para lo que pudiera hacer Stuart. Era tan extraño que el coronel se enfadara, que ninguno sabía cómo podía reaccionar. Niall, cuya amistad con él databa de cuando los dos coincidieron con ocho años en el internado, era el único que sabía

cómo tratarlo.

—Vamos, Stuart. Tranquilízate. Sentémonos y hablemos. —Lo sujetó por el brazo; Stuart lo miró y lo que fuera que estaba a punto de decir, se le olvidó después de ver el rostro de su amigo. Respirando hondo, se sentó, diciéndole a Killian:

—Lo siento, no era mi intención ponerme así. —Todos lo imitaron en silencio, excepto su anfitrión que le preguntó:

—No lo entiendo. Sabía que te molestaría, pero no tanto… —Killian echó un vistazo de reojo a Fenton, que se sentó como todos y observaba en silencio, pero pálido, la conversación.

—Porque no sabes que llevo buscándola desde que asesinaron a su familia. —Fenton preguntó, perplejo:

—¿Por qué?

—No conocisteis a su familia, todos eran encantadores —suspiró—. Después de los asesinatos, el sobrino de Wilson que está en mi antiguo regimiento se puso en contacto conmigo. —Miró a Killian—. No sé si recordáis que me pidieron que lo ayudara porque el muchacho se había metido en un lío.

—Sí.

—Cuando hablamos, me dijo que Megan había desaparecido; nadie sabía dónde estaba y el muchacho estaba preocupado. Investigué un poco, solo quería saber que estaba bien y ofrecerle mi ayuda. No quería que se sintiera sola. —Fenton se mordió el labio por las ganas que tenía de decirle que Megan no estaba sola, pero entendió la mirada de Killian con la que le dijo que se tranquilizara. Killian, tranquilo, contestó a la pregunta implícita del coronel:

—Se marchó de su casa y alquiló un piso pequeño para que nadie pudiera localizarla. —Inclinó la cara hacia Stuart para que viera la verdad en sus ojos—. Al principio le dije que no la admitía; pero es realmente testaruda e insistió hasta que cambié de opinión, a cambio de algunas condiciones.

—¿Cuáles?

—Le dije que tenía que aprender kung-fu con Lee, y otras muchas cosas que le servirían para protegerse y para realizar el trabajo que le enseñaría yo mismo —lo dijo mirando a Fenton, para que supiera por qué ni siquiera él se había enterado de que había cogido a una mujer como agente; normalmente, Fenton era el que se encargaba de enseñar a los nuevos, a menos que estuviera en alguna misión o fuera de la ciudad—. Hicimos un trato: si cuando termináramos con su periodo de instrucción, yo consideraba que valía para nuestro trabajo, la admitiría y si no era así, ella no volvería a pedírmelo; sellamos el trato con un apretón de manos. —Sonrió al recordar la solemnidad del momento.

—¿Y qué pasó? —Fenton necesitaba saberlo todo sobre ella.

—Que jamás he visto a nadie luchar con tanto ahínco por algo, como a Megan por entrar en la organización —suspiró— y cuando se acabó la instrucción, tuve que admitirla. Como os he dicho, es muy tozuda, pero, como sabéis, fue una decisión acertada. Gracias a ella descubrimos que *el Maestro* es Joel Dixon. Fenton acudió a la última cita con ella y se lo dijo. —Todos lo miraron—. Pero, a la siguiente no acudió… en su lugar, nos llegó una nota escrita por ella… —Miró a Fenton para que continuara y él asintió, obedeciendo:

—En la nota me decía que le era imposible acudir a la cita, pero que se encontraba bien. También que no podía explicarme nada más por si interceptaban el mensaje. Por sus palabras no sabía si el medio que había utilizado era seguro. —Kirby frunció el ceño.

—¿Quién te llevó su nota?

—Una florista a la que le dio una moneda. —Movió la cabeza desalentado—. Por supuesto la interrogué, pagándole generosamente la información y me dijo que vio cómo Ariel… —rectificó en el momento— bueno, Megan, se marchaba de la casa más tarde acompañando a una joven rubia, de unos veintitantos y muy bien vestida. La florista dijo que la joven parecía rica y que había empezado a vivir en la casa desde hacía pocos meses. Es la hija de Joel Dixon y se llama Violet. Al parecer, ha estado casi toda su vida estudiando lejos. —Cian lo miró con los ojos entornados.

—Es curioso, no sabía que tuviera una hija; Amélie nunca la ha nombrado.

—Cierto —corroboró Killian, ambos, como marido y antiguo tutor de Amélie, se extrañaron. Cian sacudió la cabeza.

—No es normal que alguien tenga una hija y que la esconda así. Amélie siempre dice que Dixon, en la universidad, solía hablar bastante sobre su vida. —Negó con la cabeza.— No creo que sea su hija. Si no, no habría podido evitar nombrarla alguna vez. Amélie estuvo mucho tiempo yendo a sus clases y le hubiera escuchado nombrarla, al menos, una vez.

—Estoy de acuerdo —corroboraron todos dando su opinión, excepto Kirby que se quedó pensativo, con una extraña sensación. Era un pensamiento esquivo que se resistía a que lo retuviera en la mente. Con un gruñido silencioso, supo que, tarde o temprano, conseguiría que volviera a él, siempre y cuando, no lo pensase demasiado.

—¿Qué más te dijo la florista? —insistió el coronel.

—Ya te lo he dicho —contestó Fenton, pero al ver su expresión, amplió su explicación—. Solo que una anciana sirvienta que, por supuesto era Megan disfrazada, le había dado una libra a cambio de traerme el mensaje; entonces yo le dije que le daría otras cinco, a cambio de información. Dijo que poco después, la anciana y la joven que os he descrito, salían de la casa escoltadas por cuatro hombres

que cargaron algunas maletas en un carruaje al que subieron solo ellas. Enseguida, el carruaje arrancó con dos hombres cabalgando a cada costado. Eso es todo.

—Y, hasta ahora, no sabemos nada más, a pesar de que he puesto a todos los hombres a investigar este asunto… hasta James Mackenna, a pesar del lío que tiene con el incendio de su periódico, me ha enviado una carta desde Londres diciéndome que tampoco ha podido descubrir nada, es como si se las hubiera tragado la tierra. Parece que estamos en un callejón sin salida, por eso quiero pediros ayuda —su mirada recorrió los rostros de sus amigos… Kirby, Cian, Aidan, Niall y el coronel—, para que tengáis los ojos y los oídos bien abiertos.

Cian, que todos sabían que seguía teniendo contactos fiables en los bajos fondos de su vida anterior, preguntó con gesto serio:

—¿Cómo es esa Ariel?

Fenton contestó, casi sin darse cuenta:

—Cuando se quita el disfraz de anciana, parece salida de un cuento de hadas. Es de pequeña estatura y constitución delicada, morena, con unos enormes ojos verdes, su nariz es preciosa, respingona, y sus labios… —En el último momento prefirió callarse lo que opinaba de sus labios—. ¡Ah, y tiene las orejas muy sensibles! —concluyó con una sonrisa mirándose las manos. Cuando fue consciente de lo que había confesado sin querer, se calló. Todos lo miraron, alguno con curiosidad y otros con una sonrisilla burlona, reconociendo lo que le pasaba. En cualquier caso, se hizo un denso silencio hasta que Aidan se apiadó de él y desvió la atención general, preguntando a Killian:

—¿Cuándo se va a realizar la ceremonia de constitución del consejo?

—Está casi todo preparado, creo que será en una o dos semanas. No quiero retrasarlo más; no podemos estar más tiempo sin un consejo que nos guíe. Nuestra sociedad lo necesita. Demasiados años hemos estado sin ellos.

—Todos estamos de acuerdo contigo en eso, Killian. —Niall, junto con Burke, era de los que más dinero había destinado al proceso; también por la sencilla razón de que, de los cuatro legendarios, eran los más acomodados.

—Siento que Devan no haya podido venir. —Cian le dedicó a Kirby una sonrisa de medio lado que parecía la de un chiquillo travieso, en lugar del propietario del ilustre Club Enigma de Dublín, uno de los más importantes de Europa.

—Le hubiera gustado hacerlo, pero ahora no podemos dejar los dos el club. Las cosas están… un poco complicadas. —Para que Cian dijera algo semejante, tenía que ser cierto. Killian y Fenton eran los únicos que no parecían sorprendidos, pero resultaba normal dada la relación existente entre ellos desde que Cian se había casado con Amélie. Al

ver que nadie más preguntaba, lo hizo Niall:

—¿Qué pasa?

—¿Recordáis que, a Lorna, la dueña del *Columpio Rojo*, la asesinaron hace un par de años? —Todos lo recordaban. Lorna Khan fue amante de Cian hasta que él conoció a Amélie y la dejó. Poco después, Lorna murió—. Pues el *Columpio Rojo* ha permanecido cerrado hasta hace un par de semanas, que volvieron a abrirlo.

—No me digas que te preocupa la competencia —bromeó Niall sabiendo que tal cosa era casi imposible, teniendo en cuenta la exclusividad que todo Dublín asociaba al *Enigma;* muchos habían intentado copiarlo, pero, hasta la fecha, nadie lo había conseguido. —Cian, seguro de sí mismo como siempre, se rio de la ocurrencia en voz baja mientras negaba con la cabeza.

—En absoluto. Además, yo no tengo prostitutas en mi local y es lo único que tiene e*l Columpio Rojo*. Prostitutas y alcohol. —Levantó la mano al recordar algo—: ¡Ah!, y criminales. Por lo que he oído, ahora de eso tiene a montones.

—¿Entonces?

—A pesar de la clientela tranquila que me he esforzado en cultivar, durante la última semana hemos tenido dos conatos de pelea en el local. Una en el bar y la otra en la sala de juego; los hemos frenado a tiempo, pero porque en los dos casos estábamos Devan o yo. —Al ver que seguían sin entender, aclaró—: En las dos ocasiones, los alborotadores confesaron que habían sido enviados por el dueño del *Columpio*. Y ya sabéis cómo actúa la policía en esta ciudad en estas cuestiones, sencillamente mira para otro lado.

—¿No has hablado con él?

—Lo he intentado, pero hasta el momento ha sido imposible. O es cierto que no está nunca en el local o no tiene ningún interés en hablar conmigo. —Killian miró el reloj de cadena que llevaba en el bolsillo y se sobresaltó al ver la hora.

—Amigos, perdonad, pero nos quedan pocos minutos y hay otro tema sumamente importante del que debemos hablar. Ninguno lo habéis nombrado, pero estoy seguro de que no es por falta de interés —todos asintieron en silencio sabiendo a qué se refería y él miró a Kirby, que comenzó a hablar:

—Kristel lleva semanas estudiando los manuscritos de la época, y buscando en libros antiguos la manera de detener los planes de Lilith; ayer, dice que, por casualidad, encontró en uno de esos libros otra acepción para una expresión que había traducido con otro sentido. Para no aburriros, la muchacha que acepte dentro de su cuerpo el espíritu de Lilith, además de ser una vampira, virgen y pura, tiene que ser una poderosa psíquica. Hemos pensado que es un dato importante. Creo que este dato puede acotar bastante la búsqueda.

—Ya lo sabéis, si conocéis a alguna muchacha así, decídmelo —finalizó Killian.

~

GABRIELLE, Amélie y Kristel estaban sentadas alrededor de una mesa de piedra, bajo un templete escondido que estaba al fondo del jardín. Kristel miraba a su alrededor, maravillada.

—¡Esto es precioso, Gabrielle! Qué pena que Brianna haya tenido que entrar en la casa para intentar dormir a la niña. Le encantaría. —Gabrielle, a la que sus amigas habían encontrado muy repuesta, sonrió provocando que se formaran unos preciosos hoyuelos en sus mejillas.

—Gracias. Killian lo hizo construir para mí el año pasado, pero no te preocupes por Brianna, se lo he enseñado antes. Cuando han llegado, hemos dado un paseo con la niña —suspiró, intentando olvidar lo que había sentido al cogerla en brazos, algo que ella misma había insistido en hacer—. Killian es maravilloso, no os podéis imaginar lo bien que se ha portado durante todo este tiempo. —Amélie, que quería a Gabrielle como a una madre, cogió su mano y la apretó. Y Kristel le dijo lo que todavía no se había atrevido a decirle:

—Lo siento mucho, sé cuántas ganas tenías de tener un hijo. —Temió que sus palabras, al contrario de lo que era su intención, entristecieran a su amiga y continuó hablando—: Pero tenéis mucho tiempo. No te preocupes, estoy segura de que tendrás todos los hijos que quieras —se aturulló un poco en su intento de animarla, provocando una sonrisa divertida de Gabrielle.

—Con uno me conformo.

Amélie soltó una carcajada, pero enseguida pasó al tema que la preocupaba:

—Escuchad. Hay una razón para que os pidiera que diéramos un paseo. —Kristel y Gabrielle esperaron; conociéndola, no las haría esperar mucho tiempo. Miró a Kristel directamente y le dijo—: Tengo que hacerte una pregunta.

—Dime. —Amélie se mordisqueó el labio, repentinamente inquieta.

—Quería saber si habías descubierto algo más en los pergaminos. —Kristel pareció sorprendida—. No te extrañes, es normal que tenga curiosidad. —Al ver la mirada de Gabrielle, se justificó—. ¡Venga, seguro que tú también la tienes!, ¿no te gustaría saber todo lo que hablan nuestros maridos cuando se reúnen?

—Killian me lo cuenta luego.

—Y a mí Cian, pero no hablo de eso. ¿Por qué tenemos que esperar a que nos lo cuente?, ¿solo porque somos mujeres?

—Conoces mis ideas y sabes que soy la primera que lucho por la igualdad entre hombres y mujeres, pero creo que te equivocas al

pensar que ellos son el enemigo. —Amélie hizo un mohín de contrariedad y Gabrielle tuvo que ocultar una sonrisa—. Y si quieres saber lo último que he descubierto y que Killian ya sabe, es que la futura receptora del espíritu de Lilith tiene que ser una poderosa psíquica —afirmó Kristel con suavidad—. En cuanto a nuestros maridos y los demás… no he encontrado nunca a un grupo de hombres tan dispuestos a reconocer el lugar que de verdad les corresponde a las mujeres. Si no, no nombrarían a dos mujeres dentro del Consejo de Eruditos.

—¡Solo dos! —protestó Amélie.

—Dime una cosa, ¿de verdad crees que, si hubiera una mujer mejor preparada que los hombres que ocupan el resto de los puestos, no la habrían elegido? —Amélie se mantuvo tozudamente callada—. Te aseguro que no y te digo por qué lo sé; sencillamente, porque para tres puestos, me han pedido mi opinión y yo me he decidido por tres hombres, aunque para dos de ellos había rivales femeninos; y lo he hecho porque son mejores. Tienen más estudios y su currículum académico es impecable. —Al ver que Amélie parecía arrepentida por sus palabras, confesó—: Volviendo al otro asunto, os confieso que yo no he pensado en tener hijos.

—¿De verdad?

—Kirby y yo ni siquiera lo hemos hablado.

Amélie también tenía una confesión que hacer.

—Yo, de momento, no quiero tenerlos. —Kristel la miró con los ojos muy abiertos.

—¿No?

—¡Pues claro! No me malinterpretes, me encantan los niños y, más adelante seguro que quiero, pero ahora soy demasiado feliz y no quiero estropearlo. Cuando tengamos un hijo llegarán las noches sin dormir, las cacas, los vómitos… se acabó el romanticismo y la diversión —aseguró, provocando las risas de sus amigas.

Las carcajadas se fundieron con el sonido que hacía la brisa al pasar entre las hojas de los árboles que las rodeaban.

Capítulo 4

Brenda lo llevó a la taberna que había a la vuelta de la esquina; era la más cercana a las oficinas del puerto y a esa hora seguro que no había nadie más que ellos dos. Saludó con una inclinación de cabeza a la dueña y le preguntó a su nuevo jefe qué quería; Burke le contestó que un café doble y ella lo pidió junto con el té que tomaba todas las mañanas. Luego, lo precedió hasta su mesa preferida, una que había al fondo del local, en un rincón y la más aislada de todas, y se sentó de espaldas a la pared y frente a él. Burke esperó caballerosamente a que ella se acomodara mientras examinaba rápidamente el local con un vistazo aparentemente indiferente, lo que a Brenda le recordó al juez Richards. Cuando él y Kristel fueron a buscar los pergaminos encontrados al excavar los cimientos de la nueva catedral, Kirby también había observado el local antes de sentarse, como si quisiera asegurarse de que no había ninguna amenaza cerca.

—Tengo algunas preguntas para ti.

—Por supuesto, estoy a tu disposición. —La sonrisa de Burke hizo que se ruborizara y Brenda entornó los ojos lanzándole una mirada feroz; quería asegurarse de que entendiera que con ella no tenía nada que hacer y él no hizo ningún comentario más, pero se le borró la sonrisa.

—Creo que fue Walker el que consiguió los pergaminos que más tarde robaría *La Hermandad.* —Ella se quedó perpleja.

—Pensaba que querías hablar sobre el trabajo —protestó suavemente.

—Esto también forma parte del trabajo. Aunque seas humana estoy seguro de que, por tu relación con Walker, no se te escapa la importancia que tienen esos documentos para la comunidad vampírica y necesito saber todo lo que pueda sobre ellos. —Había tantos errores dentro de sus palabras, que ella, aunque intentó morderse la lengua, no pudo.

—¿Cómo sabes que soy humana? —Las chispas que saltaban en sus ojos confundieron a Burke, que no entendía por qué se había enfadado.

—Por tu olor…

Ella no le dejó terminar.

—Entonces, tu nariz te engaña.

—¿Quieres decir que eres una vampira? —preguntó, burlón, sabiendo que era imposible; si lo fuera, él se habría dado cuenta.

—No. Soy mestiza —afirmó y él inhaló bruscamente, indignado.

—No me gusta esa palabra.

—Si yo puedo decirla después de años de escucharla como insulto, tú no puedes prohibirme que lo haga.

—Tienes razón. Lo siento —confesó, arrepentido y perplejo por no haber descubierto que parte de su sangre era vampira—. No entiendo cómo ha ocurrido. Creo que es la primera vez que me confundo así con alguien. —Ella permaneció en silencio y él insistió—: En cuanto a… los pergaminos —recordó suavemente.

—Sí —suspiró Brenda—. Mi… —poco faltó para que metiera la pata—unos obreros que estaban preparando el terreno para los cimientos de la catedral, descubrieron un paquete cubierto con la piel de algún animal, que tenía unos documentos en su interior, con apariencia de ser muy antiguos; se lo ofrecieron a Walker a cambio de dinero, por supuesto.

—¿Por qué a él? —Brenda se encogió de hombros.

—Eso no te lo puedo decir. Sé que tenía relación con uno de ellos, pero no sé por qué. Walker pagó lo que le pedían y se quedó con el paquete.

—¿Y por qué no hizo nada con los pergaminos?

—No se fiaba de la policía y estaba decidiendo a quién se los podía llevar para que los tradujeran, cuando murió.

—Entiendo. —Admiró, maravillado, su belleza durante unos segundos, aunque su rostro estaba rígido—. Creo que, al menos al comienzo, tendremos que trabajar todos los días hasta tarde. He alquilado una casa en la colina y pienso que seríamos más eficientes si vinieras a vivir allí durante una temporada. —Ella lo miró boquiabierta, no sabía si reírse en su cara o pegarle una bofetada y marcharse; él pareció adivinar sus pensamientos porque sonrió con picardía—. No va a pasar nada inconveniente; a menos que tú quieras que pase.

—Eres demasiado presumido para mi gusto —aseguró, haciendo que él entrecerrara los ojos, molesto—, y no iré a vivir contigo. Si quieres que siga trabajando para ti, lo haré, pero seguiré viviendo en mi casa de las afueras. Es cierto que habrá días en los que me tendré que quedar hasta tarde, pero si es necesario, puedo dormir en la cama que hay en la oficina. Ya lo he hecho antes.

—¡Ah!, ¿hay una cama? Es bueno saberlo… —Se la quedó mirando distraído, como si estuviera pensando en otra cosa. Como el silencio se alargaba, Brenda propuso:

—Creo que deberíamos volver. Cuanto antes lo hagamos, antes podré empezar a explicártelo todo.

—De acuerdo —aceptó Burke.

La siguió a través del oscuro local hasta salir a la calle, hipnotizado por el movimiento de sus caderas, intentando evitar que sus colmillos crecieran fruto de la excitación. Estaba empezando a imaginarse lo difícil que iba a ser para él convivir con Brenda Stevens durante unas semanas. O meses.

~

JOEL DIXON MANTUVO su mano derecha en el aire, con el dorso hacia arriba, intentando que no temblara, pero no lo consiguió. Las consecuencias de una larga vida llena de excesos, aun siendo un vampiro, había comenzado a sentirlas dos años atrás. Se lamió el labio inferior, mirando fijamente el vaso lleno de *whisky* que tenía sobre la mesa, ante él, y que podía coger en cuanto alargara la mano, pero se contuvo. Desde hacía mucho tiempo sentía que el remordimiento crecía poco a poco dentro de él, hasta que ya lo llenaba todo, haciéndolo más débil. Él lo intentaba ahogar con alcohol, pero por mucho que bebiera, sabía que no iba a conseguir su propósito.

—¡Vamos! ¡Bébetelo, borracho! —ordenó su némesis entrando en el sótano en el que se reunían todas las noches. Dixon, el supuesto *Maestro*, con los ojos enrojecidos y una mueca amarga en la boca, se resistió a hacer lo que le ordenaba Sanderson; por primera vez en mucho tiempo, mantuvo valientemente su mirada sin mover un solo músculo.

Sanderson se acercó a la silla que había frente a él y se dejó caer en ella con pose altiva. Sus ojos refulgieron con un destello rojo anunciándole la peor de las muertes, llena de dolor, pero Joel Dixon estaba más allá de eso. Había llegado a un punto en el que casi prefería morir a vivir así. Todos los días despertaba sintiendo asco de sí mismo y no había peor sentimiento que ese. Al menos era el más horrible que él había sentido desde su nacimiento, doscientos cuatro años atrás.

—¿Estás seguro de que no quieres beber? Mira que te va a hacer falta… —canturreó, amenazante.

El escalofrío que le corrió a Joel por la espalda hizo que, finalmente, cogiera el vaso y lo vaciara en su boca. Después, levantó la mirada y escuchó a su carcelero.

—Hoy ha venido Curtis. Dice que por los bajos fondos corre el rumor de que la vieja sirvienta que se fue con la chica, en realidad es una espía de *La Brigada* —masculló. Sus ojos negros se volvieron rojos y numerosas chispas de furia saltaban de ellos mientras miraba a

Dixon con desprecio—. Si no te necesitara vivo, te mataría. Nada me haría más feliz —aseguró.

—Y a mí también —se atrevió a contestar, dejándolo momentáneamente sorprendido.

—Entonces, estamos de acuerdo en algo. Mañana saldremos hacia la casa donde tengo escondida a la muchacha y solucionaré el problema. Ya le he enviado un telegrama a Edevane para que nos espere y que vigile a la vieja. Nunca me gustó.

—Me extraña que no hayas ordenado que la maten directamente.

Sanderson sonrió cruelmente.

—La mataré después de sacarle la verdad sobre todo lo que sabe de *La Brigada con* mis propias manos. Yo también me merezco un poco de diversión de vez en cuando. —Joel no pudo evitar una mueca de asco que hizo reaccionar a Sanderson—. No creo que me odies ni una mínima parte de lo que yo te odio a ti —continuó—. Si llego a saber que me ibas a resultar tan desagradable cuando te recogí en aquel garito de El Cairo… ahora no estarías aquí. —Entornó los ojos con una mueca de asco en la boca—. ¿Recuerdas cómo estabas de desesperado entonces, sin un céntimo y sin nadie a quien recurrir? Habías dilapidado la fortuna familiar y abandonado Inglaterra después de una sucesión de escándalos. Me costó mucho dinero conseguir que te admitieran de nuevo en el claustro de profesores. —Dixon, a pesar de que acababa de beberse el vaso entero, sentía una sed tan terrible como si no hubiera bebido una gota de alcohol en un mes.

—Si crees que te agradezco que me eligieras a mí… estás muy equivocado. No sé cuánto me desprecias tú, pero te aseguro que yo sería capaz de morir si con eso consiguiera llevarte por delante.

—Como te dije hace poco, por fin estás mostrando algo de arrojo, y eso es algo que valoro. Aunque no te va a servir de nada. —Se inclinó sobre la mesa con los ojos fijos en él—. ¡Entérate bien!, necesito que vengas conmigo a buscar a tu supuesta hija, pero, si es necesario, me desharé de ti antes de lo planeado.

—¿Qué… qué vas a hacer con ella? —Sanderson se extrañó por la pregunta.

—¿Con la criada?

Dixon sacudió la cabeza hacia los lados, intentando pensar lo más deprisa que podía. Puede que, si fuera listo y permaneciera sobrio por una vez, conseguiría salvar a Violet. Pero si quería conseguirlo, Sanderson no podía sospechar que tenía un plan.

—No, con la muchacha. Con… Violet. —Intentó aparentar que no le importaba demasiado su contestación, pero el mayordomo entornó los ojos antes de contestar desabridamente:

—¿Y a ti qué te importa? No me digas que tenía razón cuando te dije que me parecía que le estabas cogiendo demasiado cariño… —

Esperó una contestación que no llegó—. Pues olvídate de ella. —Se le ocurrió algo que lo hizo estallar en carcajadas desagradables—. Te puedo asegurar que cuidaremos de su cuerpo. Eso, seguro. En cuanto a su espíritu, me temo que tendremos que destruirlo para hacer sitio al de Lilith. —Después de reírse con ganas, con una sonrisa burlona y despectiva se levantó, dirigiéndose hacia la puerta. Se volvió hacia el presunto dueño de la casa en la que él, supuestamente, trabajaba como mayordomo y ordenó—:

Espero que estés preparado a las nueve y que no me des problemas.

~

FINALMENTE, el tiempo parecía haber decidido acompañar la celebración. Durante un par de horas dio la sensación de que iba a diluviar, pero después de una ligera llovizna había vuelto a salir el sol y entonces, Gabrielle, antes de dar el paseo, había encargado a Stevens que pusieran la mesa para comer en el jardín. Cuando ella, Kristel y Amélie volvieron caminando entre murmullos y sonrisas, los criados estaban terminando de prepararlo todo bajo un sol radiante. Gabrielle se dirigió a sus amigas:

—Perdonad un momento. Sentaos si queréis. Le diré a Stevens que os traiga algo refrescante. —Miró hacia el cielo—. Parece mentira que haya estado lloviendo hasta hace media hora.

—El jardín está precioso. —A Kristel le había encantado cómo lo habían dejado. Gabrielle asintió con una sonrisa y se marchó, dirigiéndose al despacho de su marido. Llamó a la puerta y asomó la cabeza tímidamente cuando le autorizó a pasar; cuando la vieron, todos los presentes se levantaron respetuosamente y Killian estuvo junto a ella enseguida, con una sonrisa en la cara. Abrió un poco más la puerta para que entrara, pero ella no quería y preguntó:

—¿Pasa algo, amor mío? —Ella recibió su beso en la sien con una sonrisa.

—No, solo quería deciros que las mesas ya están preparadas. Como hace tan buen día, he decidido que las pongan en la glorieta. Pero si no habéis terminado…

Killian la interrumpió:

—Hemos acabado. Iremos enseguida —prometió—. ¿Cómo estás? —preguntó con la frente arrugada.

—Bien, no te preocupes. He tenido mucho rato a la pequeña Alona en brazos. —Al ver la cara que ponía su marido, le puso la mano en el brazo—. ¡No, tranquilo! Se lo he pedido yo a Lilly cuando nos hemos quedado a solas con Alona y solo he sentido ternura hacia la niña, como siempre me pasaba cuando cogía a un niño en brazos, nada más. —Pestañeó para alejar las lágrimas de emoción que amenazaban sus

ojos—. Lilly se ha transformado en una jovencita hermosísima y encantadora, exactamente igual que su hermana. —Killian la abrazó inspirando hondo, intentando apartar de sí el miedo que sentía.

—Me alegro mucho, cariño.

—No te preocupes más por mí. Estoy bien —repitió. Le dio un último beso en los labios y desapareció por el pasillo, seguida por la mirada enamorada del juez.

Poco después, todos estaban en el jardín comenzando a sentarse a la mesa. Aidan se dio cuenta, antes que nadie, de que ella no estaba y se inclinó para preguntarle a Brianna con un susurro:

—¿Dónde está Sarah? —Brianna miró a su alrededor.

—Ha entrado hace unos minutos a por algo; parece que tarda un poco. —Aidan observó a Alona que estaba dormida en su cuna y contestó:

—Iré a buscarla.

Brianna iba a decirle que era mejor que lo hiciera ella, pero se distrajo cuando Gale la llamó para que se sentara a su lado. Killian quería que presidieran un lado de la mesa y al otro estarían él y Gabrielle. En uno de los lados, junto a Gale, se sentaban Fenton, Cian, Amélie, y Niall; frente a ellos, empezando por Brianna, se sentaba su hermana Lilly, junto a la que había dos asientos vacíos destinados a Sarah y a Aidan, después el coronel, Kirby, y Kristel, que estaba junto a Killian.

~

AIDAN SUBIÓ los escalones de dos en dos. Gracias a que era el médico de la familia conocía las costumbres de la casa a la perfección y, aunque no hubiera sido así, le bastaba su olfato para encontrarla. Cuando llegó frente a su puerta, llamó, pero no le respondió nadie. Entonces abrió, preocupado. Ella parecía estar bien y tan guapa como siempre. Entró y cerró, apoyándose en la puerta. No podía dejar de mirarla. La luz que entraba por la ventana, enmarcaba su pelo castaño resaltando las hebras doradas y cobrizas, mostrando lo engañoso que era ese color aparentemente inocente. Sus ojos eran marrones con vetas doradas; ahora no podía verlos, pero los tenía grabados en su memoria.

—¿Por qué no has contestado?

—Sabía que eras tú —susurró ella. Estaba sentada en el banco de madera que había junto a la ventana desde donde parecía haber estado mirando el jardín, pero en ese momento se levantó. Aidan utilizó toda su fuerza de voluntad para no moverse hacia ella, cogerla entre sus brazos y…

—¿Cuánto tiempo va a durar esto? —Ella se puso rígida.

—No sé a qué te refieres —mintió, enrojeciendo al hacerlo. Aidan apretó los dientes, enfadado. Estaba harto.

—¿No? Entonces supongo que no me dejas otra opción que ser más claro, aunque a ti te resulte desagradable. —En dos zancadas se colocó junto a ella, inhalando profundamente para llevar su olor a lo más profundo de sus pulmones. Maravillado por su fragancia, mantuvo su fachada de enfado al preguntar—: ¿Es porque soy medio lobo? —Los ojos de ella se agrandaron, horrorizados por la insinuación y lo observó fijamente, intentando averiguar si hablaba en serio. Su mirada recorrió su barbilla cuadrada, los ojos grises llenos de sombras, su pelo también castaño, pero tan diferente al suyo, y sus labios. Su mirada se quedó fija en ellos durante unos segundos, hasta que se obligó a sí misma a apartarla.

—No sé cómo puedes hacerme esa pregunta —susurró, dolida—. Creía que, al menos, intentaríamos llevarnos bien, pero parece que solo has venido aquí a discutir.

—¿Y qué quieres? —Miró a su alrededor y señaló la habitación, con expresión acusadora—. Los dos sabemos que te has encerrado aquí hasta que yo me vaya, como haces siempre cuando me reúno con la familia. No sé si has notado que ya casi no voy a verlos… —acusó. Sarah se abochornó al escucharlo.

—Gale se queja mucho sobre eso, pero no sabía que… —Lo miró, incrédula—. ¿No vas allí por mí? —Aidan se mantuvo callado, pero ella leyó la verdad en su rostro—. Por favor, no quiero que dejes de visitar a tu familia. Tenías que habérmelo dicho. —Enrojeció por la culpabilidad—. Me iré, te lo prometo. Luego hablaré con Brianna y… —sus palabras se vieron sofocadas por el beso más apasionado que había recibido nunca.

Los ojos de Sarah se abrieron como platos ante el frenesí con el que su lengua recorría su boca, y las palmas de sus manos, su cuerpo. Aidan por fin pudo disfrutar de su sabor, y de la fragancia que lo había enamorado la primera vez que estuvo cerca de ella. Desde ese momento, su alma supo gracias a su instinto ancestral que una tímida maestra viuda era su compañera, la mujer que había sido creada para él. Ella permanecía quieta, aceptando sus caricias, aunque no las devolvía y él aprovechó esa tregua para inspeccionar su boca a conciencia; así descubrió que, acariciando con la lengua su labio inferior, Sarah se estremecía de deseo y se apretaba contra él, pidiéndole más. Las manos de Sarah, por fin, se aferraron a la nuca masculina, acariciando el cabello del médico que soltó un gruñido. Durante un instante, él pensó lo poco que tardaría en llevarla a la cama y hacerla suya, pero precisamente por lo importante que era Sarah para él, se apartó, retrocediendo dos pasos.

—No —masculló entre dientes. Ella lo miró incrédula y excitada.

—¿Qué quieres decir? —Él sacudió la cabeza, insistiendo en negarse, a pesar de que la prueba de su excitación abultaba sus pantalones.

—Que no quiero que cuando te haga mía, sea así. Que dure cinco minutos y luego nos sintamos avergonzados y nerviosos. No. —Se pasó las manos por el pelo, sintiendo que se moriría si no entraba dentro de ella, pero se obligó a caminar hacia la puerta—. Me iré de la fiesta. —Ella alargó el brazo y caminó hacia él un paso, pero se detuvo cuando él se volvió—. Pondré cualquier excusa sobre mi trabajo. —Sonrió con amargura, burlándose de sí mismo—. Me he hecho un experto mintiendo desde que te conozco. —Repentinamente, se acercó a ella de nuevo y le dio un último beso, luego, acunando su cara entre sus grandes manos, afirmó con voz grave—: Sarah, no podemos seguir así. Si no tomas tú la decisión, lo haré yo.

Ella cerró los ojos, desconsolada y él se marchó.

~

DESPUÉS DE LA precipitada marcha de Aidan y de que poco después, llegara una criada diciendo que Sarah tenía jaqueca y que la disculparan, comenzaron a comer sin hacer ningún comentario, aunque todos se imaginaban lo que había pasado.

La comida era sorprendente porque se trataba de platos típicos de Dublín, combinados con otros traídos de todo el país, replicados por la cocinera. Había varias fuentes con salmón ahumado y también el famoso *Coddle* dublinés, un plato que se hacía con beicon, salchichas, cebolla y patata; una estupenda sopa cremosa de pescado y marisco, típica del norte; berberechos y mejillones con especias y panecillos de patata y cordero asado a fuego lento. Era imposible que los invitados se comieran todo lo que les sirvieron, aunque alguno de ellos lo intentó; por eso echaron de menos a Burke que era el más tragón, con diferencia, de todos. De postre había *pudding* y tarta, pero la mayoría de los comensales habían abandonado, entre risas, mucho antes el cubierto en el plato.

Killian, con una carcajada, llamó a Stevens para que comenzaran a servir los cafés después de escuchar las quejas de sus amigos por lo atiborrados que estaban, pero el mayordomo se dirigía a él con un sobre en la mano. Arrugando la frente, alargó la mano para cogerlo y escuchar lo que le dijo:

—Lo ha traído un chico en mano, señor. Ha dicho al lacayo que le ha abierto la puerta, que le pagaron en una posada para que lo hiciera y luego se ha marchado corriendo. Cuando me lo ha dicho Tim, ya se había marchado. —Stevens se retiró y Killian lo abrió consciente del enorme silencio que se había hecho en torno a la mesa, como si todos

intuyeran la importancia de la carta que tenía en sus manos.

Era corta. Enseguida, levantó la mirada y dijo solo una palabra:

—Fenton. —Se había puesto de pie antes de que lo llamara. No sabía cómo, pero había adivinado que era de ella. Con tres zancadas estuvo junto a Killian y la leyó sin importarle estar rodeado de gente.

Hola, Killian:

No me atrevo a darte demasiados detalles por si interceptan este mensaje. Estoy segura de que ya sabéis que he tenido que salir de Dublín. Viajamos en dirección suroeste, pero, aunque he intentado enterarme del sitio en concreto al que vamos, no he conseguido nada. Le he dado unas monedas a un chico del lugar donde nos hemos detenido a cambiar de caballos, para que te lleve la nota; espero que lo haga. Lo siento, pero no he tenido más remedio que venir. Si volvemos a vernos, te lo explicaré todo.

A.

Escribo esta nota desde la posada de *El pato mareado,* en Limerick, pero no sé dónde nos llevarán después y te la envío a ti porque es la única dirección que conozco.

Por favor, dile a Fenton que estoy bien.

Fenton la leyó dos veces antes de levantar la vista buscando a Killian. Estaba hablando con el coronel, que se había acercado a preguntarle por el contenido de la carta. Los demás los observaban con cara de circunstancias, sin saber qué había pasado, pero conscientes de que la fiesta se había terminado. Killian murmuró una disculpa en voz alta y se encaminó a su despacho, seguido por Fenton y Stuart, este último se unió a ellos en silencio.

—Deberíamos ir —musitó Niall observando cómo se marchaban, pero Kirby lo contradijo:

—No. Si nos necesitan, nos lo dirán. Creo que es mejor que les dejemos unos minutos a solas.

Stuart cerró la puerta, ya que había sido el último en entrar en el despacho de Killian y se quedó apoyado en ella, cruzado de brazos. Fenton, con un resoplido de impaciencia se dirigió al mapa de Irlanda que Killian tenía colgado en una de las paredes. Buscó Limerick y las poblaciones cercanas a esa ciudad. Killian y Stuart lo imitaron y observaron cómo seguía los caminos más importantes, con el índice.

—Adare, Askeaton, Killmalock, Newcastle West, Trallee… ¡joder, podrían haber llegado hasta Dingle! —protestó Fenton.

Killian intervino con voz mucho más reposada:

—Hemos tenido suerte —Fenton asintió con aparente tranquilidad, aunque en lo único en lo que podía pensar era en montar en su caballo y marcharse a buscarla—. De otro modo no sabríamos qué dirección habrían tomado.

—Salgo ahora mismo —afirmó, mirando a Killian.

—¿Quieres llevarte a algún hombre?

—No puedo esperar y, además, estamos demasiados escasos de agentes… —Miró a Killian a los ojos—. No volveré hasta que no la encuentre.

—Yo me voy contigo. —Se volvieron al escuchar la voz del coronel. Hasta ese momento había estado callado, pero su expresión era resuelta—. Pero antes pasaremos por mi casa. Tengo que llevarme mis armas.

—¿Qué armas? —preguntó Killian frunciendo el entrecejo.

—Tengo varios Colt en perfecto estado que nos pueden venir muy bien. —Killian abrió la boca, pero Fenton no le dejó contestar.

—Estupendo. Entonces, eres bienvenido.

Después de despedirse de él, se marcharon a toda prisa. Killian se quedó pensando que nunca se le hubiera ocurrido cómo terminaría ese bautizo.

Capítulo 5

Ariel dejó la bandeja con los platos vacíos en la cocina y se quedó durante un momento apoyada en el viejo fregadero de piedra, pensando en él. Intentaba no hacerlo porque no serviría de nada que se distrajera, pero se prometió que, si conseguía salir de esa situación, no se negaría nunca más algo que quisiera de verdad, como por ejemplo a Fenton Strongbow. Desde que lo había conocido, algo había empezado a descongelarse dentro de ella, algo que se había helado cuando asesinaron a su familia tan salvajemente.

Su cuñado era ministro del Gobierno británico cuando ocurrió y, aunque era una excelente persona, siempre había locos que querían asesinar a un político importante; pero su hermana, que había sido como una madre para ella y su sobrina, solo una niña, eran dos muertes que no podía asumir. Agachó la cabeza moviéndola a los lados, negando todavía la crueldad de sus muertes a pesar del tiempo transcurrido, cuando escuchó unos pasos acercándose por el pasillo y se irguió, metiendo las manos en el fregadero y empezando a fregar los cacharros sucios.

Habían tenido cuatro vigilantes hasta el día anterior, Curtis, uno al que ya conocía y que se había marchado de vuelta a Dublín, o eso suponía ella; Damon, Edevane y Death. Ariel había grabado en su mente cómo eran físicamente y todo lo que decían, por si conseguía escapar, para poder repetírselo a Killian o a Fenton cuando volviera a verlos.

Las pisadas eran de Edevane. Aunque era menos fanfarrón que los otros dos, a ella le parecía que era el más peligroso. No solía levantar la voz, al contrario que sus compañeros, pero sus ojos eran inteligentes e inquietantemente vacíos, como si no tuvieran alma. Ariel se estremecía interiormente cuando se la quedaba mirando fijamente, algo que hacía cada vez con más frecuencia; lo que le inducía a pensar que empezaba a sospechar de ella.

—Vieja. —Siempre la llamaba así, aunque le había recordado su supuesto nombre, Betsy, en varias ocasiones.

Cuando los otros lo escuchaban hablarla así, se reían burlonamente y, si Violet estaba delante, apartaba la mirada, ya que Ariel le había

prohibido que la defendiera, hicieran lo que hicieran puesto que, cuanto más inofensivas pensaran que eran, más fácil sería fugarse. Se volvió hacia el rubio asesino, delgado y elegantemente vestido, cuya belleza delicada demostraba cuánto engañaban las apariencias. Mirándola burlonamente, ordenó:

—Mañana viene Sanderson. Prepara algo bueno de comer —ella asintió, pensando rápidamente, aunque mantuvo el gesto impasible para evitar que el vampiro pudiera leer algo en él; este continuó observándola fijamente, con gesto de desprecio—. Estoy seguro de que estás deseando verlo. —Esperó una reacción suya, pero ella se mantuvo impasible—. Él a ti, sí. —Ariel sintió que el vello de su nuca se erizaba ante la amenaza, pero mantuvo su fachada indiferente.

—No hay nada de carne. —Ella misma la había enterrado la noche anterior en el jardín, para tener una excusa para ir a la ciudad—. Si viene el señor Sanderson, habrá que ir a comprar al mercado. —Edevane entornó los ojos, pero ella se mantuvo inmóvil hasta que, después de un par de minutos, asintió.

—Está bien. Damon te llevará en el carruaje para no llamar la atención. —Su boca se curvó en una sonrisa estremecedora—. Estoy deseando que llegue el día de mañana, vieja. —Se estremeció al darse cuenta de que pensaba divertirse a costa de su dolor, pero no le dio la satisfacción de que lo notara.

—¿Y qué sé yo lo que hay que comprar? —contestó acentuando su burdo acento de criada. Se giró hacia él, despacio, como lo haría una mujer de su edad—. Eso es cosa de la señora de la casa o de las cocineras. Ni siquiera sé leer o escribir, cualquier tendero podría engañarme con las vueltas. —El asesino la miró con los ojos entrecerrados, pero debió de pensar que era demasiado lerda para engañarlo y resopló, furioso.

—Eres una inútil —farfulló—. Está bien, avisa a Violet y que te acompañe, pero quiero que estéis de vuelta antes de una hora —ella asintió con la misma expresión atontada que intentaba poner siempre en su presencia, mientras que en su cerebro empezó a planear rápidamente todo lo que tenían que hacer. Se dio la vuelta y comenzó a secarse las manos con toda la parsimonia que pudo, escuchando la maldición que escupió el matón rubio antes de volver a salir al jardín donde estaban los otros dos.

Arriesgándose, puede que demasiado, Ariel anduvo de puntillas el mismo camino que el criminal había recorrido hacía un par de minutos, pero ella se quedó en el umbral de la puerta que daba al jardín, escondida tras la pared y aguzó el oído. Estaban lo bastante lejos como para oír lo que decían, pero se había levantado un poco de viento y, de vez en cuando le llegaban ráfagas de lo que comentaba Damon. Ariel cerró los ojos para poder concentrarse mejor y escuchó:

—¿Por qué tengo que ir yo a llevarlas? —Del resto solo escuchó un murmullo, pero le pareció que Edevane ponía a su compinche en su sitio con una de sus cortantes contestaciones; el rubio siguió hablando, pero ella no pudo oír nada. Inquieta, se mordió el labio con fuerza sintiendo que lo que iban a hablar era importante.

—Sanderson ha tomado una decisión. Va a deshacerse de la vieja, pero antes quiere hablar con ella, por eso viene. Lo hará mañana después de que nos dé de comer. —Los tres se rieron—. Cuando todo haya terminado, lanzaremos su cadáver al mar y nos iremos a otro sitio.

—¿Por qué le tiene tanta manía? A mí me parece inofensiva.

—Porque eres un estúpido —contestó Edevane que, como Ariel había imaginado, actuaba siguiendo las órdenes de Sanderson—. Es más lista de lo que parece. Eso dice el jefe y yo opino lo mismo.

—¿Y la chica?

—Nos la llevaremos, claro. Es la más importante de toda esta historia.

Ariel se escabulló en silencio de su escondite, corriendo en dirección a la habitación de Violet. Entró sin llamar y le hizo un gesto con la mano. Su amiga se levantó, pálida de la cama.

—¿Qué pasa? —susurró.

—Prepárate, vamos a la ciudad. Ellos creen que vamos a comprar al mercado, pero cuando lleguemos al pueblo, llévate las manos a la cabeza como si te doliera mucho y grita bastante fuerte. Les diremos que nos lleven a la botica. Coge el dinero y las joyas que hayas traído. —Se mordió el labio, pensando—. No podemos llevar ninguna bolsa de viaje, solo tu bolso de mano.

Violet fue hacia su arcón.

—Tengo uno bastante grande que utilizaba cuando iba a clase.

—Estupendo, porque tengo una idea y necesito que lleves algunas cosas mías. Ahora vengo, prepárate. Damon subirá enseguida.

En su dormitorio, Ariel cogió un vestido y un traje de caballero que había escondido debajo del colchón cuando llegaron; como su dinero lo llevaba escondido debajo de la faja que le engordaba la cintura y el vientre, solo se cambió los viejos zapatos que usaba en ese momento por unas viejas botas de buena calidad, que siempre tenía sucias para que no llamaran la atención y que eran ideales para lo que tenía en mente. Cuando entró de nuevo en la habitación de Violet, le dijo:

—¡Ah, se me olvidaba! No lleves tacones. Seguramente, tendremos que correr. —Violet, pálida, se sentó para cambiarse de zapatos.

~

POR FIN HABÍAN LLEGADO. Cameron se bajó del caballo y, enseguida,

caminó hacia Nimué cuyo gesto de dolor le preocupaba desde hacía bastante; a pesar de su incomodidad, era tan testaruda que se había negado a parar y el último trayecto de dos horas lo habían hecho de un tirón. Su dolor era tan grande que dejó que la cogiera por la cintura sin quejarse y que la bajara con cuidado hasta el suelo; después, hizo que se apoyara en él para caminar juntos hasta la puerta de la casa. Les abrió Maire, la anciana sirvienta de Cedric que seguía cobrando su sueldo, siguiendo sus instrucciones. La mujer se asomó y se tranquilizó al ver quiénes eran, y a Cameron le sorprendieron sus siguientes palabras:

—¡Gracias a Dios que han venido! —Miró hacia atrás, como si se asegurara de que nadie pudiera escucharla, haciendo que Cameron se pusiera alerta porque la vivienda, aparte de la sirvienta, tenía que estar vacía—. Le he dicho que no podía entrar hasta que ustedes vinieran, tal y como usted me dijo, pero no me ha hecho caso… —murmuró. Cameron esperó hasta dejar a Nimué en una silla del vestíbulo; ella hizo otro gesto de incomodidad al sentarse y Cameron se prometió que, en cuanto solucionara el otro problema, se ocuparía de que estuviera lo más cómoda posible.

—Hola, Maire, ¿cómo está? —A pesar de la incomodidad, saludó cariñosamente a la criada.

—Bien, señora, pero usted parece enferma. —Nimué se apartó un mechón de la cara que se le había soltado del moño y sonrió aunque estaba muy pálida.

Cameron escuchó ruidos en la biblioteca de Cedric y se volvió con la frente arrugada a la sirvienta:

—¿Quién está ahí?

—El sobrino del señor Cedric. —Cameron apretó los dientes y entornó los ojos, pero antes de enfrentarse a él, se acuclilló para hablar con Nimué.

—¿Por qué no dejas que Maire te acompañe a una habitación y te acuestas un rato? Luego iré a verte. —Pero ella también conocía a Cathal O´Connor y se preocupó.

—Creo que es mejor que te acompañe… —comenzó, pero él volvió a ponerse en pie y se dirigió a la anciana:

—Nimué está muy cansada. Hemos hecho un largo trecho cabalgando. ¿Puede ayudarla a acostarse? Yo me encargaré de él, no se preocupe. —Maire, con aspecto de alivio, asintió rápidamente y comenzó a hablar con Nimué sobre un ungüento milagroso que le quitaría el dolor. Cameron no escuchó más porque se dirigió rápidamente al salón.

Estaba todo patas arriba. El sobrino de Cedric era tan descerebrado, que ni siquiera era consciente del valor de algunos de los incunables que había tirado despreocupadamente al suelo. Ahora estaba

arrodillado frente a la caja fuerte de su tío, que estaba escondida detrás de varias hileras de libros que había apartado torpemente. En su mano derecha tenía una poderosa palanca de hierro con la que no había que ser un genio para imaginarse lo que pretendía hacer. No sabía si esperar a que hiciera el ridículo cuando se diera cuenta de que no conseguiría nada, o echarle de la casa directamente. Pero nunca había tenido paciencia con los estúpidos.

—¿Qué pretendes hacer con eso?

Se volvió hacia él con la boca abierta por la sorpresa y, entonces, Cameron pudo comprobar la huella que la disipación había dejado en su rostro, haciéndole parecer diez años mayor de lo que era. A pesar del miedo que vio en su cara, como era un fanfarrón, se levantó de un salto y se lo quedó mirando con actitud chulesca.

—Eso no es asunto tuyo. ¡Soy el único heredero de mi tío y puedo hacer lo que quiera en esta casa! —Cam chasqueó la lengua acercándose tranquilamente a él. Ese idiota avaricioso se había portado fatal con Cedric cuando estaba vivo, y él estaba suficientemente enfadado para hacérselo pagar.

—Como te dije hace dos semanas —intentó no levantar la voz para no molestar a Nimué—, tu tío te dejó la casa, algo que no me explico porque nunca te preocupaste por él, pero el contenido, incluyendo la caja fuerte, por supuesto, se lo ha dejado a ella… —Le sorprendió la ira de Cathal ya que cuando le comunicó los términos del testamento no se había enfadado tanto, incluso pareció agradecido porque Cedric le hubiera dejado la casa.

—¡Eso habrá que verlo! ¡Me he informado de mis derechos y os voy a denunciar a los dos! —gritó escupiendo saliva al hablar. Estaba muy rojo. Cameron lo interrumpió imaginando que, si no lo hacía, perdería los papeles del todo. Intentó mantener un tono de voz razonable, a pesar de que le costaba controlarse para no darle un puñetazo y echarlo a la calle.

—Cathal, es mejor que te marches y que no vuelvas hasta que te avise de que hemos vaciado la casa. —El sobrino de Cedric demostró el poco cerebro que había tenido siempre, al gritar:

—¡No me da la gana! ¡Vete tú! ¡Y llévate a esa perra humana, no permitiré que me robe lo que es mío! —De repente, Cameron sintió que lo cegaba la furia y dio un salto, colocándose frente a él y agarrándolo por la pechera. Lo sacudió un par de veces como haría un perro con un hueso mientras que el olor de su miedo le provocaba una sonrisa cruel.

—No eres más que un pedazo de mierda y ya estoy harto de ti, ¿entiendes? —Volvió a sacudirlo haciendo que temblara todo el cuerpo—. No se te ocurra volver a nombrarla… ¡no, aún mejor! Ni siquiera te atrevas a pensar en ella… —Sus ojos totalmente rojos se

clavaban en los del otro vampiro deseando terminar esa discusión para siempre, pero recordó quién era su tío—. Si vuelvo a oírte decir algo sobre Nimué, lo que sea, te arrancaré el corazón con mis propias manos. —Cathal empezó a temblar, pero no había terminado con él. Todavía no—. Te juro que, ahora mismo, me encantaría mancharme las manos con tu sangre. —La amenaza palpable en su voz hizo que al pelirrojo se le agrandaran los ojos y que poco faltara para que se desmayara. Cameron lo soltó, asqueado—. Vete antes de que pierda definitivamente la paciencia. —Cathal retrocedió varios pasos, para no darle la espalda, hasta llegar a la puerta del despacho; entonces, salió corriendo.

El tono rojizo de los ojos de Cameron tardó solo unos segundos en desaparecer, hasta volverse de su color verde habitual. Intentando calmarse, se quitó la chaqueta para ponerse cómodo y, pensando que Nimué ya debía de estar acostada, se dirigió a las habitaciones. Solo había dos, la de Cedric y otra para invitados que, desde hacía unos años, solía usar la sirvienta.

Como había imaginado, Nimué ya estaba en la cama. Le preocupó ver lo pálida que estaba y lo pequeña que parecía en la enorme cama oscura con dosel, que Cedric siempre había insistido en que perteneció a Enrique VIII. Alarmado, se acercó a ella.

—¿Cómo estás? —Sus ojos grises parecían somnolientos. Se maldijo en silencio al darse cuenta de que la había molestado cuando estaba a punto de quedarse dormida.

—Bien —susurró con su voz ronca, esa que lo hacía estremecer desde que la conoció—. Ha sido una tontería cabalgar tanto rato sin parar, tenía que haberte hecho caso. Hacía mucho tiempo que no montaba y estoy muy dolorida. —Cameron sonrió al recordar que, cuando tenía sueño era imposible callarla; también era en ese momento cuando decía lo que sentía de verdad. Por eso se mantuvo callado, esperando que dijera algo que pudiera guiarlo—. ¿Qué ha pasado con Cathal? —Él se encogió de hombros.

—Decidió que era mejor para todos que se fuera, hasta que lo avisemos de que hemos terminado.

—Seguro —ironizó ella. Conocía demasiado bien al sobrino de Cedric para saber que no se habría ido sin luchar, o al menos, sin que alguien lo pusiera en su sitio. Era un insensato que solo respetaba la fuerza.

—Duérmete, mientras recogeré el destrozo que ha hecho en el salón. —Pero ella ya se había dormido. Él aprovechó y acarició con las yemas de los dedos su mejilla, queriendo comprobar si era tan suave como la recordaba y su corazón se aceleró con el contacto. Con un suspiro de insatisfacción por no poder tumbarse con ella para velar su sueño, se dio la vuelta y se encontró con Maire, que entraba en el

dormitorio con un frasco de cristal en la mano.

—¿Se ha dormido? —Cameron asintió. Ella levantó la mano con el tarro para que lo viera.

—No lo encontraba. —Echó un vistazo a Nimué que dormía con aspecto inocente—. Pero es mejor que descanse. Cuando se despierte, se lo echaré. —Miró al abogado con ojo crítico—. ¿Quieres comer algo? Tengo sopa y pollo. —El rugido del estómago de Cameron la hizo sonreír y a él, reír a carcajadas.

—Creo que ese ruido contesta a tu pregunta, ¿no?

—Si esperas un momento, prepararé la mesa del salón. —Cameron meneó la cabeza.

—Si no te importa, me gustaría comer contigo en la cocina. ¿Has comido ya?

—No. Iba a hacerlo cuando apareció el señor O´Connor.

—Pues si no te importa que te acompañe… así puedo hablar contigo. Hay varias cosas sobre la muerte de Cedric que me gustaría preguntarte.

—Claro, me encantará comer acompañada. Cedric comía muchas veces conmigo cuando estaba en casa. Lo echo de menos.

La triste sonrisa que se instaló en el rostro de la anciana lo conmovió; antes de seguirla a la cocina, echó una última y esperanzada mirada a Nimué y cerró silenciosamente la habitación al marcharse.

~

HABÍAN CONSEGUIDO GUARDAR todo lo que iban a necesitar en el bolso de mano de Violet, que era tan grande como ella había dicho. Subieron al carruaje que conduciría Damon y, durante el viaje que duró unos diez minutos, repasaron el plan, dándole los últimos retoques cuando bajaban del coche en el establo de Tralee. Enseguida se dieron cuenta de que Damon tenía órdenes de Edevane de no perderlas de vista; estaban subiendo la calle principal del pueblo, siguiendo las indicaciones del mozo del establo para llegar al mercado, cuando Violet se echó las manos a la cabeza y comenzó a gritar:

—¡Ahhhhhhhhhhhhh! ¡Qué dolor, no lo soporto! —Tenía una expresión de sufrimiento tan grande, que Ariel pensó que debería dedicarse a las tablas mientras se acercaba a ella con expresión compungida. Damon se había quedado petrificado, sin saber qué hacer, puesto que estaban llamando la atención de los transeúntes que caminaban por las calles.

—¿Qué le ocurre, señorita? —Le rodeó la cintura con el brazo y Violet se apoyó en ella y comenzó a llorar entre gritos de dolor. Sin

duda, el teatro se estaba perdiendo a una gran actriz.

—Betsy, no puedo aguantar el dolor —gimió con los ojos enrojecidos por el llanto. Debió de pensar que Damon no parecía estar muy impresionado y volvió a agarrarse la cabeza y a gritar, deteniéndose en medio de la calle. Por fin, al ver que la gente empezaba a arremolinarse alrededor, Damon preguntó a Betsy:

—¿Qué le pasa? Estamos llamando la atención. —Ariel puso los ojos en blanco mentalmente, pero en su lugar, contestó:

—No lo sé, pero seguro que hay una botica cerca. El boticario sabrá qué hacer —el matón asintió y se quedó mirándola sin hacer nada. Aprovechándose, le dijo—: Voy a preguntar. Sujétala un momento. —Se la dejó en los brazos, disfrutando al ver cómo los rodeaban varias señoras preocupadas.

Se acercó a una de ellas, que le señaló dónde estaba la botica y le deseó que la pobre señorita se recuperara pronto. Ariel volvió a rodear con el brazo a Violet y la llevó hasta el lugar, siendo seguidas por Damon en todo momento. Entraron en la farmacia y Violet siguió con su representación llamando la atención de la boticaria, que se acercó a ellas con cara de preocupación. Damon, que había entrado detrás de ellas, se apostó en la puerta mirando hacia el *pub* que había enfrente con ojos de deseo. Ariel vio una oportunidad que no se le volvería a presentar, estaba segura.

—Si quieres, puedes ir a tomar una cerveza mientras. —Él la miró con el ceño fruncido, pero se lamió el labio inferior, como si estuviera muerto de sed.

—No. —Ariel se encogió de hombros como si no le importara lo que hiciera, pero dijo como si tal cosa—: Sé que Edevane no deja que bebas en la casa, pero aquí no puede verte y yo no se lo voy a contar. Ya has visto cómo me trata. Además —señaló a Violet con el pulgar que estaba siendo atendida por la boticaria, sin dejar de agarrarse la cabeza como si no pudiera soportar el dolor—, nosotras tardaremos un buen rato en terminar. Vete —susurró—. Cuando vuelvas, seguiremos aquí. —Sus ojos desconfiados la miraban fijamente, y ella empezó a pensar que el plan podría no funcionar—. Mira, si quieres, siéntate en el banco que hay fuera, apoyado en la pared. Así podrás vigilar la puerta y sabrás cuándo salimos. —Era menos tonto de lo que parecía, porque se dirigió a la boticaria y le preguntó:

—¿Tienen una puerta trasera?

—No, señor.

—Está bien. —Volvió junto a Ariel y le dijo—: Creo que me he ganado una cerveza. Ahora vuelvo.

—Tranquilo. —Le sonrió con toda la parsimonia del mundo, pero, en cuanto se marchó, le hizo un gesto a Violet que cayó desmayada al suelo sin preocuparse de cómo caía. Ariel corrió, teniendo en cuenta

lo que una anciana podía correr, y se arrodilló a su lado muy afligida. La boticaria, pálida, se inclinó hacia ella.

—¿Sabe si tiene alguna enfermedad? —se lo preguntó mientras le tomaba el pulso en la muñeca.

—No lo sé, pero esto no le había pasado nunca… —La miró, con gesto muy preocupado—. Señora, ¿no será malo que esté tirada en el suelo? —Sin esperar contestación, lloriqueó llamando a Violet—. Señorita, señorita… —Le dio suavemente con las yemas de los dedos en la mejilla, pero Violet, por supuesto, no respondió.

En ese momento, entraron tres mujeres que se quedaron boquiabiertas al ver el espectáculo; la boticaria, sonrió con cara de circunstancias y le dijo a Ariel en voz baja, para que solo lo escuchara ella:

—¿Por qué no nos la llevamos atrás? Hay una cama, no es muy cómoda, pero tiene usted razón. No podemos dejarla aquí para que la vean todos los clientes. Si no se recupera en unos minutos, llamaré al médico, está aquí al lado.

—Sí, sí —contestó Ariel sintiendo que podía respirar de nuevo—. Mire, parece que abre los ojos. —Violet, al escuchar lo de la cama, lo hizo tal y como habían quedado, y se incorporó—. ¿Está mejor señorita? —le preguntó Ariel. Ella se llevó la mano a la frente de forma trágica. Las señoras que esperaban a la boticaria, murmuraban en voz baja, compadeciéndose de la joven desmayada.

—Estoy mareada —susurró con voz débil. La boticaria tomó cartas en el asunto y se irguió, ofreciéndole su mano.

—Intente levantarse, yo la ayudo. —Violet aceptó su mano, sin dejar de aparentar debilidad, apoyándose en Ariel cuando estuvo de pie, que volvió a cogerla de la cintura. Pero la última parte de su representación no debió de ser tan convincente porque la boticaria, después de llevarlas a la pequeña habitación que había en la parte de atrás con cara de enfado y antes de marcharse, les dijo:

—En diez minutos, si no se han marchado, llamaré al médico y si ella no tiene nada —señaló a Violet—, hablaré con la policía. —Ariel agrandó los ojos cuando se marchó y miró a Violet, que estaba intentando aguantar las carcajadas como podía.

—¡Ni se te ocurra reírte! —susurró, regañándola.

—Lo siento. Son los nervios —se justificó, controlándose y empezando a desnudarse. Ariel, mientras la estaba regañando, había comenzado a quitarse del rostro, los postizos de caucho que siempre utilizaba para el disfraz de Betsy. Después de quitarse también la peluca, se desnudó quedándose en ropa interior, y con una botella pequeña que sacó del bolso de Violet, mojó una de las vendas con las que se rodeaba el cuerpo para aparentar ser más gruesa de lo que era, y se frotó con ella la cara; luego se acabó de limpiar en el aguamanil

que había en la pequeña habitación y escuchó a Violet:

—¿Qué tal estoy? —Se había puesto el traje de hombre; mientras se secaba la cara a toda prisa se acercó y la miró con ojo crítico—. No sé hacerme la pajarita —se excusó. Ariel la cogió y se la hizo rápidamente; Violet la vio por primera vez con la cara lavada y le dijo, sorprendida:

—¡Pero si eres guapísima! —Ariel sonrió.

—Gracias, pero eso no nos servirá de nada si nos descubren. —Volvió a mirarla de arriba abajo con detenimiento—. Los pantalones te están demasiado cortos. Voy a deshacerte el dobladillo, siéntate en la cama y levanta la pierna. —Sacó unas tijeritas y comenzó a cortar las puntadas.

—¿Siempre llevas unas tijeras en las tetas? —Violet estaba, literalmente, boquiabierta.

—Me han salvado de muchas más situaciones de las que te puedas imaginar.

—¿Vas armada? —susurró, mirándola con los ojos muy abiertos.

—Llevo un puñal atado al muslo, pero, hasta ahora, no he tenido que utilizarlo.

—¡Ah!

—¡Ya estás! A ver, levántate y camina un poco intentando no balancear las caderas. —La miró—. Puede servir, pero tampoco muevas tanto los brazos. Ponte las gafas y recógete bien el pelo antes de meterlo en la gorra, si no te cabe, tendré que cortártelo. —Se dio la vuelta para ponerse el vestido de terciopelo con el que esperaba conseguir que todos los que las vieran, la miraran a ella y no a Violet. Ella saldría primero, a plena vista de Damon, bien vestida y delgada, sin verrugas ni dientes prominentes, sin barriga ni papada y con su pelo negro recogido en un moño elegante. Esperaba distraerlo lo suficiente para que no prestara atención a la figura masculina que la seguiría.

—Creo que ya estoy. —Se dio la vuelta y miró de nuevo a Violet. Estaba francamente bien. Lo de las gafas era muy buena idea porque disimulaban bastante sus ojos dorados. Ariel se colocó dos horquillas para soportar el pelo en un moño bajo y cogió el bolso que, hasta ese momento había llevado Violet, donde tenían todo su dinero y metió sus postizos dentro. Antes de salir, le susurró—: Recuerda, tienes que esperar antes de seguirme por si la boticaria me dice algo; si no oyes nada, sal detrás de mí. —La muchacha la sorprendió lanzándose a sus brazos.

—Muchas gracias, Ariel. Si no lo conseguimos… —Ariel se apartó de ella moviendo la cabeza negativamente, negándose a considerar esa posibilidad.

—¡De eso nada! —Cogió sus manos entre las suyas y levantó la

vista, dándose cuenta, por primera vez, de que era mucho más alta que ella ya que ahora ambas iban sin tacones—. Saldremos de esta, te lo prometo. Tú paséate como si no te importara nada y no se te ocurra salir corriendo, a menos que yo te lo diga. Baja por la calle en la dirección que te he dicho, hacia el centro, y pregunta por los coches a Dingle, pero si no sale ninguno enseguida, coge el primero que salga a cualquier otro sitio. He elegido Dingle porque sé que es un sitio donde van muchos turistas y es tranquilo, no creo que allí vayan a buscarnos. Yo esperaré a que hayas pasado delante de mí mientras aparento mirar escaparates, después te seguiré de cerca. ¿De acuerdo?

—Sí —susurró.

—Pues nos vemos enseguida.

Como le había dicho que hiciera a Violet, ella salió de la trastienda como si fuera suya, pero tenía que reconocer que ese día los hados estaban de su parte porque las tres mujeres que habían entrado después que ellas, tenían tan entretenida en el mostrador a la boticaria que retrocedió y susurró a Violet:

—¡Está distraída, aprovecha ahora y salgamos juntas! —Salieron a la vez y, solo cuando abrieron la puerta, vio que la dueña del local les lanzaba una mirada extrañada, sin reconocerlas. Con una sonrisa luminosa, Ariel se dirigió hacia la derecha, a una sombrerería que había dos tiendas más allá y Violet, o mejor dicho, un muchacho desconocido, comenzó a bajar la calle con pasos tranquilos, pero sin detenerse en ningún momento. Cuando vio que Damon no les prestaba atención, Ariel siguió el mismo camino, aunque se detuvo un par de veces más mirando escaparates, hasta estar segura de que no las seguía. Al torcer la siguiente esquina, vio que Violet la esperaba en medio de la calle, preocupada, y le hizo un gesto para que llegara hasta la plaza que ya tenía a pocos pasos. Mientras Ariel caminaba los últimos metros, la vio hablar con el conductor de uno de los carruajes y subirse después de darle unas monedas; Ariel se asomó y Violet le dijo:

—Sube, he comprado dos billetes. Salimos enseguida.

Ariel echó un último vistazo hacia atrás, pero no venía nadie y lo hizo. El conductor asomó la cara por la puerta abierta antes de cerrarla y, con una sonrisa en la que faltaban varios dientes, anunció:

—Salimos ahora mismo. Tardaremos una hora en llegar. —Ariel le sonrió a pesar de que le molestó su mirada lasciva, pero no era cosa de ponerse melindrosa en esas circunstancias.

—¿Dónde vamos? —preguntó a Violet. El carruaje estaba cambiando de dirección en la plaza para ponerse en marcha, lo que hizo enseguida.

—A Dingle, tenías razón. Durante la mañana hay dos carruajes; había otro a Cork esta tarde y a Dublín no hay un coche hasta

mañana.

—Muy bien. —Volvió a mirar por la ventanilla hacia donde se había quedado Damon, pero ya no podía ver la calle. Sentía que el corazón se le iba a salir por la garganta, aunque intentaba aparentar tranquilidad.

—¿Lo hemos conseguido? —susurró Violet con cara de felicidad.

—Creo… —movió la cabeza, incrédula— creo que sí.

Violet cogió sus manos, tal y como había hecho ella un rato antes y solo dijo:

—Gracias. —Las lágrimas llenaban sus ojos haciéndolos más grandes y luminosos detrás de las viejas gafas de montura dorada. Ariel sonrió deseando que de verdad lo hubieran conseguido.

Cuando llegaron a Dingle se bajaron del coche en la única calle del pueblo y la cara de preocupación de Ariel hizo que Violet mirara a su alrededor y preguntara en un susurro:

—¿Qué pasa?

—Este pueblo es demasiado pequeño —contestó. El conductor del carruaje, que se había quedado prendado de Ariel, se acercó a ellas con la gorra en la mano pensando que el joven que la acompañaba (Violet), parecía demasiado inexperto para una mujer como ella.

—Si necesita cualquier cosa, señorita. —Ariel contestó convincentemente.

—Muchas gracias, pero mi hermano y yo estamos esperando a mi marido. No creo que tarde mucho en llegar. —La expresión de decepción del conductor hizo sonreír a Violet, que giró la cara aparentando mirar la única posada del pueblo. Sujetó a su «hermana» por el brazo, recordando engordar la voz como Ariel le había enseñado.

—Megan —habían decidido que usaría su propio nombre—, mira, hay una posada. ¿Qué te parece si pedimos un par de habitaciones hasta que llegue tu marido?

—Claro. —El conductor, seguramente harto de que no le hicieran caso, se marchó con el coche al establo y ellas se dirigieron a la posada mientras la mente de Ariel no paraba de pensar.

—Ahora, lo importante —susurró— es conseguir un par de habitaciones.

—¿Por qué no podemos dormir en la misma habitación? —De repente, se la veía nerviosa y Ariel la sujetó del brazo para que se detuviera, justo antes de entrar en la posada y aprovechando que la calle estaba desierta.

—Violet, estamos haciéndonos pasar por un hombre y una mujer que son hermanos. El conductor va a pasar la noche en la posada y nos va a ver y, seguramente, si cogemos solo una habitación, se enterará ¿A ti no te parecería raro que dos hermanos, hombre y mujer,

adultos, durmiesen juntos? —Ariel la entendía, había tenido que aceptar demasiadas cosas en muy poco tiempo—. Escucha —bajó la voz—, te dejaré mi cuchillo por si pasa algo y haré que nos den habitaciones contiguas —Violet asintió, aunque estaba más pálida de lo habitual.

—¿Y si tú lo necesitas? —Ariel se encogió de hombros antes de entrar y, con una sonrisa pícara, contestó:

—Robaré uno en la cena y mañana nos iremos de aquí; esta noche pensaré a dónde. No te preocupes.

Violet la siguió más tranquila. No sabía cómo se las arreglaba, pero siempre conseguía calmarla.

Capítulo 6

Stuart se bajó del caballo y le dio dos palmadas cariñosas en el cuello. El animal, a pesar de estar agotado, se lo agradeció con un relincho corto; siempre había sido una montura animosa y fiel dispuesto a dar todo lo que le pidiera y se maldijo a sí mismo, al ver su estado de cansancio. Lo dejó en el establo, obligándose a cepillarlo él mismo y a ponerle agua limpia y comida, a pesar de haber pagado por hacerlo. Era su manera de pedirle perdón por haberlo llevado casi hasta el límite.

No encontraba explicación para estar tan inquieto y haber sido tan exigente con Rufus, es más, él nunca actuaba así; tampoco la había para el modo en que había reaccionado cuando se había enterado de que Megan Campbell era Ariel. Era cierto que conocía a su familia y que los había visitado en varias ocasiones, pero no eran tan íntimos como para estar tan… ansioso, porque así era como se sentía. Como si algo, vital para él, estuviera a punto de ocurrir. Después, salió dirigiéndose hacia el mesón en el que había quedado con Fenton. Lo vio enseguida en el comedor, sobre todo porque estaba solo, y caminó hasta dejarse caer en el asiento que había frente a él.

—Tienes pinta de estar agotado. —A pesar de sentirse así, sonrió al escucharlo en boca de Fenton.

—Pues no creo que tu aspecto sea mucho mejor. —La sonrisa de Fenton resplandeció durante un instante en su rostro lleno de polvo, pero, enseguida dirigió su atención al mapa que tenía sobre la mesa. Era el que utilizaban desde que habían salido en busca de Ariel; con él fijaban el próximo punto de encuentro, en el que se encontrarían al final del día siguiente y los pueblos que recorrerían cada uno hasta llegar a él, intentando abarcar la máxima distancia posible.

—Al amanecer, saldré hacia Dingle —Stuart asintió y Fenton volvió a mirar el mapa señalando dónde estaban ahora mismo, Tralee—. Aquí, desgraciadamente, ahora está todo cerrado, pero mañana pregunta si las han visto y, si no consigues información, dirígete a Killorglin, si tampoco encuentras nada, dentro de tres días nos vemos en Glenbeigh. Es la porción más grande que vamos a recorrer desde que salimos a buscarla —murmuró—. Y recuerda no dejar de mirar en

cualquier aldea que te encuentres.

—Está bien —murmuró Stuart. Una camarera apareció para tomar nota de su cena; cuando se marchó, Fenton le preguntó, extrañado:

—¿Te pasa algo? —El coronel se encogió de hombros.

—No lo sé. Estoy inquieto y no es algo normal en mí. Suelo ser muy tranquilo.

—Eso había oído. —Lo observó atentamente y se dio cuenta de que sus ojos ahora mostraban destellos rojizos. Se acercó un poco para verlo mejor y murmuró:

—Perdona que te pregunte algo tan personal, pero ¿hace mucho que no estás con alguien? —Stuart se irguió.

—Esa pregunta me parece totalmente inapropiada —aseguró, con los ojos entornados. Fenton sacudió la cabeza una vez y levantó las manos en señal de paz.

—¡Eh, no te enfades! —pidió suavemente.— No quiero meterme en tus cosas, pero tus ojos están centelleando de una manera que…

—¿Ves a alguna mujer o vampira cerca que pudiera provocar esos síntomas que señalas? —preguntó, burlonamente, al estar solos en el comedor. Fenton se rio por lo bajo, a pesar de las circunstancias.

—No, pero soy consciente de lo atractivo que soy —bromeó justo cuando llegaba la camarera. Cuando se marchó, Stuart le dijo:

—No sé casi nada sobre tu relación con Megan, pero yo estaría como loco después de días sin saber nada de ella, y tú, sin embargo, eres capaz de bromear. Es admirable. —Fenton sonrió irónicamente y se limpió con la servilleta.

—No te creas. Cuando cierro los ojos intentando dormir por las noches, no puedo dejar de pensar en dónde estará y si se encontrará bien. Pero el resto del tiempo, cuando estoy sobre el caballo o interrogando a la gente, intento no hacerlo para no volverme loco, porque así no le serviría de nada a ella. Y eso es lo único que me importa, encontrarla lo antes posible.

Stuart no contestó y terminaron de cenar en silencio, marchándose enseguida a la cama. Afortunadamente esa noche disponían de dos habitaciones y tendrían más comodidades que las habituales en ese viaje.

—Nos despedimos aquí. Nos vemos en Glenbeigh dentro de tres días. —Se estrecharon las manos.

—O antes si encuentro una pista —contestó el coronel. Fenton asintió y, agotado, se metió en su habitación mientras que Stuart hacía lo mismo.

Al amanecer, Fenton salió al galope de Tralee, en dirección a Dingle, aunque calculaba que llegaría por la noche, ya que iba a desviarse por el camino para abarcar tantos pueblos como pudiera. No sabía qué le ocurría, pero desde el día anterior, sentía que cada vez se

acercaba más a ella y el nudo que se había formado días atrás en su interior al saber que Ariel se había marchado con destino desconocido, había empezado a deshacerse.

Se sorprendió al ver lo pequeño que era Dingle, pero casi no prestó atención al pueblo porque la sentía muy cerca. Dejó al caballo en los establos y se dirigió a paso vivo a la posada, seguro de que estaría allí. Iba a preguntar al posadero cuando vio, de refilón, a una mujer vestida de terciopelo entrar en una habitación que había al fondo; aunque no pudo verle la cara, reconoció su pelo y sobre todo su cuello, pero le extrañó que caminara junto a un hombre joven. Los siguió y observó que se sentaban en una mesa aislada de las demás, junto a una ventana. Porque fuera temprano para la cena o porque no había huéspedes en la posada, eran los únicos comensales que había en el comedor, pero a Fenton no le hubiera importado que hubiera estado lleno de gente porque solo podía mirarla a ella.

Megan estaba buscando algo en el enorme bolso de Violet que había dejado sobre la mesa, cuando se quedó inmóvil y levantó la cara. Entonces, lo vio, y el mundo desapareció, quedando solo ellos dos. Sus ojos se agrandaron llenos de incredulidad y luego de una alegría tan grande que le hizo lanzar una carcajada. Ella también reía cuando se levantó y corrió hasta él, que abrió sus brazos para recibirla. La levantó del suelo, abrazándola con fuerza sin decir nada. Se sorprendió al oír un sollozo y apartó el rostro para ver que un par de lágrimas recorrían sus mejillas, besó cada una de ellas con veneración y luego besó sus labios, aunque solo fue una promesa de lo que vendría más tarde, cuando se sintieran a salvo. Permanecieron mirándose a los ojos, sin hablar durante unos segundos, y ella escondió la cabeza en su hombro con un suspiro tembloroso hasta que un carraspeo cercano los distrajo.

Fenton levantó la cabeza y miró a su derecha, el joven desconocido estaba a su lado esperando; parecía paciente, pero curioso. Entornando los ojos, se dio cuenta de que Ariel había obrado su magia en él y de que… era muy posible que fuera una muchacha y no un muchacho. Abrió la boca para preguntárselo, pero ella vio al posadero que estaba en el umbral del comedor observando la escena. Pellizcó a Fenton en el brazo, apartándose de él y dirigió una mirada a su espalda para que supiera que los vigilaban. Fenton asintió y ella salvó la situación diciendo:

—Esposo, todavía no has saludado a mi hermano George. —Fenton le echó una ardiente mirada al escucharla llamarlo así y manteniendo una mano en su cintura, reacio a soltarla del todo, alargó la otra para estrechar la de la muchacha que se hacía pasar por un muchacho.

—Por supuesto. Perdona, George, pero cuando he visto a mi mujer he olvidado mi educación. ¿Cómo estás? —El supuesto hermano

contestó engolando la voz:

—Bien, muchas gracias… cuñado. —Decidió darle el tratamiento familiar en el último momento. Aunque imaginaba que se trataba de Fenton, de quien Violet le había hablado en varias ocasiones, no sabía si debía decir su nombre—. ¿Y tú?

—Bien, bien. —Miró detrás de él y llamó al posadero que se acercó enseguida—. Sentémonos. Imagino que ibais a cenar —las dos asintieron con un murmullo—. Pues yo estoy famélico. —Miró hacia el cotilla del posadero, que llevaba observando lo que hacían desde hacía varios minutos y le sonrió—. ¿Qué puedes ofrecernos para comer?

—Sopa de cebolla con queso y cordero asado. —Se quedó observándolos y Fenton miró a sus acompañantes que asintieron; claro que tampoco es que hubiera mucho donde elegir…

—Muy bien. Pues trae cena para los tres.

—Claro, ¿luego va a quedarse a dormir?

—Por supuesto. No podía estar más tiempo separado de mi mujercita —aseguró, con una mirada a Ariel, que tenía que estar mordiéndose la lengua.

—Entonces, tendré que cobrarles más por la habitación. No es lo mismo que duerma una persona en ella, que dos.

—Por supuesto que no es lo mismo —aceptó Fenton, irónicamente, pero tranquilo. Estaba claro que al posadero le movía la avaricia. Nada más.

Cuando los dejó solos, se volvió hacia Ariel que estaba sentada a su izquierda, y cogiendo su mano, le besó los nudillos provocando un rubor muy favorecedor en ella; sin soltar su mano, se volvió hacia la otra mujer:

—¿Quién eres tú? —Violet abrió la boca, pero Ariel no la dejó contestar.

—¡Os escribí! Por eso estás aquí, ¿no? —Él la miró con cara de no entender nada—. Es Violet Dixon —susurró. De repente, Fenton observaba a la muchacha disfrazada de hombre con algo de desconfianza.

—No sabía que escaparías con ella. En el mensaje no decías casi nada.

—Tenía miedo de que lo interceptaran. —Al ver la dureza de los ojos de Fenton, le puso la mano en la mejilla para que la mirara a ella y no a Violet—. En realidad, no es la hija de Dixon y cuando escuché que la mandaban lejos para tenerla aislada hasta que la necesitaran, supe que querían hacerle algo terrible. —La mirada de Fenton se ablandó—. Violet es importante para ellos y, de alguna manera, esa importancia está relacionada con los pergaminos. —Entonces él supo para qué la querían, y decidió que sería mejor que no se lo dijera a esa jovencita que lo miraba con tanto miedo en los ojos.

—Eso ya lo descubriremos. —Apretó la mano de Ariel para que no siguiera insistiendo y ella le lanzó una mirada extrañada, pero permaneció en silencio—. Por cierto, ¿quieres que te llame Megan?

—Sí, es como me ha estado llamando Violet —musitó ella.

Cenaron intentando aparentar normalidad, mientras que Megan le ponía al día de lo que había ocurrido durante esos días, incluyendo que estaban seguras de que las perseguirían.

Que Megan asegurara a la mujer del posadero que Fenton roncaba como un jabalí durante la noche, fue suficiente justificación para que pidieran otra habitación para él y así no tener que dormir juntos. Por ese motivo, él, a las nueve de la noche, se acostaba en una triste cama, sabiendo lo difícil que le sería dormir; pero en esta ocasión su insomnio nada tendría que ver con la comodidad de la cama ni con la preocupación, sino con la preciosidad que dormía, también sola, a tres puertas de distancia. Solo esperaba poder controlarse para no ir a su habitación en medio de la noche y continuar con lo que habían empezado meses atrás. Decidido hacer algo productivo ya que no iba a dormir, se dio la vuelta, poniéndose bocarriba y se dedicó a planear cuál sería la forma más segura de volver a Dublín.

Se le habían ocurrido tres posibilidades distintas cuando escuchó moverse el picaporte de su puerta; se sentó en la cama, aunque estaba tranquilo, porque nadie había subido por las escaleras. Se levantó y, tan silencioso como un gato, dio un salto con el que llegó hasta la puerta con la pistola en la mano. Cuando sonó el clic del cerrojo y la puerta empezó a abrirse, lenta y silenciosamente, él estaba preparado para recibir al inesperado visitante, pero, en cuanto vio su cara, maldijo en voz baja y bajó el arma. Luego, cogió a Megan por el brazo para meterla en el dormitorio y cerró la puerta.

—¿Qué haces aquí? —Ella se dio cuenta de que su brusquedad estaba provocada por el miedo que había pasado por haberla apuntado, y su reacción le provocó una tierna sonrisa.

El extraño poder que tenían el uno sobre el otro la asustó cuando conoció a Fenton, por eso huyó de él en cuanto pudo, pero ahora, después de todo lo que había pasado, su forma de ver la vida había cambiado; si algo le habían enseñado estas últimas semanas, era que nunca se sabía el tiempo que nos quedaba a cada uno y había que aprovechar las oportunidades que nos daba la vida, día a día.

—Tenemos que… hablar —le dijo. Esa era una de sus intenciones, pero no la única. Miró la única silla que estaba ocupada por la ropa de Fenton, que llevaba puestos solo sus calzoncillos y haciendo caso omiso de los latidos acelerados de su corazón, se dirigió a la cama, sentándose en ella. Él lo hizo a su lado, en silencio—. Antes, cuando te he contado lo que escuché sobre Violet, vi que te sobresaltabas. Sabes algo más sobre ella, ¿verdad? —Fenton se la quedó mirando durante

un instante; le pareció que estaba decidiendo si decirle la verdad y ella se enfadó—. No se te ocurra insultarme ocultándome información. No te lo perdonaría. No, después de lo que he tenido que hacer estas últimas semanas. —Fenton acarició su mejilla derecha con los nudillos, preocupado.

—Megan, no te haría algo así, te respeto demasiado. No te lo he contado abajo porque ella estaba delante —suspiró—. Kristel, la mujer de Kirby —ella sacudió la cabeza para hacerle saber que no la conocía — es, bueno, no… era la bibliotecaria del Club Enigma de Dublín.

—¡Ah, ya! Creo que he oído hablar de ella.

—Es la que tradujo los pergaminos que aparecieron en Cobh, y que son la descripción de un extraño ritual que hay que seguir para que Lilith se reencarne entre nosotros. Imagino que sabes quién fue Lilith en nuestra cultura. —La expresión horrorizada de Megan le dijo que era así, pero lo que había entendido era tan horrible que necesitaba confirmarlo.

—Quieres decir…

—Que estoy seguro de que Violet es la muchacha que *La Hermandad* va a utilizar para la rencarnación de esa diosa sádica y cruel. Y ese cabrón de Dixon, *el Maestro* —escupió la palabra como si le produjera un sabor desagradable en la boca— la separó de su familia para conseguirlo —se interrumpió cuando ella lo sujetó por el brazo, moviendo la cabeza negativamente.

—No, no es él.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, extrañado—. Tú me lo dijiste en aquella taberna de mala muerte. Que Joel Dixon era el *Maestro*.

—Lo sé, y era lo que creía en ese momento. Es lo que deduje por lo que había escuchado después de estar semanas en su casa, trabajando como criada; pero el otro día descubrí que es un papel que hace, con el que protege al verdadero *Maestro.* —Tembló al recordar los ojos vacíos y llenos de crueldad de Sanderson. Fenton entornó los suyos al ver la expresión de miedo que recorrió su rostro, y rodeó su cintura con un brazo acercándola a su cuerpo para que se sintiera protegida.

—¿Y sabes quién es, el verdadero?

—Sí, el mayordomo de Dixon. Se hace llamar Sanderson. Es un desconfiado y cruel hijo de puta que odia a los humanos. Tenía que haberme dado cuenta antes —murmuró, para sí misma. Fenton acarició su brazo con suavidad.

—¿Te hizo algo? —Las aletas de su nariz se movían más deprisa, como si le costara respirar, y ella vio el fulgor rojizo de sus ojos en la semioscuridad.

—No —lo tranquilizó—, pero estoy segura de que, a pesar de mi disfraz de criada anciana y medio estúpida, había empezado a sospechar. Últimamente, sentía que se me estaba acabando el tiempo,

pero no quería abandonar a Violet —susurró.

—Gracias a Dios que habéis podido escapar—murmuró él, dándole un beso en la sien.

—Ahora entiendo por qué era tan importante para ellos. —Fenton le preguntó algo que le daba vueltas en la cabeza desde hacía rato.

—No dejo de preguntarme… si Violet no es hija de Dixon, ¿sabes de quién es?

—Creo que la robaron siendo tan solo una niña…

—¿Sabes cuándo fue? Killian tiene registradas todas las desapariciones de los miembros de la comunidad desde hace más de cien años.

—No. Y ella ni siquiera sabía que Dixon no era su padre, a pesar de que nunca la ha tratado totalmente como a una hija.

—¿Qué sabes de Sanderson?

—Casi nada, ya te he dicho que es muy desconfiado. Nunca hablaba con nadie, pero siempre estaba vigilando a todos. Pasaron meses antes de que me diera cuenta de que él y Dixon mantenían reuniones casi todas las noches en el sótano de la casa. Tardé unos días, pero con una cuchara conseguí excavar un pequeño hueco en la pared de la habitación donde se reunían, que comunicaba con otra donde yo podía estar sin que me vieran, para poder escuchar lo que decían. Por eso supe que iban a trasladar a Violet; Sanderson temía que alguien descubriera quién era. Esas fueron sus palabras.

—Comprendo —musitó.— Eso quiere decir que algún miembro de su familia está vivo y podemos localizarlos.

—Eso pensé yo, pero no he querido decirle nada, por si no los encontráramos.

—Lo haremos —confirmó él con seguridad y ella sintió que el peso que llevaba en el pecho, desaparecía por el simple hecho de compartirlo con él.

—La casa donde nos tenían encerradas, totalmente aisladas, está cerca de Tralee. —El gesto de Fenton le hizo preguntar:

—¿Qué?

—Que había olvidado decirte que he tenido ayuda para buscarte. Me ha acompañado Stuart Byrne, que estaba muy preocupado por ti. Me dijo que os conocéis.

—Sí —reconoció ella, asombrada—, pero conocía más a mi cuñado, aunque coincidí con él en varias ocasiones.

—Lo sé. Como teníamos que abarcar tanto terreno, nos separamos al empezar el viaje ya que no teníamos ni idea de dónde estarías. Él se ha quedado en Tralee para preguntar si te habían visto, pero espero que se reúna aquí con nosotros. —Se quedó en silencio repentinamente, como si hubiera perdido el hilo de la conversación. Megan le hizo otra pregunta, buscando alargar el momento; abrazada

a él, se sentía calentita y segura.

—¿Quieres que te describa a los hombres que nos vigilaban? —Pero él no contestó, ni siquiera parecía haberla escuchado; sus ojos se habían quedado fijos en un punto por debajo del cuello femenino. Megan agachó la cabeza para ver qué era lo que tanto le llamaba la atención y pudo ver, gracias a la luz de la luna que se colaba por el cristal de la ventana, que a través de la tela del camisón se le transparentaban los pezones y que estaban erectos.

La respiración de Fenton comenzó a silbar entre sus dientes, mientras que sus ojos se volvían cada vez más rojos; entonces, Megan reconoció un siseo que ya había oído otra vez y que significaba que sus colmillos se habían alargado y tragó saliva, aunque no por miedo. Fenton, en esta ocasión no le ocultó sus caninos, sino que levantó la cabeza para que los viera bien y ella los contempló, fascinada. Relucían, afilados y poderosos. Alargó el índice extendido, con las pupilas agrandadas por la excitación.

—¿Puedo tocarlos?

Él respiró hondo.

—Puedes hacer conmigo lo que quieras. Soy tuyo —confesó humildemente.

Megan sintió que un sentimiento, desconocido hasta ese momento, la calentaba por dentro; le tembló el pulso durante un instante, pero su mano siguió avanzando lentamente hasta tocar su colmillo derecho con el dedo. Fenton, a pesar de sentir que iba a reventar si no la besaba, se quedó inmóvil, resuelto a que hiciera con él lo que quisiera; pero cuando ella rozó el marfil de su diente y luego deslizó la mano hacia abajo hasta dejarla reposar sobre su pecho, él no pudo resistirlo más; cogiéndola por la cintura, la levantó en vilo fácilmente y ordenó:

—Abre las piernas. —Megan obedeció y él la sentó sobre su regazo, cara a cara—. Así estarás más cómoda —aseguró, dejando las manos apoyadas suavemente sobre ella, una en su cintura y la otra sobre su culo. La acercó más a él, abrazándola y escudriñando esos ojos verdes que no había podido olvidar desde que la había conocido.

La excitación hacía que el corazón del vampiro latiera desenfrenado y que su miembro estuviera tan rígido, que le dolía la pulsación de cada latido en él. Hundirse dentro de ella era una necesidad, como lo era volver a beber su sangre. Sus colmillos, alargados al máximo, vibraban sabiendo que tenían cerca el mejor néctar que habían saboreado nunca. Sintiendo que el momento de hablar se había terminado, capturó su boca con un beso ardiente y buscó su lengua para beber de ella con ansia; un gruñido de placer sonó suavemente en la habitación cuando ella respondió con la misma pasión.

—Levanta los brazos. —A la vez, Fenton arrastró hacia arriba su camisón, sacándoselo por la cabeza y lanzándolo lejos. Continuó

besándola y tentando su carne con una mano, amasando suavemente los músculos, mientras que, con la otra, abarcaba su pecho izquierdo y pellizcaba suavemente el pezón que se erguía exigiendo su atención. Megan gimió y se apartó de él para observar la mano de él sobre su pecho, levantó los ojos llenos de luz para mirarlo, y susurró con voz ronca:

—Quiero que hoy lleguemos hasta el final. Estas semanas no podía dejar de pensar que podía morir en cualquier momento y que todavía no habíamos hecho el amor. Me he llamado tonta mil veces por no haber aprovechado aquella oportunidad en la taberna.

—Yo también —susurró él.

A continuación, bajó la cabeza para capturar el pezón entre sus labios, comenzó a lamerlo y a morderlo con suavidad, deleitándose con su textura glotonamente. El suave botón se endureció aún más en su boca y ella se movió, inquieta, sobre su ingle, sintiendo que su vientre se llenaba de fuego. Con un gruñido ansioso, él dedicó su atención al otro pecho.

—Fenton. —Megan tenía la boca seca por la excitación. Él apartó enseguida el rostro de su pecho y la miró, al detectar la súplica en su voz—. Hazlo ya. Muérdeme, por favor. —El vampiro acarició con la yema del pulgar la vena donde la sangre, al sentir su tacto, empezó a circular más rápido; Fenton se relamió hambriento y Megan se sujetó a sus hombros abandonándose completamente.

—¿Estás segura? —Ella se lamió el labio inferior y él, velozmente, interceptó su lengua, capturándola con la suya; después de una breve danza entre las dos, volvió a levantar la cabeza.

—Sí. Hazlo ya o me moriré —afirmó. Con una risita por lo bajo motivada por su exageración, Fenton escondió la cabeza en su cuello y, después de lamer el lugar elegido un par de veces, le clavó los colmillos con precisión.

Megan sintió que un rayo de dolor la atravesaba, pero él comenzó a beber de ella y el dolor desapareció; además, la mano del vampiro descendió hasta encontrar su nido de rizos y su clítoris, que acarició rodeándolo unas cuantas de veces, haciéndola gemir de tal manera que tuvo que taparse la boca para no gritar; entonces, Fenton lo pellizcó, provocando que tuviera un orgasmo feroz. Desmadejada y sin fuerzas por el placer, se abandonó sobre él disfrutando mientras bebía de su vena. Cuando terminó, la tumbó bocarriba en la cama y se colocó entre sus piernas, dejando que se recuperara, recorriendo su cuerpo con caricias lánguidas y relajantes. Cuando pudo hablar, levantó la cabeza para mirarlo, intentando ponerse seria a pesar de que lo único que quería era sonreír y anunció:

—Es la última vez que te permito que hagas algo así. Quiero que los dos participemos, no que solo me hagas disfrutar a mí —prometió, ya

que la vez anterior en la que habían estado juntos, había ocurrido lo mismo. Se lamió los labios antes de continuar, nerviosa y un poco avergonzada, aunque intentaba ocultarlo—. A pesar de mi total falta de conocimiento en esta cuestión, sé que a los varones os gusta mucho que os toquen el miembro. Quiero darte placer yo también —Fenton asintió lentamente.

—Está bien —su voz estaba preñada de deseo—. Te he dicho que puedes hacerme lo que quieras. —Se levantó ágilmente y se quitó los calzoncillos. Megan se sentó y él lo hizo a su lado, lo más cerca posible de ella. Observó sus mejillas, enrojecidas como si tuviera fiebre y los ojos llenos de pasión. Los dos estaban sorprendidos; Fenton, porque a pesar de su experiencia jamás había sentido algo parecido, y Megan porque él anteponía en todo momento las necesidades de ella a las suyas.

El pene de Fenton, libre de la ligera opresión de la ropa interior, había alcanzado un tamaño considerable que ella observaba, asombrada; él respiró hondo manteniendo las manos junto a sus caderas, esforzándose por controlarse para no tumbarse de nuevo entre sus piernas e impulsarse dentro de su cuerpo virginal. A pesar de su necesidad, apretó los dientes y respiró a través de ellos emitiendo un sonido silbante, al sentir la mano femenina cerrarse suavemente en torno al rígido miembro, y comenzar a acariciarlo.

—¡Qué suave es! —murmuró, maravillada—. Pensaba que sería duro y frío; pero no es así, la piel es sedosa y está muy caliente —murmuró como si estuviera pensando en voz alta. Fenton apartó la cara, para no seguir viendo la pequeña mano rodeando su miembro y cerró los ojos agarrando la sábana y arrugándola entre sus dedos, para contenerse. Ella observó su gesto de dolor y se inquietó:

—¿Te duele cuando te toco? —preguntó con un murmullo. Insegura, apartó la mano.

—No, no… al contrario, tus caricias son lo mejor del mundo —masculló entre dientes, dolorido por la excitación—, pero no creo poder aguantarlas durante mucho más tiempo… —Iba a preguntarle algo más, pero él no había mentido y no pudo soportar más semejante tortura. La empujó suavemente para que se tumbara y él lo hizo, de nuevo, sobre su cuerpo. Necesitaba unirse a ella cuanto antes.

Mordisqueó sus apetecibles senos a la vez que deslizaba, lentamente, un dedo dentro de los rizos negros que había entre sus piernas, luego, lo sacó con la misma lentitud y repitió el movimiento varias veces, hasta que ella jadeó y comenzó a mover la cabeza de un lado a otro sobre la almohada, pidiéndole más. A continuación, Megan rodeó las caderas de Fenton con las piernas y acarició sus costados atrayéndolo hacia sí. Ambos sabían que había llegado el momento, pero él aun le hizo esperar un poco más, hasta notar que en torno a su

dedo la humedad aumentaba y estuvo seguro de que lo admitiría dentro de ella con el menor dolor posible. Megan gemía, moviendo las caderas contra su mano, suplicando silenciosamente que continuase y él accedió, deslizando otro dedo hasta encontrar el delicado nudo femenino, hinchado y sensibilizado por el orgasmo anterior, y lo acarició con suavidad.

Entonces, juntó su pelvis a la de ella, frotándose contra la humedad que destilaba su pubis, y cerró los ojos con un suave gruñido. Sabiendo que ya estaba preparada y que él estaba tan excitado que, si no la penetraba en ese mismo instante, alcanzaría el clímax fuera de ella como un inexperto adolescente, aún la observó durante un instante con una chispa de preocupación en los ojos.

—Estoy bien. Hazlo ya, por favor. —Lo necesitaba. No solo para liberarse, sino para poder sentir que se pertenecían de verdad. Quería hacer realidad lo que tantas veces había imaginado desde que lo había conocido.

—Sí, amor mío —musitó él con el cuerpo rígido y sudoroso. Cogiendo una punta de la sábana le limpió suavemente el sudor del rostro, buscando su comodidad.

—No quiero esperar más —insistió Megan con voz velada, irguiéndose para besar su mandíbula y mordisquearla suavemente; intentaba excitarlo más y sintió que él dejaba de respirar momentáneamente, sin fuerzas para resistirse.

Megan se aferraba a sus brazos, intentando que se acercara más a ella; Fenton la besó, hundiendo la lengua en su boca, usando toda su experiencia para volverla loca de deseo y que su unión fuera más fácil para ella. A la vez, se sujetó el pene con una mano colocándolo en su entrada y la penetró de una fuerte estocada notando cómo traspasaba la frágil barrera de su virginidad y se quedó inmóvil.

Cerró los ojos con un gesto de angustia en el rostro; estaba sintiendo un placer tan profundo y oscuro que lindaba con el dolor, pero se obligó a esperar un poco para que ella se acostumbrara a tenerlo dentro. De su pecho caían gotas de sudor de vez en cuando provocadas por el esfuerzo de contenerse, pero solo podía aguantar la intensa sensación que recorría su cuerpo en oleadas. Megan levantó el torso, moviendo el cuerpo y provocando que su carne se apretara alrededor del miembro masculino. Lo besó en el cuello y él la miró con una expresión que la hizo sentirse la mujer más bella del mundo. Tímidamente, exploró el mentón masculino con la lengua, haciéndolo salir de su inmovilidad; Fenton comenzó a moverse y apretó los dientes decidido a esperar a que ella volviera a sentir el placer y, por fin, cuando sintió las contracciones de su vagina abrazando su pene, agarró su cabeza y la devoró a besos, acompañándola con un gemido profundo y enrojeciendo los labios de ambos con su apasionamiento.

Poco después, se dejó caer en la cama a su lado, sosteniéndola contra su pecho, mientras movía una de sus grandes manos haciendo círculos en su espalda. La respiración de los dos se fue relajando poco a poco hasta que pudieron respirar normalmente y, entonces, ella se estremeció porque el frío de la habitación le hizo sentir que estaba desnuda sobre la cama, pero Fenton subió las sábanas para echarlas sobre los dos. Ahora que la neblina del placer estaba desapareciendo de su mente, le preguntó lo que más le preocupaba:

—¿Te he hecho mucho daño? —Ella ni siquiera se había quejado cuando la había penetrado y no sabía qué pensar, pero, como siempre, esta lo sorprendió al abrir los ojos llenos y contestarle:

—Casi no lo he notado. —Y era cierto.

—No te muevas. Quiero limpiarte. —Se levantó de un salto y caminó hacia la jarra de agua que había en la mesa, junto a la puerta; humedeció un paño y luego volvió a su lado—. Túmbate bocarriba —ordenó con suavidad, destapándola. Sin sentir vergüenza, al menos de momento, ella lo hizo—. Abre las piernas, cariño —siguió obedeciendo en silencio, sintiendo una pequeña incomodidad cuando la frotó con el paño húmedo. Fue muy suave, pero escrupuloso limpiándola y cuando terminó, volvió a tumbarse en la misma posición. Antes de dormirse, ella recordó que quería pedirle algo.

—Quiero que me hagas un favor.

—Lo que quieras —contestó después de darle un beso en la cabeza que Megan había apoyado sobre su pecho.

—Que no le cuentes de momento a Violet lo de la reencarnación. —Como él no contestó inmediatamente, ella quiso explicarse—: Es una gran chica, Fenton. Ya lo comprobarás cuando la trates un poco más y no se merece todo lo que le está pasando. Bueno, nadie lo merecería. —Él le dio un beso en la sien, porque ella había levantado la cabeza para poder mirarle a los ojos.

—No me he quedado callado porque no esté de acuerdo contigo. Haré lo que tú quieras, amor mío. —Retiró de su cara un par de mechones que habían caído sobre las mejillas, alisándolos hacia atrás—. Solo pensaba, mientras intentabas proteger a tu amiga, que tú también has tenido una vida terrible y no eres mucho mayor que ella. —Megan, sonrojada, volvió a apoyar la cara en su pecho cuyo sitio comenzaba a parecerle el mejor del mundo.

—Mi caso es distinto porque antes de que murieran mi hermana y su familia, viví años maravillosos junto a ellos que nunca olvidaré, pero Violet… —se calló bruscamente cuando escucharon un rasguño en la puerta, como si un pequeño animal la estuviera arañando. Alarmada, miró a Fenton, pero él sonreía.

—Es el coronel —musitó antes de darle un beso sin hacer caso de su cara de sorpresa, y levantarse. Le lanzó el camisón después de

recogerlo del suelo—. Póntelo —ordenó suavemente, mientras él hacía lo propio con sus calzoncillos; Megan salió de la cama a toda prisa y obedeció, pero, además, cogió la chaqueta de Fenton y se la puso encima del camisón.

Cuando él abrió la puerta, ella se estaba remangando la chaqueta para que se le vieran las manos.

Capítulo 7

En cuanto sirvió la sopa, la anciana le preguntó:

—¿Ese loco te ha dado mucha guerra? —Cameron conocía lo que pensaba de Cathal porque ambos habían hablado sobre él en muchas ocasiones, mientras todavía vivía Cedric que había aguantado a su sobrino todos estos años, solo por la memoria de su hermana a la que adoraba.

—No demasiada. Lo que no entiendo es por qué no va a incordiar a su padre. —El padre de Cathal se había vuelto a casar y al parecer su mujer era muy rica.

—Hacía mucho tiempo que no venía por aquí —aseguró la anciana mientras tomaba la sopa— y Cedric esperaba que se hubiera olvidado de él, pero hace unas semanas, volvió. —Vaciaron los platos en silencio y Maire se iba a levantar a recogerlos, pero él le hizo un gesto y se levantó para hacerlo él mismo.

—¿Qué quería?

—Los oí hablar algo sobre unos pergaminos. —Cameron, que había servido el guiso de pollo en los platos, sintió que los pelos de la nuca se le ponían de punta.

—¿Algo más?

—Sí. Cuando Cathal se marchó, Cedric estaba muy enfadado y me dijo que se iba a arrepentir. —Su tenedor, cargado con una tajada de pollo, se quedó en el aire mientras recordaba—. Fue cuando se enteró de que pertenecía a *La Hermandad.*

—¿Cathal?, ¿estás segura?

—Sí, por lo visto, lo reconoció ante Cedric. —A Cam le extrañó.

—Es una sociedad secreta, ¿qué pretendería diciéndoselo?

—Quería que él también entrara en la sociedad —aseguró.

Cameron la miraba atónito, pensando lo estúpido que había sido al no venir, antes de nada, en cuanto se enteró de la muerte de Cedric a hablar con ella.

—¡No me lo puedo creer! —Ella se metió un trozo de pollo en la boca y lo masticó.

—Pues así fue. Nunca había visto a Cedric tan enfadado, fue cuando me aseguró que se arrepentiría.

—¡Ese muchacho está loco! Cedric siempre ha estado en contra de *La Hermandad*, no sé cómo se le pudo ocurrir tal cosa… —musitó, sorprendido—. Cuanto más lo pienso, menos lo entiendo.

—No creo que esa idea partiera de él. —Maire dejó el tenedor y cortó un trozo de pan. Cameron se dio cuenta de que estaba famélico y comió—. Según me dijo Cedric, al final de la conversación, Cathal reconoció que lo mandaba su padre.

—Pero ¿por qué querían reclutar a Cedric? No es un ejecutor, ni un millonario que pueda financiarles…

—Eso no lo sé. Desde aquel día, ese muchacho no volvió, pero Cedric estaba convencido de que lo vigilaban. Y cuando desapareció… estuve a punto de ir a la policía, pero…

—¿Por qué no lo hiciste?

—Al día siguiente de que él desapareciera me llegó una nota, escrita con su letra, en la que me decía que estaba de viaje en Escocia para comprar unos libros antiguos.

—Ya. —Ella lo miró con aspecto culpable.

—Te aseguro que era su letra.

—¿Has guardado la nota?

—Sí, pero se la llevó la policía. Y no era extraño, ya conocías los viajes inesperados de Cedric. —Cameron cubrió su mano con la suya y la apretó afectuosamente.

—Sí. Todos estábamos acostumbrados a sus desapariciones repentinas.

—Os quería mucho. A ti y a Nimué —afirmó ella de repente—. Se disgustó mucho cuando os dejasteis de hablar y no entendía que, con el paso de los años, no lo arreglarais.

—Sí, a mí también me lo decía. —Sonrió—. Solía regañarme mucho por eso.

—A Nimué también, pero ella es tan tozuda… no quería verte. —La anciana lo miraba con curiosidad—. ¿Estáis… mejor?

—No, este viaje es por Cedric. Porque todo lo que hay en la casa es propiedad de Nimué. Casi no nos hemos hablado desde que salimos de Cork, bueno, excepto para que ella me recuerde lo mal que me porté.

—¿Y tú qué piensas?

—Comprendo que tiene razón —confesó—, pero, si después de esto, ella no es capaz de perdonarme, aceptaré que todo se ha terminado y que no tenemos ninguna posibilidad.

La anciana chasqueó la lengua, deseando que llegara el momento en que abrieran la caja fuerte. Sus caras entonces serían algo digno de verse.

—¿Y tú? ¿Has pensado qué vas a hacer ahora? —Cameron se prometió que, si no tenía a dónde ir, haría algo por ella, pero Maire sonrió divertida.

—Gracias por preocuparte, pero Cedric me dejó lo suficiente para vivir. —El abogado arrugó la frente, recordando.

—No hay nada sobre ti en su testamento. Estoy seguro —se quedó mirándola fijamente, porque algo en el rostro de Maire le hizo pensar que sabía algo que él desconocía—. ¿Qué? —Ella movió la cabeza, negando.

—A veces nada es lo que parece —vaticinó—. ¿Quieres un té?

—No, gracias. Estaba todo muy bueno. —Lo cual no era ninguna sorpresa. Había comido muchas veces en casa de Cedric y siempre había admirado lo buena cocinera que era Maire—. Entonces… ¿imaginando que recibieras ese dinero, te marcharías con tu familia?

Ella cogió el trozo de pan restante y comenzó a deshacerlo, con la mirada perdida.

—No. Mi hermano murió el año pasado. —Sabía lo unida que estaba a él. En alguna ocasión habían coincidido cuando había ido a ver a Cedric. Era un sacerdote muy anciano; aunque ella era mayor, él le llevaba bastantes años.

—Lo siento mucho, Maire. —Se encogió de hombros, pero la tristeza era visible en su rostro.

—Gracias. Era un buen hombre —carraspeó—. Cedric también y no se merecía morir así; al menos, como temía que le ocurriera algo, se había preparado.

—¿A qué te refieres?

—Os dejó un mensaje en la caja a ti y a Nimué, semanas antes de morir. Me advirtió de que si aparecía su sobrino por aquí, no lo dejara entrar, pero ya estoy vieja y ha pegado un empujón a la puerta que casi me tira, luego se ha ido directamente a por la caja.

—¿Ha dicho algo?

—Estaba como loco. No hacía más que repetir que tenía que encontrarlo.

—¿El qué? ¿Buscaba dinero?

—No, no creo que sea eso…, pero no lo sé, te lo juro. Lo que sí sé es que Cedric guardó lo más valioso que tenía en la caja. Él me lo dijo y también que había una carta para vosotros.

~

BURKE ESTABA BEBIENDO un trago frente al ventanal que dominaba el salón de su nueva residencia. Era de alquiler, pero le gustaba más que todas en las que había vivido; manteniendo la típica fachada de Cork, era muy grande sin ser ostentosa y estaba en un lugar inmejorable. Reinaba sobre una colina desde la que se dominaba el pueblo y la bahía de Cobh, justo encima de la futura catedral que estaba a sus pies. En pocos minutos, unas nubes negras cargadas de agua llenaron

el cielo y las olas empezaron a crecer, haciéndose salvajes. Y ese indómito espectáculo, no supo por qué, le recordó a ella.

Desde que la había conocido, hacía dos semanas, se había prometido que no iba a permitir que la belleza de Brenda o su inteligencia, ni siquiera el arrollador deseo que sentía por ella, estorbara el trabajo que había ido a hacer. Era demasiado importante. Pero cada vez le estaba costando más cumplir su palabra. Estar a su lado durante todo el día y oler su fragancia, lo estaba convirtiendo en un patético ser que se conformaba con disfrutar de su sonrisa, aunque no estuviera dirigida a él. Dos días atrás, en un arranque de malhumor, harto de negarse lo que tanto deseaba, envió una nota a Lindsey, una amiga «especial» invitándola a pasar unos días con él, pero empezaba a lamentar haberlo hecho. Resopló indignado consigo mismo por haberse comportado como un estúpido, sabiendo, en el fondo, que solo la había llamado para dar celos a Brenda. Algo que además estaba seguro de que no iba a sentir.

La campana de la puerta principal lo distrajo de sus fúnebres pensamientos y se ató el cinturón del batín de seda negro, que era lo único que llevaba en ese momento, antes de salir al pasillo con curiosidad por ver quién se atrevía a venir a semejantes horas; pero cuando vio a Brenda, que parecía necesitar apoyarse en la jamba de la puerta para no caerse, se olvidó de todo y corrió hacia ella. Apartó a Hobson que lo conocía desde hacía más de dos décadas y la cogió en brazos, metiéndola en casa. Solo por el terror que veía en su cara, sería capaz de matar a quien se lo hubiera provocado. Su mayordomo, que estaba atónito por su reacción, cerró la puerta y desapareció discretamente.

—Siento haber venido aquí, pero… no tenía a dónde ir. —Su respiración era muy agitada y parecía que le costaba respirar. Sus pupilas estaban contraídas y casi no se veían. Burke la llevó al enorme salón y la dejó sobre el sofá. Intentó que se tumbara, pero ella se resistió, aunque parecía estar casi sin fuerzas.

—Tranquila, has hecho bien en venir. —Giró la cabeza hacia el pasillo sabiendo que su mayordomo estaría cerca—. ¡Hobson! Trae un poco de oporto —pidió al sentir sus temblores.

—No, no —protestó ella—, no bebo nunca. —Hizo una mueca al ver su bata y pareció darse cuenta de lo tarde que era—. Iré a las oficinas, allí estaré bien. —Intentó levantarse, pero Burke se lo impidió forzándola suavemente a sentarse de nuevo. Frunció el ceño, a punto de regañarla, pero no lo hizo por lo pálida que estaba. Temía que se desmayara.

—No permitiré que te vayas, no estás en condiciones de irte sola —ordenó—, y un poco de oporto te reanimará —aseguró. Lo enfadaba que lo mirara como si no fuera de fiar.

Hobson se acercó con una bandeja de plata en la que llevaba el botellón de oporto y una copa. Lo dejó sobre una mesita que había junto al sofá y Burke sirvió el oporto y le dio la copa a Brenda, pero, temblaba tanto, que tuvo que ayudarla. Cuando dejó la copa, vacía, de nuevo sobre la bandeja, se dio cuenta de que su mayordomo le hacía gestos para que se acercara a él. Murmurando una disculpa a Brenda, lo hizo.

—¿Qué quieres? —le susurró, desabrido.

—Puede que el señor prefiriera ir a cambiarse antes de seguir atendiendo a la señorita. —Con un ligero carraspeo, su altísimo mayordomo lo miró de arriba abajo y luego enarcó una ceja. Burke entrecerró los ojos lanzándole una mirada asesina, pero sabía que tenía razón. Ella estaría más tranquila si se vestía. Antes de volver junto a Brenda, murmuró a Hobson—: No permitas que se vaya; si vuelvo y no está, despídete de la cabeza —amenazó.

—No creo que quiera marcharse a ningún sitio —asintió el otro como si dijera una verdad inapelable. Burke caminó hasta el sofá y se acuclilló junto a ella.

—Brenda, voy a ir a cambiarme, pero volveré enseguida. Hobson te cuidará mientras yo no estoy. Trabaja conmigo desde hace veinte años, puedes confiar en él —ella asintió, al menos la palidez parecía haber cedido un poco—. Cuando vuelva, hablaremos. —Esperó durante unos segundos una contestación que no llegó y se marchó a su habitación deseando saber qué había pasado.

~

LOS HOMBRES que Sanderson había enviado a esta misión, llevaban poco tiempo en la sociedad, apenas unos meses, pero se habían ganado su puesto rápidamente porque, junto a Jack y Curtis, eran los más crueles y sanguinarios que tenía; además, nunca cuestionaban sus órdenes, fueran las que fueran. Eran sus hombres de más confianza y por eso, eran los únicos que sabían que el verdadero *Maestro* era él. Entró en la casa seguido por Dixon, de quien le habría encantado prescindir, pero todavía no podía hacerlo. Antes, necesitaba utilizarlo para buscar a la muchacha. Mientras se quitaba los guantes, gritó el nombre del jefe del equipo al que había encargado vigilar a Violet.

—¡Edevane! —Escuchó sus pasos en el piso de arriba y cómo bajaba corriendo las escaleras, con solo unos pantalones y una camisa manchados de polvo. Por su aspecto, pudo ver que acababa de volver de recorrer los caminos y eso calmó un poco su malhumor, también verlo palidecer, asustado. Esperaba que todos los que le rodeaban le tuvieran miedo, de ese modo nadie cuestionaría su liderazgo.

—Hola. —A pesar de que llevaba poco tiempo con él, lo conocía

bien; sabía que no debía preguntar nada ni hablar más de lo imprescindible nunca, y menos cuando el *Maestro* estaba tan enfadado.

—¿Habéis averiguado algo?

—No, aún no hemos encontrado ningún rastro. Es como si se las hubiera tragado la tierra —Sanderson asintió, mirando a Dixon de reojo.

—¿La vieja se fue con ella? ¿Estás seguro?

—Sí, tenías razón. No era de fiar.

—Y seguramente no sería tan vieja. —Entrecerró los ojos. Había tenido mucho tiempo para pensarlo—. Seguramente sería una espía de *La Brigada.*

—¿Una mujer? No es habitual en ellos… —preguntó, pero Sanderson no contestó, porque se había quedado mirando a Damon que acababa de bajar las escaleras. Estaba aterrado.

—¡Damon! Me alegro de que te reúnas con nosotros. Ahora iba a preguntar por ti. —Sonrió al ver los golpes que tenía en la cara; un ojo casi no podía abrirlo y la nariz y la mandíbula estaban moradas—. Ya veo que Edevane ha castigado tu inutilidad. —Damon agachó la mirada esperando que ese fuera su único castigo. Afortunadamente, el *Maestro* tenía otros planes.

—Mientras como, me contarás todo, absolutamente todo lo que pasó ese día. —Su mirada estremeció a Damon que asintió ansiosamente, decidido a hacer cualquier cosa para que olvidara su metedura de pata. Después, la mirada llena de odio de Sanderson, se volvió a Dixon—. Tú vete arriba y quédate en una de las habitaciones de invitados. No quiero verte. —Después, todos se dirigieron al salón dejándole al pie de las escaleras. Con la boca contraída en una mueca amarga y la decisión que llevaba pensando desde hacía días terminando de arraigar en su mente, subió las escaleras arrastrando los pies, agotado, y deseando terminar con todo.

Sanderson estaba tan hambriento que prefirió comer antes de hablar con Damon. Algo más tarde, mientras se tomaba un café, le pidió que le contara todo lo que había pasado. Mientras lo hacía, no dijo nada, solo escuchó, bebiendo su café a pequeños sorbos.

—¿Quién ha hecho la comida? —preguntó, de repente, cuando Damon había terminado. Death, que estaba sentado cerca de él, como todos, contestó tragando saliva:

—Yo, *Maestro.* —Sanderson le dirigió una de sus raras sonrisas.

—Es muy posible que me sirvas mejor en la cocina que como agente. —Sus compañeros miraron a Death sorprendidos—. ¿Quién te enseñó a cocinar?

—Mi madre.

—Pues lo hizo bien. Ya hablaremos. —Miró su taza vacía—. Es uno de los mejores cafés que me he tomado. Y soy muy exigente con el

café.

—Yo también —confirmó Death—. Siempre llevo mi marca de café adonde voy. Es el único que bebo —Sanderson asintió lentamente, pero, después, su mirada se desvió hacia Damon que estaba cada vez más pálido, sin saber qué le esperaba después de su confesión.

—Así que, mientras te tomabas una cerveza enfrente de la botica, ¿no las viste salir?

—No, *Maestro*.

—Solo salieron del local una mujer joven, a la que no habías visto nunca, y un hombre también joven… ¿es así? —Damon asintió sin saber aún donde quería llegar. Edevane lo miraba sin poder creer que fuera tan estúpido—. Y tú mismo acabas de decir que cuando entraste con ellas en la botica, no había nadie más. Solo la boticaria.

—Sí.

—¡Eres imbécil!, ¿no se te ocurrió que podían ser las dos? Si la vieja criada no fuera vieja, ¿por su tamaño podría haber sido esa mujer que viste?

—Era demasiado guapa… —protestó, pero se detuvo a tiempo al ver las cejas enarcadas de Sanderson. Afortunadamente, su atención se desvió hacia Edevane.

—¿Es posible que sigan en el pueblo?

—No, esta mañana he podido hablar con un cochero que las llevó a Dingle. —Echó una mirada despectiva a Damon—. Según él, eran un hombre y una mujer jóvenes, y la mujer era muy atractiva. Él mismo las dejó en Dingle.

—No creo que se hayan quedado allí —musitó Sanderson para sí—. Aquello es demasiado pequeño. Las encontraríamos enseguida.

—Puede que no, pero no tenemos nada que perder…

—Estoy de acuerdo, las buscaremos por todos los sitios. Jack y Curtis vienen para acá. Llegarán en unas horas, no han venido conmigo porque estaban en el norte, con otro asunto. Cuantos más seáis, mejor. —Entrecerró los ojos al ver la mueca de disgusto de Edevane—. Guárdate tu ego para otro momento, esto es demasiado importante para que vuestras rencillas nos estorben y no consentiré ni un fallo más —Edevane asintió en silencio y agachó la mirada, aunque en sus ojos había una chispa de desafío.

Death intervino, intentando desviar la atención de Sanderson.

—¿Qué quieres que hagamos?

—Dos de vosotros iréis a buscarlas a Dingle, y cuando vengan Jack y Curtis, formaréis dos o tres patrullas para vigilar la carretera a Dublín. Mientras, Dixon y yo, iremos a la comisaría para que denuncie el secuestro de Violet; seguramente la policía la encontrará por nosotros. —Sonrió malvadamente—. De algo tenía que servir pagar bajo cuerda a tantos polis. —Con los ojos rojos y entornados, miró uno

a uno—. No quiero que penséis en nada más, solo en encontrarla. Y, cuando la tenga de nuevo en mi poder, acabaré con ese borracho. ¡Cómo voy a disfrutar rompiendo su inútil cuello! —masculló.

Dixon, que estaba acodado sobre la barandilla de la escalera, escuchando la conversación, se volvió sigilosamente y entró en su habitación. Su mente bullía, llena de planes y, aunque el miedo amenazaba con inmovilizarlo, no se lo permitió. Hacía semanas que sentía que su muerte se aproximaba, inexorable, pero se aseguraría de hacer el mayor daño posible antes de morir; pasó la noche en vela, preparándolo todo. El amanecer lo pilló cerrando un sobre que se guardó debajo de la camisa y que echaría al correo en cuanto tuviera oportunidad. Afortunadamente, Sanderson no tenía más remedio que dejarlo salir si quería que pusiera la denuncia y, aunque estaría vigilado en todo momento, buscaría la forma de echar su carta en un buzón. Sería su venganza y puede que el único acto bondadoso que habría hecho en toda su vida.

~

FENTON DEJÓ PASAR AL CORONEL, encendió una vela y Stuart se quedó mirando fijamente a Megan; aunque por su expresión no se podía saber qué pensaba, solo tardó unos segundos en reaccionar con una sonrisa y acercarse a abrazarla.

—¡Megan, te ha encontrado! ¿Cómo estás?

—Hola, Stuart. Estoy bien —respondió a su abrazo con un sentimiento agridulce, porque verlo le recordaba mucho a su familia —. Muchas gracias por salir en mi búsqueda. —Mientras que los brazos de Stuart la rodeaban suavemente, sus ojos se clavaron en los de Fenton.

—¿Cómo no iba a hacerlo? A pesar de que os traté a ti y a tu familia durante poco tiempo, os cogí mucho cariño. Me gustaba mucho ir a visitaros. —Megan sonrió con los ojos aguados—. Tu hermana era una mujer encantadora —ella asintió limpiándose una lágrima que resbalaba por su mejilla derecha—, y tú eres igual que ella.

—No, ella era muy buena. Mucho mejor que yo —aseguró, convencida.

—No lo creo. Ella decía lo mismo de ti. —Megan arqueó una ceja sorprendida y él continuó hablando, pensando que sus palabras podrían reconfortarla un poco—. Una tarde que en la que tú habías salido, me dijo eso mismo. Que tú habías sido la mejor hermana que hubiera podido desear. —Fenton rodeó su cintura echando una mirada de advertencia a Stuart para que no siguiera, ya que sus palabras la emocionaron y había empezado a llorar.

—Vamos, cariño. No te pongas así. —Ella se secó la cara, con una sonrisa triste. Stuart, turbado, se apresuró a disculparse.

—Perdóname, por favor… soy un bruto —aseguró. Megan puso su mano derecha en el brazo del antiguo militar.

—No te disculpes, por favor. Para mí, que me hables de mi hermana, mi sobrina o mi cuñado, es motivo de orgullo y de alegría. Te lo agradezco mucho. Es solo que… que todavía no puedo pensar en ellos sin llorar —confesó. Fenton los interrumpió porque no quería que volviera a llorar.

—Estarás cansado. ¿Has conseguido habitación? —El coronel contestó frotándose la nuca como si le doliera; además, unas profundas arrugas provocadas por el cansancio cruzaban su rostro.

—Sí, está al final del pasillo. La cogió en cuanto vi tu caballo en el establo. Tenemos que hablar —aseguró, muy serio. Fenton le pidió a Megan, con un murmullo, que se sentara en la cama y él se acercó a la silla donde había dejado su ropa, la cogió y la dejó sobre el escuálido aparador donde estaban la jofaina y la jarra con agua, y acercó la silla a su amigo.

—Siéntate, pareces a punto de caerte redondo al suelo por el cansancio. —Él obedeció con un suspiro y Fenton lo hizo junto a Megan; cogió su mano porque no sabía qué noticias traía Stuart—. Cuando quieras, te escuchamos.

Antes de hacerlo, el coronel echó un rápido vistazo a sus manos entrelazadas y al rostro de Megan. Desde que había entrado en el dormitorio se había dado cuenta de lo que había pasado entre ellos; no había que ser demasiado listo para hacerlo y se alegró por los dos; durante el viaje había podido conocer más profundamente a Fenton y sabía que, jamás la abandonaría y que la protegería con su vida. Pero le gustaría no traer tan malas noticias. Respiró hondo antes de hablar mirando a Fenton:

—Tal y como quedamos, pregunté discretamente en Tralee por ellas.

Megan se apresuró a decir:

—No podía decir demasiado en la nota que le envié a Killian, pero esperaba que imaginarais que no iba a abandonar a Violet; que si podía escapar, lo haría con ella. —Stuart miró a Fenton sin saber qué decir, pero este asintió, entendiéndola.

—Lo sabíamos. En los pueblos donde te hemos buscado, lo hemos hecho preguntando por una o por dos mujeres, pensando que lo más posible era que huyerais juntas. Pero nadie nos supo decir nada, hasta ahora.

Miró a Stuart para que continuara.

—Por casualidad, hablé con la boticaria que me contó una historia sorprendente de una muchacha y una anciana que se transformaron en

minutos, en su trastienda, en una mujer atractiva y un joven. —Sonrió, divertido, y Megan lo imitó—. Fue una argucia muy inteligente —aseguró.

—Gracias —contestó intentando parecer humilde, aunque ella también pensaba lo mismo. Fenton rio por lo bajo, muy orgulloso.

—Enseguida me di cuenta de que hablaba de ti y de tu amiga, pero no era esto lo que quería contaros. —Volvió a mirar a Fenton con expresión de preocupación—. Hay varios hombres apostados a lo largo del camino de Dublín, que hacen que se detengan todos los carruajes para ver quién va dentro. A mí no me han parado porque iba a caballo. Las están buscando.

—Creen que vamos a Dublín —murmuró Megan. Fenton apretó su mano consoladoramente y contestó:

—Eso sería lo lógico porque allí está Killian y la central de *La Brigada, y* saben que somos los únicos que nos enfrentaremos a *La Hermandad*… —dijo, para después arrugar el ceño, quedándose pensativo. Stuart preguntó, con los ojos entornados:

—¿Y cómo vamos a volver? —Fenton negó con la cabeza.

—Ni loco se me ocurriría hacerlo en estas circunstancias. No sé cuántos agentes nos están buscando, pero si hacen bien su trabajo, sería casi imposible esquivarlos a lo largo de los trescientos kilómetros de distancia que hay hasta Dublín.

—¿Entonces?

—Se me acaba de ocurrir que tenemos una alternativa que no se esperan, y que está «solo» —dijo esa palabra con una mueca porque era una larga distancia, a pesar de todo— a cien kilómetros. —Hizo un cálculo rápido—. Podemos llegar en dos días, siempre que no tengamos ningún percance con el carruaje. Es el único sitio que se me ocurre ahora mismo al que podemos ir sin avisar, y donde podemos quedarnos el tiempo que necesitemos. Además, allí Megan y Violet estarán seguras, la casa donde vamos está protegida; yo mismo contraté a los hombres que la vigilan.

—¿Dónde quieres ir? —preguntó Megan, intrigado.

—A la casa del juez Richards, en Cork. Bueno, ahora es la casa de él y de Kristel porque se han casado hace pocos días. —Los tres giraron la cabeza hacia la puerta al escuchar un suave golpe de nudillos en ella.

Stuart se levantó, ágilmente a pesar del cansancio, echando mano de la pistola que llevaba oculta en la cintura del pantalón y Fenton lo hizo con la que guardaba debajo de la almohada, y se colocó delante de Megan protegiéndola con su cuerpo. El coronel esperó un gesto de Fenton antes de abrir y los dos se sorprendieron por igual al ver que la visita inesperada era Violet; ella, cuando vio las dos armas apuntándola, palideció, y Megan salió de detrás de Fenton para

acercarse a ella.

—Tranquila, no pasa nada. —La hizo entrar en la habitación y los hombres guardaron apresuradamente las armas, avergonzados por haberla asustado.

—Perdone, señorita, no sabía que… —comenzó Stuart, pero nadie supo cómo pensaba continuar sus disculpas porque cuando ella posó en él sus ojos dorados, todo pensamiento lógico desapareció de la mente del curtido militar y fue incapaz de seguir hablando. Violet agachó la cabeza, ruborizada por lo que vio en sus ojos y Megan y Fenton observaron, sorprendidos, la inesperada pero evidente química que había entre los dos. Como el silencio se alargaba, Megan decidió presentarlos después de carraspear:

—Violet, este es Stuart. Él y Fenton llevan días buscándonos. —Ambos estrecharon sus manos con un murmullo; él no apartaba los ojos de ella, muy serio, y ella le sonrió tímidamente, aún ruborizada.

—Mañana saldremos lo antes posible; estoy seguro de que los agentes de *La Hermandad* terminarán apareciendo por aquí. Tenemos que buscar un coche para viajar, creo que así será más sencillo despistarlos —anunció Fenton, pensativo.

—¿Quieres que nos hagamos pasar por dos parejas? —preguntó Megan.

—No, eso es lo que buscarán vuestros seguidores. El disfraz de muchacho de Violet es muy bueno, y si a ella no le importa seguir disfrazada unos días más…

Ella lo interrumpió:

—¡Claro que no! ¡Me gusta! Hay mucha más libertad de movimientos yendo vestida con ropa masculina que con la femenina —aseguró. Megan ocultó una sonrisa porque ella pensó lo mismo la primera vez que se puso unos pantalones.

—Bien. Entonces Megan y yo nos haremos pasar por una pareja recién casada que está de luna de miel…

—¿Y nosotros? —interrumpió Stuart, imaginándose lo que iba a decir.

—Bueno, a falta de algo mejor —los señaló a los dos, sin poder evitar una sonrisa—, seréis nuestro cochero y nuestro… lacayo. —Stuart entrecerró los ojos nada divertido, al contrario que Violet que parecía encantada con su nuevo papel.

—Entonces… ¡¿puedo viajar sentada en el pescante?! —Estaba ilusionada.

—Sí. Los dos lo haréis. Además, y, aunque eso nos retrase, creo que será mejor que viajemos por caminos secundarios. —Miró a Stuart—. ¿Has reconocido a alguno de los que las buscaba? —El coronel hizo una mueca.

—Aunque no lo creas, no conozco a demasiados criminales. —

Fenton rio por lo bajo al escuchar su tono ofendido—. Pero no eran buenos tipos, eso te lo aseguro.

—Estoy seguro de que no te equivocas. —Violet bostezó contagiando a Megan—. Es mejor que nos vayamos a dormir; mañana, antes de poder marcharnos, tenemos que hacer muchas cosas. Nos levantaremos al amanecer.

Stuart y Violet se dirigieron a la puerta y él le dijo en voz baja:

—Te acompañaré hasta tu habitación.

—No te preocupes, está aquí al lado —murmuró antes de bostezar de nuevo, pero por el gesto tozudo del coronel, Fenton supo que la acompañaría, dijese lo que dijese.

Cuando los dejaron solos, Megan preguntó, burlona:

—¿También quieres que yo me vaya a mi habitación a dormir? —Como única respuesta, él la cogió en brazos inesperadamente y la besó a conciencia antes de dirigirse a la cama.

Capítulo 8

Cameron tardó bastante rato en recoger los libros tirados por el suelo, alisar las páginas que se habían doblado al caer, y colocarlos según recordaba. Antes de volver a ocultar la caja fuerte con los libros de terror, comprobó que seguía intacta y retrocedió hasta situarse en el umbral del salón para ver la biblioteca en toda su extensión. Aunque había trabajado codo con codo junto a Cedric durante varios años, nunca había entendido la fijación que tenía por los volúmenes antiguos, los pergaminos y las leyendas en general; cuando encontraba cualquiera de las tres cosas, su emoción podía superar a la de cualquier niño antes de abrir sus regalos el día de su cumpleaños. Al ver la hora en el reloj que había sobre la chimenea, se dio cuenta de que había pasado más de tres horas desde que había visto a Nimué y fue a su habitación. Seguía dormida, pero parecía estar inquieta, como si tuviera una pesadilla. Se sentó a su lado y cogió su mano, asombrándose al notar que se tranquilizaba al instante y no la soltó. Acomodándose en la silla, echó la cabeza hacia atrás diciéndose que sería cosa de unos minutos. Con eso le bastaría.

Despertó al escuchar su nombre. La habitación estaba a oscuras, pero él podía ver en la oscuridad sin ningún problema. Nimué que, al contrario que él no podía, le decía con los ojos entornados, esforzándose por verle:

—Cam, túmbate a mi lado. No puedes estar toda la noche en una silla —su voz sonaba mejor, aunque somnolienta.

—No te preocupes.

—Hazlo. Por favor. Pactemos una tregua, aunque sea solo por esta noche. Si no te acuestas, no podré volverme a dormir —insistió.

—Está bien —aceptó a regañadientes.

Aunque no había nada que deseara más que acostarse junto a ella, estaba seguro de que se quedaría toda la noche sin pegar ojo por tenerla tan cerca y no poder tocarla. Pero más valía eso que nada, se conformaría con olerla y escuchar su corazón.

Rodeó la cama para tumbarse por el otro lado; lo haría vestido y sobre la colcha, así sería más fácil aguantar la tentación, pero ella se dio cuenta.

—No. Ponte cómodo. Si no, no descansarás. —Con una maldición silenciosa, obedeció y se quitó los pantalones y la camisa; cuando ella levantó la sábana, invitándolo a meterse dentro, se le puso la carne de gallina. Tragando saliva, se metió en la cama pegándose todo lo que pudo al borde. Nimué, tumbada de costado, se volvió hacia él y dijo:

—Acércate un poco, por favor. Tengo frío. —Pensando que había perdido el juicio, dudó un momento, pero después lo hizo y se dio cuenta de que estaba helada. Se preocupó.

—¿Te encuentras peor?

—No. Pero la casa está helada y no me puedo dormir. —Sin pensar, solo necesitando que se sintiera mejor, la abrazó para compartir su calor provocando un suspiro de placer en ella.

—Ya he recogido todos los libros.

—Qué bien —musitó Nimué.

Por fin estaba relajada y calentita y, un minuto más tarde, comenzó a roncar. Cameron aguantó el sueño todo lo que pudo saboreando la sensación de tenerla entre sus brazos de nuevo, hasta que se durmió.

Al día siguiente la tregua entre los dos continuó, de forma natural, cuando se levantaron. Cameron usó primero el baño y luego fue a la cocina, donde ayudó a Maire a preparar el desayuno, dejando a Nimué espacio y tiempo para levantarse y digerir la situación. Sabía que estaba mejor, aún dolorida, pero nada que ver con el día anterior.

—¿Está mejor? —Se giró hacia la anciana, que estaba poniendo la mesa.

—Eso creo.

Cuando Nimué entró en la cocina, Cameron estaba de espaldas a ella friendo el beicon y los huevos; a pesar de eso, sintió su mirada y se volvió hacia ella con la paleta en la mano.

—Buenos días —saludó. Él le dedicó una tierna mirada al contestar y ella desvió la mirada hacia la criada—. Maire, ¿quieres que te ayude en algo?

—No, siéntate ahí. —Señaló una banqueta con un índice nudoso y retorcido por la edad—. Cameron te ha traído un cojín del saloncito.

—Gracias —le dijo, muy educada.

—De nada —contestó él igualmente.

Mientras estaban desayunando, Cameron aprovechó para contarle todo lo que Maire le había dicho el día anterior.

—¿Por qué no me dijo que su sobrino le estaba molestando tanto últimamente? —preguntó Nimué, confundida—. Nos veíamos muy a menudo… no lo entiendo.

—Él no quería darte problemas —aseguró, luego miró a Cameron —. Ni a ti.

Tanto Nimué como Cam terminaron de desayunar en silencio, ambos deseando abrir la caja y ver qué había dentro. En cuanto

pudieron, fueron al enorme salón.

—Aunque recuerdo haber venido aquí desde que era una niña, me sigue impresionando —murmuró casi sin darse cuenta de que hablaba en voz alta.

—No me extraña —aseguró Cam, recordando—. Mientras trabajaba con él en la universidad, fui testigo de alguna de las ofertas que recibió y que rechazó a cambio de sus libros; aunque algunas le habrían servido para vivir como un rey durante toda su vida.

—Cedric nunca habría vendido su colección porque parte de ella la había heredado de su familia, y también porque él dedicó toda su vida a buscar el resto. —Señaló los miles de volúmenes antiguos que reposaban inocentemente sobre los estantes. Ambos se dirigieron a los de terror y Cameron apartó los libros que ocultaban la caja de hierro de color verde; cuando terminó, se apartó para dejar su lugar a Nimué que tragó saliva.

—¡Estás nerviosa!

—Sí. No sé por qué. —Bajo la atenta mirada de Cam, movió la rueda metálica que sobresalía de la parte frontal de la caja lentamente, haciendo coincidir los cuatro números que Cedric le había hecho aprender, uno a uno, con la muesca que había sobre ellos, hasta que se escuchó un clic en el último; entonces subió la palanca con facilidad, pero no abrió la puerta. Algo le decía que, si lo hacía, todo cambiaría y tuvo miedo.

—¿Por qué no la abres? —Sintiéndose confusa, sacudió la cabeza.

—No lo sé. —Retrocedió un paso—. Hazlo tú. —Cameron le echó un vistazo para asegurarse de que estaba bien y se adelantó para ocupar su lugar; luego, abrió la puerta.

Dentro, todo estaba muy ordenado, algo sorprendente teniendo en cuenta lo desordenado que era Cedric, pero Cameron imaginaba que había hecho un esfuerzo para que ese trámite fuera lo más sencillo posible para ellos.

La caja fuerte estaba dividida en dos estantes; en el superior había un documento que parecía un testamento, un sobre con sus nombres y un pergamino de aspecto antiguo; y encima de todo, una hoja pequeña en la que ponía:

Antes de nada, leed la carta.

Cedric

En el estante inferior había unos cuantos billetes que sumarían unos cuantos cientos de libras, unos gemelos que habían pertenecido al padre de Cedric y una cruz de oro que había sido de su madre. A Cam se le erizó la piel sintiendo el calor del cuerpo de Nimué, casi pegado al suyo cuando susurró junto a su oído:

—¡Qué ordenado está todo! —Los dos habían pensado lo mismo, pero a Cam le llamó la atención otra cosa.

—Ese no es el testamento que yo le tramité —aseguró, después de ver el documento, aunque todavía no quitó el lacre con el sello del notario. Nimué frunció el ceño, extrañada.

—¡No puede ser! Solo trabajaba contigo, jamás hubiera contratado a otro abogado. —Hasta hace un momento, Cam hubiera dicho lo mismo.

—Es un notario escocés. No entiendo nada —murmuró.

—¿Por qué lo haría? —preguntó Nimué.

—Solo puede ser porque cambió el testamento y no quería que supiéramos nada. Es muy reciente, lo redactó hace poco más de un mes. Será mejor que nos sentemos, así estaremos más cómodos —aseguró, cogiendo los documentos. Los dejó sobre el escritorio donde Cedric solía trabajar y se sentaron frente a frente, aunque mirando los documentos. Nimué se adelantó:

—Supongo que deberíamos empezar por la carta; era lo que él quería.

—Por supuesto. —Cameron se la entregó y la mano de ella tembló ligeramente al cogerla, emocionada a su pesar al ver los nombres de los dos escritos con la letra de su padrino en el sobre. Estaba deseando leerla, pero, por otro lado, también temía enterarse de su contenido. Antes de abrirlo, siguió con el índice la extraña letra picuda que siempre la había fascinado.

—Siempre me encantó su letra —afirmó Cam con una sonrisa, entendiéndola. Ella asintió.

—Ahora ya nadie escribe así.

Abrió el sobre y sacó dos hojas pulcramente dobladas, las desdobló y leyó en voz alta:

Queridos míos:

En estos días he pensado mucho en si debería de escribir una carta para cada uno de vosotros, pero al final, he pensado que sería más cómodo para todos volcar todos mis pensamientos, deseos y pequeñas maquinaciones de una vez. Os confieso que una de las cosas que más rabia me da es no poder estar presente para ver vuestros rostros cuando conozcáis las sorpresas que os tengo preparadas. Dicho lo cual, pasaré a explicaros los motivos de todo esto.

Hace tiempo que sé que *La Hermandad* me vigila y que mis días están contados; lo siento en los huesos y, cuando ocurra, os pido que no os apenéis demasiado. He vivido demasiado y he llevado la vida que he querido.

Hace muchos años, Nimué me preguntó por qué nunca había tenido pareja y le contesté que era porque no había encontrado nunca a nadie a quién querer, pero no fui sincero, aunque no sé por qué. La verdad es que siendo muy joven me enamoré de una humana, pero dejé que mi orgullo gobernara sobre mi corazón y que nos separara.

Nimué se obligó a seguir leyendo a pesar de las lágrimas que emborronaban su vista.

Echando la vista atrás, hay pocas cosas de las que me arrepienta y una de ellas es no haberme esforzado más para que arreglarais lo vuestro. Os quiero mucho a los dos y solo deseo que seáis felices.

Nimué, querida mía, Cameron lleva demasiados años intentando que le des una oportunidad de contarte toda la verdad y dejaré que sea él quien lo haga, pero te pido que le escuches; si te sirve de algo, después de lo que os hizo su familia, jamás ha vuelto a hablar con ellos a pesar de que su madre lo ha intentado varias veces. Como sabes, es hijo único, pero lo que no creo que sepas es la importancia que Cameron tiene no solo en su círculo familiar, sino también para el resto de nuestra comunidad, y cuánto nos puede afectar a todos que él no asuma sus obligaciones cuando corresponda, debido a la amargura que le produce vuestra situación.

Nimué miró a Cameron que apartó la mirada, pero a ella le dio tiempo a ver la tristeza en sus ojos. Continuó leyendo en voz alta, cada vez más intrigada. No tenía ni idea de a qué se refería Cedric y empezaba a desear tener esa conversación con Cam cuanto antes.

Ni Cam ni tú volvisteis a mostrar interés en otras parejas, al menos de forma permanente y, a estas alturas, creo que está claro que, si no es entre vosotros, no os uniréis con nadie más. Mi mayor tranquilidad cuando os observe a través del velo que separa el mundo de los vivos del más allá, será veros juntos, no solo porque estos dolorosos años han demostrado que solo así podéis ser felices, sino también porque se avecinan tiempos difíciles y os necesitaréis el uno al otro para hacerles frente.

Emocionada, se detuvo porque el nudo que tenía en la garganta le impedía hablar.

—¿Quieres que siga yo?

Le entregó la carta en silencio, mientras ella usaba el pañuelo que llevaba oculto en la manga del vestido.

Para daros un pequeño empujón os he nombrado herederos de todos mis bienes. Y lo más valioso de mi herencia es algo que todavía no conocéis y que es de vital importancia para todos. Pero este testamento solo se hará efectivo si cumplís unas condiciones que os explicaré un poco más adelante.

En la caja fuerte habéis encontrado un pergamino cifrado y escrito en el idioma antiguo. Por supuesto, lo traduje hace tiempo, pero por seguridad no he querido incluir la traducción en la caja; es más, la destruí hace unas semanas. Por eso, no tendréis más remedio que llevárselo a Kristel; este documento tiene un valor incalculable porque es imprescindible para terminar con Lilith, pero es solo uno de los cuatro documentos necesarios para conseguir tal fin.

Cam se detuvo y miró a Nimué por encima de la carta, ella había abierto los ojos como platos. Siguió leyendo:

Además del pergamino, de algo de dinero y las pocas joyas que heredé de mis padres, también encontraréis mi último testamento en el que hay alguna sorpresa y por el que debo pedirte disculpas, Cameron.

Después de tantos años siendo mi abogado, te he engañado con un escocés (permíteme que bromee un poco) por la única razón de que no quería que conocieras mis intenciones antes de tiempo. Necesitaba que te reunieras con Nimué sin saber nada de esto, con la excusa de que iba a heredar los enseres de la casa, para que vinierais juntos.

Y ahora, por fin, viene lo mejor… lo que estoy seguro de que jamás esperaríais ninguno de los dos:

MIS CONDICIONES

Sí, así es, para que podáis acceder a mi herencia, tenéis que cumplir dos condiciones ineludibles; por esto no voy a pediros disculpas porque vuestra felicidad es demasiado importante para mí; hace tiempo que sé que no puedo dejar algo tan importante como vuestro bienestar (siento el adjetivo que voy a utilizar, pero os lo habéis ganado a pulso) en vuestras incapaces manos.

En el nuevo testamento en lugar de dejar esta casa al inútil de mi sobrino, os la dejo a vosotros, igual que los 3600 volúmenes (aproximadamente) de mi colección cuyo valor de mercado está muy por encima que el de la casa. Imaginaos la de cosas que podréis hacer con todo ese dinero… aparte de comprar la casa en Escocia que Nimué siempre ha deseado tener, o de ayudar a cualquier organización benéfica, si lo preferís. En cuanto al pergamino, cuyo valor es incalculable, va unido al resto de la herencia y solo pasará a vuestro poder si se cumplen dos sencillas condiciones. No tengo que repetiros la importancia del pergamino para todos nosotros.

En cuanto a lo que voy a pediros, es muy sencillo: deseo que viváis juntos, en esta casa o en otra, durante un mes. Y no me refiero a compartir casa y comida, sino como una pareja. Además, en algún momento, quiero que clasifiquéis los libros de la biblioteca; confieso que esta petición está motivada por el deseo de que conozcáis los maravillosos libros de los que vais a ser dueños, antes de que toméis alguna decisión, como venderla.

Si accedéis, tenéis permiso para abrir el testamento y comprobar que todo es tal y como os he dicho.

Por supuesto, se me ha ocurrido que podéis abrir el testamento sin cumplir mis condiciones y, aunque me decepcionaría profundamente que lo hicierais, estoy seguro de que no volveré del más allá a recriminaros nada.

Mi única y mejor disculpa es que os quiero.

Cuando Cameron dejó la página sobre la mesa, su rostro era de sorpresa absoluta, sin embargo, Nimué estaba totalmente ruborizada. Se quedó mirándola fijamente.

—¿Qué opinas? —Ella se encogió de hombros, con la boca seca y el corazón palpitándole en los oídos.— ¿Nada?, ¿no quieres decir nada?

—¿Y tú? —contratacó.

—Ya sabes que yo lo haría. —Ella hizo una mueca amarga; que volvieran a estar juntos, aunque fuera por un tiempo, era lo que él siempre había querido—. No pongas esa cara.

—¿Qué cara? —Nimué entornó los ojos y levantó la barbilla.

—Te conozco perfectamente y estás pensando que Cedric y yo estábamos de acuerdo, que yo lo sabía. ¿De verdad crees que él haría algo para perjudicarte? —Ella se desinfló al oírlo.

—No. Es la única persona en el mundo, junto con Kristel, de cuyo cariño nunca he dudado —lo dijo sin mala intención y sin darse cuenta del estremecimiento que recorrió el cuerpo de Cam al escucharla, pero no le contestó porque sabía que se lo merecía. Una ligera esperanza apareció en la cara femenina de repente, antes de insinuar—: Podríamos hacer como que estamos de acuerdo con esa condición y… —Cam se reclinó en la silla, confundido.

—No esperaba que dijeras eso. No es necesario aparentar nada, estoy seguro de que nadie va a comprobar si cumplimos nuestra palabra o no —aseguró—. Cedric confiaba en nosotros. ¿Serías capaz de hacer algo así, aunque sea lo último que nos ha pedido? —Ella apretó los labios en una fina línea.

—Sí, si eso supone ayudar a detener a *La Hermandad.* Mentiré si hace falta para que Lilith no vuelva a rencarnarse. No he estudiado a fondo vuestra historia, pero lo que sé es suficiente para no desear que vuelva.

—¿Tan horrible sería volver a acostarte conmigo? —preguntó, dolido. Nimué no contestó y él se dio cuenta de que, si no utilizaba la inesperada oportunidad que le había brindado Cedric, ella jamás volvería con él. Y contratacó—: Pues yo no voy a mentir.

—¿Qué quieres decir?

—Que ya estoy harto. Se acabó el seguir accediendo a todos tus deseos porque te traté mal hace treinta años —su voz seguía siendo suave porque, a pesar de lo enfadado que estaba, jamás se permitiría perder los estribos con ella—. Durante este tiempo he intentado de todos los modos posibles que me perdonaras, pero ya no puedo más… Si quieres que aceptemos el último testamento de Cedric, se hará con todas las consecuencias y, para estar seguro de que cumples con tu parte, no lo haremos hasta que hayamos vivido un mes como pareja.

Tal y como él nos ha pedido.

Como se suele decir, si las miradas matasen, él habría caído muerto en ese instante.

—¿Serías capaz? —La indignación coloreaba sus mejillas, mientras se enfrentaba a él.

—¿De qué? —Aparentó no entenderla.

—¿De obligarme a acostarme contigo?, ¿de anteponer tu lujuria a mis deseos? —La boca de Cameron se torció en una mueca amarga, dolido porque pensara eso de él.

—Te deseo más que a nada y nunca lo he ocultado, pero, si crees que volver a tenerte en mi cama es lo único importante para mí, te equivocas. —Ver la sombra de una duda en su rostro, lo decidió a abrirle su corazón. No tenía nada que perder—. Nimué, yo te sigo queriendo y Cedric lo sabía; aunque te aseguro que, en muchas ocasiones, me lo has puesto muy difícil. Solo espero que, si aceptas sus condiciones, cuando pase el mes, vuelvas a confiar en mí como lo hacías cuando estábamos juntos. —Ella cerró los ojos sintiéndose culpable por el dolor que veía en su rostro. Con un suspiro, cogió de nuevo la carta y la leyó en silencio. Poco después, levantó sus ojos grises y los fijó en los de Cam, que se habían vuelto más verdes que nunca, fruto de la preocupación.

—Está bien. Acepto. —Él evitó sonreír sabiendo que cualquier muestra de alegría podría hacerla cambiar de opinión—. Pero eso no significa que cuando acabe el mes, todo esté bien entre nosotros —carraspeó, evitando su mirada—, sigo… sigo muy dolida por lo que me hiciste, a pesar del tiempo que ha pasado. —Volvió a mirarlo—. ¿Quieres leer el testamento?

Él asintió. Se trataba de una sola hoja en la que les dejaba todo a los dos y el legado a Maire del que le había hablado.

—Hay un legado de cinco mil libras para Maire. Y si no hubiéramos aceptado, ¿la habría dejado sin nada? —se preguntó incrédulo. Nimué resopló; aunque parecía divertida, no molesta.

—Nos conocía demasiado bien. Sabía que aceptaríamos.

—Es cierto. —Cam volvió a repasar el testamento por si se le hubiera pasado alguna cosa, pero no. Era todo tal y como Cedric había anticipado en la carta.

—Solo hay una cosa que… —comenzó Nimué, pero se detuvo repentinamente. Él levantó la mirada del testamento con la frente arrugada.

—¿Qué?

—¿Podrías esperar un par de días, hasta que me encuentre más cómoda… antes de que… nos acostemos? —él asintió con una mirada tierna, sintiendo su miedo. Asintió lentamente y ella alargó la mano sobre la mesa y se la ofreció para que la estrechara—. ¿Estamos de

acuerdo? —propuso, tímidamente.

—Por supuesto. —Después del apretón, retuvo su mano entre las suyas mientras la miraba a los ojos mostrándole su alma, y pidió—:

Pero te suplico que no me hagas esperar demasiado.

Capítulo 9

Joel Dixon sabía que sus horas estaban contadas, ya ni siquiera creía que le quedaran días y lo había aceptado. Por haber estado tan cerca de Sanderson durante tantos años, conocía perfectamente el alcance de los tentáculos de *La Hermandad* y sabía que lo encontrarían en cualquier lugar donde se ocultara; si es que tuviera energías o ganas de hacer tal cosa, que no las tenía.

Hacía demasiado tiempo que estaba asqueado de sí mismo, sobre todo, de las cosas que había aceptado hacer a cambio de vivir bien. Sanderson, aunque era un monstruo, decía la verdad en una cosa: que había tirado su prometedora carrera como profesor de universidad por la borda cuando él lo encontró, y que utilizó su dinero y sus contactos para que lo readmitieran. A cambio, «solo» le pidió que aparentara ser el *Maestro*, una marioneta en manos del que todo el mundo creía que era su mayordomo. Nunca había entendido por qué él no quería que pub que él era el verdadero *Maestro*, pero tampoco había hecho mucho por averiguarlo.

El alcohol que cada vez ingería en mayor cantidad, le ayudaba a olvidar que era el cómplice de una sociedad secreta que asesinaba a inocentes y a todo el que se opusiera a sus ideas racistas; pero algo cambió dentro de él cuando Violet volvió después de varios años de estudiar en un lejano internado; entonces Sanderson le explicó, por primera vez, lo que pretendía hacer con ella: utilizarla como mero receptáculo del espíritu de una antigua diosa, rencorosa y vengativa con la que estaba obsesionado. Una noche que había bebido algo más de la cuenta, se sinceró del todo, contándole por qué había secuestrado a aquella inocente muchacha cuando solo era un bebé, y después la había hecho pasar por la hija de Dixon.

El movimiento del carruaje al detenerse lo devolvió a la implacable realidad. Habían llegado a Tralee y Sanderson lo miraba fijamente.

—Si dices algo que no debes, morirás antes de que puedas pestañear. Te lo juro —masculló dedicándole su mueca más cruel.

Y sabía que no mentía porque Sanderson era mucho más fuerte que él, y Joel no podía ganar en una lucha cuerpo a cuerpo. Había aceptado su muerte y se iría tranquilo, pero solo si antes terminaba su

misión. Esta vez haría las cosas bien, por eso asintió y agachó la cabeza intentando poner cara de terror, aunque desde que había decidido que su muerte sirviera para algo, repentinamente había perdido el miedo a morir. Bajó del carruaje y miró a su alrededor como si estuviera admirando la plaza del pueblo, aunque estaba buscando un buzón. En un primer vistazo no lo vio, pero en un segundo examen, su mirada se detuvo en un buzón de madera destartalado que sobresalía del muro de piedra de un *pub* cercano.

—Ni se te ocurra, borracho —murmuró Sanderson junto a su oído —. Cuando volvamos a la casa podrás beber hasta reventar, pero antes iremos a la comisaría y no saldrás de allí, hasta que firmes la denuncia y que los policías nos aseguren que van a buscarla.

Joel pensó en la pobre Violet que no se merecía lo que le habían hecho; hasta él, que era un desgraciado, lo sabía. Poco tiempo atrás se había dado cuenta de que Sanderson lo tenía todo planeado desde hacía mucho porque antes de secuestrar a Violet, había buscado a alguien a quien pudiera manejar para hacerlo pasar como el *Maestro* ante los demás y fue cuando encontró a Joel. Después, Sanderson empezó a reorganizar *La Hermandad,* y pasaban semanas, incluso meses, sin que lo viera. Esa situación duró varios años hasta que la estructura de la sociedad le permitió pasar temporadas en la casa y, para tener una excusa aceptable de vivir allí y que nadie supiera quién era el verdadero *Maestro*, se hizo pasar por el mayordomo, aunque en realidad siempre había sido él quien mandaba.

Mientras que Violet era una niña, había una niñera que se ocupaba de ella, por eso Joel la veía poco y no sentía ningún remordimiento por su situación; pero con el paso de los años se convirtió en una muchacha inteligente y bondadosa que empezó a hacerse preguntas, a pesar de que, debido a la severa educación que Sanderson se había encargado de que le dieran, no solía atreverse a formularlas en voz alta. Joel empezó a ver en sus ojos que buscaba algo en él, algo que era incapaz de darle y la decepción de su mirada comenzó a afectarlo.

A pesar de todo, experimentó en carne propia la bondad de su generoso corazón, y se dio cuenta de que merecía ser feliz y encontrar a su verdadera familia o por lo menos, a alguien que la quisiera; y ahora se aseguraría de que así fuera. Cuadrando los hombros, llevó directamente la contraria a Sanderson a la cara, por primera vez desde que se conocían:

—Primero iré a por un vaso de *whisky*. Lo necesito para darme fuerzas.

—Cuando terminemos con los polis podrás beber lo que quieras — le contestó hablando entre dientes, muy enfadado e intentando agarrarlo por el brazo, pero Dixon lo esquivó y cruzó la calle corriendo, aprovechando que bajaba un carruaje lentamente por la

calle empedrada. Calculó bien porque el vehículo obligó a Sanderson y a sus secuaces a esperar unos valiosísimos segundos antes de seguirlo, suficientes para que él sacara el sobre del bolsillo interior de la chaqueta y lo colara dentro del buzón; con el corazón martilleándole en los oídos, se volvió hacia ellos y se tranquilizó al darse cuenta de que no habían visto nada y cuando llegaron corriendo a su lado, escondió una sonrisa de triunfo. Sanderson lo agarró con crueldad por el brazo. Rabiaba, pero estaban en plena calle y había mucha gente por lo que tuvo que controlarse y se limitó a sacudirlo ligeramente.

—¿Te has vuelto loco? —Se escuchó cómo le rechinaban los dientes —. Te juro que si no te necesitara… —susurró.

Joel parpadeó un par de veces, pero esa fue toda la reacción que consiguió de él; con expresión pacífica, dejó que lo arrastrara hacia la comisaría donde hizo todo lo que le ordenaron. No quería que sospecharan que había tenido otra intención (echar una carta al correo, por ejemplo) al ir al pueblo, y frustrar la única opción que tendría nunca de ayudar a Violet y de vengarse a la vez. Por eso, cuando estuvo delante de los policías denunció la desaparición de su hija, asegurándoles que creía que la habían secuestrado, repitiendo las palabras que Sanderson le había dicho que debía exponer.

Todo fue muy rápido y menos de media hora después, Joel esperaba a que Sanderson subiera al carruaje para volver a la casa; últimamente, siempre lo hacía antes que él, pensando que así lo humillaba. Joel había decidido utilizar esa costumbre a su favor; después de darle muchas vueltas, creía que era la única manera de hacerlo; de modo que esperó pacientemente a que su falso mayordomo se agarrara a la barra lateral del coche para impulsarse dentro y, en ese momento, Joel le levantó la chaqueta con la mano izquierda, lo suficiente para coger la pistola que siempre guardaba bajo la cinturilla de los pantalones, con la mano derecha, y apuntarle a la cabeza.

Boquiabierto, Sanderson se quedó inmóvil, mirando el cañón de su propia pistola que apuntaba directamente a su cara, subido a medias en el coche. Durante unos segundos ni él ni sus hombres, supieron cómo reaccionar y Joel, por fin, pudo ver el miedo en los ojos de todos ellos y se regodeó en esa sensación durante un instante; después, sabiendo que solo tenía una salida, sonrió antes de decir con voz suave y sin dejar de mirar a Sanderson a los ojos:

—Espero que te pudras en el infierno. —Luego, con una sonrisa eufórica, se metió la pistola en la boca con mano firme y disparó.

~

FENTON SE SORPRENDIÓ al volver a la habitación y ver a Megan

vestida para salir, pero sentada en la cama, con la mirada puesta en el amanecer que se vislumbraba a través de la ventana. Por su gesto, no parecía que estuviera disfrutando de la hermosa estampa que le brindaba la naturaleza, sino pensando en algo mucho más desagradable. Ella lo miró cuando se acuclilló junto a su lado.

—¿Qué te pasa? —Sacudió la cabeza—. Dímelo —ordenó suavemente. Ella dudó, reacia a contestar, pero al ver la tozudez en su rostro, obedeció.

—Es una tontería, pero estaba pensando en lo bonito que es este lugar y que, sin embargo, no hemos podido pasear por esos preciosos acantilados —suspirando, volvió a mirar por la ventana.— Estaría bien disfrutar de la playa sin preocupaciones. Me encanta el mar —confesó.

—En la casa de mi familia hay un lago. No es igual que el mar… pero estoy seguro de que te gustará. Es precioso. —No supo por qué lo dijo, quizás porque no soportaba la tristeza que había en sus ojos. Lo mataba verla así.

—¿De verdad? ¿Tenéis un lago?

—Sí.

—¿Es muy grande? —Su tierna sonrisa le encantaba.

—Eres adorable. —Arrodillado y abrazado a su cintura, la besó, deseando que las brumas que poblaban sus ojos desaparecieran definitivamente—. Pero, aunque me encantaría que siguiéramos hablando, desgraciadamente no tenemos tiempo. Stuart ha conseguido un coche y ahora está comprando los caballos. Va a dar una vuelta con ellos para estar seguro de que se acoplan bien y, cuando termine, nos esperará en la puerta principal. ¡Ah!, le he pedido al posadero que nos prepare algo de comida y desayunaremos por el camino. Quiero salir cuanto antes.

—Sí, cuanto menos tiempo estemos aquí, mejor.

—¿Y Violet?

—Ya la he maquillado. Además, le he dado una vieja bufanda para que se tape la cara, en el caso de que alguien se acerque demasiado a ella.

—Bien. —Los ojos de Fenton, llenos de promesas, se clavaron en los suyos—. Volveremos aquí cuando todo termine, te lo prometo. Tú y yo. Solos.

—Ojalá.

Entonces, llamaron a la puerta.

—Debe de ser Violet.

Fenton se levantó sin esfuerzo y la ayudó a hacer lo mismo, luego, acarició su mejilla con los nudillos mientras prometía:

—Es hora de marcharse, pero no olvides lo que te he prometido.

Poco más tarde, Megan, acompañada por su falso lacayo, salía de la

posada y se quedó junto a la puerta disfrutando del fresco aire matutino, mientras Fenton pagaba la cuenta y recogía la comida que había encargado. Stuart todavía no había vuelto y la calle estaba desierta. Violet y ella se quedaron mirando el mar que estaba a su izquierda, y que en ese momento reflejaba la luz del sol.

—Creo que este es el lugar más bonito que he visto —murmuró Violet, contemplando las casitas bajas de pescadores que había a lo largo de la calle—. Es casi mágico. —Megan estaba de acuerdo, pero ahora estaba más preocupada por su amiga y se quedó observándola. Hoy no llevaba las gafas, ya que habían pensado que un lacayo no se las podría costear.

—¿Cómo estás? —Se había dado cuenta de que Violet había hablado muy poco desde que Fenton y Stuart las habían encontrado.

—Bien —aseguró, mirándose la ropa, preocupada—. ¿No deberíamos llevar uniforme? —Megan asintió con un suspiro.

—Lo pensé y se lo dije a Fenton, pero este pueblo es tan pequeño que ni siquiera tiene tiendas. —Entrecerró los ojos al examinarla de nuevo—. De todos modos, solo los muy ricos pueden pagar uniformes para sus criados. —Violet escuchaba en silencio.— Es más raro encontrar a criados uniformados que vestidos con sus ropas.

—¿Stuart no ha llegado todavía? —Se volvieron hacia Fenton que salía de la posada con una gran bolsa de tela en la mano y se había extrañado al no verlo. Se acercó a ellas, pero se detuvo al llegar junto a Megan; la sonrió y luego hizo lo mismo con Violet que le devolvió la sonrisa, aunque con más timidez.

—¿Todo bien? —hizo la pregunta mientras deslizaba el dedo sobre la arruga que se había formado en la frente de Megan; por primera vez pensó que era demasiado intuitivo.

—Sí, hablábamos sobre los uniformes.

—¡Ah! —Sabía que eso la preocupaba, pero él pensaba que no tenía importancia—. ¡Ahí está! —Señaló el carruaje que apareció tras la curva que había al final del camino. Stuart parecía conducirlo fácilmente, los caballos iban a buen paso y estaban tranquilos.

Se detuvo a pocos metros de ellos y Fenton subió las bolsas de todos a la parte trasera, mientras que él bajaba para ayudar a Violet a subir al pescante, que estaba muy alto. Se acercó a ella con la expresión seria que le caracterizaba.

—Ven. Te enseñaré cómo subir y bajar para que puedas hacerlo sola. Si hay gente delante, no podré ayudarte. —Como aparentaba ser un muchacho, sería raro si recibía ayuda de otro hombre, a menos que estuviera enfermo o herido.

—Claro —aceptó Violet y Stuart le explicó dónde tenía que poner las manos y los pies, para poder subir hasta el empinado banco donde irían sentados. Ella lo intentó cuatro veces, pero no lo consiguió y,

muy colorada, se quedó quieta mirando el pescante con los ojos entrecerrados, como si fuera su enemigo. Megan avanzó un paso para ayudarla, pero Fenton la sujetó.

—Espera, démosle un minuto más. Creo que la última vez ha estado a punto de conseguirlo —sugirió. Megan volvió a mirar a la pareja, pero en esta ocasión se centró en Stuart, y se dio cuenta del cuidado y atención con los que la trataba; tanto, que tuvo la sensación de estar viendo una escena íntima, algo que no debería estar observando. Volvió la cara hacia Fenton con una pregunta muda, pero él se encogió de hombros negando con la cabeza a la vez, para indicarle que no sabía nada.

—Mira. —Violet volvió a intentarlo. Se agarró a los lugares que Stuart le decía e insistió un par de veces más hasta que, por fin, consiguió subir sola. Cuando consiguió sentarse le lanzó una mirada satisfecha a Stuart y él le correspondió con una de sus raras sonrisas. Después, él miró a Fenton.

—¿Nos ponemos en marcha?

—Claro. Vamos, Megan. —Le ofreció su mano como apoyo para subir al carruaje y, después, lo hizo él y se pusieron en marcha.

—Como vamos a ir por caminos secundarios, le he dicho que tome el de la costa. Es un poco más lento, pero también más seguro. No creo que nos encontremos a nadie en estas fechas —afirmó, mientras la abrazaba.— Apóyate en mí. Estarás más cómoda. —Acarició su brazo y su cintura sobre el vestido verde; a pesar de que Megan lo había limpiado con un paño húmedo la noche anterior, se veía muy estropeado. En cuanto tuvieran ocasión, le compraría un guardarropa entero si ella quería.

—¿Estás seguro de que vamos por aquí por nuestra seguridad?, ¿no tendrá nada que ver que me guste el mar? —Él se encogió de hombros, sin confirmarlo, pero no hizo falta y lo besó en la mejilla—. ¿Vas a ser uno de esos maridos que consienten terriblemente a sus mujeres? —preguntó, intentando aparentar severidad, pero una sonrisa tiraba de sus labios involuntariamente.

—Sí —aseguró—, y tengo todo el derecho a hacerlo. —Megan ocultó su felicidad arqueando una ceja.

—¿Y cuándo he aceptado yo tal cosa? —preguntó, divertida.

—Bueno, es una aceptación implícita.

—¿Implícita?

—Quiere decir que está incluida en otra cosa, aunque no se diga —bromeó, sabiendo que ella conocía la palabra. Ariel no se privó de darle un pequeño cachete en el brazo.

—Sé lo que quiere decir, tonto. —Él se llevó la mano al brazo suavemente golpeado.

—¡Ay! —se quejó como si le hubiera hecho daño y ella se rio

abiertamente, sin querer resistirse a sus payasadas por más tiempo. Entonces se dio cuenta de que Fenton le alegraba el corazón. Rodeó su nuca con las manos acariciando su pelo rubio y mirándose en sus ojos oscuros. Intentó que bajara la cabeza, pero él se resistía a obedecer, mientras le sonreía con picardía.

—¿Qué quieres?

—Baja la cabeza —ordenó suavemente.

—¿Para qué?

—¿Tú qué crees?

Él no contestó, solo acarició la curva de su mejilla con la yema de un dedo, tan cuidadosamente como si ella fuera lo más valioso del mundo. El aliento de Megan se aceleró cuando él tocó su barbilla para colocar su cara en el ángulo adecuado, obedeciendo sus deseos. Su boca descendió hasta la suya y ella separó sus labios con un jadeo de placer. La punta de la lengua masculina acarició el borde de sus dientes, adentrándose después en su boca y rozando el interior de su mejilla en una ardiente exploración. Ella se agarró a sus hombros con un gemido y él la subió sobre su regazo.

Las manos masculinas la acariciaban suavemente, sin dejar de besarla consiguiendo que la excitación de Megan creciera por momentos hasta que se arqueó, ofreciéndose a él, con una necesidad instintiva. Sabía que él deseaba lo mismo, no solo por los gruñidos, reveladores de sus anhelos, también por el miembro rígido que notaba bajo el trasero. Repentinamente, él echó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados y gimiendo por la frustración y ella lo miró sorprendida; estaba ruborizada y tenía los labios hinchados por los besos.

—¿Qué pasa? —Él abrió los ojos. Dentro de la negrura, en las profundidades, había un destello rojizo provocado por la intensa pasión que ahora intentaba controlar.

—Cariño, estás demasiado dolorida. —Habían hecho el amor poco antes del amanecer y pudo notar que ella estaba un poco molesta, a pesar de que intentó ocultárselo. Cuando esbozó un gesto tozudo y, sabiendo que iba a discutir con él, le puso un dedo en los labios—. Al menos, esperemos a llegar a Killarney. Confía en mí, te prometo que haré que la espera merezca la pena. —Ella seguía ceñuda y él añadió —: Por favor. —Sin contestar, Megan intentó levantarse de su regazo para sentarse frente a él, pero Fenton no quería—. No, deja que te abrace un rato más.

No sabía cómo, pero siempre parecía saber la frase adecuada para hacer que ella se sintiera mejor. Dejó que la sentara de lado sobre él, como si fuera un enorme sillón y se colocó junto a la ventanilla, de forma que los dos pudieran ver el paisaje. Con un suspiro, Megan se arrellanó, acomodándose sobre su enorme cuerpo y menos de cinco minutos después, se quedó dormida. Entonces él se movió

cuidadosamente hasta apoyarse en la pared del coche; cuando lo hizo y comprobó que no la había despertado, le dio un dulce beso en el nacimiento del pelo y apoyando la cabeza en el respaldo, cerró los ojos y también se durmió.

~

BRENDA PIDIÓ al mayordomo una infusión, asegurándole que no se marcharía, por la única razón de que la ponía nerviosa tenerlo delante, mirándola con preocupación. Cuando se quedó sola, observó la habitación intentando no quedarse boquiabierta como una pobre paleta por el lujo que la rodeaba. Desde que Burke había alquilado la mansión, todos en el pueblo aseguraban que tenía que ser millonario para poder costeársela, ya que el alquiler era tan caro que normalmente estaba cerrada. Ella ni siquiera había llegado a entrar en el jardín nunca y eso que llevaba viviendo ya cinco años en Cobh.

En un rincón cerca de uno de los tres ventanales que daban al pueblo, había un pequeño piano de cola de color marfil que pasaba casi desapercibido al lado de la suntuosidad de los muebles, los cuadros y la impresionante chimenea blanca y negra. Del techo colgaban dos desmesuradas lámparas de cristal que la hacían sentir que, más que en una vivienda, estaba en un palacio. Mordiéndose el labio y sin darse cuenta, se levantó atraída por el piano, sintiendo que su corazón se aceleraba al acercarse. ¡Hacía tanto tiempo que no podía tocar! Acarició la suavidad de la tapa y la levantó, luego pulsó una tecla con el índice. Después de confirmar que el mayordomo todavía no venía, se sentó en la banqueta, diciéndose que solo serían unos segundos.

Burke estaba a punto de entrar en el salón cuando escuchó la triste melodía y se detuvo, quedándose en el umbral para escucharla. Sabía que era ella la que tocaba ¿Quién iba a ser si no? No reconocía la música, pero eso no era extraño ya que no se caracterizaba porque le gustara ese tipo de música. Pero lo que estaba escuchando no se parecía a nada que hubiera oído antes; más que música, era un sentimiento, de dolor o tristeza, no estaba seguro. Cerró los ojos intentando identificar la sensación que había aparecido, de repente, en su interior, y descubrió qué era: añoranza. Y se dio cuenta de que era la primera vez en su vida que la sentía.

El asombroso concierto duró poco y, cuando terminó, escuchó un ruido suave, seguramente la tapa al cerrarse de nuevo sobre el piano y los pasos de ella volviendo al sofá. Aun esperó unos minutos más y luego entró en el salón. El aspecto de Brenda había cambiado, a pesar de que seguía pálida, parecía mucho más tranquila. Lo miraba más tranquila, puede que en parte porque él se había puesto unos

pantalones y una camisa. Hobbs eligió ese momento para entrar, pero por la otra puerta del salón, y venía de la cocina a juzgar por la taza humeante que le entregó a Brenda. Burke esperó a que ella la dejara en la mesita y que su mayordomo se retirara. Cogió una silla, la colocó frente a ella y se sentó.

—Veo que estás mejor.

—Sí, muchas gracias y… —señaló su ropa— gracias por esto —susurró, volviendo a ruborizarse.

Él asintió, divertido y extrañado a partes iguales, porque no estaba hablando con una tímida jovencita que no conociera el cuerpo masculino, sino con una mujer que había sido la amante de un hombre, mucho más mayor que ella, durante al menos cinco años. Cuando lo pensaba, sentía ganas de gruñir y patear algo, a pesar de que no era asunto suyo; pero estaba empezando a descubrir que, en lo tocante a Brenda Stevens, no podía ser racional.

—¿Qué ha pasado esta noche? —Ella tragó saliva, nerviosa, pero al menos sus pupilas habían vuelto a su tamaño normal. También agradecía que hubiera recurrido a él en busca de ayuda, a pesar de que esos días se había dado cuenta de que conocía a mucha gente en la ciudad y que era muy apreciada.

—Estaba en mi casa cuando unos supuestos ladrones han entrado, pero he conseguido salir corriendo.

Burke arrugó la frente, sorprendido. No se esperaba algo así.

—Cuéntame todo lo que ha pasado.

—Cuando me he dado cuenta de que se movía el picaporte de la entrada, he corrido hacia mi habitación. —Se encogió de hombros—. Sabía que no tardarían mucho en forzar la cerradura porque alguna vez que yo me he dejado las llaves en el despacho, la he abierto sin dificultad con una de mis horquillas.

Burke la interrumpió. Sus ojos verdes se habían achicado y en ellos había una dureza que no todos podían ver, ya que prefería dar la imagen de millonario despreocupado.

—Has dicho «supuestos ladrones». ¿Por qué?

—Porque no creo que sean unos simples ladrones. Alguien… bueno, he recibido varias amenazas desde la muerte de Walker. —A Burke no le gustaba el cariño que detectaba en su voz cuando hablaba de su antiguo amante, pero no dijo nada.

—¿De qué tipo?

—De muerte. Por escrito.

—¿Las guardas?

—Las guardaba en casa, pero ya no están.

—¿Y eso?

—Porque sé que se las han llevado.

—¿Por qué alguien te amenaza de muerte? —Tenía la sensación de

que Burke era como un martillo que nunca dejaría de golpear a menos que le dijera la verdad. Al menos parte de la verdad. Por eso lo hizo.

—Porque soy la albacea del testamento de Walker y creo que su mujer quiere quitarme de en medio, para poder disponer de su fortuna sin ningún impedimento.

Burke se reclinó en la silla, incrédulo.

—No es muy habitual que un hombre deje como albacea de su fortuna a su… —ella lo miró de tal manera que supo, sin ninguna duda, que se marcharía si completaba la frase y, por primera vez en su vida, una simple mirada lo hizo no decir lo que pensaba— secretaria —concluyó después de unos segundos durante los que las dos miradas chocaron. Entonces, Brenda, con una inclinación de cabeza, replicó:

—Tienes razón, pero Walker tenía mucha confianza en mí; más que en Lorna, su mujer. Él solo quería que su fortuna o la mayor parte de ella, la heredaran sus hijos. —Por algún motivo que él no entendió, le dolía pronunciar esas palabras. Burke sintió su tristeza y se controló para no sentarse junto a ella y abrazarla, simplemente para procurarle consuelo.

—¿Cómo has escapado?

—Cuando han conseguido entrar, yo ya había abierto la ventana de mi habitación y la dejé como si estuviera cerrada, para que no supieran que me había escapado por ahí. En cuanto he salido al jardín y he visto que no había ninguno esperándome fuera, he corrido lo más deprisa que he podido hasta llegar al bosque que tengo enfrente. No sé cuánto tiempo han tardado en salir de casa, pero a mí me ha parecido mucho y como estaba bien situada, he podido verlos bien. Son dos hombres altos y morenos, vestidos con traje y sombrero; se han llevado todos mis papeles, imagino que las amenazas también.

—¿Y después?

—Se han marchado bajando la colina a paso rápido, pero yo he esperado escondida entre los árboles un buen rato. Puede que haya pasado una hora y, cuando he estado segura de que se habían ido, he venido corriendo hasta aquí —él asintió con un gruñido al pensar lo que podrían haber hecho dos energúmenos con una mujer tan delicada.

—Has sido muy lista. Y valiente. —Ella se ruborizó, pero su conversación se vio interrumpida por la campana de la puerta y Burke se levantó, decidido a no dejar entrar a nadie para que no la molestaran; cuando estaba a medio camino, Hobson entró en el salón y al ver su cara, Burke supo que se avecinaban problemas.

—Señor, acaba de llegar la señorita Berry.

A continuación, entró en el salón la mujer más hermosa que Brenda había visto en toda su vida. Era alta y sus proporciones perfectas, tenía una sonrisa angelical, su cabello dorado brillaba a la luz de las

velas y sus ojos eran intensamente azules. Llevaba un vestido de raso dorado digno de una princesa y se dirigió hacia Burke con un mohín.

—¡Querido, qué ganas tenía de verte!

—Lindsey, no te esperaba tan pronto. —La besó en la mejilla, aunque ella esperaba un beso en los labios e hizo una mueca cuando no lo recibió.

—Cariño, si no me hubieras mandado llamar, habría venido sin invitación. Tenía las maletas preparadas desde hacía días —aseguró. Soltando los brazos de Burke, comenzó a quitarse el sombrerito que llevaba inclinado sobre un ojo, observando el salón a la vez, hasta que vio a Brenda que se había levantado, nerviosa y sin saber qué hacer.

—¿Y tú eres? —Se acercó a ella con los ojos entrecerrados, pero Burke la sujetó por el brazo como advertencia.

—Es mi mano derecha en el trabajo. Brenda. Ella es Lindsey Barry. —Las dos mujeres se dieron la mano con una aparente cordialidad, hasta que Lindsey dijo, con una sonrisa enorme:

—Su prometida. —Los ojos de Brenda se agrandaron y palideció, pero no dijo nada y Burke con gesto severo, dijo:

—Estamos en una reunión. —Lindsey arrugó la frente sabiendo que, en ese caso, tenía que evaporarse. Burke era inflexible y ella siempre sabía hasta dónde podía llegar.

—Entonces os dejaré que trabajéis —murmuró con suavidad, aunque la mirada que le lanzó a Brenda fue glacial—. Hobson, ¿puede enseñarme mi habitación? —El mayordomo se inclinó asegurándole que estaría encantado de hacerlo y la precedió al salir hacia las habitaciones. Hasta que no dejó de escucharse su conversación, Burke no habló. Cuando lo hizo, fue conciso y claro:

—Cuando vuelva Hobson, te llevará a tu habitación. —Ella lo miró con los ojos desorbitados, pero él no iba a ceder—. Hoy no nos da tiempo a hacer otra cosa, pero si quieres, mañana hablaremos sobre otras posibilidades. Y te llevaré a tu casa a recoger tus cosas y a ver cómo está. —A pesar de sus palabras, no iba a dejar que se marchara de su casa ahora que sabía que estaba en peligro. Brenda, después de mirarlo fijamente durante unos segundos, aceptó.

—Bien. —Cuando se escuchaban los pasos de Hobson volver por el pasillo dijo—: ¡Ah, otra cosa! No hables de nada importante delante de Lindsey, sospecho que es una espía de *La Hermandad.*

Se volvió para dar instrucciones al mayordomo acerca de la habitación de Brenda, sin darse cuenta de que se había quedado boquiabierta.

Capítulo 10

Ambos estaban de acuerdo en que no querían tener «la conversación», después de tantos años de espera al alcance de los oídos de Maire; tampoco hubieran querido, a pesar de cuánto lo querían, que Cedric la presenciara. Por eso se alejaron hasta el rincón más alejado del jardín donde había un columpio oxidado y que Nimué acarició, con una sonrisa triste en la cara.

—¿Era tuyo? —preguntó. Ella lo miró, sorprendida por la pregunta.

—Sí. —Cam observaba sus movimientos.

—A mí no me invitó a venir hasta que pasaron años desde que tú y yo… —Prefirió no terminar la frase, sería mejor para el mantenimiento de la tregua—. La primera vez que vine y que me enseñó la casa, supe que habías jugado por aquí siendo niña. Te sentí… —Se encogió de hombros quitándole importancia, aunque recordaba perfectamente cuánto le había afectado. A pesar de no haberla visto nunca allí, cada vez que visitaba a Cedric la recordaba, y se sentía más miserable todavía. Mientras lo escuchaba, sin mirarlo, Nimué mecía el columpio como si se tratara de una cuna.

—Lo mandó poner para mí. Mis padres y él eran muy buenos amigos; por eso era mi padrino. —Cam lo sabía. Los dos se lo habían contado, bueno, lo del columpio no.

Alejándose unos pasos, se acercó a la mesa de granito que había junto a unos parterres de rosas totalmente abandonados y se sentó. Nimué chasqueó la lengua, disgustada, al ver el estado del jardín.

—Él jamás habría permitido que esto estuviera así —musitó.

—Yo me aficioné a trabajar en el jardín gracias a él.

—No sabía que te gustaba. —Puede que fuera verdad que casi no lo conocía.

—Nimué. —Lo miró, distraída y por su cara parecía que hacía rato que la estaba llamando.— Te preguntaba si estás preparada para escucharme —asintió, aunque algo le decía que, si escuchaba por fin sus explicaciones, la armadura que se había fabricado cuando decidió odiarlo y que tan bien le había funcionado hasta ahora, empezaría a resquebrajarse sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

—Sí. Te escucho. —La carta de Cedric le obligaba a hacerlo. Jamás

olvidaría todo lo que había hecho por ella y si su última voluntad había sido que le diera una última oportunidad a Cam, lo haría.

—Cuando nos conocimos, yo ya le había dicho a mi padre que estaba seguro de que no quería casarme con Marisa. Mis padres y los de ella nos habían prometido cuando éramos niños y yo crecí sabiéndolo. Es una práctica usual en nuestra sociedad en ciertos… ambientes, pero también es habitual en ese tipo de uniones que los dos cónyuges hagan vidas independientes; por supuesto los dos acudirán juntos a fiestas o reuniones, pero su vida privada es otra cosa. Tú y yo llevábamos meses juntos cuando fui a hablar con mi padre; le hablé de ti, confesándole que estaba muy enamorado, y que no me casaría con Marisa de ninguna manera. Por eso fueron a verte a la universidad y te insultaron ofreciéndote dinero para que me abandonaras, acompañados por Marisa.

Nimué se inclinó hacia delante sobre el banco de piedra, para preguntar con verdadera curiosidad:

—Todo eso, más o menos, ya lo había averiguado, pero no me entra en la cabeza que tus padres actuaran así en pleno siglo XIX. ¡Ni que fuerais de la familia real! —la última frase provocó que él pusiera cara de culpabilidad—. ¿Qué? —preguntó. Él abrió la boca, pero no se decidió a contestar y ella insistió—: Cuéntamelo. Explícamelo para que lo entienda. —Él hizo una mueca, pero accedió.

—¿Has oído hablar de *El Guardián*? —preguntó con una sonrisa irónica.

—No.

Cam se levantó y caminó hasta llegar a la valla de piedra que delimitaba el jardín de Cedric, separándolo del de su vecino. Al llegar allí, se volvió.

—Me resulta difícil decirte todo esto. —Se levantó para acercarse a él.

—Inténtalo. ¿Crees que por ser humana no voy a entenderlo? —La mirada de Cam se endureció.

—No te atrevas a decir eso delante de mí. ¿Alguna vez te he dado la impresión de que te valoraba menos porque no fuéramos de la misma especie? —Ella lo negó casi antes de que terminara la frase.

—No. Lo siento —murmuró, y era cierto—. Cam, por favor, ayúdame a entenderte. —Sentía su renuencia y alargando la mano, la posó sobre su antebrazo sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Está bien. Pero siéntate, por favor.

—Si no te importa, prefiero seguir de pie. Todavía no me he recuperado del todo —murmuró, haciendo referencia al dolor que tenía todavía por montar. Al menos había conseguido hacerlo sonreír —. Estoy mejor, pero… —Se encogió de hombros y Cam comenzó a hablar:

—Es difícil separar la parte que es leyenda de la real en nuestra historia…, pero intentaré ceñirme a lo que se sabe con seguridad qué ocurrió. Todo empezó en la Edad Antigua, cuando nacieron los primeros miembros de nuestra especie.

—¿En Egipto? Según me contó Cedric, los primeros documentos que hablan sobre vosotros, aparecieron en ese lugar. —Él movió la cabeza de forma dubitativa.

—Últimamente algunos historiadores se decantan porque nuestra historia empezara en Mesopotamia, aunque todavía no se han puesto de acuerdo sobre eso. Imagino que Cedric también te contó algo sobre Lilith, a pesar de que es algo sobre lo que no nos gusta hablar.

—Sí, claro. Creo recordar que es el personaje de una antigua leyenda. Una mujer que se volvió loca y que mataba a hombres y niños indiscriminadamente.

—Es un poco más complicado que eso. ¿No sabes nada más?

—Cedric me dijo que su historia era muy desagradable y no quise conocerla, pero escuché rumores en la universidad.

—¿Sobre qué? —Quiso saber Cameron.

—Algunos alumnos decían que todo lo que se hablaba sobre Lilith era mentira, que eran inventos de los humanos y que, en realidad, tendría que ser adorada por todos como una diosa porque fue la primera vampira.

—Eso es verdad. —Al ver su rostro de sorpresa, aclaró—: Me refiero a que es cierto que fue la primera de nosotros. La madre de todos los vampiros, así es como la llaman en la mayor parte de los textos antiguos; pero, en cuanto a reverenciarla… —Hizo una mueca—. Asesinó a muchos inocentes a lo largo de su vida; en las crónicas se habla de cientos, puede que miles —asintió al ver el gesto de horror de ella—, porque descubrió que, si se alimentaba exclusivamente de sangre, podía llegar a ser inmortal. Y llegó a gobernar su tierra, proclamándose reina, aunque había nacido en una familia muy humilde.

—Es increíble —musitó Nimué. Estaba fascinada por la historia, a pesar de su crudeza.

—A lo largo de su reinado, que no sabemos cuánto duró, estableció una religión en la que ella era la única diosa y a la que todos debían adorar. Y se hizo llamar Lilith Pasittu.

—¿Por qué?

—Pasittu es el nombre de un demonio mesopotámico que secuestraba a bebés, aunque no está claro lo que hacía con ellos después.

—¡Dios! ¿Estás seguro de que ella existió de verdad?

—Sí —afirmó con voz grave y más serio de lo que lo había visto nunca.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque el primer antepasado de mi familia del que tenemos noticia, fue fundamental para acabar con ella. Y su historia ha ido pasando de padres a hijos; y mi padre me la contó a mí. —Nimué sentía que, si abría más los ojos, se le saldrían de las órbitas.

—Sigue, por favor. Voy a sentarme. —Él también lo hizo, esta vez a su lado—. Sigue, por favor.

—En aquella época la religión regía la vida de todos, por eso Lilith era venerada en todo el país. Pero necesitaba que la ayudaran a gobernar y nombró a dos hombres de su confianza, para que ocuparan los puestos de *Sumo Sacerdote* y de *Guardián*. Eran el nexo entre Lilith y el pueblo; ten en cuenta que ella no podía relacionarse con cualquiera —indicó con tono irónico—, pero, sobre todo, se encargaban de que se ejecutaran sus órdenes.

—¿Qué más sabes de ella? —Estaba fascinada.

—Dejando a un lado que era una asesina de inocentes, creo que fue una mujer sumamente inteligente —suspiró—. Es importante que conozcas esta parte de nuestra historia para que entiendas por qué actuaron mis padres como lo hicieron, aunque todavía no les he perdonado. —La miró fijamente y ella, en esta ocasión, no apartó la mirada—. Aunque el máximo culpable de lo ocurrido soy yo, porque tendría que habértelo contado todo en cuanto supe lo que sentía por ti —suspiró antes de continuar con su historia—. Las funciones de los dos servidores de Lilith en el Gobierno estaban muy diferenciadas; el *Sumo Sacerdote* era el encargado de la religión en todos sus aspectos y *El Guardián,* de la organización de la vida diaria y, podríamos decir, más material del imperio. En la época actual serían dos ministros en un Gobierno en el que solo habría dos ministerios; uno sería de religión y otro de economía, más o menos. A grandes rasgos, así era como funcionaba todo. —Nimué casi no se atrevía a respirar esperando que continuara, y Cam siguió explicándoselo con la ternura que su corazón siempre había guardado para ella.— Durante muchos años la unión entre los tres funcionó perfectamente hasta que Lilith y Sennefer, el sumo sacerdote, comenzaron una relación entre ellos y, aquí comienza la leyenda —avisó.— Buscaron la ayuda de fuerzas… oscuras para no ser castigados por quebrantar la ley sagrada que la misma Lilith había impuesto. —Sonrió al ver cómo se levantaba la ceja de Nimué—. Al ser el sumo sacerdote, Sennefer debía mantenerse casto —explicó—. Los dos sabían que el pueblo no aceptaría nunca que quebrantara la ley sagrada y menos con Lilith, que para ellos era una diosa pura e inalcanzable.

—¿Todo esto fue por… sexo? —Él sonrió ante su incredulidad.

—No creo que sea tan sencillo. Con el paso de los años he llegado a pensar que realmente se querían. —Sacudió la cabeza, entornando los

ojos—. No, no creo que esa sea la expresión adecuada, más bien estaban obsesionados el uno con el otro, o, mejor dicho, era Sennefer el que estaba obsesionado con Lilith, la adoraba. A ella muy pocos la conocían y casi nadie dejó nada escrito sobre su carácter o lo que pensaba; las crónicas solo narran los hechos, que llegó al poder y que se mantuvo en él durante años. Volviendo a la historia de Lilith y Sennefer, no solo decidieron transgredir las normas teniendo una relación, también querían reinar juntos cambiando el orden establecido en el imperio hasta ese momento y, para que eso fuera posible, tenían que acabar con *El Guardián.* —Al notar un estremecimiento en ella, rodeó sus hombros con el brazo y vio que estaba helada—. Volvamos dentro. No me he dado cuenta de que se había hecho tan tarde.

Estaba anocheciendo y había refrescado.

—La verdad es que estoy helada —confesó—, pero la historia es tan emocionante que no quería interrumpirte.

Agarrándola de la mano, hizo que se levantara y entraron en la casa. La llevó al salón y encendió la chimenea; luego, cerró la puerta para que Maire no los molestara y se sentaron en un pequeño sofá que había cerca del fuego.

—Voy a encender unas velas —propuso levantándose porque solo los alumbraba la luz del fuego, pero ella lo frenó y palmeó el sitio que había a su lado.

—No, por favor. Siéntate aquí y continúa. ¿Qué pasó después? —Él obedeció.

—Hasta nuestros días no han llegado demasiados detalles, pero sí se sabe que *El Guardián* se enteró de que la pareja planeaba su asesinato para quedarse solos en el Gobierno de la nación. Cuando lo supo se reunió en secreto con algunos de los hombres más poderosos e influyentes de la época, y les comunicó las intenciones de Lilith y Sennefer. Hacía tiempo que muchos de ellos se quejaban ante él de los desmanes despóticos de los dos, porque *El Guardián* había tomado como otra de sus obligaciones defender al pueblo, en la medida en que podía, de los excesos de Lilith y Sennefer. Todos los asistentes a la reunión acordaron que no podían permitir que *El Guardián* desapareciera, porque entonces no habría nadie que controlara a los dos amantes y decidieron enviar al ejército para que los detuviera.

—¿El ejército?

—Sí, en aquella época siempre estaban en guerra con algún país vecino, por el territorio, por lo que tenían un ejército muy bien organizado que dependía de mi antepasado. Cuando un par de esbirros de Sennefer se presentaron una noche en su casa para intentar asesinarlo, los soldados que lo protegían y que habían estado esperando algo así los detuvieron y consiguieron que confesaran,

después de unas horas, quién los había enviado y para qué.

—¿Qué fue de ellos?

—Según las crónicas, el *Sumo Sacerdote* consiguió huir y a ella la juzgaron unos meses después, los que tardaron en decidir quién sería el juez. Nadie se atrevía a serlo.

—¿Quién fue? —susurró.

—*El Guardián.* —Ella tragó saliva—. Y la condenó a muerte, aunque no la ajusticiaron hasta unas semanas más tarde; ella pidió ese tiempo para dejar por escrito su historia, de modo que sirviera como enseñanza para la posteridad. Cuando Lilith murió, el escribano que iba todos los días a verla para anotar todo lo que ella decía, había desaparecido hacía días con los pergaminos. —Nimué lo miraba incrédula. En la habitación no hacía frío, pero ella temblaba por dentro. Acababa de entender el verdadero alcance de lo que contaba y estaba asustada—. Cuando me enteré del hallazgo de los pergaminos de Cobh, empecé a pensar que eran los escritos que Lilith había dictado aquellos días, antes de morir —confesó.

—Entonces, ¿crees que realmente las instrucciones que se describen en ellos para que Lilith se reencarne, funcionan? ¿Y que el objetivo final de *La Hermandad* es que vuelva? —Parecía horrorizada; la abrazó contestando con un murmullo:

—No sé si funcionará, pero estoy seguro de que lo van a intentar. —Le puso las manos en el pecho y lo miró a los ojos.

—Cuéntame qué pasó con tu antepasado.

—Después de la ejecución de Lilith hubo un período de levantamientos y guerras por todo el país, y *El Guardián* dirigió el Gobierno en soledad durante unos años, hasta que llegó la paz y un nuevo rey elegido por un consejo de sabios tomó su lugar. Entonces se decidió que siempre existiría un guardián entre nosotros, vigilando a todos los servidores públicos para que nunca volviera a ocurrir nada parecido. —En el fondo de sus ojos verdes había una súplica, pero ella necesitaba saberlo todo antes de tomar una decisión y Cam, entendiéndolo, añadió—: También se decidió que el cargo sería hereditario. —A pesar de que lo sospechaba, sus ojos se abrieron como platos.

—¿Quieres decir que tú eres el siguiente *Guardián*? —Él hizo una mueca amarga.

—No. Después de nuestra… separación, renuncié a ello. Firmé mi renuncia hace años, pero sé que todavía no se ha inscrito formalmente.

—¿Por qué?

—Le he preguntado varias veces a Killian por ello y siempre me responde lo mismo, que es muy complicado hacerlo al amparo de nuestras leyes. Que habría que cambiarlas y que, como no tenemos

consejo de sabios, es imposible hacer algo así, por eso estoy deseando que nombren por fin el nuevo consejo. —Sonrió—. Y, por cierto, sé que Kristel va a ser uno de ellos. Felicidades.

—¿No se puede cambiar esa ley sin el consejo?

—Es cierto. Killian siempre me contesta lo mismo y, aunque como abogado, sé que tiene razón —se encogió de hombros—, yo siempre le respondo que ese no es mi problema. —Nimué lo miraba con la frente arrugada.

—¿De verdad vas a renunciar a algo que es tan importante para tu gente? Me da la impresión de que Killian no quiere que renuncies. —Él permaneció tozudamente callado, pero en su expresión vio que era cierto—. Tú no eres así, Cam, nunca has retrocedido ante una responsabilidad. Durante estos años he seguido tu carrera y sé que, siempre que has podido, has utilizado tu fuerza y tu inteligencia para ayudar a los más necesitados. Esto que me has contado, es más importante que lo que nos hicieron tus padres. —Él movió la cabeza con una mueca amarga.

—Todavía no lo sabes todo. El cargo lleva consigo algunas obligaciones que ni siquiera te imaginas; una de ellas es casarme, obligatoriamente, con una vampira —su tono le decía más que sus palabras—, que tiene que ser elegida por mis padres con el apoyo del Consejo de Eruditos, si este existiera. Por supuesto, ella tiene que cumplir una lista interminable de cualidades, totalmente superfluas para mí.

—¿Qué cualidades?

—Una de las más valiosas para ellos es que conozca el protocolo necesario para desenvolverse en las grandes ocasiones; ya puedes imaginarte lo importante que es eso para mí —murmuró irónicamente—, también debe conocer nuestra historia. —Se encogió de hombros—. Meses después de que discutiera con él, recibí la visita de un enviado de mi padre, un intermediario que me presentó una lista de posibles «recambios» para mi supuesta prometida.

—¿Y qué le dijiste?

—Que no, ¿qué iba a decirle? —El dolor descarnado en sus ojos la hizo desear abrazarlo, pero se controló—. Ninguno de esos nombres era el tuyo y yo ya sabía que ninguna otra podría hacerme sentir lo mismo que tú. —Nimué respiró hondo, sintiendo que su coraza empezaba a resquebrajarse.

—Cuéntame lo peor de ti que no haya descubierto todavía —pidió.

—No te rías.

—Lo intentaré —prometió, aunque el inicio de una sonrisa bailoteaba en sus labios.

—Mi primer nombre es Alexander.

—¿Eso es lo peor? Es un nombre bonito… ¿por qué me iba a reír?

—Él se encogió de hombros y desvió la mirada. Sabía que ocultaba algo y le pellizcó suavemente el brazo.— Si queremos tener una oportunidad debemos ser sinceros. Los dos.

—Es una tradición familiar desde hace varios siglos. Significa «el protector de los hombres» —murmuró, sin mirarla. Acarició su mandíbula para que lo hiciera, todavía apoyada sobre él.

—Eh —musitó con suavidad—, es un nombre bonito y su significado, que no conocía, también. Ahora entiendo por qué fueron tus padres a la universidad y por qué se portaron así conmigo. Tenía que haberte escuchado antes, siento haber sido tan cabezota. —Él endureció el gesto.

—Yo tenía que habértelo dicho antes, pero esperé porque me daba miedo que no lo entendieras. A pesar de todo, nada justifica lo que nos hicieron. —Parecía tan dolido, que ella colocó la mano sobre su mejilla intentando consolarlo y él ladeó la cara para apoyarla en su palma, como un lobo cariñoso—. Nunca he dejado de quererte —confesó.

Ella lo sabía. A pesar del tiempo transcurrido y de todo lo que habían vivido, cuando sus ojos la miraban, despedían un brillo inconfundible. Pero lo que nunca había creído era que jamás habían brillado así por nadie más, que era la única para él.

—Yo tampoco a ti. —Se recostó en su pecho otra vez, sintiendo que ese era su sitio. Esperó un poco, lo suficiente para coger fuerzas y le preguntó—: ¿Nos vamos a la cama?

Antes de que la levantara en brazos para trasladarla al dormitorio que compartirían, vio tanto amor en su mirada que supo que no se equivocaba. No hablaron por el camino, ninguno de los dos quería que Maire pudiera escucharlos. Nimué intentaba relajarse, pero, aunque deseaba lo que iba a ocurrir…, también lo temía. Él la dejó de pie junto a la cama antes de cerrar la puerta, luego se reunió con ella y se quedó quieto, observándola fijamente.

—¿Qué te pasa?

—Nada, es solo que… no olvides que soy humana y como tal, a lo largo de los años… —Se mordió el labio inferior sin saber cómo decirle algo que hasta ahora había aceptado como normal, debido a su edad.

—¿Crees que me importa que tengas más o menos arrugas? —susurró, muy serio.

—Mi cuerpo ha cambiado mucho, pero el tuyo no. —Señaló casi acusadoramente. Excepto por unas suaves canas en las sienes, Cam parecía el mismo de siempre. Después de escucharla, le sonrió tiernamente.

—No te quiero por tu cuerpo, Nimué. Es esto lo que te hace tan especial. —Posó la mano sobre su corazón, maravillado al notar cómo

se incrementaban sus latidos—. Tu generosidad sin límites que te hizo acoger a una muchacha huérfana cuando nadie más lo habría hecho, porque supondría enemistarse con *La Hermandad*. Eres una mujer valiente y con un enorme corazón, ¿de verdad crees que me importa que tengas unas cuantas arrugas más que cuando nos conocimos? —Su gesto dolido provocó que ella se diera cuenta de que su miedo era absurdo y movió la cabeza, negándolo. Cam le dio un suave beso en los labios y se apartó para quitar la colcha de color vino que cubría la gran cama.

—Déjame que prepare la cama para que estemos cómodos.

A Nimué no le dio tiempo a ayudarlo, pero en un impulso de valentía, comenzó a desabrocharse los botones que cerraban su vestido por delante, aunque se detuvo al escuchar:

—¡No! Quiero hacerlo yo. —Después de abrir la cama, volvió—: Déjame ocuparme de ti, es lo que siempre he deseado. —Emocionada, asintió.

El estómago de Nimué dio un vuelco cuando él comenzó a desabrochar el corpiño y la carne se le puso de gallina, al quedarse ante él solo con el corsé, pero Cameron, insaciable, desató enseguida los cordones y se lo quitó. Luego, cogió el bajo de su camisa y, tirando de ella, la pasó por encima de la cabeza femenina, dejándola desnuda y temblando. Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no cubrirse, y esconderle los estragos que el paso del tiempo había hecho en ella.

—Eres preciosa —sus palabras no la tranquilizaron, pero sí la pasión que veía en sus ojos—, y siempre lo serás. —Rozó sus pechos con el dorso de los dedos, deslizando la mano abierta hacia su vientre. Lo masajeó y, sintiendo su piel fría, la abrazó con ternura, abrigándola y susurrándole cuánto la había echado de menos, mientras que sus labios le rozaban el lóbulo de la oreja. Ella, agarrada a las solapas de su chaqueta, descansó el rostro ardiente sobre su pecho. Cam, mientras, sacaba las horquillas del moño de Nimué, dejándolas caer sobre la alfombra de color cobrizo que cubría gran parte del suelo del dormitorio. Pronto, su largo y sedoso cabello color caoba, veteado por algunas hebras plateadas, los rodeó.

En el cristalino color verde de los ojos de Cameron aparecieron unos destellos rojizos que la hicieron sonreír. Con el índice derecho, rozó su mandíbula suavemente.

—Acabo de recordar cuánto me asusté la primera vez que vi ese brillo en tus ojos. —Su mirada era nostálgica—. Nadie me había avisado.

—¿Te refieres a que nunca te habían contado que cuando un vampiro se excita sexualmente, sus ojos se tiñen de rojo y sus colmillos se alargan? —bromeó. Ella asintió y se irguió, entornando los ojos.

—Enséñamelos —ordenó en voz baja. Él no lo pensó y desnudó los colmillos frente a ella. Eran más largos de lo que Nimué recordaba y tremendamente afilados. Acercó el dedo y lo pasó suavemente por la superficie de uno de ellos, haciéndolo gemir. Necesitando probarla, Cam deslizó la mano bajo su mandíbula para colocar su rostro en posición y acomodó los labios de ambos en un beso apasionado, que hizo que ella agradeciera estar apoyada casi por completo en su cuerpo. Con un gemido se pegó más a él, hasta que sus pechos se hundieron en los músculos de su torso a través de la tela de su camisa.

La lengua de Cam recorría su boca seductoramente consiguiendo que se olvidara de todo. Solo lo deseaba a él. Lo demás no le importaba en ese momento, era como si nada más existiera. La fuerte mano del vampiro acarició su espalda y bajó hasta sus nalgas, presionándolas para acercarla a él hasta que sintió su gruesa erección que ya formaba un considerable montículo en sus pantalones. Embistió contra ella un par de veces, para demostrarle el ansia que sentía por ella y Nimué volvió a gemir. No contento con eso, su mano rodeó el cuerpo femenino y separó los labios de su intimidad para poder acariciarla con suavidad, buscando excitarla aún más. Quería que se volviera loca por él, como él lo estaba por ella. Nimué arqueó la espalda y Cam, inmediatamente, deslizó dos dedos en su interior y la sensación fue tan brutal que ella se quejó. Cam, preocupado, se detuvo y recorrió su rostro con la mirada, a punto de sacar los dedos de su interior, pero ella lo sujetó por la muñeca.

—¡No, no te detengas! —Más tranquilo, comenzó a mover los dedos suavemente mientras decía:

—Por un momento, temí haberte hecho daño. —Ella, sin palabras, lo negó con un movimiento de cabeza. Ni siquiera abrió los ojos, los había cerrado para sentir con mayor intensidad el placer que le estaba dando. Cam siguió moviendo sus dedos, entrando y saliendo de ella, y su lengua penetró en su boca con gentileza, aumentando su goce. Continuó así, aumentando el ritmo de su mano, hasta que ella culminó quedándose floja entre sus brazos. Si no estuviera sujetándola, se habría caído redonda al suelo y no le habría importado. Feliz por haberla hecho gozar, la levantó en brazos y la dejó sobre la cama. Ella gimió, y con una sonrisa voluptuosa, alargó los brazos hacia él.

—Ven.

—Espera. —Estaba quitándose la ropa.

—Te necesito —sus palabras provocaron que se apresurara y que, solo unos segundos después, estuviera sobre ella rodeado por sus brazos. Su olor y el tacto de su piel hicieron que Cam sintiera que estaba en casa de nuevo.

—No dejaré que salgas de esta cama hasta que comprendas cuánto te necesito, amor mío. Y que sepas, sin ninguna duda, que nos

pertenecemos por completo. No habrá más separaciones, no lo resistiría. —Ella, con los ojos anegados de lágrimas, asintió en silencio, pero él necesitaba que lo dijera en voz alta.

—No más separaciones —acordó.

—Pase lo que pase —la miraba fijamente—, prométeme que, aunque te enfades muchísimo por algo, lo hablarás conmigo —ella asintió, convencida.

—De acuerdo. Lo prometo.

Cam se arrodilló entre sus piernas y besó su vientre, ahora más abultado que cuando era joven; sintiendo su rigidez y sabiendo ahora a qué era debida, le confesó:

—Te quiero con toda mi alma, Nimué. Daría la vida por ti sin dudarlo. —Su pulgar recorrió el círculo de su ombligo y mordisqueó la delicada piel interior del muslo—. Abre las piernas, mi amor.

Ella obedeció y la lengua del vampiro reconoció golosamente el hinchado botón escondido dentro de su sexo y Nimué sintió que sus latidos se aceleraban de nuevo, y que el calor volvía a arder en su vientre. Todo su ser estaba concentrado en las caricias de Cameron que abrió los labios verticales con los dedos y sopló en su interior, sobresaltándola. Besó sus ingles y cuando ella pensaba que no podría soportar más esa tortura, volvió a tumbarse sobre ella. Esta vez sus ojos se habían vuelto completamente rojos y su voz había cambiado, haciéndose más grave.

—No puedo esperar más. Te necesito, Nimué. —Ella acunó su nuca amorosamente guiándole hacia su cuello. Sabía a lo que se refería, necesitaba beber de ella. Alimentarlo con su sangre era lo que más había echado de menos. Ladeando la cabeza para que su vena fuera más accesible, se ofreció por completo.

—Bebe lo que quieras. Mi sangre es tuya.

Cam lamió la vena para que no sintiera tanto dolor y, con un suave rugido, clavó los colmillos profundamente y comenzó a beber. Creía que recordaba su sabor, pero no era así porque si no, no hubiera soportado tantos años sin probarla. Su sangre era dulce con un ligero sabor picante al final. Después de unos pocos tragos, deslizó su mano para coger su miembro y sin despegar la boca de su vena, la penetró.

Nimué se tapó la boca con el puño para no gritar por la sensación de tenerlo dentro de nuevo; pero no pudo evitar que por sus mejillas corriera un río de lágrimas silenciosas, aunque su expresión era de completa felicidad. Cuando consiguió tranquilizarse, acarició su espalda lentamente hasta que él se despegó de su vena, lamiéndola para que los pinchazos cicatrizaran rápidamente. Después, sujetándose con una mano, deslizó la otra bajo su trasero levantándola sin esfuerzo, para acomodarla a sus embestidas.

—Jamás soñé que volveríamos a estar juntos —confesó ella con las

manos en sus costados.

—Yo sí, todas las noches, pero luego llegaba el amanecer y tenía que vivir con la dura realidad; que estaba solo y que tú ni siquiera querías verme. —Ella parpadeó intentando alejar el remordimiento por haberle provocado tanto dolor.

—Lo siento.

—No te disculpes. Solo te pido que no vuelvas a dudar de que te quiero y que nunca dejaré de hacerlo.

—No lo haré. Yo también te amo, la verdad es que no he dejado de hacerlo nunca. —La expresión de felicidad de él fue la antesala del orgasmo que sintieron los dos, simultáneamente, y que los dejó derrumbados sobre el colchón, abrazados.

Después, Nimué casi no fue consciente de que él cogía una esquina de la sábana para secarle las lágrimas. Luego, se tumbó a su lado y la acunó contra su pecho. Ella cerró los ojos repleta y exhausta.

—Deberíamos hablar, pero estoy tan cansada… —Sabía que esa noche dormiría sin pesadillas.

—Duérmete, mi amor —susurró él, retirándole algunos mechones mojados del rostro—, yo prefiero seguir despierto un rato.

—Tú también necesitas descansar —bostezó como una niña. Sus ojos ya estaban medio cerrados.

—Quiero disfrutar del mayor placer que existe en el mundo: tenerte entre mis brazos. —Le dio un último beso y veló su sueño.

Capítulo 11

—¿Y qué pasa con la sala de juego? —Cian se lo preguntó a Devan, sin dejar de estudiar los planos del club después de la reforma.

Los dos estaban sentados en su despacho, en mangas de camisa y con un vaso de *whisky* a medias; el día había sido muy largo y el Enigma ya estaba cerrado. La obra empezaría en pocas semanas, siempre y cuando Cian diera el visto bueno a los últimos planos. Pero al ver que Devan no contestaba, levantó la vista para mirar al subdirector de su club durante un instante, y le repitió lo que ya le había dicho hasta la saciedad: «Quiero que sea el mejor club de Irlanda». Devan movió la cabeza burlonamente al ver la suspicacia en los ojos de su amigo.

—Y lo será. —Se inclinó sobre la mesa para señalar con el índice derecho el recuadro que representaba la nueva sala de juego, situada en el centro del papel—. No habrá ninguna tan grande ni tan moderna en todo el país.

Cian hizo un gesto de conformidad y siguió revisando los cambios en el diseño que él mismo había pedido, y que le habían sido entregados en mano hacía menos de una hora.

—A mí me parece que todo está bien, al fin y al cabo, tú eres el experto. Si no encuentro nada raro en cinco minutos, los damos por buenos. Quiero marcharme a casa.

—Es pronto —soltó Devan, sorprendido, y miró su reloj.

—Eso lo dices porque no tienes a una maravillosa mujer esperándote en casa.

—Claro —contestó con su habitual tono de burla. Cian le lanzó una rápida y sonriente mirada.

—Amélie quiere presentarte a una amiga que ha conocido en la modista. Dice que es encantadora y que te estás haciendo mayor… —bromeó.

—¡Eh! —le interrumpió—, dile a tu mujer que soy muy capaz de conocer mujeres por mí mismo y que tengo la vida que me gusta —mintió—. Si alguna vez tengo ganas de jugar a la familia feliz o de saber qué se siente teniendo hijos, me conformaré con pasarme por tu casa y estar un rato con los tuyos. Cuando los tengas, claro.

—Ya. —Cian sonrió distraído y volvió al asunto que le interesaba en ese momento—. ¿Y cómo ha conseguido que la habitación sea tan

grande?

—Mira. —Señaló las líneas rojas, tachadas ostensiblemente—. Ha quitado los dos cuartos de detrás.

—Es cierto. —Más tranquilo, se reclinó en la silla con un suspiro y cogiendo su vaso de *whisky* lo apuró. Luego, aparentó dedicar otro par de minutos a los planos, aunque Devan sabía que no estaba pensando en el diseño; su inquieta mente estaba barajando costes y beneficios—. De acuerdo. Envíale una nota para que siga adelante, aunque no me gusta nada no poder hablar con él. —Arrugó la frente—. No creo que sea tan extraño que quiera conocer al hombre en cuyas manos voy a poner el futuro de mi club. —La repetición de la misma frase que escuchaba desde hacía semanas, hizo que Devan pusiera los ojos en blanco.

—Ya te avisé de que siempre trabaja así. A pesar de que es famoso y uno de los mejores arquitectos del momento, nadie conoce a Rowan Walsh. —Cian levantó la mano para que se callara y miró hacia el pasillo. Los dos escucharon los gritos.

—¿Qué pasa? —Se miraron un segundo antes de levantarse y correr hacia la entrada, de donde venía el barullo.

Los gemelos Al y Buck le estaban negando la entrada a alguien, seguramente siguiendo las indicaciones de Cian. Solían ser educados y tranquilos, pero los dos hermanos tenían la mecha muy corta y en esta ocasión parecía habérseles agotado la paciencia. Cian y Devan se detuvieron a cierta distancia, desde donde podían ver sin ser vistos.

La pareja de vampiros que insistía en entrar en el club, aunque estaba cerrado, apestaba a dinero y prepotencia. Cian entornó los ojos al verla a ella y susurró:

—Es la antigua prometida de Gale —Devan asintió—. Tatiana… no sé qué.

—Ivanova. Desde que se separaron, no había vuelto por aquí.

—¿Y él? —Devan solía estar más informado sobre los clientes, pero en esta ocasión no era así.

—Ni idea. No lo había visto nunca —murmuró, extrañado.

—Entonces, vamos a averiguarlo.

Cian salió del pasillo hacia la luz.

—Hola, Tatiana. ¡Cuánto tiempo! —Estuvo junto a ellos antes de que se dieran cuenta, inclinando la cabeza como saludo. La vampira le dijo a su acompañante, con un sonoro acento ruso:

—Querido, este es Cian Connolly. —El desconocido lo miró con una sonrisa petulante y estiró la mano para saludarle, mientras decía con tono burlón:

—Cormac Stone. Soy el dueño de *El Columpio Rojo,* creo que has ido a verme un par de veces a mi local y vengo a devolverte el favor. —Cian retiró la mano después del rápido saludo y los dos se miraron

fijamente. Devan los interrumpió adrede, dirigiéndose a la bellísima vampira rubia:
—Hola, Tatiana. Siempre es un placer verte. —Se inclinó para besar sus nudillos y ella pestañeó varias veces en su dirección. Luego, Devan saludó con un murmullo al vampiro. Cian seguía mirándolo, intentando recordar de qué le sonaba su apellido. Lo dejó por imposible sabiendo que, cuando menos lo esperara, la información aparecería en su cabeza. Lo que más le interesaba en ese momento era averiguar a qué habían venido esos dos.
—Seguidme —ordenó.
Devan se quedó hablando, durante unos segundos, en voz baja con los gemelos que parecían bastante enfadados, aunque en ellos ese sentimiento no era ninguna novedad. Se enfadaban con suma facilidad y si no tenían con quién hacerlo, lo hacían entre ellos. Después de explicarle lo que había pasado con los visitantes, siguió a los demás a la sala de reuniones de la biblioteca. Cian estaba invitando a entrar a Cormac y Tatiana y les hizo un gesto con la mano.
—Sentaos donde queráis. —Devan entró a tiempo para ver cómo se sentaba Cian frente a la pareja, pero él se quedó de pie, con los brazos cruzados, apoyado en la puerta en una postura aparentemente indolente. Era una antigua costumbre, en algunas ocasiones prefería quedarse de pie y estar preparado para cualquier cosa. Cian estaba impaciente.
—¿Puedo preguntar a qué debo esta inesperada visita? —Los ojos oscuros de Cormac fulguraron con algo parecido al odio, lo que le sorprendió porque estaba seguro de que no se habían visto hasta ese momento.
—¿No vas a ofrecernos una bebida? ¿Una pequeña cortesía para dar la bienvenida a tus invitados? —A pesar del tono divertido y la sonrisa de Cormac que quería aparentar que lo decía en broma, Cian se dio cuenta de que no era así. No conocía a aquel vampiro, pero ya sabía que no le gustaba y que nunca lo haría. Y el sentimiento era recíproco.
—Ni os hemos invitado, ni sois bienvenidos. —Devan arqueó una ceja, extrañado por su actitud.
Cian solía ser encantador y nunca era tan impulsivo a menos que Amélie estuviera implicada. Entornó los ojos mirando a Cormac y se irguió, separándose de la puerta unos centímetros, preparándose para luchar si era necesario. Se dio cuenta de que su amigo había observado algo que él no había notado.
—También tú fuiste dos veces a mi club sin haberte invitado —contestó rápidamente el otro.
—Por supuesto, para pedirte que dejaras de enviar aquí a tus matones para que montaran follón en mi sala. —El rostro de Cian parecía esculpido en piedra. Estaba rígido y unas chispas rojizas

aparecieron en el fondo de sus ojos negros—. Quería hablar sobre ello y llegar a un acuerdo si era posible, pero ahora me doy cuenta de que no va a ser así, ¿verdad? —Cormac se encogió de hombros mirando a su alrededor. La biblioteca que los acogía y que albergaba más de diez mil incunables, era impresionante. Las estanterías eran oscuras y olían a cera y a limón, una mezcla con la que se limpiaba y nutría la madera de la que estaban hechas desde hacía siglos. Ese olor era característico de esa habitación y cualquiera que hubiera estado allí unas horas, lo recordaba siempre. Él había oído hablar sobre ese olor a varios vampiros que la habían visitado, y siempre había creído que él nunca llegaría a disfrutarlo.

—Yo creía que habías ido para conocerme… —Lo que fuera a decir, se vio silenciado por la intervención de Devan, que acababa de recordar algo. Se acercó un par de pasos y dijo:

—¿Eres el hermano de Marian Stone? —Cormac lo miró, repentinamente interesado.

—No tiene sentido negarlo.

—Y tío de Kristel —continuó Devan, observándolo fijamente para ver su reacción y tenía razón porque, en cuanto dijo su nombre, la cara del vampiro cambió volviéndose fea y oscura, perdiendo la belleza que tenía. El odio y el asco supuraban por todos los poros de su piel y tanto Cian como Devan supieron, en ese momento, quién lo enviaba realmente. Devan, con una mueca de repugnancia, afirmó—: ¡Perteneces a *La Hermandad*! —Al contrario de lo que esperaban, no lo negó.

—Sí, y estoy muy orgulloso de ello. —Tatiana, a su lado, resplandecía mirando a su amante. Cian se levantó y se quedó de pie ante ellos, con los puños apretados colgando junto al cuerpo, controlándose a duras penas para no atacarlo.

—¡Kristel es tu sobrina! —Cormac enseñó los dientes como una hiena a punto de morder, y respondió con los ojos rojos por la ira:

—Es un engendro que no debería haber nacido nunca. Mi hermana se equivocó, dejándose llevar por su ambición al unirse con un humano porque hay límites que no se deben cruzar; afortunadamente ha vuelto al buen camino y ella es la primera que reconoce… —se encogió de hombros con una fría y desagradable sonrisa— la consecuencia de ese error. Debe desaparecer. —Devan se adelantó dispuesto a borrarle la sonrisa del rostro a golpes, pero lo frenaron las palabras de Cian que parecía a punto de estallar.

—Fuera —ordenó en un susurro, intentando controlarse para no gritar como un loco rabioso.— Y no vuelvas por aquí a menos que quieras que te arranque la cabeza.

Cormac se levantó y comenzó a ponerse tranquilamente los guantes, mientras confesaba, como si tal cosa, la verdadera razón de

su visita.

—Hemos oído que *La Brigada* y los cuatro legendarios, con el consentimiento de *El Guardián*, ya han elegido a los nuevos eruditos y que la ceremonia del nombramiento será dentro de poco. —Cian ni siquiera parpadeó y Cormac suspiró como si estuviera tratando con un niño rebelde, y continuó—: Y que algunos de los que componen el nuevo consejo, son humanos. Eso es inaceptable y si persistís en esa actitud, lo consideraremos una declaración de guerra. *El Maestro* no tendrá ninguna consideración por el hecho de que seáis vampiros. —Cian no pudo controlarse más.

—Como si la hubiera tenido con alguno de los vampiros que ha asesinado hasta ahora —contestó, furioso—. ¿Os habéis creído que podéis venir a mi casa a amenazarme?, ¿y al cabrón de tu jefe no se le ha ocurrido que podría devolverle tu cabeza en una caja, por haberse atrevido a sentenciar a muerte a mi mujer? —Sus ojos se habían vuelto completamente rojos y sus colmillos emitieron el leve ruido que hacían cuando salían de sus fundas, preparados para morder y desgarrar.

Cormac intentó que no se le notara la sorpresa, pero Cian no tendría que conocer la sentencia de muerte que *el Maestro* había dictado sobre su mujer. Con una mirada hacia él en la que le prometía que esto no se había acabado, ofreció el brazo a Tatiana y dijo:

—Vámonos, querida. —Y salieron de la biblioteca lo más rápido que pudieron, sin llegar a correr.

Cian se quedó en la biblioteca, respirando lentamente y con los ojos cerrados, como le había enseñado a hacer Lee Ping. Intentó relajarse, sabiendo que Devan se ocuparía de que se fueran del club. Cuando volvió, lo encontró agarrado a una silla, rígido por la tensión.

—Tranquilízate, ya se han marchado. —Él respiró hondo y abrió los ojos.

—Con qué gusto le hubiera arrancado la cabeza y se la hubiera enviado a Joel Dixon —juró, sentándose. Devan lo hizo a su lado.

—¿En qué piensas?

—En que hay que ir a hablar con Killian. —Se levantó, decidido—. Ha sido una amenaza en toda regla —Devan asintió.

—Por supuesto, vamos.

~

KRISTEL Y KILLIAN estaban desayunando en un rincón del pequeño jardín de su casa, cuando una gota de mermelada de la tostada de Kristel fue a parar a su escote, sin que se diera cuenta, pero su marido sí lo hizo y se inclinó sobre ella y recogió el goloso premio con su boca. Ella sintió un delicioso estremecimiento y se ruborizó mirando

hacia atrás, pensando que la criada que les había servido seguiría por allí, por si necesitaban algo. Afortunadamente, no era así.

—¡Kirby! —susurró, aparentando que le regañaba. Él sonrió paladeando el gusto de la mermelada con el inmejorable sabor de la piel de su mujer, antes de contestar:

—¿Qué, cariño? —Su pícara sonrisa hizo que Kristel suspirara, feliz, y mirara a su alrededor, dejando su retórica pregunta sin respuesta.

—Tenemos que salir aquí más a menudo. No aprovechamos el jardín todo lo que deberíamos Él arqueó una ceja, irónicamente y ella entornó los ojos, esperando.

—Lo haríamos si consiguiera despegarte más a menudo de esos libros antiguos a los que les tienes tanto cariño —bromeó.

—Siempre comemos juntos… —se defendió, aunque sabía que tenía mucha paciencia con ella.

—Sí —confirmó él. Miró hacia el cielo con cara esperanzada—. Esperemos que la tregua de la lluvia dure algunos días más. Le he cogido el gusto a comer en el jardín —confesó.

—Yo también. —Puso la mano sobre la suya; Kirby la cogió y, dándole la vuelta, depositó un beso en la palma.

—Hasta que tú viniste a vivir aquí, no había salido nunca a comer al jardín.

—¿No?, pero si fue idea tuya. —Lo miraba confundida.

—Tenía tanto miedo de que no quisieras quedarte conmigo, que estaba todo el día pensando en cómo podía conseguir que te gustara vivir aquí. —Los dos miraron hacia la puerta de la terraza por donde había salido Alfred. Se acercó a ellos con su paso habitual, pero algo en su rostro les dijo que pasaba algo.

—El juez Gallagher y su esposa acaban de llegar. —Kirby frunció el ceño.

—¿Están aquí? —preguntó, atónito.

—Sí, señor.

La pareja se miró, ambos pensando que tenía que haber pasado algo grave para que Killian y Gabrielle se presentaran en Cork sin avisar, y más teniendo en cuenta que vivían en Dublín. Se levantaron para recibirlos y mientras caminaban hacia la entrada, Kristel daba instrucciones a Alfred:

—Que pongan dos servicios más en la mesa, por favor —el mayordomo asintió con gesto grave.

—Déjelo en mis manos, señora.

Kirby saludó a Gabrielle con un abrazo y un beso en la mejilla, algo habitual solo entre familia o amigos muy cercanos, y ella hizo lo mismo con Killian; después de que los dos jueces se abrazaran, salieron al jardín. Alfred, con su diligencia habitual, ya había llevado dos sillas más y estaba poniendo platos, cubiertos y tazas para los

invitados. Gabrielle se dejó caer en la silla que había junto a su amiga, con un suspiro.

—¡Qué hambre tengo! Me lo comería todo. —Sus ojos golosos observaban el pan recién hecho y la mermelada con suma atención—. ¿Todo lo ha hecho Annie?

—Por supuesto, solo comemos el pan y la mermelada que ella prepara —contestó Kirby. Gabrielle miró al mayordomo, que estaba terminando de preparar la mesa, con una sonrisa traviesa.

—Alfred, ¿seguro de que a usted y a Annie, no les gustaría venir a vivir a Dublín? Los trataríamos muy bien —bromeó. Todos rieron porque era una broma que siempre le gastaba cuando iba a casa de Kristel y Kirby.

—Lo siento, señora, pero estamos muy a gusto aquí. Mi mujer ya no podría separarse de la señora Richards. —Kristel, como todos, sonreían escuchando al mayordomo.— Está enseñándole a leer y escribir —terminó, orgulloso.

Aunque Gabrielle ya lo sabía, le pidió que le transmitiera sus felicitaciones y Alfred se marchó, asegurándole que se las daría. Killian había hablado poco hasta ese momento, había esperado a que estuvieran los cuatro solos.

—Kirby, amigo. —El aludido lo miró, extrañado, porque no era habitual en él hablar así. Killian no era un hombre que demostrara su afecto continuamente y menos con palabras; era más fácil para él hacerlo con hechos—. He venido a traerte una carta que me llegó ayer por la tarde, pero, antes, me gustaría… —Miró a Gabrielle que carraspeó antes de hablar. Killian le había pedido que fuera ella la que los preparara un poco antes de leer la carta. Una de las numerosas cualidades por las que amaba a su mujer, era su profunda sensibilidad; siempre parecía saber lo que tenía que decir en cada momento. Y nunca les vendría mejor esa habilidad, que en ese momento.

—La carta a la que se refiere Killian, entre otras cosas, habla sobre lo que ocurrió en tu familia hace muchos años y que fue muy doloroso para vosotros. En cuanto la leyó, quiso venir anoche a verte en su caballo, pero le dije que era mejor que viniéramos hoy al amanecer; además, no te serviría de nada si se rompía la cabeza por el camino —su tono de voz dulce atenuó el regaño, implícito en sus palabras, que hizo sonreír a Killian porque le había costado mucho que su mujer fuera sincera con él y le dijera siempre lo que pensaba. Aunque algunas veces no estuvieran de acuerdo, le enorgullecía que actuara así.

Kirby, confundido, se volvió hacia Kristel, que negó con la cabeza. No tenía ni idea de a qué se referían.

—¿Te refieres a la desaparición de mi hermana? —Gabrielle asintió.

Kirby se quedó pálido y alargó una mano hacia Killian, pidiéndole la carta en silencio. Su amigo metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y se la entregó.

Primero observó el sobre. Como imaginaba, el destinatario era Killian, pero cuando leyó quién era el remitente, miró a su amigo, confundido.

—¿Joel Dixon? —Todos, gracias a Ariel, sabían que era *el Maestro.*

—Sí, yo puse la misma cara que tú cuando lo vi —confesó—. Jamás habría esperado recibir una carta suya, pero te advierto de que te vas a sorprender aún más cuando conozcas el contenido. ¿Quieres que os dejemos a solas? —Kirby se levantó, negando con la cabeza. La carta le quemaba en las manos, tenía que abrirla, pero su amigo lo conocía bien. Quería estar solo al hacerlo.

—No, iré a mi despacho a leerla tranquilamente. ¿Te importa? —preguntó a Kristel. Ella le sonrió con cariño, aunque estaba preocupada.

—Por supuesto que no.

Cuando se marchó, se volvió hacia sus amigos:

—¿Queréis café? —ellos asintieron con un murmullo y, mientras lo servía, Gabrielle le dijo:

—Creo que es mejor que, mientras él lee la carta, te digamos lo que pone para que estés preparada. Verás…

Kirby casi voló para llegar al despacho. Cerró la puerta y se sentó, dejando el sobre encima de su escritorio. Respiró hondo un par de veces intentando ralentizar los latidos de su corazón y, después de sacar las hojas que había dentro, comenzó a leer:

Al juez Kirby Gallagher:

Señor juez, antes de nada, permítame que le explique ciertas cosas sobre mí, imprescindibles para que entienda lo que voy a contarle a continuación.

Joel Dixon es mi nombre real y también es cierto que soy profesor de universidad desde hace casi un siglo, pero no soy el *Maestro*, ese solo ha sido un papel para el que alguien me contrató y que he tenido que representar durante más años de los que quiero recordar. El que me empleó, me encontró en un antro de El Cairo, borracho y endeudado, después de dilapidar la fortuna que heredé de mis padres; me recogió y se encargó de mis deudas y de pagarme un hotel, ropa, comida y el viaje de vuelta a casa, apoyándome en todo, con una generosidad propia del familiar más cercano. Yo estaba tan desesperado y agradecido (aunque esto no es excusa para todo lo que he hecho desde entonces), que hubiera aceptado cualquier cosa que Sanderson, ese es el nombre con el que se presentó mi «benefactor», me pidiese.

Y lo que me pidió fue que me hiciera pasar por *el Maestro. Yo,* por

entonces, jamás había oído hablar de *La Hermandad* o si lo había hecho, vivía en mi mundo y para mí esa sociedad secreta no tenía ninguna importancia. No me imaginaba lo vital que sería en mi vida desde ese momento. Sanderson me instaló en una vivienda suntuosa, en la que viví desde entonces y consiguió, con sobornos o amenazas, eso no lo sé, que recuperara mi puesto como profesor en la universidad. Yo había perdido mi trabajo después de presentarme borracho en clase, y Sanderson me advirtió de que no podía aparecer así en público nunca más; solo podía beber a escondidas por la noche en casa, que fue lo que empecé a hacer desde entonces. Como he escrito antes, estaba tan agradecido y aterrado por la posibilidad de volver a verme tirado en la calle como un vagabundo, que lo obedecí sin rechistar.

Poco tiempo después, puede que fuera un año más tarde, Sanderson apareció un día en la casa con un bebé en brazos. Era una niña a la que, desde entonces, hice pasar por mi hija, pero Violet no es mi hija; él se la robó a una familia y hasta hace poco no me he enterado de a qué padres les destrozó la vida, quitándoles un bebé de pocos meses. Sé, hace tiempo que usted es muy amigo del juez Kirby Richards y como conozco su dirección por la época en la que le di clase a Amélie, y he oído hablar largamente de su rectitud y honradez, he decidido enviarle esta carta a su casa, porque Violet es hermana del juez Richards y estoy seguro de que usted hará lo necesario para que pueda reunirse pronto con su familia. Es una muchacha encantadora y muy inteligente, aunque un poco callada, pero yo creo que su timidez está motivada por el hecho de que enseguida se dio cuenta de que algo raro pasaba en el que se suponía que era su hogar. Algo que no era normal.

Sanderson, desde que volvió con Violet, empezó a pasar temporadas más largas en la casa ya que quería controlar todo lo que concernía a la niña, aunque no entendí por qué hasta mucho más tarde. Por supuesto, sus órdenes salían de mi boca, ya que él siempre se ha hecho pasar por mi mayordomo. Por las noches me visitaba en el sótano si tenía nuevas órdenes que darme, donde yo solía beber a escondidas.

Una de esas noches, en lo que considero un descuido, me dijo que había elegido a Violet porque provenía de una familia con un linaje muy antiguo y cuyos miembros tenían una energía mental muy poderosa, él asegura que son psíquicos. Se ufanaba de que le había costado mucho encontrar a alguien así, pero que lo había hecho. Al parecer, la búsqueda de una niña con esas características había sido el motivo de sus frecuentes viajes por todo el mundo.

Cuando aparecieron los pergaminos de Cobh, descubrí que pensaba utilizar a Violet como «recipiente» para que Lilith pudiera reencarnarse. No sé cómo, pero Sanderson conocía parte de su

contenido, aunque no el ritual completo, por eso los necesitaba.

Hace unos días hizo que se llevaran a Violet fuera de la ciudad, a una casa aislada en el campo por miedo a que, ahora que ha crecido, alguien descubra quién es ella realmente. Sé que la acompañaba una vieja criada, pero no sé cuántos secuaces de Sanderson iban con ellas porque no los vi marcharse. Todo se complicó hace tres días cuando él descubrió, no sé cómo, que la sirvienta que se había ido con ella es una espía de *La Brigada* y juró que la mataría con sus propias manos; y al día siguiente le llegó un mensaje de uno de sus agentes en el que le decía que Violet y la criada habían huido.

Yo le escribo desde esa casa donde hemos llegado hace pocas horas. Ha mandado todos los hombres que tiene a buscar por los caminos, pero espero y rezo para que no las encuentre, aunque sé que no parará de buscarla porque no puede permitirse perder a Violet. Recuérdelo, Killian, si consigue dar con ella, le ruego que la proteja; de otro modo, no sé qué atrocidades cometerá este monstruo con ella. Este es el principal motivo para escribirle esta carta. Pero recuerde que, aunque no conozco todas sus relaciones, a lo largo de los años he descubierto que *La Hermandad* tiene conexiones en casi todos los ámbitos de la sociedad, incluidos el policial y el Gobierno. Se sorprendería.

En cuanto a Sanderson, él cree que desciende del *Sumo Sacerdote* de Lilith, aunque no sé cómo se llamaba entonces. Sea quien sea en realidad, es un monstruo cruel y desalmado capaz de todo para conseguir lo que quiere.

Se me acaba el tiempo y temo que se me quedan muchas cosas por decir, pero no puedo arriesgarme a que me encuentren escribiendo esto. Por la mañana me van a llevar al pueblo a poner una denuncia por la desaparición de Violet, como si la hubieran secuestrado. Estoy retenido por Sanderson y varios de sus orangutanes en una casa cercana a Tralee y por sus continuas amenazas, tengo la certeza de que voy a morir. Se jacta de que va a matarme en cuanto deje de necesitarme y sé que, de una manera o de otra, este será mi último viaje y no me importa; hace tiempo que busco la forma de expiar, al menos en parte, los numerosos errores que he cometido a lo largo de mi vida. Lo mejor es que yo desaparezca; me da miedo que, en medio de la tortura a la que estoy seguro de que me someterán, les cuente cosas que puedan utilizar en contra de Violet, incluso que he enviado esta carta.

Al menos, espero que mi muerte sirva para algo y que ella pueda regresar junto a su familia y ser libre. Ojalá lo consiga. Díganle que lo siento.

Joel Dixon

Cuando terminó de leerla, Kirby se dio cuenta de que su mujer había entrado en el despacho sin que se diera cuenta y esperaba, emocionada, a que terminara. Se levantó y se abrazó a ella con los ojos llenos de lágrimas, murmurando:

—¡Es Áurea, Kristel! ¡Está viva!

—Sí, amor mío. ¡Qué alegría!

Sabía cuánto significaba esto para él. No solo porque era su hermana y la adoraba, también porque cuando se la habían llevado, él tendría que haber estado cuidándola. Cuando se hizo adulto había estado años investigando las circunstancias que rodearon el suceso, mientras estudiaba la carrera y también después, con la ilusión de encontrarla algún día, aunque sabía que era algo casi imposible. Pero, por lo visto, no había nada imposible.

—Killian me ha contado lo que ponía en la carta. ¡Es un milagro! —le aseguró con una sonrisa temblorosa, acariciando la cabeza de su marido que sollozaba apoyado en ella. Cuando llamaron discretamente a la puerta, Kirby levantó la cabeza con los ojos dorados enrojecidos por el llanto, se limpió las lágrimas y se acercó a abrir. En el umbral estaba Killian, solo, y los dos se fundieron en un abrazo. Gabrielle, tan sensible como siempre, se había quedado en el jardín prefiriendo dejarles algo de intimidad y Kristel besó a su marido en la mejilla, murmuró algo en su oído y salió para acompañarla.

Killian observó a Kirby, que se había vuelto hacia el ventanal que daba al jardín con las manos en las caderas, pensando en lo que haría a continuación. Killian lo conocía bien y lo interrumpió:

—Gabrielle y yo volvemos en media hora a Dublín. —Lo miró, sorprendido, y le hizo un gesto para que se sentara.

—Creía que os quedaríais hoy al menos. Es un viaje largo para que volváis el mismo día.

—Quiero empezar a organizar la búsqueda de tu hermana, aunque estoy seguro de que escapará de esos hijos de puta. Recuerda quién es la agente que teníamos infiltrada en casa de Dixon.

—Ariel… —susurró, admirado, Kirby. Se dejó caer en el sillón que había junto a él—. No me acordaba.

—Es intrépida, valiente y muy lista. Estoy seguro de que la salvará.

—¿No fue a buscarla Fenton? —Todo aquello, a lo que había prestado tan poca atención entonces, ahora era de vital importancia para él.

—Sí, acompañado por Stuart. Ya sabes que la conocía a ella y a su familia.

—Sí, era la mujer de Wilson Cox.

—Exacto. —Kirby recordó algo y sonrió salvajemente.

—¡Por Dios, Killian! ¡Mis padres! ¡Tengo que contárselo, se volverán locos de alegría! —Killian negó, muy serio, con la cabeza.

—No se lo digas todavía. Como te he dicho, creo que las encontraremos, pero no los hagas sufrir hasta que aparezcan. —Kirby lo pensó y estuvo de acuerdo. Nervioso, se levantó.

—Kristel y yo te acompañaremos a Dublín. Puedo ayudar en la búsqueda, estoy seguro… —Killian se levantó y puso la mano en su hombro.

—No, amigo. Te entiendo, pero imagínate que ella averigua de algún modo que es tu hermana y viene hacia aquí, a buscarte.

—¿Crees que lo sabe?

—No tengo ni idea, pero es una posibilidad. En cualquier caso, es mejor que nos dividamos el trabajo. Yo cubriré la zona de Dublín y tú, encárgate de toda esta zona. El lugar de donde partieron fue de Tralee, y eso está más cerca de aquí que de Dublín. Hay las mismas posibilidades que hayan ido al norte que al sur. —Entornó los ojos mientras pensaba.— Si Fenton está con ellas, es muy posible que vengan hacia acá, sobre todo si saben que los persiguen. Sin embargo, los agentes de *La Hermandad* pensarán que se dirigen a Dublín, es lo lógico. Conozco bien a Fenton, es inteligente y capaz, estoy casi seguro de que no irá a Dublín; al menos hasta que esté seguro de que no corren peligro.

—De acuerdo. Ojalá tengas razón.

—Cuando llegue a Dublín, hablaré con mis agentes para iniciar la búsqueda, pero algo me dice que pronto tendremos noticias suyas.

—Dios te oiga, Killian.

Capítulo 12

Violet observaba discretamente a Stuart que iba sentado a su lado en el pescante. No sabía por qué, pero había algo en él que la atraía desde el primer instante en que lo había visto. Le parecía muy atractivo y se moría por hablar con él, pero no se atrevía. Normalmente, era algo tímida, pero al lado de Stuart, se volvía muda.

Ese viaje le estaba trayendo muchas sorpresas, pero no todas eran desagradables como, por ejemplo, que le encantaba disfrazarse o que quería aprender a conducir un carruaje. Inquieta, volvió a mirar el perfil de su acompañante intentando entender el porqué de su atracción; puede que fuera por su seriedad o por la dureza de sus facciones; o quizás porque había sido extremadamente educado, incluso cuidadoso en su trato con ella.

—¿Te ocurre algo? —Ambos habían decidido que debían tutearse porque sería incomprensible que dos sirvientes como ellos, se hablaran de usted; pareció disgustado por algo que vio en su rostro y le dijo—: Violet, no sé por qué razón me tienes miedo, pero yo jamás te haría daño. —La tristeza y el dolor que vio en sus ojos la hicieron olvidar su timidez y se acercó a él. Apoyó una mano vacilante sobre su brazo, notando los abultados y duros músculos que lo rodeaban.

—Stuart, no te tengo miedo, pero no estoy acostumbrada a estar con gente. He pasado casi toda mi vida en un internado, en Escocia, y cuando estaba en casa, mi padre no me dejaba relacionarme con nadie. Ariel… bueno, Megan —rectificó al recordar cómo se llamaba en realidad— es la única con la que he podido hablar sinceramente en mucho tiempo; el colegio era muy estricto y las alumnas casi no hablábamos entre nosotras —confesó. Él le agradeció su sinceridad con una de sus raras sonrisas.

—Siento mucho que tu vida haya sido así. —Ella adivinó que estaba pensando en el hecho de que la hubieran separado su verdadera familia.

—No ha sido tan malo. —Se encogió de hombros, pero él no se dejó engañar por su aparente tranquilidad, aunque aparentó hacerlo. Violet apartó la mirada y Stuart decidió distraerla para que no siguiera pensando en su situación.

—Desde que hemos salido de Dingle, me ha parecido que te fijas mucho en cómo llevo el coche. ¿Te gustaría aprender? —Ella se lo quedó observando durante unos segundos pensando si bromeaba y si era posible que le hubiera leído el pensamiento. Finalmente, contestó:

—Me encantaría.

—Entonces, te enseñaré. Acércate más a mí y presta atención; primero te contaré lo que debes saber y luego, si te ves con fuerzas, te dejaré que sostengas un poco las riendas. Si se te da bien, antes de que lleguemos habrás llevado el coche en los caminos más sencillos. —Ella se acercó unos centímetros más a él.

—¿Así? —Él negó con la cabeza, muy serio.

—No, un poco más. —Ella lo hizo, hasta que sus muslos y sus brazos estuvieron totalmente pegados.

—¿Así?

—Sí, quiero que estés lo más cerca posible para que veas cómo cojo las riendas en todo momento.

Stuart acababa de mentir a una muchacha por primera vez en su vida. Hasta ese momento se consideraba un vampiro honorable, pero lo cierto era que no hacía falta que Violet se acercara tanto, aunque le hubiera mentido mucho más para conseguir tenerla tan cerca.

Inspiró su esencia con placer y comenzó la clase con una sensación que no reconoció al principio porque hacía demasiado tiempo que no la sentía, estaba profundamente emocionado.

El resto del camino se les hizo inexplicablemente corto, porque estaban absortos el uno en el otro. Atravesaron los mágicos parajes del anillo de Kerry, sorprendidos por las profundas lagunas que se extendían a lo largo de los páramos. La tierra rojiza contrastaba con el verde esmeralda de la hierba que lo invadía todo, incluyendo las iglesias y castillos derruidos que se encontraron a los lados del camino. Las montañas de piedra tan viejas como el tiempo, observaban su paso en un silencio que respetaban hasta los animales que debían vivir por la zona, ya que el único sonido que se podía escuchar era el rítmico rodar de las ruedas del coche.

La primera vez que Stuart la dejó conducir, aunque fue solo durante unos instantes, Violet sintió que su corazón se ponía a hacer cabriolas dentro de su pecho; él vio la alegría en sus ojos, haciéndolos aún más bellos.

A pesar de que llevaba el pelo oculto bajo un tosco gorro de lana y la cara tapada hasta la nariz por una bufanda, la belleza de Violet era difícil de ocultar. Y tenerla tan cerca no había sido buena idea porque estaba tan excitado como un adolescente. De repente, se dio cuenta de que ella le estaba hablando.

—¡Es maravilloso! ¡Qué divertido! —Su alegría hizo que se olvidara de su incomodidad.

—Cuando vuelvas a tu vida —se detuvo, al darse cuenta de su error, pero ella no dejó de sonreír—, quiero decir, cuando decidas dónde instalarte… deberías probar a conducir un cabriolé. Seguro que se te daría bien. —Entonces se le borró la sonrisa.

—No tengo dinero —confesó—. Bueno, tengo algo porque tenía unos pequeños ahorros del dinero que me daba mi… quiero decir, el señor Dixon —rectificó sin saber cómo llamarlo, avergonzada porque todavía no se había hecho a la idea del todo de que no era su padre—. Desde hace algunos años, por mi cumpleaños, solía regalarme algo de dinero y me aconsejaba que lo guardara, por si lo necesitaba algún día. Y siempre me lo daba a escondidas. —Se quedó pensativa durante un momento—. No lo había pensado hasta ahora, pero… ¿no te parece que a lo mejor quería que tuviera dinero por si alguna vez estaba sola? —Stuart se mantuvo en silencio. Había cogido las riendas y conducía con la mirada fija en el camino, aparentemente impertérrito, aunque ella sabía que la estaba escuchando. A menudo, parecía que nada le importaba, pero ella empezaba a conocerlo—. ¿No es extraño? ¿Que alguien que ha estado engañándome durante toda la vida, que me separó de mi verdadera familia, haciéndose pasar por mi padre, haya tenido gestos bondadosos conmigo?

—En realidad, no. Cuando estuve en el ejército me di cuenta de que nadie es completamente bueno o malo, aunque todos nos decantamos más por un lado que por otro. —Esperó hasta encontrar las palabras adecuadas—. Puede que actuara así porque sintiera remordimientos por lo que te estaba haciendo, o porque te tuviera cariño de verdad.

—Ya —suspiró ella volviendo a mirar al camino y encogiéndose de hombros con actitud derrotada—. En realidad, no era eso lo que iba a decirte, sino que no sé qué haré con mi vida cuando lleguemos. Seguramente tendré que ponerme a trabajar y… —se mordió el labio inferior, preocupada— no me importa trabajar, sería un alivio tener ingresos y poder mantenerme, pero no sé hacer demasiadas cosas… —Stuart la miró con la frente arrugada. No le gustaba verla así.

—Ahora no pienses en eso. Todo se solucionará, ya lo verás.

—¿Cómo lo sabes? —se lo preguntó sin esperanza, pero la sorprendió:

—Porque yo me encargaré de que sea así —contestó con la mirada puesta en los caballos, porque estaban atravesando un trozo del camino lleno de piedras y no podía distraerse, pero ella se estremeció y creyó en sus palabras.

A pocos kilómetros de Killarney, Stuart se desvió del camino entrando en una vereda que atravesaba un bosquecillo de robles, húmedo y oscuro, pero lleno de vida. Los pájaros se comunicaban trinando alegremente por encima de sus cabezas, y Violet olvidó todos sus problemas al levantar sus ojos para observar las copas de los

árboles, llenas de aves que los observaban insolentemente por atreverse a invadir su intimidad.

—¿Dónde vamos? Creía que teníamos que seguir el camino hasta llegar a Killarney…

—Hace un rato he recordado que un amigo mío estuvo viviendo durante unos años en una cabaña que está muy cerca, siguiendo esta senda. Eligió este lugar porque estaba muy aislado y casi nadie lo conoce; cuando volvió de la guerra lo pasó muy mal y no quería ver a nadie. En la última parada se lo conté a Fenton y le pareció bien que durmiéramos aquí. —Si era posible, preferían evitar los pueblos grandes como Killarney, donde era más posible que se encontraran a los agentes de *La Hermandad*. Al menos hasta llegar a Cork.

—Pero Cork es una ciudad grande, ¿no es posible que allí también nos encuentren?

—Por supuesto, pero encontraremos refugio en casa de Kirby que es el juez de la zona sur de Irlanda; un cargo muy importante y con mucha influencia. Fenton sabe lo que hace al insistir en que vayamos allí. —Ella parecía tranquila observando el bosque lleno de árboles gigantes y helechos.

—¿Y tu amigo ya no vive aquí? —La expresión de Stuart se volvió mucho más sombría.

—No. Murió al año siguiente, montando a caballo. —Sus ojos se entristecieron al recordarlo—. Tenía solo veintiocho años.

Ese fue el fin de la conversación hasta que llegaron a la casa. Minutos después, el coronel detuvo el coche frente a una cabaña de madera con aspecto de ser vieja, pero sólida. Se bajó del carruaje a la vez que Fenton y la observaron con ojo crítico.

—Parece robusta.

—Sí. —Stuart estuvo de acuerdo.

Fenton se volvió para ayudar a Megan y él hizo lo mismo con Violet.

Entonces, Megan cruzó una rápida mirada con Fenton y se dirigió hacia Violet, que se había quedado parada junto a los caballos sin saber qué hacer. Stuart estaba encargándose del equipaje que estaba atado en la parte trasera del vehículo, y Fenton de los animales que ya había desenganchado y que llevaba a un claro cercano lleno de hierba, donde pasarían la noche.

Megan llevaba dos bolsas, una con la comida y la bebida que habían adquirido esa mañana en la posada y que le dio a Violet.

—Ayúdame, por favor. Vamos a ver la cabaña por dentro. —No necesitaba su ayuda para llevar un par de bolsas, pero se le acababa de ocurrir que lo mejor era mantenerla ocupada para que no pensara demasiado en sus problemas.

Un rato después, entre los cuatro habían limpiado superficialmente

el interior, lo justo para no llenarse de polvo al sentarse en una silla o cuando comieran en la mesa. Stuart incluso había barrido el suelo con una escoba que había fabricado con unas cuantas ramas y hojas, que había cortado con su navaja; Fenton y Megan habían llevado sus cosas a una de las dos habitaciones, pero cuando estaban dentro, le susurró:

—Voy a preguntarle a Violet si quiere que duerma con ella. —Fenton dejó sus alforjas y la bolsa de Megan en el suelo y echó su capa sobre el desnudo colchón sobre el que dormirían. Cuando terminó, se giró para mirarla.

—¿Por qué? Stuart dormirá en la sala y la habitación de ella está pegada a esta. Vamos a estar más cerca que en la posada. —Lo observó fijamente.

—¿Te molestaría si durmiera con ella? —Su cara de preocupación lo enterneció y se acercó, colocando las manos en su cintura.

—Si le pasa algo durante la noche, puede venir a buscarte cuando quiera o hablar con Stuart… ¿Sabes por qué no quiero que duermas con ella? Porque ya no soporto pensar en dormir separado de ti ni una noche, ni siquiera unas horas —recorrió su rostro con la mirada—, pero también pienso que he tenido mucha suerte al haber encontrado a una mujer con un corazón tan grande como el tuyo. Soy un cabrón con suerte. —Sonrió con cara de pillo, enamorándola aún más—. Haz lo que quieras, cariño. Si quieres dormir con ella, no diré nada.

Megan ahuecó su mano sobre su nuca, presionando ligeramente para que se agachara, poniéndolo a su altura y, cuando tuvo sus labios a su alcance dijo:

—Yo tampoco quiero que durmamos separados —su sonrisa y sus ojos le prometieron una vida entera de felicidad—, pero quiero hablar con ella y contarle lo de Lilith y para eso tenemos que estar a solas. —Apretó los labios en una fina línea—. Lo he pensado mucho y no me siento bien callando algo tan grave. Es demasiado importante y tiene derecho a saberlo —Fenton suspiró.

—No puedo negar que tienes razón. La he observado en estos dos días y no es una chica frágil, aunque por su apariencia pueda parecerlo; al contrario, transmite una extraña fortaleza cuando la conoces mejor —aseguró.

—Ya te lo había dicho, es algo tímida. Nada más.

—Pues me temo que Stuart y ella se habrán aburrido bastante durante el viaje. Él también es muy callado. —Megan sonrió, divertida.

—Con lo inteligente que eres en ocasiones… —Ladeó la cabeza mirándolo como si fuera un espécimen digno de estudio y él entornó los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo creo que estaban encantados por haberse quedado a solas.

—Fenton agrandó los ojos, sorprendido. Casi enseguida, volvió a sonreír.

—Eso demuestra que el amor afecta negativamente a la inteligencia; si no estuviera tan loco por ti, no se me habría pasado algo así —afirmó con una total desvergüenza, sabiendo que la haría reír. Megan le dio un ligero cachete en el brazo después de soltar una carcajada y se volvió hacia la puerta.

—Voy a contárselo ahora. Le diré que venga para tener un poco de intimidad.

—Mientras, nosotros iremos poniendo la mesa. —Le recompensó con un beso corto por su comprensión, con el que le prometió todo lo que en ese momento no podía decirle con palabras y Fenton, con una última mirada ardiente, salió en silencio. Ella lo siguió hasta el umbral. Violet estaba limpiando las sillas con un pañuelo cuando la llamó.

—¿Puedes venir un momento?

Stuart no estaba a la vista, seguramente había ido a por agua, había dicho que él se encargaría de traerla.

Cuando Violet entró, Megan cerró la puerta y le sugirió que se sentara sobre la cama, cubierta por la capa de Fenton. De repente, al mirarla de cerca, Megan se dio cuenta de algo.

—¡Los postizos! ¡Se me habían olvidado! —Ella sabía muy bien lo incómodos que era llevarlos durante tantas horas—. Perdóname, ¿cómo no me lo has recordado?

—Creía que no podía quitármelos hasta mañana.

—Y así era, pero esto es muy solitario. Imagino que te gustaría tener la cara limpia al menos por unas horas.

—Sí, ¡por favor! —suplicó. Megan comenzó a retirárselos enseguida, con cuidado de no destrozarlos para que sirvieran para el día siguiente—. Cógelos un momento. Ahora buscaremos dónde dejarlos hasta mañana, para que no se manchen. —Llevaba bastante tiempo moldear el material para que cubriera bien la nariz o las mejillas y por eso prefería aprovechar los que ya estaban hechos, a pesar de que tenía material guardado por si necesitaban más. Luego, buscó en las alforjas de Fenton y encontró un pañuelo limpio y lo bastante grande como para envolver los falsos trozos de piel. Violet se levantó deseando quitarse los restos del maquillaje.

—Voy a lavarme la cara. Stuart ya habrá traído el agua. —Megan la sujetó suavemente por la muñeca.

—Espera —susurró—. Solo será un momento. —Se sentaron juntas; Violet la observaba extrañada y Megan le confesó—: Hay algo que no te he dicho y que debes saber.

—¿El qué? ¿Algo sobre mi familia? ¿Sabes quiénes son?

—No, ya te dije que no sé nada. Ojalá lo supiera… —vaciló durante

un instante, pero no tenía más remedio que decírselo—. Violet, te secuestraron siendo pequeña con un objetivo. Cuando te conté quién era en tu habitación de Dublín, no te lo dije todo; me pareció demasiado para que pudieras asimilarlo de una vez y decidí esperar a que te encontraras mejor.

—Dímelo ya. —Estaba empezando a asustarse—. Prefiero saberlo.

Megan inspiró hondo y se lo dijo:

—El motivo por el que te secuestraron es porque Sanderson quiere que Lilith vuelva a reencarnarse y necesita… una… vampira para hacerlo. —Violet la miró horrorizada.

—¿Quieres decir… —jadeó, casi sin poder respirar —… que quiere utilizar mi cuerpo para eso?

—Me temo que sí —confesó, sintiéndose culpable.

Violet se levantó y dio un par de pasos en dirección a la puerta, pero luego volvió. Parecía no saber a dónde ir ni qué hacer. Megan se levantó y la abrazó, y Violet, apoyada en ella, rompió a llorar.

—Lo siento, cariño —musitó.

—Tú no tienes la culpa. Has sido muy buena conmigo, no sé qué hubiera hecho sin ti. —Hipó, angustiada.

—Por esto no te lo había dicho, temía que fuera demasiado para ti.

—Lo entiendo, pero te agradezco que hayas sido sincera conmigo. —Se irguió, limpiándose las lágrimas. Estaba tan triste, que Megan se ofreció a acompañarla.

—¿Quieres que duerma contigo esta noche? —Pero Violet se negó enseguida.

—No, no es necesario. Estaré bien. —Se rascó la mejilla y retiró algo de su rostro que parecía un trozo de piel, como si se le estuviera despellejando la cara; era el material con el que Megan le había pegado la nariz, las mejillas y las ojeras falsas. Era tan absurdo que la hizo reír—. Tengo la sensación de que si no me lavo la cara, empezará a caérseme a trozos. —Dio un paso hacia la puerta, pero Megan la sujetó, preocupada. Violet se inclinó y la besó en la mejilla—. Estoy bien, de verdad —mentía, por supuesto, pero no consentiría que Fenton y ella no durmieran juntos por su culpa. Cualquiera podía ver cuánto se querían y ya habían hecho, ellos y Stuart, bastante por ella.

Salió del dormitorio y casi se tropieza con el cubo de agua que Stuart había dejado para ellas en la puerta. Lo metió dentro y volvió a cerrar. Megan observó el cubo con el mismo gesto de deseo que la muchacha.

—Ese hombre vale su peso en oro. Te lo juro —Violet asintió con una sonrisa; después de las largas horas que había pasado con él en el pescante, era la primera en reconocer su valía.

Aunque ninguna de las dos pudo cambiarse de ropa, gracias al agua fresca y limpia pudieron asearse y salieron de la habitación

sintiéndose mucho mejor; además, se encontraron la mesa limpia y llena de la comida que habían traído de la posada y la chimenea encendida. Fenton hizo un gesto hacia los manjares que esperaban: carne fría, queso, pan y cerveza.

—A cenar —ordenó. Stuart se encargó de llenar los vasos de todos, sin hacer caso a las mujeres que objetaban que no habían bebido cerveza nunca. Fenton les explicó por qué tanto él como Stuart creían que era preferible que todos bebieran cerveza.

—El agua que hemos encontrado parece potable, pero prefiero que no la bebamos si no es necesario; afortunadamente, hemos traído dos botellas de cerveza. —Sonrió orgulloso como si hubiera sido sumamente inteligente por haberlas comprado. Megan ocultó una sonrisa boba para que no la vieran babear descaradamente y levantó su vaso.

—Propongo un brindis. —Ya habían empezado a comer, pero cogieron sus vasos cuando la escucharon—. Por vosotros —se dirigía a Fenton y a Stuart que se miraron entre sí, sorprendidos—. Si no hubierais ido a buscarnos, estoy segura de que no habríamos podido salir de allí.

Violet se unió a ella:

—Es verdad. Muchas gracias. —De repente, se volvió hacia ella—. Pero, sobre todo, te estoy muy agradecida a ti, Megan; creo que eres la persona más valiente que he conocido. Te debo la vida y no lo olvidaré nunca, te lo prometo. —Megan pestañeó repetidamente y Violet dijo—: ¡Salud a todos! —Después, continuaron comiendo.

Como Fenton se hizo cargo de la conversación y comenzó a relatar todas las travesuras que él y su hermano Gale habían cometido cuando eran pequeños, la cena transcurrió entre risas y camaradería. Incluso el habitualmente serio Stuart, reía continuamente igual que Megan y Violet, escuchando al menor de los Strongbow. Cuando terminaron, satisfechos por la comida, relajados por la risa y la buena compañía, y agotados por el viaje, guardaron las sobras para el día siguiente y se retiraron a dormir. Fenton y Megan iban a dormir en la habitación que estaba junto a la entrada y Violet en la más cercana a la chimenea. En el suelo de la sala, junto a la puerta de la habitación donde ella dormiría, Stuart estaba preparando su cama cuando Violet le dio las buenas noches; él debió de leer algo en su rostro porque le susurró:

—No te preocupes por mí. Cuando estaba en el ejército, dormí en peores sitios.

—Buenas noches —susurró. Sin atreverse a proponerle lo que se le había ocurrido, entró en su habitación.

Megan y Fenton escucharon perfectamente su conversación a pesar de que habían hablado en voz baja, pero las paredes eran tan finas que se oía todo. Estaban tumbados de costado, la espalda de ella contra el

pecho de él. Había apoyado la barbilla en el hombro femenino, su brazo rodeaba la cintura de Megan y su mano reposaba sobre su vientre.

—¿Qué va a ocurrir cuando lleguemos? —le preguntó. Conociéndolo, seguramente ya lo tendría todo planeado.

—Nos quedaremos un día o dos en casa de Kirby y después, cuando sea seguro, viajaremos en tren a Dublín; así despistaremos a los agentes de *La Hermandad,* si es que hay alguno por esta zona. Tenemos que hablar con Killian lo antes posible y contarle todo lo que has descubierto, ¿te das cuenta de que llevamos años intentando descubrir quién era *el Maestro* y que tú, en unos pocos meses, has descubierto la verdad? —Megan giró la cabeza para mirarlo con un resoplido.

—Ha sido cuestión de suerte y tú lo sabes —se justificó—. El plan me parece bien, pero me preocupa Violet. Le he prometido que no la dejaríamos sola.

—Lo sé, cariño, y no lo haremos. Puede vivir con nosotros hasta que encontremos un lugar adecuado para ella.

—¿De verdad? —preguntó, con la cabeza vuelta hacia él. Estaba maravillada por su deferencia con Violet y también porque hablara con tanta naturalidad de su nueva vida juntos.

—Claro —aseguró, extrañado de que lo dudara—. Sé que os habéis hecho buenas amigas y no quiero que sufras pensando en su futuro. Te dije que mi intención es hacerte feliz y lo dije en serio —aseguró. Ella acercó su rostro al suyo para poder darle un beso en la boca, pero se apartó antes de que ambos se apasionaran demasiado; entrelazando los dedos de su mano izquierda con los de él, se disculpó:

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Porque no vayamos a hacer el amor. —Cuando habían empezado a besarse, unos minutos antes, le había dicho que no quería hacerlo porque Stuart y Violet podrían oírlo todo.

—Tenemos toda una vida para nosotros. Puedo esperar. —Depositó un dulce beso en su mejilla y volvió a recostarse sobre la almohada—. Duérmete, querida.

Había pasado poco más de una hora desde que se habían ido a la cama cuando Violet, sofocada y cansada de dar vueltas en la cama, se sentó en el colchón cubierto con su abrigo y apoyó las plantas de los pies en el suelo de madera; con un suspiro, se pasó las manos por la cara frotándose los ojos, que le ardían por el sueño y el cansancio. Escuchó unos toques suaves en la puerta y se quedó rígida, pero se tranquilizó al escuchar la voz de Stuart.

—¿Puedo pasar? —murmuró. Estaba demasiado cansada como para levantarse y se quedó sentada en la cama mientras contestaba:

—Sí.

Entró sin hacer ningún ruido, cerró la puerta y se quedó observándola en la oscuridad, aunque ambos podían verse con claridad. Era uno de los dones de su especie.

—¿Qué te pasa? ¿No puedes dormir? —Ella creía que no había hecho ningún ruido, pero era evidente que no era así.

—No, y no sé por qué —contestó, encogiéndose de hombros. Stuart se acercó hasta que sus pies descalzos rozaron los suyos. Solo llevaba los pantalones y estaba segura de que se los había puesto en atención a ella.

—¿Megan ha hablado contigo? —ella asintió, apartando la mirada—. Puede que hubiera sido mejor no decírtelo… —Se calló el resto de la frase cuando ella lo miró enfadada.

—¡No te atrevas a criticar a Megan! Lo ha hecho pensando en mí. —Stuart se inclinó sobre ella y la cogió suavemente por la barbilla.

—Mírame. —Esperó pacientemente a que lo hiciera—. Jamás la criticaría. ¿Todavía me conoces tan poco? Considero a Megan una excelente persona y, además, le tengo mucho cariño. Lo único que quería decir es que puede que ahora no fuera el momento más adecuado para contártelo.

—¿Y cuándo hubiera sido mejor? —La desesperanza que rezumaba en su voz hizo crecer el afán de protección que Stuart sentía hacia ella; pero lo primero era lo primero, tenía que descansar.

—No pienses ahora en eso y duérmete. Aquí estás segura, tendrían que matarme para poder llegar hasta ti. —Ella pareció horrorizada por su sugerencia.

—No puedo dormir sabiendo que tú estás ahí… en el suelo como si fueras un animal —aseguró—… si quieres… —la miraba sin entender y se sorprendió al ver que enrojecía, pero no se arredró— puedes dormir aquí, conmigo —susurró—. Además, así me sentiría más segura. —Stuart se quedó boquiabierto, aunque consiguió reaccionar y aceptó con un murmullo.

Violet se tumbó, alejándose al otro costado de la cama para dejarle espacio y levantando la manta que los taparía a los dos. Stuart se acostó a su lado, bocarriba, y se tapó los ojos con el brazo izquierdo intentando refrenar sus colmillos, que pugnaban por salir de sus fundas. El latigazo de deseo que había sentido cuando lo había invitado a dormir a su lado, lo había estremecido. Ella lo observaba tumbada de costado y preguntó de forma inocente:

—¿Estás cómodo?

—Sí, sí. Perfectamente. Duérmete —ordenó, intentando olvidar que estaba a unos centímetros de distancia. Violet cerró los ojos; pero porque quería entender la sensación de bienestar que la había invadido de repente.

Durante el viaje se había sentido bien al lado de Stuart, pero solo ahora, en la oscuridad y el silencio de la noche, fue consciente de que todos los temores que siempre la acompañaban, habían desaparecido con su presencia. Agradecida y tranquila, susurró:

—Buenas noches —fueron sus últimas palabras antes de dormirse con un suspiro de placer.

Él permaneció despierto toda la noche, alerta a cualquier ruido que indicara la presencia de un desconocido. Si dependía de él, jamás permitiría que nada ni nadie volviera a dañarla.

Capítulo 13

Killian saludó a los gemelos antes de entrar en el club y se dirigió directamente a la sala de reuniones de la biblioteca. Se extrañó al ver que algunos operarios estaban retirando los muebles del comedor, bajándolos al sótano del edificio, pero siguió andando por el pasillo. Había llegado antes de la hora para poder hablar a solas con Cian y Devan y pensaba aprovechar el tiempo. Los encontró de pie, estudiando unos planos, ambos inclinados sobre la mesa, pero cada uno a un lado. Cuando entró, unos ojos azules y otros marrones lo observaron con idéntica cordialidad, aunque Cian sonrió antes que Devan, algo que no era lo habitual. Se acercó a ellos.

—¿Qué es eso? —Señaló los planos arquitectónicos, aunque en cuanto hizo la pregunta, recordó—. ¡Es verdad, la obra! Lo había olvidado. —Cian llevaba semanas entusiasmado con los planes de reforma del club.

—Sí —reconoció Cian enrollando los dibujos—, por fin hemos empezado. Estábamos viendo algunas cosas que queremos cambiar en el comedor y para eso el arquitecto tiene que modificar los planos con nuestras especificaciones; claro que primero tenemos que transmitírselas y eso es sumamente complicado si no puedes hablar con él —repitió por enésima vez.

Devan puso los ojos en blanco, pero no hizo ningún comentario; cuando Cian se ponía así, era mejor no decir nada. Normalmente, bastaba con dejarle rezongar un ratito para que se le pasara. Aprovechó para estrechar amistosamente la mano a Killian.

—¿Cómo se lo ha tomado Kirby? —La noche anterior les había enseñado la carta de Dixon, pidiéndoles que hablaran con sus contactos y que lo avisaran si oían cualquier cosa sobre las dos mujeres.

—Todavía tiene que asimilarlo. Me hubiera gustado poder quedarme un par de días en su casa, acompañándolo a él y a Kristel, pero tenía que volver cuanto antes para poner en marcha la búsqueda. —Los miró alternativamente—. ¿Hablasteis con vuestros contactos?

Cian contestó con voz seria:

—Sí, después de que te marcharas, fuimos a ver a un par de

informantes de confianza. Les contamos una historia de que las busco porque una de ellas es la hija de unos amigos. Pero sigo pensando que sería una locura que vinieran a Dublín, sobre todo si el camino está plagado de patrullas de *La Hermandad.* —Se sentaron alrededor de la mesa.

—Puede que tengas razón, pero no podemos arriesgarnos. —Killian sacudió la cabeza—. Tenemos que hablar de algunas cosas más, por eso he venido antes. —Miró a Devan—. ¿Has pensado en la propuesta que te hice? —Devan miró a Cian con una ceja arqueada y su amigo contestó con una risita:

—A mí no me mires. Yo no quiero que te vayas, ya te lo dije, pero entendería que lo hicieras. Es una gran oportunidad. —Devan asintió en silencio. Desde el momento en el que Killian se lo había ofrecido, sabía cuál iba a ser su respuesta. Aunque Cian tenía razón y era una oportunidad excepcional, ese trabajo solo lo alejaría más de ella y ahora mismo no quería hacerlo.

—Lo siento, pero no puedo aceptar —confesó, pero Killian no se conformó con una explicación tan escueta.

—¿Por qué no? Si es por el sueldo… —Devan levantó la mano para que no siguiera hablando.

—El sueldo es muy generoso. No es por el dinero, ni por el trabajo. Como ha dicho Cian, es una gran oportunidad, pero no quiero marcharme tan lejos. —Killian movió la cabeza y miró a Cian acusadoramente.

—Habla tú con él. Convéncelo.

—No.

—¿A ti sí te ha dicho por qué no quiere aceptar?

—Ni siquiera lo hemos hablado. —Devan los miraba con una sonrisa burlona al ver que hablaban de él como si no estuviera delante. Decidió terminar con aquello, el tiempo pasaba y Killian tenía razón, debían hablar sobre algo más.

—Por cierto, nosotros también tenemos que decirte algo —comenzó. Cian asintió con la cabeza para que continuara—. Como te dijimos ayer cuando leímos la carta, Sanderson era el apellido de un bibliotecario que estuvo trabajando aquí durante un tiempo. —Devan se levantó y le dijo a Cian—: Continúa tú, me he dejado el registro en el despacho. —Salió, mientras su jefe seguía explicándole a Killian lo que habían descubierto.

—Hemos confirmado lo que recordábamos, que el señor Sanderson, nuestro antiguo bibliotecario, no tenía familia. Ni siquiera un triste primo lejano.

—Entiendo.

—Hemos consultado la copia del Registro Civil que hay en la biblioteca y, poco después de morir, de la nada apareció un sobrino

suyo que heredó todas sus propiedades. —Killian enarcó las cejas, atónito.

—Es imposible, ¿cómo consiguió hacerse pasar por su sobrino?

—Eso no lo sé. Y no tengo forma de comprobarlo.

Devan volvió con el libro del registro que custodiaban en la biblioteca y Killian lo estuvo comprobando durante varios minutos. Cuando levantó la mirada, dictaminó:

—Tuvo que falsificar la documentación.

—Eso nos hemos imaginado —corroboró Devan. Killian cogió el libro y, cerrándolo cuidadosamente, preguntó:

—¿Puedo llevármelo? Quiero llegar al fondo de todo esto.

—Por supuesto.

Después, insistió, mirando a Devan:

—¿Estás seguro de que no quieres aceptar? —Cuando Killian quería algo, era como un perro de presa, pero Devan simplemente le dijo:

—Antes de seguir hablando sobre esto, ¿por qué no esperamos a saber si el nuevo propietario del club quiere venderlo? ¿Has podido averiguar algo sobre sus orígenes? —Killian accedió. Si seguía insistiendo solo conseguiría discutir con Devan.

—Sí. Burke me envió una nota como respuesta a la mía. Al parecer, conoce a uno de sus hermanos, un tal Storm y asegura que la familia es de fiar. —Tanto Cian como Devan lo miraron a punto de reír a carcajadas; hasta Killian sonrió después de escucharse a sí mismo—. Lo sé, lo sé. Yo también me reí cuando me dijeron los nombres de los dos hermanos: Snow y Storm Black.

—No cabe duda de que sus padres tenían sentido del humor —apuntó Devan, terminando de relajar el ambiente—. Mira, Killian, sabes que te ayudaré en lo que pueda… —suspiró, claudicando—. Si no encuentras a nadie más, iré a dirigir ese club durante un tiempo, si finalmente te haces con él. Pero solo hasta que encuentres un director adecuado —ofreció, aunque era algo que no había pensado hacer.

—De acuerdo —aceptó—. Espero que el señor Black entre pronto en razón y no nos haga perder el tiempo. —A Cian le hizo gracia su inocencia.

—Si como parece, es un jugador profesional al que solo le mueve el dinero, te lo venderá a cambio de un precio desorbitado, pero lo hará. —Se encogió de hombros con una sonrisa recordando la sensación de alegría que él sintió cuando se vio, gracias a un golpe parecido de fortuna, como dueño del famoso Enigma de Dublín—. No puedo evitar ponerme un poco de parte del señor Black, porque yo también me hice con el club de manera fortuita y me costó conseguir que me aceptaran como dueño de un Enigma; hasta ese momento a estos clubes solo habían podido acceder los nobles o los miembros más importantes de la sociedad —aseguró—. Tardé algo de tiempo, pero al final conseguí

que todos aceptaran que era el legítimo dueño del club.

—Tu caso era distinto —aseguró Killian—. Estabas ilusionado y lleno de ideas para modernizar el local… en cuanto te conocí, supe que serías el mejor dueño que el Enigma de nuestra ciudad podría tener; si no hubiera sido así, también habría intentado comprártelo.

—Yo no veo la diferencia —contestó Cian.

—Yo sí. El señor Black es un nómada que no desea establecerse en ningún sitio o al menos eso parece, por la vida que ha llevado hasta este momento; además, tú no ganaste el Enigma en una partida de cartas. —La sonrisa burlona de Cian hizo que Killian entornara los ojos y se preguntara si lo que había creído durante hacía años no era cierto, pero antes de que pudiera preguntarle nada, uno de los gemelos llamó a la puerta y la abrió lo suficiente para asomar la cabeza.

—¿Qué pasa, Al?

—Ya está aquí.

—Dile que entre —ordenó.

El vampiro que apareció ante ellos, vestido con elegancia, era alto y musculoso, moreno y sus ojos resultaban intensamente negros. Inconscientemente, Killian y Devan, después de verlo miraron a Cian, porque eran tan parecidos que podrían haber sido familia, aunque el gesto del invitado era más serio que el del dueño del club. Los tres amigos se levantaron para presentarse y Cian le ofreció la silla que había frente a él, al otro lado de la mesa; sentía gran curiosidad por ver cómo reaccionaría al escuchar la oferta de Killian y su respuesta. Black se reclinó poniéndose cómodo en la silla como si estuviera en la casa de algún amigo y los contempló, uno a uno, con la misma sonrisa descarada hasta llegar a Killian.

—Juez Gallagher, usted pidió esta reunión —el cerrado y fuerte acento escocés que destilaban sus palabras, los sorprendió cuando empezó a hablar.

—Sí, veo que es usted directo. Me alegro porque a mí tampoco me gusta perder el tiempo. —La sonrisa del visitante se amplió y le dio mala espina a Cian que decidió intervenir, intentando echar una mano a Killian.

—¿Un *whisky*? —Los ojos negros de Snow Black se volvieron hacia él.

—Por supuesto. Nunca digo que no a un buen *whisky*. —Aceptó el vaso y esperó a que todos tuvieran uno igual en la mano antes de probarlo, aunque el único que bebió con él fue Cian. Los otros dos vampiros lo dejaron en la mesa, ante ellos, sin dejar de observar al visitante en silencio. Snow disfrutó haciéndolos esperar ya que, en cuanto el juez Gallagher le propuso aquella reunión, supo lo que quería.

—Señor Black, iré al grano…

Snow lo interrumpió:

—Si me sigue llamando así, me temo que no me daré por aludido. El único señor Black que conozco es mi padre. —Su sonrisa ahora parecía más sincera y Cian agachó la cabeza durante un momento para ocultar la suya—. Prefiero que me llaméis Snow. —Hizo un gesto con la mano para incluir a todos en su petición.

—Entonces, Snow. —Killian no era tonto y también se había dado cuenta de que el visitante se lo estaba pasando demasiado bien; incluso era posible que se hubiera equivocado con él, pero tenía que asegurarse—. He investigado un poco sobre ti y sé que has estado viviendo en Francia, España e Italia hasta el año pasado. Es lógico pensar que no estás interesado en establecerte y dirigir el club. ¿Te interesaría venderlo?

—¿Te refieres al club Enigma? —puntualizó el otro, aparentando seriedad. Killian entornó los ojos momentáneamente, pero su voz siguió siendo igual de educada.

—Por supuesto. Si estás interesado, no tienes más que decir la cifra que crees que vale.

—Mmmm… —Snow pareció pensárselo durante unos segundos—. No sé… creo que si lo ofreciera en subasta, ganaría más.

—No quieres vender —afirmó, sorprendido. El juez se echó hacia atrás en la silla y se quedó observándolo con atención, con los ojos entornados, y provocando que la sonrisa burlona de Snow Black desapareciera completamente.

—No —confesó con un tono de voz muy diferente, totalmente serio.

Killian, a pesar de saber que no tenía ningún derecho a hacerlo, le preguntó:

—¿Por qué? —Snow no iba a confesar algo, que no le había dicho ni siquiera a su familia, a tres desconocidos por muy importantes o famosos que fueran y se encogió de hombros, con aparente indolencia.

—No lo sé. Puede que haya llegado el momento de establecerme. Estoy un poco cansado de partidas de cartas de madrugada y de todo lo que eso implica. Me apetece vivir de día. —Se mordió la lengua antes de seguir porque estaba confesando más de lo que quería. Los otros tres vampiros lo contemplaban con expresión inescrutable. Cian se decidió a hablar, creyendo reconocer el sentimiento que Black tenía, porque era lo mismo que había sentido él en su momento.

—Yo te entiendo —por su mirada supo que no se equivocaba, pero también de que ocultaba algo—, y tu deseo es de lo más respetable; pero déjame decirte que, dirigir un club como este, es más difícil de lo que parece.

Por primera vez, la máscara de Black cayó, y confesó:

—Lo imagino, pero estoy dispuesto a aprender y a trabajar tan duro

y tanto tiempo como sea necesario hasta conseguirlo.

Tanto Devan como Cian miraron a Killian, pero él no apartó los ojos del nuevo propietario del Enigma de Edimburgo; después, con los codos apoyados en la mesa, rodeó los nudillos de su mano derecha con la izquierda, apoyando la barbilla en ella; un gesto muy particular que solía adoptar cuando estaba pensando sobre algo. Así estuvo varios minutos sin dejar de observar a Snow Black que sintió cómo intentaba leerlo, pero se quedó inmóvil, sin quejarse. No había llegado a su edad siendo totalmente imbécil y prefería que ninguno de los tres lo consideraran como un enemigo, porque no lo era, aunque algunas veces le gustara jugar un poco. Killian debió ver algo en él que lo convenció, porque dijo:

—De acuerdo. Supongamos que te quedas con el club y que quieres gestionarlo tú mismo, ¿estás dispuesto a aceptar todas las obligaciones que implica la posesión de un club como este, no solo con los socios o con la sociedad en general, sino también con los otros clubs y, sobre todo, con el Consejo de Eruditos?

Snow contestó con expresión grave:

—Sí. —Sus siguientes palabras les sorprendieron aún más—. Soy consciente de la guerra que se está librando y podéis contar conmigo. —Había cosas que no les contaría porque pertenecían a su intimidad, pero quería ser sincero en todo lo demás—. Soy consciente de que tengo fama de ser un jugador contumaz al que no le importa nada más, pero os aseguro que, quedarme con el club, es una decisión muy meditada. —Y si quería que su sueño se realizara, los necesitaría; de modo que, al ver sus rostros de incredulidad, suspiró y confesó—: Cuando era niño mi padre nos llevó, a mis hermanos y a mí, al club Enigma de Edimburgo cuando estaba en su momento más floreciente; aquella visita me impresionó profundamente. Durante un tiempo dirigir uno de ellos fue casi una obsesión, leía todo lo que podía sobre los Enigmas y me imaginaba cómo lo dirigiría si alguna vez tenía uno, pero cuando me hice adulto —se encogió de hombros—, digamos que terminé por creer que poseer uno de ellos era imposible —sonrió—, pero nada lo es. Aunque todavía no lo me creo del todo. —Miró fijamente a Killian. Snow había dejado caer la máscara que llevaba habitualmente y el juez pudo leer la verdad en su rostro—. Sabía que querríais comprarlo y lo entiendo, pero no voy a vender; al contrario, he venido a pediros ayuda para conseguir que el Enigma de Edimburgo llegue a ser, algún día, igual de espléndido que este. —Señaló a su alrededor.

Todos lo miraban, asombrados y admirados a la vez, por su desvergüenza. Cian soltó una carcajada que relajó el ambiente.

—Será mejor que hablemos tranquilamente durante la comida. Creo que puedes llegar a caerme bien, Black. —Miró a Killian, pero

señalaba a Snow con el pulgar—. Este no va a ceder, te lo digo yo. Y lo sé porque me recuerda a mí hace años —aseguró, haciendo sonreír al juez.

—Ya me he dado cuenta —aseguró con aparente seriedad. Alargó la mano hacia Black para saludarlo formalmente—. Entonces, bienvenido al club, nunca mejor dicho. No sé si conseguirás tu propósito, pero tienes derecho a intentarlo. —Mientras que Snow estrechaba su mano, Cian le dio una fuerte palmada en la espalda.

—Antes de darte ninguna información quiero que me cuentes cómo conseguiste ganarle el club al tramposo de MacLeod, algo casi imposible; ese cabrón siempre se guarda varias cartas en la manga de la chaqueta. —Snow le lanzó una mirada apreciativa y Cian se carcajeó—. Yo también he jugado con él alguna vez.

—Esa noche también intentó hacerme trampas, pero le pillé.

—¿Y qué pasó?

—Tengo tanta hambre que me comería una vaca… si me dais de comer, os lo contaré todo —aseguró. Sonriendo, se levantaron para dirigirse al comedor. Devan y Snow se adelantaron hablando entre ellos y Cian se rezagó para decirle a Killian:

—No habrías podido hacer nada. No iba a aceptar de ninguna manera.

—Ya me he dado cuenta —contestó irónico, observando a su invitado marchar junto con Devan delante de ellos, antes de confesar —: Creía que solo era un vividor, un jugador que había tenido un golpe de suerte al que le encantaría sacar un provecho rápido de ello. Me ha sorprendido.

Cian también miraba cómo Devan lo acompañaba al reservado que tenían en el comedor y afirmó con una sonrisilla:

—A mí también me ha sorprendido y me parece que no va a ser la única vez porque, aunque ha sido sincero, no nos lo ha contado todo.

—Lo sé —confirmó Killian.

Después se dirigieron al comedor para sentarse junto a Devan y Snow que esperaban en la mesa del reservado.

~

AUNQUE MEGAN HABÍA INTENTADO mantenerse despierta, había terminado dormida en el regazo de Fenton y con la cabeza sobre su pecho. Él acababa de ver Cork a lo lejos; ya no quedarían más de diez minutos para entrar en la ciudad y, como mucho en quince, llegarían a la casa de Kirby. Había disfrutado con los movimientos involuntarios que hacía mientras dormía, sus tiernos suspiros y la delicada fragancia cítrica que desprendía; un olor que, no sabía por qué, le hacía sentir que había encontrado su hogar.

Aquel viaje había sido un inesperado regalo que guardaría siempre en su corazón, a pesar de los peligros que les acechaban. Recorrió con el índice una de sus cejas negras y bajó por el puente de su nariz hasta llegar a los labios, que nunca le parecía haber besado bastante. Cuando entraron en Cork, acarició su mejilla.

—Megan, cariño. —Sus ojos se movieron bajo los párpados cerrados, pero no los abrió—. Vamos, despierta. Estamos a punto de llegar. —Durante unos parpadeos pareció desorientada, hasta que sonrió.

—Me he dormido, aunque te había asegurado que no lo haría —su voz sonaba ronca.

—Y yo me alegro de que lo hayas hecho. Sé que estás cansada. —Megan se incorporó, sentándose frente a él y se arregló un poco el pelo imaginando que parecería una bruja.

—Ha sido mucho tiempo durmiendo mal por miedo a que me descubrieran. Ahora que me siento segura, me doy cuenta del miedo que he pasado. —Él se inclinó y le robó un beso rápido.

—¿Y eso? —preguntó, sonriente.

—Es que me gusta que te sientas segura a mi lado. —El coche se detuvo y Fenton se acercó a la ventana con la pistola preparada por si era necesario, pero al ver que Stuart se bajaba del pescante, salió para hablar con él.

—¿Ocurre algo? —El coronel movió la cabeza negativamente.

—No, todo va bien, pero no sé llegar a casa del juez.

—Es cierto, no te he explicado dónde está. Solo nos preocupaba llegar hasta aquí. —Estaban aparcados en un lado de una de las calles por las que se entraba en Cork. Fenton se quitó la chaqueta con decisión y se la dio a Megan que había bajado detrás de él—. Guárdamela, ¿quieres? —Luego, se volvió hacia Stuart—: Voy a conducir yo el tramo que queda hasta la casa de Kirby, será lo más rápido. Y, además de que esa chaqueta es demasiado estrecha para conducir, llamaré menos la atención si no voy tan elegante. —Stuart ayudó a bajar a Violet del pescante; la muchacha mantuvo las manos sobre los hombros del coronel unos segundos más de lo necesario y le dedicó una tímida sonrisa; luego, siguió a Megan al carruaje que se puso en marcha cuando se acomodaron.

—Imagino que estarás muy cansada.

—La verdad es que sí —Violet bostezó—, pero, a pesar de todo, este es el viaje más divertido que he hecho en mi vida.

—¿Sabes que eres sorprendente?

—¿Sí? —Pero no le preguntó por qué; aprovechó para preguntarle algo que la preocupaba desde hacía rato—: ¿De verdad crees que no habrá problema por quedarme unos días en casa de ese juez?

—Yo no lo conozco, pero Fenton sí y está seguro de que no le

importará y de que nos ayudará en todo lo que pueda. —Puso su mano sobre la de ella para darle un apretón tranquilizador—. Y ya te he dicho que no te dejaré sola hasta que encontremos un lugar donde estés a gusto. Viviremos juntas hasta entonces. —Violet le devolvió el apretón.

—Gracias. No sé qué habría hecho sin ti —aseguró. Megan miró por la ventana al notar que el carruaje empezaba a frenar.

—Debe de ser aquí.

Violet pegó la cabeza a la de su amiga y abrió la boca admirada al ver la imponente mansión gris ante la que se habían detenido.

Stuart las ayudó a salir del coche y las acompañó hasta la entrada de la casa mientras Fenton hablaba con el mayordomo, al que conocía, diciéndole que había venido con unos amigos y que querían ver a Kirby. Uno de los lacayos se llevó el coche y los cuatro se quedaron en la entrada junto a Alfred.

—El señor ha salido, pero la señora Richards está en casa —Fenton asintió, contento. Hablar con Kristel era lo mismo que hacerlo con Kirby.

—Nos gustaría verla, si es posible. —El mayordomo se inclinó con un murmullo.

—Por supuesto, pasen al saloncito mientras voy a avisarla, por favor. ¿A quién anuncio? —preguntó, discretamente. Fenton arrugó la frente mientras se decidía, pero, a pesar de que creía que la casa de Kirby era segura, nunca se sabía dónde habría un par de oídos de *La Hermandad* escuchando.

—Dile solo que he venido con unos amigos —Alfred asintió. Sabía que Kirby confiaba plenamente en Fenton.

—Síganme, por favor. —Abrió la puerta del salón, invitándoles a entrar con un gesto de la mano—. Aquí estarán más cómodos. —Pero casi no les dio tiempo a sentarse porque, solo un par de minutos después, Kristel apareció ante ellos. Fenton se acercó en dos zancadas hasta ella, preocupado al ver que estaba muy ruborizada y que respiraba agitadamente; pero ni siquiera lo miró, su mirada se fijaba alternativamente, entre Megan y Violet. La saludó con un beso en la mejilla y sujetó suavemente sus manos, intentando que lo mirara.

—¿Qué pasa? —preguntó, preocupado. Ella, sin contestar y muy nerviosa, se dirigió al sorprendidísimo mayordomo para decirle, con voz apremiante:

—Por favor, Alfred, que alguien vaya enseguida a los juzgados a buscar a mi marido y cierre la puerta al salir —el aludido asintió sin preguntar y obedeció rápidamente. Después, Kristel se disculpó con un murmullo, con las mejillas rojas, y se quedó mirando a Violet como si fuera uno de los pergaminos que tanto le gustaba estudiar. Fenton, cada vez más extrañado, preguntó:

—¿Qué te pasa, Kristel? —Ella sin dejar de observar a Violet, le dijo:

—¿No nos vas a presentar? —Era evidente que estaba pasando algo, pero decidió no insistir y le pidió a Megan que se acercara a ellos. Tanto ella como Violet se mantenían algo apartadas de ellos.

—Claro. Ven un momento, cariño. —Cuando la tuvo a su alcance, le cogió la mano y la besó con una sonrisa tranquilizadora; a continuación, dijo—: Kristel, te presento a Megan Campbell, mi prometida. —La aludida lo miró atónita, mientras escuchaba la felicitación de la dueña de la casa.

—Encantada de conocerte, Megan. Me alegro mucho por vosotros. Felicidades.

—Gracias. —Fue incapaz de decir nada más y Fenton, aparentemente inconsciente del terremoto que había provocado, presentó a Stuart a su anfitriona. El coronel se inclinó sobre la mano de Kristel dándole las gracias por su hospitalidad, y Fenton hizo la última presentación:

—Y esta es Violet, que gracias a Stuart ha aprendido a conducir un carruaje en este viaje. —Su broma sirvió para justificar que fuera vestida como un muchacho. Todos se habían dado cuenta de la intensidad con la que Kristel observaba a Violet desde el principio, y se le había ocurrido que sería por el disfraz.

Kristel se acercó a Violet con los ojos brillantes y le dio un beso en la mejilla igual que había hecho con Megan, pero su actitud fue muy diferente. Cogió la mano de la muchacha entre las suyas y su tono al hablarle fue muy cariñoso.

—Violet, bienvenida a tu casa. Espero que lleguemos a ser amigas. Imagino que te gustaría refrescarte y quitarte todo eso de encima —señaló sus enormes ropas—, parece bastante incómodo. —La repentina sonrisa de Violet iluminó su rostro.

—¡Me encantaría! No hemos podido lavarnos a fondo desde hace un par de días.

Kristel, dándose cuenta de su falta de educación, se volvió hacia Megan y se disculpó:

—Perdóname, por favor. Por supuesto, me refería a las dos. —Megan inclinó la cabeza, maravillada al comprobar la generosidad de la que ya le había hablado Fenton—. Alfred —Kristel llamó al mayordomo—, por favor, lleva a nuestros invitados a sus habitaciones y pon a su disposición todo lo que necesiten para estar cómodos.

—Acompáñenme, por favor.

Kristel se quedó de pie, intentando digerir lo que acababa de ocurrir, mientras oía a los inesperados visitantes hablar entre ellos camino de las escaleras, guiados por Alfred. Cinco minutos después, escuchó la puerta de la calle y la voz profunda de su marido

preguntando por ella. Después, sus enérgicos pasos acercándose por el pasillo.

Afortunadamente, Kirby había llegado.

Capítulo 14

No se escuchaba ni un solo ruido en la casa, ni siquiera por parte de los criados. Debido al malhumor de Sanderson que ya actuaba como dueño de todo, realizaban sus quehaceres en un silencio absoluto; ni un murmullo, ni el ruido de unos pasos se dejaban oír por los pasillos, pues ponían buen cuidado en que fuera así.

El culpable de provocar tanto terror estaba sentado en la biblioteca que se había apropiado, junto con toda su herencia, cuando se hizo pasar por el sobrino de Sanderson, el antiguo bibliotecario del club Enigma. De eso hacía varios años y todo había marchado según lo que había planeado, hasta ahora. Dejó el vaso de *whisky* vacío encima de la mesita baja que había junto a su sillón y se irguió con los ojos centelleando, al escuchar el timbre de la puerta. Su fino oído le ayudó a reconocer la voz, aunque el sonido llegaba débilmente desde la entrada, y se levantó con una sonrisa. Segundos después, una criada joven, con los ojos bajos le confirmó quién era:

—El señor Cormac Stone quiere verle, señor —murmuró.

—Quítate de en medio, no dejas entrar a mi amigo —ordenó y ella prácticamente salió corriendo, aunque le dio tiempo a ver por el rabillo del ojo, cómo los dos vampiros se fundían en un abrazo. Cuando se separaron, Sanderson mantuvo durante unos segundos a Cormac cogido por el cuello con la mano derecha, y lo sacudió ligeramente en un acto de cariño casi salvaje.

—¡Ya era hora de que vinieras a verme!, ¿qué es tan importante que te ha retenido durante tanto tiempo? —Cerró la puerta detrás de él. Cormac se sentó, sin preguntar, en el sillón que había junto al de su amigo. Señaló el botellón de *brandy*.

—Imagino que no pensarás beberte eso solo, ¿no? —Sanderson rio por lo bajo y cogió otro vaso y lo llenó, entregándoselo después. Cormac bebió enseguida, parecía sediento—. Buen licor —aprobó; luego, lo dejó sobre la mesa junto al de su anfitrión—. En cuanto a tu pregunta, como sabes, llevo varias semanas preparando la inauguración del nuevo *Columpio Rojo*.

—Creía que sería más fácil —protestó Sanderson.

—Y yo, pero la anterior dueña, además de tener un pésimo gusto

para los amantes, recuerda que estuvo con el dueño del Enigma —soltó con malicia y los dos rieron—. También lo derrochó en la decoración de su local. He tenido que tirar todos los muebles, algunas paredes y empezar de cero. Ahora es un lugar elegante en el que los miembros de nuestra especie podrán ir a disfrutar.

—¿Has tenido algún problema con los suministros?

—Ninguno. Cambiar nuestro centro de distribución al Puerto de Cobh fue una idea excelente. —El *Maestro* movió la cabeza, dudando, algo que se permitía hacer en presencia de muy pocas personas.

—No sé qué decirte. Ya te dije cuando supe que habían nombrado a Burke Kavannagh como director del puerto, que no me daba buena espina. Pero puede que tengas razón —confesó—. Espero que siga así. No nos podemos permitir más desastres como la desaparición de Violet. —Apretó la mandíbula, sintiendo que la furia recorría sus venas, igual que cuando se enteró de que la muchacha se había escapado junto con la vieja—. ¿Te dije que la criada vieja que la ayudó a huir era un agente de *La Brigada*? Jack y Curtis lo han sabido por un chivato —Cormac asintió en silencio.— Nunca me gustó esa vieja —masculló entre dientes— y tampoco la chica, pero tengo que reconocer que me pillaron desprevenido, no me esperaba algo así. Y después, el cabrón de Dixon se suicida en mis narices —masculló entre dientes, indignado con él por haberse atrevido a hacer algo semejante — y en el peor momento.

—Creía que era un cobarde.

—Y lo era —aseguró, con los ojos convertidos en un par de llamas rojas.

Cormac volvió a coger su vaso y paladeó un trago, pensando bien su contestación.

—Puede que lo fuera, pero utilizó la única arma que tenía a su alcance para hacerte todo el daño posible, su vida. Y, como muy bien has dicho, en el peor momento.

—Me temo que hizo más que eso. —Cormac lo miró, extrañado.

—¿A qué te refieres?

—Desde que ese imbécil se levantó la tapa de los sesos con mi propia pistola, he pensado mucho en su comportamiento de ese día. Justo antes de suicidarse, salió corriendo hacia un *pub* cercano con la excusa de que necesitaba beber justo cuando bajaba un carruaje por la calle, que tuvimos que esperar a que pasara; el coche tardó en pasar unos cinco segundos nada más, pero en ese tiempo no podíamos ver a Dixon porque el coche lo tapaba; cuando pasó, cruzamos la calle corriendo para cogerle y él no se resistió.

En ese momento estaba tan enfadado, que no lo pensé, pero al día siguiente, volví a ese lugar y estuve observando la calle donde ocurrió todo detenidamente, intentando encontrar un motivo por el que Dixon

querría perdernos de vista durante unos segundos.

—Es imposible hacer algo en tan poco tiempo. —*El Maestro* lo miró con una sonrisa irónica.

—Yo pensaba lo mismo, pero Dixon lo tenía todo planeado. ¿Sabes qué hay en el muro del *pub* al que se dirigía?

—Ni idea.

—Un buzón. —Cormac se quedó boquiabierto, pero enseguida negó con la cabeza.

—¿Y a quién iba a enviarle una carta? Desde luego, no a los de *La Brigada*… *todos* creían que era *el Maestro*.

—Hasta que uno de sus agentes se infiltró en mi casa y descubrió que *el Maestro* era yo y los planes que tenía para Violet. —Terminó de beberse el *whisky* y, después, con gesto iracundo lo lanzó contra la repisa de la chimenea donde se estrelló, fragmentándose en mil pedazos. Algo más tranquilo, continuó—: Tenemos que ponernos en lo peor y eso sería que le hubiera enviado la carta a la familia de la muchacha, diciéndole quién es en realidad. —Se encogió de hombros —. Y puede que también por qué la necesitamos.

—Si eso es así… es posible que tengamos que buscar otra —insinuó, entonces, Sanderson se levantó, irguiéndose en toda su estatura, con los ojos ardiendo.

—¡No! —Respiró hondo, intentando controlarse—. Alguno de los nuestros la encontrará, ya lo verás. Ahora mismo estamos vigilando la residencia del juez Gallagher y también el Club Enigma.

—Hay algo que no entiendo… cuando Violet y la criada desaparecieron, enviaste varias patrullas a buscarlas por los caminos… aunque la criada de verdad fuera una agente, ¿no te parece raro que se esfumaran con tanta facilidad?

—Creo que tuvieron ayuda. Gallagher debió de enviarles a alguien.

—Entiendo. Por cierto, ayer estuve en el Enigma, tal y como quedamos. —Sanderson le escuchaba atentamente—. Hablé con ellos y están dispuestos a todo. —*El Maestro* se encogió de hombros como si no le importara.

—Mejor. —Pero Cormac no era de la misma opinión.

—Tenemos que actuar con cuidado, Sen. —Él no le escuchaba.

—Estoy pensando que la ceremonia de nombramiento de los miembros del consejo, va a ser la más importante de la sociedad vampírica en décadas, ¿no crees?

—Imagino que sí.

—Y como van a nombrar a Kristel Richards, ese engendro como miembro, no faltará nadie de la familia. —Cormac se inclinó levemente hacia delante, con una sonrisa incipiente en su rostro.

—Sigues siendo el más listo de los tres. —Sanderson ya había empezado a hacer planes, cuando llamaron a la puerta. Sin moverse

del sitio, gritó:

—¡Pasa!

La criada de antes, asustada, susurró:

—Perdone, señor, pero han venido a verle Dugan O'Connor y Cathal O'Connor.

Cormac puso los ojos en blanco, imaginando lo que se avecinaba y se levantó, diciendo:

—Me voy. Volveré en otro momento. —Pero Sanderson levantó la palma de la mano para que no se moviera y el otro volvió a sentarse con un suspiro.

—Quédate donde estás, acabaré enseguida con ellos.

—Eso me temo —murmuró Cormac por lo bajo. A él nunca le había gustado mancharse las manos, era una de las cosas en las que él y Sen no coincidían.

Cuando los O'Connor entraron en la habitación, se inclinaron doblando la cintura profundamente, en señal de respeto, y la criada cerró la puerta silenciosamente; cuando se irguieron de nuevo vieron que *el Maestro* estaba de pie ante ellos con las manos a la espalda, y no parecía contento.

—Creo que no tienes lo que te pedí. —Cathal O'Connor temblaba ostensiblemente, incapaz de hablar y de sostenerle la mirada. Sanderson se dirigió a su padre—: Dugan, me aseguraste de que tu hijo me traería ese documento.

—Señor, os pido perdón. Ha hecho todo lo que ha podido, pero cuando estaba en la casa llegó Cameron Brooks. —Súbitamente, *el Maestro* perdió interés por el error cometido y una expresión demoníaca apareció en su rostro.

—¿Y qué quería el señor Brooks? —De nuevo se dirigió al joven de los O'Connor y este, que se había atrevido a levantar la vista, palideció al ver sus ojos. Se habían vuelto totalmente rojos y sus colmillos habían salido de sus fundas preparados para el ataque. Cathal se lamió los labios, aterrorizado, y contestó:

—Yo estaba intentando abrir la caja fuerte, tal como usted me ordenó, cuando entró él y me dijo que no podía hacerlo porque era de Nimué. —Sanderson arrugó la frente y se inclinó, amenazante, sobre el cuerpo de Cathal mucho más bajo y esmirriado que él y que parecía a punto de desmayarse.

—Sí, señor —insistió—, la verdad es que yo ya sabía que la casa es para mí, pero… —se mordió el labio muy nervioso— lo que no le había contado a usted es que lo que hay dentro de la casa es para ella. Lo que es muy injusto porque ni siquiera es familia de Cedric —comenzó a decir, pero su padre, temiendo que si no intervenía su hijo no saldría vivo de allí, lo abofeteó con fuerza y le ordenó:

—¡Silencio! —Cuando estuvo seguro de que su hijo no abriría más

la boca, se dirigió al *Maestro*—: Señor, le pido disculpas en su nombre. Mi hijo es un cobarde y bastante estúpido, pero todavía podrá serviros bien, permitidme que os recuerde momentos pasados… —Sanderson dio un respingo como si sus palabras le hubieran pillado desprevenido y, después de un largo minuto, ordenó:

—Marchaos antes de que me arrepienta.

Cuando desaparecieron se sentó en el sillón que había ocupado antes y Cormac aprovechó para servir un vaso de *whisky* a cada uno. Durante un rato estuvieron disfrutando del licor en silencio, hasta que dijo:

—Si te preguntas por qué he dejado que ese estúpido escapara sin castigo… —Cormac lo negó, intentando aparentar desinterés, pero él continuó hablando— el padre tiene algo de razón puesto que conseguimos capturar a Cedric Saint John gracias a su hijo. Quedó con su tío con la excusa de que tenía que contarle algo muy importante, y mis hombres acudieron a la cita en su lugar. —Después de una mirada al rostro asombrado de Cormac, continuó con una sonrisa irónica—. Y no te creas, que el cabrón resultó duro de pelar, a pesar de haberse dedicado durante toda su vida a los libros; Jack y Curtis lo torturaron durante días hasta que consiguieron que accediera a traducir los pergaminos, pero, cuando terminó, a pesar del dolor que debía sentir, no pudieron hacerle confesar si era cierto el rumor de que tenía un texto en su poder que podía acabar con Lilith.

—¿Sigues creyendo que existe semejante documento? —Todos habían oído el rumor, pero…—. Parece solo una leyenda más.

—No lo sé, pero no quiero arriesgarme. No voy a permitir que todo se derrumbe ahora que estamos a punto de conseguirlo.

—¿Y Saint John no dijo nada?

—Ni una palabra. Pero Dugan —señaló a la puerta por donde se acababan de marchar el padre y el hijo— era el marido de la hermana de Saint John, asegura que sí que lo tenía y que lo guardaba en su caja fuerte, por eso envié al inútil de su hijo a buscarlo. Pero es posible que su ineptitud, al final, sea beneficiosa para nosotros, mañana mandaré a varios hombres a buscarlo y, si además se encuentran con Cameron Brooks, les diré que me lo traigan. Así voy adelantando trabajo —declaró con una sonrisa inquietante—, mientras tanto, sigue con el contrabando, pero hazlo discretamente. No llames la atención y si algún agente de *La Brigada* se acerca por allí a meter las narices donde no le llaman, acaba con él y deshazte del cuerpo donde nadie lo encuentre.

—De acuerdo. Por cierto, cuando fui al Enigma, estaban reformándolo. Imagino que será porque van a realizar allí la ceremonia.

—Estupendo. El Enigma es sencillo de vigilar. Si todo ocurre allí,

volveremos a capturar a esa muchacha casi sin esfuerzo. —Después, se bebió el resto del *whisky* con una expresión de complacencia.

~

FENTON SE DUCHÓ lo más rápido que pudo y se puso la ropa de Kirby que Alfred le había traído. Con los mechones rubios, y todavía húmedos, rozándole los hombros, salió silenciosamente del dormitorio. Alfred le había instalado en uno que estaba apartado de los demás, después de que él mismo se lo pidiera en voz baja; cuando salió al pasillo se dirigió al de Megan a la que encontró con el pelo envuelto en una toalla a modo de turbante, y el cuerpo en una bata cálida. Estaba sentada sobre la cama y hacía esfuerzos para no dormirse, pero su mirada se iluminó al verlo. Él cerró la puerta suavemente y se acercó.

—Hola, preciosa. Pareces a punto de dormirte. —Se arrodilló a su lado y cogiendo sus manos, les dio la vuelta para besar sus palmas—. ¿No quieres echarte un poco?

—No. La criada me ha dicho que la cena será en un par de horas, estoy esperando a que me traigan otro vestido; el que me habían traído era demasiado grande. —Él rozó con los dedos las oscuras ojeras que tenía.

—Necesitas descansar. Cuando todo esto acabe, nos iremos a algún lugar donde no puedan encontrarnos y te obligaré a hacerlo. —La besó antes de levantarse—. Pero ahora tengo que dejarte. Kirby me ha enviado un mensaje y quiere que nos veamos a solas.

—Luego, cuando tengas un momento —le dijo, irónicamente, a pesar de su cara de sueño—, ¿podrías explicarme por qué has dicho que estamos prometidos? —Fenton tuvo el descaro de parecer sorprendido, cuando se volvió hacia ella a medio camino de la puerta —. En serio, ¿pensabas que no iba a decirte nada? —le preguntó.

—¿Estás enfadada de verdad? —Se acercó de nuevo, inclinándose para verle bien la cara—. ¿Por qué? —preguntó, extrañado.

—¿Cómo puedes preguntarlo? No, mejor, ¿cómo puedes no saberlo? —Se levantó. De golpe se le había pasado el amodorramiento producido por el cansancio y la ducha; Fenton se incorporó despacio mirándola con el ceño fruncido.

—Pues no, no lo sé. No entiendo que te enfades porque quiera que nos casemos. —Escuchó a la criada aproximarse, seguramente a traerle el vestido y la cogió por los hombros—. Megan, ahora no tenemos tiempo para esto. No quiero hacer esperar a Kirby después de que nos hayamos presentado cuatro personas en su casa sin avisar; quiero explicarle por qué estamos aquí cuanto antes, es lo menos que se merece. —Ella se arrepintió de su arranque de mal genio.

—Tienes razón. Vete —musitó formando un mohín en los labios que él besó con suavidad; luego, le mordisqueó el labio superior y ella terminó riendo, justo antes de que llamaran a la puerta. Fenton susurró:

—Te prometo que esta noche vendré a verte y te daré todas las explicaciones y te pediré todas las disculpas que necesites. Pero, para que te vayas haciendo a la idea lo he dicho porque es lo que siento. Porque te quiero.

Se marchó dejándola excitada, emocionada y deseando que llegara la noche.

Fenton bajó las escaleras tarareando y sintiéndose profundamente afortunado. Habían conseguido llegar a casa de Kirby sanos y salvos, a pesar de la persecución de los agentes de *La Hermandad,* y él se sentía completo por primera vez en su vida después de unirse a su velisha. Entró en la salita, donde Alfred le había dicho que estaban los dueños de la casa.

Kirby estaba hablando con Kristel, pero en cuanto vio a Fenton se acercó para saludarlo. Después de abrazarse, le dijo, visiblemente nervioso:

—Pasa, por favor. —Fenton lo hizo—. Siéntate.

Kirby volvió junto a su mujer y ambos se sentaron en uno de los sofás; Fenton se dejó caer en una de las sillas que había frente a ellos. Los miró, sin entender qué les pasaba.

—Kirby, si te ha molestado que nos hayamos presentado sin avisar… hay una buena razón… —Pero él meneó la cabeza y le alargó un par de hojas dobladas en cuatro.

—Léelas.

Fenton preguntó, antes de hacerlo:

—¿Qué es?

—Una carta que Killian recibió hace pocos días. Está escrita por Joel Dixon. —Agrandó los ojos, incrédulo, pensando que alguien se había vuelto loco. Puede que fuera él.

—¿En serio? —La pregunta era retórica y le salió sin pensar. No había más que ver la cara de ellos para saber que no se trataba de ninguna broma. Desdobló las hojas y comenzó a leer.

Kirby cogió la mano de su mujer y la llevó a su mejilla, como si su simple contacto lo consolara. El juez estaba conteniéndose y sus ojos dorados seguían secos, pero no sabía lo que ocurriría cuando volviera a ver, por fin, a su hermana. Los dos observaban cómo, los ojos oscuros de Fenton, recorrían velozmente las dos páginas; cuando terminó, dedicó unos segundos a observar cuidadosamente la firma.

—He visto suficientes documentos firmados por él como para saber que esta es su firma —susurró. Levantó la mirada hacia ellos—. Además, parte de lo que dice ya me lo había contado Megan, como

que él no es el verdadero *Maestro* y que tampoco es el padre de Violet, pero lo demás… —Levantó las dos hojas sujetándolas entre el pulgar y el índice mirándolos asombrado.

—A primera hora de la mañana he ido a ver a mi amigo Marcus, el policía. Después de unas cuantas indagaciones, me ha confirmado hace solo unos minutos que Joel Dixon murió hace un par de días en Tralee, cerca de una comisaría. —Fenton sintió que, si agrandaba más los ojos, se le saldrían de las órbitas.

—¿Cómo murió?

—De un disparo en la boca. —Al ver el gesto de incredulidad de Fenton, aclaró—: Creen que se disparó él mismo.

—O sea, que es cierto —susurró.

—Sí.

—¿Y crees que Violet es tu hermana?

—Las fechas coinciden y si no fuera cierto, no sé cómo iba a saber lo de la desaparición de Áurea. La policía siguió buscándola durante mucho tiempo y mis padres contrataron a varios detectives privados, pero nunca salió publicado en los periódicos. —Miró a su amigo intensamente a los ojos—. Fenton, tengo que verla, algo me dice que es Áurea y Kristel está segura de que sus ojos son iguales que los míos. —Fenton arrugó la frente, pensándolo.

—La verdad es que puede que sí lo sean —explicó por qué no podía asegurarlo—, pero ten en cuenta que siempre que la he visto ha estado disfrazada. Para poder huir, Megan la vistió como un muchacho y durante el viaje la hemos hecho pasar por un lacayo, incluso se ha sentado en el pescante con Stuart, que aparentaba ser el conductor. Megan es tan buena con el maquillaje que no sé muy bien cómo es en realidad, pero ahora que lo dices, tus ojos y los suyos se parecen mucho.

—Necesito verla. Si no hubiera sido por Kristel habría subido en cuanto he llegado a casa, pero ella me ha dicho que seguramente se asustaría.

—Y tiene razón… es un poco tímida. Pero también es valiente y decidida, lo he advertido mientras veníamos. —Fenton sonrió al darse cuenta de lo que significaba todo aquello—. ¡Felicidades, Kirby! ¡Es increíble! —La sonrisa de su amigo iluminó su rostro.

—Estoy deseando abrazarla. Voy a decirle a Alfred que le pida que baje y hablaremos los tres con ella. A ti te conoce…

Fenton lo interrumpió negando con la cabeza:

—Kirby, te entiendo, créeme, pero es mejor que Megan la avise antes. Se han hecho muy amigas.

—Siempre estaré en deuda con ella, contigo y con Stuart por traerla de vuelta.

—¿Tus padres lo saben?

—No. —La sonrisa de Kirby se esfumó—. Están de viaje, pero puede que sea mejor porque antes de decírselo tengo que estar seguro. No quiero que sufran otra decepción por mi culpa.

—Y conocer a toda la familia a la vez, puede que sea demasiado —intervino Kristel suavemente.

—¿Queréis que suba a decírselo a Megan?

—Sí, por favor, y llévate la carta para que la lea. Como ella ha conocido a Dixon estos meses puede que encuentre algo en su lectura que a nosotros se nos haya escapado.

—De acuerdo.

Subió corriendo y esta vez llamó a la puerta de Megan, entrando cuando lo autorizó. Una doncella estaba terminando de abrocharle el vestido. También la habían peinado y estaba preciosa. Le sonrió, mientras pasaba la mano por el brazo cubierto de terciopelo granate.

—Es precioso. Tengo que darle las gracias a Kristel por dejarme un vestido tan bonito.

La muchacha se retiró con un murmullo y Megan se quedó mirándolo. Se acercó, levantando ligeramente el ruedo del vestido con la mano, porque le estaba un poco largo.

—¿Fenton?

—Estás preciosa, cariño, pero te he traído algo que tienes que leer. Es una carta de Joel Dixon.

—¿Qué dices? ¿Cómo te has hecho con ella?

—Me la ha dado Kirby. Killian la recibió hace unos días. Siéntate primero, no sea que te caigas por la impresión.

Al ver que hablaba en serio, hizo lo que le decía. Se sentó en la cama, desplegó las hojas y comenzó a leer:

Al juez Kirby Gallagher:

Antes de nada, permítame que le explique ciertas cosas sobre mí, imprescindibles para que entienda lo que voy a contarle después.

Joel Dixon es mi nombre real y también es cierto que soy profesor de universidad desde hace casi un siglo, pero no soy el *Maestro*, ese solo ha sido un papel para el que alguien me contrató y que he tenido que representar durante más de veinte años. El que me empleó, me encontró en un antro de El Cairo, borracho y endeudado, después de dilapidar la fortuna que heredé de mis padres; me recogió y se encargó de mis deudas y de pagarme un hotel, ropa, comida y el viaje de vuelta a casa, apoyándome en todo, con una generosidad propia del familiar más cercano. Yo estaba tan desesperado y agradecido (aunque esto no es excusa para todo lo que he hecho desde entonces) que hubiera aceptado cualquier cosa que Sanderson, ese es el nombre con el que se presentó mi «benefactor», me pidiese.

Y lo que me pidió fue que me hiciera pasar por *el Maestro. Yo,* por entonces, jamás había oído hablar de *La Hermandad* o si lo había

hecho, vivía en mi mundo y para mí esa sociedad secreta no tenía ninguna importancia. No me imaginaba lo vital que sería en mi vida desde ese momento. Sanderson me instaló en una vivienda suntuosa, en la que viví desde entonces y consiguió, con sobornos o amenazas, eso no lo sé, que recuperara mi puesto como profesor en la universidad; yo había perdido mi trabajo después de presentarme borracho en clase, y Sanderson me advirtió de que no podía aparecer así en público nunca más, solo podía beber a escondidas por la noche en casa, que fue lo que empecé a hacer desde entonces. Como he escrito antes, estaba tan agradecido y aterrado por la posibilidad de volver a verme tirado en la calle como un vagabundo, que lo obedecí sin rechistar.

Poco tiempo después, puede que fuera un año más tarde, Sanderson apareció un día en la casa con un bebé en brazos. Era una niña a la que, desde entonces, hice pasar por mi hija, pero Violet no es mi hija; él se la robó a una familia y hasta hace poco no me he enterado de a qué padres les destrozó la vida, quitándoles un bebé de pocos meses. Sé, hace tiempo que usted es muy amigo del juez Kirby Richards y como conozco su dirección por la época en la que le di clase a Amélie, y he oído hablar largamente de su rectitud y honradez, he decidido enviarle esta carta a su casa.

Violet es hermana del juez Kirby Richards y espero que usted, como jefe de *La Brigada*, haga lo necesario para que pueda reunirse pronto con su familia. Es una muchacha encantadora y muy inteligente, aunque un poco callada, pero yo creo que su timidez está motivada por el hecho de que enseguida se dio cuenta de que algo raro pasaba en el que se suponía que era su hogar. Algo que no era normal.

Sanderson, desde que volvió con Violet, empezó a pasar temporadas más largas en la casa ya que quería controlar todo lo que concernía a la niña, aunque no entendí por qué hasta mucho más tarde. Por supuesto, sus órdenes salían de mi boca, ya que él siempre se ha hecho pasar por mi mayordomo. Por las noches me visitaba en el sótano si tenía nuevas órdenes que darme, donde yo solía beber a escondidas.

Una de esas noches, en lo que considero un descuido, me dijo que había elegido a Violet porque provenía de una familia con un linaje muy antiguo y cuyos miembros tenían una energía mental muy poderosa, él asegura que son psíquicos. Se ufanaba de que le había costado mucho encontrar a alguien así, pero que lo había hecho. Al parecer, la búsqueda de una niña con esas características había sido el motivo de sus frecuentes viajes por todo el mundo.

Cuando aparecieron los pergaminos de Cobh, descubrí que pensaba utilizar a Violet como «recipiente» para que Lilith pudiera reencarnarse. No sé cómo, pero Sanderson conocía parte de su contenido, aunque no el ritual completo, por eso los necesitaba.

Hace unos días hizo que se llevaran a Violet fuera de la ciudad, a una casa aislada en el campo por miedo a que, ahora que ha crecido, alguien descubra quién es ella realmente. Sé que la acompañaba una vieja criada, pero no sé cuántos secuaces de Sanderson iban con ellas porque no los vi marcharse. Todo se complicó hace tres días cuando él descubrió, no sé cómo, que la sirvienta que se había ido con ella es una espía de *La Brigada* y juró que la mataría con sus propias manos; y al día siguiente le llegó un mensaje de uno de sus agentes en el que le decía que Violet y la criada habían huido.

Yo le escribo desde esa casa donde hemos llegado hace pocas horas. Ha mandado todos los hombres que tiene a buscar por los caminos, pero espero y rezo para que no las encuentre, aunque sé que no parará de buscarla porque no puede permitirse perder a Violet. Recuérdelo, Killian, si consigue dar con ella, le ruego que la proteja; de otro modo, no sé qué atrocidades cometerá este monstruo con ella. Este es el principal motivo para escribirle esta carta. Pero recuerde que, aunque no conozco todas sus relaciones, a lo largo de los años he descubierto que *La Hermandad* tiene conexiones en casi todos los ámbitos de la sociedad, incluidos el policial y el Gobierno. Se sorprendería.

En cuanto a Sanderson, él cree que desciende del *Sumo Sacerdote* de Lilith, aunque no sé cómo se llamaba entonces. Sea quien sea en realidad, es un monstruo cruel y desalmado capaz de todo para conseguir lo que quiere.

Se me acaba el tiempo y temo que se me quedan muchas cosas por decir, pero no puedo arriesgarme a que me encuentren escribiendo esto. Por la mañana me van a llevar al pueblo a poner una denuncia por la desaparición de Violet, como si la hubieran secuestrado. Estoy retenido por Sanderson y varios de sus orangutanes en una casa cercana a Tralee y por sus continuas amenazas, tengo la certeza de que voy a morir. Se jacta de que va a matarme en cuanto deje de necesitarme y sé que, de una manera o de otra, este será mi último viaje y no me importa; hace tiempo que busco la forma de expiar, al menos en parte, los numerosos errores que he cometido a lo largo de mi vida. Lo mejor es que yo desaparezca; me da miedo que, en medio de la tortura a la que estoy seguro de que me someterán, les cuente cosas que puedan utilizar en contra de Violet, incluso que he enviado esta carta.

Al menos, espero que mi muerte sirva para algo y que ella pueda regresar junto a su familia y ser libre. Ojalá lo consiga. Díganle que lo siento.

Joel Dixon

Cuando Megan levantó la mirada parecía perpleja.

—No puede ser verdad. —Fenton respiró hondo.

—Al parecer, sí lo es.

—¿La hermana del juez Kirby fue secuestrada cuando era un bebé?

—Sí.

—No sabía nada.

—Yo sí, porque Killian me lo contó y Kirby acaba de confirmarme que nunca se hizo público.

Megan seguía releyendo algunas frases de la carta.

—Es que no me lo puedo creer. ¿Y hemos venido a la casa de su hermano? ¿Cuántas posibilidades había de que eso ocurriera?

—No lo sé. —Le quitó la carta de las manos y la dejó sobre la cama para que le prestara toda su atención—. Escúchame, cariño. Kirby está de acuerdo en que tú se lo cuentes, seguramente así será más fácil para ella. —Sorprendentemente, ella se negó.

—¿Qué? ¡No! —Movía enérgicamente la cabeza—. Ahora tiene a su familia. Que hable él con ella —murmuró—. No he hecho más que darle malas noticias desde que la he conocido…

—Pero ¿cómo puedes pensar algo así? Tú sola la has salvado de esos animales, y ella lo sabe. Pero puedes decir que no, si quieres. Kirby solo quiere que sea lo más fácil posible para ella. —Megan lo pensó durante unos minutos.

—Está bien. Pero antes dime si su hermano está contento, quiero estar segura de que es bienvenida a la familia.

—Él y Kristel están muy emocionados y los padres de Kirby, que todavía viven, se volverán locos cuando se enteren.

—Vale, voy a hablar con ella. —Respiró hondo y salió de la habitación.

Fenton iba a reunirse con sus anfitriones, pero, en el último momento, cambió de opinión y se dirigió a la habitación de Stuart. Había notado su conexión con Violet y estaba seguro de que se alegraría al saber que había encontrado a su verdadera familia. Minutos después los dos bajaban las escaleras en silencio, mientras Fenton se preguntaba por qué Stuart parecía más serio de lo habitual. Kirby se dirigió a Fenton en cuanto entró y él le dijo, imaginando lo que quería preguntarle.

—Megan todavía está con ella. Dales un poco más de tiempo.

—Hemos pedido té. ¿Queréis un poco? —Kristel intentaba distraer a su marido que no había dejado de pasear, nervioso, por la sala mientras les esperaba.

—Yo preferiría algo más fuerte —masculló Kirby, pero aceptó la taza que le alargó su mujer, sentándose a su lado. Un minuto después, la dejó sobre la mesita, volvió a levantarse y caminó hasta la ventana, donde se quedó mirando el tráfico que había por la calle. Fenton se sentó después de lanzar una mirada a Stuart que permanecía cerca de

la puerta de la sala, con las manos en los bolsillos.

Cuando escucharon los pasos de las dos mujeres bajando por las escaleras, Kristel y Fenton se levantaron y todos esperaron de pie.

A pesar de lo bellísima que estaba Megan vestida de rojo oscuro, color que contrastaba con sus ojos verdes y su pelo negro, las miradas de todos se dirigieron hacia Violet. Llevaba un vestido, prestado también por Kristel, de un suave tono vainilla que delineaba elegantemente su silueta y que, al ser más alta que la mujer de Kirby, le quedaba algo corto, lo que le hacía parecer más joven todavía de lo que era.

Era la primera vez que todos, excepto Megan, la veían a la luz del día con la cara lavada y sin los postizos y el maquillaje. Su belleza estaba perfectamente enmarcada por una larga mata de pelo castaño-dorado, que no le había dado tiempo a secar y cuyos rizos le llegaban hasta la cintura. Sus ojos dorados llenos de esperanza los recorrieron a todos hasta detenerse en Kirby, que se había quedado inmóvil. Tímidamente, Violet caminó en su dirección con la mirada fija en la suya, deteniéndose a pocos centímetros del juez; entonces, todos pudieron observar que los ojos de ambos eran iguales, aunque las pestañas de Violet eran un poco más largas que las de él. Ella intentó controlar el temblor de su voz al preguntar:

—¿Es cierto? ¿Eres mi hermano? —él asintió, mudo, pero cuando vio su sonrisa llena de felicidad, abrió los brazos y su hermana se echó en ellos.

—¡Has vuelto, por fin! ¡Gracias a Dios! —Apartándose, después de unos segundos de abrazarla con fuerza, el juez le echó el pelo hacia atrás para poder ver bien su rostro—. Nuestros padres están de viaje, pero volverán en un par de días y se volverán locos cuando te vean, cariño. Llevan demasiado tiempo esperando a que vuelvas, nunca perdieron la esperanza.

—¡No me puedo creer que tenga un hermano! ¡Y un padre y una madre! ¡Por fin tendré una familia normal! —gimió ella riendo y llorando a la vez.

—Bueno, yo no diría que somos una familia normal, pero entiendo lo que quieres decir —bromeó Kirby intentando controlar las lágrimas.

Era una escena tan íntima que Fenton miró a Megan y salieron de la habitación seguidos por Stuart. Kristel susurró algo al oído de su marido y, después de que él asintiera a sus palabras en silencio y con los ojos húmedos, los acompañó al comedor.

Solo entonces, el juez de la zona sur de Irlanda inclinó la cabeza y lloró abrazado a su hermana, perdida durante tanto tiempo, y sus lágrimas tuvieron el efecto mágico de borrar el remordimiento que seguía sintiendo después de tantos años.

Capítulo 15

Megan estaba casi dormida, aunque todavía había un frágil hilo que la unía a la consciencia cuando escuchó un pequeño ruido en la puerta de su dormitorio. Levantó la cabeza lentamente, imaginando quién era. Fenton, con una sonrisa, se deslizó dentro de su dormitorio y cerró la puerta sin hacer ruido. Luego se plantó ante la cama y se inclinó sobre ella.

—Hola, preciosa —susurró, cogiendo la bata de Megan—. Vengo a por ti. —Ella hizo una mueca, al pensar en dejar su cama calentita y andar por el helado suelo de piedra.

—¿Por qué no te acuestas aquí? —Se interrumpió por un enorme bostezo y él sonrió—. Hace mucho frío y estoy cansada —terminó murmurando. Él la destapó indiferente a sus quejas y la hizo sentarse, luego le metió cariñosamente la bata por los brazos.

—Mi habitación es la última del pasillo y no tengo vecinos al lado, prefiero que estemos allí; pero no tienes que hacer nada, cariño. Agárrate a mi cuello. —La levantó en brazos con facilidad y caminó silenciosamente hasta su dormitorio. Cuando la dejó sobre la cama, volvió sobre sus pasos para cerrar las dos puertas antes de volver junto a ella. Megan se había despejado y se había quitado la bata, tumbándose debajo de las sábanas. Se movió para dejarle sitio.

—Afortunadamente, las camas de esta casa son grandes. —Él se acomodó a su lado con un suspiro.

—Y cómodas.

—Y cómodas —aceptó ella, abrazándose a él y poniendo la mejilla en su pecho desnudo. Solo llevaba unos pantalones de pijama y aprovechó para acariciar suavemente su piel caliente, despejándose del todo.

—Mmmhhhh —ronroneó él—, eso me gusta.

—¿Sí? —preguntó, sintiendo que su corazón se aceleraba al notar las manos de él recorrer su cuerpo, ligeras como plumas. Pero había algo sobre lo que tenían que hablar—. Fenton.

—¿Qué? —susurró empujándola suavemente para tumbarla de espaldas y comenzando a besar su mandíbula cuando lo consiguió. Ella intentó concentrarse en lo que quería decir.

—Quiero que hablemos sobre el compromiso… —Un beso en la boca especialmente placentero, interrumpió sus palabras.

—Dime. Puedo escucharte mientras adoro tu cuerpo como se merece —aseguró, besando y lamiendo su cuello. Pero en cuanto lamió su vena, ella ya no fue capaz de pensar. Ordenó:

—Muerde. —Él se rio por lo bajo y Megan, en venganza, agarró un mechón de pelo de su pecho con la mano derecha y tiró de él con fuerza.

—¡Ay! —susurró frotando el lugar dolorido y la miró, ofendido.

—Eso no es nada para lo que soy capaz de hacer, si sigues riéndote de mí —amenazó y él puso cara de inocente.

—Tienes razón, pégame todo lo que quieras. Lo merezco. —Su cara de aparente sumisión provocó que, la que riera ahora, fuera ella. Cortando su risa, él volvió a meter la lengua en su boca y ella se olvidó de todo. Fenton deslizó los tirantes de su camisón bajándolos hasta los brazos, y se apartó de ella para quitárselo del todo.

—Levanta —pidió y ella alzó la cadera para que pudiera hacerlo y él la contempló, desnuda, a la débil luz de la luna que llenaba la habitación.

—Eres preciosa. —Megan sonrió, acariciando su pelo suavemente.

—Ahora te toca a ti, quítate los pantalones. —Él obedeció sin levantarse de la cama y en menos de un minuto, volviendo a colocarse entre sus piernas. Sus cuerpos se pegaron el uno al otro y entrelazaron sus manos, mirándose a los ojos. El silencio se alargó mientras que ellos se comunicaban sin palabras.

Megan observó, fascinada, el cambio que se produjo en los ojos de Fenton, volviéndose rojos y brillando en la oscuridad, y perdiendo en parte, su apariencia humana. Por alguna extraña razón verlo así no la asustaba, al contrario, le excitaba saber que solo ella podía producir ese cambio en él. Deseando que la mordiera, se apartó el pelo del cuello.

El deseo que Fenton exhalaba por todos sus poros aumentaba el suyo y abrió más las piernas deseando acogerle dentro de sí, y acariciando su pecho en silencio. Él gruñó y, levantando el rostro, abrió la boca y sus colmillos emergieron de sus vainas, emitiendo un sonido susurrante que ella reconoció y que llenó su vientre de calor. Impaciente, ladeó el cuello con provocación y él agachó la cabeza y lo lamió golosamente durante unos segundos, buscando su vena; a continuación, lengüeteó el latido que golpeaba en su piel y mordió con fuerza. En ese momento, Megan agradeció estar en una habitación lejos de las demás, ya que no pudo evitar soltar un pequeño grito. Fenton comenzó a beber de ella con un pequeño ronroneo de placer, emocionándola hasta tal punto que se le puso la carne de gallina.

—Cada vez es mejor —susurró con voz ronca. Estaba a punto de

llegar al orgasmo simplemente con beber de ella—. Fenton, no puedo resistirlo más, no sé qué pasa, pero… —Se forzó a quedarse quieta para no molestarlo. Sentía la necesidad de frotar las piernas entre sí y él deslizó la mano hasta encontrar su clítoris; lo acarició, rodeándolo con el dedo índice y frotándolo suavemente hasta que finalmente lo cogió entre los dedos y tiró de él suavemente, provocando que ella saliera volando.

Megan se quedó flotando con la mente en blanco, sin ser consciente de nada más; ni siquiera se dio cuenta de que él había dejado de beber y de que, antes de apartarse de su cuello, había lamido cariñosamente los dos pinchazos; ahora, mientras ella volvía a la tierra, se entretenía besando sus pechos y acariciándolos amorosamente. Después de varios minutos recuperándose con los ojos cerrados, lo miró, incrédula.

—Ha sido increíble, pero no sabía que basta con que bebas de mí para… —Él dejó de besar su pecho derecho y sonrió travieso.

—Ah, ¿no?

—No. ¿Tú lo sabías? —La sonrisa de él aumentó.

—He leído alguna crónica antigua en la que habla sobre ello; aseguran que solo ocurre cuando la pareja está realmente enamorada. —Ella entrecerró los ojos.

—Te lo has inventado. —Él dejó de bromear y acunó su rostro entre las manos.

—Cariño, eres el amor de mi vida y mi corazón volvió a latir cuando te conocí. Eres la única para mí, mi velisha. —Le dolía ver el miedo en sus ojos—. Megan, solo quiero estar contigo. ¿Qué ocurre?

—No quiero casarme. —El rostro de él cambió y, por primera vez desde que lo conocía, pareció inseguro.

—¿Es posible que me haya engañado tanto? —susurró—. ¿Que lo que creo que oigo cuando escucho los latidos de tu corazón no sea cierto? ¿Que esto… solo sea sexo para ti? —Parecía tan dolido que ella no pudo resistirlo y se abrazó a él, ocultando el rostro en su cuello.

—No, no te has equivocado. Te amo, aunque no sé cómo ha ocurrido, pero no quiero casarme, al menos, no de momento —concedió al sentir la tensión en los músculos de Fenton. A pesar de que todavía no tenía pensado hacerlo, apartó el rostro de su cuello para poder mirarlo a los ojos mientras le explicaba sus razones—. Fenton, cuando *La Hermandad* asesinó a mi familia también me destruyeron a mí; de hecho, si no hubiera sido porque ese día estaba visitando a una amiga del colegio, yo también habría muerto. Durante unas semanas estuve convencida de que no podría seguir adelante, me parecía imposible existir en un mundo en el que no estuvieran mi hermana y mi sobrina. Y cuando conseguí aceptarlo, me prometí a mí misma dos cosas: la primera que, aunque me llevara el resto de mi

vida, conseguiría que esos asesinos pagaran por lo que habían hecho, y la segunda, que no dejaría que nadie volviera a importarme tanto nunca. Así evitaría que, si le pasara algo, me destrozara el corazón. Otra vez. —El infinito dolor que Fenton veía en sus ojos le destrozaba el alma, pero reprimió las ganas de consolarla sabiendo que necesitaba soltarlo todo. De repente, una débil sonrisa apareció en su rostro—. Y entonces, cuando había encontrado en mi trabajo para *La Brigada* una razón para vivir, te conocí y me dio un vuelco el corazón. —Sacudió la cabeza—. Hasta entonces estaba segura de que no me enamoraría nunca, que era algo que dependía de mi voluntad… ¡qué tonta era! —Él cogió su mano y la colocó sobre su pecho para que sintiera los latidos de su corazón—. Y aunque ahora sé que mi lugar es a tu lado y que no quiero ni puedo perderte, me gustaría seguir trabajando en *La Brigada*… ¿no podríamos seguir haciéndolo los dos y ver cómo nos va?

Fenton recorrió su rostro detenidamente y ella no le ocultó nada, manteniendo su mirada; después, él asintió lentamente.

—Si eso es lo que quieres…, pero no me pidas que no te proteja.

—Por supuesto que no.

—¿Ahora puedo hacerte el amor como es debido? —ella asintió con una sonrisa radiante.

—Puedes.

Antes de que terminara de pronunciar la palabra, él ya estaba acariciando sus senos. Megan se reclinó sobre la almohada mirándolo entre las pestañas que cubrían sus ojos entornados, sintiendo cómo sus pezones se contraían bajo las cálidas y experimentadas manos masculinas. Los pellizcó suavemente, tirando de ellos, hasta que ella sintió que el deseo la recorría de la cabeza a los pies. Fenton capturó un pezón entre los dientes y tiró de él con suavidad, provocando el estremecimiento de ella que acarició su pelo con un murmullo, pidiéndole más. Él se detuvo un momento para volver a coger su cara entre sus fuertes manos. Quería asegurarse de que escuchara lo que iba a decir.

—Te haré feliz, Megan, te lo juro. —Ella puso la mano sobre su mejilla.

—Ya me haces muy feliz, Fenton, y no tengo ninguna duda de mi amor por ti. Necesito que lo sepas…, pero aquello fue tan doloroso para mí que... —Él puso dos dedos sobre sus labios.

—Shhhh. Es normal, pero no olvides que ya no estás sola. Ahora ellos también son mi familia y te juro que entre los dos conseguiremos que *La Hermandad* pague por lo que les hizo. Pero esta noche quiero que solo pienses en nosotros. —Megan rodeó su cuello con los brazos, acariciando su nuca y Fenton comenzó a cubrir de besos su cuerpo. Ella acarició sus hombros y su espalda, recorriendo su dura musculatura con manos inexpertas y lo llamó. Él se detuvo, respirando

agitadamente, y la miró a los ojos verdes, cálidos y confiados.

—Quiero que me enseñes lo que te gusta. —Estaba tan ruborizada, parecía tan avergonzada que le resultó adorable y la besó con pasión. Después, cogió su mano y le enseñó en qué sitios y cómo debía acariciarlo para que su placer aumentara.

Murmurando algo que ella no entendió, introdujo dos dedos en su vagina, frotando su clítoris con el pulgar. Ella se arqueó, mordiéndose el labio inferior, con las mejillas enrojecidas y los ojos entrecerrados, sintiendo que volvía a ascender; pero, de repente, Fenton se irguió apartándose de ella y se arrodilló entre sus piernas; inclinándose, separó sus labios verticales y lamió, hambriento, la carne inflamada, mordisqueándola suavemente. Megan le tiró con fuerza del pelo intentando llamar su atención.

—Por favor —gimió, enardecida, con los músculos del cuerpo tensos por la excitación—. Ahora, Fenton…

Después de unos minutos más de tortura, cuando él consideró que ya estaba preparada, volvió a tumbarse sobre ella y asió su miembro, guiándolo hasta su entrada con mano experta, entonces la penetró, haciéndola jadear.

Apoyándose sobre los codos, Fenton se metió un pezón en la boca y lo saboreó durante unos segundos, luego pasó al otro que mordisqueó como si tuviera todo el tiempo del mundo. Megan, al ver que no se movía, alzó las caderas, exigiendo su atención y consiguiendo su respuesta inmediata, porque salió de ella y volvió a entrar. Megan se aferró a las sábanas, pero no apartó la vista de él en ningún momento, observando cómo el sudor le resbalaba por el rostro. Agarrada a los hombros masculinos, su placer siguió creciendo hasta que su cuerpo se quedó rígido cuando alcanzó el clímax de nuevo. Al sentir las contracciones de su vagina apretando su pene, la sujetó por las nalgas para introducirse más adentro y más rápido. Entró y salió varias veces hasta que él también terminó, dejándose caer sobre ella.

Se quedaron abrazados durante un rato hasta que él la liberó de su peso por temor a hacerle daño. Ella se movió hasta que tuvo la mejilla apoyada en su hombro y pudo acariciarle el pecho con las yemas de los dedos. Cuando Fenton empezó a respirar con normalidad, se levantó para limpiarla con una toalla humedecida que luego utilizó en sí mismo y regresó después a sus brazos, quedándose dormidos sin darse cuenta. Megan no sabía cuánto tiempo había pasado cuando se despertó en la oscuridad, al sentir sus manos acariciándola. La besó en la boca profundamente y le estimuló sus partes íntimas con la mano hasta que volvió a estar lista para recibirlo.

—Túmbate bocabajo —ordenó suavemente. Megan lo miró algo alarmada, aunque no se negó—. ¿Confías en mí? —susurró él y ella asintió, obedeciendo.

Notó cómo se tumbaba entre sus piernas para tomarla desde atrás, penetrándola más profundamente que antes gracias a la nueva postura. Sus movimientos le arrancaron nuevos gemidos guturales y Fenton la mordió suavemente en la nuca cuando los dos llegaron al orgasmo.

Antes de que volvieran a dormirse, él le confesó:

—Seguiría haciéndote el amor toda la noche, pero me contendré porque eres primeriza. —La besó en la frente acariciando su espalda.

—Sintiéndolo mucho, tengo que darte la razón —contestó ella—. Necesito dormir urgentemente. —Bostezó, más relajada de lo que se había sentido en su vida.

—Duérmete, mi amor. —Adormilada, le dio un beso en el hombro y, rodeando la estrecha cintura de Fenton con el brazo izquierdo, se quedó dormida. Poco después, él la imitó.

~

VIOLET SE DESPEREZÓ sintiéndose totalmente feliz. Era la primera vez que se sentía así al menos desde que ella tuviera memoria. Al ver que estaba amaneciendo, saltó de la cama y cogió lo necesario para vestirse; luego, se dirigió al baño que compartía con Megan tarareando en voz baja.

Menos de media hora después bajaba las escaleras, después de echar un vistazo a la puerta de la habitación de Stuart y deseaba que él ya estuviera abajo. Durante la cena de la noche anterior, les había comunicado que tenía que marcharse esa mañana a Dublín para atender algunos asuntos personales. Ella se quedó observándolo en silencio y no pudo hablar con él a solas en toda la noche; por eso se había levantado tan temprano, con la esperanza de que estuviera desayunando.

En la entrada del comedor se encontró con el mayordomo y recordó a tiempo que se llamaba Alfred. Él la recibió con una sonrisa, Kirby ya le había dicho el día anterior que era más que un mayordomo para él.

—Buenos días, señorita Violet. —Les había pedido a todos que la llamaran así, al menos de momento. A ella, Áurea, el nombre que le puso su verdadera familia al nacer, le sonaba todavía demasiado extraño.

—Buenos días, Alfred. —Echó un vistazo al comedor, pero no veía la mesa desde ahí—. ¿Ha… ha bajado alguien a desayunar?

—El coronel acaba de entrar. —Ella se dirigió hacia allí.— Si necesita algo, dígamelo, por favor.

—Gracias, Alfred.

Entró en el comedor interrumpiendo los pensamientos de Stuart que no parecían demasiado felices, a juzgar por su gesto de amargura.

Cuando la vio, se levantó inmediatamente.

—Buenos días, Violet.

—Hola —susurró, completamente ruborizada. Se notaba la piel del rostro muy caliente y era algo que le daba mucha rabia, porque odiaba parecer una adolescente enamorada, pero irguió la cabeza porque poco podía hacer al respecto. Stuart se sentó después de que ella lo hiciera y la observó sin disimulo.

Se había puesto un vestido celeste y blanco y llevaba el pelo recogido en una trenza, que colgaba sobre su hombro izquierdo. Sus ojos dorados brillaban al mirarlo y a él le parecía la mujer más bella y encantadora que había conocido.

—¿Te puedo servir un café? —Tenía que hacer algo si no quería quedarse embobado mirándola.

—Mejor un té, por favor.

—¿Con leche?

—Sí, gracias.

Dejó la taza ante ella y se permitió el placer de quedarse a su lado unos segundos, oliéndola y observándola, absorbiendo todos los detalles para recordarlos más adelante. Luego, volvió a su silla. Ella pareció algo desconcertada, pero se rehízo enseguida.

—Stuart, hay algo… —La miró—. Me gustaría hablar contigo sobre una cosa —se reprendió silenciosamente por ser tan tímida, ¡estaba a punto de tartamudear! Esperó, pero él no decía nada, solo la miraba esperando a que hablara—. Yo… siento mucho que tengas que marcharte y quiero darte las gracias por lo mucho que me has ayudado. —Él se levantó; durante un momento pareció que iba a marcharse, pero se quedó junto a su silla, con las manos apoyadas en ella.

—No me des las gracias, por favor —susurró, inclinando la cabeza, sin mirarla. Preocupada, Violet se levantó y caminó hasta estar a su lado. Sus cuerpos casi se tocaban cuando volvió a hablar:

—¿Qué ocurre, Stuart? —Los ojos cansados del coronel recorrieron su precioso rostro. Sacudió la cabeza sin querer decírselo, pero ella sabía que no tendría otra oportunidad como esa y apoyó suavemente la mano en su brazo, notando enseguida la tensión que lo recorría—. Por favor, habla conmigo. —Él apartó la mirada y ella, creyendo que lo que veía en él era inseguridad y conociendo tan bien esa sensación, se atrevió a hacer algo que, de otro modo, jamás habría hecho—. Stuart, ya sabes que no tengo ninguna experiencia con los hombres. —Sonrió, intentando bromear—. Bueno, en realidad, no tengo experiencia con las relaciones en general. —Él palideció y abrió la boca para impedirle que siguiera, pero ella estaba lanzada y continuó —: Estoy más agradecida de lo que puedo expresar por haber encontrado a mi familia y deseo pasar todo el tiempo que pueda a su

lado para conocerlos bien, pero —bajó la vista, perdiéndose la mirada apasionada de él— me gustaría… —haciendo un enorme esfuerzo, levantó la mirada de nuevo— querría, si tú estás de acuerdo, seguir viéndote. Este viaje, a tu lado, ha sido maravilloso y yo… —Él soltó una maldición, apartándose de ella tan bruscamente que Violet se sobresaltó y se quedó callada sin entender qué estaba pasando.

—Por favor, no sigas. Siento si te he hecho creer algo que no es. —Ella abrió la boca, demasiado perpleja para sentirse mal, al menos todavía—. Estuve casado hace mucho tiempo, pero mi mujer y mi hijo murieron —su mirada angustiada la destrozó— y mi corazón está enterrado con ellos. Jamás podría querer a nadie más. Lo siento —murmuró, atormentado al ver el dolor en los ojos femeninos.

—Lo siento mucho, Stuart. No lo sabía. —Retrocedió un paso controlando el gesto de su rostro como pudo, para que él no viera cuánto le había dolido su rechazo.

—Casi nadie lo sabe. —Alargó el brazo para acariciarle una mano intentando consolarla, pero ella se apartó bruscamente y ese gesto le dolió profundamente—. Violet, perdona si he sido brusco, lo último que quiero es hacerte daño... pero de verdad que no puedo…

—No, no te preocupes, por favor. —Sonrió, a pesar de que sentía que su rostro iba a resquebrajarse. Se dijo que él no tenía la culpa de que ella se hubiera equivocado tanto y de que no fuera más que una muchacha ignorante—. Después de todo, creo que desayunaré más tarde —afirmó alegremente, luego respiró hondo y le dijo con la misma falsa sonrisa—: Permíteme que te desee buen viaje, Stuart y, de nuevo, gracias por todo. —Alargó la mano para estrechársela como si fueran dos extraños; él observó su mano durante un instante antes de acogerla entre las dos suyas, mucho más grandes; la estrechó durante varios segundos observando su palidez, pero ella la apartó en cuanto pudo.

—Violet… —su susurro sonó apenado; era consciente de que había cortado el hilo que los unía de forma despiadada y de que era posible que esa fuera la última vez que se vieran a solas— si alguna vez me necesitas, te ruego que me avises. —Ella lo miró y entornó los ojos, que despendían un brillo inusual y por primera vez pudo verla enfadada; se enfrentó a él erguida y resplandeciente y Stuart la admiró más que nunca en ese momento.

—Gracias, pero no será necesario.

—Por favor —suplicó. No podría vivir sabiendo que estaba en peligro y que él no podría ayudarla, pero ella movió la cabeza negativamente.

—No. Te lo agradezco, pero ahora tengo a mi familia, estoy segura de que ellos me protegerán. No te preocupes, al fin y al cabo, como tú me acabas de aclarar, no somos más que dos conocidos.

—Violet, no te enfades, por favor. He sido muy brusco y me disculpo por ello. No te haría daño jamás —murmuró, arrepentido. Ella sonrió intentando aparentar que no le importaba y sacudió la cabeza.

—Tranquilo. No estoy enfadada —mintió, deseando estar sola; solo quería desaparecer y no volver a ver a nadie en mucho tiempo. Se sentía humillada y ridícula por haber pensado que Stuart sentía algo por ella y por supuesto que estaba enfadada, a pesar de lo que acababa de decir. Tenía tantas emociones burbujeando en su interior que era mejor para todos que se marchara. A pesar de eso, intentó despedirse educadamente, aunque solo quería salir corriendo y encerrarse en su habitación—. Te agradezco que hayas sido sincero antes de que me hiciera más ilusiones. Adiós, Stuart.

Evitó correr al marcharse y subió las escaleras silenciosamente y sin mirar atrás ni una sola vez; si lo hubiera hecho habría visto que Stuart la había seguido hasta quedarse al pie de los escalones donde permaneció observándola con rostro triste, hasta que ella desapareció en su habitación. Luego, salió para Dublín.

~

—¡LO tengo! —Killian levantó la vista del documento que estaba redactando cuando entró Cian en su despacho sin avisar—. ¡Jamás se te habría ocurrido celebrarlo allí, pero te va a encantar!

—Imagino que te refieres a que has encontrado un lugar para la fiesta —comentó, reclinándose en el asiento y cogiendo su abrecartas. Le gustaba tenerlo entre las manos mientras pensaba.

—Exacto. Te dije que lo encontraría. —Las obras de reforma del club no estarían terminadas hasta dentro de mes o mes y medio, por lo que allí no podían celebrarla—. Se trata de la destilería Jameson en Bow Street. Él mismo me ha propuesto el lugar, sabiendo que estábamos buscando un local para la ceremonia, cuando he ido a visitarle esta mañana. El sitio es muy grande, suficiente para que entremos todos cómodamente la noche de la fiesta, y nos lo ceden mientras lo necesitemos.

—¿Eso te lo ha dicho el viejo Jameson? —Killian estaba sorprendido porque nunca se había ofrecido a ayudarles en nada.

—No, he hablado con su hijo. El padre se ha retirado de los negocios hace un mes. ¿Conoces aquello?

—Solo lo he visto desde la calle, no he entrado nunca.

—Además de la destilería tienen diez locales más, algunos vacíos como este. En los que están ocupados hay herreros, carpinteros… en fin, todos los artesanos que la destilería necesita para no detenerse. Ha insistido varias veces en que no tenemos que pagar nada. Me ha

parecido una buena idea, pero le he dicho que primero tenía que hablarlo contigo. —Killian entornó los ojos, pensativo.

—Nunca había pensado en que el consejo tuviera una sede permanente. Desde los tiempos antiguos siempre se han reunido en los Enigmas o incluso en casas particulares. Pero siempre que el sitio sea adecuado y, sobre todo, seguro, me parece una estupenda idea. Así los eruditos podrían reunirse en cualquier momento. ¿Cómo es la seguridad de ese lugar?

—Muy buena, a pesar de que aquello es como una pequeña ciudad. Hay que pasar por dos barreras distintas al entrar y Jameson tiene al menos diez hombres recorriendo las instalaciones continuamente, además de los que vigilan la entrada. Allí no puede entrar nadie si ellos no quieren. ¿Qué respondes? —Killian sonrió.

—Que cuándo puedo ir a verlo… —Cian soltó una carcajada.

—Sabía que dirías eso y he quedado con él mañana a las nueve. Aunque podía haberle dicho que iríamos hoy.

—Hoy no puedo, Fenton y Ariel vienen en un rato y antes tengo que terminar estos documentos —señaló los que había esparcidos sobre su escritorio y miró su reloj—, así, que si no te importa… —Cian se levantó, divertido.

—Siempre he admirado la elegancia con la que eres capaz de echar a alguien de tu casa. —Killian se levantó, riéndose entre dientes y estrechó su mano, palmeándole el hombro cariñosamente.

—Dale un beso a Amélie. Nos vemos mañana. —Cian, de nuevo serio, asintió.

—Creo que el domingo venimos a comer con vosotros. Gabrielle y ella ya han quedado…

—Eso suena bien. No quiero que perdamos la costumbre de vernos los domingos. —Cian hizo una mueca, aunque, al unirse a su mujer ya sabía que ella y Killian estaban muy unidos. El juez se había hecho cargo de Amélie cuando *La Hermandad* había asesinado a sus padres y ella solo tenía doce años, por lo que la consideraba como una hija—. Y desde que ha empezado todo esto, casi no nos vemos —se quejó. Aunque no dijo a qué se refería con «esto», no hacía falta. Las nuevas medidas de seguridad que los dos habían tomado en su trabajo y en casa, hacían que hubieran recortado sus salidas, lo que incluía las comidas familiares de los domingos. Cian se puso serio.

—Ella también os echa de menos —contestó con un suspiro—. Además de que no le gusta nada no poder salir de casa más que lo imprescindible.

—A Gabrielle le pasa lo mismo, pero sabe que no hay más remedio.

—Ya, pero como dice Amélie: ¿Durante cuánto tiempo van a tener que salir acompañadas por guardias y nuestras casas vigiladas como si fueran fortalezas?

—Es lo único que podemos hacer, y no tenemos más remedio que hacernos a la idea de que esto se va a alargar más de lo que pensábamos. Como decía Dixon en su carta, las raíces de *La Hermandad* están extendidas por toda la sociedad, incluso entre la clase política, los periodistas, la policía… —Cian asintió, apretando los labios en una fina línea.

—Pues habrá que sacar el hacha y empezar a cortar —barbotó Cian, indignado, como siempre que se tocaba el tema sobre todo por su mujer. Respiró hondo—. Tengo que volver al club. Mañana vendré a buscarte a las nueve menos cuarto.

—Bien.

Se marchó y Killian volvió a prestar atención a los documentos que llenaban su escritorio. Tenía que terminar de redactar la sentencia del caso que había estado juzgando las dos últimas semanas antes de que llegaran Ariel y Fenton.

Capítulo 16

Megan observaba a través de la ventanilla del compartimento privado a los que caminaban apresuradamente por el andén de la estación; Fenton había salido hacía unos minutos para hablar con Bart y Jake, dos amigos suyos y compañeros de *La Brigada* que estaban en el compartimento de enfrente; habían llegado desde Dublín esa misma mañana para acompañarlos en el viaje, en respuesta al telegrama que les había enviado el día anterior pidiéndoles ayuda. Pocos minutos después, ella volvía la cabeza al escuchar deslizarse la puerta del departamento, justo cuando el tren empezaba a moverse.

—¿Todo bien? —él asintió y se sentó a su lado, enlazando su cintura con el brazo y besándola como si hiciera días que no la viera. Cuando ella consiguió volver a respirar, le dijo, divertida—: ¡Pero si te has ido hace unos minutos!

—Ha sido suficiente para echarte de menos —murmuró, zalamero, acariciando los dedos de su mano izquierda. Una cálida sensación se extendió por el cuerpo de Megan que se ruborizó, feliz—. Y en cuanto a tu primera pregunta, solo quería hacerles unas indicaciones.

—Deben de ser muy buenos amigos tuyos para dejarlo todo y venir corriendo a ayudarnos. —Fenton se encogió de hombros como si no tuviese importancia, pero la sonrisilla que tironeaba de sus labios, le dijo que estaba muy orgullosa de ellos.

—Nos hicimos amigos en cuanto nos conocimos en el colegio y nunca hemos dejado de serlo. Somos casi familia y, cuando uno de nosotros tiene un problema, los otros le ayudan. Es así de simple.

—Ya sabes que yo había acordado con Killian que no iba a relacionarme con el resto de los agentes de *La Brigada*… creía que al único que conocía eras tú, pero Jake me resulta familiar. —Fenton soltó una risita.

—¡Oye! ¿Por qué te ríes? —Le pellizcó en un brazo.

—¡Ay! —Se frotó la zona como si le hubiera dolido.

—¡Quejica! —Le dio un beso en la mejilla, intentando no babear e insistió—: ¿Por qué te has reído?

—Porque Jake considera una maldición no poder conocer a nadie a quien no le parezca familiar. —Utilizó adrede las mismas palabras que

ella—. Te resulta conocido porque es hermano de Burke Kavannagh. —Ella abrió la boca, atónita.

—No lo sabía…, aunque tampoco conozco a su hermano en persona.

—Pero le habrás visto en los periódicos…

—Eso sí… —De repente, se acordó de algo—. ¡Espera, sí que lo conozco! ¡Lo vi en una ocasión en una fiesta en casa de mi cuñado, en Londres! —A Fenton no le extrañó.

—Siendo tu hermano ministro del Gobierno, lo que me parecería raro es que Burke no lo conociera. Suele frecuentar los ambientes donde hay poder, es una de sus habilidades; la otra es hacer dinero, es casi una maldición. —Sonrió y volvió a besarla, esta vez en el cuello, como si no tuviera bastante de ella.

—Nunca imaginé que serías tan cariñoso —murmuró Megan, encantada.

—Había olvidado decirte que los varones de mi familia, cuando se enamoran, lo hacen intensamente y es para siempre. —Ella se rio con ganas, pensando que era una broma, hasta que vio su cara.

—¿Lo dices en serio? —Seguía sonriendo, pero algo le decía que era sincero.

—Sí. Siendo todavía unos niños, mi padre nos explicó que cuando uno de los varones de nuestra familia encuentra a su velisha, nuestra voluntad es la de ella y solo vivimos para su felicidad. —Megan lo observaba boquiabierta, sin importarle la cara de tonta que debía de tener en ese momento—. Es un hecho contra el que no podemos luchar. Durante muchos años pensé que mi padre había exagerado debido a su experiencia con mi madre, pero cuando Gale encontró a Brianna y noté el cambio que se produjo en él… —Movió la cabeza recordando el momento.

—¿Qué ocurrió? —Estaba deseando conocer a la familia de Fenton y toda la información que le daba de ellos le parecía poca.

—Gale estaba cansado de vivir y quería pasar al otro lado. —Sus labios se afinaron al recordar la discusión que tuvo con él cuando lo supo—. Aunque no me lo dijo, yo había notado el aburrimiento y desencanto que mi hermano sentía por la vida. Nada lo emocionaba, ni encontraba ningún aliciente para levantarse por las mañanas… todo eso cambió cuando conoció a Brianna; entonces pensé que mi padre tenía razón y lo confirmé cuanto te conocí. —Rozó la mejilla de Megan con el dorso de su mano cariñosamente.

—Y han tenido una niña. —La sonrisa de Fenton al recordar a su sobrina la conmovió.

—Sí. Alona, significa niña querida, en la lengua antigua. —Megan se refugió en su pecho, pestañeando para alejar la humedad de sus ojos y murmuró:

—Estoy deseando conocerlos.

—Y yo no veo el momento de presentártelos. —Escuchó, feliz, el suspiro femenino mientras ambos miraban por la ventanilla.

—Estoy un poco preocupada por Violet. —Él ladeó la cabeza, extrañado.

—¿Por qué, cariño?, ¿te ha dicho algo sobre Stuart? —Ella sacudió levemente la cabeza, aunque seguía con la mejilla apoyada en su pecho.

—No, y cuando se lo he preguntado, ha cambiado de tema. Solo dice que le está muy agradecida, pero… —lo miró— pasó algo entre ellos antes de que él se fuera… creo que discutieron o algo así. Desde entonces, ella no quiere hablar de él, en ningún sentido —Fenton asintió.

—Sí, Kirby opina lo mismo. También ha intentado hablar con su hermana para averiguar qué ha ocurrido entre ellos, pero ella se queda callada y no responde. Dice que es tan tozuda como su madre, aunque lo decía con orgullo.

—Con lo contenta que estaba cuando supo que había encontrado a su familia…

Fenton le levantó la cara cogiéndola de la barbilla y le dijo:

—Se le pasará, no te preocupes. Cuando vengan a Dublín dentro de unos días para la ceremonia del consejo, podrás verla. —Megan se irguió apoyando la espalda en el asiento y la cabeza en su hombro.

—¿Dónde vamos a vivir cuando lleguemos a Dublín?

—En mi piso. Es pequeño, pero de momento nos servirá. Si no te gusta, podemos buscar una casa más grande…

—No es necesario —lo interrumpió—, como tú dices, tu piso nos servirá durante una temporada, pero me gustaría ir a recoger mis cosas a mi apartamento.

—Por supuesto. En cuanto lleguemos a Dublín, iremos a por ellas. —Esperó pacientemente, intuyendo que eso no era todo lo que quería decirle.

—Más adelante me gustaría enseñarte la casa de mi familia y, si te gusta, podríamos vivir allí. —Fenton la miró seriamente, sabiendo que no había vuelto a visitar esa casa porque era donde todos se alojaban cuando venían de vacaciones a Dublín, y sus recuerdos eran demasiado dolorosos.

—Creía que no querías volver —susurró—. No quiero que hagas algo que te haga daño. Podemos comprar otra si lo prefieres y no es necesario que lo decidas ahora.

—Lo sé, pero si tú puedes soportar que yo siga trabajando en *La Brigada*, a pesar de los riesgos, yo puedo volver a vivir en esa casa. En realidad, es una casa maravillosa y me gustaría que nuestros hijos se criaran allí. —Él la besó en la frente y volvieron a mirar por la

ventana, abrazados y esperanzados.

~

KIRBY Y KRISTEL estaban en la habitación que los dos solían utilizar para trabajar; él preparaba unos documentos que tenía que enviar al juzgado y ella leía un libro de su padre buscando pistas que pudiera ayudarla a evitar la rencarnación de Lilith, cuando Alfred les trajo el correo; ella fue la que se hizo cargo de la bandeja y después de repasar los sobres dijo:

—Hay una nota de Marcus. —Él dejó de escribir enseguida y levantó la cabeza, mirándola con la frente arrugada.

—Ábrela, por favor. Será la contestación a la consulta que le hice sobre la denuncia de Dixon. —Kristel lo hizo, mientras Kirby firmaba el último documento y, después de pasarle el secante de tinta, lo dejó sobre el montón que ya estaban terminados. Kristel le dijo con voz preocupada:

—Marcus dice que la policía mantiene la orden de búsqueda de Violet, con la excusa de que su desaparición está relacionada con la muerte de su padre; además, saben que está aquí. —Alargó el mensaje que Kirby leyó rápidamente, con los labios apretados—. ¿Qué vamos a hacer? Si es cierto, la policía vendrá a buscarla en cualquier momento. —Kirby la miró y asintió lentamente, tomando una decisión en ese mismo momento.

—Esa orden es ilegal. —Se levantó, indignado, pero se obligó a pensar—. Lo primero es llevarnos a Violet lejos de aquí. No voy a arriesgarme a que la policía se la lleve; para cuando aclaráramos que no es hija de Joel Dixon, los de *La Hermandad* ya se la habrían llevado muy lejos. Mañana mismo nos iremos a Dublín, pero no se lo diremos a nadie. —Entrecerró los ojos—. Confío en los que trabajan en casa, pero nunca se sabe… Quiero que las maletas de todos estén preparadas esta noche, con la excusa de que quieres tenerlo todo dispuesto para el viaje de la semana que viene para tu nombramiento. Esta tarde me acercaré a la estación para comprar los billetes para el tren de Dublín que sale a primera hora —Kristel, pálida, asintió—. Pero quiero que hoy hagáis todo lo que teníais planeado. Tú, Violet y mis padres, iréis a recoger los vestidos que vais a llevar en la ceremonia, acompañados por los guardias —aunque su voz era suave, la rigidez de su rostro transmitía preocupación.

—¿Les digo algo a ellos?

—No, lo haré esta noche. Ahora me acercaré a ver a Marcus, quiero que me cuente todo lo que sabe. Volveré enseguida. —Kristel lo abrazó por la cintura y él la estrechó contra sí.

—Tranquila, amor mío. Todo saldrá bien, ya lo verás.

—Lo sé. —Lo miró con tanta confianza que Kirby se estremeció.

—¿Te causará mucho problema que nos vayamos mañana? —Ella lo negó.

—Por supuesto que no. —Había otra cosa que le preocupaba y se mordió el labio inferior—. Pero ¿no crees que sería mejor que no fuéramos a la ceremonia? —Él frunció el ceño y la cogió por los hombros.

—¡Por supuesto que iremos! No consentiré que, nada ni nadie, te estropee ese día. Iremos, aunque tenga que contratar a un ejército para asegurarme de que todos estáis bien. Lo que más siento es tener que llevarme de aquí a Violet, ahora que está empezando a acostumbrarse a vivir con nosotros.

—Estoy segura de que el cambio de aires le vendrá muy bien. Desde que se marchó Stuart, parece algo… triste, aunque intenta disimularlo.

—Tienes razón. —La besó en la mejilla—. No sé qué haría sin ti.

—Tengo muchas ganas de ver a Nimué. ¡Ojalá ella y Cam tengan buenas noticias! —Kirby permaneció en silencio, abrazado a ella—. Espero que lo que Cedric guardaba en la caja sea algo que podamos utilizar contra *La Hermandad*.

—Yo también. —Levantó su barbilla con suavidad para que viera la determinación en sus ojos—. Ya te he dicho que no permitiré que vuelvan a destrozar esta familia. —Kristel parecía distraída—. ¿En qué piensas?

—En que menos mal que tu madre nos va a acompañar a la modista porque si tu pobre hermana tiene que hacer caso de mi buen gusto… —Hizo una mueca de aparente horror.

—Ya sabes cuánto me importa a mí que sepas de moda. —Sus ojos estaban llenos de diversión.

—Sí. Nada —contestó, mirándolo con adoración.

—Eso es. —Le regaló un beso en la nariz, encantado con su respuesta.

—Será mejor que me prepare, tu madre y Violet deben de estar a punto de bajar. —Caminó hacia el pasillo seguida por la mirada enamorada de él.

~

MEGAN Y FENTON llegaron a casa de Killian y Gabrielle, a tiempo para la cena.

—Buenas tardes, Stevens. ¿Qué tal va todo? —El mayordomo recogió sus abrigos con una sonrisa.

—Buenas tardes, señor Strongbow. Todo va perfectamente, los señores les esperan. Acompáñenme, por favor. —Dejando los abrigos y los sombreros en manos de un criado, los guio hasta la sala donde

estaban sus anfitriones besándose junto a uno de los ventanales del amplio comedor. Cuando el mayordomo carraspeó, Killian soltó sin ganas a su mujer, que lo miró intentando parecer enfadada, aunque sus ojos chispeaban de alegría. Incluso le dio una palmada juguetona en el brazo, provocando las carcajadas de Killian a quien Fenton no había visto nunca tan contento.

—¡Te he dicho que había oído el timbre! —Él, encogiéndose de hombros, se acercó a ellos cogiéndola antes de la mano, sin escapársele que así era como estaban agarrados Fenton y Ariel. Al verlo, su sonrisa se amplió y puso las manos sobre los hombros de su único agente femenino.

—¡Por fin, querida! —Se inclinó y le dio un beso en la mejilla, igual que Gabrielle.

—Megan, ¡cuánto nos alegramos al saber que estabas bien! —le dijo con una sonrisa de cariño. Fenton no entendía nada.

—¿Tú también la conocías? —Gabrielle lo miró, divertida.

—Claro. Yo convencí a Killian para que la dejara entrar en *La Brigada.* —Fenton miró asombrado a su jefe y amigo, que asintió sin pudor.

—Soy como arcilla en sus manos —bromeó, intentando parecer humilde. Gabrielle se volvió hacia él.

—Mentiroso —susurró, moviendo la cabeza negativamente, pero Fenton y Megan supieron por la mirada del juez que no había mentido.

Fenton apretó la mano de Megan y ella entendió lo que quería decirle; que así sería su vida, si ella quería.

Después de saludarse, Killian les dijo:

—Debéis de estar hambrientos y cansados. —Echó una mirada a Stevens, que esperaba discretamente en el pasillo.— Podemos pasar a cenar cuando queráis.

—Estupendo.

—Estamos deseando que nos contéis todo.

La cena se alargó bastante a pesar de que solo hablaron ellos, excepto cuando Killian hacía alguna pregunta. Estaban tomando el postre consistente en una copa de frambuesas con caramelo y nata, cuando se escuchó el timbre de la calle. Fenton arrugó la frente y miró a Killian, pero él le hizo un gesto para que no se moviera.

—Si ha podido llegar hasta la puerta, es que es de confianza. —Fenton se relajó, recordando que había dos hombres vigilando en la entrada del jardín.

—Buenas noches. Perdonad la interrupción, pero traigo noticias importantes. —Era Cian. Se acercó a saludarlos y Fenton preguntó a Megan:

—¿A él también lo conoces? —Ella lo negó, aunque se imaginaba

quién era porque había oído a Killian hablar de él. Fenton los presentó y, después, Gabrielle le dijo:

—Siéntate, ¿quieres tomar algo?

—Ya le he pedido a Stevens un café. —Se sentó junto a Gabrielle.

Cian era un apasionado del café y lo bebía a todas horas.

—¿Y Amélie? —Gabrielle también la consideraba como una hija, después de haber sido su institutriz durante varios años.

—Bien, en casa. Hoy me regañará por llegar tarde, pero no he tenido más remedio que alargar la jornada.

—¿Qué noticias traen? —Cian apartó la mirada de Gabrielle y contestó a Killian con aspecto satisfecho:

—La nave ya está acondicionada para la fiesta y Devan ha encontrado una solución para la comida. Se cocinará todo en el club y luego lo llevarán hasta allí en carros.

—Estupendo —contestó Killian—, aunque no tenía ninguna duda de que lo conseguirías. —Cian aceptó la alabanza y bebió el último trago del café que le había llevado Stevens. Dejó la taza con cuidado sobre el platillo y se levantó.

—Siento abandonar tan buena compañía, pero si llego más tarde seguro que hoy duermo en el sofá —bromeó.

Se marchó, mientras ellos seguían riéndose.

~

LOS DOS CARRUAJES estuvieron dando vueltas hasta estar seguros de que habían despistado a cualquiera que les hubiera seguido; luego, callejearon un poco más, hasta llegar a la calle donde estaba la casa que buscaban. Seguramente no sería tan grande ni lujosa como las de Cian o Killian, pero era la más segura para ellos, ya que sus enemigos desconocían su existencia. Lo que la hacía infinitamente más deseable para Kirby y su familia.

El día anterior estuvieron volviéndose locos pensando en dónde podían alojarse en Dublín, para evitar a los agentes *La Hermandad*. Pensaron en ir a un hotel, pero lo descartaron casi enseguida, al igual que las casas de sus amigos… hasta que, finalmente, a Kristel se le ocurrió una idea sorprendente: presentarse en la casa de Cameron Brooks como invitados.

Hacía unos días había recibido una carta de Nimué en la que le informaba que se encontraba bien y que estaba viviendo con Cam, en la casa que él tenía en Dublín. También le decía que tenían que hablar, pero que como sabía que tenían que ir a Dublín para la ceremonia, podía esperar hasta entonces. La tarde anterior, a última hora, Kirby había ido a poner un telegrama a Cameron para avisarle de que, al día siguiente por la mañana, llegarían a su casa él, Kristel,

sus padres y su hermana Violet. Kristel estaba segura, juzgando por la carta de Nimué, que ella y Cameron habían llegado a algún tipo de entendimiento. Aunque le parecía sorprendente, conociendo su pasado.

Pasaban doce minutos de las once de la mañana cuando llegaron a la verja que rodeaba la casa de Cameron. Al ver que no había nadie, Kirby se bajó y la abrió él mismo para dejar pasar los dos carruajes, indicando a los conductores que dejaran los coches, después de que todos bajaran, en la parte de atrás de la casa.

Kristel y Violet se quedaron maravilladas de la casita. Se trataba de una pequeña construcción de ladrillos de dos pisos, con la fachada pintada de color crema y las contraventanas de madera de color verde suave.

—Parece salida de un cuento de hadas —murmuró Violet. Kristel sonrió pensando en cuánto le pegaba aquel lugar a Nimué, que debía haber escuchado los coches porque abrió la puerta de la casa, y se quedó mirando a su ahijada con expresión de alegría. Bajó la escalinata de piedra casi corriendo y alargó los brazos hacia Kristel, que también corría hacia ella. Los demás observaban en silencio la emocionante reunión de las dos mujeres.

—¡Qué alegría, querida! Tenía tantas ganas de verte… —Kristel se limpió dos lágrimas impertinentes que, sin pedirle permiso, caían por sus mejillas.

—Y yo a ti. Tengo muchas cosas que contarte. —Alargó el brazo hacia Violet—. Ven, cariño. —Cuando la tuvo a su lado, la abrazó por la cintura y dijo—: Nimué, esta es mi preciosa cuñada, Violet. Mi nueva hermana —anunció haciendo ruborizar de placer a la muchacha, que saludó con un murmullo y se dejó besar por la otra mujer—. Nimué es como si fuese mi madre, aunque no tiene edad para serlo —le explicó provocando la risa de Nimué, que saludó a Kirby y a sus padres a continuación.

La noche anterior, los padres de Kirby y él habían discutido durante mucho rato, porque querían ser ellos los que se llevaran lejos a Violet para protegerla. Kirby consiguió hacerles entender que, por mucho que la quisieran, ellos no la servirían de ayuda si los agentes de*l Maestro* aparecían. Al final lo entendieron, pero estaban terriblemente preocupados, como él y Kristel. Como todos. Porque ahora no sabían qué paso dar a continuación ya que, después de la ceremonia, volver a Cork seguiría siendo igual de peligroso para ella.

Cam apareció cuando ya habían entrado en la casa, limpiándose las manos con un trapo y disculpándose porque estaba en el jardín podando las rosas. Les explicó, algo avergonzado, que era muy aficionado a trabajar con la tierra. Le gustaba esparcir las semillas en la tierra húmeda y ver crecer las plantas. Nimué llevó a Violet y a sus

padres a las dos habitaciones que, la única criada que tenían, había preparado a toda prisa. Después de dejarlos instalados, volvió al pequeño saloncito y se sentó junto a Cam, enfrente de Kirby y Kristel.

A Kristel le costaba no quedarse con la boca abierta por los gestos de cariño que había entre Cam y Nimué. Su relación había cambiado tan drásticamente en unas pocas semanas, que no se lo podía creer. Estaban sentados juntos, tan pegados, que no podía pasar ni el aire y Kristel no pudo resistir más la curiosidad:

—¿Qué ha pasado? —Era evidente que no se refería a lo que había ocurrido en casa de Cedric. Nimué se inclinó hacia ella con una mirada chispeante y contestó:

—Cameron… —Se volvió ligeramente hacia él que sonreía tranquilo, escuchándola—. Cam —rectificó, ya que él prefería que lo llamara así— y yo, estamos juntos. No te preocupes —rogó, sintiendo su inquietud—, soy muy feliz. Más que nunca —aseguró. Kristel habló con ella como si estuvieran solas.

—¿De verdad?

—Sí, ¿no lo ves? —Lo cierto es que resplandecía. Lo había notado en cuanto la había visto.

Cam lanzó una mirada a Kirby, que se la devolvió indicándole que era mejor que no dijera nada. Cuando el silencio se extendió un poco más, Kirby decidió decir lo que le había rondado la cabeza durante todo el viaje.

—Muchas gracias por acogernos. Sentimos haberos avisado con tan poco tiempo, pero con los agentes de *La Hermandad* y la policía buscando a mi hermana… tengo tanto miedo por ella, que por eso nos hemos presentado prácticamente sin avisar —se justificó, a pesar del gesto de Cam indicándole para que no siguiera—. Cuando ayer Kristel me propuso que viniéramos aquí porque no se nos ocurría a qué otro sitio ir, acepté por desesperación, pero sé que es un abuso. Somos demasiados. —Cam no dejó que siguiera hablando.

—Kirby, olvídalo, por favor, no era necesario que me avisaras. Somos amigos desde hace muchos años, pero ahora, además, somos familia. —Nimué lo miraba con tanto orgullo que él sintió que el corazón no le cabía en el pecho—. Y contad conmigo para cualquier cosa en la que pueda ayudaros.

—Gracias, Cam.

—Esta casa es encantadora. —Kristel miraba a su alrededor, maravillada. Era mucho más pequeña que la casa en la que ellos vivían, pero tenía algo…—. Y muy acogedora. Parece un verdadero hogar.

—Estoy enamorada de ella —susurró Nimué, entusiasmada—. Si te sientas a leer en el jardín no se escucha ni un ruido, da la sensación de que podrían escucharse volar a las mariposas. Llevo muy poco tiempo

aquí, pero es como si fuera mi casa.

—Sí, es un lugar especial —murmuró Cam, observando la sala y el jardín a través del ventanal.— Era de mi niñera, bueno, de su familia. Cuando la heredó de un tío lejano empezó a venir aquí a pasar temporadas y, a veces, me traía con ella. Mi familia debido al… trabajo de mi padre —murmuró en el último momento— no solía estar muy a menudo en casa —Kirby asintió con expresión solemne.

—Es normal. —Los dos se miraron fijamente.

Kirby sabía que el padre de Cam era *el Guardián,* aunque no era un dato que todos conocieran y también sabía, por Killian, que no quería heredar el cargo.

—Me alegro mucho por ti —intervino Kristel, entusiasmada por ver tan feliz a Nimué—. Parece mentira que cuando os fuisteis de casa, ni siquiera os hablarais.

—Gracias, cariño —contestó. Miró a Cam que tomó la palabra:

—Habíamos pensado contaros, en cuanto estuviéramos a solas, lo que encontramos en la caja fuerte de Cedric, pero antes, por favor, Kirby, explícame cómo es posible que, después de tantos años, hayas encontrado a tu hermana. —Como viejo amigo de Kirby, Cam conocía la historia de la desaparición de Áurea y sabía cuánto había sufrido la familia Richards por ello, y que nunca se habían recuperado del todo.

—¿Has oído hablar de Ariel?

—¿El agente de *La Brigada?*

—Sí, pero es una mujer —le explicó—, trabajaba encubierta en casa de Joel Dixon como criada y arriesgó la vida por mi hermana para ayudarla a escapar de los agentes de *La Hermandad.* —Sabía que tanto Cameron como Nimué, aunque por fuentes diferentes, siempre estaban informados de las últimas noticias sobre la sociedad secreta.

—Y ¿qué hacía tu hermana en casa de Dixon?

—Ella creía que era su hija —le contó toda la historia, incluyendo el papel que habían jugado Fenton y Stuart en la huida de Violet y Megan, aunque intentó no extenderse demasiado.

—¡Increíble! Felicidades, amigo —musitó su amigo.

—Enhorabuena, Kirby. Me alegro mucho —murmuró Nimué. Cameron se acordó del resto de la familia.

—¿Y tus padres?

—Como locos con ella, ya los has visto. Mi madre se emocionó tanto cuando la conoció, que tuvimos miedo de que le diera un ataque. Ninguno nos lo creemos todavía —aseguró.— Bueno, ahora contadnos lo de Cedric.

—Nos sorprendió mucho—aseguró Nimué—, yo me enfadé mucho con él.

—¿Con Cedric? —preguntó Kristel, extrañada.

—Sí. —Cam hizo una mueca porque ahora que lo pensaba, todo lo

que les había pasado era algo difícil de explicar—. Cariño, es mejor que lean la carta primero.

—¡Ah!, es verdad. —Nimué cogió un libro que había dejado sobre una mesita para cuando llegaran, y sacó un papel doblado que alisó con cariño. Alargando el brazo, se lo entregó.

—Es una carta que Cedric nos dejó. Leedla, estaba en la caja fuerte. —Kirby la cogió, pero dudó antes de abrirla.

—¿Estáis seguros de que queréis que la leamos? ¿No será… —titubeó, algo poco frecuente en él, pero nunca le había gustado meterse en los asuntos íntimos de los demás— demasiado personal? —Kristel puso los ojos en blanco haciendo sonreír a la pareja de enfrente.

—Cariño, si nos dicen que la leamos…

—Léela, Kirby —insistió Cam.

—Está bien.

Cam y Nimué tuvieron que esperar muy poco, antes de que los dos lo hicieran.

—¡Son excelentes noticias! —aseguró Kirby—. Que exista un modo de detener a Lilith, aunque consiga reencarnarse, es un descubrimiento muy importante.

—Sí. —Nimué sacó otro documento, mucho más antiguo, del mismo libro—. Esto es para ti, Kristel. Es el pergamino del que habla en la carta. —Ella lo cogió y lo estudió superficialmente. Kirby le echó un vistazo, pero hizo una mueca porque para él era un galimatías. Sonrió.

—Disfrutará descifrándolo. Ya sabes cuánto le gustan estas cosas.

—Sí. Cuando era solo una niña, sorprendió a su padre cuando ella sola empezó a aprender el idioma antiguo. —Sonrió con tristeza al recordar a su amigo y Cam apretó su mano suavemente—. Él siempre decía que sería más inteligente que él. ¡Ojalá pudiera ver en la mujer tan fuerte en la que se ha convertido! —Deseó. Kristel levantó la mirada al escucharla y sonrió distraída porque su atención estaba captada por el pergamino y bajó la mirada a él de nuevo. Pero Kirby tenía más preguntas.

—Menos mal que lo habéis encontrado vosotros —dijo Kirby, señalando el documento que Kristel seguía estudiando.— Si hubiera caído en las manos indebidas… —Cam sonrió de medio lado.

—Cuando llegamos a la casa, nos encontramos al sobrino de Cedric intentando abrir la caja. Entonces pensé que sería para robar el dinero que hubiera dentro, pero ahora estamos seguros de que iba de parte de *La Hermandad.* Por eso decidimos venirnos al día siguiente a esta casa y cerrar aquella, pero antes llevamos a la antigua sirvienta de Cedric a su casa, no queríamos que siguiera allí por si enviaban a algún agente a buscar el pergamino.

—¿No sabéis cómo llegó a manos de Cedric?

—No. Yo nunca le había oído hablar sobre él. Ni siquiera sabía que estaba tan interesado en Lilith —confirmó Nimué.

—Necesitaré algunos de los libros que he dejado en casa —murmuró Kristel con la frente arrugada, y Kirby negó con la cabeza y le dijo:

—Sabes que, de momento, no podemos volver —le murmuró.

Nimué, al ver la expresión tozuda en el rostro de su ahijada, les sugirió que descansaran un rato hasta la hora de la comida. Kristel se guardó el documento en el bolso con un suspiro, antes de levantarse acompañando a Kirby. Cam y Nimué, después de observar cómo se marchaban, abrieron el ventanal y salieron al jardín a dar un paseo. Tenían tiempo hasta la comida.

Capítulo 17

—Buenos días, Stevens. ¿Está en el despacho? —El mayordomo aceptó el abrigo de Kirby, antes de contestar:

—Sí, señor —asintió, flemático.

—Gracias. No es necesario que me acompañes.

Killian le había oído llegar y estaba de pie esperándolo. Después de saludarlo, le preguntó:

—¿Por fin os habéis quedado en casa de Cameron?

—Sí. Ha sido muy amable.

—Cameron y tú sois buenos amigos; además de que ahora, por lo que he oído, sois casi familia. —Kirby parecía incrédulo.

—Tenía que haberme imaginado que ya sabrías lo suyo con Nimué. —Killian se encogió de hombros en silencio.

—No parece que hayas dormido mucho. —Kirby sacudió la cabeza.

—Estoy demasiado preocupado. —Se sentaron frente a frente con el escritorio separándolos.

—Después de leer tu telegrama, no me extraña, aunque no tengo toda la información. Cuéntame qué fue exactamente lo te dijo tu amigo que te hizo temer por la vida de tu familia.

Kirby asintió.

—Por casualidad, Marcus escuchó a dos compañeros de su comisaría diciendo que Violet Dixon podría estar escondida en mi casa, y que estaban esperando la confirmación para ir a buscarla. Teniendo en cuenta que casi nadie sabe, todavía, que es mi hermana, esa orden solo puede haber partido de*l Maestro*. Es posible que alguno de sus agentes viera a Dixon echando la carta que te escribió, al buzón.

—Puede ser.

—Marcus me aconsejó que enviara lejos a Violet, a un lugar que no conociera nadie, preferiblemente fuera de Irlanda y que lo hiciera cuanto antes. Dice que en Cork corre el rumor de que *La Hermandad* pagará una recompensa desorbitada a quien les entregue, viva, a mi hermana.

—Joder —musitó Killian.

—Así que no solo la buscan esos hijos de puta, sino todos los

criminales de la ciudad. Si dejo que vuelva a casa, la secuestrarán y no volveremos a verla, estoy seguro. Y, además —murmuró con las pupilas al rojo vivo por la rabia que sentía—, me preocupa la seguridad de Kristel y de mis padres, y de todos los que trabajan para nosotros y que viven en casa. Seguimos teniendo los cuatro escoltas que me envió Fenton, tal y como acordamos, pero ¿hasta cuándo serán suficientes?

—Estoy de acuerdo con tu amigo el policía en que la única solución parece que ella se vaya lejos y…

Kirby lo interrumpió:

—Lejos y con alguien que ellos no asocien a Violet; que no tenga relación habitual conmigo o con mi familia.

—¿En quién has pensado? —Sentía curiosidad.

—Te confieso que he estado dándole vueltas toda la noche, hasta que he tomado una decisión. Esta mañana he discutido con mis padres; ellos insistían en llevarse a Violet a la casa que tenemos en Escocia, pero les he dicho que con eso solo conseguirían ponerse en peligro ellos y también a Violet.

—Tarde o temprano, los agentes de *La Hermandad* irán a tu casa y a la de tus padres, incluso vigilarán las viviendas de tus amigos más cercanos, seguro que lo hacen con esta. —Hizo un gesto con la mano señalando la casa—. No pararán hasta dar con tu hermana. Es demasiado importante para ese loco de Sanderson.

—¿Has conseguido averiguar algo más sobre él?

—Devan y Cian creen que se hizo pasar por sobrino de un bibliotecario del Enigma que, al parecer no tenía familia, para heredar sus propiedades.

—¿Cómo lo hizo?

—He enviado a alguien a investigarlo, pero tuvo que falsificar la partida de nacimiento y el testamento. Si no, no veo cómo podría haberlo hecho. Volviendo a tu hermana… ¿qué has decidido?

Kirby se irguió y contestó con la firmeza que Killian siempre había admirado:

—Imagino que deberá permanecer escondida durante un tiempo largo, hasta estar seguros de que ya no es el principal objetivo de esos salvajes. —A pesar de lo bien que se conocían, Killian no tenía ni idea de qué nombre le iba a decir—. Por supuesto, el mayor problema ha sido decidir a quién confiar la vida de mi hermana. Tiene que ser alguien cuya lealtad y valentía sea incuestionable y con el que yo no tenga amistad, al menos aparentemente.

—¿Me estás diciendo que vas a poner la vida de tu hermana en manos de un extraño?

—No del todo.

—Kirby, dilo ya —suplicó.

—Creo que el indicado es Stuart. —Al ver que no sabía a quién se refería, aclaró—:

El coronel. —Killian no entendía el porqué de esa elección y Kirby intentó explicárselo—: Tú mejor que nadie sabes que ayudó a Fenton a encontrarlas, algo por lo que siempre les estaré agradecido a los dos. El caso es que, aunque no conozco bien los detalles, creo que durante el viaje, ocurrió algo entre Violet y Stuart.

—¿Estás seguro? —Killian ya conocía al coronel cuando perdió a su mujer estando embarazada y sabía cuánto le había afectado su muerte. Tanto, que juró no volver a relacionarse con ninguna mujer, pero Kirby no tenía dudas.

—Sí. Cuando están juntos, saltan chispas entre ellos y antes de volver a Dublín, Stuart habló conmigo. Me pidió que lo avisara en cualquier momento, si Violet lo necesitaba. Prácticamente me lo suplicó. —Arrugó la frente—. ¿No te parece bien? ¿Tienes algo en contra suya?

—¡Por supuesto que no! El coronel cumple todos los requisitos que has pedido y muchos más, pero ¿sabes lo de su mujer?

—Sé que murió hace muchos años, pero no conozco los detalles.

—Fue terrible y, cuando ocurrió, juró no volver a enamorarse nunca. Tu hermana debe de ser una muchacha notable.

—Lo es —reconoció, orgulloso, aunque a continuación hizo una mueca—, y también muy cabezota, es igual que mi madre. Antes de que Stuart se marchara debieron de discutir porque, desde entonces, Violet no quiere hablar de él. Le he preguntado varias veces qué les pasó, pero se niega a contármelo. —Al ver la sonrisa burlona de Killian, sus labios se relajaron formando otra—. No te rías, es frustrante que tu hermana pequeña no te haga ni caso.

—¿No me digas que ya habéis discutido?

—¡¡Qué va!! Ella no discute, al menos conmigo. Se limita a quedarse callada y a hacer lo que le da la gana. —A pesar de la situación, Killian no pudo evitar una risa por lo bajo.

—Eres muy afortunado —suspiró, con algo de envidia.— Me habría encantado tener una hermana, aunque fuera tozuda.

—Sí, lo sé. Por eso haré lo que sea. Lo que sea —recalcó con voz profunda— para protegerla y, después de pensarlo mucho, creo que Stuart es la mejor opción. Es que no se me ocurre nadie más.

—Está bien —suspiró Killian—. Déjame que le pregunte si quiere hacerlo; si es así, tendremos que buscar un lugar donde puedan vivir una temporada. Mientras, habla con Violet a ver qué le parece, porque tiene que estar de acuerdo. —La expresión de Kirby le dijo que había algo erróneo en su propuesta—. ¿Qué pasa?

—Que ya se lo he dicho y se niega a irse con él. Al principio ni siquiera aceptaba marcharse, dice que se niega a que vuelvan a

separarla de su familia.

—La entiendo —aseguró Killian.

—La verdad es que yo también —suspiró Kirby, pero enseguida su rostro volvió a endurecerse—, pero lo más importante para mí es su seguridad. Esta mañana he estado hablando con ella largo rato y por fin ha accedido a irse durante una temporada, pero con una condición, que no la acompañe Stuart. Admite cualquier otro acompañante, incluso un desconocido. —Killian arqueó una ceja, sorprendido, y contestó, muy serio:

—Pues si los dos creemos que Stuart sería el mejor para el puesto, habrá que engañarla para que crea que va con otro, ¿no te parece?

—Por eso te he dicho antes que haré lo que sea para protegerla.

—Bien, entonces estamos de acuerdo. Ahora solo nos queda organizar su partida en el menor tiempo posible y con discreción. —Kirby se reclinó en la silla, relajado por primera vez en días, sabiendo que habían tomado la mejor decisión—. En cuanto te vayas, me acercaré a casa de Stuart.

—Una última cosa.

—Dime.

—Creo que tenemos que hacerlo en la fiesta.

—Habrá mucha gente… —imaginó la escena durante unos momentos perfectamente— y el lugar es muy grande. Será fácil hacerlos desaparecer entre tanta gente. El mejor momento será cuando nombre a los nuevos eruditos, entre los que está tu mujer; todos los invitados estarán mirándolos a ellos y no a una pareja que se marche de la fiesta discretamente.

—Cierto.

—Bien. Ahora, vamos a los detalles.

~

FENTON, vestido completamente de gala dejó de pasearse impaciente, al escuchar abrirse la puerta de su dormitorio. Megan le había expulsado de sus propios dominios hacía más de una hora, entre besos y risas, asegurándole que si no la dejaba terminar de arreglarse, no llegarían a tiempo para reunirse con Killian antes de la fiesta. Conteniendo la respiración observó a la majestuosa criatura que se acercaba lentamente a él con una sonrisa misteriosa, igual que si Mona Lisa hubiera vuelto a la vida. Se detuvo frente a él y ladeó la cabeza, curiosa, ya que no recordaba haberle visto nunca una expresión semejante en el rostro.

—¿Qué te pasa? —Estaba impresionado por el esplendor que irradiaba su mujer; así la consideraba para sus adentros sin necesidad de ceremonia ninguna.

Habían comprado el vestido para la ceremonia de esa noche; estaba confeccionado en raso de color zafiro y se ajustaba al cuerpo de Megan como un guante. El escote cuadrado dejaba ver más porción de piel de la habitual, llegando hasta el nacimiento de sus pechos. La modista lo había ajustado a la delgada cintura de Megan, dejándolo caer desde ahí hasta el suelo con un pequeño vuelo, que le daba un aspecto muy elegante. Las mangas, ceñidas a los brazos, llegaban hasta la mitad de las manos, siguiendo la moda que había llegado de París. Megan se había recogido el pelo en un moño sencillo y favorecedor, y llevaba, como única joya, una delicada cadena colgada al cuello, regalo de su hermana.

Fenton cogió el estuche de madera que guardaba en su abrigo y que procedía de la mejor joyería de Dublín, y se lo entregó. Lo miró incrédula y preguntó:

—¿Cuándo lo has comprado? —Él se encogió de hombros, pero insistió—: Fenton, es imposible, si no nos hemos separado…

—Hace unos días tuve que salir a arreglar unos asuntos, ¿lo recuerdas? —La había dejado en la cama, avisándole de que tardaría un par de horas en volver. Bart y Jake se quedaron vigilando la casa.

—¿Y fuiste a comprar esto?

—Sí. Ábrelo, por favor. —Obedeció y se quedó boquiabierta al ver los pendientes y la pulsera; alargando la mano, acarició una de las aguamarinas—. ¿Te gustan? —Afirmó con la cabeza porque no confiaba en su voz—. Quiero que tengas un recuerdo de nuestra primera fiesta juntos. Además, estamos prometidos, he pensado que podemos considerar que la pulsera es de pedida. —Ella pestañeó para alejar las lágrimas.

—¿Y los pendientes? —Se encogió de hombros.

—No pude resistirme a verte con ellos puestos. —Como no se movía, preguntó en voz baja—: ¿No te gustan? —Megan tuvo que carraspear para poder hablar.

—Claro que sí. Son preciosos. Gracias. —Le besó en la mejilla. Él cogió la pulsera y se la puso cuidadosamente, después hizo lo mismo con los pendientes. Cuando terminó, se miraron intensamente durante unos segundos.

—De nada, cariño. ¿Eres consciente de que estamos prometidos oficialmente?

—Sí. —Sonrió.

—Estoy seguro de que vas a ser la mujer más bella de la fiesta. —Se rio, incrédula, y puso sus manos sobre los hombros masculinos para darle un beso prometedor.

—¡Adulador! —Se volvió para recoger el bolso y los guantes, pero él la siguió con una pícara sonrisa.

—¡Eh!, con ese minúsculo beso no puedo aguantar hasta que

volvamos a casa —se quejó, haciéndola reír. Inesperadamente, se volvió hacia él y apoyó la mano en su pecho.

—Te prometo que, cuando volvamos, te compensaré.

—Está bien, pero necesito un adelanto. —Acto seguido, se lo cobró mediante un beso largo y apasionado—. Si no fuera tan importante la ceremonia de hoy, te aseguro que nada ni nadie podría sacarnos de aquí —prometió en voz baja, con un gruñido retumbando en su pecho—. Daría cualquier cosa porque pudiéramos quedarnos en casa. Tú y yo solos. —Le robó otro beso.

—Cariño, tenemos que irnos —murmuró con un suspiro, mientras Fenton acariciaba su clavícula.

—Lo sé. —Se apartó de ella a regañadientes—. Vamos, seguro que Bart y Jake ya están abajo. —Habían quedado en pasar a recogerlos para ir todos juntos.

Sus amigos estaban esperándolos en el portal del edificio, que era uno de los más modernos de Dublín. Fenton lo había comprado hacía poco porque estaba bien situado y era muy práctico para un soltero; resultaba perfecto para él, pero eso era antes de que Megan apareciera en su vida. Todo había ocurrido tan deprisa, que no habían tenido tiempo de buscar otro lugar más adecuado para los dos, pero lo harían más adelante.

Pocos minutos después, los cuatro viajaban en carruaje en dirección a la destilería Jameson, el sorprendente lugar donde se iba a celebrar la ceremonia.

—¿Y Bruce? —Jake Kavannagh sacudió la cabeza alegremente en dirección a Fenton.

—No puede venir. Estaba explicándoselo a Bart. Me ha enviado un telegrama, pero no especifica por qué; solo dice que le ha surgido un imprevisto. —Bart arqueó una ceja, con expresión pícara.

—Es posible que Lindsey Barry le esté entreteniendo más de lo que todos esperábamos —bromeó, ganándose una mirada airada de Jake.

—Sabes que él no faltaría por ella. —Estaba muy serio—. No. Ha pasado algo… algo que le preocupa lo bastante para no venir. Pero no tengo ni idea de qué puede ser.

Bart, para alejar la preocupación de la mente de su amigo, se dirigió a Megan:

—Imagino que Fenton ya te lo habrá dicho, pero estás guapísima. —El aludido arqueó una ceja y Jake se unió a su amigo.

—Desde luego. Vas a ser la más guapa de la fiesta.

—¿Lo ves? —Fenton estaba de acuerdo y les agradeció los piropos.

—Muchas gracias, caballeros. Pues dejadme que os diga que vosotros también estáis muy guapos. —Fenton entornó los ojos aparentando ponerse celoso y haciendo que todos rieran—. Aunque, como es lógico, mi prometido es el más elegante y guapo de los tres.

Bueno, de todos. —Fenton se esponjó visiblemente y sus amigos siguieron riendo. Fue entonces cuando Jake se atrevió a exponer algo que quería decirle desde que la conoció:

—Ariel —los tres lo miraron alarmados por el descuido de haber dicho su nombre en clave y él rectificó enseguida—, perdón… Megan, quería decirte que todos pensamos que eres extraordinariamente valiente y que es increíble que, en pocos meses, hayas conseguido mucho más que la mayoría de nosotros en años —susurró. Todos sabían que no podía decir mucho más, pero para ella fue suficiente—. Ninguno de nosotros había conseguido, nunca, infiltrarse en la casa de*l Maestro*.

—Gracias, Jake. —Sabía que tenía las mejillas ruborizadas, aparte de por las palabras de Jake, por la mirada orgullosa de Fenton—. Aunque suene raro, creo que el hecho de ser mujer actuaba a mi favor, porque nunca habrían pensado que fuera un agente. —Jake abrió la boca para decir algo, pero el coche se detuvo. Fenton acercó la cabeza al cristal de la ventanilla y avisó:

—Hemos llegado a la primera barrera.

—No os mováis, conocemos a los chicos que están de vigilancia. Bajaremos para que nos dejen pasar enseguida. —Bajó del coche acompañado por Bart. Megan los observaba fascinada.

—¿Van siempre juntos?

—Sí. En el colegio ya eran inseparables.

—¿Y tú?

—Los tres somos muy amigos.

—Pero lo de ellos es distinto. —Megan vaciló porque no pretendía ser indiscreta—. Su unión… es especial, ¿no? —él asintió en silencio. No le correspondía a él hablar sobre ello, pero antes de que pudiera explicárselo, lo besó en la boca inesperadamente—. Me gusta que seas tan leal —susurró, cambiando de tema, maravillándolo aún más.

Cuando atravesaron la última barrera, el carruaje volvió a detenerse y les dijeron que tenían que bajar porque los pocos cientos de metros que había hasta el lugar de la fiesta, tenían que recorrerlos caminando. Megan, que iba cogida del brazo de Fenton, se dio cuenta del respeto con el que lo saludaban los guardias.

—Parece que está todo muy bien organizado —le dijo. Él le dio un apretón cariñoso en la mano que tenía sobre su brazo.

—Killian lleva meses preparándolo. Solo le faltaba encontrar el sitio.

—Y al final lo encontró Cian.

Por fin llegaron al lugar donde, desde ese momento, se reuniría habitualmente el nuevo Consejo de Eruditos y donde estarían custodiados los escritos más valiosos de su comunidad.

—Es impresionante —murmuró Megan. Fenton observó despacio el

enorme recinto, fijándose en todo y en todos, y ambos dejaron los abrigos a dos muchachas que esperaban para llevárselos. Bart y Jake les dijeron que no, porque tenían que volver a salir en pocos minutos.

La nave tenía forma de gran rectángulo y sus paredes eran de hormigón. Pero lo más impresionante eran los techos.

—¿Qué altura tienen? —preguntó Fenton a sus amigos.

—Unos siete metros —contestó Jake.

Todos se quedaron mirando las cuatro poderosas vigas de hierro de color rojo que cruzaban el techo de lado a lado. De cada una de ellas colgaban dos grandes lámparas de araña de aspecto romántico, cuyo contraste con la apariencia industrial de las vigas, hacía que fuera casi imposible apartar la vista del conjunto. En el centro de la sala había una gran mesa cubierta por un largo mantel rojo, sobre el que varios camareros estaban colocando numerosos platos de comida y bebida. Enfrente de ellos, al fondo, había numerosas filas de librerías, vacías todavía, donde imaginaron que estaría la biblioteca y unos metros más cerca, unos obreros estaban colocando una plataforma.

Sin avisar, alguien le dio a Fenton una fuerte palmada en el hombro provocando que se volviera con los ojos entornados, para saber quién había sido el gracioso. Pero no pudo evitar la sonrisa al ver a Al y Buck, los irreverentes gemelos que trabajaban para Cian y que, desde la amenaza de *La Hermandad,* solían cuidar de Amélie. Así que supuso que Cian y ella estarían cerca.

—¡Sigues igual de bruto, Al! —Estrechó su mano con una sonrisa y luego hizo lo mismo con su hermano. Después, se los presentó a Megan.

—Querida, estos son Al y Buck. Ten cuidado con ellos, que son dos elementos peligrosos. Esta es Megan Campbell y ojito con intentar nada con ella porque es mi prometida —bromeó haciéndolos reír, encantados. Como esperaba, se dirigieron a Megan derrochando encanto, provocando que ella les correspondiera con una sonrisa admirada.

Eran igual de altos que Fenton, pero ahí terminaba el parecido; mientras que la figura de él era estilizada, incluso elegante, ellos eran mucho más anchos, pareciendo fuertes como toros. En cuanto al pelo, el de Fenton era rubio y lo llevaba largo, rozándole los hombros, y ellos lo tenían negro y muy corto. Y sus ojos eran muy azules, casi transparentes.

—Señorita Campbell, es un placer —recitaron uno detrás de otro, inclinándose para besarle el dorso de la mano. Fenton los observaba con una sonrisa divertida y, cuando Buck terminó de desplegar su encanto como si fuera un pavo real, lo apartó con suavidad, pero firmemente.

—Bueno, ya está. ¿No tenéis que proteger a Amélie? —preguntó,

irónico, cuando la voz de la aludida llegó hasta sus oídos.

—¡Fenton! ¡Cuánto me alegro de verte! —Megan observó a la sonriente mujer que caminó hacia ellos y que, después de dar un cariñoso beso a Fenton y de saludar a Bart y Jake, que todavía no se habían marchado, se presentó directamente. Alargó la mano para estrechar la suya y dijo—: Imagino que eres Megan. —Sus ojos brillantes y su sonrisa provocaron otra en Megan—. Yo soy Amélie. —Se inclinó sobre ella y susurró—: Soy tu mayor admiradora. —Fenton la regañó entre dientes:

—¡Amélie! —La muchacha le dedicó una rápida mirada en la que cualquiera podía leer que no sentía su falta de discreción. Volvió a mirar a Megan sin hacer más caso de Fenton.

—¡Qué ganas tenía de conocerte! Lee me ha hablado mucho de ti, dice que eres una de las mejores alumnas que ha tenido y él no suele decir cosas como esa. Por cierto, esta noche está aquí. —Fenton se sorprendió al ver que Megan abría los ojos con placer y miraba a su alrededor, antes de decir:

—¿Dónde está? —Amélie la cogió por el brazo.

—Ven. —Echó a andar hacia su derecha, arrastrando a Megan, y Fenton las seguía. Bart y Jake le hicieron un gesto para avisarle de que iban a echar un vistazo por los alrededores—. Killian y Cian nos estaban enseñando a Gabrielle, a Lee y a mí, todo esto. —Amélie los guio hacia una puerta de madera que estaba abierta, por la que entraron en una habitación llena de archivadores y con algunas mesas y sillas apoyadas contra una pared—. Estas son las antiguas oficinas del complejo. Killian cree que los eruditos las pueden utilizar. —Levantó un poco la voz para decir—: ¡Mirad a quiénes me he encontrado!

—¡Megan! —Gabrielle se acercó a ella, saliendo del corro formado por ella, Killian, Cian y Lee.

Después de saludar a los demás, Megan se acercó a Lee, al que había dejado adrede para el final y, juntando las palmas de las manos, las colocó delante de la barbilla y se inclinó ante él respetuosamente; el anciano, muy serio, imitó su gesto. Cuando se irguieron de nuevo, Lee la saludó a su manera en medio del silencio de sus amigos que disfrutaban del momento:

—Es bueno que hayas vuelto, querida alumna. —Cogió su mano brevemente y la apretó durante un instante, soltándola a continuación. Megan apreció el gesto porque Lee nunca la había tocado, excepto para ayudarle a colocar correctamente las manos o los pies, mientras le había enseñado kung-fu.

Killian sintió interrumpirlos, pero se les acababa el tiempo.

—No quiero ser descortés, pero me gustaría hablar con Fenton y Megan a solas. —Los demás salieron de la habitación sin preguntar.

Killian se apretó la nuca como si le doliese y, no por primera vez, Megan pensó que no le gustaría estar en su lugar—. Los invitados llegarán dentro de poco, de modo que no tengo tiempo para ser cuidadoso… Si no me equivoco, todavía no sabéis que Violet corre un gran peligro; Kirby se ha enterado de que la policía iba a ir a su casa a por ella en cualquier momento y que *La Hermandad* había ofrecido una recompensa por ella; en cuanto lo supo, decidió venir con su familia a Dublín y alojarse en un lugar discreto. —Sus ojos estaban fijos en Megan.

—¿Por qué la busca la policía? ¿Y cómo saben que está en casa de Kirby? —susurró Megan, preocupada.

—La mayor parte de los policías son corruptos y gracias a la denuncia que hizo Dixon antes de morir, tienen una excusa para buscarla. Después, si consiguen dar con ella, se la entregarán a*l Maestro*. En cuanto a cómo han averiguado dónde estaba… —se encogió de hombros— no estoy seguro, aunque tengo alguna sospecha.

—¡Dios mío! —Megan palideció y Fenton cogió su mano para tranquilizarla y preguntó a su jefe:

—Seguro que tienes un plan —Killian afirmó con gesto grave.

—En realidad ha sido idea de Kirby, yo solo he completado los detalles. Ambos estamos de acuerdo en que la única oportunidad para Violet es que se vaya a algún lugar remoto, acompañada por alguien de confianza que *La Hermandad* no asocie con ella. Por supuesto, no puede ser ningún miembro de su familia ni un amigo cercano. Kirby ha pensado en…

Fenton se le adelantó:

—En Stuart —aseguró, firmemente. Killian lo miró, sorprendido.

—Exacto.

—¿Cómo está Violet? —preguntó Megan—. Pobrecilla, estará muy asustada…

—Eso no lo sé, pero se niega a irse con él. Al parecer, han discutido. Durante un momento, Kirby y yo pensamos engañarla para que creyera que iba con otra persona porque Violet accedió a irse con cualquier otro, pero enseguida nos dimos cuenta de que eso no saldría bien. Van a viajar los dos solos y Stuart no puede estar siempre pendiente de que ella no se escape. Si Violet no está convencida de que esto es lo mejor para ella y le ayuda, tarde o temprano, *La Hermandad* la encontrará. Y si lo hacen, no le harán daño solo a ella, pueden herir a cualquier miembro de su familia, a los criados… tú lo sabes mejor que nadie. —Se quedó mirando a Megan, que se había puesto pálida.

—Y quieres que yo intente convencerla…

—Sí. Kirby me ha dicho que eres la única a la que hace caso. Que

confía en ti. —Megan miró a Fenton.

—Cariño, yo hablaría con ella. Sé que la última vez dijiste que no lo harías más, pero… —Ella pensaba lo mismo.

—Lo haré. —Killian respiró aliviado.

—Ella y su familia entrarán por la puerta de atrás y Violet se quedará en una habitación que hay junto a la entrada, cambiándose de ropa, mientras que el resto se deja ver en la fiesta; ese es el único momento en el que podrás hacerlo porque vamos justos de tiempo.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Fenton.

—Tengo dos hombres custodiando un carruaje con sus maletas a poca distancia de aquí. Cuando Violet y Stuart estén disfrazados, saldrán acompañando a Cian y Amélie como sus criados y los acompañarán en su coche hasta el suyo. Amélie aparentará que le ha dado un mareo para tener una excusa para marcharse.

—De acuerdo —aceptó Megan. Pero Killian todavía no había terminado y miró a Fenton.

—Mientras, necesito que tú te encargues de otra cosa —su amigo asintió, sin dudar.

—Claro.

—Creo que Cam no es consciente de que su padre va a estar aquí esta noche; según la costumbre, *el Guardián* tiene que firmar los nombramientos de los nuevos miembros del consejo.

—Joder —murmuró Fenton, conmocionado.

—Él y Nimué vienen con Kirby y los demás.

—Que asistan a la ceremonia es lógico, puesto que Kristel y ella están muy unidas, pero ¿cómo es que vienen todos juntos?

—Todos están en casa de Cam.

—Ya. —Aunque no lo entendía, no era el momento de preguntar por algo así. Ya se enteraría más adelante.

—Yo tengo que recibir y acompañar a los eruditos y no puedo hablar con él, así que tendrás que hacerlo tú. Me gustaría que se quedara, pero no quiero problemas esta noche. Ya tenemos bastante con todo lo demás —murmuró disgustado, pero decidido.

—Yo me encargo. Tranquilo. —Killian ladeó la cabeza ligeramente al escuchar ruido de voces y risas al otro lado de la puerta—. Son ellos, he reconocido la voz de Kirby. —Se levantó, pero antes de salir le puso la mano en el hombro a Megan—. Gracias, querida. Si no fuera tan importante, no te lo habría pedido. ¿Me acompañas?

Ella lo siguió después de intercambiar una mirada con Fenton.

Capítulo 18

Killian tenía razón, Kirby y su familia habían llegado. Kristel y él que estaban hablando con Cian y Amélie, interrumpieron su conversación, expectantes, al verlos llegar. Cam, Nimué y los padres de Kirby hablaban entre ellos, a pocos metros.

—Voy a acompañar a Megan —dijo Killian en voz alta, sin detenerse. Con ella agarrada a su brazo, giró a la derecha y se encaminó al otro extremo del salón. Cuando llegaron, pasaron bajo un último techo con forma de bóveda y, detrás de una celosía custodiada por Al y Buck, estaba Violet que pareció aliviada al verla.

—Os dejo solas. —Killian volvió sobre sus pasos para que pudieran hablar tranquilamente. Al y Buck se apartaron un poco para darles intimidad, aunque manteniendo siempre a Violet bajo su mirada. Megan y ella se abrazaron.

—Kirby me había dicho que estarías aquí —confesó en su oído; parecía muy nerviosa—. ¿Podemos hablar?

—Claro, para eso he venido. —La miró con cariño.

Mientras, Fenton había encontrado la manera de apartar discretamente a Cam y Nimué, de los padres de Kirby.

Cam, desde que había visto la cara de Fenton, sabía que pasaba algo. Hacía demasiados años que se conocían.

—¿Qué ocurre?

—Venid, por favor. —Señaló la habitación donde acababan de hablar con Killian. Cam asintió, apoyando suavemente la palma de la mano en la cintura de Nimué para que los acompañara.

En cuanto cerró la puerta, Fenton se lo dijo:

—*El Guardián* va a venir. —Nimué miró a Cam preocupada, pero él solo hizo un gesto de disgusto—. Mejor dicho, tiene que hacerlo.

—¿Por qué? —preguntó Nimué, mirándolos a los dos. Ante el silencio de Cam, Fenton volvió a hablar:

—Como juez supremo tiene que legitimar con su firma los nombramientos de esta noche; si no lo hiciera, cualquiera podría intentar invalidarlos. —Hizo una mueca porque sabía que Cam seguía demasiado dolido para ser racional.

—Ha faltado otras veces a otros actos al saber que iba a coincidir

conmigo. Pensé que, en este, por respeto hacia Nimué —inclinó la cabeza hacia ella— y hacia mí, no vendría. Porque estoy seguro de que ya sabe que estamos juntos otra vez. —Fenton lamentaba no opinar lo mismo.

—Lo de esta noche es demasiado importante para que tus padres no vengan. Cam, estamos en guerra y tenemos que parecer más unidos que nunca. —Se inclinó, acercándose a su amigo para que viera sus ojos—. Lo siento, pero si no puedes asistir a la ceremonia sin discutir con ellos, tendré que pedirte que te vayas. Aunque todos preferiríamos que te quedaras. —Nimué vio en el rostro de Cam que estaba a punto de cometer un error y apoyó una mano en su brazo para llamar su atención.

—Me encantaría asistir al nombramiento de Kristel, pero si quieres, podemos volver a casa. Ella lo entenderá cuando se lo explique. —Desarmado por su mirada, cogió la mano que mantenía en su barbilla y la besó.

—No podría hacerte eso. Sé cuánto significa para las dos, que tú estés aquí. —Miró a Fenton—. Nos quedamos y… me comportaré, Fenton. Te lo juro.

—Gracias —contestó con sinceridad y se marchó para darle la buena noticia a Killian.

Mientras caminaba hacia la puerta pudo ver, por el rabillo del ojo, que Nimué lo abrazaba por la nuca y él se inclinaba hacia ella para responder a su abrazo, escuchando algo que ella le decía al oído. Fenton cerró la puerta y se marchó sintiéndose mejor porque Cam, por fin, había conseguido volver junto al amor de su vida. Se lo merecía.

Violet estaba escuchando a Megan, cuando vio a Stuart a través de la celosía de madera.

—¿Por qué ha venido? —susurró. Megan miró hacia la puerta por donde Stuart, acompañado de otros dos vampiros, acababan de entrar. Sus amigos hablaban entre ellos, pero Stuart permanecía callado mirando hacia ellas. Aunque era imposible que las distinguiera desde tan lejos, parecía saber dónde estaba Violet y no dejó de mirar en su dirección hasta que Fenton, bendito fuera, llamó su atención y comenzó a hablar con él para distraerlo. Megan aprovechó el momento.

—Violet, mírame. Por favor —pidió, rozando su mano. En cuanto vio su rostro supo que lo que sentía por Stuart, era más profundo de lo que creía—. ¿Por qué crees que Kirby quiere que te marches? —Su boca se torció en un gesto amargo y contestó sin ambages:

—Sé que es por mi bien. Me ha enseñado la carta que envió… Joel antes de morir. —Inesperadamente, sus ojos se llenaron de lágrimas—. No me atrevo a decírselo porque sé que les haría daño, pero ¿sabes lo doloroso que está siendo todo esto para mí? Cuando tú me dijiste la

verdad sobre mi familia, los cimientos en los que se había apoyado toda mi vida desaparecieron. Y estaba empezando a acostumbrarme a mi verdadera familia, y si te soy sincera, intentando olvidar a mi supuesto padre, cuando Kirby me enseñó esa carta y me di cuenta de que no era tan malo, después de todo. Porque, para escribir algo así antes de morir, tenía que quererme un poco, ¿no? —Megan le apretó la mano con fuerza.

—Por supuesto que sentía algo por ti. Quería que encontraras a tu familia y que ellos te protegieran, que fueras feliz. —Sacudió la cabeza—. Yo creo que Joel Dixon te quería. A pesar de todas las cosas horribles que debió hacer en su vida, al final pensó en ti, en ayudarte. —Violet, llorando silenciosamente, asintió—. Y Kirby, tus padres, y todos los que te conocemos también queremos protegerte y que seas feliz.

—Ya lo sé —murmuró, acongojada—, pero, Stuart… —Megan esperó, pero ella no completó la frase.

—Cariño, no sé qué pasó entre vosotros y no quiero que me lo cuentes, pero en el viaje he visto cómo te miraba Stuart y cómo te trataba, y estoy segura de que haría lo que fuera por ti. —Al final, le dijo algo que no pensaba—: Violet, si supieras que tu familia también está en peligro… ¿no te marcharías con él si supieras que es lo mejor no solo para ti, sino también para ellos?

—Sí —confesó.

—Yo también lo haría. Ojalá yo hubiera podido proteger a los míos —se lamentó, sincerándose de verdad—. Su confesión consiguió que Violet se sincerara.

—La verdad es que tengo miedo de que, si los de *La Hermandad* no me encuentran en casa de Kirby, le hagan daño a él, a Kristel o a mis padres. —Sus pupilas estaban contraídas—. He tenido pesadillas en las que los asesinaban a todos. —Sus ojos enrojecidos se clavaron en su madre, Helen, que estaba con su marido y con Kirby a unos metros de ellas.

—Entonces, ¿tu obcecación por no irte con Stuart es solo una excusa por miedo a que hagan daño a tu familia si te marchas? —Boquiabierta, observó cómo murmuraba que sí—. No te preocupes por eso. Killian y los demás se encargarán de hacer que corra la voz para que en *La Hermandad* sepan que te has marchado. Además, creo que todos ellos se van a quedar una temporada en Dublín, hasta estar seguros de que todo está tranquilo. —Violet suspiró limpiándose algunas lágrimas que no pudo detener—. ¿Te marcharás con Stuart?

—No era mentira que preferiría irme con cualquier otro, pero haré lo que sea para proteger a mis padres y a mi hermano —afirmó, resuelta.

—Eres maravillosa. Es un honor ser tu amiga —sus palabras la

hicieron enrojecer—. ¿Estás preparada?
—Sí. —Se irguió en toda su estatura, transmitiendo una dignidad que Megan no le había visto antes—. Cuando quieras.
—Violet, recuerda que siempre podrás contar conmigo —prometió antes de besar su mejilla—. Quédate aquí, les diré que has aceptado.
Caminó eludiendo a los invitados que empezaban a llenar el recinto; casi todos llevaban una copa de las que repartían los camareros por todo el local. Además, en la mesa había todo tipo de comida para los que tenían hambre. Cuando estaba llegando al grupo, Stuart se adelantó unos pasos, parándose ante ella y le preguntó en un susurro:
—¿Puedo hablar con Violet? —Dudó durante un instante, pero después aceptó, consciente de que en unos minutos se marcharían solos y lejos, y era mejor que aclararan las cosas antes. Stuart le dio las gracias y se marchó hacia el lugar donde custodiaban a Violet.
Fenton se colocó a su derecha y la agarró por la cintura, rozando su sien con los labios.
—Sabía que tu magia funcionaría, brujita.
—Ha sido más fácil de lo que esperaba porque Violet había mentido a Kirby. El verdadero motivo para no marcharse era que temía lo que pudieran hacer a su familia los agentes de *La Hermandad,* si desaparecía. —Fenton la miró extrañado.
—¿En serio?
—Sí. Cuando le he asegurado que era lo mejor para todos, ha accedido. Creo que ha sido una liberación para ella.
—Ven, quiero presentarte a Cam y Nimué. —Se acercaron a la pareja y fueron muy amables, aunque a ella le pareció que ambos estaban un poco nerviosos.
—¿Qué tal ha ido, Megan? —le preguntó Killian que había aparecido de repente, con Gabrielle colgada de su brazo.
—Bien. Está de acuerdo.
—La ceremonia va a empezar en pocos minutos y el *Guardián* acaba de llegar. También ha entrado por la puerta de atrás. —Megan observó que Killian miraba a Cam, pero él no movió ni un músculo. Fenton dijo:
—Imagino que se irán durante la ceremonia.
—Sí, será el momento de mayor distracción. —Killian miró a lo lejos y vio a Kristel y a Kirby caminar hacia ellos, seguidos por sus padres—. Ya vuelven, habían ido a despedirse de Violet. Voy a por Kristel para llevarla con el resto de los consejeros. Es la única que falta. Gracias por todo, Megan. —Gabrielle murmuró algo a su marido para que esperara unos segundos, se inclinó hacia Megan y susurró:
—Estoy deseando que nos sentemos con una taza de café y que me cuentes tus aventuras. Tienen que haber sido muy emocionantes. —

Gabrielle transmitía tanta bondad que era imposible no sentirse a gusto con ella.

—Cuando quieras. —Después de una última sonrisa, la mujer de Killian se volvió hacia su marido que esperaba pacientemente, a pesar de la premura.

Minutos más tarde, los nuevos miembros del consejo esperaban al pie de una plataforma de madera de solo diez centímetros de alta. Después de una última mirada para comprobar que todo estaba en orden, Killian se subió a ella y pidió la atención de las decenas de invitados que hablaban entre ellos, creando un murmullo constante en el salón provocado por las risas y el entrechocar de copas.

—Buenas noches. —Esperó unos segundos hasta que estuvo seguro de que todos lo miraban y, solo entonces, comenzó a hablar. Fenton, que había visto el discreto movimiento de Killian hacia uno de los agentes de *La Brigada*, que aparentaba ser camarero, susurró en el oído de Megan:

—Ahora se irán. Lo harán por la puerta de atrás, para que nadie los vea.

—No he podido despedirme de Violet —se lamentó.

—Lo sé, cariño, pero volveréis a veros. —Ella también estaba segura.

Cam había pegado su cuerpo al de Nimué para protegerla de los numerosos invitados que los rodeaban; al sentir que se ponía rígido, buscó la razón. A pocos metros de ellos, mirándolos fijamente, estaban sus padres, casi con el mismo aspecto que cuando los conoció tantos años atrás. Sin embargo, sus miradas no parecían tan duras y acusadoras como entonces, o puede que fuera ella la que había cambiado. En cualquier caso, habían dejado de intimidarla. Como estaba agarrada al brazo de Cam, lo apretó suavemente con su mano y él inclinó la cara hacia ella intentando sonreír.

—Esa sonrisa es un poco lamentable —susurró para no molestar a los demás, que escuchaban el discurso de presentación de Killian. Sus palabras transformaron su sonrisa en otra más sincera.

—¿Te he dicho esta noche que te quiero? —preguntó, maravillado. Una anciana vampira que estaba detrás de ellos, le chistó para que se callase. Nimué se tapó la boca con la mano para no soltar una carcajada, pero volvió a susurrar a través de sus dedos:

—No, pero mejor me lo dices más tarde.

Entonces, volvieron a prestar toda su atención a Killian.

—… por todas esas razones, nuestra sociedad ya no podía esperar más tiempo para volver a tener un Consejo de Eruditos; porque sin el conocimiento de la ciencia, las artes y la cultura en general, no existiría la civilización tal y como la conocemos, y es nuestra obligación como comunidad seguir profundizando en esos

conocimientos. Por todo eso, es un inmenso honor presentaros a los nuevos miembros del consejo. Aunque solo hemos conseguido cubrir siete de los diez asientos disponibles, seguiremos buscando los miembros adecuados para los tres que se han quedado vacantes. —Mientras todos aplaudían, Killian miró hacia atrás, sonriendo, y le hizo un gesto a Kristel que le devolvió la sonrisa, a pesar de lo nerviosa que estaba—. Nombraré a los nuevos consejeros siguiendo el orden establecido por los antiguos; me han pedido que os diga que ninguno de ellos hablará esta noche, excepto Kristel Richards que lo hará al final, en nombre de todos. —Mientras cogía la primera toga y la insignia de la mesita donde estaban todas, no se escuchaba ni un murmullo en todo el salón—. La nueva consejera de Filosofía es Hipatia Germain.

Una mujer de pelo castaño, con gafas, de corta estatura y constitución frágil, subió a la tarima con dificultad; uno de sus compañeros le ofreció su ayuda, pero ella, con una sonrisa, le dijo que no era necesaria. Cuando estuvo junto a Killian todos los asistentes vieron que caminaba ayudada por un bastón. Killian le entregó la toga ceremonial y su insignia y la felicitó. Ella le dio las gracias y se bajó después de hacer una pequeña inclinación hacia el público cuando escuchó unos pocos aplausos.

—Niall O´Sullivan, se sentará en la silla de Historia.

El aludido, también llevaba gafas, pero era mucho más alto que Hipatia y actuó igual que ella. Después salieron Trevor Wilson, de Medicina y Biología, un pelirrojo de mediana estatura y mirada melancólica, y Frederick Gifford, un antiguo juez muy conocido, que se sentaría en la silla de Justicia y Ética, y que era el más anciano de todos; a continuación, subió a la tarima Oscar O'Brien, un vampiro alto y moreno de pelo largo, que le llegaba por debajo de los hombros y que recogió la toga y la insignia con una misteriosa sonrisa. Estrechó la mano de Killian y saludó al público con una inclinación de cabeza, bajando después a reunirse con sus compañeros; le siguió Angus Kelly que ocuparía la disciplina de Matemáticas, y que se trataba de un rubio de gesto serio y concentrado, algo más bajo que el anterior y que parecía estar deseando volver con sus libros.

Y por fin, llegó el turno de Kristel que subió a la tarima muy nerviosa y que recibió, sorprendida, un beso de Killian en la mejilla. Reaccionando deprisa, le dijo algo que lo hizo reír antes de bajarse de la plataforma, dejándola sola para que diera su discurso. Ella respiró hondo, miró la toga y la insignia que le habían dado y luego alzó la vista hacia Kirby que la observaba con ojos ardientes, seguro de que era imposible estar más orgulloso de alguien que él en ese momento. Durante unos segundos, sus miradas se anclaron la una en la otra, hasta que ella la apartó para dirigirse a los asistentes:

—Buenas noches. Antes que nada, quiero dar las gracias, en mi nombre y el de los otros consejeros, a todos los que han trabajado tanto, de una manera o de otra, para que llegara este momento. —Su mirada de nuevo bajó a su mano derecha, en la que tenía la insignia correspondiente a su disciplina—. Desde niña me acostumbré a ver una de estas insignias en mi casa, la que pertenecía a mi padre, Alexander Hamilton, que ocupó durante varios años la misma silla que yo, la de Lenguas Antiguas; le dedico este nombramiento a su memoria y a mi marido, Kirby Richards, sin cuyo amor, apoyo incondicional y generosidad, no estaría hoy aquí. Te quiero, Kirby. —Todos volvieron la mirada a Kirby que miraba a su mujer, intentando no emocionarse—. No hace demasiado tiempo, un buen amigo me recordó un pensamiento de Séneca que no practicamos demasiadas veces: «La verdadera felicidad es disfrutar del presente» —recitó, aclarando a continuación—: En realidad, la cita era mucho más larga, pero no quiero aburriros demasiado —aseguró, haciendo sonreír a los que la escuchaban—. Séneca tenía razón. Si nos dejamos llevar por el miedo de lo que pueda ocurrir en el futuro, nunca seremos felices con lo que el presente nos regale. Y yo, esta noche, soy muy feliz. A pesar de todo. —Miró de nuevo a Kirby, que tenía los ojos húmedos. Luego se despidió—: Una última cosa, todos los miembros del consejo os prometemos que trabajaremos sin límite, para que nuestra cultura vuelva a brillar como antiguamente. Gracias.

Killian subió de nuevo para hacer una última presentación y Cam apretó la mano de Nimué, imaginando de quién se trataba. Su madre se había quedado cerca de ellos y los miraba disimuladamente, de vez en cuando, pero su padre se había acercado a los nuevos consejeros y los fue saludando tranquilamente, según iban bajando del pequeño estrado.

—Y ahora, según la costumbre, *el Guardián* se dirigirá a vosotros.

El padre de Cam, que era igual que él, pero con cuarenta años más, inclinó la cabeza hacia Killian de forma regia y dijo:

—Buenas noches. Hacía mucho tiempo que no venía con tanta alegría a una velada, porque por fin vamos a tener un consejo que nos guíe e ilumine en estos tiempos oscuros —su voz tenía algo hipnótico—, y como siempre, porque es mi deber, estaré a su lado siempre que me necesiten. ¡Larga vida al consejo!

Todos lo miraron asombrados durante un instante, porque ya no había costumbre de gritar esa frase, pero después, todos, unánimemente, respondieron a su grito.

Fenton señaló con la barbilla con discreción hacia la puerta principal. Susurró:

—Mira. —Cian y Amélie habían vuelto a la fiesta. Caminaron hacia Kirby y sus padres que habían esperado inquietos su vuelta y hablaron

con ellos durante unos minutos; después de sus palabras, la familia de Violet pareció quedarse tranquila.

A pocos metros de ellos, *el Guardián,* que ya había refrendado oficialmente los nombramientos, y su mujer, se habían acercado a su hijo y Nimué, creando un momento de tensión que pasó desapercibido para el resto de los invitados. Cam pareció a punto de marcharse, pero Nimué le pidió, con un murmullo, que esperara; él lo hizo y escuchó en silencio lo que *el Guardián* tenía que decirle. Minutos después, sus padres abandonaron la fiesta.

La mayoría de los nuevos consejeros estaban acompañados por sus familias, orgullosas por el honor conferido a su hijo, hermano o esposo; algunos hablaban entre ellos sobre el trabajo que les esperaba o simplemente se presentaban. El resto de los asistentes estaban casi igual de eufóricos, ya que aquella fiesta le recordaba otras celebradas en tiempos mucho más pacíficos. El vino y el champán corría por la fiesta sin control, al igual que las risas y las conversaciones de tono cada vez más elevado. Killian, siguiendo el plan, volvió a subirse a la tarima y pidió silencio. Megan, miró a Fenton que sonreía discretamente, y le susurró:

—No he vuelto a ver a los amigos de Stuart.

—Se han marchado en cuanto han visto que todo ha ido bien.

—¿Qué crees que va a hacer Killian?

—No me ha dicho nada, pero seguramente este es el momento en el que se va a asegurar de que los agentes de *La Hermandad* no busquen a Violet en casa de Kirby o de sus padres.

—¡Amigos! —tuvo que decirlo tres veces para que le prestaran atención—. ¡Esto es importante! Creemos que existe la posibilidad de que Áurea, la querida hermana del juez Richards que desapareció hace cerca de veinte años cuando era un bebé, siga con vida. —Todos contuvieron el aliento—. Si alguno de vosotros sabe algo sobre ella, cualquier cosa, os ruego que os pongáis en contacto con su hermano o conmigo. La familia está dispuesta a entregar la suma de 1000 libras a la persona que le dé cualquier información que los ayude a encontrarla. Gracias y buenas noches.

El silencio duró solo unos segundos antes de que todos se volvieran locos, hablando unos con otros apasionadamente. Fenton se volvió hacia Megan y dijo:

—Es un genio.

Capítulo 19

—Esto es precioso.

Estaban sentados en uno de los bancos que había cerca del lago, rodeados de flores, arbustos y árboles. Hacía más de dos semanas que habían asistido a la ceremonia de nombramiento de nuevos miembros del consejo, y tres días que habían venido a visitar el hogar de los Strongbow.

—Sí. —Fenton miraba las montañas con el brazo izquierdo sobre los hombros de Megan.— Siempre que vuelvo, siento que este lugar me da la bienvenida.

—Eres muy afortunado por haberte criado aquí.

—Es cierto.

—Y por tu familia —él asintió con una gran sonrisa en el rostro. Le llenaba de orgullo ver cómo habían recibido todos a su velisha—. Y se te cae la baba con tu sobrina —acusó, cariñosamente.

—Nunca lo he negado. En cuanto cogí en brazos a la pequeña Alona, se quedó con un trocito de mi corazón.

—No veo el momento de verte con uno de nuestros hijos en brazos. —No se dio cuenta de lo que había dicho, hasta que vio que las mejillas de él enrojecían y su nariz se dilataba por la emoción.

—Pero eso no será hasta… —preguntó.

—Hasta dentro de un tiempo —contestó vagamente, regañándose a sí misma en silencio por hablar sin pensar; al ver su gesto de decepción, susurró—: No demasiado, te lo prometo.

—Eres maravillosa, pero quiero que cumplas tus deseos antes. Los hijos lo cambian todo. —Dándole un pequeño beso en la nariz, miró hacia la casa—. Al menos, nuestras habitaciones están en el ala de los invitados. Es como si estuviéramos en otra casa.

—Brianna es inteligente.

—Sí, y tiene un gran corazón.

—Parece estar pasándolo mal por lo de Lilly. —Fenton se sorprendió.

—¿Te has dado cuenta?

—Claro.

—No le gusta que se vaya tan lejos a estudiar. Cree que es

demasiado joven, pero Lilly ha insistido tanto que Brianna ha aceptado.

—Lilly también es encantadora.

—Sí.

—Es una gran familia.

Precisamente, Lilly salió al porche de la casa y los llamó, agitando los brazos, avisándoles de que había llegado la hora de la cena.

—¡Ya vamos! —Fenton se levantó contestando con otro grito. Lilly levantó el brazo para que supiera que lo había escuchado y volvió a entrar.

Sorprendentemente, presenciar esa extraña conversación entre los dos, hizo que Megan se sintiera como en casa. Cogidos de la mano, disfrutaron de la vista y los sonidos de la tarde caminando de vuelta a la mansión.

—Aquí todo parece tener otro ritmo.

—Así es.

Cuando entraron en el comedor la familia les estaba esperando para sentarse a comer.

—¿Dónde nos sentamos? —Brianna señaló los dos asientos libres que había a la derecha de Gale. Fenton sujetó caballerosamente la silla de Megan, bajo la mirada ceñuda de su hermano, que suspiró ostensiblemente y bromeó:

—Brianna, ¿quieres que, de ahora en adelante, yo también te sujete la silla?

Su mujer se rio a carcajadas mientras la criada le servía la crema de puerros en el plato.

—Gracias, Beth. —Levantó la mano para que no le echara más, antes de contestar a su marido—: no es necesario, cariño. No te preocupes.

Lilly, contenta de que su hermana estuviera otra vez de buen humor, miró a Sarah, pero ella estaba preocupada por la noticia que tenía que dar a la familia. Lilly le susurró:

—Es mejor que se lo digas cuanto antes. —Sarah estaba de acuerdo, pero probó la crema y, como no había comprobado antes la temperatura, se quemó la lengua. Dejó la cuchara en el bajo plato con un golpe seco atrayendo, sin querer, la mirada del resto de los comensales. Y decidió aprovechar el momento.

—Brianna, Gale. Hay algo que quiero deciros. —A Brianna se le cayó la cuchara al plato, cuando un terrible pensamiento apareció en su mente.

—¿Le pasa algo a Alona? —Sarah se inclinó hacia ella enseguida, negándolo.

—¡No, no!, la niña está perfectamente —aseguró y los padres pudieron volver a respirar—. No tiene que ver con ella. Bueno, algo sí,

pero ella está bien. Es solo que… —decidió decirlo de golpe ya que no encontraba otro modo de hacerlo— que vais a tener que buscar otra niñera porque me marcho. —Brianna hizo un aspaviento por la impresión y se llevó la mano a la boca, arrepentida. Gale, más tranquilo, preguntó:

—¿A dónde? —Sarah miró un instante a Gale, pero sus ojos enseguida volvieron a Brianna.

—He decidido estudiar enfermería con Lilly. Escribí a la escuela hace unas semanas sin deciros nada, porque no sabía si habría plazas libres o si me admitirían por mi edad. Esta mañana he recibido una carta en la que la directora de la escuela me confirmaba que estaba admitida.

Repentinamente, Brianna se echó a llorar, tapándose los ojos y Gale murmuró:

—Cariño. —Se levantó para acercarse a ella, pero su mujer levantó la palma de la mano para que no lo hiciera. Sarah y Lilly la miraban con el mismo gesto de culpabilidad, y Fenton y Megan observaban a todos como si estuvieran en un partido de tenis.

—¡Tranquilo! ¡Estoy bien! —aseguró a Gale, limpiándose las lágrimas con un pañuelo que llevaba en la manga. Cuando se lo apartó de la cara, todos se quedaron atónitos al ver que sonreía—. No sé por qué he reaccionado así… estaba tan preocupada. —Miró a su hermana —. Ya sé que te consideras muy mayor para irte sola a estudiar, pero no lo eres —afirmó, a pesar del gesto de rebeldía de Lilly. Después, Brianna miró a Sarah—. Sé que lo haces por mí, para acompañarla y que yo no me muera de preocupación por ella y que debería decirte que no lo hicieras, pero no puedo. Estoy demasiado asustada por lo que le pueda pasar viviendo tan lejos.

—Bri…, ya lo hemos hablado —protestó en voz baja Lilly.

—Sí, pero vas a estar a 200 kilómetros de tu familia, perdona que me preocupe. Si va Sarah contigo, dormiré mejor por las noches, digas lo que digas. —Se volvió hacia Megan—: Perdona este drama inesperado. Sigamos cenando por favor, o la comida se quedará fría — murmuró dedicando una última mirada tranquilizadora a Gale que cogió la cuchara y continuó comiendo como el resto.

Megan insistió en acostarse en cuanto terminaron de cenar para que la familia pudiera hablar, asegurando que estaba muy cansada. Fenton, que sabía que no era así, la miró fijamente arqueando una ceja, pero no hizo ningún comentario; solo le dio un beso en la mejilla susurrándole que se reuniría con ella enseguida, ya que compartían habitación. Desde que habían vuelto a Dublín, y ya hacía más de un mes, habían dormido juntos todas las noches.

Megan se puso el camisón y se llevó a la cama el libro de poemas que había cogido de la biblioteca. El problema era que no solía leer

poemas y, aunque intentó prestar atención, se descubrió bostezando enseguida y durmiéndose con la lámpara de gas encendida. Así la encontró Fenton cuando entró en la habitación a donde se había escabullido en cuanto había podido.

Apoyado en la puerta, observó su adorable rostro. Estaba acostada en su postura favorita; de costado, con las piernas un poco encogidas y la mano bajo la mejilla. Respiraba profundamente, tan tranquila, que le dio pena despertarla. Después de apagar la lámpara que había dejado encendida y de poner en la mesilla el libro que había estado leyendo, se desnudó sin apartar los ojos de ella y se acostó con cuidado, rodeando su cintura con el brazo. Esperando el sueño, se quedó observando el sauce llorón que se veía por la ventana y que parecía de color plata a la luz de la luna. Entonces ella volvió la cabeza hacia él, con un susurro adormilado.

—Cariño… ¿eres tú?

—¿Quién iba a ser? —bromeó besándola en la frente, esperando que volviera a dormirse—. Siento haberte despertado. Duérmete. —Ella giró el cuerpo hacia él para verle la cara.

—Pues el sueño se estaba poniendo interesante cuando me he despertado. Nos íbamos a casar. Tú y yo —aclaró innecesariamente. Después, bostezó.

—¿Qué? —Él se echó un poco hacia atrás para verla mejor—. ¿En serio? —Ella tenía una luz tan diferente en la mirada, que Fenton supo que iba a pasar algo importante.

—Sí. Y me sentía tan feliz… —parecía maravillada— que me he dado cuenta de que no quiero esperar.

La observó fijamente, y sonrió cuando se dio cuenta de que hablaba en serio.

—Sabes que estoy deseándolo. Si quieres, mañana podemos hablar con Brianna, que estoy segura de que estará encantada de organizarla. Podemos casarnos dentro de unas pocas semanas, no tiene por qué ser una boda muy grande… aunque, si tú prefieres que sea así…

—No —interrumpió. Puso la palma de la mano sobre su mejilla con suavidad, para que no dejara de mirarla y viera la verdad en sus ojos —. Quiero hacerlo lo antes posible. Sin familia, ni amigos. Solos tú y yo.

—Pero…

—¿Es posible? —contestó de forma solemne.

—Si eso es lo que quieres, eso es lo que haremos. Afortunadamente, el cura del pueblo me conoce de toda la vida. Mañana a primera hora, iremos a hablar con él sin decir nada a nadie. —Ella frunció los labios.

—Siento pedirte que mientas a tu familia. —Él inclinó la cabeza hasta rozar sus labios.

—Shhhhhh, calla, cariño. No hay nadie más importante que tú para

mí. Nadie —juró, besándola a continuación—. Y ahora, duérmete. Me da la impresión de que mañana tendremos un día ajetreado.

Y así fue. Al anciano sacerdote no le pareció muy bien que Fenton no le dijera nada a su hermano, pero reconoció que la Iglesia no podía obligar a que los católicos comunicaran a su familia cuándo se casaban.

Les pidió la documentación habitual para efectuar la ceremonia y quedó con ellos a las ocho de la mañana del día siguiente, en la parroquia, para celebrar la ceremonia. Como era un día de diario tuvieron suerte de encontrar a dos feligresas en la iglesia, a las que Fenton no recordaba haber visto antes, que firmaron como testigos. Todo transcurrió en un ambiente tranquilo e íntimo y a punto de terminar, el cura les pidió que, si querían, se dijeran unas palabras el uno al otro; las llamó las promesas de su vida futura.

Fenton carraspeó antes de empezar y cogió las manos de Megan entre las suyas. A pesar de que hablaba en voz baja, su voz sonó como un juramento en el silencio de la pequeña iglesia.

—Aunque disfrutemos de una vida larga, nunca tendré bastante de ti, amor mío. —Su mirada estaba clavada en la de ella—. Te pertenezco y siempre será así. —Megan parpadeó para alejar las lágrimas y contestó:

—Yo también soy tuya, y ante Dios, prometo amarte con todo mi corazón. Siempre.

—Señora O´Rian por favor, intente llorar un poco más bajo —pidió el cura a una de las testigos. Los novios se volvieron hacia ellas y vieron que las dos estaban secándose las lágrimas.

Una hora después, con el certificado de matrimonio recién expedido, se dirigían a casa en el cabriolé. Antes de entrar, ella lo detuvo con gesto culpable.

—Si se enfadan… —Fenton puso dos dedos sobre sus labios.

—No lo harán, pero si lo hacen… —se encogió de hombros— sinceramente, ahora mismo no me importa demasiado. Soy demasiado feliz.

—Y yo. Vamos. —Sonrió.

—Espera. —Inclinándose, la agarró por la cintura y ella se apoyó con una risita en sus hombros, aunque la risa desapareció enseguida.

Gale volvía de su destilería donde había ido a resolver algunos asuntos con el director, cuando se encontró a su hermano besando apasionadamente a su prometida, o eso pensaba. Carraspeando, le dijo:

—Buenos días, hermanito. Te hemos echado de menos en el desayuno. ¿Qué asuntos te han hecho salir tan temprano de casa, estando de vacaciones? —Su sonrisa burlona se borró al ver los ojos inundados de felicidad de Fenton y Megan y soltó una carcajada

incrédula.

—¡¡¡Es imposible!!!! Dime que no te has casado sin decir nada… —exigió entre risas. Fenton, con una amplia sonrisa, se encogió de hombros encantado.

—Es exactamente lo que hemos hecho —anunció, orgulloso.

—¡Serás…! —Abrazando a su hermano, le dijo la última palabra a su oído ante la mirada maravillada de Megan, que también se vio incluida en el abrazo. Después, la besó en la mejilla y le dijo—: Gracias, Megan. Nunca había visto a mi hermano tan feliz. —Se apartó de ellos y agarrando a su hermano suavemente por la nuca, les dijo—: Vamos, entremos. Estoy deseando contárselo a Brianna. —Señaló a Fenton con el índice—. Te la has buscado, hermano. Ahora tendrás que dejar que mi mujer os organice una fiesta a la que invitará a media Irlanda.

Fenton, que había vuelto a abrazar a su mujer por la cintura y la miraba embobado, contestó a Gale:

—No conseguirás que me enfade. Hoy no. Nada podría conseguirlo.

Con una última palmada cariñosa a su espalda, su hermano les adelantó abriendo la puerta de la casa y gritando:

—¡¡¡Brianna!!! ¡Ven! Aquí hay alguien que tiene algo que contarte. —Se volvió hacia ellos—. Entrad, parejita. Y felicidades, por cierto. Os deseo que seáis tan felices como nosotros.

Ellos se miraron una última vez y entraron, a tiempo para ver llegar a Brianna por el pasillo con cara de curiosidad.

FIN

Agradecimientos

¡Hola!

Soy Margotte Channing. Antes que nada, muchas gracias por escoger mi libro y, si te ha gustado, la información que hay a continuación te interesa:

Te invito a que te apuntes a mi newsletter. Todas las semanas suelo enviar un correo con un link, con el que te podrás descargar gratis una de mis novelas. También comento algunas cosas interesantes sobre la novela que estoy escribiendo en ese momento, que será la siguiente que publique, información que solo podrás tener si eres parte del grupo.

Debajo te dejo un enlace a mi página web, donde puedes apuntarte si te interesa y recibir el próximo correo con una novela gratis de regalo: https://www.margottechanning.com/novelagratis

Muchas gracias por tu apoyo y cariño.

Un besito, Margotte Channing

Acerca del Autor

Margotte Channing nació en Madrid, ciudad en la que vive con sus dos perros, Nala y Bob. Durante muchos años trabajó en un banco, aunque su sueño siempre fue ser escritora. Un día, hace tres años, decidió hacer caso a su corazón y lo dejó todo para dedicarse por completo a su gran pasión. Tras publicar 36 novelas, muchas de las cuales han sido best-sellers en Amazon, se siente feliz y agradecida a sus lectores gracias a los que puede seguir haciendo lo que más le gusta: tejer historias capaces de hacer soñar.

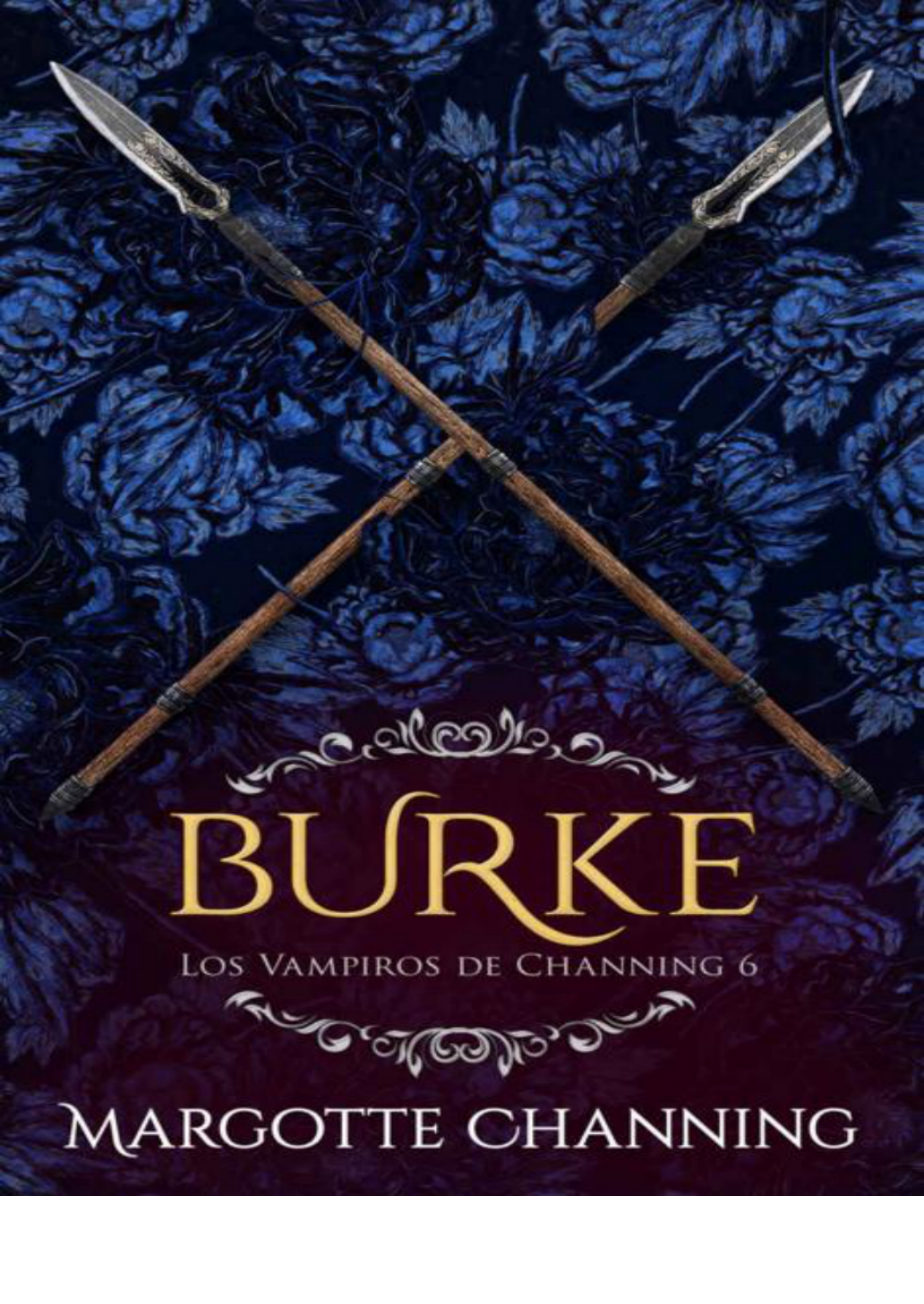


Otras Obras de Margotte Channing

FRENESÍ: Una Historia Romántica de Vampiros en la época Victoriana (Los Vampiros de Channing)

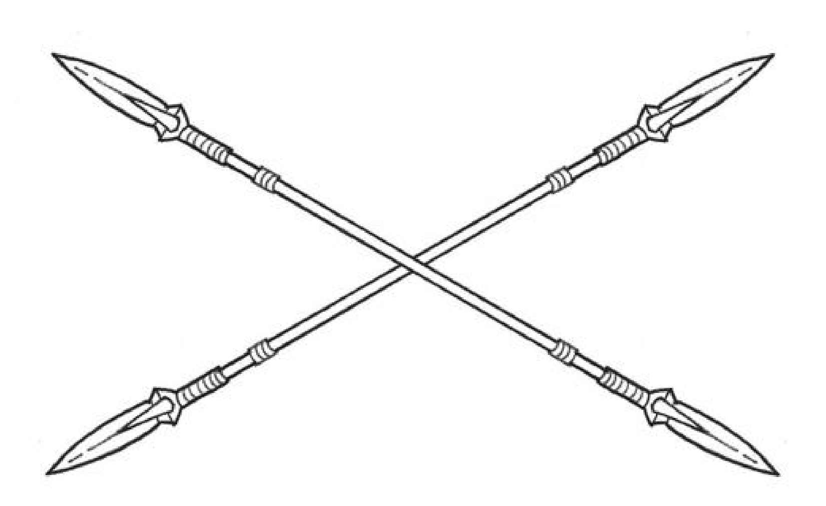
ADALÏE: Una historia de Amor, Romance y Pasión de Vikingos (Los Vikingos de Channing)

POSESIÓN: Una Historia de Romance, Pasión y Hombres Lobo en la época victoriana (Los Hombres Lobo de Channing)


BURKE
LOS VAMPIROS DE CHANNING 6
MARGOTTE CHANNING

BURKE

UNA HISTORIA ROMÁNTICA DE VAMPIROS
EN LA ÉPOCA VICTORIANA



MARGOTTE CHANNING

MARGOTTE CHANNING

https://www.margottechanning.com

Contents

Consejo de Eruditos de Baddlevam

(Extracto de los escritos que se encuentran en la biblioteca del club Enigma de Dublín)

«… Recientemente hemos certificado el caso de un acoplamiento producido entre un vampiro y una hembra humana, por lo que podemos confirmar que la posibilidad de que ciertas mujeres puedan ser las compañeras de algunos vampiros no es una leyenda.

En los escritos antiguos a estas mujeres se las llamaba *velisha** y según los Pergaminos de Naghar en sus manos se encuentra la salvación de los machos que han perdido las ganas de vivir. Son, además, la única posibilidad de que vuelva a haber niños en nuestra sociedad.

Pero para que la humana se convierta en una de los nuestros, el vampiro y ella deben realizar el siguiente ritual: aparearse tres veces durante la misma noche y, en cada una de las tres ocasiones, ambos tienen que beber de la sangre del otro. Solo entonces se producirá la transformación, aunque la transición será dolorosa y durará varias horas.

Los Eruditos de Baddlevam seguiremos con atención cualquier nuevo acoplamiento que haya entre nuestras especies, ya que estamos seguros de que la unión entre vampiros y humanos es la única vía para la supervivencia de todos.»

**Velisha* en el idioma antiguo significa pequeño milagro.

El hilo rojo del destino

Según cuenta una antigua leyenda del pueblo chino, un hilo rojo invisible conecta a aquellas personas que están destinadas a encontrarse a pesar del tiempo, el lugar y las circunstancias.

Ese hilo se puede estirar, contraer o enredar, pero nunca se romperá.

ÍNDICE DE PERSONAJES

Alexander Brooks- Es el actual Guardián, es decir, que es la máxima autoridad dentro de la sociedad vampírica. Él y su mujer Helena son los padres de Cameron Brooks quien según la tradición debe ser el siguiente *Guardián.*

Amber Gallagher- Hija del difunto Malcolm Gallagher; hace unos años tuvo una historia de amor con Devan Ravisham, pero acabó muy mal.

Amélie de Polignac – Humana. Unos agentes de *La Hermandad* asesinaron a sus padres cuando era una niña y estuvieron a punto de acabar también con ella; afortunadamente, el juez Richards la encontró a tiempo. Está casada con Cian Connolly, el dueño del club Enigma de Dublín.

Ariel- Su nombre real es Megan Campbell. La Hermandad asesinó a su hermana, su sobrina y su cuñado, motivo por el que trabaja como agente de *La Brigada*.

Bart Wilson- Vampiro. Agente de *La Brigada* y pareja de Jake Kavannagh.

Brenda Stevens- Humana. Era la mano derecha del anterior director del puerto de Cobh, Walker Nolan, y según se rumorea también su amante.

Burke Kavannagh- Vampiro. Miembro del grupo de los *Cuatro Legendarios* y el más rico de todos. Ha accedido a ser el nuevo director del Puerto de Cobh durante un tiempo para detener las actividades criminales que *La Hermandad* está realizando allí.

Cameron Brooks- Vampiro**.** Hijo de Alexander y Helena Brooks, pero; no ha tenido relación con ellos durante muchos años ya que por su culpa rompió con Nimué Sinclair, su velisha.

Clubes Enigma: Espacios privados fundados varios siglos atrás para ofrecer a sus miembros un lugar de esparcimiento, aunque su propósito se ha ido adaptando a las necesidades de la sociedad en cada momento. Actualmente, además de seguir siendo ilustres centros destinados a la reunión y diversión de sus socios, en sus protegidas bibliotecas se guardan muchos de los libros y pergaminos que narran la historia vampírica desde la antigüedad hasta nuestros días.

Darian- Anciano humano que trabaja en la oficina del director del puerto de Cobh. Antes lo hacía para Walker Nolan y ahora para Burke Kavannagh.

Devan Ravisham- Vampiro. Subdirector del club Enigma de Dublín.

Edevane Berry- Vampiro. Jefe del grupo que retenía prisionera a Violet cuando ella y Ariel escaparon.

***El Maestro*-** Vampiro que dirige *La Hermandad* en la sombra. Hasta hace poco tiempo todos creían que *El Maestro* era Joel Dixon, pero recientemente se ha descubierto que, en realidad *El Maestro* es Sanderson, el que aparentaba ser su mayordomo.

Fenton Strongbow- Vampiro. Agente de *La Brigada* y pareja de Ariel.

Gabrielle Touré- Humana. Esposa de Killian Gallagher.

Jake Kavannagh- Vampiro. Hermano de Burke, agente de *La Brigada* y pareja de Bart.

Killian Gallagher – Vampiro, está casado con Gabrielle Touré. Es el magistrado de la zona norte de Irlanda, además de ser el fundador y director de *La Brigada*.

Kirby Richards- Vampiro. Magistrado de la zona sur y vinculado a Kristel Hamilton. También es hermano de Violet, la elegida por *La Hermandad* para que en su cuerpo se reencarne Lilith.

Kristel Hamilton- Híbrida, vinculada al juez Richards. Acaba de ser nombrada miembro del nuevo Consejo de Eruditos en la disciplina de Lenguas Antiguas.

***La Brigada*-** Asociación dirigida por Killian Gallagher. Él mismo la fundó para proteger tanto a humanos como a vampiros de *La Hermandad*.

***La Hermandad*-** Sociedad secreta basada en la creencia de que todos los seres que habitan la tierra, incluyendo a los humanos, son inferiores a los vampiros y, por lo tanto, deberían ser sus esclavos. Para conseguirlo están decididos a utilizar cualquier medio como por ejemplo revivir a la demoníaca Lilith.

Lilith- Lilith Pasittu nació en la antigua Mesopotamia en un hogar humilde, pero llegó a reinar sobre su pueblo. Durante su reinado tomó como segundo nombre Pasittu que era como llamaban a un demonio mesopotámico que secuestraba a bebés y los mataba; Lilith siguió su ejemplo, aunque antes de matar a los bebés ella se bebía su sangre porque había descubierto que de ese modo podía llegar a vivir eternamente. Antes de que la ajusticiaran por todas las iniquidades que había cometido, consiguió dejar por escrito el rito que hay que seguir para que su espíritu vuelva a la tierra.

Lindsey Berry- Amante vampira de Burke Kavannagh. También es una agente de *La Hermandad* y él lo sabe.

Lisandra- Vampira. Fue secuestrada en su país por *La*

Hermandad y traída a Irlanda para ser utilizada como esclava de sangre y sexual.

Lorna Nolan- Vampira. Viuda de Walker Nolan y madre de sus dos hijos.

Malcolm Gallagher- Vampiro. Según la policía murió a causa de un accidente, pero su hija Amber cree que fue asesinado. Era el dueño del club Enigma de Cork.

Megan Campbell- Humana. Mujer de Fenton Strongbow y agente, igual que él, de *La Brigada*. Su nombre en clave es Ariel.

Nimué Sinclair- Humana. Acogió y escondió a Kristel Hamilton cuando era una niña en la escuela que dirigía en Escocia, después de que La Hermandad asesinara al padre de Kristel y a ella la amenazaran de muerte. Ahora está vinculada a Cameron Brooks, el amor de su vida.

Sanderson- Vampiro. Es el verdadero dirigente de *La Hermandad,* pero no se sabe casi nada sobre él.

Stuart "Dagger" Byrne- Vampiro. También llamado el Coronel por haber sido ese su rango durante los últimos años que estuvo en el ejército. Acompaña a Violet en su huida de *La Hermandad* y nadie sabe dónde están.

Violet Richards- Vampira. *La Hermandad* la raptó de casa de sus padres cuando era un bebé porque reúne todos los requisitos para que Lilith renazca en ella. Consiguió encontrar de nuevo a su familia gracias a Ariel.

Walker Nolan- Vampiro. Era el director del puerto de Cobh y según la versión oficial murió a causa de un accidente, pero Brenda Stevens siempre ha afirmado que fue asesinado.

UNO

20 de diciembre de 1886

Residencia de Burke Kavannagh
Cobh, Irlanda

Burke todavía estaba desayunando cuando Hobson entró en el salón con una pequeña bandeja de plata que le mostró, en la que había un sobre cuadrado dirigido a Brenda.

—Es para la señorita Stevens. Lo ha traído Ian cuando ha vuelto de la oficina de entregar su nota —explicó el mayordomo respetuosamente. Extrañado, Burke cogió el sobre.

—¿Se lo ha dado Darian? —preguntó, refiriéndose al anciano que trabajaba en la oficina del director del puerto desde hacía más de veinte años.

—Sí —contestó Hobson—. Le ha dicho que se lo han entregado en mano hace un rato, avisándole de que era urgente. También ha confirmado que él se encargaría de todo en la oficina hasta que ustedes volvieran. —Burke dijo, observando el remite con los ojos entornados:

—Bien. Dile a Ian que vaya preparando el coche. Cuando la señorita Stevens desayune, nos marcharemos. —Levantó la vista para mirar a su mayordomo antes de ordenar con voz tranquila —: Y que coja una pistola del armero.

—Sí, señor.

Esperó a que Hobson recogiera su plato vacío y abandonara el salón con paso silencioso y luego dio la vuelta al sobre para volver a leer el remitente.

—Del notario de Cork —musitó, pensativo.

Lo dejó sobre la mesa junto al plato de Brenda y mientras bebía los últimos sorbos de su café, volvió a mirar por el ventanal frente al que le gustaba desayunar todas las mañanas. No en vano eran las mejores vistas del mar Céltico y la bahía de Cobh.

Cualquiera que viera en ese momento a Burke Kavannagh, vestido con un traje oscuro confeccionado a la medida y con el pelo cobrizo recién cortado y peinado hacia atrás, podría pensar que era el típico vampiro irlandés de alta cuna: rico, atractivo y sin ninguna preocupación en el mundo. Y cualquiera que pensara tal cosa, estaría muy equivocado. Aunque actualmente era uno de

los hombres más ricos de Irlanda y dueño de numerosas empresas, llegar a su posición no le había resultado nada fácil. Provenía de una familia tan humilde que había tenido que ponerse a trabajar cuando todavía era un niño. Desde entonces, no había dejado de luchar con todas sus fuerzas para conseguir que, ni él ni ninguno de los suyos, volvieran a pasar hambre. Pero a pesar de su éxito, por algún extraño motivo, seguía sintiéndose insatisfecho.

Se le escapó una sonrisa al pensar que, aunque hacía años que su patrimonio era incalculable, desde hacía unas semanas vivía en una casa que no le pertenecía. Era de una antigua familia que se había ido empobreciendo a lo largo de generaciones y que no había tenido más remedio que alquilarla. Dos semanas atrás el propietario le había ofrecido vendérsela por un precio que su abogado había calificado como exorbitante, pero Burke no estaba de acuerdo con él. Analizando la construcción de la casa, el inmejorable lugar en el que estaba ubicada (en la cima de la colina más alta de Cobh), además de los excelentes muebles que estaban incluidos en la venta, el precio no le parecía mal. El problema era que él no tenía ningún interés en comprarse una casa en aquella parte del país. Cuando terminara su misión allí, volvería a su mansión de Dublín y si alguna vez volvía a Cobh, sería de visita.

Sin embargo, no era la oferta de la casa en lo que pensaba en ese momento, tampoco en la secreta investigación que lo había llevado a aceptar ser el nuevo director del puerto de Cobh, con todo lo que eso suponía. No, era una mujer la que ocupaba su mente incansable, la misma que estaba ocupando uno de los dormitorios de invitados de su casa. Y ese era el motivo por el que Burke, contrariamente a sus costumbres, todavía no se había marchado a trabajar y seguía allí sentado, esperándola.

Intentando apartar a Brenda de su mente volvió la vista hacia el ventanal, aunque en esta ocasión en dirección a las obras de la nueva catedral y se sirvió otra taza de café. Estaba bebiendo el primer sorbo cuando escuchó sus pisadas, por fin, acercándose por el pasillo y su contestación a Hobson, que le había preguntado qué quería desayunar. Burke maldijo en voz baja porque su voz, femenina y sensual, había provocado que sus colmillos emergieran de sus vainas espontáneamente como si fuera un adolescente en plena ebullición sexual. Estaba recorriéndolos con la punta de la lengua para asegurarse de que se habían vuelto a ocultar, cuando ella entró en el salón y él aprovechó para observarla discretamente mientras se acercaba.

Ahora le parecía increíble que al principio de conocerla hubiera creído que era morena, aunque su error estaba justificado

ya que Brenda siempre llevaba el pelo recogido, lo que hacía que pareciera más oscuro de lo que era en realidad. Pero, una semana atrás y, sin previo aviso, se le había deshecho el moño con el que había llegado a trabajar unas horas antes. Como compartían el mismo despacho, Burke se había quedado mirándola boquiabierto, disfrutando de la privilegiada e íntima visión de aquella mata de pelo liso y suave, que le llegaba hasta la cintura. Para su decepción ella había comenzado a recogérselo enseguida, disculpándose con un murmullo. Estaba ruborizada y parecía avergonzada porque, según una estúpida costumbre de la sociedad, únicamente el marido o algún familiar muy cercano podía ver a una mujer adulta con el pelo suelto.

Ese día Burke pensó, por primera vez en su vida, que estar casado podía tener algunos beneficios que él no había sabido valorar hasta ese momento. Y fue entonces cuando se dio cuenta de que el cabello de Brenda era de un color cereza oscuro, precioso e imposible de percibir cuando lo llevaba recogido.

Como comía con ella muchos días debido a su trabajo, se había dado cuenta de que le encantaban los dulces y él hacía todo lo posible para tentarla con alguno en todas las comidas. Disfrutaba como un niño haciendo una travesura cuando el camarero ponía un plato con un postre frente a Brenda siguiendo sus órdenes, sobre todo cuando ella lo miraba sonrojada y con los ojos entornados. A continuación, le ordenaba en voz baja que no siguiera pidiéndole dulces, aunque la mayor parte de los días se los comía y a él le encantaba que lo hiciera. Sacudió la cabeza volviendo a la realidad cuando la escuchó disculparse al llegar junto a la mesa.

—Lo siento, pero me he dormido… —Parecía a punto de decir algo más, pero se quedó inmóvil observando las vistas a través de la gran cristalera.

En el mar, a lo lejos, decenas de gaviotas sobrevolaban las pequeñas barcas de pesca que se mecían sobre el agua suavemente, ya que el día había amanecido calmado. De momento el sol brillaba, pero eso podía cambiar en cualquier momento en esa parte del país.

—¡Es maravilloso! —A Burke le extrañó su tono de sorpresa.

—¿No habías estado antes en esta casa? —Ella lo observó ladeando el rostro.

—No, anoche fue la primera vez —afirmó con rotundidad —. ¿Por qué pensaste que ya había estado? —Él eligió sus palabras cuidadosamente, tratando de no ofenderla.

—El dueño me dijo que conocía a Walker desde hacía años y que solía venir de vez en cuando… creí que… —Ella se irguió

apartando la mirada de Burke, disgustada por la insinuación. Y aunque no era la primera vez que tenía que andar con pies de plomo con lo que decía sobre Walker en su presencia, Burke no era un hombre que se amilanara fácilmente y a continuación intentó explicarse mejor—: quiero decir que pensé que habrías venido con él en alguna ocasión.

—No, aunque sé que Walter los conocía y venía de visita a veces —carraspeó incómoda por haberse enfadado tan rápidamente con él, después de lo bien que se había portado la noche anterior y recordó las palabras que había estado ensayando en su dormitorio mientras se vestía—. Burke, antes de nada, quiero darte las gracias por acogerme anoche. No sabía adónde ir y…—sacudió la cabeza—Todavía no entiendo muy bien por qué vine a tu casa, solo sé que me pareció que aquí estaría a salvo—confesó. Llevaba varios años viviendo allí y tenía amigos en Cobh; sin embargo, cuando la noche anterior huyó de su casa aterrorizada solo había podido pensar en correr a la de Burke. Y al parecer no se había equivocado al hacerlo porque él la había recibido como si el que Brenda apareciera frente a su puerta, en medio de la noche porque venía huyendo de unos asesinos, fuera lo más normal del mundo. En parte por eso le había costado tanto dormirse, porque se sentía culpable al pensar en lo mal que lo había tratado desde que se habían conocido. Antes de dejarse llevar por el sueño se había prometido a sí misma que hoy le pediría disculpas y le diría la verdad, pero ahora que estaba ante él no se decidía a hacerlo. Había demasiado en juego y si se equivocaba perjudicaría a los dos inocentes que dependían de ella.

Burke la miraba con los ojos entrecerrados percibiendo sus dudas. Sabía casi desde el principio que Brenda escondía algo. Al principio creía que se trataba del hecho de que había sido la amante de Walker hasta que él murió, pero ahora no estaba tan seguro de que eso fuera verdad. En cualquier caso, le molestaba mucho que no confiara en él, así como saber que pensaba que era algo así como un mujeriego ricachón y estaba decidido a hacer que su opinión cambiara. Como seguía de pie, se levantó para apartar su silla y que se sentara; le parecía que estaba especialmente nerviosa e intentó tranquilizarla.

—Hay tiempo de sobra para que desayunes. Cuando termines, iremos a tu casa a por todo lo que necesites —informó, sereno —. Luego, iremos al despacho.

—Pero… tengo mucho que hacer… hay varios manifiestos de carga que tengo que revisar a primera hora… —dándose cuenta de que estaba balbuceando, se mordió el labio inferior y respiró

profundamente—además, hoy tienes una reunión a media mañana con el presidente de la cofradía. —Burke la interrumpió:

—He enviado a Ian hace un rato a la oficina con una nota para Darian, donde le cuento lo que te había pasado. Él se encargará de los manifiestos y de retrasar la reunión y, si es necesario, la anulará. Podemos hacerla cualquier otro día. —Los ojos de Brenda se quedaron fijos en el centro de la mesa, donde Burke había dejado la carta. A continuación, lo miró a él y Burke le explicó su procedencia:

—La ha traído Ian, la habían dejado para ti en la oficina. —Volvió a beber un trago de café observando cómo cogía el sobre y leía el remitente, igual que él había hecho antes—No pareces sorprendida por recibir una carta del notario de Cork. —Ella contestó en voz baja:

—Hace semanas que la esperaba. —Abrió el sobre con una impaciencia extraña en ella y leyó la nota dos veces, antes de volver a guardarla. Se quedó pensativa unos segundos y luego le dijo:

—Hay algo que tengo que contarte. —Él asintió lentamente, casi sin atreverse a hablar para que no se arrepintiera y ella continuó hablando—: Walker me nombró albacea de su testamento y esta carta la envía el notario que lo redactó, para avisarme de que esta tarde se efectuará la lectura en su despacho. No puedo faltar —confesó. Burke estaba atónito.

—No lo entiendo ¿Por qué hizo Walker algo así? —La mirada de Brenda no flaqueó.

—Confiaba en mí para que protegiera a sus hijos.

—¿Y su esposa, la madre de esos niños, no puede hacerlo? —Como ella permanecía en silencio, Burke insistió diciendo su nombre en voz baja—Brenda—susurró.

—Es complicado. Te lo contaré más adelante, te lo prometo, pero ahora no puedo. Todavía no. — Burke iba a insistir cuando los interrumpieron.

—¡Buenos días! —Lindsey, muy sonriente, entró en el salón caminando de forma insinuante, dirigiéndose hacia su prometido —¡Burke, querido! ¡Qué madrugador, pero si ya estás vestido para salir! Podías haberte pasado por mi habitación para saludarme antes del desayuno… —insinuó, con un mohín en los labios.

Llevaba puesto un camisón y una bata que dejaban poco a la imaginación y cuando llegó junto a él le dio un beso en los labios, aferrándose a sus hombros. Burke, que se había levantado educadamente, se dejó besar y Lindsay, al darse cuenta de que eso era todo lo que conseguiría, se sentó en la silla que había a su izquierda. Cogió la servilleta que había sobre el plato vacío y la

sacudió en el aire provocando un chasquido semejante al que haría el restallar de un látigo, después la dejó caer sobre sus muslos cubiertos por metros de suave seda rosa.

—Le he pedido a Hobson que me traiga un chocolate caliente. —dijo a Burke, aunque miraba a Brenda con los ojos entornados.

Lindsey se había presentado en la casa la noche anterior, poco después que Brenda, y desde el primer momento había mostrado su disgusto porque ella estuviera allí, aunque Burke le había aclarado que trabajaba en la oficina con él. Incómoda Brenda se bebió el té enseguida, intentando no escuchar los susurros que Lindsey le dirigía a Burke. Cuando terminó, se levantó, disculpándose con un murmullo y se marchó lo más rápido que pudo. No fue consciente de que él la había seguido hasta que la sujetó por el antebrazo en el pasillo que conducía a su dormitorio, obligándola a detenerse. Cuando lo miró, él le dijo:

—Te espero en diez minutos en la puerta. Como te he dicho antes, primero iremos a tu casa y después te acompañaré al notario. —Ella echó un vistazo rápido sobre su hombro derecho, en dirección al salón y susurró:

—¿Y Lindsey? — Burke se limitó a encogerse de hombros y repitió con voz suave:

—En la entrada. En diez minutos.

Luego, volvió al salón con los ojos entrecerrados y los labios apretados en una fina línea.

DOS

Diez minutos después, Brenda bajaba la escalinata de la puerta principal de la mansión y él la estaba esperando junto a su carruaje, acariciando a los dos caballos que ya estaban enganchados al coche.

—¿Ian no viene? —preguntó sorprendida, mirando a su alrededor—¿Cómo vamos a ir si…? —se calló al escuchar la risa ronroneante de Burke, un sonido que provocó que un hormigueo le recorriera la columna.

—Debes de creer que soy un inútil —afirmó. La observaba con una sonrisa burlona.

—No. —Se encogió de hombros sin saber muy bien cómo contestar —Pero no te he visto conducir nunca. —En ese momento Ian, el conductor de Burke, salió por la puerta de servicio casi corriendo.

—Buenos días, señorita—la saludó sin detenerse, dirigiéndose deprisa hacia su jefe.

—Hola, Ian —le contestó.

Cuando Burke lo tuvo delante, le preguntó, muy serio:

—¿La tienes? —El muchacho asintió una vez y Burke le ordenó —: entonces, llévanos a casa de la señorita Stevens.

—Muy bien, señor. —Se subió ágilmente al pescante mientras Burke abría la puerta del coche para que entrara Brenda, pero ella dudó antes de hacerlo.

—¿No será peligroso…? —Él enarcó una ceja y ella se explicó, nerviosa —Quiero decir… ¿no es posible que los dos hombres que entraron en mi casa anoche estén todavía allí?

—Ian y yo vamos armados. Nadie te hará daño —aclaró, con voz calmada. Entonces Brenda descubrió en sus ojos algo que la estremeció—Y aunque fuéramos tú y yo solos, en el caso de que esos indeseables volvieran, no dejaría que te tocaran. Te lo juro. —Brenda apartó la mirada de sus brillantes ojos verdes, sintiendo la boca seca y asintió, convencida. No sabía por qué, pero estaba segura de que la protegería a costa de su propia vida, si fuera necesario. A continuación, Burke le ofreció su mano derecha con la palma vuelta hacia arriba —Permíteme que te ayude — dijo. Ella dejó que lo hiciera con un murmullo de agradecimiento y él subió al coche detrás de ella. Cuando se pusieron en marcha, él afirmó, sereno—: no te preocupes demasiado. No creo que haya

nadie rondando por tu casa, pero siempre he creído que es mejor estar preparado para todo.

—¿Puedo ver tu arma?

Seguramente se estaba comportando como una niña, pero nunca había visto una y tenía curiosidad.

Él se abrió el lado izquierdo del abrigo de dónde sacó una pistola, colocándola sobre la palma de su mano derecha para que pudiera verla bien. Brenda se estremeció consciente de repente de cuanto se preocupaba por su seguridad el mismo vampiro al que ella se esforzaba tanto en odiar. Sentado frente a ella, rozando sus rodillas con las suyas, Burke sintió su temblor y después de volver a guardarse el arma se inclinó hacia delante; envolvió las manos de Brenda con una de las suyas y le dio un apretón reconfortante. Ella sonrió y él volvió a reclinarse en su asiento y dijo, decidido a distraerla:

—Quiero alejar tu preocupación definitivamente… —dijo misteriosamente —… y por eso te confieso que, durante un tiempo, me gané la vida conduciendo carruajes. Es decir, que podría conducir este coche sin que peligrara tu vida —confesó con una sonrisa irónica y ella agrandó los ojos, sorprendida —. Ya te dije una vez que no había nacido rico —terminó diciendo.

Mientras hablaban, el carruaje descendía por el serpenteante camino rodeado de bosque que era el único acceso a la mansión. Brenda aprovechó que estaban solos para preguntarle algo que no podía quitarse de la cabeza:

—¿Lo que me dijiste anoche era cierto? —Burke arrugó la frente sin saber a qué se refería.

—¿El qué?

—Anoche, mientras Hobson acompañaba a Lindsey a su dormitorio me dijiste que no me fiara de ella. Que era una espía de *La Hermandad.*

—Por supuesto que es cierto — contestó con expresión grave. Su mandíbula estaba rígida como siempre que estaba molesto por algo.

—Pero entonces, ¿cómo puedes… —en el último momento se dio cuenta de que no tenía derecho a hacerle esa pregunta y dijo lo primero que se le ocurrió—… dejarla en tu casa y marcharte tan tranquilo? ¿No te da miedo que haga algo…?

—¿Como qué?

—No lo sé… husmear en tus papeles o algo parecido —su tono sereno la animó a ser sincera—No te entiendo, Burke. No es asunto mío, pero no sé cómo es posible que… que tu prometida sea una agente de *La Hermandad*…—Él la interrumpió. No quería hablar de Lindsey con ella.

—Hobson tiene orden de vigilarla en todo momento. Y él también va armado, aunque Lindsey no es de las que llevan armas. No es su estilo —confesó con una mueca rígida. Entonces se le ocurrió algo que podría preocupar a Brenda y le dijo —: y jamás la hubiera dejado quedarse anoche si pensara que podría hacerte daño. En cuanto a eso de que es mi prometida, es algo que le gusta decir, pero ella sabe muy bien que no es cierto. Nunca me he comprometido; ni con ella, ni con nadie.

—Y entonces ¿por qué…? —sabía que no era de su incumbencia, pero necesitaba saberlo.

—¿Por qué tengo relación con ella?

—Sí.

—Un amigo me pidió que la vigilara de cerca y, desgraciadamente, esta parecía ser la única manera.

Brenda supo en el momento a qué amigo se refería y no siguió preguntando. Si, como imaginaba, se trataba de un asunto de *La Brigada* sería algo demasiado importante como para seguir metiendo las narices en él. Además, ella no tenía ningún derecho a pedirle explicaciones, sobre todo porque no estaba siendo totalmente sincera. Con una tímida sonrisa le preguntó algo que no fuera tan comprometido.

—¿Es verdad que durante un tiempo trabajaste como conductor de carruajes?

—Sí —sonrió, recordando —. Durante algún tiempo cogí todos los trabajos que encontré, no tenía más remedio. Mi padre nos abandonó cuando yo tenía siete años y mi hermano Jake estaba a punto de nacer. —Se quedó en silencio un largo momento antes de continuar —. Creo que en ese momento dejé de ser un niño.

—Lo siento —murmuró Brenda mirándolo con tristeza. Él se encogió de hombros sin perder la sonrisa.

—Yo no. Aquella fue una época difícil, pero me ayudó a ser quien soy.

—¿Cuál es el trabajo en el que estuviste más tiempo?

—En el de pescador

—¿Y cuántos años tenías cuando empezaste a salir al mar?

—Diez.

—Todavía eras un niño —murmuró con suavidad, pero él movió negativamente la cabeza.

—Cuando no tienes nada que comer, creces más rápido. —Por primera vez Brenda vio algo en sus ojos que normalmente él no dejaba que nadie viera y parpadeó un par de veces, conmovida.

Burke supo en cuanto la conoció que ella no era tan dura como intentaba aparentar ante él, sino que se protegía con una

coraza, seguramente porque alguien le había hecho mucho daño en el pasado. Y, aunque era un sentimiento irracional, se sentía celoso de Walker Nolan porque seguramente a él se lo había contado todo; sabía que era patético que sintiera celos de un muerto, pero así era. Apartando de su mente ese pensamiento que no le llevaría a nada bueno, se juró que adivinaría quién le había hecho tanto daño y que después se lo haría pagar. Las siguientes palabras de Brenda no lo sorprendieron, porque ya empezaba a conocerla.

—Cuando veo a los niños en el puerto esperando para subir a las barcas de pesca antes del amanecer se me rompe el corazón. Ningún niño tan pequeño debería trabajar —musitó, con voz ronca y ojos tristes.

—Sin embargo, yo estoy muy agradecido a los tres años que pasé junto a aquellos pescadores. Aprendí a trabajar duro y descubrí lo que quería ser. —Lo que más recordaba de aquella época eran los madrugones a las cuatro de la mañana y el frío que pasaba cuando recogía las redes. A veces le dolía tanto la garganta que no le salía la voz y siempre tenía las manos en carne viva.

—¿Descubriste que querías ser pescador? —preguntó ella, inocentemente.

—No, que quería ser rico —confesó con picardía, haciéndola reír—. No me malinterpretes—continuó—, no menosprecio la profesión de pescador, al contrario, pero es demasiado dura. Enseguida me di cuenta de que lo que yo quería para mí y mi familia, no lo conseguiría pescando. Como todos los que nacemos junto al mar no podría vivir sin estar cerca de él o al menos sin verlo a menudo, por supuesto, me encanta navegar por placer, pero nada más. —Se encogió de hombros— Así que aguanté lo suficiente, la mayor parte de los días haciendo dos turnos seguidos hasta que conseguí ahorrar lo que necesitaba para comprar un barco bastante cochambroso. Me lo vendió un anciano pescador que ya no podía salir a faenar—rio por lo bajo — Se caía a pedazos, pero yo no podía estar más contento.

—¿Y así empezaste? —sin contestar, él miró por la ventanilla porque el carruaje se había detenido. Ninguno de los dos se había dado cuenta de que ya habían llegado.

Ian había aparcado el coche junto a la casita de Brenda y ella se la quedó mirando y pensando que, hasta el día anterior, la había considerado perfecta para ella, pero ahora solo podía ver lo aislada que estaba. Burke bajó de un salto y ella supuso que le ofrecería su mano como antes, pero esta vez la cogió por la cintura y deslizó su cuerpo suavemente por el suyo hasta que sus

pies se apoyaron en el suelo. Cuando se separaron, las mejillas de Brenda estaban encarnadas y los ojos verdes de Burke brillaban más de lo habitual. Ian había bajado del coche antes que ellos y había entrado en el jardín de Brenda, estuvo examinándolo y cuando vio que todo estaba bien volvió junto a ellos e inclinó la cabeza ante Burke, que le ordenó:

—Avísame si ves algo sospechoso. —El joven vampiro asintió mirando a su jefe con expresión respetuosa.

Brenda y Burke traspasaron la valla de madera que rodeaba el coqueto jardín lleno de plantas y árboles, pero hasta que llegaron frente a la puerta no se dieron cuenta de que estaba abierta de par en par. Burke hizo que ella se pusiera detrás de él y entró, Brenda lo siguió pegada a su espalda y entonces fue cuando vio que el interior estaba totalmente arrasado.

El acogedor y femenino sofá que había comprado poco antes de que Walker muriera estaba destrozado. Las torneadas patas estaban rotas y habían rajado la tela de raso verde que lo cubría, después habían vaciado el relleno por el suelo donde también estaban tirados casi todos sus libros, muchos de ellos con las páginas arrancadas. Tragando saliva para intentar deshacer el nudo que tenía en la garganta, se apartó de Burke y entró en la cocina que era la habitación que había frente al diminuto salón y que tampoco se había salvado del destrozo. La vajilla, pintada a mano y decorada con delicados nenúfares azules que había traído de Londres dos años atrás, estaba despedazada y los trozos estaban desperdigados por el suelo, igual que el resto de las cosas que tenía guardadas en los armarios. Parpadeó rápidamente intentando alejar las lágrimas y entró en su habitación para descubrir que su ropero estaba abierto y una de las puertas arrancada. Su ropa, hecha jirones, estaba encima de la cama, de la silla y también por el suelo. La cómoda que estaba en la pared de enfrente había sufrido el mismo tratamiento. Hasta el colchón de su cama estaba rajado de arriba abajo, igual que el sofá. Burke la miró con los ojos entornados y dijo:

—Esto no es obra de unos ladrones ordinarios, parece que estaban bastante enfadados. —Brenda estaba pálida, pero apretó los labios como si se estuviera obligando a sí misma a no abrir la boca. Él dio un paso acercándose a ella y, suavemente, levantó su barbilla con la palma de la mano. Susurró: — Sé, casi desde el principio, que hay algo que te preocupa y que no quieres contarme. Pero después de esto… —observó la destrozada habitación antes de volver a mirarla a ella—tienes que confiar en mí. —Ella se estremeció visiblemente y él no lo resistió más y la abrazó—. Cariño, cuéntamelo.

Brenda volvió a parpadear luchando por no llorar.

—No puedo —aseguró. A pesar de su frustración, Burke solo le dio un cariñoso apretón en la cintura antes de apartarse.

—Está bien, ya hablaremos sobre eso en otro momento. Hay pocas cosas que se hayan salvado, ¿quieres mirar qué te quieres llevar? —Ella asintió. Aunque odiaba pensar en usar la ropa que esos canallas habían tocado, tenía que ser práctica—Coge todo lo que no quieras que vaya a la basura. —Estaba acostumbrado a buscar soluciones rápidamente y eso fue lo que hizo en ese momento — Después del notario iremos a Dublín a ver a Killian. Quiero pedirle un par de agentes para que te protejan y, cuando volvamos a Cobh, seguirás en mi casa hasta que esté seguro de que aquí no corres peligro.

—¿A Dublín? —Brenda arrugó la frente —No podemos marcharnos ahora… —Burke levantó la mano para que no continuara hablando.

—Si te refieres al trabajo, ya te he dicho que Darian se hará cargo de todo lo que surja. —Pero ella seguía sin parecer convencida.

—Dublín está muy lejos—murmuró, apartando la mirada.

—Brenda, necesitamos ayuda —contestó Burke y ella tragó saliva mientras observaba el estado de la habitación. Asintió, sabiendo que tenía razón.

—De acuerdo —susurró, con voz ahogada—. Empezaré a hacer la maleta—aceptó. Burke no pudo resistirse a abrazarla de nuevo al ver la desolación en el fondo de sus ojos.

—Yo me encargaré de que tu casa quede igual que antes —susurró sobre su coronilla, inhalando el aroma de su pelo con placer. La apartó para poder mirarla a los ojos—. Ahora recoge tus cosas, no quiero que estemos aquí más tiempo del necesario —confesó. Ella se volvió hacia el armario de donde sacó una pequeña maleta en la que comenzó a guardar todo lo que pudiera servirle.

En cuanto se dio la vuelta, del rostro de Burke desapareció la sonrisa tranquilizadora que fue reemplazada por un duro gesto que revelaba la furia que lo corroía por dentro. Mientras la ayudaba a recoger las pocas pertenencias que le habían dejado intactas se juró a sí mismo que los malnacidos que le habían hecho aquello, se arrepentirían. Y de ahora en adelante, se aseguraría de que nadie pudiera volver a hacerle algo parecido.

TRES

Lindsey se bajó del carruaje de alquiler y caminó decidida hacia el hotel. Cruzó el vestíbulo rápidamente hasta llegar a las escaleras, sin hacer caso de las numerosas miradas masculinas que recibió, y subió hasta el primer piso. Luego, tomó el pasillo de la izquierda y se detuvo ante la habitación *103* cuya puerta golpeó dos veces con los nudillos; Edevane abrió vestido con unos pantalones y una camisa y, al ver quién era, la dejó entrar con una sonrisa burlona.

—¡Hermanita! ¡Qué sorpresa! —Ella le dio un beso en la mejilla antes de mascullar, claramente enfadada:

—He venido en cuanto he podido. —Se quitó los guantes rojos de piel y acercándose a una mesa junto a la que había dos sillas, los tiró encima. Entonces, se volvió hacia su hermano con las manos en las caderas y los ojos entornados por la furia— ¡Tenías razón, ha metido a esa humana en la casa! Si no me hubieras avisado seguiría en Dublín sin enterarme de nada. Y tú, ¿cómo lo sabías? —Edevane se encogió de hombros con elegancia antes de contestar:

—Sencillo. Tengo un confidente que me mantiene informado de ese tipo de cosas, es un tipo muy útil. —Cogió una corbata y comenzó a hacerse el nudo frente a un espejo que había sobre una cómoda. Lindsey continuó hablando:

—Esta mañana se han ido juntos nada más desayunar. Le he preguntado que cuando volvería y me ha contestado que ya sabía que no le gustaba que lo interrogara ¿Te quieres creer que se ha enfadado? — preguntó, indignada. Pero en lugar del apoyo que esperaba, su hermano se dio la vuelta con la corbata perfectamente anudada y contestó:

—Te ayudé a acercarte a él y solo te pedí un poco de información a cambio, pero después de todos esos meses no has conseguido nada… — Lindsey se puso rígida reconociendo ese tono de voz.

—Es muy desconfiado, pero creo que con algo más de tiempo… —comenzó, pero se detuvo cuando su hermano la miró con el ceño fruncido. Cuando la miraba así, se sobrecogía, pero ocultó sus sentimientos. Desde que eran unos niños, sabía que lo peor que se podía hacer en su presencia era mostrar miedo porque eso lo volvía más cruel. Por eso se irguió y lo observó

arqueando una ceja, aparentando valentía y provocando que Edevane dijera:

—El tiempo se acaba. *El Maestro* quiere que este puerto siga funcionando como hasta ahora y que tu "amiguito" deje de meter las narices en lo que no le importa. ¿Sabes dónde iban cuando se han marchado de la casa?

—No, Hobson no suelta prenda. Cuando me he dado cuenta de que no me iba a contar nada, le he dicho que me pidiera un coche de alquiler para ir de compras. Es la única excusa que se me ha ocurrido para poder venir. —Se sentó en la silla que tenía más cerca y su hermano se apoyó en la mesa jugueteando con los guantes de ella.

—¿Crees que desconfía de ti? —Ella lo pensó un poco antes de responder.

—Hasta hace unos días, te hubiera dicho que no, pero ahora… —confesó—Ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que nos acostamos. Empiezo a pensar que nunca le he interesado —murmuró. En los ojos de Edevane apareció un brillo interesado y se inclinó un poco hacia ella, antes de preguntar:

—¿Crees que está enamorado de esa humana?

—No lo sé —contestó, ruborizada por la humillación. Edevane la observaba fijamente.

—¿Y qué ha dicho para justificar que ella esté en la mansión?

—Al parecer alguien entró en su casa… —contestó, aunque estaba segura de que era una treta de la mujer, pero, de repente, al ver la expresión de su hermano se le ocurrió que podía no ser así — ¿Es cierto lo que cuenta? ¿Que alguien entró en su casa? ¿Has sido tú? —Él dejó los guantes y se cruzó de brazos con aire displicente.

—Lin, si quieres que te lo diga, debes prometerme que no le contarás nada a nadie. —Ella abrió la boca para defenderse por la insinuación, pero él no la dejó continuar —Si *El Maestro* pensara que nos has traicionado, estarías muerta. Ni siquiera yo podría salvarte —aseguró. Indignada, ella contestó enseguida:

—¡Eres increíble! ¿Cuándo he contado yo algo tuyo a nadie? Estoy harta de que me mangonees —gritó— ¡Encima de que fuiste tú el que quiso que espiara a Burke! En cuanto vuelva a su casa, recojo mis cosas y me vuelvo a Dublín— terminó, muy ofendida.

—Lindsey, no tengo tiempo para discutir, pero eso no fue así —negó él moviendo la cabeza a los lados tranquilamente—Lo conociste en una fiesta, te gustó, y decidiste que sería una buena presa para ti. Es cierto que, cuando me preguntaste por él, yo aproveché la oportunidad y te pedí que lo espiaras, pero eso ahora no importa—murmuró él con voz suave porque no le

convenía que se enfadara—. Voy a contártelo todo, pero necesito que me hagas un favor.

—¿Cuál? —preguntó con el ceño fruncido.

—Que te quedes un poco más en esa casa. —Se inclinó sobre ella con los ojos entrecerrados —Cariño, enseguida podrás marcharte a Dublín y volver a tus fiestas o hacer lo que te venga en gana, pero necesito que sigas allí un poco más. — Ella apretó la mandíbula y lo miró fijamente durante unos segundos antes de responder, todavía enfadada:

—Estoy un poco harta de las órdenes de tu jefe —masculló.

—En esta ocasión, no son órdenes suyas sino mías. —Lindsey arrugó la frente, sorprendida.

—¿Y qué interés tienes tú en todo esto? ¿Qué está pasando aquí?

—Espera un momento. —Se levantó para acercarse a la cómoda de dónde sacó un pequeño papel doblado en cuatro como los que utilizaban los farmacéuticos. Dejándolo sobre la mesa junto a los guantes rojos, se sentó de nuevo a su lado.

—¿Qué es eso? —preguntó ella, señalando el sobrecito. Él disimuló su satisfacción porque Lindsey siguiera siendo tan manejable como siempre.

—Veneno. —A ella se le agrandaron los ojos y musitó algo que él no entendió; a continuación, alargó la mano hacia el papel, pero la retiró antes de llegar a tocarlo—Suficiente para acabar con la humana —aseguró él con voz tranquila, como si estuvieran hablando del tiempo. Lindsey tragó saliva y preguntó, mirándolo a los ojos:

—¿Y quieres que yo…? —dejó el resto de la frase en el aire sin atreverse a terminarla.

—Sí —afirmó, observando cómo ella volvía a mirar el pequeño papel como si fuese una serpiente a punto de atacar. Lindsey se lo pensó durante un par de minutos y después, respondió:

—Lo haré, pero quiero que *El Maestro* sepa que he sido yo — Edevane contestó, impasible:

—Ya te he dicho que esta orden no viene de él.

Ella lo miró con el ceño fruncido y dijo:

—Entonces, explícate hermanito. —Como no parecía que fuera a hacerlo, le dijo —: si no me lo cuentas todo, me vuelvo ahora mismo a Dublín — Edevane torció la boca como lo hacía siempre que alguien le llevaba la contraria y en sus ojos apareció un fulgor rojizo que, afortunadamente para su hermana, controló a tiempo.

—Está bien. La verdad es que soy yo quien está interesado en

que la humana desaparezca lo antes posible.

—¿Por qué?

—Porque Walker Nolan la nombró albacea de su testamento.

—¿Y a ti qué te importa eso?

—Bastante —contestó, resignado a decirle la verdad —. Hace tiempo que me acuesto con la viuda de Nolan y la única forma de que ella pueda acceder libremente a la herencia, es que esa humana muera. —Se sacudió una pelusa de la pernera del pantalón antes de continuar —Los que entraron en su casa anoche fueron dos de mis hombres. Tenían orden de matarla, pero como no la encontraron le dejaron la casa destrozada para que sepa lo que la espera si acepta ser la albacea de Nolan. Espero que, después de eso, no se presente a la lectura del testamento.

—¿Cuándo es esa lectura?

—Esta tarde. En Cork.

—¿Tú vas a ir? Con la viuda, quiero decir… —Edevane rio a carcajadas.

—¡No! —Sacudió la cabeza, divertido—No. Lorna va a ir con un abogado en el que confío. *El Maestro* no conoce, todavía, mi relación con la viuda y no es conveniente que se entere por otros. Yo mismo se lo contaré cuando todo esto se haya solucionado.

—¿Crees que Burke la acompañará? —Edevane ladeó la cabeza, observándola cuidadosamente.

—¿Por qué? No me dirás que sientes algo por ese traidor a nuestra especie… —Ella sacudió la cabeza y apartó la mirada rápidamente —Bien, porque eso no me gustaría nada —terminó diciendo él, sin dejar de observarla.

—¿Cómo sabes que ella es la albacea?

—Nolan se lo dijo a la viuda en una ocasión en la que discutieron. —Miró el reloj de bolsillo que llevaba en el chaleco del traje y arrugó la frente —Se hace tarde ¿tienes alguna pregunta más? —Ella sabía que lo decía para terminar la conversación, pero decidió aprovechar la oportunidad.

—¿Tanto dinero tenía Walker Nolan? Me sorprende que tengas tanto interés en su herencia… tú no eres pobre, exactamente. —su hermano sonrió.

—Tenía dinero, pero no es eso lo que más me interesa de su patrimonio, sino sus barcos. —Sonrió y sus ojos brillaron con avaricia —Los necesitamos para traer cierta… mercancía al país. Antes lo hacíamos a través de otro puerto y con otra compañía naviera, pero allí llamábamos demasiado la atención y tuvimos que marcharnos. Fíjate si este negocio es importante que, gracias a él, se mantiene *La Hermandad.*

—Entonces, ¿todo esto es para beneficiar a *La Hermandad*? —

Edevane rio a carcajadas divertido por la suposición. A continuación, se lo aclaró:

—¡Noooo! Es para beneficiarme a mí —contestó cínicamente —. Si al final consigo que Lorna administre la herencia de su marido, seré millonario en poco tiempo; porque te aseguro que, en cuanto me case con ella, seré yo el que manejaré la fortuna de Nolan. Lo primero que haré será ampliar la flota porque ahora mismo solo podemos traer la mercancía en dos grandes barcos. Por supuesto cuando *El Maestro* sepa que voy a quedarme con el negocio querrá un mordisco, pero no soy tacaño. —Se encogió de hombros con una sonrisa insolente.

—¿Y la viuda está de acuerdo con tu plan? —Los colmillos de Edevane brillaron cuando su sonrisa se intensificó.

—Esa no se entera de nada. Le basta con que me pase por su cama a menudo, por eso estoy ahora en el pueblo. Cuando lo de la herencia esté solucionado, la mandaré a ella y a sus hijos lejos, eso si no me molesta demasiado… no me gustaría tener que hacerla desaparecer definitivamente, pero lo haré si es necesario. —Lindsey se lo quedó mirando fijamente, sintiendo algo de miedo y admiración a partes iguales —En cuanto a ti, si me ayudas también te beneficiarás—prometió.

—Está bien —aceptó ella —. Dime qué quieres que haga.

—Es suficiente con que le eches el contenido de ese sobre a la humana en una bebida.

—Podría hacerlo durante el desayuno —musitó ella con la mirada fija en el trozo de papel que seguía sobre la mesa.

—Intenta que estéis las dos solas, así será más sencillo.

—De acuerdo —aceptó Lindsey. Cogió el sobre con cuidado y lo metió en el bolso que colgaba de su muñeca.

—Después, iremos a por tu "novio" —continuó Edevane con tono decidido—. Como te he dicho, está haciendo demasiadas preguntas y *El Maestro* se ha cansado de él. Después de su muerte, nos aseguraremos de que el siguiente director del puerto sea alguien de confianza, incluso podría ser yo —confesó con una gran sonrisa.

—¿Te gustaría serlo? —Algo oscuro brilló en los ojos azules de su hermano.

—Por supuesto. Ya te he dicho lo importante que es este puerto para nosotros —sonrió con frialdad —. Y de ese modo nadie podrá volver a meter la nariz en nuestros asuntos —Lindsey asintió, cogió sus guantes y caminó hacia la puerta, seguida por él.

—Me voy. Ese Hobson es un chivato y en cuanto vuelva Burke le contará que he salido y cuánto tiempo he estado fuera. —

Cuando llegó a la puerta y puso la mano en el picaporte, se quedó inmóvil durante unos segundos. Después, se dio la vuelta y miró fijamente a Edevane.

—¿Fuiste tú el que asesinaste a Walker Nolan? —Él sonrió.

—No, fue mujer —a pesar de lo bien que lo conocía, al escuchar sus siguientes palabras Lindsey se estremeció: — pero yo le suministré el veneno, le dije lo que tenía que hacer y cómo hacerlo.

—¿Por qué? — susurró.

—Nolan había empezado a sospechar que sus barcos no traían solo la mercancía que él creía. —Su mirada era como el hielo— Iba a jodernos el negocio.

—¿La quieres? —Edevane la miró extrañado hasta que entendió el porqué de su pregunta; entonces le dio un tierno beso en la mejilla y contestó, antes de abrir él mismo la puerta para que saliera:

—No— aseguró sinceramente —, no creo ser capaz de querer a nadie, al menos no como los demás lo hacen. Y lo prefiero así.

Lindsey le devolvió el beso en la mejilla y salió de la habitación con paso rápido.

CUATRO

Ver el interior de la casa de Brenda había despertado algo dentro de Burke que había permanecido dormido hasta entonces, pero esperó hasta que estuvieron dentro del coche camino de Cork antes de volverse hacia ella y susurrar:

—Brenda.

—¿Qué? —preguntó ella casi sin aliento.

Desde hacía un rato había notado que la miraba de forma distinta, como si hubiera algo que él supiera y ella no. Esa mañana algo entre los dos había cambiado y, por la repentina aceleración de los latidos de su corazón, supo que estaba a punto de ocurrirle algo inesperado y excitante.

Burke le hizo un gesto pidiéndole sin palabras que se sentara junto a él porque ahora estaban frente a frente, pero Brenda se negó a obedecer. Aunque su mirada se había vuelto salvaje ella sabía que no la obligaría a hacer nada. No sabía cómo estaba tan segura de eso, pero así era.

—Ven, siéntate a mi lado —dijo, poniendo en palabras el gesto que le había hecho un momento antes. Ella negó con la cabeza, manteniéndose en su sitio, sintiendo los latidos del corazón en la garganta — ¿Por qué no? —preguntó suavemente, curioso.

—¿Por qué quieres que lo haga?

—Tú sabes por qué —aseguró él con las pupilas agrandadas. Sus ojos verdes brillaban más que nunca y habían aparecido unas sutiles sombras rojizas en ellos, prueba de su excitación.

—No. Por favor, Burke —suplicó, sabiendo en su fuero interno que, si la tocaba, no podría resistirse. Y lo más vergonzoso era que estaba segura de que él lo sabía. Con una tierna sonrisa, él contestó:

—Está bien, cariño.

Sin previo aviso se sentó junto a ella y Brenda, acobardada, se pegó al costado del coche intentando alejarse de él lo más posible; pero Burke se acercó más, hasta que los cuerpos de los dos se juntaron, entonces ella apartó el rostro con un sollozo apagado volviéndolo hacia la ventanilla. Burke cogió su mano izquierda y la acunó entre las suyas, calentándola y masajeándola suavemente al notarla rígida y helada.

—Cariño, ¿a qué tienes tanto miedo?

Brenda se sentía como si estuviera ante un precipicio a punto de saltar al vacío. Incapaz de hablar, negó con la cabeza, mirando sin ver el paisaje que desfilaba rápidamente a través del cristal de la ventanilla. Él mantuvo su mano en una de las suyas y con la otra la abrazó lentamente y con ternura, como si supiera que necesitaba tiempo para aceptarlo, provocando otro sollozo de ella.

—Mírame —susurró, aunque era una orden. Su voz ronca hizo que algo dentro de ella se removiera, pero siguió sin obedecer —Brenda, mírame —repitió suavemente. Tragando saliva y muy nerviosa, lo hizo y él recorrió su rostro lentamente con la mirada. Estaba tan cerca que Brenda descubrió que sus ojos no eran totalmente verdes, sino que estaban plagados de decenas de motitas doradas. Parpadeó, sabiendo que estaba perdida.

—Burke, déjame. Por favor. —Su quejido le llegó al corazón, pero no era capaz de concederle su petición sabiendo que ella también lo deseaba.

—Imposible — contestó —. Creo que haría cualquier cosa que me pidieras, excepto esa. —Su voz era más grave de lo habitual, pareciendo salir de lo más hondo de su alma. Levantó la mano femenina haciendo que rodeara su nuca y, después, la sujetó por el cuello con suavidad ajustando su posición.

—Burke —volvió a suplicar Brenda, pero él solo sonrió tiernamente antes de inclinar la cabeza para besarla.

Y, entonces, todo lo demás dejó de existir.

Acomodó sus labios a los de ella y comenzó a besarla de forma suave y lenta, mientras que con el pulgar acariciaba la suave piel de la clavícula femenina. Ella, abrumada por la cálida sensación que se extendía por su cuerpo, levantó las manos hacia los hombros del vampiro con el propósito de empujarlo; pero Burke adivinó su intención y la besó con más insistencia, consiguiendo que desapareciera de su mente cualquier deseo de resistirse. Finalmente, Brenda gimió con el contacto de la lengua masculina y respondió, acariciándola tímidamente con la suya. Su respuesta aumentó la excitación de Burke y de su pecho brotó un suave ronroneo. Ella dejó que su cuerpo se apoyara totalmente en él y un sorprendente calor creció en sus pechos y su vientre, dejando de importarle todo lo demás. Solo quería seguir sintiendo ese extraordinario goce que la recorría por entero.

Burke deslizó los labios por la barbilla femenina y, apartando los mechones de color caoba que se habían soltado de su peinado, posó los labios en su cuello con un gemido de placer. Olisqueó su yugular a través de la piel y al sentir el olor de su sangre su miembro se agrandó y se endureció dolorosamente, haciéndolo

gruñir. Descubriendo los colmillos, la pellizcó con ellos en esa suave porción de piel que le prometía el paraíso y Brenda ladeó el rostro para que pudiera acceder mejor a su cuello, deseando que la mordiera. Pero él se apartó, sacudiendo la cabeza y controlándose con esfuerzo. Con un último beso en los labios, le dijo con voz íntima:

—Perdona. No quería que llegáramos tan lejos, pero… —Enderezándose se pasó la mano por el pelo con un gesto de dolor en el rostro y Brenda, avergonzada, se apartó de él.

—No pasa nada —susurró, con la mirada baja. Él, con el ceño fruncido, tomó su barbilla suavemente para decir con voz tierna:

—Cariño, no es que me arrepienta, en absoluto. Tú y yo acabaremos en la cama y ojalá que pudiera ser ahora mismo, pero antes, tenemos que hablar. Lo más importante es tu seguridad, después… —acarició su labio inferior con el pulgar, mirándolo fijamente. Se inclinó para darle otro beso y después se apartó, diciendo —: volveré a mi asiento. O no podré controlarme— aseguró, cambiándose enseguida.

Ambos permanecieron en silencio durante unos minutos hasta que ella, nerviosa, sintió que no podía soportarlo más y dijo lo primero que se le ocurrió:

— ¿Vas a decirme, por fin, por qué has querido que viniéramos tan pronto a Cork? Vamos a llegar, al menos, con cuatro horas de anticipación…

Cuando habían salido de su casa ella creía que iban a volver a la oficina, pero él había insistido en salir enseguida hacia Cork a pesar de que la cita con el notario no era hasta por la tarde.

—Quiero que me acompañes a ver a un policía que conozco para que le cuentes lo que te pasó anoche y, además, estoy seguro de que querrá hablar contigo sobre otra cuestión. —Brenda entornó los ojos, desconfiada.

—¿Sobre qué?

—Sobre el asesinato de Walker. —Ella contestó, claramente enfadada:

—El último policía con el que hablé en Cobh me dijo que estaban seguros de que había sido un accidente y que no les molestase más. Cuando insistí, me contestó que, sin importar lo que les dijera, no tendrían en cuenta mi opinión porque era una parte interesada. ¡Qué sabrá él! —murmuró, dolida. Burke cogió su mano y la apretó.

—Esta vez será diferente, te lo prometo. Marcus, el policía al que vamos a ver, lleva semanas investigando la muerte de Walker y también la de Malcolm Gallagher.

—¿Por qué? —preguntó, sorprendida.

—¿Sabes quién es Killian Gallagher? —Ella asintió con una inclinación de cabeza. Conocía, como todo el mundo, el nombre del juez que dirigía *La Brigada,* la única organización que se había atrevido a luchar contra *La Hermandad* —Pues ni él ni Kirby Richards, que es uno de mis mejores amigos… —otro juez y también vampiro, pensó Brenda —se fían de las conclusiones de la policía que aseguran que ambas muertes fueron accidentales. Por eso le pidieron a Marcus que investigara los dos casos. De forma privada, naturalmente.

— ¿Tienen… tienen idea de quién pudo ser? —Burke asintió y la miró fijamente antes de contestar:

—Creen que *La Hermandad* tuvo algo que ver en los dos casos. —Brenda estaba pálida y se había puesto rígida. Burke suavizó la voz para decir: —Cariño, tienes que hablar con Marcus, aunque solo sea para que nos ayude a averiguar por qué entraron anoche en tu casa.

Ella se mordió el labio inferior y lo miró, sin saber si debía decirle la verdad y olvidarse de la mentira sobre la que había basado gran parte de su vida. Desde que había muerto Walker se había aferrado con uñas y dientes a la promesa que le había hecho años atrás, pero estaba segura de que él jamás había imaginado que tendría que enfrentarse a enemigos tan poderosos. Estuvo indecisa durante largo rato, pero finalmente las palabras de Burke y algo que había en su mirada la hicieron decidirse.

—Está bien, lo haré. Hablaré con él —aceptó. Respiró hondo y luego le dijo, mirándolo a los ojos —. Pero le contaré solo parte de la verdad, porque debo proteger a dos personas que son muy importantes para mí. — Estaba sido imprecisa a propósito, para que no pudiera adivinar a quienes se refería — A ti te lo contaré ahora, si me prometes que no volverás a preguntarme nada sobre esto. —Burke asintió. Estaba seguro de que en algún momento se arrepentiría de haber aceptado tal cosa, pero necesitaba que ella confiara en él. Entonces, Brenda lo sorprendió al decir:

—Creo que los que entraron en mi casa anoche lo hicieron siguiendo las órdenes de Lorna, la viuda de Walker, o de su amante. —susurró.

—¿Su viuda tiene un amante? ¿Cómo lo sabes? —Ella asintió, pero tardó unos segundos en contestar, sabiendo que su explicación solo provocaría más preguntas que no podía contestar.

—Walker me lo dijo. Lo descubrió pocos días antes de morir y también que creía que se trataba de un vampiro y muy peligroso. —Apartó la mirada de los ojos demasiado inteligentes de Burke y se lamió el labio inferior—Estoy segura de que los vampiros que

entraron en mi casa querían acabar conmigo. Y la única a la que le puede interesar que yo muera es Lorna —suspiró —Dos días después de la muerte de Walker vino a verme a la oficina y me ofreció dinero a cambio de que renunciara a ser la albacea de su testamento. Como le quedó claro que eso jamás ocurriría… —se encogió de hombros, intentando aparentar indiferencia —bueno… imagino que ha decidido tomar medidas más drásticas.

—Comprendo. — Burke estaba muy serio —¿También sabes quién es su amante? —Ella sacudió la cabeza, apartando la mirada y él dijo—: Brenda, no me estás contando toda la verdad.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no tiene sentido que Walker te nombrara albacea de su testamento. —Burke sintió ver la decepción en su mirada por lo que pensaba que insinuaba, pero ahora lo único que le importaba era protegerla y para eso necesitaba que fuera sincera con él.

—Lo que te he contado es verdad —aseguró, volviendo a mirarlo —. Aunque no te lo he dicho todo, te juro que no te he mentido —susurró al final.

—Pues creo que ya es hora de que seas totalmente franca conmigo porque, por lo que acabas de contarme, lo que han hecho en tu casa ha sido para amedrentarte y que no cumplas con la última voluntad de Nolan. No quiero ni pensar en lo que te habría ocurrido si te hubieran encontrado anoche… Tienes que entender que estás en peligro, Brenda. —Ella siguió callada, mirando al frente, pero había palidecido. Él mismo fue consciente de la súplica que había en su voz al preguntar: —¿Puedes decirme algo más? —Pero Brenda solo musitó:

—No. Lo siento.

Burke apartó la mirada de ella, mordiéndose la lengua para no presionarla y no incumplir su promesa tan pronto y entonces se dio cuenta de que habían llegado a Cork, y de que la ciudad estaba cubierta por unos enormes nubarrones negros que prometían lluvia pronto. Pocos minutos después, Ian detenía el carruaje cerca de la comisaría en la que trabajaba Marcus.

—Vamos. Esperemos que esté en su despacho. —Bajó él primero y ella lo hizo mirando el cielo.

—Esas nubes son muy oscuras.

—Se está preparando una buena —contestó Burke.

Caminaron deprisa hacia el nuevo edificio de ladrillo rojo oscuro que era la sede central de la policía de Cork; a medio camino, Burke sujetó a Brenda por la cintura para ayudarla a luchar contra el viento que se había levantado repentinamente. Al traspasar la puerta de la comisaría, entraron en una pequeña sala

en la que había un policía de uniforme sentado a una mesa leyendo unos papeles. Burke se dirigió hacia él y le preguntó por Marcus. El policía, casi sin mirarlos, señaló hacia su derecha.

—Vayan por ese pasillo. Es la tercera puerta.

—Imaginaba que un lugar como este sería más ruidoso. —susurró Brenda mientras caminaban por el corredor.

—Y yo también —contestó él—. Es la primera vez que vengo a esta comisaría, aunque conozco a Marcus desde hace tiempo —confesó antes de llamar a la puerta. Se escuchó una voz grave autorizándolos a pasar y Burke abrió para dejarla entrar a ella primero.

—Hola, Marcus. Apuesto a que no me esperabas —afirmó, burlonamente. El aludido se puso en pie y se lo quedó mirando con una sonrisa incrédula.

Era un humano alto y moreno vestido con un traje gris oscuro que resaltaba la anchura de su pecho y de sus brazos. Sonriendo, se acercó a ellos y estrechó cordialmente la mano de Burke que, a continuación, rodeó la cintura de Brenda con una sonrisa y mirándola, señaló:

—Este es Marcus Craven, el policía del que te he hablado. —Después miró a Marcus y le dijo—: te presento a la señorita Brenda Stevens —El policía lanzó a Burke una rápida mirada inquisitiva, antes de inclinarse para saludar a la mujer. Enseguida les ofreció asiento, pero Burke contestó:

—Es tarde —dijo — ¿Qué te parece si comemos juntos? Hay un sitio al que me encantaría llevaros. Es tranquilo y la comida es excelente; por supuesto, pago yo —aclaró. Marcus contestó sin pensárselo:

—Nunca digo que no a una buena comida. Y menos si paga otro —concluyó con una sonrisa divertida. Burke asintió y ofreció su brazo a Brenda para salir del despacho. Después, todos se dirigieron al carruaje.

CINCO

Veinte minutos después traspasaban la puerta del hotel Continental que había sido construido dos años antes y que era, hasta la fecha, el más lujoso de Cork. Burke los guio hasta el restaurante al que se accedía después de cruzar un amplio vestíbulo decorado al modo de la antigua Grecia. Mientras, les explicó por qué se encontraban allí:

—Conocí la existencia de este hotel cuando uno de mis barcos fue contratado para traer desde Grecia todo lo que necesitarían para decorarlo.

—¿Quieres decir que las dos columnas de la entrada son originales? —le preguntó Brenda, incrédula. Burke asintió con una sonrisa, entendiendo su sorpresa.

—El dueño quería recrear, con la mayor exactitud posible, un palacio griego de la antigüedad. Tuve curiosidad por saber cómo había quedado el hotel con semejante decoración y vine al restaurante a comer hace unos meses. Y reconozco que me sorprendió lo mucho que me gustó el conjunto.

Habían llegado al restaurante que estaba protegido por una puerta dorada y de cristal, igual que las dos que había en la entrada del hotel. En cuanto entraron un maître vestido de etiqueta se acercó a ellos preguntándoles en voz baja si tenían reserva. No era así y ante la negativa del empleado, aunque dicha con un murmullo educado, a que pudieran comer sin reserva Burke le dio su nombre pidiéndole que le preguntara al encargado si no podían hacer una excepción. El maître les pidió que esperaran un momento mientras lo consultaba y volvió, poco después, conduciéndolos al mejor reservado que tenían pidiendo perdón a Burke por el error. Marcus enarcó una ceja divertida mientras escuchaba sus disculpas, pero Burke se mantuvo totalmente serio.

La comida era tan buena que ya estaban terminando de comer cuando Marcus preguntó:

— ¿Cuándo vas a contarme por qué no querías hablar en la comisaría? —Burke bebió un sorbo de su copa de vino antes de contestar.

—Me sorprende que lo preguntes. —El policía esbozó una sonrisa.

—Recuerdo perfectamente haber leído el nombre de Brenda

Stevens en el informe de la muerte de Walker Nolan —Su sonrisa dirigida a Brenda era amable, pero ella estaba muy seria. Casi no había probado bocado a pesar de las continuas y preocupadas miradas de Burke, que fue quien contestó a Marcus:

—Brenda fue a hablar con la policía cuando Nolan murió, pero ellos insistieron en que había sido un accidente y no quisieron escucharla. Pero hay algo más por lo que quiero que hables con ella; anoche entraron dos vampiros en su casa y creemos que querían asesinarla —resumió rápidamente. Marcus le hizo un gesto para que se detuviera:

—Espera, espera. —Se giró hacia Brenda— ¿Los vio usted entrar en su casa?

—Sí —afirmó ella con un susurro. Atónito, continuó preguntándola —: ¿Y está segura de que querían hacerle daño? ¿No entrarían para robar?

—Estoy segura. Además, no se han llevado nada. —Marcus echó una mirada suspicaz a Burke, pero él estaba concentrado en Brenda y ni siquiera lo miró. El policía se reclinó en la silla, volviendo a fijar su atención en ella y le dijo:

—Explíqueme por qué lo cree. Y si le parece bien, vamos a tutearnos, por favor. Cualquier otra cosa es una pérdida de tiempo y detesto perder el tiempo.

—Claro. —El policía le hizo una última advertencia antes de que continuara.

—Si hay algo que no entiendo o de lo que necesito más información, te pediré que te detengas para que me lo aclares.

—De acuerdo. —Respiró hondo y comenzó sin pensarlo demasiado—Primero, tengo que confesar algo que no le dije al policía con el que hablé cuando Walker murió porque no me pareció que tuviera nada que ver con su muerte. Pero después de hablar con Burke, creo que puede ser la causa de que lo mataran. —Se detuvo un momento mirando a Marcus, pero este solo dijo:

—Tienes toda mi atención. —Entonces ella miró a Burke. Marcus se dio cuenta del intercambio de miradas y les advirtió:

—Es posible que sea más fácil para ella si hablamos a solas. —Se notaba que a Burke no le gustaba el ofrecimiento, pero dijo, dirigiéndose a Brenda:

—¿Quieres que salga mientras habláis? —Ella se negó enseguida.

—No, por favor. Quédate —suplicó. Miró al policía—. Quiero que se quede— dijo, él se encogió de hombros y contestó:

—Está bien. Entonces, continúa. —Brenda se tomó un par de minutos, mirando sin ver los restos de comida de su plato, pensando en cómo explicar lo ocurrido sin desvelar lo que no

debía contar; mientras, Marcus y Burke esperaban pacientemente. Por fin, levantó el rostro y, mirando al policía, confesó:

—Walker y yo teníamos una relación especial, pero antes de que me hagas la misma pregunta que todos… te aseguro que no éramos amantes —recalcó—. Pero nos queríamos y teníamos mucha confianza el uno en el otro.

— ¿Erais amigos? —Ella asintió en silencio, pero Burke sabía que no les estaba contando la verdad o como ella decía, no toda la verdad. Tal y como le había dicho antes ocultaba algo por el bien de dos personas, pero… ¿a quién protegía?

—Hace un año, más o menos, Walker se enteró de que su mujer tenía un amante —confesó Brenda. Marcus arrugó la frente, extrañado.

—No se decía nada sobre eso en el informe.

—No imaginaba que Lorna fuera a reconocer ante la policía que engañaba a su marido —dijo con algo de ironía—. Ese fue uno de los motivos que hicieron que Walker se decidiera a hacer testamento, estaba muy preocupado por lo que sería de sus hijos cuando él faltara.

—¿Se lo dijo a su mujer? —preguntó Marcus con la frente arrugada.

—En ese momento, no. Lo hizo más adelante durante una discusión, poco antes de su muerte. Hacía mucho tiempo que no se llevaban bien.

—¿Conoces el testamento?

—No lo he leído, pero sé que en él me nombra albacea y deja a su mujer una pensión suficiente para vivir lujosamente, pero nada más. Había perdido totalmente la confianza en ella y estaba decidido a que no pudiera poner las manos sobre su herencia.

—Comprendo —susurró Marcus—desde luego, esto da un giro a la investigación; pero, a pesar de todo, me sorprende que en el informe no aparezca nada sobre la mala relación entre la víctima y su mujer o sobre el hecho de que ella tuviera un amante.

—A mí no. Ya había oído hablar sobre la excelente relación de Lorna con los policías de Cobh—musitó ella.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el policía, pero Brenda no se decidía a contestar. Burke le dijo, mirándola a los ojos:

—Marcus es de confianza. — Ella suspiró y continuó:

—Creo que el motivo de ese informe sin sentido es que los policías estaban comprados y el forense también. —Sin hacer caso de los ojos como platos de Marcus, continuó hablando —Imagino que no has visto las escaleras de la casa de Walker—él sacudió la cabeza, negándolo—, pues tienen muy pocos escalones. Creo que es prácticamente imposible matarse cayéndose por ellas.

—¿Crees que alguien lo empujó para que pareciera que se había caído?

—No lo sé—sacudió la cabeza, insegura— pero mi… quiero decir Walker, era alto y fuerte y estaba en buen estado físico y Lorna, al contrario que él, es bajita y delicada.

—¿Dónde estaban sus hijos?

—Lorna los había enviado con una prima dos días antes.

—¿Crees que pudo intervenir su amante en el asesinato? —ella lo miró durante unos segundos sin contestar —Brenda, ayúdame a encontrar la verdad.

—Cuanto más lo pienso, más segura estoy de que tuvieron que darle algo para que se quedara inconsciente y poder simular el accidente. Pero no he podido averiguar nada, ni siquiera me dejaron ver su cadáver. —Marcus se reclinó en la silla con aspecto preocupado mientras ella seguía hablando —Y por eso, cuando anoche entraron en mi casa supe que venían a por mí.

—¿Crees que querían hacerte desaparecer para que Lorna pudiera acceder a la herencia de su marido?

—Estoy segura. —Marcus miró a Burke.

—¿Y tú qué opinas? Estás muy callado.

—Los que entraron en su casa solo la buscaban a ella. Se podían haber llevado varias cosas de valor, pero no lo hicieron prefiriendo destrozar todo lo que encontraron a su paso. Era un aviso. —Marcus asintió, pensativo, volviendo a mirar a Brenda.

—De momento, no puedes volver a esa casa. —Burke contestó por ella.

—No volverá hasta que sea seguro que lo haga.

—Y debería estar protegida.

—Lo estará —aseguró. Marcus vio en la determinación de Burke que aquella mujer era mucho más que una compañera de trabajo y que haría lo que fuera necesario para protegerla —. Voy a ver a Killian y aprovecharé para pedirle que me envíe a un par de hombres.

—Brenda ¿se te ocurre algo más que me pueda servir de ayuda? —Ella contestó que no con un murmullo, pero él era un buen policía.

—Sé que ocultas algo y te pido que, sea lo que sea, me lo cuentes. Puede que sea importante para la investigación… —Brenda lo interrumpió.

—No te he mentido. La verdad es que Walker y yo nos queríamos mucho y que nuestra relación era inocente, pero creed lo que queráis. —Miró a Burke con la barbilla levantada esperando ver algún tipo de condena en sus ojos, pero solo encontró aprobación.

—Yo no te juzgo, Brenda. Solo intento llegar a la verdad— contestó el policía observándola fijamente, pero después de un largo minuto de silencio abandonó la idea de que le dijera algo más acerca de su relación con el muerto. —Está bien, dejemos eso de momento… ¿Crees que Walker Nolan era fiel a su mujer? —Ella lo miró, sorprendida, y él se explicó encogiéndose de hombros:

—Después de lo que me has dicho he decidido empezar desde cero. Voy a dar por hecho que mis compañeros no hicieron bien su trabajo.

—Lo que es cierto —apostilló Burke harto de estar callado. Brenda contestó al policía sin dudarlo:

—Sí.

—¿Estás segura?

—Sí, si Walker hubiera estado con otra mujer me lo habría dicho. —Su firmeza convenció a Marcus de que, al menos ella, así lo creía.

—Otra cosa, por la declaración de la viuda de Nolan, ella estaba sola en la casa con su marido cuando él murió… —dejó la frase sin terminar a propósito.

—Eso creo, aunque no te lo puedo asegurar —contestó.

—¿Tú solías hablar con ella? ¿Ibas a su casa alguna vez? —ella hizo una mueca antes de responder.

—Nunca. Walker y yo solo nos veíamos en la oficina o cuando venía a mi casa después del trabajo para tomar una copa.

—Explícame eso un poco más. —Ella suspiró como si estuviera pidiendo paciencia, pero contestó con la misma voz tranquila:

—El carruaje de Walker venía todas las mañanas para llevarme a la oficina y luego me devolvía a casa por las tardes; en algunas ocasiones, cuando habíamos terminado la jornada, él entraba en casa y se quedaba un rato, sobre todo cuando había discutido con Lorna —reconoció—. Solía tomarse un whisky conmigo y después volvía con su familia. Con su mujer y sus hijos —recalcó. El rostro de Marcus era inexpresivo.

—¿Lorna tampoco iba a tu casa?

—Lorna y yo no éramos amigas… solo vino a verme en una ocasión. Cuando murió Walker, vino a la oficina para ofrecerme dinero a cambio de que renunciara a ser la albacea del testamento.

—Y entonces fue cuando te enteraste de que ella lo sabía.

—No. Como te acabo de contar, Walker me había dicho que se lo había confesado durante una discusión poco antes de morir. — Intentó no sonar enfadada, a pesar de que se había dado

cuenta de que intentaba pillarla en una mentira. No sabía si era una forma habitual de trabajar de los policías o que simplemente no se fiaba de ella.

—Entiendo. —Marcus asintió lentamente—Otra cosa más… ¿sabes si Walker y Malcolm Gallagher eran amigos?

—Se conocían y se llevaban bien, pero amigos… no. No eran amigos, estoy segura.

—¿Walker te dijo algo sobre una reunión que mantuvieron semanas antes de sus muertes?

—No. —Burke intervino para preguntar a Marcus:

—¿Qué te parece todo esto? —él hizo una mueca.

—Me gustaría saber quién es el amante de la viuda —musitó, pensativo. A continuación, miró a Brenda —. Te aconsejo que dejes que Burke te proteja y que, hasta que todo esto se aclare, no vayas a ningún sitio sola. —Brenda palideció al escuchar su tono de preocupación.

—Sí, claro. Gracias.

Burke maldijo al ver la hora en su reloj.

—Disculpa Marcus, pero si no nos damos prisa, llegaremos tarde al notario. —Pidió la cuenta y pocos minutos después estaban fuera del restaurante.

Marcus esperó a que Brenda subiera al carruaje para hacerle un gesto a Burke porque quería hablar a solas con él.

—Ten cuidado, esto me huele mal. Es imposible que sea casualidad que Nolan y Gallagher se vieran en secreto y a los pocos días los dos murieran, precisamente por eso acepté investigar los dos casos. Y por lo que cuenta Brenda, parece que ahora es ella la que está en el punto de mira de los asesinos. —Burke asintió con la mandíbula apretada —Mi instinto me dice que el puerto también tiene algo que ver en todo esto. —Sacudió la cabeza sintiéndose frustrado —Si averiguo algo más, te lo haré saber. Iros ya, yo prefiero volver andando a la comisaría.

—Gracias —contestó Burke y añadió: —Marcus, sé que tienes un acuerdo con Killian y con Kirby, pero llámame si necesitas dinero o cualquier otra cosa para llegar al fondo de todo esto —ofreció con voz grave. Marcus se dio por enterado con un asentimiento de cabeza.

—Estaré en contacto.

—Gracias de nuevo.

Se estrecharon las manos y Burke se subió al coche que se puso en marcha enseguida.

SEIS

Cuando llegaron a las oficinas del notario Brenda y Burke se dirigieron a la única mesa que había a la vista, en la que trabajaba una mujer mayor con aspecto de secretaria.

—Buenos días. —Los saludó, dejando de escribir a máquina. Sobre el escritorio, frente a ellos, había un pequeño cartel metálico donde aparecía su nombre: *Mary Bowers.*

—Buenos días, Mary. Soy Brenda Stevens. Llegamos tarde a una cita con el señor Noyce… —la mujer se levantó sin dejarla concluir y le dijo:

—El notario la está esperando. Sígame, por favor. —Pero antes de dar un paso lanzó a Burke una mirada intimidante —¿Usted se queda aquí? —Brenda contestó por él.

—No, viene conmigo.

—¿Cómo se llama? —preguntó la secretaria.

—Burke Kavannagh— contestó él.

Entonces, Mary Bowers se dio la vuelta y se dirigió hacia una puerta antigua y oscura que había frente a ellos, llamó con los nudillos y a continuación la abrió, anunciando a quien estaba dentro:

—La señorita Stevens ha llegado. Viene acompañada del señor Burke Kavannagh. —Se apartó para que pudieran pasar y luego cerró la puerta.

Entraron en un despacho atiborrado de libros en medio del cual había un gran escritorio del que se había levantado un hombre de edad avanzada para saludarlos. El señor Noyce era de estatura baja, gordito, tenía el cabello completamente blanco y una sonrisa que logró que Brenda sintiese que era bienvenida. Estrechó su mano cordialmente, sorprendiéndola al decir:

—Buenos días, Brenda. Tenía muchas ganas de conocerte. —Antes de que pudiera preguntar nada, el notario ofreció su mano a Burke —Buenos días, si no he oído mal a mi secretaria, es usted Burke Kavannagh… —Burke estrechó su mano, pero el notario volvió a mirar a Brenda —He oído hablar bien del señor Kavannagh, pero ¿confías en él? —Asombrada, ella solo pudo asentir y el notario le ofreció una sonrisa de disculpa. —. No sabes lo tranquilo que me dejas al saber que tienes un verdadero amigo, alguien en quien confiar de verdad. —Su mirada se había vuelto triste —Tu padre y yo éramos amigos y estaba muy

preocupado por la responsabilidad y el peligro que recaerían sobre ti cuando muriese, sobre todo debido a las disposiciones de su testamento.

Con un jadeo entrecortado, Brenda miró a Burke que había agrandado los ojos y se había quedado atónito. Al ver su reacción el notario se dio cuenta de que había sido más que indiscreto, pero no le dio tiempo a decir nada más antes de que Burke preguntara:

—¿Walker Nolan era tu padre? —Ella sabía que no tenía sentido negarlo.

—Sí —susurró.

—Perdonadme, pero tengo que interrumpiros —dijo el notario mirando a Brenda —. Siento mucho si he dicho algo que no debía, pero al venir acompañada por él he pensado que lo sabía todo. —Sacudió la cabeza, preocupado—Más tarde lo hablaremos… Lo importante ahora es que sepas que te he citado una hora antes que a la viuda de Walker siguiendo las instrucciones de tu padre, porque hay algo que debes ver antes de que se abra el testamento —afirmó, con expresión grave —. Venid a sentaros, por favor. —Burke lanzó una mirada a Brenda con la que le avisó de que tenía que darle muchas explicaciones, pero que esperaría.

Se sentaron frente al notario que cogió un sobre de color sepia, grande y abultado, del que extrajo otro más pequeño. Brenda vio su nombre escrito en él con la letra de su padre y se le humedecieron los ojos. El notario lo mantuvo en sus manos mientras aclaraba:

—Esto lo trajo tu padre dos semanas antes de morir. —Brenda lo miraba conmocionada y Burke cubrió la mano de ella con la suya —me dijo que era una carta para ti y me dejó instrucciones precisas para que la recibieras el mismo día que se leyera el testamento y que su mujer no debía estar delante.

—¿Por qué tenía que ser hoy? —consiguió preguntar ella, aunque su voz fue solo un susurro provocado por el nudo que tenía en la garganta. El notario se encogió de hombros antes de contestar:

—No lo sé, no conozco el contenido de la carta; aunque hablé con él ese día durante unos minutos, solo me dijo que estaba muy preocupado. No quiso ser más concreto asegurándome que no me decía nada más para no poner en peligro mi vida, ahora estoy seguro de que temía que lo asesinaran.

Brenda sofocó un sollozo y Burke alargó la mano para coger el sobre de la mano del notario y dejarlo sobre la mesa, al alcance de ella. El señor Noyce se levantó y les dijo:

—Os dejaré solos. Cuando hayáis terminado, estoy en esa habitación. Tú madrastra llegará en una media hora, aproximadamente. —Señaló una puerta lateral por la que salió momentos después, llevándose el sobre grande con él. Burke vio que se trataba de una sala grande donde había una mesa oscura y alargada rodeada de doce sillas.

Brenda había cogido el sobre por fin y ahora lo miraba fijamente. Él movió su silla acercándola a la suya, después, puso la mano sobre su nuca apretando suavemente y susurró:

—Brenda. —Su nombre llegó hasta ella como una suave caricia envuelta en su aliento. Tragó saliva y levantó la cara llena de lágrimas.

—Estoy bien. Es solo que… sabía que iba a ser difícil, pero esto…— levantó el sobre— esto no me lo esperaba. Sé que estás enfadado por no haberte dicho que era mi padre… —le resultaba muy difícil hablar—… pero le había prometido no decírselo a nadie. Ni siquiera Lorna lo sabe.

—Está bien, cariño. Ya me lo contarás más tarde. —Al ver que no se decidía a abrir el sobre, acarició su mejilla con el dorso de la mano y preguntó—: ¿No quieres saber qué quería decirte tu padre? —Brenda afirmó con la cabeza y lo abrió, sacando varias hojas dobladas en cuatro. Cogió la primera y comenzó a leerla con voz ahogada:

Querida hija mía:

He roto muchas cuartillas antes de conseguir terminar esta carta. A pesar de todos los errores que he cometido espero que sepas que te quise desde el momento en que naciste y sé que cuando muera, seguiré haciéndolo; no solo porque eres mi hija, también porque estoy muy orgulloso de la persona en la que te has convertido. Creo que mi peor error fue alejarte de mí cuando todavía eras una niña, aunque lo hiciera por tu seguridad; es algo de lo que me di cuenta hace tiempo, aunque no te lo había dicho hasta ahora.

Otro error, aunque no puedo arrepentirme por haberlo cometido ya que gracias a él tengo a Peter y a Philippe, fue casarme con Lorna. Mi única excusa es que, cuando la conocí, estaba seguro de que esta vez sí que había encontrado a mi pareja. En aquellos tiempos me parecía tan dulce y bondadosa que estuve a punto de romper mi regla más importante y contarle que tenía una hija maravillosa: tú. Afortunadamente decidí esperar un poco antes de hacerlo, eso ya lo sabes. Aunque sé que te sentiste un poco apartada al principio, como si yo no quisiera que formaras parte de nuestra familia, pero nada me

hubiera agradado tanto como que Peter y Philippe se hubieran criado a tu lado. Sé que tú hubieras sido la mejor influencia para ellos y que, a su lado, tú tampoco te hubieras sentido tan sola.

Tampoco te había contado hasta ahora que poco tiempo después de nacer Peter, Lorna empezó a frecuentar las camas de otros hombres lo que provocó frecuentes discusiones entre los dos y que dejáramos de mantener relaciones. Por eso el embarazo de Philippe me tomó totalmente por sorpresa, porque hacía tiempo que Lorna y yo no teníamos ninguna intimidad. Pocos días antes de que Philippe naciera hablé con ella para decirle que no quería saber nada del niño, aunque correría con todos los gastos ya que legalmente era mi obligación hasta que pudiera separarme de ella, algo que estaba decidido a hacer. Ya había consultado a varios abogados con la finalidad de asegurarme de que, después del divorcio, podría quedarme con Peter.

Pero un día que yo estaba en mi habitación y Philippe tenía pocas semanas, lo escuché llorar. Busqué a Lorna, pero no estaba en casa; no me extrañó porque ya por entonces hacía su vida y tampoco pude encontrar a la niñera, por lo que fui a ver qué le pasaba al niño. Entré en su habitación y… (he tenido que parar un momento de escribir porque me he emocionado al recordar aquella noche y cómo lo cambió todo)…; bueno, como iba diciendo el niño berreaba como un condenado y fui hasta su cuna y le hablé, pero como es normal no atendía a razones (espero que al menos sonrías al imaginarme intentando razonar con un recién nacido llorón), entonces decidí cogerlo en brazos para que dejara de llorar; estaba preocupado porque despertara a Peter cuya habitación estaba al lado de la mía. Lo destapé para poder cogerlo y entonces descubrí que su pequeño pie estaba retorcido de forma brutal y comencé a llorar con el mismo sentimiento que el pequeño.

Lo curioso fue que el niño al verme llorar dejó de hacerlo, como si se preguntara qué me ocurría. Estaba tan serio mirándome, con los ojos llorosos y un pequeño penacho de pelo negro en la cabeza, que me hizo sonreír. Lo cogí con todo el cuidado que pude y, aprovechando que se había tranquilizado, lo llevé a la habitación de Peter para que conociera a su hermano, explicándole con susurros quien era. Sin darme cuenta mi corazón había decidido que Philippe también era mi hijo. Y lo es. Lo quiero tanto como os quiero a Peter o a ti o puede que más, por esa cruel dificultad con la que tendrá que luchar durante toda su vida. No sé por qué no te había confesado antes que no soy el padre biológico de Philipp, puede que por vergüenza y también te pido perdón por eso. También te he ocultado el desprecio que Lorna siente por su propio hijo por el hecho de haber nacido con un pie deforme. Algo que me asquea y me enferma...

—No puedo seguir, lo siento —murmuró Brenda, teniendo que detenerse al faltarle la respiración. A Burke se le rompía el corazón verla llorar así, pero no le extrañaba después de escuchar la historia de su padre.

—No te disculpes. —Inclinándose sobre ella, besó su coronilla y preguntó —: ¿Quieres que siga yo? —Ella asintió y le pasó las hojas que quedaban por leer. Burke continuó haciéndolo en el mismo tono que ella:

… Nunca ha aceptado lo que ella llama su imperfección y, desde hace dos o tres años, discutimos continuamente porque insiste en que lo enviemos a un colegio especial. Yo me he negado siempre, pero sé que si muero se deshará de él y no volverá a verlo ni a dejar que Peter lo vea. Y tú sabes que los dos son inseparables, es algo de lo que me siento muy orgulloso igual que de la forma en la que tú los has aceptado y has conseguido que te quieran tanto, aunque no sepan que eres su hermana.

Ya te dije que Lorna tiene un amante que sospecho que es muy peligroso, y puede que por eso presienta desde hace unas semanas que no me queda mucho tiempo. Por si acaso, he traído esta carta a Robert Noyce el notario de Cork y de quien te puedes fiar, es un buen amigo. Sé que, si se hace público que soy tu padre La Hermandad te señalará como su objetivo, pero cuando yo muera Peter y Philippe se quedarán indefensos frente a Lorna y la única solución que encuentro es que tú te hagas cargo de ellos. Comprendo que te pido mucho, pero no puedo dejarlos en sus manos. Lorna no accederá a cedértelos al principio porque su egoísmo es tan grande que solo pensará que le estás quitando algo y se resistirá a ello, aunque desee mandarlos al internado más lejano que encuentre para que no la molesten. Pero si le ofreces suficiente dinero accederá a dejarlos en tus manos, y podrás hacerlo porque me he asegurado de que tengas el control de toda mi herencia.

Para que entiendas el tipo de madre que es Lorna, tu madre era excelente comparándola con ella. Magnolia te abandonó, es cierto, pero al menos no se esforzó en hacer de tu vida un infierno como hace Lorna con Philippe cuando le insiste, cada vez que lo ve, en que haga un esfuerzo y deje de cojear ¡A un niño que solo tiene seis años! Te ruego que no los abandones y que les hables alguna vez de mí. ¡Ojalá consigas que todos viváis juntos y felices!

Junto a esta carta encontrarás tu certificado de nacimiento y una relación de todas las propiedades que tengo actualmente. Estoy seguro de que necesitarás ambas cosas. También le he dado a Robert otra copia de tu certificado de nacimiento porque estoy seguro de que Lorna pondrá en duda nuestro parentesco. ¡Cómo me gustaría estar en

esa habitación y ver cómo reacciona cuando se entere! En cuanto a la relación de propiedades, esa solo la tienes tú porque no creo que ella sea consciente de todo lo que tengo. Por último, te ruego que, como se va a hacer público que eres mi hija y que tu madre es una humana, te pongas en contacto con Killian Gallagher para que La Brigada te proteja. Sé que lo hacen en algunas ocasiones y si es necesario pagar por su protección no dudes en hacerlo.

Aunque no podáis verme, siempre estaré junto a ti y a tus hermanos.

Tu padre que te adora,

Walker Nolan.

Burke levantó la vista de la hoja y miró a Brenda que se estaba limpiando las lágrimas de las mejillas con un pañuelo que había sacado del bolso.

—¿Cómo estás? —ella sacudió la cabeza y cerró los ojos, apretándoselos con los dedos, como si intentara obligarlos a que dejaran de llorar. Sabía que era una tontería, pero en ese momento solo podía pensar en que la lectura del testamento sería en unos minutos y ella parecía una fuente. Burke volvió a doblar las hojas y a meterlas en el sobre, dándole tiempo.

—Sabía que las cosas entre ellos iban mal, pero… —confesó con voz ronca—… pero nunca me había dicho que Lorna tratara tan mal a Philippe; que era una egoísta y que no se preocupaba de sus hijos, sí, pero no que era tan cruel. Ahora entiendo muchas cosas —musitó —. Y haré lo que sea por ellos, son mi única familia.

—Al menos los conoces, lo digo por las palabras de tu padre. —ella sonrió con tristeza.

—Sí. Walker… bueno, mi padre —rectificó, recordando que Burke ya conocía su secreto—los llevaba de vez en cuando a la oficina y los dejaba conmigo para que los cuidara, con la excusa de que él tenía que ir a alguna reunión. Yo quería verlos más a menudo, pero Lorna no sabía nada de nuestro parentesco, afortunadamente claro… —Burke la interrumpió, enfadado.

—No, Brenda, no digas eso. Tu padre se equivocó como él mismo reconoce en la carta —Se maldijo a sí mismo por haber hablado sin pensar—. Perdona, ahora no es el momento de hablar sobre esto, pero… —Ella entornó los ojos.

—Pero ¿qué?

—Pues que no tenía derecho a privarte de ellos, ni a ellos de ti. Tenía que haber luchado para que los tres estuvierais juntos.

—¡Tú qué sabrás! Debe de ser muy fácil para ti criticar lo que

hizo mi padre, ¿no? —Su rostro se arrugó repentinamente demostrando que estaba a punto de llorar de nuevo, pero se levantó dándose la vuelta para que no la viera. Burke fue tras ella, maldiciéndose por lo bajo y al ver que se dirigía a la puerta de la habitación contigua, la abrazó por la cintura.

—Lo siento —dijo, sinceramente. Ella lo empujó con todas sus fuerzas, llorando otra vez, pero lo único que consiguió fue que la abrazara más fuerte—. Perdóname —suplicó.

—Déjame —ordenó, enfadada. Lo empujó de nuevo, pero Burke la sujetaba con fuerza; inclinando la cabeza, susurró junto a su boca:

—No estás sola, Brenda. —Acarició su espalda en círculos reconfortantes. —Y no lo estarás nunca si tú quieres, mientras yo viva. —Derrumbada, se dejó abrazar, aferrándose a sus hombros y desahogándose con el rostro oculto en su pecho. Cuando acabó, se separó un poco de él y musitó con voz ronca:

—Creo que ya no puedo llorar más, me he quedado seca. —Él rio suavemente, admirado porque pudiera bromear en un momento semejante y siguió abrazándola un poco más. Cuando se sintió mejor, ella dio un paso atrás y volvió a secarse los ojos. Con una débil sonrisa, le preguntó:

—Odiaría que Lorna me viera con mal aspecto. ¿Cómo estoy? —Él acercó su cara hasta tenerla a escasos centímetros de la de ella, y contestó:

—Tienes los ojos y la nariz rojos, la boca hinchada y el moño a punto de deshacerse. Estás preciosa —resumió al final. Ruborizada, se aseguró las horquillas del moño y cogió la carta de su padre que Burke había dejado sobre la mesa para guardársela en el bolso. Cuando irguió los hombros y levantó la barbilla, él pensó que nunca había conocido a nadie como ella.

—Estoy lista —aseguró después de echar una valiente mirada a la puerta detrás de la que los esperaba el notario.

—Cuando quieras —contestó él y alargó la mano de nuevo para acariciarle la mejilla —. Lo he dicho en serio, Brenda. No estás sola. —Dejó que viera la verdad en su mirada—. Estaré contigo, siempre que tú lo quieras.

—Gracias —susurró con el corazón acelerado, aunque sin querer hacerse demasiadas ilusiones por sus palabras.

Burke abrió la puerta y vieron que el notario seguía solo y que se había sentado en la cabecera de la mesa que les quedaba más cerca. Les hizo un gesto para que se sentaran a su lado y Burke apartó la silla de Brenda para que tomara asiento, y después lo hizo él.

—Deben de estar a punto de llegar. La señora Nolan vendrá

con su abogado el señor Grinich— Les informó el notario consultando el reloj de oro que llevaba en el bolsillo del chaleco. Después se dirigió a Brenda — ¿Cómo estás, querida? — Cualquiera podía ver que había estado llorando.

—Bien, gracias.

—Recuerda que, si hay algo en lo que te pueda ayudar, no dudes en decírmelo. Y si tienes cualquier duda cuando lea las últimas voluntades de tu padre, pregúntamela. —Burke escuchó ruido de voces al otro lado de la puerta y les avisó:

—Ya están aquí.

Menos de un minuto después, Lorna hacía su entrada en el despacho, seguida por un vampiro trajeado.

La viuda vestía de luto riguroso, era rubia y tenía los ojos de color azul claro. Era de pequeña estatura y, ni en su rostro ni en su figura, había nada que llamase especialmente la atención ni para bien ni para mal. Su abogado le sacaba una cabeza, era moreno, enjuto, tenía los ojos oscuros y su traje estaba hecho a la medida. Burke se dio cuenta, nada más verlo, de que era un vampiro antiguo. Cuando todos se sentaron después de las presentaciones, el abogado habló el primero, dirigiéndose a Burke:

—He oído hablar mucho de ti. —Burke arqueó una ceja y preguntó:

—¿De veras?

—Sí. —Grinich sonrió desagradablemente dejando ver sus colmillos crecidos lo que, en circunstancias como esas, solo se podía considerar como un grosero intento de provocación. Burke sonrió ampliamente como si le divirtiera Grinich, aunque en sus ojos aparecieron unas cuantas chispas rojizas; el abogado entrecerró los ojos, contrariado, pero continuó hablando con voz almibarada: —Al parecer, tú y tus amigos habéis estado muy ocupados estos días, ¿no?

—No sé a qué te refieres —contestó Burke manteniendo la misma sonrisa, como si estuviera hablando con alguien inofensivo o que no estuviera en sus cabales. El abogado apretó la mandíbula y enrojeció por la humillación y Burke se limitó a seguir mirándolo con actitud tranquila, aunque estaba deseando enseñarle buenos modales.

La viuda hizo un gesto señalando a Brenda y dijo:

—No sabía que ella iba a venir —Se quejó al notario que contestó con voz seria:

—Señora Nolan, hace tan solo tres días que usted y su abogado vinieron a hablar conmigo exigiendo conocer el contenido del testamento; entonces les contesté que había otra

persona que tenía que estar delante cuando se abrieran las últimas voluntades del señor Nolan. Y ante su insistencia les informé de que, tanto a usted como a la señorita Stevens, les habíamos enviado una carta para que vinieran hoy. De modo que sabía que la señorita Stevens iba a estar presente porque yo mismo se lo comuniqué.

Burke miró a la viuda y después al abogado con los ojos entornados y el cuerpo tenso. Ahora sabía cuál había sido el motivo del ataque a Brenda la noche anterior, no querían que acudiera a esa cita.

La viuda apretó los labios lanzando una mirada fulminante a Brenda que contestó levantando la barbilla, sin acobardarse. Entonces, Lorna, entornó los ojos y sonrió antes de contestar a las palabras del notario:

—No me importa lo que usted diga. No admito que la amante de mi marido esté presente en la lectura de su testamento.

—Le sugiero que modere su lenguaje—Le contestó el señor Noyce antes de que Burke, que estaba a punto de saltar, pudiera decir nada. El abogado se dirigió al notario con voz aflautada, aunque miraba al otro vampiro:

—¿Es una amenaza, señor Noyce? —El notario sonrió al abogado y añadió:

—En absoluto, es un aviso. Si la señora Nolan o usted vuelven a insultar a cualquiera de los presentes, tendrán que marcharse. Y se enterarán de las disposiciones que dejó el señor Nolan cuando mi secretaria pueda enviarles una carta con una copia del testamento. Y les advierto que tanto ella como yo somos bastante mayores y lo hacemos todo lentamente. —El abogado no parecía muy conforme, pero asintió después de una larga mirada entre él y la viuda.

—Entonces —continuó el notario cogiendo el documento—, procederé a leer las últimas voluntades de Walker Nolan.

Empezó con unos cuantos pequeños legados que el padre de Brenda había dejado a algunos sirvientes y después detalló uno más importante para Darian, su ayudante de tantos años en el despacho, especificando que ese dinero debía destinarse al tratamiento de su hijo. Lorna resopló furiosa al enterarse del importe del legado, pero cuando el notario dejó de leer para mirarla directamente, no dijo nada. Habían llegado a la parte importante del testamento:

—Para mi esposa Lorna he constituido un depósito de 100.000 libras en el Banco de Irlanda a su nombre, que le aportarán un importe de 4.000 libras anuales, suficientes para que viva con todo el lujo que necesite. Sin embargo, el capital de

dicho depósito no podrá ser tocado por ella en ninguna circunstancia, y a su muerte lo heredarán nuestros dos hijos, Peter y Philippe Nolan. —El notario no levantó la cabeza del documento y continuó leyendo a pesar de que escuchó, como todos, el jadeo de sorpresa e indignación de la viuda —En cuanto al resto de mi patrimonio, el dinero, las fábricas, los barcos y todo lo que poseo, lo lego a partes iguales entre mis tres hijos: los dos que he citado anteriormente, Peter y Philippe Nolan y mi hija Brenda Stevens, que ha utilizado siempre el apellido de su madre por motivos personales, pero que también es hija mía. Por último, nombro albacea de todo mi patrimonio, a mi hija Brenda Stevens, para que pueda velar por sus intereses y el de sus hermanos. —El notario separó un documento que dejó junto a Lorna y a su abogado, que estaban sentados a su derecha — El señor Nolan aportó el certificado de nacimiento de la señorita Stevens donde figura como su padre, para que no hubiera ninguna duda.

Víctor Grinich cogió el certificado y lo leyó atentamente, pero Lorna no le dedicó ni una mirada. Tenía los ojos como platos y un par de manchas rojas habían aparecido sobre sus pómulos y no dejaba de mirar a Brenda. Cuando fue capaz de volver a hablar, masculló:

—¿Su hija? ¿Eres su hija? —Sus ojos ardían llenos de odio prometiendo venganza. Serenamente, Burke cogió la mano derecha de Brenda y la besó ante la mirada furiosa de la viuda. Después miró al abogado y supo que había entendido perfectamente la amenaza implícita que había en su gesto, que cualquier insulto o ataque que Brenda recibiera de ellos, él se encargaría de que lo pagaran. Con creces.

—Sí, soy su hija— contestó Brenda sencillamente a la pregunta de Lorna.

—¿Cómo es posible? —siseó, indignada — ¿Y no me lo dijo a mí? ¿A su mujer? —Apoyó las manos en la mesa e inclinó la cabeza, pero sus ojos siguieron fijos en los de Brenda —¿Por qué te ocultaba? ¿Es que tu madre era una puta? —La malvada suposición solo provocó que Brenda sonriera burlonamente y le dijera:

—Lo único que necesitas saber de mí es que soy hija legítima de Walker Nolan y que, desde este momento, acepto ser la albacea de su testamento. —Miró a Rober Noyce que sonreía al ver la tranquilidad con la que se comportaba y dijo en voz alta, para que constara de manera oficial —Acepto el nombramiento, ¿tengo que firmar en algún sitio? —El notario asintió.

—Te avisaremos cuando todo esté preparado.

—Entonces, ¿podemos irnos? —preguntó Burke.

—Por supuesto —contestó el notario amablemente. Después, los acompañó a la puerta y se despidió de ellos asegurándoles que prepararía los documentos que Brenda tenía que firmar, lo antes posible.

SIETE

Burke y Brenda bajaron las escaleras hasta llegar al portal, pero cuando iban a traspasar la majestuosa puerta de hierro ambos se quedaron atónitos al ver la impresionante tormenta que se había desatado mientras estaban en el despacho del notario.

—Demasiado habían aguantado esas nubes sin descargar —musitó Burke. Localizó a Ian que había aparcado enfrente y que permanecía de pie junto a los caballos, asegurándose de que no se asustaban por los truenos que se escuchaban continuamente. Les había puesto unas mantas para resguardarlos del agua, aunque con semejante diluvio tanto él como los animales ya estaban empapados —. Voy a avisar a Ian para que acerque el coche. Volveré enseguida —dijo a Brenda, aunque esperó a que ella le asegurara que estaría bien antes de salir.

Brenda se cruzó de brazos intentando darse calor mientras lo observaba cruzar corriendo la calle. La temperatura había bajado tanto que estaba helada y la tormenta era tan ruidosa que no escuchó que alguien se le acercaba por detrás. Sobresaltada, se volvió de repente al sentir un roce en el cuello. El siniestro abogado de Lorna había aparecido a su lado y la miraba como si ella fuera un postre de lo más apetitoso, mientras que la viuda de su padre los observaba a pocos pasos; Brenda la vio por el rabillo del ojo porque no dejó de vigilar, preocupada, al abogado a la vez que retrocedía lentamente con la intención de salir a la calle. Prefería mil veces empaparse por la tormenta que quedarse allí con ellos, pero se detuvo al escuchar las palabras de Lorna:

—Querida, te has marchado demasiado pronto. No hemos podido hablar del futuro de tus hermanos —ronroneó con una sonrisa viciosa. A pesar del asco que sentía por ella, Brenda haría lo que fuera por cumplir la voluntad de su padre, aunque sabía que no era buena idea revelar tan pronto que esos niños eran su punto débil.

—Si estás dispuesta a llegar a un acuerdo hablaremos cuando quieras —contestó, decidida.

—Te lo dije —confirmó el abogado dirigiéndose a su clienta y mirándola como si le pidiera permiso para algo a lo que ella accedió, con un gesto seco de asentimiento. Entonces, los ojos de Víctor Grinich brillaron de forma extraña y sonrió, enseñándole los colmillos a Brenda, a quien se le revolvió el estómago. El

abogado le habló en voz baja, sonriendo lascivamente con el rostro a escasos centímetros del suyo—. La señora Nolan ha dejado en mis manos esta negociación. Si quieres volver a ver a tus hermanastros, tendrás que hablar conmigo. —Sacó una tarjeta del bolsillo de su chaleco y se la ofreció—Cuando te interese negociar, ven a verme. —Brenda la cogió decidida a salir corriendo hacia la calle, pero repentinamente, él la agarró por la muñeca impidiendo que se moviera y se acercó a ella lo suficiente para pegar la nariz a su cuello; entonces, inhaló profundamente como si su olor fuera una especie de droga. Brenda intentó retroceder tirando de su mano para liberarse con todas sus fuerzas, pero él le apretaba tanto la muñeca que pensó que se la rompería. Dolorida, se mordió el labio inferior para no gritar, intuyendo que él disfrutaría si lo hacía.

—Tu sangre huele muy bien —murmuró, lujuriosamente. A Brenda se le pusieron los pelos de punta cuando sus colmillos le rozaron el cuello. Levantó la mirada y vio que Lorna se había alejado de ellos y que los miraba con los ojos como platos, como si no supiera que su abogado iba a llegar tan lejos. Brenda no pudo soportarlo más y se apartó bruscamente tirando de su mano con fuerza a pesar de que le dolió, pero el vampiro la sujetó también por la cintura para que no pudiera escapar.

—Quieta —ordenó y le lamió el cuello.

Se forzó a permanecer inmóvil durante unos segundos, los suficientes para que él se creyera que la había asustado y se confiara, decidida a darle un rodillazo en sus partes con toda la fuerza que pudiera. Sabía que, si conseguía hacerle suficiente daño, la soltaría y ella podría escapar corriendo a la calle. Pero cuando estaba a punto de levantar la pierna derecha para golpearlo, alguien la apartó del abogado. Aliviada, se volvió hacia Burke, pero él estaba observando al abogado. Su cara era una máscara rígida y colérica y sus colmillos, por primera vez desde que Brenda lo conocía, estaban a la vista y eran grandes y afilados. Letales. Entonces la miró y cuando se aseguró de que ella estaba bien se quitó el abrigo, lo lanzó al suelo y ordenó con una voz que no parecía la suya:

—No te acerques, Brenda. —Luego, dirigiéndose a Víctor Grinich, sentenció—: Y tú, date por muerto.

De su garganta salió un sonido que parecía proceder de un animal furioso y comenzó a mover los brazos lentamente de una forma que Brenda no había visto nunca, como si estuviera realizando algún tipo de baile exótico a la vez que se acercaba al abogado. Sin previo aviso, su brazo derecho salió disparado y asestó un fuerte golpe con el puño en el pecho del otro vampiro

lanzándolo por los aires y estrellándolo contra la pared que había enfrente, a varios metros de distancia. El abogado cayó sentado en el suelo donde permaneció mirando, atónito, a Burke.

—¿Qué mierda es esta? —preguntó, extrañamente ofendido por su forma de luchar. Burke se acercó a él de un salto y lo levantó, agarrándolo de la chaqueta con una mano. Empujando su espalda contra la pared siguió subiéndolo hasta que los pies del abogado estuvieron a más de un metro del suelo. Pero Grinich no era de los que se amilanaban fácilmente, se relamió y le preguntó —: Ya he olido su sangre, solo me queda una duda, ¿también es buena en la cama? —Burke lo dejó caer al suelo repentinamente y el otro se tambaleó, pero se mantuvo en pie. Entonces, Burke le avisó:

—Defiéndete —Enseguida le dio un puñetazo en el estómago que volvió a lanzarlo contra la pared y que provocó un gruñido de dolor en Grinich.

Durante la pelea el abogado demostró que sabía defenderse devolviendo golpe por golpe. Brenda se estremecía cada vez que uno de los puñetazos del abogado impactaba en el cuerpo de Burke, hasta tal punto que más tarde se daría cuenta de que había estado clavándose las uñas en las palmas de las manos durante toda la pelea. Todo terminó cuando Burke arrinconó a su contrincante contra la pared enterrando cuatro puñetazos seguidos en su cuerpo provocando que el abogado cayera sentado y sin fuerzas en el suelo, desde donde miró a Burke burlonamente a pesar de su rostro sangriento y golpeado. Furibundo, Burke se acercó a él decidido a seguir golpeándolo, pero Brenda le puso la mano en el antebrazo y susurró:

—Déjalo —Él gruñó y, contrariado por su petición, apartó el brazo de un tirón. Pero Brenda volvió a poner la mano en el mismo sitio y suplicó: —Burke, por favor. —Entonces, la miró. Y lo que vio en su rostro lo hizo claudicar y que la niebla roja que había cubierto sus ojos empezara a desaparecer. Se volvió hacia Víctor y le dijo —: Si vuelves a tocarla, te mataré. —Y todos los presentes supieron que decía la verdad.

Después, recogió su abrigo del suelo y se lo puso a Brenda sobre los hombros. Abrazándola por la cintura corrieron juntos hasta el carruaje, bajo la espantosa tormenta que seguía cayendo sobre la ciudad.

OCHO

Nimué volvió a ajustarse los guantes por tercera vez en el carruaje, pero cuando Cameron susurró su nombre, ella levantó la mirada y sus ojos se fundieron. Con una sonrisa de disculpa, confesó:

—Lo siento, estoy nerviosa. —Él sonrió y ladeó el rostro ligeramente antes de susurrar:

—Cariño, estamos aquí porque tú has insistido, pero nada me haría más feliz que volver a casa y pasar la tarde igual que ayer. —A pesar de su edad, ella se ruborizó al recordar lo que habían estado haciendo el día anterior frente a la chimenea del salón, aprovechando que era el día libre de los criados y él rio por lo bajo al ver su reacción. Nimué chasqueó la lengua intentando parecer molesta, aunque a ella también le hacía gracia ser todavía capaz de ruborizarse.

—¿Y qué pasa con tus padres? —Cam se encogió de hombros como si no le importara, aunque ella sabía que no era así, antes de decir:

—Podemos venir otro día, si lo prefieres —sugirió. Ella negó con la cabeza porque habían pasado más de veinte años sin que Cam y sus padres se hablaran, y ella no iba a ser la causa de que aquella reunión se retrasara ni un día más. En sus ojos apareció una mirada que Cam conocía muy bien y que le anticipó que no se iban a volver a casa. Por si le quedaba alguna duda levantó la barbilla, cuadró los hombros y contestó:

—No. Quiero entrar.

—¿Seguro? —Ella asintió silenciosamente y recibió, satisfecha, el fugaz beso que él le dio en los labios. Luego, Cam bajó del carruaje y ella lo hizo detrás de él.

Cuando se volvieron hacia la puerta de la mansión de los Brooks, vieron a los padres de Cam observándolos a través de una ventana. Pero en esta ocasión Nimué se presentaba ante ellos del brazo de su hijo, como su pareja y con la seguridad que le daba saber lo profundamente que ambos se querían. Después de entregar los abrigos y los guantes al joven mayordomo que les abrió la puerta, lo siguieron hasta la sala donde los esperaban los dueños de la casa.

El mayordomo se marchó en silencio y Cam y Nimué permanecieron de pie en el umbral de la habitación esperando la

bienvenida de sus anfitriones que se habían quedado inmóviles y mudos frente a ellos. Nimué sintió la tensión en la mano de Cam a la que iba aferrada y se dio cuenta de que alguien tenía que dar el primer paso así que, soltándose de él, se acercó a su madre ofreciéndole su mano. Inesperadamente, la mujer la abrazó con un sollozo y ella le dio unas palmaditas suaves en el hombro, olfateando discretamente el agradable perfume a lilas que despedía.

—Lo siento, lo siento mucho —murmuraba en su oído la madre de Cam, llorando — Alexander y yo estamos muy arrepentidos por lo que te hicimos. —Nimué se apartó con un murmullo consolador y miró a Cam y luego a su padre. Ambos seguían en la misma posición que antes, ninguno de los dos se había movido ni un centímetro, aunque tenía que reconocer que el que parecía más obcecado era Cam. Por eso lo miró fijamente y señaló a su padre con la barbilla, indicándole lo que tenía que hacer. Cam entornó los suyos, pero Nimué le respondió con una mirada similar. La pareja mayor observaba, atónita, cómo la mujer a la que una vez le habían negado el acceso a su familia ahora influía sobre su hijo para que se acercara a su padre. Y contrariamente a lo que los dos suponían que ocurriría conociendo la tozudez de Cam, este finalmente suspiró después de mantener la mirada de su mujer durante unos segundos y se volvió hacia Alexander.

—Si no nos saludamos, no me dejará en paz—confesó burlonamente, reconociendo implícitamente la importancia que para él tenía Nimué. Decidido, alargó la mano para estrechar la de su padre, pero él hizo lo mismo que su madre un momento antes con su nuera y lo abrazó estrechamente, dejando que de su garganta surgiera un profundo gemido de alivio. Al principio, Cam se quedó rígido, pero poco después devolvió el abrazo con la misma fuerza con la que su padre se lo daba, enterrando la frente en su hombro. Entre los dos no hubo palabras, al contrario que entre las mujeres, pero de alguna manera no parecían necesarias.

Después del abrazo entre padre e hijo, su madre, con los ojos húmedos y una gran sonrisa, ordenó:

—Pasemos al comedor, yo acompañaré a Nimué. Vosotros dos podéis ir juntos —declaró, cogiendo a su nuera por el brazo y arrastrándola suavemente por el pasillo hacia el coqueto comedor que usaba la familia. El formal solo se utilizaba en ocasiones especiales relacionadas con el trabajo de *El Guardian* o en acontecimientos sociales.

Fue al entrar en el comedor cuando Cam y Nimué se dieron cuenta de que la comida había sido preparada con sumo cuidado.

Junto al ventanal que daba al jardín habían colocado una pequeña mesa cuadrada, vestida con mantel y servilletas de lino color vainilla y con la vajilla más especial que tenía la familia; una de color verde pálido con el filo dorado y alegres y exquisitas prímulas amarillas pintadas en el borde de cada plato; la cristalería elegida para la ocasión también era antigua y elegante y había pertenecido a una bisabuela de Cam, que arqueó una ceja al ver la mesa y dijo, dirigiéndose a su madre:

—Creía que no pensabas usar nunca esa cristalería. Decías que era demasiado valiosa—afirmó, sorprendido.

—Hoy es un día tan especial que he decidido utilizarla. Y, si a ti y a Nimué os gusta… —afirmó, mirando a la otra mujer — la pondremos siempre que vengáis a comer a casa.

—Es preciosa —contestó la aludida con una sonrisa.

—Gracias, mamá —contestó el hijo haciendo ruborizar de placer a su madre por llamarla así.

Alexander, que había permanecido mudo observando el intercambio, carraspeó y apartó la silla de Nimué cortésmente para que se sentara. Su hijo hizo lo mismo con su madre y cuando se sentó, le dio un beso en la mejilla que provocó que ella tuviera que parpadear varias veces para contener el llanto.

El mayordomo apareció en ese momento precediendo a dos criadas que traían varias fuentes con comida humeante. Alexander bromeó, intentando quitar emoción al momento:

—Tu madre ha vuelto loca a la cocinera recordándole cuáles eran tus platos favoritos y como tenía que hacerlos. —Cam miró sonriendo a su madre y contestó:

—No hacía falta que te molestaras, cualquier cosa habría estado bien. —No le gustaba descubrir que su madre esperaba tan ilusionada su visita, sobre todo porque él había dudado si debían venir hasta el último momento—Pero, por supuesto, te agradezco muchísimo que lo hayas hecho —dijo, sonriendo al ver el guiso de carne.

—Y de postre… ¡tarta de moras! —señaló alegremente su madre. La sonrisa de Cam hizo que el corazón de Nimué se desbordara de amor por él.

Nimué fue la que más habló durante la comida, contando anécdotas de la época en la que había sido directora de un internado para señoritas en Escocia. Los padres de Cam la escucharon atentamente, haciendo preguntas de vez en cuando. Al final de la comida Alexander se dirigió a ella con la intención de conocerla un poco más e intentar reparar tantos años perdidos estúpidamente:

—Tengo entendido que eres muy amiga de Kristel Hamilton

—afirmó. Nimué contestó con el rostro resplandeciente porque Kristel era como una hija para ella.

—Sí. Es una mujer estupenda, digna heredera de su padre —proclamó, aunque no sabía qué opinaba él sobre la integración de los humanos en el Consejo.

El padre de Kristel había formado parte del anterior Consejo de Eruditos, aunque era humano, y precisamente ese era el motivo por el que *La Hermandad* lo había asesinado; sin embargo, la madre de Kristel era una vampira pura que se había desentendido de su hija muchos años atrás. También Nimué era humana e intentaba no pensar en qué les parecería eso a los padres de Cam, ambos vampiros puros y partidarios de seguir las tradiciones. Pero había decidido olvidar sus dudas al entrar en aquella casa y hacer todo lo que estuviera en su mano para que la relación entre ellos y Cam, fuera la mejor posible.

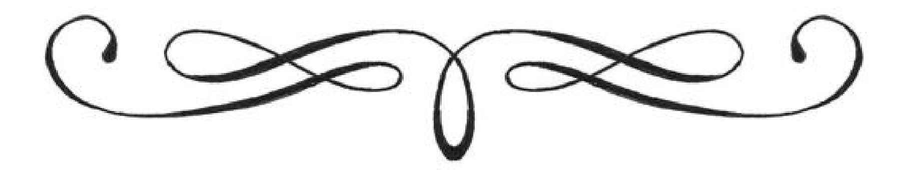
—Por supuesto, lo recuerdo bien— contestó Alexander—. En alguna ocasión hablamos brevemente y bromeó con el hecho de que nos llamáramos igual —sonrió al recordar a aquel humano sencillo y amable —. Era un gran erudito y una gran persona y su muerte fue una tragedia para todos. —Cam miraba a su padre sorprendido ya que jamás le había oído criticar tan claramente a *La Hermandad*.

—Estoy de acuerdo —afirmó Nimué, pero Alexander había visto la mirada de Cam.

—A mi hijo le extrañan mis palabras —comentó a Nimué, antes de volverse hacia Cam para decirle amablemente —. Pareces creer que soy incapaz de reconocer la maldad o de pelear contra ella. Olvidas que ese es, en parte, mi trabajo. —Cam sacudió la cabeza.

—Te equivocas, nunca he pensado tal cosa de ti. Solo que estabas demasiado apegado a algunas costumbres que, según mi opinión, ya no tenían razón de ser. —El padre de Cam echó una mirada a su mujer que asintió levemente a lo que su marido le preguntaba en silencio. Entonces Alexander contestó a su hijo:

—¿Puedes acompañarme un momento? Hay algo sobre lo que me gustaría que habláramos. —Cam aceptó y Helena y Nimué observaron, igual de preocupadas, cómo se marchaban.



Cuando cerró la puerta de su despacho, Alexander dijo:

—Siéntate, hijo ¿Quieres beber algo?

—No, gracias. —Se acomodó en una de las dos sillas de cuero repujado que había frente a la antigua mesa que utilizaba su padre para trabajar y Alexander lo hizo a su lado, comenzando a hablar enseguida:

—Con el paso de los años me he dado cuenta de que tenías razón en lo que decías sobre algunas de nuestras costumbres. Si sirve de algo, actué según me enseñó mi padre y, a él, el suyo.

—Siempre lo he entendido así, padre. Nunca pensé que lo que hicisteis fuera por hacerme daño.

—Pues yo creía que eso, precisamente, era lo que pensabas —musitó Alexander—. Me pareció que lo sentiste como una afrenta personal contra ti y que nuestro único propósito era destrozarte la vida —terminó, con algo de ironía.

—Para mí que fuerais a la universidad a hablar con Nimué a mis espaldas y que consiguierais separarla de mí, fue la peor de las traiciones. Y he sido tan desdichado desde entonces, que no

podía perdonaros.

—¿Y ahora? —preguntó su padre suavemente.

—Ahora… —Cam sonrió de tal manera que él no pudo menos que imitarle, contento por verlo tan feliz—… ahora, ya os he perdonado — reconoció.

—Porque estáis juntos.

—Sí. —Se encogió de hombros sin ganas de ahondar más en sus sentimientos, pero el silencio de su padre y la comprensión que veía en sus ojos lo empujaron a hacerlo— Es mi velisha, padre. Sé que no puedes entenderlo porque tu matrimonio fue acordado por otros, pero yo no concibo vivir sin ella. Y si ahora me faltara después de los meses que hemos pasado juntos, la seguiría al otro mundo sin dudarlo.

Alexander se sintió ofendido por la suposición de su hijo, aunque intentó no demostrarlo.

—No quiero que pienses que no he querido a tu madre porque no es cierto. Puede que nuestro amor no haya sido tan apasionado como el que Nimué y tú sentís, pero cuando nos casamos nos teníamos cariño y ese afecto ha ido aumentando con los años.

—Me alegro de oírlo. —Alexander suspiró porque sabía que nunca estarían de acuerdo en ese asunto.

—Helena y yo hemos hablado mucho y queremos que sepas que, si la ocasión volviera a presentarse, no actuaríamos igual.

—¿No? —preguntó, sorprendido.

—No. Cometimos un gran error al separaros. Nuestro mayor deseo es que nos perdones y que volvamos a ser una familia. Y creo que tu mujer opina como nosotros —argumentó al final con una sonrisa divertida porque, inesperadamente, su nuera se hubiera convertido en una aliada.

—Sí. Como has podido comprobar durante la comida no tiene ningún problema en expresar sus opiniones —reconoció divertido y orgulloso a la vez. Su padre rio por lo bajo, pero volvió a ponerse serio al escuchar las siguientes palabras de Cam—Yo también quiero arreglar las cosas, os he echado de menos—admitió finalmente, observando el brillo que había aparecido en los ojos de su padre.

—Entonces espero que estas comidas se conviertan en una costumbre. —Cam asintió e imitó a su padre cuando se levantó.

—Sí, aunque la próxima vez espero que vengáis a comer a nuestra casa. Así os la enseñaremos —contestó.

—Por supuesto, hijo. Iremos encantados —aceptó—. Pero antes de volver al salón, necesito preguntarte algo. No me gusta tener que tratar un tema tan desagradable en un día tan feliz, pero desdichadamente el tiempo apremia…

—Pregunta lo que quieras.

—Necesito saber si es cierto que Cedric Saint John dejó algo que nos servirá para acabar con Lilith, si llega a reencarnarse. —A Cam no le extrañó que su padre supiera que él y Nimué eran los herederos de Cedric, como *El Guardián* una de sus obligaciones era conocer ese tipo de cosas. No en vano era la máxima autoridad de su sociedad y tenía que estar preparado para todo lo que pudiera pasar.

—Sí —contestó—. En su caja fuerte encontramos un pergamino escrito en el idioma antiguo que parece que explica cómo frenar a Lilith, aunque Cedric nos advertía en una carta que solo es uno de los cuatro necesarios para completar el ritual. Kristel ya está trabajando en él, aunque nos ha dicho que es más complejo que el de Cobh.

—Si lo que he oído sobre esa muchacha es cierto, lo descifrará. Por lo que me han informado, no es solo digna hija de su padre, sino que puede que lo supere en algunas cosas.

—Es muy posible —estuvo de acuerdo Cam pensando que ya iban a volver al comedor, pero se equivocaba.

—Hay una cosa más que tenemos que tratar, hijo. Quiero que hablemos sobre la sucesión de *El Guardián*. —Cam no esperaba que su padre tratara ese asunto en su primera reunión y se quedó inmóvil —Solo quiero que sepas que, si sigues decidido a no aceptar el puesto, lo aceptaré y te prometo que buscaré el procedimiento adecuado para que no te veas obligado a hacerlo. —Cam arqueó las cejas, realmente sorprendido y, recordando la conversación que había mantenido con Nimué en la cama la noche anterior, confesó:

—No, no lo hagas. Después de hablar con Nimué he sido más consciente que nunca de la importancia del trabajo que has realizado durante todos esto años y… —dejó el resto de la frase en el aire durante unos cuantos latidos, solo para que su padre asumiera a quién se debía su cambio de opinión —… creo que finalmente aceptaré el legado. —La feroz alegría que vio en su rostro, le hizo decir —Pero hay algunas cosas que debo solucionar antes, de modo que te pido que todavía no lo hagas público. — Su padre parecía más feliz de lo que Cam lo había visto nunca.

—No es necesario que lo anunciemos todavía, pero me vendría bien tu ayuda en estos tiempos tan complicados.

—Por supuesto, estoy a tu disposición. —Ambos pensaban en los numerosos ataques perpetrados por *La Hermandad* durante los últimos años.

—Ya me voy haciendo mayor y sería conveniente que, durante un tiempo, los dos trabajemos conjuntamente hasta que

puedas hacerte cargo de todo. Pero esperaré el tiempo que necesites. —La sonrisa de Alexander desapareció repentinamente de su rostro— Hay una última cosa que… —Cam se lo quedó mirando con gesto interrogante y su padre dijo, después de pensarlo durante unos segundos: —… he descubierto hace unos meses algo sorprendente, —hizo una mueca al recordar de repente las palabras de su mujer diciéndole que ese no era el mejor día para contarle algo así a su hijo y, en el último momento, decidió seguir su consejo—pero lo hablaremos en otra ocasión.

—No parece una buena noticia. —Cam no quería presionarlo, pero sus palabras lo habían intrigado.

—Desgraciadamente no lo es. Aunque generalmente supone la mayor de las alegrías, en este caso es una vergüenza —aseguró muy serio, pero enseguida volvió a sonreír —. Como he dicho, no es el momento de hablar sobre eso. Si estás de acuerdo, yo creo que podemos volver con las señoras. —Cuando Cam iba a salir del despacho, Alexander puso la mano en su hombro haciendo que se detuviera y lo mirara inquisitivamente —Estoy muy contento, hijo.

—Yo también, padre —contestó él sonriendo y volvieron al encuentro de las señoras.

NUEVE

Brenda se había sentado junto a él en el carruaje y estaba aprovechando el trayecto para limpiarle los ensangrentados nudillos con un pañuelo, aunque las heridas ya se estaban cerrando. Burke se dejaba hacer sin quejarse hasta que vio la marca de los dedos del abogado en la muñeca de ella. Entonces, cogió su mano con cuidado y la sostuvo con la mirada ardiendo por la rabia.

—¡Ese cerdo! — masculló, entre dientes. Acarició suavemente la hinchazón enrojecida. —¿Te duele mucho? —Ella sacudió la cabeza, mintiendo con rostro inocente.

—Casi nada. —Incrédulo, él entornó los ojos, pero dejó libre su mano y ella siguió limpiándole los nudillos. Después de hacer todo lo que pudo, Brenda pasó al rostro de Burke cogiéndolo por la barbilla para que lo girara hacia la izquierda.

—Menos mal que no eres humano — comentó, al ver que sus golpes ya se estaban curando.

—Ya —contestó en voz baja, apartando la mirada. Ella observó su cara detenidamente, parecía molesto.

—¿Estás enfadado conmigo?

—No, pero cuando te he visto en sus brazos… —sacudió la cabeza reclinándose en el asiento y cerró los ojos durante unos segundos. Cuando los abrió a Brenda se le escapó un jadeo al ver cómo brillaban —Tenías que haber salido a buscarme en cuanto los has escuchado bajar. Ha sido un error quedarte a solas con esos dos. No quiero ni pensar lo que te podría haber pasado si yo no hubiera estado. —La miró de tal manera que se sintió obligada a justificarse.

—No he oído nada por el ruido de la tormenta —contestó. Sorprendida, sintió que un temblor tardío recorría su cuerpo e intentó apartarse de Burke discretamente, pero él lo había notado y, levantándola a pulso, la sentó sobre su regazo. —Esto no es necesario. Gracias, pero prefiero volver a mi sitio —susurró, intentando apartarse, pero él no le hizo caso y comenzó a frotar sus brazos para que entrara en calor. Finalmente, ella se rindió y apoyó la cabeza en su hombro. No pensaba reconocerlo en voz alta, pero se estaba muy bien entre sus brazos protegida del frío y del mundo.

Acarició sus labios con el pulgar, concentrado en ella y

después, su índice recorrió la suave piel de su nariz hasta el pómulo derecho. Brenda puso la palma de la mano en la mejilla masculina y él cogió su mano y la llevó hasta su boca para besarla, después, le reveló lo que había decidido:

—Es imposible viajar a Dublín con este tiempo. Le he dicho a Ian que nos lleve al Continental. Cenaremos y…, bueno, luego ya veremos —terminó amablemente al ver el rubor que cubría el rostro femenino —. Y ahora cuéntame qué te han dicho esos dos. Desde el principio. —Ella suspiró y se removió, inquieta.

—Está bien, pero déjame que me siente enfrente.

Se lo pidió porque entre sus brazos le era imposible pensar. Burke soltó un suspiro que la hizo sonreír, pero volvió a dejarla en su asiento. Entonces, ella contestó a su pregunta:

—Dicen que quieren negociar.

—¿Y qué te ofrecen, exactamente?

—Lorna está dispuesta a hablar sobre el futuro de Peter y de Philippe. —Burke soltó una maldición muy explícita que resonó en el carruaje.

—No quiero que hables con ellos, lo haré yo. Iré a visitarla y veré qué es lo que quiere.

—No hablará contigo, me ha dejado claro que tengo que negociar con su abogado si quiero llegar a un acuerdo. Ella casi no ha abierto la boca. —Un rayo de furia roja atravesó los ojos de Burke.

—¿Y qué te ha dicho ese cerdo antes de que yo llegara? —Ella no estaba tan loca como para decírselo, sobre todo porque estaba segura de que Burke podría haber matado al abogado si ella no lo hubiera detenido.

—No mucho, que tengo que hablar con él. Y me ha dado su tarjeta. —La buscó en el bolso recordando vagamente que la había guardado después y así era. Burke alargó la mano para que se la diera, pero ella se negó a hacerlo con un movimiento de cabeza. Él entornó los ojos y movió los dedos, insistiendo.

—Deja que la vea.

—La necesito, Burke.

—¿Crees que dejaré que vayas a ver a ese cabrón tú sola? —Ella se estremeció bajo su protectora mirada.

—No estoy tan loca como para ir sola a verlo —reconoció ella, sabiendo que tenía razón—. Cuando esté más tranquila, pensaré en lo que voy a hacer. —Él cedió, aunque se notaba que no le gustaba nada hacerlo.

—Solo te pido que no decidas nada sin hablar conmigo. —Ella lo miró durante un par de segundos, antes de aceptar.

—Claro, pero… Burke, te agradezco mucho lo que estás

haciendo, pero es mi problema y tienes que aceptar lo que yo decida. —su tono era afectuoso, pero decidido; él hizo un gesto con la mano sin contestar a su petición, antes de insistir:

—Dime la verdad, ¿te insultó? —Cuando lo negó con un murmullo, él entrecerró los ojos y dijo —: ¿Por qué me mientes?

—Porque no quiero que vuelvas a pelearte con él. —Burke gruñó cuando sus palabras confirmaron lo que pensaba y ella continuó—: Por favor, dejemos de hablar sobre esto, al menos durante un rato. —Él apretó los labios y aceptó, preocupado por la palidez de su rostro. El coche se detuvo de repente y Burke murmuró cuando vio dónde estaban:

—Espera un momento. Voy a hablar con Ian.

Cuando ella miró a través de la ventanilla se dio cuenta de que de nuevo estaban aparcados junto a la puerta del Hotel Continental y de que estaba cayendo un verdadero aguacero. Burke volvió enseguida llevando la maleta de Brenda y un bolso de viaje que ella no había visto antes y, los dos corrieron los pocos metros que había hasta la marquesina del hotel. Cuando estuvieron a cubierto y mientras recuperaban el aliento, Brenda le preguntó al ver que Ian se marchaba llevándose el coche:

—¿Dónde va?

—Hay unos establos cerca donde podemos dejar los caballos y el carruaje toda la noche. Después se irá a dormir a su casa, con su familia.

—¿Tiene familia aquí?

—Sí, sus padres y sus hermanos viven en Cork. —Burke la miraba intensamente — Mañana temprano, si el tiempo ha mejorado, saldremos hacia Dublín. Es imposible viajar en estas condiciones. —Brenda señaló el bolso de piel marrón que él había dejado junto a su maleta.

—¿Y ese bolso?

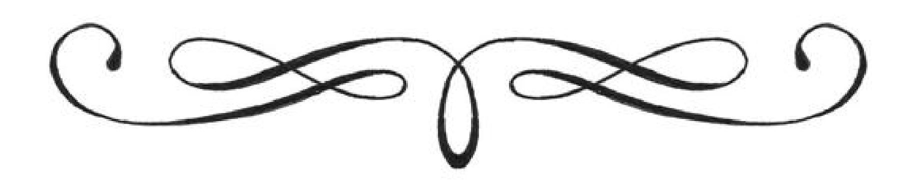
—Siempre lo llevo por si tengo que quedarme a dormir en algún sitio de manera imprevista, como hoy. —Se encogió de hombros con una sonrisa— Aunque no lo creas, en mi trabajo es bastante habitual.

—¿Dónde lo tenías guardado?

—Hay un pequeño compartimento bajo los pies de Ian, donde pueden ir un par de maletas si no son muy grandes. —Volvió la cabeza en dirección a la puerta del hotel— Creo que será mejor que nos registremos para poder ir a nuestras habitaciones a secarnos y cambiarnos de ropa. Después, bajaremos al restaurante. Es pronto para cenar, pero tenemos mucho de qué hablar.

Como ella aceptó su propuesta entraron en el hotel y se

dirigieron a la recepción, donde Burke pidió dos habitaciones contiguas. Un botones los acompañó y, cuando dejaron a Brenda en su habitación, cerró la puerta con llave y se metió en el baño donde comenzó a desnudarse. Afortunadamente, como era un hotel recién construido tenía ducha así que se daría una y entraría en calor enseguida.



Media hora después, Burke llamaba a su puerta.

—No sabía si ya habrías terminado de arreglarte —murmuró, observándola. También parecía haberse duchado ya que todavía tenía el pelo húmedo y peinado hacia atrás y se había puesto otro traje, uno marrón. Estaba guapísimo.

—Acabo de hacerlo— contestó.

Ella también se había cambiado, poniéndose un vestido de lana de color verde manzana que la abrigaría más que el otro que había llevado durante todo el día. Burke recorrió su figura apreciativamente, haciéndola ruborizar y luego, con una sonrisa íntima, le ofreció su brazo. Bajaron las escaleras charlando sobre la estruendosa tormenta que resonaba a través de los muros del

hotel. Cuando cruzaron la puerta del restaurante el maître los saludó cordialmente:

—Buenas noches, señores. ¿Desean cenar en el restaurante?

—Sí, pero esta vez seremos solo nosotros dos.

—¿Quieren el mismo reservado?

—Si está libre, sí.

Mientras lo seguían, Burke fulminó con la mirada a un rollizo comensal que se había quedado mirando tan fijamente a Brenda que la había hecho apartar la mirada, avergonzada. Cuando los dejaron a solas después de tomarles nota de lo que querían cenar, Burke dijo unas palabras que la inquietaron un poco:

—Me gustaría decir algo yo primero, si no te importa.

—Está bien —aceptó, sin imaginarse qué podía ser.

—Quiero pedirte perdón por no haberte escuchado. Desde el primer momento me aseguraste que no habías sido la amante de Walker, pero hasta esta tarde no he estado seguro de que dijeras la verdad. Aunque, si te sirve de algo, te confieso que hace días que había empezado a dudar.

—Lo sé. Todos pensaban que éramos amantes. —Enarcó una ceja de repente —Y si te soy sincera, me sorprende que lo dudaras.

—Pues así era.

—¿Desde cuándo?

—Exactamente no lo sé, pero hace días que algo dentro de mí me decía que debía creerte. —Sacudió la cabeza —Entonces, ¿me perdonas?

—Claro. ¿Cómo no voy a hacerlo si estás empeñado en protegerme de todo? —Su valiente sonrisa le alegró el corazón, pero no olvidaba que tenían una conversación pendiente.

—Te lo agradezco. Y ahora, me gustaría que me contaras toda la verdad. —Ella asintió, tragando saliva.

—Te he prometido que lo haría y lo haré —aseguró, casi sin voz. Burke alargó las manos y cogió las de ella.

—Brenda, estaré a tu lado, sea lo que sea.

—Está bien. —Despacio, apartó sus manos de las de él y las entrelazó poniéndolas sobre la mesa.

—No sé por dónde empezar.

—Como se suele decir en estos casos es más sencillo si lo haces por el principio —bromeó, aunque solo a medias. Brenda se quedó mirando sus manos durante unos instantes mientras ordenaba sus pensamientos y, cuando estuvo preparada, comenzó:

—Ya sabes quién es mi padre, pero lo que no sabes es que mi madre vive, aunque hace años que no tenemos ningún contacto. —Burke estaba boquiabierto.

—Estaba convencido de que había muerto.

—No, eso es lo que cree todo el mundo, pero sigue viva, al menos eso creo— dijo las últimas palabras haciendo una mueca.

—Pero nunca hablas de ella.

—Porque, como te he dicho, hace años que no la veo y que no sé nada sobre ella.

—¿Por qué?

—Mi madre es una persona muy… peculiar. Para empezar, no creo que tenga ni un hueso maternal en todo su cuerpo, mi padre era el que siempre se ocupaba de mí cuando era pequeña. Ella casi nunca estaba en casa.

—¿Acaso te trataba mal? —Brenda se apresuró a negarlo.

—¡No, no es eso! —Se encogió de hombros—Es difícil de explicar. Casi nunca estaba en casa y, cuando estaba, era cariñosa conmigo, pero no estaba pendiente de si había comida en la casa o si yo tenía ropa limpia. En cuanto mi padre empezó a ganar dinero, contrató a una mujer para que se ocupara de todas esas cosas. Finalmente, cuando yo tenía doce años, mi madre se marchó; se había enamorado de un conde italiano y se fue a vivir con él.

—Increíble —musitó, Burke.

—Mi padre y yo vivimos cuatro años más juntos siendo felices, hasta que él decidió que era el momento de ampliar mi educación. Yo ya había terminado el colegio y un amigo le aconsejó que debía aprender piano y también a bailar, como se esperaba de una jovencita casadera de mi posición —hizo una mueca y respiró hondo antes de continuar—El mismo amigo le recomendó también el que sería mi nuevo profesor. —Se detuvo, recordando y Burke, sintiendo que se trataba de algo importante para ella, preguntó en voz baja:

—¿Cómo era tu profesor? —Brenda contestó con voz átona.

—Joven y rubio. Tenía el pelo rizado y los ojos verdes. —Mirando a Burke a los suyos, aclaró —Pero no eran no como los tuyos. Los de él eran más grisáceos y los tuyos son más dorados. Era el ser más guapo que yo había visto en toda mi vida —murmuró. —Por aquella época, mi padre viajaba mucho y me dejaba sola con los sirvientes muy a menudo. Y Frédéric era tan amable conmigo que, poco a poco, se volvió muy importante para mí —susurró.

—¿Se llamaba así? —preguntó Burke, como por casualidad.

—Sí. Frédéric Müller — dijo su nombre con el acento perfecto, cómo Frédéric le había explicado que tenía que pronunciarse el apellido alemán heredado de su abuelo. Y se sorprendió al darse cuenta de que ya no sentía nada por él, ni

siquiera rencor. Volvió a mirar a Burke e intentó explicarle lo ocurrido —: yo tenía casi dieciséis años y ninguna experiencia y, como es lógico, me enamoré de él. Era encantador.

—¿Él te correspondía?

—Creí que sí, pero me equivocaba. Frédéric llevaba dos años enseñándome piano y enamorándome cuando, una tarde, mi padre volvió un día antes de lo esperado de un viaje por Escocia. Estaba muy enfadado. —Se estremeció al recordar la mirada de su padre y las cosas que le dijo y lo peor, cómo ella lo rebatió todo, convencida de que estaba equivocado. Burke interrumpió sus recuerdos con voz suave:

—¿Qué ocurrió?

—Mi padre me contó que en su último viaje había conocido a un hombre, el dueño de un castillo, que también había contratado a Frédéric para que enseñara piano a su hija, una chica que solo tenía quince años —suspiró profundamente antes de seguir—. Frédéric la sedujo y huyó con ella para forzar al padre a admitir su compromiso, y de esa manera poder entrar en una familia rica. —Burke apretó los labios, pero no dijo nada —El padre de la chica los encontró camino de Gretna Green y le dijo a Frédéric que lo que estaba haciendo no serviría de nada porque estaban arruinados, lo que no era cierto, pero consiguió convencerlo de ello y que Frédéric se marchase. No volvieron a verlo. —Brenda meneó la cabeza al recordar aquel momento —¡Qué humillada me sentí cuando mi padre me lo dijo! Fui tan tonta... —Burke cubrió sus manos con las suyas y las apretó con suavidad.

—Eras demasiado joven, Brenda. Y tuviste la mala suerte de encontrar en tu camino a un hijo de puta, eso es todo —aseguró con voz tierna. Ella suspiró.

—Supongo que sí, pero eso no lo hace más fácil de aceptar.

—¿Por eso no quieres tocar el piano?

—¿Cómo sabes eso? —preguntó ella con la frente arrugada. Él se encogió de hombros, apartando sus manos de las de ella y reclinándose en la silla.

—Anoche te escuché y, por algún motivo, me di cuenta de que no sueles tocar a pesar de que lo haces muy bien. —Al ver su mirada sorprendida, rio por lo bajo —No soy tan superficial como crees. —bromeó.

—De eso ya me he dado cuenta —aseguró. Desde la noche anterior su opinión sobre él había cambiado totalmente. —Y tienes razón—reconoció —, hacía años que no tocaba.

—¿Pero te sigue gustando?

—Me encanta.

—Entonces tienes que volver a tocar. No permitas que ese

cerdo te robe algo que te gusta tanto —afirmó, convencido—. ¿Qué pasó después? —preguntó.

—Mi padre habló con Frédéric a solas y le dijo que, si se casaba conmigo, me desheredaría. Que sabía que solo le interesaba nuestro dinero.

—¿Y qué contestó él?

—Al principio mi padre no quería decírmelo, pero insistí hasta que lo convencí. Me confesó que cuando Frédéric se dio cuenta de que su plan se había derrumbado, le dijo que no había pensado bien en lo que yo ganaría con nuestro matrimonio porque él sí descendía de una larga saga de vampiros de sangre pura. Además, como yo ya no era virgen no sería deseable para nadie, vampiro o humano, de buena familia.

El gruñido de Burke hizo que vibraran los vasos que estaban encima de la mesa y coincidió con el momento que eligió el camarero para entrar en el reservado, empujando el carrito donde les traía la cena. Les sirvió y se marchó. Entonces, Burke preguntó:

—¿Y qué hizo Walker cuando le dijo todo eso? —Ella sonrió al recordar el enfado de su padre.

—Lo echó de casa, después de avisarle de que nunca más volviera a ponerse en contacto conmigo o se encargaría de arruinarle la vida. Nunca lo había visto tan enfadado como cuando me lo contó todo.

—¿Quieres que lo busque y lo mate por ti? —ofreció suavemente. Ella lo miró boquiabierta y él, cuando se dio cuenta de que no iba a contestar, preguntó con la misma calma —¿Comemos?

DIEZ

Brenda se sentó en la cama, bostezando. A pesar del sueño que tenía era incapaz de dormir porque no conseguía entrar en calor, aunque la chimenea de su habitación estaba encendida. Harta de dar vueltas encendió la lámpara de gas que había en la mesilla, se bajó de la cama para coger su abrigo y, después de ponérselo, volvió a meterse bajo las mantas. Pero media hora más tarde seguía teniendo la nariz helada, lo que significaba que no dormiría en toda la noche. Volvió a sentarse y se frotó los ojos, agotada; bostezando de nuevo, se puso las zapatillas y salió de la habitación haciendo el menor ruido posible. Caminó los tres metros que la separaban de la puerta de Burke y llamó lo más suavemente que pudo, resuelta a volver a su habitación si no abría enseguida, pero lo hizo y a ella se le pasó el frío en cuanto vio que él solo llevaba puestos unos pantalones sin abrochar. Sin decir una palabra, Burke alargó el brazo para meterla dentro de su dormitorio y cerró la puerta sigilosamente.

—¿No puedes dormir?

—No, tengo mucho frío.

Se acercó a la chimenea y alargó las manos hacia las llamas. Burke la observaba, sin saber qué pensar del hecho de que estuviera en su habitación vestida solo con un camisón y un abrigo.

—No sé qué me pasa, pero tengo la nariz helada.

—¿Hace frío en tu habitación?

—No estoy segura— suspiró—. Cuando estoy inquieta, la nariz se me queda fría y no me puedo dormir. —Él asintió lentamente, aunque por el brillo de sus ojos se dio cuenta de que la explicación le había hecho gracia.

—Quédate aquí si quieres —Brenda no contestó, solo volvió a girarse hacia la chimenea—. Puedo dormir en el sillón —ofreció él. Ahora fue ella la que lo miró con una sonrisa divertida —. Parece cómodo —insistió Burke.

—No lo parece y no pegarías ojo. Eres demasiado grande, pero yo sí podría dormir ahí.

—Entonces sí que no dormiría sabiendo que tú estás en el sillón —resopló, indignado.

—Otra posibilidad es que durmamos juntos en la cama. Es muy grande. —Intentó parecer tranquila, como si esa imagen no

hiciera que la sangre le corriera como loca por las venas y que se le secara la boca —. Si a ti no te parece mal, claro… —susurró, con el rostro ardiendo. Él asintió lentamente.

—Eso sería lo más razonable, pero no te lo he ofrecido porque estaba seguro de que dirías que no.

—En circunstancias normales lo habría hecho, pero estoy demasiado cansada. Creo que ahora mismo aceptaría acostarme casi en cualquier sitio con tal de conseguir dormir un poco —confesó, haciéndolo sonreír.

—Pues entonces, a la cama. — Ella esperó a que él se acercara al fuego para reavivarlo y entonces se quitó el abrigo y se metió rápidamente bajo las sábanas, en el lado contrario al que estaba durmiendo Burke. Cuando él escuchó que ya se había acostado se volvió, caminó hasta la cama en silencio y se tumbó a su lado. Sorprendida, le preguntó:

—¿Te acuestas con los pantalones?

— Sí.

—¿No… no tienes pijama? —No sabía por qué le preguntaba algo así, pero lo estaba haciendo.

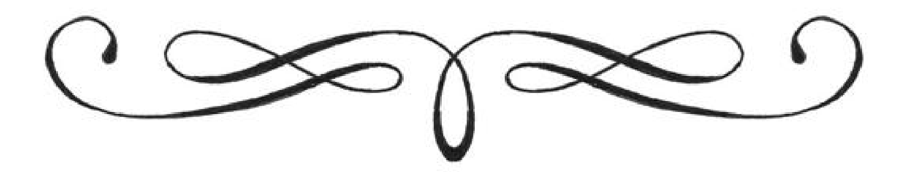
—Nunca duermo con pijama. —Ella se estremeció al imaginarlo.

—¿Tienes frío? — susurró él al notarlo.

—Sí. —No quería que supiera que era él y no el frío, el que la hacía temblar; entonces Burke se deslizó lentamente sobre las sábanas hasta ella y la abrazó, y ella no pudo evitar soltar un suspiro de gusto al sentir su calor rodeándola.

—Duérmete —musitó Burke.

Ella cerró los ojos y se quedó dormida enseguida, y él continuó acariciando su espalda con la yema de los dedos durante unos minutos hasta que también se durmió.



Se despertó bruscamente exhalando un jadeo ahogado. Su corazón latía aceleradamente y permanecía en ella una intensa sensación de miedo, un resto de la pesadilla que acababa de sufrir. Una mano fuerte y tierna a la vez acarició su brazo lentamente y un aliento conocido bañó su mejilla, antes de escuchar un susurro preocupado:

—¿Estás bien? —Ella asintió, convenciéndose en silencio de que solo había sido una pesadilla—¿Qué estabas soñando?

—No… no me acuerdo —mintió, apartando la mirada. Él la cogió por la barbilla haciendo que volviera el rostro hacia él.

—Dímelo. —Brenda sacudió la cabeza, negándose, avergonzada por su debilidad —Por favor —insistió él.

—No. No tiene importancia.

—Si es así, ¿por qué no me lo cuentas?

—He soñado con el abogado —confesó después de unos momentos de duda y él la abrazó más fuerte, pegando su cuerpo al suyo.

—Lo mataré antes de que vuelva a tocarte, te lo juro. —Volvió a acariciar su espalda con suaves movimientos destinados a tranquilizarla, pero el corazón de Brenda seguía latiendo aceleradamente. Burke lo notó y le preguntó, preocupado:

—¿Sigues asustada?

—No —confesó. Él detuvo sus caricias y, apoyándose en el codo, inclinó su rostro para poder verla bien.

— ¿Entonces…?

Ella se lamió el labio inferior buscando el valor para decirle la verdad y él siguió el movimiento de su lengua sintiendo que el deseo, que había intentado contener hasta ese momento, lo desbordaba. Cuando inclinó la cabeza para besarla, Brenda vio algunos centelleos rojizos en el fondo de sus ojos. Burke unió su boca a la de ella y los labios femeninos se separaron dándole la bienvenida con dulzura; su lengua retozó con la del vampiro haciéndolo gemir de deseo y que su beso se volviera más ardiente. Una de sus grandes manos descendió hasta ahuecarse sobre la firme redondez de uno de sus pechos, por encima de la tela del camisón. Repentinamente, separó su boca de la de Brenda y su mirada, ahora más roja que verde, exploró su rostro ruborizado por la excitación:

—Si seguimos adelante llegaremos hasta el final. — Sus ojos, clavados en los suyos hervían de deseo— ¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —Su preocupación por ella la hizo sonreír.

—Sí —confesó con las manos aferradas a su cuello. La sorprendió descubrir la extraña forma en que la miraba y preguntó—: ¿Qué pasa?

—Quiero que sepas que nunca te haré daño —prometió en voz baja.

—Lo sé —contestó con confianza, provocando que Burke sonriera. A continuación, apartó las mantas necesitando explorar el cuerpo femenino y su mano descendió hasta alcanzar el bajo del camisón que subió, poco a poco, hasta que se topó con su trasero y ordenó:

—Levanta. —Ella obedeció alzando las caderas y Burke se lo quitó y lo lanzó al suelo descuidadamente. Después de examinar su cuerpo desnudo con una mirada hambrienta, saltó de la cama y se quitó los pantalones y, contrariamente a lo que ella esperaba, se sentó junto a su lado.

Acercó la mano a uno de sus pechos y con el pulgar comenzó a acariciar el suave pezón oscuro hasta que se puso rígido. Después, se inclinó y lo lamió repetidamente y Brenda cerró los ojos dejándose llevar por las sensaciones que la inundaban. En ese momento nada más existía, solo ellos dos. Le había dicho la

verdad, deseaba esto con tanta intensidad como él y todo lo demás podía esperar. A continuación, Burke mimó el otro pecho y, después de lamerlo, lo mordisqueó tirando del pezón insistentemente hasta que ella se arqueó sobre la cama lanzando un largo gemido. Cada caricia de su lengua o de sus dientes provocaban que aumentara el delicioso cosquilleo que se había instalado en su vientre. Inquieta, sacudió las piernas, frotándolas entre sí, buscando de forma instintiva aliviar ese anhelo creciente y desconocido que había empezado a sentir. La mano de Burke descendió por su abdomen hasta encontrar la espesa mata de rizos oscuros y ella exhaló una sofocada protesta levantando la cabeza de la almohada, pero él volvió a besarla apasionadamente y Brenda le devolvió el beso con todo su corazón.

Los dedos de él se deslizaron en la carne ardiente y húmeda hasta encontrar su rincón más secreto y excitable; rodeó el nudo sensible varias veces frotándolo suavemente hasta que Brenda confundida y agitada a la vez comenzó a mover la cabeza, de lado a lado, sobre la almohada apretando los dientes sin saber qué le estaba ocurriendo. Sin dejar de observarla Burke continuó con su exploración y repitió la caricia cuando ella emitió un sonoro quejido de placer. Incansable, frotó suave, pero insistentemente el delicado clítoris, cada vez más deprisa hasta que Brenda tuvo que ponerse la mano sobre la boca para no gritar. En ese momento la mirada de ella se fijó en el miembro masculino, asombrada por el tamaño y la rigidez que había alcanzado. Y al mirar el rostro de Burke vio que sus ojos se habían vuelto totalmente rojos y que su boca entreabierta dejaba ver sus largos y letales colmillos asomando bajo el labio superior.

—Déjate llevar. Relájate —pidió con voz ronca.

Fascinada, observó que estaba introduciendo su dedo medio en ella muy despacio. Inconscientemente, se resistió a la dulce invasión arqueándose en un intento por apartarse de él, pero Burke la sujetó cariñosamente por la cadera.

—Tranquila, cariño. Confía en mí. —Se mordió el labio inferior y obedeció, apretando las sábanas con los puños. Él había mantenido su dedo inmóvil durante unos segundos y ahora comenzó a moverlo entrando y saliendo de ella, a la vez que se inclinaba sobre su oreja y le mordisqueaba el lóbulo tiernamente. Después hociqueó en su cuello y lo raspó con los dientes, antes de preguntar con delicadeza:

—Estás muy apretada ¿Por qué? ¿Tienes miedo? —Ella estaba demasiado excitada para darse cuenta de que la pregunta no era la apropiada.

—Estoy nerviosa…, pero creo que es normal— contestó entre

jadeos.

—No lo estés. Iremos tan despacio como necesites.

—Sí —aceptó, antes de gemir.

El dedo masculino ahora se deslizaba con más facilidad gracias a una nueva oleada de humedad que le facilitaba el camino. Burke aprovechó el momento y siguió moviéndolo cada vez más deprisa, hasta que ella se agarró a su antebrazo como si así pudiera controlar el ritmo de la penetración. Burke, sabiendo que estaba a punto de alcanzar el placer la besó y el mundo de Brenda giró sin control. Voló sin alas sintiendo cómo todos sus músculos se estiraban al máximo durante un momento, para volver a relajarse un segundo después aterrizando de nuevo sobre la cama, aunque no se había movido de ella. Cuando abrió los ojos, él sonreía.

—Pareces muy satisfecho de ti mismo — susurró.

—Es que lo estoy, ¿y tú?

—Empiezo a sentirme tan avergonzada que estoy a punto de taparme con las sábanas hasta la cabeza. —Los ojos de él brillaron con ternura a pesar de la pasión que seguía ardiendo en ellos.

—Sería una pena… —con la palma de la mano acarició su vientre y bajó por su muslo, maravillado al ver como respondía su piel a su toque —ocultar algo tan bonito.

Brenda nunca se había sentido tan deseada y poderosa como en ese momento. Sonrió y alargó la mano hacia el pene de Burke, aunque se moría de vergüenza.

—Ahora te toca a ti. —Él no dijo nada dejándola que hiciera lo que quisiera con él—Es muy suave —musitó, sorprendida, sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta.

—¿No habías tocado a nadie así antes? —Ella sacudió la cabeza y él murmuró, arrepentido —: Perdona, no quería preguntarte eso. —Brenda arrugó la frente sin entender lo que quería decir, pero se distrajo cuando recibió otro beso que volvió a transportarla al maravilloso mundo que Burke le había descubierto. Él se tumbó sobre ella asegurándose de no hacerle daño y cuando sus labios se separaron, le dijo —: Si me lo permites, esta vez disfrutaremos los dos. —Brenda inspiró hondo sintiendo que el miedo aceleraba su corazón, pero sonrió valientemente.

—Solo dime qué debo hacer para que te sea más placentero.

—No te preocupes por eso. Solo te pido que me digas si algo de lo que hago no te gusta.

La miraba intensamente mientras que su miembro, rígido y suave a la vez, descansaba entre los muslos de Brenda. Él seguía teniendo los colmillos al descubierto y Brenda pasó el dedo por

uno de ellos con curiosidad, provocando que él se estremeciera. Con los ojos agrandados por la sorpresa, le preguntó:

—¿Te da placer?

—Sí, nunca me había ocurrido, pero… sí. Mucho —confesó él, pareciendo igual de sorprendido que ella. Brenda repitió la caricia y él siseó.

—¿Te gustaría…? —Estaba decidida a no perderse nada esa noche, por lo que le ofreció algo con lo que nunca se había atrevido a soñar—¿… quieres morderme? —Algo en el fondo de los ojos de Burke relampagueó y su mirada hambrienta se dirigió al cuello largo y blanco que se le ofrecía inocentemente. Brenda levantó la cabeza para mover su pelo hacia el hombro izquierdo dejando libre el derecho, el más cercano a él —Nunca he dejado que nadie lo hiciera— confesó, excitada.

—¿Ni siquiera… él? —Ella sabía a quién se refería, aunque no dijera su nombre.

—Lo intentó un par de veces, pero me daba miedo.

—¿Y ahora no tienes miedo?

—No, contigo no. Quiero que lo hagas.

Lo deseaba tanto que no podía decidir si prefería que primero la penetrara o que la mordiera.

—Puedo hacer las dos cosas a la vez, si quieres. Dicen que no hay mayor placer que ese para una mujer. — Ella lo miró boquiabierta antes de preguntar, casi sin voz:

—¿Cómo sabías lo que estaba pensando? — Él permaneció en silencio, sin ganas de responder. Ni siquiera ante sí mismo podía reconocer, al menos todavía, lo que eso significaba— Me gustaría que lo hicieras —continuó diciendo Brenda al darse cuenta de que él no iba a contestar. Creyendo que no había sido lo bastante clara, se explicó —: Me refiero a que quiero que bebas de mí mientras me haces el amor.

Su inocente explicación lo volvió loco y con un gruñido de excitación amoldó su boca a la de ella. Después besó su cuello, lamiéndolo y raspándolo con los colmillos, pero todavía la hizo esperar un poco más regando con besos húmedos el camino hasta sus pechos, que adoró con la lengua y los dientes. Brenda no esperaba que Burke pudiera ser tan tierno al explorar los rincones más íntimos de su cuerpo. Cuando, por fin, levantó el rostro para mirarla acarició suavemente uno de sus pechos y prometió:

—Otro día, te morderé aquí. —Sus ojos resplandecían al confesar su deseo más íntimo.

—Burke, quiero que lo hagas ya. —Se estaba consumiendo por la espera. La respiración de él se aceleró al escuchar el deseo en su voz y empujó suavemente su cadera contra ella, sin

penetrarla todavía, mientras mordisqueaba las puntas encendidas de sus pechos.

—Quiero estar seguro de que estás preparada —declaró, pero ella ya no podía más.

—Lo estoy. Te lo juro —susurró, ruborizada y Burke se movió para colocarse en posición. Brenda rodeó su cuello con los brazos y cerró los ojos preparándose para el dolor.

—Está bien, querida —aceptó.

Le dio un profundo beso, hundiendo su lengua dentro de ella, al tiempo que colocaba su pene a la entrada de su vagina. Brenda sintió la presión y se tensó, pero siguió besándolo y Burke empujó ligeramente con la intención de entrar en ella despacio, sintiendo su rigidez. Se quedó quieto durante unos segundos para que se acostumbrase a él y después, con otro impulso de cadera, penetró otro poco en ella emitiendo un sonido áspero. Brenda sintió un dolor penetrante y sus manos se contrajeron sobre los hombros masculinos y Burke volvió a embestir, penetrándola del todo. Ella respiró hondo intentando olvidarse de la molestia que sentía y prepararse para cuando él comenzara a moverse, pero pasaban los segundos y no ocurría nada. Perpleja, lo empujó suavemente para ver su rostro. Parecía atónito.

—¿Qué ocurre? —La miró como si no la hubiera visto nunca — Burke, ¿qué pasa?

—Maldita sea, Brenda —susurró, incrédulo y furioso a la vez, contemplándola con los ojos entornados— ¿Cómo puede ser que todavía fueras virgen?

—¿Pensabas que no lo era? —Le preguntó ella a su vez, asombrada.

—Pues sí. Creía que tú y Frédéric…

—No, solo nos besamos. — Lo interrumpió rápidamente.

—Tenías que habérmelo dicho, me gustaría haberlo sabido para tratarte con más cuidado… —parecía arrepentido, pero ella no lo estaba y, abrazándolo con fuerza, lo besó en la boca lamiendo su lengua como había notado que le gustaba. Los ojos de Burke se agrandaron y correspondió al beso, pero en esta ocasión ella sintió algo más en su respuesta algo a lo que no supo ponerle nombre.

Burke deslizó su mano derecha hacia abajo hasta que su pulgar volvió a rozar el nódulo que estaba oculto bajo los rizos femeninos y trazó lentos círculos a su alrededor, hasta que ella se aflojó totalmente y se apretó contra él pidiéndole más. Y entonces, sin dejar de acariciarla, comenzó a moverse suavemente dentro y fuera de ella mientras la observaba fijamente con una pregunta en la mirada.

—Hazlo, muérdeme— contestó ella en un susurro.

Con los ojos llameando por el hambre buscó la vena en su cuello y la mordió y Brenda cerró los ojos y gimió débilmente creyendo que no podría soportarlo. Cuando pudo volver a abrirlos se sentía como si su alma y la de Burke se hubieran vinculado de forma indisoluble; él bebía de su vena mientras entraba y salía de ella y las manos de ambos estaban entrelazadas; Brenda solo aguantó unos pocos segundos más antes de volver a tener otro orgasmo, mucho más grande y largo que el anterior y las contracciones de su vagina provocaron que Burke también alcanzara el placer, derrumbándose sobre ella. Saciado, apartó su boca del cuello femenino y lamió los pinchazos provocados por su mordisco para que cicatrizaran lo antes posible. Luego, escondió el rostro en el hueco que había entre el hombro y el cuello de Brenda y decidió que, si moría en ese momento, lo haría feliz. Levantó la cara para mirarla, pero ella tenía los ojos cerrados y sonreía.

—¿Te encuentras bien? —Lo miró a través de una rendija de los párpados.

—Muy bien —susurró—, pero necesito dormir. Ahora estoy más cansada que antes —Él sonrió y le acarició la barbilla.

—Hay algunas cosas de las que tenemos que hablar.

—Mañana. Dormir —murmuró con los ojos cerrados.

—Está bien —accedió, besándola suavemente en la sien. Ella sonrió solo medio despierta y él volvió a besarla, aunque en esta ocasión lo hizo en la comisura de los labios. Se salió de ella con cuidado y se colocó a su lado para no aplastarla, abrazándola después. Lo sorprendieron sus siguientes palabras porque pensaba que ya estaba dormida.

—No te vayas.

—No lo haré, cariño —prometió, retirándole el pelo húmedo del rostro para que no le molestara durante el sueño, luego, se quedó mirando las llamas de la chimenea disfrutando de la fascinante sensación de plenitud que tenía en ese momento y que no recordaba haber sentido jamás.

ONCE

Killian y Gabrielle estaban paseando por el jardín cogidos de la mano, cuando él le preguntó por el asunto que lo inquietaba:

—¿Has pensado en lo que hablamos? —su voz era tierna como siempre que hablaba con ella, pero no ocultaba su preocupación. Gabrielle se detuvo y señaló el banco de hierro que tenían enfrente y que estaba junto al estanque en el que chapoteaban alegremente varias carpas naranjas.

—¿Te importa que nos sentemos?

—Claro que no. ¿Estás cansada? —Ella lo tranquilizó enseguida:

—No, pero es tan extraño que podamos estar juntos y tranquilos un rato… —Se encogió de hombros sin terminar la afirmación porque detestaba quejarse. Después de sentarse, Killian se quedó mirándola y cogió la delicada mano de su mujer llevándola a su corazón.

—Cariño, lo siento. Intento no estar tan ocupado, pero son tiempos difíciles. —Ella le tapó la boca con las yemas de los dedos.

—No sigas, por favor. Sabía lo que hacía cuando me casé contigo. Nuestro matrimonio, nuestra vida juntos, es todo lo que siempre había deseado y mucho más. —Killian sonrió, aunque sus ojos seguían sombríos. Ella aprovechó y se decidió a decirle lo que le rondaba la cabeza desde hacía semanas —: Pero ya que me preguntas eso… siempre estás diciendo que necesitas más gente y he pensado que ha llegado el momento de que yo también ayude. Quiero entrar en *La Brigada*, sé que no puedo ser agente, pero haré lo que sea, Killian. Además, estar ocupada me ayudará.

Un largo y doloroso estremecimiento recorrió la columna vertebral del vampiro al imaginar a su dulce y frágil Gabrielle, metida en los peligrosos asuntos de *La Brigada*. Desde que había vuelto a abortar unas semanas atrás, por segunda vez en menos de un año, no conseguía recuperar el peso perdido y cada vez parecía más frágil. Además, Aidan, el médico que la había tratado y que era un buen amigo, les había advertido del peligro de que se volviera a quedar embarazada; sin embargo, ella quería intentarlo de nuevo y no parecía entender que Killian haría cualquier cosa por no poner su vida en peligro. Por eso le había pedido que pensara en la posibilidad de adoptar un niño, pero

ella no parecía decidirse.

—Amor mío —contestó, intentando mantener un tono de voz razonable— ¿por qué no quieres que adoptemos un niño? —ella apartó la mirada antes de responder con un susurro.

—No creo que sea buena idea.

Él frunció el ceño, extrañado, y rodeó su rostro con las manos haciendo que lo mirara.

—Dime qué te preocupa. —Ella suspiró. —Gabrielle, cariño —insistió. Finalmente, la preocupación que vio en el rostro de Killian hizo que le confesara la verdad.

—Sé que soy una egoísta —murmuró mirándolo a los ojos y haciendo una mueca. Él resopló porque su mujer era la persona más menos egoísta que había conocido, aunque no dijo nada esperando que siguiera hablando—, pero me hacía tanta ilusión llevar a nuestro hijo dentro de mí que no puedo renunciar a conseguirlo. Aunque empiezo a pensar que nunca ocurrirá. —A pesar de que su voz y su rostro permanecían tranquilos, una lágrima se deslizó por su mejilla inesperadamente rompiendo el corazón de Killian que la abrazó con ternura. Poco después se separaron, avisados por el ruido de unos pasos que se acercaban por el camino de piedras blancas. Era James, el mayordomo, que los miró con cara de disculpa.

—Perdonen, pero ha venido una señora. Los dos agentes de la verja la han detenido y esperan instrucciones. Dice llamarse Amber Gallagher y también que necesita hablar con usted urgentemente —concluyó dirigiéndose a Killian que había arqueado una ceja al escuchar el nombre de la mujer y que contestó:

—Que la hagan pasar a la casa. Enseguida voy a hablar con ella, James. Gracias.

—¿Quiere que lo espere en el despacho?

—Sí, por favor. —Killian se volvió hacia su mujer cuando el mayordomo se marchó—Continuaremos con esta conversación más tarde—prometió.

—De acuerdo. —Acarició suavemente el pelo de la sien de su marido antes de decir con voz suave —: Y entonces me contarás si el que esa mujer se apellide como tú, es una casualidad—añadió, con una sonrisa.

—No lo es —confesó él —. Su padre, que murió hace unas semanas, era mi primo. Aunque no teníamos ninguna relación.

—Creía que no tenías familia —susurró, sorprendida.

—A efectos prácticos, así era. Así es —rectificó—. Al menos hasta ahora. Ni siquiera he hablado con esta chica nunca ¿Vuelves conmigo? —preguntó levantándose y ofreciéndole la mano, pero

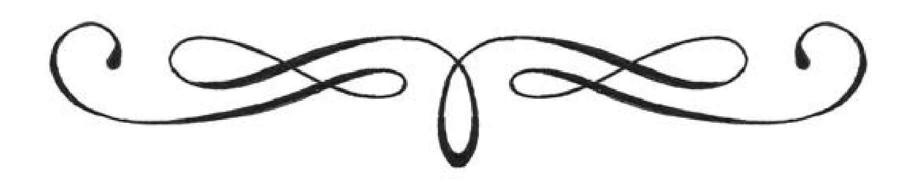
ella negó con la cabeza.

—No, voy a quedarme aquí unos minutos —Le sonrió y él la imitó —. Venga, vete, no hagas esperar a tu sobrina.

—¿Sobrina?

—Si es hija de tu primo, es tu sobrina segunda —aclaró, muy seria —. Y si su padre ha muerto, puede que haya llegado el momento de que empecemos a tratarla, ¿no te parece? —aunque seguía sonriendo, Killian sabía que no estaba bromeando. Se inclinó para depositar un ligero beso en sus labios y susurró mirándola:

—Lo intentaré, pero no sé si ella querrá tener contacto con nosotros. —Cuando se marchó Gabrielle suspiró y se volvió hacia el estanque cubierto de nenúfares violetas, que era solo una pequeña parte del idílico jardín que su marido había construido para ella.



Killian se detuvo junto a James que lo esperaba en la entrada de la casa.

—¿Está todo preparado? —preguntó en voz baja.

Era tan difícil poder hablar a solas con su mayordomo que

tenía que aprovechar cualquier momento para hacerlo.

—Todo va bien, señor —contestó él con el mismo tono de voz —: Hace un rato que han llegado las tres tartas que ha preparado la cocinera del juez Richards. —Miró hacia el jardín como si esperara que Gabrielle apareciera en cualquier momento— ¿Está seguro de que la señora no sabe nada? —Killian sacudió la cabeza, algo abrumado. No sabía que preparar una fiesta sorpresa de cumpleaños para su mujer le iba a dar tanto trabajo.

—No. Parece que esta vez sí que va a ser una sorpresa. —Se dirigió hacia su despacho—Será mejor que vaya a ver a la señorita Gallagher.

Ya sabía que Amber era morena, alta y delgada porque la había visto de lejos en alguna ocasión, pero lo sorprendió ver cuánto se parecía a su padre al observarla de cerca. Estaba mirando por la ventana, pero al escucharlo entrar en la habitación, caminó hacia Killian con la mano extendida. Él se la estrechó mirándola fijamente, preguntándose qué la habría traído a su casa.

—Buenos días, señorita Gallagher —Ella resopló antes de contestar:

—Aunque no nos conozcamos espero que compartir, en parte, la misma sangre sea suficiente para que no tengamos que hablarnos de usted. — A Killian su franqueza le pareció refrescante.

—Por supuesto. Siéntate, por favor ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias, he desayunado antes de coger el tren. —En cuanto se acomodó, comenzó a hablar —No esperaba que fueras tan amable como para no preguntarme, nada más verme, qué hago en tu casa —confesó. Killian rio por lo bajo mientras se sentaba.

—También en tu forma de ser te pareces a tu padre —declaró. Ella respondió a su sonrisa con otra y dijo:

—Mi madre siempre me lo decía ¿He sido demasiado directa? —preguntó, divertida. Killian se encogió de hombros.

—Personalmente, lo prefiero.

—No sabía que tú y mi padre os hubierais conocido.

—Coincidimos en algunas ocasiones por casualidad, pero no llegamos a hablar de nada personal; por cierto, permíteme que te dé el pésame por su muerte. No fui a verte cuando murió porque no sabía si te gustaría que lo hiciera, aunque estoy seguro es que a él no le hubiera gustado.

—No, es cierto— contestó ella con un suspiro—. Mi padre seguía enfadado por cómo se repartió la herencia de sus abuelos.

—Lo sé.

—Mi abuelo le había llenado la cabeza desde pequeño, con todo tipo de cosas, como que su hermano… —Killian la interrumpió para aclarar las cosas:

—Mi padre.

—Sí —confirmó ella—. Siempre decía que tu padre había convencido al suyo con mentiras para que se lo dejara todo a él.

—Eso no es cierto —contestó Killian suavemente.

—Lo sé. A raíz de la muerte de mi padre he hecho algunas averiguaciones… —reconoció con una chispa de amargura en sus ojos — y he descubierto que mi abuelo fue un tarambana que se gastaba todo lo que caía en sus manos, y que su padre decidió no arriesgar la fortuna familiar poniéndola en sus manos. —Killian esperó a que terminara de hablar y añadió:

—Además, dejó ordenado en el testamento que mi padre tenía la obligación de ayudar a su hermano cuando lo necesitara, aunque el nunca pidió ayuda.

—También lo sé. —De repente, se quedó mirando a Killian con gesto de asombro y preguntó: — ¿Crees que he venido a pedirte dinero? —Killian soltó una carcajada.

—No, no lo creo —confesó, después de reírse con ganas —. Pero te ayudaría si lo necesitaras. Mi padre me explicó desde joven, que esa sería una de mis responsabilidades cuando fuera el cabeza de familia. —Le agradó ver la sorpresa que causaron sus palabras en Amber.

—Te lo agradezco, pero no es eso por lo que estoy aquí —carraspeó, antes de seguir —. Si nos hubiéramos conocido antes, habría hablado contigo sobre esto hace mucho, pero como no era así… verás, cuando murió mi padre fui a ver a la policía varias veces para decirles que su muerte no había sido accidental, contrariamente a lo que los muy estúpidos parecen creer —terminó, malhumorada. Killian se inclinó levemente hacia ella muy interesado en la conversación —. Mi padre no estaba tan loco como para montar en su caballo y lanzarse con él al mar desde el muelle del puerto. Y, además, de madrugada. —Sacudió la cabeza, con firmeza —Es imposible que hiciera algo así.

—¿Nadaba bien?

—Perfectamente.

—Comprendo. —Mientras la escuchaba, Killian cogió un abrecartas cuyo mango era un dragón dorado y comenzó a darle vueltas lentamente entre los dedos. Ese pequeño movimiento siempre lo ayudaba a concentrarse.

—A pesar de mis visitas a la policía y de que he hablado con todo el que he creído que podría ayudarme, no he conseguido nada. —confesó, frustrada.

—No sé si me creerás, pero hace semanas que encargué una investigación sobre las muertes de tu padre y de Walker Nolan. —Sorprendentemente, ella asintió.

—Lo sé porque desde que falta mi padre estoy en contacto con sus informadores y uno de ellos me lo dijo. Y por eso cuando ayer, por fin, averigüé por qué lo habían asesinado decidí venir a verte a ti en lugar de ir a la policía.

—Continúa —pidió Killian. Amber abrió la boca para hacerlo, pero cuando escuchó que alguien llamaba a la puerta del despacho, se detuvo. El juez giró la cara mirando hacia la entrada con el ceño fruncido.

—Pasa —Se sorprendió al ver que no era James el que entraba, sino Devan Ravisham.

—Tu mayordomo me ha dejado pasar. Le he dicho que tenía que darte unos documentos. —Killian se levantó para recibir al subdirector del club Enigma de Dublín con una sonrisa. Ambos vampiros se saludaron como si fueran de la familia, pero Amber se quedó rígida observando al recién llegado fijamente.

—¿Es lo que te pedí? —preguntó el juez cogiendo el sobre lacrado que le ofrecía el recién llegado.

—Sí. Me ha costado un poco conseguirlo, pero aquí lo tienes.

—Podías habérmelo dado mañana. —En ese momento Devan vio a Amber y consiguió contestar a Killian con voz tranquila, a pesar de que el corazón se le había acelerado de repente como si acabara de despertar de un largo letargo.

—Sintiéndolo mucho, mañana no puedo venir. Salgo ahora para Escocia por un asunto del club. —Killian se giró hacia Amber al advertir que Devan la estaba mirando.

—¡Disculpad que no os haya presentado! Amber, este es Devan Ravisham. — Ella ni siquiera se levantó cuando contestó:

—Hola, Devan. —Había palidecido y era evidente que estaba contrariada por la visita.

Al darse cuenta de que allí estaba pasando algo de lo que no tenía ni idea, Killian se giró hacia Devan con una ceja arqueada.

—Amber y yo ya nos conocemos —explicó brevemente su amigo y maldijo en silencio por haber venido a traer el sobre con el tiempo tan justo, pero no podía dejar pasar esa oportunidad. Se quedó mirando fijamente a Killian y le dijo: —Tengo muy poco tiempo si quiero coger ese tren. ¿Puedes dejarnos a solas durante un momento para que hablemos?

Killian miró a Amber, pero ella negó con la cabeza. Devan dio un paso hacia ella y le dijo, con voz suplicante:

—Amber, por favor. —Killian no recordaba haberlo visto nunca tan serio. Habitualmente, Devan actuaba como si todo le

importara muy poco, pero cualquiera podía ver que aquella mujer era distinta para él.

—Lo siento Devan, pero ella no quiere hablar contigo— contestó Killian en voz baja. Devan se quedó mirando fijamente a Amber, pero ella no cedía; entonces, él apretó los labios en una línea y dijo:

—Si Killian no nos deja solos, hablaré delante de él.

—No serás capaz —contestó ella, furiosa, con los ojos entornados.

—No me dejas elección. No contestas mis cartas y cuando he ido a verte a Cork, te niegas a recibirme —Amber se ruborizó bajo la mirada de los dos vampiros y, aunque se notaba que estaba contrariada, accedió:

—Está bien. —Giró el rostro hacia Killian pidiéndole disculpas con la mirada —¿Puedes dejarnos un momento?

—Por supuesto. Mientras, iré a buscar a mi mujer.

Salió del despacho cerrando la puerta para que tuvieran más privacidad y Amber y Devan se miraron en silencio durante unos segundos.

—Estás más enfadada que la última vez que nos vimos —murmuró él, sorprendido. Ella se levantó para acercarse a la ventana

dándole la espalda. Necesitaba alejarse de él porque lo cierto era que, a pesar de todo, verlo seguía haciéndole daño. Devan la siguió y le puso la mano en el hombro derecho —Amber, por favor. Hay algo que tengo que decirte, pensaba ir a verte cuando volviera de Escocia—Decidida a conseguir que se fuera lo antes posible se dio la vuelta, pero él se tomó varios segundos para observar su rostro.

—Pareces cansada— murmuró con una mirada que, en otra época muy lejana, ella habría pensado que era de preocupación.

—¿Qué querías decirme? — Mientras se lo preguntaba y de forma aparentemente casual, dio un par de pasos en dirección a la puerta; y que ella sintiera la necesidad de alejarse de él provocó un chispazo de furia en los ojos de Devan, aunque contestó tranquilo:

—He pensado mucho en lo que me dijiste la última vez que nos vimos. —Amber lo observaba rígida como una estatua —Y necesito que me aclares lo que insinuaste sobre Susan.

—No quiero hablar sobre eso —masculló ella, furiosa, caminando hacia la puerta, decidida a no volver a la habitación hasta que él se marchara; pero entonces Devan brincó ágilmente, interceptándola, y a pesar de que su salto había sido al menos de tres metros volvió a caer suavemente sobre sus pies como si fuera

un gato. Ella se detuvo a punto de chocar con él, pero Devan se acercó todavía más antes de decir:

—Está bien, no hablaremos sobre aquello, por ahora. Pero dime porqué has venido a hablar con Killian ¿Te han amenazado los de *La Hermandad*?, ¿es eso? —su voz era suave y ella sintió un escalofrío al escucharla tan cerca de su oído. Asustada por lo que todavía la hacía sentir, levantó una mano y dio un paso atrás. Le contestó con la voz más gélida que pudo encontrar en su cuerpo traicionero:

—Eso no es asunto tuyo.

—Cariño, no digas eso —objetó él.

—¡Y no me llames así!

—Solo dime si estás en peligro, no puedo irme sin saberlo —insistió.

—No lo estoy. Ese no es el motivo por el que he venido a ver al juez. —Con voz rencorosa, le amenazó —: Si no te marchas ahora, te juro que me aseguraré de que cada vez que tenga que hablar con Killian o con Cian, les diré que no quiero que tú estés delante ni que puedas aparecer con cualquier excusa. Y estoy segura de que respetarán mi deseo. —Devan palideció sabiendo que tenía razón y asintió. Al escuchar el reloj del pasillo, sacó su reloj de oro del bolsillo del chaleco y maldijo al ver la hora.

Si Amber todavía creyera en él diría que parecía dolido por cómo lo trataba, pero hacía demasiado tiempo que consideraba a Devan un canalla sin corazón. Desde que él le clavó un puñal por la espalda, abusando de su inocencia.

—Tengo que marcharme, pero volveremos a hablar sobre esto y, cuando lo hagamos, me aseguraré de que estemos solos y de que no puedas huir hasta que lo aclaremos todo —prometió con voz grave.

—Estás soñando si crees que eso ocurrirá algún día. —Él hizo una mueca amarga antes de contestar:

—Veo que no me conoces todavía. —Siguió mirándola a los ojos durante unos segundos más. Después, se marchó.

Amber, temblorosa, se sentó de nuevo mientras esperaba a Killian.

DOCE

Brenda se había quedado dormida en cuanto el carruaje se había puesto en marcha, y Burke sonreía al pensar que el motivo de que estuviera tan cansada era que había pasado la mayor parte de la noche haciendo el amor con él. Recordó cuánto le había costado despertarla unas horas antes:

—No, por favor —había suplicado tapándose la cabeza con las sábanas. Él había reído sentado a su lado viéndola jugar como una niña y había apartado la sábana tras la que se ocultaba para descubrir su rostro, pero no consiguió que abriera los ojos, al contrario, se los tapó con las manos. Burke, sintiéndose más joven que en muchos años acarició su mejilla con un dedo.

—Cariño, tenemos que marcharnos enseguida o no llegaremos a la comida.

—Vete tú. Yo prefiero quedarme aquí —contestó ella con un mohín, mirándolo por fin.

—Eres bellísima —susurró, fascinado. Ella sacudió la cabeza con gesto incrédulo desechando ese tema al instante.

—¿De verdad nos tenemos que ir tan pronto?

—Me temo que sí. —Se inclinó y la besó en los labios — Pero te puedes dormir en el carruaje. — Ella contestó, con voz triste:

—Nunca me duermo en los coches. —Parecía muy convencida. Como él no se movía, le dijo: —Si no te apartas, no podré levantarme. —Burke arqueó una ceja, pero obedeció y caminó hacia la ventana desde la que se veía la calle —Tengo que ir a mi habitación a por mis cosas —murmuró Brenda mientras se ponía las zapatillas.

—No es necesario. Mira. —Señaló una mesa donde, en un ordenado montón estaban las maletas, el bolso y su ropa. Brenda se dirigió hacia allí todavía medio dormida y cogió todo lo que iba a necesitar.

—Gracias por traerlo— musitó con un bostezo—Voy a ducharme. Enseguida vuelvo.

Él no contestó y siguió mirando por la ventana resuelto a no acompañarla para no retrasar más su salida, pero en cuanto escuchó el agua de la ducha, su cuerpo se movió hacia el baño inconscientemente. Entró a tiempo para ver cómo se metía desnuda bajo el agua y, con los ojos brillantes y una enorme sonrisa, se quitó la ropa y la siguió. Tardaron casi una hora en

ponerse en marcha.

Volvió al presente al sentir que ella se despertaba. Mientras acariciaba su pelo se dio cuenta de que, desde la noche anterior, no podía dejar de sonreír a pesar de todos los problemas que les rodeaban.

—¿Cómo estás? —su voz era tan íntima que ella se sonrojó, recordando lo ocurrido la noche anterior y esa misma mañana en la ducha.

—Bien, ya te lo dije. —Burke había insistido en limpiarla y no se detuvo hasta comprobar que no sangraba después de la primera vez que habían hecho el amor. Brenda estaba tan exhausta que le había dejado hacer, aunque había insistido en que se encontraba bien.

—Tenemos que hablar —señaló él suavemente, ayudándola a incorporarse.

Cuando estuvo sentada a su lado Brenda comenzó a alisar la falda de su vestido, nerviosa, hasta que él detuvo su mano y, acoplándola a la suya, entrelazó los dedos con ella. No dejaban de sorprenderla sus constantes muestras de cariño y cómo esos pequeños gestos conseguían que se sintiera tan querida. No entendía cómo era posible que sus sentimientos hacia él hubieran cambiado tanto en tan poco tiempo, pero así era.

—¿Qué quieres saber? —preguntó ella, mirándolo a los ojos.

—¿Por qué has dejado que yo fuera el primero? —musitó, respondiendo a su mirada con otra ardiente. Brenda estaba avergonzada, pero se obligó a no apartar los ojos de los suyos y a contestar lo más sinceramente que pudo.

—Frédéric me hizo tanto daño que estaba segura de que nunca volvería a enamorarme de nadie —sonrió tímidamente antes de continuar— No sé si lo que siento por ti es amor o no porque no se parece a lo que sentía por él…—sacudió la cabeza dándose cuenta de que se estaba desviando del tema — … solo puedo decirte que tú eres el primero con el que he deseado hacer el amor.

—¿Frédéric no intentó ponerse en contacto contigo nunca más? —Ella hizo una mueca sombría.

—Por desgracia, sí —murmuró.

—¿Cuándo? —Burke no se conformó con su murmullo negativo y la cogió en volandas sin avisar, para sentarla sobre él en la que parecía que empezaba a ser su postura preferida — Cuéntamelo — insistió.

—Algún tiempo después de que dejara de venir por casa, una noche lo vi en el teatro. Mi padre se había marchado un momento a saludar a un amigo y él aprovechó para colarse en nuestro

palco.

—¿Te hizo algo? —susurró, preocupado.

—No. —Frunció el ceño, recordando aquel momento, con el rostro apoyado en el pecho de Burke mientras escuchaba el relajante sonido de su corazón—Pero insistió varias veces en que debía convencer a mi padre de que me dejara casarme con él.

—¿Y tú qué hiciste?

—Estuve a punto de ceder porque todavía creía que lo quería, pero también confiaba plenamente en mi padre y él me había asegurado que Frédéric no era de fiar. De modo que me mantuve firme y entonces fue cuando él se mostró ante mí como era de verdad. Dijo… me dijo cosas horribles, pero nada que yo no hubiera escuchado antes. —Notaba la repentina tensión en el cuerpo de Burke y levantó el rostro para mirarlo.

—Dime lo que te dijo —susurró, con los ojos envueltos en una niebla rojiza.

—Ya lo sabes, Burke—contestó, sin ganas de recordar aquel momento.

—¿Te llamó… mestiza? —susurró él, rabioso al imaginar el dolor que debió sentir.

—Y cosas peores. Tendría que haber estado acostumbrada porque en el colegio me lo decían continuamente, pero no era así. No entendía y sigo sin hacerlo que, solo por ser hija de padres de distinta especie, cualquiera se sienta con derecho de hacerte daño —confesó.

Burke la abrazó con ternura, pero sus palabras hicieron que se estremeciera.

—Lo mataré —masculló, furioso, aunque su toque seguía siendo tierno.

—No —ordenó Brenda. Levantó la cara y cubrió sus mejillas con las manos —. Lo que hizo Frédéric ya no tiene ninguna importancia para mí, aunque cambió mi vida en aquel momento — murmuró, volviendo a apoyar la cara en su pecho.

—¿A qué te refieres?

—Pocos días después mi padre me dijo que había decidido que, desde ese momento, yo me llamaría Brenda Stevens y unas semanas más tarde me envió a un internado en el norte donde nadie me conocía. A pesar de que lloré y le supliqué que no lo hiciera, no sirvió para nada —recordó, pensativa. —Estaba tan enfadada con él que durante meses no contesté a sus cartas, obligándolo a ir a verme más a menudo de lo que podía.

—¿Por qué no quería que se supiera que eras su hija?

—Unas semanas antes *La Hermandad* había asesinado a aquel político inglés y a su familia. Fue cuando empezaron a perseguir a

los mestizos, como ellos nos llaman. Mi padre estaba aterrorizado.

—Lo entiendo.

—Ahora yo también, solo intentaba protegerme. Cuando años después conoció a Lorna y se casó con ella creía que podríamos ser por fin una familia, pero se equivocó de nuevo al elegir a su mujer.

—¿Walker no volvió a saber nada de tu madre? —Brenda se encogió de hombros.

—Directamente no, pero averiguó a través de un conocido que se casó con un humano —murmuró, aunque no había amargura en su voz.

—¿Y sabes dónde vive?

—Lo último que supo es que estaba en Italia.

—¿Con el conde? — musitó él, recordando lo que le había dicho.

—Sí —contestó, bostezando a continuación.

—Todavía tienes sueño, duérmete. —Pero ella sacudió la cabeza.

—No, quiero que me hables de tu familia, sé que tienes un hermano.

—Sí, Jake. Es mi hermano pequeño, pero ya te hablaré de él en otro momento— prometió, sonriendo al verla bostezar otra vez. Inclinándose le dio un beso en los labios y ordenó—: cierra los ojos, te dormirás enseguida.

—Los cerraré, pero no creo que vuelva a dormirme, ya te he dicho que no puedo dormir en los coches— aseguró, antes de arrellanarse en sus brazos, suspirar y quedarse dormida.

Burke sacudió la cabeza y se quedó mirándola con una sonrisa.

TRECE

Cuando el mayordomo de Killian abrió la puerta a Kirby, le extrañó verlo casi sin aliento porque era el individuo más flemático que había conocido en su vida.

—Buenos días, señoría. El señor está esperándolo en su despacho, si me permite su abrigo… —mientras Kirby se lo quitaba se dejó llevar por la curiosidad:

—Buenos días, James ¿Ocurre algo? —Los ojos de ambos se dirigieron hacia el pasillo por donde una doncella corría, en su dirección, como alma que lleva el diablo. Cuando llegó junto a ellos la muchacha, casi sin aliento, le hizo una leve reverencia a Kirby y se volvió hacia James. El mayordomo, intentando mantener el rostro impasible, preguntó:

—¿Ocurre algo, Alice?

—Sí, señor — miró de reojo a Kirby que observaba fascinado la escena—La señora Robbins dice que, si no va usted ahora mismo, se despide —respondió con la respiración entrecortada. Kirby le dio una palmada amistosa en el hombro al mayordomo.

—Váyase tranquilo, James. Conozco perfectamente el camino no es necesario que me acompañe —El rostro del mayordomo era un poema —Me imagino que esto está provocado por la fiesta de Gabrielle.

—Sí, señor —reconoció el mayordomo en voz baja, con aspecto agobiado —. Y menos mal que la señorita Amélie se ha encargado de muchas cosas, porque yo nunca hubiera podido con todo. Sinceramente, no entiendo cómo se pueden complicar tanto las cosas en tan poco tiempo—murmuró antes de alejarse.

Kirby observó cómo se marchaba por el pasillo de la izquierda en dirección a la cocina y él lo hizo por el de la derecha, en busca de su amigo. Killian lo esperaba con la puerta abierta del despacho, de pie en el umbral.

—¿Qué te ha entretenido tanto? —Con el oído que tenía, seguro que ya sabía quién era cuando su carruaje todavía estaba deteniéndose frente a la puerta principal.

—He estado hablando un momento con James. Parece que está un poco sobrepasado por la fiesta sorpresa. —Al ver la seriedad del rostro de su amigo su sonrisa se congeló— ¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Siéntate —ordenó Killian con voz amistosa cerrando la

puerta. Cuando se volvió y lo vio todavía de pie, insistió —: Siéntate, por favor, Kirby. —Cuando obedeció Killian hizo lo mismo y sacó algo de un cajón de su escritorio.

—Te he pedido que vinieras solo y antes que los demás porque esta mañana he recibido una carta. Sin remitente ni firma.

Le alargó un pequeño sobre amarillento, Kirby lo cogió con el corazón encogido y lo abrió. Dentro solo había un papel doblado en dos que decía:

Todo bien.
Italia

Levantó los ojos, estupefacto, y preguntó:

—¿Es de…? —no se atrevió a terminar la frase.

—Sí, estoy seguro —contestó Killian —. Es la letra del Coronel.

—¡Gracias a Dios! —susurró Kirby, reclinándose en la silla y cerrando los ojos por un momento, pero enseguida se irguió y volvió a leer, varias veces, las dos líneas que componían la carta. Después, se la devolvió a Killian.

—¡Italia! ¡Nunca habría imaginado que la llevaría allí! —Killian sonreía mientras metía la carta en el sobre.

—Eso mismo debió de pensar él.

—Me gustaría enviarle una carta a Violet, pero solo con esto es imposible saber dónde están… —meneó la cabeza hasta que vio la expresión de Killian y arrugó la frente — ¿Tú sabes dónde están?

—Sí. El Coronel ha sido muy listo mandándomela a mí —sonrió—. Resulta que él tenía un tío que tuvo que marcharse del país por un problema… digamos de índole sexual.

—¿Era homosexual?

—Sí. Stuart me lo confesó hace años, aunque yo ya lo sabía.

—A veces das miedo. —Killian se encogió de hombros.

—Me enteré por casualidad, jamás investigaría la vida de un amigo.

—Lo sé.

—Como te decía, Stuart me confió el problema que había tenido su tío y también que había tenido que marcharse de Irlanda, —Kirby lo observaba sin entender a qué venía esa historia, aunque sabía que Killian nunca hablaba por hablar —más concretamente a Italia. Allí compró una casa en la que vivió el resto de su vida y que, cuando murió, heredó Stuart. —El corazón de Kirby se saltó un latido al escucharlo. Con el cuerpo en tensión, preguntó, casi sin aliento:

—¿Sabes dónde está esa casa?

—Solo conozco el nombre del pueblo, está en La Toscana —al ver la expresión de su amigo le hizo la siguiente advertencia muy seriamente —: Kirby, no puedes mandar una carta a tu hermana, pondrías en peligro su vida.

—Lo sé—contestó, con gesto desolado.

—Aunque yo no hubiera conocido la historia del tío de Stuart, él no te habría mandado esta carta a ti nunca. ¿Sabes por qué?

—Sí, porque La Hermandad estará vigilándome a mí más que a nadie y no dejarán de hacerlo hasta encontrarla — reconoció.

—¡Exacto! —Kirby levantó la cara hacia el techo del despacho y suspiró profundamente.

—Solo quiero que…

—Lo sé —intervino Killian, sabiendo lo que quería decir —. Y te prometo que encontraremos la manera de hacerle llegar una carta tuya, pero hay que actuar con cabeza.

Kirby se pinzó la nariz con los ojos cerrados y asintió, luego miró a su amigo.

—Está bien. Me molesta decirlo, pero tienes razón —reconoció. Sus palabras provocaron que Killian levantara una ceja antes de decir, bromeando:

—¿Y cuándo no es así? —Kirby rio al escucharlo, pero dejó de hacerlo al escuchar el timbre de la puerta principal.

—¿Habrán vuelto tan pronto? —preguntó refiriéndose a las mujeres de los dos que, junto con Amélie, se habían ido de compras esa mañana. Killian sacudió la cabeza negativamente y se levantó. Salió al pasillo y después de ver quién era el recién llegado, se lo anunció a Killian antes de salir a recibirlo:

—¡Es Burke! ¡Justo a tiempo!

Kirby lo siguió muy sonriente ya que Burke y Killian eran sus mejores amigos. Por eso al llegar al vestíbulo de la casa no lo sorprendió verlos abrazándose, pero sí encontrarse a Brenda junto a ellos. Atónito, se acercó a ella.

—¡Brenda, qué sorpresa más agradable! —Se inclinó a besarla en la mejilla y ella pareció aliviada por encontrar a alguien conocido.

—No sabía que estabais aquí ¿Kristel también ha venido? —preguntó con una sonrisa ya que las dos se habían hecho amigas.

—No, pero vendrá en una hora, más o menos…— de repente enmudeció al ver que Burke cogía a Brenda de la mano. Se quedó muy sorprendido porque había estado visitándolos hacía poco en la oficina del puerto y por entonces su relación era solo de trabajo. O eso le pareció. Burke se volvió hacia su anfitrión sin hacer caso de la expresión de sorpresa de Kirby.

—Killian, te presento a Brenda Stevens. Ha venido conmigo,

espero que no suponga un problema poner un plato más en la mesa. —bromeó. Killian se inclinó y la saludó con un beso en la mejilla.

—Por supuesto que no —murmuró a su amigo y luego se dirigió a ella—: Encantado de conocerte Brenda y muchas gracias por venir al cumpleaños de mi mujer.

—Mucho gusto, señoría y gracias a usted. —Como todos los irlandeses había oído hablar largo y tendido sobre Killian. Era el juez más famoso del país y también el más apreciado por ser el responsable de la creación de *La Brigada* y el que la dirigía.

—Por favor, tutéame. —Ella aceptó con una sonrisa.

Momentos después, mientras Killian hablaba con el mayordomo en voz baja Brenda aprovechó para volverse hacia Burke y susurrar con tono de reprimenda:

—No me habías dicho que veníamos a un cumpleaños. —Con una sonrisa burlona Burke rodeó su cintura con el brazo derecho y la atrajo hacia él. Su actitud, desenfadada y afectuosa, era la misma que cuando estaban a solas.

—Se me debe de haber olvidado —mintió descaradamente haciendo que ella sonriera. Killian los interrumpió:

—Vamos al salón a ponernos cómodos.

Brenda aprovechó que los dos jueces caminaban juntos hablando entre ellos para preguntar a Burke en voz baja:

—¿No tendríamos que haber traído un regalo? —Él acercó el rostro a su coronilla e inspiró su olor disimuladamente.

—No te preocupes, se lo envié a Gabrielle hace días. —entonces Killian se volvió deteniéndose, haciendo que Kirby hiciera lo mismo y contestó irónicamente:

—Su regalo llegó hace tres días y hará que los de los demás parezcan una ridiculez —aseguró. Brenda sintió curiosidad por saber de qué se trataba.

—¿Qué es lo que…?

—¿… le he comprado? —La interrumpió con una sonrisa felina; cuando ella afirmó con la cabeza, contestó — Un escritorio que pertenecía a María Antonieta. Gabrielle es francesa y se me ocurrió que lo apreciaría—se encogió de hombros, divertido—Cuando lo vi en una subasta, no pude resistirme.

Kirby entró en el salón soltando una carcajada después de escuchar la respuesta de Burke, mientras Killian esperaba educadamente a que todos pasaran antes que él. Sacudió la cabeza cuando Burke llegó a su lado y le dijo:

—Es demasiado. —Pero él, sin dejar de caminar junto a Brenda, respondió sinceramente:

—Nada es demasiado cuando se trata de un amigo. —

Después, los dos se sentaron en un sofá y Burke, dirigiéndose a Killian que seguía junto al umbral del salón, le dijo:

—¿Te importa cerrar la puerta? Tenemos que contaros algunas cosas. — Killian obedeció a su petición, pero les avisó:

—Yo estaba a punto de decirle a Kirby algo muy importante que he sabido esta mañana, pero me alegro de que hayáis llegado para poder hablarlo también con vosotros. Sobre todo, le va a interesar a Brenda. —Ella miró a Burke con expresión de sorpresa, pero él se encogió de hombros sin tener ni idea de a qué se refería.

Kirby se había colocado junto a la chimenea y estaba apoyado en el borde de mármol que la recubría. Los observaba en silencio, pero a la vez parecía estar algo distraído como si pensara en otra cosa.

—Kirby, ¿no te sientas? —Killian lo había hecho en un sillón cercano al sofá donde estaban Burke y Brenda y giró la cabeza para hablar con él. Pero Kirby le hizo un gesto con la mano para que no se preocupara.

—Tranquilo. Aquí estoy bien. —El anfitrión asintió y se volvió hacia la pareja.

—Nuestras esposas y Amélie están fuera, pero volverán para la comida, entonces empezará la fiesta sorpresa de mi mujer. —Les dijo para que supieran que no podían perder el tiempo.

—¿Cómo estás tan seguro de la hora? —preguntó Kirby, sorprendido por su precisión. Killian giró el rostro para mirarlo.

—Porque Amélie me aseguró que traería a Gabrielle dentro de media hora. —Burke pareció sentir el nerviosismo de Brenda y la cogió de la mano empezando a explicar lo ocurrido:

—Un par de vampiros entraron en casa de Brenda hace dos noches. Afortunadamente ella los escuchó porque todavía no estaba dormida y pudo escaparse por la ventana de su habitación. —Killian preguntó con voz tranquila:

—¿No sería mejor que nos lo contara ella?

—Claro —contestó ella a Killian—, pero lo que Burke os ha contado es lo que ocurrió.

—¿Estás segura de que no eran humanos?

—Sí. Aunque no se note, soy híbrida. Mi padre también era un vampiro y los reconozco en cuanto los veo.

Killian y Kirby miraron a Burke sobresaltados y él se encogió de hombros mientras les explicaba:

—Yo tampoco me di cuenta, Brenda parece enteramente humana —explicó, pero Killian estaba tan acostumbrado a los interrogatorios que no se le escapaba ningún detalle.

—Has dicho que tu padre *era* un vampiro ¿Acaso está

muerto? —Brenda sabía que ya no tenía objeto seguir ocultándolo.

—Sí. Soy hija de Walker Nolan—confesó.

Killian se reclinó en el asiento y sus ojos la observaron cuidadosamente.

—Comprendo.

—Desde niña tuve problemas por no ser de sangre pura y mi padre, cuando tuve edad suficiente, ocultó nuestro parentesco y me envió fuera del país a estudiar. Lo hizo pensando en mi seguridad, pero ojalá no lo hubiera hecho. Lo eché mucho de menos durante esos años— confesó.

—Te aseguro que él también te echó de menos a ti —aseguró Killian—. Yo envié lejos a mi ahijada, Amélie, por la misma razón y no dejé de echarla en falta ni un solo día. —Entornó los ojos, pensativo, antes de continuar —: Antes de que yo empiece a contaros lo que he averiguado contéstame a otra pregunta, ¿crees que los que entraron en tu casa fueron enviados por *La Hermandad?* A primera vista parece que sí, pero… —ella lo interrumpió antes de que siguiera hablando.

—No. No lo creo —afirmó, convencida. Killian miró a Burke, que inclinó la cabeza apoyando la opinión de Brenda.

—¿Por qué?

—Porque creo que los envió la viuda de mi padre, Lorna.

Burke intervino:

—Dejaron la casa y todas sus cosas destrozadas como aviso. Estoy seguro de que en realidad la buscaban a ella. —Seguía manteniendo su mano entrelazada con la de Brenda.

—¿Con qué fin? —preguntó Killian, extrañado.

—Para matarme —contestó ella irguiendo la cabeza—. Mi padre me nombró albacea de su testamento, además de dejarme un tercio de su herencia al igual que a mis dos hermanos. A Lorna le dejó una renta vitalicia generosa suficiente para que viva muy bien el resto de su vida, pero no podrá disponer del capital ni de la herencia de sus hijos.

—No sabía que Walker Nolan tuviera hijos…—musitó Killian.

—Sí, dos —contestó Kirby, acercándose a ellos —. Creo que son pequeños todavía, ¿no? —preguntó a Brenda, que lo confirmó en silencio. A continuación, Kirby les explicó cómo lo sabía: —Tu padre vino a verme en una ocasión al juzgado para tratar de unos problemas que había en el puerto y me habló de ellos.

—Se llaman Peter y Philippe y tienen ocho y seis años. —explicó ella.

—Entonces tu madrastra tenía una razón de peso para ordenar tu muerte —dijo Killian, muy serio. Brenda asentía,

tranquila gracias a la reconfortante presencia de Burke, pero después de echar un vistazo al reloj de la chimenea, su anfitrión les señaló: —Se nos acaba el tiempo y todavía tengo que deciros algo de suma importancia.

—Te escuchamos— contestó Kirby.

—Esta mañana, temprano, ha venido a verme Amber Gallagher para hablar sobre el asesinato de su padre. — A Brenda se le escapó un jadeo y Killian le dijo —: Ya sé que os conocéis.

—Sí, pero no tenía ni idea de que iba a venir a verte. Antes casi no nos tratábamos, pero desde la muerte de nuestros padres…—se encogió de hombros sin saber muy bien cómo explicarlo — … un día nos encontramos por casualidad y descubrimos que las dos pensábamos igual, que sus muertes no habían sido accidentales a pesar de lo que decía la policía. Al final, hemos hablado tanto estas semanas que nos hemos hecho amigas. —Killian asintió.

—Ha venido a verme siguiendo un impulso, por eso no te habrá contado nada. Antes de seguir hay algo que no creo que ninguno sepáis y es que el padre de Amber era mi primo, aunque nuestras familias no tenían relación por algo relacionado con la herencia de nuestros abuelos. —En ese momento sonaron los cuartos del reloj de péndulo del pasillo y Killian se dio cuenta de que tenía que darse prisa —Amber me ha contado que anoche se presentó en su club una desconocida que quería hablar con ella. Ya sabéis que, desde que murió su padre, ella es la que se ha hecho cargo del Enigma de Cork. —Los tres asintieron en silencio —A pesar de la opinión de sus guardaespaldas Amber la recibió, porque la mujer aseguraba tener información sobre la muerte de Malcolm Gallagher.

—No sabía que tenía guardaespaldas —musitó Brenda.

—Los ha contratado recientemente porque ha recibido varias amenazas de muerte en las últimas semanas —confirmó Killian muy serio y continuó hablando: —La mujer dijo llamarse Lisandra y también que había sido usada durante algún tiempo por *La Hermandad,* como esclava sexual y de sangre. —Brenda sofocó un gemido de consternación y Killian le preguntó:

—¿Estás bien?

—Sí. Lo siento. Continúa, por favor —susurró, pálida. Burke la rodeó con el brazo izquierdo y Killian siguió:

—A Lisandra la secuestraron junto a otras cien chicas en la India hace un par de años y las trajeron a Irlanda en un carguero. El barco atracó en el puerto de Cobh desde donde las fueron enviando, poco a poco, a distintos locales de Irlanda. Ella solo tenía catorce años cuando ocurrió.

—¿Locales? —preguntó Brenda mirando a Burke cuyo rostro mostraba la rabia que sentía.

—Burdeles —aclaró él en voz baja mirándola, pero a continuación fijó la vista en Killian para decir —: esos hijos de puta deben de tener un almacén cerca del puerto donde tenerlas escondidas hasta que las puedan entregar.

—Yo pienso lo mismo. —confirmó Killian—. Al menos Lisandra le dio el nombre de la empresa que trae a las chicas.

—¿Cómo se llama? —preguntó Brenda.

—Wildflowers —Burke la miró esperanzado, pero ella movió la cabeza negativamente.

—Si tienen alguna instalación en el puerto no está a ese nombre. Conozco todas las empresas que operan allí y esa no me suena— aseguró.

Killian suspiró al escucharla.

—Estaba casi seguro de que ese no sería su nombre real. —confesó.

—Lo investigaré en cuanto vuelva a Cobh —prometió Burke.

—Pero no lo harás solo—advirtió Killian muy serio—. Hay dos agentes que acaban de terminar una misión y que te pueden ayudar. He estado hablando con ellos después de enterarme de todo esto y os acompañarán cuando volváis a Cobh. —Sonrió levemente como si estuviera disfrutando de una broma que solo conociera él — Además, también protegerán a Brenda. Por supuesto solo es un arreglo provisional mientras encuentro a alguien que pueda quedarse contigo de forma permanente.

—¿Los conozco? —preguntó Burke que no pensaba dejar a Brenda en manos de cualquiera. Aunque fueran agentes de *La Brigada* quería que tuvieran experiencia. Su amigo respondió con tono despreocupado:

—Creo que sí, pero ya me lo confirmarás cuando vengan.

—¿Cuándo será eso?

—Dentro de un rato —contestó Killian, haciendo un gesto ambiguo con la mano derecha para volver al asunto que le preocupaba —. Lisandra también le contó a Amber que el anterior director de Wildflowers era uno de los hombres de confianza de *El Maestro;* un vampiro llamado Conway que poco tiempo después de conocer a Lisandra, la sacó del burdel donde trabajaba en Dublín y se la llevó a su casa como su amante. Contrariamente a lo que esperaba, Conway se portó bien con ella y le cogió cariño, pero hace tres meses él murió y ese mismo día Lisandra huyó de la casa siguiendo sus instrucciones. Conway estaba seguro de que, si él moría, no tardarían en llevarla a uno de los prostíbulos que la organización tiene por toda Irlanda; y por eso había escondido

una buena cantidad de dinero bajo su colchón, para que Lisandra lo cogiera y huyera lo más lejos posible en cuanto él muriera. Estaba oculta en casa de una amiga cuando se enteró de que Conway había sido asesinado por alguien de *La Hermandad,* y fue entonces cuando se decidió a hablar con Amber.

—Una mujer muy valiente —dijo Kirby que había permanecido en silencio hasta ese momento. Killian asintió, muy serio, antes de continuar:

—Le he dicho a Amber que le ofrezca nuestra ayuda, pero Lisandra le aseguró que se iba a marchar de la ciudad enseguida. Le hubiera gustado volver a la India, pero dice que es mejor que sus padres y sus hermanos crean que ha muerto. Que no serían capaces de soportar la verdad.

Brenda tenía la mirada fija en sus manos y Burke, preocupado, colocó su mano sobre la suave nuca femenina y la apretó levemente haciendo que ella levantara la vista y le sonriera. Después del silencioso intercambio, más demostrativo que muchas palabras, Killian siguió relatándoles lo ocurrido:

—Por último, Lisandra le aseguró a Amber que su padre fue asesinado porque había descubierto el contrabando de esclavas que se llevaba a cabo en el puerto. Y Amber está segura de que la reunión que tuvo su padre con el tuyo —añadió, dirigiéndose a Brenda —, fue para contárselo. La orden de asesinar a Malcolm la dio el vampiro que ha sustituido a Conway en la dirección de Wildflowers. Lisandra dice que lo vio en una ocasión y que, aunque su apariencia es angelical, tiene los ojos más fríos que había visto nunca. ¿Crees que es cierto que Malcolm se lo dijo a tu padre? —preguntó, por último.

—No lo sé. —Sacudió la cabeza, insegura. Burke volvió a intervenir:

—Aunque sea cierto, no creo que la orden de asesinar a Walker viniera de *La Hermandad*. Teníais que haber visto cómo se comportaron ayer la viuda y su abogado durante la lectura del testamento. —Apretó la mandíbula, furioso, al recordarlo y Brenda aprovechó el momento para seguir hablando en su lugar:

—El abogado de Lorna me agarró y no quería soltarme…— murmuró, con un estremecimiento al recordarlo.

Burke la interrumpió rodeando con la mano su antebrazo izquierdo; ella lo miró y supo qué le estaba pidiendo y aceptó con una inclinación de cabeza. Entonces, él le levantó la manga del vestido para que los otros dos vampiros pudieran ver las marcas moradas que tenía en la muñeca, mientras él sostenía el antebrazo cuidadosamente.

—Esto es lo que le hizo ese hijo de puta antes de que yo

llegara —masculló rozando una de las huellas con un dedo. Los murmullos de disgusto y las caras de repulsión de los dos jueces fueron suficientes para que Brenda supiera lo que opinaban de su agresión—. Si ese cerdo vuelve a tocarla, lo mataré. Ya se lo dije — aseguró. Killian asintió, comprensivamente y se dirigió a Brenda.

—Sé que Burke te protegerá con su vida si es necesario, pero ¿no te gustaría aprender a defenderte por si volvieras a encontrarte en una situación parecida?

—¿Es posible?... pero… ¿cómo podría vencer a un vampiro? —preguntó, dudosa.

—Tengo un amigo llamado Lee que es un experto en un tipo de lucha que se practica en China desde hace siglos y que puede enseñarte, si quieres. A Amélie, mi ahijada, le ha dado clase durante años y gracias a eso fue capaz de defenderse del ataque de tres agentes de *La Hermandad*. Burke y yo también hemos aprendido a luchar con él. —Brenda preguntó a Burke.

—¿Eran aquellos movimientos tan extraños que hacías cuando empezaste a pelear con el abogado? Creía que era una especie de danza.

—Sí. Las enseñanzas de Lee son muy útiles, aunque es un maestro muy exigente — contestó. Brenda se volvió enseguida hacia Killian.

—Me encantaría aprender.

—Bien, me encargaré de arreglarlo — asintió Killian—. Pero tendrás que esperar unas semanas. Ahora está en China, visitando a su familia.

Burke reanudó la explicación de lo ocurrido en el notario:

—La viuda de Nolan nos dejó claro que no aceptaba los términos del testamento y, ella y su abogado, aprovecharon cuando salí a buscar el coche para tratar de intimidar a Brenda —terminó diciendo Burke. Kirby, preocupado, señaló:

—Brenda, puede que lo mejor sea que desaparezcas durante una temporada. Si quieres, puedes venir a vivir con nosotros todo el tiempo que necesites. —Killian lo miró arqueando una ceja y Kirby se explicó: —Ya sé que la casa es de Cam, pero a él no le importaría. —volvió a mirar a Brenda— Y Kristel estaría encantada de tenerte con nosotros, los dos lo estaríamos —aclaró.

—Por supuesto que a Cam no le importaría —corroboró, burlonamente, Killian.

Todos sabían que desde que Nimué y Cam habían vuelto a ser pareja, él no podía negarle nada y como Kristel para Nimué era como una hija… no hacía falta explicar nada más.

—No solo Brenda está en peligro —declaró Killian con gesto

grave mirando a Burke que le contestó con los ojos entornados:

—Killian…—pero su amigo sacudió la cabeza para que supiera que no guardaría más el secreto.

—Me da igual que no quieras que lo sepa nadie— aseguró—, ya te dije que no voy a quedarme cruzado de brazos porque seas un cabezota. — Miró a Kirby y a Brenda para aclararles lo que ocurría— Hace semanas que por los barrios bajos corre el rumor de que *La Hermandad* quiere acabar con Burke, pero a pesar de mis consejos él no ha querido tomar ningún tipo de precaución —expuso, enfadado. Burke se encogió de hombros y contestó:

—Cuando murió Dixon estaba seguro de que el primer ministro, al ser su amigo, obligaría a la policía a perseguir a *La Hermandad* y que nos dejarían en paz durante una temporada—confesó. Killian sacudió la cabeza.

—Yo también lo creía, pero parece que, aunque el primer ministro ha dado orden de que investiguen a fondo la muerte de Dixon la policía se está resistiendo todo lo que puede.

—¿Pero es que todos los policías son corruptos? — susurró Brenda, incrédula.

—Desgraciadamente hoy en día hay muy pocos en los que se pueda confiar —contestó Kirby con gesto asqueado—. Lo veo todos los días en el juzgado.

— ¿*El Maestro* sigue viviendo en la misma casa en la que se hacía pasar por mayordomo de Dixon? —preguntó Burke, pensativo.

—No, hace semanas que está vacía y no tenemos ni idea de donde se han marchado todos. No ha quedado nadie, ni siquiera los criados. —Al escuchar la contestación de Killian, Burke se volvió hacia Kirby:

—Aunque Sanderson, que ahora sabemos que siempre ha sido el verdadero *Maestro,* esté disfrutando del patrimonio de Dixon como si fuera suyo en realidad pertenece a su heredera legal, su hija. — Kirby arrugó la frente pensando en sus palabras, pero antes de que pudiera contestar, Burke continuó —: Legalmente, Violet es su heredera. Podría reclamar todos sus bienes y por lo que sé son cuantiosos y, aunque nada puede reparar todo el daño que le han hecho, es una compensación.

—Tiene razón, Kirby —dijo Killian, sorprendido por no haberlo pensado él mismo, pero su amigo sacudió la cabeza con gesto de desagrado.

—Mentiría si os dijera que no lo he pensado, pero me parece repugnante que mi hermana toque el dinero de esos hijos de puta. —En cuanto terminó la frase, se volvió hacia Brenda y le pidió disculpas —: Perdona mi lenguaje — ella lo tranquilizó con un

murmullo.

—Tu hermana debería saberlo y decidir qué quiere hacer —insistió Burke.

—Lo cierto es que no se pierde nada por averiguar si Dixon dejó testamento—musitó Kirby como si hablara consigo mismo. Satisfecho, Burke se volvió hacia Killian:

—Te agradezco que me dejes dos hombres durante unos días para que nos acompañen a Cobh, pero búscame cuanto antes otros que puedan quedarse con nosotros de forma permanente—pidió—. Esta vez seguiré tus consejos y haré lo que me digas, lo único que me importa es que Brenda esté a salvo.

Sus amigos se quedaron estupefactos al distinguir en sus palabras una declaración, pero Burke no se dio cuenta porque su mirada estaba fija en la de Brenda. Entonces, alguien los interrumpió llamando a la puerta del salón.

CATORCE

Amélie, Gabrielle y Kristel estaban hablando sentadas en una mesa del café de moda de Dublín, mientras eran discretamente custodiadas por sus guardaespaldas. Después de pedir las bebidas Amélie se volvió hacia su antigua institutriz y le preguntó, extrañada:

—Gabrielle, ¿quieres explicarnos de una vez por qué no quieres ir de compras? —Ella contestó con voz afectuosa:

—Cariño, desde el momento en que me dijiste que querías que te acompañara, justamente hoy, a comprarte un vestido supe que lo que querías en realidad era alejarme de casa. —Amélie se ruborizó, abochornada, porque después de esa conversación se había pavoneado ante su marido por haber sido capaz de engañar a Gabrielle.

—Ya decía yo que había sido muy fácil—murmuró, disgustada.

Kristel observaba el intercambio, fascinada, y preguntó a Amélie con curiosidad:

—¿Por qué te enfadas? ¿no debería enfadarse ella? —Amélie resopló antes de contestar:

—Cuando era mi maestra en el internado no conseguí engañarla ni una vez, al menos esperaba conseguirlo ahora. —Gabrielle y Kristel rieron al ver su mohín de disgusto.

—¿Lo intentaste muchas veces? —preguntó, pero antes de que Amélie pudiera contestar lo hizo Gabrielle con una sonrisa:

—No, ¡qué va! Era adorable, te lo aseguro.

—Eso no es del todo cierto, pero como me interesa mantener esa opinión, no diré nada más —declaró Amélie muy seria consiguiendo que se rieran de nuevo. Curiosa, sondeó a Gabrielle: — ¿Y por qué no dijiste nada el domingo cuando te diste cuenta de que mentía? —La aludida se encogió de hombros sin perder la sonrisa.

— ¿Cómo iba a estropearos el esfuerzo a ti y a mi marido? Porque sé que todo esto ha sido idea de Killian, está muy preocupado por mí. ¿No es así? —preguntó, aunque conocía la respuesta.

—Sí —murmuró Amélie, inquieta, echando demasiado azúcar en su té —. Todos lo estamos —confesó finalmente.

—Ya estoy bien —aseguró Gabrielle poniendo una mano

sobre las de Amélie intentando consolarla.

—Ya —contestó ella, claramente incrédula. Gabrielle, que no quería seguir hablando sobre su salud, le preguntó:

—¿Al final Cian no va a venir? —Amélie sacudió la cabeza.

—No, y lo siente mucho, pero Devan ha salido de la ciudad y después de los últimos incidentes no pueden faltar los dos a la vez del club.

—¿Qué incidentes? —Amélie miró a Kristel asombrada, como siempre, por la capacidad que tenía de vivir en su mundo rodeada de libros sin enterarse de lo que ocurría en la realidad.

—En dos ocasiones, cuando el Enigma estaba lleno de clientes, un grupo de matones ha destrozado la sala de juego. Cuando Cian y Devan lo han investigado han descubierto que habían sido enviados por el actual dueño del Columpio Rojo.

—¿En serio? —Kristel parecía muy sorprendida y Gabrielle se quedó mirando fijamente a Amélie para que no siguiera hablando, pero ella no se dio cuenta y prosiguió:

—Sí, incluso hablaron con él. Me sorprende que Kirby no te lo haya dicho sobre todo teniendo en cuenta vuestro parentesco. —Kristel miró a Gabrielle con la frente arrugada antes de volver a mirar a Amélie.

—¿Qué parentesco? —Solo entonces Amélie miró a Gabrielle y se mordió el labio inferior al darse cuenta de lo que había hecho.

—¡Ay, Dios! ¿He vuelto a meter la pata? —Gabrielle puso los ojos en blanco y luego miró a Kristel con gesto de arrepentimiento.

—Lo siento, cariño. Si te soy sincera yo le dije a Killian que no me parecía bien que te lo ocultaran, pero ya sabes cómo son todos ellos de protectores…

—¿Qué me están ocultando? —Las miró inquisitivamente, pero ellas permanecieron en silencio—Si es algo sobre mi familia tengo derecho a saberlo—declaró.

—Tienes razón —dijo Amélie después de pensarlo—. Y te pido perdón por no habértelo dicho antes.

—Yo también —afirmó Gabrielle.

—Pues contádmelo ya.

—Está bien— aceptó Gabrielle—. Cian y Devan tuvieron una reunión en el Enigma con el dueño del Columpio Rojo. Es un vampiro, pero ellos no lo conocían y se presentó como Cormac Stone —Kristel se reclinó de golpe en el respaldo de la silla y sus ojos se agrandaron.

—¿El hermano de mi madre? —preguntó, asombrada.

—Sí. Él mismo les dijo que era tu tío —contestó Amélie—. Lo

acompañaba Tatiana Ivanova, la antigua prometida de Gale.

—¿Gale Stronbow? ¿El hermano de Fenton? —preguntó Kristel, de nuevo sorprendida.

—Sí, y según Cian y Devan, parecía estar totalmente seducida por él.

—No entiendo por qué no me lo contaron ¿Pensaron que me disgustaría que fuera el dueño de un burdel? —preguntó, sin entender nada.

—No —Amélie dudó antes de seguir, pero si ella estuviera en la situación de Kristel querría saberlo todo—. Tanto Cian como Devan se sintieron tan indignados por cómo se refería a ti que lo echaron del club. Y cuando se lo contaron a Kirby nos pidió a todos que no te lo dijéramos para que no te disgustaras.

—Entiendo —dijo Kristel tranquila —. No os preocupéis, nada de lo que diga la familia de mi madre sobre mí, me sorprende. —Se quedó pensativa durante unos momentos, antes de añadir—: Si no os importa, prefiero que sigan pensando que no me lo habéis contado. —Las dos asintieron y, Kristel con expresión sombría, preguntó a Amélie.

—¿Y qué más dijo mi querido tío?

—Dejó claro que él y sus hombres actuaban en nombre de *La Hermandad*, y Cian le contestó que eso le daba igual y que si volvía a haber en el Enigma algún problema provocado por uno de sus matones, lo consideraría una declaración de guerra. Ahora en el club tienen el doble de hombres vigilando que antes y Cian cree que, además, siempre deben estar allí él o Devan. —Meneó la cabeza al recordar lo que le había contado Cian pocos días antes — Además, corren rumores muy desagradables sobre el Columpio desde que lo dirige tu tío, Kristel. Se dice que allí puedes hacer lo que quieras, jugar, beber, drogarte y hasta disponer de una esclava a tu capricho. —Las últimas palabras fueron apenas un susurro.

—¿Esclavas? —repitió Kristel, horrorizada.

—Sí, y parece que no utilizan a esas pobres mujeres solo para el sexo —contestó Amélie en voz baja.

—¿Esclavas de sangre? —susurró Kristel, atónita, y sus dos amigas afirmaron con la cabeza—Creía que ya no existían los esclavos de sangre—musitó.

—Eso es lo que todos creíamos —contestó Amélie, que recordó que estaban celebrando el cumpleaños de Gabrielle y que ese no era un tema adecuado para ese día.

—Y cambiando de asunto...—comenzó, dirigiendo a Kristel una mirada significativa—… ¿qué tal en casa de Cam y Nimué? —en la cara de su amiga apareció una sonrisa radiante al recordar

la felicidad de su madrina.

—¡Muy bien! ¡Si los vierais… parecen dos adolescentes! Es maravilloso ver a Nimué tan feliz, por fin— confesó.

—Lástima lo de su familia. Espero que lo arreglen pronto —manifestó Amélie con voz apenada, pero Kristel les dio una noticia de lo más sorprendente:

—Pues es posible que lo hagan antes de lo que crees. Hoy mismo van a almorzar con los padres de Cam, por eso no pueden venir a la comida. —Amélie y Gabrielle le dieron la enhorabuena y Amélie aprovechó para preguntar:

— Ya sé que estás harta de que te lo pregunten, pero todos estamos impacientes…

—Amélie… —susurró Gabrielle por lo bajo como haría una madre con su hija sabiendo lo que iba a preguntar, pero Kristel levantó la mano para que la dejara seguir. Aunque había esperado no tener que hablar sobre su trabajo, entendía su preocupación y contestó con sinceridad:

—Ya he encontrado la clave para descifrar el texto, ahora estoy peleándome con el dialecto —afirmó.

—¿Pero has podido confirmar si se trata del ritual que hace falta para terminar con Lilith en el caso de que consiga reencarnarse? —musitó Gabrielle.

—Sí, pero como dejó escrito Cedric en su carta a Cam y a Nimué, es solo una cuarta parte de la liturgia necesaria —contestó en voz baja, sacudiendo la cabeza con gesto de frustración —. El problema es que, aunque siempre hablamos del idioma antiguo como si solo hubiera habido uno, lo cierto es que en la antigüedad se hablaban muchas lenguas y muy distintas entre sí. Y algunas de ellas son muy raras, como esta.

—¿Cuánto crees que tardarás? —insistió Gabrielle.

—No lo sé. El manuscrito de Cobh fue sencillo en comparación. Este es distinto a todos los que he traducido hasta ahora.

—¿Por qué tienes tanto interés? —preguntó Amélie a Gabrielle, sorprendida porque estuviera siendo tan curiosa.

—Killian está muy preocupado —afirmó. Parecía que esa iba a ser su única contestación, pero a continuación, susurró con voz contenida —. Me gustaría que al menos su trabajo no le diera tantas preocupaciones. Ya tiene bastante con las que le doy yo.

Kristel y Amélie se miraron, extrañadas por la revelación, impropia de ella.

—¿Qué dices? —la regañó suavemente Amélie— Sabes que Killian te adora.

—Lo sé —sonrió tristemente—. Y también sé que, ahora

mismo, solo soy una sombra de la mujer con la que se casó. —ninguna de las otras dos mujeres supo cómo contestar a semejante afirmación— ¿Creéis que no me veo en el espejo? —bajó la mirada, dirigiéndola hacia sus pálidas manos— Pero no consigo recuperarme ¡Ojalá pudiera! Lo que más deseo en el mundo es volver a ser la mujer que Killian necesita, pero… —se quedó callada un momento, dudando, pero al final decidió contarles la verdad —voy a confesaros algo que solo sabe Killian, bueno, y el médico que me examinó. Por insistencia de mi marido fui a ver a un médico especialista después del aborto. Quería estar seguro de que estaba bien —dijo, mirando a Amélie—. Y después de algunas pruebas el médico me recomendó que no volviera a quedarme embarazada, me aseguró que si lo hacía era muy posible que no sobreviviera al parto. —Amélie, con lágrimas en los ojos, cogió las manos de Gabrielle entre las suyas y murmuró:

—Hay muchas mujeres que no pueden ser madres y no pasa nada. Hay más cosas en la vida que pueden hacerte feliz. —Gabrielle la interrumpió.

—Lo sé. Pero tú sabes, porque lo hemos hablado muchas veces, lo importante que es para mí tener hijos. —Kristel apoyó una mano en el antebrazo de Gabrielle y le dio un cariñoso apretón, antes de decir:

—Tienes una estupenda familia que te adora: a Killian, a Amélie, que se ha quedado muda por primera vez desde que la conozco —bromeó—, a Cian, incluso a Lee. Pero además estamos todos tus amigos que te queremos de verdad y que haríamos lo que fuera por ti —afirmó sinceramente.

A pesar de su sonrisa, Gabrielle estaba rodeada por un halo de tristeza.

—Lo sé y eso es lo que me digo a mí misma todos los días cuando no quiero levantarme de la cama, pero, sinceramente, no sé si podré sobrevivir a esto. —Se calló bruscamente al ver las lágrimas de Amélie rodar por sus mejillas. Pestañeando para alejar las suyas, se disculpó: —Perdóname, no sé por qué he dicho algo así. —Sacudió la cabeza, disgustada consigo misma —Olvidad mis palabras y hablemos sobre la fiesta que me va a dar Killian. Os aseguro que seré la mujer más sorprendida y feliz del mundo—afirmó con una valiente sonrisa. Amélie quería continuar con la discusión, pero Kristel le hizo un gesto a espaldas de Gabrielle para que no lo hiciera y dijo:

—Por supuesto. Entre todos haremos que sea un gran día, ¿verdad, Amélie? —la aludida asintió y, haciendo de tripas corazón, comenzó a detallarle a Gabrielle en qué consistiría su fiesta sorpresa.

QUINCE

Cuando Hobson abrió la puerta de la mansión se encontró con un caballero desconocido, impecablemente vestido, que le sonreía educadamente.

—Buenos días, señor —saludó.

—Hola. Traigo un mensaje para la señorita Barry —aunque no había ningún sobre a la vista, Hobson alargó la mano esperando que se lo diera.

—Si me hace el favor, yo se lo entregaré.

—Me temo que no es un mensaje escrito y solo puedo dárselo a ella —aseguró el visitante sin perder la sonrisa. Hobson dudó durante un momento, pero Burke no le había dicho que ella no pudiera recibir a nadie.

—Entre, por favor. La señorita está desayunando.

—Por supuesto —aceptó, entrando en el vestíbulo.

—¿A quién tengo que anunciar? —preguntó el mayordomo sin moverse del sitio y el visitante se lo pensó durante unos segundos antes de decir:

—Puede decirle que soy Martin Brown. —Hobson achinó los ojos percibiendo la mentira, pero no dijo nada. Caminó hacia el salón seguido por el desconocido y permaneció en la entrada dejando que Lindsey lo viera bien mientras él lo anunciaba, para estar seguro de que lo conocía.

—El señor Brown quiere verla, señorita.

Cuando Lindsey levantó la mirada y vio a su hermano, el tenedor que iba a meterse en la boca tembló, pero mantuvo la compostura y lo dejó sobre el plato lentamente. Después se levantó sonriendo.

—¡Qué sorpresa, Martin! —Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla. Después, se volvió hacia el mayordomo—Eso es todo, Hobson.

El mayordomo inclinó la cabeza y, después de lanzarles una mirada suspicaz, cerró la puerta silenciosamente.

Edevane caminó hasta el ventanal para poder disfrutar de las famosas vistas de las que le había hablado su hermana. Su mirada recorrió la bahía y el pueblo de Cobh y entendió por qué estaba tan impresionada, pero cuando Lindsey se acercó a él lo suficiente, susurró, furiosa:

—¿Qué haces aquí? ¿Te has vuelto loco?

—Tranquila, hermanita. —Dejó de observar el paisaje para mirarla a ella —Tranquila—repitió, con voz suave y autoritaria a la vez —. Ha ocurrido algo y tenía que avisarte. Ya te dije que vendría si tenía que hacerlo.

—¡Sí, pero no me dijiste que ibas a ser tan imprudente como para decirle al mayordomo tu verdadero nombre! —Él se encogió de hombros con indiferencia.

—Lo hago a veces, sobre todo cuando estoy aburrido y ahora lo estoy. Necesito algo de emoción.

—Estás loco. —Lindsey sacudió la cabeza, incrédula—Y no podemos hablar aquí. Estoy segura de que Hobson tiene la oreja pegada a la puerta para escuchar todo lo que decimos —masculló, nerviosa.

—Tienes razón —admitió él. Abandonando su fachada indiferente los ojos de Edevane se entrecerraron y el gesto de su rostro manifestó el enfado que sentía, al decirle el verdadero motivo de su presencia allí —: Mi confidente acaba de decirme que, mientras tú estás aquí actuando como dueña de la mansión, tu “novio" y "esa" hicieron noche en Cork y ahora van camino de Dublín.

—Puede que no signifique nada —susurró, nerviosa—, aunque no lo creas Burke es un caballero—dijo sin pensar y los ojos de su hermano centellearon al escucharla.

—Pareces una demente hablando así. —Se inclinó para poder mirar bien dentro de sus ojos—No te habrás encariñado con ese cabrón, ¿no? —preguntó, enfadado. Ella sacudió la cabeza, negándolo. Asustada, intentó apartarse de él, pero Edevane la sujetó con fuerza—¡Quieta, loca! —susurró —¿Me estás ocultando algo? —el corazón de Lindsey latía acelerado por el miedo, pero se obligó a tranquilizarse.

—No, no… es que todo esto me ha puesto nerviosa. —Se justificó en voz baja. Él levantó la cabeza y la observó fijamente.

—Está bien. —Decidió aceptar sus excusas después de examinarla durante unos segundos —. Escúchame bien, también me han confirmado que Burke la acompañó al notario para la lectura del testamento. Y las cosas están peor de lo que nos imaginábamos porque ella ha resultado ser la hija de Nolan, por eso la había nombrado su albacea. Lorna solo hereda una retribución anual, pero ni siquiera podrá tocar el capital del que procede su asignación y mucho menos la herencia de sus hijos. Y el abogado dice que duda que se pueda hacer nada de forma legal. ¡Todo esto ha resultado ser un puto desastre!

— ¿Estás seguro? —preguntó, entendiendo por qué estaba tan enfadado.

—Sí —asintió. Del fondo de los ojos azules de Edevane saltaban chispas rojizas—. Me he informado bien. Siendo la hija de Nolan ningún juez anulará ese testamento y, menos aún, con la amistad que Burke Kavannagh tiene con Killian Gallagher y Kirby Richards, los dos jueces más influyentes de Irlanda—masculló, indignado. Lindsey casi no se atrevía a respirar —¡Es preciso que esa mestiza muera! —afirmó —. Así que, por si tú fallas, he considerado un plan alternativo, pero necesito que me acompañes —ordenó.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿Para qué?

—Hay alguien a quien le tienes que contar las costumbres de esa mestiza.

—¿No será sospechoso que me vaya contigo? —Se atrevió a preguntar.

—Lindsey, coge lo que necesites y vámonos—contestó, en un tono que indicaba que estaba a punto de perder los papeles.

Ella se marchó a su habitación para coger su bolso y un abrigo y los dos hermanos salieron de la mansión menos de cinco minutos después, antes de que el viejo Hobson pudiera cerrar la boca. Se había quedado atónito cuando ella le había dicho que iba a salir a dar un paseo con el supuesto señor Brown.

El viaje duró solo unos minutos ya que su destino estaba muy cerca, a las afueras de Cobh. El carruaje solo tuvo que bajar la colina en cuya cima estaba ubicada la casa, girar a la derecha en dirección a Cork y tomar el camino de tierra al llegar al puente de Bridgepoint. Poco después traspasaban unas antiguas verjas de hierro oxidadas que estaban abiertas y, después de seguir recto unos cientos de metros más por un estrecho sendero rodeados de árboles, apareció antes ellos una gran explanada llena de construcciones de aspecto industrial; algunas tenían varios pisos y estaban construidas en ladrillo y otras tenían una planta y eran de madera. Y detrás de todas ellas podía verse el mar.

—¿Qué es esto? —Lindsey miraba por la ventanilla del coche, asombrada.

—Son los almacenes propiedad de las navieras que trabajan en el puerto de Cobh. Traen su mercancía desde cualquier parte del mundo y la guardan aquí, durante el tiempo necesario, hasta que se la entregan a los compradores. —Lindsey lo observaba con atención sin entender a qué venía la sonrisa maliciosa que tenía en ese momento.

El coche se detuvo repentinamente y se apearon en silencio. Cogiéndola por codo, Edevane la guio hasta el almacén más

cercano; se trataba de un edificio de ladrillo granate que había visto tiempos mejores protegido por una puerta de hierro macizo. Su hermano sacó una llave larga y oscura de su pantalón y abrió el pesado y chirriante portón. La dejó pasar y, después de cerrar, la precedió al atravesar la enorme nave repleta de grandes cajones de madera. Por los respiraderos que había a ambos lados de las cajas, a Lindsey le pareció que eran como las que se usaban para transportar a las fieras salvajes. Curiosa, le preguntó a su hermano que caminaba delante de ella:

—¿Hacéis contrabando de animales?

Desde hacía un par de años había un gran debate en la sociedad, propiciado en gran parte por algunos periódicos, sobre si se debían seguir capturando animales salvajes o no. A la mayor parte de la gente no le parecía bien hacer sufrir a los animales solo para entretener a los que iban a verlos a los zoológicos, o para que algunos coleccionistas privados los tuvieran enjaulados en sus fincas o jardines. Pero como respuesta a su pregunta, Edevane se volvió hacia ella riendo a carcajadas como si le hubiera contado el chiste más gracioso del mundo. Luego, siguió caminando.

Al final del largo almacén había un cubículo, pequeño y cuadrado, junto al que los esperaba un humano calvo y escuálido que se inclinó servilmente ante ellos. Como la habitación tenía la puerta abierta, Lindsey pudo ver que en su interior solo había una cama, una mesa y una silla y por el estado de la estancia, dedujo que aquel hombrecillo vivía allí. Empezó a sentirse asqueada por la actitud tan rastrera que tenía el humano con su hermano, que se inclinaba tanto ante él que parecía que fuera a lamerle las botas.

—Lindsey, te presento a Tom Barton, más conocido como *el Canijo* —dijo Edevane — ¿Dónde están, Canijo? —le preguntó con tono altanero. El hombre sonrió de forma aduladora, pero cometió el error de mirar de reojo a Lindsey, a la que nunca había visto. Inmediatamente, se escuchó un gruñido procedente de Edevane y el humano palideció, disculpándose con un murmullo y contestando a su pregunta.

—En la habitación de al lado, durmiendo. ¿Quiere verlos, señor?

—Para eso hemos venido. —Lindsey observaba a su hermano preguntándose qué se traería entre manos y él, mientras tanto, seguía interrogando al siniestro hombrecillo — ¿Estás seguro de que lo harán bien?

—Sí, señor. Los he usado muchas veces para despistar a los policías cuando vienen a meter las narices en el puerto o para

avisar cuando llega un cargamento. Son capaces de pasar desapercibidos en cualquier lugar y pueden hacer lo mismo que cualquier adulto. Y cuestan menos, por supuesto. Para lo que usted necesita, tengo a la pareja perfecta—aseguró, con una sonrisa sumamente desagradable —. Vengan conmigo, por favor, señores —murmuró, tragando saliva al sentir la fría mirada de los dos vampiros sobre él.

Como les había dicho solo tuvieron que andar unos cuantos pasos hasta encontrar la puerta que buscaban y que estaba cerrada con llave. El Canijo la abrió y alumbró la oscuridad de la habitación con un candil que había cogido de su mesa y dijo en voz lo suficientemente alta para despertar a cualquiera:

—¡Arriba, pedazo de vagos! ¡Ha venido alguien a veros!

Al escucharlo, seis niños se levantaron rápidamente de los catres en los que habían estado tumbados hasta ese momento y que estaban repartidos por el suelo. La mayoría se frotaban los ojos intentando quitarse el sueño a restregones, pero un par de ellos los miraban totalmente despiertos y con los ojos llenos de miedo. Todos parecían tener entre cinco y doce años como mucho y estaban sucios, delgados y harapientos. Entonces se escuchó el llanto de un bebé y uno de los pequeños, puede que tuviera diez años, aunque era difícil decirlo estando cubierto por tanta porquería, se acercó a una caja de fruta en la que había un bebé pataleando. Lo cogió en brazos y lo meció nervioso, tarareando algo en voz baja, con la clara intención de que se callara hasta que el Canijo le ordenó:

—¡Cliff, ven aquí y trae a tu hermana! —Volviéndose hacia Edevane, susurró —: estos son los dos que le digo. El crío es muy listo, le aseguro que no le fallará—Mientras el niño caminaba hacia ellos, cargando con el bebé, Edevane los examinó de arriba abajo y luego miró a Lindsey con una ceja arqueada. Al principio, ella no entendía nada, pero de repente, agrandó los ojos adivinando el plan de su hermano.

—Es una idea genial —murmuró. Edevane asintió, antes de decir:

—Me parece bien, Canijo. Ahora, necesito que ese niño y tú escuchéis atentamente. Mi hermana va a describiros exactamente cómo es la mujer a la que tenéis que envenenar.

DIECISÉIS

Killian nunca habría esperado ver a su flemático mayordomo llevando en brazos a un cachorro y menos que el animal saltara continuamente intentando mordisquearle la barbilla. Brenda se quedó mirando la escena atónita y Burke y Kirby rieron con ganas hasta que James les lanzó una mirada indignada y ambos apartaron la vista, intentando borrar las sonrisas de sus rostros. El mayordomo carraspeó antes de dirigirse a Killian.

—Señor, le ruego que el perro se quede aquí. La cocinera amenaza con renunciar si no lo sacamos de la cocina. Como verá… —bajó una mirada autoritaria hacia el cachorro que no le hizo ni caso y siguió intentando trepar por el cuerpo del mayordomo para llegar hasta su nariz—… el animal es bastante travieso—siguió diciendo con actitud tan serena que Brenda tuvo que apartar la vista para no reír a carcajadas. Como Killian no contestaba, James confesó —: Las palabras exactas que ha dicho la cocinera son que, si el perro no se marcha de su cocina lo hará ella. —Killian estiró una mano vacilante hacia el cachorro que lo recibió a lengüetazos. El juez lo acarició con cuidado, sorprendido por la suavidad de su pelo.

—No puede ser tan malo —susurró. Aunque no alargó los brazos para cogerlo—. No se me ocurre qué hacer con él hasta que llegue mi mujer. —Miró a su alrededor fijándose en los elegantes muebles que decoraban la habitación, incluyendo la lujosa alfombra Aubusson que cubría el suelo, pensando en los destrozos que podría hacer el cachorro en un sitio así. Pero se dio cuenta de que no tenía más remedio que tenerlo allí durante un rato y que Gabrielle decidiera luego donde alojarlo—Déjelo aquí, James—ordenó finalmente. El mayordomo lo miró sorprendido, como si dudara de la cordura de su jefe.

—¿En el suelo?

—Por supuesto —confirmó Killian.

Brenda miró a Burke al darse cuenta de que su anfitrión en ningún momento había hecho intención de coger al perro en brazos, algo que le resultó muy extraño. Y Burke que había interpretado bien su mirada y aprovechando que Killian seguía hablando con el mayordomo, susurró junto a su oído:

—Killian fue atacado por el perro de su familia siendo muy pequeño y estuvo muy grave; desde entonces no ha vuelto a acercarse a ninguno. —Brenda preguntó, extrañada:

— ¿Y por qué le regala uno a su mujer? —Burke carraspeó y miró a Kirby. Este, que había escuchado la conversación, contestó:

—Gabrielle ha estado muy enferma y no termina de recuperarse. A ella le encantan los perros, pero nunca le pediría uno. Sabe lo que le ocurrió cuando era un niño.

Todos giraron la cabeza hacia el cachorro cuando lo escucharon ladrar alegremente. James lo había dejado en el suelo y, aprovechando que el animalito había salido corriendo hacia Kirby como un loco, el mayordomo cerró la puerta tan deprisa como pudo sin más contemplaciones.

Cuando el perrito se topó con las piernas de Kirby, rebotó contra ellas y cayó sentado de culo en el suelo, provocando las risas de Brenda, Burke y Kirby. Hasta Killian sonrió. El animal los miró, uno a uno, fascinado por el sonido de sus carcajadas y los ladró varias veces moviendo el rabo alegremente. Kirby se levantó y lo cogió, volviendo a sentarse con las piernas cruzadas y dejándolo sobre su regazo. El cachorro lo observaba jadeante, con las orejas levantadas y la lengua cayendo por el lado derecho de la boca.

—Eres una cosita muy traviesa —murmuró, divertido. Con el dedo índice lo rascó detrás de la oreja—Es muy pequeño, Killian — informó a su amigo.

Killian se sentó a su lado observando el comportamiento del perro. Se encogió de hombros al responder:

—Claro. Es un cachorro.

—No, me refiero a que es pequeño de tamaño, no creo que crezca mucho. Parece una especie de terrier —musitó, examinando la cara y las patas del perro. Al contrario que a su amigo, a él le encantaban. El cachorro había empezado a coger confianza con él y ya estaba mordisqueándole el dedo con el que lo había estado acariciando. — ¿Sabes de qué raza es?

—Tienes buen ojo. —Le confirmó Killian—La madre es una terrier. Es de un amigo y tuvo una camada hace unas semanas y me preguntó si quería uno. Desgraciadamente la madre todavía no se ha dignado a decir quién es el padre—bromeó chasqueando la lengua—. Desapareció una noche y no volvió hasta el día siguiente y el resultado han sido seis cachorros como este.

—Es adorable —declaró Brenda— ¿Puedo cogerlo? —Kirby asintió y se lo dejó en los brazos. El animal pareció contento con el cambio y lo demostró lamiéndole la cara frenéticamente. Ella reía, encantada, acariciándolo con suavidad. Burke los observaba con una gran sonrisa.

—¿Crees que a tu amigo todavía le quedarán cachorros? —

preguntó a Killian.

—Se lo puedo preguntar —contestó él— ¿Quieres uno?

—Creo que a Brenda no le importaría tener uno como este —sorprendida, ella lanzó una mirada a Burke que le correspondió con una tierna sonrisa. Sonrojada, disimuló alzando al perrito para ocultarse detrás de él, pero como esa posición no era de su agrado, el cachorro ladró un par de veces hasta que consiguió que Brenda volviera a ponerlo sobre su regazo.

—Sabe muy bien lo que quiere —concluyó Kirby entre risas.

—Killian me ha dicho que tu cocinera ha hecho las tartas —Le preguntó Burke y él afirmó con la cabeza— Creía que habías mandado a tus criados a casa mientras estuvierais en Dublín—comentó, con curiosidad

—A los demás sí, pero ya sabes que Albert y Annie son como de la familia. Han querido venir con nosotros y no he podido negarme.

—Y no hay nadie que cocine como Annie —aseguró Killian—, de modo que aproveché para pedirle que hiciera una tarta para el cumpleaños de Gabrielle.

—Y ella decidió hacer tres —reveló Kirby encogiéndose de hombros—Annie es así, cuando cocina se deja llevar por su temperamento artístico, pero el resultado suele ser lo mejor que hayas comido nunca.

Una nueva llamada a la puerta hizo que Killian volviera a levantarse, mientras que sus invitados seguían pendientes de las travesuras del perro. Lo tranquilizó ver que su mayordomo parecía haber recuperado su dignidad sin ningún problema.

—Señor, la mesa ya está puesta y la cocinera dice que la comida estará preparada en quince minutos, tal como usted ha pedido. —Killian asintió echando una mirada al reloj de estilo francés que había sobre la repisa de la chimenea— Estarán aquí enseguida—anunció y en cuanto terminó la frase se escuchó el timbre de la puerta, pero antes de salir de la habitación miró a Burke y Brenda para pedirles algo—: ¿podéis quedaros unos minutos en esta habitación? Gabrielle no se esperará que haya nadie más, porque todos estarán en la puerta recibiéndola y se pondrá muy contenta cuando os vea. —Cuando ellos asintieron, le dijo a Kirby—Tú ven conmigo, por favor, ella sabe que estás aquí —A continuación, ellos dos y el mayordomo salieron del salón a toda prisa. En ese momento se escuchó un segundo timbrazo más largo que el anterior y Brenda y Burke oyeron decir a Killian mientras caminaba por el pasillo —: Esa ha sido Amélie, nunca he conseguido que entienda los beneficios de la paciencia… —Sus siguientes palabras se perdieron conforme se iban alejando y

Burke aprovechó que se habían quedado solos para decir:

—Pensarás que estamos todos locos. —Ella movió la cabeza, negándolo con la mano sobre el suave pelo del cachorro que se había tumbado, aparentemente tranquilo, sobre sus piernas.

—Al contrario, me ha sorprendido ver que sois una gran familia.

—No. —La contradijo—. Nos apreciamos, pero solo somos amigos. —Ella volvió a negar con la cabeza, segura de lo que decía.

—No, Burke, sois una familia y eso es maravilloso. Me alegro de que me convencieras para venir —confesó. Él le robó un corto, pero apasionado beso y confesó:

—Si no hubieras venido, yo tampoco lo habría hecho. Habría vuelto contigo a Cobh.

—Pero tenías que venir, tú me lo dijiste. —Él se encogió de hombros sin querer ahondar más en ello. Al escuchar el ruido de varias personas acercándose por el pasillo los dos se levantaron del sofá y, mientras esperaban, escucharon un par de voces que mantuvieron la siguiente conversación:

—Pero ¿qué hay en la salita? —preguntaba una mujer y Killian contestó con voz tierna:

—Espera un momento, no seas impaciente.

Brenda imaginó que la voz femenina era la de Gabrielle, pero no le dio tiempo a preguntárselo a Burke porque enseguida entraron todos en la habitación. Los invitados se quedaron rezagados, detrás de los dueños de la casa, por lo que Brenda pudo ver bien a su anfitriona. Era una mujer muy bella, morena y con los ojos marrones, y tenía uno de los rostros más dulces que ella había visto. También era mucho más baja que Killian y estaba muy delgada. Los dos iban cogidos de la mano, pero cuando ella vio a Burke se acercó, visiblemente contenta, alargando las manos hacia él.

—Burke, querido ¡Muchas gracias por venir! Ya sé lo ocupado que estás… —él se inclinó para darle un beso en la mejilla, pero la tierna mirada de Gabrielle se había fijado en Brenda y en el cachorro que seguía en sus brazos; el animal al ver tanta gente había comenzado a revolverse para que lo dejara en el suelo. Burke rodeó con su brazo la cintura de Brenda antes de decir:

—Gabrielle, te presento a Brenda Stevens, trabajamos juntos en la oficina del puerto —informó, pero Gabrielle que no era tonta, le lanzó una mirada divertida antes de juntar su mejilla suavemente con la de Brenda. Cuando lo hizo el cachorro le lamió la barbilla inesperadamente y ella rio, encantada.

—¿Y tú?, ¿cómo te llamas? —preguntó. Riendo porque el

perro intentaba con todas sus fuerzas seguir lamiéndole la cara, repitió la pregunta dirigiéndose a Brenda:

—¿Cómo se llama? —pero ella se volvió hacia Killian, sin contestar. Extrañada, Gabrielle miró a su marido y él contestó, jovial:

—Todavía no tiene nombre. —De repente, se escuchó la voz de Amélie diciendo:

—¡Díselo ya, Killian! —La frente de Gabrielle se arrugó aún más y miró a Amélie, pero ella solo se encogió de hombros, aunque lucía una sonrisa enorme y sus ojos estaban demasiado brillantes.

—¿Decirme qué? —susurró, volviendo a mirar a su marido. Él se acercó un paso a ella, lo suficiente para poder levantar su barbilla con la palma de la mano y decir:

—El cachorro no tiene nombre porque está esperando a que su dueña se lo ponga. —Gabrielle volvió a mirar al cachorrito que los observaba impaciente, jadeando con la lengua fuera y muy nervioso, como si supiera que su futuro se estaba decidiendo en ese momento. Volvió a mirar a su marido y, con un temblor en la voz, preguntó:

—¿Es nuestro? —Apoyó la mano derecha en su pecho, como si necesitara sujetarse en él.

—Claro que sí —confirmó él con una sonrisa que lo decía todo.

—Pero si no puedes… tú no puedes tener perro, ya lo habíamos hablado —susurró ella, casi sin voz. Él sacudió la cabeza con una sonrisa.

—No hay nada que yo no pueda hacer por ti, amor mío.

Ella ahogó un jadeo de alegría y se lanzó a besarlo apasionadamente. Todos sus amigos empezaron a aplaudir y Kirby y Burke, silbaron y los jalearon. Cuando el beso terminó, una Gabrielle muy ruborizada, se volvió hacia Brenda y alargando los brazos, pidió:

—¿Me lo dejas? —Ella sonrió.

—Claro, es tuyo.

Gabrielle lo cogió y rio cuando el animal la besó a lametazos. Sentándose en uno de los sillones que rodeaban la mesita baja de mármol, lo acarició, achuchándolo y hablando con él en voz baja. Burke y Brenda se acercaron a Killian y los tres se quedaron observando la hermosa estampa que formaban el cachorro y su nueva dueña.

—Parece que ha sido todo un éxito —dijo Burke. Killian le contestó sin dejar de mirar a su mujer —. Cuando era pequeña tuvo un perro y recuerda aquella época como la más feliz de su

niñez —confesó.

El mayordomo apareció a su lado para recordar discretamente a Killian que la comida estaba preparada y Killian les anunció que era el momento de pasar al comedor. En ese momento hubo un pequeño punto de discordia entre los anfitriones porque Killian insistió en que James tenía que llevarse al perro.

—Solo será mientras comemos, cariño. —Gabrielle hizo un mohín destinado a convencerlo y, casi lo consiguió, pero al final, observando la extrema delgadez de sus manos Killian sacudió la cabeza—No, Gabrielle. El médico dijo que tenías que estar tranquila en las comidas. —Ambos sabían que no podía permitirse seguir sin comer. Ella entornó los ojos y a él le pareció una buena señal que volviera a mostrar su espíritu, pero consintió en dejar al cachorro en los resignados brazos del mayordomo.

—James ¿sabes qué es lo que hay que darle de comer? —Él asintió solemnemente, antes de contestar:

—Sí, señora. El señor ha dado instrucciones precisas sobre cómo tienen que ser sus comidas —Gabrielle miró, atónita, a su marido que contestó:

—Lo pregunté cuando fui a recogerlo, no podía dejar que se muriera de hambre. —Ella sonrió feliz y por fin entraron en el comedor.

Brenda se sentó junto a Kristel, lo que propició que la pusiera al día de los últimos acontecimientos ocurridos en su vida. Nadie más escuchaba su conversación ya que los demás participaban en otra que tenía como protagonista al nuevo habitante de la casa.

—¡No me puedo creer que seas hija de Walker Nolan! —susurró Kristel. Brenda contestó, algo avergonzada.

—Lo siento, pero no podía contártelo. No lo sabía nadie, ni siquiera Lorna. —Kristel estaba muy sorprendida —Mi padre no quería que nadie lo supiera. He tenido muchas veces ganas de decírtelo, te lo aseguro, pero…—Kristel la interrumpió.

—Lo entiendo, Brenda, de verdad. —Apretó su antebrazo suavemente y Brenda parpadeó, agradecida por tenerla como amiga.

—¿Cómo va la traducción?

—Me está costando bastante —resopló. Kirby, que estaba al otro lado de Kristel, intervino mirando a su mujer:

—Lo conseguirás, estoy seguro —Brenda se giró hacia Burke que parecía muy pensativo, observándolos a todos.

—¿No estás muy callado? —Él sonrió y le pasó el índice por la mejilla, haciendo que se ruborizara.

Brenda no sabía si alguna vez se acostumbraría a sus atenciones en público, aunque por lo que estaba viendo, todos los

vampiros de ese grupo de amigos eran igual de cariñosos con sus parejas.

—Estoy bien, ¿y tú? —susurró con voz íntima.

En la mente de Brenda aparecieron, inesperadamente algunas imágenes de los dos en la cama y supo que él era el responsable, pero antes de que pudiera regañarlo, escucharon un sonido musical que provocó que todos los invitados volvieran la cabeza hacia la cabecera de la mesa. Allí su anfitrión estaba de pie golpeando suavemente su copa de vino con una cuchara, pidiendo la atención de los presentes. Cuando el comedor se quedó en silencio Killian les comunicó con una gran sonrisa:

—Han llegado cuatro invitados más a tiempo de probar las riquísimas tartas que ha horneado Annie, la mejor cocinera de toda Irlanda —anunció—. Después de decir esto es muy posible que la mía se despida —confesó con una mueca. Aprovechó las risas de los demás para ordenar a James —: Diles que pasen.

Todos se giraron hacia las puertas del salón por donde entraron Cam y Nimué que, al volver de la comida con los padres de él, habían decidido acercarse para felicitar a Gabrielle y que se dirigieron a los anfitriones seguidos por dos vampiros. Uno de ellos, con el pelo rubio oscuro y los ojos negros era muy atractivo, pero fue el otro, el pelirrojo, el que hizo que Burke se emocionara.

—¡Jake! —gritó, alegre. Bajando la vista hacia Brenda, aclaró: —¡es mi hermano! —Ella se volvió a mirar al recién llegado que correspondía a su saludo con la mano y una sonrisa de oreja a oreja, antes de que le llegara el turno de felicitar a Gabrielle y saludar a los demás. En cuanto terminó, se acercó a ellos y Brenda pudo observarlo más de cerca apreciando enseguida cuánto se parecía a Burke. Los hermanos se fundieron en un largo abrazo y cuando se separaron, Burke se lo presentó y luego hizo lo mismo con su acompañante, Bart, al que también había saludado con un abrazo.

Los criados recogieron los platos sucios, limpiando la mesa y dejándola preparada para las famosas tartas y café o té, según la elección de cada uno. Después de que todos los invitados se juntaran un poco para hacer sitio, Jake y Bart pudieron sentarse enfrente de Brenda y Burke.

—Ya era hora de que os reunierais, tu hermano lleva unos meses más insoportable de lo normal —bromeó Kirby provocando que Burke pusiera los ojos en blanco.

—Pero eso es por la edad —contestó Jake a Kirby siguiendo con la guasa. Burke aprovechó para decir:

—En parte tiene razón. Hace más de tres meses que no te

veía. —Jake asintió, poniéndose serio.

—Casi no hemos tenido días libres. —Miró a Bart que sonreía tímidamente—Ya sabes que cada vez somos menos y… —arrugó la frente repentinamente, recordando algo y dijo en tono de ligero reproche —… pero no tengo yo toda la culpa de que no nos veamos. Recuerda que habíamos quedado en la fiesta del consejo y no viniste—miró a Kristel— ¿Lo has perdonado por no estar presente en tu gran día? —preguntó, travieso. Burke le lanzó una mirada con la que le prometía cobrarse la trastada pronto, pero Jake siguió sonriendo burlonamente.

—Desde luego —contestó Kristel con buen humor—. Tu hermano sabe cómo disculparse. Me envió un libro antiguo que estaba buscando desde hacía mucho tiempo con una preciosa nota. Por cierto, que ahora que lo pienso, no sé cómo sabía que lo estaba buscando... —ironizó, mirando a su marido que puso cara de inocente, pero que no la engañó ni por un momento—Ya me imaginaba que se lo habías dicho tú. Bueno—continuó, encogiéndose de hombros —, no voy a quejarme porque me encanta ese libro, pero no hacía falta que me mandaras nada—aseguró, dirigiéndose a Burke.

—Yo también sentí mucho no poder ir. En esas fechas Burke acababa de llegar a la oficina y no podíamos ausentarnos ninguno de los dos —añadió Brenda con voz tranquila.

—Ya lo sé —contestó Kristel con una sonrisa.

Burke cambió de conversación prefiriendo no recordar aquellos días en los que se acababan de conocer cuando Brenda no quería saber nada de él. Y realmente sentía no haber acompañado a Kristel en un día tan importante para ella.

—Por cierto, ¿cómo fue la ceremonia de nombramiento? Por lo que he oído, la fiesta estuvo muy bien.

—Fue estupenda —afirmó Kristel pinchando un trozo de tarta con el tenedor —. Casi todos los sillones del consejo se han cubierto, solo han quedado vacantes Literatura, Historia del Arte, Geografía y Astronomía.

—¿Y por qué no se han cubierto? —preguntó Brenda. Como respuesta Kristel miró fijamente a Burke.

—¿Qué? —preguntó él, sin saber por qué lo miraba así.

—Que estoy segura de que tú puedes responder a eso mejor que yo —manifestó sin más explicaciones.

Burke miró a Kirby con los ojos entornados, pero su amigo levantó las manos con las palmas hacia él negando a la vez con la cabeza.

—A mí no me mires. Yo no le he dicho nada. —Entonces Burke volvió a mirar a Kristel y esta le señaló:

—Si esa es tu peor mirada, siento decirte que no me asustas ni un poquito —aseguró con tanta desvergüenza que provocó que todos se carcajearan. Brenda no pudo aguantar la curiosidad y preguntó a su amiga:

—¿Por qué dices que Burke puede responder a eso mejor que tú? — Se hizo un extraño silencio alrededor de la mesa hasta que Kristel contestó:

—En la fiesta me enteré de que si el Consejo se ha podido volver a constituir ha sido gracias a los Cuatro.

—¿Los Cuatro Legendarios? —preguntó Brenda, fascinada, y Kristel afirmó con la cabeza—He oído su nombre muchas veces, pero no sé demasiado sobre ellos—terminó con tono de disculpa. Todos miraron a Burke sorprendidos y, como él no abrió la boca, lo hizo Kristel:

—Son un grupo de amigos que se unieron hace tiempo para prestar su ayuda a la sociedad en cualquier forma: aportando dinero, contactos o conocimientos y siempre sin hacer distinciones en quiénes serían los destinatarios de esa ayuda, vampiros o humanos. — Brenda vio, por el rabillo del ojo, que Burke había empezado a comerse la tarta como si lo que Kristel estuviera contando no tuviera nada que ver con él —Y alguien me contó, después de la ceremonia de nombramiento, que volvía a haber un Consejo gracias a los Cuatro.

—¿Quieres decir que Burke es de los Cuatro Legendarios? —preguntó Brenda, incrédula.

—Claro que sí, todos lo sabemos —contestó ella, pero antes de que pudiera añadir nada más, Burke intervino con voz suave:

—Este tema es muy aburrido. —Después de limpiarse con su servilleta, lanzó una discreta mirada a Kirby que enseguida acudió en su ayuda, diciendo:

— ¿Habéis leído las declaraciones del primer ministro sobre el asesinato de Joel Dixon? —La mayoría contestó que sí con un murmullo y él siguió hablando —: Si de verdad está tan afectado por la muerte su amigo, espero que consiga que la policía encuentre a sus asesinos y sobre todo a *El Maestro*. Me encantaría juzgarlo — dijo, con los ojos entornados. Kristel puso una mano sobre el antebrazo de su marido, susurrando algo que solo él pudo oír.

—No quiero llevarte la contraria, Kirby y menos en un tema tan doloroso para ti como este. —Jake hablaba respetuosamente, pero seguro de lo que decía—Sé que hablamos de los responsables de secuestrar a tu hermana y de alejarla de tu familia durante muchos años, pero la realidad es que Dixon se suicidó —apuntó.

—Sí —contestó Burke, contestando a su hermano en lugar de

Kirby, demasiado indignado para resistirse a hacerlo—. Pero no olvides que lo obligaron a hacerlo y tú lo sabes. Joel Dixon obró mal, muy mal, estamos de acuerdo. Fue un cobarde y un hijo de puta por hacerse pasar por *El Maestro* durante tantos años y, durante todo ese tiempo fue cómplice de los crímenes de *La Hermandad,* pero yo creo que al final se redimió, al menos en parte, porque gracias a él Violet pudo volver con su familia.

—Solo por eso, le estaré agradecido toda mi vida —aseguró Kirby, emocionado.

—Perdonad la interrupción. —Era Killian. Sin que ninguno se diera cuenta, se había acercado a ellos y ahora estaba de pie detrás de Kirby—Hay algo que quiero enseñaros, pero sobre todo necesito que Brenda lo vea.

—Claro —contestó ella. Killian se sentó en una silla que acababa de traerle el mayordomo y que había colocado entre Jake y Bart. Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó tres hojas de papel dobladas. Desplegándolas, las colocó sobre la mesa de forma que Brenda pudiera verlas lo mejor posible.

—Estos son los tres vampiros que retenían a Ariel y a Violet, gracias a ellas tenemos sus caras y sus nombres ¿Algunos de ellos son los que entraron en tu casa la otra noche?

Jake y Bart, que todavía no sabían lo ocurrido, se miraron entre sí con los ojos agrandados por la sorpresa, pero los demás se limitaron a observar, fascinados, los dibujos.

Dos de los vampiros eran corpulentos, morenos y barbudos; su aspecto era sucio y desaseado y según ponía al pie de los dibujos se llamaban Damon y Death. El tercero resaltaba entre los dos como un diamante en una mina de carbón; era delgado, bien vestido y de porte aristocrático y su nombre era Edevane.

Brenda se inclinó, acercándose más a la mesa y señaló a los dos barbudos sin dudarlo.

—Estos dos. Al otro no lo he visto nunca. —Killian la miraba fijamente.

—¿Seguro?

—Sí —afirmó, sin apartar la vista de los dibujos.

—Los tres son miembros de *La Hermandad,* —les informó Killian— pero este —continuó, poniendo el índice sobre el dibujo de Edevane —es el jefe de los otros dos. Según Ariel, es un vampiro letal que goza de la confianza de *El Maestro.* —Burke musitó algo, como si hablara para sí mismo:

—Hay algo en él que me parece familiar… —señaló el dibujo de Edevane—, aunque estoy seguro de no haberlo visto nunca. —musitó, perplejo.

—¿Cómo se te ha ocurrido lo de los dibujos? ¿Y quién los ha

hecho? —preguntó Kirby, observándolos detalladamente. Killian rio por lo bajo antes de explicárselo porque él mismo casi no se creía cómo había pasado todo:

—Hace casi cuarenta años que los franceses comenzaron a añadir fotografías a las fichas policiales de los criminales más buscados y, cuando no tenían fotografías, empezaron a utilizar dibujos. Nosotros solo llevamos cinco años luchando contra *La Hermandad,* y hasta ahora, no había encontrado a ningún dibujante que fuera lo bastante bueno para dibujar rostros reconocibles siguiendo las instrucciones de un testigo.

—Pues estos son muy buenos, los he reconocido enseguida — aseguró Brenda. Killian asintió, sin ocultar su orgullo al aclarar:

—Me los acaba de dar Amélie, los ha hecho ella misma siguiendo las indicaciones de Ariel. Y ahora que he descubierto lo bien que se le da, espero que acepte trabajar para nosotros de forma habitual.

—Ahora que hablas de Ariel… ¿cómo es que no han venido Fenton y Megan? — preguntó Kirby que la llamó por su nombre real como hacían siempre que estaban entre amigos.

—Están en una misión —contestó Killian.

—¿Los dos? —volvió a preguntarle Kirby. Killian asintió, pero no dijo más.

—¿Cuánto ha tardado Amélie en hacer los dibujos? — preguntó Brenda, recordando lo mal que se le daban a ella las clases de pintura cuando estaba en el internado.

—Varios días, pero espero que tarde menos con la práctica.

—¿Entonces Amélie va a hacer los retratos que necesitemos? —preguntó Bart, que no había hablado hasta ese momento.

—Sí. Después de años de dar la lata por fin ha encontrado cómo ayudarnos —bromeó, sin nombrar *La Brigada* de forma específica.

—¿Jake te ha dicho algo? —le preguntó Killian a Burke directamente.

—¿Sobre qué? —Burke miró, sorprendido a su hermano que sonrió enigmáticamente.

—Les he pedido a él y a Bart que os acompañen de vuelta a Cobh y que se queden con vosotros unos días, solo hasta que encuentre a algunos hombres de confianza que pueda recomendarte. Además, ahora que Brenda ha reconocido a esos dos— dijo señalando los dibujos —estarás de acuerdo conmigo en que no exageraba al decir que necesitáis ayuda.

—Sí —asintió Burke con voz grave.

Killian recogió los dibujos y se levantó, miró a Bart y a Jake y les dijo:

—Quiero hablar con vosotros antes de que os marchéis.

Los dos asintieron con la cabeza y él volvió a su asiento, junto a Gabrielle.

DIECISIETE

Empezaba a ser una costumbre que se quedara dormida, acunada por el movimiento del carruaje y acurrucada entre los brazos de Burke. Cuando se despertó y se dio cuenta de que estaba apoyada sobre su pecho, levantó la cabeza lentamente y observó que él también dormía. Su mirada se desvió hacia la ventanilla y vio a Jake y a Bart cabalgando junto al coche bajo una fina, pero persistente lluvia. Antes de salir les habían informado de que viajar de esa manera era la mejor manera de protegerlos. Un cambio en la respiración de Burke hizo que lo mirara y descubrió que se había despertado y que la estaba observando. Cuando la sonrió con el pelo algo revuelto y los ojos somnolientos, a Brenda le dio un brinco el corazón y se dijo que había sido una tonta al no reconocer antes lo que sentía por él. Abrió la boca, decidida a decírselo, pero en el último momento recordó algo y una pregunta que ni ella misma sabía que iba a hacer, salió de su boca:

—¿Por qué no me habías dicho que eras de los Cuatro Legendarios? —Burke hizo una mueca y apartó la mirada, dirigiéndola hacia la ventanilla.

—Estamos llegando —murmuró, sorprendido. Ella alargó la mano y apoyándola en su mejilla, hizo que volviera a mirarla.

—Dímelo, por favor —suplicó. Él suspiró, acariciando con el dedo índice el nacimiento de su pelo, delineando su frente.

—No es algo de lo que me guste hablar —confesó—. Cuando empezamos con esto, los cuatro acordamos que no se dijeran nuestros nombres. Killian respetó el acuerdo, pero no sé cómo, un periódico averiguó quienes éramos y lo publicó. Después nos pusieron ese absurdo apodo.

—Es algo bueno, no sé por qué no quieres que te relacionen con algo así.

—Solo es una parte de lo que hago. No voy a dejar de ser un hombre de negocios implacable solo porque sea parte de los Cuatro.

—¿Eres implacable? —preguntó ella, divertida por el adjetivo que había utilizado. Él asintió muy serio.

—Ya deberías saberlo.

—Pues no.

—Eso es porque todavía no te he dejado claras algunas cosas.

—La besó sin previo aviso y ella le devolvió el beso. Cuando se separaron los dos respiraban agitadamente.

—Maldita sea. En cuanto lleguemos… —mascullό Burke. Pero Brenda se apartó repentinamente y se sentó en el asiento de enfrente.

—¿Qué haces?

—Tenemos que hablar —murmuró. La cara de ella era suficiente para que él supiera cuál era el asunto de la charla que quería mantener.

—No es necesario. Cuando lleguemos le diré a Lindsey que se marche.

—¡No! —le pidió, inclinándose hacia él. —Burke, no quiero que rompas con ella por mi culpa, si no es eso lo que querías hacer antes de este viaje. —Se mordió el labio inferior. Estaba muy enfadada consigo misma por haberse olvidado completamente de Lindsey la noche anterior, y también por haberse dormido ahora, ya que había planeado que durante el viaje aclararían las cosas. Y cuanto más se acercaban a la casa de Burke, más crecía la duda dentro de ella—Puede que nos dejáramos llevar la otra noche… —insinuó, apartando la mirada. Burke frunció el ceño y explotó:

—¿Te has vuelto loca, Brenda?, ¿qué quieres decir con eso de dejarse llevar? —siseó, enfurecido —Ya te dije por qué estaba con Lindsey, ni siquiera se puede llamar relación a lo que había entre ella y yo. —Brenda permaneció callada, mirándolo —No me mires así —suplicó él —no tienes nada por lo que sentirte culpable. Ella no significa nada para mí y tú… —ella lo interrumpió:

—¡No digas nada más! Mis padres se sintieron obligados a estar juntos por culpa de mi nacimiento, a pesar de que nunca sintieron más que atracción el uno por el otro y eso hizo de sus vidas un infierno. No estoy diciendo que eso sea lo que nos esté pasando, pero… solo quiero estar segura antes de seguir— confesó, aunque ella sabía que lo que sentía por él no era solo atracción. Alargando el brazo, cubrió su boca con los dedos para que la escuchara antes de llegar—. Por favor, hablémoslo cuando estemos más tranquilos, todo ha ocurrido demasiado deprisa. Démonos de plazo hasta mañana, te lo ruego. —El carruaje se detuvo de repente y los dos miraron por la ventanilla, aunque ya sabían que se les había acabado el tiempo.

La tormenta arreciaba cuando Burke la ayudó a bajar del coche. Jake y Bart, empapados, corrían hacia los establos llevando a sus caballos y Jake gritó al pasar:

—¡Nos vemos en la casa! —Burke asintió casi sin mirarlo, totalmente pendiente de Brenda. Ian también se llevó el carruaje

a la cochera, pero ambos siguieron mirándose a los ojos como si no hubiera nadie más en el mundo excepto la inclemente tormenta que caía sobre ellos. El cielo, sombrío, solo se iluminaba con los rayos que se sucedían uno tras otro, y el viento balanceaba las faldas de Brenda que rodeaban las piernas de Burke insistentemente, como si quisieran aferrarse a él. El ventarrón era tan fuerte que había deshecho el peinado de Brenda, provocando que su larga melena revoloteara a su alrededor. Empapada, se apartó de Burke para entrar en la casa de la que solo los separaban unos metros, pero él la sujetó por el brazo. Sus ojos ardían y ella sabía lo que eso significaba.

—No, Burke. Por favor —suplicó con la lluvia resbalando por su cara, pero Burke no podía soportar que ella pensara que no era importante para él. La acercó a su cuerpo abrazándola por la cintura, y su mirada penetrante recorrió su rostro despacio, como si quisiera memorizar sus rasgos. Entonces, le dijo con voz ronca:

—Brenda, eres especial para mí. Más de lo que crees —Ella iba a contestar y Burke aprovechó para invadir su boca con la lengua, gimiendo con su contacto. Ninguno de los dos parecía notar el diluvio que seguía mojándolos sin piedad y cuando, por fin, Burke apartó sus labios de los femeninos sintió que una parte de sí mismo se quedaba con ella. Brenda se llevó las manos a las mejillas, impresionada. A pesar de las numerosas veces que se habían besado durante esos dos días, con ninguno de esos besos había sentido algo parecido. Se lamió los labios como si quisiera degustar el sabor de Burke provocando que él volviera a inclinarse sobre ella, para atrapar su lengua con la suya; vencida, lo abrazó rodeando con las manos su poderosa nuca. Fue Brenda la que se apartó poco después, pestañeando para apartar el agua de sus ojos que casi no la dejaba ver. Ahora el viento soplaba con tal fuerza que, si no la zarandeaba de un lado a otro, era solo porque Burke la sujetaba con fuerza.

—Prométeme… —le pidió y él, deseando agradarla más que nada, contestó interrumpiéndola:

—Lo que quieras.

—Que me dejarás esta noche para que piense en todo esto, por favor. Sé que si llamas a mi puerta no podré negarme a ti, por eso te lo pido. —Él entornó los ojos, contrariado y luchó contra el instinto que le gritaba que no lo hiciera, pero quería que ella entendiera lo importantes que eran sus deseos para él.

—Está bien, pero mañana hablaremos. Sin excusas. —Hizo una mueca al verla estremecerse por la dureza de su tono— Brenda, he aprendido que la única forma de conseguir lo que quieres es luchar con uñas y dientes por ello. Nunca había sentido

algo semejante y… —dudó durante un instante si debía decir las palabras que pugnaban por salir de su boca, pero si quería sinceridad, debía ofrecerle lo mismo —… no sabes lo que me cuesta acceder a tu petición y si lo hago es porque te respeto tanto como te deseo—concluyó. Seguía abrazándola, resistiéndose a dejarla marchar.

—Por favor. —Tenía apoyadas las palmas de las manos en el pecho masculino y la cara levantada hacia él. La súplica consiguió que la dejara libre, aunque era lo último que quería hacer.

—Está bien. —Miró hacia el cielo como si hasta ese momento no se hubiera dado cuenta de que estaba lloviendo a cántaros y gritó, intentando hacerse oír por encima del sonido de los truenos y el viento: — ¡Corramos!

Hobson, que los esperaba con la puerta abierta, inclinó la cabeza cortésmente y recogió sus abrigos empapados.

—Buenas tardes. Empezaba a pensar que se habían detenido para que no les pillara la tormenta.

—Hola, Hobson. No, por el camino no llovía tanto.

El sirviente les ofreció un par de toallas para que se secaran y, mientras Brenda cogía la suya, fue consciente de cómo miraba el mayordomo a Burke. Le pareció que quería hablar a solas con él y murmuró:

—Creo que iré a sentarme junto a la chimenea. —Burke replicó:

—Voy enseguida.

Brenda se marchó mientras pensaba en lo que acababa de ocurrir en el patio de la casa, pero cuando abrió la puerta del salón se encontró, cara a cara, con Lindsey.

—Buenas tardes —saludó lo más educadamente que pudo sin dejar de caminar hacia la chimenea. A continuación, se sentó en uno de los sillones que había junto al fuego y comenzó a secarse el pelo.

No quería discutir con Lindsey, pero sabía que eso no dependía solo de ella como comprobó cuando escuchó que la vampira cerraba la puerta de un portazo. Siguió secándose el pelo, aunque giró el rostro y descubrió que Lindsey se acercaba a ella con los ojos echando chispas.

—¿Dónde habéis estado? —la furia que transmitían sus palabras llenó de tensión la habitación.

—Creo que eso deberías preguntárselo a tu prometido —contestó, sin saber cómo pudo decir esa palabra sin atragantarse. Lindsey entornó los ojos y se acercó un par de pasos más y Brenda levantó el rostro para poder mirarla. Estaba casi segura de que solo quería amedrentarla y se mantuvo firme ante ella, aunque

sus latidos se aceleraron al reconocer el fulgor rojizo de sus ojos

—Te lo pregunto a ti, mestiza —contestó despectivamente. Brenda enrojeció sintiendo que le hervía la sangre y preguntándose cómo era posible que se hubiera enterado tan pronto, pero se controló a tiempo. Se había prometido no discutir con ella, sobre todo porque en el fondo se sentía culpable por lo ocurrido con Burke.

—Y yo te he dicho que… —se interrumpió bruscamente cuando la puerta del salón se abrió.

Era Burke, que permaneció durante unos segundos en el umbral con aspecto enfadado antes de dar otro portazo para cerrar la puerta. Luego, caminó sobre la gruesa alfombra azul y dorada que cubría el suelo del salón mirando a Lindsey de forma despiadada. Brenda, imaginando lo que iba a pasar, decidió marcharse, pero cuando pasó junto a Burke, él la sujetó por el brazo. Preocupado por lo que le hubiera podido decir Lindsey, preguntó:

—¿Dónde vas?

—A mi habitación. —Él asintió, más tranquilo, diciéndole algo con la mirada, pero ella sacudió la cabeza y se marchó cerrando la puerta sin hacer ruido.

Burke volvió a mirar a Lindsey con un único pensamiento en la mente, que desapareciera de su vida para siempre; por eso lo sorprendió tanto que ella creyera que podía pedirle explicaciones.

—¡No solo pasas la noche con ella, sino que la besas delante de mí! ¡Os he visto por la ventana! ¿Qué es lo que te has creído…? —Se calló repentinamente, acobardada por la fiereza y el desprecio que vio en su mirada.

Burke había entrado como un torbellino en el salón después de escuchar los gritos de Lindsey, decidido a terminar con aquello enseguida. Lo que le había confesado a Brenda era cierto, solo seguía con ella esperando conseguir alguna información de *La Hermandad* que pudiera servirles. Pero como le había dicho a Killian cuando se despidió de él unas horas antes, eso se había terminado porque no pondría en peligro a Brenda por nada ni por nadie. Ni siquiera por *La Brigada*.

Lindsey cambió de actitud completamente y comenzó a caminar hacia él moviendo las caderas de manera insinuante, pero antes de que pudiera rozarlo, la detuvo con un gesto de la mano. Ella obedeció la orden silenciosa, pero entrecerró los ojos, molesta:

—¿Qué pasa?

—Se ha acabado, Lindsey. Sé que perteneces a *La Hermandad.* —Le dijo, resuelto a terminar con esa farsa lo antes posible. Ella

agrandó los ojos al escucharlo y él continuó: — Y también que ese fue el único motivo por el que te acercaste a mí.

Una inesperada sensación de bienestar inundó a Burke, al darse cuenta de que no tendría que soportarla más. Ayudaría a *La Brigada* de cualquier otra manera, pero no así.

—¿Por qué dices eso? —preguntó ella, pero Burke ya se había cansado de jugar.

—Pongamos las cartas sobre la mesa. Sé, desde el principio, que eres una agente a las órdenes de *El Maestro* y estoy seguro de que tú sospechabas que lo sabía. —Ella hizo una mueca que Burke no supo interpretar si se debía a la rabia o al dolor y volvió a intentar acercarse, pero él volvió a detenerla.

—Ni lo intentes, Lindsey. —Solo entonces, cuando se dio cuenta de que Burke no cambiaría de opinión, su bello rostro se retorció transformándose en una máscara horrible y gritó, llena de odio:

—¿Todo esto es por esa mestiza? —Enloquecida, escupió en el suelo cerca de los pies de Burke como si su boca se hubiera contaminado solo por decir esa palabra. Él se irguió en toda su estatura gruñendo en respuesta a la ofensa y se acercó a ella de una zancada; sus cuerpos casi podían rozarse cuando masculló entre dientes con expresión salvaje:

—Tú y todos los que formáis esa despreciable manada, no sois más que un desecho de nuestra sociedad y deberían encerraros y tirar la llave. —Sus ojos se volvieron completamente rojos y desnudó sus largos y afilados colmillos —No vuelvas a nombrarla jamás, ¿me oyes? Ni siquiera eres digna de lamerle los zapatos —concluyó con desprecio apretando sus delgados antebrazos una última vez antes de apartarla con un empujón, lleno de asco. Ella retrocedió un par de pasos a trompicones y siseó, también con los colmillos al descubierto:

—No sabes lo que acabas de hacer. Te arrepentirás de esto, Burke —juró, lívida por la rabia. Él contestó, con voz fría:

—Recoge tus cosas, quiero que salgas de mi casa ahora mismo. Ian te llevará al hotel del pueblo y desde allí puedes irte a donde quieras, pero no vuelvas a acercarte a mí nunca.

Lindsey sonrió durante unos segundos como si tuviera un as en la manga, y él se la quedó mirando fijamente con los ojos entornados y los colmillos todavía desenfundados, pero ella emitió un último siseo de indignación y se marchó. Burke la siguió para asegurarse de que iba a su habitación y recogía sus cosas y no se quedó tranquilo hasta que subió al carruaje y vio cómo se alejaba bajo la fuerte lluvia. Después, volvió a entrar en su casa y se encontró de frente con Jake que lo esperaba en la

entrada.

—Yo diría que necesitas una copa.

—Y tendrías razón —contestó secamente.

—¿Por qué no nos sentamos tranquilamente a tomar un whisky? —Burke suspiró al descubrir la preocupación en los ojos de su hermano—Hace demasiado que no lo hacemos y parece que hay bastantes cosas que tienes que contarme.

—Ve tú delante. Tengo que hacer algo antes. —Se quitó la toalla que todavía llevaba en el cuello y la tiró sobre uno de los dos sillones de terciopelo verde oscuro que había en la entrada.

—Ya —dijo su hermano yendo hacia el salón mientras él iba a la habitación de Brenda. Cuando estuvo frente a su puerta, llamó suavemente con los nudillos.

—Abre —pidió en voz baja, pero ella no contestó—Brenda, me está esperando mi hermano solo será un momento— Esta vez abrió, pero se quedó en el umbral bloqueando la entrada. Burke analizó su rostro.

—Pareces triste.

—Estoy bien.

—¿Qué te ha dicho Lindsey? —Cuando ella agachó la mirada, Burke se sintió todavía peor—Lo siento, Brenda, pero ya se ha ido y nunca volverá. Te lo juro. —Ella lo miró con expresión afligida y se mordió el labio inferior antes de decir:

—Burke, has dicho que me dejarías esta noche para pensar — le recordó. Él asintió.

—Y lo cumpliré, solo quería saber cómo estabas.

—Bien, solo me duele un poco la cabeza, pero a veces me pasa cuando hay tormenta.

—Descansa esta noche, mañana habrá más trabajo del habitual en la oficina después de haber faltado los dos. Hablaremos cuando volvamos a casa. —Se la quedó mirando como si esperara que ella se negara.

—De acuerdo — confirmó ella con un susurro.

—Es una cita —afirmó Burke con una sonrisa para animarla— Le diré a Hobson que te traiga una bandeja con la cena—anunció con voz suave. Antes de marcharse cogió la mano derecha de ella y la envolvió con la suya, necesitando tocarla una última vez — Que duermas bien, cariño. —Se miraron durante unos minutos, hasta que ella susurró:

—Gracias. Buenas noches. —Él asintió más tranquilo y soltó su mano. Susurró:

—Buenas noches.

Después de dirigirle una última mirada acariciadora desapareció por el pasillo para ir al encuentro de su hermano.

DIECIOCHO

Lindsey estaba tan enfadada que casi no pudo esperar a que Ian le diera su maleta, prefería que el conductor de Burke no la acompañara por si acaso se encontraba con su hermano. Claro que, en cuanto se la dio, entró en el hotel sin despedirse y atravesó el vestíbulo con paso airado, dirigiéndose directamente a las escaleras. Cuando Edevane le abrió la puerta de su habitación minutos después, tuvo que apartarse para que no lo arrollara al entrar. Cerró al ver lo enfadada que estaba, sabiendo que faltaba poco para que se pusiera a gritar.

—¡Ese… ese cerdo! —farfulló, dejando caer su pequeña maleta y lanzando el bolso de mano al otro lado de la habitación, donde rebotó contra el armario y cayó al suelo. Se volvió, con las manos apoyadas en las caderas, hacia su hermano que la observaba en silencio, todavía junto a la puerta —¡Me ha echado de su casa! —confesó, indignada. Él estaba muy serio.

—De modo que… ¿mi informador tenía razón? —Lindsey asintió. Con los ojos entornados, los labios apretados y las mejillas rojas, era la viva imagen de la humillación.

—Sí—reconoció a su pesar —. No creo que dure, pero está con esa mestiza. Quiero que lo paguen —declaró con voz rencorosa. Miró a su hermano con expresión suplicante.

—Tendrás tu venganza, te lo aseguro. Puede que esto nos beneficie —comentó, pensativo —. Cuanto más lo pensaba, más difícil me parecía que pudieras envenenarla dentro de esa casa, con tantos criados revoloteando siempre a vuestro alrededor. Pasaremos al otro plan.

Se sentó en la mesa que había junto a la ventana y cogió papel y pluma y escribió una nota. Lindsey estaba detrás de él y sus ojos se agrandaron al leer lo que escribía, pero decidió no preguntar. Cuando terminó, Edevane metió la nota en un sobre y lo cerró; después, se levantó y cogió la chaqueta que colgaba del respaldo de la silla, poniéndosela frente al espejo y guardándose el sobre en el bolsillo. Cuando se aseguró de que su vestimenta era impecable, ordenó:

—Vamos. Tenemos que ir a buscar a Death para que entregue esta nota.

—No sabía que lo habías traído —susurró Lindsey.

—Es el único que me ha acompañado, está alojado en una pensión cerca de aquí. No es demasiado listo, pero es obediente.

—Al ver que su hermana iba a coger su maleta, ordenó: —Déjala. Volveremos enseguida.

Después, los dos salieron de la habitación en dirección a la calle.

DIECINUEVE

Burke se dejó caer en el sillón que había junto al de su hermano, y cogió el vaso de whisky que le acababa de dejar en una mesita que había entre los dos. La única luz que alumbraba la oscuridad de la habitación era la del fuego de la chimenea.

—La cena estará dentro de media hora —comunicó a Jake mirando las llamas. Las llamas hacían que el pelo de los dos hermanos se viera más rojo que de costumbre y que todo lo que les rodeaba estuviera cubierto por un halo dorado.

—No pensarás que voy a permitir que no me lo cuentes, ¿verdad? —Burke lo miró.

—Ya sé que no. Siempre has sido un cotilla —contestó en serio. Jake se encogió de hombros y siguió bebiendo con una sonrisa sabiendo que tenía razón—. Está bien, Lindsey no volverá —anunció. Jake soltó una risita.

—¡Ya era hora! Te dije cuando la conociste que no te acercaras a ella. —Le recordó, pero había algo más importante de lo que Burke quería hablar:

—*La Hermandad* sabe que Brenda es hija de Nolan. Lindsey la ha llamado *mestiza* —recordó furioso, con los ojos entornados. Jake agrandó los ojos, atónito.

—¿Cómo es posible? — preguntó.

—No lo sé, pero menos mal que tú y Bart estáis aquí. —confesó. De repente recordó lo que les había dicho Killian.

—¿Te has enterado de lo del contrabando de esclavas en Cobh? —Jake asintió con gesto serio.

—Killian nos lo ha contado esta mañana.

—¿Esta mañana? ¿Ya os habíais visto? —preguntó Burke con curiosidad.

—Volvimos anoche y esta mañana hemos ido a verle para explicarle como ha ido la misión. —Sonrió, moviendo la cabeza al pensar en el incansable cerebro de su jefe. —Como le habías confirmado que irías al cumpleaños de Gabrielle, nos dijo a qué hora teníamos que aparecer en su casa para daros una sorpresa. Y estábamos a punto de llamar a la puerta cuando ha llegado el carruaje de Cam, por eso hemos entrado todos juntos —explicó, para volver al tema que les preocupaba—Y en cuanto a lo del puerto… imaginábamos que estaban haciendo algún tipo de contrabando, pero esto… —meneó la cabeza, asombrado —…

esto ni siquiera se nos había ocurrido.

—Cuando hablé con Killian de la posibilidad de que yo fuera el nuevo director del puerto de Cobh, me explicó que creía que *La Hermandad* estaba utilizándolo para traficar ilegalmente con alcohol.

—Eso es lo que habíamos creído hasta ahora —contestó Jake. Burke, recordando aquella conversación, meneó la cabeza.

—Fui tan estúpido que le dije que el tráfico de alcohol no me parecía algo tan importante; entonces Killian me preguntó si cambiaría de opinión al saber que, con esa actividad, era muy probable que *La Hermandad* se estuviera financiando. —Hizo una mueca y Jake sonrió en silencio porque Killian solía ir por delante de todos—Mañana le enviaré una relación de las compañías que tienen almacenes en el puerto, pero ya le he dicho que yo también las investigaré por mi cuenta —señaló.

—Ahora que estamos aquí, Bart y yo te ayudaremos —prometió Jake—, pero insisto ¡menos mal que te has deshecho de Lindsey!

—Sí. —Sacudió la cabeza, molesto consigo mismo—Tenías razón, acercarme a ella fue un error.

—Me molesta reconocerlo, —le confió Jake, aunque sonreía — pero durante estos meses he estado muy preocupado por ti.

—Eso es nuevo —contestó él, incrédulo.

—Ya, ya. El hermano pequeño, el rebelde, preocupado por el mayor. Raro, ¿no? —dijo, burlándose de sí mismo.

—Un poco sí —contestó Burke.

—Bueno, no nos desviemos del tema, ¿qué ha pasado con Lindsey?

—Que hemos discutido y se ha marchado.

—Pero ¿por qué ahora? —Burke lo miró sin entender y Jake se explicó — Quiero decir, ha habido muchas otras veces en las que has estado harto de ella…

—Antes solo me ponía yo en peligro, ahora tengo que pensar en Brenda —afirmó.

—Eso está muy bien, pero me gustaría que tú también tuvieras cuidado. Estar en la lista negra de El *Maestro* no es ninguna tontería, ¿sabes?

—Sí, lo sé.

—¿Y no te preocupa que Brenda también entre en su lista negra? —susurró. Burke miraba el fuego mientras contestaba.

—Ella ya está en esa lista, solamente por ser hija de quién es. —Jake se quedó callado pensando que tenía que haberse mordido la lengua, antes de hablar sin pensar. No había tenido tiempo de hablar con su hermano sobre ello, pero cuando Bart y él habían

ido a ver a Killian antes de salir, les había explicado quien era el padre de Brenda. Y, conociendo a Burke, lo había adivinado porque sabía cómo funcionaba la mente de Killian.

—¿Estás seguro de lo que sientes por esa muchacha?

—No quiero hablar sobre eso —murmuró Burke con tono desagradable. Jake movió la cabeza a los lados, antes de añadir:

—¿Cres que te lo pregunto para molestarte? —Burke suspiró con fuerza y se pinzó el puente de la nariz con dos dedos.

—Ya sé que no, pero…—lo miró con ojos atormentados— solo puedo decirte que, además de la atracción que siento por ella y que ya habrás notado, necesito que esté a salvo. Ella me importa, Jake.

—Si eso es cierto, espero que seas más prudente de ahora en adelante. No creo que, ni siquiera ahora, seas consciente del peligro que has corrido teniendo a Lindsey a tu lado —insistió, muy serio. De repente, Burke ladeó la cabeza observando a su hermano y dijo con tono burlón:

—¿Cuándo te has vuelto tan sabio? —Jake rio con ganas.

—Eso sí que no me lo habían llamado nunca. —Burke sonrió y señaló a su alrededor con un gesto de la mano.

—¿Y qué me dices de la casa? ¿Te gusta? —él asintió mirando la habitación.

—Es magnífica —contestó con sinceridad—. Estoy muy orgulloso de lo que has conseguido, hermanito—confesó—. Todo el mundo me había dicho que es como un palacio y es cierto.

—Es un buen sitio para celebrar la Navidad, ¿no te parece? —Después de lanzar la invitación se bebió el último trago que quedaba en su vaso y Jake lo imitó, antes de contestar:

—Si te digo la verdad, Bart y yo habíamos pensado pasar la Nochebuena en su cabaña…—su hermano lo miró, sorprendido— … por eso se ha quedado en la cocina, porque pensaba que te pondrías como un bestia cuando te lo dijera y ha preferido no estar delante —Burke dejó pasar unos segundos antes de contestar:

—No puedo negar que me gustaría que pasarais aquí las navidades, pero lo entiendo. Aunque te confieso que, si esto mismo, me lo hubieras dicho hace unas semanas te habría caído una buena. Imagino que podemos aprovechar estos días para estar todos juntos. —Jake lo observaba boquiabierto.

—Si esa mujer es la responsable de que te hayas vuelto tan comprensivo, la voy a idolatrar. — Sus ojos se entornaron, antes de hacer una predicción —: ¿es posible que ese sonido que se oye a lo lejos sean campanas de boda? —Burke contestó en el mismo tono burlón:

—Yo no oigo nada.

—Antes de que venga Hobson para arrastrarnos de la oreja al comedor…, ¿puedes contarme cómo es que ha cambiado tanto tu opinión sobre Brenda? Porque cuando me hablaste sobre ella en Dublín me dijiste que casi no os aguantabais. —Era una pregunta difícil de contestar ya que Burke tampoco entendía muy bien lo que había pasado.

—Estaba muy equivocado en lo que pensaba sobre ella— confesó—. Es una gran mujer, fuerte, valiente y cariñosa. Además, hace tiempo que pienso que cuando vivía su padre era ella sola la que llevaba la oficina.

—Lo que menos me importa en este momento es cómo se comporta en el trabajo. —Le reprochó suavemente. Ante su estupor, una expresión desconocida iluminó la cara de Burke.

—Jake, por primera vez en mi vida soy feliz. De verdad.

—¿Estás enamorado?

—Solo sé que me importa mucho —confesó en voz baja.

—Pero, ¿no crees que sea tu velisha? —Burke se tomó su tiempo para contestar:

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no creo que yo sea capaz de enamorarme — reveló.

—¿De verdad? —repitió, incrédulo, Jake. Burke se encogió de hombros —Eres el mejor amigo de Kirby, así que dime… ¿alguna vez se te hubiera ocurrido que Kirby podría encontrar a su velisha? ¿que podrías llegar a verlo tan enamorado de una mujer como lo está ahora de Kristel?

—No, jamás.

—Incluso yo le escuché decir alguna vez que no creía ser capaz de enamorarse, como tú ahora mismo.

—Es cierto, los dos lo decíamos —contestó Burke —. Cuando la conoció fue como un mazazo para él… —sacudió la cabeza, recordando su fascinación ante los sentimientos de Kirby—… creo que aquella fue la única vez en mi vida que he sentido envidia por algo.

—¿Envidiaste tener pareja? —Burke se encogió de hombros, algo abochornado por haberlo confesado.

—Desde entonces, he coincidido muchas veces con ellos y he sido testigo de cuánto se quieren. Cuando iban a casarse le pedí, bromeando, que me dijera por qué lo hacía y él me contestó, muy serio, algo que me impresionó profundamente: — Jake lo observaba, expectante—dijo que lo hacía porque hasta le costaba respirar cuando no la tenía cerca. —El silencio que siguió a su última frase duró varios minutos, hasta que Hobson les anunció

que ya podían pasar a cenar.

Jake y Bart charlaron y bromearon durante toda la cena, pero Burke permaneció más silencioso de lo habitual. Se sentía mal por la conversación que había tenido con Jake, tenía la sensación de que algo que había estado profundamente aletargado en su interior se había despertado y ya no volvería a dormirse.

VEINTE

Cuando Burke llamó a la puerta del dormitorio de Brenda al día siguiente, ella le abrió enseguida.

—Acabo de terminar de vestirme, ahora iba a ir al salón.

—Parece que no has dormido nada. —Rozó con el índice una de las oscuras ojeras que había bajo sus ojos.

—Un poco —susurró. De improviso, él dio un paso hacia ella, lo suficiente para poder abrazarla.

—Necesitaba esto —murmuró contra su pelo—No sabes la de veces que me he tenido que contener esta noche para no venir.

—¿Tú tampoco has dormido?

—No. Estaba demasiado preocupado.

—¿Por qué? —preguntó ella, aunque volvió a abrazarse a él. Apoyó la cabeza en su pecho y él suspiró satisfecho.

—Porque no sabía si seguirías enfadada… —lo interrumpió.

—No estaba enfadada, solo confundida.

—Para que quede claro, he terminado con Lindsey. Para siempre. —Como ella no contestó, se apartó lo suficiente para poder ver su rostro— ¿Sigue en pie lo de esta noche?

—Sí —sonrió con timidez —. Pero hoy necesitaré algo de tiempo libre para ir a comprar ropa.

—No hay problema, me encantará acompañarte.

—De eso nada —contestó. No se le ocurría nada que le pusiera más nerviosa que Burke sentado en una butaca, mientras observaba cómo le quedaba un vestido.

—O voy yo contigo o lo hacen Jake y Bart. Puedes elegir al acompañante que prefieras —contestó, decidido. Ella entornó los ojos al ver su expresión.

—Burke, se trata de ir a una tienda del pueblo. Está en la calle principal y siempre hay mucha gente por allí.

—Me da igual —negó, rotundo —. No vas a ir a ningún sitio sola. —Brenda cedió cuando se dio cuenta de que él no lo iba a hacer, aunque pensó que estaba exagerando.

—Entonces prefiero que vengas tú —reconoció. Él sonrió y la besó en la boca; después, ella preguntó:

—¿Y eso? —él contestó con una sonrisa traviesa.

—Hacía demasiadas horas que no te besaba. Vamos a desayunar.

Mientras caminaban por el pasillo escucharon como se

cerraba la puerta principal y al llegar al vestíbulo, Hobson apareció ante ellos con un sobre en la mano.

—Lo acaban de traer para usted, señor. —Burke lo cogió observando que Jake y Bart ya estaban allí, seguramente alertados por el sonido de la puerta. Era un pequeño sobre con el nombre de Burke escrito.

—¿Quién lo ha traído? —preguntó en voz baja mientras sacaba un pequeño papel de su interior. El mayordomo contestó:

—Creo que era un chico. No he podido verlo bien porque llevaba una gorra calada hasta las orejas y una bufanda que le tapaba la cara. —Brenda asomó la cabeza sobre el brazo de Burke para leer el mensaje:

Si quiere saber dónde esconde La Hermandad a las mujeres que utiliza como esclavas, vaya a la calle Eltins Wood, en Kinsale.

Un amigo.

Burke miró a Hobson fijamente y el mayordomo asintió con la cabeza entendiendo la orden silenciosa. A continuación, le pasó la nota a su hermano y preguntó:

—¿Crees que es posible que *La Hermandad* tenga el almacén en Kinsale y no aquí? —Jake se quedó pensativo durante un momento.

—Lo lógico sería que lo tuvieran aquí, pero... —miró a Bart que se encogió de hombros —… no lo sabemos. Lo que está claro es que alguien tiene que ir a esa cita; podría ir yo, nadie lo iba a notar… somos muy parecidos. Si no te conocen personalmente puedo hacerme pasar por ti fácilmente —Burke le contestó muy serio.

—Tú y Bart os quedaréis con Brenda. —Antes de que su hermano pudiera negarse, dijo: —Si no crees que soy capaz de defenderme, recuerda quién te enseñó a pelear. Además, voy a ir armado, no te preocupes. —Caminó hasta su abrigo que esperaba perfectamente doblado en una silla de la entrada y se lo puso, cogiendo después la pistola que Hobson le alargaba. Se la guardó en el bolsillo derecho y Brenda, con el corazón encogido, se acercó a él.

—¿Qué vas a hacer? —susurró.

—Ir, por supuesto —contestó, sorprendido por la pregunta. Pero cuando vio lo pálida que estaba acarició su mejilla con los nudillos —. Cariño, no me va a pasar nada, tranquila.

—Te acompaño, no quiero que vayas solo —afirmó.

Burke la abrazó y le dijo con voz tierna, pero decidida:

—Brenda, no vas a venir.

—Pero… —lo interrumpió con el ceño fruncido, pero él la miró con el gesto de terquedad que ella ya conocía. A pesar de ello, insistió: —Burke, por favor —él contestó con gesto serio:

—Quiero que te quedes aquí, no vayas hoy a la oficina. —Ella entornó los ojos y lo miró como si quisiera pegarlo y él se quedó inmóvil, sin entender por qué se había enfadado—¿Qué? —preguntó.

—Que no me voy a quedar aquí sin hacer nada y volviéndome loca pensando en cómo estarás tú, con la cantidad de cosas que hay que hacer en la oficina. —Él pareció dudar y ella insistió—Si tú no quieres llevarme contigo a Kinsale, de acuerdo, pero yo me voy a trabajar.

—Está bien. —Sabía cuándo lo habían derrotado —Vete a la dichosa oficina. Al menos Bart y Jake estarán contigo.

—No, que uno te acompañe ¿Y si esa nota es una trampa? —Él sonrió antes de besarla. Cuando contestó a su pregunta, su respiración era agitada y sus ojos tenían un ligero tinte rojizo:

—No me pasará nada, pero me gusta que te preocupes por mí — murmuró junto a su boca.

Hobson, que había vuelto a desaparecer, volvió en ese momento y anunció:

—Su caballo ya está listo, señor.

Sin dejar de mirar a Brenda, Burke dijo en voz alta:

—Jake, no olvides lo que te he dicho.

—Descuida, hermano —contestó el aludido, colocándose junto a ella. Burke asintió y se marchó andando a paso rápido y Brenda se quedó junto a la puerta principal, por donde acababa de salir y desde allí observó cómo se subía al caballo y le dedicaba una sonrisa tranquilizadora, antes de espolear al animal y marcharse al galope.

No se había dado cuenta de que Jake estaba a su lado hasta que dijo:

—Lo que mi hermano me ha pedido es que cuidemos de ti. Eres su única preocupación —dijo, pero no esperaba que ella se volviera hacia él, enfadada.

—¿Por qué has dejado que se fuera solo? —Para su sorpresa Jake sonrió, mirando hacia el camino por donde había desaparecido su hermano un momento antes.

—Burke es el vampiro más duro que he conocido. No te dejes engañar por su fachada de millonario indolente, es muy capaz de enfrentarse a una banda de malhechores y salir vencedor.

—De todos modos, tendrías que haberlo acompañado —exclamó tan ofendida que él no tuvo ninguna duda de que Brenda

quería a su hermano. Le ofreció el brazo educadamente mientras contestaba:

—Él no quería que lo acompañáramos y ya sabes lo cabezón que es… y ahora, ¿me permites que te acompañe a desayunar? Mi hermano también me ha dicho que me asegure de que comes lo suficiente. —Bart y él rieron con ganas cuando escucharon su opinión sobre lo mandón que era Burke mientras la acompañaban al salón.

Consiguieron que se tomara un té, pero después de darle un par de mordiscos a una tostada, Brenda dejó la servilleta encima de la mesa sacudiendo la cabeza.

—Jake, te aseguro que no puedo comer nada más —él pareció a punto de insistir, pero Bart lo impidió:

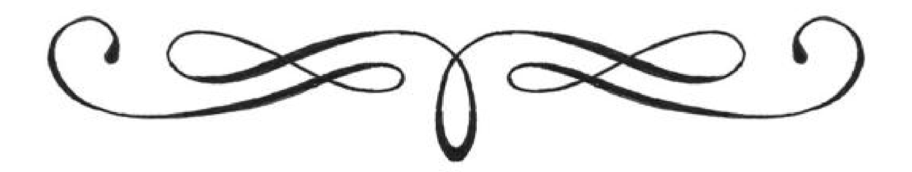
—Déjala tranquila, Jake; puede tomar algo más tarde si tiene ganas. Seguramente Burke tardará al menos tres horas en volver. —A continuación, se inclinó hacia Brenda como si Jake no estuviera delante y susurró —: No tienes por qué obedecerlos en todo ¿sabes? Te lo digo porque los dos hermanos son bastante tiranos y si te dejas… —ella sonrió y Jake se volvió hacia Bart y le dijo, aparentando enfado:

—¡Oye, no le digas eso! ¡Que acaba de conocerme!

—Precisamente por eso se lo digo —contestó Bart sin dejar de sonreír y, de repente, Brenda entendió por qué Jake parecía estar tan enamorado de él.

—Eres encantador —dijo sinceramente. Jake sonrió orgulloso y Bart se ruborizó, halagado. Entonces, ella se levantó.

— ¿Qué os parece si nos vamos?



Burke llegó a Kinsale en unos cuarenta minutos, algo menos de lo que había esperado tardar. En la calle principal se apeó del caballo, caminando en dirección a un grupo de personas compuesto por varias mujeres y un par de ancianos que hablaban entre ellos y que parecían muy alterados.

—Perdone —Se dirigió al que tenía más cerca, un anciano delgado de pelo blanco que caminaba ayudado por un bastón. El hombre se giró hacia él y lo miró inquisitivo. —¿Puede decirme donde está la calle Eltins Wood? —Todos se habían quedado callados y escuchaban la conversación. El anciano contestó:

—¿Viene usted a ayudar?

—¿A ayudar? — repitió Burke, sin saber a qué se refería.

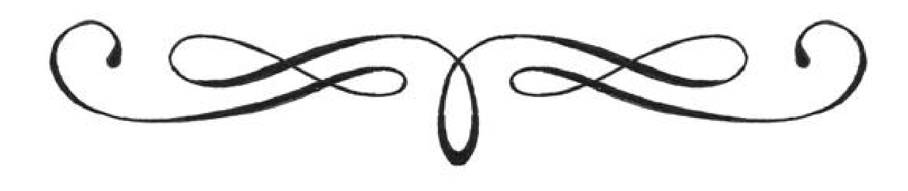
—Sí, por el incendio —aclaró el hombre—. Hace un rato que está ardiendo un antiguo almacén, precisamente en Eltins Wood; cuando me ha preguntado, he pensado que había venido a ayudar a los hombres que están intentando apagarlo. —Burke no perdió más tiempo.

—¿Cómo puedo llegar hasta ese almacén? —consultó. El

anciano levantó el brazo y señaló a su derecha.

—Siga esta calle hasta el final, luego tuerza a la izquierda y enseguida verá el fuego.

Burke corrió a su caballo con el corazón en un puño temiendo que el lugar estuviera lleno de mujeres indefensas.



En cuanto llegaron, Brenda se acercó a saludar a Darian como hacía todos los días. A pesar de su avanzada edad seguía siendo un trabajador muy valioso gracias a su experiencia y a su carácter tranquilo, lo único que ella creía que podía perturbarlo de verdad era su hijo Kelsey. El joven había nacido muy enfermo con un grave problema en el corazón y los dos médicos a los que había consultado su padre, cuando todavía era un niño, le habían dicho que no llegaría a la adolescencia. Pero Kelsey había resultado ser un luchador y el año pasado había cumplido los veinticinco. Brenda estaba deseando contarle lo del legado que le había dejado Walker, pero no lo haría hasta que no estuviera segura de que Lorna no impugnaría el testamento.

Aprovechando que Bart y Jake estaban revisando la oficina

para comprobar que todo estaba bien, le preguntó en voz baja:

—¿Cómo está Kelsey?

—Está peor, señorita Brenda.

—¿Le han puesto la inyección? —Él asintió sin decir nada más, bajando la mirada. Le puso una mano sobre el brazo.

—Todo se solucionará, ya lo verás— prometió con una sonrisa.

A Kelsey había que ponerle una inyección muy cara cada pocas semanas, precisamente ese era el motivo por el que su padre le había dejado ese dinero, para que Darian pudiera costear el tratamiento en atención a que había estado trabajando con él durante más de veinte años.

Jake se acercó a ella para decirle:

—Todo parece estar bien. Nosotros nos quedaremos en la puerta, vigilando la entrada —Ella se lo agradeció y al ver la cara de susto de Darian, intentó tranquilizarlo:

—Es por nuestra seguridad, no te preocupes. —El anciano sacó un pañuelo del bolsillo de su pantalón y se limpió el sudor de la frente. Parecía asustado por Bart y Jake y ella imaginó que sería porque eran dos desconocidos y por su gran tamaño. Darian era un humano de estatura pequeña y aspecto frágil, su padre siempre decía que parecía a un duende.

—¿Son policías? —preguntó en voz baja, mirándola. Brenda meneó la cabeza.

—No, pero están aquí para protegernos. —Puso su mano sobre la izquierda del anciano y la apretó suavemente— Tranquilo, son de confianza —aseguró—¿Qué te parece si vemos el trabajo que hay pendiente?

Él cogió unos cuantos papeles que tenía sobre la mesa y la siguió a su despacho, después de echar una mirada llena de precaución a los dos vampiros que ahora protegían la entrada.

Bart esperó a que se metieran en el despacho, antes de decir:

—¿Hablaste con tu hermano sobre lo de las navidades?

—Sí— contestó Jake.

—¿Y?

—No le gustó nada saber que no las pasaríamos con él, —Se encogió de hombros haciendo una mueca— pero lo entiende. —Volvió la mirada hacia el despacho—Me parece que Brenda le está haciendo bien— murmuró.

—Jake… —susurró Bart — era solo una idea, pero si quieres podemos hacerlo el año que viene.

—No— negó Jake, decidido—. A mí también me apetece— aseguró. Se miraron durante unos segundos a los ojos hasta que Bart dijo:

—Entonces, está decidido.

—Eso es. Nos bañaremos desnudos en el lago, haremos el amor hasta caer rendidos y comeremos como cerdos —susurró, con una mirada pícara.

—Suena perfecto, excepto porque tu hermano estará solo —murmuró, sintiéndose algo culpable.

Jake sonrió y echó una mirada a la puerta del despacho de Brenda, antes de contestar:

—No creo que pase las navidades solo nunca más. —Bart le dirigió una mirada vacilante.

—Jake, ya le hemos visto antes con otras mujeres y nunca dura —susurró, pero Jake sacudió la cabeza, seguro de lo que decía.

—Ha cambiado, Bart. Me parece que mi hermanito acaba de encontrar lo que llevaba buscando toda la vida, sin saberlo.

VEINTIUNO

Burke detuvo su caballo de golpe y se quedó inmóvil durante unos segundos observando cómo una construcción de madera estaba siendo devorada por las llamas. A pocos metros de distancia, un hombre subido sobre la parte trasera de una carreta movía la palanca de una bomba incesantemente arriba y abajo, para sacar agua de un depósito que tenía al lado. Y más de una decena de personas, hombres y mujeres, hacían cola delante del carro para llenar sus cubos y salir corriendo después a arrojar el agua a las llamas, volviendo a ponerse enseguida a la cola. Burke ató su caballo en un lugar seguro y corrió hacia el carro, dirigiéndose al hombre que se esforzaba porque la bomba siguiera funcionando sin cesar. El sudor bajaba por su cara a pesar de la frialdad de la noche y en sus movimientos se apreciaba el cansancio.

—¿No tenéis manguera? —el desconocido lo miró con pocas ganas de contestarle, pero lo hizo.

—Esta es la bomba antigua del pueblo y no tiene. Se acaban de llevar la nueva al río para llenarla porque nos habíamos quedado sin agua— murmuró, casi sin aliento. Burke asintió y se quitó el abrigo y la chaqueta arrojando las dos cosas descuidadamente sobre el carro.

—¿Sabes si había alguien dentro del edificio? —preguntó mientras se remangaba la camisa. El otro lo observaba sin dejar de mover la palanca, asombrado porque un vampiro ricachón quisiera ayudarlos.

—No lo creo. Está abandonado desde hace años —Burke asintió más tranquilo, aunque eso significaba que la finalidad de la nota era alejarlo de Cobh. Pero lo que dijo a continuación el humano, lo convenció de que no tenía más remedio que quedarse a ayudar: — Pero si se queman esas— señaló con la barbilla unas casas que estaban demasiado cerca del edificio en llamas—tres familias se quedarán en la calle. —Burke le preguntó:

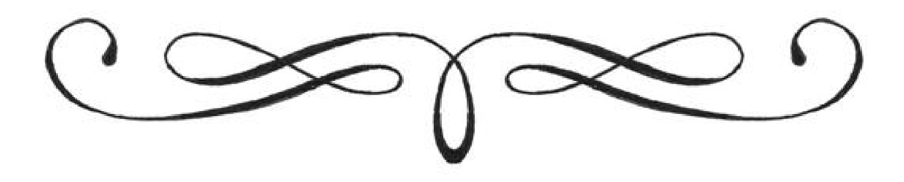
—¿Quieres que te sustituya un rato con la bomba?

—Claro —contestó enseguida, aliviado. Cuando Burke saltó sobre el carro para hacerlo se estrecharon las manos durante un segundo, antes de que él tomara el relevo con la bomba.

—Gracias. Me llamo Tim Booner —dijo el desconocido bajando al suelo.

—Burke Kavannagh —contestó él, empezando a bombear.

Tim cogió uno de los cubos que había en el carro y esperó su turno para llenarlo, junto al resto de los vecinos que intentaban acabar con las llamas.



Cuando Darian volvió a su mesa un rato después, Jake se acercó al despacho de Brenda. A pesar de que la puerta estaba abierta, llamó un par de veces con los nudillos para llamar su atención. Ella levantó la vista de los papeles que estaba leyendo y lo miró con curiosidad.

—Burke me ha dicho que todas las mañanas a primera hora vais al café de al lado a tomar un té.

—Es cierto. Es como una costumbre.

—Entonces… —sugirió con una de sus sonrisas. Brenda miró la cantidad de documentos que todavía tenía que leer y contestar, pero se levantó y cogió su abrigo.

—Cuando quieras.

Jake le explicó que debía caminar pegada a los edificios y que él lo haría junto a ella por el lado de la calzada. Bart iría detrás

de ellos, a pocos metros de distancia, desde donde podía observar mejor todo lo que les rodeaba y anticipar cualquier amenaza.

El café al que Brenda iba diariamente, antes con su padre y ahora con Burke, estaba vacío excepto por la dueña, Maggie. Cuando entró, acompañada por Jake, se acercó a la barra y después de saludarla le pidió su té habitual. Mientras lo hacía, su acompañante se acodó sobre la barra observando disimuladamente el local, mientras que Bart se quedaba en la entrada. Y cuando Brenda y Jake se sentaron en una mesa del fondo, le preguntó por qué:

—¿Bart no se sienta? —Jake negó con la cabeza.

—Alguien tiene que quedarse en la puerta y como a ninguno de los dos nos gusta, solemos turnarnos; mañana, él se sentará contigo y yo me quedaré ahí.

Poco después entró en el local un hombre calvo y delgado con dos niños, un bebé de meses al que llevaba en brazos y un niño que tendría ocho o nueve años al que tenía cogido de la mano. Soltándose de la mano del padre, el pequeño corrió a sentarse en la mesa que había junto a la de Jake y Brenda, mientras los dos lo observaban divertidos. El hombre regañó a su hijo con voz paciente por salir corriendo y se dirigió al mostrador para pedir a la dueña dos vasos de leche y dos bollos de pan.

El niño no dejaba de mirar a Brenda, cuando ella le sonrió pareció sorprendido por un momento, pero enseguida le devolvió la sonrisa mostrando la falta de uno de los incisivos delanteros. Al verlo, Jake rio por lo bajo.

—¡Vaya granuja! —afirmó, riendo—Le voy a decir a Burke que no se te puede dejar sola. Ya tienes un admirador. —Ella sonreía mientras se calentaba las manos con la taza de té que acababa de traerle Maggie. A continuación, la mujer llevó el pedido de la mesa de al lado y Brenda y Jake escucharon cómo el padre hablaba con su hijo:

—Cómetelo todo y no mires así a la señora. —El niño agachó la mirada hacia su vaso de leche y el padre se disculpó ante Brenda: —Perdone.

—No me ha molestado —contestó sinceramente.

El hombre parecía un poco avergonzado cuando les explicó:

—Desde que murió su madre se fija mucho en las mujeres. La echa mucho de menos. —Brenda no supo qué contestar y se quedó mirando al pequeño que se estaba tomando uno de los bollos como si estuviera muerto de hambre. Al verlo comer con tantas ganas cayó en la cuenta de que estaba muy delgado. El padre, mientras, mojó un trozo del otro bollo en la leche y se lo puso en las manos a la niña, que comenzó a chuparlo con

entusiasmo. Jake se inclinó sobre ella con una sonrisa burlona, susurrando para que no lo escucharan:

—Más vale que te tomes el té y nos vayamos o cuando me quiera dar cuenta te habrás marchado con esa familia —bromeó —y mi hermano me matará. —Su risa se detuvo bruscamente al ver que el padre de los niños ponía los ojos en blanco y se desvanecía repentinamente cayendo al suelo. La niña a la que había arrastrado al caer comenzó a llorar desgarradoramente y el pequeño, que se había arrodillado junto a su padre, la cogió en brazos.

Brenda y Jake corrieron hacia ellos. Jake ordenó:

—¡Coge a la niña! Yo me encargo del padre. —Ella obedeció y cogió a la pequeña de los brazos de su hermano. La niña tenía la cara muy roja y empapada en lágrimas y lloraba con toda la fuerza de sus pulmones. Se la llevó a su mesa y el niño las siguió sin que tuviera que decirle nada. Parecía aterrorizado. Bart también se había acercado, pero Jake le ordenó:

—Vuelve a tu sitio. Que no entre nadie.

—¿Crees que es una trampa? —preguntó él en voz baja, Jake estaba desabrochando la camisa del hombre que seguía inconsciente y al que le costaba respirar.

—No lo sé —susurró sinceramente. Bart asintió y volvió a su lugar.

Brenda, de pie junto a su mesa mecía a la bebé observando lo que hacía Jake, cuando el niño se abalanzó sobre ella abrazándola por las caderas. Con la cabeza oculta en su vientre comenzó a llorar, repitiendo una frase sin parar:

—¿Qué le pasa a mi papá?

Ella puso la mano sobre su cabecita e intentó calmarlo, pero al ver que sus gritos cada vez eran mayores y como la niña estaba más tranquila, la dejó sobre una silla y se arrodilló para abrazar al hermano. El pequeño, aprovechando que Brenda ahora estaba de espaldas a su taza de té y que nadie los miraba, apretó los bracitos en torno a su cuello y, muy nervioso, desdobló el pequeño papel que ocultaba en su mano derecha, echando el polvo blanco que había dentro, en la taza. Cuando terminó, cerró el puño en torno al papel para que nadie pudiera verlo y gritó la contraseña que le habían enseñado.

—¡No quiero que se muera mi papá! ¡Por favor! —Seguía abrazado con fuerza a Brenda y esta vez lloraba de verdad, aunque la razón de sus lágrimas era lo que acababa de hacer.

Brenda acarició la espalda del pequeño hablándolo con voz dulce hasta que Jake levantó la cabeza, asomándola por encima de la mesa y mirándolos con una gran sonrisa.

—Tranquilo, chico. Ya se está despertando. —Al ver que el niño seguía abrazado a ella, Brenda lo apartó para poder verle el rostro.

—¿No quieres ir a ver a tu padre? —preguntó. Él asintió y la miró de forma extraña antes de alargar los brazos para coger a la pequeña, pero ella lo detuvo— No te preocupes por tu hermana, yo la cuidaré hasta que os vayáis— aseguró con una sonrisa. Él pareció dudar por un momento, pero después corrió hacia su padre.

Brenda cogió de nuevo en brazos a la niña que había vuelto a lloriquear, seguramente por haberse visto abandonada sobre una dura silla de madera. Mientras volvía a acunarla vio que el padre de los niños ya se había despertado y que hacía intención de levantarse, pero Jake le dijo que esperara un par de minutos para estar seguros de que estaba bien. Después le ofreció llamar a un médico a lo que el hombre se negó.

Con las piernas temblorosas y la boca seca por el susto, pero más tranquila, se sentó con la niña en brazos y bebió un sorbo de té, aunque no se lo terminó porque se había quedado frío. El padre de los niños ya se había levantado ayudado por Jake y por su hijo, y empezó a agradecer a todos su ayuda; pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta cuando se dio cuenta de que los demás tenían la mirada fija en el suelo, en el lugar exacto donde había estado tumbado y en el que ahora había una pistola. Era evidente que solo se le podía haber caído a él y todos la observaban incrédulos, hasta que Jake se agachó a recogerla.

—¿Para qué quieres una pistola?

Como contestación, el desconocido agarró a su hijo y sujetándolo por el cuello, amenazó con degollarlo con el cuchillo que había aparecido de repente en su mano. Brenda se tapó la boca para no gritar, pero Jake siguió hablando con él con tono tranquilo:

—Es evidente que no son tus hijos —dijo intentando alargar la conversación, listo para abalanzarse sobre él al menor descuido. El humano había palidecido, pero la mano con la que empuñaba el cuchillo era firme y comenzó a andar hacia la puerta lentamente, manteniendo siempre al pequeño delante de él como si fuera un escudo. Cuando llegó a la altura de la mesa de Brenda contestó a una de las preguntas de Jake, con tono despectivo:

—Claro que no son mis hijos, así que no dudaré en rajar la garganta de este piojoso si os movéis.

Brenda inspiró bruscamente, furiosa al ver que del cuello del niño caían unas gotas de sangre, pero no se atrevió a moverse. Bart miró a Jake para que supiera que iba a intentar detenerlo,

pero Jake movió la cabeza ligeramente, negándose; un movimiento en falso y mataría al niño. Hasta ese momento el pequeño había permanecido bastante tranquilo, pero entonces vio a Brenda que seguía teniendo a la niña en brazos y se dio cuenta de que, si se marchaba, lo haría sin su hermana. Entonces comenzó a tirar de la mano de su falso padre para que lo soltara, revolviéndose contra él y gritando con voz desesperada:

—¡Tenemos que llevarnos a Martha! ¡No podemos dejarla aquí! —El hombre le dio un fuerte golpe en la cabeza ordenándole que no se moviera y siguió arrastrándolo hacia la salida, pero el pequeño comenzó a morderle y a darle patadas, luchando con todas sus fuerzas para escaparse.

Bart, sabiendo que era la última oportunidad que tendrían se lanzó contra el humano de un salto, derribándolo y cayendo sobre él, consiguiendo que el niño se liberara y corriera hacia Brenda a la que pidió, sollozando, que le devolviera a su hermana. Jake corrió hacia la pelea, pero cuando llegó Bart ya estaba en el suelo sangrando considerablemente por una herida del muslo, mientras que el falso padre se escapaba corriendo. Maldiciendo, Jake se arrodilló para poner una mano sobre la herida, apretando para intentar detener la hemorragia. Pálido, Bart apretó los labios con fuerza, aguantando el dolor y Brenda se acercó corriendo sin soltar a la niña.

—Hay un médico de confianza en esta misma calle. Iré a buscarlo. —Maggie la dueña del café, que había permanecido inmóvil detrás de la barra durante lo ocurrido se ofreció a hacerlo en su lugar:

—Iré yo. Volveré enseguida. —Cuando se marchó, Jake le dijo a Brenda:

—Necesito tu ayuda. —Ella se lamió el labio inferior, nerviosa por ver tanta sangre y se arrodilló junto a él dejando a la pequeña en el suelo, a su lado. Jake guio las manos femeninas para que sustituyera a las suyas sobre la herida—Aprieta—ordenó. Ella obedeció, aunque se estremeció al tocar la sangre. A continuación, él se quitó la chaqueta y la dobló en cuatro.

—Ya puedes quitar las manos. —Puso la chaqueta sobre la herida como si fuera una compresa volviendo a apretar con fuerza, provocando un gemido en Bart.

—¡Vaya agente que estoy hecho! —masculló, entre dientes, visiblemente dolorido.

—No hables. —Le ordenó Jake, enfadado y aterrorizado a la vez— ¿Por qué has hecho esa gilipollez? Te dije que no lo hicieras.

—Deja de ser tan mandón —protestó el herido, con la frente

arrugada. Su contestación tranquilizó a Jake que se dijo que si tenía ganas de discutir es que no estaba tan grave. —No podía dejar que se llevara al niño ¿Está muy mal? —preguntó, refiriéndose a la herida.

—Al principio temí que te hubiera alcanzado la femoral, pero cada vez sangra menos. Tendrán que ponerte puntos, pero nada más.

—Estupendo —dijo Bart, irónicamente —. Pues duele como el demonio. —Entornó los ojos mirando a Jake—Tenías que haberlo seguido.

—¿Estás loco? —contestó, ofendido —. No podía dejarte así, sangrando como un cerdo.

Brenda miró al niño que estaba junto a ella y que parecía hipnotizado por las manos ensangrentadas de Jake, pero se distrajo porque Maggie volvía en ese momento acompañada por el médico del pueblo, un joven vampiro rubio, alto y con gafas.

—Brenda. —saludó, inclinando la cabeza sin dejar de caminar rápidamente hacia Bart.

—Hola, Emeth — contestó. Se levantó para dejarle sitio y se apartó unos pasos llevándose a los niños con ella.

El médico, al que Maggie ya le había contado lo ocurrido, se arrodilló en el lugar que había ocupado Brenda, apartó la chaqueta que hacía de compresa y rompió el pantalón con unas tijeras que sacó de su maletín para poder examinar la herida, luego miró a Jake y le dijo:

—Buen trabajo, ahora hay que desinfectar la herida y coserla. Lo llevaremos a mi consulta, pero, aunque está cerca, tendrá que ir en coche. No debería andar en unos días— dijo, dirigiéndose a Bart.

—Muy bien —masculló él con dificultad, pero Jake no estaba de acuerdo.

—¿Lleva usted lo necesario en su maletín para hacerlo?

—Sí.

—Entonces prefiero que lo llevemos a casa de mi hermano. Aquí estamos demasiado expuestos. —El médico, extrañado, miró a Brenda y ella le explicó:

—Jake es hermano de Burke. El y Bart han venido a ayudarnos. —Emeth, que conocía a Burke, asintió.

—No veo problema en llevarlo hasta la casa de la colina, no está lejos. —Arrugó la frente al ver al niño que estaba junto a Brenda y a la pequeña que ella tenía en brazos ¿Y esos niños? —Jake le contestó en voz baja para que los pequeños no lo oyeran:

—Acompañaban al desgraciado que ha apuñalado a Bart.

El médico agrandó los ojos, pero Jake ya se había puesto en

marcha para mover al herido. Bart gimió cuando entre el médico y Jake lo levantaron, llevándolo en volandas hasta el carruaje. Brenda los seguía con los niños y Maggie con el maletín del médico que dejó dentro del carruaje después de que todos subieran.

Aunque el coche de Burke era grande, Jake se subió al pescante junto a Ian para que Bart pudiera ir solo en uno de los asientos. En el otro iban el médico, los dos niños y Brenda y, a pesar de que habían acomodado al herido lo mejor posible, los vaivenes del coche y los desniveles del camino hicieron que Bart fuera palideciendo cada vez más, hasta que cuando llegaron parecía a punto de vomitar. Entre Ian y Jake lo metieron en la casa, acompañados por el médico, pero Brenda se quedó en el vestíbulo de la casa, muy mareada. Había empezado a sentirse mal en el coche, pero pensaba que sería por el susto, sin embargo, ahora comenzó a nublársele la vista y supo que no podría mantenerse en pie durante mucho tiempo más. Al ver que una figura oscura y borrosa se acercaba a ella, suplicó:

—Hobson ¿puede ocuparse de los niños? —Nada más decirlo, se tambaleó como si estuviera borracha y el atónito mayordomo tuvo el tiempo justo para coger a la niña de sus brazos, antes de que a Brenda se le pusieran los ojos en blanco y, con un suspiro, se desmayara sobre el suelo de mármol.

VEINTIDÓS

Emeth ya había empezado a coser la herida cuando llamaron a la puerta de la habitación. Jake, que estaba junto a la cabecera de la cama con su mano entrelazada a la de Bart, le susurró antes de dirigirse a la puerta:

—Será la criada.

El médico necesitaba agua caliente y Jake la había pedido hacía unos minutos, pero era el mayordomo el que estaba esperando, con cara de preocupación, a que abriera.

—¿Qué pasa, Hobson? —preguntó.

—Es la señorita Stevens, señor. Se ha desmayado en el vestíbulo. Por supuesto la hemos llevado a su dormitorio, pero he pensado que el médico debería verla.

—Pasa— dijo Jake, preocupado, dejando la puerta abierta y dirigiéndose a Emeth, dijo: — ¿lo has oído? —El médico levantó el rostro con aspecto sorprendido, pero asintió, aunque enseguida volvió a bajar la mirada hacia la herida para seguir cosiéndola.

—Sí, pero no puedo dejar esto a medias. Todavía me falta la mitad de la herida por coser —aseguró.

Jake y Hobson esperaron en silencio a que lo hiciera y a que le diera las últimas instrucciones al herido.

—No se te ocurra levantarte de la cama sin ayuda si no quieres que esos puntos se abran. Mañana por la mañana vendré a ver cómo estás. —Bart le dio las gracias en voz baja y con los ojos entornados; afortunadamente, Emeth le había dado algo para el dolor y ya le estaba haciendo efecto. A continuación, mientras el médico se lavaba y se secaba las manos, Jake se acercó a Bart y le dijo en voz baja que iba a averiguar qué le pasaba a Brenda. Hobson los acompañó hasta su dormitorio y Jake se quedó impresionado al ver el cambio que se había producido en ella en tan pocos minutos. Estaba tumbada en la cama con los ojos cerrados, muy pálida, y sus labios se habían puesto morados. Pero lo peor era la expresión de dolor que había en su rostro mientras se agarraba el abdomen con las manos, y los quejidos que escapaban de su boca. El médico se acercó a la cama sin perder un momento, se sentó a su lado y le tomó el pulso; mientras lo hacía, le preguntó con voz afectuosa:

—Brenda, ¿te duele el vientre? —Ella abrió los ojos y asintió.

A continuación, Emeth alzó, uno tras otro, sus párpados para poder verle las pupilas. Con aspecto muy serio se levantó para

coger un frasco de su maletín y pedirle algo a Hobson. Jake aprovechó para decirle en voz baja:

—¿Qué le ocurre?

Pero Emeth sacudió la cabeza contestándole sin palabras que no era el momento. Había cogido un frasco pequeño de color ámbar de su maletín y vertió parte del líquido lechoso que había en su interior en un vaso de agua. Después, le pidió ayuda a Jake para incorporarla y cuando consiguieron sentarla, se lo colocó en la boca a Brenda pidiéndole que se lo bebiera. Ella susurró casi sin voz:

—¿Qué es?

—Algo para que mejores. Bébetelo —respondió el médico.

—No soy una niña, Emeth. Dime la verdad. —El dolor hacía que le resultara difícil hablar.

—Es un emético para que vomites. Creo que te han envenenado. —Incrédula, se quedó mirando al médico durante unos segundos, pero finalmente se lo bebió y volvió a tumbarse.

Hobson volvió trayendo en una bandeja las cosas que Emeth le había pedido: un cubo, varias toallas, una jarra de agua y una palangana.

Brenda volvía a tener los ojos cerrados y había vuelto a cubrirse el abdomen con las manos, como si así aguantara mejor el dolor. Emeth se volvió hacia Jake.

—Tenemos que intentar que esté lo más cómoda posible hay que quitarle la ropa, incluyendo el corsé, por supuesto. Lo mejor sería ponerle un camisón —dictaminó. Jake, que intentaba asimilar que a la mujer de su hermano la habían envenenado mientras él la protegía, no supo qué contestar, pero, afortunadamente, Hobson que esperaba junto a la puerta intervino en la conversación:

—Iré a buscar a una criada para que le ponga un camisón.

Jake ni siquiera se dio cuenta de la marcha del mayordomo. Su mente no dejaba de dar vueltas a lo que Emeth acababa de decir y, si era cierto que la habían envenenado, solo había una explicación. Se inclinó sobre Brenda y le preguntó en voz baja:

— ¿Te bebiste el té que te pusieron en la cafetería?

Ella abrió los ojos y arrugó la frente intentando pensar con claridad. Consiguió contestar, aunque casi no le salía la voz:

—Solo un poco… cuando el padre… se despertó. Me había asustado tanto que tenía la boca seca. —Se detuvo de repente, revolviéndose en la cama, agarrándose con fuerza el vientre y gimiendo presa de un dolor insoportable. Cuando se tranquilizó y como ya había venido la criada para ponerle el camisón, Jake y el médico salieron al pasillo.

—¿Qué le has dado? —le preguntó Jake, recordando el repugnante aspecto del mejunje que Brenda se había bebido.

—Una mezcla de mi invención lleva, entre otras cosas, manzanilla, violeta y tomillo. —Emeth hizo una mueca antes de decir —: El sabor es asqueroso, pero es lo más efectivo que conozco para ayudarla. Es una lástima que no sepamos el veneno que han usado…—musitó pensativo.

—Al menos dice que bebió poco.

—Ya, pero puede que sea suficiente para que muera —contestó con franqueza— Deberíais avisar a su familia, aunque no sé si tiene, la verdad— afirmó, moviendo la cabeza con tristeza.

Walker Nolan estaba muerto, pero Jake no sabía si tenía más familia. Estaba intentando asimilar la nueva y aterradora información para decidir qué tenía que hacer, cuando la criada abrió la puerta para avisarles de que ya había terminado. Cuando entraron de nuevo, Brenda estaba sentada en la cama a pesar de que era evidente que seguía sintiendo muchos dolores.

—¿Te importa darme un poco de agua? —Jake le llenó un vaso con agua limpia y le ayudó a beber un par de sorbos. Después, Brenda que estaba observando a Emeth colocar cerca de la cama el cubo, la palangana y las toallas preguntó con voz ronca:

—¿Para qué es todo eso?

El médico se quitó la chaqueta y comenzó a arremangarse, contestando a su pregunta:

—Lo que acabas de beber hará que empieces a vomitar enseguida —confesó—. Así que creo que es mejor que nos dejes a solas. — Esto último se lo dijo a Jake, pero él le hizo un gesto antes de salir del dormitorio para que lo acompañara de nuevo al pasillo. El médico obedeció y Jake entornó la puerta para que Brenda no pudiera oírlos.

—¿Cómo está de grave?

—No lo sé. —Emeth sacudió la cabeza—No puedo decirlo con exactitud sin saber qué veneno ha tomado, pero su estado es delicado. Lo malo es que hemos tardado más de una hora en darle el vomitivo y el veneno ha entrado en la sangre. Lo siento, pero es muy posible que no sobreviva, aunque haré todo lo que pueda por ayudarla. —Jake palideció, sintiéndose responsable —¿Se te ocurre quién puede haberla envenenado? —preguntó el médico.

—Lo cierto es que no —susurró Jake.

—¿No sería el hombre que hirió a tu compañero? —a Jake lo sorprendió lo discreto que fue al nombrar su relación con Bart, a pesar de que era imposible que no se hubiera dado cuenta de que eran pareja.

—No, —sacudió la cabeza, convencido—él no. No se acercó a ella en ningún momento. —Súbitamente, se le ocurrió algo inconcebible —¡El niño! ¡Es el único que pudo hacerlo! ¿Dices que te serviría de algo saber cómo era el veneno? —El médico lo miró, incrédulo.

—¡Es imposible! Ese niño no tendrá más que ocho o nueve años… —Jake sonrió amargamente.

—En Dublín hay niños de su edad y aún más pequeños, que son expertos carteristas.

—Entiendo —aseguró el médico con los labios convertidos en una fina línea —. Pero eso no quiere decir que sean conscientes de lo que hacen.

—No lo sé, pero ahora mismo lo único que me importa es que salves a Brenda, así que voy a hablar con él a ver qué puedo averiguar.

Poco después, Jake estaba sentado junto al niño ante la mesa de la cocina. Hobson permanecía de pie a su lado y ellos tres eran los únicos que quedaban en la habitación, después de que el mayordomo hubiera enviado a la cocinera y a su ayudante a dar un paseo por el jardín. El pequeño era listo porque había palidecido al ver a Jake y parecía muy asustado, pero no había abierto la boca.

—¿Cómo te llamas? —preguntó. El niño tragó saliva y murmuró:

—Cliff. —Jake asintió y apoyó los brazos en la mesa para inclinarse un poco sobre él y siguió hablándole con voz tranquila.

—¿Y tu hermana? —Cliff tembló visiblemente antes de contestar.

—Martha, pero es muy pequeña. Ella no tiene la culpa de nada. —Aunque los ojos del pequeño se humedecieron, Jake no podía perder el tiempo tranquilizándolo. Ahora no.

—¿Te refieres a que no tiene la culpa de lo que echaste en la bebida de la señora? ¿Sabes de lo que hablo? —Cliff asintió, a punto de llorar — ¿Y puedes decirme qué era lo que le echaste en el té?

—No, señor. No sé lo que era —aseguró, hipando.

—¿Puedes describirme cómo era? —Por el rostro del pequeño supo que no había entendido la pregunta, de forma que intentó explicárselo mejor —Quiero decir que si era un líquido y de qué color.

—Era como el azúcar, pero el señor Barton me avisó de que no debía tocarlo o me molería a palos.

—¿El señor Barton es el hombre que se hacía pasar por vuestro padre?

—Sí. —El pequeño Cliff se restregó los ojos varias veces, intentando no llorar.

—¿Vivís con él?

—Sí, señor.

—¿Desde cuándo?

—No lo sé, mi hermana solo tenía unas semanas cuando nos llevó con él. Siempre estamos en Dublín, pero nos trajo aquí hace unos días. Hemos estado en una habitación con otros niños hasta hoy.

—¿Podrías llevarme a ese lugar?

—No lo sé, él nunca me deja mirar por la ventanilla del coche para que no me vean desde la calle.

—¿Sabes que la señora a la que le echaste eso en el té, está muy enferma?

—Oí que una criada le dijo a otra que la habían envenenado y que se iba a morir —dijo, poniéndose a llorar. Jake lo miró, implacable, incapaz de sentir pena por él en ese momento. Solo podía pensar en que Brenda estaba a punto de morir y que el único que le podía ayudar era ese pequeño. Entonces Cliff recordó algo. —Señor, hace un rato al meterme la mano en el bolsillo del pantalón me he dado cuenta de que tengo el papel donde estaba eso. —Sacó una bolita de papel muy arrugada y se la alargó a Jake que la cogió cuidadosamente. Levantándose de un salto le dijo a Hobson:

—Que se lave bien las manos y que alguna criada con experiencia se ocupe de los niños hasta que veamos qué hacer con ellos. —El mayordomo contestó enseguida:

—La cocinera ha dicho que lo primero que habría que hacer si se van a quedar aquí, aunque sea por poco tiempo, es bañarlos. Dice que debajo de la ropa están muy sucios. —Jake asintió.

— Haz lo que sea necesario. Voy a hablar con el médico.

Corrió de nuevo hasta el dormitorio de Brenda y abrió la puerta, pero no entró. Emeth que estaba hablando en voz baja con ella, lo miró y se acercó a él. Jake le alargó el papel arrugado.

—Me lo ha dado el niño. Ha confesado que ha sido él, aunque no creo que supiera cuáles serían las consecuencias de lo que estaba haciendo. —Emeth cogió el papel y lo estiró, observándolo con cuidado.

—Es como el papel que utilizan los boticarios para sus preparados — afirmó, pensativo. Después, lo olió y al ver el gesto de estupor que puso, Jake preguntó:

—¿Qué pasa?

—Huele ligeramente a almendras amargas y en esta esquina se han quedado unos cuantos granos atrapados. —Señaló el lugar

con el dedo meñique para que Jake pudiera verlo —Es cianuro— afirmó.

—¿Es peligroso? —Emeth asintió con expresión muy grave.

—Si no está muerta ya, es porque bebió muy poco. Ahora debo volver junto a ella. —Jake lo sujetó por el brazo.

—Necesito saber… si de verdad su vida está en peligro, tengo que avisar a mi hermano. Todo ha ocurrido tan deprisa que no se me había ocurrido, pero cuando has dicho antes que era posible que no sobreviviera… —Emeth lo miró durante unos segundos, antes de afirmar —: Ve a buscarlo. Haré lo que pueda por ella, pero el cianuro casi siempre es mortal —confesó, volviendo al dormitorio y cerrando la puerta tras él.

Jake apoyó la mano en la pared mirando sin ver el largo pasillo que tenía delante. Respiró hondo un par de veces y se dirigió con paso rápido y decidido a la habitación de Bart. Estaba dormido, pero a pesar de ello quiso despedirse de él. Se acercó hasta que sus muslos rozaron el colchón donde estaba tumbado le peinó suavemente el mechón que siempre le caía sobre la frente y, después de besarlo suavemente en los labios, salió corriendo hacia los establos.

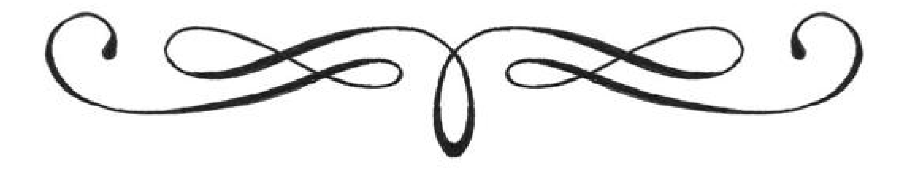
VEINTITRÉS

Burke estaba hablando con Tim Booner frente a los restos del incendio, cuando vio aparecer a su hermano galopando tan deprisa como si lo persiguiera el diablo y corrió hacia él. Al llegar a su lado, sujetó su caballo por las riendas para ayudarlo a frenar y preguntó con voz ronca:

—¿Es Brenda? —Jake asintió con gesto turbado.

—La han envenenado —contestó, avergonzado. El corazón de Burke se saltó varios latidos y palideció —El médico dice que es grave —confesó.

Burke se tragó el aullido de dolor que se había formado en su pecho y se lanzó hacia su caballo, montando de un salto sobre él y saliendo a toda prisa hacia Cobh. Durante el viaje de vuelta su mirada permaneció fija en el camino que los cascos de su caballo devoraban rápidamente mientras intentaba sentir a Brenda. Sabía que otros vampiros podían comunicarse mentalmente con sus velishas y en algunos casos eran capaces de sentir si les ocurría algo grave, pero él solo encontró un gran vacío que lo aterrorizó más que las palabras de Jake.



Brenda no sabía dónde estaba. A pesar de que tenía los ojos abiertos, estaba tan oscuro que no podía ver nada. Se estremeció al escuchar el ruido de unas uñas arañando el suelo a su lado. Pensando que eran ratas y que podían empezar a correr por encima de ella o quizás algo peor, intentó levantarse, pero descubrió que no se podía mover. Angustiada, se dio cuenta de que tampoco sentía el cuerpo y se le ocurrió que podía ser porque estuviera muerta, entonces se le escapó un sollozo porque no quería morir. No todavía, no sin volver a ver a Burke y confesarle lo que sentía de verdad, porque ya no le importaba que él no sintiera lo mismo. Y tampoco quería abandonar a sus hermanos, tenía que ocuparse de ellos tal y como le había pedido su padre.

Volvió la cabeza hacia su derecha al ver por el rabillo del ojo una pequeña franja luminosa, como si un rayo de luz se colara por una grieta. Inesperadamente, en ese lugar se abrió una puerta y por ella entró un niño pelirrojo y pecoso. Se acercó a ella y, a medida que avanzaba, la luz iba llenando el lugar haciendo que el miedo de Brenda desapareciera. Cuando estuvo a su lado se dio

cuenta de que era Burke de pequeño, lo reconoció por sus ojos. Mirándola fijamente y con la misma firmeza que tenía siendo adulto, alargó la mano hacia ella y ordenó:

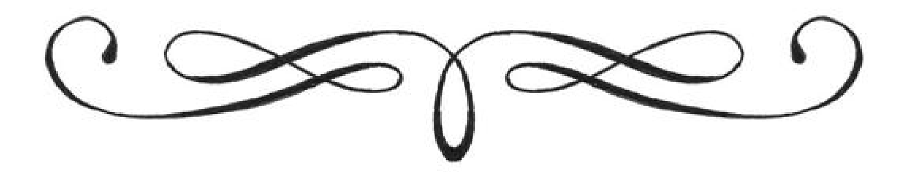
—Ven.

Al coger su mano, Brenda se dio cuenta de que ella también era una niña. Se levantó, pero no podía apartar la mirada del suelo, asustada porque las ratas le mordieran los pies. Entonces, Burke le dijo muy serio:

—No tengas miedo, no permitiré que te hagan nada.

Aferrada a él, lo siguió y al traspasar la puerta por la que entraba la luz volvieron a ser adultos y estaban junto al mar, caminando sobre la arena mojada; el sol todavía brillaba, aunque pronto se ocultaría en el horizonte. Los dos estaban vestidos de blanco, descalzos y con las manos entrelazadas, una brisa perfumada los envolvía como una caricia y sus pies desnudos se mojaban con las olas. Él tiró de su mano para que se detuviera y estuvo un rato mirando el océano, antes de confesar:

—El mar y sus secretos me han intrigado y atraído desde siempre. Cuando era pequeño decidí ser un pirata para que mi familia no volviera a pasar hambre nunca más. —Ella sonrió, imaginándoselo, pero él seguía mirando el mar y no vio su sonrisa —Y creo que un poco pirata sí soy. —Ahora fue él quien sonrió, divertido por su broma. —Antes no me importaba estar solo, pensaba que era lo mejor para mí, hasta que te conocí —confesó. Dejó de mirar el mar y se acercó a ella tanto que sus cuerpos se rozaron. Brenda tembló y él la abrazó con suavidad, consolándola —. Y ya no puedo vivir sin ti, por eso necesito que luches, Brenda. No me dejes solo — suplicó. Ella intentó apartarse un poco porque necesitaba ver sus ojos, pero él no quiso o no pudo separarse de ella. Siguió abrazándola y Brenda hundió el rostro en su pecho con un gemido de alivio. Por fin estaba en casa.



Burke dejó a su hermano a cargo de los caballos y corrió hacia la casa. Encontró a Hobson en la puerta del dormitorio de Brenda, como si estuviera haciendo guardia hasta que él llegara.

—¿Cómo está? —Hobson contestó con semblante afligido:

—Se ha dormido hace una hora. El médico está en la cocina examinando a los pequeños. —Burke apoyó la mano en el picaporte de la puerta, pero antes de entrar, le dijo:

—Acaba de decirme mi hermano que el niño que la ha envenenado está aquí. —Hobson no supo cómo contestar ante la dureza de su voz. Burke respiró hondo, intentando controlar su furia —Que venga el médico cuanto antes, quiero hablar con él. Y que alguien vigile a ese niño— ordenó con voz severa.

—Uno de los criados está siempre con él y a la niña la está cuidando una doncella.

Con un asentimiento brusco, Burke entró en la habitación y cerró la puerta. Se tambaleó ligeramente al ver el estado de Brenda y caminó lentamente hasta sentarse en la silla que había junto a la cama. Desolado, cogió una de sus manos, que

permanecían inertes sobre la colcha para llevársela a la boca. La besó con el corazón encogido y después, gimiendo de dolor, se deslizó desde la silla hasta el suelo, arrodillándose junto a ella.

—Lo siento, lo siento. No tendría que haberte dejado sola —declaró, arrepentido.

Si ella moría por su culpa no podría perdonárselo jamás. Necesitando acercarse más a ella, hundió la cara en su vientre rodeándola con el brazo. Los ojos le ardían y los cerró durante un rato. Luego levantó el rostro y acarició una de sus preciosas cejas con el dedo anular y bajó el dedo lentamente por el contorno de su mejilla hasta llegar a su cuello, donde notó lo débil que tenía el pulso. Sobrecogido, volvió a reclinar la cabeza sobre su vientre y comenzó a rezar, por primera vez en su vida, suplicando por su vida.

No supo cuánto tiempo pasó hasta que una llamada en la puerta lo hizo levantar la cabeza y alejarse del extraño ensueño en el que caminaba por la playa con ella. Al abrir la puerta se encontró con su hermano acompañado de Emeth. Se acercó al médico y lo miró a los ojos, pero él susurró que prefería hablar con él en privado. Después de una última mirada hacia la cama Burke lo llevó a su despacho dejando a Brenda al cuidado de Jake.

En cuanto cerró la puerta, preguntó con voz ronca:

—¿Cómo está? —Antes de que contestara lo adivinó al distinguir la lástima en su mirada.

—Lo siento, Burke. Lamentablemente, y a pesar de la prisa que se dieron en avisarme, el veneno es tan letal que ha penetrado en los órganos y han empezado a fallar…, en realidad… me sorprende que siga viva.

—¿Cuánto tiempo le queda? —murmuró.

—No sabría decirte exactamente… —Burke lo interrumpió, sabiendo que mentía.

—¿Cuánto? —preguntó con la voz rota y el médico contestó, afligido.

—No creo que dure más de dos días. Lo siento. —Burke caminó lentamente hasta el ventanal y se quedó mirando, sin ver, la bahía de Cobh. Después de unos segundos, susurró:

—¿De qué me sirve todo lo que tengo si no puedo salvarla? —Al ver su desesperación, Emeth se atrevió a compartir con él una idea que se le había ocurrido solo unos minutos antes.

—Puede que haya una posibilidad… —Burke se volvió enseguida y dio un paso hacia él.

—¿Cuál? —Emeth parecía turbado, reacio a contestar.

—Burke, no nos conocemos demasiado y no sé cuál es tu

forma de pensar sobre ciertos temas… algo espinosos —dijo cuidadosamente. Burke, impaciente, se acercó hasta que los dos estuvieron a pocos centímetros y le dijo, con los ojos entornados:

—Emeth, si hay algo que pueda hacer para salvarla, lo que sea, dímelo y lo haré.

—Al examinarla, me he dado cuenta de que no es humana del todo, ¿lo sabías?

—Sí, ¿y qué? —Ceñudo, se irguió como si pensara que iba a decir algo en contra de ella. Pero las inesperadas palabras del médico lo dejaron boquiabierto.

—Que si alguien la transformara y ella superara la metamorfosis se salvaría porque durante el proceso sus órganos se regenerarían. No te voy a engañar, el cambio es arriesgado y muy doloroso, pero la mitad de su sangre ya es de vampiro; eso me hace pensar que podría resistirlo, aunque no sería fácil. —Burke se había quedado inmóvil y el médico, que todavía no lo conocía demasiado a fondo, pensó que podía ser porque no estuviera de acuerdo. Por eso continuó con voz comprensiva—: Si eres contrario a las transformaciones, lo respeto, pero dímelo ahora porque aprecio a Brenda y haré lo que sea necesario para salvarla. Aunque me aseguraría de que ella estuviera de acuerdo antes de hacerlo, por supuesto.

—Si tú o cualquier otro os acercáis a ella con intención de transformarla, os mato. —Le advirtió Burke con voz asesina y sus ojos revelaban que decía la verdad—Yo lo haré. Incluso tengo un maldito libro que explica cómo hay que realizar el ritual —masculló entre dientes—. Voy a buscarlo. —Abrió la puerta del despacho, estrellándola violentamente contra la pared y desapareció en dirección a la biblioteca de la mansión.

Afortunadamente ese era uno de los libros que se había traído de Dublín y lo había hecho porque lo había conseguido hacía unos meses en una subasta, y todavía no le había dado tiempo a examinarlo a fondo. Cuando Jake entró en la biblioteca poco después, estaba buscándolo.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó refiriéndose al médico.

Burke le contestó sin volverse. Al saber que había una esperanza para Brenda una sensación de urgencia le recorría las venas y aceleraba su corazón, impidiéndole casi respirar.

—Que hay una posibilidad de que se salve, si la transformo.

—¿Si fuera vampira se salvaría? —cuestionó, sorprendido.

—Sí, pero no por ser vampira sino porque sus órganos se renovarían durante la metamorfosis. —Jake se acercó a él y se quedó mirando cómo leía los lomos de los libros en voz baja, uno a uno, antes de pasar el siguiente. Tardó poco en encontrar el que

buscaba. —¡Ah, aquí está! —murmuró con los ojos brillantes.

Se trataba de un antiguo libro de piel azul del que solo había perdurado la mitad de la portada. Preocupado, Jake sujetó a su hermano por el antebrazo para llamar su atención, pero Burke se soltó con un tirón impaciente, sin mirarlo. No tenía tiempo para él ni para nadie. Con el libro entre las manos, se sentó en el sillón que había junto a las estanterías y empezó a examinarlo. Jake se acercó lo suficiente para poder leer el título en el interior de las páginas, ya que en lo poco que quedaba de la tapa no había ni rastro del nombre.

—¿Un libro de Rituales Vampíricos?

—Sí, sé que en algún sitio explica como realizar una transformación —contestó Burke mirando a su hermano solo durante un instante, antes de bajar la vista de nuevo para seguir buscando. Y ese instante fue suficiente para que Jake se estremeciera porque pudo ver en sus ojos que Burke no soportaría la pérdida de Brenda —. Haré lo que sea para que sobreviva —musitó, aferrándose con todas sus fuerzas a la esperanza que le había dado Emeth. Jake se sentó junto a él y le preguntó en voz baja:

—Burke, ¿estás seguro de esto? Cuando hablamos anoche no sabías si la querías y un ritual como este… —pero él lo interrumpió.

—No quería aceptarlo, pero es ella, Jake. Es mi velisha. —Sacudió la cabeza, avergonzado por haber sido tan cobarde —Y no voy a consentir que se muera. Pero si lo hace, la acompañaré porque no quiero seguir aquí si ella no está —aseguró. Jake, muy pálido, le dijo:

—Entonces te ayudaré en lo que necesites.

Burke asintió y siguió buscando el ritual hasta que lo encontró, lo leyó un par de veces en silencio y después se levantó, señalando a su hermano la página del libro donde aparecía una lista de las cosas que iba a necesitar.

—Consígueme todo esto. —De ese modo él podía volver junto a Brenda, pero Jake lo detuvo antes de que se fuera:

—Espera un momento. He pensado que es mejor que me lleve a los niños a Dublín, Killian conocerá algún lugar adecuado para ellos —carraspeó antes de continuar—. Pero no me iré hasta que todo haya terminado, claro. —Quería estar allí durante la transformación por si Burke lo necesitaba, pero su hermano lo sorprendió al contestar:

—No, prefiero que te los lleves cuanto antes, cuando me consigas todo lo necesario para el ritual. —Su mandíbula estaba rígida y su rostro tirante—Quiero que te los lleves — repitió con

voz dura —. No quiero que estén aquí si… si Brenda no sobrevive. —Jake entendía que no quisiera que el niño que la había envenenado estuviera cerca, sobre todo si ella moría.

—Como quieras— contestó.

Burke se marchó y Jake se concentró en la lista que aparecía al principio del capítulo denominado, *Metamorfosis de humano a vampiro.*

VEINTICUATRO

Jake apareció más de una hora después en el dormitorio de Brenda llevando una gran bandeja donde traía las cosas de la lista. Burke cogió los cuatro candelabros y los distribuyó por la habitación porque, aunque la casa tenía luz de gas, el libro decía que era mejor que el ritual se realizara a la luz de las velas. Cuando terminó de encender las mechas, Jake ya había colocado el resto de las cosas sobre la cómoda.

—¿Lo has encontrado todo? —le preguntó Burke ojeando lo que había traído.

—Sí, he tenido que ir a por los aceites aromáticos al pueblo, pero los he encontrado fácilmente. Está todo —Burke asintió examinando el recipiente lleno de agua y pétalos de rosas y los aceites con los que debía masajear la piel de Brenda. Su hermano tampoco había olvidado las toallas y el agua limpia. Burke señaló un frasco que no identificaba:

—¿Qué es eso?

—Sales. —Ante su mirada de extrañeza, dijo: —No estaban en la lista, pero he pensado que te pueden venir bien. A veces… he oído, que a veces puede costarles despertar después —confesó en voz baja y Burke, se estremeció al pensar en ese momento. Los dos sabían que había algunas parejas humanas que no habían despertado después la transformación. Alejó esa idea de su mente y murmuró:

—Gracias. —Inesperadamente, Jake se abalanzó a sus brazos. Burke le devolvió al abrazo y, sorprendido, escuchó cómo le pedía perdón con voz atormentada:

—Lo siento, lo siento. Tenía que haber tenido más cuidado, es culpa mía —confesó, sintiéndose terriblemente culpable. Burke lo apartó para poder mirarlo a los ojos.

—Ni lo pienses siguiera, Jake. Era imposible imaginar que un niño de esa edad pudiera ser un peligro para ella. —Apretó cariñosamente sus hombros antes de añadir —: pase lo que pase, estoy agradecido por haberla conocido—aseguró—. Había empezado a no sentir nada, ¿sabes? —Jake se quedó horrorizado al escucharlo—Lo hacía todo porque debía. Sabía que os quería, a ti y a los demás, pero no lo sentía. Brenda… —Sacudió la cabeza y sonrió—Entre otras cosas Brenda ha conseguido que vuelva a sentir y, aunque solo sea por eso siempre estaré agradecido. —

Jake asintió con los ojos húmedos y volvió a abrazarlo una última vez.

—Cuida de mi cuñada —suplicó. Sabía que, si ella no sobrevivía, su hermano tampoco lo haría; así era como funcionaban las parejas vinculadas.

Se marchó después de dar un último abrazo a Burke asegurándole que volvería lo antes posible y encontró a Hobson en el vestíbulo dando instrucciones a un par de criados sobre algo relacionado con la limpieza de las chimeneas, pero los despidió en cuanto lo vio acercarse.

—Burke está de acuerdo en que me lleve a los niños a Dublín. —señaló al mayordomo.

—Puede que sea buena idea que lo acompañe Molly, es la doncella que se está ocupando de la pequeña —contestó él y Jake asintió mirando hacia el suelo.

—¿Dónde está Emeth? —preguntó.

—En la cocina, con los niños.

—Voy a hablar con él. —Miró fijamente a Hobson —Cuida de Bart por mí, por favor—pidió.

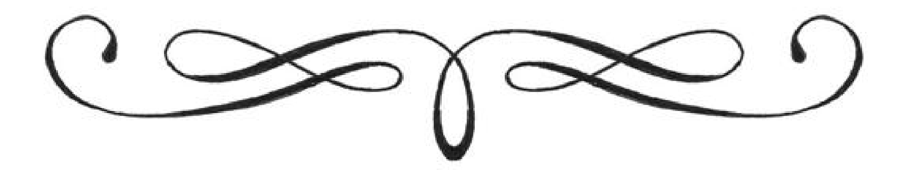
—Lo haré. Descuide —contestó con voz grave.

—Y recuerda que durante algunas horas nadie debe molestar a mi hermano.

—Lo sé. —Jake arqueó una ceja, admirado.

—A pesar de los años que hace que te conozco, me sigue sorprendiendo que siempre lo sepas todo.

—Ese es mi trabajo —aseguró con voz seria. Sacudiendo la cabeza, Jake se marchó a la cocina dejándolo con sus ocupaciones.



La desnudó y la lavó con una toalla empapada en agua de rosas. Después la secó con cuidado y la acostó desnuda debajo de las mantas, momento que él aprovechó para ducharse. Cuando volvió, vestido solo con una bata terciopelo larga de color azul marino, continuó con el pequeño rito de purificación necesario antes de la transformación. Cogió la botella que contenía el aceite de sándalo y se echó un poco en las manos para empezar a extenderlo por el cuerpo de Brenda.

Comenzó por los pies que frotó suavemente hasta alcanzar los tobillos y siguió deslizando las manos por las piernas siempre hacia arriba, extendiendo el aceite con suaves masajes, sintiendo cómo la fragancia del sándalo comenzaba a relajarlo a él también. Miraba de vez en cuando el rostro de Brenda por si había algún cambio, pero seguía inconsciente, aunque parecía respirar más profundamente que antes. Cuando terminó el masaje se sentó a su lado porque había llegado la hora de despertarla y de hablar con ella. Según el ritual tendría que haber estado consciente mientras la preparaba, pero estaba tan débil que pensó que era mejor dejar

que descansara todo lo posible antes del cambio.

Se inclinó sobre ella sintiendo su aliento en la piel y susurró:

—Brenda, amor mío, despierta —ordenó, suplicante. Esperó un poco, pero ella no se movió. Repitió las mismas palabras tres veces y ella siguió inmóvil. Angustiado, acercó el rostro hasta que sus labios rozaron su oreja y susurró—: Brenda, si no vuelves a mí, me romperás el corazón. —Entonces los párpados de ella comenzaron a moverse y siguieron así durante unos segundos interminables hasta que se abrieron lentamente. Tremendamente agradecido, cogió su mano y la llevó a su mejilla.

—Burke… — susurró ella, casi sin voz—Agua — pidió. Él cogió el vaso que había sobre la mesilla y la ayudó a beber, pero solo pudo tomar un pequeño sorbo antes de dejarse caer de nuevo sobre la cama con un gemido de agotamiento.

—Brenda, cariño, no te duermas, por favor —suplicó al ver que sus ojos volvían a cerrarse y ella lo miró, pero lo hizo con los ojos entrecerrados como si no pudiera mantenerlos abiertos. Él besó la mano que mantenía sobre su mejilla y Brenda sonrió casi sin fuerzas—El niño que conociste cuando fuisteis a la cafetería envenenó tu té—susurró. Ella arrugó la frente esforzándose por recordar—Estás muy grave, cariño.

—Estoy muy cansada, Burke —murmuró sin fuerzas, pero antes de dormirse tenía que decirle algo— He soñado que éramos unos niños y que estábamos en la playa, juntos— Burke tuvo que tragar saliva para poder hablar.

—Amor mío, no ha sido un sueño. Yo también estaba ahí, contigo. —Sorprendida, abrió un poco más los ojos—Podemos compartir los mismos pensamientos y sueños porque eres mi velisha. Tenía que haberme dado cuenta antes, pero…—sacudió la cabeza, arrepentido—… eso no importa ahora. —A Brenda cada vez le costaba más mantener los ojos abiertos y él se apresuró a explicarle su plan, manteniendo su mano entre las suyas—Lo que importa es que hay una posibilidad de que sobrevivas, si te transformo.

—¿En… en vampira? —susurró ella, desconcertada. Él asintió sin poder hablar y ella se lamió el labio inferior— Creía…— susurró— … que las humanas que lo intentaban no sobrevivían.

—Es peligroso, pero algunas sobreviven— contestó, inclinado sobre ella—. Y Emeth dice que, como tu padre era un vampiro, tienes más posibilidades de sobrevivir que si fueras totalmente humana. ¿Conoces el ritual?

—Kristel me lo describió hace tiempo. Lo había leído en un manuscrito… —contestó hablando muy despacio.

—Sé que estás agotada, pero quiero intentarlo. — Ella no se

lo pensó ni un momento.

—Sí, hazlo. Aunque no sobreviva a la transición, no imagino una forma mejor de morir —aseguró. Destrozado, Burke apoyó la cara en su vientre como había hecho varias veces mientras estaba inconsciente, abrazando sus caderas. Brenda puso la mano encima de su cabeza—No creo que pueda estar despierta mucho más tiempo —musitó. Las oscuras ojeras que había bajo sus ojos violetas y su extrema palidez indicaban que debían darse prisa.

—Tenemos que empezar cuanto antes — contestó.

Brenda había vuelto a cerrar los ojos y no le contestó, pero él sabía que no se había quedado inconsciente. Se quitó la bata, tumbándose junto a ella y apartó las sábanas, dejando los cuerpos de los dos desnudos sobre la cama. Brenda estaba tumbada bocarriba y él de costado, inclinado sobre ella. Comenzó a acariciar suavemente sus brazos, su pecho y su rostro.

—Sé que sobrevivirás. Lo harás por mí —afirmó, haciéndola sonreír levemente, aunque era lo último que quería hacer.

—¿Por qué estás tan seguro? —preguntó ella con los ojos todavía cerrados asombrada por lo que la hacía sentir con su roce, aunque estaba a punto de morir.

—Porque solo te has despertado cuando te he dicho que si no lo hacías me romperías el corazón.

—¿Tampoco eso era un sueño? —preguntó ella, maravillada, esforzándose en mirarlo.

—No. Y lo he dicho de verdad —contestó mirándola con todo el amor que sentía brillando en sus ojos. Ella levantó una mano, casi sin fuerzas, la puso sobre el corazón de Burke y aseguró:

—Lo intentaré. Quiero vivir todos los años que nos quedan.

—Si no lo consigues, no me quedaré aquí solo —juró—. Ya no estarás sola nunca más, sea aquí o en el más allá. —Enjugó dulcemente las lágrimas que ella había empezado a derramar—No llores amor mío solo quiero que sepas que, pase lo que pase, siempre estaremos juntos.

Luego, la besó. Dulcemente al principio para ir incrementando su ardor poco a poco y aprovechó para colocarse entre sus piernas. Su miembro, rígido e hinchado, rozó la entrada de su vagina donde se quedó esperando y, sin perder tiempo, lamió su cuello aprovechando que ella había girado la cabeza para ofrecérselo. Sus colmillos estaban totalmente desarrollados, ávidos de volver a probar su sangre, pero no lo haría hasta que estuviera preparada. Los lametones en su piel provocaron que a Brenda se le escapara un suave gemido y él empujó ligeramente sus caderas, pero sin penetrarla todavía. Ella lo observaba con los párpados entornados.

—Hazlo ya, Burke —pidió con voz débil.

Sus ojos verdes no se apartaron de su rostro ni un momento mientras se deslizaba en ella lentamente, asegurándose de no incomodarla. Brenda volvió a ladear la cabeza ofreciéndole su cuello y él la mordió inmediatamente provocando que sonriera con los cerrados, disfrutando de la sensación de que él bebiera de su vena. Dejó de beber pocos segundos después por el estado de Brenda y la besó, agradecido, comenzando a moverse dentro y fuera de ella. Acarició sus pechos haciéndola gemir y, poco después, a pesar de su agotamiento Brenda sintió cómo el placer tomaba su cuerpo. Enseguida, él se hizo un pequeño corte en el pecho y lo acercó a la boca femenina, pero ella se resistía a beber. Burke insistió con voz hipnótica:

—Bebe. Hazlo por mí, por nosotros —ordenó y sujetó su cabeza suavemente, acercando tanto el pecho a su rostro que la herida de la que goteaba un pequeño hilo de sangre terminó casi pegada a los labios femeninos—. Ahora, Brenda—susurró, empujándola mentalmente a hacerlo. Ella sacó la lengua tímidamente y lamió la sangre una vez, provocando que el miembro de Burke latiera dolorido —Bebe —insistió.

Por fin, pegó su boca a la herida y comenzó a beber. Mientras lo hacía, Burke volvió a mover sus caderas dentro y fuera de ella cada vez más deprisa hasta que también culminó, explotando en su interior. Permaneció allí hasta que dejó de beber y mientras se lamía los labios golosamente, él se tumbó a su lado dejándola descansar un instante. Parecía estar un poco más despierta, pero él sabía que quedaba mucho para saber si superaría el ritual.

—¿Cómo te sientes? ¿Sigues cansada?

—Podría dormir un mes seguido —murmuró, ahogando un bostezo que él tomó como una señal para seguir. Esta vez se colocó sentado sobre sus talones, entre las piernas de Brenda y las separó cuidadosamente para poder observar su sexo. Inclinándose como si ella fuera una diosa de la antigüedad a la que debía pleitesía, susurró, mirando en su interior:

—Eres preciosa.

—Burke —susurró Brenda con voz ronca y él obedeció su ruego por esta vez, apartando la mirada. Se alzó sobre ella y colocándose en posición, empujó, penetrándola de nuevo con la cabeza de su sexo. Apoyado en los codos y con el miembro latiendo dentro de ella, quiso asegurarse antes de continuar:

—¿Estás bien? —Cuando ella asintió lentamente, él empujó con fuerza penetrándola del todo y encajó el rostro en su cuello, inhalando profundamente—No hay nada en el mundo que huela como tú— aseguró. A continuación, la mordió haciéndola gritar

de placer. Bebió de ella un poco más y, aunque seguía siendo insuficiente para él, lamió los pinchazos enseguida y la besó en la boca, acariciando sus labios con la lengua antes de apartarse de ella. Mirándola a los ojos, volvió a mover las caderas.

—Tienes que beber de mí otra vez —señaló, volviendo a abrirse la herida. En esta ocasión no tuvo que forzarla, ella misma se pegó al pecho de Burke y comenzó a lamer lentamente. Y ver cómo bebía su sangre hizo que él volviera a terminar dentro de ella mucho antes de lo habitual.

Pero cuando Brenda terminó de beber, en esta ocasión, estaba tan agotada que le costó que se mantuviera despierta para poder continuar con el ritual. Tuvo que acariciarla y lamerla para conseguir excitarla lo suficiente y, al instante, volvió a penetrarla y bebieron el uno del otro por tercera vez. Entonces, Brenda cerró los ojos con un gemido y se abandonó al sueño como si no pudiera seguir despierta ni un instante más. Pero él siguió alerta, abrazándola y temiendo lo que iba a ocurrir a continuación.

VEINTICINCO

Lindsey entró en la habitación de su hermano sin llamar y se lo encontró desayunando. Se sentó junto a él con un suspiro y cogió un par de galletas de uno de los platos que había sobre la mesa.

—¿Has sabido algo? —preguntó, impaciente. Él, que se jactaba de sus buenos modales en la mesa, masticó y tragó antes de responder:

—El Canijo ha venido hace un rato. Dice que las cosas se han complicado un poco, pero que ha visto a la humana tomarse el veneno. De modo que está hecho. —Los ojos de Lindsey brillaron y sonrió y su hermano la imitó, lo que provocó que se parecieran más de lo habitual. Pero, repentinamente, a ella se le borró la sonrisa.

—¿Qué quiere decir con que se han complicado las cosas? —él dejó la taza sobre el platillo antes de contestar.

—Al parecer lo descubrieron y tuvo que dejar allí a los niños. —Lindsey entornó los ojos.

—Ese niño es bastante mayor… ¿no puede reconocernos? —Edevane se encogió de hombros elegantemente.

—¿Y cuándo te va a ver? ¿En algunos de esos bailes de la alta sociedad a los que tanto te gusta ir? —preguntó, despectivamente. Sacudió la cabeza con seguridad, observándola—No te preocupes, hermana, no volverás a ver a ese renacuajo. —Ella se tranquilizó porque su hermano siempre tenía razón —De todas formas, es mejor que desaparezcamos al menos durante una temporada.

—¿Tú también te vas? ¿Y la viuda?

—Tendrá que esperar hasta que vuelva.

—¿Y ella no puede ser un problema para ti? —susurró Lindsey con los ojos muy abiertos.

—No, esa zorra ignorante no sabe quién soy y, además, he encargado al abogado que la vigile. Volveré cuando se pase el revuelo de la muerte de la mestiza; conociendo a tu antiguo novio, montará una buena —se burló.

—Entonces, ¿vuelves conmigo a Dublín?

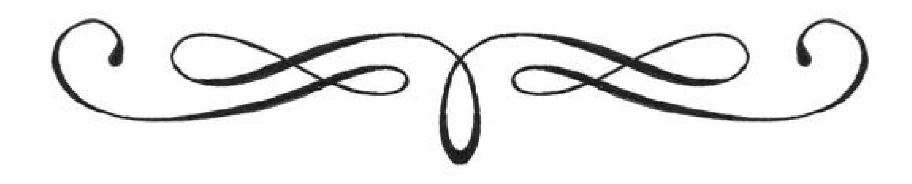
—No. —Bebió el último sorbo del té y, después de limpiarse cuidadosamente los labios, dejó la servilleta sobre la mesa—*El Maestro* quiere que me haga cargo de la búsqueda de la elegida. Está empezando a impacientarse porque no encuentran ninguna

pista sobre su paradero.

—¿Puedo ir contigo? —Lindsey le ofreció su sonrisa más zalamera y su hermano rio, pellizcándole suavemente la barbilla antes de responder.

—Prefiero que no lo hagas, brujita.

Ella volvió a reclinarse en el asiento con un mohín de contrariedad en los labios, mirando por la ventana mientras mordía una de las galletas. Edevane sabía que estaba pensando en cómo hacerle cambiar de opinión ya que insistía en conocer al *Maestro* desde hacía tiempo, pero a él no le interesaba que eso ocurriera. Al menos, de momento.



—Si yo estoy agotado, no quiero ni pensar en cómo estarás tú, Molly —afirmó Jake al bajar del carruaje sintiendo que le iba a reventar la cabeza. La doncella seguía meciendo a la pequeña intentando calmarla, pero la niña llevaba llorando más de una hora.

—Seguramente tiene hambre, señor —contestó.

—Entonces démosle de comer cuanto antes para que se

tranquilice— masculló—. Vamos, Molly. Cliff, tú ven conmigo— lo cogió de la mano, aunque estaba seguro de que no se escaparía sin su hermana.

En cuanto llegaron ante la puerta de la casa de Killian, Jake golpeó un par de veces con el llamador de bronce y esperó. James abrió segundos después y, a pesar de que Jake conocía su imperturbabilidad, lo sorprendió que su única reacción al verlo acompañado por un niño y una doncella con un bebé, fuera parpadear un par de veces antes de saludarlo.

—Buenas tardes, señor Kavannagh.

—Buenas tardes, James. Tengo que ver a Killian. —El mayordomo se apartó para que entraran y mientras cerraba la puerta, le informó:

—El señor está en el despacho y la señora en el jardín con el perro.

—¿Puede acompañar a Molly y a los niños a la cocina para que coman algo? Al parecer la pequeña tiene hambre —dijo. James asintió con un murmullo educado y Jake aprovechó para acercarse a él y susurrar para que no lo escucharan los demás— Asegúrate de que no se escapan mientras Killian decide qué hacer con ellos—Los agrandados ojos de James expresaron que, en esta ocasión, sí había conseguido sorprenderlo. —No te preocupes, James, aparte de que la niña llora mucho, se portan bien— aseguró, lo que era cierto. El pequeño Cliff había permanecido callado y tranquilo todo el viaje, cogiendo a su hermana en brazos con frecuencia. Sinceramente, Jake prefería no pensar en lo que los dos niños habrían tenido que pasar para terminar en una banda al servicio de *La Hermandad*.

Mientras que James acompañaba a la doncella y a los niños a la cocina, él se dirigió al despacho de Killian. Como la puerta estaba abierta pudo ver que su jefe estaba leyendo unos documentos que, por su aspecto, pertenecían a un expediente policial. Cuando estaba a punto de llamar a la puerta el juez levantó la vista, sorprendiéndose al verlo:

—¿Qué haces aquí?

—Ha ocurrido algo terrible.

—Pareces agotado, siéntate. ¿Qué ha pasado? —preguntó enseguida. Entonces se fijó en los ojos de Jake y se reclinó en la silla, muy serio, esperando.

—Han envenenado a Brenda.

—¿Quién? ¿Cómo es posible? ¿No estabais con ella? —Jake hizo una mueca, aunque sabía que se merecía esa pregunta y mucho más.

—Esta mañana temprano ha llegado una nota a casa de Burke

pidiéndole que acudiera a una dirección de Kinsale, donde le darían información sobre el contrabando de esclavas. Cuando ha llegado al sitio, se lo ha encontrado ardiendo y ha ayudado a los vecinos a apagar el fuego. —Sin hacer caso de la maldición de Killian, continuó —Bart y yo nos habíamos quedado con Brenda y la acompañamos a su oficina y más tarde a tomar un té a la cafetería a la que van todos los días. —Al ver la mirada acusadora de Killian, intentó explicar por qué lo habían hecho—: Estábamos solos, no había nadie más en el local —aseguró.

—Entonces, ¿qué ha pasado?

—Poco después entró en el café una familia formada por un padre y dos hijos, uno era un bebé, una niña de pocos meses de edad y el otro un niño de unos ocho años. —Killian frunció el ceño, pero permaneció en silencio—El padre y el niño estuvieron hablando con Brenda y parecían completamente normales. Es increíble cómo me han engañado—confesó, asombrado.

—¿Humanos?

—Sí.

—¿Cómo era el padre?

—Moreno, calvo, de estatura baja y delgado. Nos dijo que la madre de los niños había muerto hacía poco y que el niño no lo superaba. Hasta ese momento todo iba bien, pero poco después el padre se desmayó y yo fui a socorrerlo, asegurándome de que Brenda no se acercaba a él por si acaso. También ordené a Bart que no entrara nadie en la cafetería por si aprovechaban ese momento para atacarnos. Y mientras yo atendía al padre, Brenda se ocupó de los niños. —Sacudió la cabeza, apesadumbrado—Te lo juro, Killian, ese niño tendría que ser actor; lloraba y gemía como si realmente pensara que su padre estaba a punto de morir. Ahora sé que todo lo hacía para distraernos y así poder echarle el veneno a Brenda en el té sin ser visto. —Killian maldijo en voz alta.

—¿Y ella se lo bebió?

—Más tarde, cuando el humano parecía haberse recuperado; bebió solo un sorbo, pero el médico que la está tratando dice que es un veneno muy potente y que su vida peligra.

—¿Te ha dicho qué veneno es?

—Cianuro.

—Mal asunto. —Killian cogió su abrecartas de pensar, como lo llamaba Gabrielle, y comenzó a girarlo entre los dedos sin darse cuenta—¿Cómo está Burke? Cuando los vi juntos, me di cuenta de que ella puede ser su velisha.

—Ahora él está seguro de que lo es. —Se inclinó hacia Killian —temo lo que le ocurrirá si la pierde. Cuando me he ido iba a

transformarla, el médico le ha dicho que es la única manera de que sobreviva, aunque está muy débil y no sabe si lo conseguirá.

—Entiendo. —contestó Killian, apenado por Burke. De repente frunció el ceño—¿Dónde está Bart?

—No he terminado de contarte lo ocurrido.

—Es cierto, continúa.

—Cuando el hombre se levantó, se le cayó una pistola al suelo y, aunque me quedé parado durante un momento la cogí antes que él. Pero cuando me erguí el muy cabrón había cogido al niño y se lo había puesto delante como escudo y tenía un cuchillo apoyado en su garganta.

—¿Y qué hicisteis?

—Nos quedamos inmóviles. En ese momento todavía no sabíamos lo que había hecho el niño, pero no creo que hubiéramos actuado de otro modo de haberlo sabido. El falso padre le ordenó a Brenda, que tenía en brazos a la niña, que se la devolviera, pero ella se negó. Entonces intentó huir solo con el crío, pero el pequeño al ver que se iban a marchar sin su hermana comenzó a luchar contra él. Bart aprovechó que estaba distraído y saltó sobre el humano para intentar quitarle el cuchillo. Corrí hacia ellos, pero cuando llegué a la pelea el falso padre había salido corriendo y Bart estaba en el suelo con una puñalada en el muslo.

—¡Qué desastre!

—Sí —musitó moviendo la cabeza, avergonzado—De modo que llevé lo antes posible a Bart a casa de mi hermano, acompañado por Brenda, por el médico que iba a coserlo y por los niños; entonces todavía no sabíamos que a ella la habían envenenado. Más tarde, mientras el médico estaba cosiendo a Bart, Brenda se desmayó y en cuanto el doctor la examinó, se dio cuenta de lo que le pasaba. Dice que está muy grave. —Killian le preguntó con el ceño fruncido:

—¿Y qué haces aquí? Con Bart herido y sin saber si la velisha de tu hermano va a sobrevivir…—sacudió la cabeza si entenderlo.

—He venido para traerte a los niños. Solo por eso —confesó —. No quería dejarlos en aquella casa existiendo la posibilidad de que Brenda no sobreviva—susurró—. No creo que mi hermano fuera capaz de hacerles daño, pero nunca lo había visto tan destrozado.

—¿Dónde están ahora?

—En la cocina, con la doncella que me ha acompañado.

—Quiero hablar con el niño —ordenó Killian.

Pero en la cocina no estaban ni los niños ni Molly, la doncella. La cocinera les explicó que Gabrielle había ido poco

antes para hablar con ella y que, al ver a los niños y a Molly, se había sentado con ellos y había estado hablando con el niño. Poco después le dijo a la cocinera que se los llevaría al jardín a jugar un rato aprovechando que iba a sacar a pasear a Napoleón, que era el nombre que le había puesto al cachorro.

Killian apretó los labios en una fina línea al enterarse de que el niño estaba con su mujer y, sin hacer ningún comentario, salió de la cocina en dirección al jardín, seguido por Jake. Recorrieron con rapidez el camino bordeado de altos setos perfectamente recortados, pero a medida que se iban acercando el gesto adusto del rostro del juez se fue relajando cada vez más, al escuchar las alegres carcajadas de Gabrielle; a la vez, su paso se fue ralentizando hasta detenerse totalmente, provocando que Jake también lo hiciera.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Sabes cuánto tiempo hacía que no escuchaba reír así a mi mujer? —Jake negó con la cabeza—Demasiado —contestó Killian mortalmente serio—Y es el sonido más placentero del mundo para mí, uno que temía no volver a oír nunca más. ¿Qué sabes de esos niños? —preguntó, pensativo.

—Muy poco— aseguró.

—¿Tienen familia?

—Creo que no— contestó, extrañado.

—¿Y qué opinas del carácter del niño?

—No entiendo mucho de niños, pero no parece malo a pesar de lo que ha hecho. Al menos quiere mucho a su hermana, creo que haría lo que fuera por ella.

—Eso ya es algo. Veremos —afirmó, misteriosamente—Vamos, reunámonos con ellos.

Gabrielle se había sentado en un banco de piedra con la niña, que estaba masticando un trozo de pan, sentada sobre sus piernas. La causa de que la mujer de Killian riera tan divertida era que tenía de frente a Cliff que estaba tumbado sobre la hierba del jardín e intentaba evitar, mientras reía a carcajadas, que Napoleón le lamiera la cara. El pequeño movía rápidamente la cabeza de un lado a otro provocando que el perro, que estaba encima de él con las patitas apoyadas en su pecho, cada vez estuviera más decidido a chuparlo. La inocente escena transmitía tanta alegría que las dos mujeres que la observaban, Gabrielle y la doncella, no dejaban de reír alborozadas.

—Gabrielle.

Cuando escuchó la voz de su marido volvió la vista hacia él con los ojos brillando y las mejillas ruborizadas. En ese momento Jake entendió a Killian, porque él no había visto nunca tan feliz a

Gabrielle y eso que el día anterior había sido su cumpleaños y parecía bastante contenta.

—Es increíble que esté tan callada —murmuró Jake, refiriéndose a la niña que parecía un angelito chupando un trozo de pan, mientras dejaba un beso amistoso en la ruborizada mejilla de Gabrielle. Ella bajó la vista hacia la pequeña.

—Es muy buena. —Atónito, Jake miró a Molly que sonrió, también sorprendida.

—Será contigo. Molly la ha estado meciendo y cantando todo el camino y no ha dejado de berrear. Todavía me duele la cabeza. —Gabrielle arrugó la frente y miró a la doncella, repentinamente preocupada.

—Perdona, no me he dado cuenta de que estarías cansada. Ahora que Jake y mi marido están conmigo, ve a la cocina y dile a la cocinera que te dé algo de comer y descansa un poco. —La doncella se marchó después de darle las gracias con un murmullo — Le diré a James que prepare habitaciones para todos —dijo Gabrielle, pero antes de que Jake pudiera agradecérselo se volvió hacia su marido —Y ahora que estamos solos, ¿alguien puede explicarme quienes son estos niños y por qué están aquí? —preguntó en voz baja mientras Cliff corría sobre la hierba perseguido por el cachorro.

Killian, sentado a su lado, se lo contó todo y ella se quedó mortalmente callada durante unos minutos mientras los tres observaban a Cliff y Napoleón, hasta que ella dijo:

—De modo que… ¿no tienen padres? —Killian la miró sobresaltado y al ver su expresión sacudió la cabeza, negándose. —¿Por qué dices que no si todavía no sabes lo que estoy pensando? —preguntó ella con una tierna sonrisa.

—Porque sí que lo sé.

—¿Y qué es, querido? —indagó ella con un semblante inocente que no engañó a su marido.

—Que quieres quedarte con ellos, pero no puede ser.

—¿Por qué no? —susurró, seria de nuevo. Lo miró de tal forma que él cogió la mano que tenía libre porque con la otra sujetaba a la pequeña, antes de contestar:

—Cariño, ese niño ha intentado asesinar a Brenda. No podemos tenerlo aquí, no sabemos lo que puede llegar a hacer. Habría que vigilarlo continuamente hasta saber…

—Estoy dispuesta a hacer lo que tú digas hasta que te quedes tranquilo. Seguiré todas las reglas que quieras. —Él volvió a sacudir la cabeza con aspecto apesadumbrado. —Piénsatelo por lo menos. Ya sabes lo que será de ellos si los mandas a un orfanato. —Como no contestaba, insistió —: Por favor.

Killian se giró para poder mirar al niño que se había vuelto a tirar sobre la hierba y que jugaba con el perro como si lo conociera de siempre. Jake se mantuvo callado, consciente del enorme problema que le había creado a su jefe sin querer. Después de un par de minutos, Killian se volvió hacia Gabrielle de nuevo y contestó:

—Antes de decidir nada, Jake y yo hablaremos con Cliff en el despacho.

—De acuerdo. —Gabrielle aceptó enseguida y bajó la vista hacia la niña—Si no podemos quedarnos con ellos, ¿dónde los mandarás? —susurró, preocupada.

—Lo mejor sería enviar al niño a un colegio y a la niña con una familia hasta que sea más mayor, pero preferiría no separarlos.

—Está bien —suspiró Gabrielle.

—Te prometo que buscaré un lugar adecuado para ellos, no los mandaré a un orfanato.

Al ver la ternura con la que su mujer acariciaba el moflete de la niña, Killian ofreció:

—Si quieres… podríamos quedarnos a la niña durante un tiempo y al niño mandarlo a un colegio donde puedan tenerlo vigilado, solo hasta estar seguros.

—No —contestó ella enseguida, en voz baja—. Ese niño adora a su hermana, no podemos hacerle eso. —Killian asintió sabiendo que tenía razón.

No fue sencillo apartar a Cliff de Napoleón, pero finalmente lo consiguieron y el pequeño los acompañó por el largo pasillo hasta el despacho en silencio, claramente atemorizado. Killian intentó tranquilizarlo:

—No tengas miedo, no va a pasarte nada. Solo queremos hablar contigo.

El niño tenía los ojos agrandados por el miedo y desde que se había quedado a solas con ellos, parecía haber perdido la facultad del habla. Killian abrió la puerta de su despacho.

—Pasa y siéntate, Cliff —ordenó con voz suave.

Obedeció sin rechistar, sentándose en uno de los grandes sillones que había frente al escritorio y quedándose con los pies colgando debido a su corta estatura. Killian no se sentó en su sillón, sino que lo hizo en el que estaba al lado del pequeño y lo observó atentamente; tenía el pelo rubio y rizado y los ojos de color azul claro igual que su hermana. Jake que prefirió quedarse de pie junto a la ventana que daba al jardín, aprovechó ese momento para tranquilizar al pequeño.

—Killian te ha dicho la verdad, no va a pasarte nada. —El

pequeño miró a Jake en silencio, pero enseguida volvió a mirar a Killian. Era listo y se había dado cuenta de quién mandaba allí.

—Ella no tiene la culpa —dijo en voz baja. Killian lo miró sorprendido.

—¿Quién?

—Martha es muy pequeña —continuó, sin escuchar la pregunta de Killian—, ni siquiera habla todavía, ella no sabía lo que íbamos a hacer. La culpa de que esa señora esté mala es mía. —Su rostro se deformó y comenzó a respirar con dificultad, como si estuviera a punto de ponerse a llorar y se resistiera a hacerlo. Jake miró a Killian haciendo una mueca, porque en la cafetería el niño también había llorado y no estaba seguro de que lo que estaban viendo no fuera también una actuación. Su jefe asintió una vez entendiendo lo que Jake le decía, mientras le dejaba su pañuelo a Cliff para que se secara los ojos. Lo dejaron tranquilo hasta que él solo, con la cabeza agachada, consiguió calmarse. Cuando volvió a levantar la vista Killian lo observaba tan persistentemente que parecía querer traspasarlo con la mirada, pero el crío no apartó la suya.

—Cliff, ¿quién te dio esos polvos y te dijo que los echaras en el té de Brenda? —El niño se mordió el labio inferior, aterrorizado, y el juez se inclinó lo suficiente para que pudiera ver bien sus ojos —Si eres sincero conmigo no os pasará nada, ni a ti ni a tu hermana, te lo prometo. Y yo siempre cumplo mi palabra. —Cliff, inocentemente, miró a Jake que asintió con gesto serio.

—El señor Barton. Él me los dio y me dijo lo que tenía que hacer —susurró, casi sin voz

—¿Sabes su nombre completo?

—Sé que algunos le llaman el Canijo, pero él me dijo que me arrancaría la piel a tiras si alguna vez lo llamaba así —aseguró, pálido. Killian se controló intentando no mostrar la furia que sentía porque alguien tratara así a un niño.

—¿Ese hombre es de tu familia? —El niño sacudió rápidamente la cabeza, negándolo — Entonces, ¿de qué lo conoces?

—Cuando murió mamá, a Martha y a mí nos metieron en un orfanato y estuvimos allí muchos días hasta que me enteré de que habían encontrado una familia para ella, entonces me escapé llevándomela conmigo. No quería que nos separaran porque entonces no podría cuidarla, mi madre siempre decía que tenía que cuidar de ella porque era mi hermana pequeña. Pero no teníamos dinero ni un sitio adónde ir…—recordó, respirando angustiado —… una noche el señor Barton nos encontró

durmiendo en la calle y nos llevó a su casa. —Jake se estremeció al escuchar al pequeño.

—¿Y tu padre dónde está? —El niño se encogió de hombros apartando la vista, lo que hizo que Killian pensara que nunca lo había conocido—Está bien Cliff, eso no importa. Sigue contándome… ¿siempre habéis vivido en Cobh?

—No, señor, vivíamos en Londres.

—¿Y cuándo fuisteis a Cobh?

—Hace unos días, pero no sé cuántos porque el señor Barton nos tenía encerrados en una habitación casi todo el tiempo. —Volvió a agachar la cabeza, compungido, y Killian miró a Jake que movió la cabeza, asqueado por lo que contaba el niño, pero no dijo nada. Killian siguió interrogándolo:

—Dime Cliff, mientras estuvisteis en esa habitación, ¿no viste a nadie más aparte del señor Barton? El niño se quedó pensativo un rato y después contestó:

—Sí, hace poco vinieron un hombre y una mujer muy guapos. Querían vernos a Martha y a mí—susurró —. Estábamos dormidos y Martha se puso a llorar, no le gusta que la despierten, ¿sabe?

—A mí tampoco me gusta. — El niño sonrió levemente—¿No sabes cómo se llamaban el hombre y la mujer que fueron a veros?

—No, señor.

—¿Cómo te enseñó el señor Barton lo que tenías que hacer en la cafetería?

—Me hizo repetirlo muchas veces hasta que estuvo seguro de que lo haría bien.

—¿Habías hecho antes algo parecido?

—No, señor.

—¿Te ha enseñado a robar carteras?

—En Londres estaba empezando a enseñarnos a todos los niños que vivíamos en su casa, pero, de repente nos trajo aquí. Me dijo que si hacía bien este trabajo mi hermana y yo podríamos comer lo que quisiéramos durante semanas. —Killian estaba horrorizado, pero asintió lentamente sin hacer ningún gesto.

—¿Quieres decir que, si tú y los demás niños no hacíais las cosas bien, no os daba de comer? —El pequeño lo confirmó con un murmullo y Killian sabía que decía la verdad, no había más que ver lo delgado que estaba, y la cara de Jake le dijo que estaba pensando lo mismo. Y el juez también supo, en ese mismo instante, que no sería capaz de dejar que esos dos niños se marcharan de su casa. Se agachó de nuevo para que el pequeño pudiera ver bien su rostro—Cliff, voy a prometerte otra cosa, que ni tú ni tu hermana volveréis a pasar hambre. —La boca del niño tembló visiblemente antes de que un par de gruesos lagrimones

cayeran por sus mejillas. Killian se levantó y se dirigió al escritorio, abrió el primer cajón de la derecha y, cogiendo los retratos que había hecho Amélie, volvió junto al pequeño— Quiero que te tranquilices y mires despacio estos dibujos. Fíjate bien y dime si conoces a alguien. — Cuando el niño había dicho que el hombre y la mujer que los visitaron eran muy guapos, recordó que Ariel también le había comentado que el jefe del grupo que las retuvo varios días a Violet y a ella, era el vampiro más atractivo que había visto en su vida. Unos instantes fueron suficientes para que el niño señalara el dibujo del centro. El de Edevane.

—Este. Este es el que vino con la señora.

—¿La señora cómo era? —preguntó Jake. El niño se encogió de hombros sin saber qué decir—No sé. Guapa, como él. —A continuación, preguntó a Killian muy preocupado —: ¿Tienen aquí leche? Martha necesita tomar mucha leche porque es muy pequeña y tiene que crecer, ¿sabe?

Killian miró a Jake, mientras contestaba al pequeño:

—Tenemos leche Cliff, no te preocupes. Ahora vuelve con mi mujer, anda. Jake y yo tenemos que hablar. —Lo acompañó a la puerta, pero antes de que el niño se lanzara a la carrera por el pasillo, le dijo: —Cliff, si te quedas aquí, no puedes mentir. Nunca. Y habrá una serie de normas que tienes que cumplir, como por ejemplo ir al colegio. Si lo haces, podrás vivir con nosotros y yo me encargaré de todo, tu no tendrás que preocuparte de nada nunca más —prometió — ¿Estás de acuerdo?

—Sí, señor —susurró, aunque no parecía creer del todo lo que le estaba diciendo. Pero Killian sabía que solo conseguiría su confianza con el tiempo.

—Está bien. Vuelve al jardín.

Cuando el sonido de su carrera se alejó por el pasillo Killian se volvió hacia Jake que sonreía sin tapujos y que dijo, aparentando seriedad:

—Una decisión totalmente racional.

—Por supuesto —contestó Killian, entornando los ojos por su tono burlón—¿Me estás tomando el pelo?

—No se me ocurriría —aseguró Jake, aparentemente serio. —Entonces, se quedan contigo— aclaró.

—Sí. Esta noche mandaré una nota a Amélie para que venga mañana, quiero que haga un dibujo de la mujer que acompañaba a este, —señaló con el dedo índice el dibujo de Edevane— con la descripción que le haga Cliff.

—¿Quién crees que es?

—No lo sé —aseguró, encogiéndose de hombros —, pero

puede que nos sorprendamos.

VEINTISÉIS

Habían pasado un par de horas desde que habían terminado el ritual, cuando Burke notó que Brenda se estaba quedando fría y que su respiración era más superficial. En el libro avisaba de que, si le ocurría eso, era mejor que estuviera sentada, de modo que él se sentó en la cama con la espalda apoyada en el cabecero y la colocó sobre sus piernas, abrigándola de nuevo con las mantas. La llamó varias veces intentando que despertara, pero ella no reaccionó.

—Estoy aquí, cariño —murmuró, besando su frente.

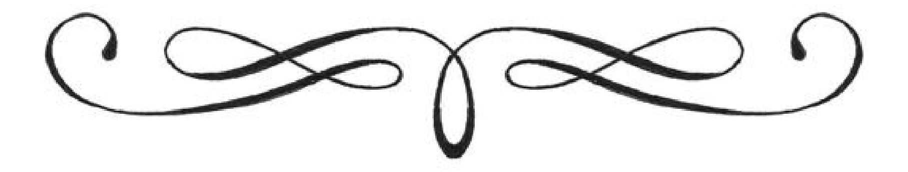
Su cuerpo permanecía laxo entre sus brazos, su cabeza estaba caída hacia atrás y cada vez respiraba peor. Pero lo que más lo asustó fue que su corazón se estaba ralentizando, como si no tuviera fuerzas para latir a un ritmo normal. Desesperado, volvió a abrirse la herida del pecho y mojó sus dedos en la sangre rozando los labios de Brenda, esperando que bebiera las pocas gotas que había dejado en ellos, pero no lo hizo. Volvió a intentarlo, pero en esta ocasión le abrió la boca cuidadosamente y rozó su lengua con los dedos ensangrentados. Repitió la operación un par de veces hasta que vio, aliviado, que su garganta se movía al tragar.

—¡Muy bien, amor mío! —La alentó.

Volvió a hacer lo mismo unas cuantas veces más hasta que le pareció que tragaba con más facilidad y entonces volvió a acercar su boca a la herida y Brenda comenzó a beber, aunque seguía teniendo los ojos cerrados. Ver que lamía su sangre sabiendo lo que eso significaba, hizo que a Burke se le formara un nudo en la garganta.

—Bebe, tienes que vivir por los dos—susurró, con los ojos húmedos.

Se sentía redimido. Ahora estaba seguro de que, aunque todavía quedaba lo peor de la transformación, la superaría. Brenda bebió unos minutos más y Burke volvió a tumbarla acostándose junto a ella, preparándose para afrontar la última fase de la transformación.



Tuvo que traspasar varias capas de oscuridad hasta que llegó a la luz y cuando lo consiguió, se sorprendió por haber podido volver de un lugar tan frío y oscuro a pesar de lo cansada que estaba. Abrió los ojos y vio que Burke la abrazaba y sonrió feliz, pero su sensación de bienestar desapareció enseguida al sentir un dolor tan fuerte que le desgarró las entrañas y la hizo desear estar muerta. Cuando él notó que la temperatura de Brenda comenzó a subir, se levantó a por el agua y las toallas limpias y las dejó sobre la mesilla, al alcance de su mano.

Durante los segundos de descanso que le daba el dolor, ella intentaba sonreír para tranquilizar a Burke. Él se había sentado junto a ella en la cama e intentaba aliviar la fiebre que la quemaba por dentro, pasándole sin descanso una toalla empapada en agua por todo el cuerpo. Inesperadamente, el estómago de Brenda se retorció y unas terribles arcadas subieron por su garganta. Con un susurro desesperado, le pidió que la ayudara a bajar de la cama y él obedeció en silencio, sosteniéndola con seguridad. En cuanto pudo, Brenda se puso a cuatro patas sobre el

suelo donde arrojó lo poco que tenía en el estómago. Agotada y sudorosa solo pudo descansar unos segundos antes de que una segunda oleada de arcadas la hicieran vomitar otra vez. Aguantó como pudo la siguiente oleada y la siguiente… cuando terminó, se dejó caer apoyando la mejilla en la madera del suelo con un gemido de agotamiento. Sintió que Burke volvía a limpiarle el rostro despacio y con la mayor suavidad que pudo, como si supiera que hasta la piel le dolía.

—¿Te sientes mejor? —Ella abrió un ojo y asintió, sin ganas de hablar. Se colocó una mano encima del vientre tentativamente y él la cubrió con la suya —¿Quieres volver a vomitar?

—Ahora mismo no —Se arriesgó a contestar con voz ronca. Burke estaba tan pálido que se sintió mal por él. Pesarosa, le dijo:

—Lo siento.

—¿Por qué? —preguntó extrañado, escurriendo la toalla que acababa de aclarar en la jofaina. Incansable, se la pasó por el pecho, los brazos y el vientre, haciéndola suspirar de placer porque hacía desaparecer el terrible calor que sentía, aunque fuera por unos segundos.

—Por todo esto. —Le contestó, señalando los restos de su estómago esparcidos a su lado.

—Es un honor para mí poder cuidarte, aunque no tengo mucha experiencia —dijo, haciendo una mueca y volviendo a mojar la toalla.

—Lo haces muy bien. —Él sonrió sin ganas y apartando la palangana, se inclinó sobre ella.

—Pareces estar mejor.

—Sí. —Aunque tenía la mano apoyada en la tripa como si esperara que volvieran las arcadas en cualquier momento.

—Voy a subirte otra vez a la cama, no quiero que te enfríes. —Al menos esta vez cuando la levantó en brazos ella pudo, aunque débilmente, agarrarse a su cuello. Él volvió a acostarla, arropándola bien y comenzó a recoger la habitación.

Tumbada en la cama observó, asombrada, cómo limpiaba todo lo que ella había manchado; después, la vistió con un camisón limpio y él se puso unos pantalones de pijama. A continuación, se sentó en la silla que había junto a la cama y, cogiendo su mano, la miró con una sonrisa muda. Y ella pudo ver el temor que todavía latía en el fondo de sus ojos verdes, entonces se deslizó despacio sobre las sábanas para cambiarse al otro lado de la cama. Lo hizo lentamente porque estaba exhausta, pero cuando lo consiguió golpeó suavemente el espacio que había dejado libre sobre el colchón y le dijo:

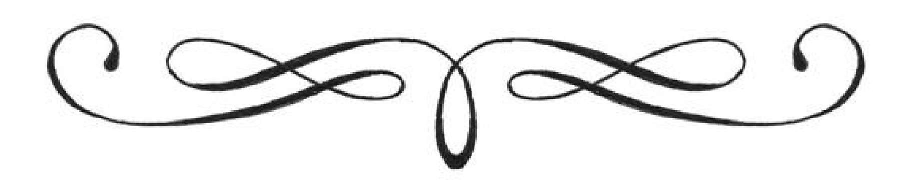
—Acuéstate conmigo. —En ese momento fue consciente de lo

mal que lo había pasado Burke porque aceptó su orden sin rechistar. Cuando se tumbó, se volvió hacia ella y la abrazó ocultando el rostro en su hombro. Brenda apoyó la mano en su nuca, acariciándola suavemente —Ya ha pasado lo peor. Tenías razón, no ha sido tan horrible—mintió—, seguramente porque mi padre era un vampiro. — Brenda notó el movimiento de sus labios en la piel cuando contestó:

—Si no lo hubieras superado…

—Pero lo he hecho. —Lo interrumpió, besándolo en la cabeza como si fuera un niño agotado y disfrutó al escuchar su suspiro. Los brazos de él la rodeaban como habían hecho tantas veces esos días y Brenda sintió que se le cerraban los ojos inexorablemente. —Durmamos un rato… ¿no tienes sueño? —susurró bostezando y se durmió.

Jake sintió que la opresión que sentía en su pecho desaparecía y, con un murmullo de agradecimiento, cerró los ojos y se dejó llevar por el cansancio.



Era el primer día que Brenda salía de su dormitorio desde el

envenenamiento y Burke había ido a buscarla para acompañarla al comedor. Caminaban lentamente, cogidos de la mano y cuando entraron en el comedor Bart y Jake se levantaron educadamente, saludando y preguntándole cómo estaba.

—Bien, muchas gracias. Y gracias por las flores — contestó con una sonrisa. Aunque seguía pálida, tenía mucho mejor aspecto y cuando se sentó, se dirigió a Bart:

—No habíamos vuelto a vernos desde lo ocurrido en la cafetería ¿Cómo te encuentras?

—Ya estoy recuperado. Estábamos muy preocupados por ti. —Ella hizo una mueca.

—Tendría que haberme levantado ayer, pero Burke no quiso. —El aludido, indiferente a su queja, se sirvió otro café.

—Tiene peor aspecto él que tú —afirmó Jake, refiriéndose a su hermano.

Brenda estaba de acuerdo. Ese era uno de los motivos por los que quería levantarse cuanto antes, para asegurarse de que dejaba de preocuparse por ella y se recuperaba; y el segundo, porque quería hablar con Lorna para solucionar lo de sus hermanos cuanto antes.

—¿No tienes hambre? —preguntó Burke echando una mirada significativa a su hermano que hizo que Jake prestara toda su atención a su desayuno, ocultando una sonrisa. Después, sirvió una taza de café a Brenda, que no pensaba volver a tomar té en una buena temporada y se levantó para ir al aparador, donde estaban las fuentes de comida para el desayuno y llenó un plato que dejó frente a ella.

—¿Y tú?, ¿no vas a comer nada? —Le preguntó, observándolo con la frente arrugada.

—Ya he comido —contestó, echando otra mirada a Jake.

Brenda no se dio cuenta porque su mente estaba centrada en otra cosa y con la taza de café en una mano, tabaleó suavemente con los dedos de la otra sobre el mantel que cubría la lujosa mesa de caoba, pensando en cómo abordar el asunto. Al final decidió que lo mejor era no dar demasiados detalles.

—Burke, necesito ir a Cork. Si te parece bien, le diré a Ian que me lleve.

—Claro. —La miró con interés —¿Puedo preguntarte a dónde vas a ir? —Ya se imaginaba ella que no iba a ser tan fácil. Suspiró y se lo dijo.

—Quiero ir a ver al notario para que me dé una copia del testamento y preguntarle si puede encargarse él de negociar con Lorna o con su abogado… —se interrumpió al ver la expresión de satisfacción que había aparecido en el rostro de Burke—¿Qué has

hecho? —preguntó, recelosa.

—Unas cuantas cosas —confesó, disfrutando.

—Mi hermanito ha estado muy ocupado —interrumpió Jake, ganándose otra mirada de advertencia de Burke. Jake levantó las palmas de las manos en son de paz y terminó su café de un sorbo, luego le dijo a Bart:

—¿Has terminado? — Bart se metió un último tenedor lleno de comida en la boca que ayudó a bajar con un sorbo de té y se marcharon. Pero antes de cerrar la puerta para dejarlos a solas, Jake dijo a su hermano:

—Estaremos en el jardín.

Burke asintió, pero miraba a Brenda.

—¿Vas a contarme lo que estáis tramando?

—Por supuesto. —Su sonrisa provocó que el corazón de Brenda comenzara a latir más deprisa—La verdad es que ayer y anteayer estuve muy ocupado, pero no trabajando como te dije. Aproveché para ir a Cork a ver al notario y él accedió a estar presente cuando hablara con Lorna. —Brenda se puso una mano sobre el pecho, nerviosa —Y hemos llegado a un arreglo. Está de acuerdo con que tú te quedes con la tutela de tus hermanos a cambio de que le pases una cantidad al mes, que estoy seguro de que te parecerá razonable. Ya está todo por escrito pendiente de que lo revises y, si estás de acuerdo, que lo firmes. —Sonrió al ver la felicidad que reflejaban sus ojos, antes de continuar—Es lo que querías, ¿no?

—Sí— murmuró.

Estando todavía en la cama, Burke le preguntó una tarde qué era más importante para ella, conseguir que Lorna fuera castigada por el asesinato de Walker o llegar a un acuerdo para que le cediera la custodia de sus hermanos. Brenda no tuvo que pensarlo demasiado porque sabía que para su padre lo primero siempre sería que sus hijos fueran felices.

—Marcus seguirá investigando, intentando encontrar pruebas de que la muerte de tu padre no fue un accidente y de que Lorna fue la responsable, pero, mientras tanto, tus hermanos vivirán contigo y tú tomarás todas las decisiones que les afecten. Discutir con ella me llevó casi toda la mañana de anteayer y durante gran parte de la negociación creí que no conseguiríamos llegar a un acuerdo. Todo se solucionó al final cuando le dije que, si teníamos que volver a reunirnos otro día, no sería tan generoso.

—¿También estaba su abogado? —susurró, preocupada.

—No. En la nota que le envié ya le había avisado de que, si quería llegar a un acuerdo, él no debía estar presente. Nos reunimos en el despacho del notario y tengo que decir que él

ayudó bastante. —Arrugó la frente al ver que ella se mordía el labio inferior.

—¿Qué te preocupa?

—¿Qué habéis hecho con Darian? —El gesto de enfado de Burke no la sorprendió ya que habían discutido sobre el antiguo empleado de su padre varias veces, sin llegar a ponerse de acuerdo.

Cuando Jake volvió de Dublín de dejar a los niños, se presentó en la oficina del puerto siguiendo una corazonada y habló con Darian que, después de unos minutos de presión, reconoció que él era el confidente de Edevane. Al enterarse, Burke dijo que quería que lo juzgaran como cómplice por el envenenamiento, pero ella le había dicho que no quería denunciarlo. Nadie deseaba más que ella que los responsables pagaran por lo que le habían hecho, pero sabía que Kelsey no sobreviviría sin su padre; entonces le pidió a Burke que lo castigara, pero de forma que no dejara desamparado a su hijo. Además, estaba decidida a entregar a Darían el legado que su padre había dejado para él, a pesar de todo, y eso provocó otro enfado de Burke que le dijo que era como si le estuviera premiando por intentar matarla. Por eso a Brenda le sorprendieron tanto sus siguientes palabras:

—Hablé con él y tenías razón. Todo lo hizo por su hijo, para asegurar su futuro, pero jura que no sabía que te iban a envenenar; cuando supo lo que te habían hecho se arrepintió y dice que estaba resuelto a confesarlo. —Ella puso la mano sobre el antebrazo de Burke y él cogió la mano para besarla— Él y Kelsey salieron ayer en uno de mis barcos con destino a América. Una vez que estén allí, les entregarán el dinero del legado del que podrán vivir sin problemas. Pero antes de salir le avisé de que, si volvía a Irlanda, iría directo a la cárcel. — Ella sonreía satisfecha.

—Gracias, Burke. Sé que no es lo que tú querías. —Él se encogió de hombros con una sonrisa burlona dirigida a sí mismo.

—He descubierto que lo que más me importa es que tú seas feliz. Pero aún no te he contado todo lo que hice ayer. —La miró fijamente, recorriendo su rostro en silencio durante un instante antes de seguir hablando—Por la tarde estuve en una joyería de Cork —confesó sorprendiéndola. A continuación, sacó una pequeña caja de terciopelo azul de su chaqueta y la dejó sobre la mesa, junto al plato de Brenda.

—¿Qué es? — susurró ella casi sin voz.

—Ábrela —contestó.

Dentro había una impresionante sortija con una gran piedra rosa, cuadrada y semitransparente, que cuando le dio la luz se

volvió violeta.

—Cuando vayamos a Dublín podrás elegir otra que te guste más. —Brenda, fascinada, solo consiguió apartar la mirada de la sortija para mirarlo a él, cuando confesó: —No era la mejor que había en la joyería, pero no he podido resistirme a ella.

—¿Por qué? — preguntó casi sin voz.

—Porque cuando se vuelve violeta es del mismo color que tus ojos. —Dejando la caja sobre la mesa con un gemido Brenda lo besó, abrazándolo con fuerza. Cuando se separaron, él preguntó impaciente —: Brenda Stevens o Nolan, como quiera que decidas llamarte de ahora en adelante… ¿quieres casarte conmigo, por favor? —Ella ladeó la cabeza y lo sorprendió al contestar con otra pregunta:

—¿No te parece que falta algo en tu proposición? No sé, algún tipo de declaración… —insinuó sonriente, aunque sus mejillas ardían. Él acarició una de ellas con el dedo índice.

—¿Te refieres a algo así como que estoy totalmente enamorado de ti y que si no hubieras sobrevivido yo tampoco lo habría hecho? Porque si es eso, creía que ya estarías harta de oírmelo decir —bromeó, aunque sus ojos demostraban la emoción que sentía. Al ver que ella seguía callada, se puso serio y murmuró—. Te quiero, Brenda. Cásate conmigo y hazme el vampiro más feliz del mundo—. Ella lo abrazó y murmuró con voz temblorosa:

—Yo también te quiero, Burke y estoy deseando que nos casemos. —La abrazó tiernamente hasta que ella, de repente, se apartó de él para poder mirarlo a los ojos.

—¿Y mis hermanos?

—¿Qué pasa con ellos? —preguntó Burke, volviendo a sonreír.

—¿Dónde van a vivir?

—Con nosotros, por supuesto —contestó—Mañana, si quieres, podemos ir a visitarlos para hablar con ellos. Estoy seguro de que se pondrán muy contentos cuando sepan que van a vivir contigo. ¿Te parece bien? —Ella asintió y volvió a abrazarlo con fuerza intentando no llorar, entonces él le hizo el último anuncio:

—He decidido comprarte esta casa como regalo de boda. Tendremos que vivir en Dublín, pero podemos pasar las vacaciones aquí.

Cuando sintió sus lágrimas calientes resbalando por el cuello, Burke la sentó sobre su regazo y la abrazó, comprendiendo que no había conocido la felicidad hasta ese momento.

EPÍLOGO

Los invitados se habían ataviado con sus mejores galas, la casa estaba preciosa y hasta el buen tiempo, extraño para la época, parecía haber sido contratado por el novio. Él mismo había reconocido entre risas ante la sorpresa de sus amigos que, para conseguir el día soleado y sin nubes del que estaban disfrutando, había donado una suma indecente a un famoso convento cercano de monjas de clausura. Según él, al entregar el dinero a la madre superiora, le había pedido que hablara con su jefe para asegurarse de que no llovería en su boda.

Hacía solo un mes que él y Brenda se habían comprometido y al día siguiente habían ido a hablar con Peter y Philippe. No les había costado convencerlos para que se mudaran con ellos enseguida, ya que su madre les había advertido que a primeros de año los mandaría a un internado y los pequeños aborrecían la idea. Jake y Bart también se habían decidido a pasar las navidades con ellos y para Burke habían sido las más felices de su vida.

Los primeros días Peter y Philippe habían estado muy callados, pero enseguida se dieron cuenta de que en su nueva casa podían comportarse como niños y las sonrisas se fueron haciendo cada vez más frecuentes en sus rostros. En ese momento estaban corriendo por el jardín junto a Cliff, que había venido con Killian y Gabrielle; por supuesto, también los acompañaba la pequeña Martha y hasta Napoleón, ante la negativa del pequeño Cliff a marcharse de casa sin él. Al principio Killian se había negado al ultimátum del pequeño, asegurándole que el perro estaría mejor en su casa, pero cedió cuando Gabrielle le confesó, cuando estaban a solas, que a ella también le gustaría que Napoleón los acompañara.

Burke había decidido alejarse de todos durante unos minutos para poder fumarse un puro con tranquilidad. Por ese motivo estaba sentado en un banco de piedra junto a un sauce llorón desde donde observaba cómo los tres niños, Cliff, Peter y Philippe eran perseguidos entre gritos de alegría y ladridos, por el dichoso perro por todo su jardín. Burke sonreía tranquilo mientras fumaba, contemplándolos, pero se volvió al sentir una mano en el hombro derecho. Era Kirby. Se levantó y se abrazaron mientras su amigo le decía:

—¡Felicidades! ¡Cuánto me alegro! —Se apartó bruscamente

con cara de asco al entrarle por la nariz el humo del puro— Pero ¿sigues fumando esas cosas?

—Sí. —Llevándose el cigarro de nuevo a la boca, le dio una fuerte bocanada con una gran sonrisa —Mi mujer dice que no le molesta —anunció, orgulloso —. Ella cree que todo lo que hago está bien.

—¡Dios nos asista! —contestó Kirby en voz alta, riendo y moviendo la cabeza. Miró a su alrededor y al ver que nadie les prestaba atención, reveló en voz baja —Tengo que pedirte un favor.

Burke se puso serio al ver el rostro de su amigo y apagó el cigarro en un cenicero que había sobre una mesa cercana.

—Vamos a la biblioteca— contestó.

Se desvió un poco del trayecto para acercarse a Brenda que estaba sentada con Kristel, Gabrielle y Amélie. Cuando llegó junto a ella, se inclinó lo suficiente para decirle algo al oído mientras curvaba la palma de la mano cariñosamente sobre su nuca. Kristel, que había estado riendo a carcajadas con las demás se puso seria al ver a su marido, sabiendo lo que le iba a pedir a Burke. Nadie escuchó lo que el recién casado le decía a su mujer, pero ella se ruborizó y bajó la mirada sonriendo.

En la biblioteca, los dos amigos se sentaron frente al mirador desde el que se veía la zona del jardín donde habían estado comiendo. El banquete había sido digno de un rey y las mesas estaban vestidas con manteles de hilo blanco bordados a mano y engalanadas con coloridos centros de flores; y, aunque solo hacía media hora que habían terminado de comer ahora estaban atiborradas de refrescos, pasteles, pastas y bombones que se ofrecían a los invitados en elegantes bandejas de plata.

Burke había contratado a una empresa londinense que había preparado divertidos juegos para los asistentes, tanto para los niños como para los adultos. Además, todos los invitados se llevarían un recuerdo para que no olvidaran ese día: una sombrilla de encaje para las señoras y un bastón de ébano para los caballeros. Ambos regalos tenían una pequeña placa de plata con la fecha del enlace y el nombre de los novios.

—Nunca había estado en ninguna boda como esta, eres increíble — señaló Kirby sinceramente.

—Todo lo ha organizado Brenda. Lo fácil ha sido poner el dinero.

Durante unos minutos ambos estuvieron observando a los invitados charlar o participar en algunos de los juegos. Entre ellos merodeaban, discretamente, varios agentes de *La Brigada* además de algunos hombres contratados por el novio. Burke se volvió

hacia su amigo en ese momento y preguntó:

—¿Qué necesitas?

—¿Sigues pensando en irte enseguida de luna de miel? — A Burke le extrañó un poco la pregunta, pero contestó sin dudarlo.

—Sí, el barco ya está a punto y al final Jake y Bart se van a quedar a cargo de la oficina del puerto, aunque las tareas administrativas las va a hacer un joven que he contratado en lugar de Darian.

—¿Y con respecto a *La Hermandad,* hay algo nuevo?

—Localizamos el almacén donde tenían escondidos a los niños gracias a las indicaciones del pequeño Cliff, aunque estaba vacío. Pero encontramos unas cajas muy grandes de madera, con respiraderos, como las que se utilizan para transportar animales —musitó, asqueado.

—¿Crees que *La Hermandad* utilizaba esas cajas para trasladar a las mujeres? —preguntó Kirby, horrorizado.

—Estoy seguro. Y también de que volverán por aquí cuando todo se haya calmado. —Ambos permanecieron en silencio observando a un grupo de invitados que paseaban delante del mirador. Cuando desaparecieron de su vista, Burke continuó hablando: —Jake y Bart vigilarán el puerto e investigarán las pistas que tenemos gracias a Cliff y Killian me ha asegurado que, cuando volvamos, ya tendrá a alguien adecuado para que sea el nuevo director del puerto. Y Brenda, los niños y yo nos mudaremos a Dublín a la vuelta, ya he tenido abandonados mis negocios durante demasiado tiempo. — Kirby asintió— En definitiva, que saldremos en un par de días como mucho—Se quedó mirando fijamente a su amigo, preocupado de repente— ¿Qué ocurre, no puedes quedarte con los niños?

Él y Kristel se habían ofrecido para cuidar de los hermanos de Brenda hasta que ellos volvieran de viaje, pero Kirby se apresuró a sacarle de su error:

—¡No, no es eso! Tranquilo, por supuesto que sí, nos quedaremos con ellos encantados. Pero hay algo que quiero pedirte, necesito que le lleves una carta a mi hermana. —Burke frunció el ceño, sorprendido.

—Creía que no sabías dónde estaba.

—Killian recibió una carta del coronel hace unas semanas y, aunque casi no le daba información, ya sabes cómo es. Ahora sabemos dónde están. —Burke era de los pocos que sabían que el coronel era el que acompañaba a Violet en su viaje, por eso solo dijo:

—Imagino que me lo pides porque están en el continente.

—En Italia, en un pueblo llamado Volterra. No sé su dirección

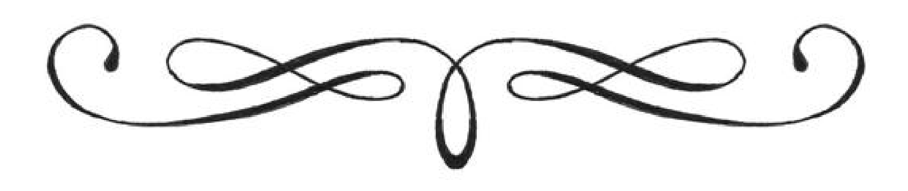
exacta, pero imagino que no será muy difícil localizarlos.

—Imagino que no —musitó Burke como contestación.

Kirby sacó un sobre sellado de su chaqueta y se lo entregó, diciendo:

—Siento pedírtelo, pero tengo que saber si quiere que siga adelante con la reclamación de la herencia de Dixon y, además, hay algo muy importante que tiene que saber. Y por supuesto, quiero saber cómo está.

—Entiendo— dijo Burke—No te preocupes, no es ningún problema, solo tengo que cambiar un poco el itinerario. Es lo bueno de viajar en tu propio barco—comentó, burlonamente. Se levantó y se guardó el sobre — Y ahora volvamos a la fiesta si no te importa. Hace demasiado tiempo que no beso a mi mujer.



Eran casi las tres de la mañana cuando los recién casados pudieron acostarse en su enorme cama. Después de apagar la luz Burke abrazó a su mujer con un suspiro de satisfacción y comenzó a besarle en la mejilla, descendiendo en dirección al cuello cuyo olor llevaba tentándolo todo el día.

— ¿Estás seguro de que hemos hecho bien dejando que Killian y Gabrielle se queden con mis hermanos? —Él levantó el rostro al escuchar su tono de preocupación.

—Ellos se han ofrecido —contestó.

—Ya, pero es demasiado. Tres niños de esa edad, tan inquietos… además de la pequeña Martha. Mientras han estado aquí no han parado ni un momento. Y ese perro…— terminó, recordándolo con una risita divertida.

—Cuando Cliff ha comenzado a llorar porque no quería separarse de tus hermanos… me imaginaba que algo así podía ocurrir. La primera vez que se ha ofrecido Gabrielle, me he negado, pero Killian ha insistido y, si al final he aceptado, es porque parecían contentos de llevárselos. Además, les vamos a enviar a dos de nuestras doncellas, no te preocupes más —ordenó, con voz suave.

—Está bien —convino ella con un suspiro, abrazándolo por la nuca —. Estoy deseando que nos embarquemos, aunque también me siento un poco culpable por dejar a Jake y a Bart en la oficina. Solo han tenido un mes para aprender cómo funciona todo. —Él sonrió por la capacidad que tenía su mujer para preocuparse por todo y, aprovechando que tenía el pelo suelto, acarició uno de sus mechones mientras decía:

—Afortunadamente el chico nuevo ha demostrado ser tan capaz como Darian o más; de modo que Jake y Bart aprovecharán para investigar lo que ha estado haciendo *La Hermandad* en el puerto y, si descubren algo no tienen más que avisar a Killian. Y ahora, señora Kavannagh volviendo a lo importante, déjame demostrarte cuánto me alegro yo también de que nos vayamos. No me puedo creer que te vaya a tener unas semanas solo para mí —confesó con voz ronca. Ella lo miraba con todo el amor que sentía por él brillando en los ojos.

—Yo tampoco— contestó—, pero esto solo es el comienzo... —repentinamente, sus ojos se humedecieron y dijo: — Burke quiero agradecerte… —pero él le puso el índice sobre los labios para que no siguiera.

—Ni una palabra más — ordenó dulcemente.

—Pero gracias a ti, mis hermanos…—Burke sacudió la cabeza con una sonrisa.

—¿Sabes que yo era tan estúpido, que no entendía a mis amigos cuando me decían que su mayor felicidad era ver contentas a sus esposas? —Ella negó con la cabeza y él hizo una mueca— Pues así era, hasta que a mí empezó a pasarme lo mismo contigo.

—Burke… —murmuró, pero él la interrumpió.

—Ahora siento lo mismo que ellos, por eso no quiero que me des las gracias por nada porque haciéndote feliz estoy siendo egoísta. ¿Entiendes? — explicó sonriendo.

—Te quiero, Burke— susurró ella, emocionada. Las pupilas de él se dilataron de placer y declaró:

—Y yo a ti, velisha mía.

Sus labios se fundieron en un largo y apasionado beso y sus cuerpos se entrelazaron bajo la melancólica luz de la luna.

FIN



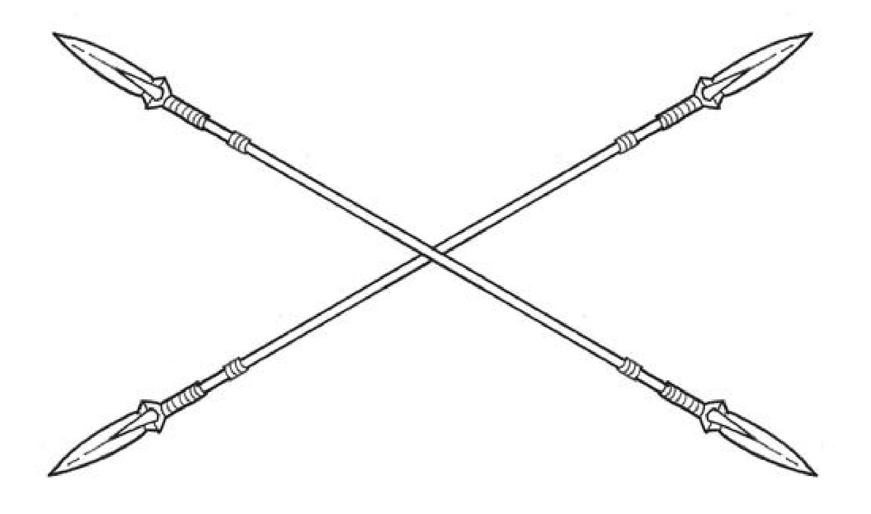
https://www.margottechanning.com/


EL CORONEL
LOS VAMPIROS DE CHANNING 7
MARGOTTE CHANNING

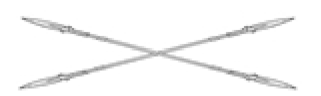
EL CORONEL

MARGOTTE CHANNING


Margotte
Channing



Consejo de Eruditos de Baddlevam



Extracto de los escritos que se encuentran en la biblioteca del Club Enigma de Dublín

«… Recientemente hemos certificado el caso de un acoplamiento producido entre un vampiro y una hembra humana, por lo que podemos confirmar que la posibilidad de que ciertas mujeres puedan ser las compañeras de algunos vampiros no es una leyenda.

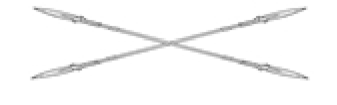
En los escritos antiguos a estas mujeres se las llamaba *velisha**, y según los Pergaminos de Naghar, en sus manos se encuentra la salvación de los machos que han perdido las ganas de vivir. Son, además, la única posibilidad de que vuelva a haber niños en nuestra sociedad.

Pero para que la humana se convierta en una de los nuestros, el vampiro y ella deben realizar el siguiente ritual: aparearse tres veces durante la misma noche y, en cada una de las tres ocasiones, ambos tienen que beber de la sangre del otro. Solo entonces se producirá la transformación, aunque la transición será dolorosa y durará varias horas.

Los Eruditos de Baddlevam seguiremos con atención cualquier nuevo acoplamiento que haya entre nuestras especies, ya que estamos seguros de que la unión entre vampiros y humanos es la única vía para la supervivencia de todos.»

**Velisha* en el idioma antiguo significa pequeño milagro.

ÍNDICE DE PERSONAJES



Alexander Brooks- Es el actual Guardián, es decir, que es la máxima autoridad dentro de la sociedad vampírica. Él y su mujer Helena son los padres de Cameron Brooks quien según la tradición debe ser el siguiente *Guardián.*

Alfonsina- Humana, madre de Chiara. Ella y su marido trabajan en la Casa Grande.

Amber Gallagher- Hija del difunto Malcolm Gallagher; hace unos años tuvo una historia de amor con Devan Ravisham, pero acabó muy mal.

Amélie de Polignac – Humana. Unos agentes de *La Hermandad* asesinaron a sus padres cuando era una niña y estuvieron a punto de matarla también a ella; afortunadamente, el juez Richards la encontró a tiempo. Está casada con Cian Connolly, el dueño del club Enigma de Dublín.

Ariel- Su nombre real es Megan Campbell. La Hermandad asesinó a su hermana, su sobrina y su cuñado, motivo por el que trabaja como agente de *La Brigada*.

Bart Wilson- Vampiro. Agente de *La Brigada* y pareja de Jake Kavannagh.

Brenda Stevens- Humana. Era la mano derecha del anterior director del puerto de Cobh, Walker Nolan, y según se rumorea también su amante.

Burke Kavannagh- Vampiro. Miembro del grupo de los *Cuatro Legendarios* y el más rico de todos. Ha accedido a ser el nuevo director del Puerto de Cobh durante un tiempo para detener las actividades criminales que *La Hermandad* está

realizando allí.

Cameron Brooks- Vampiro. Es el único hijo de Alexander y Helena Brooks, aunque no ha tenido relación con ellos durante muchos años ya que por su culpa rompió con Nimué Sinclair, su velisha.

Chiara- Humana. Ayuda a Giulio en su casa.

Cian Connolly- Vampiro. Dueño del Club Enigma de Dublín y casado con Amélie de Polignac, una humana que fue adoptada por Killian Gallagher cuando *La Hermandad* asesinó a sus padres.

Clubes Enigma: Espacios privados fundados varios siglos atrás para ofrecer a sus miembros un lugar de esparcimiento, aunque su propósito se ha ido adaptando a las necesidades de la sociedad en cada momento. Actualmente, además de seguir siendo ilustres centros destinados a la reunión y diversión de sus socios, en sus protegidas bibliotecas se guardan muchos de los libros y pergaminos que narran la historia vampírica desde la antigüedad hasta nuestros días.

Devan Ravisham- Vampiro. Subdirector del club Enigma de Dublín.

Edevane Berry- Vampiro. Jefe del grupo que retenía prisionera a Violet cuando ella y Ariel escaparon.

***El Maestro*-** Vampiro que dirige *La Hermandad* en la sombra. Hasta hace poco tiempo todos creían que *El Maestro* era Joel Dixon, pero recientemente se ha descubierto que, en realidad *El Maestro* es Sanderson, el que aparentaba ser su mayordomo.

Fenton Strongbow- Vampiro. Agente de *La Brigada* y pareja de Ariel.

Flavio- Humano. Padre de Chiara, trabaja en la *Casa Grande* junto a su mujer.

Gabrielle Touré- Humana. Esposa de Killian Gallagher.

Giulio Aleni- Humano. Fue la pareja de Robert Brandsfield, el tío de Stuart Byrne, hasta que murió. Ahora es anciano y vive en una casita en la finca propiedad de Stuart, en Italia.

Jake Kavannagh- Vampiro. Hermano de Burke, agente de *La Brigada* y pareja de Bart.

James Mackenna- Vampiro, es uno de los C*uatro Legendarios.* Tiene un periódico en Londres y, aunque unos agentes de *La Hermandad* lo incendiaron hace poco, ya está funcionando de nuevo.

John Montgomery- Humano, viudo y con una hija que está estudiando en un internado. Estuvo en el ejército bajo el mando de El Coronel y cuando lo dejó se compró un barco para poder ganarse la vida, porque su padre era pescador y sabía navegar.

Killian Gallagher – Vampiro, está casado con Gabrielle Touré. Es el magistrado de la zona norte de Irlanda, además de ser el fundador y director de *La Brigada.*

Kirby Richards- Vampiro. Magistrado de la zona sur y vinculado a Kristel Hamilton. También es hermano de Violet, la elegida por *La Hermandad* para que en su cuerpo se reencarne Lilith.

Kristel Hamilton- Híbrida, vinculada al juez Richards. Acaba de ser nombrada miembro del nuevo Consejo de Eruditos en la disciplina de Lenguas Antiguas.

La Brigada- Asociación dirigida por Killian Gallagher. Él mismo la fundó para proteger tanto a humanos como a vampiros de *La Hermandad.*

La Hermandad- Sociedad secreta basada en la creencia de que todos los seres que habitan la tierra, incluyendo a los humanos, son inferiores a los vampiros y, por lo tanto, deberían ser sus esclavos. Para conseguirlo están decididos a utilizar cualquier medio como por ejemplo revivir a la demoníaca Lilith.

Lilith (antiguamente conocida como Nammu) - Nació en un hogar humilde y llegó a reinar sobre la antigua Uruk, aunque tuvo que cometer los peores crímenes imaginables para conseguirlo. Pero antes de que la ajusticiaran por todas las crueldades que había cometido, consiguió dejar por escrito el rito que habría que seguir para que su espíritu volviera a la tierra.

Magnolia Stevens- Madre de Brenda Stevens. Humana. Cuando su hija era una niña, la abandonó porque se enamoró de un italiano.

Marcus Craven- Antiguo policía y amigo de Kirby que ahora tiene una empresa de seguridad y de detectives privados.

Megan Campbell- Humana. Mujer de Fenton Strongbow y agente, igual que él, de *La Brigada*. Su nombre en clave es Ariel.

Abiri- Sacerdotisa de la antigua ciudad de Uruk. Su hermano, un guardia del rey, fue ajusticiado por culpa de Lilith por lo que la odia a muerte.

Niall Collins- Vampiro, Conde de Sheffield. Es albino y tiene los ojos marrón rojizos, su aspecto es tan peculiar que no frecuenta la sociedad. También es muy callado e íntimo amigo de Stuart desde que se conocieron en el internado.

Nimué Sinclair- Humana. Acogió y escondió a Kristel Hamilton cuando era una niña en la escuela que dirigía en Escocia, después de que La Hermandad asesinara al padre de Kristel y a ella la amenazaran de muerte. Ahora está vinculada a Cameron Brooks, el amor de su vida.

Paolo di Maggio- Humano. Es el Conde di Veintimiglia y está casado con Magnolia Stevens, la madre de Brenda. Ambos están arruinados y viven en Volterra, en la colonia de los artistas.

Sanderson- Vampiro. Es el verdadero dirigente de *La Hermandad,* pero no se sabe casi nada sobre él.

Sennefer- Sumo sacerdote de la antigua ciudad de Uruk que se enamoró de Lilith tan apasionadamente, que cometió traición contra su rey y su religión para poder estar a su lado.

Señora Longo- Modista del pueblo de Volterra.

Shamash- Primer *Guardián de la Justicia,* vivió en Uruk junto a su mujer Anush y a sus hijos Adasi y Nidara. Fue el único que se enfrentó a Lilith y a Sennefer.

Stuart "Dagger" Byrne- Vampiro. También llamado *El Coronel* por haber sido ese su rango durante los últimos años que estuvo en el ejército. Acompaña a Violet en su huida de *La*

Hermandad.

Violet Richards- Vampira. *La Hermandad* la raptó cuando era un bebé porque reúne todos los requisitos para que Lilith renazca en ella. Es hermana del juez Kirby e hija de Helen y Murphy Richards.

Walker Nolan- Vampiro. Era el director del puerto de Cobh y según la versión oficial murió a causa de un accidente, pero Brenda Stevens siempre ha afirmado que fue asesinado.

UNO



10 de diciembre de 1886
Residencia de John Montgomery
Dublín, Irlanda

Stuart aparcó el carruaje en la callejuela y se bajó de un salto. Cogió las dos bolsas de viaje y luego rodeó el coche y abrió la puerta de Violet, alargando la mano libre para ayudarla a bajar. Ella observó la palma de la mano, inmóvil durante unos segundos, hasta que se decidió a aceptar su ayuda.

—Gracias —murmuró en voz baja. Cuando estaba en el suelo, Violet apartó ligeramente la capucha de la capa que le cubría casi todo el rostro, y quedó a la vista su deslumbrante belleza regiamente enmarcada por una larga mata de pelo rubio que estaba recogida en un elegante moño bajo. Sus brillantes ojos dorados recorrieron el callejón donde se habían detenido, después, se volvió hacia Stuart y dijo—: Quiero saber dónde vamos. —Él asintió con expresión grave y contestó:

—Te lo contaré todo, pero aquí no, es peligroso. Enseguida llegaremos al lugar donde vamos y responderé a todas tus preguntas. —Violet inclinó la cabeza en silencio, aceptando sus palabras.

Ella estaba huyendo de todo lo que le era querido para salvar su vida y la de su familia, pero no entendía el motivo de que Stuart quisiera acompañarla. Sobre todo, después de lo ocurrido en Cork.

Sus pensamientos se dispersaron cuando él le ofreció su brazo y ambos cruzaron el callejón con rapidez, en dirección a la única salida de la callejuela que se veía al fondo. Al llegar allí, se incorporaron a una calle bien iluminada y con un gran movimiento de personas y carruajes, aunque enseguida se notaba que estaban lejos de los barrios más ricos de Dublín. Solo tuvieron que recorrer unos cuantos metros para detenerse ante una puerta pintada de rojo. Stuart llamó con los nudillos un par de veces y echó un vistazo a Violet; pareció que iba a decirle algo, pero la puerta se abrió antes de que pudiera hacerlo. Ante ellos apareció un hombre con el pelo casi blanco excepto por algunos mechones rojizos, estatura mediana y ojos intensamente azules. No parecía tener más de cuarenta años, si los tenía, y en cuanto los vio, se apartó de la puerta para que pudieran entrar en la casa, diciendo:

—Coronel, pase por favor. —Stuart tiró suavemente de Violet para que lo hiciera y cuando los dos estuvieron dentro de la humilde vivienda, el humano cerró la puerta con llave mientras el *Coronel* dejaba las bolsas junto a la pared de la entrada. La única fuente de luz era una lámpara de gas que había sobre una pequeña mesita junto a la puerta.

—¿Ha habido algún problema? —preguntó Stuart al hombre. El extraño sacudió la cabeza de lado a lado.

—Todo marcha según el plan.

—Bien. El coche está en el callejón.

—Ahora mismo se lo llevarán mis sobrinos. —Mirando hacia el oscuro pasillo que había a su izquierda, gritó—: ¡Tom, Ralph!

Dos hombres jóvenes, que rondarían los veinte años, se acercaron deprisa por el pasillo poniéndose sendos chaquetones de grueso paño oscuro, pero sencillos. Saludaron con una sonrisa al *Coronel* y parecieron poner especial cuidado en no mirar a Violet. De pie, en silencio, esperaron las instrucciones de su tío que les dijo:

—El carruaje está en el callejón. Ya sabéis lo que tenéis que hacer —ordenó. Ambos asintieron en silencio y salieron de la casa. El tío volvió a cerrar la puerta con llave y Stuart aprovechó el momento para presentarlos:

—Violet, este es John Montgomery. Es el dueño de esta casa y un viejo amigo que va a ayudarnos. —El hombre miraba a Stuart con tanto respeto que ella se quedó impresionada.

—Encantado, señorita —murmuró John. Inclinaba la cabeza en señal de respeto cuando observó, extrañado, que ella le alargaba la mano.

—Igualmente, señor Montgomery —respondió, consciente de que Stuart no le había dicho su apellido. A continuación, sonrió al

sentir el cuidado con el que su anfitrión estrechaba su mano.

—Si os parece, os enseñaré vuestras habitaciones —murmuró a continuación el dueño de la casa.

—Gracias, John —respondió Stuart escuetamente, observando disimuladamente el rostro de Violet que se había quitado la capucha y que estaba demasiado pálida. Ella pareció no darse cuenta de su escrutinio o no le importó, porque se volvió y comenzó a caminar por el estrecho pasillo siguiendo a John, que llevaba la lámpara en la mano, mientras que Stuart la seguía a ella. John se detuvo junto a una puerta y la abrió, proclamando orgulloso:

—Este es el dormitorio de Sibyl, mi hija, pero está estudiando en un internado y puede utilizarlo la señorita. —Dejó la lámpara sobre un modesto escritorio de fabricación casera, donde había otra lámpara, una jofaina, una jarra con agua y un vaso. La habitación estaba sorprendentemente caliente gracias a que en una minúscula chimenea que había en una esquina ardía un alegre fuego. Mientras Violet observaba la habitación, John encendió la lámpara del escritorio para que tuviera luz —. Si necesitas algo más, dímelo por favor— murmuró, dirigiéndose a Violet. Ella entró en la pequeña habitación y contestó con una sonrisa agradecida:

—Está todo muy bien, muchas gracias. —Después, alargó el brazo, pidiéndole a Stuart su bolso silenciosamente y él se lo entregó. Mirándola a los ojos, señaló:

—Enseguida vuelvo. —Ella asintió y cerró la puerta del dormitorio con una leve sonrisa dirigida al dueño de la casa. Cuando lo hizo, John continuó andando por el pasillo sujetando la lámpara hasta detenerse en la siguiente puerta que abrió, afirmando:

—Esta habitación es la que utilizan mis sobrinos cuando duermen aquí, generalmente cuando nos vamos de viaje, pero esta noche dormirán en casa de unos amigos. Le he dejado a la señorita la de mi Sibyl porque es la única que tiene chimenea, aparte del salón. Creo que tienes todo lo que puedas necesitar. —El coronel dejó su bolso junto a la entrada y su chaquetón encima, sin llegar a entrar y contestó:

—Muchas gracias por todo lo que estás haciendo, John. —Le puso la mano sobre el hombro y continuó—: Voy a ir a hablar con Violet un momento y luego me gustaría que repasáramos los detalles del viaje.

—Por supuesto —murmuró su amigo. Entonces Stuart se dio la vuelta y volvió a la habitación de Violet.

Ella estaba esperándolo y abrió la puerta sin necesidad de que

él llamara, pero, en cuanto dejó la puerta abierta se alejó de él, pegándose a la pared que había enfrente junto al perchero de madera donde ya había colgado su capa. *El Coronel* permaneció junto a la puerta, observándola con gesto triste, pero ella le devolvió la mirada impasible.

—¿Qué te pasa, Violet? —preguntó él con un susurro aparentemente dolido; ella odió el estremecimiento que recorrió su cuerpo al escuchar su voz, ahora que sabía lo que realmente sentía por ella. Levantó la barbilla y contestó:

—Nada. —El Coronel entornó los ojos, pero se obligó a no hacer ningún comentario más al respecto. Sabía que su precaria relación pendía de un hilo desde su última conversación en Cork, y que todavía era posible que ella se echara para atrás y no lo acompañara al viaje. Y haría mucho más que morderse la lengua si con ello conseguía salvarle la vida a Violet —¿Dónde vamos a ir? —preguntó ella a continuación.

—A Italia. Al morir hace unos años un hermano de mi madre me dejó una casa allí, algo que muy poca gente sabe —contestó. Violet se quedó tan sorprendida que tuvo que sentarse en la silla que había junto al escritorio.

—¿Italia? —preguntó con voz ahogada, volviendo a mirarlo.

—Es el sitio más seguro que se me ha ocurrido. Si todo ha ido bien, Killian habrá dicho en la fiesta que has desaparecido y seguro que los de *La Hermandad* ya están buscándote por toda Irlanda.

—Pero…, ¿y si se imaginan que me he ido contigo? Estaríamos lejos de todos; de mi familia, de *La Brigada,* sin nadie que pudiera ayudarnos.

—No hay ninguna razón para que lo hagan, al contrario. Buscan a una chica sola y por eso lo más seguro es que viajemos juntos, como un matrimonio. —Ella agrandó los ojos, enrojeciendo y él parpadeó al notarlo, pero continuó diciendo, con voz pausada—: Nadie sabe que tú y yo nos conocemos y, aunque fuera así, nadie, excepto un par de amigos, saben lo de la casa de mi tío. —Hizo un gesto en dirección al pasillo y dijo—: John tiene un barco que suele utilizar para viajar a Francia, de donde trae mercancía que luego vende aquí. Gracias a eso pueden vivir, él, sus sobrinos y, además, también puede pagar el internado de su hija.

—Si mis clases de geografía no me engañan, Italia está bastante más lejos que Francia —comentó ella y Stuart hizo una mueca al escuchar el tono sarcástico.

—Es cierto, pero el viaje en barco es mucho más rápido que si viajáramos en coche. Si atravesáramos Francia para llegar a Italia

en carruaje, tardaríamos unas tres semanas y por mar, bordeando la península ibérica hasta cruzar el Estrecho de Gibraltar y desde allí a Italia, tardaremos diez o doce días, dependiendo del viento; eso incluyendo un par de paradas para aprovisionarnos de agua, comida o lo que pudiéramos necesitar. —Ella lo miraba con gesto rebelde. Con un suspiro, él aseguró:

—Violet, lo he pensado mucho y esta es la mejor forma de sacarte de aquí con el menor peligro para ti. ¿O es que no sabes que el *Maestro* tiene agentes buscándote en todos los caminos que salen de Dublín? Eres demasiado importante para sus planes como para que te dejen escapar sin luchar.

—Lo sé —susurró ella con voz ronca. Él asintió con la cabeza un poco más tranquilo al ver que empezaba a aceptarlo.

—A nadie se le ocurrirá que vas a coger un barco, seguro que piensan que estás escondida en algún sitio de la ciudad. Y, aunque se les ocurriera, buscarían en los barcos de pasajeros. —Esperó su contestación, pero como no se produjo, aconsejó con voz suave—: Estoy seguro de que John ha preparado algo de cena, deberías comer algo…

—No tengo hambre —replicó, interrumpiéndolo y poniéndose de pie de nuevo. Stuart entornó los ojos porque conocía el gesto que había en su rostro y no le daba buena espina, pero esperó a que dijera lo que tuviera que decir—. De acuerdo, iré contigo a Italia, pero quiero que sepas que lo hago porque no tengo más remedio. Y que, si no fuera porque siguiendo aquí pongo en peligro a mi familia, jamás me iría contigo. —Stuart ni siquiera pestañeó—. Le dije a mi hermano varias veces que no quería que tú me acompañaras, que buscara a cualquier otro. —Él levantó las manos con las palmas hacia arriba, en una inconsciente señal de súplica.

—Sé que te hice daño el otro día en Cork y es lo último que quería hacer, pero…

—No —volvió a interrumpirlo, negando con la cabeza—. No quiero que me expliques nada, me quedó todo muy claro en esa conversación. Lo que no entiendo es por qué te has ofrecido voluntario para acompañarme, si odias tenerme cerca.

—Eso no es cierto —susurró. Sentía su dolor y necesitaba consolarla por eso dio un paso para aproximarse a ella, pero Violet lo detuvo con un gesto de la mano.

—No te acerques a mí. Te agradezco que me ayudes, de verdad, pero creo que es mejor que tengamos el menor contacto posible. Al menos para mí, es lo mejor.

—Está bien —contestó mintiendo, porque no iba a aceptar tal cosa—, pero ante los demás tendremos que aparentar que somos

un matrimonio.

—¿También en Italia? —preguntó Violet, interiormente horrorizada. Él reprimió un suspiro antes de contestar.

—*La Hermandad* está extendida por todo el mundo, también allí. Por eso también tendrás que utilizar otro nombre, será lo más seguro —afirmó con voz suave. Desgraciadamente, ella sabía que tenía razón.

—Esta noche pensaré en un nombre que no me resulte extraño —murmuró—. Otra cosa más, ¿cuánto tiempo vamos a estar fuera? —Él se encogió de hombros antes de responder.

—No lo sé, pero seguramente serán meses. —Violet lo aceptó en silencio, pero sus ojos dorados se oscurecieron al pensar que no vería a su familia en todo ese tiempo. Tragó saliva para aliviar la tensión de su garganta y respondió:

—Pero en la bolsa que había en el carruaje para mí, hay muy poca ropa…

—Porque no estábamos seguros de que la casa de Cam, donde tú y tu familia estabais viviendo, no estuviera vigilada; por ese motivo, tu madre preparó un bolso con lo imprescindible, para que nadie pudiera imaginar al verlo que ibas a aprovechar la fiesta para huir. Cuando lleguemos a nuestro destino compraremos todo lo que necesites.

—De acuerdo.

—¿Tienes alguna duda más? —Ella dijo que no con un murmullo y los ojos negros y los dorados se miraron durante unos segundos, antes de que Violet apartara la mirada. Entonces Stuart se despidió y salió silenciosamente.

Cuando cerró la puerta, Violet se sentó en la cama con un suspiro pensando en sus padres y en su hermano Kirby y en la mala suerte que suponía que, cuando acababa de reencontrarse con ellos después de tantos años, tuviera que alejarse otra vez. Las lágrimas que había reprimido hasta ese momento desbordaron sus ojos y corrieron por sus mejillas, libres por fin. Se tapó la boca con la mano para asegurarse de que desde fuera no se oían sus sollozos; lo último que deseaba era que Stuart se sintiera obligado a consolarla. Ya era suficiente humillación que se sintiera obligado a acompañarla en su viaje alguien que no sentía por ella más que lástima.



Killian abrió la puerta, pero él y Gabrielle, su mujer, se quedaron en el umbral de la habitación donde estaba la familia Richards casi al completo. La única que faltaba era Violet, que acababa de marcharse con Stuart para evitar los planes de *La Hermandad*. Y esa huida era el motivo de que Helen, su madre, estuviera abrazada a su marido llorando. Junto a ellos estaba Kirby y al lado de él y agarrada a su mano, se encontraba su mujer, Kristel, que había sido nombrada esa misma noche parte del nuevo Consejo de Eruditos. Ambos estaban hablando en voz baja con Megan y Fenton.

—¿Podemos pasar? —preguntó Killian en voz alta, odiando molestar a la familia en un momento tan íntimo. Kirby les hizo una seña para que entraran y ellos lo hicieron. Cuando llegaron a su lado, les preguntó:

—¿Ha ido todo bien?

—Sí —contestó Killian en voz baja —Cian y Amélie iban a acompañarlos hasta otro coche y desde allí seguirían solos —. Fenton se acercó a ellos, dejando a Kristel y Megan hablando en voz baja.

—¿Y de verdad que no sabes dónde han ido? —demandó Kirby, preocupado por su hermana. Killian sacudió la cabeza mirándolo a los ojos y el hermano de Violet resopló con impaciencia—. No soporto que se haya tenido que marchar y no saber dónde está ni cuándo vamos a volver a verla. ¿Y si nos necesita? —Killian contestó en voz amable, pero firme:

—Kirby, sabes mejor que nadie que no ha tenido más remedio que hacerlo, sobre todo para alejar el peligro de vosotros. Todos debemos estar orgullosos de la valentía que ha mostrado. En cuanto a lo demás, Stuart la ayudará en todo lo que necesite y la protegerá con su vida, estoy seguro. — Le puso una mano sobre la parte superior del brazo para reconfortarlo—. Tus padres necesitan que estés tranquilo. ¿Qué les has contado?

—Solo lo de la amenaza de *La Hermandad*, pero, como quedamos, no saben con quién se ha marchado.

—Bien, porque hemos tenido demasiadas filtraciones últimamente y es evidente que alguien cercano a nosotros es un agente enemigo. —Todos escucharon un gemido de dolor procedente de la madre de Kirby y los dos jueces se volvieron hacia ella. Murphy, su marido le susurraba algo, intentando calmarla, pero Helen no podía dejar de llorar—. Kirby, no te he dicho cuánto lo siento— murmuró Killian—, no puedo ni imaginar lo difícil que es esto para vosotros.

—Después de tantos años buscándola, por fin la encontramos y ahora esto…—murmuró su amigo, sin dejar de mirar a sus

padres que seguían abrazados. Ahora su padre también lloraba, aunque seguía intentando consolar a su mujer. Violet había sido secuestrada por *La Hermandad* siendo solo un bebé y hasta hacía unas semanas no habían vuelto a saber nada de ella, cuando gracias a Megan había conseguido escapar. Con un gesto de angustia Kirby continuó hablando, sin apartar la mirada de sus padres—: Han sido capaces de aguantar a que la ceremonia de los nombramientos terminara, pero después…— se encogió de hombros puesto que la desoladora imagen que los dos tenían a pocos metros era suficiente—, pero prefiero que la gente no los vea así, empezarían a hacerse preguntas. — Killian lanzó una mirada a Fenton que inclinó levemente la cabeza y se marchó de la habitación en silencio, luego se volvió hacia su amigo.

—¿Vais a seguir viviendo en casa de Cam?

—Sí, hasta que volver a Cork sea seguro. Además, Kristel quiere quedarse unos días más en Dublín para poder acceder a la biblioteca del Enigma. Está tardando más de lo que creía en traducir el manuscrito que dejó Cedric.

—Si necesita lo que sea, que me lo diga —ordenó Killian con la mandíbula rígida—. Seguramente el trabajo de tu mujer sea más importante que todo lo que pueda hacer yo dirigiendo *La Brigada* —confesó, provocando que Kirby lo mirara sorprendido —. No me mires así— le pidió—. Si Lilith consigue reencarnarse, en tu hermana o en cualquier otra, dará igual cuánto luchemos a menos que tengamos un arma con la que podamos detenerla. Porque sus poderes …— Kirby lo cortó para que no siguiera hablando.

—Preferiría que no me los enumeraras… anoche, mientras estaba estudiando un caso del juzgado, mi mujer consideró conveniente traducirme un pergamino antiguo donde aparecían detallados los poderes de esa semidiosa egoísta y soberbia. No conseguí que me dejara trabajar hasta que terminó de leérmelo—. Killian imaginó la escena de Kirby, impaciente por volver a estudiar el caso que tenía que juzgar y Kristel delante de él, de pie, con un viejo pergamino en las manos, leyéndoselo a pesar de sus protestas. Pero se distrajo al escuchar que Fenton volvía trayendo consigo a Cam y a Nimué.

—Ya se han ido casi todos —les informó Fenton. Kirby asintió y dijo:

—Entonces, nos vamos. —A continuación, miró a Cam que contestó:

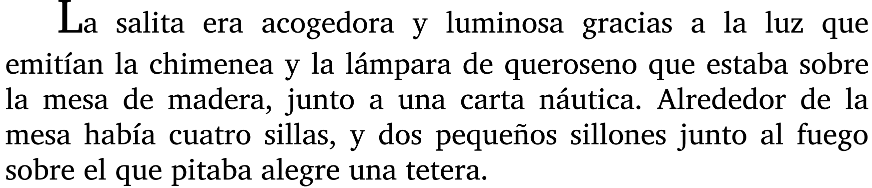
—Iré a asegurarme de que los coches están en la puerta.

—Te acompaño —susurró Nimué.

Los dos jueces se giraron hacia la familia de Kirby y vieron

que, afortunadamente, Helen Richards parecía un poco más tranquila. Ahora estaba agarrada del brazo de su marido y conversaba en voz baja con Megan, Gabrielle y Kristel, aunque de vez en cuando seguía secándose alguna lágrima que le caía por la mejilla.

DOS



La salita era acogedora y luminosa gracias a la luz que emitían la chimenea y la lámpara de queroseno que estaba sobre la mesa de madera, junto a una carta náutica. Alrededor de la mesa había cuatro sillas, y dos pequeños sillones junto al fuego sobre el que pitaba alegre una tetera.

—¿Té? —preguntó John a Stuart al verlo aparecer; él aceptó con un murmullo, sentándose frente a su amigo. Dejó la taza de té a un lado para que se enfriara y se frotó suavemente la nuca, agarrotada por la tensión—¿La señorita no quiere cenar nada? —preguntó John señalando la fruta, el queso y el pan que había dejado en el centro de la mesa.

—No tiene hambre —contestó Stuart. Concentrándose en la carta náutica, preguntó—: ¿Dónde vamos a hacer escala? —John se quedó pensativo, observando las posibilidades y, después de un par de minutos, afirmó:

—Había pensado en Lisboa, Sardinia y, por último, Livorno. Dos amarres antes de atracar en Livorno pueden parecer demasiados, pero prefiero ser precavido en este viaje. Ten en cuenta que nunca he navegado tantas millas seguidas con el barco, aunque estoy seguro de que no habrá ningún problema. Pero si tienes mucha prisa por llegar a Italia podemos saltarnos la parada de Sardinia.

Por la seguridad de John y de su familia Stuart no le había contado lo que ocurría, solo que Violet y él tenían que viajar a Italia de la forma más discreta posible. Ahora recorrió con la mirada la larga distancia por mar que había entre Dublín y su puerto de destino, Livorno.

—No, no, ya sabes que yo no entiendo nada de navegación, solo quiero que el viaje sea lo más seguro posible. No puedo correr riesgos con Violet —confesó— ¿Cómo vamos a repartirnos para dormir? —preguntó a continuación. El barco de John era pequeño y no estaba preparado para llevar pasajeros. Su amigo se encogió de hombros.

—No hay muchas opciones. Como sabes, solo hay dos camarotes; uno será para ella y otro para nosotros. —Hizo una mueca antes de decir—: Parece una dama fina, espero que esté cómoda porque en el barco no va a tener ninguna de las comodidades que tendría en un barco de pasajeros.

—Lo sé, pero no quiero que quede rastro de nuestro viaje en ninguna lista. Siento haber acudido a ti, pero no he sabido que Violet tenía que marcharse urgentemente hasta esta mañana. Con más tiempo podría haber hecho otras disposiciones, tengo otro amigo que tiene barcos, pero… —estaba pensando en Burke, pero John contestó enseguida:

—Pues yo me alegro de poder pagarte de alguna manera tu ayuda cuando me dejaste el dinero para comprar el barco. Si no fuera por ti, nunca podría haber mandado a mi niña a ese internado para que tenga un futuro mejor que el que tuvimos su madre y yo — aseguró con una sonrisa alegre.

—Por cierto, se me olvidaba… —señaló Stuart sacando del bolsillo derecho de su chaqueta una bolsa de monedas que dejó suavemente sobre el mapa—, esto es para que compres comida y todo lo que necesites. ¿Te dará tiempo a prepararlo todo para pasado mañana?

—Ya te dije que no voy a coger tu dinero —protestó John con el entrecejo fruncido cogiendo la bolsa para devolvérsela, pero Stuart le sujetó el brazo, negándose a que lo hiciera.

—John, ¿acaso no somos amigos?

—Claro que sí. Hemos pasado por demasiadas cosas juntos como para no serlo.

—Entonces, acepta el dinero con la confianza que nos da nuestra larga amistad. Me imagino que, si no hicieras este viaje, te habrías embarcado en uno a Francia porque necesitas el dinero. Sé que el internado de tu hija es muy caro, —sonrió con picardía antes de decir—: y me imagino cuánto cuesta mantener a tus sobrinos, recuerda que los he visto comer. —Su comentario provocó que su antiguo sargento soltara una carcajada.

—¡Esos dos me van a arruinar! Son peores que un par de tiburones —apostilló entre risas haciendo que Stuart sonriera con ganas. La alegría natural de John siempre había sido como un bálsamo para él en los peores momentos de la guerra.

—Entonces, olvidemos este tema y… — al ver que John dejaba la bolsa a un lado del mapa, continuó—: cuando estemos a bordo cuenta conmigo para ayudaros. Ya sabes lo poco que me gustan los barcos, pero haré lo que haga falta. —John rio por lo bajo y contestó, divertido.

—Lo sé. Por eso, cuando me dijiste que necesitabas que te llevara a Italia y que también llevaríamos a una mujer, supe que debía de ser muy importante para ti, si conseguía que volvieses a subir a un barco. —Stuart suspiró sin contestar, observando el fondo de su taza de té como si ahí pudiera encontrar la respuesta a algún misterio inexplicable. —*Coronel*, si quieres contarme algo… —ofreció. Stuart lo miró, desconcertado, y John afirmó con amabilidad—:no soy ningún experto en mujeres, al contrario, pero cualquiera puede ver que hay algún problema entre tú y la señorita. Y como mi Betsy decía, a veces es suficiente con contarle a un amigo tus problemas para que dejen de parecer tan terribles. —*El Coronel* sonrió de medio lado, lo que le hizo parecer más joven.

—Te lo agradezco, pero no creo que sirviera de mucho que te lo contara.

—¿Lo dices porque vosotros sois vampiros y yo no? —Stuart se lo quedó mirando unos segundos antes de replicar:

—No sé por qué me sigo sorprendiendo tanto con lo franco que eres. —John se encogió de hombros antes de contestar:

—La vida es demasiado corta para perder el tiempo— aseguró.

—Lo sé —suspiró el *Coronel* con la mirada puesta en el fuego. John comenzó a pelar una manzana, cómodo con el silencio que había entre los dos después de haber estado tantos años juntos en el ejército. Antes de que terminara de pelarla, Stuart confesó:

—Los dos somos viudos, pero tú tienes la suerte de no sentirte culpable por la muerte de tu mujer. —John hizo una mueca como si sus palabras le hubieran dolido, pero se mordió la lengua dejando hablar a su amigo—. Cuando volví del frente la primera vez, meses después de casarnos, Nessa me dijo que estaba embarazada y me pidió que no volviera a marcharme y yo contesté que tenía que luchar por mi país. Para mí era impensable saber que todos los que estabais bajo mi mando fuerais de nuevo a la guerra sin mí, y lo cierto es que os antepuse a ella. Lo siguiente que supe fue que había muerto en el parto, igual que mi hijo.

—No fue culpa tuya. Nuestro trabajo por entonces era ser soldados y, aunque mi Betsy me hubiera pedido que me quedara, también me habría marchado. —Stuart no contestó, pero John

sabía que sus palabras, que le había repetido en más ocasiones, no servirían de nada. Y así fue, porque siguió hablando como si no las hubiera escuchado.

—Entonces me juré a mí mismo que no volvería a estar con nadie más y te juro que creía que jamás volvería a interesarme por ninguna otra —murmuró, observando el fuego con gesto absorto—. Pero cuando conocí a Violet hace unas semanas…no sé cómo explicarlo, pero fue como si mi corazón reviviera después de tantos años. —Sacudió la cabeza como si se reprendiera a sí mismo por haberlo confesado, pero un involuntario resplandor rojizo había aparecido en el fondo de sus ojos y era más revelador que sus palabras. —En cualquier caso, Violet se merece algo mejor que un viejo vampiro que arrastra un triste pasado y por eso he hecho todo lo posible para que crea que no siento nada por ella. Y ahora, ella me odia.

John se metió un trozo de manzana en la boca y comenzó a masticarla, pensando que a él no le había parecido que la muchacha lo odiara, pero siguió en silencio conociendo la tozudez de su amigo.



Violet no había pegado ojo en toda la noche y cuando se levantó reprimiendo un bostezo y se miró en el pequeño espejo que había sobre el escritorio, se dio cuenta de que su rostro daba fe de ello. Estaba muy pálida y no recordaba haber tenido nunca unas ojeras tan pronunciadas; además, por haber dado tantas vueltas en la cama al intentar dormir, su pelo formaba una masa desordenada alrededor de su cabeza que le hacía parecer una bruja o una loca. Iba a coger el cepillo del bolso que había dejado la noche anterior sobre la silla cuando se mareó repentinamente. Apoyó la palma de la mano en el escritorio para estabilizarse y respiró hondo, entonces recordó que durante la noche también se había sentido mareada en un par de ocasiones. Se sentó lentamente en la cama y se tocó la frente, que ardía; sorprendida, se dio cuenta de que tenía fiebre y que sentía una extraña debilidad.

Había escuchado cómo Stuart y el dueño de la casa se levantaban un rato antes y cómo John se marchaba de la casa hacía unos minutos. Stuart se había dirigido a la salita donde

había permanecido desde entonces, aunque había intentado no hacer ruido. Volvió a levantarse despacio y, aunque seguía sintiendo la misma debilidad, esta vez no se mareó de modo que comenzó a vestirse decidida a salir del dormitorio. No iba a quedarse todo el día de brazos cruzados cuando los demás trabajaban para ponerla a salvo. No le sorprendió escuchar un par de golpes suaves en su puerta porque imaginaba que Stuart la habría oído, aunque estuviera en la salita.

—Un momento —contestó. Antes de abrir, se retorció los rizos dorados que le llegaban a la cintura con los que se hizo un rápido moño que sujetó con horquillas; aunque el proceso le llevó un minuto como máximo decidió que, dadas sus circunstancias, se cortaría el pelo en cuanto tuviera oportunidad. Después de echarse un rápido vistazo en el espejito y decidir que estaba visible, abrió la puerta.

—Buenos días —saludó. Stuart dedicó un par de segundos a observar sus ojeras y la palidez de su rostro antes de contestar:

—Buenos días, Violet. ¿Estás enferma? —Parecía preocupado, pero ella ya se había engañado antes con él, por lo que contestó con voz educada:

—No, solo cansada. —Él asintió lentamente, aunque no parecía convencido.

—En el barco podrás descansar todo lo que quieras. Hay quien encuentra el movimiento del mar muy relajante. —Por su forma de hablar supo que él no era uno de ellos, pero no contestó. Había aceptado ir a ese viaje porque quería vivir y, sobre todo, para no poner en peligro a su familia, pero solo hablaría con él lo imprescindible. Stuart entornó los ojos de repente como si supiera lo que estaba pensando, pero su voz fue igual de suave cuando continuó hablando—: Hay café recién hecho o, si lo prefieres, té. También tostadas, bacon, incluso huevos. Hoy John ha tirado la casa por la ventana—bromeó, pero su débil sonrisa desapareció al ver que ella palidecía aún más—¿Qué te pasa? — susurró, intranquilo. Violet, respirando hondo, volvió a mentir:

—Nada. El caso es que no tengo hambre, pero como ayer no comí y no cené nada, me parece que debería desayunar algo.

—Seguramente por eso estás tan pálida —afirmó él, apartándose del umbral para que pudiera salir al pasillo y ella se dirigió a la salita, sorprendiéndole lo acogedora que era. Stuart separó de la mesa, caballerosamente, la silla que estaba más cerca del fuego para que pudiera sentarse.

—Gracias —susurró mientras se sentaba. Él no contestó, concentrado en coger una taza y un plato para servirle el desayuno.

—¿Café o té? —preguntó. Pensando en lo que sería mejor para su estómago, eligió té y él cogió la tetera y le sirvió una taza. Luego comenzó a llenarle el plato con parte de la comida que había en una bandeja hasta que Violet lo detuvo:

—No me sirvas más, por favor. Es imposible que me coma todo lo que has puesto ahí. —Stuart obedeció, dejando el plato con un par de tostadas, huevos revueltos y bacon frente a ella y sentándose a su lado. —¿Ese es nuestro itinerario? —preguntó Violet a continuación, al ver un mapa de Europa a su lado. Alguien había rodeado con lápiz tres ciudades costeras en él; se estiró ligeramente para ver cuáles eran, mientras masticaba un trozo de tostada.

—Sí —contestó Stuart—. Saldremos mañana de Dublín en dirección a Lisboa donde nos detendremos para comprar lo indispensable; a continuación, nos dirigiremos a Sardinia y desde allí a nuestro destino, Livorno. —Fue señalando con el dedo los lugares mientras hablaba.

—¿Ese es el lugar dónde vamos? ¿Livorno? —Después de comer solo dos trozos de tostada, tuvo que dejar el resto en el plato y beber un poco de té intentando que se le pasara la náusea que sentía en ese momento. Era como si la comida fuera rechazada por su cuerpo y empezó a preocuparse porque el día anterior no había sido capaz de comer nada en todo el día; incluso para desayunar solo había tomado un té, a pesar de que a Stuart le había dado a entender que había tomado algo más sustancioso.

—No —contestó Stuart a su pregunta, aparentando mirar el mapa, aunque de reojo había visto que ella había dejado de comer y se había reclinado en la silla. Mientras contestaba, frunció el ceño sin darse cuenta, inquieto porque Violet pareciera más enferma ahora que antes de empezar a desayunar—. Nuestro destino final es Volterra. —Ella abrió la boca para decir algo, pero ambos se distrajeron al escuchar el ruido de la puerta de la calle.

—Ese debe de ser John —susurró Stuart.

A pesar de sus palabras tranquilizadoras se levantó empuñando una pistola que sacó del bolsillo interior de su chaqueta antes de que Violet pudiera parpadear. Iba a salir al pasillo, pero antes le ordenó en voz baja:

—No te muevas de aquí.

Violet asintió, sobrecogida al verlo actuar así, pero se tranquilizó al escucharlo hablar con su amigo. Poco después, ambos entraron en la salita y John se acercó a ella con una sonrisa. Le alargó una bolsa de papel que llevaba algo dentro, aunque no se veía qué era.

—El *Coronel* me ha enviado a comprarlo a primera hora —confesó. Ella aceptó la bolsa mirando sorprendida a Stuart, pero él se había alejado convenientemente y estaba echando un tronco al fuego porque la mañana era muy fría. Haciendo caso omiso de los calambres que sentía en el estómago, Violet sonrió al ver dentro de la bolsa un par de jabones y un agua de colonia con olor a limón.

—Muchas gracias, Stuart. —Él permanecía junto a la chimenea, pero observaba su reacción con ojos de halcón. Se encogió de hombros con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y una sonrisa tímida.

—Un amigo me contó que a su mujer le gustaba mucho un jabón y una colonia, con olor a limón, de una tienda que había en la calle Drogheda y me acordé de cuánto te gusta ese olor. —Violet se lo quedó mirando, deseando que no fuera tan amable con ella para poder seguir odiándolo. Cuando se dio cuenta de que sus miradas se habían quedado fijas la una en la otra durante unos instantes, apartó la suya y la volvió hacia el dueño de la casa y le dijo:

— Y muchas gracias también a usted, John.

—Si me hablas de usted, no me daré por aludido. Ni siquiera era capaz de hablar de usted a *El Coronel,* cuando estábamos en el ejército y yo era su sargento —confesó con una risita—. Lo que me supuso bastantes broncas hasta que se dio cuenta de que no era por falta de respeto. Simplemente, me criaron en la convicción de que nadie está por encima de nadie y que por eso todos debemos hablarnos de tú. Mi madre era una cuáquera practicante y me enseñó desde pequeño que debía tratar a todos por igual, ya fueran príncipes o mendigos. —Hizo una mueca antes de seguir diciendo—: Y, aunque también era de la opinión de que lo peor que podía hacer cualquier hombre era ir a la guerra, cuando tenía dieciséis y mis padres murieron a causa de las fiebres del año cincuenta, tuve que alistarme para evitar que mis hermanas y yo muriéramos de hambre. —Violet estaba impresionada.

—Lo siento mucho.

—No te preocupes, hace ya muchos años de eso.

—Y estoy de acuerdo —afirmó ella—, te tutearé encantada, pero en ese caso tú también tendrás que hablarme de tú.

—Por supuesto —aseguró John frotándose las manos y cogiendo una taza limpia de la repisa de la chimenea para servirse un té. Stuart seguía de pie, mirándola intensamente, pero Violet no le devolvió la mirada, solo dijo en voz alta:

—Creo que voy a irme un rato a mi habitación. —Cuando se

puso en pie, tuvo que quedarse quieta un par de segundos hasta que se le pasó la sensación de vértigo; entonces, con una débil sonrisa dirigida al dueño de la casa, se marchó caminando lentamente, esforzándose por llegar a su habitación y sintiendo que la piel le ardía cada vez más, sin darse cuenta de que Stuart la seguía muy preocupado. Estaba a punto de abrir la puerta de su habitación cuando se desplomó, perdiendo la conciencia, pero él la cogió en brazos antes de que cayera al suelo; abrió la puerta de su dormitorio y la dejó sobre la cama. A continuación, cogió una de sus manos y la frotó suavemente entre las suyas sin saber qué hacer. Su preocupación aumentó al sentir lo caliente que estaba.

—Está muy pálida —susurró John a su lado, ya que había venido corriendo al escuchar un ruido extraño. —Hay un médico a solo dos calles; puedo ir a buscarlo y estaría de vuelta con él enseguida—propuso, pero el *Coronel* sacudió la cabeza, negándose y dijo:

—No. Tiene que ser alguien de confianza.

—¿Quién?

—Conozco a un doctor que sabe cómo tratar a los de nuestra especie y, además, es un buen amigo —aseguró.

—¿Dónde vive?

—En el 12 de Pembroke. Tendrás que coger un coche, está en la parte alta.

—¿Qué quieres que le diga?

—Que *E*l *Coronel* necesita que visite con urgencia a una amiga, dile que tiene fiebre y que lleva un día entero sin comer, y lo que le ha ocurrido cuando ha comido un poco. No le cuentes nada sobre ella, ni siquiera le digas su nombre, aunque te pregunte —ordenó con voz firme.

—¿No dices que es de confianza?

—Sí, pero prefiero explicárselo yo.

—Por supuesto. No diré nada, vuelvo enseguida.

—Si no está en su consulta, espéralo hasta que llegue. A veces sale a visitar pacientes.

John asintió y se marchó. Segundos después, Stuart escuchó cerrarse la puerta de la calle. Al poner la palma de la mano sobre la frente de Violet le pareció que la fiebre estaba subiendo; se levantó para humedecer un paño de algodón que había junto a la jofaina y, después de escurrirlo, se lo colocó sobre la frente.

—¿Qué te pasa, Violet? —murmuró, inclinado sobre ella, observando lo agitada que era su respiración. Intentando que estuviera más cómoda, le quitó los zapatos. Pasó un rato antes de que le pareciera que respiraba un poco mejor y, entonces, cogió la silla que había junto a la pared, la acercó a la cama y se sentó a



esperar.

TRES



En la sala de espera solo había un hombre y una mujer que no parecían ser capaces de dejar de discutir, aunque lo hacían en voz baja. Se quedaron callados un momento cuando John entró, pero en cuanto él pasó de largo para dirigirse al mostrador que había al fondo de la sala, siguieron haciéndolo.

La enfermera que lo recibió era una mujer de mediana edad, con el pelo canoso y la cara poblada de arrugas que lo saludó con una sonrisa cansada:

—Buenos días, señor. ¿Tiene cita?

—No, se trata de una urgencia —afirmó. La mujer asintió mientras cogía una libreta y un lápiz. A continuación, le preguntó:

—¿Qué tipo de emergencia es? —John recordó las instrucciones de Stuart de que solo debía fiarse del médico, por lo que contestó:

—Me temo que es algo íntimo que solo puedo hablar con el doctor —dijo, intentando parecer avergonzado. La enfermera arrugó la frente y le pidió que se sentara y él se dio cuenta de que lo iba a hacer esperar; entonces se inclinó sobre ella y susurró, intentando poner cara de sufrimiento:

—Lo siento, pero no puedo sentarme. Sería demasiado doloroso. —No supo qué fue lo que se imaginó la enfermera, pero se levantó inmediatamente y casi corrió para avisar al médico. Poco después, volvía para decirle que el doctor estaría libre enseguida y así fue, porque unos minutos después una mujer salía de la consulta y la enfermera le avisó de que ya podía pasar.

El doctor Aidan Perkins estaba escribiendo algo, sentado ante su escritorio que estaba situado frente a la puerta, pero dejó de

hacerlo en cuanto entró John.

—Buenos días —saludó Aidan y ambos se estrecharon las manos.

—Buenos días —contestó John con la mente en blanco. Cuando pasaron unos segundos sin que dijera nada, el doctor le dirigió una sonrisa divertida y afirmó:

—Mi enfermera está convencida de que tiene usted algo grave, pero a mí no me lo parece. —John confesó, haciendo un gesto de arrepentimiento:

—Te pido disculpas, pero no he tenido más remedio que mentir. Me ha enviado un amigo tuyo a buscarte, pero me ha sorprendido ver que no eres… — el médico arqueó una ceja esperando a que continuara hablando—, bueno, la verdad es que esperaba que fueras un vampiro. —Aidan se lo quedó mirando estupefacto, no sabía si por la afirmación o por la sorpresa de que un desconocido lo hablara como si se conocieran desde hacía años. Finalmente se dejó llevar e hizo lo que más le apetecía y comenzó a reír a carcajadas. Cuando terminó, confesó:

—Estaba teniendo una mañana muy aburrida, de modo que te agradezco que no seas el típico paciente. Pero dime, ¿quién te ha enviado? —Sonreía como si esperara que todo se tratara de una broma, pero la sonrisa desapareció de su rostro en cuanto John susurró:

—*El Coronel.* —El médico se acercó a él y murmuró:

—¿Qué le pasa?

—A él nada, pero hay una…señorita que está enferma. —El médico entornó los ojos al escuchar su vacilación.

—¿Humana? —preguntó.

—No, es una vampira. —Aidan asintió lentamente, pensativo. Luego, dijo:

—¿Y qué le ocurre?

—Tiene fiebre y llevaba un día sin comer. Y cuando esta mañana ha comido un poco, se ha desmayado.

—¿Qué edad tiene? —John lo miró como si pensara que le tomaba el pelo y el médico replicó— : Es una pregunta importante.

—No sé qué edad tiene y no es como si pudiera uno fiarse de su apariencia— musitó irónicamente, recordándole que era una vampira, pero al ver que el médico seguía esperando la información, resopló y contestó—: No lo sé…parece muy joven; si fuera humana, tendría diecinueve o veinte. No lo sé— confesó, indeciso.

—Ya. ¿Tiene mareos?

—Creo que sí. —Cuando escuchó la respuesta, Aidan asintió

puesto que ese dato fortalecía sus sospechas, aunque tendría que examinarla para estar seguro de que su diagnóstico era correcto.

—¿Dónde está?

—En la otra punta de la ciudad, pero tengo un coche esperando en la puerta. —El médico cogió un maletín de cuero marrón que había sobre una silla y se puso el abrigo. Después, indicó:

—Te sigo.



Violet se despertó, pero permaneció con los ojos cerrados y se obligó a respirar lenta y profundamente; se sobresaltó al escuchar una voz desconocida muy cerca de ella, pero ni siquiera así se atrevió a abrir los ojos puesto que seguía teniendo náuseas.

—Me parece que está despierta —afirmó el desconocido en voz baja—. Violet, ¿me oyes? Abre los ojos—ordenó con voz suave, inclinándose sobre ella de forma que pudo olerlo y hasta su olor le resultó extraño, puesto que no olía a humano ni a vampiro; era algo distinto y también salvaje y poderoso que provocó que abriera los ojos, repentinamente alarmada. Sobre ella se cernía un macho grande, tan alto como Stuart, pero más musculoso. Tenía la mandíbula prominente y llevaba el pelo castaño muy corto, al contrario de lo que dictaba la moda. Sus misteriosos ojos grises se encontraron con los suyos y sonrió. —Buenos días, Violet—saludó amablemente—. Menos mal que te has despertado porque ya no sabía qué decirle a *El Coronel*. —Miró hacia su derecha y ella siguió su mirada con la suya y vio a Stuart apoyado, con los brazos cruzados, sobre la puerta del pequeño dormitorio, observándola.

—¿Quién eres? —preguntó Violet con el ceño fruncido al desconocido, que ahora le había cogido la mano e intentaba tomarle el pulso o algo parecido. Ella comenzó a tirar con fuerza de su brazo para que la soltara.

—Tranquila —contestó él levantando las manos y dando un paso atrás para que se tranquilizara—. Me llamo Aidan—afirmó, sonriendo. Algo en su sonrisa le recordó a un animal feroz y se movió para intentar levantarse, pero Stuart se sentó junto a ella en la cama, al otro lado de donde estaba el desconocido. Aunque sabía que no quería que la tocara, tomó su mano con cuidado y murmuró:

—Violet, Aidan es médico. Es amigo mío y de tu hermano. Te has desmayado hace un rato y ha venido a examinarte. —Ella se negó y comenzó a forcejear para que la dejaran sentarse, pero Stuart la sujetó un poco más fuerte para que no lo hiciera—. Violet, por favor, deja que te reconozca—suplicó. Aidan se levantó alejándose de la cama y colocándose en el lugar que antes ocupaba Stuart, junto a la puerta para que ella dejara de sentirlo como una amenaza y dijo, dirigiéndose a *El Coronel*:

—Déjala que se siente, Stuart. Lo importante es que se esté cómoda. —El vampiro obedeció y Violet aceptó su ayuda para incorporarse y, cuando él puso una almohada detrás de su espalda para que estuviera más cómoda, ella se disculpó:

—Lo siento. — Sabía que se había comportado como una niña, pero Stuart sacudió la cabeza para que supiera que no tenía importancia y preguntó:

—¿Puede examinarte ahora? —Violet asintió en silencio y Aidan volvió a acercarse, aunque esta vez se sentó en la silla que antes había utilizado Stuart y que seguía junto a la cama. Alargó la mano para coger la de ella lentamente y esta vez Violet no la retiró y él rodeó su muñeca hasta encontrar el pulso. Girando apenas el rostro para hablar con el vampiro, le dijo:

—Creo que sería mejor que nos dejaras a solas. —Stuart se levantó, pero antes de marcharse miró a Violet por si no estaba de acuerdo. Al ver que seguía tranquila, contestó:

—Esperaré en el pasillo. —Después, cerró la puerta tras él. Violet entendió lo que había querido decir, que no tenía más que llamarlo para que entrara.

Fuera, Stuart se encontró con John, quien lo miró inquisitivamente.

—Va a examinarla. Se ha puesto nerviosa al despertar, pero ya se ha calmado —afirmó, frotándose la nuca con gesto intranquilo. John carraspeó y preguntó en voz baja:

—¿Crees que podremos salir mañana? —*El Coronel* apartó la mirada de la puerta de Violet y pensó en la pregunta por un momento, antes de contestar:

—Sigue preparándolo todo como si el plan siguiera adelante. —Sacudió la cabeza mostrando su preocupación—. A menos que Aidan me diga que su vida corre peligro si monta en un barco, no tengo más remedio que llevármela de Dublín cuanto antes. No puedo arriesgarme a que la encuentren porque si lo hacen... —John no necesitaba que le explicara nada, desde el principio había intuido que el peligro debía de ser enorme; por eso en su voz asomó la autoridad del antiguo sargento cuando le respondió con voz firme:

—No la encontrarán. Nos marcharemos mañana, tal y como habíamos quedado. Iré ahora mismo a comprar algunas cosas que nos harán falta y a hablar con mis sobrinos para que estén preparados al amanecer.

Stuart permaneció de pie, rígido frente a la puerta esperando a que Aidan saliera de la habitación y cuando lo hizo, se preocupó más todavía por sus palabras, murmuradas en un tono casi inaudible.

—¿Hay algún lugar donde podamos hablar? —Él asintió y lo llevó a la salita. Ninguno de los dos se sentó, aunque sí se alejaron inconscientemente de la puerta quedándose junto a la chimenea cuyo fuego casi se había apagado.

—¿Qué le pasa? —preguntó Stuart enseguida. Aidan tenía una extraña expresión en la mirada mientras preguntaba:

—¿Esa muchacha es la hermana de Kirby Richards, a la que están buscando los agentes de *La Hermandad* por todo el país? —Stuart suspiró antes de contestar.

—Sí y no necesito decirte que no digas nada a nadie. — Aidan le dirigió una mueca de reproche.

—Sabes que jamás contaría nada sobre mis pacientes y menos en un caso como este.

—¿Vas a decirme qué le pasa?

—Stuart, algo así solo se debe comunicar a la interesada o en todo caso a su familia.

—Entonces, ¿a ella se lo has contado?

—Por supuesto. Es adulta y tiene derecho a saberlo.

—Pero dado que no puedes hablar con su familia, solo quedo yo —dejó la frase inconclusa y las miradas del vampiro y del hombre lobo se midieron durante un rato. Finalmente, viendo que Aidan no parecía dispuesto a ceder, Stuart bajó aún más el tono de voz para decir—: Tú mismo acabas de decir que la persigue *La Hermandad*, pues precisamente estamos a punto de emprender un largo viaje para escapar de ellos. Si le pasa algo grave, tengo que saberlo. — La súplica y la preocupación que vio en su rostro parecieron convencer al médico porque suspiró y claudicó.

—Está bien —murmuró—, pero si lo hago es porque entiendo que, ahora mismo, eres como su familia y el único que va a poder ayudarla cuando…bueno. —Se detuvo como si no supiera cómo continuar, provocando que Stuart se preocupara todavía más.

—¡Maldita sea, Aidan! ¿Quieres decirme de una vez qué le pasa?

—Los síntomas que tiene son de que hace días que ha empezado su primera Sed de Sangre. —*El Coronel* se lo quedó mirando como si le hubiera hablado en un idioma desconocido

para él. Con los ojos agrandados por el estupor, abrió la boca ligeramente y se pasó la mano por el rostro, igual que cuando uno está recién levantado e intenta despejarse. —Y, si todo sigue su curso, dentro de poco necesitará beber la sangre de alguien— terminó de decir Aidan en voz baja.

—¿Estás seguro? —musitó Stuart con voz ronca y extrañamente angustiada. Aidan asintió en silencio, preocupado por él. Hacía años que conocía a Stuart y nunca lo había visto tan angustiado— ¿Y cuándo lo necesitará?

—No estoy seguro, esto no es algo exacto.

—Creía que la *Sed de Sangre* solo aparecía en las vampiras emparejadas —confesó Stuart en voz baja. Intentaba recordar todo lo que había oído sobre ese extraño fenómeno, pero era algo misterioso para los vampiros hasta después de haberse emparejado. Y como la primera mujer de Stuart había sido una humana, para él todo lo que rodeaba a la Primera Sed de Sangre seguía siendo un misterio.

—Siempre he pensado que esa es una explicación demasiado romántica para algo que es solo fruto de la química o de la biología —contestó Aidan. Al ver la extrañada mirada de su amigo, aclaró—: Personalmente creo que una vampira tiene la Primera Sed de Sangre cuando desea a un macho por primera vez, pero vivimos en una sociedad tan arcaica que la explicación que nos dan los libros es que solo les ocurre cuando están emparejadas. Y eso es por la sencilla razón de que para la mayoría de los hipócritas que nos rodean, las hembras, sean de la especie que sean, solo pueden desear a un macho cuando están emparejadas con él—concluyó, irónicamente.

—¿Ella sabe todo eso? —insistió Stuart. Aidan dudó antes de responder.

—No estoy seguro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó *El Coronel* a continuación. El médico se encogió de hombros antes de explicarse.

—Que me ha parecido una muchacha extremadamente inocente y lo único que sabe de la Primera *Sed,* es lo que escuchó en el colegio a algunas muchachas mayores que ella. No relaciona el deseo con la sed, pero sentirá las dos cosas y me temo que, al no tener ninguna experiencia anterior ni nadie que se lo pueda explicar…bueno, creo que lo pasará mal. Por eso, normalmente, la pareja es la que alimenta a la joven a la vez que la satisface sexualmente. —El *Coronel* palideció tanto que Aidan le aconsejó —: Stuart, es posible que debas pedirle a otro macho que la acompañe en ese momento, alguien de confianza que...— se detuvo repentinamente debido a la mirada asesina que le lanzó su

amigo.

—Nadie más que yo la tocará —juró y Aidan vio cómo enrojecían sus ojos al decirlo.

—De acuerdo —aceptó tranquilamente. Sabiendo que en ese momento primaba su lado animal, afirmó—: Solo deseo lo mejor para ella y para ti. —Stuart respiró hondo un par de veces intentando calmarse y cerró los ojos mientras lo hacía, luego preguntó con voz atormentada:

—¿Qué tengo que hacer para cuidarla mientras está así?

—No sé dónde os dirigís y prefiero no saberlo, pero te recomiendo que esté lo más tranquila posible y que beba mucho líquido. Todos los libros hablan de que, mientras que no supere este estado, su cuerpo rechazará la comida sólida de la peor manera, de modo que no la obligues a comer. Que coma si le apetece, pero si no quiere, que no lo haga.

—¿Y si…si no se le pasa y se pone peor?

—Tendrás que alimentarla con tu sangre —murmuró, mirándolo a los ojos—. Imagino que será duro para ti ¿serás capaz de hacerlo? —Stuart asintió sin dudarlo.

—Si es por salvarle la vida…sí— afirmó seguro.

—Hay algo más, amigo. Como te he dicho la Primera Sed de Sangre se produce cuando la vampira siente deseo sexual por alguien —ante su sorprendida mirada, Stuart enrojeció y Aidan tuvo que controlarse para no sonreír—, pero ese deseo no se sacia solo con la sangre.

—¿Quieres decir que…?

—Que, en mi opinión, para recuperarse del todo además de beber tendría que llegar al orgasmo. De ahí que suelan encargarse de estas situaciones sus parejas.

—Entiendo —susurró Stuart que tuvo que concentrarse para forzar a sus colmillos a que volvieran a sus vainas, porque se le habían alargado de forma involuntaria. —Vamos a estar en un barco en alta mar unos diez días. ¿Puede empeorar por eso? —El médico lanzó un silbido de sorpresa y se lo quedó mirando.

—En principio no tiene por qué, siempre y cuando esté tranquila e hidratada. Y que, si es necesario, pueda beber de ti.

—Haré lo que sea para que se recupere —aseguró con expresión tensa. Aidan lo miró con estupor porque beber de la vena de otro era uno de los actos más íntimos para un vampiro y en el caso de una primera Sed de Sangre aún más. Como amigo suyo, conocía el pasado de Stuart y lo había oído jurar en varias ocasiones que no volvería a tener pareja nunca más, pero parecía haber cambiado de opinión por completo—. Entonces, ¿podríamos marcharnos mañana?

—En realidad, no creo que el viaje la perjudique.

—Bien —musitó Stuart con la mandíbula rígida. Aidan se inclinó sobre él para que sus ojos se encontraran y susurró:

—¿Quieres que le diga algo de todo esto a Kirby?

—No. Si hablas de esto con quien sea, pondrás en peligro su vida —aseguró—. Cuando estemos instalados, me aseguraré de que todos sepan que estamos bien.

—Tranquilo, no diré nada a nadie —afirmó Aidan—. Pero ten cuidado. No sé dónde vais a ir y como te he dicho prefiero no saberlo, pero hay agentes de *La Hermandad* por todos lados.

—Lo sé. Quiero hacerte una última pregunta. Me gustaría saber si podría hacer algo para que se… recobre, sin que beba de ningún macho. Yo…le daré mi sangre si es necesario, pero preferiría no hacerlo. —La comprensión que había en el rostro de Aidan suavizaba sus rasgos habitualmente duros.

—No es una enfermedad, Stuart, aunque tenga unos síntomas algo molestos. En cuanto a lo que preguntas…sí, podría superarlo sin tener que beber de un macho, aunque le dolería bastante.

—No habías dicho que le dolería —susurró Stuart, palideciendo.

—Pues así será —contestó Aidan con voz amable—, y durante varios días. Los textos que he leído estipulan una duración para la Primera Sed de Sangre de entre tres días y una semana, pero tengo algo que mitigará el dolor. —Se acercó a su maletín y sacó de él un frasco que contenía un líquido lechoso que le entregó a Stuart—. Esto es láudano. Dale solo una cucharadita cuando esté realmente mal, pero no más. Y recuerda, que no coma nada pesado hasta que no le apetezca; solo cosas ligeras y mucho líquido.

—Entendido —contestó Stuart, asintiendo.

—Mucha suerte —susurró Aidan.

Después de un rápido abrazo, se marchó.

CUATRO



Stuart salió a cubierta necesitando respirar algo de aire puro. Hacía dos días que habían salido de Dublín y ya estaba harto del barco, a pesar de que no habían tenido ningún contratiempo. Tom, el sobrino mayor de John, llevaba el timón en ese momento y Ralph estaba sentado a su lado bromeando con él, mientras su tío los escuchaba de pie con una expresión amable en el rostro. Cuando John lo vio acercarse, abrió un gigantesco baúl que había a su lado y que estaba anclado al suelo, cogió un impermeable y se lo alargó.

—Toma. —Stuart le dio las gracias con un murmullo y se lo puso. Ni siquiera había notado que seguía lloviendo como había hecho durante casi todo el viaje; lo cierto era que estaba tan agotado que podía haberse quedado dormido de pie, aunque estuviera lloviendo a cántaros—¿Está mejor? —preguntó John, refiriéndose a Violet y él contestó con voz ronca, cansada:

—Sí, hace un par de horas que duerme. Aunque sigue sin comer. —Desde que habían salido de Dublín solo había bebido agua y había comido un trozo pequeño de pan, a pesar de la insistencia de Stuart que empezaba a pensar si no habría sido mejor no hacer el viaje hasta que ella estuviera mejor, a pesar de la amenaza de *La Hermandad*.

—¿Le has dado láudano otra vez? —Stuart suspiró mirando el mar.

—No, después de la primera vez se sintió tan mal que no ha querido volver a tomarlo. Tampoco quería que me quedara con ella, pero no ha tenido más remedio que aceptarlo —aseguró con la mandíbula apretada y siguió mirando el horizonte— ¿Vamos bien? — preguntó.

—Sí. Si seguimos así, es posible que lleguemos un día antes

de lo planeado a Livorno —aseguró John. Iba a decir algo más cuando su mirada se desvió y miró sobre el hombro de Stuart en dirección a Violet, que había aparecido en la cubierta y que se tambaleaba peligrosamente. John puso la mano en el brazo de Stuart para llamar su atención y señaló a la joven con la barbilla. Cuando Stuart la vio, temiendo que pudiera caerse, corrió hacia ella y la sostuvo por la cintura. Antes de que pudiera llevarla de nuevo a su cama, Violet le dijo con voz débil:

—Necesitaba salir del camarote. No puedo respirar allí.

—Tienes que descansar.

—Déjame que me quede un rato, por favor —suplicó, mirándolo con ojos tristes—. Puedo sentarme allí. —Señaló el baúl que había junto a John.

Stuart podía pelear con ella hasta la extenuación por su seguridad si se le enfrentaba enfadada, pero le era imposible negarse a su mirada suplicante. Después de maldecirse a sí mismo por lo débil que era con ella, la cogió en brazos y la llevó hasta el baúl de donde John había sacado otro impermeable para la recién llegada, que Stuart le puso. Se lo abrochó cuidadosamente mientras que ella, sentada sobre el baúl, doblaba las mangas puesto que el práctico abrigo le estaba muy grande. Después de asegurarse de que estaba bien abrigada, él se sentó a su lado y ambos observaron el mar, frío e inhóspito que les rodeaba, escuchando la conversación de los tres hombres que bromeaban y reían a su lado como si no sintieran la tensión que había entre los dos.

Violet tenía los nervios a flor de piel desde que había empezado a sentir lo que Aidan, el amigo médico de Stuart le había explicado que era su primera *Sed de Sangre*, algo que no sabía que podía ocurrir sin estar emparejada; al menos así lo había entendido cuando había escuchado hablar sobre ello a algunas muchachas del colegio.

Aunque Aidan había sido muy amable con ella cuando le explicó que, según algunos tratados de medicina modernos, la *primera sed* aparecía cuando una vampira deseaba por primera vez a un macho, sintió que enrojecía de pies a cabeza tremendamente avergonzada porque, no solo se sentía atraída por un macho que no quería saber nada de ella, sino que, además, su cuerpo estaba gritando su deseo a los cuatro vientos.

Todo el mundo tenía que enterarse de que a la tonta de Violet le gustaba Stuart, el vampiro que la había despreciado y humillado y que ahora, por algún extraño sentido del honor o simplemente porque le daba pena, estaba ayudándola a huir de *La Hermandad*. Se sentía tan mal que a veces deseaba con todas sus

fuerzas haberse quedado con sus padres y su hermano, aunque sabía que esos pensamientos eran débiles y egoístas.

Un cambio brusco en el viento provocó que John y Ralph corrieran a desatar el cabo de la vela mayor para ajustarla, y así poder aprovechar el aumento de la fuerza del viento de forma que el barco pudiera navegar más rápido y seguro. Cuando terminaron poco después, la vela mayor se hinchó completamente y el barco pareció que volaba. El violento movimiento hizo gemir la madera de cubierta y que Violet cayera sobre Stuart involuntariamente. Él la abrazó, sujetándola con fuerza, y las miradas de los dos se quedaron enganchadas durante un instante hasta que ella apartó la suya; a pesar de ello, él siguió rodeándola con sus brazos y dijo en su oreja:

—Creía que dormirías mucho más, casi no lo has hecho en estas dos últimas noches.

Pero no era momento de hablar puesto que las olas empezaron a ser más grandes, chocando con la cubierta y una de ellas los empapó por entero; al mismo tiempo, la fina lluvia que caía hacía un momento se había transformado en un auténtico aguacero. Stuart, sin dejar de abrazarla, levantó la voz para decir a su amigo:

—¡John, voy a llevarla a su camarote! —Su amigo también le contestó a gritos para hacerse oír a través del vendaval que se había levantado. Estaba en la otra punta de la cubierta donde guardaba en otro arcón todos los objetos que no estaban atornillados al suelo para no perderlos en el mar para siempre.

—¡Sí, será lo mejor! ¡Quedaos allí hasta que pase la tormenta!

Stuart se levantó e, inclinándose para coger a Violet en brazos, ordenó:

—Agárrate a mí. —Cuando ella le rodeó el poderoso cuello con los brazos, él atravesó la cubierta con zancadas seguras y luego bajó los tres escalones de madera que conducían a los camarotes. Al final del estrecho pasillo estaba el más grande, el que normalmente se destinaba al capitán, pero que John había cedido a Violet para que estuviera lo más cómoda posible. Cuando abrió la puerta, el barco osciló bruscamente haciéndolo trastabillar, de modo que se quedó con la espalda apoyada durante unos momentos en la pared, esperando a que pasaran los bandazos.

—¿Vamos a naufragar? —murmuró Violet con voz débil. Él maldijo silenciosamente al ver su extrema palidez y contestó enseguida:

—¡No! —aunque no le extrañó que creyera algo así puesto que las tormentas en el mar siempre eran más alarmantes que en

tierra— No nos pasará nada, no te preocupes, John es un buen marinero. El movimiento que has sentido ha sido provocado porque el barco ha surcado una gran ola y, cuando la hemos pasado, hemos vuelto a caer sobre el agua. ¿Lo entiendes? —Ella asintió.

Casi a oscuras, puesto que por el ojo de buey del camarote apenas entraba luz, Stuart caminó con ella en brazos hacia la cama donde la dejó. Violet se sentó y comenzó a desabrocharse el impermeable y él encendió la vela del candil que estaba fijo en la mesilla. El barco volvió a elevarse ligeramente para surcar otra ola provocando que la madera crujiera de nuevo y ella se mordió el labio inferior. Stuart sonrió tranquilizadoramente y le dijo:

—Me gustaría quedarme contigo, pero tengo que subir, puede que necesiten mi ayuda. No soy muy buen marino, pero… —se encogió de hombros.

—No te preocupes por mí, estaré bien. Vete —contestó.

Stuart asintió y se marchó después de echarle una larga y escudriñadora mirada. Solo cuando ella lo escuchó subir los escalones en dirección a la cubierta, se dejó caer de espaldas en la cama agarrando con fuerza las sábanas y mordiéndose el labio inferior para no gritar de dolor, porque la sed había vuelto y era mil veces peor que antes.



Uruk, Mesopotamia
Siglo XXI A.C.
Comienzo de la Edad Antigua vampírica

Nammu atravesó el patio del palacio a paso rápido escoltada por los seis guardias que el rey le había asignado, hasta llegar a las escaleras del zigurat. Antes de empezar a subir los escalones se volvió hacia ellos y les ordenó:

—Quedaos aquí. He de entrar en el templo para rogar porque la ceremonia de purificación de mi señor sea suficiente a los ojos de la diosa Inanna. —Los guardias inclinaron la cabeza en señal

de obediencia y pleitesía como si Nammu fuera la misma reina en lugar de una simple concubina, porque hacía tiempo que habían descubierto cómo se las gastaba la preferida de Nimrod, el *Supremo Señor* de Uruk. Al último escolta del que la bella Nammu se había quejado le habían cortado la cabeza y, desde entonces, ninguno de ellos dudaba en obedecerla ciegamente. Hasta ahora Nammu siempre había utilizado su belleza para conseguir lo que quería, pero desde que era la amante preferida del todopoderoso rey de Uruk, había comprendido que el miedo era el método más rápido y efectivo para lograr sus objetivos.

Cuando cumplió doce años se dio cuenta de que poseía una belleza que provocaba que los hombres cayeran a sus pies y fue entonces cuando comenzó a utilizarla para sus fines. Con trece años se marchó de su casa, que estaba en una aldea en las montañas donde solo había cabras y unas cuantas familias que las cuidaban, con el hombre que le compraba los quesos a su padre. El viejo con el que huyó estaba casado, pero eso no le importó lo más mínimo, tampoco que fuera más viejo que su padre o que le faltaran tres dientes; se acostumbró a compartir su cama hasta que llegaron a la ciudad porque su propósito era escapar de una vida de pobreza que le habría condenado a la vejez y a la muerte, sin haber podido disfrutar de la vida.

Su madre había muerto cuando ella era una niña dejando diez hijos de diferentes edades a cargo de un padre cuya mayor afición era beber, noche tras noche, hasta caer redondo. Por supuesto, Nammu abandonó al viejo en cuanto encontró a otro más rico y luego a este por otro; así pasó varios años hasta que un día cuando iba al mercado a comprar acompañada de su esclava, se encontró con la comitiva real. De eso hacía solo seis meses y, aunque el rey era distinto al resto de los amantes que había tenido, para ella no dejaba de ser un viejo. Como siempre les pasaba a los hombres en cuanto él puso los ojos sobre Nammu, la deseó. Se bajó de su caballo, acercándose a ella y ordenándole que se detuviera. Y Nammu obedeció regalándole una sonrisa llena de promesas.

El resto era historia. Nimrod la visitaba todas las noches, a pesar de que tenía cuatro mujeres y quince hijos, excepto los días en los que Nammu le decía que no se encontraba bien. El rey estaba obsesionado con su favorita y siempre quería que estuviera a su lado, por eso ahora ella tenía que aprovechar que él faltaría un par de días de palacio. Había ido al desierto junto al Sumo Sacerdote y a algunos generales para ofrecer a la diosa Inanna el nuevo Templo de los Cielos, donde ella iba a entrar ahora mismo. Nimrod lo había mandado construir tres años atrás, cuando volvió

de la guerra contra los Kish. Como agradecimiento a la diosa Inanna por haber sido el primer rey de Uruk en vencerlos, había ordenado la construcción del templo más grande que el mundo habría visto hasta ese momento.

Pero cuando estaba terminado y a punto de abrir sus puertas al pueblo, Sennefer, el Sumo Sacerdote, le dijo a Nimrod que para que Inanna aceptara del rey el ofrecimiento del templo, él tenía que purificarse antes de todo contacto terrenal, y eso significaba que tenía que dormir al menos una noche en el desierto. Nammu puso los ojos en blanco al recordar cómo se quejó el rey la noche anterior en su cama porque no quería dejarla sola. Se puso tan pesado que tuvo que fornicar dos veces con él para dejarlo exhausto y no tener que seguir escuchando sus patéticos lamentos porque no quería marcharse sin ella.

Llamó a la puerta del templo y le abrió el sacerdote que solía hacerlo, tal y como ella esperaba. Sabía que a ese muchacho le gustaba porque sus ojos, grandes y negros, no se despegaban de su cuerpo cuando acompañaba al rey a visitar el templo, y por lo tanto sería fácil convencerlo para que hiciera lo que ella quisiera. Y también sabía que el resto de los sacerdotes estaban en el desierto para la ceremonia de purificación del rey. Sonriéndolo cálidamente saludó:

—Hola, Marduk. —El joven se ruborizó de placer porque ella recordaba su nombre e inclinó el rostro fijando la vista en el suelo, como señal de sumisión. Pero Nammu empujó suavemente su barbilla hacia arriba para que la mirara. Cuando lo hizo, susurró:

—¿No vas a dejarme pasar? Sé que estás solo.

Él abrió la puerta lo suficiente y ella entró, esperando a que cerrara. Cuando lo hizo, se acercó a él y presionó su cuerpo contra el suyo asegurándose de que sentía todas sus curvas. Luego mordisqueó su barbilla provocativamente.

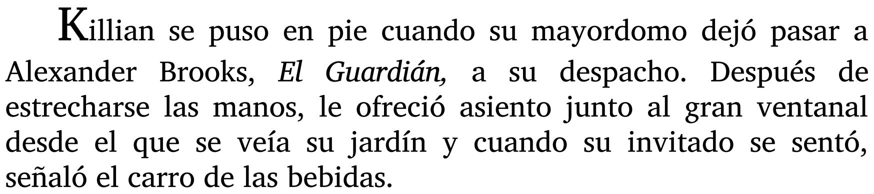
—Señora… —gimió él, con los ojos agrandados por el miedo y el placer y ella rio a carcajadas, encantada. Aquello iba a ser todavía más fácil y divertido de lo que había imaginado.

—Shhh, ratoncito. No te preocupes, podemos hacer lo que queramos y nadie vendrá a molestarnos, pero luego tendrás que ser muy obediente. —Paseó una uña larga y afilada por el rostro barbilampiño del muchacho que la miraba como si ella misma fuera una diosa. A continuación, bajó la mano por la túnica de algodón barato hasta encontrar el miembro del joven, ya abultado y rígido, y lo apretó. Le gustaba la sensación de poder que sentía cuando un hombre hacía lo que ella quería y le encantaba que la miraran como la estaba mirando ese muchacho. —Verás que soy

muy generosa si haces lo que yo quiero. ¿Dónde está tu cuarto? —Marduk, temblando por la excitación señaló con el brazo a su izquierda, donde había una pequeña puerta junto a la monumental entrada del templo.

—Guíame —ordenó ella lamiéndose el labio inferior lascivamente. Y Marduk, con los ojos ardiendo de pasión, lo hizo.

CINCO



Killian se puso en pie cuando su mayordomo dejó pasar a Alexander Brooks, *El Guardián,* a su despacho. Después de estrecharse las manos, le ofreció asiento junto al gran ventanal desde el que se veía su jardín y cuando su invitado se sentó, señaló el carro de las bebidas.

—¿Un whisky? Gale Stronbow me ha enviado una caja del último que han embotellado en su fábrica y es todavía mejor que el del año pasado. —Pero Alexander sacudió la cabeza, negándose, antes de contestar:

—Para mí, no. Gracias. —Killian asintió y se sentó. Cruzó las piernas elegantemente y las manos encima de su muslo derecho y esperó. Alexander miró hacia el techo, era un gesto que solía utilizar cuando quería poner en orden sus ideas. Killian interrumpió sus pensamientos al notar su inquietud.

—Imagino que todavía no se lo has contado. —Su amigo suspiró profundamente y lo miró, antes de decir:

—No —contestó—. Y mañana Helena y yo nos marchamos a Escocia, aunque preferiría quedarme y hablar con él. —Pero tanto Alexander como Killian sabían que su presencia en Escocia, en ese momento, era imprescindible.

—No puedes faltar, allí las dos facciones están a punto de llegar a las manos, necesitan a alguien neutral. ¿Qué vas a hacer cuando vuelvas?

—Quedaré con Cameron y se lo contaré todo. Espero que para entonces hayas tenido tiempo de comprobar la otra información.

—Espero que sí —afirmó Killian gentilmente. Al ver la mueca

de amargura en el rostro de su amigo, afirmó—: Conozco bien a Cam y creo que lo entenderá. Al fin y al cabo, aquello ocurrió cuando eras casi un niño y te engañaron, cualquiera que tenga dos dedos de frente vería que no fue culpa tuya. ¿Prefieres que se lo diga yo mientras tú estás fuera?

—No. —Alexander se irguió en la silla, decidido—. Tengo que contárselo yo, es mi obligación. ¿Cuándo se lo diremos a los demás?

—Todavía no. Como acabas de decir, antes tenemos que asegurarnos de que el documento no es una falsificación.

—Ojalá lo fuera, pero me temo que es auténtico —susurró Alexander con voz amarga.

—Opino lo mismo —confesó Killian con voz grave, observando la mirada arrepentida de su amigo sin saber cómo consolarlo—. Ojalá encontremos algo que eche por tierra esta información tan…

—¿Terrible?

—Iba a decir sorprendente —rectificó Killian con voz suave.

—Me tengo que marchar —afirmó Alexander levantándose—. Solo quería confirmarte que mañana salgo para Escocia y que cuando vuelva le contaré a Cam lo que ocurrió hace tantos años.

—Me parece lo más justo. Esperemos que aquel acto juvenil no tuviera consecuencias. —*El Guardián* sonrió, por primera vez desde que había llegado y contestó:

—Desgraciadamente, algo dentro de mí me dice que el documento es real, aunque ojalá me equivoque. Y tú, ¿qué opinas de todo esto? Sé sincero, Killian. —El aludido agachó la mirada, pensativo y, cuando la levantó, dijo con voz suave:

—Lo cierto es que, si el documento es verdadero, todo lo que *El Maestro* ha hecho empieza a tener sentido; incluso que nos odie tanto puede ser porque en el fondo sienta que no ha crecido donde debería. Y te confieso que he pensado en lo duro que será para ti, de ahora en adelante, luchar contra él sabiendo que es tu… — Alexander lo interrumpió antes de que pudiera decir *esa* palabra.

—Me conoces Killian, y sabes que lo más importante para mí es la familia, pero, aún suponiendo que ese documento sea cierto, él no forma parte de ella. Sé que es terrible decir algo así, pero si está vivo es gracias a mi estupidez y eso es algo de lo que me lamentaré siempre, sobre todo por el daño que ha hecho a lo largo de su vida.

—Por si te sirve de algo, creo que eres uno de los hombres más honorables que he conocido y un buen padre, aunque nadie más lo crea. Yo he sido testigo de tu preocupación por el

bienestar de Cam durante estos años, a pesar de que no teníais contacto. —Alexander se encogió de hombros como si eso no tuviera ningún mérito, pero antes de salir al pasillo se giró hacia él y contestó:

—Es mi hijo.

Killian lo acompañó hasta la salida donde su mayordomo le entregó a Alexander su abrigo, antes de desaparecer discretamente. Los dos amigos se despidieron con un abrazo y cuando se separaron, *El Guardián* susurró:

—Gracias por todo, Killian. —Él le puso la mano en el hombro y contestó:

—Cam lo entenderá. —Después de una ligera inclinación de cabeza, Alexander se marchó con paso rápido en dirección al coche que le esperaba frente a la casa.



Cuando Stuart subió de nuevo a cubierta, el barco entero se bamboleaba continuamente, haciéndole muy difícil llegar hasta John que estaba al frente del timón. Su amigo no dejaba de gritar órdenes a sus sobrinos que corrían de un lado a otro, ajustando velas y desatando y atando cabos. Los tres estaban empapados, no solo por la furiosa tormenta, también por las olas que no dejaban de estrellarse sobre la cubierta. John le gritó, sorprendido, cuando consiguió llegar a su lado:

—¿Qué haces aquí? —En ese momento el barco se balanceó bruscamente haciendo que Stuart cayera sentado en el arcón que había a su lado.

—Vengo a ayudaros —gritó como respuesta y John meneó la cabeza, pero su atención se desvió hacia la enorme ola que había ante el barco y giró el timón para cogerla en el ángulo adecuado y que no volcaran. Cuando pasó el peligro, le dijo—: Pregunta a mis sobrinos qué puedes hacer. —El Coronel asintió, alejándose de él, entendiendo que John necesitaba de toda su concentración para lidiar con el mar en ese estado y se acercó a Tom y a Ralph agarrándose a todo lo que encontraba a su paso para no caerse, igual que había hecho antes.

Sin hacer preguntas, Tom le dio a Stuart una soga cuyo extremo estaba amarrado al palo mayor para que se lo atara a la cintura, como habían hecho ellos. Tanto John como sus sobrinos

llevaban sogas atadas a sus cuerpos y al palo mayor, por si uno de ellos caía al mar que los demás pudieran volver a subirlo al barco. Después de asegurar el cabo con varios nudos, Stuart se concentró en obedecer las órdenes que le iban dando y que se reducían a atar o desatar las cuerdas que ellos decían y ayudarlos a enrollar las velas para que no las destrozara el vendaval. En resumen, a preparar el barco para capear la tempestad lo mejor posible. Era un duro trabajo que tuvieron que hacer empapados, helados de frío y empujados en todo momento y sin piedad por un viento huracanado. La tormenta había aumentado tanto que el mar se había vuelto muy peligroso para seguir navegando, pero no tenían más remedio que hacerlo. Les llevó más de dos horas atravesarla y que el barco volviera a navegar apaciblemente. Cuando lo consiguieron, Tom y Ralph se dejaron caer sentados en cubierta, agotados, y Stuart se acercó a John que parecía tan aliviado y agotado como sus sobrinos.

—Menos mal que has subido a ayudar, si no lo hubieras hecho… —confesó, dándose cuenta, y no por primera vez, de la diferencia que había entre la fuerza y la resistencia de un vampiro y la de un humano. Pero su amigo no lo escuchaba, su mirada de su amigo se había desviado hacia las escaleras por las que se bajaba a los camarotes, y no había que ser muy listo para adivinar la causa de su distracción—: Esto está muy tranquilo, deberías bajar a ver cómo está— comentó.

—¿Estás seguro? —Volvió a mirar en dirección al mar como si esperara que volviera la tormenta.

—Sí —sonrió al verlo empapado como una sopa—. Pero cámbiate de ropa antes de ir a verla si no quieres que se asuste.

—Está bien, pero si me necesitáis…

—Mandaré a uno de mis sobrinos a avisarte, no te preocupes. —Con una última inclinación de cabeza, Stuart se marchó. Empapado y exhausto, fue primero al camarote que compartía con John y sus sobrinos para ponerse ropa seca. Estaba terminando de hacerlo cuando escuchó un grito de dolor a través de la pared y corrió hacia el camarote de Violet y, cuando abrió la puerta y la vio, supo que sus peores pesadillas se habían hecho realidad.



Edevane entró despacio en la habitación vestido con un traje oscuro, nuevo y hecho a la medida, y saludó respetuosamente a *El Maestro* que estaba de espaldas a él mirando por la ventana. Entonces Sanderson, que era el nombre que seguía utilizando el máximo dirigente de *La Hermandad*, se dio la vuelta y se lo quedó mirando con los ojos completamente rojos y los labios ligeramente separados por donde asomaban sus colmillos, con una actitud claramente amenazadora. Al verlo, Edevane se sobresaltó porque, a pesar de lo que había hecho, había ido a verlo convencido de que conseguiría que volviera a confiar en él.

—*Maestro* —dijo con voz humilde. Acababa de darse cuenta de que estaba jugándose algo más que su posición en *La Hermandad*— no sé qué te habrán contado, pero si me permites un momento para explicarme …

—¡Cállate y siéntate! —ordenó Sanderson mascullando entre dientes, sin levantar la voz—No se te ocurra volver a hablarme, a menos que sea para responder a mis preguntas si quieres seguir disfrutando de tu vida de lujos. —Con una sonrisa malvada rectificó enseguida y dijo—: Mejor dicho, si quieres seguir vivo. —Edevane tragó saliva disimuladamente y se sentó despacio, con la misma elegancia en sus movimientos de siempre y esperó. *El Maestro* se acercó a su costado mientras Edevane lo observaba de reojo, sin atreverse a girar el rostro hacia él. Así estuvo unos segundos, los más largos de su vida, hasta que Sanderson se apartó lo suficiente para sentarse en una silla que había frente a la suya. El rojo de sus ojos se fue atenuando hasta que se transformó en una neblina rojiza, que cubría solo parcialmente su color negro original y sus colmillos dejaron de estar a la vista cuando dijo:

—No sé si eres consciente de lo que has hecho. La humana que has perdido era tan importante que yo mismo la secuestré siendo un bebé y me he ocupado de ella durante años, de que se mantuviera pura para que su cuerpo fuera digno de nuestra diosa —de su pecho brotó un gruñido que hizo vibrar el vaso de whisky del que él mismo había estado bebiendo, y que había dejado sobre una mesita que tenía al lado—, y lo peor es que todo ha sido por tu incapacidad para mantenerte alejado de las mujeres. Sé que mientras la humana huía, tú estabas demasiado ocupado satisfaciendo a la viuda de Walker Nolan planeando quedarte con el negocio de las esclavas, robándomelo a mí. Has conseguido que esa operación también esté en peligro y que, seguramente, tengamos que buscar otro puerto donde podamos seguir haciendo nuestros negocios. —El siseo que siguió a la última frase fue el sonido más estremecedor que Edevane había escuchado en su

vida, pero cuando *El Maestro* se quedó en silencio esperando una explicación, trató de ocultar el miedo que sentía.

—Te lo aclararé enseguida, si me dejas. Sé que mis acciones pueden parecer sospechosas, pero no he huido, lo que habría hecho si fuera culpable; al contrario, he sido yo el que he pedido esta reunión para proporcionarte una importante información que he conseguido gracias a mi relación con la viuda. No sé quién te ha contado todo esto, pero es evidente que lo ha hecho con la intención de perjudicarme. Solo te pido que me escuches —expuso, intentando parecer humilde. Sanderson lo observaba con una mueca irónica cuando contestó:

—No tienes ni idea de cual es el tamaño real de esta organización; entre otras cosas, tengo agentes infiltrados en todos los estamentos de la sociedad que los demás no conocéis y que solo responden ante mí. Me ha costado muchos años tejer esta tela de araña y no voy a permitir que un estúpido como tú me lo arrebate todo. —Observó con una sonrisa satisfecha la palidez que había aparecido en el rostro de Edevane y susurró con voz ladina—: voy a darte una oportunidad para redimirte. Cuéntame la verdad y más vale que me convenzas o acabaré con tu miserable vida, ahora mismo, con mis propias manos.

—Gracias, *Maestro* —musitó él—. La verdad es que gracias a que mi hermana se hizo amante de Burke Kavannagh y yo de la viuda de Walker Nolan, pudimos averiguar que *La Brigada* se había enterado de que utilizábamos el puerto de Cobh para el contrabando de esclavas. Planeaban esperar al siguiente cargamento para atrapar a todos nuestros agentes e intentar llegar hasta los máximos niveles de nuestra organización. Gracias a esa información *privilegiada,* pudimos salvar el último cargamento desviándolo a tiempo a otro puerto. Había pensado venir a contártelo antes, pero he preferido esperar a tener toda la operación resuelta. Por eso, ahora que las esclavas ya han sido distribuidas en sus nuevos lugares de trabajo y los agentes están a salvo, he pedido esta reunión. —Al ver cambiar la expresión de *El Maestro* supo que existía una posibilidad de salir de aquella situación con vida. —Es cierto que fui diciendo a todos que me había liado con la viuda de Nolan para quedarme con su fortuna, pero solo lo hice para que pensaran que era un avaricioso y no que mi hermana y yo estábamos espiándolos. —Sanderson se lo quedó mirando durante un largo rato y Edevane mantuvo una expresión tranquila, aunque notaba el sudor bajando por su espalda a pesar de que en la habitación no hacía calor.

—¡No descansaré hasta acabar con *La Brigada* por completo! ¡Y con Gallagher el primero! —masculló entre dientes Sanderson

y dio un fuerte golpe sobre la mesita haciendo que el vaso y el cenicero que había sobre ella saltaran.

—Por supuesto, *Maestro* —convino Edevane humildemente, sintiendo que podía volver a respirar—. Pero en este momento están muy bien protegidos y son muy cuidadosos. De hecho, por más que hemos investigado, nadie ha podido encontrar ningún rastro de Violet.

Sanderson lo sorprendió al declarar:

—Desde el principio imaginé que la muchacha no se quedaría con su familia. Ninguno de los dos jueces, ni Gallagher, ni Richards son tontos y la habrán mandado lejos. A pesar de ello, envié agentes a vigilar las casas de los dos y de sus amigos más cercanos, además de mover algunos de mis contactos por el continente.

—No lo sabía —susurró Edevane admirándolo a su pesar. *El Maestro* sonrió burlonamente y continuó diciendo:

—En casi todas las ciudades más importantes del continente, tengo al menos un agente. Y solo me son leales a mí porque soy su única conexión con nuestra sociedad. — Sin hacer caso de la mirada de admiración de Edevane, se reclinó en el asiento, más tranquilo, y continuó diciendo—: En el centro de esa tela de araña de la que te he hablado antes, solo estoy yo; por lo que, si se mueve algún hilo, por muy alejado que esté de mí, sentiré esa tirantez y actuaré en consecuencia. Te recomiendo que no vuelvas a pensar que puedes engañarme.

—Te aseguro que no era mi intención engañarte, Maestro. Y como muestra de mi lealtad, te traigo una información que estoy seguro de que te gustará conocer —afirmó Edevane en voz baja, intentando redimirse. Afortunadamente, Sanderson asintió secamente y Edevane prosiguió—: Puede que tengas razón y que la muchacha no esté en el país. Hace un par de días, conseguí localizar a uno de los camareros que estuvo sirviendo en la fiesta del nombramiento del Consejo de Eruditos. Se trata de un humano al que le gusta mucho el dinero, motivo por el que decidí dejarlo vivo ya que podría sernos de utilidad en el futuro. —Sanderson lo observaba como si él fuera un depredador y Edevane su presa, pero él siguió hablando con voz tranquila—: El humano me contó que, cuando terminó la fiesta, Killian hizo un discursito de los suyos en el que aseguró que habían descubierto que la hermana desaparecida del juez Richards seguía viva, y que pagarían una buena suma a quien les diera información sobre su paradero.

—¿Estás seguro de eso? —Edevane asintió lentamente, sin aparentar el alivio que sentía.

—Completamente. Te aseguro que un simple humano sería incapaz de engañarme. —Inconscientemente, sonreía con la misma crueldad que su jefe mientras hablaba.

—Después de tantos años, conozco bien a Gallagher y estoy seguro de que dijo eso para que llegara a nuestros oídos —murmuró *El Maestro*, pensativo—. Quiere que creamos que no sabe dónde está, pero si fuera así no habría hecho un anuncio semejante— sacudió la cabeza cada vez más convencido—, no. Estoy seguro de que solo es un truco para que nos volvamos locos buscándola por Dublín o por toda Irlanda. Esto que me acabas de decir me confirma que la muchacha no está en el país.

—Aprovechando que los Richards están viviendo en la casa de Cameron Brooks. Sé que siempre dices que no… —carraspeó al ver que Sanderson entornaba los ojos, pero de todos modos se atrevió a repetir lo que ya le había preguntado en alguna ocasión —: ¿Has pensado en la posibilidad de asaltar su casa? —al ver que no replicaba, siguió diciendo—: Piénsalo bien, sería el golpe decisivo contra *ellos*. Acabaríamos con el hijo de *El Guardián* y con la humana que está amancebada con él, con el juez Richards y con su mujer, una mestiza a la que acaban de admitir en el Consejo de Eruditos, y puede que hasta los padres del juez también estén viviendo allí. Y lo mejor de todo, podríamos torturarlos hasta que nos dijeran donde está la muchacha— pensaba seguir hablando hasta convencerlo, pero los ojos de *El Maestro* se volvieron a teñir de rojo y escuchó cómo desenfundaba sus colmillos.

—Solo te lo diré una vez más y no lo repetiré. Si tú o cualquiera de los miembros de *La Hermandad* os atrevéis a rozar, aunque solo sea un pelo, a *El Guardián* o a su hijo o a cualquiera de su familia, daros por muertos. Además, me aseguraré de que la muerte que tenga el que se salte esta orden sea la más horrible que pueda imaginar. Y ya sabes la gran imaginación que tengo cuando se trata de castigar a alguien de la forma más cruel posible, supera incluso la tuya —sonrió, mostrándole de nuevo los colmillos. Edevane se maldijo en silencio por imbécil, pero *El Maestro* interrumpió sus pensamientos al decir—: Esta es la última oportunidad que te doy para servirme bien y fielmente. Así que dime si la aceptas o acabamos con esto ahora mismo.

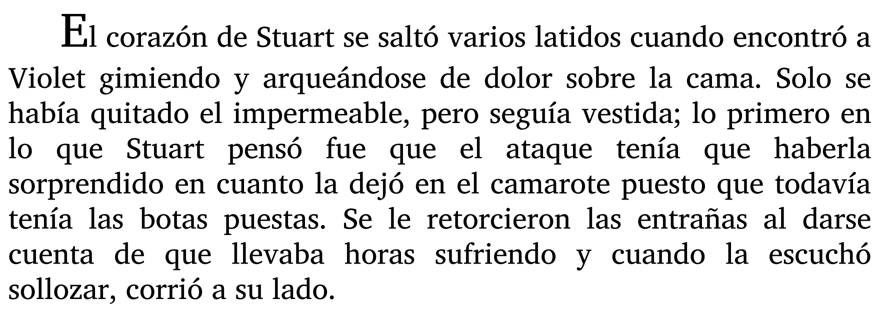
Edevane sabía que no tenía nada que hacer en una lucha cara a cara contra él y que, en el momento en el que deseara su muerte, todo terminaría por lo que se puso en pie e inclinó la cabeza en señal de respeto. Luego, contestó:

—Por supuesto. Gracias por darme otra oportunidad, seré el más fiel de tus agentes. —*El Maestro* le hizo un gesto con la mano

para que se marchara y él comenzó a caminar hacia la salida, pero se detuvo antes de llegar a la puerta al escuchar sus últimas palabras:

—Una última cosa, no creas que me has engañado ni por un momento. Solo sigues vivo porque todavía me eres más útil en esta condición que muerto de modo que, si yo estuviera en tu situación, intentaría buscar el modo de seguirme siendo útil. —Edevane se volvió a tiempo de verlo sonreír de una forma que lo hizo estremecerse. Había visto muchas veces esa sonrisa, era la que aparecía en su rostro cuando había sentenciado a alguien a muerte y se preparaba para disfrutar viendo cómo se cumplía su sentencia. Asintiendo por última vez, salió de la habitación con paso ligeramente tembloroso.

SEIS



El corazón de Stuart se saltó varios latidos cuando encontró a Violet gimiendo y arqueándose de dolor sobre la cama. Solo se había quitado el impermeable, pero seguía vestida; lo primero en lo que Stuart pensó fue que el ataque tenía que haberla sorprendido en cuanto la dejó en el camarote puesto que todavía tenía las botas puestas. Se le retorcieron las entrañas al darse cuenta de que llevaba horas sufriendo y cuando la escuchó sollozar, corrió a su lado.

—Violet —susurró, poniendo su mano suavemente sobre la suya que estaba apretada en un puño, agarrada a las sábanas. Ella volvió la cara hacia él y Stuart vio que su rostro estaba enrojecido y húmedo por las lágrimas y el sudor, pero lo que más le impresionó fue ver el dolor que vislumbró en sus ojos. Violet, al ver que estaba a su lado y cómo la miraba, giró el rostro para que no pudiera seguir haciéndolo. Ni siquiera se había dado cuenta de que había entrado en el camarote y, con la mirada puesta en la pared, dijo:

—Vete. —Su voz sonaba más ronca que nunca debido a los gritos que había estado dando durante horas. Él sacudió la cabeza, negándose; tendrían que matarlo para que se marchara, dejándola así. Ella lo miró otra vez apretando los dientes y masculló, enfadada—: ¡Vete!

—No. Déjame darte láudano, por favor —suplicó, inclinándose sobre la cama y deseando poder cambiarse por ella. Haría cualquier cosa por no verla sufrir.

—¡No! —gritó Violet, irguiéndose y sujetándose débilmente con las manos sobre la cama para permanecer sentada, pero, enseguida, se le escapó un sollozo y se derrumbó sobre el colchón con los ojos cerrados. Stuart le puso la mano sobre la frente.

—Estás ardiendo otra vez — murmuró —. Por favor, déjame

que te dé láudano—susurró, realmente preocupado. Pero ella, con los ojos cerrados, se negó; como llevaba haciendo desde que se lo había dado la primera vez.

—No, no quiero volver a tomar eso nunca más. Creía que me moriría cuando me lo diste, fue horrible. Prefiero aguantar el dolor.

Por un momento Stuart pensó en forzarla a tomarlo, pero sabía que si lo hacía ella no se lo perdonaría nunca. Irguiéndose, se acercó a los pies de la cama para quitarle las botas y ella suspiró de placer cuando lo hizo. Con uno de sus pequeños pies acunados entre sus grandes manos, le preguntó:

—¿Estás más cómoda así? —Ella lo miró con los párpados entornados sobre los ojos ardientes; un hililllo de sudor bajaba por su cuello cuando confesó inesperadamente:

—¡Tengo tanto calor Stuart! —Después volvió a cerrar los ojos. Él observó el vestido de lana gruesa que ella todavía llevaba puesto y contestó:

—Voy a desnudarte. —Cuando Violet asintió en silencio, sin mirarlo, fue consciente de lo mal que se encontraba al aceptar que la desnudara sin discutir.

No se permitió pensar que no podría verla ningún médico hasta dentro de unos días y que si seguía empeorando…, sacudió la cabeza para apartar esa idea de su mente y se sentó a su lado. Suavemente, la empujó para que se tumbara de costado ya que los botones que cerraban el vestido estaban en la espalda; los desabrochó y se lo bajó por los hombros, deslizándolo por los brazos hasta llegar a la cintura; entonces, la levantó a pulso con el brazo izquierdo y lo bajó por las caderas, dejándola de nuevo sobre la cama y sacándoselo por los pies. Se quedó mirando el corsé que llevaba encima de la camisola sin poder creer que las mujeres se pusieran algo así, incluso en momentos como ese. Desenganchó el primer corchete y luego desató el cordón para retirarlo de los ojales hasta que los liberó todos y el corsé se abrió completamente, cayendo a los lados del cuerpo femenino, sobre la cama. Volviendo a levantar su cintura cuidadosamente, retiró el corsé lanzándolo lejos.

Ahora solo vestía una camisola y unas bragas que le llegaban casi hasta la rodilla, pero ambas cosas dejaban poco a la imaginación ya que la tela con la que estaban hechas era sumamente delicada, casi transparente, aunque Stuart estaba demasiado preocupado en ese momento como para fijarse en eso. Alargó el brazo y echó hacia atrás un mechón húmedo que le caía sobre la mejilla y volvió a ponerle la mano en la frente que estaba más caliente todavía. Levantándose, cogió el paño que había

dejado antes junto al cubo del agua fría, detrás de la puerta, lo escurrió y comenzó a pasárselo por la piel para enfriarla. Cuando el paño se calentaba, volvía a mojarlo en el cubo y a pasárselo incansablemente por el rostro, los brazos y las piernas. Calculó que había pasado más de media hora cuando se dio cuenta de que la fiebre no bajaba.

—Violet, mírame —ordenó con voz suave. Como no respondía, siguió insistiendo, subiendo la voz un poco más cada vez—: ¡Violet, mírame! — Después de llamarla varias veces, abrió los ojos y lo miró. Parecía aturdida, seguía sudando y estaba muy roja. Con voz débil y ronca, pidió:

—Agua, por favor. —Stuart le sirvió un poco de agua e, incorporándola, le sujetó el vaso para que no se derramara. Se lo bebió entero y él dijo:

—No te duermas todavía. —Ella lo miró con los párpados entrecerrados como si le costara mantenerlos abiertos. —¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Como si me estuviera secando por dentro poco a poco— murmuró—. Y muy cansada. Déjame, por favor. —Sabía que le estaba pidiendo que la dejara tranquila. Su mirada extenuada y su voz frágil hicieron que pensara, con un estremecimiento, que podía perderla esa noche; pero él no iba a consentir que eso ocurriera. Intentó aparentar tranquilidad, a pesar de sus sentimientos, cuando le preguntó en voz baja:

—¿Tienes sed? —Ella echó un vistazo al vaso vacío que él todavía tenía en la mano y contestó con un murmullo:

—No.

—Me refiero a *Sed de Sangre* —aclaró él con los ojos ardiendo. Ella se quedó paralizada y sus pupilas se dilataron.

—No —mintió, temblando. Su boca salivó y apretó los labios con fuerza para que él no pudiera verle los colmillos, que se habían alargado al escucharlo. A pesar de sus esfuerzos, Stuart sabía lo que le estaba ocurriendo y después de ponerle el paño, de nuevo enfriado sobre la frente, se inclinó hasta que los rostros de los dos estuvieron casi juntos sin dejar de mirarla fijamente a los ojos.

—¿Qué haces? —musitó ella intentando alejarse de él arrastrándose sobre la cama, pero él se sentó a su lado y la retuvo con facilidad.

—Nada.

—Tus ojos han cambiado —farfulló Violet con el ceño arrugado debido al esfuerzo que hacía para mantener los ojos abiertos, mientras escrutaba los de él que cada vez estaban más rojos. Stuart no pudo soportarlo más y se ofreció a ella:

—Quiero que bebas de mí, permíteme calmar tu sed. —Violet se tapó la boca que se le había abierto involuntariamente, pero él le quitó la mano con suavidad y dijo: —No los ocultes, déjame verlos. —Ella estaba tan agotada que se rindió y, avergonzada, se los enseñó. Haciéndolo esperaba que se sintiera asqueado y la dejara tranquila por fin, pero ocurrió todo lo contrario. Los ojos de Stuart brillaron antes de ordenar—: separa más los labios, Violet, por favor. —Su voz sonaba aterciopelada, invitadora y ella obedeció sintiendo un tirón en la zona baja del vientre, entre las ingles. —Preciosos— murmuró *El Coronel*. Violet lo observaba asombrada al escucharlo hablar así y por el cambio que se había producido en su rostro, transformado por el deseo. Una de sus manos comenzó a acariciar gentilmente su brazo y la otra se posó sobre su cadera, aunque ella tuvo la sensación de que se contenía y sus siguientes palabras le confirmaron que así era—: Si no estuvieras en tu primera *Sed de Sangre* —confesó con voz torturada—, te haría el amor durante horas como he deseado desde que te conocí.

Ella consiguió encontrar las fuerzas necesarias para volver a negarse.

—No beberé de ti. Prefiero hacerlo de cualquier otro, habla con los sobrinos de tu amigo y pregúntales si estarían de acuerdo. —Él siguió acariciando su frente y el nacimiento de su pelo mientras contestaba:

—Beberás de mí —aseguró con voz aterciopelada—. Me moriría si lo hicieras de otro. —Y después de esas sorprendentes palabras, la besó. Violet puso las manos sobre sus hombros para apartarlo de ella, pero en cuanto probó su sabor se rindió a él. La lengua de Stuart buceó en su boca y él gruñó por el placer de poder degustarla por fin. Adoró sus colmillos con la lengua incitándola a que los utilizara, pero ella se había quedado inmóvil, aunque no lo rechazaba.

Para terminar de convencerla, él presionó fuertemente con su lengua en la afilada punta de uno de los colmillos hasta que sangró dentro de su boca, obligándola a tragar. Y, aunque solo fueron unas gotas, Violet gimió al probarlas y se aferró a su cuello pidiéndole más calladamente. Entonces Stuart se apartó y Violet vio que sus ojos eran dos pozos rojos desbordantes de ardiente pasión. Se levantó y ella alargó los brazos hacia él, creyendo que iba a marcharse y suplicándole sin palabras que la dejara saciar su sed. Él sonrió, por lo que ella pudo ver que tenía los colmillos tan desarrollados como los suyos, y se movió al otro lado de la cama para tumbarse a su lado. Se aproximó a ella, lentamente y sin dejar de mirarla, hasta que se quedó tumbado bocarriba a su

lado. A continuación, susurró:

—Creo que esta vez, por ser la primera, será más fácil para ti si lo hacemos así. Ven, preciosa. —La levantó por la cintura, tumbándola sobre su cuerpo y Violet se inclinó sobre su cuello, sedienta, lamiéndose los labios. El olor de la sangre que corría a escasos centímetros de su rostro, bajo la piel de Stuart, se le subió a la cabeza. —Muérdeme ya, Violet. Es la única manera de detener el dolor. —Su voz grave y tentadora hizo que descubriera los colmillos y rozara con ellos el cuello masculino. Al sentirlos sobre su piel, él ronroneó de placer y apretó suavemente la cintura de ella. —Hazlo ya—ordenó, pero cuando ella estaba a punto de clavar los colmillos en su cuello se detuvo, asqueada por lo que estaba a punto de hacer e intentó apartarse de él. Stuart no se lo permitió y se irguió para poder acceder al cuello de ella, que besó y lamió de camino hasta encontrar su perfecta oreja que mordió con fuerza, sobresaltándola. Ese mordisco tuvo un efecto directo en Violet, multiplicando las pulsaciones que sentía en su vientre desde hacía días, que cerró los ojos gimiendo de placer. Stuart lamió su delicada oreja para calmar el dolor del mordisco y levantó el rostro para mirarla. Sus ojos dorados se habían veteado de carmesí. Acariciando sus brazos lentamente, ordenó—: Muérdeme ya, estoy deseando que lo hagas. No tengas miedo. —Volvió a recostarse bocarriba girando la cabeza para ofrecerle su cuello.

Violet ya solo era capaz de pensar en la infinita sed que sentía de modo que apoyó las palmas de las manos en su pecho para sujetarse, se inclinó de nuevo sobre su cuello y lo olisqueó delicadamente, provocando que a él se le pusiera la carne de gallina y que todo su cuerpo se tensara anticipando su mordisco. Entonces, ella volvió a descubrir los colmillos y los clavó con fuerza, pero se quedó quieta durante un instante pensando que no tenía derecho a beber de él. En ese momento escuchó la voz ronca de Stuart que masculló sin moverse para que pudiera seguir accediendo a su cuello fácilmente:

—Violet, si no lo haces por ti, hazlo por tu familia. —Ella se estremeció al escucharlo, todavía con los colmillos enterrados en él y comenzó a beber de su vena. Bebía despacio, con cuidado, a pesar de la sed mortal que sentía mientras sus manos acariciaban el pecho de Stuart sin darse cuenta. La destreza heredada de sus antepasados hizo que inconscientemente supiera cuándo debía detenerse.

Al sentir que, por fin, su sangre pasaba de su cuerpo al de ella, Stuart cerró los ojos, sofocó un gruñido de placer y apoyó su mano derecha sobre la nuca femenina para animarla a seguir

bebiendo. No sabía cuánta sangre necesitaba, pero en ese momento no le importaba que lo dejara vacío. Se relajó disfrutando del goce de poder alimentarla, apartando de su mente todas las razones por las que, en circunstancias normales, lo que estaban haciendo le parecería una locura. Dejó que bebiera todo lo que quisiera con una sonrisa en los labios, mientras la mantenía sujeta por la cintura con una mano y con la otra acariciaba suavemente su pelo; incluso pensó que, si hubiera podido quedarse así toda la vida, sería feliz. Pero unos minutos después Violet dejó de beber y, después de lamer la herida delicadamente para que se cerrara lo antes posible, se apartó de él. Parecía agotada y confundida y él la ayudó a tumbarse a su lado, abrazándola, sin querer apartarse de ella. Estaba tremendamente excitado, pero apartó sus sentimientos porque ahora solo le importaba que ella se recuperara. Esperaba que se hubiera quedado dormida enseguida, sería lo normal después de alimentarse y más en su caso con lo cansada que estaba, pero su corazón seguía acelerado sin ralentizarse después del alimento, lo que lo llevó a preguntar:

—¿Te sientes mejor?

—Sí, gracias —murmuró ella. Escamado por el tono de su voz, Stuart la miró y Violet, mordiéndose el labio inferior, apartó la mirada. Él cogió su barbilla suavemente e hizo que lo mirara otra vez.

—¿Qué ocurre? —Ella meneó la cabeza, confusa.

—No lo sé, ya no me consume la sed, pero hay algo más…no sé qué es…, que me hace seguir nerviosa. —Ruborizada, bajó la mirada y él arrugó la frente sabiendo que le mentía. Iba a pedirle que le dijera la verdad, cuando recordó las palabras de Aidan acerca de la *Primera Sed de Sangre* y el sexo y de lo inocente que era. Respiró profundamente intentando mantener controlada su excitación, antes de decir con la mayor delicadeza que pudo:

—Violet, necesito que me respondas a algo. —Ella lo miró. Había empezado a respirar con la boca entreabierta como si el aire que llegaba a sus pulmones no fuera suficiente. Stuart tocó su frente, al menos su temperatura había bajado, aunque seguía ruborizada.

—Claro —contestó ella manteniéndole la mirada.

—Pero tienes que ser sincera.

—Sí. —suspiró como contestación y Stuart preguntó con voz tierna:

—¿Alguien te ha explicado lo que puede ocurrir durante la Primera Sed? —Ella se forzó a seguir mirándolo cuando le contestó:

—No. Pero escuché a algunas muchachas en el colegio decir que les ocurre a las hembras jóvenes cuando se emparejan.

—¿Nada más?

—No, ¿hay algo más? —preguntó, con curiosidad. Él asintió, pero eligió con cuidado las palabras antes de hablar.

—Violet, no hay nadie más aquí a quien podamos pedir ayuda. Parece que la sangre no ha sido suficiente para…calmarte y, aunque deberías estar dormida y descansando, sigues tensa y nerviosa. Puede que necesites algo más…, aunque tú no lo sepas porque no te habías sentido así antes. —Violet apartó la mirada. Era inocente, pero no tonta y sabía a qué se refería porque su vientre ardía con una extraña necesidad que aumentaba por momentos. Se sentía como si tuviera una hoguera en su interior y no supiera cómo apagarla. Stuart carraspeó, moviéndose discretamente para recolocar su miembro que se había alargado y endurecido, porque lo que menos quería en ese momento era asustarla. —Cariño, ¿notas algo aquí? — Mientras hacía la pregunta posó la mano sobre su pubis y ella cerró los ojos mordiéndose el labio inferior. Asintió, sin mirarlo, demasiado avergonzada para hacerlo. —No te preocupes, es normal. Déjame calmarte; tú solo tienes que estarte quieta y dejarte llevar. No abras los ojos pase lo que pase, ¿lo harás, pequeña? —Ella asintió de nuevo, agradecida de que le pidiera que no abriera los ojos. Su corazón se aceleró al sentir que le separaba suavemente las piernas, y que luego utilizaba la abertura de sus bragas para poder llegar con sus dedos a la parte más íntima de su cuerpo. Cuando le rozó los rizos con las yemas, ella se sobresaltó y abrió los ojos, mirándolo confusa. Stuart le devolvió la mirada y con voz dulce, repitió— Ciérralos, pequeña, por favor. Confía en mí. —Violet obedeció y Stuart metió dos dedos lentamente dentro de ella hasta notar la resistencia virginal. Entonces los hizo retroceder un poco, manteniéndolos en su interior, y alargó el pulgar hasta llegar al clítoris que acarició durante unos segundos, observando su rostro mientras lo hacía. Después de unos segundos Violet abrió la boca como si fuera a gritar, pero solo gimió. Cuando Stuart incrementó, poco a poco, el movimiento de sus dedos ella comenzó a mover la cabeza sobre la almohada como si se negara al placer. Pero él siguió moviendo sus dedos despiadadamente, provocando que su excitación creciera cada vez más, hasta que algo explotó dentro de ella que consiguió apaciguarla. Cuando volvió a la realidad se sentía relajada y tranquila. Stuart volvió a juntar sus piernas y se tumbó a su lado. La abrazó y ella lo sorprendió al susurrar:

—Gracias. —Estaba a punto de dormirse, pero él no quería

que más tarde se sintiera culpable o avergonzada— Violet—ella lo miró parpadeando y no pudo reprimir un bostezo que lo hizo sonreír —, sentir deseo por alguien es algo natural, todos los sentimos de vez en cuando. —Inclinándose, la besó junto a los labios—. Ahora duerme, necesitas descansar —ordenó.

Violet apoyó la cabeza en su pecho con un suspiro y se durmió en el momento y Stuart se quedó junto a ella, abrazándola, hasta que despertó.

SIETE

Violet salió a cubierta y respiró hondo el aire fresco y puro que olía a salitre y a vida y su mirada se detuvo en Stuart y en John; cada uno tenía una taza de la que bebía de vez en cuando, mientras hablaban de la pequeña manchita que había aparecido en el horizonte y que significaba que llegarían antes de lo planeado a su destino. Con una sonrisa de oreja a oreja, saludó a Ralph y a Tom con los que había hablado bastante durante la semana que habían pasado juntos, y se obligó a mantener la sonrisa mientras caminaba hacia el vampiro que le había salvado la vida dándole su sangre. Sintiendo su cercanía, Stuart se volvió hacia ella con un fulgor en los ojos que ocultó rápidamente, aunque sonrió al verla.

—Buenos días —saludó, ruborizada.

—Buenos días, Violet —contestó él con voz ronca.

John observó cómo se miraban y dijo:

—Buenos días, Violet. Disculpadme, pero tengo que coger el timón, hace demasiado rato que está bloqueado. —A Violet ya le habían explicado que se podía bloquear el timón para que el rumbo se quedara fijo si el timonel tenía que ausentarse, pero que no era recomendable hacerlo durante demasiado tiempo. A pesar de eso, sabía que ahora John se marchaba para que ella y Stuart pudieran hablar a solas.

—¿Cómo estás, Violet? —Su voz seguía provocando que se estremeciera, pero esos días en la cama habían hecho que lo viera todo de otra manera. Se sentía muy agradecida a Stuart por haberle salvado la vida y estaba decidida a no volver a actuar como una niña.

No podía seguir guardándole rencor después de lo que había hecho, pero había tomado la decisión de intentar olvidar lo que sentía por él. Ahora veía que había sido honesto con ella en todo

momento porque, en cuanto se dio cuenta de que Violet estaba empezando a sentir algo por él, le había confesado que nunca podría corresponderla. Por eso ahora le contestó con una sonrisa sincera:

—Muy bien. Quería hablar contigo para darte las gracias por todo, Stuart. —Él apartó la mirada, aparentemente avergonzado por sus palabras y ella, algo conmovida, señaló la mancha de tierra que se veía en el horizonte y preguntó—: ¿Eso es Livorno?

—Sí —murmuró él dando un sorbo a su taza. De repente se dio cuenta de que no le había ofrecido nada y dijo—: ¿Quieres un té?

—No, gracias, acabo de desayunar. Tom me ha llevado una bandeja.

—Lo sé —contestó él en voz baja. Y ella supo que había sido cosa suya que el sobrino de John le llevara el desayuno. Hacía varios días que Stuart no había aparecido por su camarote, desde que había empezado a recuperarse. Y lo entendía.

—¡Como se nota que estamos llegando a Italia! El tiempo ha cambiado —comentó cerrando los ojos con placer al sentir una brisa más cálida de lo habitual acariciándole el rostro.

—Es una pena que no pudieras ver Lisboa por la lluvia, es bonita —aseguró, mirándola de reojo.

—Eso he oído —contestó ella mirando en dirección a tierra, aunque le parecía que estaba demasiado lejos, teniendo en cuenta que estaba deseando bajar del barco. —¿Cuándo llegaremos?

—John dice que esta madrugada.

—Necesito volver a andar sobre tierra firme. —Stuart se volvió hacia ella con rostro serio.

—Hablando de eso —lo miró con curiosidad—, en Dublín te dije que cuando desembarcáramos tendrías que utilizar otro nombre. —Ella lo recordaba y asintió con un gesto— ¿Has pensado en cómo quieres llamarte cuando estés en Italia?

—Sí, Caroline Clayton.

—Me sorprende que hayas pensado en un apellido —contestó sorprendido.

—Es el nombre de una amiga del internado; en realidad, era mi única amiga. Éramos como hermanas —recordó con voz nostálgica.

—¿Qué le pasó? —preguntó él, apoyado con los antebrazos en el pasamanos de la borda.

—Nada —contestó, encogiéndose de hombros—, solo que tuvo que marcharse a América con sus padres. Estuvieron viviendo aquí unos años, pero por el trabajo del padre tuvieron que volver a su país cuando las dos teníamos trece años.

—¿No os escribíais? —Violet se encogió de hombros antes de contestar:

—Mientras estuve en el colegio, sí. Pero desde que mi padre… — se detuvo al darse cuenta de su error— quiero decir que cuando dejé el internado, no volví a saber nada de ella. Aunque le seguí enviando cartas durante casi un año, no contestó a ninguna de ellas. —Stuart apretó los labios con firmeza, antes de preguntar:

—¿No se te ha ocurrido que es posible que interceptaran vuestras cartas? —Ella se lo quedó mirando con los ojos como platos y tardó unos segundos en contestar:

—Cuando ocurrió aquello todavía no sabía que Joel no era mi padre y que Sanderson, nuestro mayordomo, en realidad era *El Maestro* —confesó—. Hasta ahora no había vuelto a pensar en ello, pero supongo que tienes razón y que ellos interceptaron mis cartas.

—Es muy posible que tu amiga siguiera escribiéndote hasta que se cansó de no recibir respuesta. Como tú. —Emocionada al pensar que podía recuperar a su mejor amiga, se echó en los brazos de Stuart sin pensar. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, intentó apartarse, pero él la sujetó con fuerza para que no lo hiciera y le susurró en el oído—: Puedes escribirla desde Italia, si quieres. ¿Tienes su dirección? —Ella movió afirmativamente la cabeza, inspirando profundamente. Cuando se separaron, respondió con voz ronca:

—Gracias.

—Hay algo más de lo que tenemos que hablar. A pesar de que me gusta mucho tu nuevo nombre —comenzó a decir con una leve sonrisa en los labios—, si queremos aparentar que estamos casados deberás presentarte a los demás como Caroline Byrne.

—Lo sé —contestó ella, ruborizada.

—Bien. Por último, hay algo que debes saber antes de que lleguemos a Volterra y es que mi tío se vino a vivir a Italia porque su forma de vivir no estaba admitida en Irlanda. —Lo miró con curiosidad sin imaginarse a qué podía referirse —No sé si habrás oído que hay hombres que no se sienten atraídos por mujeres.

—No. —Observando su rostro inocente, él se dio cuenta de que aquello iba a ser más difícil de lo que había pensado.

—Quiero decir que hay algunos machos, da igual que sean hombres o vampiros, que no se sienten atraídos por las hembras.

—¿Te refieres a las de su misma especie? —Desconcertada, pensó que hablaría de algún tipo de discriminación como el que promulgaba *La Hermandad.*

—No, a ninguna hembra, sea de la especie que sea. —Violet

arrugó la frente y preguntó con voz suave:

—Pero entonces…, ¿no se sienten atraídos por nadie?

—Sí, por otros machos. — Ella agrandó los ojos.

—No sabía que eso podía ocurrir —contestó, atónita.

—Sí, y nuestra sociedad no lo acepta de momento, aunque todos tendríamos que ser libres para amar a quien elija nuestro corazón y poder caminar de su mano por la calle, si eso es lo que queremos. Por desgracia, me temo que aún falta mucho para que eso ocurra. —Violet lo observaba atentamente. —A mi tío Robert no le atraían las mujeres y se marchó de Irlanda porque allí le era imposible hacer una vida normal. En Italia conoció a Giulio, un hombre del que se enamoró y con el que vivió durante más de treinta años, hasta que murió.

—¿Hace mucho que murió tu tío?

—Seis años.

Siempre olvidaba que Stuart era mayor que ella. A su lado con diecinueve años, debía parecerle poco más que una niña.

—¿Lo veías a menudo?

—Hasta que me enrolé en el ejército iba todos los años a Italia para pasar con él los veranos. Al principio con mis padres, hasta que murieron, y luego yo solo. Cuando Robert murió hacía varios años que no lo veía y eso es algo de lo que me arrepiento, de no haberlo visitado más a menudo. —Él mismo pareció sorprendido por lo que acababa de decir —Puede que volver a Italia ya me esté afectando— confesó, sonriendo irónicamente.



Uruk, Mesopotamia
Siglo XXI A.C.

Nammu estaba preparándose para la gran cena con la que se celebraría la vuelta del rey, cuando escuchó una llamada en la puerta de su dormitorio. Una de sus esclavas abrió y le trajo una pequeña caja de madera que le ofreció con una reverencia imperial, a pesar de que esas reverencias estaban reservadas para la realeza y ella solo fuera una concubina; pero eso era algo que cambiaría dentro de poco.

Cuando cogió la caja y vio lo que había en su interior, sus

ojos se iluminaron y una sonrisa maliciosa apareció en su rostro. Era una daga de oro dentro de una funda del mismo material en la que habían grabado la imagen de un rey y una reina, compartiendo el mismo trono. Nammu pasó el dedo suavemente sobre la parte tallada entendiendo lo que el rey le pedía; quería casarse con ella y que juntos se sentaran en el trono para gobernar Uruk, la ciudad más importante de Mesopotamia. La sonrisa ya no desapareció de su rostro mientras terminó de prepararse para la cena y, como toque final, se colgó la daga de un cinturón de oro que también le había regalado Nimrod unas semanas atrás. Antes de marcharse se miró por última vez en el espejo y supo que nunca había estado más bella que esa noche, precisamente eso era lo que había buscado al engalanarse con tanto cuidado. Por ser un acontecimiento tan importante solo las más altas jerarquías acudirían a la cena, incluyendo a Sennefer.

Cuando llegó al salón, el rey estaba sentado en la mesa real junto a su primera y a su segunda esposa. Las demás no habían querido ir o no habían sido invitadas, Nammu no lo sabía y no le importaba. Siguiendo la tradición, saludó con una reverencia y una sonrisa llena de promesas al rey, dirigiéndose después a la mesa de las concubinas y asegurándose de que sus caderas se menearan adecuadamente durante el trayecto. En el rostro del rey se notaba que no estaba contento con su alejamiento y ella se aseguró de que lo pasara peor, riendo más de lo habitual con las demás concubinas.

Sennefer apareció poco después con su séquito de sacerdotes y comunicó, a la familia real y a los ilustres invitados, que la diosa Inanna estaba muy satisfecha con la ceremonia de purificación del rey y que al día siguiente podía efectuarse la apertura del templo. Mientras todos aplaudían la noticia rodeados de platos de carne y pescado, frutas exóticas y bebidas fermentadas, Sennefer y Nammu se miraron ardientemente. Aunque su conexión duró solo un segundo, fue suficiente para que él entendiera que cuando pudiera escaparse del abrazo del rey, iría a verlo al lugar de costumbre.

Pasaron varias horas hasta que por fin el rey se durmió y ella pudo acudir a su cita con Sennefer; antes, había tenido que retozar con Nimrod que estaba eufórico por haber vuelto, a pesar de que solo habían pasado una noche separados. Luego, le ofreció una bebida y, cuando la droga que le había echado en ella hizo efecto, Nammu se deslizó sigilosamente fuera de la alcoba caminando tranquilamente ante los dos soldados que protegían al rey y que siguieron mirando al frente como si no la hubieran visto. Ambos sabían que no debían abrir la boca ya que la furia de

Nammu era más poderosa que la de cualquiera de las esposas de Nimrod y, además, el rey había ordenado a todos sus guardias que debían dejarla ir y venir por el palacio a su antojo.

A menudo, igual que ahora, le gustaba caminar descalza sobre los lujosos suelos de piedra, no solo porque así sus pasos eran más silenciosos, también porque era una de las pocas costumbres que le habían quedado de cuando era una niña. Desde entonces había prosperado mucho, el problema era que Nammu era insaciable y siempre quería más, por eso se entendía tan bien con Sennefer que era igual que ella. Además, la primera vez que se acostaron juntos, los dos supieron que estaban hechos el uno para el otro. Ella había acogido aquel nuevo sentimiento loco, salvaje y peligroso, con escepticismo y desprecio sobre todo al principio, pero enseguida comprendió que estar con Sennefer la ayudaría a conseguir su propósito.

Cuando llegó ante las puertas del gran salón se detuvo y permaneció quieta durante varios latidos, escuchando y mirando por una rendija de la puerta que estaba entreabierta, hasta que estuvo segura de que ninguno de los asistentes a la cena se había quedado dormido en algún rincón por efecto de la bebida. Después de asegurarse de que no había nadie, entró y se dirigió a la pared que había detrás de la silla del rey donde había una escultura de Nimrod de pie que él mismo había mandado hacer años atrás. En ella se le representaba sentado, con el bastón real en la mano derecha y una expresión fiera en el rostro. Nammu levantó el brazo y giró levemente el bastón real hacia la derecha, apartándose enseguida, y la escultura del rey se deslizó sobre el piso hacia un lado, dejando a la vista la entrada a un túnel y cogió la antorcha encendida que siempre había junto a la estatua. El rey le había mostrado el túnel hacía tiempo al igual que había hecho antes con sus esposas e hijos, puesto que había sido construido para ser la vía de escape de la familia real en caso de que el palacio fuera atacado. Por supuesto, ella se lo había enseñado a Sennefer y también allí fue donde hicieron el amor salvajemente la primera vez.

Entró en el pasaje y caminó alumbrándose gracias a la antorcha, pero en lugar de seguir recto en dirección a la salida oculta del palacio giró a la izquierda y a unos pocos metros encontró una cámara que estaba vacía, excepto por el camastro que Sennefer se había encargado de llevar hasta allí, aún no sabía cómo. Se sentó en la cama sabiendo que tendría que esperar todavía un rato a que él llegara, pero poco más tarde comenzó a bostezar y se tumbó quedándose dormida poco después.

La despertaron unas manos ansiosas que se habían

introducido por debajo de la ligera túnica que se había puesto para salir de su habitación, y bajo la que iba desnuda. Abrió los ojos sonriendo puesto que ya sabía que el que la estaba acariciando, era el mejor amante que había tenido nunca; y Sennefer le dirigió una mirada hambrienta antes de meter la cabeza bajo su vestido y de dirigirse a su pubis. Nammu cerró los ojos y poco después comenzaba a gemir. Poco después, él la cubría con su cuerpo y la penetraba, luego saboreó sus labios con ferocidad mientras ella le clavaba las uñas en la espalda. Cuando los dos llegaron al orgasmo seguían insatisfechos, pero antes de que todo volviera a empezar ella dijo:

—Ya sé dónde guarda el libro, me lo ha enseñado. Le he dicho que tenía curiosidad. —Al contrario de lo que esperaba, Sennefer arrugó la frente lo que hacía que su rostro pareciera aún más fiero de lo habitual.

—¿Y qué has tenido que hacer para que te lo enseñara? —preguntó, furioso, apartándose de ella y sentándose en la cama.

Nammu, empezando a enfadarse, se bajó la túnica para que le cubriera el cuerpo y saltó de la cama, encarándose con él con las manos en las caderas. Sennefer se levantó, sin importarle estar totalmente desnudo y ella se relamió interiormente al pensar que ese poderoso cuerpo y el espíritu salvaje que moraba en él era tan suyo como el propio.

A pesar de ser un sacerdote, Sennefer era el hombre más grande y fuerte con el que había yacido, sacándoles más de una cabeza a todos los demás habitantes del palacio. En cuanto lo conoció, pensó que la familia de él tenía que proceder de alguna tierra lejana donde los hombres debían ser mucho más grandes y fieros; pero él no había podido confirmarlo porque un soldado del rey lo había encontrado siendo solo un bebé, abandonado en las puertas del antiguo templo. Considerándolo una señal de la diosa Inanna, los sacerdotes accedieron a hacerse cargo de él y a enseñarle lo necesario para ser uno más de ellos.

Tenía el pelo muy negro y abundante y los ojos oscuros y misteriosos. Era tremendamente apasionado y también celoso, y este último defecto era el que más le desagradaba a ella.

—Te dije que haría lo que fuera para conseguir su confianza —contestó, intentando no parecer enfadada. No le importaba discutir con él, incluso le gustaba, pero ahora necesitaba que estuviera tranquilo para que cumpliera con su parte del plan.

—Ya —masculló—. Es que todavía no entiendo por qué el viejo ha dejado a cargo de Marduk el Libro de los Muertos. Yo soy el Sumo Sacerdote, tendría que haber confiado en mí.

Ella no contestó porque le parecía que Nimrod, precisamente

por eso, estaba demostrando tener mejor olfato de lo que pensaba al no fiarse de Sennefer. Se acercó y cogiéndolo por la barbilla hizo que volviera a mirarla.

—Lo importante es que ya sé dónde está y podré cogerlo cuando quiera de ahora en adelante. Como pensabas, lo tienen guardado bajo llave en el arcón de madera que hay en el cuarto de Marduk. —Él asintió—. Pero no sabré si es cierto lo que me has dicho sobre el ritual, hasta que no pueda estudiarlo a fondo. Afortunadamente, convencí a Nimrod en cuanto vine a vivir al palacio de que un escriba me enseñara a leer y a escribir.

—Tendrás que buscar una buena excusa para visitar el templo a menudo.

—Eso no es un problema para mí, ya lo sabes —aseguró, encogiéndose de hombros—. Te dije hace tiempo que llegaría a ser reina sin Nimrod y que, si me ayudabas, te haría rey. ¿O acaso ya no quieres sentarte en el trono conmigo?

—Sabes que sí —mascculló excitado; cogiéndola por la cintura, la levantó a pulso sin dificultad—. Abre las piernas—ordenó con voz apasionada y ella le rodeó con ellas. Entonces, el sacerdote la penetró de un empujón sujetándola con una de sus enormes manos por el culo y con la otra por el cuello. Nammu gritó de placer y por la impresión de sentirlo tan dentro y él caminó, insertado en ella, hasta llegar a la pared donde apoyó la espalda femenina—: Me aseguraré de que no te olvides de a quien quieres tener a tu lado cuando reines sobre el mundo— juró, mirándola a los ojos.

Entonces comenzó a moverse, entrando y saliendo de ella, profunda y despiadadamente, mientras Nammu se agarraba a él con la boca abierta en un grito mudo de agonía y placer, sin que ninguno de los dos apartara la mirada del otro.



Violet se despertó y lo primero que sintió era que estaban parados; corrió hacia el ojo de buey desde donde confirmó que estaban atracados, por fin, y soltó una carcajada de satisfacción. A continuación, levantó la tapa de madera que cubría la jofaina y se lavó el rostro, imaginando el placer que sentiría en cuanto pudiera volver a darse un baño completo. Comenzó a tararear, a pesar de que iba a desembarcar en una tierra extraña en la que

viviría durante meses, alejada de su familia, para huir de *La Hermandad*. Pensándolo bien, no sabía por qué se sentía tan feliz, pero así era.

Después de arreglarse, cogió la bolsa donde llevaba sus escasas pertenencias y subió a cubierta donde solo vio a los sobrinos de John, que estaban apoyados en la borda mirando en dirección al puerto en el que estaban atracados. Los dos se volvieron al oírla llegar, aunque solo Tom se acercó a ella mostrando su misma alegría.

—¡Ven a ver el castillo! ¡Y los canales! —Sin preguntar, le cogió la bolsa y la dejó junto al palo mayor; ella lo siguió, acercándose a Ralph que la recibió con otra sonrisa. Se la devolvió, apoyándose en la borda como hacía él y observó la ciudad en la que habían echado el ancla, Livorno.

Frente a ellos había una fortaleza formada por varias construcciones de piedra rojiza que dejaban notar el paso del tiempo, y cuyos cimientos estaban firmemente asentados en el mar. Entre todas las edificaciones sobresalía una torre circular de color blanco mucho más alta que las demás, que aparentaba haber sido construida siglos atrás. Stuart les había dicho que la parte más antigua del castillo había sido edificada en la época medieval y a esta, posteriormente, se le habían ido añadiendo el resto de las construcciones. Saber que las edificaciones eran tan antiguas le impresionaba todavía más, no se imaginaba cómo pudieron construir aquellos bastiones de piedra semicirculares sobre el agua, para proteger la ciudad de los ataques enemigos. Stuart también les había explicado que a Livorno la llamaban la pequeña Venecia porque algunas de sus calles había que recorrerlas en barco, puesto que estaban inundadas y así había sido desde siempre.

Secretamente, ella estaba deseando ver los canales ya que siempre había querido visitar Venecia; y por ese motivo, por primera vez desde que se vio obligada a hacer ese viaje, en su rostro apareció una expresión de fascinación al observar la pequeña ciudad que había frente a ella. Tom que se había colocado a su izquierda, preguntó, alegre:

—¿Qué te parece?

—Es precioso. A pesar de lo que nos había contado Stuart esperaba que fuera más pequeño, como un pueblecito de pescadores, pero es una ciudad preciosa —murmuró, maravillada.

Las casas que podían ver desde allí eran bajitas y blancas, excepto un par de iglesias cuyos campanarios despuntaban sobre el resto de las construcciones. Le llamó la atención un edificio que tenía una cúpula esférica y decidió que más tarde le preguntaría a

Stuart qué era. La ciudad ya estaba iluminada por la suave luz del sol de la mañana y las calles empezaban a llenarse de gente.

—¿Dónde están John y Stuart? —preguntó a los hermanos. En esta ocasión, contestó Ralph.

—Hace horas que nuestro tío ha salido a comprar alguna mercancía que podamos vender en Irlanda. Él nunca desaprovecha la oportunidad de comerciar —aseguró con una sonrisa—. *El Coronel* lo ha acompañado para hacer de traductor y, también, porque él quería comprar un coche y unos caballos. —Mientras hablaba, Ralph seguía observando Livorno. Ambos hermanos parecían tan entusiasmados como ella con la ciudad.

—Creía que estaríais acostumbrados a ver sitios nuevos —dijo Violet, desviando la mirada hacia las dos montañas que había a las afueras de la ciudad.

—En realidad, aparte de Dublín, solo hemos estado en Francia y siempre en el mismo pueblo, donde no nos solemos quedar más que un par de días. Lo necesario para negociar las compras, reponer los víveres que necesitemos para la vuelta y descansar un poco. —En ese momento, se volvió hacia su hermano y le avisó:

—Te toca traer el desayuno. —Tom pareció a punto de discutir, pero una firme mirada de Ralph lo hizo cambiar de opinión y que se marchara en dirección a la pequeña cocina. Ambos se alternaban en algunas funciones ya que a ninguno le gustaba cocinar y ese era el principal motivo de sus disputas; cuando se peleaban, Violet los escuchaba fascinada, encontrando sus discusiones refrescantes y muy divertidas, poco acostumbrada a relacionarse con hombres de su edad. Los tres decidieron sentarse en cubierta y ella les ayudó a poner la mesa y a servir el té con galletas que era lo único que quedaba para desayunar después de una semana de travesía.

Violet disfrutaba de su té y de las gaviotas que volaban sobre la cubierta lanzando agudos chillidos, con el pálpito de que se iba a enamorar de aquel país que estaba a punto de descubrir. Pero, a pesar de que el futuro se le antojara emocionante no podía olvidar que a partir de ese día su único compañero de viaje sería Stuart, lo que también le resultaba perturbador.

Después de desayunar recogieron la mesa; llevaban unos minutos sentados en silencio, observando la ciudad cuando Stuart y John volvieron. Violet los vio bajando por la calle, dirigiéndose hacia ellos, y sonrió ante la imagen de los dos amigos. John caminaba hablando y gesticulando, explicando algo, y Stuart marchaba a su lado, en silencio, escuchándolo y con la mirada baja, distraído, como si estuviera pensando en otra cosa. Pero, en cuanto estuvieron cerca del barco *El Coronel* levantó la mirada y

buscó la figura de Violet. Cuando la encontró, se quedó mirándola durante unos segundos, pero algo de lo que dijo John llamó su atención y se giró hacia él, deteniéndose, para contestar a su pregunta en voz baja.

Violet siguió a los hermanos que se habían levantado, y esperó detrás de ellos, para recibir a los recién llegados cuando subieran a cubierta gracias a un tablón de madera que, a modo de rampa, ahora unía el barco con el muelle. Con el corazón acelerándose por momentos observó cómo John y después Stuart, subían ágilmente por el trozo de madera al barco. En cuanto puso sus pies en cubierta, John se volvió hacia sus sobrinos para decirles que había encontrado un sensato comerciante de telas exóticas, principalmente chinas, que se las dejaría a buen precio si se llevaban un buen lote lo que ellos harían encantados, por supuesto. Mientras, *El Coronel* se acercó a Violet, dándole la espalda a los otros.

—Buenos días, Caroline —Ella abrió la boca, sorprendida porque la llamara así, pero la cerró enseguida al darse cuenta de que debía de parecer una tonta.

—Buenos días, Stuart —contestó, ruborizada.

—Creo que, mientras llegamos a Volterra, deberíamos practicar hasta que nuestra… familiaridad sea lo más parecida posible a la que debería tener un matrimonio —propuso. Ella confirmó con un murmullo que estaba de acuerdo y estaba a punto de preguntarle cuánto tardarían en llegar allí y algunas cosas más por las que sentía curiosidad, cuando se dio cuenta de que tanto John como sus sobrinos los miraban en silencio.

Stuart se volvió hacia ellos con los ojos entornados y los dos jóvenes apartaron la mirada deprisa, alegando que tenían que ir a buscar las piezas de tela que su tío había comprado. Pero antes de marcharse se acercaron a Violet y a Stuart; primero se despidieron de él, dándole la mano respetuosamente y después intentaron hacer lo mismo con ella, pero Violet les dio un beso en la mejilla a cada uno; les agradeció lo bien que la habían tratado y les prometió que cuando volviera a Dublín, iría a visitarlos. Después se acercó a John que aceptó con una sonrisa su beso en la mejilla.

—Cuídate, por favor y cuida de mi amigo —pidió él, mirándola fijamente y aprovechando que Stuart había ido a recoger su bolsa al camarote. Ella agrandó los ojos, sorprendida, y contestó con voz suave:

—Él no dejaría nunca que yo lo cuidara —aseguró. John contestó con voz triste:

—No siempre ha sido así, ¿sabes? Lo pasó muy mal con la

muerte de su mujer y de su hijo.

—Sí, lo sé. Me lo dijo hace tiempo —contestó intentando no reflejar en su voz lo desgraciada que se sintió entonces.

—¿De verdad? Me sorprende que lo hiciera porque no suele hablar de ello con nadie. —Violet no quería que se confundiera pensando algo que no era.

—Lo hizo para que entendiera porqué nunca podría enamorarse de mí —afirmó, recordando lo humillada que se sintió entonces.

—Mira, esto no es asunto mío, pero él si no sintiera nada por ti, no haría todo esto.

—Creo que se siente responsable de mí, aunque no hay ninguna razón para que lo haga —confesó Violet. John la miró con incredulidad antes de decir:

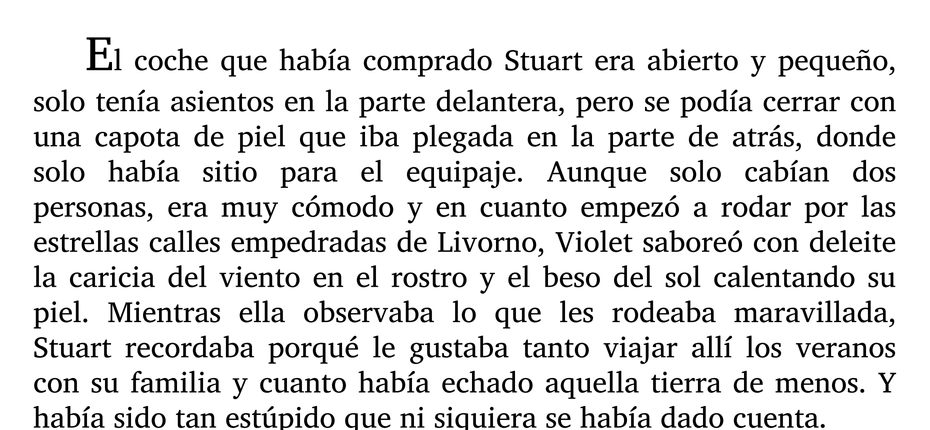
—Es sorprendente que dos seres inteligentes como vosotros puedan estar tan ciegos. —Sus ojos se desviaron hacia la figura de *El Coronel* que acababa de subir a cubierta con su bolso de viaje en la mano, y se dirigía a coger el de ella que seguía junto al palo mayor. En voz casi inaudible, susurró—: Te aseguro que no le eres indiferente, diga él lo que diga. Aunque tendrás que descubrir tú misma hasta dónde llegan sus sentimientos por ti—pronosticó, volviéndose hacia su amigo que ya casi estaba junto a ellos. Lo abrazó y le dijo algo en voz baja que ella no pudo escuchar, algo que provocó que Stuart se quedara rígido, pero no hizo ningún comentario. Luego se separaron y *El Coronel* dijo, dirigiéndose a Violet:

—¿Estás lista? —Ella asintió y mirando a los ojos a John susurró, antes de irse:

—Muchas gracias por todo. —Quería que supiera que agradecía sus esfuerzos, aunque pensaba que se equivocaba en lo que pensaba sobre ellos. Se volvió hacia su, desde ese momento, único compañero de viaje y contestó —: Cuando quieras.

El Coronel cogió los dos bolsos con una mano y le ofreció la otra para ayudarla a bajar por el inestable tablón de madera, y descendieron a tierra en dirección a su nueva vida bajo la inteligente mirada de John Montgomery.

OCHO



El coche que había comprado Stuart era abierto y pequeño, solo tenía asientos en la parte delantera, pero se podía cerrar con una capota de piel que iba plegada en la parte de atrás, donde solo había sitio para el equipaje. Aunque solo cabían dos personas, era muy cómodo y en cuanto empezó a rodar por las estrellas calles empedradas de Livorno, Violet saboreó con deleite la caricia del viento en el rostro y el beso del sol calentando su piel. Mientras ella observaba lo que les rodeaba maravillada, Stuart recordaba porqué le gustaba tanto viajar allí los veranos con su familia y cuanto había echado aquella tierra de menos. Y había sido tan estúpido que ni siquiera se había dado cuenta.

—Tardaremos un poco en salir de la ciudad, aunque no es demasiado grande, porque tenemos que evitar los canales.

—No sabía que había más ciudades con canales de agua en lugar de calles, además de Venecia — confesó ella, observando unas barcas estrechas y alargadas surcar una calle perpendicular a la suya.

—Hay más ciudades con canales por todo el mundo, pero sin duda Venecia es la más conocida —contestó él, reduciendo el paso de los caballos al ver que una mujer con una niña en brazos había comenzado a cruzar la calle, sin importarle al parecer, que un carruaje se dirigiera hacia ellas. La mujer, al ver que Stuart frenaba a los animales, levantó la mano en señal de agradecimiento y le dijo una palabra que Violet no entendió; él contestó algo en lo que parecía el mismo idioma, haciéndola sonreír mientras seguía su camino. Al ver que Violet se lo quedaba mirando se encogió de hombros.

—Recuerda que pasé aquí muchos veranos. Mi tío me obligaba a hablar italiano todo el verano y todavía lo recuerdo — rio por lo bajo al acordarse de aquellas tardes en las que le daba

clase y que le premiaba con un trozo de su tarta preferida si había estudiado—. Cuando crecí me sentí muy agradecido de que hubiera sido tan insistente, pero en aquella época odiaba que me obligara a estudiar italiano. Ni siquiera podía hablar en inglés con mi familia—confesó, divertido.

—¿Tus padres también hablaban contigo en italiano? —Él la miró, sonriendo con picardía, y contestó:

—Solo cuando mi tío estaba delante. —Los dos rieron impulsivamente y se miraron a los ojos al hacerlo, sintiéndose casi como cuando se conocieron. Fue entonces cuando él la enseñó a llevar un carruaje y ella siempre recordaría ese viaje de huida como algo mágico. Stuart pareció leerle el pensamiento y preguntó:

—¿Te gustaría llevar el coche un rato? —Pero Violet se negó con una sonrisa.

—Ahora no, prefiero mirarlo todo. Había oído que esto era muy distinto, pero no imaginaba que hasta la luz sería diferente. ¿Qué es eso? —Señaló una construcción junto a la que iban a pasar que parecía una pequeña réplica de un templo griego.

—El cementerio inglés —contestó él, e hizo que los caballos se detuvieran para que Violet pudiera verlo bien.

El cementerio estaba rodeado por una verja negra que superaba los tres metros de altura, con un trabajado diseño de arabescos esculpidos a lo largo de cada barrote. Violet estrechó los ojos para poder ver mejor ya que tenían el sol de frente y observó las lápidas de mármol blanco y los árboles centenarios, erguidos como fieles protectores de los difuntos, además de las veredas que serpenteaban junto a las tumbas, donde había bancos que invitaban a sentarse para disfrutar de la tranquilidad que se respiraba allí.

—Es precioso. Muy…diferente —murmuró.

—Pronto te darás cuenta de que aquí todo es muy distinto.

—¿Cómo es posible que haya un cementerio inglés tan grande en esta ciudad? —preguntó, curiosa—. Ahí debe de haber cientos de personas enterradas— murmuró.

—Miles— rectificó él. Ella lo miró, pero Stuart tenía los ojos fijos en el cementerio mientras mantenía las riendas sujetas con mano relajada—. La explicación es sencilla. Hace más de tres siglos, Livorno se convirtió en una base británica debido a su buena situación en el Mediterráneo y, también por ese motivo, se abrió una escuela naval. Los estudiantes ingleses muchas veces venían acompañados por sus familias y esa situación atrajo también a muchos compatriotas, algunos eran comerciantes, otros maestros, médicos…En resumen, que se formó una gran

comunidad británica en la ciudad; algunos de ellos, después de unos años volvían a Inglaterra, pero muchos vivieron aquí hasta el final de sus días. El problema era que, al no ser católicos al contrario que los nativos y que nosotros, por ejemplo, tuvieron que construir un sitio donde pudieran ser enterrados. Este es el antiguo cementerio y aquí ya no pueden enterrar a nadie; hace unos veinte años abrieron uno nuevo porque aquí ya no cabían más tumbas.

—¿Y cómo se llama el nuevo cementerio?

—El nuevo cementerio inglés— contestó él divertido. Agitó las riendas suavemente para que los caballos volvieran a ponerse en marcha y Violet se lo quedó mirando, incrédula, y contestó:

—Estás bromeando.

—No. Se llama así —aseguró, lanzándole una rápida mirada, pero volviendo a prestar atención enseguida a la calle para guiar a los caballos.

—¿De verdad —insistió Violet sin poder resistirse—han llamado a los dos cementerios *el antiguo y el nuevo cementerio inglés*?

—Eso es —aseguró él mientras hacía que los caballos giraran por la calle que tenían a la derecha; aunque tuvo que tirar de las riendas para dejar pasar a otro carruaje, ya que la callejuela era tan estrecha que los dos no podían circular a la vez.

—¿Eso es una iglesia? —Stuart miró en la dirección que Violet señalaba con la mano. Se trataba de un edificio pequeño que estaba en la esquina de la calle frente a la que pasaban en ese momento. Como iban a paso lento tuvieron tiempo de verla bien antes de dejarla atrás, y él contestó cuando lo hicieron:

—Sí, es la iglesia de San Jorge.

—¿Es protestante? —Le pareció que podía serlo por la sencillez de su construcción.

—Sí.

Violet pensó en lo diferente que era estudiar un lugar en los libros a descubrirlo paseando por sus calles. Cuando salieron de la callejuela llegaron a una gran plaza donde Stuart detuvo el coche y miró a su alrededor con el ceño fruncido. Parecía desconcertado, pero encontró a un lugareño que estaba apoyado en un edificio, a pocos metros, fumando un cigarrillo y comenzó a hablar con él. Mantuvieron una pequeña conversación en italiano de la que Violet no entendió nada. Luego se volvió hacia ella y le dijo:

—No conocía esta plaza. Ese hombre me ha dicho que la construyeron hace unos años, se llama *Piazza della Republlica* —su acento hizo que a Violet se le erizaran los pelos de la nuca—y si

no me equivoco…—continuó diciendo Stuart; mirando hacia su izquierda y sonriendo al encontrar lo que buscaba, exclamó: —¡Ah, esa es la Fortaleza Nueva! Si quisiéramos recorrer el centro de la ciudad en barco, tendríamos que empezar por ahí. —Orientado de nuevo, chasqueó las riendas y poco después, recorrían la calle de Larderel que los conduciría en pocos minutos a la salida de la ciudad.

Violet se dio cuenta de que él parecía cada vez más relajado y de vez en cuando lo miraba intentando adivinar a qué era debido. *El Coronel* interceptó una de esas miradas llenas de curiosidad y preguntó, sonriente:

—¿Por qué me miras así? —Ella dudó durante un instante antes de contestar.

—Es solo que, desde que te conozco, nunca te había visto … no sé… —se encogió de hombros sin saber cómo explicarse—… tan bien. —De repente, a él se le borró la sonrisa del rostro y ella se arrepintió de habérselo dicho, pero se negaba a que volviera a comportarse con su contención habitual y le preguntó lo primero que se le ocurrió—: ¿Dónde vamos ahora?

—Como sabes nuestro destino final es Volterra, pero tardaremos algo más de un día en llegar. Ahora vamos de camino a Ponsacco, allí pararemos a comer y después volveremos a la carretera. Para la noche, si todo va bien, espero haber llegado a Peccioli donde dormiremos. Y si salimos temprano, mañana llegaremos por la mañana a Volterra. —Por fin salieron de la ciudad, pero Violet todavía esperó unos minutos antes de decidirse a hablar sobre algo a lo que llevaba dándole vueltas desde hacía días.

—Stuart —lo llamó. Él apartó la vista del ancho camino de tierra por el que circulaban para mirarla.

—Dime.

—Hace días que quiero hablar contigo, pero en el barco siempre estábamos acompañados. Nunca parecía ser un buen momento —murmuró. Él frunció el ceño y contestó:

—Parece una conversación importante. Espera. —Dirigió el coche hacia una hilera de árboles que había junto al camino donde se detuvieron. Violet sintió que el corazón le golpeaba dolorosamente en el pecho y respiró profundamente. Miró a su alrededor y vio a un hombre arando la tierra a lo lejos con un buey y un viento suave acarició su cuerpo, reconfortándola. Stuart esperaba pacientemente, aunque su rostro se había crispado levemente, puede que temiendo que ella quisiera volver a discutir.

—Antes de nada, quiero darte las gracias por haberme dado…

—de repente se le secó la garganta y se le quedaron atascadas en la garganta, las palabras que había ensayado tantas veces en su cabeza, de modo que tuvo que tragar saliva un par de veces para poder seguir hablando—…quiero decir que te agradezco que me hayas dejado beber de ti— susurró. Apartó la vista, avergonzada, por lo que no pudo ver los destellos rojizos que habían aparecido en los ojos de *El Coronel*. —Me salvaste la vida y no quiero que creas que no te lo agradezco.

—No me des las gracias por eso Violet. Por favor — contestó él con voz grave, pero no dijo nada más hasta que ella levantó la mirada y sus ojos dorados se encontraron con los suyos—. Sé que no hice las cosas bien en Cork y que te hice daño, pero no fue a propósito, te lo juro. Ojalá…

—Lo sé —lo interrumpió enseguida. No quería que se sintiera obligado a decir algo que no sentía. Ya lo había forzado a hacer demasiadas cosas —. Y ahora lo entiendo.

—¿De verdad? —Estaba desconcertado por su última afirmación.

—Sí —aseguró Violet, intentando sonreír—. He aceptado que no puede haber nada entre nosotros. —Le pareció vislumbrar un destello de dolor en los ojos de Stuart, pero siguió hablando como si nada—: Y no te guardo rencor, al contrario; como te he dicho, te estoy agradecida. —Stuart recorrió su rostro con la mirada y su gesto volvió a mostrar parte de su dureza habitual. Entonces, comentó:

—Si eso es todo, deberíamos volver a ponernos en marcha. ¿Te parece?

—Sí —aceptó ella, sin saber qué pensar de su reacción.

El resto del camino ambos fueron extremadamente educados, aunque los dos sabían que ninguno de los dos había sido sincero durante su pequeña conversación.



Residencia de Cameron y Nimué
Dublín, Irlanda

Nimué estaba arrodillada en el jardín de su casa plantando unas flores, afición que había adquirido desde que vivía en casa de Cam cuando, de repente, se irguió dejando caer la hazadilla con la que estaba cavando en la tierra y se quedó mirando al vacío. Se echó algunos mechones que se le habían soltado del moño hacia atrás con el antebrazo, para no mancharse la cara de tierra, aunque su mente estaba muy lejos de allí. Siguió arrodillada unos minutos más, pensando, hasta que se puso en pie llevándose la mano a la cadera, dolorida por haber estado tanto rato agachada. En momentos como ese deseaba aceptar la oferta de Cam de transformarla, pero lo cierto era que todavía no lo había pensado bien y no lo haría hasta que Kristel y su familia se marcharan.

Mientras atravesaba el romántico jardín que Cam había tardado años en diseñar y plantar con sus propias manos, se dio cuenta de que era casi lo que más le gustaba de aquella preciosa casa. Había cuatro enormes árboles llorones, uno en cada uno de las esquinas de la parcela; dos estanques uno de ellos con cascada, y escondidos rincones donde poder sentarse a leer o simplemente a disfrutar de las vistas. Al llegar a la entrada de la casa se quitó los guantes y el delantal que se ponía para trabajar en el jardín, y los dejó sobre la mesita que había junto a la puerta. Recordó que Cam estaba con un cliente, Kirby estaba en Cork, y sus padres habían salido a pasear por el parque, por lo que en la casa, además de los criados, solo estaban ella y Kristel. Como esperaba, a ella la encontró en la biblioteca rodeada de los libros que se había traido de Cork, además de algunos que había cogido del Enigma de Dublín y que ocupaban casi toda la mesa. Su cuerpo estaba ligeramente inclinado sobre el documento que ocupaba casi todo su tiempo durante el día, y que Nimué se temía que también le quitaba el sueño por las noches; lo contemplaba tan absorta que ni siquiera se había dado cuenta de que estaba a su lado, hasta que le dijo:

—Hay otra posibilidad.

Kristel levantó la vista y la miró con gesto de desconcierto.

—¿A qué te refieres?

Antes de contestar, Nimué se sentó con un suspiro en una de las sillas que había frente a Kristel. Afortunadamente, en casa de Cam había mesas grandes pensadas para albergar a muchos invitados y lo mismo ocurría con la mesa de la biblioteca en la que cabían al menos ocho personas; aunque ahora sirviera para acoger los numerosos libros de su ahijada. Nimué acomodó su dolorida espalda en el respaldo de la silla, antes de señalar con la barbilla el pergamino cuya traducción se le estaba resistiendo a

Kristel desde hacía semanas.

— ¿Y si la posición de las palabras es tan importante como su significado?

—Eso no tiene sentido —murmuró ella, pero bajó la vista hacia el antiguo documento con el ceño arrugado.

—Querida, déjame un lápiz y un papel, por favor —pidió Nimué. Kristel depositó ambas cosas sobre la mano que había extendido y observó cómo escribía varias frases seguidas, sin demasiado sentido, de lado a lado de la hoja; siguió haciéndolo hasta completar cuatro filas enteras y luego dejó el lápiz a un lado y dobló el papel verticalmente por la mitad, después volvio a hacer lo mismo con el resultado, y murmuró:

—Necesito unas tijeras.

—¿Para qué? —preguntó Kristel, desconcertada, pero Nimué solo sonrió y se levantó, diciendo:

—Creo que Cam siempre tiene unas en su escritorio. —Efectivamente, había unas en el cajón central; las cogió y volvió a sentarse junto a Kristel que la observaba embelesada; entonces, Nimué cogió el papel y lo cortó siguiendo el último doblez; como resultado quedaron tres trozos, pero uno de ellos era el doble de ancho que los demás, aunque estaba doblado; lo cortó por su doblez y quedaron cuatro partes exactamente iguales. Kristel las cogió y las colocó en el orden correcto y las observó detenidamente. Poco después cogió la lupa para observar algo en el pergamino de lo que no se había dado cuenta hasta ese momento.

—¡Claro, eso es! —exclamó—Aunque con el paso del tiempo los bordes del pergamino se han suavizado, todavía están un poco deshilachados. Tienes razón, debieron dividirlo en varios trozos para que no se pudiera leer a menos que estuviera entero.—Observando con admiración a su madrina, le preguntó—: ¿Cómo se te ha ocurrido? —Nimué sonrió tímidamente y contestó:

—De la forma más tonta. Estaba separando las raíces de unas petunias que estaban enredadas antes de plantarla, cuando me vino la idea a la cabeza. —Kristel rio y volvió a mirar el pergamino de Cedric.

—Por eso me era tan difícil encontrarle un sentido.

—Sí, y por eso la leyenda dice que hacen falta los cuatro trozos para el ritual. No porque el ritual conste de cuatro partes como pensábamos todos, sino porque sin los otros tres es imposible leerlo.

—Es una excelente medida de seguridad, pero nos complica mucho las cosas. ¿Quién crees que los escribiría? Al principio todos creímos que serían parte de los que dictó la misma Lilith,

pero ahora…

—Si es cierto que forman parte de un ritual con el que podríamos destruirla, no pueden estar dictado por ella. Sería la mujer más malvada y cruel del mundo, pero no era tonta.

—No, no lo era. Entonces, ahora nos toca investigar dónde pueden estar los otros tres que faltan. Si al menos supiéramos quién escribió los manuscritos, tendríamos por dónde empezar. Debió de ser alguien muy importante. —murmuró, pensativa.

—¿A qué te refieres? —preguntó Nimué con gesto extrañado.

—Que los pocos afortunados que sabían escribir en aquella época en Mesopotamia utilizaban tablillas de arcilla, metal o piedra. El hecho de que esto sea un papiro como los que solo utilizaban las clases altas egipcias en aquella época, quiere decir que tenía que ser alguien muy rico e influyente para conseguir que le llevaran papiro desde Egipto a Uruk. Nadie más tendría acceso a algo así.

—¿Podría ser el rey? —preguntó Nimué, observando el pergamino.

—No creo que él rey supiera escribir. Y si sabía, que lo pongo en duda, no creo que lo hiciera nunca, para eso tenía a los escribas de palacio —Hizo una mueca al darse cuenta de lo poco fundamentada que estaba su afirmación y rectificó—: al menos no he encontrado ninguna prueba que me permita afirmar que Nimrod escribiera nunca nada. Recuerda que como habitualmente la escritura era sobre tablillas duras que había que cincelar, suponía un esfuerzo considerable escribir. Sin embargo, desde el invento del papiro, escribir empezó a ser menos cansado.

—¿Quieres decir que fue entonces cuando decidieron molestarse en escribir los ricos y poderosos? —Nimué hizo la pregunta con una sonrisa burlona y Kristel asintió rozando gentilmente el pergamino.

—Tengo que revisar todos los manuscritos antiguos a los que pueda acceder. El problema es que no queda casi nada de aquella época, por eso son tan valiosos los que hemos encontrado —aseguró, pensativa. Nimué recordó algo que Cam le había comentado unos días atrás.

—Puedes empezar por los diarios del primer *Guardián*.

—¿Qué diarios? —preguntó Kristel, extrañada.

—Los del antepasado de Cam —contestó Nimué con seguridad.

—Nunca he oído hablar de esos diarios.

—¿Qué dices?

—¿Existen? —murmuró Kristel con expresión esperanzada.

—Claro —contestó Nimué—. Los tiene guardados Alexander,

pero Cam quiere que los ceda al Enigma. Dice que deberían estar al alcance de los estudiosos.

—¿No los ha examinado nadie hasta ahora?

—Eso no lo sé —aseguró Nimué.

—¡Dios mío! ¿Dónde está Cam?

—Con un cliente, pero no creo que tarde mucho en volver.

—¿Cómo es posible que no haya oído hablar nunca de esos diarios? —masculló Kristel con expresión fiera.

—No lo sé. Yo tampoco sabía nada de ellos hasta que Cam me lo dijo el otro día, pero conociendo lo tradicional que es su padre y lo apegado que está a su familia y sus costumbres, no me extrañaría que haya sido cosa suya tenerlos escondidos. —Se levantó repentinamente con una sonrisa y dijo—: Voy a terminar de plantar esas petunias antes de que se mueran. Te diría que salieras conmigo a tomar un poco el aire, pero sé que no vas a querer; aunque te aviso que no faltes al té o me obligarás a venir a buscarte. —La señaló con el dedo índice y Kristel asintió, aunque Nimué dudaba que la estuviera escuchando. Ahora mismo su mente solo era capaz de pensar en los diarios de *El Guardián*.

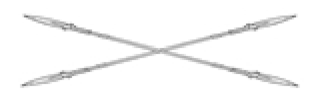
—Cuando venga Cam, por favor dile que necesito ver esos diarios.

—Tranquila, se lo diré.

Kristel suspiró emocionada, observando el umbral de la puerta por el que acababa de desaparecer Nimué. Después de tantos años de estudio, solo había podido averiguar del *Primer Guardián* que se llamaba Shamash, que fue un consejero de confianza del rey Nimrod y que gracias a él los antiguos habían derrotado a Lilith y a Sennefer.

Para ella, la aparición de sus diarios era un milagro.

NUEVE



20 de diciembre de 1886
Volterra, La Toscana
Italia

—¿Seguro que te encuentras bien? —susurró Stuart cuando estaban llegando a Volterra. Ya se lo había preguntado un par de veces durante el camino, pero Violet entendía su preocupación puesto que ella misma se había asustado al verse esa mañana en el espejo de la habitación donde había dormido. A pesar de las ganas que tenía de bajar a tierra el día anterior, se había pasado toda la noche dando vueltas, sin poder dormir, echando en falta el movimiento del barco.

—Solo estoy cansada, de verdad.

El paisaje había ido cambiando desde que habían salido de Livorno, que estaba a la orilla del mar y construida en la ladera de una montaña, y ahora estaban rodeados de extensas llanuras llenas de viñedos. La carretera los llevó zigzagueando hasta llegar al pie de un pequeño cerro en cuya cima estaba Volterra. Violet ahogó un jadeo de sorpresa cuando llegaron a la cumbre de la colina y pudo verlo todo. Stuart detuvo el coche para dar un respiro a los caballos, que jadeaban cansados y también para que ella disfrutara de las asombrosas vistas. Parecía maravillada por la cantidad de edificios antiguos que todavía se tenían en pie, dentro de la monumental muralla y por el impresionante valle que había a sus pies. Cuando los caballos descansaron, sacudió ligeramente las riendas y volvieron a ponerse en marcha. Recorrieron la mitad de la ciudad hasta que ella se decidió a hablar:

—Ya sé que me habías avisado, pero no me imaginaba algo

así. Es todavía más bonito que Livorno. —No dejaba de mirar a su alrededor, no quería perderse nada. Stuart contestó:

—A esta zona la llaman el Valle del Cecina. —Ella repitió la extraña palabra un par de veces en voz baja, intentando pronunciarla como él.

—La ciudad parece muy antigua.

—Del siglo VIII antes de Cristo. La fundaron los etruscos y después la conquistaron los romanos. Todavía quedan muchos restos de los dos pueblos por toda la zona, pero la mayor parte de los edificios históricos que hay dentro de la muralla son de la época medieval.

—¿Dónde está tu casa? —Él la miró sobresaltado, luego sacudió la cabeza con una ligera sonrisa y confesó:

—Perdona, es que siempre que pienso en la *Casa Grande*, en mi mente sigue siendo de mi tío.

—Pero ahora es tuya, ¿no? —respondió ella suavemente. Él asintió, recordando que todavía quedaba algo que tenía que contarle antes de que llegaran.

—Sí, lo es. Y está al otro lado de la ciudad, tardaremos unos quince minutos en llegar. Pero tenemos que desviarnos un poco para recoger la llave a casa de Giulio, era la pareja de mi tío Robert — puntualizó. Como ella no decía nada, sugirió—: Si quieres, no es necesario que entres conmigo. Puedes esperar en el coche.

—¿No quieres que vaya contigo? —preguntó desconcertada. Stuart le echó una rápida mirada antes de contestar tranquilamente:

—A poca gente le gustaría relacionarse con un hombre que hubiera sido amante de otro durante años. —Ella seguía sin entender por qué eso tendría que importarle, pero dejó de pensar en ello cuando llegaron al centro de la ciudad y se quedó deslumbrada al ver de cerca los edificios que llevaban en pie más de quinientos años; Stuart le contaba algo de la historia de cada uno de ellos mientras pasaban a su lado hasta que llegaron a la Puerta del Arco, una construcción de piedra de la época etrusca que permanecía entera. A Violet le impresionó tanto que quiso verla de cerca y él detuvo el coche y ambos bajaron para que pudiera observarla con detenimiento. Cuando poco después salían de la ciudad, le dijo:

—Tendremos mucho tiempo para que te enseñe Volterra a fondo —aseguró.

—Me gustaría mucho. Nunca había ido de visita a una ciudad, pasé la mayor parte de mi infancia en el internado y cuando volví a la que yo suponía que era la casa de mi padre… —suspiró

callándose de repente, sin querer recordar el pasado, y se dio la vuelta para echar un último vistazo a la ciudad que dejaban atrás. No se daba cuenta de la tristeza que transmitían sus palabras y de la mirada que le lanzó Stuart cuando las escuchó. Hasta ese momento él no había sido consciente de que ella no había tenido una infancia normal, a pesar de que sabía cómo había sido su vida, y se hubiera dado de golpes por eso. Intentó esbozar una sonrisa y afirmó:

—Pues aquí verás tantos monumentos y escucharás tantas historias que, seguramente, te acabarás aburriendo. Hay un teatro romano saliendo por la puerta del este y junto a él unas termas construidas en el siglo III. También están los palacios del Pretorio y del Priori, la torre del Porcellino — se quedó un momento en silencio mientras rebuscaba en la memoria antes de continuar —: ¡ah, se me olvidaban los más importantes: la fortaleza de los Medicci y, por supuesto, ¡la catedral!

Ella lo miraba con los ojos como platos.

—¿En serio?

—Desde luego, hay mucho que ver y no solo en esta zona, en todo el país.

—¿No habías vuelto desde que tu tío estaba vivo?

—Vine cuando murió, aunque no llegué a tiempo para el entierro —confesó—. Y tuve que volver meses después por el asunto de la herencia. Pero después—se encogió de hombros con gesto apenado— ya estaba en el ejército. Desde niño quise ser soldado y me alisté en cuanto pude, pero siempre estaba destinado en el extranjero y, cuando tenía un permiso, lo que menos me apetecía era viajar. —Después de unos segundos de silencio, continuó—: En uno de esos permisos conocí a Nessa y nos casamos a los pocos meses. A ella no…no le gustaba viajar y nunca quiso venir a Italia y al año siguiente de casarnos, se quedó embarazada y después… ya sabes lo que pasó. —Violet apartó la mirada de la suya. Su tristeza provocaba que quisiera abrazarlo y esa era una mala idea—. Cuando Nessa y el bebé murieron, me prometí que no volvería a venir nunca aquí. Ahora me doy cuenta de que esa decisión era otra manera de castigarme a mí mismo por su muerte—susurró, sorprendido por estar diciéndolo en voz alta.

El camino por el que estaban circulando era un atajo, solo conocido por los lugareños, que atravesaba una tierra llena de colinas y valles de ensueño cuyo olor cálido llegaba hasta ellos dándoles la bienvenida. De repente, Stuart sintió el roce de la mano de Violet sobre la suya y la miró extrañado, porque no había vuelto a tocarlo voluntariamente a menos que fuera por

necesidad, desde que había compartido su sangre con ella.

—Siento mucho lo que les pasó a tu mujer y a tu hijo. Y, después de lo que me has dicho, aún aprecio más que me hayas traído hasta aquí. —Él no contestó, aunque asintió ligeramente sin apartar la mirada del camino—. Por lo que cuentas de tu tío, debía de quererte mucho, ¿no? —Los recuerdos lo hicieron sonreír.

—Sí, me quería como a un hijo. —Levantó el brazo para señalar algo a la derecha del camino.

—Mira, esa es la casa de Giulio.

Ella giró el rostro y vio una casita de color blanco con el tejado rojo. Estaba rodeada de árboles y frente a ella, para dar la bienvenida a los visitantes, había un gran jardín lleno de plantas y arbustos. Alguien debió de ver su coche desde una de las ventanas de la fachada, ya que poco antes de que llegaran a la casa, un anciano de pelo blanco y piel tostada por el sol abrió la puerta y se quedó mirándolos. Violet lo vio entrecerrar los ojos y frotárselos luego, como si no creyera lo que veía, mientras observaba incrédulo a Stuart. Ella se volvió hacia *El Coronel* que sonreía de oreja a oreja y que gritó, alegre:

—¡*Ciao*, Giulio! —El anciano se llevó la mano a la boca y salió de la casa caminando hacia ellos, sin dejar de mirar a Stuart lo que lo hizo tropezar, aunque no llegó a caerse.

Stuart detuvo el carruaje, saltó a tierra y corrió hacia Giulio; cuando llegó a su lado lo abrazó, inclinándose sobre él cuidadosamente, diciéndole algo en italiano en voz baja mientras el anciano lloraba como un niño. A Violet se le formó un nudo en la garganta al ver la escena, pero cogió las riendas e hizo que los caballos se movieran hacia delante unos metros, los suficientes para dejar el carruaje junto a la casa sin que estorbara. Luego bajó del coche, pero se quedó a una distancia prudencial de la pareja para que pudieran hablar tranquilos. Giulio se estaba limpiando las lágrimas mientras escuchaba algo que le decía Stuart, cuando se dio cuenta de que Violet estaba de pie, observándolos, a pocos metros de distancia. Ella se acercó, nerviosa, pero Stuart cogió su mano izquierda y entrelazó sus dedos con los suyos, calmándola. Entonces, se volvió hacia el anciano y le dijo:

—Esta es mi mujer, Caroline.

Violet alargó la mano derecha con una sonrisa para saludarlo, pero Giulio la abrazó con tanto cariño que ella tuvo que tragar saliva. A continuación, él comenzó a hablarle en italiano mirándola con los ojos brillantes, pero Stuart lo interrumpió:

—Giulio, tienes que hablar en inglés, Caroline todavía no ha

tenido tiempo de aprender italiano —bromeó sonriéndola de tal forma que hizo que el corazón de Violet se saltara un latido.

—¡Sí, claro! ¡Perdona querida! —contestó enseguida el anciano en inglés. Hablaba con soltura, pero tenía un fuerte acento. —Le estaba diciendo a Stuart lo contento que estoy por vosotros y cuánto os agradezco que hayáis venido en estas fechas. ¡No me creo que vayas a pasar otras navidades aquí! —confesó emocionado, mirando a Stuart. Después, la miró a ella—. Caroline, te advierto que aquí nos tomamos muy en serio la celebración de la Navidad.

—Es cierto —corroboró Stuart con voz profunda recordando las navidades tan felices que había pasado en la Casa Grande, sobre todo cuando todavía vivían sus padres. Giulio señaló su casa con gesto invitador y dijo, alegre:

—¡Estaréis muy cansados! Pasad por favor y sed bienvenidos a vuestra casa. —Comenzó a caminar lentamente hacia la casa sin dejar de hablar y Violet y Stuart lo siguieron— Le diré a Chiara que prepare dos habitaciones— se detuvo y se volvió para poder mirarlos, antes de rectificar—: No, solo necesitaréis una. Esto es maravilloso, ¿verdad? Comeremos enseguida, ya veréis que bien cocina Chiara. ¡Vamos, seguidme! —Se detuvo en el umbral de la puerta para comprobar que iban detrás de él y, cuando vio que así era, entró llamando a gritos a Chiara.

—Adelántate tú —dijo Stuart a Violet—. Yo voy a dejar los caballos en el cobertizo. —Pero ella lo sujetó por el antebrazo para que no se marchara todavía y le susurró:

—¡Es un humano! —Le había desconcertado darse cuenta de ello porque se había imaginado que era un vampiro, como el tío de Stuart. Pero *El Coronel*, pensando que era una crítica hacia el anciano, entornó los ojos y contestó irónicamente:

—Puede que ahora sí que hubieras preferido quedarte en el coche, ¿no? —Violet se irguió, sintiéndose ofendida, pero antes de que pudiera decir nada Giulio apareció de nuevo en el umbral.

—¿Qué hacéis aquí todavía? Stuart, lleva el equipaje a vuestra habitación. Por supuesto, os quedaréis a dormir aquí, hasta que limpien a fondo la Casa Grande. Imagino que la señorita Caroline está deseando refrescarse y descansar; Chiara te acompañará — dijo, dirigiéndose a Violet con una sonrisa cariñosa y señalando a una muchacha morena, alta y delgada que estaba esperando en la entrada.

A pesar de que Violet se moría por tener una buena discusión con Stuart, sonrió a Giulio y siguió a Chiara que comenzó a hablarle en una mezcla de inglés e italiano; su exótica forma de hablar le habría resultado graciosa si no hubiera sido por lo

enfadada que estaba. La muchacha la llevó hasta una puerta que había al final de un corto pasillo y la abrió para que Violet pudiera pasar. Era un acogedor dormitorio en cuyo centro había una gran cama con dosel del que colgaban unas cortinas del mismo color azul turquesa que la colcha, aunque parecían estar confeccionadas con una tela más ligera. La habitación estaba limpia y recogida y la cama hecha, casi como si esperaran invitados.

Chiara le dijo en su particular idioma, antes de dejarla sola:

—Hacía mucho tiempo que no veía al señor Giulio tan contento. Si necesita cualquier cosa, señora, no dude en pedírmelo. —Violet se sobresaltó al escuchar que la llamaba así, pero fue capaz de darle las gracias antes de que cerrara la puerta. Poco después, Stuart entró con el equipaje y lo dejó junto a la puerta; a continuación, se acercó a ella y susurró:

—Tenemos que dormir en la misma habitación, Giulio es muy mayor y no puedo ponerle en peligro contándole la verdad. Además, no conozco a esa muchacha —miró hacia la puerta cerrada como si esperara que estuviera detrás, escuchando—, no podemos arriesgarnos.

—Está bien —murmuró ella. Todavía estaba enfadada, pero no era tonta.

—En la Casa Grande podremos tener un dormitorio para cada uno.

—De acuerdo —asintió ella, cansada de repente.

—Violet, siento lo de antes, ya sé que no lo has dicho con mala intención —seguía hablando en voz baja para que no pudieran oírlos desde fuera de la habitación. Ella no replicó, decidida a no morder el anzuelo y él arrugó la frente—¿No vas a contestarme? —Violet suspiró, pidiendo paciencia en su interior.

—No podemos seguir así Stuart. No sirve de nada que te disculpes si dentro de dos horas o dos días vuelves a hacerme daño, aunque sea sin querer. Te estoy muy agradecida por lo que estás haciendo, pero creo que es mejor que hablemos lo menos posible. — Él la observaba con los ojos entrecerrados y la boca apretada formando una fina línea—. Por supuesto mientras estemos aquí, en público tendremos que aparentar ser un matrimonio, pero cuando estemos a solas no tenemos por qué aguantarnos el uno al otro. —Intentó hablar con voz serena para que no se notara lo dolida que estaba. Y debió de hacerlo bien porque él palideció ligeramente al escucharla y, con una mueca de amargura, murmuró que haría lo que ella quisiera. Después, se marchó.



Stuart se quedó unos momentos en el pasillo intentando controlar la agitación que sentía y cuando pudo volver a respirar con normalidad, caminó hacia la salita donde lo esperaba Giulio y se sentó a su lado. Alargó las manos hacia el fuego que ardía en la chimenea diciendo que hacía tanto frío que parecía que fuera a nevar, pero el anciano lo conocía demasiado bien; lo había visto crecer puesto que había sido la pareja de su tío desde que Stuart era un niño hasta que murió.

—¿Qué pasa, *bambino*? —preguntó en voz baja, con la misma ternura con la que lo trataba cuando era un niño. Stuart volvió a sentir el cariño que siempre había recibido de él y de su tío, y se reprochó de nuevo no haber vuelto desde que Robert murió. Sin darse cuenta contestó en italiano, el idioma en el que siempre había hablado con ellos.

—Nada, es solo que acostumbrándonos el uno al otro —murmuró, mirando el fuego. Sabía que le preguntaba por su relación con Violet.

—Tu tío hubiera sido muy feliz viéndote casado. Pero ¿por qué no me lo has contado antes? Si hubiera sabido que veníais, la Casa Grande habría estado preparada para cuando hubierais llegado.

—Ha sido un impulso —contestó Stuart, observando con pesar las profundas arrugas que había en el rostro de Giulio y el temblor permanente de su mano derecha, y prometiéndose que no volvería a ser tan egoísta. Ahora estaba allí y cuidaría de él.

—¿La boda fue un impulso? —preguntó el anciano, apartándolo de sus pensamientos.

—Sí, y el viaje. Todo —contestó, sin ganas de seguir hablando sobre eso. El anciano lo miraba fijamente, casi sin pestañear— ¿Qué pasa? —preguntó. Giulio contestó con una sonrisa.

—Que estás muy cambiado.

—¿Yo? ¡Qué va, soy el mismo de siempre! —aseguró Stuart con una sonrisa forzada, pero Giulio replicó en voz baja:

—A mí no me lo pareces. —Lanzó una mirada al pasillo y después le preguntó—: ¿Hay algo que quieras contarme?

—No, todo está bien. —Se levantó y metió las manos en los bolsillos de los pantalones—. Tengo que ir a guardar el coche y los caballos y creo que después me acercaré dando un paseo hasta

la Casa Grande. Si no te importa, hablaremos esta tarde.

—Te esperaremos para comer, todavía es temprano— afirmó el anciano, pero Stuart de camino hacia el pasillo, replicó:

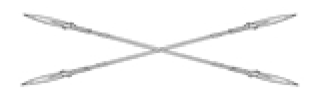
—No, empezad sin mí. Puede que tarde un poco en volver. —Necesitaba estar a solas un rato para pensar.

—Muy bien, hijo. Pero ¿no vas a decirle a tu mujer que te vas? —preguntó al ver que se dirigía a la puerta de la calle y hacia el dormitorio de invitados. Stuart se detuvo y contestó sin volverse:

—No. Díselo tú, por favor.

Giulio se quedó muy pensativo tras su marcha.

DIEZ



Uruk, Mesopotamia.
Siglo XXI A.C.

El sexo había sido el más intenso que habían tenido nunca, seguramente porque era la primera vez que iban a poder estar toda la noche juntos, sin miedo a que los descubrieran. Nammu estaba en el templo siguiendo la antigua costumbre según la cual como prometida del rey, la víspera de su boda, tenía que pasar allí toda la noche rezando para que los dioses aceptaran su unión y la bendijeran con numerosos hijos. Antes de dejarla encerrada a solas en el templo, el rey, que se había despedido de ella en el dormitorio con un beso apasionado, acompañado de sus consejeros había contemplado cómo se marchaban todos los sacerdotes, incluyendo a Sennefer. Pero este, poco después, había vuelto utilizando un pasadizo secreto.

Nammu lo había esperado, aburrida e impaciente, sentada en un cojín a los pies de la gigantesca efigie de piedra de Inanna, la diosa del amor y de la guerra y, además, protectora de la ciudad. Ahora, los dos amantes estaban tumbados en la recámara que habitualmente utilizaba Sennefer. Nammu estaba acostada bocarriba respirando agitadamente, con los ojos cerrados y una sonrisa satisfecha en los labios; él se había quedado bocabajo, con el pecho apoyado sobre el vientre femenino y con la mano izquierda acariciaba lentamente el empeine de Nammu.

—Tienes que contarme el resto del plan. Desde mañana, seis guardias del rey te seguirán a todos sitios y no va a ser tan fácil darles esquinazo. Ya no serás una concubina más de Nimrod, serás su reina. —Giró el rostro para poder mirarla.

—Lo sé. Pero lo soportaremos, será cosa de poco tiempo, ¿verdad? Lo único que debes recordar es que, si pasa algo y yo no puedo hacerlo, tienes que coger el *Libro de los Muertos* y ponerlo a buen recaudo. Es lo más importante de todo.

—Lo sé —murmuró él, algo molesto porque ya se lo había dicho varias veces. Nammu detectó su enfado y le acarició el pelo antes de preguntar:

— ¿Has pensado en lo que te dije de retrasar lo de Shamash?

—Sí, y sigo sin estar de acuerdo —masculló, ceñudo, apartando la cabeza para que no siguiera tocándole el pelo.

Encrespada por su respuesta, lo empujó con cierta rudeza para que se apartara de ella y, cuando lo hizo, se sentó con las piernas cruzadas y lo miró, retándolo. Sennefer sabía que aquello iba a pasar porque Nammu no soportaba que la llevaran la contraria, de modo que la imitó y se sentó frente a ella. Su cara de enfado y su desnudez provocaron que su pene se irguiera, pero él lo olvidó momentáneamente. Era más importante su futuro que revolcarse con ella durante toda la noche.

—Nammu —avisó—, si no tenemos el apoyo del ejército, no durarás nada en el trono. Cuando consigamos que el pueblo crea que eres una diosa podremos deshacernos de Shamash, pero mientras tanto, lo necesitamos.

—Shamash no me gusta, nunca me ha gustado. No vamos a convencerlo para que haga lo que queremos —replicó ella.

—Lo sé, pero solo tenemos que aguantarle unos meses. Cuando todos vean que te has transformado en una diosa, acabaremos con él, porque nadie se atreverá a desobedecerte.

—¿Y tú? ¿Tú también me obedecerás? —preguntó ella, de forma sugerente. —Él hizo una mueca, reconociendo su derrota.

—Yo te venero desde que te conocí y sabes que, al final, haré lo que tú quieras —confesó.

Ella sonrió complacida y alargó los brazos hacia él. Sennefer hizo un ruido parecido al rugido de una bestia en celo y se lanzó sobre ella, tumbándola de espaldas y haciéndola reír a carcajadas.

Y se amaron durante toda la noche como si fuera la última.



Cuando Violet entró en el pequeño comedor después de que Chiara la avisara de que la comida estaba preparada, vio que Giulio estaba solo en la mesa y respiró aliviada. A pesar de que

era un desconocido, de momento prefería no tener que coincidir con Stuart, al menos hasta que las cosas se calmaran. Lo saludó y él le pidió que se sentara, ella lo hizo a su izquierda, donde Chiara había puesto un servicio. Mientras sacudía ligeramente la servilleta para ponérsela en el regazo, le preguntó:

—¿Dónde está Stuart?

—Ha ido a ver la Casa Grande, me dijo que tardaría un poco en volver y que comiéramos sin él —aseguró, sonriendo. Chiara apareció con una fuente que olía muy bien y que era un guiso de carne con patatas y, mientras les servía un plato a cada uno, Giulio siguió hablando con Violet —. Estoy muy contento por vuestro matrimonio y, aunque casi no nos conocemos, voy a decirte lo que te diría si fueras mi hija o más bien mi nieta, que no te preocupes demasiado. Es normal que al principio os cueste adaptaros el uno al otro. —Violet se sentía fatal por mentirle, pero se las arregló para sonreír mientras asentía con la cabeza—. Mi querido Robert adoraba a ese muchacho y, desde donde nos esté mirando, estará tan contento como yo. Supongo que él te ha hablado de Robert, ¿no?

—Sí, él también lo quería mucho —murmuró deseando saber más sobre Stuart, quizás eso la ayudaría a comprenderlo mejor.

—Era el ojito derecho de Robert. —Giulio sonreía con la mirada perdida—. Supongo que también te contaría que Robert y yo…— murmuró con discreción, mirándola. Ella asintió y él suspiró melancólicamente—…la verdad es que fuimos muy felices durante más de cuarenta años y este lugar era nuestro paraíso.

—¿Vivíais en esta casa?

—No, en la Casa Grande. Pero Robert sabía que yo no quería quedarme allí, si él moría antes que yo —afirmó—. En el testamento me dejó esta casita que está dentro de la finca de la Casa Grande. —Miró a su alrededor, observando la sencilla decoración con cariño—. Esto está bien para mí, en aquella casa había demasiados recuerdos.

—Tuvieron mucha suerte siendo tan felices, no todo el mundo lo es.

—Lo sé. —Inesperadamente, alargó la mano y rozó la de Violet y confesó:

—Desde que era un niño, Stuart siempre fue especial; aunque ahora parezca difícil de creer, era muy sensible. Cuando sus padres murieron, durante semanas creímos que no podría superarlo.

—¿Qué pasó?

—Fue horrible, murieron en un accidente de coche. Robert fue a buscar a Stuart a Irlanda para traerlo aquí puesto que se

había quedado solo, pero era completamente distinto al niño que había estado con nosotros el verano anterior. No hablaba, ni comía y no había manera de convencerlo para que hiciera ninguna de las dos cosas. Creo que no quería vivir sin sus padres y estuvimos semanas casi sin dormir por la preocupación.

—¿Y qué hicisteis?

—Robert entraba todos los días a su habitación y le leía. Estaba horas con él leyéndole libros de aventuras, sus preferidos, a pesar de que Stuart no parecía prestar atención. Y así estuvo varias semanas, pero una mañana cuando entró, el pequeño corrió para abrazarse a él llorando desconsoladamente y lo hizo durante horas, hasta que soltó todo lo que llevaba dentro. —Violet tragó saliva con los ojos llenos de lágrimas—. Vivió todo ese invierno y el verano siguiente con nosotros, pero nunca volvió a ser el mismo.

—¿Pero por qué no se quedó aquí, con vosotros? —Giulio suspiró.

—Nos hubiera encantado, pero Robert decía que no quería que descuidara su educación y le mandó al mismo internado en Irlanda donde había estudiado siempre, aunque seguía viniendo en verano. Hasta que se alistó en el ejército, entonces comenzamos a verlo menos.

—Y luego se casó —murmuró Violet, bajando la mirada hacia su plato.

—Sí, pero la felicidad no le duró mucho —contestó él con tristeza—. Aquello lo destrozó, pero ya pasó. La prueba es que se ha casado contigo, ahora tú eres su mujer. —Ella esbozó una falsa sonrisa y comenzó a comer para evitar la tentación, casi insoportable, de decirle que ella no era nada para Stuart. Menos que nada.



La despertó un sonido extraño y se incorporó mirando a su alrededor, pero el susurro de una voz conocida la tranquilizó.

—Perdona, no quería despertarte.

—No pasa nada —contestó educadamente. Distinguía sus facciones perfectamente gracias a la luz de la luna que entraba por la ventana. Él estaba a los pies de la cama, observándola.

—No quería decir lo que te he dicho antes —se disculpó.

—Está bien —contestó ella.

—No sé por qué lo he dicho —continuó diciendo con voz atormentada, como si no la hubiera escuchado—. Sé que tú jamás pensarías algo así.

—Te he dicho que está bien —dijo Violet con voz calmada.

—De acuerdo —murmuró él, decidido a discutirlo en otro momento—. Entonces, si no te importa, cogeré una de las almohadas y dormiré en el suelo—afirmó, pero ella se negó sabiendo que no pegaría ojo si él hacía algo así.

—¡No! —susurró. Stuart aparentó no escucharla y cogió la almohada que sobraba.

—Puedo dormir en el suelo perfectamente— aseguró.

—Stuart —dijo en voz baja, pero enfadada—, por favor, quédate en la cama. La otra vez que estuvimos en una situación parecida y te acostaste en el suelo, no pude dormir en toda la noche. Y hoy necesito descansar— musitó, agotada, y no solo por el viaje.

Stuart se quedó mirándola durante un largo minuto, luchando contra sus demonios. Violet pensaba que no quería dormir con ella porque estaba enfadado, sin imaginar que la razón real era que estar tumbado a su lado en la cama le sería mucho más difícil controlar el deseo, cada vez mayor, que sentía por ella. Con un suspiro, cedió y Violet se dio la vuelta, tumbándose de costado para darle algo de privacidad por si quería desnudarse. Stuart se quitó la ropa, pero se quedó en ropa interior en atención a ella, ya que solía dormir desnudo.

—¿Dónde has estado? —preguntó ella inesperadamente. Stuart se acomodó en la cama, bocarriba, antes de contestar:

—Primero he ido a revisar la casa de mi tío para ver en qué condiciones estaba y luego hablé con los padres de Chiara. Quería preguntarles si les interesaba trabajar para nosotros en la Casa Grande mientras estemos aquí.

—¿Cómo sabías que podrían estar interesados? —Violet volvió a darse la vuelta para poder mirarlo mientras hablaban. Su cansancio parecía haber desaparecido momentáneamente.

—Giulio me lo dijo. Tienen una pequeña granja, pero no va demasiado bien y suelen coger trabajos como este. Antes trabajaban como guardeses en la finca de un pueblo cercano, ella limpiando y cocinando en la casa y él vigilando la propiedad y como jardinero, aunque en realidad, Flavio es carpintero.

—¿Flavio? —musitó ella, intentando pronunciar el exótico nombre como lo había hecho él.

—Sí. —Stuart ocultó una tierna sonrisa al escucharla y le aclaró—. El padre de Chiara se llama Flavio y la madre Alfonsina;

me han dicho que, si necesitamos más ayuda, podemos contar con Carlo.

—¿Quién es Carlo?

—El novio de Chiara. Pero el motivo de que haya venido tan tarde es que he estado en Peccioli, para enviar una carta avisando de que habíamos llegado bien. Te prometí que lo haría en cuanto llegáramos. —Violet se irguió, apoyándose en el brazo izquierdo y preguntó, esperanzada:

—¿A quién se la has mandado?

—A Killian, pero lo he hecho de forma que, aunque *La Hermandad* la interceptara, no podrían localizarnos; en el sobre no he puesto el remitente y en la carta solo había dos frases cortas donde le decía que hemos llegado bien y que estamos en Italia. Y por precaución, además, me ha parecido más seguro hacerlo desde otro pueblo.

—¿Y mi familia? —murmuró Violet. Desde el principio sabía que no iba a poder escribirlos, pero saberlo no lo hacía menos duro.

—Killian les dirá que estás bien.

—¿Lo crees de verdad? —Al escuchar su voz desalentada, él giró la cabeza y la miró a los ojos para que pudiera ver la verdad en ellos.

—Estoy seguro de que se lo dirá a tu hermano; incluso puede que le diga en dónde estamos exactamente.

—¿Y cómo puede saberlo?

—Porque Killian sabe que mi tío me dejó esta casa al morir. Yo se lo conté hace tiempo y a él nunca se le olvida nada. —Ella asintió lentamente y volvió a tumbarse.

—Al menos así sabrán que estamos bien.

—Eso creo.

—¿Cuándo llegará la carta?

—No estoy seguro, pero tardará algunas semanas. Puede que dos o tres. —Al ver su cara de agotamiento, dijo—: Duérmete, es muy tarde. Mañana te llevaré a ver la *Casa Grande.*

—También tenemos que ir de compras —susurró ella, con los ojos medio cerrados.

—¿De compras?

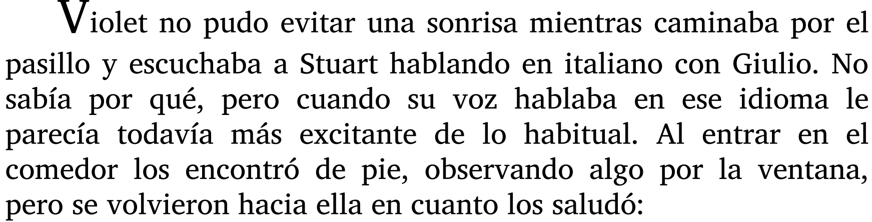
—Chiara me ha dado la dirección de una tienda en el pueblo que vende ropa de señora y de caballero. Y si no te gusta lo que tienen, te pueden traer lo que necesites de Roma; basta con que les señales lo que quieres en un catálogo.

A continuación, bostezó y cerró los ojos quedándose dormida poco después, pero Stuart siguió mirándola fijamente durante un rato. Hasta que se dio cuenta de que parecía un adolescente

enamorado y, mascullando una maldición volvió el rostro y miró el techo, intentando olvidar que su mayor tentación estaba a su lado durmiendo inocentemente.

Pasó mucho rato antes de que él también se quedara dormido.

ONCE



Violet no pudo evitar una sonrisa mientras caminaba por el pasillo y escuchaba a Stuart hablando en italiano con Giulio. No sabía por qué, pero cuando su voz hablaba en ese idioma le parecía todavía más excitante de lo habitual. Al entrar en el comedor los encontró de pie, observando algo por la ventana, pero se volvieron hacia ella en cuanto los saludó:

—Buenos días, ¿llego tarde? —Por el reloj que había sobre su mesilla le parecía que no y así se lo confirmó Giulio al contestar:

—¡Claro que no! Chiara todavía no ha traído el café.

Estaba acercándose a ellos cuando la puerta que comunicaba el acogedor comedor con la cocina se abrió y apareció Chiara trayéndoles el desayuno. Stuart se inclinó ligeramente sobre ella, aprovechando que Giulio le estaba preguntando a la criada si había té en la casa.

—¿Has dormido bien? —Ella asintió. Giulio se volvió hacia ellos y dijo, dirigiéndose a Violet:

—Caroline, querida, me temo que solo tenemos café. Sé que a Stuart le gusta, pero no sé si a ti también. —Se encogió de hombros como disculpa y ella contestó con una sonrisa:

—Me gusta mucho el café.

—Entonces, todo está bien. Gracias Chiara. —La muchacha sonrió en silencio y se llevó la bandeja vacía de vuelta a la cocina después de haber dejado todo el contenido sobre la mesa. Giulio esperó a que todos se sentaron antes de decir:

—Quiero preguntaros algo. Esta tarde van a venir unos amigos a tomar un café. Desde que murió Robert me visitan al

menos una vez al mes, pero si os molesta que vengan puedo decirles que no lo hagan. —Stuart miró a Violet, dejándolo en sus manos, y ella dijo con voz alegre:

—Claro que no nos importa, ¿verdad Stuart?

—Por supuesto que no —contestó francamente, mirando a Giulio que sonrió aliviado, echándose una generosa cantidad de mermelada de fresa en su tostada— ¿Conozco a alguno de los que van a venir?

—Déjame hacer memoria…veamos; están Will que es mi mejor amigo con su hija Melissa, una muchacha encantadora a la que él adora y a la que echa mucho de menos porque tiene que viajar mucho por su trabajo. Afortunadamente, ella ha vuelto para las fiestas de navidad así que está muy contento. —De repente, se giró hacia Stuart y le preguntó:

—¿Los conoces?

—No. —Sacudió la cabeza levemente mientras cortaba un trozo de bacon— ¿Viven en el pueblo?

—Sí, en la colonia de los artistas. Todos mis amigos viven allí. —Violet preguntó:

—¿A qué se dedican?

—Él es un gran pintor. Hace unos años que su obra ha empezado a ser valorada y Melissa es su agente, viaja por toda Europa vendiendo las obras de su padre. Antes había en el pueblo una gran colonia de artistas, ¿verdad Stuart?

—Sí, cuando era niño recuerdo que venían a cenar a casa muchas veces y os poníais a debatir sobre todo tipo de temas. Yo solía quedarme dormido en un sillón, escuchando aquellas locas teorías. —Giulio lo miraba con una sonrisa triste. A continuación, confesó:

—Desde entonces todo ha cambiado mucho. Bastantes se marcharon, otros ya han muerto y han venido algunos nuevos. Creo que lo que siempre ha hecho que nos llevemos bien entre nosotros, es que no nos importa de dónde viene cada uno o si es humano o vampiro. Por ejemplo, el matrimonio Di Maggio, Paolo y Magnolia que llevan varios años aquí son humanos, como yo; él es el heredero del condado di Veintimiglia. Sin embargo, las demás parejas son vampiras.

—¿Magnolia? —preguntó Violet, curiosa—. Qué nombre más exótico— murmuró.

—Es escultora. Empezó a esculpir cuando vino a Italia porque en realidad es irlandesa, como vosotros —afirmó, sonriendo a Violet—. Aunque viven la mayor parte del tiempo en Volterra, de vez en cuando van unos días a Florencia para vender sus figuras a los turistas. Él tenía una gran propiedad en el sur que heredó con

el título, pero se arruinó. Unos amigos les hablaron de este pueblo y vinieron a probar suerte. —A continuación, preguntó—: ¿Qué vas a hacer hoy, querida?

—Creo que primero vamos a ir a ver la *Casa Grande* y después a comprar ropa. —Miró a Stuart que le devolvió la mirada con una sonrisa tranquilizadora.

—Ya me he dado cuenta de que habíais traído poco equipaje — murmuró Giulio, mirando también a Stuart que reaccionó con rapidez.

—Perdimos los baúles durante el viaje. Afortunadamente, teníamos esos dos bolsos de mano con nosotros.

—Entonces, tú también tendrás que comprarte ropa, ¿no? — preguntó el anciano, con la sombra de la sospecha titilando en el fondo de los ojos. Stuart sonrió con naturalidad al contestar:

—Sí, los dos la necesitamos.

—Hay un par de tiendas en el pueblo que os pueden sacar del apuro.

—Chiara me ha dicho que la que ella piensa que está mejor surtida es la que está en la calle principal —intervino Violet.

—La tienda de la señora Longo —afirmó Giulio mirándola. Stuart aprovechó el silencio que se hizo a continuación para preguntar:

—¿No queda ningún artista de los que yo conocía?

—Solo Helena y John. —*El Coronel,* que había terminado su desayuno consistente en huevos revueltos y bacon, dejó sus cubiertos de golpe en el plato con una mirada sorprendida.

—¿Todavía están juntos? —Giulio no pareció sorprendido por la pregunta. Violet los observaba mientras comía su tostada.

—Sí, y me temo que siguen como siempre —contestó Giulio. Stuart resopló con incredulidad y Violet preguntó:

—¿Por qué te extraña tanto que sigan juntos?

—Porque la última vez que los vi Helena intentó asesinar a John. Fue durante una cena en su casa y lo peor es que esa no era la primera vez que lo intentaba. Cogió el cuchillo de la carne y…, casi tenemos que ir de entierro.

—¿Por qué? —preguntó ella, fascinada y horrorizada a la vez. Stuart miró a Giulio, pero no parecía tener ganas de contestar y lo hizo él.

—Por otra mujer. Siempre les pasaba lo mismo, ella descubría que él le había sido infiel, tenían una discusión horrible y se separaban durante una temporada hasta que todo se calmaba y volvían a estar juntos. Pero tarde o temprano John volvía a las andadas. La última vez que estuve aquí se habían separado y parecía que definitivamente.

—Sí —contestó Giulio con un suspiro—, pero eso solo duró unos meses. En realidad, no son capaces de vivir separados.

—Ni juntos —murmuró Stuart y el anciano asintió. Después, Violet terminó su café y como respuesta a la mirada de Stuart que quería salir ya, dijo:

—Voy a por el bolso, vuelvo enseguida. —Giulio esperó a que se marchara y le dijo a Stuart en voz baja:

—Quiero haceros un regalo de boda y dentro de unos días daremos una fiesta para celebrarlo como las que hacíamos antes. ¿Te acuerdas? —Stuart se quedó tan sorprendido que no supo qué decir—. Como sabes, gracias a tu tío, no tengo problemas de dinero. Ni viviendo cinco vidas más podría gastarme todo lo que me dejó. —Sonrió tímidamente y confesó—: Así que hace unos años hice un testamento donde te lo dejo todo a ti. —*El Coronel* se reclinó de golpe en la silla, atónito.

—Pero tú tienes familia. Imaginaba que se lo dejarías a tus primos— murmuró desconcertado.

—No. Lo he pensado bien y esto es lo que quiero hacer y, también, es lo que Robert querría que hiciera. Llevaba mucho tiempo queriendo decírtelo, pero me resistía a hacerlo por carta. Espero que sepas que tu tío no te hubiera querido más si hubieras sido su hijo.

—Lo sé —aseguró Stuart en voz baja, aunque se sintió extrañamente reconfortado al escucharlo.

— Él hubiera tirado la casa por la ventana para celebrar tu boda y yo voy a hacer lo mismo. Y celebraremos la fiesta pasadas las navidades, creo que es mejor ¿no te parece?

—Giulio, no es necesario. En realidad, prefiero que no lo hagas.

—Quiero hacerlo —afirmó con firmeza. Stuart se dijo que sería mejor hablarlo en otro momento porque, desde luego, no iba a poner en peligro a Violet colocándola como el centro de atención en una fiesta. —. Y pregúntale a tu mujer qué le gustaría como regalo de bodas—terminó diciendo Giulio. Stuart escuchó agradecido los pasos de Violet y se levantó poco antes de que ella apareciera en el umbral.

—Claro. Nos vamos, Giulio. No sé si vendremos a comer.

—Le diré a Chiara que prepare algo que se pueda comer frío, por si acaso.

—Gracias.

Violet estaba a punto de subir al carruaje cuando le dijo:

—¿Puedo conducir yo? —Stuart asintió con una sonrisa ayudándole a subir y sentándose a su lado. Violet cogió las riendas y las sacudió haciendo que los caballos se pusieran en

marcha. —Giulio sospecha—murmuró a continuación, sorprendiéndolo.

—Lo sé. Puede que no tenga más remedio que contarle la verdad —confesó.

—¿Tan mal lo hemos hecho? —Stuart se quedó un momento pensativo.

—No. Lo que ocurre es que me conoce demasiado bien.

—¡Ah!

Cuando cogieron la pequeña senda que les conduciría directamente a la *Casa Grande,* Violet refrenó levemente a los caballos para poder disfrutar del precioso color de los arces rojos que crecían a la orilla del camino. Poco después, vio una mansión al final de la larga recta por la que rodaban y entendió por qué la llamaban la *Casa Grande*.

—Es impresionante, parece un pequeño palacio — dijo fascinada.

—Sí —contestó Stuart, observando también la casa. Ella sacudió levemente las riendas para que fueran un poco más deprisa

—Estoy deseando verla por dentro —confesó.

—Por la parte de atrás de la casa pasa un arroyo. Si quieres, luego podemos ir a verlo.

—Claro que quiero —contestó sonriendo sinceramente. De repente se sintió extrañamente contenta por estar allí.

Cuando detuvo los caballos junto a la mansión se quedó sentada en el coche, observando la fachada de ladrillo rosado y la vidriera de colores que había sobre el portón de la entrada. Delante de la casa, junto a ellos, había una fuente que estaba rodeada de arbustos y rosales. Y a izquierda y derecha los flanqueaban unos grandes jardines, un poco descuidados, pero muy hermosos.

—Ese es el laberinto. —Stuart señaló hacia un conjunto de altos setos que había frente a ellos y que no dejaban ver qué había detrás. —De pequeño estaba obsesionado con él y me escapaba siempre que podía para recorrerlo. A pesar de que lo tenía prohibido—confesó mientras la ayudaba a bajar.

—¿De verdad? —preguntó Violet sonriendo, cuando ya estaba en el suelo, imaginando la escena. Él rio a carcajadas y ella lo miró fascinada.

—Sí —aseguró—. Hasta que un día mi padre, harto de tener que ir todos los días a sacarme de allí porque no era capaz de encontrar solo la salida, me dejó en el laberinto hasta la hora de comer para darme un escarmiento.

—Y ¿qué pasó?

—Que aprendí la lección y ya no volví a llamarlo a gritos nunca más cuando me perdía dentro. —Ahora fue Violet la que rio mientras caminaban hacia la casa. Stuart abrió la puerta para que ella pasara primero y, cuando traspasó el umbral, se quedó inmóvil con la sensación de que había entrado en otro mundo.

El vestíbulo era gigantesco y estaba presidido por una gran lámpara de araña de hierro forjado, que tenía más de veinte brazos con tres velas en cada uno de ellos; pero como era de día y por las dos cristaleras que había a ambos lados de la puerta entraba suficiente luz, en ese momento no estaban encendidas. Frente a ellos había una ancha escalinata que llevaba al piso superior y que dividía la planta baja en dos partes. También había un par de gruesas alfombras de color tostado que cubrían en parte el original suelo de azulejos con forma de estrellas blancas y negras. De repente, escucharon unos ruidos en la parte derecha de la planta baja, muy cerca de ellos. Stuart, al ver el rostro de Violet, susurró:

—Son los padres de Chiara que están limpiando la casa. ¿Recuerdas? —Ella asintió, tranquilizada, volviendo a mirar el vestíbulo. Se acercó a una pequeña mesa de marquetería, alta y con las patas torneadas, que había a su izquierda sobre la que había unos guantes de piel y un abanico, como si alguien acabara de llegar y los hubiera dejado allí.

—¿Quién decoró la casa?

—Mi tío, pero el mérito de que esté tan bien cuidada es de Giulio. —Como estaban hablando entre ellos, no escucharon acercarse a la madre de Chiara hasta que estuvo frente a ellos.

—Buenos días, mi marido está limpiando la parte de arriba y yo estoy terminando con la cocina. ¿Necesitan algo? —Stuart rodeó la cintura de Violet con el brazo y sonrió a la recién llegada.

—No. Gracias, Alfonsina; intentaremos no molestaros. Esta es mi mujer, Caroline.

—Encantada de conocerla, señora.

—Igualmente.

—¿Seguro que no quieren un café o alguna otra cosa?

—No, acabamos de desayunar. ¿Entonces ya han traído el pedido del pueblo?

—Sí, señor. Ayer por la tarde. — Stuart se volvió hacia Violet y le dijo:

—Hice un pedido de comida a la tienda del pueblo para tener un poco de todo; por supuesto, más adelante compraremos todo lo que tú consideres necesario. —Ella asintió como si estuviera de acuerdo, a pesar de que no tenía ni idea de qué habría que

comprar para una casa como esa; pero como esposa, aunque fuera de pega, entendía que esa era una de sus obligaciones.

—Claro, cariño —contestó, con una mirada traviesa. En el fondo de los ojos de Stuart apareció un fulgor rojizo que se desvaneció enseguida. Se volvió hacia Alfonsina y le dijo:

—Voy a enseñarle la casa a mi mujer, después nos iremos.

—Muy bien, señor.

Stuart la cogió de la mano y la llevó hacia la parte izquierda de la casa y comenzaron la visita. El resto de los suelos de la planta baja, estaban fabricados con una madera brillante y oscura. Antes de entrar en el pasillo de la parte izquierda había un cuarto muy luminoso que tenía un mirador, con vistas a la parte delantera, junto al que había una mesa con cuatro sillas y un pequeño sillón en un rincón.

—Aquí solíamos desayunar —murmuró Stuart, dedicando una rápida mirada a la habitación antes de guiarla en dirección al pasillo; tras la primera puerta que se encontraron estaba el que había sido el despacho del tío de Stuart. En este caso la habitación era pequeña y acogedora y solo tenía un escritorio con dos cajones centrales y una silla. Aunque estaba frente a un gran ventanal desde el que se veía casi todo el jardín.

—Aquí escribía él.

—¿Escribía? —preguntó, sorprendida, y Stuart asintió. Abrió el cajón derecho y sonrió al ver la vieja pluma de su tío dentro y una hoja de papel con un par de líneas garabateadas por él. Sin tocar ninguna de las dos cosas, volvió a cerrar el cajón.

—Poemas —contestó a Violet—. Todas las mañanas, después de desayunar se encerraba aquí durante un par de horas. Eran las únicas dos horas en las que no se le podía molestar—. Seguro que siguen guardados en la biblioteca.

—Me gusta la poesía, ¿puedo leerlos?

—Claro, estoy seguro de que a él le gustaría que lo hicieras. Aunque no solía leerlos casi nadie, excepto la familia y sus amigos artistas. —Salieron del despacho y caminaron unos pocos pasos hasta encontrar la siguiente puerta, en esta ocasión estaba en el lado derecho del pasillo—. Esta es la biblioteca— explicó innecesariamente ya que las paredes estaban totalmente cubiertas por estanterías llenas de libros. Los ventanales de esta habitación daban a la parte trasera de la casa.

—Eso parece el laberinto, ¿no? —preguntó Violet señalando la formación creada con espesos arbustos que habían visto en parte antes de entrar en la casa. Ahora que podía verlo por entero, no le extrañaba que un niño se pudiera perder recorriéndolo. Incluso a ella le parecía un poco perturbador.

—Sí —contestó Stuart, justo detrás de ella, tan cerca que a Violet se le erizó el vello de la nuca. Cayó sobre ellos un tenso silencio que duró unos segundos, hasta que él dio un paso atrás y ella se atrevió a darse la vuelta lentamente, como si saliera de un sueño.

Las demás habitaciones eran exquisitas y algunas de ellas sorprendentes. Los seis dormitorios y dos cuartos de baños que había en la planta de arriba eran dignos de un palacio, pero la joya de la corona, al menos para ella, estaba fuera. Se trataba de una pequeña edificación que estaba en la parte trasera, a unos cien metros de la casa, hecha de ladrillo hasta la mitad de su estructura y el resto de hierro y cristal. A sus costados había un par de árboles que le daban sombra y que la protegían del viento o de lo peor de las heladas, según le explicó Stuart mientras caminaban hacia allí. Él esbozó una tímida sonrisa antes de abrir la puerta y ella entró sin saber qué esperar, pero nada de lo que le había dicho la había preparado para lo que vio.

—¡Dios mío, Stuart! —exclamó, deslumbrada.

Lo primero que le llamó la atención fue que el suelo estaba cubierto con los mismos azulejos con forma de estrellas, blancas y negras, que había en la entrada de la mansión. Pegados a las paredes, a izquierda y derecha, había unas largos y estrechos mostradores llenas de tiestos con todo tipo de plantas, muchas de ellas con flores. En el suelo, en todos los rincones, había árboles y arbustos plantados en grandes macetas.

Los grandes cristales sujetos por finos perfiles de hierro forjado, cubrían la mitad superior de las paredes hasta el techo. Violet imaginó que poder leer sentado junto a la pared del fondo que era toda de cristal y desde la que se veía el río, debía ser maravilloso. Como remate y, a pesar de que el edificio tenía planta rectangular, sobre el techo sobresalía una gran cúpula de cristal a través de la que se colaba el sol, inundándolo todo con su luz. Muda, Violet se volvió hacia Stuart. Él preguntó:

—Te gusta, ¿eh? —Ella asintió, sin palabras.

Él se acercó a abrir un grifo que había sobre una pila de porcelana, al final del mostrador que había en la parte izquierda. Cuando comprobó que corría el agua, lo cerró. Después se volvió hacia ella:

—A Giulio le gusta mucho la jardinería y mi tío diseñó este sitio e hizo que lo construyeran para él. —Miró a su alrededor, recordando— Creo que, de toda la finca, este era el lugar que más les gustaba a los dos. A menudo, mi tío se sentaba aquí a escribir mientras Giulio trabajaba con las plantas. A veces todos merendábamos sentados junto a la orilla del río—confesó

mirando en dirección a la pared de cristal que había frente a ellos.

—Es un lugar mágico —susurró Violet que se había acercado a la cristalera para poder ver los árboles, el río y la parte de la finca que se veía desde allí. Stuart estaba a su lado cuando contestó;

—Robert tardó dos años en diseñar el invernadero, pero desde el principio quiso que se construyera aquí.

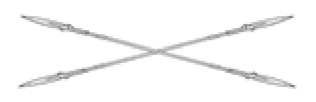
—Está muy bien cuidado, y la casa también.

—Giulio suele venir todas las semanas a ocuparse de las plantas y, de vez en cuando, hace que los padres de Chiara limpien a fondo la casa; por eso él sabía que les interesaría trabajar aquí, creo que no había perdido la esperanza de que yo volviera— confesó con una sonrisa triste.

—Yo también —asintió ella—. Gracias por enseñarme todo esto. —Stuart le ofreció su brazo caballerosamente:

—Me ha gustado compartirlo contigo, pero ¿qué te parece si ahora nos vamos al pueblo? —Ella aceptó su brazo con un murmullo y, acompañados por el sonido del agua en movimiento y de la brisa entre los árboles, recorrieron el camino de vuelta en dirección al coche.

DOCE



Uruk, Mesopotamia
Siglo XXI A.C.
Residencia de Shamash,
Guardián de la Justicia de la ciudad.

Shamash sonrió al escuchar las carreras de sus dos hijos por el pasillo y dejó de escribir. Levantó cuidadosamente la afilada caña de junco y la depositó sobre la mesa, pero apartada del papiro para que no lo manchara con la tinta que todavía tenía en su interior. Se levantó flexionando los dedos de la mano repetidamente, poco acostumbrado a escribir durante tanto tiempo. Sus pequeños, Adasi y Nidana, se arrojaron sobre él en cuanto lo vieron, abrazándose cada uno a una pierna. Riendo, se agachó y cogió con un brazo a cada uno.

—¿Y estos dos cachorros tan traviesos no deberían estar ya en la cama? —Poner la voz grave y mirarlos con los ojos entornados, aparentando enfado, siempre hacía que rieran a carcajadas como en ese momento. Adasi, el mayor, que tenía seis años contestó por los dos ya que la pequeña solo tenía dos.

—Como hoy es fiesta, mamá nos ha dejado quedarnos un poco más y ha dicho que podíamos venir a darte un beso. —Shamash los besó en la cabeza y ellos se recostaron en sus hombros. Anush, su mujer, se acercó y cuando sus ojos se encontraron vio lo preocupada que estaba.

—Pequeños, ya es hora de irse a dormir —dijo acariciando sus cabecitas.

Shamash los dejó en el suelo, poniéndose en cuclillas para

poder recibir el beso de costumbre en la mejilla antes de que se fueran a la cama. Cuando se marcharon, se sentó de nuevo con un suspiro y se masajeó distraídamente la mano mientras repasaba lo último que había escrito. Poco después, lo sorprendió escuchar los pasos de Anush acercándose otra vez, ya que no solía molestarlo cuando trabajaba. Con una mirada de disculpa, ella susurró:

—¿Podemos hablar? —Un fugaz pensamiento con todo lo que tenía que hacer antes de acostarse se coló en su mente, pero Shamash sonrió y señaló la silla que había al otro lado de su mesa de escritura. Anush se sentó cuidadosamente, pero él notó su incomodidad.

Él había mandado traer esas sillas donde estaban sentados en ese momento de Egipto, al igual que la mesa, los papiros y algunos frascos de tinta. Estaba seguro de que en el futuro todos escribirían con esos materiales porque era mucho más sencillo que hacerlo en las tradicionales tablillas de arcilla, cera o piedra. Y eso sin tener en cuenta lo fácil que era transportar o guardar los papiros frente a las tablillas. En cuanto a las mesas y las sillas eran más altas que las tradicionales que estaban a ras de suelo, y los egipcios aseguraban que eran mucho más cómodas para escribir. Y él estaba de acuerdo.

—¿Quieres que nos sentemos en las otras sillas?

—No, pero no sé cómo puedes pasar tanto tiempo sentado aquí —contestó Anush. Estaba acostumbrada a hacerlo en las tradicionales, con las piernas flexionadas y cruzadas, apoyadas en el suelo.

—Al principio pensaba como tú, pero ahora me resulta mucho más cómoda esta postura que estar sentado casi en el suelo —confesó Shamash. Alargando la mano cogió la de su bella mujer observando sus aterciopelados ojos oscuros, y preguntó con la voz que reservaba solo para ella—: ¿Qué te ocurre, Anush?

—Estoy preocupada —susurró.

—Ven —pidió él, abriendo los brazos y apartando la silla de la mesa para poder acogerla en ellos. Y Anush, como había hecho tantas veces, se sentó sobre su regazo y lo abrazó escondiendo el rostro en su cuello. Él besó su pelo y comenzó a acariciar su espalda lentamente—¿Te acuerdas de cuando íbamos a pasear por la ciudad y te ayudaba a traer la compra del mercado? —Ella levantó el rostro para mirarlo y sonrió, recordándolo.

—¡Ojalá pudiéramos salir a pasear alguna vez! —suspiró—Cuando solo eras un comandante del ejército era todo mucho más sencillo—murmuró con una sonrisa triste.

—Cariño, a mí también me gustaría que fuera así, pero… —ella le puso el dedo índice sobre los labios para que no dijera

nada más.

—Shamash, nunca me has engañado. Sabía lo que hacía cuando me casé contigo y — bajó la voz lo suficiente para que nadie más pudiera escucharla—, además, antes de aceptar el cargo de *Guardián*, me preguntaste si estaba de acuerdo y yo te dije que sí. Espero no ser nunca tan egoísta como para elegir mi felicidad antes que el bienestar de nuestro pueblo—hizo una mueca antes de continuar—, aunque te confieso que hubiera preferido que el rey hubiera elegido a cualquier otro para este puesto.

—Lo sé —contestó él, besándola en la frente. Ella estiró el brazo para rozar respetuosamente con la punta de los dedos el papiro sobre el que había estado trabajando su marido.

—¿Qué escribes?

—Nuestra historia, lo que ha ocurrido en los últimos años en el país. Quiero que los hijos de nuestros hijos no cometan los mismos errores que nosotros. —Anush se irguió, tensa, y murmuró:

—¿No tienes miedo de que ella se entere? —Shamash la abrazó otra vez y dijo en su oído.

—Tranquila amor mío, ya queda poco para que todo termine y podamos volver a vivir tranquilos. —Anush iba a decir algo, pero los interrumpieron:

—Amo, han venido a verte. —Era uno de los sirvientes que hablaba desde el umbral de la puerta.

—¿Quién es?

—La viuda Jazeela —contestó el criado. Al escuchar el nombre el cuerpo de Shamash se tensó y Anush se levantó porque sabía quién era en realidad la visitante; pero antes de marcharse rozó la mano de su marido suavemente y le sonrió. Shamash le devolvió la sonrisa mientras se dirigía al criado que esperaba con actitud respetuosa:

—Dile a la viuda que pase y cierra la puerta cuando lo haga.

La mujer que entró a continuación llevaba el rostro y la cabeza cubiertos por un pañuelo blanco. Shamash le indicó la silla en la que hasta un momento antes había estado sentada su mujer, diciendo:

—Si no estás cómoda, podemos sentarnos en las tradicionales. —Señaló las cuatro sillas que había en el centro de la habitación rodeando una mesa baja.

—Estoy acostumbrada a estas, mi hermano compró una a un comerciante egipcio y me la regaló. Estaba muy orgulloso de que me hubieran enseñado a leer y a escribir en el templo —de repente, se dio cuenta de que estaba a punto de llorar y se mordió

el labio inferior. Respiró hondo y cuando consiguió que se deshiciera en parte el nudo que tenía en la garganta dijo, mirando a Shamash a los ojos—: esta silla está bien para mí, gracias. —Cuando se sentó, con mucha más destreza que la que había mostrado Anush antes, se quitó el pañuelo que le cubría el rostro y la cabeza.

Era una costumbre ancestral entre su gente que seguían las viudas, al menos durante un tiempo, y que se suponía que era para hacerlas invisibles para el resto de la sociedad, no porque no importaran sino porque respetaban su dolor. Por ese motivo nadie, excepto su familia más cercana, hablaría o se acercaría a una mujer con el rostro cubierto por una tela blanca. Pero Shamash sabía muy bien que el motivo de que la mujer que tenía enfrente llevara el rostro cubierto no era que fuera viuda, puesto que ni siquiera había estado casada como tampoco era cierto que se llamara Jazeela.

—Sé que dijiste que no viniera a tu casa, pero ayer descubrí algo terrible.

—¿El qué? —preguntó él en voz baja, preocupado al ver el gesto de temor en el rostro de Abiri, que era su verdadero nombre.

—Primero escuché una conversación entre Sennefer y un soldado en la que el Sumo Sacerdote le encargaba que asesinara a alguien. Aunque no dio ningún nombre y la charla fue muy corta, enseguida supe que se refería a ti. Sennefer le ordenó que buscara a otros cinco o seis soldados que estuvieran dispuestos a todo, y que en una semana volverían a verse. Entonces les diría cómo podían burlar los guardias que tienes en tu casa para llegar hasta ti y les pagaría parte del encargo. Y a pesar de que lo intenté, desde mi escondite no pude ver la cara del soldado. —Para su extrañeza Shamash no parecía sorprendido.

—Hace semanas que espero algo así porque soy el único obstáculo para los planes de Lilith y Sennefer. Pero te agradezco el aviso porque enviaré a mi familia a un lugar seguro y así podré recibir a esos soldados como se merecen —confesó con voz tranquila, aunque sus ojos brillaban debido a la ira.

—He descubierto algo más —añadió Abiri, inclinándose levemente sobre la mesa—. Ya sabes que Lilith lleva un tiempo estudiando el *Libro de los Muertos*.

—Sí, pero no hemos podido averiguar por qué.

—Hasta ahora. Algunos de los sacerdotes de Sennefer tienen la lengua muy larga y solo hay que ser un poco paciente para conseguir que hablen —aseguró—. Sennefer y Lilith han decidido que cuando terminen de construir el nuevo *zigurat*, ambos deben

morir para renacer como dioses inmortales. Esa es la razón de que dedique tanto tiempo a ese *libro*.

—Ella ya ha proclamado que es una diosa, no veo la diferencia. — contestó Shamash despectivamente.

—Esto es distinto. —El pánico que se podía ver en los ojos de Abiri provocó que a Shamash se le pusieran los pelos de punta, porque era una de las mujeres más valientes que había conocido —. Lo que estoy diciendo es que si todo sale como tienen planeado, morirán y sus seguidores harán una ceremonia secreta para resucitarlos. Y cuando vuelvan a la vida serán inmortales, imposibles de matar. Pero de verdad —susurró, convencida de lo que decía.

—¿Cómo van a hacer eso? Nadie puede volver a la vida después de haber muerto —afirmó, incrédulo. Abiri entendía su desconfianza porque ella, antes, también pensaba igual que él.

—Cuando entré en el templo como sacerdotisa no creía en nada de esto, pero éramos muy pobres y sabía que allí no pasaría hambre; ese también fue el motivo por el que mi hermano Zor entró en el ejército. Pero desde entonces— sacudió la cabeza antes de seguir—, he visto cosas que no puedo explicar. Ahora creo que estamos rodeados por fuerzas oscuras y muy poderosas que no podemos ver a simple vista. Y parece que Lilith ha descubierto cómo manejarlas. —Lo miraba fijamente intentando hacerle entender—. Shamash, si dejamos que se salgan con la suya terminarán dominando la tierra entera y todos seremos sus esclavos.

—Necesito pruebas —confesó él—, o el consejo de ancianos no apoyará su detención, están demasiado asustados. Si les digo que están conspirando contra mí, pueden creer que es una treta para hacerme con el poder. —Se reclinó en la silla, frustrado. —A pesar de que sabemos que ella ha cometido un sinfín de crímenes para llegar hasta el trono, nunca hemos encontrado pruebas.

—Me he enterado de algo horrible que está ocurriendo en los sótanos del templo, algo que están haciendo ella y Sennefer. Creo que… si enviaras unos soldados allí, sin avisar, encontrarías las pruebas que necesitas. Y el consejo te apoyaría sin dudarlo. Además, estoy dispuesta a hablar con ellos para contarles lo que he visto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Shamash con los ojos entornados.

—Para prepararse para la ceremonia de su renacer tienen que beber todas las noches, cada uno, la sangre de cinco niños.

—¿Está asesinando niños? —susurró Shamash, horrorizado y asqueado como nunca en su vida, a pesar de lo que había

presenciado en las numerosas batallas en las que había participado. Abiri asintió, pálida.

—Por la noche vi cómo algunos de sus sacerdotes más fieles bajaban al sótano a diez niños. Cuando pregunté a uno de ellos que iban a hacer con los pequeños, me contestaron que era mejor que no fuera tan curiosa si quería seguir con vida. Tenía que haberlos detenido—murmuró, horrorizada.

—Entiendo que te sientas así, pero no hubieras podido hacer nada peleando tú sola contra todos; solo hacerte matar y que tu muerte no sirviera para nada —contestó Shamash. Ella continuó hablando, sabiendo que nunca podría borrar de su mente la escena de los pequeños bajando por las escaleras, inocentemente agarrados a las manos de los sacerdotes.

—Esta mañana, cuando todos ellos estaban durmiendo después de haber pasado la noche en el sótano haciendo quién sabe qué, me he colado en la sala donde Lilith guarda el *Libro de los Muertos* que suele estar custodiada por uno de sus fieles, pero en cuya puerta hoy no había nadie. Medio muerta de miedo y de asco, he buscado entre sus páginas hasta que he encontrado el hechizo que están usando en el que se detalla que, para que Lilith y Sennefer puedan ser resucitados, deben alimentarse solo de la sangre de los más inocentes al menos durante dieciocho semanas. —Shamash palideció por el horror y se levantó.

—Me da igual que el consejo no lo apruebe, no consentiré que sigan haciéndolo. Creo que es el peor crimen que haya oído nunca. —Se quedó en silencio unos segundos, mientras se calmaba puesto que sabía que necesitaba actuar sin dejarse llevar por la ira o no conseguirían derrocarlos. Sus siguientes palabras, dirigidas a ella, estaban llenas de respeto y admiración. —Muchas gracias por todo lo que has hecho Abiri. Tu hermano habría estado muy orgulloso.

—Él era lo que más quería en el mundo. Nuestros padres murieron cuando éramos muy niños y yo era la mayor e intenté cuidar de él lo mejor que pude. Por eso cuando Lilith, siendo todavía una concubina, hizo que el rey ordenara la muerte de Zor por capricho, juré que lo vengaría —susurró.

—Lo sé.

—Cuando todo esto termine me marcharé de aquí. Mi madre tenía una prima que vive en Lagash y puedo ir a vivir con ella y con su familia.

Shamash asintió y dejó que se marchara. Después, volvió a sentarse y cogiendo un papiro en blanco, escribió un escueto mensaje a su comandante para que viniera enseguida a su casa. Lo que le había dicho a Abiri era cierto, no consentiría que

Sennefer y Lilith siguieran cometiendo esos horribles crímenes en su ciudad. Y, además, estaba decidido a no permitir que pudieran cometerlos en ningún otro lugar.



Volterra, Italia

Habían llegado a la tienda, pero antes de que pudiera bajar del carruaje Violet puso la mano en el antebrazo de Stuart y dijo en voz baja:

—Espera, hay algo que quiero decirte antes de entrar. —Él obedeció y se quedó mirándola—Quiero pagarme yo mi ropa—afirmó. Por la cara que puso Stuart le pareció que no estaba conforme y continuó diciendo—: Mira, tengo dinero. Mis padres me asignaron una exorbitante cantidad para mis gastos y la ingresaron en una cuenta a mi nombre y, cuando les aseguré que era demasiado, me contestaron que era solo para este año. —Hizo una mueca recordando la sensación de irrealidad que tenía cuando acompañó a su padre al banco, donde abrieron una cuenta a su nombre para ingresarle el dinero. —Además, tengo ahorrado casi todo lo que Joel me daba mientras estuve en su casa.

—¿Joel te daba dinero? —preguntó Stuart, extrañado.

—Por mis cumpleaños y en Navidad. Y cuando lo hacía, siempre insistía en que no se lo contara a nadie, imagino que temía que Sanderson se enterara. Es raro ¿verdad? —Stuart asintió en silencio—. A pesar de que él ayudó a que creciera separada de mi familia durante todos esos años, no puedo evitar estarle agradecida porque, al final, buscó la forma de que me reuniera con ellos.

—Tienes razón —contestó él asintiendo lentamente, viéndolo desde ese punto de vista por primera vez. A continuación, enarcó una ceja—. Pero no me digas que te dio tiempo a ir al banco para coger dinero antes del viaje—preguntó en broma.

—No —reconoció—, estaba demasiado enfadada como para pensar en algo así. Fue Kirby el que lo metió en mi bolsa antes de que nos marcháramos de la fiesta.

—Está bien —contestó Stuart. A continuación, se bajó del

coche y luego la ayudó a hacerlo a ella. Después de caminar solo unos pasos, ambos se detuvieron ante el escaparate de la tienda a la que se dirigían, donde había un maniquí cubierto con un vestido de fiesta rojo muy llamativo y que, como complementos, lucía un abanico, zapatos, bolso, incluso una estola de piel. Violet se volvió hacia él con una sonrisa.

—¿Entramos?

—Por supuesto.

La tienda parecía la más grande de la calle principal, que era el único lugar donde había comercios en Volterra. Dentro tenían ropa masculina y femenina, pero también era una mercería por lo que se podían comprar telas, agujas, alfileres y botones, además de todo lo que se pudiera necesitar para coser. La dueña, que se llamaba *la signora* Longo, era una mujer de mediana edad que afortunadamente chapurreaba suficiente inglés como para entenderse con los numerosos turistas que visitaban Volterra. Y la tienda debía marchar bien puesto que también tenía una dependienta, una muchacha joven que solo hablaba italiano. Después de que se presentaran ante ella como un matrimonio, la dueña agrandó los ojos cuando Violet le dijo que necesitaría cuatro vestidos con todos los complementos necesarios; además de unos pantalones, una camisa y una chaqueta de hombre que pensaba usar para montar. Cuando Violet todavía estaba en Dublín ya había decidido que en cuanto tuviera ocasión, se compraría al menos unos pantalones; el motivo era que cuando se disfrazó de muchacho en su frenética huida de *La Hermandad,* se dio cuenta de que era la ropa más cómoda del mundo, sobre todo para montar.

La signora envió a Stuart a sentarse en una de las butacas que había cerca de la entrada, seguramente destinadas a los acompañantes masculinos, junto a una mesita baja donde había varios periódicos y revistas. Él obedeció sin rechistar y después de sentarse cogió un periódico y comenzó a leer. Mientras tanto, Violet y la dueña desaparecieron tras unas gruesas cortinas que llevaban al único probador que había, avisándole de que tardarían poco. A Stuart le parecieron horas ya que le dio tiempo a leerse de cabo a rabo dos periódicos enteros, pero cuando volvió a ver a Violet se olvidó por completo del tiempo que había estado esperando.

Ella sonreía mientras caminaba hacia él de vuelta del probador llevando un vestido de lana rosa muy favorecedor; el antiguo lo había guardado en una bolsa de papel que le había dado *la signora,* que la seguía con los otros tres vestidos que había comprado. Uno de ellos Violet también se lo podía llevar ahora

mismo, pero los demás necesitaban pequeños arreglos. El resto de las cosas que había comprado esperaban en el probador, y *la signora* le dijo a la dependienta que corriera a por ellas para envolvérselas a la señora Byrne. Violet sabía que se comportaba como una chiquilla, pero estaba absurdamente contenta por tener vestidos nuevos; sobre todo porque ya no tendría que seguir poniéndose los dos que tenía.

Aunque la emocionó escuchar, por primera vez, que alguien la llamaba señora Byrne, lo que hizo que su corazón se acelerara fue la reacción de Stuart. Cuando la vio, se levantó y sus ojos fulguraron. Se acercó a ella, observándola con detenimiento y al llegar a su lado, susurró:

—Estás preciosa. —Era como si solo estuvieran los dos en el mundo. De repente, dejó de escuchar la algarabía que formaban la dueña de la tienda y la dependienta mientras envolvían sus compras.

—Gracias —murmuró ruborizada, pero sin apartar sus ojos de los de él. Stuart levantó la mano derecha y rozó su mejilla ardiente con los nudillos, sintiéndose culpable.

—Si hubiera sabido que tenías tantas ganas de comprarte ropa habríamos ido a una tienda en Livorno, nada más bajar del barco — confesó.

—Es que estaba harta de tener solo dos vestidos. —La señora Longo se acercó a ellos sonriendo, pero se dirigió a Stuart:

—Ahora le toca a usted, ¿no es así? —Él miró a Violet, confuso por un momento. La dueña continuó, dicharachera—: Su esposa me ha explicado que también necesita ropa.

—Es cierto —confirmó.

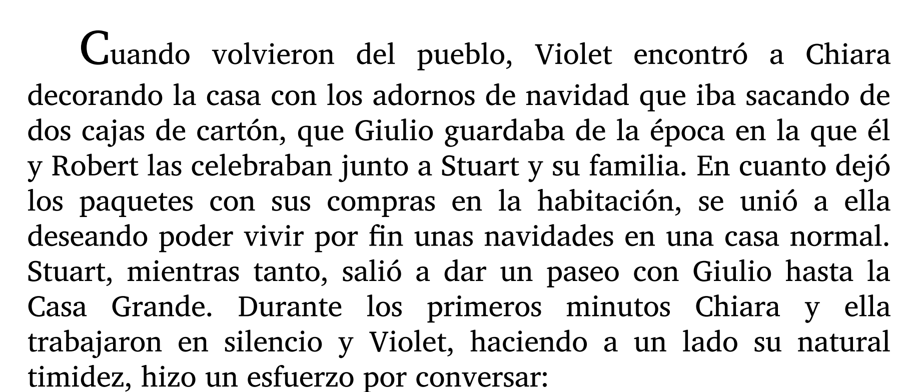
—Entonces acompáñeme, por favor. —Stuart la siguió y Violet se sentó en el sillón que él había ocupado hasta hacía un momento. *La signora* no dejó de hablar mientras lo guiaba al otro lado de la tienda donde estaba la ropa de hombre—. Le aseguro que tenemos pantalones, camisas y…todo lo demás que cualquier caballero pueda necesitar para ir vestido con elegancia en una ocasión normal. Pero, en el caso de que necesitara un traje de etiqueta, tendría que ir a una ciudad más grande como, por ejemplo, Florencia; allí puede comprar lo mismo que en la mejor capital europea. —Antes de preguntarle la talla y de enseñarle la ropa, aclaró, dirigiéndole una mirada autoritaria—: Por supuesto, en su caso tendrá que probarse la ropa a solas.

—Por supuesto —repitió Stuart con una sonrisa irónica imaginando que Violet estaría aguantando la risa.

Poco después era él quien se dirigía al probador con los brazos llenos de pantalones, camisas y chaquetas. Al pasar junto a

ella, Violet lo miró con una sonrisa de oreja a oreja que realzaba su belleza mucho más que su nuevo vestido rosa.

TRECE



Cuando volvieron del pueblo, Violet encontró a Chiara decorando la casa con los adornos de navidad que iba sacando de dos cajas de cartón, que Giulio guardaba de la época en la que él y Robert las celebraban junto a Stuart y su familia. En cuanto dejó los paquetes con sus compras en la habitación, se unió a ella deseando poder vivir por fin unas navidades en una casa normal. Stuart, mientras tanto, salió a dar un paseo con Giulio hasta la Casa Grande. Durante los primeros minutos Chiara y ella trabajaron en silencio y Violet, haciendo a un lado su natural timidez, hizo un esfuerzo por conversar:

—Cuéntame Chiara, ¿cómo os divertís las muchachas por aquí? —No sabía de donde salía esa pregunta, pero imaginó que era tan buena como cualquier otra para que empezaran a conocerse. Chiara la miró, divertida. Tenía los ojos pequeños y oscuros y una boca generosa y risueña.

—¡Oh, por aquí hay muchas cosas que hacer! Sobre todo, si tienes novio —confesó con una pícara sonrisa. Violet sonrió, aunque ruborizada y Chiara dijo—: Mi madre suele regañarme porque dice que siempre suelto lo primero que se me pasa por la cabeza. De modo que si algo de lo que digo te molesta, discúlpame.

—Todo lo contrario, me gusta escucharte. Entonces, entiendo que tienes novio. —Chiara asintió con aspecto satisfecho—¿Quieres contarme algo sobre él? —preguntó, colocando la figura de un niño de porcelana cantando sobre la chimenea.

—¡Claro! ¡Ese es uno de mis temas favoritos! —aseguró Chiara cogiendo una guirnalda dorada de la caja—. Esta va sobre esa estantería— murmuró. Mientras la colocaba, respondió a Violet—: Se llama Carlo y es el chico más guapo de Volterra.

Todos en su familia son agricultores, aunque él todavía no tiene tierras. Nos conocemos desde niños y, desde siempre, los dos sabíamos que queríamos casarnos y tener hijos. —Se volvió para poder ver la expresión de Violet y, añadió—: Esperamos poder hacerlo antes de que pasen dos años.

—Vaya —murmuró Violet, sin saber qué decir y Chiara se encogió de hombros.

—Nos gustaría hacerlo antes, pero tenemos que ahorrar bastante dinero para poder pagar la fiesta que queremos dar. —confesó con una gran sonrisa—. Aunque no sea costumbre, vamos a invitar a todos nuestros amigos y a las familias de los dos al completo. Además, también estamos haciéndonos una casa cerca del Parque de la Media Luna. —Violet no tenía ni idea de donde estaba ese parque, pero se lo preguntaría más tarde a Stuart.

—Estoy segura de que seréis muy felices —dijo y cogió el último adorno de una de las cajas.

—La verdad es que creo que lo seremos. La mayor parte de las chicas no saben qué esperar de su marido cuando se casen, sobre todo cuando compartan la cama con él. Pero yo me he asegurado de que Carlo y yo nos llevamos bien en ese aspecto. —Violet la miró con los ojos agrandados y soltó una risita nerviosa. Chiara se encogió de hombros con expresión tranquila.

—A la mayor parte de la gente no les gusta hablar de eso, si no quieres que siga…— Violet la interrumpió porque *sí quería*.

— Sí, sí, continúa. Por favor.

—Como te decía, a mí no me importa hablar sobre las relaciones entre hombres y mujeres. Mis padres me enseñaron que no hay nada vergonzoso en que dos personas compartan la cama si se quieren. Al contrario, si tu pareja es la correcta puede ser algo maravilloso. Cuando Carlo y yo —se mordió el labio inferior, deteniéndose, pero algo en la mirada de la otra mujer hizo que continuara—… él fue tierno y cariñoso, ¿entiendes? —Violet asintió—. Eso era lo que yo necesitaba en ese momento y sé que ningún otro hombre hubiera conseguido que me sintiera tan querida.

—Creo que eso es lo que deseamos todas —confesó Violet.

—Sí —contestó la muchacha y ambas terminaron de colocar las pocas figuras que quedaban en la última caja.

Algo de lo que le había dicho Chiara hizo que una idea inquietante apareciera en la mente de Violet y, temblando por dentro, se dio cuenta de que tenía la solución a su problema al alcance de las manos, aunque dependía de que Stuart estuviera de acuerdo. A medias avergonzada, pero decidida, estuvo el resto del tiempo que pasó con Chiara aparentando escuchar su alegre

cháchara, cuando en realidad estaba pensando en cómo convencería a Stuart para que la ayudara. Y para terminar de ponerse nerviosa esa tarde vendrían los amigos de Giulio, y Stuart y ella tendrían que actuar como una pareja enamorada.

Cuando los invitados empezaron a llegar, la casa olía a las pastas que Chiara había estado haciendo para la merienda y que estaban enfriándose en la ventana de la cocina y Giulio, Stuart y Violet salieron a recibirlos al jardín delantero. Hasta ese momento ella había conseguido aparentar tranquilidad, aunque no podía dejar de pensar en lo que tenía que pedirle a Stuart cuando, de repente, la mano que tenía apoyada sobre el brazo masculino empezó a temblar ligeramente; entonces él se volvió hacia ella y poniendo su mano encima de la suya, murmuró:

—¿Estás nerviosa?

—Un poco —contestó en voz baja, aunque no era por la razón que él creía. Stuart apretó suavemente su mano y dijo:

—Si cuando estemos dentro, te sientes mal no tienes más que decírmelo y buscaré alguna excusa para que nos marchemos —aseguró. Violet se lo agradeció, un poco más tranquila, e intentó sonreír cuando vio que Giulio se acercaba a ellos acompañado por sus amigos.

—Querida —dijo, dirigiéndose a Violet porque Stuart ya conocía la pareja que lo escoltaban—. Estos son John y Helena Douglas, dos buenos amigos. —Y mirándolos a ellos, afirmó—: Ella es la mujer de Stuart, Caroline—mientras Stuart y John se abrazaban afectuosamente, Helena y ella se estrecharon las manos.

A Violet le parecía increíble que la elegante vampira que tenía delante hubiera intentado asesinar a su marido en varias ocasiones, aunque imaginaba que lo más increíble debía de ser que siguieran juntos. Se había imaginado que él sería el típico galán de aspecto pícaro, pero John parecía un bonachón incapaz de mentir con sus ojos azules, claros y transparentes y una sonrisa inocente que le mostró cuando le estrechó la mano, felicitándole por su boda. En ese momento su mujer se abrazaba a Stuart, pero cuando su marido se alejó de Violet para dejar paso a los demás, Helena se volvió hacia ella de nuevo durante un momento para decirle:

—Estoy muy contenta de que Stuart se haya casado. Os deseo que seáis muy felices, Caroline. —La sonrisa cambiaba completamente sus rasgos haciendo de ella una belleza, resaltando sus dientes blancos y su tez dorada, además de unos chispeantes ojos grises. Giulio le había dicho de ella que había nacido en Grecia y que había vivido mucho tiempo en Londres.

—Muchas gracias —contestó, sin tiempo para decir nada más porque Giulio ya estaba esperando con los siguientes invitados. Helena se apartó de ella acercándose a su marido y el anfitrión anunció, muy sonriente:

—Stuart, Caroline, os presento a Magnolia y Paolo Di Maggio, los condes di Veintimiglia que son los miembros más recientes de nuestro pequeño grupo.

Violet saludó a la pareja dándose cuenta enseguida de que eran humanos, confirmando lo que Giulio le había dicho, que en ese grupo de amigos nunca les había importado si sus componentes eran humanos o vampiros. De hecho, el mismo Giulio era humano y el tío de Stuart, vampiro.

Magnolia Di Maggio era una mujer muy atractiva, alta y esbelta y con unos increíbles ojos azules con tintes violetas. Su marido, en cambio, era mucho más bajo que ella y su aspecto era el típico de los italianos del sur, moreno y con ojos oscuros. Cuando Stuart y ella los saludaron a Violet le pareció que los Di Maggio no estaban muy contentos de haber aceptado la invitación de Giulio. Se apartaron casi enseguida después de una breve y fría felicitación y se colocaron junto a John y Helena, y Giulio presentó a la última pareja de invitados:

—Y esta es la encantadora Melissa Brown y su padre, William.

Tanto el padre como la hija sonreían, pero la simpatía y el encanto de Melissa eclipsaban la sonrisa de William. Él saludó primero a Violet y luego se dirigió a Stuart y entonces Melissa habló con ella:

—Encantada de conocerte, Caroline. —Violet contestó algo parecido y, cuando pensó que ahí terminaba la conversación, Melissa la sorprendió inclinándose hacia ella y susurrando con una sonrisa traviesa—: Espero que estés preparada para tratar con artistas porque suelen ser bastante insoportables, no sería de extrañar que te entraran ganas de matar a uno de ellos en algún momento de la tarde. Si ves que te ocurre, hazme una señal y te rescataré. O te ayudaré a cometer el asesinato sin dejar pruebas, lo que prefieras.

—Gracias. —Fue todo lo que pudo decir Violet antes de que Stuart la cogiera del brazo y siguieran a los demás para entrar en la casa.

A pesar de las palabras de Melissa, ella fue la que más habló durante la mayor parte de la tarde, animando la reunión. Y lo consiguió compartiendo algunas anécdotas divertidas que le habían ocurrido a su padre, del que decía que era el hombre más despistado del mundo.

—Si nuestra casa empezara a arder, os aseguro que correría a

salvar sus pinturas antes de comprobar si yo estaba bien. —Su padre negó con la cabeza mirando a su hija como si la estuviera regañando en silencio, aunque él reía, igual que los demás, mientras ella seguía hablando —: Después, saldría a la calle cargado con sus lienzos y me llamaría a gritos para que lo ayudara a llevarlos. —A continuación, Melissa bebió un sorbo de oporto y su padre contestó con voz risueña:

—Sabes que eso no es verdad, hija. —Ninguno de los presentes pudo sustraerse al encanto que Melissa era capaz de desplegar; incluso a Violet, a pesar de lo nerviosa que estaba antes de la reunión, le dolía la mandíbula de tanto reírse.

A continuación, tomó la palabra el conde y Violet pudo confirmar lo que Melissa le había dicho antes de entrar en la casa, porque le pareció un auténtico pesado. Aunque según Giulio estaba arruinado, motivo por el que había tenido que vender la finca familiar, no paró de fanfarronear.

Pero a pesar de él, Violet disfrutó mucho de la reunión. Stuart se había sentado a su lado haciendo que se sintiera más segura e incluso, en una ocasión en la que estaba hablando con John y Helena que estaban sentados frente a ellos, sobre lo que habían hecho durante los años en los que no se habían visto, cogió la mano de Violet y la besó sin darse cuenta. Cuando ocurrió, Violet se ruborizó y su mirada se encontró con la sonrisa feliz de Giulio.

Un poco antes de anochecer a alguien se le ocurrió que deberían dar un paseo y todos se levantaron a ponerse los abrigos. Giulio iba el primero, acompañado por Stuart que había notado que el anciano estaba algo más tembloroso y le había ofrecido su brazo para que se apoyara en él. Violet dejó que pasaran todos delante y Melissa se acercó y le preguntó si le apetecía sentarse con ella para charlar un rato. Accedió encantada y caminaron hasta un banco de madera que había en un rincón del jardín, junto a los altos y espesos arbustos del laberinto, y se sentaron en él.

—Aquí estamos escondidos de todos —comentó Violet. Melissa asintió y cerró los ojos, respirando profundamente, como si estuviera liberándose de una gran tensión. Cuando los abrió de nuevo, la miró sonriente.

—Me da la impresión de que tú y yo somos parecidas.

—¿Sí? —preguntó Violet sonriendo, aunque estaba helada de frío. Como no había traído sus guantes, metió las manos en los bolsillos de su abrigo.

—Sí, creo que las dos nos ponemos una coraza que impide que los demás nos vean como somos en realidad. —Violet iba a contestar cuando la interrumpió una conversación que empezó al

otro lado de los arbustos, dentro del laberinto. Las dos se miraron con los ojos agrandados por la sorpresa al escuchar la voz de Helena, que parecía furiosa:

—¿Es que te has creído que soy idiota? ¿Después de tantos años crees que no me voy a dar cuenta de que estamos bajo el mismo techo que tu última amante?

—Helena, baja la voz, por favor —murmuró John. Parecía que buscaba aplacar a su mujer, intentando evitar el escándalo, pero su petición no consiguió el efecto deseado.

—¿Por qué? ¿Crees que los demás no saben que te has liado con otra puta? Pero esta vez has traspasado todos los límites, no solo me has insultado a mí—se le escapó un sollozo que le impidió terminar.

—¡Helena, por Dios! —musitó John con tono angustiado. Escucharon un golpe pequeño y Violet imaginó que él había intentado abrazar a Helena y ella lo había golpeado para que se alejara.

—Te juro que, si no monto un escándalo ahora mismo, es en atención a Giulio que es tan inocente que no se da cuenta de cuándo ha acogido a una víbora en su seno —juró y Violet sintió que le faltaba la respiración. A continuación, se escucharon los pasos de Helena marchándose y los de su marido persiguiéndola, mientras decía:

—¡Helena, no es lo que tú crees, te lo juro!

Violet dejó pasar unos segundos hasta que estuvo segura de que se habían marchado y preguntó, incrédula:

—¿Estaba hablando de Chiara? —Melissa asintió lentamente y murmuró:

—Eso parece, pero es mejor que no digas nada. Estas cosas cuanto más se remueven, peor.

—No se me ocurriría decir nada —aseguró ella, aunque estaba segura de que lo que decía Helena no era cierto. Después de la charla que había tenido con Chiara sabía que quería mucho a su novio, y no se podía creer que lo estuviera engañando con John que podía ser su abuelo.

Se levantaron, incómodas después de lo ocurrido y se dirigieron a la casa caminando lentamente. Poco después volvían los demás y Chiara les dijo, con expresión tranquila, que John y Helena se habían marchado poco antes porque les había surgido un imprevisto. Cuando los demás invitados se marcharon, Violet respiró aliviada y se sentó en la salita con Giulio y Stuart. No le sorprendió que el anciano se volviera hacia ella y le preguntara:

—¿Tú has visto lo que les ha pasado a Helena y a John? —Ella respiró hondo y asintió. Aprovechó que Chiara estaba en la

cocina, recogiendo, y confesó:

—Discutieron por una mujer. Al parecer, Helena creía que su amante estaba aquí, en esta casa. —Extrañado, Stuart miró a Giulio quien se encogió de hombros y lo negó, diciendo:

—Yo no sé nada. —Se volvió hacia Violet y preguntó— Caroline, ¿estás segura de que eso es lo que han dicho?

—Muy segura —confirmó—. Al ver sus miradas desconcertadas, dijo—: John y Helena estaban dentro del laberinto y nosotras fuera, sentadas en el banco que está detrás de la fuente separadas de ellos solo por los setos. Además, hablaban en inglés, por eso pude entender lo que decían y Melissa entendió lo mismo que yo. —No quiso decirles que las dos pensaban que Helena se refería a Chiara porque no le parecía justo para la muchacha, pero lo ocurrido le había dejado un mal presentimiento. Con gesto apenado, Giulio se reclinó en la silla y musitó:

—No me puedo creer que la esté engañando otra vez. Había jurado que no volvería a hacerlo. —Stuart puso los ojos en blanco y contestó:

—Esta es una de las cosas que no he echado de menos de estar aquí —aseguró. Se levantó para acercarse a la bandeja de las bebidas—¿A alguien le apetece un whisky? —preguntó. Giulio negó con la cabeza, señalando el segundo café que se estaba tomando y Violet también se negó porque no le gustaba el alcohol. Entonces, Stuart preguntó a Giulio—: ¿Tienes licor de cereza? —A su tío Robert, que no le gustaba beber, le encantaba porque era muy dulce y pensó que a Violet también podría gustarle.

—Sí —contestó Giulio—, es la botella más oscura. —Stuart la levantó para que Violet la viera y le ofreció—: ¿Quieres un poco? —Ella pensó que a lo mejor le daba el valor que necesitaba para hablar con él y aceptó. Stuart le trajo una copa muy pequeña y ella se mojó los labios esperando que le resultara asqueroso, pero le encantó el sabor.

En poco tiempo Violet se había bebido tres copitas del dulzón licor mientras escuchaba la conversación entre Giulio y Stuart. Llegó un momento en el que se sentía tan bien, que se reía por cualquier cosa que ellos decían. Cuando le pidió a Stuart que le sirviera otra copa, él le lanzó una mirada insondable y Giulio contestó:

—Aunque no te lo parezca, lo que estás bebiendo tiene mucho alcohol. —Miró a Stuart y le dijo—: Si sigue bebiendo, mañana tendrá resaca.

—Sí —confirmó Stuart, levantándose y acercándose a ella.

Con voz amable le dijo que era mejor que se acostara y ella se rio a carcajadas, como si hubiera dicho algo muy divertido. Stuart miró a Giulio y ambos sonrieron; a continuación, la ayudó a levantarse y la sujetó por la cintura cuando se inclinó peligrosamente al besar a Giulio en la mejilla. Después, Stuart se la llevó al dormitorio y estaban ante la puerta, cuando ella murmuró:

—He descubierto algo muy importante. —Se lamió los labios porque le costaba que la lengua le obedeciera y dudaba que él la hubiera entendido. Sin contestar, Stuart abrió la puerta y se oyó la voz de Chiara preguntando si podía ayudarle, pero él se lo agradeció y le dijo que se marchara a su casa, que era muy tarde.

Aunque Violet sabía que no se estaba comportando bien, no lo podía evitar y cuando Stuart la dejó un momento de pie junto a la cama mientras él encendía la lámpara de queroseno de la mesilla, ella se dejó caer hacia atrás riendo al rebotar contra el colchón. Él se quedó de pie, observándola reír y deseó poder verla así de feliz más a menudo y no porque hubiera bebido licor de cerezas. Tragando saliva, se sentó a su lado y palmeó su rodilla levemente para que abriera los ojos. Apartando la mano cuando lo hizo para no ceder a la tentación, preguntó:

—¿Puedes acostarte tú sola?

—Claro —contestó ofendida, con la frente arrugada—. Ni que fuera una niña.

—Entonces voy a quedarme un rato hablando con Giulio. Volveré en quince o veinte minutos.

—Muy bien —murmuró ella. Escuchó cómo se marchaba e hizo un esfuerzo por sentarse, decidida a prepararse para lo que le tenía que decir.

Se quitó los zapatos y el vestido con mucho esfuerzo, retorciendo el cuerpo para poder hacerlo, porque sus manos tampoco querían obedecerla y después lo lanzó todo al suelo con una risita. A continuación, en ropa interior y sin abrir las sábanas, se dejó caer sobre la cama con un suspiro, se arrellanó sobre la colcha y se quedó dormida con una sonrisa de felicidad.

CATORCE



Stuart cerró la puerta y se apoyó en ella con un suspiro, intentando controlarse ante la visión de Violet dormida encima de la cama y vestida solo con una camisola. A través de la delgada tela podía ver sus pechos perfectamente, con los pezones erectos, tensándose contra la delicada tela cada vez que respiraba. Sus colmillos se alargaron tanto que le molestaba tener la boca cerrada, por lo que tuvo que separar los labios. Se acercó lentamente a ella sintiendo que su visión se agudizaba, lo que solo podía significar que sus ojos se habían vuelto completamente rojos. Con la yema de los dedos, acarició suavemente su pierna izquierda que estaba doblada sobre la cama y ascendió por ella, llegando hasta su cadera donde posó durante un momento la palma de la mano. Después, la rodeó y bajó hacia sus nalgas, que rozó levemente antes de apartar la mano y retroceder un paso, susurrando una maldición.

No podía pensar con claridad, el corazón le golpeaba dolorosamente contra las costillas y sentía que se moriría si no la probaba. Sus ojos se desviaron hacia su cuello, largo y grácil, pero sacudió la cabeza apartando la mirada, decidido a seguir negándose a sí mismo su mayor deseo y se sentó en el borde de la cama.

—Violet. —La llamó varias veces, pero no respondió y con un suspiro se puso en pie. Sentía tanto dolor en el miembro que cerró los ojos durante un instante, molesto. A continuación, abrió las sábanas por el otro lado de la cama, la levantó en brazos y, en ese momento, Violet abrió los ojos. Él la observó fascinado y ella arrugó la frente intentando recordar.

—Te habías quedado dormida encima de la cama —susurró.

Y aunque ella seguía sintiendo que su mente estaba inmersa en una especie de niebla que le impedía pensar, recordó que

llevaba esperando todo el día ese momento para poder contarle su descubrimiento. Instintivamente puso una mano sobre el pecho masculino que aceleró los latidos del corazón de Stuart y dijo, convencida:

—Tengo una idea para que *La Hermandad* se olvide de mí. —Él parpadeó un par de veces, pero al ver que parecía hablar en serio, se sentó con ella en el regazo.

—Cuéntamela —contestó. Ella aprovechó la valentía que le daba la bebida y contestó:

—Uno de los requisitos que debe tener la receptora del espíritu de Lilith, además del linaje y de los poderes psíquicos…es que tiene que ser virgen y pura, ¿lo sabías? —Él asintió deseando que ese no fuera el motivo de su conversación porque su pene ya estaba a punto de reventar, pero no tuvo suerte. —Entonces, si yo no fuera virgen ni pura no cumpliría los requisitos, ¿no es así?

—Supongo que sí —musitó Stuart con la boca seca, apartando el rostro.

Ese movimiento provocó que a Violet se le cayera el alma a los pies, interpretando como un rechazo que apartara la vista de ella. Y, a pesar de la borrachera, recordó que esa no era la primera vez que la rechazaba e intentó levantarse de su regazo. Stuart volvió a mirarla, sorprendido, y la sujetó con suavidad cogiéndole una mano y abrazándola por la cintura, pero ella luchó con él para ponerse en pie. Tiró de la mano que él tenía sujeta con tanta fuerza que se soltó, dándole a él, sin querer, un golpe en el rostro. Stuart se irguió y se la quedó mirando fijamente, sin entender por qué estaba tan enfadada.

—Pero ¿qué…? —Ella lo interrumpió, furiosa:

—¡Suéltame ahora mismo! —Él entornó los ojos al escuchar su tono de superioridad e, inconscientemente, la agarró con más fuerza provocando que los ojos de ella llamearan—¡Que me sueltes! — ordenó Violet con voz baja y feroz, mirándolo como si él fuera un insecto que acabara de salir reptando de debajo de una piedra. Él gruñó, enfadado y ella, al ver que no tenía la más mínima intención de soltarla, abrió la boca para insultarlo, pero él agachó el rostro y la besó.

Lo hizo enfadado, pero en cuanto sintió los labios de ella bajo los suyos, gruñó de placer y sus manos la sujetaron con suavidad por la cintura y el cuello, para amoldarla a su cuerpo. Se sentía dolorosamente excitado por culpa de la extraordinaria criatura que tenía en sus brazos y estaba cansado de que una decisión tomada años atrás, antes de conocerla, lo detuviese una y otra vez. Lo que más ansiaba en el mundo era perderse en la dulzura y el calor de Violet y ya no tenía fuerzas para seguir negándose a

ella. Cuando separó sus labios de los suyos, acarició su rostro suavemente y ella murmuró, con la respiración agitada:

—No sigas besándome si luego vas a arrepentirte. —Tenía los ojos brillantes y él se maldijo en silencio porque no se merecía que la hiciera llorar.

—Jamás me he arrepentido de besarte, Violet.

—¡Cuando me apartas de ti, me siento tan humillada! —Se tapó la boca, horrorizada, al darse cuenta de lo que había dicho, pero sintió que a él lo habían estremecido sus palabras y se quedó inmóvil, observándolo. Stuart cogió una de las manos de ella y depositó un beso ardiente en su palma. A continuación, la puso sobre su corazón para que sintiera sus latidos y confesó:

—Eres el ser más bello y maravilloso que he encontrado en mi vida y te juro que sería inmensamente feliz si fueras mía. Pero es imposible —musitó con voz ronca y los ojos húmedos. Violet jamás lo había visto así y no podía soportarlo. Temblando, cubrió su boca dulcemente con la mano.

—Shhhhhh. No digas nada más, por favor. —Y por primera vez pudo sentir el profundo dolor que lo atormentaba y desde ese instante dejó de pensar en lo que ella quería, prometiéndose que aligeraría su carga si podía. Acarició su rostro lentamente, enfriando y calmando su piel ardiente con sus manos. —Hazme el amor Stuart. Si quieres, hazlo para apartar de mí un destino peor que la muerte— pidió y en el fondo de sus ojos dorados, él pudo ver el terror que habitualmente le ocultaba.

—No dejaré que te cojan —juró con el rostro rígido.

—Si es necesario… ——comenzó a decir Violet y su dulce aliento con olor a cerezas flotó hasta él mientras esperaba el resto de la frase. Ella tuvo que tragar saliva para poder poner en palabras lo que quería pedirle—… cuando Megan me contó lo que pretendían hacer con mi cuerpo decidí que, si nos atrapaban, no me cogerían con vida. —Stuart cerró los ojos, angustiado, pero ella continuó hablando —: No lo soportaría otra vez, no puedo volver a vivir con ellos y por eso te suplico— volvió a mirarla y su peor miedo se hizo realidad cuando dijo—: que me mates antes de que me lleven con ellos. Lo haría yo misma, pero me da miedo no ser capaz de hacerlo cuando llegue el momento.

—No— gruñó Stuart, negándose con ferocidad. Ella acunó su rostro con las manos y susurró:

—Ya sabes que tengo algunos dones. —Él parpadeó porque era algo de lo que nunca habían hablado. Killian se lo había contado antes de emprender el viaje y a él se lo había dicho Kirby —. No me gusta hablar sobre ellos, pero desde hace unas horas tengo la sensación de que va a ocurrir algo malo.

—No sabía que podías ver el futuro. —Lo que le había dicho Killian era que podía percibir lo que había en el interior de las personas.

—Y no puedo, pero siento que algo maligno nos observa, preparándose para atacarnos cuando menos lo esperemos. —Los brazos de Stuart se ciñeron con fuerza a su alrededor como si inconscientemente intentara evitar que alguien se la arrebatara.

—Tendrán que matarme para poder separarte de mí —aseguró—. Haré lo que quieras, pero no me pidas que acabe con tu vida, no podría hacerlo— afirmó. Ella volvió a poner la palma de la mano sobre su rostro consolándolo y él giró la cara y la besó. Violet contestó abrazándolo por el cuello:

—Entonces hazme el amor y olvidémonos de todo.

Los ojos de Stuart centellearon cuando ella empujó su nuca suavemente para que se inclinase y poder besarlo. Él sintió que algo en su interior se liberaba y se olvidó de todo como ella le había pedido. Aplastó su boca contra la de Violet, pidiéndole que la abriese para él y los labios femeninos se separaron recibiéndolo con dulzura, y su lengua se rindió a la suya. Stuart exhaló un gemido y el beso se tornó más profundo. Sabía que con una sola noche no tendría bastante de ella; de su roce, su olor y su sabor. Cuando separó sus bocas, su mirada atormentada exploró su rostro ruborizado.

—Una noche no será suficiente. Nunca tendré bastante de ti—confesó con voz ronca y la respiración agitada—. Eres tan hermosa y dulce Violet, déjame...

Con manos diestras a pesar del deseo y la necesidad, tiró de su camisola hacia arriba hasta que se la sacó por la cabeza, dejándole solo las bragas puestas. Él seguía totalmente vestido, pero a pesar de ello Violet sentía el rígido miembro de Stuart, cada vez más grande, debajo de ella. La ardiente mirada con la que recorrió su cuerpo desnudo la estremeció, y la excitación que ya conocía se instaló en su vientre. Stuart ahuecó la mano bajo el firme globo de uno de sus pechos y con el pulgar acarició el pezón hasta que se puso rígido; y cuando agachó la cabeza y comenzó a lamerlo, ella cerró los ojos y se mordió el labio inferior.

Sin rastro de su timidez habitual debido al licor y a la excitación, rodeó la cabeza de él con sus brazos, susurrándole que no se detuviera. Él obedeció y siguió lamiendo el pezón y mordisqueándolo. Lo atrapaba con los dientes y tiraba de él con suavidad y luego lo lamía para calmar la sensación de ardor. A continuación, dedicó la misma atención al otro pecho.

Violet cerró los ojos, entregándose totalmente a la sensación

de placer que la hacía vibrar de deseo. Estaba decidida a disfrutar de todo lo que él le hiciera cuando pensó que era muy posible que algo así no volviera a ocurrirle nunca más. Pero apartó ese doloroso pensamiento de su mente decidida a que nada le estropeara lo que estaba a punto de vivir.

La lengua de Stuart seguía trazando círculos sobre su otro pecho y Violet arqueó el cuerpo hacia arriba y gimió, juntando sus piernas, intentando calmar el vacío que sentía en el bajo vientre. Él deslizó la mano a través de la piel encendida de ella, encontrándose en su camino con los arrugados calzones de lino que bajó hasta donde pudo. Entonces, ordenó con suavidad:

—Levanta.

Un inesperado destello de recato hizo que ella se resistiese y que balbuceara una suave protesta. Con una tierna sonrisa Stuart se apoderó de su boca apagando su débil resistencia y cuando volvió a poner la mano sobre sus bragas, ella se levantó para que pudiera quitárselas sin necesidad de que se lo pidiera de nuevo. A continuación, él posó la mano encallecida sobre su cintura arrancando un suspiro femenino, y luego la bajó explorando la suavidad de su piel hasta encontrar la espesa mata de rizos. Sus dedos se deslizaron con delicadeza entre ellos y la roma yema de su índice recorrió los bordes suaves y húmedos de la entrada que protegía su rincón más íntimo. Violet dejó caer la cabeza sobre su pecho mientras la recorría un temblor de anticipación.

Él continuó con su experta exploración y su provocativo dedo recorrió lentamente la carne oculta varias veces; después, buscó su clítoris que agasajó, dibujando círculos imaginarios a su alrededor, prodigando a Violet un goce tan intenso que tuvo que morderse la mano para no chillar. Se retorció sobre él sintiendo el bulto sobresaliente que presionaba hacia arriba entre sus nalgas y un gimoteo de necesidad surgió de sus labios, pidiéndole que la hiciera suya. Stuart siguió frotando, acariciando y excitándola con sus dedos hasta que Violet se puso rígida y abrió la boca para gritar, pero él la besó acallándola. Dejó que se relajara unos minutos mientras él acariciaba suavemente sus piernas y sus brazos, haciendo que se sintiera profundamente querida, a pesar de que él aseguraba que no podía darle nada porque estaba muerto por dentro.

Cuando pudo volver a pensar con claridad levantó la mano hacia el cuello de Stuart y rozó con el índice su camisa. Preguntó:

—¿Puedo desnudarte? —Como respuesta él sonrió y la puso de pie frente a él. Se levantó y permaneció erguido y con los brazos a los costados, mirándola tan intensamente como si no existiera nadie más que ella en el mundo. Además de sus ojos

enrojecidos y el pelo que ella misma le había alborotado sin darse cuenta, lo más llamativo era el bulto que formaba su miembro bajo sus pantalones.

Violet estaba segura de que todavía estaba sintiendo los efectos del licor porque no sentía ni pizca de vergüenza por estar desnuda ante él, al contrario, se sentía poderosa al ver el efecto que su cuerpo tenía sobre Stuart. Con el corazón acelerado comenzó a desabrocharle los botones de la camisa lentamente, luego la sacó del pantalón y la lanzó lejos. Acarició su torso con las dos manos, sonriendo al percibir la vibración del ronroneo que procedía de lo más hondo de su pecho. Tragando saliva le desabrochó los pantalones y se arrodilló para bajárselos, pero le costó hacerlo debido al bulto que formaba su pene; tanto, que él tuvo que ayudarla. Cuando Stuart los apartó de una patada, ella se levantó y él se quitó los calzoncillos quedándose desnudo e inmóvil. Esperando. Violet se acercó a él despacio, observando cómo se erguía su miembro, orgulloso, proclamando sus intenciones.

—El macho de la especie nunca puede ocultar su deseo —bromeó él, haciéndola reír por lo bajo. La sonrisa permaneció en su rostro cuando pegó su cuerpo al suyo y, abrazándolo por el cuello, confesó con los ojos brillantes:

—Esta hembra tampoco lo oculta y desea que le hagas el amor. —Los ojos teñidos de rojo de Stuart resplandecieron como gemas y sonrió mostrando otra señal de su inmenso deseo: sus largos colmillos.

—Será un placer —confesó con voz profunda, empujándola suavemente para que se acostara sobre la cama—. Abre las piernas— dijo y cuando ella obedeció, se tumbó cuidadosamente entre ellas.

Violet se pasó la lengua por los colmillos, sin sorprenderse de que se hubieran alargado ya que deseaba beber de él. Sintiéndose libre y salvaje por primera vez en su vida, apoyó las manos en la nuca de Stuart deslizándolas por su musculosa espalda, hasta llegar a la firme carne de sus nalgas que apretó contra sí. Él, que estaba de nuevo acariciando sus pechos, levantó el rostro y la veneró con la mirada. Sus ojos resplandecían como si detrás de ellos ardiera un fuego colosal cuando susurró:

—¿Tienes sed? —Ella asintió sin palabras con una sombra rojiza en la mirada y se lamió los labios con la boca seca. Stuart sonrió ampliamente y Violet pudo ver con claridad sus colmillos totalmente desarrollados.

—Es un honor que quieras beber de mí —aseguró acercándose más y ladeando la cabeza para que ella tuviera su

cuello a su alcance. Violet olisqueó su vena y al percibir el olor de su sangre, sus ojos se agrandaron y su sed se acrecentó. Se le hizo la boca agua y, sin dudarlo, lo mordió.

Como Stuart ahora estaba totalmente pegado a ella y su miembro rozaba su parte más íntima, notó cómo crecía y se endurecía aún más mientras bebía de él; pero Violet no se asustó, al contrario, movió las caderas provocándolo y haciéndolo gemir. Con los ojos cerrados y una sonrisa, degustó el sabor especiado y adictivo del fluido vital de Stuart sintiendo sus lánguidas caricias a lo largo de su costado derecho, desde el hombro hasta el muslo. Cuando terminó, Violet lamió los pinchazos un par de veces para que cicatrizaran cuanto antes y se separó para poder mirarlo. Él parecía enormemente satisfecho, a pesar de que era ella la que se había alimentado.

—¿No necesitas más?

—No, gracias. Es suficiente —confesó lánguidamente. Sintió como él se estremecía cuando dijo—: Quiero que tú bebas de mí mientras me posees. —Stuart tragó saliva, excitado, pero se negó.

—No. Es demasiado para la primera vez —aseguró, aunque sus ojos le dijeron cuánto le gustaría hacerlo.

—Si solo vamos a tener esta noche, quiero sentirlo todo —confesó Violet. El remordimiento hizo que el brillo que había en los ojos de él desapareciera y ella continuó—: Stuart, no soportaría que luego te sintieras culpable por esto. No me estás obligando a hacer nada, al contrario, te lo he pedido yo; pero si no lo deseas… —él apretó los dientes, furioso, por su última frase.

—¿Qué si no lo deseo? ¿Acaso no notas esto? —Empujó sus caderas hacia delante para que sintiera el vigoroso contorno de su pene y se quedó rígido encima de ella con la mayor parte de su peso apoyado en los antebrazos.

—No me tengas miedo —suplicó con voz ronca al sentir que se estremecía.

—No lo tengo —afirmó, apoyando las manos de nuevo sobre sus hombros—. Sé que harás todo lo que puedas para no hacerme daño.

Él se lo juró con la mirada y levantó sus pechos con ambas manos y volvió a besar y a lamer sus rosadas cimas con adoración, una tras otra; sin dejar de prestarles atención, arrastró una mano por el muslo femenino hasta llegar a la entrada de su sexo. Las yemas de sus dedos juguetearon entre los rizos oscuros y Violet ordenó en un susurro, a pesar de que su vientre se levantaba involuntariamente hacia él:

—Otra vez no. Así no. — Lo miró echando chispas por los ojos, pensando que iba a hacerla terminar de nuevo con sus

manos. Lo que ella no sabía era el esfuerzo que suponía para él no poseerla en ese mismo instante; pero necesitaba estar seguro de que estaba preparada para recibirlo y hasta que no sintió la humedad en sus dedos, después de traspasar la barrera de sus rizos, no se colocó en posición. Depositó un rápido beso en su boca y musitó:

—Relájate.

Violet asintió y respiró hondo con el corazón martilleándole frenéticamente contra las costillas. Stuart empujó sus caderas hacia delante, sin demasiada fuerza, y se quedó quieto al sentir que parte de su miembro había entrado en ella. Entonces la observó cuidadosamente y se tranquilizó al ver que tenía los ojos cerrados, pero que su rostro estaba sereno y volvió a empujar, en esta ocasión con suficiente fuerza como para acabar con su virginidad. Sintió que unas gotas de un líquido caliente, su sangre, bañaban su miembro y entonces sus ojos dorados se abrieron y en su rostro se formó un gesto de dolor. Se removió incómoda, agarrada a los hombros de él como si fueran su salvavidas y él la besó. Lamió sus labios lentamente y los mordisqueó esperando a que se acostumbrara a tenerlo dentro.

—Déjame entrar, no opongas resistencia y enseguida dejará de dolerte —prometió.

—Lo intentaré —contestó mordiéndose el labio inferior, fascinada por el brillo que había en los ojos de él. La recompensó con un rápido beso y, con la siguiente embestida, entró en ella por completo. Ella gimió y lo rodeó completamente con los brazos sintiéndose inexplicablemente feliz.

Stuart empezó a moverse despacio y poco después Violet comenzó a sentir el placer que le producía ese movimiento y se ajustó a él, impulsándose hacia arriba, esforzándose por acercarse más cada vez, y él deslizó sus grandes manos bajo las nalgas de ella para ayudarle a hacerlo. De repente fue como si toda la existencia de los dos se hubiese concentrado en ese espasmódico anhelo de placer. Violet fijó la vista en el rostro oscuro que se cernía sobre el de ella, contemplando sus facciones duras, perladas de sudor, antes de pedir con voz ronca:

—Bebe de mí. —Con el ofrecimiento sintió una exquisita contracción entre las piernas, pero Stuart jadeó al escucharla y su movimiento se redujo hasta quedarse inmóvil. Creía que ella había aceptado su negativa, pero era demasiado testaruda.

—No —contestó a pesar de que era lo que más deseaba. Violet se encolerizó al ver que él volvía a moverse como si lo que ella quisiera no tuviera importancia. Indignada, lo empujó por el pecho intentando apartarlo de ella cosa que no pudo hacer, pero

sí consiguió que volviera a detenerse y que la mirara con los ojos entornados. Ahora él también se había enfadado.

—¿Por qué no? —preguntó, furiosa.

Pero Stuart no contestó. No podía decirle que si bebía de su vena ya no podría apartarse de su camino cuando todo aquello pasara. Violet no entendía por qué se negaba, pero vio el dolor en sus ojos y su enfado se desvaneció; ambos se miraron en silencio durante unos segundos, hasta que ella hizo que él inclinara la cabeza lo suficiente para poder besarlo en los labios. Pero cuando sus lenguas se unieron Stuart se dio cuenta de que ella se había pinchado en la suya con los colmillos para que sangrara, como él había hecho en el barco, y cuando saboreó su sangre ya no hubo marcha atrás. Chupó su lengua con ansia y rugió por la sed de ella que lo consumía. Violet separó sus labios de los suyos y mirándolo a los ojos se apartó el pelo a un lado para ofrecerle el cuello desnudo y confesó:

—Quiero culminar mientras bebes de mí.

Stuart no pudo contenerse más y la mordió. Bebió dos largos sorbos deleitándose en el sabor de su sangre antes de volver a mover las caderas. Sin apartar la cabeza de su cuello siguió moviéndose, notando cómo ella acariciaba el pelo de su nuca haciéndolo ronronear. Hasta que el cuerpo de Violet se tensó y sus manos se retorcieron agarradas a las sábanas, y una oleada de intenso placer surgida en su vientre la anegó por entero.

En medio de ese cataclismo, de algún modo, sintió que Stuart también alcanzaba el orgasmo y que de su garganta brotaba un profundo gemido. Después de curarle los pinchazos con su saliva, aun permaneció unos minutos sobre ella, respirando junto a su cuello hasta que pudo liberarla de su peso y dejarse caer a su lado. Violet se acurrucó en el hueco de su brazo, acalorada, exhausta y saciada y lo besó en la mandíbula.

—Jamás olvidaré esta noche —confesó, y su corazón aleteó al sentir que él la besaba en la sien tiernamente.

—Duérmete —ordenó él.

Sonriendo se dejó llevar por el sueño y el cansancio, rodeada por su olor y su calor.

QUINCE



29 de enero de 1887
Muelle de Cobh, Irlanda

Brenda no podía dejar de observar maravillada a su alrededor, sentada en el coqueto banco que había en cubierta. Habían llegado al barco hacía un rato y en poco más de una hora estaba previsto que zarparan. Suspiró feliz y sus ojos se desviaron hacia su apuesto e inesperadamente detallista marido, que en ese momento estaba en popa hablando con el capitán. Burke, como si sintiera su mirada, giró el rostro hacia ella y sonrió; a continuación, después de decirle algo al capitán, volvió a su lado. Se sentó junto a ella con un suspiro y, cogiendo una de las manos que tenía sobre el regazo, sin quitarle el guante, la besó.

—Mi preciosa esposa está muy callada —murmuró mirándola de una manera que debería estar prohibida, al menos en público. Brenda intentó no ruborizarse y contestó:

—Estaba imaginando por qué sonreirías tanto mientras hablabas con el capitán.

—¿Y qué te has imaginado?

—Que te ha asegurado que batiríamos ese récord. No puedes resistirte ante un reto, reconócelo —aseguró, haciéndolo reír por lo bajo sabiendo que se merecía el comentario.

Desde que el capitán le había avisado de que podían batir el récord que el barco de un competidor había establecido el año pasado, en la ruta Cobh- Livorno estaba decidido a conseguirlo. Abrazó a su mujer por los hombros, se acomodó junto a ella en el banco y confesó:

—Me temo que durante los últimos días he sido bastante

incordio con la preparación del viaje. —Aunque no se arrepentía, reconoció interiormente, observando con satisfacción el impresionante *clipper* del que disfrutarían en su luna de miel—. Pero quería que todo fuera perfecto.

—Y lo es —aseguró ella, echando la cabeza hacia atrás para poder ver el final del enorme palo mayor, junto al que estaban sentados—. El *Lightning* es el barco más impresionante que he visto nunca.

—Recuerda que es un clipper, querida, no un barco. A estas alturas deberías saberlo —apuntó con voz irritantemente presumida, recordándole que ella llevaba varios años trabajando en un puerto cuando se conocieron. Al recibir un codazo como respuesta, aparentó que le había dolido gimiendo por lo bajo y llevándose la mano al costado. Ella rio al verlo tan juguetón, pero dejó de hacerlo cuando le robó un beso. Suspiró cuando sus bocas se separaron y puso la mano sobre la mejilla de su marido antes de decir:

—Soy muy feliz.

—Yo también, amor mío. —Burke apartó la mirada al escuchar a uno de sus marineros gritarle a alguien que estaba en tierra que no podía subir. La besó en la mejilla y se levantó—. Voy a ver qué pasa, vuelvo enseguida. —Ella se subió el cuello del abrigo para protegerse del aire helado, observando las zancadas de su marido en dirección a la rampa por donde los marineros seguían subiendo al barco los últimos víveres y enseres necesarios para el viaje.

Burke llegó junto a la rampa y se inclinó sobre la borda, decidido a largar con viento fresco al que intentaba molestarlo en su luna de miel; pero su actitud cambió completamente cuando vio quiénes estaban esperando en el muelle. Con una expresión llena de incredulidad, gritó:

—¡Vaya sorpresa! ¡Subid! —Poco después, una pareja subía a cubierta y Brenda se levantó para acercarse a ellos, suponiendo que eran amigos al ver cómo los saludaba Burke. Cuando llego junto a ellos, él la abrazó por la cintura para presentárselos:

—Querida, estos son Fenton y Megan. —Brenda hizo un esfuerzo para no quedarse boquiabierta puesto que sabía que ambos trabajaban para *La Brigada,* igual que Jake el hermano de Burke, y que eran dos de sus mejores agentes. Ese era el motivo por el que no había dicho sus apellidos, a pesar de que los ocho marineros y los cuatro guardaespaldas que había en el barco eran de total confianza—. Esta es Brenda, mi mujer—dijo con los ojos brillantes por el orgullo.

—Encantada —contestó Brenda, recibiendo los besos de la

pareja. A continuación, Fenton preguntó en un tono de voz que solo pudieron escuchar los cuatro:

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar a solas? —Burke, que ya había imaginado que no estaban allí para felicitarlo por su boda, asintió con expresión grave y contestó—: Por supuesto. —Brenda y él los precedieron en dirección a la construcción de madera y cristal que sobresalía sobre la cubierta, donde estaba la zona dedicada a los dueños del barco y a sus invitados. Al pasar junto al capitán que estaba hablando con el timonel, Burke se detuvo un momento para decirle:

—Willis, voy a llevar a mis invitados al comedor. —El capitán asintió respetuosamente y preguntó:

—¿Quiere que preparen algo en la cocina? —Burke miró a sus amigos, pero Fenton movió la cabeza de lado a lado y dijo, con una sonrisa demasiado alegre:

—Solo hemos venido a desearos buen viaje. —Burke asintió gravemente y retomaron su camino hasta llegar a la puerta que conducía a su espacio privado. La abrió y se apartó cortésmente para dejar pasar primero a las mujeres y, después de una larga mirada entre Fenton y él, ambos las siguieron. Brenda, sabiendo que ocurría algo grave, abrió la segunda puerta de la izquierda sin esperar a su marido y entró en el lujoso comedor que podía acoger a ocho personas, y se acercó a la mesa para que los demás pudieran entrar cómodamente. Burke cerró la puerta tras él, se volvió hacia Fenton y preguntó:

—¿Qué pasa? —Él contestó con expresión muy seria:

—Acabamos de volver de una misión en la que hemos descubierto algo inquietante. Se lo hemos contado a Killian y nos ha dicho que viniéramos enseguida a decírtelo. —Sin dejar de escuchar a Fenton, Brenda observó discretamente a Megan por la que sentía una gran admiración, por todo lo que había escuchado acerca de ella—Quería que lo supieras antes de que os marcharais.

—¡Por el amor de Dios, Fenton, pasas demasiado tiempo con Killian! Cuéntamelo ya —ordenó nervioso. El aludido esbozó una mueca antes de obedecer.

—Sabemos con certeza que hace semanas que *El Maestro* ha dado instrucciones para que sus agentes del extranjero busquen a la hermana de Kirby. Está seguro de que la hemos sacado del país —susurró en voz tan baja que a Brenda le costó entenderlo. Burke reaccionó entrecerrando los ojos, mientras pensaba. Fenton preguntó—: ¿Necesitáis ayuda?

—¿Qué quieres decir?

—Que Megan y yo podemos acompañaros, si lo consideras

necesario. —Burke miró a Brenda y su mirada se suavizó. A continuación, se volvió hacia Fenton de nuevo y confesó:

—Como guardaespaldas llevamos cuatro antiguos policías que nos ha suministrado Marcus, el amigo de Kirby. —Megan intervino y su voz sonó a súplica.

—Creemos que *ella* —prefirió no decir su nombre— corre verdadero peligro y, si es así, necesitará toda la ayuda de la que pueda disponer. Están decididos a localizarla como sea y no se detendrán ante nada para conseguirlo. Fenton y yo solo queremos ayudarla.

—Lo sé —contestó Burke. Brenda notó lo molesto que estaba porque se pasó la mano por el pelo, alborotándoselo sin darse cuenta. Se acercó a él y puso la mano en su antebrazo. Él la miró y se calmó al ver su tímida sonrisa.

—¿Al menos lleváis armas? —preguntó Fenton.

—Por supuesto —contestó. Después dijo dirigiéndose a sus *invitados*—. Si no os importa, me gustaría hablar un momento a solas con mi mujer.

—Esperaremos en el pasillo —contestó Fenton. En cuanto salieron, Burke abrazó a Brenda por la cintura y mirándola a los ojos, susurró:

—No me creo lo que estoy a punto de preguntarte, pero ¿qué te parecería que vinieran con nosotros? Ya sé que no es lo que habíamos planeado y que ninguna novia querría que dos desconocidos la acompañaran en su luna de miel. —Se detuvo haciendo una mueca resistiéndose a seguir hablando, sabiendo cuánto le estaba pidiendo. Pero ella se puso de puntillas para poder darle un rápido beso en la boca.

—Al contrario, cariño, me enfadaría si no ayudaras a un amigo que lo necesita. Tú has aceptado que mis hermanos, dos niños ruidosos y traviesos, vivan con nosotros y me haces más feliz de lo que nunca creí que sería posible. —Burke le devolvió la sonrisa sabiendo que debía de parecer un tonto enamorado, pero no le importaba—. Tenemos toda la vida para estar juntos y, si necesito tenerte para mí en algún momento, te arrastraré a ese precioso camarote que tenemos.

—Sabe que soy su esclavo, señora mía —susurró él enterrando el rostro en su cuello para besarlo con suavidad. Después, se apartó y abrió la puerta para llamar a sus amigos.

Unos minutos después Fenton subía al barco sus maletas y las de Megan que estaban en un carruaje de alquiler. Y mientras Burke y Brenda los acompañaban a uno de los camarotes de invitados, exclamó:

—¡Dios mío, Burke! —Estaba asombrado por el lujo que veía

a su alrededor—. Si el exterior del barco es impresionante, no sé qué decir de esto. ¿Cuántos camarotes tiene?

—Es un Clipper —rectificó Burke, observando la sonrisa divertida de su mujer cuando lo dijo—. Y hay camarotes suficientes para nuestros amigos, aunque no pensaba estrenarlos tan pronto— bromeó, aunque solo a medias. Después de dejarlos para que se instalaran, Brenda y él salieron a cubierta para explicar al capitán Willis las nuevas disposiciones que había que hacer en la rutina del barco, debido a la inesperada llegada de sus amigos.



Volterra, 3 de febrero de 1887

Violet y Stuart estaban terminando de vestirse para salir a montar. Se habían mudado a la Casa Grande hacía diez días y, aunque ambos habían elegido dormitorios separados, él la visitaba todas las noches y después de hacer el amor apasionadamente, dormían abrazados. Desde que estaban allí no habían vuelto a discutir como si los dos hubieran acordado, sin hablarlo entre ellos, disfrutar todo lo que pudieran del tiempo que iban a estar juntos. Como él terminó de vestirse antes, entró en el dormitorio de Violet y se acercó a ella; poniendo la mano en la parte baja de su espalda dijo, mirándola por el espejo frente al que se estaba vistiendo:

—Iré ensillando los caballos. —Ella asintió devolviéndole la mirada por el espejo y siguió metiéndose los faldones de la camisa por dentro de los pantalones.

Después de la noche, tres semanas atrás, en la que habían hecho el amor por primera vez, todo había cambiado entre ellos. Noche tras noche, sus encuentros en la cama eran igual de apasionados, envueltos en un silencio roto solo por los gemidos de ambos y el sonido de sus caricias sobre la piel.

Aun sabiendo que Stuart seguramente jamás la querría como había amado a su primera mujer, Violet a menudo se preguntaba si lo que tenían no era suficiente para que los dos fueran felices porque, al menos para ella, lo era. Se sentía querida, incluso mimada, a pesar de que Stuart jamás le había dicho nada que le

hiciera pensar que sentía algo más que afecto por ella; y no creía que jamás se lo dijera, porque parecía decidido a no volver a sentir amor por nadie. En cuanto a ella, se había prometido a sí misma que disfrutaría de la felicidad que había encontrado inesperadamente, sin preguntas ni exigencias. Y Stuart estaba siendo extraordinariamente considerado con ella; por ejemplo, una semana atrás había ido a un pueblo cercano a comprar un caballo y una yegua, para que pudieran montar los dos juntos a diario.

Unos días antes para festejar la apertura de la casa habían celebrado una cena a la que habían acudido Giulio, William sin Melissa que no había podido ir porque estaba de viaje, también Helena y John que no hablaron casi nada en toda la noche, y Magnolia y Paolo. Todos dijeron que la Casa Grande estaba preciosa, aunque gracias a los cuidados de Giulio durante todos esos años, de lo único que Stuart y Violet se habían tenido que ocupar fue de que se hiciera una limpieza a fondo de la casa.

Ahora la casa olía a la cera con la que se nutría los muebles y a lavanda, esto último gracias a unos saquitos rellenos de esas flores que Violet había comprado en el pueblo, y que había colocado sobre algunos muebles.

Preguntado por John, Stuart estuvo hablando durante la cena de los planes que tenían para los próximos meses mientras que Violet, que estaba sentada junto a William, estuvo preguntándole cuándo volvería Melissa. Él había sacado la conversación comentando cuánto la echaba de menos y Violet le aseguró que a ella le pasaba lo mismo. Las celebraciones de navidad habían provocado que Stuart y ella se reunieran a menudo con Giulio y sus amigos; y como resultado de esas reuniones Violet y Melissa se habían hecho amigas. Desde entonces habían hecho varias escapadas solas para ir de compras o a tomar un café. En la última salida antes de irse de viaje, Melissa le había llevado a Castelnuovo di Cecina donde le aseguró que hacían el mejor helado del mundo, y ambas disfrutaron comiéndose uno en pleno invierno como dos niñas pequeñas.

William le aseguró durante la cena que para su hija ella también se había convertido en una buena amiga y que su viaje no duraría más de una semana. Poco después, comenzó a lloviznar y todos los invitados, excepto Giulio que iba a quedarse a dormir en la Casa Grande, se marcharon y Stuart los acompañó a recoger su carruaje al establo. Giulio y Violet se despidieron de ellos en la puerta mientras Flavio y Alfonsina recogían la mesa. Cuando cerraron la puerta para evitar que entrara el frío y la lluvia, Giulio, agarrado del brazo de Violet se volvió hacia ella y

susurró emocionado:

—Nunca he visto a Stuart tan feliz. Muchas gracias, hija.

Pero Violet no opinaba como él. Aunque también había notado el cambio de Stuart que parecía menos atormentado y sonreía mucho más a menudo, creía que era por haber vuelto a aquel lugar y no a su presencia.

De vuelta a la realidad, Violet parpadeó varias veces y terminó de abrocharse las botas de montar que había comprado dos semanas antes; luego bajó apresuradamente las escaleras y abrió la puerta de la calle, encontrándose con Stuart. Él sonrió al verla y retrocedió un paso.

—Iba a subir a buscarte, se nos va a hacer tarde —murmuró con los ojos brillantes. Ella no se sorprendió por su mirada porque ya le había *demostrado* cuánto le gustaba verla con pantalones.

El sol no había asomado todavía por el horizonte, pero ya alumbraba lo suficiente para poder montar con seguridad. Como hacía siempre, Stuart había dejado los caballos junto a la puerta y cuando se acercaron a ellos levantó a Violet, agarrándola por la cintura, y la subió sobre la silla de su yegua sin dificultad. Luego, recogió las riendas y se las entregó y montó sobre Bronco, su semental negro que pifiaba furioso, deseando salir a correr. Ella esperó hasta que se acomodó sobre la silla y dijo, haciendo un mohín travieso:

—Ya te he dicho que puedo montar sola.

—Lo sé, pero me gusta hacerlo yo —confesó con una mirada que provocó que el interior de Violet se caldeara; cuando él notó su reacción, se inclinó sobre ella y puso una mano sobre su rodilla. Sonriéndola íntimamente, confesó—: Si no salimos ahora mismo, te llevaré en brazos a la cama y te tendré allí durante horas. —Ella se ruborizó, pero rio a carcajadas, feliz.

—Vámonos o nos perderemos el amanecer —contestó apretando ligeramente con las rodillas los costados de su yegua, Desdémona, para que empezara a andar.

Se dirigieron hacia el bosque que había dentro de la finca como hacían todos los días, y después de que los caballos caminaran durante varios minutos por un estrecho sendero rodeado de cientos de robles rojos, espigados cipreses y pinos centenarios, llegaron al pie de una pequeña colina rocosa donde desmontaron. Cuando Violet desmontó, Stuart la cogió de la mano y corrió hacia la gran roca, tirando de ella.

—¡Vamos, está a punto de salir el sol! —dijo. Subieron corriendo y riendo el pequeño cerro gris y poco después, ambos se sentaban en la pequeña depresión que solían utilizar como asiento en la cima. Respirando agitadamente debido a la corta

carrera, observaron la pálida raya del horizonte por donde empezaba a asomar el sol. Estremecida por la belleza del bosque que estaba a punto de ser invadido por la luz del astro rey, Violet giró el rostro para mirar a Stuart, pero él la estaba observando a ella con una extraña expresión.

—¿Por qué me miras así? —susurró.

Él sacudió la cabeza sin dejar de observarla, y ella intuyó que iba a decirle algo que cambiaría su vida y esperó, con el corazón en vilo. Entonces se escuchó un disparo. Inconscientemente ella miró hacia su izquierda, de donde le parecía que había venido el sonido, pero ni siquiera había sido capaz de fijar la vista en el lugar cuando Stuart se lanzó sobre ella, derribándola. Mientras la sostenía protegiéndola con su cuerpo, los dos fueron testigos de los dos disparos que impactaron en el suelo, a su lado. Sin perder un segundo, Stuart se arrastró llevándola consigo hasta que consiguieron ocultarse detrás de una roca de tamaño considerable, que había a pocos metros de ellos. Ella obedeció sus instrucciones en silencio sentándose con la espalda contra la fría piedra y él lo hizo a su lado, pegado al borde de la roca tras la que se escondían.

—No te muevas —ordenó con voz baja y fría, cogiendo algo del interior de su chaqueta. Conmocionada vio que sacaba un arma y el metal del cañón brilló bajo los primeros rayos de sol, pero cuando su corazón se detuvo fue cuando vio que él estaba sangrando. Lo habían herido en el hombro derecho.

—Stuart —gimió acercando su mano a la herida, pero sin llegar a tocarla por miedo a hacerle daño, observó horrorizada la gran cantidad de sangre que caía por su pecho. Él no respondió, aunque no parecía sentir dolor; asomó lentamente el rostro por el borde de la roca y disparó dos veces hacia el lugar de dónde provenía el ataque y le contestaron con otro disparo. A continuación, manteniendo la pistola en la mano derecha se volvió hacia ella y recorrió su cuerpo, de arriba abajo, con una mirada frenética para asegurarse de que no sangraba.

—¿Estás bien? —preguntó, furioso al pensar que podían haberla herido. En ese momento escucharon que un caballo se alejaba galopando y Stuart se asomó con cuidado por el borde de la roca para ver si era el que los había disparado, pero no vio nada. Volviéndose hacia ella, dijo:

—Nos quedaremos aquí unos minutos hasta estar seguros de que se ha marchado. ¿Cómo te encuentras? —preguntó a pesar de que él estaba muy pálido, seguramente por la pérdida de sangre.

—Yo estoy bien, pero tú no. Quédate quieto y apóyate en la roca, por favor —ordenó con voz aguda por la preocupación,

sorprendida porque la obedeciera sin rechistar. Después de apartar con cuidado la solapa de su chaqueta y la camisa, que tuvo que desabotonar previamente, pudo ver la herida.

—La bala ha salido —informó él en voz baja, con los ojos cerrados, intentando tranquilizarla. Ella asintió sin mirarlo, aunque ni siquiera había pensado en eso ya que no tenía ni idea sobre heridas de bala. Pero sí sabía que, si no hacía nada, Stuart se desangraría, de modo que se quitó la chaqueta y la camisa rápidamente. Él abrió los ojos al escuchar el sonido del roce de la ropa y la miró atónito.

—¿Te has vuelto loca? —preguntó al observar que ahora solo llevaba el corsé y los pantalones. Sin tiempo para contestar, Violet cogió su camisa y la chaqueta y las dobló para formar una compresa, luego le apartó la ropa y la puso sobre la herida, apretando con todas sus fuerzas. Él gruñó, dolorido, perdiendo el poco color que le quedaba en el rostro.

—Estás sangrando mucho, Stuart —murmuró Violet sin dejar de apretar sobre la herida, casi tan pálida como él—y, aunque no soy ninguna entendida, creo que la bala ha tocado una arteria; si no recuerdo mal por mis estudios, hay varias en esa zona. —Se mordió el labio inferior para evitar que se le escapara un sollozo y Stuart levantó la mano izquierda y acarició su rostro suavemente. Sin dejar de apretar la compresa, ella se dio cuenta de que haría cualquier cosa para que se recuperara.

—No sabía que en los internados os enseñaran este tipo de cosas —bromeó él, pero al ver que Violet parecía a punto de llorar, dijo—: No te preocupes tanto, soy duro de pelar—musitó con voz ronca y una valiente sonrisa que ella no compartió. Violet respiró profundamente antes de levantar la compresa que ya estaba casi empapada de sangre y murmuró, angustiada:

—La herida ya debería estar cerrándose, pero sigue igual.

—La pérdida de sangre hace que se ralentice la cicatrización —contestó él. También había echado una mirada a la herida y había maldecido en silencio.

Había visto muchas heridas como esas en humanos que habían muerto rápidamente. Sabía que a Violet no le fallaba la intuición puesto que la bala había rozado la arteria axilar, lo que provocaría su muerte en pocos minutos si no hacían nada por evitarlo. Apretando los dientes, se inclinó hacia delante para levantarse, decidido a galopar hasta el médico del pueblo. Era su única oportunidad de sobrevivir.

—¿Qué haces? —Con los ojos agrandados por el terror más absoluto, Violet lo sujetó y él volvió a caer hacia atrás. Cerró los ojos, algo mareado y escuchó la rápida pregunta de ella:

—Dime, si pudieras beber bastante sangre, ¿podrías curarte al menos lo suficiente para llegar a la casa? —Él sacudió la cabeza, horrorizado ante su sugerencia.

—No. Tendría que beber demasiado para que mi cuerpo fuera capaz de curar algo así. No —repitió, decidido. Estaba tan vacío que su instinto de supervivencia podía dominar a su mente y prefería morir antes que arriesgarse a drenarla a ella.

—Quiero que lo hagas. Es lo más lógico. —Mientras intentaba persuadirlo con voz tranquila, seguía manteniendo la compresa sujeta en su hombro, apretándola con fuerza, pero de momento no había dejado de sangrar. —Lo peor que puede pasar es que me desmaye…—sabía que eso era lo que ocurría cuando alguien bebía demasiada sangre de ti—… y sé que, entonces, dejarás de beber. Después, solo necesitaré descansar unas horas para reponerme.

—No. No lo haré. —Ella se lo quedó mirando fijamente durante unos segundos mientras pensaba. A continuación, quitó la compresa empapada en sangre de la herida y la dejó caer a su lado; se sentó sobre él regazo de Stuart, procurando no rozar el hombro herido y se colocó de forma que su cuello estuviera cerca de su boca, para que no tuviera que moverse. Afortunadamente, cuando iban a montar se peinaba con una coleta y el pelo no lo molestaría. Él la miraba, pálido como la muerte y con un gesto terco que ella ya conocía, pero Violet sabía lo que tenía que decir para convencerlo.

—Si no lo haces, me condenas a morir. Los dos sabemos quién ha ordenado que te disparen y si— se detuvo un momento para limpiarse las lágrimas que habían empezado a rodar por sus mejillas—acaban contigo, me dejarás sola frente a *La Hermandad*. Cuando te dije que me mataría si conseguían cogerme otra vez, lo dije en serio.

—Lo sé —contestó él, con voz desolada.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? Ya no nos queda tiempo, Stuart. —Volvió a ofrecerle su cuello y sonrió cuando escuchó el siseo de sus colmillos emergiendo. Inmediatamente, la mordió y bebió de ella.

Media hora más tarde Stuart corría hacia los caballos llevando a Violet inconsciente en sus brazos.

DIECISÉIS



31 de enero de 1887
Club Enigma, Dublín

Cam saludó al pasar a los dos hombres que estaban custodiando la entrada del Enigma y después se dirigió a la zona privada; allí habló brevemente con los gemelos que ese día vigilaban que no se colara por allí nadie indebido. Como siempre, los hermanos respondieron a su saludo con una sonrisa para seguir discutiendo entre ellos, casi enseguida.

A medio camino de la biblioteca, se detuvo junto al despacho de Cian Connolly, el dueño del club, y vio que estaba en mangas de camisa, escribiendo en lo que parecía un libro de contabilidad. Estaba a punto de seguir su camino para no molestarlo, cuando Cian miró en su dirección y se levantó para saludarlo.

—¡Hombre, Cam! ¡Cuánto tiempo sin verte por aquí! ¿Cómo estás? —Después de estrecharse las manos, Cian metió las suyas en los bolsillos de su pantalón observándolo fijamente.

—Bien, bien. He quedado con mi padre en la biblioteca —contestó, pensando que no lo sabía, pero era raro que ocurriera algo en el Enigma que su dueño no supiera.

—Lo sé, te está esperando dentro. —Señaló con un gesto la puerta que estaba al fondo del pasillo. Cam asintió y le dio una palmada amistosa en el hombro y dijo:

—A Nimué y a mí nos gustaría comer con Amélie y contigo algún día. —Cian contestó enseguida:

—Cuando queráis. Sé que Amélie está deseando conocer mejor a tu mujer.

—Estupendo, entonces hablamos luego.

Cian volvió a su despacho y Cam siguió caminando hasta llegar ante la puerta de la biblioteca que abrió sin llamar, imaginando que dentro solo estaría su padre. Hacía dos días que había vuelto de su viaje a Escocia y él le había enviado un mensaje para que le buscara los diarios de Shamash, el primer *Guardián*, explicándole que Kristel quería echarles un vistazo y que iría hoy a buscarlos a su casa. Pero su padre le había sorprendido diciendo que prefería llevárselos al Enigma para poder hablar a solas.

Que solo estuvieran los dos en aquella enorme habitación repleta de libros no era extraño, ya que las bibliotecas de los clubs Enigmas no estaban abiertas al público. Solo podían ser visitadas por los miembros del consejo de eruditos o por algunos de los miembros de más confianza del club, debido al incalculable valor de los tesoros que se guardaban en sus estanterías. Su padre era uno de los visitantes habituales debido a que, en muchas ocasiones, para poder realizar su trabajo tenía que consultar algunos libros que se custodiaban allí.

Pero en esta ocasión Alexander Brooks no había ido a consultar un libro ni un registro. Cuando Cam entró en la habitación, lo encontró de espaldas a él mirando por una de las ventanas que iluminaban la solemne estancia, y que daban hacia la calle, pero se volvió hacia su hijo en cuanto escuchó el sonido de la puerta. Y cuando lo hizo y Cam pudo ver su rostro, supo que ocurría algo grave. Inconscientemente, se acercó a él llamándolo por el nombre que hacía demasiados años que no utilizaba:

—¿Qué ocurre, papá? —A pesar de la gravedad del problema que tenían que tratar, *El Guardián* sonrió al escuchar que su hijo volvía a llamarlo así y lo abrazó. Luego se acercó a la mesa, cogió el maletín de piel que había sobre ella y se lo entregó:

—Aquí están los diarios —sacudió la cabeza con expresión de perplejidad—, aunque ya sabes que tu abuelo dejó que los vieran un par de expertos que le aseguraron que no decían nada interesante. — Se encogió de hombros y dijo—: Ojalá Kristel pueda encontrar algo que nos ayude.

—Ojalá —repitió Cam. Dejó el maletín sobre la silla más cercana de las que estaban bajo la mesa y miró a su padre— ¿Vas a decirme qué pasa? —preguntó en voz baja, mirándolo fijamente.

Cuando semanas atrás, él y Nimué comieron con sus padres en la casa familiar y Alexander le dijo que tenía que contarle algo desagradable, se preocupó, pero con el paso de las semanas esa sensación se había suavizado hasta que casi había desaparecido. Ahora, su padre, con rostro grave contestó:

—Es mejor que nos sentemos. Dentro de un rato vendrá Killian y es necesario que te cuente algo antes de que llegue. —Cam se sentó frente a él. Cada vez más extrañado, preguntó:

—¿Killian? —Alexander asintió con un gesto seco.

—Sí, antes de irme a Escocia él iba a confirmar una información que le había llegado, algo que tenía que ver conmigo; desgraciadamente, esa información es cierta y por eso le he pedido que se una a nosotros más tarde. La noticia es de tal importancia que lo cambia todo, bueno todo no —hizo una mueca al darse cuenta de que le faltaba poco para empezar a balbucear frases sin sentido.

—No entiendo nada, ¿quieres decirme de una vez qué ha pasado? —pidió Cam, empezando a ponerse nervioso. Su padre apartó la mirada de la suya y se quedó mirándose las manos, mientras parecía pensar. Cam no lo había visto nunca dudar tanto, pero esperó intentando no mostrar su impaciencia a que hablara. Aunque los minutos que tardó en hacerlo le parecieron interminables.

—Tendría que habértelo contado el otro día, cuando tú y Nimué vinisteis a comer a casa, pero era un acontecimiento tan feliz para tu madre y para mí que no quise enturbiarlo. —Cam lo interrumpió, inclinándose sobre la mesa y susurró, mirándolo a los ojos:

—Eso ya lo sé, padre. Por favor, deja de dar rodeos y cuéntamelo. —No podía esperar ni un minuto más y Alexander obedeció sabiendo que ya no tenía ningún sentido seguir retrasándolo.

—Estoy seguro de que recuerdas la historia del sumo sacerdote de Lilith.

—¿De Sennefer? Por supuesto.

—Bien, porque lo que te voy a contar tiene mucho que ver con él. —Cam agrandó los ojos, estupefacto, pero no abrió la boca —Ya sabes que tus abuelos, los padres de tu madre y los míos, acordaron nuestro compromiso cuando éramos pequeños. Lo que no sabes es que antes de que nos conociéramos personalmente, cuando terminé mis estudios, estuve visitando la tierra donde empezó todo, la ciudad de Uruk. Había leído varios artículos sobre los descubrimientos arqueológicos que se estaban haciendo en la zona y decidí utilizar los pocos meses de libertad que me quedaban, en un viaje que me sirviera para aprender todo lo que pudiera sobre la historia de nuestra gente. Mi padre no quería que fuera, pero le dije que sería mi último viaje a solas antes de casarme y que me lo merecía. —Cam lo miró lleno de asombro y su padre sonrió levemente antes de contestar a su gesto—: No

creas que eludía mis obligaciones como Guardián, en absoluto, pero antes de ejercer como tal sentía que necesitaba ver y tocar la tierra donde había estado el primer Guardián. Sé que puede parecerte difícil de entender…— Cam lo interrumpió.

—Para mí no, padre, yo lo entiendo. Creo que, aunque no lo reconozcas, te resistías a casarte con alguien a quien no habías elegido tú, pero si no tenías más remedio que hacerlo, al menos antes disfrutarías de un poco de libertad. —Alexander se encogió de hombros.

—Puede que tengas razón —admitió. Y conociéndolo, aquella confesión era un gran paso—. Uruk me sorprendió en muchos aspectos que no esperaba. En cuanto llegué, me sentí identificado con aquella tierra inhóspita, y enseguida pedí a un guía local que me llevara al yacimiento arqueológico que estaba en medio del desierto. Hacía solo unos años que se había descubierto enterrada en la arena la milenaria ciudad de Uruk y todavía quedaba mucho por descubrir. Me emocioné al pasear por los estrechos caminos de tierra, todavía medio enterrados, y tuve en mis manos algunos de los objetos que se habían encontrado después de tantos siglos, ocultos bajo toneladas de arena y de roca; los observé con admiración, pensando que era posible que Shamash, nuestro antepasado, los hubiera tenido antes en sus manos. Me gustó tanto la sensación, que volví durante los siguientes días al yacimiento juntándome con algunos turistas, no demasiados, que como yo querían ver qué quedaba de una de las primeras ciudades de nuestra civilización. Varios nos animamos a trabajar como voluntarios ayudando a cavar, limpiar o a hacer lo que nos dijeran. Estuve viviendo allí, en pleno desierto, sin ninguna comodidad cerca de una semana hasta que— bajó de nuevo la mirada hacia sus manos como si recordara, y cuando volvió a levantarla sus ojos habían cambiado y estaban llenos de una extraña emoción —, de repente, un día todo cambió. Lo que yo había estudiado en tantos libros y manuscritos sobre nuestra historia, las leyes de la época, incluso lo que ocurrió entre el primer *Guardián,* Sennefer y Lilith, todo se convirtió en algo real. No era una leyenda más de la que hablaban los libros, sino que pasó a ser parte de mi historia, me sentí como si yo también hubiera estado allí y lo hubiera vivido todo. Y el hecho de ser *El Guardián* adquirió un nuevo sentido para mí. ¿Entiendes? —Cam asintió en silencio deseando que siguiera hablando— Había varias mujeres entre los voluntarios, una de ellas era una muchacha callada de mirada inteligente que llegó antes que yo y que me ayudó con su experiencia. Se llamaba Beatrix. Cuando decidí marcharme y me despedí de ella, me contestó que también tenía

que volver. —De repente, la voz de Alexander cambió, adquiriendo un leve tono de súplica que sorprendió todavía más a su hijo— Entiende que todo en el campamento era muy rudimentario. Para que los extranjeros pudiéramos dormir allí, los guías locales nos construían en pocos minutos una carpa que consistía en varios palos clavados en la arena, sobre los que extendían una tela larga para protegernos algo del sol y del frío de la noche. Ellos dormían todos juntos al lado de la hoguera puesto que, cuando el sol caía, refrescaba bastante. Y la única posibilidad de marcharnos de allí era en un carro que venía por las mañanas a traer comida y bebida y en el que yo iba a volver al día siguiente; me refiero al día siguiente a la noche en que le dije a Beatrix que me marchaba. Ella y yo cenamos juntos esa noche y yo estaba eufórico y me temo que bebí más de la cuenta. —Cam se removió en el asiento, incómodo, preguntándose si quería que su padre siguiera hablando o no. Sentía que no le iba a gustar nada lo que le iba a contar a continuación, pero permaneció callado, escuchando. —Después, no recuerdo muy bien lo que ocurrió—musitó Alexander—, he pensado en ello millares de veces, pero…— se pasó la mano por el pelo canoso con gesto de frustración y Cam se dio cuenta, por primera vez, de que él también hacía ese gesto cuando estaba nervioso—… cuando me desperté al día siguiente Beatrix y yo estábamos en mi camastro, desnudos— confesó por fin. Cam intentó contestar con naturalidad.

—Bueno, no es que sea muy edificante, pero te aseguro que lo entiendo. Es más, no tenías por qué habérmelo contado; tú mismo acabas de decir que ni siquiera conocías a mamá por entonces. —Alexander comenzó a negar con la cabeza con aspecto de culpabilidad y Cam se detuvo.

—¡Ojalá solo fuera eso! —La desolación que había en su voz hizo que Cam se diera cuenta de que lo que iba a contarle era terrible, al menos desde el punto de vista de su padre—. Al día siguiente estaba muy mareado y por más que intentaba recordar lo que había pasado la noche anterior, no era capaz. Llegó el carro y Beatrix y yo nos fuimos juntos a la ciudad. Con el tiempo me di cuenta de que durante la cena ella me había echado algo en la bebida para conseguir anular mi voluntad—reconoció, avergonzado. Cam ahogó un jadeo producido por la sorpresa, pero Alexander siguió hablando como si no lo hubiera escuchado —. El carro nos dejó en mi hotel y ella subió a mi habitación conmigo. Dejé que lo hiciera pensando que sería mejor que estuviéramos a solas para hablar tranquilamente porque, por la actitud que había mostrado esa mañana, estaba claro que lo

ocurrido la noche anterior no significaba lo mismo para mí que para ella. Pero lo más extraño ocurrió cuando entramos en mi habitación, porque entonces se comportó de forma muy distinta a cómo lo había hecho los días que habíamos pasado juntos en la excavación. Dejó de ser una muchacha tímida y apocada y comenzó a actuar como una mujer autoritaria sin pizca de timidez. Todavía la recuerdo como estaba en ese momento, con el pelo negro y suelto y los ojos completamente rojizos.

—¿Era una vampira?

—Sí, creí que ya te lo había dicho —contestó Alexander, sorprendido por la pregunta.

—No, pero no importa. Era solo curiosidad —murmuró Cam, sintiendo que el adjetivo horroroso ni siquiera se iba a acercar a lo que estaba a punto de confesarle su padre.

—Cuando llegué al hotel pedí en la recepción que nos subieran café a la habitación porque todavía no era capaz de pensar con claridad. Creo que esperaba que el café me ayudase a decirle a Beatrix lo que quería con el menor daño posible para los dos, pero cuando nos lo trajeron ella ya había empezado a decir la verdad. Me confesó, sin ningún remordimiento, que hacía años que su padre me vigilaba; ella y su padre vivían en Irlanda, pero nunca dijo nada sobre su madre. —Cam abrió la boca incapaz de seguir callado, pero su padre le hizo un gesto con la mano—. Espera un momento, hijo. Enseguida lo entenderás—murmuró. —Beatrix había crecido, gracias a su padre, obsesionada por mí, mejor dicho, por la figura de *El Guardián.* Por eso, cuando se enteró de que yo estaba preparando un viaje para visitar la excavación de Uruk, ambos decidieron que ella también iría. Incluso se anticipó a mí unos días, de esa manera estaban seguros de que no desconfiaría de ella. Yo estaba tan aturdido que no era capaz de contestar. Beatrix continuó hablando sobre las locuras que su padre le había transmitido, asegurando que había llegado el momento de volver a reunir las fuerzas más poderosas que habían gobernado nunca el mundo—Alexander se detuvo un momento para aclarar—: por supuesto, se refería al comienzo de la Edad Antigua en Mesopotamia. Dijo que de nuestra unión saldría una nueva dinastía que gobernaría sobre todos los habitantes de la tierra, ya fueran vampiros o humanos. —Cam no pudo seguir callado.

—¿Acaso estaba loca? —Alexander hizo una mueca antes de contestar.

—Eso mismo le pregunté yo, pero cuando me contestó fui yo el que casi pierdo la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—Que me confesó con una sonrisa presumida que era descendiente de Sennefer. Y entonces dudé de si todo aquello no sería una pesadilla porque me parecía imposible que algo así pudiera ser real, estaba seguro de que o ella estaba loca o lo estaba yo. Beatrix siguió hablando de sus planes, pero yo no era capaz de escucharla. Tenía la cabeza muy pesada y me sentía como si no tuviera voluntad, algo que no me ha vuelto a pasar nunca más. Utilizando toda la energía que me quedaba, me enfrenté a ella y le pregunté si me había echado algo en el café; como respuesta, se echó a reír y se desnudó, luego, cogió mi mano y me llevó hasta la cama sin que yo pudiera negarme, aunque odiaba la idea de acostarme con ella. Después de desnudarme lentamente, me ordenó que me acostara y se tumbó a mi lado y no recuerdo nada más. Como la noche anterior, me desperté aturdido y con el mal sabor de boca de saber que Beatrix se había aprovechado de mí ya dos veces. Ella seguía dormida, a mi lado, y tomé la salida más sencilla y me marché sin despertarla. Cogí el primer barco que salía de allí, uno que iba a Francia y desde allí volví a casa.

—¿Qué pasó después?

—En cuanto llegué a mi casa, se lo conté a mi padre y él me regañó diciendo que no me había criado para que alguien como Beatrix pudiera engañarme. Pero tu abuelo en ningún momento creyó que fuese descendiente de Sennefer y me tranquilizó, asegurando que era imposible que lo fuera. Después, tomó medidas para que ni ella, ni nadie de su familia pudieran acercarse a nosotros. Ya teníamos hombres que protegían nuestra casa, pero mi padre aumentó el número de los guardias y nunca volví a verla. Con el paso de las semanas, en la tranquilidad de mi casa, yo también me dije que Beatrix, como parecía claro por su forma de actuar, estaba loca y había mentido sobre sus orígenes —suspiró antes de seguir—. Y eso era lo que yo creía hasta que, hace poco, me enteré de que era cierto que Beatrix se apellidaba Sennefer— confesó con voz afligida. Cam sintió que los pelos de la nuca se le ponían de punta antes de preguntar:

—¿Quieres decir que…?

—Que no mentía cuando me dijo que era descendiente de Mortein Sennefer, el Sumo Sacerdote de Lilith al igual que yo lo era de Shamash, el primer Guardián de Uruk. Y que su plan era unir las dinastías de los dos formando una nueva.

—¿Sabes si intentó llegar hasta ti en alguna otra ocasión?

—Un par de veces, pero dejó de intentarlo en cuanto me casé con tu madre y creí que jamás volvería a saber nada de ella.

—¿Y qué ha cambiado para que me lo cuentes ahora? —Su

padre estaba pálido y, aunque su mirada estaba llena de algo que Cam no sabía si era vergüenza o arrepentimiento, no apartó sus ojos de los suyos.

—Porque nueve meses después de que ella y yo nos… uniéramos, tuvo un hijo —reveló, avergonzado. Cameron se levantó y apoyó las manos sobre la mesa. Inclinándose sobre él, gritó:

—¡Padre! ¿Tú lo sabías? —Alexander también se levantó y se quedó mirando a su hijo. Su rostro mostraba el dolor que le había producido que creyera eso de él, pero contestó a su pregunta con sorprendente tranquilidad, mirándolo a los ojos.

—Jamás, hijo. Ni siquiera se me ocurrió que podía haberse quedado embarazada, aunque suene ingenuo. Puede que fuera porque tampoco fui consciente de haberme acostado con ella —murmuró—. No, Cam, no sabía nada—repitió, muy sereno—. Me he enterado hace solo unos días, es lo que quería decirte el otro día en casa.

Cam conocía a su padre y sabía que no le mentiría en algo así. Había sido duro y exigente con él, mientras lo preparaba para las responsabilidades que caerían sobre sus hombros cuando se hiciera cargo de su legado, pero era el hombre más honesto que había conocido. Buscó en su mente algo que pudiera decirle que le sirviera de consuelo, aunque lo que realmente quería preguntar era qué había sido de ese niño, pero antes de que pudiera decir nada, alguien llamó a la puerta de la biblioteca provocando que Alexander confesara:

—Ahora entenderás porqué me sentía tan reacio a contarte todo esto. —A continuación, se levantó a abrir. Era Killian Gallagher, Alexander estrechó su mano y dijo—: Pasa, Killian, por favor.

Cam se levantó para saludarlo con un abrazo.

—Hasta hace unos minutos no sabía que ibas a venir —reveló, mirándolo a él y a su padre alternativamente, sin entender qué hacía allí. Sobre todo, porque él todavía tenía muchas preguntas que hacerle a su padre.

—Alexander creyó que sería mejor que yo hablara contigo después de vuestra conversación. Tengo unos documentos que debes ver —le contestó Killian poniendo una mano en su hombro y apretándolo suavemente, como si intentara darle fuerzas. En ese momento, Cam se dio cuenta de que llevaba una carpeta en la otra mano y dijo, algo irónico:

—Como dice mi padre…es mejor que nos sentemos.

—Claro —contestó Killian.

Seguramente por costumbre ya que era lo que hacía cuando

presidía las reuniones secretas que se celebraban en esa biblioteca, se sentó presidiendo la mesa y padre e hijo lo hicieron a su izquierda y a su derecha respectivamente. El juez sacó unos papeles, de aspecto antiguo, de la carpeta y los dejó frente a él. A continuación, se giró hacia Cam.

—Ya sabes que hace unas semanas recibí en mi casa una carta de Joel Dixon donde explicaba que Violet no era su hija. —Atónito por el giro que había dado la conversación de repente, Cam solo fue capaz de asentir con la cabeza antes de que Killian siguiera hablando—: En ella me decía, entre otras cosas, que él no era el verdadero *Maestro* sino un individuo que se llamaba Sanderson y que se hacía pasar por su mayordomo.

—Lo sé, y también que Cian y Devan dijeron que hace unos años, en este club, hubo un bibliotecario que se llamaba así y que murió.

—Exacto —contestó Killian—. Lo que no te dije fue que en su carta Joel Dixon también aseguraba que Sanderson se creía descendiente de Sennefer, pero sí se lo conté a Alexander. —Cam miró a su padre que aclaró:

—En cuanto me lo dijo, le confesé lo ocurrido con Beatrix, aunque me parecía una locura pensar que ella pudiera tener algo que ver con Sanderson. Después de pensarlo mucho, Killian me dijo que esperara a que él lo investigara, por eso no te lo dije el día de la comida, aunque intenté prepararte para una noticia tan terrible si llegaba a ser cierto. Si hubiera estado seguro, te lo habría dicho, aunque fuera nuestro primer encuentro después de tantos años sin hablarnos. —Cam se había quedado mudo y Killian siguió explicándole como había ocurrido todo.

—Como no teníamos ninguna otra pista decidí investigar lo que Cian y Devan me habían dicho, sobre todo porque Sanderson es un apellido extraño entre los miembros de nuestra especie; y, cuando lo hice, descubrí que tenían razón. *Un desconocido* se había hecho pasar por sobrino del que fuera bibliotecario de este club cuando murió, y de esa manera pudo hacerse con todo su patrimonio. Por casualidad, durante la investigación dimos con esto. —Cogió uno de los documentos de la carpeta y se lo entregó a Cam que lo leyó atentamente. Era un antiguo certificado de nacimiento firmado por un doctor escocés, que aseguraba que había ayudado a una hembra vampira llamada Beatrix Sennefer a dar a luz a un niño, al que llamó Martin Sennefer. En el documento el padre aparecía como desconocido. —Estoy seguro de que ese niño es Sanderson o *El Maestro*, como prefieras llamarlo—afirmó Killian sin titubear. Cam dejó el documento sobre la mesa y miró a su padre, que estaba mortalmente serio y

que solo dijo:

—La fecha del parto coincide con los días en los que estuvimos juntos. Lo siento, hijo.

Killian continuó explicando cómo había ocurrido todo:

—En cuanto tuve el certificado de nacimiento se lo enseñé a Alexander. Desgraciadamente esta información no solo os incumbe a vosotros, hay que comunicárselo a los demás para pensar en las medidas que tenemos que tomar. Esto cambia toda la visión que teníamos sobre *El Maestro*.

—Lo entiendo —murmuró Cam, sintiéndose como si estuviera en una pesadilla de la que no podía despertar. Se volvió hacia su padre y preguntó—: ¿Lo sabe mamá?

—Lo que ocurrió en Uruk, hace muchos años. Y lo de… Sanderson el mismo día que Killian me contó lo que decía Joel Dixon en la carta, que fue el día antes de que vinierais a comer a casa.

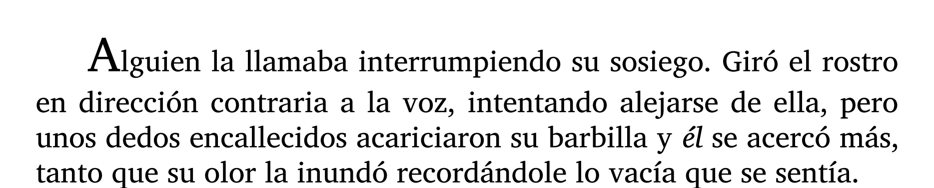
—Ahora entiendo por qué no me lo dijiste en ese momento. Pero no sé cómo voy a poder acostumbrarme al hecho de que el sádico hijo de puta responsable de la muerte de tantos inocentes sea mi hermanastro —murmuró, casi para sí mismo, mirando al vacío sin darse cuenta del sobresalto que sus palabras provocaron a su padre. Pero cuando lo miró y vio la culpabilidad y el remordimiento en el rostro de Alexander, se arrepintió de lo que había dicho y le pidió disculpas en voz baja.

Killian carraspeó y se levantó. Antes de marcharse, dijo:

—Creo que es mejor que habléis un rato a solas, pero los próximos días organizaré una reunión para tratar esta información en el círculo de confianza. Como sabéis, no están ni Burke ni Stuart, pero estoy seguro de que los demás acudirán.

Se despidió de padre e hijo y se marchó, dejándolos solos.

DIECISIETE



Alguien la llamaba interrumpiendo su sosiego. Giró el rostro en dirección contraria a la voz, intentando alejarse de ella, pero unos dedos encallecidos acariciaron su barbilla y *él* se acercó más, tanto que su olor la inundó recordándole lo vacía que se sentía.

—Violet, abre los ojos. Sé que estás despierta —ordenó Stuart con voz autoritaria, acariciándole la mejilla y la frente. Ella obedeció, solo para decirle que la dejara dormir. Pero en cuanto lo vio, recordó lo que había pasado en la colina.

—¿Cómo estás? —susurró, preocupada.

—Bien, gracias a ti. No tenías que haberme dejado beber tanto —la regañó. Violet se encogió levemente de hombros.

—Enseguida me recuperaré. Solo tengo que dormir un poco — se quejó.

—Llevas todo el día durmiendo. Solo te has levantado un par de veces para ir al baño, pero no has comido nada. —Ella recordó vagamente que Alfonsina le había subido comida en una bandeja, pero estaba tan agotada que había sido incapaz de probarla.

—No tengo hambre.

—¿Y sed? —preguntó él. Estaba pálido y tenía ojeras, pero su aspecto era mucho mejor que la última vez que lo había visto.

—Tampoco. Déjame dormir un poco más, luego comeré — prometió, volviendo a cerrar los ojos sin ganas ni fuerzas de seguir hablando.

—No —se negó él, asustado.

Conocía esa apatía mortal que se había alojado en ella, la había visto antes. Algunos vampiros abrazaban su muerte sin luchar cuando esta se presentaba de forma serena y sin dolor, casi placentera. Pero Violet no moriría ese día. Ya era de noche y solo ellos dos estaban en la Casa Grande a esas horas, por lo que se

desnudó y se sentó en la cama a su lado; pero en esta ocasión lo hizo con la espalda apoyada en el cabecero de la cama y las piernas estiradas. A continuación, se inclinó sobre ella y la levantó a pulso, sentándola sobre su regazo. Acarició su pelo tiernamente y musitó, junto a su oído:

—No consentiré que mueras y me dejes aquí solo.

Si se negaba a comer, tenía que beber sangre y él se encargaría de que no pudiera negarse a hacerlo. Acomodó su cabeza de forma que estuviese cómodamente apoyada sobre su pecho, pensando que sería la forma más sencilla para ella de beber de él en sus condiciones y, con un cuchillo que había dejado un rato antes en la mesilla se hizo una pequeña herida en el pecho, junto al corazón. Tiró el cuchillo sobre la cama y acercó la boca de ella a la herida por la que ya había empezado a manar la sangre para que bebiera, pero no reaccionó. Siguió con los ojos cerrados e intentó apartarse con un quejido.

—Bebe, Violet —ordenó de nuevo, pero ella siguió sin obedecer. Entonces Stuart mojó su propio índice en el hilo de sangre que le caía por el pecho en dirección al vientre y frotó los labios femeninos con él, aunque sin obtener ninguna reacción. Volvió a mojarse el índice con su sangre y separando suavemente los labios de Violet, lo rozó con su lengua. Tardó unos segundos, pero Stuart supo que lo había conseguido cuando ella paladeó el sabor, aunque para estar seguro, volvió a hacer que probara la sangre un par de veces más y, a continuación, acercó la boca de ella hasta que le rozó la herida del pecho; entonces Violet reaccionó con un gemido y comenzó a lamer la sangre con lentitud al principio, pero sus movimientos se fueron haciendo, poco a poco, cada vez más enérgicos. Él no dejaba de mirarla mientras le apartaba el pelo del rostro para que no le molestara y le acariciaba los brazos.

Durante las largas horas en las que había esperado a que despertara sentado junto a ella, se había maldecido mil veces por haber sido tan cobarde y no haberle dicho lo que sentía de verdad, y se había jurado otras tantas que, desde ese momento, solo viviría para hacerla feliz. Y mientras ella bebía de él, brotaron de sus labios las palabras rituales con las que un macho ofrecía su sangre a su *velisha*, si había tenido la suerte de encontrarla:

—Bebe de mí, amor mío y disfrutemos del tiempo que los dioses nos otorguen. —Cuando esas palabras salieron de su boca, la sombra que lo había acompañado durante tantos años desapareció. Violet dejó de beber y lo miró.

—¿Por qué dices eso? —murmuró, con voz ronca,

reconociendo el *ofrecimiento* de los vampiros a sus *velishas*.

—Me ofrezco a ti con todo lo que soy. Te pertenezco, mi cuerpo y mi alma son tuyos —continuó diciendo él, sin contestarla. Y por primera vez, Violet pudo ver la verdad en sus ojos, esta vez no le ocultó nada y a ella se le escapó un jadeo ahogado—. Bebe, Violet, luego hablaremos. Todavía estás lejos de haber tomado lo que necesitas para vivir—afirmó.

—Pero…

—Bebe —volvió a ordenar, empujando su cabeza suavemente para que volviera a acercar su boca a la herida. Ella obedeció y siguió bebiendo hasta que sintió que estaba llena; cerró la herida con su lengua y descansó la cabeza sobre el pecho masculino. Sentía la tensión que lo había invadido, igual que ella sentía crecer la excitación en su cuerpo por haber bebido de él. Sabiendo que, si ella no lo empezaba, Stuart tampoco lo haría, deslizó la boca por su pecho hasta encontrar uno de sus pezones y lo lamió. Sonrió al escuchar su ronco gruñido, casi animal, y envalentonada por su reacción mordió suavemente el pezón y tiró de él, dándole el mismo tratamiento que Stuart había dado a sus pechos cuando habían hecho el amor. Reconoció el siseo que hacían sus colmillos alargándose y levantó el rostro para mirarlo.

Él estaba respirando con la boca entreabierta por donde asomaban sus afilados colmillos, sus ojos estaban rojos y su rostro rígido de deseo. Su miembro se había alargado y endurecido y deseaba tanto hundirse en Violet y beber de su vena que no podía pensar en otra cosa. Ardía de deseo por ella y saber que ella sentía lo mismo, provocó que la decisión que había tomado de esperar a que se encontrara mejor, desapareciera. Agarrando el camisón que llevaba, se lo quitó y lo lanzó al otro lado de la cama y la besó, hambriento por su sabor. Sus lenguas se acariciaron, serpenteando la una contra la otra hasta que él se apartó jadeando y confesó:

—Nunca tendré suficiente de ti. —Volvió a besarla con un gruñido y ella le respondió con la misma avidez. Sin dejar de besarla amasó sus pechos, pellizcando sus pezones sin piedad, haciéndola gimotear por el goce que le hacía sentir. A continuación, la mano de Stuart descendió, disfrutando de la suavidad de la piel femenina hasta llegar al pubis donde se detuvo, ahuecándola sobre él como si lo protegiera; después lo frotó suavemente con la palma y ella elevó las caderas pidiéndole más. Al sentir su humedad en la mano, él supo que ya estaba preparada para recibirlo y alzándola de nuevo, la tumbó a su lado, bocarriba. Ella separó los muslos para hacerle sitio y él se tumbó entre ellos—. ¿Estás segura de que te encuentras bien para

esto? —Se había preocupado repentinamente al ver que había cerrado los ojos, pero cuando lo miró, vio que en el fondo de ellos ardía una hoguera rojiza encendida por el deseo. Tranquilizado, empujó sus caderas para frotar su miembro con la entrada de su vulva y ella se retorció debajo de él, siseando y agarrándose a sus antebrazos. Stuart bajó la cabeza para capturar un pezón entre sus labios y comenzó a lamerlo y a morderlo glotonamente, deleitándose con su textura y consiguiendo que el suave botón se endureciera una vez más en su boca. Violet sintió que su vientre ardía y se frotó, impaciente, contra su miembro, pero él dedicó su atención al otro pecho.

—Stuart —susurró. Él levantó el rostro de su pecho y la miró al detectar la súplica en su voz—. Bebe de mí. —Se había acostumbrado a que bebieran el uno del otro cuando hacían el amor. Él acarició su cuello lentamente con la yema de los dedos y Violet se sujetó a sus hombros preparándose, pero Stuart se negó:

—Todavía estás débil para un intercambio de sangre.

—Si bebes solo un poco no me afectará. Además, en el internado escuché que los vampiros, cuando estaban heridos o enfermos, se recuperaban antes si compartían su sangre con su pareja mientras hacían el amor con ella. —Él la miró con los ojos entornados pensando que le tomaba el pelo, pero ella le devolvió una mirada llena de inocencia.

—Pero ¿qué demonios te enseñaban en ese colegio? —balbuceó él, incrédulo, haciéndola reír—¿Estás segura de que te sientes bien para eso? —Ella asintió y se lamió el labio inferior y él interceptó su lengua, capturándola con la suya. Cuando se apartó, ella suplicó:

—Sí. Por favor, hazlo.

Stuart afirmó con la cabeza una vez y se inclinó sobre su cuello. Olfateó delicadamente la piel para encontrar el lugar adecuado y, a continuación, la mordió. Violet sintió un instante de dolor por el mordisco que desapareció en cuanto él comenzó a beber de ella. Después de tomar dos sorbos, se movió ligeramente para colocarse en posición y con un golpe de cadera, la penetró. Ella aulló de placer y lo abrazó por el cuello, levantando las piernas para rodearlo con ellas con la intención de que la penetrara más profundamente.

Stuart dejó de beber enseguida preocupado por su debilidad y lamió los pinchazos sin dejar de entrar y salir de ella; incrementó poco a poco la velocidad de sus acometidas, besándola y acariciándola, buscando el placer de Violet por encima del suyo. La reveló su adoración de todas las formas posibles y, cuando sintió las contracciones de su vagina abrazando su pene, la devoró

con el beso más intenso y profundo que le había dado nunca mientras él también llegaba al orgasmo.

Cuando recuperó la respiración se apartó de ella para tumbarse a su lado, sosteniéndola contra su pecho. Era incapaz de soltarla y de dejar de acariciar su espalda con movimientos lentos y relajantes. Subió las sábanas para tapar sus cuerpos y los dos se quedaron en silencio, temiendo que sus palabras estropearan lo que acababa de ocurrir. Stuart estaba convencido de que ella se dormiría enseguida, pero como solía ocurrir, lo sorprendió al murmurar poco después:

—¿Por qué me has hecho el *ofrecimiento*? —Se refería a las palabras rituales que había utilizado mientras bebía de él. Ella estaba esforzándose para mantenerse despierta porque quería saber si lo que había sentido era cierto. Que todo había cambiado.

—Porque te quiero Violet, siempre te he querido. Desde el principio. Cuando te conocí creía que no tenía derecho a ser feliz y aún siento que no lo tengo, pero has estado a punto de morir— algo vibró en su pecho y fue tan doloroso que Stuart tuvo que detenerse durante un instante, antes de seguir hablando —, y mientras esperaba a que despertaras me he jurado que, si traspasabas el velo para marcharte al *otro lado,* te seguiría sin dudarlo; pero que si te recuperabas nunca más te negaría las palabras que te pertenecen. Y es que soy tuyo Violet, desde el primer momento—confesó humildemente. Una lágrima cayó por la mejilla de ella mientras decía con voz estrangulada:

—Yo también soy tuya. A veces estaba tan enfadada contigo que te hubiera matado, pero no he podido dejar de quererte. —Stuart la besó y murmuró:

—Lo siento, Violet. Sabía que te estaba haciendo daño, pero mi propio dolor me cegaba. ¡Me porté tan mal con ella! —Violet se irguió y le tapó la boca con la mano, obligándolo a detenerse.

—Escúchame, Stuart. Te conozco y sé que no serías capaz de tratar mal a tu mujer a sabiendas; y si te sientes culpable porque estabas en la guerra —él la interrumpió antes de que siguiera.

—Nunca me he sentido culpable por eso, aunque es lo que les decía a todos. La verdad es que Nessa era una mujer buena que se merecía a un marido que la quisiera de verdad, que sintiera que le faltaba el aire si no la tenía cerca. —Su mirada había estado perdida en el vacío, recordando, pero en ese momento la bajó para mirar a Violet, que tenía la cabeza apoyada en su pecho. —Pero eso lo sé ahora porque así es como te amo a ti. Cuando te conocí, el remordimiento que había sentido desde que Nessa y el niño murieron

aumentó, porque entonces me di cuenta de lo tibios que

habían sido mis sentimientos hacia ella—declaró, apenado—. Al darme cuenta de lo mal que la había tratado en ese sentido, me juré no volver a emparejarme con nadie, convencido de que no merecía ser feliz.

—¿Y ahora? —Él hizo una mueca.

—Ahora lo quiero todo contigo. Y me harías el vampiro más feliz de la tierra si aceptaras que nos casáramos. —Ella irguió la cabeza y se lo quedó mirando, atónita. —¿No quieres casarte? —preguntó, extrañado por su mirada.

—No es eso. He soñado con encontrar a alguien que me quisiera desde que tengo memoria —confesó ella a su vez—, pero han pasado tantas cosas y en tan poco tiempo… ¿Podemos discutir lo del matrimonio en otro momento?

—Claro, no hay prisa. Ahora, duérmete, necesitas descansar. Mañana cuando te despiertes, puedes contestarme —bromeó.

Ella sonrió cerrando los ojos y apoyó la mejilla sobre su corazón, quedándose dormida al compás del reconfortante sonido de sus latidos.

DIECIOCHO



Uruk, Mesopotamia
Siglo XXI A.C.

Sennefer supo que algo andaba mal en cuanto notó que la puerta del zigurat estaba abierta de par en par. Se quedó inmóvil hasta que vio las figuras de un par de soldados salir y quedarse en la entrada, vigilando. Rápidamente, se dio la vuelta y desanduvo sus pasos pensando frenéticamente qué hacer, cuando observó un movimiento por el rabillo del ojo en una callejuela que había a su derecha. Era Marduk, que parecía muy nervioso mientras le hacía señas para que se acercara. Cuando Sennefer llegó junto a él, Marduk se tapó el rostro con la túnica dejando a la vista solo sus ojos y susurró:

—Mi señor, deberíais cubriros. Los soldados os buscan, debemos escondernos. —Sennefer obedeció y se envolvió la cabeza con la túnica tal y como había hecho él. A continuación, Marduk dijo—: seguidme. —Se dio la vuelta y solo habían dado un par de pasos cuando Sennefer masculló entre dientes:

—¿Dónde está ella? —El sacerdote se volvió hacia él y susurró, casi sin voz:

—Se la han llevado los soldados hace una hora. A ella y al resto de los sacerdotes excepto a mí, porque he podido esconderme antes de que me vieran.

—¿Quién se ha atrevido? —rugió Sennefer, pero Marduk lo interrumpió antes de que terminara la frase.

—Uno de los soldados ha dicho que la orden venía del consejo de ancianos. —El Sumo Sacerdote negó con la cabeza,

sabiendo que eso era imposible.

—El único que ha podido atreverse a hacer algo así es *El Guardián* —aseguró, deseando poder enfrentarse a él en ese momento—. No me importaría morir si antes pudiera arrastrarlo conmigo al infierno—juró, rabioso.

—Mi señor, si no nos movemos, nos encontrarán. Creo que ahora mismo solo quedan esos dos soldados —señaló con la barbilla a los dos que estaban en la puerta del zigurat—, pero los otros volverán para buscaros.

—¿Has cogido *El Libro de los Muertos*? —Marduk sacudió la cabeza negativamente e intentó explicarse.

—Era de madrugada cuando los soldados han empezado a golpear la puerta y el sacerdote que había guardándola, fue a buscar a mi señora. Todos nos despertamos sobresaltados, pero ella estaba tranquila. Cuando me vio me dijo que la acompañara al arcón escondido para buscarlo, pero el libro ya no estaba allí, alguien se lo había llevado. Después, me ordenó que me escondiera dentro del arcón y que esperara a que los soldados desaparecieran. Ella sabía que venían a por ella y, a pesar de eso, se ha marchado tranquila, segura de que vos podíais salvarla. Pero si seguimos aquí y los soldados nos capturan, no habrá esperanza para ella —dijo respetuosamente—. Cuando se han marchado, me he escabullido por la puerta trasera y me he quedado en esta callejuela. Mi señora me ha ordenado que esperara a que volvierais y os contara lo ocurrido.

—Guíame, te seguiré —ordenó Sennefer en voz baja, aunque tenía el pecho encogido por la furia y el remordimiento. Lilith estaba en el zigurat precisamente porque él le había pedido que lo esperara allí; quería contarle enseguida cómo había ido la entrevista con los soldados que se iban a encargar de asesinar a Shamash. Estaba seguro de que él era el culpable de aquella detención traicionera, hecha de madrugada. Y se juró que lo pagaría, aunque tardara toda la vida, o varias, en conseguirlo.

Callejearon durante algo más de media hora y Sennefer se dio cuenta de que no pasaron por ninguna de las cuatro calles grandes que había en la ciudad, solo se deslizaban por callejones o pasadizos y a él le parecía que no avanzaban. Pero finalmente Marduk se detuvo frente a la puerta de una casa, que a Sennefer le pareció igual que las demás, en el barrio más pobre de la ciudad. El Sumo Sacerdote entró detrás de Marduk que cerró la endeble puerta de la vivienda, en cuanto encendió una vela para poder ver algo. La casa era poco más que una choza con el piso de tierra y con una única estancia, pequeña y cuadrada, en la que ahora estaban ellos. En un rincón quedaban los restos de una

lumbre, en el centro una mesa desvencijada con dos sillas y al fondo, un camastro.

—Por favor, señor, sentaos. Esta casa era de mis padres que murieron hace años, pero siempre la he mantenido por si pudiera necesitarla algún día —confesó Marduk.

Sennefer utilizó una de las sillas con cuidado, temiendo acabar en el suelo y, ya sentado, pensó en que precisamente el sacerdote al que más odiaba acababa de salvarle la vida.

—¿Te ha dicho ella qué quiere que haga? —le preguntó.

—Que encontréis el *Libro*. Está segura de que van a matarla, pero si lo encontráis podéis realizar el ritual para que renazca como inmortal.

El Sumo Sacerdote inclinó el rostro en silencio, sin saber cómo iba a conseguir quitarle el libro a *El Guardián* que contaba con el ejército a su lado, mientras que ellos solo eran dos. Pero con Nammu había aprendido que siempre había más de una manera de llegar al mismo fin, y solo tuvieron que pasar unos minutos hasta que se le ocurrió una idea:

—Si el libro lo tiene Shamash en su poder, es imposible recobrarlo, al menos de momento. Aunque puede que no lo necesitemos, basta con saber realizar el ritual —musitó, hablando consigo mismo. Marduk parpadeó y contestó modestamente:

—Pero, señor, no sabemos cómo es… —Sennefer lo interrumpió con los ojos entornados, mientras en su mente se fraguaba un plan desesperado igual que la situación en la que se encontraban.

—Pero ella sí. Se sabe el ritual de memoria, a pesar de lo complicado que es y podría dictárselo a un escribano— aseguró con los ojos brillantes mientras el plan cobraba vida en su mente.

—Jamás dejarían que os acercarais a ella.

—Es cierto. Yo soy demasiado conocido, pero tú no.

—Señor…— comenzó a decir Marduk, pero Sennefer volvió a interrumpirlo sin importarle lo que el humilde sacerdote iba a decir.

—Claro que para eso necesitamos encontrar a un guardia que tenga acceso a ella y al que le guste el oro para que le entregue un mensaje. Si ella dice al consejo de ancianos que está arrepentida y que desea dejar por escrito ese arrepentimiento por el bien de su espíritu, podría pedir un escribano al que le pueda dictar todas sus faltas y los cómplices que le han ayudado a cometerlas; según nuestra ley, el consejo no puede negarle esa petición, aunque ya estuviera condenada. Pero ese escribano serás tú y lo que te dictará en realidad será el ritual del *Libro de los Muertos*. —Marduk solo parpadeó un par de veces y Sennefer

continuó diciendo mientras visualizaba en su mente todo el plan —: Esto es lo que vamos a hacer…



Volterra, 4 de febrero de 1887

Violet estaba terminando de peinarse frente al espejo de su tocador cuando tuvo que bajar los brazos para descansar un momento. Y hasta ella llegó la pregunta de Stuart que había estado ojeando un libro de agricultura de su tío junto a la ventana, mientras la esperaba.

—¿No prefieres que cenemos solos? —Se acercó a ella y dejó el libro sobre el tocador. De pie junto a su espalda, apoyó la mano en su hombro y con el índice acarició su cuello suavemente. —Estás pálida, cariño. —Ella se estremeció cuando los ojos de los dos se encontraron a través del espejo.

Aunque él se había recuperado en unas pocas horas ella seguía estando cansada, pero no pensaba pasar ni un momento más en la cama; sobre todo porque esa noche iban a cenar con ellos Giulio, Melissa y su padre. A estos últimos Giulio les había contado lo ocurrido o, mejor dicho, lo que él creía que había ocurrido, que era que a Stuart le había alcanzado accidentalmente el disparo de un cazador.

—Estoy bien, solo algo cansada —contestó Violet.

—Podríamos aplazar la cena a otro día —insistió él, pero Violet se levantó y girándose, lo miró.

—No quiero seguir en la cama y me apetece mucho esta cena —contestó dándole un beso junto a los labios. Stuart hizo una mueca porque si fuera por él se quedaría en la cama, recuperándose, unos cuantos días más; pero al menos ella le había prometido que si se encontraba mal, se iría a la cama estuvieran todavía los invitados o no.

—¡Qué pronto has aprendido a manejarme! —refunfuñó en broma y ella sonrió haciendo un mohín.

—Tú tienes tus habilidades y yo las mías —afirmó con los ojos brillantes. Stuart cedió a la tentación y la besó. Cuando se separaron poco después, él la observó detenidamente y dijo, orgulloso:

—Al menos ahora tienes mejor cara. —Violet se miró en el espejo y vio que se había sonrojado. Stuart rio por lo bajo y la cogió de la mano, entrelazando sus dedos con los de ella y llevándola hacia la escalera. —Te lo advierto, nada de sobremesa, que cenen y se vayan—advirtió, intentando parecer severo. Ella lo observó en silencio con las cejas arqueadas, ocultando una sonrisa de felicidad—. Vamos. Tienen que estar a punto de llegar.

Estaban terminando de bajar las escaleras cuando sonó el timbre, y el padre de Chiara salió de la cocina en dirección a la puerta, pero Stuart le dijo:

—Ya abrimos nosotros, Flavio —Él asintió y volvió a la cocina. Stuart y Violet abrieron a Giulio, Will y Melissa. Giulio se dirigió enseguida a Violet y la abrazó:

—Estaba muy preocupado, Caroline. Ayer por la tarde vine a verte, pero Stuart me dijo que era mejor dejarte descansar, que estabas muy impresionada por el accidente. ¡Es normal hija, menudo susto! —reconoció, afligido.

Stuart le había dicho que, al verlo sangrar, ella se había desmayado por la impresión. Por eso Violet se inclinó a besar la suave mejilla del anciano con una sonrisa tranquilizadora y le dijo:

—Estoy bien, como tú dices, solo ha sido un susto.

—Menos mal —murmuró Giulio. A continuación, se volvió hacia Stuart, indignado—: pero pienso decírselo al alcalde. Tienen que averiguar quién ha sido el responsable del disparo, que hable con la policía y que hagan algo. —Stuart lo interrumpió, cogiéndolo por el brazo gentilmente y hablando con él para que Melissa pudiera saludar a Violet. La muchacha la envolvió con sus brazos y la besó en la mejilla antes de decir:

—¡Cuánto me alegro de que estéis bien, Caroline! ¡Qué locura! Creía que los accidentes de caza se habían terminado cuando murió el viejo Peccioli, pero parece que todavía hay algún inconsciente armado en nuestro querido pueblo. —Le dirigió una mirada pícara y susurró de forma que solo lo oyeran las dos—: Pero debo decirte que el accidente te ha sentado extremadamente bien, y que tu marido parece estar más pendiente de ti que nunca. Puede que no sea mala idea que yo también me desmaye algún día cerca de alguien tan atractivo como él…—guiñó un ojo a Violet y ella rio por lo bajo, acostumbrada ya a sus bromas.

—Entonces, ¿habíais tenido más accidentes de este tipo por aquí? —preguntó Violet.

—Mientras vivía Mateo Peccioli, sí. ¿Te acuerdas papá? —miró en dirección a Will que aprovechó para saludar a Violet y que después confirmó escuetamente lo que decía su hija. Giulio

también estuvo de acuerdo con un murmullo y Melissa aclaró—: Era un peligro, porque no veía nada de lejos y era muy mayor, pero hasta unas semanas antes de su muerte siguió saliendo a cazar, a pesar de que por error ya había disparado a un par de vecinos, aunque no había sido nada grave. Si siguiera vivo os diría que había sido él sin dudarlo, pero murió hace años y— se encogió de hombros y meneó la cabeza con expresión compungida—, la verdad es que no sé qué decirte, porque no me imagino quién puede haber sido tan irresponsable.

A continuación, todos se dirigieron hacia el comedor de la entrada, como habían empezado a llamarlo, donde Violet y Stuart hacían todas las comidas puesto que les parecía más acogedor que el comedor grande. Como se trataba de una reunión informal, Violet caminaba agarrada del brazo de Melissa y Giulio, Stuart y Will las seguían hablando entre ellos.

— Caroline, ¿este es uno de los vestidos que te compraste el otro día? —le preguntó su amiga mientras caminaban y Violet asintió bajando la mirada hacia su nuevo vestido azul grisáceo. Su tacto era suave y la mantenía caliente, pero además a ella le parecía elegante y bonito. —Es precioso— aseguró Melissa con una sonrisa.

—A mí me gusta mucho.

—Tendré que ir a la tienda de la *signora Longo* a ver si encuentro alguno tan bonito como este… ¡Quién me lo iba a decir, siempre buscando la última moda en Florencia y resulta que solo tenía que acudir a la tienda del pueblo! —afirmó Melissa riéndose, mientras se sentaba junto a su padre siguiendo las indicaciones de Violet, que lo haría entre Giulio y Stuart —. Me da pena que se hayan pasado ya las navidades—continuó diciendo mientras todos se sentaban. En cuanto lo hicieron, apareció Flavio para servirles la sopa de pollo que había hecho su mujer —. Dentro de nada tendré que volver a viajar y dejar a mi padre—confesó, después de saborear una cucharada de la maravillosa sopa. Will sonrió con tristeza y apretó la mano de su hija, antes de contestar:

—A mí también me gustaría que no tuvieras que marcharte, pero gracias a esos viajes, mis cuadros se venden. —Ella sonrió provocando que aparecieran en sus mejillas un par de simpáticos hoyuelos y contestó:

—Es cierto, pero no me gusta que estés solo tanto tiempo— dijo mirando a Giulio que reaccionó enseguida:

—Ya sabes que no estará solo —aseguró. Melissa asintió, pero su mirada estaba perdida en el plato y tenía una mueca extraña en el rostro, como si estuviera pensando en algo desagradable.

Violet se quedó observándola, preocupada, pero Will la distrajo al preguntar:

—Caroline, ¿qué te ha parecido cómo celebramos la Navidad por aquí? —Ella apartó la mirada de su amiga y se centró en el bondadoso rostro de su padre.

—¡Me ha encantado! Y creo que este lugar es maravilloso. —No podía decirle que era la primera Navidad que había celebrado. Stuart la salvó de tener que responder a alguna pregunta incómoda sobre sus inexistentes navidades anteriores, al decir:

—Will, ¿un poco más de vino?

Su ofrecimiento fue suficiente para distraerlo y la conversación cambió de rumbo totalmente gracias a Giulio, que le preguntó a Stuart qué más arreglos tenía pensados para la *Casa Grande*. Todos, excepto Violet, se quedaron asombrados al escuchar su respuesta.

—Cuando venga el buen tiempo queremos poner un tejado nuevo porque está bastante mal. Después, Caroline quiere reformar un par de habitaciones y comprar algunos muebles— añadió sonriente mientras Violet y él se miraban. —Y a mí me gustaría cultivar parte de las tierras— confesó, sorprendiéndolos a todos.

—Entonces, ¿os vais a quedar? —preguntó Giulio dejando caer el tenedor de golpe en el plato. Su mano temblaba más de lo habitual por la emoción y sus ojos se habían humedecido ligeramente.

—Habíamos pensado estar una temporada, pero si Caroline quiere…podríamos alargarlo para quedarnos más tiempo, puede que unos años. —Stuart y Violet se miraban como si no hubiera nadie más en la habitación. En ese momento sonó el timbre de la puerta principal y, poco después, todos escucharon los pasos de Flavio recorrer el pasillo desde la cocina para abrirla.

—¿Esperáis a alguien? —preguntó Melissa a Violet.

—No— contestó sorprendida, mirando hacia el pasillo. Como estaban junto a la entrada, pudo reconocer una de las voces y se levantó con una sonrisa de alegría disculpándose con Melissa con un murmullo. Stuart la imitó, pero antes de salir en dirección al pasillo, él se detuvo un momento y dijo, dirigiéndose a sus invitados:

—Perdonadnos, pero acaban de llegar unos amigos a los que no esperábamos. Seguid comiendo, por favor.

—No os preocupéis por nosotros—contestó Giulio haciendo un gesto tranquilizador con la mano para que se marcharan—, estamos entre amigos.

Cuando Violet y Stuart salieron al vestíbulo comprobaron

que, efectivamente, Megan y Fenton acababan de llegar, pero les sorprendió ver que los acompañaban Burke y Brenda. Violet se acercó a Megan acelerando sus pasos cada vez más con una enorme sonrisa instalada en su rostro; su amiga mostró la misma alegría que ella y ambas se abrazaron afectuosamente durante unos segundos, mientras Stuart saludaba a los demás.

Megan era la mujer más valiente, inteligente y generosa que Violet había conocido, y jamás olvidaría que gracias a ella seguía con vida.

—Aquí me llamo Caroline, y Stuart y yo estamos casados— susurró en su oído antes de apartarse para saludar a Fenton. Le prometió con la mirada que se lo explicaría más tarde y se volvió hacia Fenton, a quien Stuart ya debía de haberle avisado puesto que

dijo:

—Me alegro mucho de verte, Caroline. —Ella murmuró unas palabras de agradecimiento y se volvió hacia Stuart, que entrelazó sus dedos con los suyos y la guió hacia la otra pareja que esperaba a un par de metros.

—Cariño, estos son Burke y Brenda Kavannagh. Están de luna de miel y nos han hecho el honor de venir a pasar unos días con nosotros —aseguró con una sonrisa, aunque ella se dio cuenta de que sus ojos no sonreían. Violet observó con curiosidad a la pareja puesto que no los conocía. Brenda le pareció una de las mujeres más hermosas que había visto nunca y le recordaba a alguien, aunque en ese momento no supo a quién. Tenía la piel muy blanca, los ojos de color violeta y el pelo muy negro y liso, parecido al de Megan. En cuanto a Burke, era el típico irlandés pelirrojo, grande y musculoso de ojos verdes y mirada inteligente. —. Burke es un gran amigo desde hace muchos años, pero confieso que jamás creí que encontraría a una mujer tan valiente como para casarse con él— bromeó Stuart y el aludido le devolvió la broma con voz risueña:

—Yo pensaba como tú, pero mi mujer es sorprendente en todos los aspectos —aseguró, lanzando a Brenda una tierna mirada. A continuación, volvió a mirar a Stuart. Parecía fascinado por el modo en que los dedos de su amigo estaban entrelazados con los de Violet, y porque no lo había visto nunca tan sereno y feliz. —A ti también te veo muy cambiado y espero que me lo cuentes todo, pero tengo tanta hambre que me comería un buey y ya me conoces cómo me pongo cuando estoy así— confesó.

—Insoportable— aseguró Fenton que estaba junto a ellos con Megan agarrada a su brazo. Burke continuó hablando como si no hubiera escuchado nada:

—No hemos querido detenernos a comer para llegar lo antes posible. —Mientras hablaba, no dejaba de mirar fijamente a Stuart que entendió que era urgente que hablaran a solas. Asintió lentamente para que supiera que lo había entendido y contestó en voz alta para avisarle de que no estaban solos, y también para que lo escucharan Giulio y los demás que seguían en la mesa.

—Caroline, acompaña a nuestros amigos al comedor y preséntaselos a nuestros invitados. Yo iré a la cocina a avisar de que somos cuatro más para comer—dijo Stuart y ahora fue Burke el que inclinó la cabeza entendiendo que hablarían más tarde, por lo que *El Coronel* confirmó lo que ya imaginaba, que no habían ido solo de visita. A continuación, Burke le informó, como si fuera lo más normal del mundo:

—No venimos nosotros solos. Junto a nuestros coches esperan mis cuatro guardaespaldas y tampoco han comido. Si queréis, puedo decirles que se vayan a algún sitio a comer por turnos. Sé que esto es demasiado y sobre todo sin avisar.

—No te preocupes, la comida no será ningún problema. Alfonsina siempre cocina como si lo hiciera para un ejército— le aseguró Stuart, intentando no mostrar su sorpresa porque Burke jamás tuviera guardaespaldas. Lo que lo llevó a pensar que algo muy grave tenía que haber pasado para que ahora hubiera accedido a tenerlos. Tendría que esperar a que Giulio, Melissa y Will se marcharan para saber qué había ocurrido. —Ahora mismo me encargo de que les den de comer —aseguró en voz alta. A continuación, susurró a Fenton y Burke—: Habéis llegado en el momento más oportuno. —Después, se marchó por el pasillo en dirección a la cocina.

—Eso me dicen siempre— contestó en tono de broma Burke, mirando a su mujer. Brenda rio divertida moviendo la cabeza como si lo regañara en silencio y, con una sonrisa provocativa, él le ofreció su brazo. Ella lo aceptó y siguieron a Fenton, Megan y Violet al comedor.

DIECINUEVE



Biblioteca del Club Enigma
Dublín, Irlanda

—Te agradezco mucho que hayas venido, James. Imagino lo difícil que ha tenido que ser para ti alejarte del periódico en estos momentos. —Su amigo se encogió de hombros y giró el vaso de whisky que Killian le había servido, y que tenía apoyado sobre una de las mesas de la biblioteca. Solo los alumbraban las luces de las velas puesto que ya era la una de la mañana.

—Siento haber faltado a tantas reuniones, pero aquello ha sido un caos todos estos meses. Aunque la parte del edificio que se destruyó con el incendio ya está reconstruida y ahora, incluso imprimimos más copias que antes del *incidente,* he tenido que contratar a varios guardas para que vigilen las instalaciones que me cuestan un ojo de la cara. Ese es uno de los motivos por los que los beneficios han bajado vertiginosamente y por lo que es urgente que encuentre la forma de aumentar los ingresos—confesó antes de beber un trago de whisky. Dejó el vaso sobre la mesa otra vez y cruzó las piernas, poniéndose cómodo, antes de lanzar a Killian una mirada inteligente. —Pero después de leer tu críptica nota en la que asegurabas que el tema que se iba a tratar hoy era de vital importancia, tenía que venir.

—¿Estás seguro de que *La Hermandad* es la responsable del incendio? —preguntó Niall Collins en un susurro.

Niall siempre hablaba así. Puede que fuera por su aspecto puesto que, al tener el pelo tan rubio que casi era blanco y los ojos rojizos, ya llamaba demasiado la atención. Esa era la causa

por la que no acudía nunca a eventos sociales y por la que vivía prácticamente recluido en su casa, dirigiendo la enorme finca que había heredado de su padre. Pero hacía una excepción de vez en cuando acudiendo a estas reuniones.

—Sí— afirmó James, entrecerrando los ojos debido a la ira que burbujeaba en su interior y que aún no había conseguido atenuar—. No tengo ninguna duda de que fueron ellos, pero si se han creído que van a conseguir atemorizarme, está claro que no me conocen. Ahora estoy más decidido que nunca a terminar con esos miserables.

Killian dijo, dirigiéndose a Niall:

—Imagino que sabes que Stuart se fue.

—Sí, lo sé— aseguró, sin dar más explicaciones. Killian y él se miraron fijamente durante un momento y James, que no sabía nada, preguntó:

—¿Tiene algún problema? —Killian se quedó pensativo, valorando lo que podía decir.

—No— contestó finalmente—. Pero ha tenido que hacer un viaje para ayudar a un amigo.

—¿Amigo o amiga? —apuntó el periodista con una sonrisa bailando en la mirada mientras observaba divertido, la sorpresa en los ojos de sus amigos que pensaban que por vivir en Londres no se enteraba de nada.

La llegada del resto de los asistentes a la reunión salvó a Killian de responder y los tres se pusieron en pie para recibir a Kirby y a Kristel, que venían acompañados de Cam y Alexander. Después de los saludos Killian se sentó en la cabecera de la mesa con *El Guardián* a su derecha y junto a él, Cam y Niall. Frente a este se sentó James que tenía a su derecha a Kirby. Kristel se sentó a la izquierda de Killian siguiendo sus instrucciones.

—Antes de empezar con la reunión, os pido disculpas por la hora, pero he pensado que sería mejor que el club no estuviera abierto. El tema que tenemos que tratar es tan grave que ni siquiera podemos esperar a que Burke vuelva de su luna de miel, y Stuart de su…— carraspeó, antes de seguir. Durante un momento se quedó en blanco, hasta que continuó diciendo—: … inesperado viaje. —A continuación, hizo un gesto a Kristel que ya había sacado de su bolso los documentos que necesitaba y señaló —: cuando quieras. — Y ella dijo:

—Hace unos días, hablando con Nimué, me enteré de que los descendientes del primer *Guardián* tenían en su poder unos diarios escritos por él. Me quedé muy sorprendida porque yo no había oído hablar de ellos hasta ese momento. —Todos miraron a Cam y a Alexander. Este último se encogió de hombros y aclaró:

—Como ella dice, siempre han estado en la familia, pero yo estaba convencido de que no tenían demasiado valor. ¿Lo tienen? — preguntó mirando a Kristel que contestó sin pensárselo:

—Más del que yo me esperaba. ¡Alexander, es un hallazgo increíble! —aseguró tan emocionada que todos se quedaron absortos, esperando sus palabras. Kirby que ya conocía el contenido, le había anticipado a Killian al llegar que estuviera preparado para una gran sorpresa. Ahora observaba a su mujer en silencio con los ojos brillantes por el orgullo, cuando ella empezó a hablar—: Los diarios están sorprendentemente bien conservados a pesar de estar escritos en papiros, como los que se utilizaban en el antiguo Egipto, y los firma Shamash, el primer *Guardián.* Sus palabras aclaran algunas de las lagunas que teníamos sobre aquella época, aunque no todas. He traído las partes que me han parecido más importantes para poder leéroslas— miró a Killian pidiéndole permiso y este aceptó con una inclinación de cabeza; entonces, Kristel levantó las páginas que había traducido y copiado ella misma, acercándoselas al rostro y comenzó a leer:

Extracto del diario de Shamash
Primer Guardián de la Ciudad de Uruk.

Aunque las palabras que vas a leer a continuación, escritas por mi propia mano, puedan parecerte una de las leyendas que todos hemos oído de pequeños a nuestros padres, y que suelen narrar cómo los dioses imparten justicia y dolor a los hombres por su mal comportamiento, no lo son. Esto no es un cuento de niños. Ha ocurrido de verdad y lo sé porque yo lo he vivido. Es tan cierto como que algún día dejaré esta tierra y mi alma se elevará hasta las estrellas.

Uruk,
Día primero de la nueva Era

Ayer, cuando el sol comenzaba a alumbrar nuestra querida ciudad, la falsa diosa llamada Lilith y que antes conocíamos por Nammu, fue decapitada y luego quemada. Yo mismo, acompañado por mis dos comandantes de confianza, llevé después sus cenizas al desierto donde las esparcimos a los cuatro vientos.

Hace solo ocho años que nuestro respetado rey Nimrod tomó a una joven llamada Nammu como su concubina. Al principio la muchacha parecía que sería una más de las mujeres que el rey tomaba de vez en cuando, y que solían durar solo unos meses en el palacio para después volver a sus casas, aunque mucho más ricas. Pero

enseguida todos pudimos ver que esta no era como las demás; en poco tiempo llegó a ser para el rey más importante que la reina puesto que la llamaba todas las noches a su cama. Pocos meses después, había empezado a consultar con ella algunos de los problemas de la ciudad.

Nimrod, a pesar de ser un hombre inteligente y sabio, era muy supersticioso y solía obedecer en casi todo al Sumo Sacerdote de Uruk, Sennefer, por el que yo nunca sentí ningún aprecio. Para mi sorpresa, el Sumo Sacerdote se entendió muy bien con Nammu desde el principio, demasiado bien a mi parecer, y le aseguró al rey que mientras tuviera a Nammu a su lado la buena suerte siempre lo acompañaría. A pesar de todo, ninguno de los consejeros reales le dimos demasiada importancia a la nueva concubina por lo que ella tuvo el campo libre para continuar embaucando, poco a poco, al rey hasta que consiguió que estuviera completamente obsesionado con ella. Llegó un momento en el que ya solo escuchaba a Nammu y, si a alguno de nosotros se nos hubiera ocurrido hablar en su contra sabíamos que habríamos perdido la confianza del rey y, seguramente, la cabeza.

Hace dos años, durante una cena familiar que el rey presidía como siempre con Nammu a su derecha y la reina Semínaris a su izquierda, y en la que también los acompañaban los cuatro príncipes, Jemdet, Erra, Inna y Enmerkar, los hijos de Nimrod y Semínaris, alguien envenenó a toda la familia real, incluida Nammu. Como resultado, todos enfermaron de gravedad y después de varios días de ardua lucha contra la muerte, solo sobrevivieron al veneno Nimrod y Nammu, su concubina preferida.

Días después, los guardias del rey encontraron el cuerpo de una sirvienta que parecía haberse suicidado con el mismo veneno que habían administrado a la familia real, y dedujeron que la suicida había asesinado a la reina y a sus hijos, pero yo estaba seguro de que la que lo había organizado todo había sido la propia Nammu. A ella le estorbaban la reina y los príncipes puesto que heredarían la corona cuando Nimrod muriera. Entonces me di cuenta de que haría lo que fuera para reinar y también de que, en cuanto dejara de necesitar al rey, también lo asesinaría. Pero, a pesar de la confianza que siempre había tenido Nimrod en mí, no conseguí convencerlo jamás para que dudara de ella.

Nammu era muy lista y se aseguró de tomar suficiente veneno para que los médicos y los curanderos reales pensaran que había estado a punto de morir, de forma que ninguno de los miembros del consejo de ancianos de la ciudad creyó que ella hubiera tenido algo que ver. Aunque yo estaba seguro de su culpabilidad, no pude demostrar nada entonces y tuve que esperar más de dos años para encontrar pruebas de la maldad que anidaba en su negro corazón.

Solo unos meses después de la muerte de toda su familia el rey se casó con ella, transformándola en nuestra reina y menos de un año más tarde, él murió. Al día siguiente de enterrar a su marido, Nammu se proclamó reina-diosa y se cambió el nombre por el de Lilith. Entonces debió de ser cuando empezó su interés por la hechicería, aunque yo me enteré mucho después.

Lilith pasaba gran parte del tiempo en el antiguo templo mientras construían el nuevo zigurat, rodeada de una cohorte de sacerdotes y algunas sacerdotisas. Uno de mis comandantes de confianza me dijo que me interesaba conocer a una de esas sacerdotisas que se llamaba Abiri, y él mismo se encargó de organizar un encuentro entre los dos. La primera vez que nos vimos, en casa del comandante que me había hablado sobre ella, Abiri me contó que su hermano era el guardia de palacio que nuestra reina había hecho ajusticiar simplemente por capricho. Y me juró que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para vengarlo.

Semanas más tarde, gracias a Abiri supe que Lilith planeaba suicidarse para que después Sennefer la resucitara siguiendo el ritual del Libro de los Muertos y que, si todo salía tal y como planeaba, cuando volviera a la vida sería inmortal y gobernaría la tierra. Después, cuando ella lo hubiera logrado, haría lo mismo con Sennefer. Un día, Abiri vino a verme muy nerviosa; la noche anterior había visto a algunos sacerdotes bajar al sótano del templo a unos niños con alguna oscura intención. Al final descubrió que para conseguir la inmortalidad Lilith estaba dispuesta a beber la sangre de esos inocentes, asesinándolos, y que lo haría durante semanas Y entonces decidí actuar.

Yo tenía dos hijos y podía imaginar lo que sentirían los padres a los que les habían robado lo más importante de su vida. Pero además de la horrible noticia de lo que hacían en el sótano del templo, Abiri también me contó que Lilith y Sennefer habían sobornado a unos soldados para que intentaran asesinarme. Todo ello fue suficiente para que el Consejo de Ancianos, asustados porque se abatiera sobre nuestro pueblo una era de infinita oscuridad, por fin estuvieran de acuerdo con detener y juzgar a Lilith, Sennefer y a sus cómplices.

Lilith y casi todos los sacerdotes del templo fueron detenidos y encarcelados, pero Sennefer huyó, aún no sabemos cómo. A pesar de que los ancianos y yo sabíamos cómo era Lilith, para la mayoría del pueblo era la viuda del rey Nimrod, que había sido muy querido por todos. Después de las detenciones se produjeron tumultos en las calles por lo que el Consejo de Ancianos retrasó el juicio de Lilith. Además, accedieron a que la reina escribiera una epístola de arrepentimiento, creyendo que en ella confesaría todos sus crímenes y quienes habían sido sus cómplices.

Pero una vez más, Lilith nos engañó o más bien fue Sennefer, puesto que tuvo que ser él quien sobornó a los guardias de la reina para que dejaran pasar todos los días a un escribano muy particular; que no era otro que uno de sus sacerdotes, uno que más tarde me enteré de que se llamaba Marduk. Todos los días, después de visitar a Lilith, el falso escribano le dejaba al guardia una tablilla que ya traía escrita al entrar en la prisión, y bajo su túnica ocultaba los pergaminos en los que escribía lo que la malvada reina le dictaba.

El escribano dejó de ir a la prisión de repente, y a los pocos días apareció un cadáver con la garganta rajada en una callejuela de la ciudad. Era Marduk. Cuando encontré al guardia al que habían sobornado y pudimos arrancarle una confesión, supimos que Marduk había estado escribiendo durante días, al dictado de la reina, una fiel copia del ritual que había que llevar a cabo para resucitar a alguien o, mejor dicho, para que un alma se rencarnara en otro cuerpo. Y entonces supe que Sennefer había asesinado a Marduk cuando terminó de escribir el ritual porque ya no le servía para nada.

Lilith afrontó su muerte con una sonrisa arrogante dirigida a todos los que estábamos presentes en su decapitación y, como he dicho antes, después de que la quemaran yo me aseguré de esparcir sus cenizas. Pero todo eso no me parecía suficiente. Me había jurado a mí mismo que no volvería a subestimarla, y le pedí a Abiri que buscara un ritual en el Libro de los Muertos con el que poder acabar con Lilith definitivamente, en el caso de que volviera a reencarnarse.

Lilith, Nammu o como quiera que se llame si vuelve a reencarnarse, es el espíritu más maligno y despreciable que ha pisado la tierra. Os ruego que no la subestiméis si no queréis que la luz que os alumbra se vea invadida por las tinieblas.

En unos días se terminará de construir el zigurat que finalmente será erigido en memoria de Nimrod, nuestro amado rey, y dentro del santuario al que casi nadie puede acceder, guardaré estos papeles dejando instrucciones a mis hijos para que los protejan cuando yo no esté. Todos mis descendientes serán sus custodios durante los tiempos venideros.

Que la paz y la justicia gobiernen la tierra.
Shamash

Kristel levantó el rostro y miró a los demás que parecían conmocionados por lo que habían oído. Carraspeó suavemente y dijo:

—A continuación, hay unas palabras escritas con otro tipo de letra. Es un descendiente de Shamash.

Como Guardián 96, escribo esta nota apresuradamente antes de

huir junto a mi familia de la que ha sido la tierra de mis ancestros durante tantos siglos. Con la invasión de nuestro querido país por un ejército enemigo después de la muerte de Abbás el Grande, sé que ni mis hijos ni los diarios de Shamash que tengo la obligación de proteger, estarán seguros de ahora en adelante. Por desgracia, mi familia y yo tenemos que abandonar hoy nuestro hogar para buscar otro en un país lejano.

Que la paz y la justicia gobiernen la tierra.
Askar

—Lo firma Askar, que he comprobado que era *El Guardián* número 96. Y podemos datar esta nota, porque Abbás El Grande murió en el año 1629— añadió Kristel. Todos se quedaron mirando a Alexander y a Cam, pero ellos estaban tan atónitos como el resto.

—No tenía ni idea— confesó Alexander, sobrecogido por lo que había escuchado.

—Hay algo más—interrumpió Kristel— y puede que sea lo más importante de todo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Cam, tan asombrado como su padre.

—En la siguiente hoja hay una pequeña explicación de un *Guardián* posterior, aunque no aclara quién es, solo que es un descendiente del nº 96. Asegura que dividió el pergamino de Shamash en cuatro partes, temiendo que se lo robaran, y las escondió en los siguientes lugares: El Club Enigma de Roma, el de Edimburgo, el de Budapest y el de Stavanger.

Cuando terminó de leer, suspiró y dejó las hojas manuscritas sobre la mesa y Killian dijo:

—¿Eso es todo?

—No, hay algo más— contestó con los ojos brillantes por la emoción—. Hace unos días, gracias a Nimué me di cuenta de que el manuscrito de Cedric no estaba completo. Era una parte de otro que habían roto en varios trozos para que solo se pudiera leer cuando todos estuvieran juntos. Creo que es parte del manuscrito del ritual, del que habla Shamash en su diario, y estoy segura de que en uno de los Enigmas donde dice que están guardados, no habrá nada, puesto que ese es el de Cedric que encontró alguien y se lo vendió. Ahora sí he terminado— concluyó Kristel con voz suave. Kirby cubrió su mano con la suya y la sonrió lleno de orgullo. Killian y Alexander se miraron y este último asintió y comenzó a hablar:

—Como sabéis no suelo venir a estas reuniones, pero en esta en particular tenía que estar. No solo porque se iba a hablar del

diario de mi antepasado, también porque recientemente he descubierto algo que…— Killian lo miraba instándolo a seguir, pero Alexander se volvió a mirar a su hijo, dudando. Finalmente fue Killian el que continuó:

—Lo que Alexander quiere decir es que hemos descubierto que *El Maestro* desciende de Sennefer, el Sumo Sacerdote de Lilith y no solo eso, sino que…— antes de que pudiera terminar la frase, Alexander lo interrumpió. Erguido en la silla, anunció:

—*El Maestro* también es hijo mío. —Durante unos segundos pareció que todos los asistentes contenían la respiración, mientras miraban incrédulos a *El Guardián* actual, que parecía haberse tranquilizado un poco ahora que había dicho lo que le corroía por dentro.

—Me temo que hasta dentro de un tiempo no seremos conscientes de las implicaciones de este descubrimiento, pero por la seguridad de todos, teníais que saberlo— afirmó Killian tomando la palabra—. Esta reunión es simplemente informativa, pero si alguno tenéis algo que decir que nos pueda servir de ayuda, estoy deseando escucharos.

Ninguno parecía capaz de romper, quizás por respeto, el pesado manto de silencio que había caído sobre la habitación hasta que Niall comentó, dirigiéndose a *El Guardián*:

—No pretendo ser irrespetuoso, pero cuando esto se sepa todos se preguntarán si serás capaz de seguir luchando con la misma fuerza que antes contra *La Hermandad,* teniendo en cuenta que quien los dirige lleva tu misma sangre. —Alexander miró a Cam antes de contestar:

—Seguiré luchando con todas mis fuerzas por la paz y la justicia y, aunque la medicina dicte que yo soy el padre de *El Maestro*, en mi corazón solo está grabado el nombre de un hijo y está sentado a mi lado.

Killian carraspeó y tomó la palabra para decir, por último:

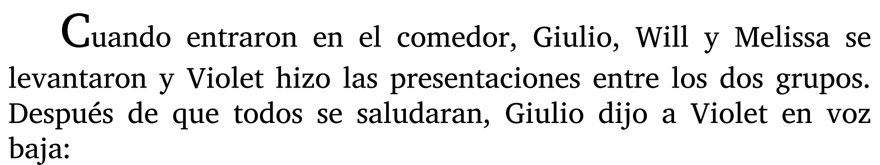
—En todo caso, parece que está claro que debemos enviar a alguien a los Enigmas de esas ciudades para que encuentren los trozos del pergamino que faltan. —Miró a todos, uno a uno, hasta que su mirada se posó en Kristel— Entiendo que debe ir alguien experto que pueda reconocer el idioma antiguo. —Ella asintió.

—Sí, yo puedo ir a una de esas ciudades y creo que, a la vez, deberíamos pedirle a alguien que fuera a otra para terminar lo antes posible. Hay una mujer dentro del consejo de eruditos que estoy segura de que conoce el idioma y creo que es la mejor elección. Puedo proponérselo, si os parece bien.

—Por supuesto. Si eso es todo, damos por terminada la reunión —contestó Killian después de mirar a todos y ver que

nadie quería decir nada más. A continuación, se levantó. Y los demás lo imitaron con expresión preocupada.

VEINTE



Cuando entraron en el comedor, Giulio, Will y Melissa se levantaron y Violet hizo las presentaciones entre los dos grupos. Después de que todos se saludaran, Giulio dijo a Violet en voz baja:

— Nosotros nos vamos; querréis hablar tranquilamente con vuestros amigos. —Con un gesto de despedida dirigido a los recién llegados, los tres se marcharon y Violet los acompañó a la puerta. Flavio trajo sus abrigos y Stuart, que ya había vuelto de la cocina, se disculpó con ellos. Aprovechando el momento, Violet se acercó a Melissa, puso la mano en su antebrazo y susurró:

—Tenía muchas ganas de hablar contigo. — Su amiga le apretó la mano con suavidad para que no se preocupara y contestó:

—Puedo venir mañana para que hablemos. Si te apetece, podemos ir a montar. —Violet dudó, pensando en Megan a la que tenía que contarle tantas cosas y que, además, había hecho un viaje tan largo para venir a verla. Melissa entendió sus dudas y dijo:

—Hagamos una cosa, si quieres que venga, envíame un mensaje. Pero por mí no te preocupes, primero tienes que atender a tus invitados. —Violet la abrazó impulsivamente.

—Te lo agradezco. Le debo mucho a Megan y no quisiera que se molestara conmigo— murmuró. Melissa pareció sorprendida por la explicación, pero sonrió.

—Bueno, ya me lo contarás. No quiero hacer esperar a papá y a Giulio— confesó, caminando hacia la puerta de la calle que estaba abierta.

Giulio, Will y Stuart estaban fuera hablando con los dos hombres de Burke que estaban custodiando la puerta principal, los otros dos debían de estar en la puerta de atrás. Melissa los vio

y lanzó una mirada extrañada a Violet, antes de subir al coche junto al que esperaban su padre y Giulio. Stuart y Violet esperaron a que el carruaje desapareciera de su vista mientras él la mantenía abrazada por la cintura. Mientras caminaban de vuelta a la casa, susurró:

—Pareces preocupada. —Ella se mordió el labio inferior, mirando a los guardaespaldas de Burke, y contestó con voz casi inaudible:

—Cada vez siento con más fuerza que la maldad nos envuelve —confesó. Él asintió con gesto grave porque ya lo habían hablado y, sin hacer ningún comentario, tomó su mano y caminaron juntos hacia el pequeño comedor. Flavio ya había servido la sopa a los nuevos invitados, y Chiara seguía en la cocina preparando más comida para los guardias a petición de Stuart, que cuando volvió abrió otra botella de vino italiano y empezó a servírselo a sus amigos.

Como él y Violet ya habían comido, se sentaron juntos en una de las cabeceras de la mesa mientras tomaban un café. A su izquierda estaban Fenton y Megan, esta última al lado de Violet; al lado de Stuart, Burke con Brenda a su derecha. En cuanto Flavio desapareció después de asegurarse de que tenían todo lo que necesitaban, Burke sacó un sobre del bolsillo de su americana y se lo alargó a Violet. Ella lo cogió y miró a Stuart, que dijo:

—No tengo ni idea de qué es.

—Es una carta de Kirby— aclaró Burke. Violet observó la letra con la que estaba escrito su nombre en el sobre y se dio cuenta, de repente, de que no conocía la letra de su hermano. Ese hecho, además de la emoción de que le hubiera escrito, provocó que dos gruesas lágrimas se deslizaran por sus mejillas. Stuart la abrazó por los hombros y murmuró con ternura:

—Cariño— ella se limpió las lágrimas con las manos, algo avergonzada.

—Estoy bien, es que no me lo esperaba.

—Sí que habéis cambiado los dos…— se aventuró a decir Fenton, pero se calló en cuanto Megan le dio un efectivo codazo en las costillas. Él, poniéndose la mano en la zona dolorida, la miró con los ojos entornados, pero no rechistó y Burke señaló, mirando a Stuart:

—Tengo que contarte algunas cosas y me parece que tú también.

—Sí— reconoció él. A continuación, se volvió hacia Violet que seguía mirando el sobre, todavía cerrado, y le dijo—: Cariño, ¿no vas a abrirla? — Ella lo miró, luego a los demás y contestó:

—Si no os importa, me gustaría hacerlo a solas.

—Claro que sí, por nosotros no te preocupes. —contestó Megan. Violet besó a Stuart en la mejilla y se marchó. Él la siguió con la mirada y luego se removió en el asiento sabiendo que Burke se estaría relamiendo como un gato que se ha tomado doble ración de leche. Lo que le confirmó en cuanto dijo:

—Me has hecho perder cien libras. —Stuart sabía que hablaba de una apuesta, pero tenía una duda:

—¿Con quién?

—Niall. Él apostó a que acabarías con esa belleza y yo le dije que no te aguantaría. —Stuart se reclinó en el respaldo de la silla y contestó, con una sonrisa irónica:

—Te felicito por tu reciente boda, querido amigo. —Burke tuvo la decencia de quedarse callado, pero Fenton rio por lo bajo al igual que Megan, y hasta Brenda lo hizo; pero la risa de su mujer fue la única que molestó a Burke que se volvió hacia ella y se la quedó mirando con los ojos entrecerrados. Intentando no reírse de nuevo, ella afirmó en voz baja, aunque audible para los demás:

—Cariño, te gusta tanto pinchar a tus amigos que tienes que aguantarte cuando te contestan. —Los ojos de Burke brillaron con picardía. Estaba claro para todos que estaba deseando contestar a Brenda, pero Megan habló antes de que pudiera hacerlo.

—Siento interrumpir, pero propongo que aprovechemos que estamos a solas para ponernos al día. — Su voz sonó como la de una maestra que estuviera regañando a una panda de niños díscolos, y nadie se atrevió a contradecirla.



A duras penas Violet pudo aguantar hasta que estuvo sentada en uno de los cómodos sillones de terciopelo de la biblioteca, antes de abrir la carta de Kirby.

Querida hermanita,

Por si te has preocupado cuando Burke te ha entregado esta carta, no lo hagas, porque todos estamos bien. Aunque no querían, convencí

a nuestros padres de que se fueran a la casa de Escocia para que se apartaran del camino de La Hermandad; además, he contratado a dos guardias para que cuiden de ellos, y otros dos nos acompañarán de vuelta a Cork a Kristel y a mí, dentro de poco.

Le he pedido a Burke que se desvíe del trayecto que tenía previsto hacer durante su luna de miel para entregarte esta carta, por lo que le estaré eternamente agradecido. Aunque estamos deseando que vuelvas, lo principal para todos los que te queremos es que estés a salvo y que cuando todo esto pase podamos por fin llevar la vida de una familia normal.

Pero este no es el motivo por el que te escribo sino porque tengo que hacerte una pregunta importante. Hace unas semanas, precisamente a Burke, se le ocurrió que podrías reclamar la herencia de Joel Dixon si quisieras porque, a pesar de todo, legalmente eres su hija. Creo que te conozco lo suficiente para saber que tu primer pensamiento será negarte a hacerlo, ya que la idea de quedarte con ese dinero te causará un gran rechazo. Y lo entiendo, pero te ruego que pienses que, si consiguieras hacerte con el patrimonio de Joel Dixon, estaríamos dando a La Hermandad un golpe de consecuencias imprevisibles ya que, según la información de la que disponemos, todo lo que posee El Maestro está a nombre de Dixon, las casas, los coches, el dinero…todo.

Cuídate mucho y no hagas sufrir demasiado a El Coronel.
Te quiero, hermanita.

Kirby.

Después de leerla un par de veces dobló la carta con cuidado y volvió al comedor. Stuart estaba hablando con los demás, explicándoles lo del disparo, cuando ella abrió la puerta, pero dejó de hacerlo cuando ella entró y se levantó caballerosamente, al igual que los otros dos hombres. Violet se acercó a Burke, lo abrazó inesperadamente y le dijo, casi sin voz:

—Gracias. Sé que os habéis tenido que desviar de vuestro itinerario para traerme la carta. —A continuación, se inclinó sobre Brenda que seguía sentada al lado de su marido y le dio un beso en la mejilla. Después, volvió a sentarse junto a Stuart. Él cogió su mano derecha y la mantuvo cálidamente encerrada en la suya. Fenton y Burke observaron la muestra de cariño en silencio, intentando asimilar el gran cambio que se había producido en Stuart en tan pocas semanas. Fenton fue el que dijo:

—Stuart nos estaba contando lo que ocurrió en el bosque.

—¿Todo? —preguntó ella, mirando a Stuart.

—Sí— contestó él—. Tienen que saberlo, cariño.

—Kirby estaba muy preocupado, aunque se tranquilizó bastante cuando a Killian le llegó tu carta —continuó diciendo Fenton mirando a Stuart; luego volvió a mirar a Violet. —Pero sabe que todavía no puedes volver; no solo por *La Hermandad*, también porque la policía sigue teniendo una orden de búsqueda contra ti, aunque ya está encargándose de eso. ¿No te lo decía en la carta? —preguntó, al darse cuenta de la mirada de sorpresa de Violet.

—No, me pregunta si quiero reclamar la herencia de Joel Dixon. Dice que tú le diste la idea— miró a Burke.

—Es cierto —contestó y Violet miró a Stuart. Él, extrañado, se dirigió a Burke:

—¿Puede reclamar la herencia de Dixon?

—Claro, legalmente no ha dejado de ser su hija, aunque todos sepamos que realmente no lo es. —volvió a mirar a Violet— Si decides aceptar, tu hermano se ocupará de todo.

—Voy a hacerlo. Quiero que la reclame— contestó ella, sorprendiéndolos. Sus ojos dorados, iguales a los de su hermano, brillaban fieramente cuando se explicó—: Jamás les perdonaré lo que me han hecho. Me apartaron de mis padres y de mi hermano cuando era un bebé y pretendían usarme para que una supuesta diosa, malvada y cruel, volviera a la vida. —Stuart la observaba con una sonrisa, pero el resto estaban asombrados. —Haré lo que pueda por acabar con todos ellos.

—Me parece muy bien, se lo diré a tu hermano— aseguró Burke.

—Sé que ya has hecho demasiado, pero cuando vuelvas ¿podrías llevar dos cartas a Kirby? Una es para que se la entregue a mis padres.

—Por supuesto que sí— contestó él sin dudarlo.

—¿Sabes que hasta que no estábamos los cuatro subidos en el carruaje, en Livorno, Burke no nos dijo dónde estabais viviendo exactamente? —Megan sonreía mientras se lo contaba a Violet y cuando esta última y Stuart miraron a Burke, sorprendidos, el aludido se encogió de hombros antes de responder:

—A pesar de que mis marineros han sido elegidos con todo cuidado, me pareció mejor no dar esa información delante de ellos. —Stuart aprovechó para preguntar:

—¿Qué tal el viaje? —Burke se acomodó en la silla y sonrió ampliamente. Brenda sonrió, sabiendo cuánto estaba disfrutando su marido de ese momento.

—Extraordinario— contestó Burke sin ocultar el orgullo que

sentía—. Hemos batido el récord del trayecto Cobh-Livorno.

—¿En cuánto tiempo lo habéis hecho?

—En siete días. ¿Cuánto tardasteis vosotros?

—Diez— contestó Stuart.

—No está mal— replicó Burke, alzando una ceja.

—Una tormenta nos ayudó bastante.

—Tienes que ver el barco que se ha comprado para la luna de miel— afirmó Fenton mirando a Stuart, después de terminar su café.

—¿Cómo es? —le preguntó Stuart y él contestó divertido:

—Un palacete con velas, me encantaría vivir en él permanentemente. —Todos rieron menos Burke que, con una mueca irónica, aclaró:

—Es un Clipper y pertenece a mi mujer. Se llama el *Lightning* — remató, orgulloso. Brenda confesó, tímidamente:

—Es un regalo de Burke por la boda. —No añadió que también le había regalado la casa de Cobh donde se habían enamorado. Ella y Burke se miraron, hablándose en silencio, sintiendo que estaban solos en la habitación. Stuart los interrumpió después de unos segundos:

—¿Os ha sido difícil encontrarnos al llegar al pueblo? — Burke desvió la mirada de su mujer para responder a su amigo.

—No. Todos saben dónde vivís. — En su contestación había un leve tono de aviso, pero Stuart ya era consciente de ese peligro.

—¿Te gustaría que te enseñara el invernadero? —preguntó Violet a Megan en voz baja; esta sabía que quería hablar a solas con ella, pero lanzó una mirada preocupada a Brenda antes de responder, que Violet entendió enseguida. —¿Quieres que también se lo diga a ella? —susurró. Megan hizo un gesto de disculpa y contestó con un murmullo:

—Ha sido muy amable. Ella convenció a Burke para que nos dejara acompañarlos y ten en cuenta que no nos conocía. Me parecería un poco mal irme y dejarla aquí. ¿Te importa si ella también viene? Sé que os vais a hacer amigas—añadió, y Violet contestó con una sonrisa:

—¡Claro, que venga! ¡Tengo que contarte tantas cosas, Megan! — musitó feliz, antes de girar el rostro hacia su derecha para mirar a Brenda que escuchaba, muy seria, las palabras de su marido. Burke estaba relatando a Fenton y a Stuart los últimos crímenes cometidos por *La Hermandad.* Violet aprovechó un silencio que hubo en la conversación para preguntar:

—Brenda, voy a enseñarle el invernadero a Megan, ¿quieres

venir? —Los hombres permanecieron callados, mirándolas. La recién casada sonrió enseguida y aceptó.

—Me gustaría mucho.

—Pues vamos. Es un paseo muy agradable.

—No hay que ser muy listos para saber que no queréis que os acompañemos— afirmó Fenton con una sonrisa divertida dirigida a su mujer mientras todos se levantaban. Megan le dio un ligero beso en los labios y contestó con voz burlona:

—Tienes razón. —A continuación, las tres se marcharon dejando a los hombres riéndose por lo bajo mientras volvían a sentarse. Cuando se cerró la puerta de la entrada, Burke afirmó:

—No os preocupéis, dos guardias las seguirán. Tienen instrucciones precisas para momentos como este. —Sacó una pitillera de piel de su chaqueta y mientras la abría y sacaba un cigarro para él, preguntó:

—¿Un puro? —enseñó la cigarrera abierta a sus amigos. Fenton negó con la cabeza y contestó:

—Es un vicio asqueroso, no sé cómo lo aguanta tu mujer.

—Ya te he dicho varias veces— contestó Burke, hablando y encendiendo su cigarro a la vez— que para mi mujer soy perfecto. —Fenton se volvió hacia Stuart y confesó:

—Lo malo es que lo que dice es cierto. A Brenda le parece bien todo lo que hace. —Stuart alargó la mano para coger un cigarro. Burke se acomodó en la silla fumándose el suyo y reveló a su amigo:

—Hace unos meses descubrí que *La Hermandad* ha estado utilizando el puerto de Cobh durante años para el contrabando de esclavas, sexuales y de sangre. Las introducían en Irlanda en barco y luego las distribuían por todos los burdeles que tienen en el país.

—¿Esclavas? —preguntó Stuart, horrorizado.

—Sí. Y como venganza por meterme en sus asuntos esos hijos de puta usaron a unos niños para envenenar a Brenda, que se salvó por los pelos, por lo que estoy más decidido que nunca a acabar con ellos. Te aseguro que haré lo que haga falta para que desaparezcan de la faz de la tierra — aseguró dejando que la fría rabia que sentía apareciera en su rostro—. Cuando supe lo que había pasado y pensé que Brenda moriría, casi pierdo la cabeza y Jake llegó a pensar que podría hacer daño a esos niños. Él los había traído a mi casa para interrogarlos— confesó en voz baja—. Al menos algo bueno ha salido de todo esto porque, pensando en la seguridad de los niños, Jake se los llevó a Killian y, al final él y Gabrielle los han adoptado. Ahora están con los trámites.

—¿Eso es cierto? —preguntó Stuart, atónito.

—Sí, ¿qué te parece? Killian criando dos niños…— contestó Burke más relajado y expulsando volutas de humo por la boca— …hasta tiene un perro —afirmó, con una mueca divertida.

—Eso no me lo creo— aseguró *El Coronel* con la frente arrugada, volviéndose a mirar a Fenton que lo confirmó:

—Es cierto, ahora tiene dos niños y un perro.

—¿Cómo es posible que hayan ocurrido tantas cosas en tan poco tiempo? Si no hace ni dos meses que nos fuimos… — murmuró Stuart. Burke lo miró con una ceja arqueada y dijo:

—Eso mismo hemos pensado nosotros cuando hemos llegado aquí y te hemos visto.

—Stuart, no has terminado de contarnos el ataque que sufristeis en el bosque…— intervino Fenton que pensaba que no tenían tiempo que perder.

Él asintió y encendió su puro antes de seguir hablando.



—Este lugar es precioso, Caroline— Violet la miró sorprendida y Megan se explicó—: Si te llamo con ese nombre unas cuantas veces, aunque estemos a solas, será más fácil que no me equivoque cuando estemos con más gente.

—Tienes razón— contestó mientras abría la puerta de hierro y cristal del invernadero.

El padre de Chiara y ella misma habían estado limpiándolo, intentando devolverle su antiguo esplendor. Además, habían llamado a un cristalero que había cambiado tres cristales que estaban rotos, y Flavio había arreglado el fregadero y ya desaguaba bien. Ahora el invernadero estaba lleno de plantas y flores, creciendo y respirando. Había cactus, helechos, orquídeas, gladiolos, y varios árboles, entre ellos un limonero y un naranjo, pero, sobre todo, había muchas plantas de lavanda. Lo habían traído todo de un vivero de Florencia que les había recomendado Giulio, y la alegre composición de colores impactaba a la vista, sobre todo porque estaban en pleno invierno.

—En primavera quiero trasplantar fuera la lavanda— murmuró Violet inclinándose a oler una de las plantas.

—¿Cómo es posible que estén tan bien en esta época? — preguntó Brenda, a quien le encantaban las flores. Ella también se inclinó para oler una planta de lavanda y confesó—: Este olor

siempre me ha encantado; no sé, me relaja.

—A mí también. Y en respuesta a tu pregunta, la mayoría de las plantas que hay aquí las hemos traído de un vivero— confesó Violet. A continuación, señaló el banco de hierro verde que estaba junto a la cristalera del fondo, desde el que se veía el río. —¿Nos sentamos?

—Vives en un lugar precioso— murmuró Brenda sentándose en el banco y mirando hacia el río.

—Sí— confesó Violet sentándose a su lado. Megan lo hizo junto a ella—. Me encanta la Casa Grande, esto…— hizo un gesto señalando el lugar donde estaban— la finca, y la gente de aquí. A pesar de todo, estoy pasando los días más felices de mi vida. —Se encogió de hombros, ruborizada, y Megan señaló lo que había pensado nada más verla:

—Desde luego, pareces muy feliz. Y Stuart también—Violet apartó la mirada del río y giró el rostro hacia su amiga. Confesó:

—Lo soy. A pesar de todo, lo soy.

—Me alegro, no solo porque te quiero, también porque nadie se lo merece más que tú— contestó Megan con una sincera sonrisa. — Y dicho esto, ¿qué querías contarme? Ya sabes que Brenda es de confianza… — aseguró, lanzando una mirada sonriente a la aludida.

—Lo sé— contestó Violet. Después de un ligero titubeo, reveló en voz baja—: He tenido la Primera Sed de Sangre. —Megan la miró con cara de extrañeza.

—No sé qué es eso. Creo que es la primera vez que oigo esa expresión— Violet la miró con los ojos agrandados y Brenda con voz amable, contestó a Megan:

—Es cuando un vampiro hembra siente la necesidad de beber sangre por primera vez.

—Bueno, eso no parece nada malo, ¿no? Es una necesidad del cuerpo…, aunque no sé cómo es posible que no haya oído hablar nunca sobre ello— contestó Megan, algo sorprendida. Violet se mordió el labio inferior sin ganas de explicar el dolor y la necesidad que había sentido, y Megan volvió a mirar a Brenda preguntándole silenciosamente. La recién casada se lo pensó un poco antes de decir:

—Es un tema del que solo se habla en la más estricta intimidad.

—Pero entonces, ¿cómo lo solucionan las chicas jóvenes cuando llega el momento? —inquirió Megan con curiosidad. Brenda volvió a contestar, midiendo muy bien sus palabras.

—Lo que yo he oído es que la Primera Sed de Sangre siempre aparece cuando la hembra se ha emparejado. Es más, creo que

hay ocasiones en las que surge cuando han pasado unos años del emparejamiento. —Megan se quedó mirando a Violet, intentando digerir las consecuencias de las palabras de Brenda

—Entonces, según eso, ¿*El Coronel* es tu pareja? —preguntó en cuanto fue capaz de volver a hablar.

—Eso creo— contestó Violet con voz ronca.

—Creía que todo era una pantomima, aunque en la comida me ha parecido que los dos actuabais demasiado bien… —murmuró su amiga. De repente, se volvió hacia Brenda y le preguntó: — ¿Y tú como sabes todo esto? Yo estoy rodeada de vampiros desde hace años y no sabía nada…

—Porque Walker Nolan era mi padre, es decir que nací siendo medio vampira y medio humana— le recordó.

—Tienes razón, perdóname. —Killian se lo había dicho hacía semanas— Pero es que es fácil olvidarlo, pareces…enteramente humana— susurró recorriendo con la vista el pelo resplandeciente, los ojos color violeta y el cutis ligeramente ruborizado.

—Lo sé— contestó Brenda —, siempre me lo dicen. Antes me molestaba, pero ya no. —Su cara daba a entender que le era indiferente.

—¿Tu madre murió hace mucho? —preguntó Violet que sabía que su padre había muerto recientemente.

—¡No, no está muerta! — respondió Brenda enseguida— Se marchó de casa cuando se enamoró de otro hombre.

—Lo siento— murmuró Violet que deseó no haber hecho la pregunta.

—No te preocupes, no tiene importancia. Si tenía que marcharse alguno de mis padres, fue mejor que lo hiciera mi madre. No era demasiado…maternal—contestó con una débil sonrisa. Megan decidió cambiar de tema de conversación porque esta estaba volviéndose demasiado triste.

—Ha sido muy inteligente cambiarte el nombre y decir que estáis casados— dijo, dirigiéndose a Violet.

—Fue idea de Stuart. Y eso me recuerda que necesito que me ayudes con algo—murmuró.

—¿Con qué? —Violet miró a Brenda, vacilando, pero no era el momento de sentir vergüenza. Tragó saliva y lo soltó todo de una vez:

—Hace unos días se me ocurrió que, si dejaba de ser virgen *La Hermandad* se olvidaría de mí para siempre, debido a que ya no cumpliría una de las condiciones necesarias para sus fines —confesó mientras las otras dos mujeres la miraban con la boca abierta—. Al principio me costó convencer a Stuart, pero lo

conseguí y ahora somos amantes. —De repente, se volvió hacia Megan y le preguntó— ¿Os ha dicho lo que pasó en el bosque?

—Estaba empezando a contárnoslo cuando has vuelto. —Violet asintió porque eso era lo que le había parecido.

—Habíamos salido a montar cuando nos dispararon y lo hirieron. Tuvimos que permanecer escondidos detrás de unas rocas hasta que el atacante se marchó, y durante esos minutos Stuart estuvo a punto de morir desangrado. Perdió tanta sangre que insistí en que bebiera de mí, sabía que no sobreviviría si no lo hacía —confesó con los ojos húmedos—. No quiero volver a pasar por algo así nunca más, de modo que estoy dispuesta a luchar con todas mis fuerzas contra ellos. Y te juro que, si consigo encontrar al que nos disparó, me encargaré de que no vuelva a hacer daño a nadie más—afirmó, con los ojos entrecerrados. Megan contestó, orgullosa:

—Siempre dije que el mundo se preparara para cuando la verdadera Violet saliera a la luz. —A continuación, cogió la mano de su amiga y preguntó—: ¿Y cómo te sientes? Estando emparejada, quiero decir.

—Como tú has dicho, nunca he sido tan feliz.

—Felicidades, Violet, es un buen hombre.

—Sí, lo sé— sonrió y preguntó—: En cuanto al favor… ¿puedes encargarte de que se sepa que Stuart y yo estamos juntos? —Megan rio por lo bajo moviendo la cabeza hacia los lados.

—Creo que esta debe de ser la primera vez en la historia que una muchacha quiere que se haga público que ha tomado un amante. —Rio acompañada por las otras dos y luego afirmó, mirando a Violet—: Pero me parece una decisión muy inteligente. Y cuando volvamos a Dublín, encontraremos el modo de que llegue a oídos de *El Maestro* lo antes posible.

—Gracias, Megan.

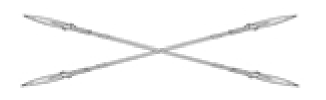
—Tengo una duda— respondió ella—. Cuando has empezado a contar lo de los disparos, me ha parecido que hablabas de varios atacantes ¿Crees que había más de uno?

—No…no sé porqué he hablado así— respondió Violet, haciendo memoria— En realidad, creo que solo había uno.

—En cualquier caso, lo mejor para cazar a una alimaña es poner una trampa. Deberías dar una fiesta con la excusa de presentarnos a tus amigos y vecinos; con suerte descubriremos quién os disparó. ¿Qué opinas? —Brenda la miró con admiración y Violet contestó enseguida:

—Me parece perfecto.

VEINTIUNO



Stuart se quedó paralizado en el umbral del dormitorio de Violet. No se habían vestido juntos porque ella así se lo había pedido para darle una sorpresa. A pesar de que Fenton y él habían acompañado a Violet y a Megan a comprar los vestidos que llevarían esa noche, a una boutique de Siena dos días atrás, no los habían visto. Burke y Brenda no habían ido con ellos porque habían decidido aprovechar el día para visitar los alrededores, aunque habían vuelto con tiempo suficiente para vestirse para la fiesta.

Stuart estaba acostumbrado a verla luciendo colores suaves, pasteles o grisáceos, y jamás habría pensado que verla llevar un vestido rojo fuera suficiente para que se le retorcieran las entrañas por el deseo. Al verla descubrió que ese color era el complemento perfecto para su pelo y sus ojos dorados. Se había recogido el cabello en un moño que estilizaba su cuello y lo hacía aún más apetecible. Tragó saliva al recorrer su cuerpo con la mirada, de la cabeza a los pies y ver cómo la tela lo abrazaba como una segunda piel. El conjunto hacía que Stuart sintiera el impulso, casi irrefrenable, de mandar a todos los invitados de vuelta a sus casas y encerrarse con ella una semana en el dormitorio, aunque sabía que una semana con ella no era suficiente. Ni siquiera una vida entera le parecía suficiente.

—¿No pasas? — preguntó ella, de espaldas a él mientras se ponía los pendientes frente al espejo. Stuart se dio cuenta de que debía de parecer un bobo allí de pie y cerró la puerta. Se acercó y ella, cuando abrochó el último pendiente, se giró. Pero al ver su rostro rígido y duro, se le borró la sonrisa y preguntó, insegura, señalando su vestido.

—¿No te gusta? —La abrazó con delicadeza y murmuró, tan cerca de su oreja que rozó su piel al hablar:

—Eres lo más bonito que he visto nunca. Pareces una diosa y todos deberíamos caer de rodillas ante ti nada más verte. —Violet rio por lo bajo y se apartó unos centímetros para poder mirarlo a la cara.

—Tú también estás muy guapo—confesó, y era cierto. El traje de etiqueta negro resaltaba su estilizada figura, la mandíbula firme y el pelo y los ojos oscuros.

—Quiero darte una cosa, pero no te pongas nerviosa —avisó él. Sacó una cajita de madera de su chaqueta, y la abrió, provocando que el corazón de Violet se acelerara tanto que creyó que le explotaría. Dentro de la caja había dos anillos de plata lisos y brillantes; levantó la vista y encontró una extraña turbación en los ojos de Stuart.

—Llevo días buscando un anillo de compromiso sin encontrar ninguno que me guste, pero cuando vi estas alianzas…— se encogió de hombros con una tímida sonrisa—… sé que son muy sencillas— dijo, disculpándose— y me hubiera gustado comprarte algo mejor, pero cuando pase todo esto, iremos a Florencia y te compraré el anillo de compromiso más bonito de toda la ciudad. Si tú quieres. —Ella levantó la mano y acarició el anillo más pequeño. Con voz temblorosa, preguntó:

—¿Qué quiere decir esto, Stuart? —El suspiró y recorrió su querido rostro con la mirada. Sus ojos oscuros brillaban más que nunca.

—Que me harías muy feliz si accedieras a casarte conmigo. Te quiero, Violet. —Ella se tapó la boca con los ojos humedecidos por la emoción y él susurró, muy serio—: ¿Eso es un sí?

Violet afirmó varias veces con la cabeza y él le puso el anillo lentamente en el dedo. Después ella le puso el otro a él, se dieron un beso y cogidos de la mano, bajaron las escaleras.

Megan y Fenton estaban en la entrada hablando con Baron, uno de los guardias. Violet le dijo a Stuart:

—Quiero comprobar cómo ha quedado el salón antes de que lleguen los invitados. —Él le dio un beso en la mejilla y le dedicó una mirada llena de promesas, antes de caminar hacia sus amigos.

Violet se detuvo antes de entrar en el salón, disfrutando del aroma de los jarrones llenos de lavanda y del efecto de las velas y las lámparas de gas, que habían distribuido por toda la habitación. Habían despejado la parte derecha del salón formando una pequeña pista de baile, junto a la que ya estaban los cuatro músicos que amenizarían la velada empezando a afinar sus instrumentos; en la parte izquierda, pegada a la pared, estaba la larga mesa del *buffet* y al fondo, junto a la chimenea, había una zona con dos sofás y varias sillas y sillones para los que quisieran

sentarse.

—¿Está todo a tu gusto? —Violet se volvió hacia Chiara que había aparecido a su lado de repente, y que iba a estar toda la noche en la cocina ayudando a su madre.

—Está perfecto. Por favor, dale las gracias a Alfonsina, la comida tiene un aspecto estupendo. —Chiara asintió y añadió, sonriendo:

—La casa está preciosa.

—Eso pienso yo—contestó Violet. Entonces llegó Megan y la muchacha se despidió con un murmullo.

—Stuart y Fenton han salido a inspeccionar el jardín —susurró Megan y Violet sintió que se ponía rígida. Que ella supiera, era la segunda vez que lo hacían.

—Sé que es egoísta pensarlo, pero ¡ojalá no pasara nada esta noche! —deseó, intentando alejar la desagradable sensación que tenía desde hacía varios días. Megan la miró con cariño.

—A mí también me gustaría poder disfrutar de una velada tranquila, pero, por si no es así, recuerda que no te perderemos de vista ni un momento. —A continuación, le preguntó—: ¿Llegaste a darle las cartas a Burke?

—Sí, cuando han vuelto esta tarde. Y cuando le he agradecido que se las llevara a Kirby, me ha contestado algo que me ha emocionado—confesó.

—¿Qué te ha dicho? —curioseó Megan.

—Que ahora era de su familia y que los miembros de una familia se ayudaban entre sí.

Tuvieron que apartarse para dejar pasar a los dos camareros que venían de la cocina, cargados con fuentes de comida y bandejas con copas y cubiertos para el *buffet*. Ellas se alejaron un poco, deteniéndose junto a las escaleras. Entonces, Megan le dijo en voz baja:

—¿Y tú qué le has respondido?

—Que había sido muy afortunada al encontrar a Stuart, y él me ha contestado que le parecía que la suerte nos había sonreído a los dos.

—Por supuesto que sí— aseguró Megan —. Por cierto, te agradezco que me convencieras para que eligiera el vestido verde. —Megan había dudado al principio entre uno rosa y uno verde, pero el que se había comprado la favorecía mucho más que el otro puesto que era, exactamente, del mismo color que sus ojos. —¿Qué ha dicho Stuart cuando ha visto el tuyo? —preguntó con mirada traviesa. Violet bajó la vista hacia el anillo que ahora llevaba en el dedo anular de la mano derecha. Megan le cogió la mano para verlo de cerca y después la miró con ambas cejas

arqueadas.

—Quiere que nos casemos— anunció Violet.

—¿Y tú?

—Yo también— admitió con los ojos brillantes.

—Casi no puedo creerlo— confesó Megan—. La última vez que os vi, hace unas semanas, ni siquiera os hablabais. Y jurabas que no lo perdonarías nunca.

—Creo que solo necesitábamos estar a solas durante una temporada para entendernos—murmuró Violet, pero se calló cuando escucharon la puerta de la entrada. Fenton y Stuart volvían de su inspección.

—Estáis las dos guapísimas— aseguró Fenton muy sonriente, caminando hacia ellas. Cuando llegó junto a Megan, rodeó su cintura con el brazo y se inclinó para besarla en la mejilla. Violet susurró a Stuart en cuanto lo tuvo a su lado:

—¿Va todo bien?

—Sí, tranquila— contestó sobre su piel antes de besarla en la sien —. Los invitados estarán aquí enseguida, hemos visto los coches subiendo por el camino.

Burke y Brenda bajaban en ese momento las escaleras para unirse a ellos y Fenton dijo:

—¡Justo a tiempo, chicos! Los invitados están a punto de llegar.

Burke le contestó con alguna broma, pero Violet estaba distraída observando las miradas fascinadas que, tanto Brenda como Megan, dirigían a sus maridos. No le extrañaba puesto que ambos estaban, cada uno dentro de su estilo, impactantes vestidos de etiqueta. Pero para ella ninguno era comparable a Stuart.

Megan había tenido la práctica idea de formar una línea de recepción en la entrada para saludar a los invitados, Stuart y Violet se colocaron los primeros; a continuación, estaban Fenton y Megan y, por último, Burke y Brenda. Pero todo eso sería después de que los hombres de Burke, según fueran llegando los invitados, comprobaran que estaban en la lista que Stuart les había dado; y de que Flavio ayudado por uno de los camareros, recogiera sus abrigos.

Los primeros en llegar fueron la señora Longo, la dueña de la tienda a la que Violet y Stuart habían ido para ampliar su guardarropa. Había venido acompañada por su marido y por su hija, una jovencita poco agraciada y de mirada triste que no se separaba de su madre. Detrás llegó el maestro de la única escuela que había en Volterra con su mujer y su hijo. Después de saludar al grupo, Violet dijo a Stuart en voz baja:

—Pensaba que la señora Longo era viuda. —Él la miró

sorprendido.

—¿Por qué?

—No lo sé. Quizás porque las dos veces que la he visto estaba vestida de negro. — Se encogió de hombros.

—Pues como has visto está casada y su marido parece muy saludable. —Ambos observaron discretamente al alto y fornido señor Longo que llevaba a su mujer del brazo, y cómo entraban en el salón seguidos por su hija.

A continuación, llegó don Pietro, el cura; un hombre anciano, rechoncho y de corta estatura y con escaso pelo blanco, que había venido en el coche del médico del pueblo, un vampiro de mediana edad alto y muy delgado. Stuart les presentó a ambos a Violet como su esposa Caroline y, enseguida, hizo lo mismo con el carpintero del pueblo, que había venido acompañado por su mujer y sus tres hijas. Y por fin, llegó Giulio con sus amigos.

—¡Caroline, querida! —Violet sonrió, contenta de verlo y se inclinó para darle un beso en la mejilla. El anciano se había puesto un antiguo traje de etiqueta y llevaba una ramita de lavanda en la solapa. Señaló la hierba con el índice y le dijo a Violet, guiñándole un ojo—: Me la he puesto para no desentonar. —Stuart sonrió, satisfecho al ver lo bien que se llevaban.

—¡Vamos, Giulio, no los acapares, que no podemos entrar hasta que no termines! —protestó Will haciéndolos reír a todos menos a Melissa, que regañó a su padre en voz baja. Giulio avanzó hacia Fenton y Megan, y Will y Melissa pudieron saludar a sus anfitriones. Melissa dijo a Violet:

—¡Estás guapísima!

—Gracias, tú también. —A continuación, Melissa se inclinó sobre ella y susurró—: ¿hablamos luego?

—¡Claro! —contestó ella, devolviéndole la sonrisa.

Padre e hija dejaron paso a John y a Helena que agradecieron la invitación escuetamente, y avanzaron para saludar a Fenton y a Megan, y ya solo quedaron Paolo y Magnolia. Cuando terminaron de saludar a estos últimos, Violet susurró discretamente a Stuart:

—¿Falta alguien más?

—Creo que no, aunque no estoy seguro …— enmudeciendo de repente, giró el rostro hacia su izquierda. Algo parecía haber ocurrido entre Brenda y Magnolia porque ambas se miraban fijamente, pálidas e inmóviles, como si las dos hubieran visto un fantasma. Afortunadamente, en ese momento Paolo y su mujer eran los últimos invitados que quedaban por entrar en el salón. Megan miró a Violet, preguntándole con la mirada, pero ella sacudió la cabeza de lado a lado para darle a entender que no

tenía ni idea de qué ocurría. Stuart, con los ojos entrecerrados, susurró:

—Espera aquí. —Ella obedeció, quedándose con Megan. Él y Fenton se acercaron al grupo que seguía sin hablar, y Stuart preguntó con voz amable:

—¿Hay algún problema? —Brenda contestó con voz ahogada:

—Ninguno —hizo una mueca de amargura antes de seguir—. Solo me ha sorprendido encontrarme aquí a mi madre después de tantos años sin saber nada de ella.

Violet sintió que se le salían los ojos de las órbitas y Megan y ella se miraron con la misma cara de asombro. Stuart se acercó a Paolo di Maggio y dijo en voz baja, amable, pero decidida:

—Lo siento, pero creo que será mejor que os marchéis. —Paolo, ofendido, se irguió y sus ojos ardieron al mirar a Stuart que permaneció tranquilo. Brenda no dejaba de observar a su madre con los labios apretados en una fina línea, hasta que Magnolia recuperó la voz:

—Puede que este encuentro fortuito haya sido una suerte. Hay muchas cosas que me gustaría explicarte —suplicó, mirando a Brenda. Su voz tembló ligeramente y sus ojos estaban húmedos. Su hija ahogó un sollozo y se volvió hacia Burke que la abrazó y le dijo algo al oído. Ella pareció dudar, pero finalmente asintió y apartando el rostro del pecho de su marido dijo, mirando a Stuart:

—No me importa que se quede. — A continuación, se dirigió a su madre—Pero no voy a hablar contigo. Al menos, hoy no —aseguró, muy seria. Su madre asintió con un murmullo y finalmente entró con su marido en el salón.

—¡No me lo puedo creer, Burke! —gimió Brenda, derrumbándose por fin y escondiendo otra vez el rostro en su pecho. Él la abrazó con fuerza y le propuso:

—Si quieres podemos irnos. O subir a nuestra habitación y quedarnos allí. —Ella negó con la cabeza y se limpió los ojos. Miró a los demás.

—Lo siento —se disculpó, dirigiéndose a todos—. Pero no la veía desde que era una niña.

—Es normal, no te preocupes —afirmó Megan. Ella y Violet se habían acercado a Brenda, para intentar consolarla.

—¿No quieres subir a echarte un rato? — ofreció Violet.

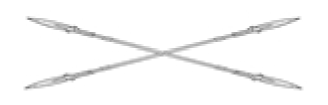
—No —contestó y sonrió valerosamente antes de añadir—. Voy a ir a la fiesta y a bailar con mi marido.

—Tus deseos son órdenes para mí —bromeó Burke, más relajado, dándole un beso en la mejilla.

—Pues después de este intermedio inesperado, sugiero que vayamos al salón y que sigamos con la función —propuso Fenton.

Y todos caminaron hacia el salón para seguir, como Fenton había dicho acertadamente, con sus papeles en la función.

VEINTIDÓS



Violet y Stuart estaban junto a Fenton y Megan, de pie en la zona de los sofás observando discretamente a los invitados, aunque aparentaban estar muy entretenidos en la conversación que mantenían entre los cuatro. Burke y Brenda se habían sentado en el sofá que estaba más apartado y hablaban en voz baja.

—No me puedo creer que uno de ellos sea el que nos disparó el otro día —murmuró Violet con la mirada fija en el maestro, que estaba hablando con el cura. Stuart acarició suavemente su espalda como respuesta, aprovechando que nadie podía verlo ya que tenían detrás una pared. Su roce sensual hizo que a ella se le pusiera la carne de gallina y lo miró de reojo; él le devolvió la mirada con una sonrisa malvada. Violet sabía que pretendía distraerla y lo conseguía.

—Creo que voy a dar una vuelta. ¿Vienes, cariño? —preguntó Fenton de repente, mirando a Megan que aceptó con una sonrisa. Se marcharon agarrados del brazo, entremezclándose enseguida con los invitados.

—¿Quieres bailar? —susurró Stuart con el rostro tan próximo al suyo, que Violet se ruborizó al distinguir el deseo descarnado que había en sus ojos. Aceptó con un murmullo y él cogió su mano para llevarla a la pista. Al principio, los pasos de Violet eran muy vacilantes porque solo había bailado con la señorita Brown, la maestra de su internado y, además, hacía mucho tiempo de aquello; pero, cuando se dio cuenta de que solo tenía que confiar en Stuart y dejarse llevar, comenzó a disfrutar.

—¿En qué piensas? —preguntó él.

—En que bailar contigo es muy distinto a hacerlo con la señorita Brown, mi profesora de baile. —Sorprendiéndola, él empezó a reír a carcajadas provocando que los otros bailarines los observaran con curiosidad.

—¿Sabes que nunca dejas de sorprenderme? —murmuró él con una sonrisa, que se desvaneció de su rostro en cuanto su mirada comenzó a recorrer el salón sin descanso, mientras daban vueltas al son de la música.

Violet, al ver su rostro duro y preocupado, intentó tranquilizarse diciéndose que no iba a pasar nada; ahora tenían la ayuda de sus amigos y, además, Stuart llevaba una pistola oculta bajo la chaqueta, igual que Fenton y Burke. Y, aprovechando el baile, ella hizo lo mismo que Stuart y observó detenidamente el salón. Brenda seguía sentada, apoyada en el hombro de su marido con aspecto tranquilo, mientras que él también parecía vigilar a todos los que les rodeaban. Al dar otro giro vio que Magnolia, que estaba con el resto de los amigos de Giulio junto a las bebidas, miraba a su hija insistentemente y Violet deseó que no le diera más problemas, al menos esa noche.

—Parece que todo va bien —murmuró a Stuart, sin hacer mención del sombrío presentimiento que seguía sintiendo y que crecía por momentos.

—Eso parece —contestó él en el mismo tono, aunque no dejaba de vigilar a los invitados como si también esperara que ocurriera algo. El vals terminó y ella iba salir de la pista cuando él la agarró por la muñeca. Lo miró extrañada.

—¿Otro? —preguntó Stuart.

—Claro —contestó. Mientras esperaban, cogidos de la mano a que empezase la siguiente pieza, Violet vio cómo Fenton y Megan salían al jardín por uno de los ventanales. Entonces comenzaron a sonar los acordes de otro vals y ella y Stuart volvieron a bailar. El presentimiento de Violet aumentó hasta hacerse casi doloroso, y su mirada angustiada se dirigió al numeroso grupo que estaba junto al buffet.

—¿Qué pasa, cariño? —Stuart había notado la creciente tensión en su cuerpo.

—Mira. —Violet se detuvo y señaló con la barbilla en dirección al grupo de Giulio.

John y Helena estaban discutiendo y sus amigos los observaban abochornados. A pesar de la música, los gritos podían escucharse desde donde ellos estaban. Giulio se acercó al matrimonio seguramente para intentar calmar los ánimos, con tan mala suerte que tropezó empujando a Melissa que estaba a su lado, provocando que ella aterrizara de espaldas sobre la enorme ponchera, y que las dos se estrellaran contra el suelo con un gran estruendo. Stuart y Violet corrieron hacia ellos y cuando atravesaron el grupo que les rodeaba, se encontraron con Giulio en el suelo, tumbado de costado y salpicado por el ponche.

Melissa estaba cerca de él, tendida bocarriba y empapada de pies a cabeza con el mismo líquido rosa y pegajoso.

Al ver que Will estaba arrodillado junto a su hija, ellos lo hicieron al lado de Giulio. Ella cogió su mano y le preguntó:

—¿Cómo estás? —El anciano se la quedó mirando durante unos segundos un poco aturdido, hasta que susurró entrecortadamente:

—Hija, lo siento. No sé qué me ha pasado… —Ella lo interrumpió sacudiendo la cabeza

—No te preocupes. Dime, ¿te duele algo?

—La pierna derecha. Creo que he caído sobre ella y me duele un poco —confesó. Violet miró a Stuart que seguía arrodillado al otro lado de Giulio y que dijo:

—Iré a buscar al médico. —Pero antes de que pudiera moverse, ambos escucharon la voz de Fenton que se ofreció a hacerlo.

—Iré yo. Lo he visto hace un momento paseando con su mujer por el jardín.

Violet miró a Melissa al notar que se movía y vio que se había sentado y que le sangraba una mano. Su padre, que parecía a punto de llorar, intentaba frenar la hemorragia con su pañuelo. Preocupada, Violet susurró a Stuart:

—Melissa está sangrando. Voy a acercarme a ver cómo está. —Pensó que sería una herida superficial, pero se sobresaltó al verla porque era peor de lo que había imaginado.

—Melissa, ¿cómo te encuentras? —preguntó. Ella sonrió, a pesar de que estaba muy pálida.

—Algo atontada —confesó con voz débil.

—Creo que deberíamos vendarle la mano mientras llega el médico —intervino Megan. Estaba junto a Brenda de pie observando la escena. —Si quieres, puedo intentarlo yo —añadió, mirando a Melissa que asintió con un gesto de alivio. Violet le dejó el sitio a su amiga y Megan dijo en voz alta mientras examinaba la herida—¿Alguien puede traerme unas servilletas? —Burke apareció un momento después con seis servilletas de las que había en el buffet, que le entregó. A continuación, observaron que Megan doblaba dos de ellas para ponerlas sobre la herida, y utilizó otra para rodear dos veces la mano, como una venda. Mientras estaba atando los dos extremos de la servilleta sobre el dorso para que no se le cayera, Melissa se quejó, pero Megan hizo como si no la escuchara hasta que terminó el extraño vendaje. Entonces le dijo:

—Lo siento, pero la única manera de que se corte la hemorragia es presionando con fuerza. —Melissa contestó con voz

débil:

—No te disculpes, por favor; al contrario, te lo agradezco. —Miró a su padre—. Papá, por favor, deja de llorar. Siento haberte preocupado, pero estoy bien.

—¿Quieres que te ayudemos a levantarte? —preguntó Violet, inclinada sobre ella.

—Sí, por favor —contestó. Cuando se puso en pie ayudada por su padre y por Violet susurró, avergonzada—: Lo siento, Caroline. Giulio y yo te hemos estropeado la fiesta.

—¡Qué dices! Lo importante es que estéis bien —respondió con una sonrisa.

—El médico ya está aquí —anunció Megan, antes de ir a hablar con Fenton. Melissa se tambaleó y Will y Violet la sujetaron por la cintura, pero Violet sabía que donde mejor estaría era en una cama. Como no sabía si Will, por su edad, podría levantarla en brazos le dijo, con toda la delicadeza que pudo:

—Tendría que estar acostada, pero no creo que pueda subir sola las escaleras. —El padre de Melissa asintió.

—Yo la subiré. Vamos cariño —Ella se abrazó al cuello de su padre con la mano sana y él la levantó con facilidad.

Violet los siguió, cogiendo el bolso y los zapatos de Melissa que estaban en el suelo. De camino a las escaleras para subir al piso de arriba, se encontró con John y Helena que estaban apartados de los demás, observando a Will y a Melissa con una concentración casi enfermiza. Ella parecía enfadada y él triste. Violet miró en dirección a Stuart, pero él y el médico estaban arrodillados junto a Giulio y no pudo decirle nada. Pero al salir del salón, se encontró con Megan y Fenton que estaban susurrando entre ellos hasta que los vieron. Violet dijo, dirigiéndose a Megan:

—Vamos a subir a Melissa para que se pueda acostar. Díselo a Stuart para que el médico, cuando termine con Giulio, suba a verla por favor. —Pero Fenton y Megan intercambiaron una rápida mirada y Megan contestó:

—Os acompaño. Fenton se lo dirá a Stuart.

Violet los guio hasta a una de las habitaciones de invitados y cuando Will dejó sentada a Melissa sobre la cama, le dio un beso en la frente y le dijo:

—¿Cómo te encuentras, cariño? —Melissa sonrió débilmente y contestó:

—Mareada, pero es normal. Tranquilo. —Violet intervino y le dijo:

—Creo que deberías quitarte esa ropa. —Estaba llena de

ponche por lo que debía de estar muy incómoda. Will se levantó y murmurando que esperaría en el pasillo, salió de la habitación.

Violet trajo un camisón suyo y entre Megan y ella la ayudaron a desnudarse y a ponérselo. Después, Melissa se acostó y avisaron a su padre para que volviera a entrar.

—Parece que ya se ha cortado la hemorragia —señaló él, más tranquilo y se sentó en el borde de la cama junto a su hija, que había cerrado los ojos y parecía que estaba recuperando un poco el color.

A continuación, al mirar a Megan por casualidad Violet sintió un escalofrío al ver cómo su amiga observaba a Melissa y a su padre.

—Es raro que no haya venido el médico, ¿por qué no bajamos tú y yo a ver qué pasa? —le dijo Megan a Violet mirándola fijamente. Will se volvió hacia ellas y ofreció:

—Si queréis, puedo bajar yo. —Pero Megan contestó con una falsa sonrisa:

—Es mejor que tú te quedes con ella. Así estará más tranquila.

Y en ese momento, Violet fue consciente de que algo terrible estaba ocurriendo delante de sus narices, algo de lo que ella no se había enterado. Se le erizaron los pelos de la nuca y miró a su amiga con el corazón latiéndole en los oídos, porque ya la había visto actuar así, cuando ambas huían de los agentes de *La Hermandad.* Megan le suplicó con la mirada que le hiciera caso, y Violet comenzó a andar lentamente hacia el pasillo mientras decía, intentando que su voz pareciera normal:

—Enseguida subimos.

Cuando llegaron a las escaleras Megan susurró, sujetándola por el brazo:

—No corras. —Violet asintió si mirarla y ambas bajaron los escalones a paso normal, encontrándose con Stuart, Fenton y dos de los guardias cuando llegaron a la planta baja. Stuart cogió a Violet de la mano y ella supo que no se había equivocado al preocuparse cuando vio su rostro.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja, pero él hizo un gesto para que no dijera nada y la llevó a la biblioteca. Dentro esperaban Burke y Brenda, de pie y de espaldas a ellos, pero se volvieron en cuanto entraron los cuatro. Fenton cerró la puerta tras él y Stuart abrazó a Violet, suspirando con fuerza. Ella lo miró sintiéndose mal, sabiendo que era la culpable del miedo que se vislumbraba en el fondo de sus ojos. Stuart empezó a explicarle la situación:

—El médico asegura que Giulio solo está dolorido por el

golpe. Esta noche se va a quedar a dormir aquí y mañana él volverá a examinarlo, para ver si ya puede levantarse. A los demás, los he mandado a sus casas incluyendo a Flavio, Alfonsina, Chiara y a los dos camareros. En la casa solo quedamos Giulio y el médico, nosotros seis, Melissa y su padre… y los guardias, por supuesto. Ya he hablado con el doctor y no subirá a ver a Melissa hasta que no se lo digamos.

—¿Qué pasa? —Volvió a preguntar Violet, aunque en esta ocasión su mirada fue recorriendo los rostros de todos.

—Cariño… —susurró Megan con un suspiro acercándose hasta que estuvo a pocos centímetros de ella—, Giulio no ha tropezado. Melissa lo ha empujado y se las ha arreglado para aparentar que él la hacía caer, pero no ha sido así. Después, aprovechando la confusión, ha cogido un trozo de cristal de la ponchera rota y se ha rajado la mano. Imagino que lo ha hecho para darle más dramatismo a la historia.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó Violet, incrédula.

—Porque he visto cómo lo hacía —contestó Megan, triste. Y, aunque Violet sabía que ella no la mentiría, le costaba creerlo.

—¿Por qué iba a hacer algo así? —preguntó angustiada, implorando una explicación. Stuart la abrazó por la cintura, acercándola a él, intentando consolarla mientras Fenton contestaba a su pregunta.

—Creemos que es una agente de *La Hermandad* y que todo lo que ha hecho durante la fiesta, ha sido para poder pasar la noche aquí. Seguramente con la intención de secuestrarte.

—¡No puedo creerlo! —respondió Violet, abrazada a Stuart.

—Lo siento, pero Melissa es una agente y Megan y yo tenemos que hablar con ella, es primordial conseguir que confiese; sobre todo por tu seguridad. Necesitamos saber quiénes son sus contactos, cuál era su misión exactamente…, cuando fue su última reunión con ellos…todo —continuó diciendo Fenton—. Cuanta más información consigamos, mejor. Y si es posible, mañana mismo nos la llevaremos a Dublín.

A continuación, Megan y Fenton comenzaron a debatir sobre cómo sería la mejor manera de interrogarla, mientras que Stuart, Brenda y Burke presenciaban la conversación de la pareja con curiosidad. Pero Violet se sintió tan cansada de repente que tuvo que sentarse. Se acercó al sillón donde le gustaba arrellanarse para leer, se dejó caer en él con un suspiro y reclinó la cabeza en el alto respaldo con los ojos cerrados. Y los recuerdos de los divertidos momentos pasados con Melissa durante esas semanas, comenzaron a repetirse sin cesar en su cerebro; como una broma macabra de su mente.

—Cariño, mírame —susurró Stuart unos minutos después y su aliento le acarició el rostro. Intentó sonreír, pero sus ojos seguían siendo dos lagunas doradas llenas de tristeza. —Lo siento— dijo él. Cogió su mano y como solía hacer, la giró para poder besar su palma. Ese cariñoso gesto le recordó a Violet que ella podía averiguar, mejor que nadie, quién era y qué quería Melissa en realidad. Y, aunque no le gustaba hacerlo parecía que había llegado el momento de utilizar su don.

—Me gustaría intentarlo yo —afirmó, interrumpiendo a Fenton y a Megan, que seguían planificando el interrogatorio de Melissa en voz baja; pero, en cuanto la escucharon, ambos se volvieron a mirarla.

—No dejarás que lo haga… —dijo Burke sorprendido, dirigiéndose a Fenton que pareció tomarse en serio el ofrecimiento, a pesar del peligro que supondría para ella. Pero aún se sorprendió más cuando Violet contestó, dirigiéndose a él:

—Él sabe que soy la única, al menos de los que estamos en esta habitación, que puedo *leer* todo lo que hay en la mente de Melissa sin que ella se entere—musitó. Burke la miraba como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Lo dice en serio? ¿Puede hacer eso? —preguntó a Stuart y su amigo afirmó, mirándolo a los ojos:

—Desde luego.

VEINTITRÉS



Finalmente, el médico había decidido que no hacía falta darle puntos a Melissa y le había puesto un vendaje fuerte, tal y como había hecho Megan, además de pincharle un calmante para el dolor avisándoles de que podía darle sueño. También les aseguró antes de marcharse que, gracias a que era una vampira, la herida se habría cerrado del todo en un par de días. Eso había sido hacía unos minutos y, ahora, Fenton estaba intentando preparar a Violet lo mejor posible.

—El padre de Melissa ya se ha dormido —le dijo. Stuart le había explicado al médico que Will estaba muy alterado por el accidente de su hija, y el facultativo le había dado un sedante para que se durmiera —. Está en uno de los dormitorios de los criados, junto a la cocina. Y, aunque no creo que esté compinchado con Melissa he puesto un guardia en su puerta. —Violet se estremeció involuntariamente y sintió los dedos de Stuart entrelazarse con los suyos, traspasándole parte de su fuerza mientras Fenton continuaba hablando—: Violet, piensa que la información que consigas esta noche puede salvar vidas. Cualquier cosa puede ser importante, aunque no te lo parezca…si hay algún otro agente en la zona, quién es su contacto, dónde se veía con él y cuál era su plan para esta noche. —Violet asintió porque ella era la primera interesada en saber cuál era el plan de Melissa—. Todo lo que puedas averiguar nos servirá, pero lo que más nos urge ahora mismo, por tu seguridad, es saber si hay más agentes en la zona.

—De acuerdo— contestó.

—Deja la puerta del dormitorio abierta y no tengas miedo. Nosotros estaremos en el pasillo y escucharemos toda la conversación, aunque no nos veas. —Los ojos marrones de Fenton

estaban clavados en ella con expresión de preocupación, cuando inesperadamente sonrió y afirmó—: Lo harás bien. —A continuación, se apartó y dejó que Megan le diera un abrazo rápido y ambos se marcharon de la biblioteca.

—Mucha suerte —susurró Brenda que se detuvo a darle otro abrazo como el de Megan, antes de salir detrás de ella. Burke sonrió, deseándole lo mismo y fue el último en marcharse, cerrando la puerta tras él. Stuart había permanecido junto al ventanal con las manos metidas en los bolsillos observándolo todo, pero ahora se acercó a ella y cogió sus manos. La miró.

—Sé que esto no te gusta —murmuró ella porque sentía su enfado, aunque no le había dicho nada—, pero…

—Ssshhh —la interrumpió, abrazándola con ternura. Habló sobre su coronilla con voz ronca—Estoy enfadado por lo que te ha hecho Melissa, sé que durante estos meses le habías cogido cariño.

—Sí. —Violet respiró hondo intentando controlar sus sentimientos—, y lo malo es que todavía se lo tengo. Soy una estúpida—murmuró, haciendo una mueca.

—No digas eso. Es normal que te sientas así; se tarda un tiempo en aceptar que una persona en la que confiabas te ha traicionado. —Se apartó para poder ver su rostro—. Estaré en el pasillo con Fenton. Si me necesitas, solo tienes que decir mi nombre y entraré. Sabes que jamás permitiría que te ocurriera nada.

—Lo sé, por eso no estoy asustada —aseguró, mirándolo a los ojos.

Stuart besó su frente y luego sus labios. Llevándose la mano de ella al pecho se sinceró:

—Pues yo sí. Y te ruego que no hagas ninguna tontería, recuerda que eres toda mi vida. —Ella inclinó la cabeza sintiendo por primera vez la responsabilidad que eso suponía, y salieron de la biblioteca cogidos de la mano.

Stuart y los demás se situaron sin hacer ruido en el pasillo, a ambos lados del dormitorio, pero Violet, después de una última mirada dirigida a Stuart, caminó hasta detenerse en el umbral de la puerta. Melissa estaba tumbada en la cama y parecía adormilada.

—Hola —dijo Violet— ¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor. No sé lo que me ha dado el médico, pero ya no me duele nada y tampoco estoy mareada. ¡Pero pasa, no te quedes ahí! —Palmeó a su lado, sobre la cama, invitándola a sentarse con una sonrisa.

Violet entró y se sentó en el borde del colchón, intentando

sonreír, aunque tenía el estómago revuelto y los nervios de punta.

—¿Ya se han ido los invitados? —preguntó Melissa con curiosidad.

—Sí. Stuart, después de disculparse, les ha pedido que se fueran a casa, asegurándoles que repetiríamos la fiesta otro día. Y no te preocupes por tu padre, el doctor le ha dado un sedante y ya está dormido.

—No sabes cuánto lo siento. —Volvió a excusarse con voz tan compungida que, si no supiera nada, a Violet se le habría encogido el corazón. Los ojos de Melissa se empañaron como si estuviera emocionada y Violet encontró la excusa que había estado esperando. Cogió la mano sana de Melissa y la sostuvo entre las suyas, poniendo su palma contra la de ella, ya que era la forma en la que siempre le había sido más sencillo acceder a la mente de otro.

—Tranquila —murmuró con una sonrisa vacía y comenzó a buscar dentro de ella.

Le costó algo de tiempo poder transitar a través de los pensamientos de Melissa, porque estaban terriblemente desordenados y eran frenéticos. Violet sabía por otras ocasiones que disponía de poco tiempo para estar dentro de su cabeza por lo que, cuando encontró un grupo de ideas inconexas en su camino, las pasó por alto y siguió buscando. Enseguida encontró un recuerdo y vio que Megan tenía razón; Melissa había provocado todo lo ocurrido en el salón adrede, aunque su intención inicial no había sido esa. Había ido a la fiesta con la idea de convencer a Violet para que la acompañase un momento al jardín, y allí embaucarla contándole que tenía un problema muy grave de índole personal. A continuación, le pediría que la acompañara con alguna excusa que todavía no había pensado, y la llevaría a una cabaña que estaba en el bosque, abandonada desde hacía años. Allí había dejado el día anterior una jeringuilla hipodérmica con una droga que le había dado su contacto de *La Hermandad* hacía años, por si se encontraba en una situación como esta. Cuando la tuviera drogada, atada y amordazada, enviaría un telegrama a su contacto, quien le diría lo que tenía que hacer a continuación. Y, sobre todo, lo que más le interesaba, cómo cobrar la recompensa.

A Violet le sorprendió descubrir un recuerdo encadenado en el que aclaraba que esas no eran las instrucciones de Melissa. Cuando su contacto le habló de Violet, insistió en que lo único que tenía que hacer si la veía o descubría su paradero, era enviarle un telegrama con su dirección y el pago por ese sencillo gesto, hubiera sido de mil libras; pero la recompensa por

capturarla era infinitamente mayor y Melissa necesitaba el dinero. Pero todo se había complicado para ella cuando esa noche había visto a los hombres armados que custodiaban la Casa Grande, entonces se dio cuenta de que tenía que cambiar el plan sobre la marcha.

Violet todavía leyó unos cuantos pensamientos más hasta que tuvo que soltar su mano, intentando no mostrar el enfado que burbujeaba en su interior; aunque sabía que le iba a ser imposible porque ella no era tan buena actriz como su supuesta amiga.

—Si mañana estoy mejor, espero que podamos dar un paseo por el bosque —comenzó a decir Melissa, pero Violet ahora sabía qué era lo que quería hacer con ella en el bosque. Aunque intentó aparentar normalidad, se sintió tan enferma estando tan cerca de ella que tuvo que levantarse y se colocó a los pies del lecho. Desde allí se quedó mirándola, con las manos fuertemente agarradas al travesaño de madera oscura que había a los pies de la cama, y que hacía juego con el cabecero. —¿Qué te pasa? —preguntó. Supo por su expresión que la había descubierto, aunque no entendía cómo era posible. Se sentó con dificultad, pensando que no tenía que haber permitido que ese estúpido médico le pusiera un calmante. —Violet…—murmuró, traicionándose a sí misma sin darse cuenta.

—Creía que eras mi amiga —la interrumpió. Se sentía traicionada, pero también avergonzada por lo fácilmente que la había engañado.

—No sé a qué viene esto, Caroline —contestó con semblante inocente.

—¿Por qué no sigues llamándome Violet? —replicó. Los ojos de Melissa se agrandaron y un rubor poco favorecedor cubrió sus pómulos. —No te molestes en seguir mintiendo. Lo sé todo. Sé que estás a sueldo de *La Hermandad* y que utilizas las pinturas de tu padre para introducir en Inglaterra *ciertos paquetes* de contrabando. Y sé lo tuyo con John—dijo al final.

Melissa apartó las sábanas para levantarse, pero antes de que pudiera poner un pie en el suelo, Baron, el jefe de los hombres de Burke entró en la habitación con unas esposas en la mano. Lo seguía Stuart que cogió a Violet de la mano y la sacó al pasillo, donde esperaban Fenton y Megan. Su amiga la miró compungida, pero en cuanto Baron salió con Melisa esposada y sujeta por el brazo, ella y Fenton los siguieron al piso de abajo. Entonces, Violet se abrazó a Stuart, ahogando un sollozo y le dijo:

—Ella es la que está con John y sé por qué. Al menos me he asegurado de que Will no sabía nada de lo que hacía su hija. —Stuart siguió abrazándola y cuando sintió que podía volver a

respirar con normalidad, los dos bajaron las escaleras y fueron a la biblioteca. Burke estaba de pie mirando por la ventana y Brenda sentada en un sillón, a su lado. A Violet no le sorprendió ver la pistola que Burke tenía al alcance de la mano en una mesa cercana, puesto que parecía tan capaz como el resto de sus amigos de defender a la mujer que amaba por sí mismo.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó, mirándolos alternativamente.

—Bien —contestó Stuart. Preocupado por la palidez de Violet, la acompañó hasta un sofá que había junto a las estanterías llenas de libros, donde hizo que se sentara. Poniéndose en cuclillas para poder ver su rostro, acarició su mejilla y le preguntó—: ¿Quieres beber algo? —Ella asintió, esperando que el alcohol disolviera el nudo que tenía en la garganta. Él le trajo un vaso donde había echado un chorrito de whisky. —Bébetelo, te vendrá bien. —Ella hizo una mueca de asco después de tragarlo y Stuart se llevó el vaso vacío y lo dejó sobre el carrito de las bebidas. Burke se acercó a él y ambos comenzaron a hablar en voz baja y Brenda se levantó y se aproximó a Violet. Se sentó a su lado y puso la mano sobre su antebrazo. A continuación, murmuró:

—Lo siento. Sé muy bien lo que se siente cuando alguien te decepciona. —Sus ojos estaban enrojecidos, algo en lo que Violet no se había fijado hasta ese momento, y que le hizo poner su mano encima de la de Brenda y darle un apretón. Como resultado, ella parpadeó intentando no llorar y confesó—: Antes de que se marchara, mi madre y yo hemos hablado a solas. He estado a punto de no acceder, pero al final lo he hecho— se encogió de hombros—. Y ha sido una estupidez hacerlo. —Respiró profundamente y cuando siguió hablando, a Violet le pareció como si estuviera pensando en voz alta. —La verdad es que, aunque siempre he dicho que no había sido una mala madre, no era cierto. Solo decía eso porque no quería que me compadecieran, pero la verdad es que nos abandonó cuando yo todavía era una niña para irse con otro hombre, y no he vuelto a saber nada de ella hasta hoy. ¿Y sabes de qué quería hablar la primera vez que nos hemos visto después de tantos años?

—No —susurró Violet, sacudiendo la cabeza.

—De dinero. Dice que su marido y ella están arruinados. Alguien ha debido decirle que Burke es rico y me ha pedido dinero— afirmó con voz dolida.

—Lo siento mucho, Brenda— contestó Violet de corazón.

—No digas eso, soy horrible. Tú estás destrozada por todo lo que está pasando y yo te cuento algo así —sollozó, desplegando el pañuelo que guardaba en el puño—. Menos mal que mi marido

me ha dejado su pañuelo— bromeó.

—Cariño —dijo Burke inclinado sobre su mujer—, sabes que no soporto que llores. —Ella levantó ligeramente el rostro para mirarlo y él preguntó—: ¿Quieres que nos vayamos a nuestra habitación?

—Sí —murmuró con voz ahogada. Miró a Violet, mordiéndose el labio inferior y dijo— ¿No te importa? —Ella contestó con otro suave apretón de mano y una sonrisa.

—Claro que no.

Cuando se marcharon, Stuart se sentó junto a Violet y la abrazó. Ella apoyó la cabeza en su hombro con un suspiro y cerró los ojos relajándose. Se despertó y parpadeó para despejarse cuando Fenton y Megan volvieron.

—Veo que permanecéis alerta —murmuró con una sonrisa irónica al verlos en el sofá. Stuart se encogió de hombros devolviéndole una sonrisa impasible, pero se levantó.

—¿Queréis beber algo?

—Yo agradecería un whisky —contestó Megan sentándose junto a Violet. Mientras Stuart y Fenton preparaban las copas, susurró:

—¿Estás mejor?

—Sí, pero ha sido muy desagradable —confesó y le preguntó —: ¿Sospechaste de Melissa desde el principio? —Fenton las interrumpió al entregarle un whisky a Megan; después se sentó en el brazo del sillón que había a su lado, y Stuart lo hizo en uno que estaba frente a ellos. Megan no tuvo que pensar la respuesta.

—No. Me había parecido una chica normal, hasta que la he visto empujar a Giulio para provocar la caída.

—¿Qué va a pasar con ella? —preguntó Violet a los dos, pero fue Fenton el que contestó:

—Mañana llevaremos a Melissa y a su padre a Livorno. Allí los subiremos al barco de Burke que los llevará hasta Dublín, donde los recogerá Killian. Nos ha asegurado que sus marineros pueden vigilarlos sin problemas puesto que cuando los eligió, lo hizo pensando que en algún momento era posible que también tuvieran que trabajar para él como guardias. Me ha dado una nota para el capitán donde le explica todo, pero, además yo hablaré con él para quedarme más tranquilo. Si tengo alguna duda, Megan y yo viajaremos con ellos hasta Dublín; no vamos a consentir que Melissa escape de esta —aseguró. Stuart hizo un gesto de sorpresa y Fenton asintió, sabiendo por qué se sorprendía tanto. —A mí también me ha extrañado que Burke acepte cedernos su barco, durante un par de semanas, en plena luna de miel. Pero, al parecer, su mujer ha insistido en que lo haga.

Mientras, ellos aprovecharán el tiempo hasta que el barco vuelva a recogerlos, recorriendo Italia.

—¿Os vais a llevar también a Will? Ya os he dicho que él no sabía nada —afirmó Violet.

—Es él quien quiere venir. Cuando se ha enterado de lo que había hecho su hija, ha dicho que quería acompañarla para ayudarla en todo lo que pudiera. Que no la dejaría sola.

Violet tragó saliva y miró a Stuart cuya mandíbula se había quedado rígida. Jamás perdonaría a alguien que hubiera intentado hacer daño a Violet, pero igual que ella, no podía dejar de pensar en que Will era el mejor amigo de Giulio.

—Me gustaría contárselo a Giulio esta noche, puede que quiera despedirse de Will —dijo Stuart y Fenton asintió.

—Por mi parte no hay problema. Y yo tampoco creo que tuviera nada que ver con los tejemanejes de su hija.

—¿Y después…? ¿qué pasará con Melissa? —insistió Violet.

—No lo sé —confesó Fenton con sinceridad—. Imagino que dependerá de si colabora con *nosotros* o no, lo que hasta ahora no está haciendo. Afortunadamente este tipo de decisiones no las tomo yo.

—¿Quién las toma?

—Normalmente, *El Guardián* —afirmó. Su tono cambió completamente al decir—: Sé que este no es un buen momento y lo siento, pero necesito saber todo lo que has *visto*.

Violet tragó saliva y miró a Stuart que se había inclinado ligeramente hacia delante, con los antebrazos apoyados en los muslos, acercándose a ella. Sus ojos la miraban con calidez.

—He visto que ella fue la que nos disparó el otro día. Después de matar a Stuart —tuvo que tragar saliva de nuevo al decirlo para poder continuar—, pensaba llevarme a punta de pistola a una cabaña abandonada, drogarme y dejarme allí, atada y amordazada. A continuación, iría a San Gimignano a poner un telegrama a los agentes de *La Hermandad* que viven en Roma, para que vinieran a buscarme. Le habían dado una descripción mía por si yo aparecía por aquí y por eso me reconoció enseguida. Además, aunque no conocía a Stuart, había oído hablar a Giulio de él muchas veces y le pareció muy raro que nos hubiéramos casado tan de repente. Desde el principio se dio cuenta de que era una artimaña nuestra para que *La Hermandad* no me descubriera. —Stuart palideció al pensar que podía haberla puesto en peligro al intentar salvarla. Fenton también se dio cuenta y dijo:

—Stuart, si no fuera por ti, estaría muerta. Eso es lo único que debes pensar. —Violet le sonrió y vio cómo parte de la tensión abandonaba su cuerpo. Entonces continuó hablando:

—Si me localizaba, Melissa tenía orden de enviar un telegrama notificando mi paradero y a cambio, recibiría mil libras, pero ella sabía que, si me entregaba directamente conseguiría mucho más. Su contacto es un tratante de arte de Londres, a cuya dirección es donde envía los cuadros de su padre; las pinturas generalmente llevan escondidos mensajes o paquetes que le dan los agentes italianos, para introducirlos ilegalmente en Inglaterra. Además, aunque no he podido ver quiénes eran, sé que hay más agentes como ella en Roma y por toda Europa. También he averiguado que es la amante de John, el marido de Helena, pero no lo quiere, ni siquiera la atrae. Todo lo ha hecho por dinero. —Fenton la miró con cara de confusión y preguntó:

—¿Esos dos no estaban en la fiesta?

—Sí —contestó Violet y miró a Stuart que le explicó:

—Él siempre le ha sido infiel, pero hasta ahora eran aventuras pasajeras con desconocidas. Esto va a ser terrible para ellos porque Will, el padre de Melissa, y John se conocen desde hace muchos años. —Fenton asintió y volvió a mirar a Violet, que continuó diciendo:

—Melissa le ha estado sacando dinero desde hace tiempo, puede que por eso discutieran tanto últimamente John y Helena. También…también he sentido que yo le caía bien, pero se justificaba a sí misma diciéndose que necesitaba el dinero. Creo que eso es todo.

—¿Por dinero? —preguntó Megan— ¿No tenía suficiente con las ventas de los cuadros de su padre? —Violet negó con la cabeza.

—En realidad, su padre nunca ha tenido éxito y llevaban años arruinados, hasta que ella empezó a trabajar para *La Hermandad*.

—Increíble —murmuró Megan. Stuart se levantó y dijo:

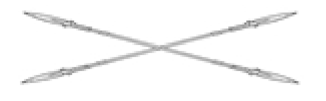
—Violet está agotada, me la llevo a la cama. —Fenton quería hacerle más preguntas, pero su mujer le hizo un gesto para que no dijera nada, y él contestó:

—Está bien. Mañana seguiremos.

—Yo vuelvo ahora —afirmó Stuart que todavía tenía que hablar con Fenton sobre unas cuantas cosas.

Pero antes acompañó a Violet a su dormitorio y esperó a que se acostara antes de volver a la biblioteca.

EPÍLOGO



Hacía días que Burke y Brenda se habían marchado y por fin estaban disfrutando de su luna de miel a solas, como debía ser. Sin embargo, Fenton y Megan habían decidido quedarse un poco más para acompañarlos en ese día ya que, junto a Giulio, habían sido sus únicos invitados.

Aunque habían decidido que su boda fuera lo más sencilla posible, no por ello había sido menos emotiva. Violet había tenido los ojos húmedos permanentemente y, de vez en cuando, había tenido que secárselos disimuladamente durante la ceremonia; y Stuart no podía dejar de sonreír, sintiéndose como si hubiera encontrado un tesoro que no sabía que llevaba buscando toda su vida. Y Megan y Fenton también se habían emocionado recordando su discreta boda, tan parecida a la de sus amigos. El cura del pueblo, gracias a la intervención de Giulio, también había accedido a celebrar la boda cuando todavía no había amanecido, para asegurarse de que solo estaban ellos en la ceremonia.

Eso había ocurrido esa misma mañana y ahora todos ellos estaban en el comedor pequeño, terminando la estupenda comida que les había hecho Alfonsina para celebrar la ocasión.

Fenton se puso en pie con una copa llena de burbujeante champán en la mano derecha y la levantó, antes de confesar:

—Después de la mía, esta es la boda más bonita a la que he asistido. —Se volvió hacia Megan que le devolvió la mirada con la misma emoción en los ojos. A continuación, ella y Giulio también levantaron su copa y Fenton hizo su brindis—: Estoy seguro de que hablo en nombre de vuestra familia y amigos, que desgraciadamente no están presentes, al decir que deseamos de corazón que el amor que sentís el uno por el otro, perdure para

siempre.



Violet suspiró apartando la mirada del jardín cubierto por la cálida luz naranja del amanecer, y cogió su taza de café para tomar un sorbo. Stuart había encendido la chimenea hacía un rato, antes de desayunar, y la habitación ya se había caldeado. Miró a su alrededor, satisfecha por cómo había quedado el comedor pequeño con la mesa y las sillas nuevas. Para Stuart y ella era uno de los cuartos más agradables de la casa.

Fenton y él habían ido a los establos a colocar el equipaje de sus amigos en el coche, puesto que se marcharían en un rato. Sonrió al recordar la conversación que había mantenido con Stuart hacía una semana, en la que le confesó que quería comprar otros dos caballos, un semental y una yegua de pura raza, para comenzar a criar. Ella le había preguntado si los cultivos y los caballos no sería abarcar demasiado, pero él le había contestado que estaba seguro de que podía con todo, y ese mismo día había ido al banco de San Gimignano para abrir una cuenta.

En el fondo, Violet no podía estar más de acuerdo con él, porque aprobaba cualquier plan que supusiera quedarse a vivir en aquel lugar mágico del que estaba completamente enamorada. Escuchó los pasos de Megan aproximándose por el pasillo y giró el rostro hacia la puerta para saludarla. Sus ojos resplandecían y estaba más guapa que nunca.

—Buenos días, Violet. Siento bajar tan tarde, pero me he dormido— se disculpó, algo apurada.

—Buenos días. No te preocupes, todavía siguen en los establos ¿Has dormido bien? —Su pregunta provocó que su amiga se sonrojara y Violet intentó no sonreír, imaginando qué recuerdos habría despertado en ella su inocente saludo—¿Qué quieres desayunar?

—Solo un café. Como nos vamos enseguida, prefiero no comer nada —contestó, sentándose frente a ella. Violet se lo sirvió mientras decía:

—¡Cómo me gustaría que os quedarais un poco más! —confesó.

—Lo sé, y a nosotros también, pero no podemos. Ya hemos alargado demasiado tiempo este viaje, hace días que teníamos que

haber vuelto a Dublín. Además, tenemos que empezar a correr la voz de que te has casado —afirmó con una sonrisa. Volvió a ponerse seria para decir—: Te confieso que estoy más tranquila sabiendo que Burke ha dejado aquí a dos de sus guardias, por si acaso.

—Yo también. Brenda y él han sido increíblemente amables.

—No creo que tu familia tarde mucho en visitarte, para disgusto de Stuart —susurró Megan inesperadamente, con una sonrisa divertida en el rostro que hizo reír a Violet—. En cuanto puedan, vendrán a verte.

—¡Eso espero! —contestó sonriendo—. Porque, aunque estoy deseando estar un tiempo a solas con Stuart, me encantaría que vinieran. Han sido demasiados años separada de ellos.

—Sí, pero entenderás que Stuart quiera tenerte a solas para él, al menos durante una temporada —comentó Megan. A continuación, se inclinó ligeramente hacia ella y dijo, bajando la voz—: ¿Ya se te ha ocurrido cómo vas a explicar a todos que te llamas Violet y no Caroline? —Ella afirmó con la cabeza mientras se limpiaba los labios con la servilleta.

—Solo en el caso de que alguien me pregunte, diré que mi nombre en realidad es Violet Caroline y que mi familia me llamaba Caroline; pero que yo siempre había querido que me llamaran Violet.

—¿Y tú crees que eso se lo va a creer alguien?

—A mí me parece una buena explicación —contestó convencida—. Pero si no se lo creen, me da igual.

—¿Y Giulio? ¿Cómo está? —preguntó Megan después de terminarse el café, cambiando de tema.

—Un poco triste.

—Me lo imagino.

Fenton y Stuart habían acompañado a Will a la habitación de Giulio y, accediendo a la petición de este último, los dejaron solos durante unos minutos. Cuando volvieron a entrar, se estaban despidiendo con un largo abrazo y luego Will se marchó. Eso ocurrió la misma mañana en la que Megan y Fenton llevaron a Melissa y a su padre a Livorno para embarcar hacia Dublín.

—Sí —suspiró Violet—. Se siente muy solo desde que Will se fue, pero no quiere venir a vivir con nosotros. Stuart le ha insistido varias veces, pero él se niega, dice que prefiere vivir en su casa. Unos días después de la fiesta, fuimos a verlo para contarle todo y se quedó impresionado al saber todo lo que había hecho Melissa. Sin embargo, no se sorprendió nada cuando supo que Stuart y yo no estábamos casados, dice que desde el principio sabía que había algo extraño en nuestra historia.

—¿Habéis sabido algo más de la madre de Brenda? —Violet sacudió la cabeza, incrédula.

—Stuart me ha dicho que Burke ha pactado con ella darle una asignación anual, a cambio de que no se ponga nunca en contacto con su hija. Le dijo que si Brenda quería ver a Magnolia él no pondría ninguna pega, pero que no iba a permitir que le diera más disgustos.

—Burke está muy enamorado —afirmó Megan.

—Los dos lo están.

—Desde luego.

Ambas escucharon el sonido de los caballos y del coche acercándose y se miraron con una sonrisa triste.

Había llegado el momento de despedirse.



Al día siguiente cuando salieron a montar, aprovecharon para ir a ver a Giulio. Y estando allí les leyó una carta que había recibido de Will, en la que pedía disculpas en nombre de su hija a Giulio, Violet y Stuart y a todos los que había perjudicado con su horrible comportamiento, como él mismo lo calificaba. Ellos no mencionaron que Violet había recibido otra carta, pero ella de Megan, en la que le decía que Melissa seguía sin colaborar a pesar de los ruegos de su padre y que, si seguía con esa actitud, seguramente la juzgarían como espía. Uno de los peores delitos de los que se podía acusar a un reo en Inglaterra.

Cuando volvieron de casa de Giulio estaba anocheciendo y Stuart se dirigió a la biblioteca, para seguir trabajando en su proyecto de sembrar legumbres en parte de la finca esa primavera. Había decidido empezar con un trozo pequeño de tierra que estaba cerca del río. Al día siguiente había quedado con el novio de Chiara que tenía experiencia cultivando la tierra, y que estaba interesado en trabajar en la finca. Y también en primavera, se iniciaría la construcción del nuevo establo, más grande y moderno donde Violet y él alojarían a la futura yeguada que criarían juntos.

Ella había subido a darse un baño y mientras estaba frotándose con la esponja, se dio cuenta de que estaba tarareando. La sensación de angustia que le había acompañado durante los últimos meses había desaparecido. Ahora todas las mañanas se

despertaba con una sonrisa de felicidad rodeada por los brazos de Stuart. Allí, juntos, habían encontrado su hogar.

Era tarde cuando Stuart entró en su habitación y la encontró sentada en el borde de la cama, preparada para darse crema en el cuerpo. Los ojos de él brillaron y cerró la puerta. Después, ordenó con voz tierna:

—Deja que lo haga yo. Túmbate, cariño. —Cuando ella obedeció, cogió un poco de crema y comenzó a extenderla sobre la piel de Violet. Lo hacía suavemente, provocando que ella gimiera por lo bajo con los ojos cerrados. —¿No has pensado que es la primera vez desde hace mucho que estamos solos en esta casa?

—Recuerdas que Flavio y Alfonsina están durmiendo abajo, ¿no? —bromeó ella.

Habían acondicionado para ellos una habitación que había junto a la cocina; tenían su propio baño y un pequeño salón y parecían estar muy contentos con el arreglo. También había una habitación para Chiara, pero ella prefería seguir viviendo en la casa familiar y Violet podía imaginar por qué, después de lo que le había contado sobre su novio.

Como venganza por su broma Stuart se inclinó y mordió suavemente uno de sus pezones, tirando de él ligeramente y consiguiendo que ella dejara de pensar en nada que no fuera lo que él le hacía sentir.

Con los ojos envueltos en una niebla rojiza Stuart dejó el bote de crema en el suelo, tomó entre sus manos el pie de Violet y besó el empeine, dándole un pequeño mordisco después. Continuó besando su tobillo y siguió subiendo hasta la rodilla. Violet lo observaba con los ojos entrecerrados, mientras jadeaba intentando conseguir suficiente aire para sus pulmones. Stuart se subió sobre la cama y se arrodilló entre los muslos separados de su esposa, y siguió besando su piel hasta que llegó a los incitantes rizos que lucía entre las piernas. Pero, a pesar del deseo de ambos no se detuvo allí, sino que continuó su camino ascendente besándola después en el ombligo, para detenerse en su cintura y susurrar con ojos completamente rojos, saturados por el deseo:

—¿Quieres beber de mí? —Ella arrugó la frente ante la leve súplica que había escuchado en su voz y acarició su rostro.

—Sí— murmuró. Él la besó profundamente, pero se apartó casi enseguida y se sentó con la espalda apoyada en el cabecero de la cama, alargando los brazos hacia ella.

—Ven —ordenó en voz baja. Violet obedeció como si estuviera en trance y se arrodilló siguiendo sus indicaciones, con los muslos abrazando sus caderas y su vulva rozando su miembro.

—Siéntate —susurró él—, tranquila. No me harás daño. —Ella apretó los dientes y se sentó sobre su miembro, aunque sin que la penetrara. Entonces, Stuart le hizo una petición sorprendente.

—Quiero que cojas mi mano y veas lo que hay dentro de mí. —Ella sacudió la cabeza de lado a lado, negándose a invadir de esa manera su privacidad, pero él cogió su mano, la acercó a la suya y las puso palma contra palma, y dijo—: Mírame. Léeme. Quiero que veas lo que siento de verdad, Violet. Por favor.

Se miraron fijamente, inmóviles, durante unos segundos hasta que ella accedió y cerró los ojos, dejando que su don la llevara al interior de Stuart. Encontró sus alegres recuerdos de cuando era un niño, pero pasó de largo, al igual que los que guardaba de su mujer. De repente se topó con un torrente de amor tan grande que la emoción la desbordó, y en ese momento entendió por qué él había insistido en que lo *leyera,* porque si no lo hubiera *visto* jamás habría creído que la amaba tanto.

Cuando volvió a mirarlo, el corazón le martilleaba contra las costillas, lleno de amor por él.

—Gracias por dejarme verlo —murmuró, emocionada.

—Solo quería que supieras que te quiero de verdad. Como no he querido nunca, por eso me costó tanto reconocerlo al principio.

Sus labios se unieron en un beso apasionado y cuando se separaron, poco después, a los dos les costaba respirar. Ella se inclinó sobre su cuello, intentando no moverse demasiado, y lo olfateó delicadamente como tantas veces había hecho él con ella. Después, abrió la boca, extendió sus colmillos y lo mordió. Stuart se estremeció sintiendo como si una corriente eléctrica recorriera su cuerpo y sonrió con los ojos cerrados. Su mano izquierda acunaba la cabeza de Violet mientras la otra descansaba sobre su cintura, acariciándola levemente con el pulgar. Cuando ella levantó el rostro, lo besó compartiendo su sabor, pero fue la primera en separarse para pedirle con una mirada ardiente:

—Ahora tú. —Se apartó de él cuidadosamente y se deslizó a su lado, tumbándose bocarriba; colocó su pelo a un lado del cuello para que no lo molestara y alargó los brazos hacia él. Stuart gruñó, enseñando sus colmillos y Violet sintió que sus ojos ardían y supo que habían cambiado de color, pero no dejaron de mirarse mientras él se colocaba entre sus piernas. Impaciente, enseguida le clavó los colmillos en el cuello y ella rio, feliz, con las manos apoyadas en sus costillas, alentándolo con sus gemidos de satisfacción. Después de unos pocos sorbos deleitándose con su sangre, él se detuvo y se la quedó mirando un instante antes de besarla y unir los sabores de los dos en sus lenguas.

Pero Violet no aguantaba más y le aferró una mano para que la tocara entre los muslos. Stuart se resistió con una risa grave y le sujetó ambas muñecas por encima de la cabeza, volviendo a besarla en la boca. Ella se sorprendió, pero se dio cuenta de que no le molestaba que la tuviera sujeta, al contrario, de alguna manera esa extraña posición la excitaba más. Él siguió sujetando sus muñecas con una sola mano asegurándose de no hacerle daño, pero sin dejar que se moviera, y con la otra mano comenzó a jugar con sus pezones sabiendo que eso la volvía loca.

Estaba tan duro que sabía que no aguantaría mucho más, la necesidad de ella lo consumía. Nunca había experimentado un deseo tan profundo como el que sentía por Violet, hasta el punto de que estando con ella, el mundo desaparecía y no existían la obligación ni el deber. Lamió y mordisqueó sus pezones traviesamente y de la garganta de Violet siguieron escapándose gemidos de placer cada vez mayores, hasta que él acalló sus gemidos con un beso y su mano se dirigió al lugar que ella deseaba. Su entrepierna estaba tan húmeda que él ronroneó de satisfacción al pensar en lo que sentiría al hundirse en ella, y Violet alzó las caderas hacia él ofreciéndose sin pudor alguno.

—Stuart…— suplicó, mirándolo con deseo. Sus ojos dorados se habían vuelto rojos por completo y él sonrió ferozmente sabiendo que los suyos estaban iguales.

A ambos les poseía un ansia primitiva que iba más allá del disfrute carnal. Esto era lo que se sentía cuando la unión no era solo física, también de las almas. Necesitando asegurarse de que estaba preparada para él, la penetró con dos dedos sintiendo cómo su tierna carne lo aceptaba.

—Stuart, por favor… por favor, te necesito... —rogó de nuevo. Él se estremeció al escucharla suplicar y soltó sus manos.

—Tranquila, amor mío. —Colocó su miembro en la entrada de su cuerpo y con una poderosa embestida, entró completamente en ella gimiendo por el calor que había en su interior.

La deseaba tanto que le dolía y comenzó a respirar con bruscos jadeos luchando por controlar la intensidad de su deseo. Violet yacía inmóvil sobre el colchón, observándolo, y a él le pareció vislumbrar algo extraño en sus ojos. Asustado por la posibilidad de estar haciéndole daño, consiguió controlar el ansia salvaje que sentía y preguntó:

—Cariño, ¿te estoy haciendo daño? —Ella tardó un poco en contestar, como si le costara hacerlo—. Si quieres, puedo parar… — ofreció él, pero ella lo interrumpió.

—No, no te detengas. Es que esta vez es distinta —contestó con voz débil. — El placer …—no sabía cómo explicar lo que

estaba sintiendo, pero él entendió lo que quería decir y esbozó una sonrisa salvaje al saber que se habían vinculado, y que eso era lo que lo hacía tan especial.

—Es porque nuestras almas se han encadenado —aseguró, dándole un rápido beso en la boca. Luego, comenzó a moverse con embates lentos y profundos, sintiendo que los músculos interiores de Violet se contraían alrededor de su rígido miembro. Colocó las manos sobre las suyas y entrelazó los dedos de ambos. Quería sentirse tan unido a ella como fuera posible y no dejó de observarla en ningún momento, para adaptar su ritmo a su placer.

Violet llevaba unos segundos al borde del clímax cuando se dio cuenta de que, en esta ocasión y por la razón que fuera, no podía alcanzarlo. Se retorció inquieta pensando que no lo conseguiría y gimoteó:

—Stuart...

Él introdujo la mano entre sus cuerpos y la deslizó hasta encontrar su clítoris. Con la yema del dedo acarició la hinchada protuberancia con movimientos circulares, cada vez más rápido, hasta que consiguió que ella llegara al orgasmo. Y Violet, sumida en una espiral de placer interminable, gimió largamente con los ojos cerrados mientras él seguía penetrándola al compás de sus espasmos. Sus contracciones adelantaron el goce de Stuart que se hundió en ella por última vez, al alcanzar el clímax.

A continuación, escondió el rostro en el cuello de su amada sabiendo que todo había cambiado esa noche. Tardó unos minutos en poder tumbarse junto a ella y quedarse mirándola. Violet seguía en la misma postura con los ojos cerrados y una sonrisa en el rostro, pero sintiendo su mirada también se tumbó de costado, mirándolo. Los dos siguieron así hasta que él alargó la mano para apartarle un mechón húmedo de la cara y afirmó, con voz ronca:

—Espero que tengamos muchas noches como esta, pero sé que ninguna la superará. Es imposible.

—Creía que solo lo había sentido yo —confesó ella. Y él meneó la cabeza, negándolo.

—No. Lo que nos ha pasado no es normal.

—¿De verdad crees en lo que has dicho antes? ¿Lo de las almas? —murmuró ella, acercándose un poco más.

—Sí. Con Nessa nunca… —sacudió la cabeza callándose de repente. Violet sabía que seguía sintiéndose culpable y que seguramente se sentiría siempre así, pero esperaba que, con el tiempo, el dolor se fuera atenuando. Volvió a acercarse a él, hasta que sus pechos se rozaron.

—Los dos tenemos recuerdos dolorosos, pero cometeríamos

un error si dejáramos que gobernaran nuestra vida. Creo que somos muy afortunados, nos queremos y hemos encontrado un lugar perfecto para vivir. Quiero que nos quedemos aquí y que formemos una familia. —Él la miró sorprendido.

—¿Estás segura?

—Stuart, te quiero, y sé que aquí eres mucho más feliz que en Irlanda, pero no es solo por eso. En tan pocas semanas y sin darme cuenta, esta tierra y sus gentes se han colado en mi corazón. Este es nuestro hogar —murmuró con los ojos húmedos. Él besó su frente y contestó:

—Haré lo que tú quieras amor mío, siempre que estemos juntos, porque para mí el hogar eres tú.

Ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas y él la besó bajo la suave luz de la luna de la Toscana que entraba por la ventana.

FIN